

V E N C E

SAGNA DA FEBBIA

19

BS299

v4

v. 19

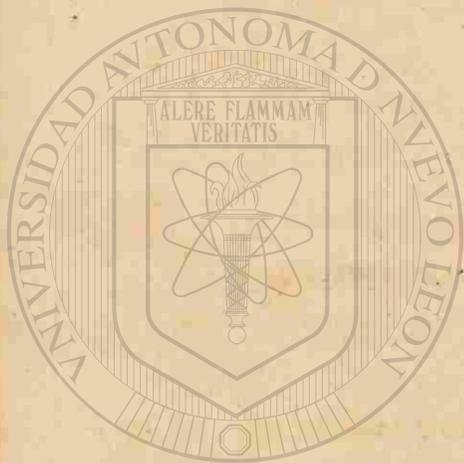
1831

220



1080043955

José Angel Benavides



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

647 67 38

SAGRADA BIBLIA,

EN LATIN Y ESPAÑOL,

CON NOTAS

LITERALES, CRÍTICAS E HISTÓRICAS,

PREFACIOS Y DISERTACIONES,

Sacadas del Comentario de D. Agustín Calmet, Abad de Senoges, del Abad Venos
y de los más célebres autores, para facilitar la inteligencia de la Santa Escritura.

OBRA ADORNADA CON ESTAMPAS Y MAPAS.

PRIMERA EDICION MEXICANA,

IMPRIMENT CONFORME A LA CUARTA Y ULTIMA FRANCESA
DEL AÑO DE 1820.

TOMO DECIMONONO.

PROLEGÓMENOS
DEL NUEVO TESTAMENTO.

MEJICO.

IMPRESA DE GALVAN A CARGO DE MARIANO ARELLANO,
CALLE DE CADENA NUM. 2.
1832.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

Capital 37 026 8na
Biblioteca Universitaria
53415

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CALLE DE ALFONSO EL MAGNO UNIV. AUTÓNOMA
Rajon 67 MICROFILMADO 11/15/83



B5299

Y4

1899



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

ESTA TRADUCCION ES PROPIEDAD DE MARIANO GALVAN
RIVERA.

ADVERTENCIA DE M. DRACH.



Hemos llegado á la parte mas interesante de las divinas Escrituras, al libro del feliz anuncio, en el que vemos el perfecto cumplimiento de todas las profecías y de todas las figuras del Antiguo Testamento.

El fin de toda la ley antigua, verdadera preparacion evangélica, es nuestro Señor Jesucristo, segun nos lo enseña el Apóstol, educado á los pies de Gamaliel: *finis enim legis Christus* (Rom. x. 4.). El primer Adán miserablemente caido en la culpa, quiere huir de la presencia de aquel cuya mano alcanza á todas partes, y ante quien las tinieblas no tienen obscuridad, y brilla la noche con la claridad del dia: *Etenim illuc manus tua deducet me, et tenuit me dextera tua...* *Quia tenebrae non obscurabuntur à te, et nox sicut dies illuminabitur* [Ps. cxxxviii. 10. 12.]. El segundo Adán personalmente viene á presentarse: *Tunc dixi: Ecce venio* [Hebr. x. 9.]. Siendo incapaz de pecar se ofrece á borrar el pecado del género humano, y por efecto de su grande misericordia en favor de los hijos pecadores de un padre culpable, voluntariamente sacrifica para nuestro remedio su santísima y adorable humanidad. Y cuando sobre la cruz, nuevo árbol de vida, antes de entregar su espíritu á su Padre, exclama con una voz que no es la de un moribundo: *Consummatum est*, llegó á su cumplimiento cuanto habian anunciado los profetas; todo está consumado, y ni un ápice se perderá; la cabeza de la serpiente fué quebrantada, y las potestades del infierno doblaron la rodilla ante la hostia del calvario, que muriendo venció la muerte.

Siendo el Evangelio la piedra angular en el monumento eterno de la palabra de Dios, los enemigos de la religion principalmente se dirigen contra las verdades que el Espíritu Santo nos enseña. Ha mas de diez y ocho siglos que los tiros de los impios con que han intentado destruir este libro divino, vienen á morir á sus pies; y aumentando su rabia esta triste experiencia, refuerzan sin cesar sus débiles tiros y los disparan de nuevo, aunque siempre con ménos efecto, contra el objeto de su furor; porque está probado, que entre las muchísimas objeciones de los incrédulos modernos, que tanto se han irritado contra el Testamento infinitamente apreciable de Jesucristo, no hay una sola que no se encuentre en los escritores antiguos eclesiásticos, y que no esté allí mismo satisfecha por los padres de los primeros siglos del cristianismo. Los sabios no tienen duda de esto, y con valentia podemos desatir á cuantos se levantan

tan contra Jehová y contra su Cristo, que presenten un solo discurso que no esté sólidamente refutado desde los tiempos antiguos.

Aun en nuestros días no han temido reproducir una y mil veces con nuevo aspecto, cuanto se ha dicho contra la Escritura Santa, aquellos hombres que están interesados en combatir la religion que condena su vida disoluta. Mas Dios que al lado de la caída del hombre pone el anuncio de un Redentor, y que desde entonces no ha dejado de poner el remedio al lado del mal (¡ah! si siempre nos hubiéramos sabido aprovechar), tuvo á bien levantar mayor número de hombres, que bajo la bandera de Jesucristo se han presentado á combatir en defensa del Señor.

Yo tendré, pues, oportunidad de citar al pié del texto del Evangelio un gran número de obras que defienden los pasages criticados. Tales son, á más de las que están citadas en el Antiguo Testamento, las admirables Conferencias del ilustre prelado justamente llamado el *Apóstol de la juventud*; la Explicacion de los Evangelios por Mon Señor de la Luccerna; el Catecismo histórico del P. Feller; la excelente obra del P. de Ligny, *Historia de la vida de nuestro Señor Jesucristo; die Geschichte der Religion Jesu Christi* (Historia de la Religion de Jesucristo), por el conde F. L. de Stollberg, protestante convertido &c. &c.

SAGRADA BIBLIA.

PREFACIO GENERAL

SOMRE

LOS LIUROS DEL NUEVO TESTAMENTO.

Habiendo Dios hablado en otro tiempo á nuestros padres muchas veces y en diversos modos por los profetas, últimamente nos habló el mismo por su propio Hijo, á quien constituyó heredero de todas las cosas, y por quien hizo los siglos (1). Habló á nuestros padres en el Antiguo Testamento, y á nosotros nos habló en el Nuevo. Moisés fué el mediador en la antigua alianza; los profetas fueron sus ministros. El primero dió la ley; los otros anunciaron el Mesias. La ley abrió paso para el Mesias, á quien anunciaban los profetas. La ley y sus profecias por sí mismas no podian ni darnos la perfeccion que figuraban (2), ni conceder lo que prometian, ni cumplir lo que representaban. Dejaban á los hombres en expectativa, pero no satisficieron sus esperanzas. Mas habiendo aparecido en el mundo Jesucristo, y habiendo tomado la nueva alianza el lugar de la antigua, las sombras se disiparon, las figuras se realizaron, las profecias se cumplieron, y la ley se perfeccionó. Un pueblo nuevo ocupó el lugar del antiguo, y llegaron los tiempos, segun la prediccion de Jeremias (3), en que el Señor hizo una nueva alianza con la casa de Israel y con la de Juda, no como la que hizo en otro tiempo, con sus padres, cuando los tomó por la mano para sacarlos de Egipto; y yo los desprecié, dice el Señor, porque no permanecieron en la alianza, que se hizo con ellos. Mas he aquí la alianza que haré con la casa de Israel: Imprimiré mis leyes en su espíritu, y las grabaré en su corazón: yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. La alianza antigua hecha en Sinai era limitada á la casa de Israel; la nueva es general, y se extiende á todos los hombres. La antigua fue ratificada por la sangre de las victimas, muchos cabrios y toros; la nueva se cimentó sobre la sangre del Hijo de Dios. Esta es la primera en la intencion del soberano Legislador (4), y á ella se dirige cuanto está escrito en los libros del Viejo Testamento. El espíritu de temor y de servilumbre es propio de la ley an-

I.
Paralelo del
Antiguo y
Nuevo Testamento.

(1) Hebr. i. 1. 2.—(2) Ibid. vii. 19. Nihil ad perfectionem adduxit lex.—(3) Jerem. xxxi. 31. et seq. Hebr. xiii. 8. et seq.—(4) August. *contra deus opus. Pelag. lib. iii. cap. 4. n. 7.*

tigua; el espíritu de amor y libertad es el alma de la nueva. La antigua alianza era pasajera, y solo era para un determinado tiempo; la nueva es eterna, y debe durar por todos los siglos. Esta tiene por objeto bienes infinitos y eternos; aquella solamente los promete caducos y temporales.

La Iglesia cristiana, heredera de las promesas hechas por Dios a la sinagoga, conserva con estimación y con un soberano respeto las Escrituras del Antiguo Testamento como los títulos de su posesión, de su elección y de la reprobación de la sinagoga su rival. Guarda con una atención y veneración aun mayor los libros del Nuevo como la prueba de su adopción, como la prenda de su felicidad; como la declaración de la voluntad de su Padre y de su Señor, como el código de la vida, milagros y doctrina de su Dios, y como la regla que debe seguir en sus acciones y en su conducta.

Nuestro Señor Jesucristo no dejó cosa alguna escrita (1); se contentó con predicar de viva voz, y hablar en público y en particular á todo el pueblo y á sus apóstoles, é inculcarles por el espacio de tres años saludables verdades. Pero al separarse de ellos les prometió (2) que les daría un Maestro invisible é interior, que les enseñaría todo género de verdades, y les inspiraría cuanto deberían decir y responder en el destino que les daba de instruir á todos los pueblos y predicar el Evangelio por todo el mundo.

Para verificar estas promesas recibieron los apóstoles al Espíritu Santo cincuenta días después de la resurrección de Jesucristo, y animados de su ardor é ilustrados con su luz nos han dejado los santos Evangelios y los otros libros del Nuevo Testamento, que justamente consideramos como la obra del mismo Jesucristo (3). No habemos mas, dice S. Agustín (4): Felices aquellos que vieron al Salvador, y oyeron de su boca palabras de vida. Muchos de ellos lo persiguieron, é hicieron morir; y muchos que no lo vieron han creído en él; mas nosotros leemos, oímos y conservamos en los libros santos todo lo que decía al pueblo. Jesucristo está en el cielo, y todavía predica en la tierra: *Eliam hic est veritas Dominus*.

Los apóstoles no se apresuraron á escribir; sino que imitados á su maestro, comenzaron á enseñar de viva voz, y á practicar las verdades que tenían aprendidas. No tenían olvidar lo que habían oído, ni alterar en sus sermones, porque estaban profundamente grabadas en su espíritu y en su corazón las verdades que recibieron de su boca, y estaban muy seguros de las promesas que les habia hecho de no desampararlos jamas. Pero después del celo y santa curiosidad de los fieles los obligaron á poner por escrito lo que sabían para la instrucción y consuelo de sus discípulos. Este es el motivo que tuvo S. Mateo para escribir, y tampoco tuvo otro S.

(1) *Vide August. lib. 1. de consensu. Evang. cap. 7. et 9. Et lib. xxviii. contra Faustum Manich. cap. 4. et ep. 237. nov. edit.* Allí habla de un libro atribuido á Jesucristo, y refiere algunas palabras. Habla tambien de una obra, que quieren sea escrita por Nuestro Señor, y dirigida á S. Pedro y á S. Pablo; pero esto era un libro imaginario. Todos saben lo que se dice de la epístola del Salvador á Abgar. Pues, que están despreciados como falsos por los hombres sabios.—(2) *Joan. xiv. 26. xvi. 13.*—(3) *August. lib. 1. c. 15. de consensu. Evang. Non aliter accipiunt quæ quædam dicitur, sanctorum discipulorum Christi in Evangelio legitur, quam si ipsam manuum Damiani, quam in proprio corpore gestabat, veritatem comprehensit.*—(4) *Aug. tract. 20. in Joan.*

Martos para compendiar lo que escribió S. Mateo, y añadir algunas circunstancias que por otra parte le eran conocidas.

Nos enseña S. Lucas (1), que se decidió á escribir mirando que corrian en el mundo muchas voces sobre la vida y doctrina de Jesucristo segun las enseñaban los apóstoles; y como por lo que á él tocaba sabia todas estas cosas de boca de los que habian sido testigos de ellas, y estaban encargados de predicarlas, creyó hacer un servicio á la Iglesia escribiendo fiel y ordenadamente cuanto desde el principio habia pasado. Los padres finalmente (2) nos dicen, que lo que movió á S. Juan á escribirnos su Evangelio, fué la herejía de Cerinto y la de los nicolaitas, que negaban la divinidad de Jesucristo.

Los Hechos de los apóstoles son una continuación del Evangelio de S. Lucas, una historia de lo que sucedió en la Iglesia naciente de Jerusalem desde la ascension de Jesucristo hasta la conversion de S. Pablo, y de lo que acaeció á este grande apóstol desde su conversion hasta su viaje primero á Roma. Allí nos describe S. Lucas pasajes de que fué casi testigo, como inseparable compañero de los trabajos y predicación del Apóstol. S. Pablo escribía sus cartas segun las ocurrencias y necesidades de las Iglesias, y no con la intencion ó designio de reducir á escritura, ni formar un cuerpo de las máximas y verdades que predicaba; aunque por un efecto de la Providencia nos dejó infinitas instrucciones muy importantes, que son como una especie de suplemento de los Evangelios. Los otros apóstoles de quienes tenemos epístolas, las escribieron tambien con el solo designio de instruir á las Iglesias á quienes las dirigian; bien seguros de que estas las comunicarian á las demas, por el respeto con que se miraba cuanto venia de su parte, y por el interes de los fieles en conservar unos monumentos tan estimables. S. Juan escribió su Apocalipsis por orden de Jesucristo, que le mandó lo enviase á siete iglesias del Asia menor, á quienes queria hacer depositarias de las revelaciones que contiene este libro.

No nos detendremos aquí en probar la divinidad de los sagrados libros del Nuevo Testamento, ni en señalar su tiempo, motivo, autores y designio con que se escribieron; esto se ejecutará en los prefacios particulares sobre cada libro. Hay libros tanto en el Nuevo como en el Viejo Testamento de cuya divinidad nunca se ha dudado; y hay algunos de quienes en algun tiempo se dudó por algunas iglesias particulares. A mas, el día de hoy ninguno está puesto en el cáncan, que no haya sido reconocido por la mayor parte de las antiguas iglesias. En vano los antiguos hereges han forjado evangelios falsos, ó han intentado corromper los verdaderos, porque nunca han conseguido alterar los originales de las iglesias católicas; y cuantos libros han corrompido, truncado, alterado ó compuesto segun su capricho, tantos han caído en el desprecio y en el olvido, y la Iglesia los ha proscrito y condenado.

No puede señalarse con puntualidad el año en que se formó el cáncan de los libros del Nuevo Testamento; pero si estaba partic-

(1) *Luc. 1. 1. 2. 3.*—(2) *Iren. lib. iii. cap. 11. Hieronym. de Vir. Illustre. cap. 9. Victorin. Petar. in Apocal.*

PREFACIO SOBRE LOS LIBROS

tamente formado en el segundo siglo de la Iglesia. Eusebio (1) nos manifiesta que habiendo los obispos de la Asia presentado á S. Juan los Evangelios de los tres evangelistas que ántes de él escribieron, y que eran ya públicos y conocidos en todas partes, S. Juan los aprobó y recibió; y para suplir lo que les faltaba, escribió el suyo, en el que refiere lo que hizo Jesucristo en el principio de su predicacion, y que habian omitido los otros evangelistas. Así fué formado el cánon de los Evangelios. Los tres primeros Evangelios se hallan citados en la epístola de S. Clemente á los Corintios escrita ántes del Evangelio de S. Juan. Tambien S. Policarpo en su carta á los Filipenses cita cinco ó seis veces los Evangelios de S. Mateo y S. Lucas, aunque sin nombrarlos. Igualmente S. Bernabé cita muchas veces en su epístola los cuatro evangelistas. Con la misma frecuencia los cita S. Ignacio en sus siete cartas, y en ellas se refiere principalmente al Evangelio de S. Juan.

S. Justino mártir habla expresamente de los Comentarios de los apóstoles, que así llama á los Evangelios, los que en su opinion fueron escritos por los apóstoles ó por sus discípulos. Tertuliano se refiere al Evangelio que desde el principio dieron los apóstoles, y se conserva como un depósito sagrado en las iglesias apostólicas: *Si constat id verius quod prius, id prius quod et ab initio, id ab initio quod ab apostolis; pariter utique constabit id esse ab apostolis traditum, quod apud ecclesias apostolorum fuerit sacrosanctum* (2). La prueba, dice, de la antigüedad y autenticidad de nuestros Evangelios es, que los hereges los corrompieran; pues no podrian corromperlos, si no hubieran existido ántes que ellos: *Itaque dum emendat, utrumque confirmat, et nostrum antevius, id emendans quod invenit, et id posterius, quod de nostri emendatione constituens, suam et novum fecit*. S. Ireneo (3) opone á los nuevos escritos de los hereges los antiguos y auténticos originales de los apóstoles. Solos cuatro Evangelios reconoce, y asigna la razon de este número (4).

He aquí desde fines del primer siglo, principios del segundo y en el tercero, el cánon de los cuatro Evangelios recibido, reconocido y autorizado en la Iglesia por los mismos apóstoles, pues S. Juan vió los Evangelios de S. Mateo, de S. Marcos y de S. Lucas; y S. Pablo tambien comunmente cita el de S. Lucas. Este cánon se formó, no en una solemne asamblea ni en un concilio, sino por el consentimiento de las iglesias, y por el juicio de los obispos, de los cuales los mas vieron y conocieron á los apóstoles y á sus discípulos.

NI son ménos auténticas las epístolas de los apóstoles, y su coleccion es casi tan antigua como los cuatro Evangelios. S. Policarpo cita con toda distincion las epístolas de S. Pablo, las de S. Pedro y las de S. Juan. Es cierto que no cita la carta á los Hebreos, ni la segunda de S. Pedro, ni la segunda y tercera de S. Juan; pero verisimilmente es esto porque no se hallaban dichas epístolas en las primeras colecciones. La Iglesia tenia ya un cuerpo de epístolas y Evangelios ántes de Marcion (5), el que á imitacion de los católicos quiso tener su libro de Evangelios y su Aponólico ó coleccion de epístolas de los apóstoles. S. Ignacio en su carta á los

(1) Euseb. lib. vi. cap. 24. *Hist. eccl.*—(2) Tertull. lib. vi. cap. 4.—(3) Ireneo. lib. v. cap. 30.—(4) Ireneo. lib. iii. cap. 11. n. 7. 8.—(5) Este heretico apareció el año 127 de Jesucristo.

DEL NUEVO TESTAMENTO.

Filadelfios (1) da á conocer claramente el Evangelio, los apóstoles y profetas, como componiendo todo el cuerpo de las Escrituras: *Recurramus al Evangelio como al cuerpo de Jesucristo, y á todos los apóstoles; miremos las epístolas de estos varones santos como al sermón eclesiástico; amemos tambien á los profetas, ó á los libros del Antiguo Testamento*. Tertuliano (2) atestigua que tambien en su tiempo se conservaban en algunas partes los originales de las cartas de los apóstoles: *Authenticas ipsas litteras apostolorum sonantes vocem, et repræsentantes faciem uniuscujusque*.

En Eusebio se lee (3) que Pantene, filósofo cristiano que enseñaba en Alejandria hácia el año de 184 de Jesucristo, encontró en las Indias un evangelio hebreo de S. Mateo, que se decía haber llevado allí S. Bartolomé. S. Gerónimo y Rufino dicen que Pantene llevó este ejemplar á Alejandria. Tambien asegura S. Gerónimo (4) que el texto hebreo de S. Mateo se conservaba en la biblioteca de Pánfilo en Cesarea de Filipos; lo cual prueba haberse transportado allí de Alejandria, una vez que este fué original tambien, y el de Cesarea no fué mas que una simple copia. En Efeso desde el tiempo de S. Pedro de Alejandria, es decir, al fin del siglo tercero, ó al principio del cuarto, existia igualmente un ejemplar original del Evangelio de S. Juan, escrito de mano de este apóstol, y tenido allí en grandísima veneracion (5). Nada dirémos en este lugar de aquel que se conserva en Venecia como original de S. Marcos, porque bastante habláremos en el prefacio sobre este evangelista. El año 488 se encontró en la isla de Chipre sobre el pecho de S. Bernabé un ejemplar del Evangelio, escrito, segun se decía, de mano del mismo santo (6) sobre una madera dura y preciosa; el cual se conservó mucho tiempo en Constantinopla, y allí mismo se leía todos los años el jueves santo.

He aquí mas de lo que hemos menester para cerrar la boca á los que pretenden, ó haberse formado el cánon de los libros sagrados del Nuevo Testamento mucho ántes del segundo siglo, ó quieren que el número de los Evangelios y epístolas se fijara y determinara mucho despues. Aunque en los primeros siglos de la Iglesia corrieron muchos libros falsos, apócrifos, forjados y corrompidos por los hereges, es indubitable que el número de los libros canónicos y auténticos fué siempre visto con toda distincion y separacion.

El texto original de los libros del Nuevo Testamento es el griego. El Evangelio de S. Mateo al principio se escribió en hebreo (7) ó en siríaco, que era entonces el idioma vulgar de la Palestina; pero muy luego se tradujo en griego. El texto original hebreo todavia se conservaba en el tiempo de S. Epifanio y de S. Gerónimo; pero despues se perdió enteramente. Las alteraciones que en él hicieron los ebionitas y otros hereges antiguos, fueron la causa del abandono y desprecio que padeció en la antigüedad. La traduccion griega que tenemos, y que hoy dia pasa por original es muy anti-

(1) *Ignat. ad Philadelph.*—(2) Tertull. de *Prescript.* cap. 36.—(3) Euseb. *Hist. eccl.* lib. v. cap. 16.—(4) Hieronym. *Catalog. Script. Eccl.* c. 8.—(5) Fragment. MS. Petr. Alex. de Paschate, apud Petrus.—(6) *Vide Theodor. Lect. lib. ii. pag. 537. edit. Va. les. Surianon vita S. Matth. xi. Junii.*—(7) Papias, apud Euseb. lib. vi. cap. 39. *Hist. eccl. Ireneo. Origin. Euseb. Cyrill. Jerusalem. Epiphani. Hieronym. cit.*

gula, y unos la atribuyen á Santiago (1), y otros á S. Juan (2). La version latina, que no es ménos antigua, es de un autor desconocido, pero exacta y fiel.

Algunos (3) pensaron que S. Marcos escribió en latín su Evangelio; pero no ha tenido séquito esta opinion. Otros (4) han querido decir que la carta á los Hebreos en el principio se escribió en hebreo, y después se tradujo en griego; pero no hay prueba alguna de ello, pues nadie la ha leído mas que en griego. Como los autores que escribieron los libros del Nuevo Testamento eran judíos de origen, y acostumbrados desde su juventud á la lengua hebrea ó siríaca, su estilo es muy conforme á estos idiomas, y carece por lo mismo de la hermosura y elegancia que desde luego se percibe en los escritores griegos de aquel tiempo. Ni S. Lucas está exento de estos defectos, sin embargo de ser el que habla con mas pureza. Pero la grandeza ó importancia de estas cosas hacen que se disimulen fácilmente esas faltas. Son tanto mas admirables los efectos de la predicación evangélica, cuanto ménos hay de sabiduría y elocuencia humana: *Non in doctis humanæ sapientiæ verbis, sed in doctrina spiritus* (5).

Como el Evangelio se extendió prontísimamente por diversas partes del mundo, con la misma prontitud se hicieron versiones en diferentes idiomas. Eusebio (6) dice que en su tiempo, es decir en el siglo cuarto, ya estaba traducido el Evangelio en todos idiomas, escrituras y caracteres, de modo que se había extendido por todas las naciones. Pero como de todas las lenguas la latina y siríaca sean después de la griega las mas comunes, es muy creíble que en estas lenguas se hicieran las primeras versiones del Nuevo Testamento.

Los Siros están persuadidos de que la version siríaca del Nuevo Testamento es del tiempo del rey Abgar, quien envió, se dice, una embajada á Jesucristo, ofreciéndole un reino en su ciudad de Edesa. S. Tadeo enviado á este príncipe por Jesucristo, trabajó en esta version. Pero tanto la embajada de Abgar á Jesucristo, como la deputación de S. Tadeo de parte de Jesucristo á este príncipe, se reputan muy inciertas, por no decir otra cosa. Por tanto, todo lo que no es una consecuencia de esto, queda en el mismo grado de incertidumbre. Valton, sin entrar en el exámen de este hecho, cree que esta version es de los tiempos apostólicos, y su principal fundamento es que ni la segunda epístola de S. Pedro, ni la segunda de S. Juan, ni la de S. Judas, ni el Apocalipsis se encuentran en sus libros; lo cual hace pensar que su version fué hecha antes que estas cuatro piezas fueran admitidas en el canon; pero los Siros seguramente las creen canónicas, y en siríaco las conservan como lo demas del Nuevo Testamento. Valton tambien las hizo imprimir en su poliglota; y si en algunas biblias siríacas no se hallan, es porque estas cartas son muy raras y ménos usadas que los otros libros del Nuevo Testamento.

(1) *Synops. S. Script. seu Author. addition. in fine Synops.* Lo cual puede significar, que Santiago lo explicaba á los ántes.—(2) *Theophyl. Ex font. laetana.*—(3) *Ita Syr. Arab. MS. quibus Græci. Baron. Selden.* Véase el prefacio puesto en el principio del Evangelio de S. Marcos.—(4) *Clem. Alex. apud Busch. Hist. eccl. lib. vi. cap. 34. Hier. n. Catalog. voce Paul. Vide et Theodoret. 4c.*—(5) *1. Cor. n. 13.*—(6) *Euseb. in Hist. xiv. 26.*

Algunos atribuyen esta version á Tomas, obispo de Heraclea; pero este cuando mas solo fué revisor y corrector; pues ella subsistió muchos siglos ántes que Tomas fuese á Egipto para corregir los ejemplares siríacos por los ejemplares griegos del monasterio de S. Antonio. Desde este tiempo han acostumbrado los Siros corregir sus ejemplares por los de Tomas, que entre ellos son tenidos por los mejores (1).

Algunos siros (2) han pretendido que S. Marcos Evangelista, habiendo escrito primero en latín su Evangelio, lo tradujera en el hebreo vulgar de aquel tiempo, esto es, en siríaco, y pudiese después en el mismo idioma los otros libros del Nuevo Testamento. M. Simon (3) ha creído que la version siríaca no se hizo ni en Antioquia ni en la Siria propiamente tal, donde era muy comun el griego, sino mas allá del Eufrates, donde únicamente se hablaba el siríaco. No es conveniente esta conjetura, pues aunque fuese comun el griego en Antioquia y en las grandes ciudades del país, no habia inconveniente para que tambien se hablara el siríaco especialmente en la aldea. En este mismo país escribieron en siríaco S. Efreñ en el cuarto siglo, y Moise Bar-Cefa en el décimo, y vemos en los concilios muchos obispos que no entendian otro idioma que el siríaco.

Vidmanstad y Fabricio son de sentir que el Evangelio de S. Mateo se conserva original entre los Siros; y á la verdad qué necesidad habia para traducirlo en siríaco, cuando desde su origen estaba en este idioma? Pero para convencerse de que la version siríaca de S. Mateo se hizo sobre el griego, bastará compararla con el original en esta lengua: desde luego se hecha de ver el fraseo griego en toda la version, aun con los defectos propios de esta lengua; y es preciso que el ejemplar griego sobre que se hizo sea de los mas antiguos, copiando ántes que se introdujera el uso de poner acentos sobre las vocales, y escrito en letras mayúsculas, en las que no están bien separadas las letras; porque en el siríaco se notan faltas procedidas únicamente del diverso modo de leer, acentuar, puntuar, y separar en el griego las palabras (4).

Hay tambien otra cosa muy notable, y es, que el siríaco es enteramente conforme al griego que siguió el autor de la Vulgata; de manera que el se encuentra con ella en todos aquellos lugares en que ella se aparta del griego impreso ó de los manuscritos. Tanta es esta conformidad, que por ella sospecho al principio M. Mille (5) que el siríaco se habia formado sobre la version latina; pero examinado mejor el punto, reconoció que era insostenible su conjetura.

La version latina del Nuevo Testamento es casi tan antigua como los mismos originales; se hizo en los tiempos apostólicos; pero con precision no se sabe cuando ni por quien. Estando el imperio romano muy extendido, y siendo en todo el muy comun la lengua latina, muchas personas emprendieron desde el principio hacer versiones de la Escritura. Bastábale á un hombre un corto conocimiento de la lengua griega y latina para que se atreviera á traducir algun libro del Nuevo Testamento. Esta era la causa de que se multiplica-

(1) *Euseb. Renaudot. in addend. ad B. Mich. sac. N. P. Jacobi le Long. pág. 659.*—(2) *Gaulel. Pöstel. via narrat Guido Fabric. Boletina. in profat. tom. 4. Bull. Polyglott. Antwerp.*—(3) *Simon. Historia del Nuevo Testamento. p. 162.*—(4) *Véanse los prolegómenos de M. Mille. proleg. 1157 y sig.—5) Mille. Proleg. 1219. 1233.*

V.
Versiones de los libros del Nuevo Testamento.

VI.
Version siríaca.

VII.
Version latina.

casen tanto las versiones, que eran ya innumerables, como lo notó S. Agustín (1). Pueden contarse, dice este padre, los que tradujeron el Antiguo Testamento del hebreo al griego; pero no pueden numerarse los que tradujeron las Escrituras del griego al latín: *Qui Scripturas ex hebraica lingua in graecam transtulere, numerari possunt; latini autem interpretes nullo modo. Ut enim cuique primis fidei temporibus in manus venit codex graecus, ausus est interpretari.*

Por esta causa hubo tanta diversidad de lecciones en los ejemplares latinos (2), que obligó al Papa Dámaso á suplicar á S. Gerónimo, que hiciera una nueva version. Entre las versiones antiguas la mas autorizada y con mas generalidad recibida es la *Itálica* (3), llamada tambien la *Coman*, la *Vulgata* (4), ó la *Antigua* (5) que es la mas exacta y expresiva: *Verborum tenacior, cum perspicacitate sententiarum* (6). Después de la version de S. Gerónimo se han recogido algunos fragmentos ó libros, como el Evangelio de S. Mateo, la Epistola de Santiago, Job, los Salmos y algunos otros que se han publicado en la nueva edicion de S. Gerónimo y en un pequeño volumen por separado. Es de esperar que se encuentre la antigua *Vulgata* de todo el Nuevo Testamento después del descubrimiento que hemos hecho del manuscrito de Corbie, que contiene indubitablemente los cuatro Evangelios de esta antigua version. Nobilito intentó restablecer la antigua *Vulgata* en su edicion romana; pero como los padres de quienes tomó muchos fragmentos, citaban frecuentemente de memoria esta version, no hay seguridad alguna de que en esta obra esté completa la verdadera antigua *Vulgata*. Posteriormente el abate Sabatier, benedictino, colectó y publicó cuanto pudo encontrar de esta antigua *Vulgata*, así de lo que pertenece al Antiguo como al Nuevo Testamento.

Cuando dice S. Gerónimo (7) que tradujo el Nuevo Testamento: *Novum Testamentum graecae reddidi auctoritati*, no se debe pensar que concluyera esta version con tal novedad, que nada quedara de la antigua. El mismo nos advierte (8) que hizo las ménos mutaciones que pudo, y conservó en cuanto le fué posible los modos antiguos de hablar; advertencia que no contribuyó poco para que por toda la Iglesia se recibiera su traduccion, y se olvidara la antigua. Permanecen sin embargo muchos monumentos de la antigua *Itálica* así en la *Vulgata* que tenemos hoy, como en los padres y manuscritos, tales como el de Clermont y de S. German-des-Pres, griego y latino, para discernir lo que es del intérprete antiguo de lo que nos viene de S. Gerónimo.

M. Mille nota que el intérprete latino de S. Mateo era fiel y exacto hasta tocar en escrupuloso; de manera que frecuentemente sin perdonar el trabajo de la gramática, expresaba en su texto el caso, el género y régimen de los nombres y verbos griegos. Es de opinion de que el intérprete latino de S. Marcos es diferen-

(1) Aug. lib. ii. cap. 11. de Doctr. Christ.—(2) Hieron. praef. in quatuor evangel. *Tot enim sunt exemplaria, pene quot codices.*—(3) Aug. l. ii. de Doct. Christ. c. 15.—(4) Hieron. in Isai. xix. et xxix.—(5) Gregor. Magn. praef. Moral.—(6) Aug. de Doct. Christ. l. ii. c. 15.—(7) Hieron. ad Lucianum, ep. olim. 22. nunc 52. *novor edit.*—(8) Hieron. praef. in quatuor Evangel. *ad Damas. ita saltem temperavimus, ut his tantum quae scilicet videbantur vitiosa correctae, reliqua manere potuerunt ut fuerant.*

te del de S. Mateo; porque se sirve de diversos términos para declarar una misma cosa, y porque algunas veces conserva mejor la fuerza de las voces griegas. Por estas razones juzga, que el intérprete de S. Lucas es distinto tambien de los dos primeros y de el de S. Juan; pero temo que sea una pura sutileza esta critica. ¿Qué traductor latino habrá que sea siempre uniforme en el uso de unas mismas palabras, y cuyo estilo sea igual, teniendo que traducir literalmente autores de estilo y gusto diferentes del suyo, por ejemplo de S. Mateo, S. Lucas y S. Juan?

No están todos de acuerdo sobre si la version arábica del Nuevo Testamento se hizo sobre el texto griego ó sobre el siríaco. M. Simon (1) es de sentir que está hecha sobre el siríaco; Badvel y Walton, sobre el griego (2). M. Mille (3) que con exactitud ha comparado la version siríaca y árabe con el texto griego, muestra muy bien que la árabe no está formada sobre el siríaco, pues se aparta de él en muchas partes, y principalmente en el modo de leer los nombres propios de lugar, de ciudad y de provincia. Erpenio (4) cree que los cuatro evangelistas los tradujo del griego en árabe un Nesulaman, hijo de Azalkefat, y lo demas del Nuevo Testamento fue traducido sobre el siríaco por un autor desconocido; opinion que han seguido algunos otros sabios.

La version etiopiana del Nuevo Testamento está hecha sobre un ejemplar alexandrino muy exacto (5), aunque el traductor no fué muy feliz en expresar la fuerza del griego, sea porque no lo entendió con perfeccion, ó sea porque no cuidó mucho de ello. El diverso estilo que se nota en diferentes libros del Nuevo Testamento, da motivo para juzgar que la version de toda la obra no es de un solo autor (6). En lo general, la version de los cuatro evangelistas es mas fiel y correcta que la de los otros libros, en los cuales el traductor se tomó algunas veces la libertad de comentar. Tambien se notan de cuando en cuando algunos huecos que los editores se han visto precisados á llenar recurriendo á los ejemplares griegos ó latinos.

Se ignora el tiempo y el autor de esta version. Es muy creíble haberse hecho al principio de la conversion de los Etiopes, acaecida segun unos en el cuarto siglo en tiempo de S. Atanasio, ó segun otros en la mitad del sexto en tiempo del emperador Justiniano. Algunos atribuyen esta version á los monjes que envió Frumencio á los Etiopes nuevamente convertidos (7), y otros al mismo Frumencio. Se nota en esta version una grandísima conformidad con el antiquísimo manuscrito alexandrino que hoy dia se conserva en Inglaterra, pues en ella se ven defectos que no pueden venir mas que de dicho manuscrito ó otro semejante.

M. el abate Rennudot (8) no está muy persuadido de la grande antigüedad que se atribuye á las versiones etiopes. Cree que son tomadas de las versiones coptas ó egipcias, las cuales están hechas

VIII.
Version e.
etiopiana cop.
ta ó egipcia.

IX.
Version e.
etiopiana cop.
ta ó egipcia.

(1) M. Simon, Hist. crit. del Nuevo Testamento, c. 18.—(2) Badvel in ep. i. Joann. ad calcem. Walton. Prolegom. c. 14. num. 23.—(3) Mille. Prolegom. 1295.—(4) Erpenio. praefat. in N. T. Arab. editum. Leid. 1618.—(5) Mill. Prolegom. 1472.—(6) Hieron. Prolegom. 1188.—(7) Vide Ludolf. Hist. Aethiop. l. iii. c. 4. et ep. ad Hottinger. et Hottinger. Dissert. 3. de Translacione Bibl. in ling. vernac.—(8) In eodem. ad Biblioth. sacrae. P. le Long, p. 686.

sobre manuscritos antiguos de Egipto, de donde nace la conformidad que se nota entre la etiope y el manuscrito alejandrino. Por lo demás conviene observar que la lengua etiope en que se hizo esta version, no es la que en el dia de hoy hablan comunmente estos pueblos, sino una mas antigua, al presente inusitada (1), que los etiope hablaban antes de haber dejado la ciudad de Axum.

La version copta ó egipcia nunca se ha impreso, aunque lo merecia con mas razon que otras orientales que han visto la luz pública, como la arabe y la persa, no siendo esta última mas que una version de otra version. La copta se formó sobre antiguos y excelentes manuscritos. M. Mille en su edición del Nuevo Testamento nos muestra muchas variedades de lecciones sacadas de ejemplares coptos por el empeño de M. Marechal, y ya se habian impreso otras muchas en el Nuevo Testamento de Oxford del año 1673.

Algunos creen (2) que desde los tiempos de S. Antonio, es decir al principio del siglo cuarto ó fin del tercero, existia ya una version egipcia, supuesto que este santo que solo entendia el egipcio (3), sabia de memoria una gran parte de la Escritura, y con mucha oportunidad la aplicaba en sus discursos. El P. Kircher (4) es de parecer que los libros santos comenzaron á traducirse en lengua copta hacia la mitad del quarto siglo. Su prueba es, que en un antiguo martirologio copto se lee, que en ese tiempo era la principal ocupacion de los monjes traducir en lengua copta los sagrados libros que estaban en griego, en hebreo y en caldeo. M. Pík (5) fija las traducciones coptas hacia el siglo octavo ó poco antes. La copta es la lengua matriz y primitiva, y ella es el antiguo idioma egipcio, aunque alterado.

Hay dos versiones persas: una mas reciente hecha sobre el griego, traducida é impresa por el cuidado de Abraham Veelech, profesor del árabe en Cambridge, y la otra mas antigua y mejor hecha sobre el siríaco, é impresa en la poliglotta de Valton (6). Esta es mas fiel, aunque algunas veces se aparta del texto, y agrega giros poco necesarios.

Los Armenios pretenden que la version de la Escritura en su lengua sea del tiempo de S. Juan Crisóstomo [7]. Se la atribuyen á dos hombres, el uno llamado Moises el gramático, y el otro David el filósofo. Está trabajada enteramente sobre el griego, así por lo perteneciente al Antiguo Testamento como en lo que toca al Nuevo. El año 1666 se imprimió en Amberes y despues en otras muchas partes.

Algunos (8) atribuyeron esta version á S. Juan Crisóstomo, quien la trabajó, dicen, durante su destierro en Cucusa. Otros asientan (9) que el bienaventurado Mesropas, deseando dar á su nacion una traduccion de la Escritura en lengua armenia, envió en el reinado

(1) Ludolf. *Hist. Æthiop.* l. 1. c. 15. n. 6. 10. 11. 20.—(2) Vide Jacob. de Long. *Bibl. sac.* t. 1. c. 2. sect. 2.—(3) Pallad. *Hist. Lasciv.* c. 26.—(4) Kircher *Prodrom. Copt.* c. 8. Ita et Simon *Dispos. crit. de variis Bibl. edit.* c. 21.—(5) Pík. *Epist. ad V. Cl. Mill. Prolegom. ad Novum Test.*—(6) Vide Mill. *Prolegom. in N. T. G. Prolegom.* 1369.—(7) Usnam, *obispo de Armenia en casa de M. Simon. Hist. crit. del V. T. N.* n. c. 16.—(8) Georg. Alex. *qui claruit an. 629. et post eum Sixt. Sen. l. vi.*—(9) *Actus vitae S. Mesrop. apud P. de Long. Bibl. sac.* c. 2. sect. 2 p. 220.

de Teodosio el joven, dos discípulos suyos, Eznard y José, á Edessa, para que allí la trabajaran, y ellos tradujeron los libros santos sobre el siríaco; pero esta asercion no es mejor fundada que la antecedente. Es constante que la version armenia está formada sobre el griego (1), aunque se ignora su autor.

El autor de la version gótica es Ulfilas, obispo de los Godos (2), que vivia hacia el año 380 de Jesucristo. Sócrates, Sozomeno y Filostorgo dicen que inventó los caracteres góticos, los comunicó á su nacion, y tradujo en su lengua toda la Escritura, ménos los libros de los Reyes: porque estando, se dice, estos libros llenos de historias de guerras y combates, temia que su nacion que era muy belicosa, se encendiese y se incluisse mas á la guerra.

Esta version se perdió enteramente por mucho tiempo, hasta que se encontraron algunos fragmentos en un manuscrito de la abadía de Verden cerca de Colonia. Estaba escrito este manuscrito en un antiquísimo pergamino, siendo de plata las letras del cuerpo de la escritura y de oro las iniciales, por lo cual tenia el nombre de *Código de plata*. Cayó este raro monumento en poder de M. de la Gardie, canceller de Suecia, que lo compró en quinientos ducados. A Francisco Junio le permitió sacar una copia, que hizo imprimir en 1665 con las notas de M. Marechal y un lexicon para su inteligencia.

Ulfilas era arriano; pero sea que él emprendiese esta version ántes de caer en el arrianismo, sea que la buena fe que ostentaba, ó sea que el temor de ser convencido de falsedad lo contuviese, lo cierto es, que los pasages mas fuertes contra esta heregia se hallan muy bien expresados en su traduccion. Un sólo lugar hay del capítulo xii de S. Juan que podría hacerlo sospechoso; pero comparando este pasage con otros del mismo traductor, queda enteramente justificado de mala fe. Siguió este autor un original griego antiguo y muy correcto, y lo tradujo con tal fidelidad, que hizo muy sensible la pérdida del resto de un monumento tan precioso.

La mayor utilidad que ha podido sacarse de estas versiones, es el saber por su medio el modo de leer los ejemplares antiguos sobre que ellas se hicieron por lo demás en el dia se sabe el griego tan bien como lo sabian los traductores antiguos; y es de presumir que en este particular no ceden nuestros modernos. No todos convienen en la verdadera y antigua leccion de los originales griegos, por la variedad que en esta lengua tienen al presente dichos origines; siendo muy conveniente saber cómo leian los antiguos, para fijar de este modo la leccion de nuestros ejemplares.

Nada diremos en este lugar de las traducciones modernas latinas, ó de las que se han hecho en lengua vulgar; esto nos desviaria de nuestro asunto sin sermos de grande utilidad.

(1) Mill. *Proleg.* 1402.—(2) Vide Mill. *Proleg.* 1396 et *prefat. in Novum Test. goth.*

PREFACIO

SOBRE

LOS SANTOS EVANGELIOS.

Siendo el Nuevo Testamento el que aclara y explica el Antiguo, y siendo uno mismo el Espíritu que ha hablado en ambos, ha guardado este Espíritu divino la misma economía en los libros que lo componen, y que él ha dictado. En el Antiguo Testamento hay libros de la ley, históricos, sapienciales y profetas; y tenemos igualmente en los santos Evangelios la ley, en los Hechos apostólicos la historia, la sabiduría y moral en las epístolas, y la profecía finalmente en el Apocalipsis de S. Juan. Mas entre estos libros divinos hay tal relación, que así como los de Moisés, que comprenden la ley de los Judíos tienen el primer lugar en el Antiguo Testamento, así también los cuatro Evangelios que contienen la ley de los Cristianos se han mirado siempre, y con razón, como los más excelentes entre los libros del Nuevo Testamento, y como el fundamento de los demás.

Es indubitable que estos últimos son de grandísima utilidad, pues las epístolas de los apóstoles explican del modo más santo y elevado los misterios de nuestra fe; el Apocalipsis por sus predicciones y promesas, nutre y aumenta la esperanza de los fieles; y los Hechos de los apóstoles hacen ver en los primeros hijos de la Iglesia una caridad fervorosa que no hacia de todos ellos sino una sola alma y un solo corazón. El Evangelio no solamente nos es útil, sino necesario; porque es cierto que la vida cristiana, en la cual nadie espere salvarse, debe formarse sobre los preceptos y sobre la misma vida de Jesucristo; y es evidente que sin el Evangelio ningún conocimiento tendríamos de la vida de este divino Salvador, ni de las instrucciones que dió á los hombres.

Esta es la razón porque entre los primeros cristianos que estaban criados en el respeto y amor particular al Evangelio, cuyo precio conocían, había algunos que lo traían continuamente sobre su corazón: otros llevaban una parte pendiente del cuello; y hubo también algunos que no resolviéndose á separarse de él ni aun en la muerte, determinaron llevarlo consigo hasta el túmulo. No contentos con haberlo hecho su compañero inseparable en todas sus peregrinaciones en la tierra, querían sepultarse con él, y que en el silencio y tinieblas del sepulcro fuese, por decirlo así, el testigo de su esperanza, así como es la base y fundamento de la de todos los cristianos.

Finalmente, sabemos el aprecio y veneración debida al libro de los santos Evangelios, por la costumbre que siempre se ha observado, de colocarlos sobre un trono en medio de la Iglesia congregada en los concilios, y por la que aun el día de hoy se observa en

las grandes iglesias, donde lo conducen con magestad y pompa al lugar destinado para leerlo al pueblo en medio de los sagrados misterios. La razón de la primera costumbre justifica la segunda; pues como nota S. Clemente Alejandro, el Evangelio nos representa al mismo Jesucristo como presente en los misterios y en todas las acciones de su vida, y se oírán hasta el último día de los siglos sus palabras en las instrucciones divinas que dió á toda su Iglesia.

Es indispensable concebir la mas alta idea de este libro, aun cuando solo se considere como historia de la vida, acciones y sufrimientos del Salvador del mundo, y como el fundamento de la religión cristiana que vino á establecer en la tierra. Se puede mirar mas particularmente como el libro de los Cristianos, y el libro de los hijos de Dios. Por él conocen su adopción divina y nuevo nacimiento en Jesucristo. En él descubren los derechos y prerogativas de este nacimiento celestial; aprenden la santidad y sus obligaciones, y en él deben estudiar las leyes y máximas sobre las cuales deben formar sus costumbres y arreglar su vida, para no hacerse indignos de esta augusta cualidad que no tiene semejanza sobre la tierra. Este es el título original que encierra la promesa y la prueba de la herencia del cielo, el pacto de la nueva alianza entre Dios y el hombre, y el código divino, por decirlo así, donde están escritas las leyes fundamentales del reino de Dios. Es, como lo llama S. Pablo, el *Evangelio de la salud* (1), que nos manifiesta cómo Dios nos ha predestinado en Jesucristo para una vida inmortal; como nos dió á su Hijo por la encarnación; cómo este Hijo ha obrado en la tierra nuestra salud por los misterios de su vida y de su muerte; y cómo finalmente, nos ha ungido, marcado y sellado con el sello de su Santo Espíritu, poniéndolo en nuestros corazones, para grabar sobre ellos su ley, para hacernos anárta, cumplirla, y tener la seguridad y la prenda de la gloria que nos está reservada en el cielo.

Por lo dicho es bien juzgar, que una de las mas justas y legítimas inclinaciones de un cristiano hijo de Dios y miembro de Jesucristo, es la que lo estimula á leer el Evangelio. Puede decirse que es un instinto que le da el Espíritu de Dios desde el bautismo, y que le hace poner en este libro divino sus mayores delicias, siempre que el amor de las cosas del mundo y la violencia de las pasiones no lo sofocan en su corazón, fijándolo á los bienes sensibles, por los cuales se disgusta de lo que le anuncia el Evangelio. También se ve que á medida que el amor de estas cosas divinas se renueva en el corazón, se ve renacer en él el gusto de la palabra evangelica; y que este gusto se pierde proporcionalmente, según que el corazón se desvia de la santidad del cristianismo, y no vive según el espíritu de la adopción divina; pudiéndose aplicar justisimamente á los hijos del siglo lo que Jesucristo dijo á los Judíos que se gloriaban de ser hijos de Dios: *El que es hijo de Dios, oye sus palabras; y por eso vosotros no las escucháis, porque no sois hijos de Dios* (2).

No es solamente una inclinación de los hijos el querer escuchar á sus padres y ser instruidos por su misma boca; sino que es

(1) *Epíst. 1. 13.*—(2) *Joa. vii. 37.*
TOM. XIX.

I.
Económica
de los santos
Evangelios
entre los li-
bros del Nue-
vo Testamen-
to.

H.
Cada vez
más se debe
ser á los
cristianos la
lectura del
Evangelio.

una obligación de los padres instruir personalmente á sus hijos y hacerlos escuchar su voz: es un derecho que Dios siempre se ha reservado, y del que se ha mostrado coloso en todas las edades y estados de la religión; derecho devolutivo, por decirlo así, propio de Jesucristo como Hijo de Dios por la encarnación, y como fundador y universal sacerdote de la Iglesia cristiana. Queriendo el apóstol S. Pablo recomendar la grandeza y excelencia de la religión cristiana con un magnífico elogio, no creyó encontrar un principio más grandioso que estas palabras: *Dios nos ha hablado por su Hijo* (1), y el Señor es por quien se nos ha anunciado la salud (2). Es decir, que Dios ha querido tratar con nosotros y hacernos saber su voluntad, no por medio de un profeta, ni por Moisés, ni por un ángel, sino por su mismo Hijo. Este es el gran profeta de la Iglesia cristiana, el legislador de la nueva ley, el ángel de la alianza eterna, el doctor de la justicia, que personalmente vino á enseñar sus caminos á la Iglesia, no habiéndola por inspiraciones secretas, palabras confusas, signos oscuros, figuras enigmáticas ó por sueños misteriosos; sino habiéndola por su propia boca, como un amigo á su amigo, como un hermano á su hermano, como un padre á sus hijos, y como un maestro á sus discípulos.

Pero á fin de que este favor y beneficio no se limitara únicamente á los que lo vieron y oyeron mientras vivió en la tierra, Dios encontró un medio por el cual estuviéramos presentes á la persona encarnada de su Hijo con todos los misterios de su vida y de su muerte, y á las instrucciones divinas que dió á sus discípulos; pues su persona y cuerpo adorable se encuentran en el sacramento de la Eucaristía, y su vida y palabras en el libro de los santos Evangelios. Los santos padres no han tenido dificultad en comparar estos dos celestiales dones que Dios hizo á su Iglesia; y el incomparable autor del libro de la Imitación de Jesucristo, tan ilustrado en la ciencia de la salvación, sin embarazarse declaró abiertamente la vehemente inclinación de su corazón hacia estos dos objetos. «Siento, dice este santo hombre, que dos cosas me son tan necesarias, que si me faltaran no sería insupportable la vida. Encerrado en la cárcel de este cuerpo, necesito alimento y luz. Vos me dais vuestra carne sagrada para sustento de mi alma y de mi cuerpo, y me dais vuestra palabra para antorcha que ilumine mis pasos. No, no podría yo subsistir sin estas dos cosas, porque vuestra palabra es la luz de mi alma, y vuestro sacramento el pan con que ella vive (3).»

III.
Instrucciones
que contiene
en los
santos Evan-
gelios.

No será difícil entrar en los sentimientos de este excelente maestro de la piedad cristiana, considerando que el Evangelio contiene la ciencia del Salvador y de la salvación. Pero como ni uno ni otro pueden conocerse bien, si no se conoce el hombre corrompido y su corrupción por el pecado, puede decirse también que el Evangelio es una viva imagen de aquellos dos hombres en quienes se encierra de alguna manera todo el género humano, como se explica S. Agustín (4): *Ut totum genus humanum quodammodo sint homines duo, primus et secundus*. Todo el género humano, dice este

padre, puede reducirse á dos hombres, que son primero y segundo. Pertenecen al primero los que nacieron de él; y el segundo los que en él son reengendrados. Estos son los hombres que debemos conocer por el Evangelio. El hombre Dios anonadado por nosotros, objeto grande de nuestra fe, de nuestro amor y confianza; y el hombre pecador que llevamos en nosotros mismos, y que debe ser el objeto de nuestra confusión, de nuestro temor y aborrecimiento, como heredero que es de la iniquidad y soberbia de Adán.

No puede abrirse el Evangelio sin que se nos presente el retrato de este hombre de pecado, principio de todas cuantas desobediencias cometemos contra la ley de Dios. En él vemos dos clases de pinturas, una enigmática y en figuras, y otra sencilla y natural. La primera que es la enigmática, la tenemos simbolizada en los diversos males y enfermedades sobre las cuales se dignó ejercer Jesucristo su misericordia y poder, curando á los que estaban tocadas de ellas. Porque los santos padres nos enseñan, que cuando nuestro Salvador ha dispensado estos beneficios á los enfermos que ha sanado, á los muertos que ha resucitado y á los poseídos que ha libertado del poder del demonio, lo ha hecho de modo que al tiempo que daba pruebas evidentes de su divinidad con estos maravillosos efectos de su soberano poder, hacia conocer á los pecadores las diferentes plagas de que adolecían sus almas por el pecado de Adán; la muerte de alma y cuerpo que es la pena, y la deplorable esclavitud en que nacemos bajo el imperio de Satanas. Este poder que el Salvador ejercía sobre los cuerpos era solamente una figura y preludio del que había venido á emplear en favor de las almas, librándolas de la tiranía del demonio, de la muerte del pecado, y de las dañosas consecuencias de estas enfermedades. Aquel, pues, que leyendo el Evangelio quiera hacerse cargo y conocer lo que es el hombre viejo, el hombre corrompido, el hijo de Adán, el pecador caído del feliz estado en que fue criado; más claro: quien quiera conocerse á sí mismo, lo conseguirá observando las diversas enfermedades que describe el Evangelio. En el ciego de nacimiento y en todos los otros verá la ceguedad é ignorancia con que nacemos con respecto á Dios y á nuestras obligaciones; en el paralítico, la impotencia voluntaria en que caímos por el pecado, no haciendo lo que á Dios agrada en orden á nuestra salvación; en la fiebre ardiente de la suegra de S. Pedro, el ardor de la concupiscencia que abrasa nuestro corazón; en el que padecía el flujo de sangre, la costumbre de los vicios carnales; en el sordo y mudo, la sordera de corazón en orden á Dios no queriendo oír su voz, y el injusto silencio en que vive un confesando sus miserias, ni pagando el tributo que se debe al Criador; en el hidrópico, la avaricia y codicia de los falsos bienes, cuya abundancia no hace otra cosa que aumentar la sed y causar la hinchazón del corazón, que es el vicio de los ricos; y así de los demás.

Pero el segundo retrato del hombre viejo, es decir, de los vicios é inclinaciones corrompidas que siempre dominan nuestro corazón, si la gracia de Dios no nos previene con sus poderosos atractivos, lo encontramos en la conducta de los escribas y fariseos, en quienes la corrupción del corazón humano se ostenta tal cual el

(1) Hebr. n. 2.—(2) Hebr. n. 3.—(3) De Imit. Christi, l. v. c. 11, n. 4.—(4) Aug. cont. Jul. l. n. c. 163.

es, y en todo su vigor. No podemos ménos que indignarnos contra ellos, viendo su orgullo, su envidia, zelo, avaricia, hipocresía, vanidad, odio implacable contra quien les echaba en cara sus vicios, ceguera y dureza de corazón al ver los milagros de Jesucristo, apego á la superstición, atentados contra la ley divina, inhumanidad y rabia contra cuantos se oponían á sus determinaciones; en una palabra, todos sus otros vicios y cuanta corrupcion ocultaban estos sepulcros blanqueados bajo un exterior religioso y bajo una afectada exactitud en observar ciertas prácticas religiosas de la ley y todas las falsas tradiciones que ellos la habían añadido. Pero al horrorizarnos de la conducta farisáica, es menester que no nos lisonjemos facilmente de estar muy lejos de parecernos á ellos, á lo ménos en algunas cosas. En nosotros mismos tenemos el principio de todos estos vicios; y si ellos no se hacen manifiestos con algunos efectos exteriores, quizá lo harían otros crímenes que no tenían los fariseos. Finalmente, si las inclinaciones de los fariseos no se hallan en nosotros con el mismo grado de corrupcion y malicia que en ellos, tal vez tendremos, cuando ménos, bastante porque temer se pierda nuestra salvacion. Quizá no hay uno que por alguna parte no sea fariseico, y que no encuentre en su corazón algo de levadura de aquellos hipocritas. ¡Ay de nosotros! decía S. Gerónimo, ¡ay de nosotros, qué miserables somos, porque á nosotros han pasado los vicios de los fariseos! *Vas nobis miseri, ad quos phariseorum vitia transierant* (1). Esto hace que por espantosa que parezca la pintura que nos hace de ellos el Evangelio, siempre es muy provechosa á todos; y cada uno debe temer para sí aquella advertencia del Salvador: *Guardaos de la levadura de los fariseos* (2).

Hablando ya del retrato del segundo hombre, este es Jesucristo, Salvador del mundo, gefe y modelo de los cristianos: es á quien todos los que se honran con este nombre glorioso deben estudiar con una aplicación y empeño dignos del mismo de quien lo toman, y llevar también su imagen y semejanza. En qué lugar del Evangelio no se hallará retratado, cuando el Evangelio no es mas que el mismo Jesucristo, que en su palabra aun todavía vive y respira: todavía está obrando los efectos de su omnipotencia divina, sufriendo las humillaciones y oprobios á que está sometido por la union con la humana naturaleza; y todavía está enseñando sobre la tierra las verdades del cielo, y formando para esta patria la Iglesia de los escogidos que viven como extranjeros en este mundo!

Yo creo que en esto aventajamos mucho á los que vieron á Jesucristo, fueron testigos de sus maravillas y oyeron las verdades que salían de su divina boca; pero cuán grande contrapeso encontraban en la enfermedad de su carne, en aquella vida comun, en aquellos oprobios y abatimientos á que se sujetaba escandaloso, que seguía del de verlo crucificado, todavía permanecía. Mas nosotros que al presente recibimos el Evangelio de Jesucristo sellado con la sangre de este hombre Dios, confirmado con su resurreccion y ascension gloriosa, con la mision y operaciones visibles de su Santo Espíritu, con el cumplimiento de las profecías y promesas, con la fe

de tantos pueblos y sangre de tantos mártires que en todas partes han ofrecido con alegría su vida en defensa de este divino libro; nosotros igualmente que recibimos el Evangelio de Jesucristo de mano de su esposa la Iglesia católica; que es decir, de una Iglesia que lo recibió de Jesucristo, de sus apóstoles y sucesores, que de mano en mano por una continuada tradicion lo han transmitido hasta nosotros; de una Iglesia extendida en todas las naciones y en todos tiempos, establecida por milagros y fundada por la predicacion de esta palabra que el mundo entero recibió de boca de doce discípulos pobres, sin ciencia ni apoyo, que es el mayor de los milagros; nosotros, digo, á quienes se nos ha dado el Evangelio con este conjunto de circunstancias y auxilios, en lugar de quejarnos injusta é inútilmente por no haberlo oído de boca del Salvador, debemos darle gracias por habernos hecho nacer en un tiempo en que ya sería una grande y verdadera locura no mirarlo como palabra de Dios, siendo así que en otro tiempo era tenido aun por los gentiles é infieles como un don divino y como el instrumento de nuestra salud, sin estar entonces sostenido y fortificado con un escuadron de pruebas que manifiestan su divinidad.

Recibámoslo, pues, con veneracion y reconocimiento: lémoslo con amor y religion; coloquemos en él nuestras delicias, y usemos de él como de un libro escrito por el mismo Jesucristo; pues es indubitable que él es propiamente el autor de los santos Evangelios; y lejos de abrigar los sentimientos perniciosos y temerarios de ciertos escritores que se han atrevido á decir, que para que un libro histórico, tal como el Evangelio, sea canónico y divino, no es necesaria la inspiracion del Espíritu Santo; digamos mas bien con S. Agustín, que cuando los apóstoles y discípulos escribieron lo que hizo y enseñó Jesucristo, de ninguna manera se diga que no lo escribió Jesucristo, supuesto que nada formaron ellos como miembros suyos, que no se los hubiera él mismo manifestado y dictado. Cuanto quiso que supiéramos de sus hechos y palabras, dice este padre, se los hizo escribir, y es como si él mismo los hubiera escrito (1).

¡Qué consuelo para nuestra fe, tener un fundamento tan firme como este! ¡Qué gozo para nuestra esperanza, tener tanta seguridad de la verdad y de la certidumbre de las promesas que nos hace el Evangelio, como si al presente, nos las hubiera hecho la misma Verdad encarnada! ¡Qué socorro para nuestra caridad, encontrar indefectiblemente en este libro adorable al Mediador sin el cual no podemos ser reconciliados con Dios! El es el camino por donde únicamente se puede ir á Dios; la sola guia que nos puede llevar á él; la luz, fuera de la cual todo es tinieblas; la victima en cuya sangre debemos lavarnos; el sacerdote eterno, siempre presente, y que siempre intercede por nosotros ante Dios; el maestro á quien debemos escuchar; el modelo á quien debe ajustarse nuestra vida; el ejemplo de todas las virtudes que deben asemejarnos á nuestro gefe; de una vez, el gefe adorable, que es como el principio de la vida, fe

(1) Aug. de civ. Dei. l. i. c. 35. Cum illi scriperant, quae ille ostendit et dixit, nonquam dixerunt est quod ipse non scriperit: quandoquidem membra ejus id operata sunt, quod dicente capite cognoverunt. Quisquid enim ille de suis factis et dictis non legere voluit, hoc scriberent illis tanquam suis vestigia imprerit.

(2) *Quero. in Matth. xiii. l. 4.—(2) Matth. xvi. 6. Marc. vii. 15. Luc. xii. 1.*

y espíritu de gracia de sus miembros, y como el soberano juez de vivos y muertos.

Jesucristo quiso que la historia de su vida y el compendio de la doctrina que dió á los hombres, llegase hasta nosotros por cuatro escritores diferentes, que son cuatro testigos, de los cuales dos, que son S. Mateo y S. Juan, refieren lo que vieron; y los otros dos, que son S. Marcos y S. Lucas, lo que oyeron y supieron. Todos cuatro obedecen el impulso del Espíritu de Jesucristo que les hace discernir la verdad que deben testificar, y el mismo les dictó las fieles expresiones del testimonio que deben dar. Muchos de los antiguos y tambien de los modernos han comparado los escritos de los cuatro evangelistas, y han pretendido formar un cuerpo de historia bajo el título de Concordia ó Harmonia. Mas como el texto de los Evangelistas no siempre conserva el mismo orden en los hechos que refieren, de ahí es que los que han intentado reunirlos hayan formado distintos sistemas. La Harmonia griega y latina compuesta por M. Thoynard, é impresa en Paris por Cramoisy en 1707, apareció á poco que D. Agustín Calmet ocupado en su Comentario se propuso dar una Harmonia francesa, y se adhirió al sistema de este sabio tomándolo por fundamento de la obra que meditaba; de suerte que la Harmonia francesa de Calmet es una pura traduccion de la Harmonia latina de M. Thoynard.

He dicho Harmonia latina, porque la griega y latina de este autor se distinguen en que la griega está compuesta de las mismas expresiones de los evangelistas; pero la Harmonia latina es solamente un sumario más ó ménos extenso, en que el autor no siempre conservó las expresiones de los evangelistas. Tal es tambien la Harmonia francesa de D. Agustín Calmet. El sistema de M. Thoynard seguido por D. Agustín Calmet, consiste en que este autor adhiriéndose al orden que siguieron S. Marcos, S. Lucas y S. Juan, aproxima y reúne los textos de estos tres, y en el mismo orden separa el de S. Mateo; es decir, que no traspone texto alguno de S. Marcos, S. Lucas y S. Juan; y las trasposiciones que juzgó necesarias solamente se encuentran en el texto de S. Mateo, aunque esto no se hace sino desde el v. 22 del cap. iv, hasta el v. 13 del cap. xiv. de este evangelista. Supone tambien con bastante verisimilitud, que si en estos diez capítulos el texto de S. Mateo se aparta del orden que los otros tres evangelistas siguieron, pudo fácilmente provenir esto de alguna dislocacion que hubiera en los manuscritos. Semejante dislocacion se ha visto ya, por ejemplo, en el libro de Jeremias, donde sin duda está alterado el orden de los capítulos desde el xx hasta el xxxv; de suerte que en estos diez y siete capítulos, once por lo ménos parecen estar fuera de su lugar, como lo hemos manifestado (1); muy bien, pues, podria haber una dislocacion semejante en el Evangelio de S. Mateo. El fundamento que tuvo M. Thoynard para sospechar esta alteracion, fue parecerle digno de admiracion que el texto de S. Mateo se apartase tanto del orden que siguieron los otros tres evangelistas, y que S. Marcos que solo era como un compendiador de S. Mateo, se uniformase

perfectamente con S. Lucas y con S. Juan (1): *Ab aliorum Evangelistarum ordine a capitis iv. Evangelii sui v. 22 ad ejusdem Evangelii capitis xv. v. 13, plurimum discedit [Matthaeus]. Quod sane mirari subit, cum evangelista Marcus, ejus veluti epitomator cum Luca et Joanne aequo pede in iis omnibus narrandis decurrat, quae apud Matthaeum eae transposita leguntur.* Es muy difícil, siende este autor, el descubrir de donde haya provenido esto, á ménos que no sea por alguna antiquísima alteracion que haya en los ejemplares de S. Mateo: *Quod unde evenerit, nisi ex perturbatione aliqua, eaque antiquissima schedarum evangelistae hujus, difficile est perspicere.*

Por otra parte, la trasposicion que se halla en el Evangelio de S. Mateo, es ménos considerable que la que efectivamente se encuentra en el libro de Jeremias. Es mas natural que M. Thoynard no la haga notar, pues desde luego mostráramos que no hay cosa que nos obligue á extenderla desde el v. 22 del cap. iv hasta el 13 del cap. xiv; y puede decirse que la dislocacion solamente es desde el cap. iv hasta el fin del cap. xiii; y que en estos nueve capítulos tres y medio son los únicos que parecen estar fuera de su lugar: estos son los diez y siete primeros versos del cap. ix, y los capítulos xi, xii y xiii. Todo esto podrá verse en las notas que agregáremos á la Harmonia de D. Agustín Calmet, y en la tabla harmónica que pondremos al principio del prefacio sobre S. Mateo. En todo lo demas el texto de S. Mateo está perfectamente conforme con los textos de los otros tres evangelistas.

Es verdad que algunos intérpretes confunden algunos hechos y palabras que distingue M. Thoynard; pero tambien es cierto que en el Evangelio hay dobles pasages que es menester no confundirlos. Las multiplicaciones de los panes son dos: una de cinco para cinco mil hombres, y la otra de siete para cuatro mil (2). Consta que Jesucristo echó del templo dos veces á lo ménos á los que cambiaban y comerciaban: la primera vez al principio de su ministerio público, segun el testimonio de S. Juan (3), y la segunda al fin; es decir, el día mismo de su entrada triunfante en Jerusalem, como dicen S. Mateo y S. Lucas (4). En esta suposicion, no es extraño que M. Thoynard, por conservar el orden de los evangelistas, ponga que este suceso verificado ya dos veces, se ejecutara tercera vez, es decir, al día siguiente á la entrada en Jerusalem segun el testimonio de S. Marcos (5). Ni debe admirar que este hombre sabio suponga que el leproso, cuya curacion pone S. Mateo despues del sermon del monte (6), sea diverso de aquel cuya curacion ponen S. Marcos y S. Lucas con la del paralítico que se le presentó á Jesucristo en Cafarnaüm (7).

Igualmente es cierto que ha repetido, á lo ménos dos veces Jesucristo, unas mismas palabras. Segun S. Mateo, en el sermon del monte dijo Jesucristo á sus discípulos, que si el ojo ó la mano les escandalizaba, se la echasen fuera y la cortasen (8); y en otra oca-

(1) Thoynardii prolegomena ad Harmoniam, cap. 1.—(2) Matth. xiv. 14. et seq. xv. 32. et seq. xvi. 9. 10.—(3) Joan. vi. 13. et seq.—(4) Matth. xxi. 12. et seq. Luc. xiv. 45. 46.—(5) Marc. xi. 12. et seq.—(6) Matth. xiii. 1. et seq.—(7) Marc. i. 40. et seq. Luc. v. 12. et seq.—(8) Matth. v. 29. 30.

(1) Prefacio sobre Jeremias.

IV.
Notas sobre la armonia de los cuatro Evangelios puesta des-pues de este prefacio, y sobre las diferencias que lo componen.

son segun este mismo evangelista, repitió Jesucristo esta parábola (1). Segun S. Lucas dos ocasiones ordenó á sus discipulos que tomasen la cruz y le siguiesen (2); dos veces les declaró que el que quisiera salvar su vida, la perderia (3); dos veces dijo, que el que quisiera levantarse, sería abatido (4); y dos veces dijo, que al que ya tenia se le diria; y al que no tenia, se le quitara: aun lo que se juzgara que tenia (5). Segun esto, no debe extrañarse que M. Thoynard distinga las palabras que otros confunden. En realidad no es menester trasponer el texto de los evangelistas por evitar repeticiones que se encuentran muy bien en la boca de Jesucristo.

En este lugar daremos la Harmonia francesa de D. Agustin Calmet, que hemos revisado sobre la Harmonia griega y latina de M. Thoynard, revision que nos ha hecho ver el cuidado con que Calmet trabajó esta pieza. Para aclararla mas, la hemos dividido en cinco partes, y formán la division las cuatro pascuas que despues de su bautismo celebró Jesucristo. Hemos conservado los sumarios que D. Agustin Calmet formó, y solamente hemos agregado los números que facilitan el uso de esta Harmonia. Calmet se contentó con poner bajo cada página las citas de los textos que reúna; y nosotros hemos añadido algunas notas, así para denotar la continuacion de los textos, cuando estaba interrumpida, como para justificar la distribucion, principalmente en lo perteneciente á los nueve ó diez capítulos de S. Mateo cuyo orden se ha mudado; y finalmente para aclarar las dificultades que algunas veces se encuentran en la conciliacion de las expresiones que emplearon los evangelistas. Por lo comun la distribucion de los textos está fundada sobre el mismo orden seguido por los evangelistas, así no hay para que detenernos en justificarla, siendo para esto suficientes las citas. Otras dificultades ménos visibles hay en la Harmonia, que no necesitan que sobre ellas digamos de antemano lo que tenemos que decir en las notas que uniremos con el texto. En cuanto á la cronología, D. Agustin Calmet sigue la opinion de M. Thoynard, que fija el nacimiento de Jesucristo tres años antes de la era cristiana vulgar, es decir, el 25 de diciembre del año 4710 del periodo juliano. Tenemos oportunidad de examinar este punto de cronología, y hablaremos sobre el con extension en la disertacion que presentaremos sobre los años de Jesucristo (6). Creemos que la época de la era cristiana vulgar es la verdadera época del nacimiento de Jesucristo; que es decir, que en nuestro juicio el nacimiento debió ser el 25 de diciembre de 4713 del periodo juliano; expondremos nuestras pruebas, y responderemos los argumentos. Segun esta hipótesis sacamos por conclusion, que la concepcion de S. Juan Bautista que M. Thoynard y D. Agustin Calmet ponen en el año 4709 del periodo juliano, debió ser el año 4712; así lo hemos denotado al margen de la Harmonia expresando allí mismo el parecer de Calmet, que es el mismo de M. Thoynard. En cuanto á la época del bautismo y muerte de Jesucristo, convenimos con D. Agustin Calmet y M. Thoynard en que Jesucristo se bautizó el 6 de enero del año 30 de la

(1) *Matth.* xviii. 8. 9.—(2) *Luc.* ix. 23. xv. 27.—(3) *Ibid.* ix. 24. xvii. 33.—(4) *Ibid.* xv. 11. xviii. 14.—(5) *Ibid.* viii. 18. xix. 20.—(6) Se encontrará á continuacion de la Harmonia.

era vulgar, y murió en la cruz el 3 de abril del año 33. Nuestra cronología por tanto no difiere de la de los sres. Calmet y Thoynard sino desde la concepcion de S. Juan Bautista hasta el bautismo de Jesucristo, ó mas bien hasta el principio de la predicacion de S. Juan Bautista en el año 28 de la era cristiana vulgar, porque sobre este punto convenimos con D. Agustin Calmet y M. Thoynard. En cuanto á la pascua que concurrió con la muerte de Jesucristo, Calmet sigue la opinion de M. Thoynard y del P. Lami. El como ellos suponen que Jesucristo no celebró esta última pascua; pero nosotros con la mayor parte de los intérpretes creemos que la celebró, y creemos tambien con el P. Hardouin que no anticipó la celebracion, sino que el 2 de abril que era el 13 de Nisan para los Judios, podia ser el 14 para los Galileos; y en esto nos fundamos para hacer en la cronología la distincion de ocho dias de la gran semana en que se consumaron los misterios de la pasion y resurreccion de Jesucristo. Hoy este número de dias segun el cálculo de los Galileos lo hemos encerrado entre dos paréntesis, para que no se nos impute que queremos atribuir esta distincion á D. Agustin Calmet. Por último, como hemos anunciado en los análisis de los libros precedentes las Disertaciones que tienen relacion con estos libros, así anunciaremos la Harmonia de D. Agustin Calmet, que es en alguna manera un análisis de los cuatro Evangelios, y anunciaremos las Disertaciones que dicen relacion con los textos sagrados de los evangelistas, y se encontrarán reunidas á continuacion de esta Harmonia.

HARMONIA

DE LOS

SANTOS EVANGELIOS,

Ó SEA

BREVE HISTORIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SI-
GUENDO EL ORDEN DE LOS TIEMPOS.

PRIMERA PARTE.

Que comprende lo que pasó desde la concepcion de S. Juan Bautista hasta la primera pascua celebrada por Jesucristo despues de su bautismo.

QUERIENDO Dios prepararle al Mesias un precursor, hizo que se le anunciase á Zacarias, sacerdote de la familia de Abia, el nacimiento

I.
Concepcion
de S. Juan
Bautista.

son segun este mismo evangelista, repitió Jesucristo esta parábola (1). Segun S. Lucas dos ocasiones ordenó á sus discipulos que tomasen la cruz y le siguiesen (2); dos veces les declaró que el que quisiera salvar su vida, la perderia (3); dos veces dijo, que el que quisiera levantarse, sería abatido (4); y dos veces dijo, que al que ya tenia se le diria; y al que no tenia, se le quitara: aun lo que se juzgara que tenia (5). Segun esto, no debe extrañarse que M. Thoynard distinga las palabras que otros confunden. En realidad no es menester trasponer el texto de los evangelistas por evitar repeticiones que se encuentran muy bien en la boca de Jesucristo.

En este lugar daremos la Harmonia francesa de D. Agustin Calmet, que hemos revisado sobre la Harmonia griega y latina de M. Thoynard, revision que nos ha hecho ver el cuidado con que Calmet trabajó esta pieza. Para aclararla mas, la hemos dividido en cinco partes, y formán la division las cuatro pascuas que despues de su bautismo celebró Jesucristo. Hemos conservado los sumarios que D. Agustin Calmet formó, y solamente hemos agregado los números que facilitan el uso de esta Harmonia. Calmet se contentó con poner bajo cada página las citas de los textos que reúna; y nosotros hemos añadido algunas notas, así para denotar la continuacion de los textos, cuando estaba interrumpida, como para justificar la distribucion, principalmente en lo perteneciente á los nueve ó diez capítulos de S. Mateo cuyo orden se ha mudado; y finalmente para aclarar las dificultades que algunas veces se encuentran en la conciliacion de las expresiones que emplearon los evangelistas. Por lo comun la distribucion de los textos está fundada sobre el mismo orden seguido por los evangelistas, así no hay para que detenernos en justificarla, siendo para esto suficientes las citas. Otras dificultades ménos visibles hay en la Harmonia, que no necesitan que sobre ellas digamos de antemano lo que tenemos que decir en las notas que uniremos con el texto. En cuanto á la cronología, D. Agustin Calmet sigue la opinion de M. Thoynard, que fija el nacimiento de Jesucristo tres años antes de la era cristiana vulgar, es decir, el 25 de diciembre del año 4710 del periodo juliano. Tenemos oportunidad de examinar este punto de cronología, y hablaremos sobre el con extension en la disertacion que presentaremos sobre los años de Jesucristo (6). Creemos que la época de la era cristiana vulgar es la verdadera época del nacimiento de Jesucristo; que es decir, que en nuestro juicio el nacimiento debió ser el 25 de diciembre de 4713 del periodo juliano; expondremos nuestras pruebas, y responderemos los argumentos. Segun esta hipótesis sacamos por conclusion, que la concepcion de S. Juan Bautista que M. Thoynard y D. Agustin Calmet ponen en el año 4709 del periodo juliano, debió ser el año 4712; así lo hemos denotado al margen de la Harmonia expresando allí mismo el parecer de Calmet, que es el mismo de M. Thoynard. En cuanto á la época del bautismo y muerte de Jesucristo, convenimos con D. Agustin Calmet y M. Thoynard en que Jesucristo se bautizó el 6 de enero del año 30 de la

(1) *Matth.* xviii. 8. 9.—(2) *Luc.* ix. 23. xv. 27.—(3) *Ibid.* ix. 24. xvii. 33.—(4) *Ibid.* xv. 11. xviii. 14.—(5) *Ibid.* viii. 18. xix. 20.—(6) Se encontrará á continuacion de la Harmonia.

era vulgar, y murió en la cruz el 3 de abril del año 33. Nuestra cronología por tanto no difiere de la de los sres. Calmet y Thoynard sino desde la concepcion de S. Juan Bautista hasta el bautismo de Jesucristo, ó mas bien hasta el principio de la predicacion de S. Juan Bautista en el año 28 de la era cristiana vulgar, porque sobre este punto convenimos con D. Agustin Calmet y M. Thoynard. En cuanto á la pascua que concurrió con la muerte de Jesucristo, Calmet sigue la opinion de M. Thoynard y del P. Lami. El como ellos supone que Jesucristo no celebró esta última pascua; pero nosotros con la mayor parte de los intérpretes creemos que la celebró, y creemos tambien con el P. Hardouin que no anticipó la celebracion, sino que el 2 de abril que era el 13 de Nisan para los Judios, podia ser el 14 para los Galileos; y en esto nos fundamos para hacer en la cronología la distincion de ocho dias de la gran semana en que se consumaron los misterios de la pasion y resurreccion de Jesucristo. Hoy este número de dias segun el cálculo de los Galileos lo hemos encerrado entre dos paréntesis, para que no se nos impute que queremos atribuir esta distincion á D. Agustin Calmet. Por último, como hemos anunciado en los análisis de los libros precedentes las Disertaciones que tienen relacion con estos libros, así anunciaremos la Harmonia de D. Agustin Calmet, que es en alguna manera un análisis de los cuatro Evangelios, y anunciaremos las Disertaciones que dicen relacion con los textos sagrados de los evangelistas, y se encontrarán reunidas á continuacion de esta Harmonia.

HARMONÍA

DE LOS

SANTOS EVANGELIOS,

Ó SEA

BREVE HISTORIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SI-
GUENDO EL ORDEN DE LOS TIEMPOS.

PRIMERA PARTE.

Que comprende lo que pasó desde la concepcion de S. Juan Bautista hasta la primera pascua celebrada por Jesucristo despues de su bautismo.

QUERIENDO Dios prepararle al Mesias un precursor, hizo que se le anunciase á Zacarias, sacerdote de la familia de Abia, el nacimiento

I.
Concepcion
de S. Juan
Bautista.

Año del per. jul. 4712. * Segun Cal. met. 4709. Véase la Disertación sobre los años de Jesucristo.

to de un hijo que debía llamarse Juan (1). Estaba Zacarías en el lugar santo donde se ofrecía el incienso al Señor, cuando el ángel Gabriel se le apareció y le anunció esta nueva. No dando crédito a las palabras del ángel quedó mudo en aquel mismo instante. Isabel su esposa concibió poco después del regreso de Zacarías a su casa en Hebron. (La época de la concepción y nacimiento de S. Juan Bautista está determinada por la de la concepción y nacimiento de Jesucristo, y á continuación de esta Harmonía se examinará en una Disertación particular lo concerniente á los años de Jesucristo).

II. Anunciación y Encarnación de Jesucristo.

Pasados seis meses el ángel Gabriel fué enviado á Maria, esposa de José, y le anunció el nacimiento futuro del Mesías, que debería llamarse *Jesús*; y Maria concibió por obra del Espíritu Santo (2). (La genealogía de Jesucristo será el asunto de una Disertación).

III. Visitación.

Poco tiempo después de haber concebido Maria, partió para Nazaret á visitar á su prima Isabel, que seis meses contaba de estar en cinta del precursor del Mesías. No bien oyó Isabel la voz de Maria, cuando llena de gozo sintió que su hijo daba saltos en el vientre. Por una luz sobrenatural conoció toda la grandeza de aquella que había venido á visitarla, y Maria por su parte dió gracias al Señor en un cántico (3) que entonó, y se mantuvo tres meses con Isabel.

IV. Nacimiento de S. Juan Bautista.

Entre tanto Isabel parió con felicidad, y sus parientes vinieron á darla el parabien. Al octavo día en que debía circuncidarse el niño, querían los parientes ponerle el nombre de Zacarías; pero Isabel quiso que se llamara Juan. Por señas se le pidió al padre que manifestara el nombre que se le había de imponer; y él habiendo pedido la tableta escribió en ella: Juan es su nombre. Entonces se desató su lengua, y comenzó á bendecir á Dios con un cántico que compuso al momento, estando lleno de un santo entusiasmo del Espíritu Santo (4).

V. Suscepción de S. José.

Habiendo vuelto Maria á Nazaret, José su esposo percibió su preñez: él bien sabia que no la había tocado; mas como era un hombre justo, no quiso aplicarla el rigor de la ley, sino repudiarla secretamente. Penetrado estaba de estos pensamientos, cuando el ángel del Señor se le apareció en el sueño y le descubrió el misterio. José entonces la retuvo en su compañía, la miró como su esposa (5), y la trató como hermana suya. (Todo lo que perteneció á S. José se examinará en una Disertación).

VI. Nacimiento de Jesucristo.

Casi á los nueve meses después de la encarnación del Hijo de Dios, se publicó un edicto del emperador Augusto, ordenando que cada cabeza de familia se matriculase en el lugar de su nacimiento u origen. José partió de Nazaret con Maria su esposa para Belen que era el lugar de su origen. Se hospedaron en una hostería pública de la ciudad, en donde Maria parió á su primogénito. Mas como este lugar no prestaba comodidad para poner al niño, la fué preciso recostarlo en un pesebre de bestias (6).

VII. Los pastores.

Al punto que el Salvador nació en Belen, el ángel del Señor anunció el nacimiento á los pastores que en las cercanías estaban

(1) Luc. 1. 5.25.—(2) *Ibid.* 1. 26.38.—(3) *Ibid.* 1. 39.56.—(4) *Ibid.* 1. 57. *ad finem.* (Lo demás se halla en el artículo vi.)—(5) *Matth.* 1. 18. *et finem.* (Lo demás en el art. ix.)—(6) *Luc.* 1. 17.

por la noche en vela, apacentando sus rebaños. Partieron los pastores y se encaminaron á la hostería de Belen, donde hallaron á Maria, á José y al niño en el pesebre. Ellos publicaron todo lo que vieron y oyeron, y cuantos supieron lo que pasaba se llenaron de admiración (1).

Ocho dias después del nacimiento del Hijo de Dios se procedió á su circuncisión, y se le impuso el nombre de *Jesús*, segun estaba ordenado por el ángel (2).

Poco tiempo después vieron los magos del Oriente á Jerusalem, guiados de una estrella que al nacer Jesus se les apareció. Con su llegada toda la ciudad se conmovió, especialmente luego que los oyeron decir que venian buscando al rey de los Judios que acababa de nacer, y habian visto su estrella en el oriente. Heródes, enfermo entonces en Jericó, hizo que se le presentaran los sacerdotes, para saber de ellos el lugar en que debía nacer el Mesías. Ellos le respondieron que en Belen. Lo cual oido, hizo que vinieran secretamente los magos, y les dijo que saliesen y sollicitasen al nuevo rey, y que tan pronto como lo vieran volvieran á informarle, á fin de que él tambien fuese á adorarle. Los magos se pusieron en camino, y la estrella que vieron en el oriente volvió á presentárselos de nuevo conduciéndolos hasta Belen, donde se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño, lo adoraron, y le ofrecieron sus dones. A la siguiente noche se les apareció un ángel en el sueño, y les dijo que no volvieran á la corte de Heródes. Tomaron pues otro camino, y regresaron á su país (3). (En una Disertación particular se examinará todo lo que toca á los magos de quienes se ha hablado, y de la estrella que se les apareció.)

X. Purificación de Maria.

Cuarenta dias después del nacimiento de Jesus, habiendo ya Maria cumplido el tiempo de su purificación, salió de Belen para Jerusalem, con el fin de presentar á su Hijo en el templo del Señor, y ofrecer las victimas que prescribía la ley á las mugeres después de su parto. El santo viejo Simeon lleno del Espíritu Santo vino en esa misma hora al templo, y tomando al niño en sus brazos, dió gracias á Dios, diciéndole que ya saldría contento de este mundo, pues habia visto al Salvador, que era la esperanza de Israel. Predijo á Maria que su corazón seria traspasado de dolor, y que su Hijo seria la ruina y resurrección de muchos. Tambien estaba al mismo tiempo en el templo una santa viuda llamada Ana, hija de Pannuel, la que bendijo á Dios por lo que habia visto, y lo publicó por todo Israel (4).

XI. Huida á Egipto.

Pasado esto, Maria y José partieron para Nazaret en Galilea; pero apenas llegaron á este lugar, cuando un ángel advirtió á José en sueños que llevase el niño á Egipto, porque Heródes desde luego lo haria buscar para darle la muerte. Obedeció José y camino para Egipto (5).

(1) *Luc.* 1. 20.—(2) *Ibid.* 1. 21. (Lo demás en el art. i.)—(3) *Matth.* 1. 18. (Lo demás en el art. ix.)—(4) *Luc.* 1. 22.38. (Lo demás en el art. i.)—(5) *Matth.* 1. 13.15. (Calmet dice, que esta acción comanda Maria y José preparaban su vuelta á Nazaret; pero el texto de S. Mateo expresa clarísimamente que ellos regresaron; y ningun monumento hay en que ellos hubieran vuelto antes de la aparición del ángel.)

Año del per. jul. 4713. adoran á Jesucristo.

VIII. Circuncisión de Jesucristo.

IX. Adoración de los Magos.

XII. Año de la era cristiana vulgar 1. * Segun Cal. met. 4711 del periodo jul. han 3 años antes de la era cristiana vulgar.

Año de la era cr. vulg.

I.

XII.

Muerte de los inocentes

XIII.

Vuelta de Josué a Judea.

* Treinta y tres según Calmet.

XIV.

Jesús entre los doctores.

12.

Según Calmet 2.

XV.

Principio de la predicación de S. Juan Bautista.

* 32 según Calmet.

28.

XVI.

S. Juan confiesa que Jesús es el Mesías.

33.

XVII.

Jesucristo recibe el bautismo de Juan.

Heródes, viendo que los magos no volvían a él como se los había pedido, entró en una cruel desconfianza; y temiendo que este nuevo rey viniese á quitarle su reino, ordenó que en sus confines dieran muerte á todos los nacidos varones de dos años abajo (1).

Muerto Heródes á poco de esta matanza, le sucedió su hijo Arquelao; y apareciéndose el ángel del Señor á José, le ordena que vuelva á Judea. José se retiró á Nazaret, ciudad de Galilea (2), donde Jesucristo se mantuvo hasta los treinta años * de su vida.

Jesús siendo de doce años, fué á Jerusalem á la celebridad de la pascua con José y María, quienes habiendo cumplido lo que prescribía la ley, regresaron; y creyendo que Jesús iba en la comitiva de sus parientes y conocidos, caminaron un día sin temer cosa alguna por su ausencia. Mas llegada la tarde y no encontrándolo, se volvieron á Jerusalem, y lo hallaron en el templo sentado entre los doctores preguntándole y escuchándole. José y María le representaron el dolor que su pérdida les había causado, y les respondió que debían saber, que le era necesario ocuparse en las cosas de su Padre. Jesús, pues, se volvió con ellos á Nazaret, y les vivió sujeto (3).

Juan, hijo de Zacarías, después de haber vivido en el desierto, hasta la edad de veinte y nueve años *, vino á las orillas del Jordán á predicar el bautismo de penitencia; y toda aquella region vino á recibir su bautismo y á confesar sus pecados. (Con motivo del bautismo de S. Juan se pondrá una Disertación sobre los tres bautismos que menciona la Escritura: á saber, el bautismo de los Judíos, el de S. Juan y el de Jesucristo). Predicaba Juan con vigor y autoridad, y sin excepción alguna les decía que la segur estaba ya sobre la raíz del árbol; y que si no se convertían á Dios con un verdadero arrepentimiento, experimentarían bien pronto los efectos de su cólera. Dio sus instrucciones á los soldados, á los publicanos, á los fariseos, á los saduceos, y á todos los que venían á él. Su modo de vivir era austero, y se alimentaba mas que con langostas y miel silvestre. Su vestido era una túnica de piel de camello ceñida con una faja de cuero (4). (Lo que se ha dicho de los fariseos y saduceos ha ofrecido ocasion para una Disertación sobre las diversas sectas de Judíos, es decir, de fariseos, saduceos, esenios y herodinos.)

La virtud y manera de vivir de S. Juan hizo sospechar á muchos que él podría ser el Mesías que se esperaba; mas él declaró que no lo era; que él solamente daba el bautismo de agua para disponer al pueblo á la penitencia, y á recibir al Mesías que se esperaba: que era mas fuerte y mayor que él, y no era digno ni aun de desatar la correa de su calzado; que él bautizaría por el Espíritu Santo y por el fuego, y que tenía en su mano el asentador para purificar muy en breve su era, y arrojar la paja inútil á un fuego inextinguible (5).

Como todos venían á Juan para ser bautizados, vino tambien de Galilea con esta pretension Jesucristo, Juan se resistió diciéndole: Yo debo ser bautizado por ti. Pero habiéndole manifestado Jesucristo que convenia que ambos llenasen los deberes de la justicia,

(1) *Matth.* n. 16. 18.—(2) *Ibid.* n. 19. *id. ídem.* (Lo demas en el art. xv.)—(3) *Luc.* n. 42 *id. ídem.*—(4) *Matth.* n. 1. 10. *Marc.* n. 1. 6. *Luc.* n. 1. 14.—(5) *Matth.* n. 1. 12. *Marc.* n. 1. 7. *Luc.* n. 15. 12. (Los dos versos siguientes se encuentran en el art. xv.)

Juan por fin le dió el bautismo. Al punto que Jesucristo salió de la agua é hizo su oracion, se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, y se oyó una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias (1).

May luego despues del bautismo, Jesús fué conducido al desierto por el Espíritu para ser allí tentado por el demonio. Habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, tuvo hambre; y entonces aproximándose el tentador, le dice que convierta en pan las piedras que le presenta. Mas Jesucristo le responde, que el hombre no solo vive del pan, sino de lo que Dios quiere darle para su alimento. En seguida el demonio lo transporta á una alta montaña, y haciéndole ver desde aquella altura todos los reinos del mundo, todo esto te dare, le dice, como tu quieras adorarame. Está escrito, lo respondió Jesucristo: No adorarás mas que al Señor tu Dios. El demonio finalmente lo llevó al pináculo del templo, invitándolo á que se precipitase, pues los ángeles lo recibirán en sus manos para que no sintiese daño alguno. Pero el Hijo de Dios le respondió: Escrito está: No tentarás al Señor tu Dios. Pasado esto, el demonio lo dejó por algun tiempo, y los ángeles vinieron á servirle la comida (2). (Este pasage abre lugar á una Disertación sobre los ángeles buenos y malos.)

Habia dejado Juan Bautista el desierto de Judea, donde al principio bautizaba, y vino á Betania ó Betaraba de la otra parte del Jordán, donde continuó instruyendo y bautizando al pueblo. El ruido de su predicación y de su vida obligó á los principales judíos á enviarse una diputacion de sacerdotes y levitas que le preguntasen si era el Cristo. Les respondió que no. Otra vez le dicen: Eres Elias? Volvió á responder: No soy. ¿Eres profeta? Tampoco. ¿Pues quien eres, le preguntan, y por qué bautizas no siendo ni el Cristo ni Elias, ni profeta? Soy la voz, les dijo, del que clama en el desierto: Preparad el camino al Señor. Yo bautizo en agua; pero el que buscáis está en medio de vosotros, y no lo conocéis (3).

En la mañana del siguiente dia, viendo Juan á Jesús que venia hacia él, lo mostró al pueblo diciéndole: Ved al Cordero de Dios, al que quita los pecados del mundo: este es aquel de quien os tengo dicho que vendrá despues de mí un hombre anterior á mí. Yo no lo conocía; pero el que me envió á bautizar me dijo: Aquel sobre quien vieres que descendiendo el Espíritu divino, es éste el que bautiza en el Espíritu Santo; y efectivamente vi que el Espíritu Santo descendía sobre él, y esto me lo hizo conocer (4).

El dia siguiente (5), viendo Juan pasar á Jesucristo, repitió an-

(1) *Matth.* n. 13. *id. ídem.* *Marc.* n. 9. 11. *Luc.* n. 31. 29. (Lo demas contiene la genealogía de Jesucristo.)—(2) *Matth.* n. 1. 11. *Marc.* n. 13. (Lo demas en el art. xvii.) *Luc.* n. 1. 13. (Lo demas en el art. xxii.) S. Lucas pone por tercera vez la tación la que pone por segunda S. Mateo. La mayor parte de los comentaristas siguen el orden de S. Mateo. Las particulas *entonces* y *luego* que empleó este evangelista, parecen denotar que S. Mateo quiso seguir el orden de tiempos en que se confirman estas tentaciones. Lo diferente que se halla en S. Lucas, tal vez proviene de alguna falta de los copistas. Véase el ejemplo de una trasposición semejante en el art. xvii.—(3) *Juan.* n. 1. 23.—(4) *Juan.* n. 1. 29.—(5) O mas bien, el dia siguiente que es el dia mismo que siguió despues de la diputacion. Asi, no como al-

Año de la era cr. vulg.

30.

XVIII.
Jesús va al desierto, y es tentado por el demonio.

XX.
Diputacion de los Judíos á S. Juan Bautista.

XXI.
Juan confiesa de nuevo que Jesucristo es el Mesías.

XXI.
Primera voz.

Año de la era cr. milg. 39.
Ascension de S. Andrés y de S. Pedro.

XXII.
Vocación de Felipe y de Natanael.

XXIII.
Bodas de Cana en Galilea. Primera pascua de Jesucristo.
31.

XXIV.
Comerciantes echados del templo.

XXV.
Nicodemo.

te dos de sus discípulos: Ved al Cordero de Dios. Estos dos discípulos siguieron al Salvador, vinieron al lugar donde habitaba, y se quedaron todo el día con él. A las cuatro de la tarde viendo Andrés a su hermano Simón, lo llevó a Jesús, y el Señor le dijo: Tú eres Simón, hijo de Joná; pero de aquí adelante te llamarás Cefas, que es decir Pedro (1).

Jesús partió al día siguiente para volverse a Nazaret de Galilea: encontró a Felipe y le ordenó que le siguiera. Felipe obedeció; y habiendo encontrado a Natanael, lo invitó a seguir a Jesús diciéndole: Hemos encontrado en la persona de Jesús, hijo de José de Nazaret, al que Moisés y los profetas nos anunciaron. ¿Pues qué, respondió Natanael, puede venirnos algo bueno de Nazaret? Felipe respondió: Ven, y míralo. Jesús, viendo que Natanael venía, dijo de él: He aquí un verdadero Israelita en quien no hay dolo. ¿Pues de dónde me conoces, preguntó Natanael? Jesús le dijo: Antes que Felipe te llamara, te había yo visto, bajo la higuera. Ya estoy perfectamente convencido, dijo Natanael, de que eres el Hijo de Dios y el Rey de Israel. Jesús le contestó: Otras cosas mucho mayores verás, como abrirse el cielo, y subir y descender los ángeles sobre el Hijo del hombre (2).

Tres días después de haber salido Jesús de Betania (3) ó Betaraba, vino a Caná de Galilea, en donde se celebraban unas bodas, á las que fué convidado Jesús, su madre y sus discípulos. María, madre de Jesús, advirtió que ya faltaba el vino; y el Salvador convirtió en vino seis grandes cántaros que estaban llenos de agua. He aquí el primer milagro que hizo Jesús en el principio de su misión. Concluida la celebridad de las bodas, que comunmente duraba siete días, Jesús se fué á Cafarnaúm cerca del mar de Tiberiades, y allí permaneció unos pocos días con su madre y con sus discípulos. De allí se fué á Jerusalem para celebrar la primera pascua después de su bautismo (4).

SEGUNDA PARTE.

Que comprende lo que accedió desde la primera pascua que celebró Jesucristo después de su bautismo, hasta la segunda.

Jesucristo habiendo llegado á Jerusalem, echó del templo á los comerciantes y á los que vendían animales para los sacrificios. Y como se le preguntase en virtud de qué hacía esto, respondió: Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré; lo cual decía con alusión á la muerte y resurrección de su cuerpo. Muchos, viendo sus milagros creyeron en él; pero Jesucristo no se fiaba de ellos (5).

Nicodemo, uno de los principales judíos, vino á encontrarlo cuán-

gans explican esta expresión. *Altre die iherum*, en el V. 35. del cap. 4. de S. Juan, y lo confirman con el *die tertio* del cap. 11. V. 1. (do que se hablará después).—(1) Juan. 1. 35-42.—(2) Juan. 1. 43. *ad formam*. (3) O mas bien el tercero día después de la Ascension que los Judíos enviaron á S. Juan. El primero está notado en el V. 29. y 31. del cap. 11. el segundo en el V. 44. Esta es el tercero. Esta es la nota de M. Thiersch.—(4) Juan. 11. 4-13.—(5) Juan. 11. 14. *ad formam*.

do estaba todavía en Jerusalem, y le dijo que Dios sin duda estaba con él, supuesto que obraba tan grandes prodigios. Jesús le habló sobre la regeneración ó sobre el bautismo de agua y del Espíritu Santo, lo cual no comprendió Nicodemo. Jesús le dijo que había bajado del cielo, que era la luz del mundo é Hijo de Dios (1).

Habiendo Jesucristo celebrado la pascua en Jerusalem, y permanecido allí dos días, salió para Judea, en donde bautizaba con sus discípulos. Igualmente Juan Bautista dejó á Betania ó Betaraba, y vino á Emonn cerca de Salim, donde continuaba bautizando. Y como ocurriesen muchísimos al bautismo de Jesucristo, los discípulos de S. Juan concibieron algun zelo, y le dijeron que todo el mundo iba á aquel de quien Juan había dado testimonio. Juan con una respuesta llena de sabiduría les dijo que él no era el Mesías, y que solamente era su precursor y su pararrayo (2).

Clamaba sin cesar Juan Bautista contra el matrimonio incestuoso de Herodes con Herodías, que había quitado á su hermano Felipe; pero instado por esta muger Herodés, mandó arrostrar á S. Juan (3), bajo el pretexto de que formaba grandes juntas en el pueblo, y lo puso preso en el castillo de Marqueronte (4).

Noticioso Jesús del arresto de Juan, y temiendo que los Judíos lo presentasen á el también arrestado ante Pilato con el mismo propósito, dejó la Judea (5), y se retiró á los lugares mas cercanos al mar de Galilea, provincia donde mandando Felipe (6), ninguna autoridad tenía allí Pilato. Jesús debía pasar por Samaria; y habiéndose acercado á la ciudad de Sicar, envió á sus discípulos á la ciudad para que comprasen algo que comer. Sentose cerca del pozo de Jacob; y estando allí una muger de la ciudad que venia á sacar agua, Jesús la pidió de beber. Esta muger manifestó su sorpresa al ver que un judío pidiese agua á una samaritana, siendo así que no hay comercio alguno entre Samaritanos y Judíos. Pero Jesús la instruye, la hace patente su pasada vida, le declara ser el Mesías, á quien los verdaderos adoradores adorarian en espíritu y en verdad, no en Garizim ó en el templo de Jerusalem, sino en todo lugar. Habiendo llegado los discípulos con la comida, le instaban á Jesús para que comiese; pero él les dijo que tenía otro alimento que ellos no conocian, y este era hacer la voluntad de su Padre. La muger se volvió á Sicar, contó lo que había pasado, y la contestación que tuvo con Jesús. Con esto los de Sicar vinieron á suplicar al Salvador que entrara en la ciudad. El en efecto fué allí, permaneció dos días, y muchos creyeron en él (7).

Habiendo llegado á Galilea, predicó en las sinagogas. Vino á Nazaret su patria, entró en la sinagoga, y habiendo leído un pasaje de Isaías, declaró estar cumplida esta profecía en su persona, y que él era el Mesías prometido por los profetas. Todos admiraban su

(1) Juan. 11. 1-21.—(2) Juan. 11. 22. *ad formam*. (Do demás en el art. xxviii).—(3) Math. 14. 3. 5. Marc. 6. 14. 17-20. Luc. 9. 19. 20. Parece que en efecto debió ocurrir la prisión de S. Juan Bautista que S. Lucas refiere con anticipación, y que S. Mateo y S. Marcos no mencionan sino cuando hablan de la degollación. La prisión accedió inmediatamente ántes que Jesucristo saliese de Judea y esto S. Juan, S. Mateo y S. Marcos lo usan con lo que acaba de referirse.—(4) *Jes. Ant. l. xviii. c. 7.*—(5) *Math. 14. Marc. 1. 14.*—(6) *Jes. Ant. l. xviii. c. 9.*—(7) *Juan. 11. 4-13.*

Antes de la era cr. milg. 31.
vino á encontrarse á Jesucristo.

XXVI.
Otro testimonio de S. Juan.

XXVII.
Prisión de S. Juan Bautista.

XXVIII.
Conversación de Jesús y la mujer samaritana.

XXIX.
Jesús predicó en Nazaret, y quitó el precioso.

Año de la era cr. viiij. 31.
Año de la era cr. viiij. 31.
Año de la era cr. viiij. 31.

doctrina; pero como era bien conocida la bajeza de su origen por que se le creía hijo de José, se escandalizaban de su persona los de Nazaret. En esta ciudad ningún milagro hizo Jesucristo como había hecho en Cafarnaum, y le decía que ningún profeta era honrado en su patria. Irritados estos pueblos de las reprensiones que les hacia Jesus por su incredulidad, lo rodearon, y llevándolo a la cumbre de la montaña sobre la cual estaba edificada la ciudad, intentaron precipitarlo; mas el Salvador pasando libremente por en medio de ellos, se retiró a Nazaret. Por lo comun habitó en Cafarnaum, y predicó en todos los lugares de Galilea, donde eran bien recibidas sus doctrinas (1).

XXX.

Curación del hijo del ministro del rey en Cafarnaum.

Segunda vez fué a Caná; y hallándose allí un oficial del rey que vivía en Cafarnaum, y tenía un hijo enfermo, salió á encontrarlo, y le suplica con instancia que viniese á curarlo. Jesucristo lo despidió, asegurándole que su hijo estaba sano. El ministro dando el mayor crédito á estas palabras, partió luego, y al acercarse á la ciudad, llegaron sus criados asegurándole la sanidad de su hijo desde las siete del día anterior, es decir, una hora despues del medio día (2).

XXXI.

Segunda vocación de S. Andrés y de S. Pedro.

Algunos días despues estando en las orillas del mar de Tiberiades, vio á dos hermanos ocupados en la pesca era el uno Simón, por otro nombre Pedro, y el otro era Andrés. Dijoles que lo siguieran; y al momento obedecieron, abandonando barca y redes (3).

XXXII.

Primera vocación de Santiago y Juan, hijos del Zebedeo.

Alejándose un algo mas, vio otros dos hermanos, Juan y Santiago, que con su padre el Zebedeo estaban en una navicilla empleados en la composición de sus redes. Tambien les dijo que lo siguieran; y ellos sin la menor dilacion lo siguieron (4), abandonándolo todo, aunque venian de cuando en cuando á su barca.

XXXIII.

Curación de un endemio. Curación de un endemio. Curación de un endemio.

Como Cafarnaum era por lo comun donde mas permanecía, comenzó á predicar en este lugar los sábados. Había allí un endemio que á gritos decía: Yo sé quien sois vos; sois el santo de Dios. Pero Jesus imponiéndole silencio, mandó al demonio que lo dejara libre. Salió efectivamente el demonio, causando en este hombre extrañas convulsiones, pero sin hacerle otro mal (5). (Este suceso presenta ocasion para una Disertacion sobre obsesiones y posesiones del demonio.)

XXXIV.

Curación de la suegra de S. Pedro.

Habiendo salido de la sinagoga, entró en casa de Simon, llamado Pedro, y allí entró á su suegra, que adolecía de una gran fiebre. Por la tarde levantó á la puerta de la casa donde habitaba Jesus cuantos enfermos habia en la ciudad, y á todos les dió salud (6).

XXXV.

Jesus en el desierto. Predica en la

Al día siguiente muy de mañana se retiró á orar en un lugar desierto. Pedro y los demas discipulos vinieron á encontrarlo, diciéndole que todo el mundo lo esperaba. Jesus los llevó á las aldeas,

(1) *Matth. iv. 13-17. Marc. i. 14-15. (Lo demás en el art. 31.) Luc. iv. 14-30. (Lo demás en el art. xxxii.) Jean. iv. 43-45.—(2) *Jos. iv. 46. ad finem. (Lo demás en el art. xl.)—(3) *Matth. iv. 18-20. Marc. i. 16-18.—(4) *Matth. iv. 21-22. (Lo demás en el art. xxiv.) Marc. i. 19-20.—(5) *Marc. i. 21-28. Luc. iv. 31-37.—(6) *Matth. viii. 14-17. (Lo demás en el art. xiv.) Marc. i. 29-34. Luc. iv. 38-41. (Por el testimonio de S. Marcos y de S. Lucas consta, que la curación de la suegra de S. Pedro y de otros enfermos se hizo inmediatamente despues de la primera deca. M. Tournier cree que sobre esto pudo haber alguna transposicion en los ejemplares de S. Mateo, desde el v. 22. del cap. iv. hasta el v. 13. del cap. xv. Mas******

donde les predicó sobre el reino de Dios; y de esta manera corrió toda la Galilea (1).

Año de la era cr. viiij. 31.
Galilea.

Se cree que en este viaje fué cuando remedió á María Magdalena, librando de ella siete demonios (2). Seguió tambien en el tiempo de su predicacion, sirviéndole con lo que necesitaba. Anna, muger de Cuza, y algunas otras (3). La reputacion de Jesus se extendió por toda la Siria, y de todas partes se le presentaban enfermos (4).

De vuelta de su viaje ó predicacion de Galilea, pasó cerca del lago de Genesaret y se halló rodeado de un pueblo inmenso que deseaba oirlo. Entró en la barca de Simon Pedro, y desde allí comenzó á dar á estas gentes sus instrucciones. Ordenó despues á Pedro que entrase en alta mar y que echase sus redes. Pedro lo hace, y es tanta la multitud de peces que recoge, que se rompian las redes (5). Con esto se decidió enternamente á seguir á Jesucristo juntamente con Santiago y Juan, testigos del mismo milagro.

XXXVI.

Pesca milagrosa. Tercera vocación de Pedro, y segunda de San. Isidro y de S. Juan.

Por este tiempo curó Jesus un leproso, y le ordenó que se presentase á los sacerdotes, y á nadie dijese que él lo había sanado (6). Divulgado este milagro, ocurrieron á él de todas partes; pero de tal modo, que sólo secretamente podía entrar en la ciudad. Pasó el mar de Genesaret, y volvió despues á Cafarnaum, donde sanó muchos enfermos, y entre ellos un paralítico que le presentaron, descolgándolo por el techo de la casa (7).

XXXVII.

Curación de un leproso.

XXXVIII.

Curación de un paralítico.

XXXIX.

Vocación de S. Mateo.

De aquí se fué Jesus á las orillas del lago de Genesaret, y habiendo visto un publicano nombrado Levi ó Mateo, le dijo que lo siguiera. Mateo dió de comer á Jesus, y esto dió motivo á los fariseos para murmurar contra el Salvador. Jesucristo justificó su conducta, diciéndoles que mas se agradaba de la misericordia que del sacrificio, que vendría tiempo en que ayunarian sus discípulos (8).

XXXIX.

Vocación de S. Mateo.

en cuanto á los cuatro evangelios de S. Mateo, de que aquí se habla, puede muy bien provenir la dilacion de otra causa que de los copistas. Los evangelistas con ocasion de ciertos pasajes que están escribiendo, suelen recordar otros de que no habian hecho mención; y no es difícil que la narracion del episodio del centurion en Cafarnaum, que pasa S. Mateo en el cap. viii como en su propio lugar, le fuese recordado el milagro que en el mismo Cafarnaum se obró en favor de la suegra de S. Pedro. —(1) *Matth. iv. 23. Marc. i. 35-39. (Lo demás en el art. xxxvi.) Luc. ix. 42. ad finem.—(2) *Marc. xvi. 9. Luc. viii. 26.—(3) *Matth. xxiii. 55. 56. Marc. xv. 40. 41. Luc. viii. 2. 3. et xxii. 49-55. (Esta es la opinion de M. Tournier).—(4) *Matth. ix. 24. ad finem. (Lo demás en el art. xlii).—(5) *Luc. v. 1-11.—(6) *Marc. i. 40. ad finem. Luc. v. 12-15.—(7) *Matth. ix. 1-8. Marc. vi. 1-12. Luc. v. 17-26. (Los textos de S. Marcos y de S. Lucas manifiestan la intima union que hay entre la curación del leproso y del paralítico, con las cuales están unidas en el articulo siguiente la vocación de S. Mateo y la disputa sobre el ayuno. Los diez y siete primeros versículos del cap. ix. de S. Mateo que hablan de estas tres cosas, parecen ser continuación del cap. iv. y podrian muy bien tener esta colocacion en su principio).—(8) *Matth. ix. 9-15. (Lo demás en el art. xlv). Marc. vi. 13-20. 35. Luc. v. 27. (Lo demás en el art. xli). En la disputa sobre el ayuno no debe mirarse como una contradiccion el que S. Mateo introduzca á solos los discipulos de S. Juan, preguntándole á Jesucristo, en lugar que S. Lucas ponga esta conversacion en boca de los fariseos, y que S. Marcos haga entrar á unos y á otros. Porque es muy clara despues de lo que han escrito los evangelistas que los fariseos, estimulados de la envidia contra Jesucristo, se valdrian de los discipulos de S. Juan esta vez; y que unos y otros indistintamente harian una misma pregunta á Jesucristo, aunque con intenciones e ideas muy contrarias.)********

TERCERA PARTE.

Que comprende lo que pasó desde la segunda Pascua que celebró Jesucristo después de su bautismo, hasta la tercera.

Año de la era cr. vulg. 31.

XL. Curación del paralítico de la piscina.
Segunda pascua de Jesucristo después de su bautismo.

XLI. Los discípulos cortan algunas espigas de trigo para comer.

XLII. Curación de un hombre baldío.

Habiendo ido Jesucristo a Jerusalén por la fiesta de la pascua, curó allí a un paralítico, que acostado en las galerías de la piscina llamada Betsaida, contaba ya treinta años en este estado, por no haber podido ser arrojado á las aguas, y lograr su curación. El enfermo por haber levantado su lecho en este mismo día, que era sábado, causó escándalo á los judíos; este hombre no conocía á Jesucristo; pero habiéndolo encontrado poco después el Salvador, le dijo que no volviese á pecar; y él entonces divulgó que Jesús lo había curado. Irritados los judíos resolvieron abiertamente hacer perecer á Jesús, porque había violado el sábado, y había dicho que Dios era su Padre. De aquí tomó ocasión Jesucristo para sostener mas y mas su Filiacon divina, y para exponer sus prerogativas y pruebas (1).

El sábado siguiente después de la Pascua (2), Jesús y sus discípulos pasaron por unos trigales, cuyos granos estaban ya en sazón. Los discípulos urgidos por el hambre quebrantaron entre las manos algunas espigas, por lo cual algunos fariseos se quejaron á Jesús. Mas el Salvador justificó á sus apóstoles con el ejemplo de David, que estando necesitado comió de los panes de la proposición; con los mismos sacerdotes que trabajaban en el templo el día del sábado; y por último, con toda franqueza les dijo que él merecía mayor honor que el templo, y era el árbitro sobre el día del sábado (3).

En otro sábado habiendo Jesús entrado en la sinagoga, y enseñado como acostumbraba, curó allí á un hombre cuya mano estaba seca, después de haber manifestado á los fariseos que nada había en esto contrario á la ley. Irritados los fariseos contra Jesucristo, de acuerdo con los herodíanos intentaron perderlo; pero Jesu-

(1) *Joen. v. 1. ad finem.* (Lo que sigue está en el art. LVII.)—(2) Así es como M. Thoyard explica la expresión de S. Lucas, vi. 1. *In sabbato secundo primo.* Y en esto sigue la opinión de José Scaligero: porque como estando á la ley (*Levítico xxiii. 15. 16.*) las siete semanas que debían contarse desde Pascua hasta Pentecostes, comenzaban al otro día de la Pascua, es decir, el segundo día de los Añinos, el sábado primero que venía después de Pascua se llamaba segundo primero, porque era el primero después del segundo día de los Añinos. El P. Currieres prefiere la opinión de los que creen que el sábado segundo primero era el que caía en la octava de Pentecostes. Estos piensan que entre los Judíos había tres sábados distintos de los demás, y llamados por esto *sabados primeros*, y eran el que caía en la octava de Pascua, en la octava de Pentecostes, y en la octava de la fiesta de los Tabernáculos. Esta interpretación parece mas natural. En el Diccionario de los acciones del mes de diciembre de 1764 tomo ii, se publicó una Dissertacion, en la que se intenta probar que este sábado se llamó segundo primero, porque juntamente era segundo día de los Añinos, y primero de los cincuenta después de Pascua.—(3) *Matth. xii. 1. 8. Marc. ii. 23. ad finem. Luc. vi. 1. 5.* (Los textos de S. Marcos y de S. Lucas exigen que se pongan en este artículo, y en el siguiente los veinte y un primeros versículos del cap. xii. de S. Mateo, de manera, que deben considerarse como continuación de los primeros diez y siete del cap. xi, y acaso así estuvieron en su origen.)

cristo conociendo sus malvados designios, se retiró hacia el mar de Galilea. Allí le siguieron los pueblos que de todas partes venían con el fin de oírlo, y ser curados de sus enfermedades (1).

El Salvador mandó que se le aprestase una navecilla para desembarazarse de la multitud que lo oprimía. Se retiró al monte, y en él pasó la noche en oración. Al otro día por la mañana descendió, y llamó de entre sus discípulos doce que nombró y escogió para hacerlos sus apóstoles (2).

Habiendo bajado del monte, se sentó sobre un cerrillo que estaba en la llanada, y comenzó á enseñar á sus apóstoles y á todo el pueblo. Allí publicó las ocho bienaventuranzas, y allí les hizo aquel admirable sermón del monte, que es como el compendio de todo el Evangelio (3).

Cuando bajó del monte, ó de aquella altura donde se había sentado para enseñar á los muchos que le seguían, llegó á él un leproso. Jesús le tocó, curó, y le dijo que fuera á presentarse ante los sacerdotes, y ofreciera el don prescrito por Moisés (4).

De allí pasó á Cafarnaúm, á donde un centurion le envió algunos de los principales entre los Judíos, suplicándole que viniese á curar á un siervo suyo que se hallaba enfermo de peligro. Como Jesucristo se encaminase á la casa del centurion, este le envió á decir por medio de unos amigos suyos, que no era digno de recibirlo en su casa. Finalmente el centurion vino en persona y le repitió á Jesús la misma protesta. Admiró el Salvador la fe de este hombre, y sin la menor dilación concedió al siervo la sanidad (5).

Jesús de Cafarnaúm se dirigió á Naim, donde resucitó al hijo de la viuda que lo conducían al sepulcro (6).

Hallántose apasionado S. Juan Bautista, supo los milagros que por todas partes obraba Jesús. Le envió dos de sus discípulos para que le dijeran: ¿Eres tú el Mesías, ó debemos esperar otro? En el mismo instante hizo Jesucristo muchas curaciones, y respondió á los discípulos de Juan: Id, y decid á vuestro maestro lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven, los sordos oyen, los muertos resucitan, los leprosos son curados, &c. Despedidos los discípulos de Juan

Año de la era cr. vulg. 31.

XLIII. Elección de los doce apóstoles.

XLIV. Sermon sobre las bienaventuranzas.

XLV. Curación de un leproso.

XLVI. Curación del siervo del centurion en Cafarnaúm.

XLVII. Jesús resucita al hijo de la viuda de Naim.

XLVIII. Juan Bautista envía dos de sus discípulos á Jesús.

(1) *Matth. xii. 9. 21.* (La continuación se halla en el art. L.) *Marc. vi. 1. 8. Luc. vi. 6. 11.*—(2) *Marc. vi. 2. 19.* (Su continuación en el art. L.) *Luc. vi. 12. 16.*—(3) *Matth. v. 10. Luc. vi. 17. 20. 22.* (Lo demás en el art. XLVI.) (No puedo dudar que el discurso referido por S. Mateo sea el mismo que pronunció S. Lucas. El principio es casi del todo semejante, y así es tambien su continuación y su conclusión. Si S. Mateo hubiera algunas cosas, que S. Lucas refiere en otro lugar, ha sido tal vez por haber querido S. Mateo reunir en este lugar muchas instrucciones que en muchas ocasiones dió Jesucristo. Tambien puede ser que no haya referido S. Lucas todo el discurso de Jesucristo, y que Jesucristo repitiese en otras ocasiones algunas de las instrucciones que entonces dió al pueblo.)—(4) *Matth. xii. 1. 4.* (El autor S. Mateo segun se advierte, la curación de uno leproso con el sermón de nuestro Señor en el monte, parece probar que este leproso se curó de aquel de quien habla S. Marcos y S. Lucas, y cuya curación se vé en el art. xxxv. Este es el dictamen de M. Thoyard.)—(5) *Matth. vii. 5. 13.* (Lo demás se halla en el art. xxxv.) *Luc. vii. 1. 10.* (S. Lucas solamente habla de los que envió el centurion; pero S. Mateo parece decir con bastante claridad, que el mismo vino personalmente.) *Decreto ad rem de.* Sin embargo creen algunos que puede decirse, que el vino por cuanto los dignales viñeron á su nombre. Así lo supone M. Thoyard. Una cosa semejante á esto se vé en la posición de los hijos del Zeloteo, que en S. Marcos se refiere hecha por ellos, y S. Mateo la relata como hecha por su madre. Véase el art. cxxvii.)—(6) *Luc. xii. 11. 17.*

Año de la era. vulg. 31.

XLIX. Jesús come en casa de Simón fariseo. Muger pecadora.

L. Curación de un poseído, ciego y mudo.

LI. Señal del profeta Jonas.

LII. La madre y hermanas de Jesús vienen a hablarle.

Bautista, atestiguó Jesús la santidad y mérito de su precursor, le hizo un magnífico elogio, y echó en cara á los Judíos el no haberlo recibido ni conocido (1).

Estando todavía en Nain, un fariseo llamado Simón lo convidó á su mesa. Allí una muger conocida en la ciudad por pecadora, vino á regar los pies de Jesús con un precioso bálsamo y con sus lágrimas. El fariseo ofendido de este hecho, dudó que Jesús fuera el Mesías. Jesús, para hacerle ver lo mal que había hecho juzgando con tanta ligereza, le propuso la parábola de dos deudores, de los cuales el uno debía mucho, y el otro poco; mas el acreedor á los dos remitió la deuda (2). (Este pasage dará materia á una Disertación, en la que se examinará si la pecadora María Magdalena, y María, hermana de Lázaro, son una misma persona, ó tres personas diversas.) De esta manera corrió Jesús toda la Galilea predicando en todas partes, y fué seguido de algunas mugeres que le servían (3).

Habiendo llegado á Cafarnaüm, se vió rodeado de tanta gente, que no tenía tiempo ni aun para comer. Sus parientes se acercaron á detenerlo diciendo, que estaba como enagenado (4). Allí mismo curó un endemoniado que estaba mudo y ciego (5). Oyendo los escribas y fariseos tantas maravillas, formaron un concepto pésimo de Jesucristo, diciendo que en virtud de Beelzebub lanzaba los demonios; pero el Señor con muchas razones refutó su blasfemia, y les declaró que su pecado, que era pecado contra el Espíritu Santo, era por su naturaleza irremisible (6). (Esto será asunto de una Disertación, en la que se examinará en qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo, y en qué sentido es irremisible).

Después de esto pidiéronle un prodigio ó una señal, y Jesús les respondió que no les daría otra que la del profeta Jonas. Los amenazó con un castigo mas rigoroso que el de los Ninivitas, añadiéndoles que el día del juicio se levantarán contra ellos la reina del Mediodía. Les propuso la parábola del demonio, que habiendo salido de un hombre volvió con otros siete demonios peores que él (7).

Habiéndosele avisado á Jesús, que su madre y hermanos esperaban hablarle, respondió que su madre y hermanos eran los que lo escuchaban y obedecían la voz de Dios (8).

(1) *Math.* xi. 2-19. (Lo demas en el art. xxv.) *Luc.* vii. 18-35. (El texto de S. Lucas muestra que aquí debe colocarse la diputación de S. Juan que se refiere en el cap. xi. de S. Mateo. Ya tenemos advertido que S. Mateo pudo muy bien haber hablado con la curación del servo del centurion la curación de la muger de S. Pedro; pero tambien puede ser que después haya referido la diputación de S. Juan, de manera que á los diez y siete primeros versículos del cap. vii. en su origen habrán seguido sus diez y ocho versículos contenidos en el cap. xi. desde el v. 2. hasta el v. 19. inclusive.)—(2) *Luc.* vii. 36. *ad finem.*—(3) *Ibid.* viii. 1-3. (Lo demas en el art. xii.)—(4) *Marc.* vi. 29. *31.*—(5) *Math.* ix. 32-33. (La continuación del texto de S. Marcos prueba que conviene volver á tomar como el texto del cap. xii. de S. Mateo, porque aunque S. Marcos no hace mención del endemoniado ciego y mudo de que habla S. Mateo, la disputa sin embargo que refiere en el cap. m. v. 22 y siguientes, manifiesta bien ser aquella misma de que habla S. Mateo suscitada con motivo de la curación de este endemoniado. Por tanto, á continuación del v. 19. del cap. xi. de S. Mateo deben ponerse los dichos veinte y nueve versículos del cap. xii. y los cincuenta y tres primeros del cap. xiii. como se verá en los artículos siguientes, y así pudo cada libro estar en su origen.)—(6) *Math.* xx. 24-27. *Marc.* iii. 30-36. (Lo demas en el art. xii.)—(7) *Math.* x. 38-45.—(8) *Ibid.* xiii. 46. *ad finem.* *Marc.* vi. 31. *ad finem.* *Luc.* vii. 19-21. (El testimonio de S. Mateo y de S. Marcos mues-

Después de comer se fué Jesús á la orilla del mar, y habiéndolo rodeado el pueblo, subió á una barca desde donde comenzó á predicarle. Le propuso la parábola del sembrador, la de la lampara que se pone fuera del celemín, la de la zizaña que sembró el enemigo entre el trigo, la del grano de la mostaza y la de la levadura. Cuando despidió al pueblo y tomó asiento en su casa, le rogaron sus discípulos que les explicara el sentido de estas parábolas. Jesucristo se las explicó haciéndoles ver la felicidad que lograban de oír y entender el sentido de lo que á los demas se les decía solo por parábolas. Tambien les propuso la parábola del tesoro escondido y descubierto, el de la perla que se halló, y el de la red que echada al mar recogió peces buenos y malos (1).

Por la tarde después de haber explicado estas parábolas, les dijo que lo trasportaran al otro lado del mar de Genesaret. Allí encontró un escriba que quiso seguirlo; pero Jesucristo le dijo: Las ropas tienen cuevas, y los pájaros nidós; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinarse su cabeza. Otro le pidió que antes de seguirlo le permitiese ir á enterrar á su padre; y Jesús le respondió: Deja que los muertos entierren á los muertos (2).

Habiendo entrado en la barca, se durmió; y se levantó una tempestad que puso la navicilla en peligro de sumergirse. Los discípulos despertaron á Jesús; él mandó á los vientos, y el mar al instante se tranquilizó; suceso que llenó de asombro y admiración á los que estaban en la barca (3).

Aribó á los confines de los Gerasenos en donde había dos endemoniados; el uno de ellos que era terrible y estaba poseído de una legión de demonios, vino á la presencia de Jesús. Los demonios se quejaban de que Jesús los atormentaba antes de tiempo, y le rogaron que no los enviase al abismo del infierno, sino que les permitiera entrarse en una manada de cerdos que pacían en aquellos montes cercanos; Jesús se los concedió, y al momento la manada que era casi de dos mil cerdos, corrió á precipitarse en el mar de Galilea. Temiendo los Gerasenos una nueva desgracia, vinieron á pedirle á Jesús que saliese de su país. Cuando Jesús iba ya á reembarcarse para volver á Cafarnaüm, el endemoniado que acababa de curar le suplicó que le concediese ir con él; pero Jesús no se lo permitió, y únicamente le dijo que se volviera, y publicara la gracia que Dios le había hecho (4).

bre que esto es verdaderamente el lugar donde debe ponerse la proposición, que S. Lucas no refiere sino después de las parábolas siguientes. M. Thoynard supone que esto se ha dicho dos veces. (Lo demas en el art. lvi.)—(1) *Math.* xiii. 1-53. (Lo demas en el art. xii.)—(2) *Math.* ix. 18-22. *Marc.* iv. 35. *Luc.* viii. 4-18. (Lo demas en el art. xii.)—(3) *Math.* vii. 28-29. *Marc.* iv. 35. *Luc.* viii. 22. (La continuación del texto de S. Marcos y de S. Lucas prueba que aquí se debe volver al cap. viii. de S. Mateo.)—(4) *Math.* viii. 23-27. *Marc.* iv. 36. *ad finem.* *Luc.* viii. 23-25. (Es claro, que los tres evangelistas hablan de la misma tempestad; porque la expresión *transiit ó transiit* es una misma en los tres, á saber, el país de Genesaret, donde los demonios fueron echados de un endemoniado y enviados á una manada de cerdos.)—(5) *Math.* viii. 28. *ad finem.* (Lo demas en el art. xxviii.) *Marc.* v. 1-20. *Luc.* viii. 26-33. (Estos tres evangelistas están conformes en lo respectivo á la expulsión de los demonios; con la diferencia, de que S. Mateo habla de dos endemoniados, cuando S. Marcos y S. Lucas de uno solo hacen mención. S. Agustín piensa que estos dos evangelistas hacen relación solamente de un endemoniado por estar éste poseído de una manera muy violenta, ó porque era una persona muy conocida en el país.

Año de la era. vulg. 31.

LIII. Diversas parábolas propuestas por Jesucristo.

LIV. Escriba que quiso seguir á Jesucristo.

LV. Tempestad sobre el mar de Galilea.

LVI. Curación de dos endemoniados en el país de Gerass.

Sabedor de lo que Heródes decía de él, se retiró á descansar con sus discípulos á un lugar desierto. Mas viéndose siempre abrumados por el mucho pueblo que no les concedía tiempo ni aun para comer, se embarcó con sus discípulos, y atravesado el lago de Genesaret, se retiró con ellos á un monte (1).

LXVII. Jesus se retiró al otro lado del lago de Genesaret.

LXVIII. Multiplicacion de los cinco panes.

Habiendo sabido la multitud que Jesus se iba á la otra parte del lago por tierra, se fué tambien allá, y ántes que él llegó al desierto de Betsaida, Jesus descendió del monte, y tocado de compasion curó los enfermos que se le presentaban, y predicó al pueblo (2).

Siendo ya pasada la hora de comer y comenzando á inclinarse el día, los apóstoles representaron á Jesus que convenia despedir al pueblo para que pudiera comprar en las aldeas con que sustentarse. Jesus respondió: No es necesario que se despidan; dadles vosotros mismos de comer. ¿Cuántos panes tenéis! les preguntó; y sabiendo que tenían cinco y dos peques, les dijo que hicieran sentar todo el pueblo, y le dieran de comer. Jesus fué obedecido: el pueblo comió, quedó satisfecho, y se recogieron doce cestos llenos de lo que había quedado, siendo los que comieron cinco mil, sin contar las migajas ni los niños (3).

LXIX. Jesus camina sobre las aguas y S. Pedro camina tambien.

Por la tarde Jesus, sabiendo que el pueblo determinaba establecerlo rey, hizo que se embarcaran sus discípulos y pasaran el lago para ir á Betsaida. Despidió la multitud, y subió él solo al monte á hacer oracion. Entre tanto sus apóstoles quedaban en medio del lago luchando contra las olas y los vientos contrarios. Distaban de la ribera como veinte y cinco ó treinta estadios, cuando Jesus caminando sobre las aguas se les acercó manifestando que queria pasar adelante. Los apóstoles desde luego creyeron que era un fantasma; mas él los desengañó habiéndoles, y S. Pedro le dijo: Señor, si tú eres, mándame que vaya á ti sobre las aguas. Ven, le dijo Jesus, y Pedro obedeció; pero viendo un turbillon ó una ola, temió, y comenzó á sumergirse. Clamó, y Jesus por la mano lo detuvo. Los discípulos rogaron á Jesus que entrara en la barca: entro en ella Jesus, y al punto la barca llegó á la ribera (4).

Desde luego habrían querido los discípulos ir á Betsaida; pero el viento norte se los estorbó: dirigiéronse por tanto á Tiberíades, y de allí á Cafarnaum.

LXX. Arribo á Cafarnaum. Discurso sobre el alimento celestial.

La multitud, sabedora de que Jesus no se había embarcado con sus discípulos, creyó que había quedado en Betsaida. Al otro día lo solicitó con el mayor empeño, con el fin de constituirlo rey, esperando que continuaria alimentándole, como acababa de hacerlo. Mas

cos y por S. Lucas. Pero como S. Mateo no habla del regreso de los doce apóstoles, y S. Marcos y S. Lucas tampoco dicen que Jesucristo pronunciara entonces las palabras que pone aquí M. Thoyner, parece que deben dejarse en donde las pone el texto de S. Mateo, es decir, á continuación de las reconstrucciones que hizo Jesucristo á los Judíos, y especialmente á las ciudades impenitentes, con ocasion de la diputacion de S. Juan referida en el art. xxviii. Segun esta hipotesis, ninguna interrupcion habrá en el cap. xv. de S. Mateo, y la dislocacion que M. Thoyner suponia desde el v. 22, del cap. xv, hasta el v. 13, del cap. xix, se verá contenida entre el fin del cap. xv y el principio del cap. xiv. — (1) Matth. xiv. 12. Marc. vi. 31. Luc. ix. 10. 11. Joan. vi. 1. 2. — (2) Matth. xiv. 14. Marc. vi. 34. Luc. ix. 11. Joan. vi. 4. 7. — (3) Matth. xiv. 15. 21. Marc. vi. 35. 44. Luc. ix. 12. 17. (Lo demás en el art. lxxviii.) Joan. vi. 2. 13. — (4) Matth. xiv. 22. 34. Marc. vi. 45. 55. Joan. vi. 44. 51.

habiendo llegado al mismo lugar algunos barcos de Tiberíades, supieron por ellos que Jesus había arribado á dicho territorio. El pueblo ni instante partió de este lado del mar, y fué á encontrar á Jesus, que en este intervalo de tiempo se había vuelto á Cafarnaum.

Encontrando á Jesus en la sinagoga de esta ciudad, le preguntaron cómo había llegado allí; Jesus les dijo: Me buscaban, no por los milagros que habeis visto, sino porque ayer os di de comer. Los exhortó á que buscasen otro alimento que nunca se acaba. Dijoles que él era el pan del cielo, muy diferente del maná que Moisés dio á sus padres. Este discurso les desagradó, y el ser hijo de un artesano los escandalizaba. Jesucristo continuó sin embargo hablandoles sobre la diferencia entre el maná con que se habían alimentado sus padres y el pan que les ofrecia. Les declaró que su carne era un verdadero manjar, y su sangre verdadera bebida. Por este discurso los mas de sus discípulos lo abandonaron. Jesus preguntó á sus apóstoles si tambien ellos querian despedirse; mas S. Pedro respondió: ¿A quién iremos, Señor! tú tienes palabras de vida eterna. Creemos y sabemos que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo. Dijoles Jesus que á todos los doce había escogido, pero uno de ellos era un traidor; y lo decía por Judas Iscariotes (1). En Cafarnaum le presentaban á Jesus enfermos de todas partes; los curó, é inmediatamente despues partió para ir á celebrar la Pascua en Jerusalem (2).

Tercera parte de su vida en el Evangelio de este país del bautismo de S. Juan.

CUARTA PARTE.

Que comprende lo que pasó desde la tercera Pascua celebrada por Jesucristo despues de su bautismo, hasta la cuarta.

El tiempo que corrió desde la tercera Pascua de Jesucristo hasta la cuarta y última, es el que mas abunda de narraciones hechas por los evangelistas; lo cual nos ha obligado á dividirlo, siendo la fiesta de los Tabernáculos la que formará el punto medio de la division. Dividiremos por tanto esta cuarta parte en dos artículos: el primero comprenderá lo que acaeció en los primeros seis meses que corrieron desde la tercera Pascua hasta la fiesta de los Tabernáculos de ese año; y el segundo, lo que pasó en los seis últimos meses despues de la fiesta de los Tabernáculos hasta la cuarta Pascua.

ARTÍCULO I. Que contiene lo que pasó desde la tercera Pascua hasta la fiesta de los Tabernáculos del mismo año.

Pasada la Pascua, Jesucristo dejó la Judea, porque lo buscaban los Judíos para darle muerte. Se volvió pues á Galilea, y en cualquiera parte que entraba le presentaban los enfermos los habitantes del lugar. Los ponian fuera de las casas, y rogaban que se les permitiese tocar solamente la orilla de su vestidura; y quedaban sanos cuantos la tocaban (3).

LXXI. Vuelta de Jesucristo á Galilea. Escándalo de los fariseos porque los

(1) Joan. vi. 22. ad finem. — (2) Matth. xiv. 35. Marc. vi. 54. 56. — (3) Matth. xiv. 36. et ult. Marc. vi. 53. 56. Joan. vii. 1. (Lo demás en el art. cxxii.)

discipulos de
Jesus no se
lavaban las
manos antes
de comer.
Año de la
era cr. vulg.
32.

Algunos escribas y fariseos que vinieron á Jerusalem despues de la fiesta de Pascua, notan que los discipulos de Jesus, infringiendo la tradicion de los Judios, no se lavaban las manos antes de comer: dieron la queja á Jesus; mas él les dijo que eran unos verdaderos hipócritas, que descuidaban la observancia de los preceptos principales de la ley, y particularmente el de honrar á sus padres, por guardar sus tradiciones. Y habiendo convocado las gentes les dijo que lo que manchaba al hombre era lo que sale de la boca, no lo que entra por ella: con lo que les dió á entender que las impurezas legales por sí mismas no manchaban el alma (1).

Cuando se hubo retirado, le dijeron sus apóstoles que su discurso habia escandalizado á los fariseos. Dejados, respondió, son ciegos que conducen á otros ciegos. Todo lo que mi Padre celestial no ha plantado se arrancará. En seguida le pidieron sus discipulos les explicara aquello que habia dicho, de que lo que entra por la boca no manchaba al hombre. Jesus les hizo ver que lo que entra en la boca se digiere en el estómago, y lo que no es útil para la nutricion se expule por las vias ordinarias; pero lo que sale de la boca del hombre viene de su corazón, y lo hace culpable á los ojos de Dios. Tales son las riñas, las mentiras, los malos deseos, los pensamientos y acciones deshonestas (2).

LXXII.
Curacion de
la hija de la
cananea.

Al principio de mayo partió Jesus para ir á las cercanias de Tiro y de Sidon. Quería permanecer oculto; pero bien pronto fué descubierto. Una muger cananea llegó á pedirle que sanase á su hija. Jesus al principio no le respondió; y como ella continuaba clamando, y los apóstoles suplicaban á Jesus que le concediera su demanda, y la despidiera, dijo que él solamente habia venido por las ovejas descarriadas de la casa de Israel. Luego que Jesus llegó á la casa, se arrojó esta muger á sus pies, rogándole con instancia que curase á su hija. Jesus le dijo que no era bien dar á los perros el pan de los hijos. Es verdad, respondió ella; mas tambien los perrillos comen á lo menos las migajas que caen de la mesa de sus amos. Admirando Jesucristo su fe, le concedió lo que pedia (3).

LXXIII.
Sordo y mu-
do curado.

Continuó su camino por Sidon y por el territorio de Decápolis, y llegó al otro lado del mar de Galilea. Allí se le presentó un hombre sordo y mudo; y apartándolo de entre la gente, le introdujo los dedos en las orejas, y con su saliva le tocó la lengua, restituyéndole de este modo el oído y la palabra (4).

LXXIV.
Multiplicacion de siete
panes.

Subió á un monte, y en él permaneció tres dias. Durante este tiempo vinieron á él infinitos enfermos que curó luego que hubo descendido; y como ya habia tres dias que lo esperaban muchos pueblos, dijo á sus discipulos que no convenia despedirlos en ayunas á sus casas. Los discipulos tenian siete panes y unos pecesitos que eran la provision de los que acompañaban á Jesus. Mandó que esto se distribuyese á aquellas gentes, que eran casi cuatro mil hombres sin contar los niños ni las mugeres. Todos quedaron saciados, y aun se recogieron siete cestos de lo que habia sobrado (5).

LXXV.
Signo del

Despues de esto se embarcó inmediatamente Jesus, y se fué

(1) Matth. xv. 1-11. Marc. vii. 1-18. (2) Matth. xv. 12-20. Marc. vii. 17-23. (3) Matth. xv. 21-28. Marc. vii. 24-30. (4) Matth. xv. 23. Marc. vii. 31. ad finem. (5) Matth. xv. 32. ad finem. Marc. vii. 1-19.

á Magedan en el canton de Dalmanuta sobre la misma ribera del mar, aunque mas al mediodia que el lugar donde se embarcó. Estando allí vinieron á tentarlo los fariseos pidiéndole alguna señal del cielo. Mas Jesus les echó en cara que siendo tan hábiles para discernir los aspectos celestes, y prever el bueno ó mal temporal, no tuvieron la discrecion necesaria para ver que en su persona estaban cumplidas las profecias. Por último les declaró que no tenia otra señal que darles que la del profeta Jonas; y apartándose de ellos volvió á embarcarse sobre el lago de Genezaret, para ir á Betsaida, ciudad situada en la extremidad septentrional del lago (1).

Al embarcarse los apóstoles se olvidaron de proveer de pan, y estando de la otra parte del lago se encontraron con solo un pan. Díjoles Jesus que se guardasen de la levadura de los fariseos, de la de los saduceos y de la de Herodes: suso decirles de la doctrina y modo de pensar de esa gente; mas los discipulos únicamente pensaban en el pan material que se les habia olvidado. Jesucristo les afeó su poca fe, recordándoles los dos milagros de que habian sido testigos, y cómo un dia dió de comer con cinco panes á cinco mil hombres, y en otra vez á cuatro mil con siete panes. Entonces comprendieron, que se les hablaba de la doctrina de los fariseos y saduceos de que era necesario precaverse (2).

profeta Jo-
nae prometi-
do á los fariseos.
Año de la
era cr. vulg.
32.

LXXVI.
Levadura
de los fariseos,
de los saduceos y
de Herodes.

Desembarcó en Betsaida, y le presentaron un ciego, suplicándole lo sanara. Jesus lo llevó fuera de la ciudad, le escupió los ojos, le tocó con las manos, y le preguntó si veia. Veo, respondió, los hombres como árboles que andan. Jesus segunda vez puso las manos sobre sus ojos, y el ciego miró con entera perfeccion. Lo despidió diciéndole, que no publicara lo que habia sucedido (3).

LXXVII.
Ciego cura-
do en Betsaida.

Jesus partió de Betsaida, y se adelantó hacia el norte por el lado de Cesarea de Filipo. Cierta dia estando solo en oracion con sus discipulos le preguntó, qué era lo que de él se decia. Ellos le respondieron, que unos lo tenían por Elias, otros por Jeremias, y otros por Juan Bautista ó algun otro de los profetas que habian resucitado. Y vosotros, dijo Jesus, qué concepto formais de mí? Que tú eres Cristo Hijo de Dios, respondió S. Pedro. Entonces Jesus alabó su fe, y le dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado tambien en el cielo, y cuanto desatares sobre la tierra lo será igualmente en el cielo. Les mandó entónces que á nadie dijeran que él era Cristo (4).

LXXVIII.
S. Pedro
confiesa á
Jesus por
Mesias.

Pasado esto comenzó Jesus á predicar á sus apóstoles los males que debia sufrir en Jerusalem. S. Pedro tomándolo á parte le dijo: No permita Dios, que te suceda tal cosa. Jesucristo echando una mirada sobre sus discipulos reprendió severamente á Pedro, diciéndole: Apartate de mí, Satanás, porque me escandalizas. Al mismo tiempo llamó al pueblo y le dijo: Si alguno quiere venir en pos mío, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiere conservar su vida, la pierde; y quien por amor mio la pier-

LXXIX.
Primera predi-
ccion de los padeci-
mientos de
Jesucristo.

(1) Matth. xvi. 1-11. Marc. viii. 11-13. (2) Matth. xvi. 5-12. (Lo que sigue en el texto, LXXVI.) Marc. viii. 14-21. (3) Marc. viii. 22-26. (4) Matth. xvi. 13-29. Marc. viii. 27-30. Luc. ix. 18-21.



Año de la era. cr. vulg. 32.

de, la conserva. Si alguno se avergonzare de mí ante los hombres, yo me avergonzaré de él ante los ángeles cuando esté en la gloria de mi Padre. En verdad os digo, que hay aquí quien no morirá sin haber visto el reino de Dios, que vendrá en toda su magestad (1). Indudablemente hablaba de su transfiguración, ó de la venganza que debía ejecutar contra los Judíos con las armas de los Romanos.

LXXX. Transfiguración del Sr. autor.

Seis días después (2) de esta conversacion, Jesucristo llevó tres discípulos suyos, Pedro, Santiago y Juan, á un monte retirado, y habiéndose allí puesto en oracion durante la noche, se manifestó repentinamente rodeado del esplendor de su gloria, y su vestidura tan blanca y tan brillante como la nieve. Dormian entre tanto los apóstoles, y al despertar fueron testigos de la transfiguracion de su Maestro. Vieron á Moises y á Elias conversando con él y hablando de lo que debía padecer en Jerusalem. Transportado Pedro de gozo, sin saber lo que decía, propuso á Jesus que se hicieran en el monte tres habitaciones para Jesus, para Moises y para Elias. En el entretanto desaparecieron estos dos santos, y una nube cubrió á los discípulos. Ellos oyeron entonces una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo tengo mi complacencia; escuchadle. Al oír esto se postraron penetrados de temor; pero Jesus los levantó, y á la mañana bajando del monte les ordenó que á nadie dijeran lo que habian visto, hasta después que resucitara (3).

LXXXI. Elias ya vió en su persona de Juan Bautista.

Lo que dijo Jesucristo de que él debía resucitar, no fué bien entendido de los apóstoles, y mutuamente se preguntaban cuál era el sentido de estas palabras, y dijeron á Jesus: ¿Como es que los escribas dicen que antes debe venir Elias? A lo que respondió Jesucristo que ciertamente vendrá Elias antes del día último para restablecer todas las cosas; pero en espíritu ya vino en la persona de Juan Bautista, á quien no recibieron los Judíos, lo maltrataron como quisieron; y él les anunció que tratarian de la misma manera al Hijo del hombre (4).

LXXXII. Curacion de un lunático, mudo y ciego.

Como la transfiguracion pasó por la noche, habiendo Jesus bajado del monte por la mañana con Pedro, Santiago y Juan, vino á unirse con sus demás discípulos que estaban rodeados de muchísima gente y en disputa con los escribas, sobre no haber podido sanar á un mozo lunático, epiléptico, mudo y poseído del demonio. Al momento que se dejó ver Jesus, todos llegaron á recibirlo, siendo uno de tantos el padre del joven que le refirió la enfermedad de su hijo y le suplicó lo sanase. Jesucristo respondió: ¡O generacion incrédula y perversa, hasta cuando permaneceré con vosotros! Tráedme acá ese mozo. Desde luego comenzó el demonio á atormentarlo, y Jesus entonces dijo al padre, que si tenia fe, nada era imposible para él que curia. El padre derramando lágrimas, yo creo Señor, exclamó; tú ayuda mi poca fe. Jesus entonces amenazó al demonio, y lo obligó á salir de aquél joven (5).

(1) Matth. xvi. 21. ad firm. Marc. viii. 31. ad firm. Luc. ix. 22. 27. — (2) Esta es la expresion de S. Mateo y S. Marcos; S. Lucas dice, Cerca de ocho dias después, porque á mas de los seis dias enteros, comprende el en que Jesucristo habló y se iba que accedió al milagro. — (3) Matth. xvii. 1-9. Marc. ix. 1-9. Luc. ix. 28-36. (Lo que sigue en el art. LXXXI.) — (4) Matth. xvii. 10-13. Marc. ix. 10-13. — (5) Matth. xvi. 14-17. Marc. ix. 14-26. Luc. ix. 37-43.

Habiendo Jesus entrado en la casa, vinieron á él sus discípulos, y en particular le preguntaron, por qué no pudieron ellos curar al enfermo. Jesus les respondió que la causa era su poca fe; y que como tengan fe, aunque sea como un grano de mostaza, harán pasar de un lugar á otro los montes. Esta clase de demonios, los añadió, no pueden lanzarse sino por la oracion y el ayuno (1).

Año de la era. cr. vulg. 32.

LXXXIII. Clase de demonios que solo se lanzan con la oracion y el ayuno.

Recorrió después la Galilea sin querer ser conocido. A sus apóstoles les decía, que el Hijo del hombre seria entregado en manos de los Judíos; que debería ser muerto, y resucitar al tercero día. Mas ellos no entendian el sentido de estas palabras; aunque no dejaban de entrever que con esto se les anunciaba la venida del reino del Hijo de Dios, y en el camino hablaban del primado, disputando quién de ellos sería el primero en el reino celestial (2).

Pasion m. gunda. ver. anunciada.

Jesus y Pedro llegaron á Cafarnaum antes que los demás; y los que cobraban las dos dracmas por cabeza asignadas para el templo, preguntaron á S. Pedro si su Maestro pagaba las dos dracmas ó el medio siclo. Si lo paga, respondió Pedro. Luego que Jesus llegó á la casa, y antes que Pedro le hablara, le dijo: ¿Los reyes de la tierra de quienes sacan tributo, de los hijos ó de los extraños? De los extraños, respondió Pedro. Los hijos están exentos, dijo Jesus, queriendo significar, que siendo Hijo de Dios no estaba obligado á pagar lo que se cobraba para la casa de su Padre. Sin embargo, añadió, á fin de que no demos motivo de escándalo, vete al mar, y el primer pez que aprendieres con el anzuelo te dará con que yo y tú podamos pagar. Fuese Pedro al mar, y sacó un pez que tenia en la boca un stater ó un siclo, el cual entregó al receptor por Jesus y por él (3).

LXXXIV. Jesus paga las dos dracmas para el templo.

A este tiempo llegaron los discípulos, los que según parece, no se hallaron presentes á lo que pasó sobre el pago del medio siclo, sino que quedaron atras disputando, como se ha dicho, en orden al primado. Cuando llegaron preguntaron á Jesus quién era el mayor en el reino de los cielos. Jesucristo que sabia cuanto habia pasado entre ellos durante su ausencia, les preguntó cuál habia sido en el camino el objeto de su disputa. Ellos quedaron confusos, y guardaron silencio. Después respondiendo á lo que ellos habian preguntado, les dijo que para llegar á ser el primero, era necesario pretender ser el último de todos; y tomando un tierno niño, se lo acercó, y les dijo que si querian entrar en el reino de los cielos, se hicieran como este parvulto (4).

LXXXV. Disputa de los apóstoles sobre el primado en el reino de Dios.

Juan refirió á Jesus haber visto un hombre que en nombre suyo lanzaba los demonios; mas como no era de su sociedad se lo habian impedido. Es menester dejarlo, les dijo Jesucristo, porque hombre que en nombre de Jesus obra esos milagros, está lejos de hablar mal de él; y todo el que no es su contrario está en su favor (5).

LXXXVI. Un hombre lanzaba los demonios en el nombre de Jesus, aunque no era de sus discípulos. Peligro del escándalo.

Añadió, que cualquiera que diere en su nombre un vaso de agua, recibira su recompensa; y desgraciado el que escandalizare al menor de sus hermanos, pues le hace mayor mal que si le atara al

(1) Matth. xviii. 18-20. Marc. ix. 27. 28. — (2) Matth. xxvii. 21. 22. Marc. ix. 30. 33. Luc. ix. 44. 45. (Lo que sigue en el art. LXXXI.) — (3) Matth. xvii. 23. ad firm. — (4) Matth. xxviii. 1-4. Marc. ix. 33-36. Luc. ix. 47. et 48. — (5) Marc. ix. 37. 40. Luc. ix. 49. et 50. (Lo que sigue en el art. LXXXII.)

Año de la era cr. valg. 32.

cuello una piedra de molino y lo arrojará al mar: que es necesario que en el mundo haya escándalos; pero ¡ay de aquel que los causal que si nuestra mano, nuestro pie ó nuestro ojo nos escandaliza, conviene arrancarlos y arrojarlos lejos de nosotros: que el gusano de los condenados no muere, ni su fuego se apaga; y que la sal aunque por sí misma buena, si llega á desahírase, ¿cómo recobrará su virtud primitiva (1)?

LXXXVII.
Parábola de la oveja descarriada. Reglas para la corrección fraternal.

Dijoles mas: que no se debía despreciar al menor de los niños, pues sus ángeles estaban mirando la cara del Padre celestial, y que él vino á buscar lo que se había perdido. Propuso la parábola de un hombre que teniendo cien ovejas va en busca de una sola que se había descarriado, dejando en el monte las otras noventa y nueve. Prescribió reglas para la corrección fraternal, diciendo: que primero debe reprenderse á solos á nuestro hermano, y despues hacerle las advertencias ante dos ó tres testigos. Si aun así no se enmienda, puede denunciarse á la Iglesia; y si no la escuchare, debemos separarnos de él, y considerarlo como un gentil ó publicano. Añadió que lo que sus apóstoles ataran ó desataran en la tierra, será atado ó desatado en el cielo: que cuando dos ó tres se congregaren en su nombre, él estará en medio de ellos, y lo que unidos pidieren, les será concedido por el Padre celestial (2).

LXXXVIII.
Perdon de las injurias.

Con ocasión de lo que Jesús había dicho de la corrección fraternal, le pregunta Pedro cuantas veces deberá perdonar á su hermano, y si podrá hacerlo hasta siete veces. Jesús le responde que podrá no solamente siete veces, sino setenta veces siete. Presentó tambien la parábola de un rey que quiso tomar cuentas á sus siervos. Se le presentó uno que debía diez mil talentos, y pidiéndole esperas, lo despidió perdonándole la deuda. Mas al salir de la casa de su amo se encontro con otro criado compañero suyo, á quien por serle deudor de cien dineros, lo cogió cruelmente del cuello, y á pesar de los ruegos y lágrimas lo envió preso. Sabedor el rey de la crueldad de este criado para con su compañero, lo mandó prender, y lo entregó á los verdugos hasta tanto que pagara todo cuanto debía. Así tratará el Padre celestial á los que no perdonaren sinceramente á sus hermanos (3).

LXXXIX.
Viaje de Jesús á Jerusalen á celebrar la festividad de Pentecostes.

Acercándose el tiempo en que Jesús debía partir de este mundo, quiso ir á Jerusalen á celebrar por la última vez la festividad de Pentecostes. Antes de él envió uno que le preparara un alojamiento; mas no se quiso admitir á Jesús en la villa de los Samaritanos á donde él queria alojarse. Sus dos discípulos Juan y Santiago le preguntaron si tendría á bien que hiciesen bajar fuego del cielo sobre este lugar. Mas Jesús les respondió que no sabían de que espíritu eran: que él no había venido á perder á los hombres, sino á salvarlos. El celo ardiente de estos dos discípulos hizo que fueran llamados *Boanerges*, ó hijos del trueno (4).

XC.
Disposición para seguir á Jesús

Un hombre vino á decirle que queria seguirlo por todas partes, y Jesús le respondió: Las raposas tienen cuevas, y los pájaros nidos donde recogerse; pero el Hijo del hombre no tiene donde re-

(1) Matth. xviii. 6. 9. Marc. ix. 41. *ad finem*. [Lo dejas en el art. eim.]—(2) Matth. xviii. 10. 20.—(3) *Ibid.* xviii. 21. *ad finem*. [Lo que sigue en el art. cam.]—(4) Luc. ix. 51. 56.

clinar su cabeza. Jesús, habiéndole dicho á otro que lo siguiera, este le pidió permiso para ir á sepultar antes á su padre; pero Jesucristo le respondió que dejara á los muertos el cuidado de enterrar á sus muertos; y á otro que igualmente quiso despedirse primero de sus padres, le dijo, que el que pone la mano en el arado, y no debe mirar atras (1).

Tambien eligió Jesucristo á mas de los doce apóstoles otros setenta y dos discípulos, para que antes de él fuesen á todos los lugares por donde tenia que pasar. Yendo á Jerusalen les dijo que la mies era grande y pocos los operarios; que los enviaba como ovejas entre lobos, que no llevaran saco, ni provisiones, ni doble calzado; que á nadie saludaran en el camino; que á donde quiera que entraran desearan la paz y toda clase de prosperidades; que si los de la casa eran dignos de recibirlos, la paz vendría sobre la casa, si no se volvierá á ellos. Dijoles que en la misma casa permanecerian sin salirse todo el tiempo que tuvieran á bien alojarse; que comieran lo que les presentaran, curaran los enfermos y predicaran la venida del reino de Dios. Cuando entrasen en alguna ciudad, les añadió, y esta no quisiere recibirlos, sacad contra ella el polvo de vuestros pies, y salios. Esta ciudad será tratada en el día del juicio con mas severidad que Sodoma y Gomorra. ¡Ay de Corazán, Cafarnaum y Betsaida! en el día del juicio Tiro y Sidon serán tratadas con menos rigor que esas tres ciudades (2).

Habiendo recibido de esta manera su misión los setenta y dos discípulos, van á todos los lugares á donde Jesús debía seguirlos, predicando la venida del reino de Dios, y obran toda clase de milagros. Pasado algun tiempo vuelven, á tiempo que Jesús se acercaba á Jerusalen, y le refieren el feliz suceso de su predicacion, y cómo los mismos demonios se les sujetaban. Jesús les respondió: Yo vi á Satanás que como un rayo caía del cielo. Dió despues á sus discípulos la virtud de caminar sin peligro sobre las serpientes y escorpiones, y la de resistir á todo género de veneno y de cosas danosas. Dió gracias á su Padre por haber descubierto sus misterios á los sencillos y púrvulos, mientras los ocultaba á los grandes y á los soberbios. Añadió que su Padre le había dado un absoluto dominio sobre todas las cosas; que ninguno conocia al Padre mas que el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, ó aquel á quien uno ó otro quisiera revelárselo; que eran bienaventurados sus discípulos porque vieron y conocieron lo que muchos reyes y profetas deseaban ver y conocer (3).

Un doctor de la ley vino á tentar á Jesús con esta pregunta: ¿Qué haré para conseguir la vida eterna? Jesús le responde: ¿Qué es lo que ordena la ley? El escriba le dice: Amarás á Dios de todo corazón y á tu prójimo como á tí mismo. Está bien, le responde Jesucristo, haz esto y vivirás. ¿Quién es mi prójimo? proiugue preguntando el escriba, Jesús entonces le propone esta parábola: Yendo un judío de Jerusalen á Jerico, fué atacado en el camino por los ladrones, que lo hirieron, lo despojaron, y lo dejaron tendido en el suelo medio muerto. Pasando por allí un sacerdote vió á este

comocavía no.

Año de la era cr. valg. 32.

XCII.
Misión de los setenta y dos discípulos.

XCIII.
Regreso de los setenta y dos discípulos despues de su predicacion.

XCIV.
Parábola del hombre herido en el camino de Jerusalen á Jerico, y curado por un samaritano.

(1) Luc. ix. 57. *ad finem*.—(2) Luc. x. 1. 16.—(3) *Ibid.* x. 17. 24.

Año de la era cr. vulg. 82.

hombre herido, y sin darle socorro pasó adelante. Algun tiempo después pasó un levita, y tampoco le prestó auxilio. Por último, por el mismo camino pasando un samaritano, lo levanta, vuela sus heridas, lo monta sobre su cabalgadura, lo conduce á un meson, cuidando muchísimo de él mientras allí permanece, y al despedirse deja dinero al administrador del meson para que lo asista. ¿Quién de estos tres ha sido el prójimo de este pobre herido? El escriba respondió, el que se compadeció de ese miserable. Ve, pues, la respuesta Jesús, y pórtate de la misma manera (1).

XCIV.
Jesus habla de la fe en Betania en casa de Marta y Maria.

Continuando Jesús en camino hacia Jerusalem, entró en una villa llamada Betania, distante de la ciudad quince estadios ó tres cuartos de legua, y allí fué hospedado en casa de una mujer cuyo nombre era Marta. Esta estaba muy diligente en preparar lo que Jesús había de comer, mientras María su hermana sentada á sus pies escuchaba tranquilamente sus palabras. Marta se queja á Jesús, y le dice: ¡No ves, Señor, como mi hermana me deja sola en tu servicio? dile, pues, que me ayude. Marta, le responde Jesús, en muchas cosas te ocupas; María ha escogido la mejor parte, que nunca la será quitada (2).

XCv.
Jesus enseña á sus apóstoles les cómo debe orar.

Estando Jesús en el monte de las Olivas, al frente de Jerusalem, luego que acabó su oracion, le suplicaron sus discípulos que les prescribiese un modo de orar, como Juan Bautista lo había hecho con sus discípulos. Jesucristo les enseñó la oracion dominical que ya les había dado en el sermón del monte; y continúa instruyéndolos sobre la virtud y cualidades de la buena oracion. Les propuso la parábola de un hombre que necesitado tres panes, porque le había venido de fuera un amigo, fué á pedirlos á su vecino. Estaba ya acostado éste y toda su familia, y así se excusó al principio; pero vencido de la importunidad de su vecino, se levantó y le dió todo lo que pedía. Jesús concluyó: Pedid, pues, y recibiréis; buscad y encontraréis; tocad, y se os abrirá. ¿Quién es el padre que pidiéndole su hijo un pan ó un huevo, le dé una piedra ó un escorpion (3)?

XCvi.
Extraccion de un modo en demoniado. Ningun reino dividido puede subsistir.

Se presentó á Jesús un poseído ó igualmente mudo, y Jesús lo sanó. Mas los fariseos lo acusaron de que lanzaba estos malignos espíritus en virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios. Otros fariseos vinieron á pedirle una señal del cielo, y Jesucristo penetrando sus intenciones, les dijo: Todo reino dividido en sí mismo se arruinará y no podrá permanecer. Si el reino de Satanás se dividiera, ¿cómo ha de subsistir? Y si yo lanzo los demonios en nombre de Beelzebub, ¿en virtud de quién los arrojan vuestros hijos? Ellos por tanto serán jueces vuestros. Pero si yo por el dedo de Dios arrojo los demonios, ya llegó ciertamente el reino de Dios. Cuando un hombre valeroso y bien armado está encargado de la custodia de una casa, nadie entrará en ella sin desarmarlo antes y vencerlo. El que no es de mi parte, está contra mí; y el que no coge conmigo, espárese. Siendo arrojado de su morada el espíritu impuro, busca por todas partes donde reposar; y no hallando acogida en parte alguna, se vuelve á su casa, y se fortifica allí de nuevo con otros siete espíritus mas malos que él; y de esta manera viene á ser peor que antes la condicion del hombre que fué librado. Le-

(1) Luc. x. 35-37.—(2) *Ibid.*, x. 38. *ed. farr.*—(3) Luc. xi. 1-13.

vantando la voz una mujer, se dirige á Jesús, y le dice: Feliz el vientre que te llevó; Jesús la responde diciendo que es mucho mas feliz quien escucha la palabra de Dios y la practica (1).

Jesús continúa declamando contra los fariseos. Tercera vez les declara que no les dará otra señal que la del profeta Jonas; que la reina de Sabá y los Ninvitas se levantarán contra ellos el día del juicio, y condenarán su incredulidad y que no cedan á la verdad; que una lámpara encendida no se pone bajo el celemin, sino en el candelero, para que desde allí alumbré; que la luz del cuerpo es el ojo, y si este vé con claridad, todo el cuerpo será lucido; pero si no, permanecerá en obscuridad. Temed, pues, les dijo, no sea que la luz que tenéis se apague y se oscurezca (2).

Un fariseo, habiendo convidado á comer á Jesús, se escandalizó de que no se lavó las manos antes de sentarse á la mesa. Mas Jesús le respondió que los fariseos tenían gran cuidado de limpiar el exterior del vaso, entre tanto que ellos tenían su interior lleno de rapiñas y de malicia. En seguida reprochó la conducta de los que pagaban el diezmo de la yerbabuena y de la ruda, y se descolaban de lo que exigía la justicia y la verdad. Les echó en cara el que solicitasen con empeño los primeros asientos en las sinagogas y congresos públicos, siendo unos sepulcros blanqueados, sobre los cuales se camina con seguridad. ¡Ay de aquellos, añadio, que imponen á los otros hombres cargas intolerables, mientras que ellos ni con la extremidad de un dedo auxilian á los que con tanta molestia las soportan! ¡Ay de aquellos que construyen tumbos á los profetas que hicieron morir sus padres! ¡Ay de aquellos que se han apoderado de la llave de la ciencia, sin entrar ellos, ni dejar entrar á los demás! Irritados los escribas y fariseos de lo que acababa de decirles Jesucristo, lo observaban, y obligaban á que hablara sobre otros muchos puntos con el fin de sorprenderlo en sus discursos (3).

Conversando cierto día Jesús con sus discípulos en medio de un gran pueblo, les dijo: Guardaos de la levadura de los fariseos que es la hipocresía; porque nada hay tan oculto que no se descubra, ni tan secreto que algun día no llegue á saberse. Lo que secretamente hubeis dicho, algun día será publicado en presencia de todo el mundo; y lo que habeis dicho al oído alguna vez, se predicará sobre los techos. No temais á los que puedan quitar la vida del cuerpo, sino al que pueda dar muerte al alma precipitándola al infierno. Dios tiene cuidado hasta de un pájaro; cuánto mas cuidará de vosotros cuando tiene contados hasta los cabellos de vuestras cabezas. A quien me confesare ante los hombres, lo confesaré delante de mi Padre, como negaré al que me negare. Las blasfemias dichas contra el Hijo serán perdonadas; pero las que fueren contra el Espíritu Santo, no se perdonarán. Cuando os hagan comparecer ante los jueces y magistrados, no os conturbe lo que debéis responder, porque en la hora os enseñará el Espíritu Santo lo que debais decirles (4).

Cierto hombre vino á suplicar á Jesús, que obligase á un her-

Año de la era cr. vulg. 82.

XCvii.
Invocacion de Jesus contra los Fariseos.

XCviii.
Jesus como en casa de un fariseo, que se escandaliza al ver que sin lavar se fue manos sentado á la mesa. Invocativas contra los fariseos.

XCix.
La hipocresia es la levadura de los fariseos.

(1) Luc. xi. 14-28.—(2) *Ibid.*, xi. 29-36.—(3) *Ibid.*, xi. 37. *ed. farr.*—(4) Luc. xxi. 1-12.

Año de la era cristiana
cuadrante.

C.
Se le pide á Jesús que tenga un par-tido entre dos herma-nos.

CL.
Parábola del fiel administra-dor, del siervo mal-vado, y del siervo desobedi-ente.

CII.
Convenios con su con-tinuo antes de ir al ju-icio.

CIII.
Sangre de los Galileos mezclada por Pilato en los sacrificios.

mano suyo á fin de que de sus bienes partiera con él. Jesús le dijo que no estaba constituido juez de semejantes negocios; y de aquí tomó ocasión para hablar contra la avaricia. Sobre esto propuso á sus discípulos la parábola de un hombre rico, que queriendo destruir sus graneros para hacerlos más amplios, y proponiéndose vivir á tolo su gusto, repentinamente fue sorprendido por la muerte. Por tanto, no conviene andar muy solícitos sobre la comida y vestido. Dios tiene cuidado de vestir y alimentar á las aves; con mayor razon cuidará de los hombres, y así es inútil inquietarse por esto. El hombre no puede añadir á su estatura la altura de un solo codo; y si no puede lo menos, podrá lo más! Los lirios no se muestran solícitos por vestirse, y Dios los viste con magnificencia. Luego buscad ante todas cosas el reino del cielo, y todo lo demás se os dará por añadidura. Vended lo que tenéis, haced con ello limosna, y así atesoraréis para el cielo. Tened siempre ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas, para que volviendo vuestro amo del festín, salgais á recibirlo. En verdad os digo, que si el os encuentra en este estado, os sentará á la mesa, y el mismo os servirá la comida. Si el padre de familia supiera la hora en que el ladrón debería venir á asaltar su casa, se mantendría en vela. Estad, pues, siempre prevenidos, porque ignorais á qué hora ha de venir el Hijo del hombre (1).

Preguntó Pedro á Jesús si lo que decía se dirigía á todos, ó hablaba para solos sus discípulos. Con este motivo propuso Jesucristo diversas parábolas: 1.ª la del fiel y prudente administrador, que en recompensa de su fidelidad recibió la administración de toda la familia; 2.ª la del que abusando de la ausencia de su amo maltrató á los criados compañeros suyos, y se ocupó en otras cosas; entre tanto vino el amo, y condenó á muerte á este administrador infiel; 3.ª la del siervo, que sabiendo la voluntad de su señor, no la ejecutó, y fué severamente castigado, y la de aquel que no sabiendo lo que se le ha confiado macho. Yo he venido á arrojar fuego sobre la tierra, dice Jesús, y solo quiero verla arder. Vine para ser bautizado con un bautismo de sangre, y me urge un vehemente deseo hasta que este bautismo se cumpla. No he venido á traer la paz sobre la tierra, sino la division entre las familias, entre hijos y padres, entre padres é hijos &c. (2).

Jesús echó en cara á los fariseos que no supieran discernir el tiempo de la venida del Mesias, siendo así que por las observaciones celestes podian pronosticar exactamente el bueno ó mal tiempo. Tambien les dijo: Cuando ya vais con vuestro acreedor á presentaros al juez, procurad diligentes convenios con él, para que el juez no os condene y os ponga en prision hasta que pagueis el último cuadrante (3).

En ese tiempo se le dijo á Jesús que Pilato había mezclado la sangre de algunos Galileos con sus sacrificios. Jesús respondió: Creisteis que estos habrian sido los más culpables del pais? No sin duda. Ni tampoco fueron los más criminales de Jerusalem aquellos

(1) Luc. xii. 13-16—(2) Luc. xii. 51. ad finem—(3) Ibid.

sobre quienes cayó la torre de Siloé. Por tanto, si vosotros no hacéis penitencia, tambien vosotros todos pereceréis. Les propuso la parábola de una higuera, que por no dar fruto mandó su dueño que la arrancaran; mas el viñero le rogó que la esperase todavía un año, en cuyo tiempo la cultivara y la mejorara, y dijo que si esto no bastase, la arrancaria (1).

Como por lo comun enseñaba en las sinagogas, curó allí en un sábado á una muger que ya contaba diez y ocho años de estar tin-corcovada, que no podia mirar hacia arriba. El presidente de la sinagoga se quejó, diciendo que teniendo bastantes dias la semana, no habia necesidad de hacer estas curaciones en el sábado. Jesús le respondió: Hipócritas, ¿quién de vosotros tiene escrúpulo por desatar en sábado á su buey ó á su asna para darles de beber? ¿y escrúpulizais que yo cure á esta muger que hace diez y ocho años que está padeciendo (2)?

Por segunda vez les propuso la parábola del grano de mostaza, que llega á ser un árbol grande: la de la levadura que hace fermentar una pasta de tres medidas de harina (3). Continuó su camino hacia Jerusalem predicando por todas partes en las sinagogas. Hallándose en esta ciudad el dia de Pentecostes, se le preguntó si eran pocos los que se salvaban, y les respondió: Esforzaos á entrar por la puerta estrecha; tiempo vendrá que muchos querran entrar por ella, y no lo conseguiran; y á los que vendrán á llamar á la puerta diciendo: Abrichos, Señor, se les dirá: No os conosco; apartaos, obradores de iniquidad; quedaos á fuera, donde habrá gemidos y crugir de dientes. Un dia vendrá que vienen extrangeros de todas las partes del mundo, y se sentarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, entre tanto que serán los Judios echados fuera. De esta manera los primeros serán los últimos, y los que eran últimos serán primeros (4).

El mismo dia unos fariseos avisaron á Jesús que Heródes queria matarlo, y él les respondió: Decid á esa raposa, que yo continuo curando los enfermos hoy y mañana, y en tres dias consumo mi carsa. Conviene que prosiga todavia ejercitando por algun tiempo mi ministerio; mas yo debo morir en Jerusalem, pues no es permitido á un profeta morir en otra parte. En seguida predijo la destruccion de esta ciudad que mató los profetas, y se opuso á la voluntad del que queria congregár á sus hijos, como abriga la gallina á sus polluelos. Concluyó diciendo: Ya no me veréis mas, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor (5).

Habiendo Jesús dejado á Jerusalem, volvió á Cafarnaum, donde un sábado lo convidó á su mesa uno de los principales fariseos. Los fariseos lo observaban con el fin de acusarlo como violador del sábado, si acaso practicaba en este dia alguna curacion. Allí se le presentó un hidrópico, y preguntó á los fariseos si seria lícito curar á un enfermo el dia del sábado. Mas guardando ellos silencio, tomó el hidrópico y lo sanó, haciéndoles al mismo tiempo esta pregunta: ¿Sacarais vosotros el dia del sábado vuestras bestias si hubieran caido en un pozo? Los fariseos no pudieron responderle (6).

(1) Luc. xiii. 1-9.—(2) Luc. xiii. 10-17.—(3) Luc. xiii. 18-21.—(4) Ibid.—(5) Luc. xiii. 31. ad finem.—(6) Luc. xiv. 1-6.

Año de la era cr. vulg.
32.

CIV.
Curacion de una muger que contaba diez y ocho años de estar encorvada.

CV.
Parábola del grano de mostaza.
CIV.
La poca que se sava. van. Pflanzet, que secan panes. nos.

CVI.
Heródes queria hacer morir á Jesús.

CVII.
Curacion de un hidrópico en presencia de los fariseos.

Año de la
era cr. vulg.
22.

CVIII.
No tocar el
pequeño lugar
cuando uno
se convierda
á comer.

CIX.
Parábola del
gran festin,
al que se es-
cusa con la
excusa de
no tener los
convitados.

CX.
Parábola del
edificador,
que oportu-
namente exa-
mina si po-
drá con lo
que tiene,
concluir su
obra.

CXI.
Jesús come
con los pu-
blicanos. Pa-
rábola de la
oveja descar-
riada, y de la
dracma per-
dida.

Habiendo notado que los fariseos que con él estaban convidados se apresuraban á tomar los primeros asientos, en tono de parábola dijo: Si te convidaren á comer, toma siempre el último lugar, para que el que te convidó te haga subir mas arriba; guárdete de tomar el primer lugar, porque no sea que venga otro mas digno que tú, y te sea preciso cederle el asiento que habias tomado, porque quien se ensalza, será humillado, y será ensalzado el que se humillare. Si tuvieses algun festin no convides á tus parientes y amigos poderosos, esperando que ellos hagan lo mismo contigo convidándote á su vez; llama si á los pobres, á los enfermos y á los ciegos, para que Dios te recompense en la resurreccion de los justos (1).

Oyendo uno de los convidados este discurso de Jesucristo, dijo: Bienaventurado el que comerá en la mesa del reino de Dios. Tomó de esto ocasion Jesus para proponerle esta parábola: Certo hombre preparó un gran banquete, y convidó á muchos; pero todos los convidados se excusaron de asistir, diciendo el uno, que habia comprado una granja, el otro que habia comprado unos bueyes, y el otro que se habia casado. Irritado el dueño del festin por la excusa de sus amigos, ordenó que se hiciesen venir á su mesa cuantos pobres y hacedos se encontrasen en la ciudad. Tambien envió á los campos, y juntó todos los miserables que halló en los caminos y cercados, y dijo á sus criados, que ninguno de los primeros convidados gustaria de la gran cena que se habia dispuesto (2).

Jesús recorrió la Galilea predicando en las sinagogas, y siempre seguido de un numeroso pueblo, á quien decia que para ser discipulo del Hijo de Dios, era menester dejar al padre, á la madre, y negarse uno á sí mismo; que era necesario tomar la cruz y seguirlo. Les propuso la parábola de un hombre que proyectó hacer una casa, y antes de comenzarla examinó oportunamente si le bastaba su caudal para concluir; y la de un rey que queriendo emprender la guerra contra otro rey, considera maduramente si podrá con diez mil hombres resistir al contrario que le presenta veinte mil. De esta manera, les decia, el que no quiere renunciar todas las cosas, no puede ser mi discipulo. La sal en sí es muy buena; pero si llega á perder su sabor, con qué recobrará su virtud? No sirve para abonar la tierra ni para el estiercol, sino que debe arrojarse como cosa inutil. Los que sean capaces de entenderme, escuchennme (3).

Volvió Jesus á Cafarnaum, y los publicanos y pecadores se le acercaron con el fin de orlo. Jesus no se desdennó de comer con ellos. De esto murmuraban los fariseos, y él les propuso esta parábola: Un hombre tenia cien ovejas, y habiéndose descarriado una de ellas, abandonó en el desierto las noventa y nueve, por ir á buscar la que se habia perdido. La puso sobre sus hombros, la introdujo en el rebano, y ya de vuelta á su casa, llamó á sus amigos diciéndoles le diesen el parabien por haber encontrado la oveja que habia perdido. Así se regocijaron los ángeles en el cielo por la con-

(1) Luc. xiv. 7. 14.—(2) Luc. xiv. 15. 24.—(3) Luc. xv. 25. ad finem.

version de un pecador. Añadió tambien la parábola de la dracma perdida y hallada, y les hizo saber la misma consecuencia (1).

Todavía les añadió otra del hijo prodigo, que habiendo obligado á su padre á que le diera la parte que de su herencia le tocaba, se fué á un pais muy distante, donde en malas compañías consumió todo cuanto tenia. Bien pronto quedó reducido á la mayor pobreza y obligado á cuidar cerdos. Reflexionando sobre sí mismo, resolvió volver á la casa de su padre. Volvió en efecto; su padre lo recibió con los brazos abiertos, hizo que le dieran sus vestidos, y dispuso una gran fiesta para manifestar su gozo por esta vuelta. Pero habiendo llegado del campo el hermano mayor de este jóven, se enojó por la acogida que dió su padre á su hermano menor. Dijo-le entonces el anciano que era necesario alegrarse por la venida de su hermano, porque era un alguna manera haber vuelto de la muerte á la vida (2).

Jesus despues de esto pasó el Jordan, y por el pais que está del otro lado del rio vino á Juden. Seguíale comunmente un numeroso pueblo y muchos enfermos á quienes daba la salud (3).

Contó á sus discipulos la parábola del mayordomo infiel que, habiendo disipado los bienes de su señor, y no hallándose capaz de dar cuentas, llamó en particular á cada uno de los deudores de su amo, y les dió su carta de pago, á fin que ellos lo acogiesen en sus casas cuando fuera privado del cargo de intendente en la casa de su amo. Hacedos pues vosotros amigos, les dijo, con las riquezas de la iniquidad, para que despues de esta vida os reciban en las eternas moradas. El que es fiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho, y el que no lo es en las cosas ajenas, ¿cómo lo será en las propias? Ninguno puede servir á dos señores; no se puede servir á Dios, y ser esclavo de las riquezas (4).

Los fariseos como que eran avaros, se burlaban de estos discursos del Salvador; pero él les dijo que Dios penetraba el fondo de los corazones, y lo que era estimable á los ojos de los hombres, era aborrecible á los de Dios. La ley y los profetas han subsistido hasta el tiempo de Juan Bautista; despues de este tiempo está anunciado el reino del cielo, y todos hacen fuerza contra él. Mucho mas facil es que pasen el cielo y la tierra, que el que se frustré la menor letra de la ley (5).

Los mismos fariseos en seguida le preguntaron, por tentarlo, si era permitido divorciarse de su muger. Jesucristo les preguntó qué era lo que habia mandado Moises. Respondieron que Moises habia permitido que el hombre diese á la muger un libelo de divorcio, y la repudiase. Es cierto, dijo Jesus; mas esto lo concedió en atencion á la dureza de vuestro corazón. ¿Que, no habeis leído que en el principio Dios crió al hombre y á la muger, y que el hombre dejara á su padre y á su madre por unirse á su esposa? Nadie por tanto separe lo que Dios ha unido. Os digo, pues, que si no es por causa de adulterio, el que repudiare á su muger y se casare con

Año de la
era cr. vulg.
32.

CXII.
Parábola del
hijo prodigo.

CXIII.
Parábola del
infiel y del
mayordomo.

CXIV.
¿Es permiti-
do separarse
de su muger?

(1) Luc. xv. 1. 10.—(2) Luc. xv. 11. ad finem.—(3) Matth. xix. 1. 3. Marc. x. 1.—(4) Luc. xvi. 1. 13.—(5) Luc. xvi. 14. 17.

Año de la era cr. pag. 32.

CXV.
Tres clases de varones. Virginitad recomendada

CXVI.
Parábola de Lázaro y del rico inícuo.

CXVII.
Degradación y castigo de los escándalos.

CXVIII.
No somos más que sirvos inútiles.

CXIX.
Fiesta de los

otra, es un adulterio; como también lo es el que se desposa con la mujer repudiada por su marido (1).

Habiendo vuelto Jesús á casa, vinieron sus discípulos á hablarle de nuevo sobre la misma materia, y él reprodujo lo que tenía dicho á los fariseos. Dijéronle: Siendo esto así, mejor será no casarse. Jesús respondió: No todos pueden permanecer de ese modo. Hay tres suertes de eunucos: unos por naturaleza, ó temperamento; otros por necesidad; y los terceros por su voluntad. Estos últimos son los que viven en continencia, para merecer el reino de los cielos (2).

Cierto día les propuso la parábola de Lázaro y del ricoavariento. Vestía este con magnificencia, y diariamente se daba el mejor trato. A su puerta estaba postrado Lázaro deseando saciarse únicamente con las migajas que caían de la mesa. Murieron ambos, y Lázaro fue conducido al seno de Abraham, y el rico al infierno. Viendo este á lo hijos á Abraham, le rogaba que enviase á Lázaro para que le refrescase la lengua con sola una gota de agua que llevara en la extremidad de su dedo. Pero Abraham le respondió que ya había gozado durante su vida de toda clase de placeres, y ahora era la voz de Lázaro: a mas de esto entre nosotros dos hay un caos impenetrable, y no puede por tanto Lázaro ir á ti. El rico continuó diciendo: Ráegote, pues, que á lo menos envíes un aviso á mis cinco hermanos que aun están en el mundo, para que ellos se guarden de caer en el estado en que yo me veo. Pero Abraham le respondió: Allá tienen á Moisés y los profetas, á quienes pueden escuchar; y si no oyen á estos, ¿cómo mejor al hombre que se les envíe (3)?

Es imposible que no haya escándalos en el mundo, dijo Jesucristo á sus discípulos; pero ¡ay de aquel que lo causal! Valdria mas atarle al cuello una piedra de molino, y precipitarlo al mar, que escandalizar al menor de los míos. Si tu hermano te falta en algo, repréndelo. Si se enmienda, perdónalo; y aun cuando siete veces te ofenda, otras tantas debes, si él se arrepiente, perdonarlo. Los apóstoles le dijeron: Señor, aumentad nuestra fe. El le respondió: Si tuviereis tanta fe como un grano de mostaza, y dijereis á un maral que se arranque de raíz y se precipite en el mar, él os obedecerá (4).

Jesús para mostrar que en cualquiera cosa que hagamos por Dios no somos más que sirvos inútiles, les presentó esta parábola: Un amo que tiene un criado en el campo, ó que conduce sus ganados, ¿le dirá acaso al venlo volver: Sientate y come, ó mas bien le ordenará que le prepare la comida y le sirva la mesa, y él comerá despues? Si el criado así lo ejecuta, le quedará por ello obligado á su amo (5)?

artículo II. Que comprende lo que pasó desde la fiesta de los Tabernáculos hasta la cuarta Pascua.

Acercándose la fiesta de la Scopogegia ó de los Tabernáculos, los parientes de Jesús solicitaron que fuese á Jerusalem, para que los

(1) *Math. xv. 3-9. Marc. x. 2-9. Luc. xvi. 18.* (La continuación en el art. cxvi.)
—(2) *Math. xix. 10-12. Marc. x. 10-12.* (La continuación en el art. cxix.)—(3) *Luc. xix. 12. cf. *ibidem.**—(4) *Luc. xvii. 1-6.*—(5) *Luc. xvii. 7-10.* (La continuación en el art. cxxxix.)

discípulos que allí había hecho el principio de su predicación dos años y medio antes, vieran los prodigios que obraba, se afirmaran en su creencia, y él se manifestara al mundo, porque sus parientes no creían en él. Pero Jesús les dijo que ellos bien podían ir á Jerusalem; pero por lo que respectaba á él no iba, porque aun no había llegado su tiempo. Mas no dejó de ejecutarlo cuando ellos se apartaron de allí. El pueblo entre tanto lo buscaba, y sobre su persona había en aquella multitud ruidosas disensiones (1).

Habia pasado ya la mitad de los ocho días de la fiesta cuando Jesucristo fué al templo y comenzó á predicar. Los Judios que sabían que no había estudiado, admiraban su doctrina. Mas Jesucristo les dijo que su doctrina no era suya, sino del Padre celestial que lo había enviado. Y como penetraba los ínicos designios que formaban contra él, les dijo que ninguno de ellos observaba la ley de Moisés, que prohibía el homicidio, y ellos estaban resueltos á matarlo. El pueblo que ignoraba la voluntad de los sacerdotes y fariseos, le respondió: ¿Entus endemoniado; ¿quién ha osado hacerte morir? Jesús les dijo: Yo he obrado un milagro sumando al enorme que estaba en la profética piscina, y todos os habeis admirado. Os ha parecido mal que yo curase á un hombre en el día del sábado, y vosotros no dudais circuncidar á un hombre el mismo día por obedecer á Moisés, ó mas bien á los patriarcas, de quienes trae origen esta ceremonia (2).

Algunos de los de Jerusalem decían: ¿No es este el hombre á quien los fariseos querían dar muerte? ¿Mirad como habla públicamente, y nadie le hace cosa alguna. ¿Es este al que reconocieron los principes de los sacerdotes por el Mesías? Mas otros decían: No; porque de este sabemos de donde viene, y del Mesías ignoramos de donde vendrá. Pero Jesucristo clamaba en el templo: Bien me conocéis y sabéis mi origen, mas no conocéis al que me ha enviado; yo sí lo conozco, porque de él vengo, y él me ha enviado. Intentaron prenderlo; mas no se pudo, porque aun no había llegado su tiempo. Sin embargo muchos del pueblo creyeron en él diciendo: ¿Cuándo venga Cristo hará mayores prodigios que los que este obra (3)?

Habiendo sabido los sacerdotes y fariseos lo que juzgaba el pueblo, enviaron gente con el objeto de arrestar á Jesús. Mas Jesús les dijo: Todavía tengo de estar un poco de tiempo con vosotros, y volveré despues al que me envió. Me buscaréis y no me hallaréis, porque no podéis venir á donde yo voy. Los Judios que no penetraban el sentido de este discurso, mutuamente se preguntaban: ¿Qué querrá decir con estas palabras: Me buscaréis y no me hallaréis? ¿Querrá ir á las gentes que se hallan dispersas, ó á predicar á los extrangeros (4)?

Estando Jesús en el templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos, dijo: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Si alguno cree en mí, de mi corazón saldrán rios de agua viva, denotando con esto al Espíritu Santo que debían recibir. El pueblo que

(1) *Juan. vi. 2-13.* (Calmet sigue á Mr. Thoynard colocando aquí lo contenido en este artículo y en los tres siguientes.)—(2) *Juan. vi. 14-33.*—(3) *Juan. vi. 25-31.*—(4) *Juan. vi. 32-36.*

Tabernáculos ó de la Scopogegia. Jesús esollido por sus parientes para que viera á Jerusalem.

CXX.
Jesús enseña en el templo. Admiración de los Judios por su doctrina.

CXXI.
No se sabe de donde vendrá el Mesías.

CXXII.
Los sacerdotes querían arrestar á Jesús. Él les dice que volverá despues al que le envió, y que ellos no le hallarán.

CXXIII.
Jesús, fuente de agua viva.

Año de la
era cr. vulg.
32.

escuchaba, estos discursos decía: Este hombre es un verdadero profeta; él es el Cristo. Y otros replicaban: ¿Pues qué de Galilea puede venir el Cristo? [No denota la Escritura que descendiera de la familia de David, y de la villa de Belén? Y había una gran división en el pueblo sobre este asunto (1).

Los que habían sido enviados por los sacerdotes para arrestar á Jesus, se volvieron sin ejecutar cosa alguna, diciendo que jamas hombre alguno habia hablado como él. Respondiéronles los sacerdotes y los fariseos: ¿Vosotros tambien estais seducidos como los demás? ¿Habeis visto que alguno de los principes de los sacerdotes haya creido en él? Este maldito pueblo es el unico que ignora la ley. Nicodemas, discipulo oculto del Salvador, les dijo: La ley condena á alguno sin oírlo? Ellos le respondieron: ¿Hay algunos profetas de Galilea? ¿Tú eres tambien Galileo? Siendo ya tarde, se retiraron todos, y Jesus se fué á pasar la noche al monte de las Olivas (2).

CXXV.

Le presentan á Jesus una mujer sorprendida en adulterio.

A la mañana siguiente volvió al templo y comenzó á predicar. Presentáronle los fariseos una mujer sorprendida en adulterio, preguntándole de una manera capciosa qué era lo que debía ejecutarse. Jesus sin responder cosa alguna escribía sobre la tierra; y erigiéndose les dijo: El que de vosotros estuviere sin culpa, ese sea el primero que la apedree; y volvió á escribir como antes sobre la tierra. Viendo esto los acusadores unos tras otros se retiraron, y quedó la mujer sola en el puesto. Entonces levantándose Jesus la dijo: ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Qué, nadie te condena? Pues yo tampoco te condeno. Vete, y no peques mas (3).

CXXVI.

Jesus es la luz del mundo.

Jesus continuando su doctrina decía al pueblo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas. Dijéronle los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo, y así nada vale tu testimonio. Jesus les respondió: Aunque yo me dé testimonio á mí mismo, es mi testimonio verdadero, porque yo sé á donde voy, y de donde vengo; pero vosotros ignorais ambas cosas. Cuando juzgo, es cierto mi juicio, porque yo no estoy solo, está mi Padre conmigo; y conforme á la ley el testimonio de dos personas debe estimarse verdadero. Ellos le preguntaron donde estaba su padre, y él les dijo: Vosotros no conocéis ni á mi Padre ni á mí; y si me conocierais, conoceriais tambien á mi Padre. Esto dijo Jesus en el lugar donde estaba el tesoro del templo; y ninguno se atrevió á prenderlo, porque aun no había llegado su hora (4).

CXXVII.

Jesucristo se irá, y los Judios morirán en su pecado.

Poco despues les dijo Jesus que se iba, y que inútilmente le buscarian, que moriran en su pecado, y no podrian ir á donde él debía ir. Ellos dijeron: Qué, se quitará la vida, supuesto que afirmas que no podemos ir á donde él irá? Jesus les dijo: Yo no soy de acá abajo ni de este mundo; pero vosotros sí sois del mundo; y si no creis en mí, moriréis en vuestros pecados. ¿Pues tú quién eres? le preguntaron. Y les respondió: Pensad primeramente en lo que os digo (5). Tengo mas que decirlos, y solamente os digo lo que os oye del mismo que me envió. Cuando hubieris ensalzado al Hijo del hombre, entonces me conoceréis, y sabréis que nada hago por mí

(1) Joan. vii. 57. 43.—(2) Joan. vii. 44. ad finem. et ibid. viii. 1.—(3) Joan. viii. 2.—11.—(4) Joan. viii. 12.—30.—(5) M. Thoyard traduce: Principio que es lo que veis.

Año de la
era cr. vulg.
32.

mismo, sino que cuanto digo lo he oído á mi Padre. Muchos de aquellos que lo escuchaban creyeron en él. Jesus les dijo: El que permanece en la verdad es verdaderamente mi discipulo, y la verdad lo librará. Los Judios le respondieron: Nosotros somos hijos de Abraham, y nunca hemos sido esclavos. Dijoles Jesus: El que peca es esclavo del pecado, y vosotros no seréis verdaderamente libres, sino cuando el Hijo os haya libertado. Yo sé que sois hijos de Abraham; pero queréis matarme porque mis palabras no hallan cabida en vuestros corazones. Si sois hijos de Abraham, imitad las obras de vuestro padre. ¿Por qué queréis matarme? ¿Pues qué así se continúa Abraham? Ellos le dijeron: Nosotros tenemos á Dios por Padre. Jesus les respondió: Si fuerais hijos de Dios, me amaríais sin duda, pues yo vengo de Dios, y á Dios he de volverme. Antes bien sois hijos del demonio, supuesto que haceis su voluntad; porque él desde el principio del mundo es mentiroso y homicida (1).

A continuación les dijo: ¿Quién de vosotros me acusará de pecado? ¿Si os digo la verdad, por qué no la creis? El que es de Dios escucha sus palabras; y como vosotros no sois de Dios, por eso no las escuchais. Dijéronle los Judios: ¿No hemos dicho bien, que eres un samaritano ó un endemoniado? No soy endemoniado, respondió Jesus, sino que honro á mi Padre, y vosotros me deshonrais. No busco mi gloria; hay otro que la busque por mí, y que me vengará de los ultrajes que me haceis. Quien cumple mis palabras, no verá la muerte. Los Judios le dijeron: Ahora acabamos de conocer que estás poseído del demonio. Nuestro padre Abraham ya murió, y tú dices que el que observe tus preceptos no morirá. ¿Eres mayor que nuestro padre Abraham? Los profetas tambien murieron, ¿quién pretendes ser tú? Jesus respondió: Si yo mismo me glorifico, nada vale mi gloria; mi Padre, á quien llamais vuestro Dios, y á quien no conocéis, ese es el que me glorifica; yo lo conozco, y observo sus órdenes. Vuestro padre Abraham se alegró con la sola esperanza de ver mi día; lo vió, y se llenó de gozo. Dijéronle: Aun no tienes cincuenta años, y dices haber visto á Abraham? Jesus respondió: Os digo en verdad que ya yo existia cuando Abraham nació. Entonces tomaron piedras para apedrearlo; pero Jesus se ocultó, y salió del templo (2).

Jesus al retirarse vió á un ciego de nacimiento. Los discipulos preguntaron si había nacido ciego por sus pecados ó por los de sus padres. Ni por lo uno ni por lo otro, les respondió Jesucristo; sino para que en él se manifestasen las obras de Dios. Méntras duró el día, añadió, debo cumplir lo que me ha ordenado mi Padre; yo soy la luz del mundo. En ese mismo tiempo escupiendo en la tierra, con ella y la saliva hizo lodo, y untó los ojos del ciego de nacimiento, y le dijo que fuera á lavárselos en la fuente de Siloé. El ciego fue, se lavó, y quedó sano. Siendo este hombre un mendigo muy conocido, los que lo veian sano no podian persuadirse que fuese el mismo; mas él aseguraba ser el mismo, y repotia á todos la manera en que había recobrado la vista (3).

En la siguiente mañana el ciego fué presentado á los fariseos

CXXVIII.

Jesus es irreprensible. El que os de Dios escucha las palabras de Dios.

CXXIX.

Cuarenta del ciego de nacimiento.

(1) Joan. viii. 21.—44.—(2) Joan. viii. 46. ad finem.—(3) Joan. ix. 13. TOM. XIX. 8

CXXX.
El ciego de nacimiento
acudiendo
á la presen-
cia de los sa-
curitos.
Año de la
era cr. vulg.
32.

para dar razon del cómo habia sanado. Los fariseos sostenian que Jesus no era un hombre enviado de Dios, por no observar el sábado, puesto que en este día habia practicado la curación. Otros decían: (Como un pecador puede obrar tales maravillas? El ciego defendió que Jesus era un verdadero profeta. Durante esta contestación hicieron venir á los padres del ciego sano, para saber si este era su hijo, y si habia nacido ciego. Ellos respondieron que ninguna cosa habia más cierta que esto; pero por lo tocante á su curación no sabían como habia sucedido; que su hijo ya tenia suficiente edad para responderles, y á él le podían preguntarle. Los padres observaron esta conducta por el temor que tenían á los fariseos; pues sabían que estaba resuelto echar fuera de la sinagoga á los que reconociesen á Jesus por el Mesías. Los fariseos, pues, hicieron que otra vez se presentara el ciego, y le dijeron: Da gloria á Dios, y confésanos la verdad. Nosotros sabemos que este hombre es pecador. El ciego respondió: Yo no sé si es pecador; lo que sí sé es que él me ha dado la vista. Y como ellos preguntasen como Jesus habia obrado este prodigio, respondió el ciego: Lo tengo ya dicho, no lo habéis entendido? Queréis por ventura ser sus discípulos? Maldito seas, le dijeron, y sé tu discípulo suyo, que nosotros lo somos de Moises. Sabemos que Dios ha hablado por medio de Moises; pero ignoramos de donde procede este hombre. Esto sí es digno de admiración, les dijo el ciego, que no sepáis de donde es este hombre que abrió mis ojos, cuando todos sabemos que Dios no oye á los pecadores, sino á los buenos. Nunca se ha oído que un hombre haya dado vista á un ciego de nacimiento; y por tanto Jesus no habria podido hacerlo, si no fuera enviado de Dios. Los fariseos le dijeron: Tú eres todo pecados desde que naciste, y te atreves á enseñarnos! En aquel instante, lo echaron del templo (1).

CXXXI.
El ciego de nacimiento
creyó en Jesus
cristo.

Sabiendo Jesus lo que habia pasado, encontró por las calles al ciego, y le preguntó si creía en el Hijo de Dios. Quien es el Hijo de Dios? preguntó el ciego. Yo soy, respondió Jesus. Desde luego se postro el ciego á sus pies y lo adoró. Jesus dijo tambien que habia venido al mundo para que los ciegos vieran la luz, y los que la veían quedaran ciegos. Los fariseos que estaban presentes le dijeron: Nosotros tambien somos ciegos! Jesus respondió: Si os juzgarais ciegos, no tendríais pecado; pero por cuanto aseguráis que veis, permaneceréis en vuestro pecado (2).

CXXXII.
El pastor ver-
dadoso entra
al redil por
la puerta
por otra par-
te.

Entonces Jesus presentó á los fariseos esta parábola: El que no entra por la puerta al redil, es ladrón; pero el pastor entra por la puerta; las ovejas lo conocen y lo siguen. Yo mismo soy la puerta; todos los que vienen sin entrar por esta puerta son ladrones; mas el que entrare por ella se salvará. Yo soy el buen pastor, y doy mi vida por mis ovejas; pero el mercenario las abandona al lobo, y se pone en salvo. Otras ovejas tengo que no son de este aprisco, y es necesario que yo las conduzca; ellas oírán mi voz, y no habrá mas que un rebano y un solo pastor. El Padre ama al Hijo, porque este pone su vida para recobrarla despues. Nadie podrá quitársela, mientras él no quiera darla. Estos discursos causaron una especie

(1) Joan. ix. 10-34.—(2) Joan. ix. 35, ed. floren.

de cisna entre los Judios. Unos afirmaban que estaba endemoniado; y otros lo negaban, porque sus discursos no eran propios de un poseído del demonio. (Un endemoniado curará acaso á un ciego de nacimiento!) (1).

En seguida se fué Jesus á Galilea; y despues volviendo á Jerusalem para la fiesta de la dedicación del templo, pasó por medio de Galilea y Samaria; y estando ya al entrar á una ciudad, desde lejos le dijeron en alta voz diez leprosos: Maestro Jesus, compadécete de nosotros; Jesus les ordenó que fueran á presentarse á los sacerdotes. Ellos así lo ejecutaron, y quedaron sanos. Uno de ellos que era samaritano volvió á darle gracias á Jesus. El Salvador le dijo: No fueron diez los que se curaron? ¿dónde están, pues, los otros nueve? Un extranjero es el único que ha venido á dar gracias á Dios. Vete, tu fe te ha hecho salvo (2).

Estando Jesus en el templo le preguntaron los fariseos cuando vendría el reino de Dios. Les respondió que el reino de Dios no vendría de una manera sensible y manifiesta, ni con un esplendor que lo hiciera notable; pero por lo demas el reino de Dios ya estaba en medio de ellos. Entonces dijo á sus discípulos: Tiempo vendrá en que alguna vez desearéis ver al Hijo del hombre, y no lo conseguireis. Agregó que tambien se diría: Aquí está, ó allí se halla; pero que se guarden de creerlo, porque el Hijo del hombre vendrá repentinamente como un relámpago, y antes de esto tendrán que sufrir muchos males de parte de los Judios; que el día de su venganza llegará cuando ménos lo piensen; como vino el diluvio en los días de Noé, y el incendio de Sodoma y Gomorra en los de Lot; cuando los hombres comían, bebían, tomaban mugeres y se casaban; así sucederá el día del Hijo del hombre. Entonces quien estuviere en el techo no baje á tomar lo que está dentro de la casa; y el que estuviere en el campo no vuelva atras. Acorralos de la muger de Lot. El que quiera salvar su vida, la perderá; y quien piense perderla, la salvará. De dos personas que estarán en un techo, la una será llevada y la otra se salvará. De dos que sirvan en el molino, la una quedará y la otra será llevada. De dos hombres que trabajen en el campo, el uno será preso y el otro quedará libre. Los apóstoles le preguntaron cuando debería acontecer esto; y les respondió de un modo enigmático: Donde estuviere el cuerpo muerto allí estarán las águilas (3).

Tomando ocasion de esto, dijo á sus apóstoles una parábola, en la que les manifestaba cuán necesaria era la continua oración. Ciertos jueces que no temían á Dios ni á los hombres estaba importunado por una viuda que le pedia justicia contra su adversario. Permaneció el juez mucho tiempo sin querer escucharla, hasta que cansado por sus importunidades lo hizo justicia para librarse de este modo de sus instancias. Así Dios, aunque parece estar muy distante de vengarse, no dejará de hacerlo en favor de sus escogidos, que día y noche le están clamando. Preguntó á sus discípulos si cuando él venga á la tierra todavía encontrarán fe (4).

Antes de la
era cr. vulg.
32.

CXXXIII.
Fiesta de la
dedicación
del templo.
Curación
de diez le-
prosos.

CXXXIV.
E reino de
Dios no ven-
drá de un
modo sensi-
ble.

CXXXV.
Parábola del
juez que no
teme á Dios
ni á los hom-
bres.

(1) Joan. x. 1-21.—(2) Luc. xvi. 11-19. Joan. x. 22. (La continuación en el art. CXXXVIII).—(3) Luc. xvii. 20, ed. floren.—(4) Luc. xviii. 1-8.

CXXXVI.

Parábola del fariseo y del publicano, que van al templo.

Año de la era cr. vulg. 32.

En segunda les propuso la parábola de ciertas personas que se tenían por justas y despreciaban á los demas. Dos hombres, les dijo, subian al templo; el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo manteniéndose en pié decía á Dios: Gracias te doy, Señor, de no ser como los hombres injustos, raptores, adúlteros, y de no ser como este publicano. El publicano quedándose á lo lejos muy retirado, apenas osaba levantar los ojos al cielo; sino que golpeando su pecho decía: Señor, tened misericordia de mi pecador. En verdad os digo, que este salió del templo agradando á Dios mucho mas que el primero (1).

CXXXVII.

Los Judios quieren apedrear á Jesús porque dice ser Hijo de Dios.

Andaba Jesús en el templo en el pórtico de Salomon, cuando lo rodearon los Judios y le dijeron: ¿Hasta cuándo has de tenernos suspensos? Si eres el Cristo, dinoslo. Jesús les respondió que ya lo tenía dicho, y que sus obras bastante lo declaraban. Mas vosotros, les añadió, no lo creis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen; yo las guardo, y nadie las quitará de mi mano. Mi Padre que me las ha dado es Todopoderoso, y ninguno las arrebatará de sus manos; y yo y mi Padre somos una misma cosa. Los Judios entonces se apresuraron á tomar piedras para apedrearlo, y él les dijo: Os he colmado de beneficios á nombre de mi Padre; ¿por cuál de ellos queréis apedrearme? Respondieronle: Te apedreamos no por tus beneficios, sino por tus blasfemias; porque siendo un hombre, quieres pasar por un Dios. Jesús les dijo: ¿No está escrito: Yo he dicho: Vosotros sois dioses! Pues si aquellos á quienes habló Dios son calificados por dioses, ¿por qué al que es enviado y santificado por el Padre lo llamais blasfemo porque dice ser Hijo de Dios? Si yo no hago las obras de mi Padre, no me creais; pero si las hago, creed á lo menos á mis obras, y reconoced que yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí. Segunda vez intentaron apedrearlo, mas escapó de sus manos (2).

CXXXVIII.

Jesús se va al otro lado del Jordan.

Después se fué Jesús á Betania á la otra parte del Jordan donde Juan bautizaba anteriormente, y allí permaneció un mes. A ese lugar vivieron á encontrarlo muchos Judios, y creyeron en él, diciendo que Juan Bautista no habia hecho milagro alguno; pero que cuanto habia dicho relativo á Jesucristo, tanto se habia verificado (3).

CXXXIX.

Enfermedad de Lázaro.

Habiéndose enfermado Lázaro, hermano de Marta y de María, por medio de un mensajero se le avisó á Jesús que estaba en Betania de la otra parte del Jordan. Jesús respondió que la enfermedad no era mortal, sino que era solamente para manifestar la gloria de Dios. En el mismo lugar se detuvo todavía dos días (4).

CXL.

Los niños se presentan á Jesús.

Se presentaban los niños á Jesús para que les impusiese las manos. Los discípulos les impedían el acercarse; pero el Salvador les dijo que los dejasen, porque de ellos es el reino de los cielos y de los que les son semejantes (5).

CXLI.

Muerte de Lázaro.

Entre tanto murió Lázaro. Jesucristo entonces quiso ir á Judea. Representáronle sus discípulos que no habia pasado, por decirlo así, mas que un momento después que lo quisieron apedrear, y le preguntaban cómo se resolvía á ponerse de nuevo en medio de ellos.

(1) Luc. xviii. 9-14. (La continuación en el art. cxl.)—(2) Joan. x. 23-39.—(3) Joan. x. 40, al fin.—(4) Joan. xi. 1-6. La continuación en el art. cxlii.—(5) Matth. xix. 13-15. Marc. x. 13-15. Luc. xviii. 15-17. (La continuación en el art. cxlii.)

Jesús les respondió que el día tenía doce horas; que Lázaro dormía, y que él iba á despertarlo. Los apóstoles creían que hablaba de sueño natural; pero Jesús claramente les dijo que Lázaro estaba muerto. Vamos á verlo, les dijo. Tomas dirigiéndose á los otros discípulos, les dijo: Acompañámonos para morir juntamente con él (1).

En el camino un joven de los principales entre los Judios, se postó á sus pies, diciéndole: Mi buen Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno, y por qué me preguntas lo que debes practicar para lograr la vida eterna? Un solo bueno hay que es Dios; y por lo que toca á la vida eterna, el único medio de obtenerla es observar los mandamientos. Díjole este hombre que estos los habia observado desde su juventud. Jesús habiéndolo mirado con un aire de bondad, le dijo: Te resta una cosa, y es que dejes tus bienes, los des á los pobres y me sigas. Oyendo esto el joven, se retiró muy triste por cuanto él era muy rico. Jesús volviéndose á sus discípulos les dijo que es difícil que se salve un rico; y que esta dificultad es mayor que la de pasar un camello por el ojo de una aguja. Al oír esto los apóstoles se admiraron, y preguntaron ¿quién será el que pueda salvarse? Jesús les respondió: Esto es imposible para los hombres; pero todo es posible á Dios (2).

Pedro le dijo entonces: Señor, nosotros todo lo hemos dejado por seguirte, ¿qué recompensa recibiremos? Jesús les dijo que él y los demas que hubieren renunciado de todo por seguirlo, se sentarían en su nuevo reino sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel. Díjoles tambien que los que hubieran dejado sus bienes y familia por su nombre y Evangelio, recibirían el céntuplo en esta vida, aunque sin eximirse de penas, y la eterna vida en el cielo. Porque muchos que son primeros serán últimos, y muchos que son los últimos serán los primeros (3).

Con esta ocasión les presentó esta parábola: El reino de los cielos es semejante á un padre de familia que envió desde el principio de la mañana trabajadores á su viña, después de haber convenido con ellos en darles un dinero por el día. A las tres, á las seis, á las nueve, y por último á las once envió otros trabajadores. Llegada la tarde, el padre de familia ordenó á su mayordomo que pagara á los operarios, y les diera á todos un mismo salario. Los que habian trabajado desde muy temprano murmuraban, diciendo que ellos habian llevado todo el peso del trabajo y del calor, y no se les daba mas que á los otros que habian trabajado una sola hora. Pero él les dijo: Yo no os he hecho injusticia alguna; no habeis convenido conmigo en recibir un dinero por día? Así los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos (4).

Jesús habiendo llegado finalmente á Betania, supo que Lázaro llevaba cuatro días de enterrado; habia allí muchísima gente que habia venido de Jerusalem á consolar á sus dos hermanas Marta y María por la muerte de su hermano, cuando se avisó en la casa que Jesucristo habia llegado. Marta salió á verlo, y le dijo que si él hu-

(1) Joan. xi. 7-11. 15.—(2) Matth. xix. 16, 26. Marc. x. 17, 27. Luc. xviii. 18-27.—(3) Matth. xix. 27. al fin. Marc. x. 28-31. (La continuación en el art. cxliii.) Luc. xviii. 28-30.—(4) Matth. xx. 1-15. (La continuación en el art. cxliii.)

Año de la era cr. vulg. 33.

CXLI.

¿Qué debe hacerse para conseguir la vida eterna?

CXLI.

Recompensa de los que todo lo han dejado por seguir á Jesús.

CXLI.

Parábola de los operarios destinados á la viña.

CXLI.

Resurrección de Lázaro.

biere estado allí, Lázaro no se habría muerto. Jesús le respondió: Tu hermano resucitará. Si, dijo Marta, que el último día ha de resucitar, Jesús respondió: Yo soy resurrección y vida: el que cree en mí vivirá aunque haya muerto; y el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? Si Señor, respondió Marta; creo que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo. Al instante ella hizo saber á su hermana María que Jesús había llegado. Desde luego, ocurrió María, y postrándose á sus pies le dijo: Si aquí te hubieras hallado, no habría muerto mi hermano. Viéndola Jesús llorar con los demás que la habían seguido, se contrubió interiormente, y preguntó donde habían puesto á Lázaro. Se le condujo al sepulcro; Jesús lo hizo abrir, y dando gracias á su Padre por haber siempre oído sus ruegos, gritó: Lázaro, sal afuera; y Lázaro al instante salió envuelto según estaba con sus lienzos y sudarios. Dijo Jesús que se los quitasen y lo dejasen en libertad (1).

CXLVI. Los fariseos juzgan que morirán por sus.

Muchos Judíos testigos de este milagro creyeron en Jesucristo, y otros fueron á dar aviso á los sacerdotes y fariseos de todo lo que había pasado. Temiendo estos que todos creyesen en Jesucristo, y que los Romanos vieran á destruir su templo y su nación, se juntaron á deliberar sobre este asunto. Cautas que era el gran sacerdote en aquel año, les dijo que convenia condenar á muerte á un solo hombre, para que toda la nación quedara libre. Lo cual dijo por un espíritu de profecía, porque la muerte de Jesús debía ser la salud no solamente de los Judíos, sino tambien de todos los hijos de Dios. Desde este tiempo los sacerdotes y fariseos resolvieron hacer morir á Jesús; pero él evitó hallarse en medio de ellos, y con sus discípulos se fué á la ciudad de Eflon que estaba en un lugar apartado (2).

CXLVII. Jesús vino á Jerusalen á la fiesta de la Pascha. Para predicar la terna vez.

Algunos días antes de la fiesta de Pascha vinieron á Jerusalen muchos Judíos de las cercanías de Eflon para dispouerse á la celebridad de la fiesta, y Jesús vino con ellos (3). En el camino les daba instrucciones, y ellos admiraban su doctrina. Tomando aparte á sus discípulos les declaró lo que debía sucederle en Jerusalen, y cómo sería entregado á los sacerdotes, quienes lo condenarian; se le haria toda clase de insultos, y ultrajes, sería escupido y ahogado, condenado por último á muerte, y que al día tercero resucitaría. Mas ellos nada entendieron, pues les era un misterio desconocido (4).

CXLVIII. Partida de la madre de los hijos del Zbedeo con el favor de ellas.

En ese mismo tiempo vino la madre de los hijos del Zbedeo á presentarse con ellos á Jesús, y postrándose á sus pies le pidió los dos primeros lugares de su reino para sus dos hijos. Jesús dirigiéndose á ellos les dijo: No sabéis lo que pedis. ¿Podeis beber el caliz que yo he de beber, y recibir el baño en que yo he de ser lavado? Si podemos, le dijeron. Y Jesús respondió: Efectivamente beberéis mi caliz y seréis lavados en un mismo baño; pero por lo que respecta á los primeros asientos de mi reino, no me toca disponer soberanamente de ellos: son para aquellos á quienes mi Padre los ha destinado. Los demás apóstoles llevaron á mal la peti-

(1) Juan. xi. 17. 44. — (2) Juan. xi. 45. 54. — (3) Juan. xi. 55. / La continuación en el art. CLXX. — (4) Matth. xx. 17-19. Marc. x. 32-34. Luc. xviii. 31-34. (La continuación en el art. CLXX.)

ción de los dos hermanos; mas Jesús hablando con todos les dijo: Los reyes de las naciones ejercen sobre ellas su dominio; mas esto no sucederá así entre vosotros; porque el que es el mayor, debe portarse como el mas pequeño, y el que es el amo, como el criado; así como yo no he venido á ser servido, sino á dar y entrar mi vida por la redención de muchos (1).

Aproximándose Jesús á Jericó, un ciego que pedía limosna en el camino habiendo oído el ruido de la mucha gente que lo seguía, y sabiendo que era Jesús, le gritó: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Jesús hizo que se lo acercaran, y al punto le dió la vista en recompensa de su fé (2).

Al paso por la ciudad de Jericó, un hombre llamado Zaqueo, gefe de los publicanos y rico, que mucho tiempo habia que deseaba ver á Jesús, subió sobre una higuera silvestre que estaba por donde mismo habia de pasar Jesús, á fin de poderlo ver, porque era de pequeña estatura. Pasando cerca de allí Jesús, le dijo que bajara, porque queria alojarse en su casa. Lo recibió en ella Zaqueo con todo su séquito, de lo cual marmuraba el pueblo, diciendo que iba Jesús á la casa de un pecador. Pero Zaqueo exaltado por el honor que recibia, dijo al Salvador: Señor, yo doy el día de hoy la mitad de mis bienes á los pobres; y si á alguno he hecho algun mal, lo satisfaré al cuádruplo. Dijo Jesús: Esta casa recibe hoy la salud, y este es tambien un hijo de Abraham; porque yo he venido á buscar y á salvar lo que estaba perdido (3).

Con este motivo propuso la parábola de un rey que queriendo ir á un pais distante á recibir un reino, distribuyó diez minas entre diez de sus criados, dando una á cada uno, para que durante su ausencia negociasen con ésta plata, y á su vuelta le diesen cuenta. Sus criados no lo amaban, y luego que él partió enviaron á decirle que no querian que reinase sobre ellos. Pero estando el rey de vuelta, y habiendo conseguido felizmente lo que deseaba, hizo venir á sus criados, y les preguntó qué provecho habian sacado de su plata. El primero le presentó diez minas que habia utilizado con la mina que recibió; el rey en recompensa le dió el gobierno de diez ciudades. El segundo le presentó cinco minas; el rey le dió la intendencia sobre cinco ciudades. Llegó el otro presentándole la misma plata que habia recibido, y que habia guardado en una bolsa, temiendo, decia, que su rey lo maltratase, porque era un amo duro y avaro que queria cosechar lo que no habia sembrado, y tomar lo que no habia puesto. El rey lo reprendió asperamente, por su propia confesion lo condenó, le quitó la plata, que tenia, y se la dió al que ya tenia diez minas, añadiendo, que al que ya tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará lo que parece que tiene. En cuanto á sus vasallos rebeldes que no querian reconocerlo, los hizo venir, y á su presencia los hizo matar (4).

Jesús habiendo partido de Jericó para ir á Jerusalen, encontró

CXLIX. Curación del ciego de Jericó.

CL. Zaqueo convidado al Señor.

CLI. Parábola de un rey que va á recibir un reino en un pais distante.

(1) Matth. xx. 20-28. Marc. x. 35-45. (La continuación en el art. CLXX.)
(2) San Marcos que los dos hermanos hicieron esta petición á Jesucristo, debe entenderse que la hicieron por boca de su madre; Jesucristo por tanto dirigió su respuesta no á la madre, sino á los hijos. — (3) Luc. xviii. 35. ed. super. — (4) Luc. xix. 1-10. — (4) Luc. xx. 11-28. (La continuación en el art. CLXX.)

CLII.
Caración de
dos ciegos á
la salida de
Jerico.
Año de la
era cr. vulg.
33.

al salir de la ciudad dos ciegos mendigos, que saladores de que Jesus pasaba por allí le pedian con grandes voces que los restituyese la vista. Llamábase el uno de ellos el hijo de Timeo, conocido en aquel canton. Jesus los llamó, les preguntó lo que querian, y compadecido de ellos les volvió la vista (1).
El día del sábado anterior á la Pascua no apareció Jesus en Jerusalem. Sin embargo como se sabia que habia venido á la festividad, se le buscaba en el templo y se preguntaba por él, porque los principes de los sacerdotes y los fariseos habian dado orden de que lo prendiesen, si se sabia donde estaba (2).

CLIII.
Jesus come
en casa de Si-
mon el lepro-
so, y Ma-
ria derrama
sobre sus pi-
es un vaso de
ungüento.
Domingo, 29
de marzo, 10
de Nisan para
los Judios,
(11 para los
Galileos.)

Estando Jesus en Betania seis días antes de la fiesta de Pascua comió en casa de Simon el leproso. Marta servia la mesa, y Lázaro era uno de los convidados. Maria su hermana tomando un vaso de unguento de nardo lo derramó en los pies del Salvador, y los enjugó con sus cabellos. El traitor Judas murmuró, diciendo que habria podido venderse este bálsamo en mas de trescientos dineros, y dar esta plata á los pobres. Pero Jesus tomó la defensa de Maria, y dijo que ella habia vertido este unguento para embalsamarlo anticipadamente, y que lo que ella acababa de hacer se publicaria en todas las partes donde se predicara el Evangelio. Muchos Judios vinieron de Jerusalem á Betania, no solamente por ver á Jesus, sino tambien por ver á Lázaro, Iniquitos los sacerdotes con la fama que excitaba el milagro de la resurreccion de Lázaro, resolvieron matar á Jesus y á Lázaro juntamente (3).

CLIV.
Entrada tri-
unfante de
Jesus en Je-
rusalen.
Lunes 30 de
marzo, 10 de
Nisan para
los Judios,
(11 para los
Galileos.)

En la mañana siguiente (4) habiendo partido de Betania, se adelantó hácia Jerusalem, y estando cercano de Betfage, envió á dos de sus discípulos, diciéndoles que se llegasen á una aldea que estaba allí cerca, y que allí encontrarían una asna con su pollino que nadie lo habia montado; que se los traesen, y que si alguno les decía alguna cosa, le respondiesen que Jesus los necesitaba. Fueron ellos á ella y trajeron el asna y el pollino. Sobre él colocaron sus vestiduras, y montó encima Jesus. El inmenso pueblo que acompañaba á Jesus tendia sus vestiduras en la tierra, tapizando los lugares por donde él debía pasar: tomaban ramos de árboles y cubrian el camino gritando en alta voz: *Hosanna* al hijo de David; bendito sea el Rey que viene en nombre del Señor, con otras aclamaciones á este modo. Oyéndolo los fariseos, dijeron á Jesus que los hiciera callar; mas él les respondió, que cuando ellos callaran las piedras clamarian (5).

(1) *Matth. xi. 23. ad finem. Marc. i. 48. et sequ.* (La continuación en el art. cxxv. M. Thionésé distingue tambien á dos ciegos de que habla San Mateo y San Marcos, de aquel que refiere San Lucas; porque aquel de que habla San Lucas fue uno de los dos de que hablan San Mateo y San Marcos, no fueron curados segun estos dos Evangelistas, sino cuando Jesus salió de Jerico. O mas bien, San Marcos habla de uno solo llamado Bartimeo, á hijo de Timeo, que verisimilmente era uno de los dos de que habla San Mateo, pero diferente del que habla San Lucas).—(2) *Joan. xi. 56.*—(3) *Matth. xxv. 6. 13. Marc. xiv. 3. 9. Joan. xii. 1. 11.* (La continuación en el art. cxxv. El tiempo, el lugar, la clase del bálsamo, su precio, el murmuro de los discípulos, y la remisión que les dió Jesucristo, hacen ver claramente que los tres hechos en su lugar; pero San Mateo y San Marcos lo refieren cuando hablan de la traición de Judas).—(4) *Joan. xii. 19.*—(5) *Matth. xxi. 1. 9. Marc. xi. 1. 10. Luc. xix. 39. 40.*

Estando cercano á la ciudad, dirigió á ella sus ojos, y llorando comenzó á decir: ¡Ah si conocieras que este para tí es un día de paz! Mas esto se oculta á tus ojos. Tiempo vendrá en que tus enemigos te cercarán y te estrecharán por todas partes; te destruirán enteramente, sin que en tí quede piedra sobre piedra, porque no existiese el tiempo de tu visita (1).
El pueblo habiendo subido que Jesus venia á Jerusalem, salió, y delante de él llevaba en sus manos ramos de palma, exclamando: *Hosanna*; bendito sea el Rey de Israel que viene en el nombre del Señor (2).

CLV.
Jesus llora al
ver á Jerusa-
len.
Año de la
era cr. vulg.
33.

En medio de estas exclamaciones entró Jesus en la ciudad, y habiendo subido al templo echó fuera á los que en él vendian y compraban: derribó las mesas de los comerciantes y las sillas de los que vendian palomas, diciendo: Escrito está: Mi casa es casa de oracion, y la habeis convertido en cueva de ladrones. Caró los ciegos y cojos que estaban allí. Los principes y los escribas desesperados de ver lo que pasaba y de oír como gritaban los niños *Hosanna* al hijo de David, le dijeron: ¡Oyes lo que dicen estos niños! Jesus les respondió: ¡Y vosotros no habeis leído la Escritura que dice: Sacaste una alabanza perfecta de la boca de los niños (3)?

CLVI.
Jesus entra
en el templo,
y echó fuera
á los comer-
ciantes.

Algunos griegos que no eran judios y que habian venido á adorar al Señor en la festividad de la Pascua, se acercaron al apóstol S. Felipe pidiéndole que les facilitase ver á Jesus. Felipe se lo dijo á Andres, y Andres y Felipe lo dijeron al Salvador, quien les dijo haber llegado la hora en que su Padre iba á ser glorificado; que el grano de trigo no fructifica sino cuando ha sido sembrado y muerto en la tierra; que el que ama su vida la pierde; y el que la aborrece en este mundo la conserva en la eternidad. El que me sirve, añadió, sigame, y estará donde yo estoy. Entonces se conturbó, y pidió á su Padre que lo glorificara. Al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que decía: Yo te he glorificado, y te glorificaré otra vez. El pueblo que se hallaba presente quedó admirado, y los unos decian que esto habia sido un trueno, y otros que un ángel que habia hablado. Mas Jesus les dijo: Esta voz se ha dejado oír no por mí sino por vosotros. He aquí el juicio del mundo: El príncipe del mundo va á ser arrojado fuera. Conviene que el Hijo del hombre sea exaltado; y cuando yo fuere exaltado, atraeré á mí todas las cosas; denotando de este modo la clase de su muerte. Añadió que aun habia todavía entre ellos alguna luz. Los exhortó á que con el auxilio de ella caminaran para no ser envueltos en tinieblas (4).

CLVII.
Extragosos
que desean
ver á Jesus.

Dicho esto se retiró y se ocultó de los Judios, y después de los prodigios que habia obrado, no creyeron en él. Sin embargo muchos de los principales del pueblo lo creian, aunque por temor de los fariseos no osaban declararse. Jesus en seguida se manifestó y clamó en alta voz: El que cree en mí, cree en aquel que me ha enviado; y el que me ve á mí, ve á mi Padre. Soy la luz del mundo, y el que cree en mí no anda en tinieblas. No he venido á juzgar al mundo sino á salvarlo. El que no cree en mí será juz-

CLVIII.
Jesus en luz
del templo.

(1) *Luc. xix. 41. 44.*—(2) *Joan. xii. 12. 13.* (La continuación en el art. cxxv).—(3) *Matth. xxi. 10. 16. Marc. xi. 11. Luc. xix. 45. 46.* (La continuación en el fin del artículo siguiente).—(4) *Joan. xii. 20. 36.*

Año de la
era cr. vulg.
33.

gado el último día según la palabra que le he anunciado. Yo no hablo sino lo que he oído á mi Padre (1).

Los príncipes de los sacerdotes y los principales del pueblo querían apoderarse de Jesús; pero como el pueblo le era tan afecto, temían ejecutar su designio (2). Llegada la tarde Jesús se retiró á Betania con todos sus discípulos (3).

A la mañana siguiente volviendo á Jerusalem se sintió con hambre, y se acercó á una higuera vestida de hojas para buscar en ella algún fruto; pero no habiéndolo encontrado, porque aun no era tiempo de higos, la maldijo, y la higuera al instante comenzó á secarse (4).

Habiendo llegado Jesús al templo, y habiendo visto otra vez en él el tráfico de los comerciantes, volvió á echarlos, y derribó las mesas y las sillas. Los príncipes de los sacerdotes buscaban la oportunidad de apoderarse de él; pero temían al pueblo que admiraba sus discursos. Por la tarde se volvió á Betania (5).

Al otro día por la mañana, regresando á Jerusalem con sus discípulos, vieron la higuera que se había secado, y mostrándosela Jesús, les dijo que como tuvieran fe, no solamente secarían la higuera, sino que dirían á un monte que se arroja al mar, y él se precipitará, obedeciendo lo que se le mandaba. Estando seguros, les añadió, que todo cuanto pidieris en vuestras oraciones se os concederá. Perdonad á los que os han ofendido, para que nuestro Padre os perdone; porque si no perdonan, no seréis perdonados (6).

En ese día habiendo venido al templo se acercaron á preguntarle los príncipes de los sacerdotes y los senadores qué autoridad tenía para lo que ejecutaba. Jesús les dijo que él tenía otra pregunta que hacerles. ¿El bautismo de Juan es del cielo ó de los hombres? Mas reflexionando los príncipes de los sacerdotes, que si respondían ser del cielo, Jesús les preguntaría por qué no habían creído en él; y si decían que venía de los hombres, deberían temer que el pueblo los apedrase; juzgaron oportuno responder que nada sabían. Dijoles Jesús: Pues tampoco yo os dire con qué autoridad procedo (7).

Jesús les propuso después la parábola de dos hijos enviados por su padre para trabajar en la viña. El primero respondió primeramente que no iba, pero después fue; el segundo dijo que sí iría, y no lo hizo. ¿Cual de los dos hizo la voluntad de su padre? El que fue á la viña, le respondió. Entonces Jesús les dijo: Los publicanos y las mujeres de mala vida os preferran en el reino de los cielos, porque Juan ha venido á vosotros por las sendas de la justicia y no creísteis en él, en lugar de que los publicanos y las malas mujeres lo creyeron (8).

Propusoles en seguida otra parábola de un padre de familias, que arrendó su viña á los labradores, y que al tiempo de la vendimia envió sus criados á que recogiesen el fruto. Pero los labradores se apoderaron de los criados, echaron fuera á los unos, maltrataron otros, y mataron algunos. Por último el amo creyendo que

CLIX.
Maldición de
da á la higuera
ra que no tenia
fruto.
Mareo 31
de marzo, 11
de Nueva pa-
ra los Judíos
(12 para los
Galileos.)
CLX.
Nuevamente
Jesús fecha
del templo á
los comercian-
tes.
CLXI.
Elocios ad-
mirables de
la fe.
Miercoles 1.
de abril, 12
de Nueva pa-
ra los Ju-
díos, 13 pa-
ra los Galileos.
CLXII.
El bautismo
de Juan era
del cielo ó de
la tierra?

CLXIII.
Parábola de
los dos hijos
arrendados á
trabajar en la
viña, de los
cuales el uno
va, pero el otro
no.
CLXIV.
Parábola de
la viña dada
en venta á
los viñadores

(1) Joan. xii. 36. ad finem. (La continuación en el art. CLXXVII.)—(2) Luc. xii. 47. ad finem. (La continuación en el art. CLXX.)—(3) Matth. xxi. 17. Marc. xi. 11.—(4) Matth. xxi. 18, 19. (La continuación en el art. CLXX.)—(5) Marc. xi. 15-18.—(6) Matth. xxi. 20-22. Marc. xi. 20-22.—(7) Matth. xxi. 23-27. Marc. xi. 27. ad finem. Luc. xi. 2. 3.—(La continuación en el art. CLXXV.)—(8) Matth. xxi. 28-34.

Año de la
era cr. vulg.
33.

la presencia de su hijo los contendría, lo envió á ellos. Mas los arrendatarios mutuamente se dijeron: Este es el heredero; démosle muerte, y su herencia será nuestra. En efecto, se echaron sobre él, lo llevaron fuera de la viña, y lo mataron. ¿Cuándo venga el amo de la viña, qué hará con estos asesinos? Uno de los que le escuchaban le respondió: Hará morir á estos labradores inicuos, y arrendará su viña á otros. Pero viendo los sacerdotes y fariseos que á ellos les dirigía Jesús esta parábola, respondieron: No quiera Dios que tal suceda. Jesús continuó diciéndoles: ¿No habéis leído que está escrito que la piedra desechada por los arquitectos llegó á ser piedra angular? Pues yo os digo que el reino de los cielos se os quitará, y se dará á un pueblo que de él sepa aprovecharse, y la piedra que habéis desechado hará pedazos aquello sobre lo que caiga, y también se quebrará lo que diere contra ella. Sin dificultad comprendieron los príncipes de los sacerdotes; ser ellos el blanco de estas parábolas; pretendieron apoderarse de Jesús; pero temieron al pueblo que miraba á Jesús como un profeta (1).

Dijoles también en parábola: El reino de los cielos es semejante á un rey que queriendo celebrar las bodas de su hijo, convidó á muchas personas. Con sus criados envió á llamarlas; pero no quisieron asistir. Segunda vez envió otros criados; y en vez de venir con ellos, los unos se excusaron bajo diversos pretextos, los otros prendieron á los criados, los ultrajaron y mataron algunos. Irritado el padre de familia, protestó que no gustaría de su cena ninguno de los convidados; y al mismo tiempo envió á los caminos á que trajesen cuantos encontraran para llenar la sala del festín. Entrando el rey, vio allí un hombre sin la vestidura nupcial; lo hizo atar de pies y manos y lo arrojó á las tinieblas exteriores. Concluyó diciendo que muchos son los llamados y pocos los escogidos (2).

Los fariseos habiéndose apartado de Jesús, resolvieron sorprenderlo en sus discursos. Con este fin le enviaron á algunos de sus discípulos con algunos herodianos preguntándole si era licito ó no pagar el tributo al César. Penetrando Jesús su malicia, pidió que le presentasen la moneda con que el tributo se pagaba. ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? les preguntó. Respondiéronle: Del César. Dad, pues, al César, les dijo, lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios (3).

El mismo día, los saduceos que negaban la resurrección de los muertos, la inmortalidad del alma y la existencia de los espíritus, vinieron á tentarle diciéndole: Una mujer se desposó sucesivamente con siete hermanos; ¿en el día de la resurrección de quién será esposa esta mujer? Jesús les respondió que ignoraban las Escrituras y el poder de Dios; que en la resurrección no se casarían los hombres ni tendrían mujeres, sino que estarían como los ángeles del cielo. Por lo que toca á la resurrección de los muertos que negais, les dijo, ¿no habéis leído lo que Dios dijo á Moisés en la zarza que estaba ardiendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob? Pues Dios no es el Dios de los muertos; luego

CLXV.
Parábola de
las bodas del
hijo de un
rey, á la que
no quisieron
asistir los
convidados.

CLXVI.
Los fariseos
y herodianos
intentan sor-
prender á Je-
sus.

CLXVII.
Saduceos co-
fundidos.

(1) Matth. xxi. 33. ad finem. Marc. xii. 8-11. Luc. xx. 9-19. (La continuación en el art. CLXXV.)—(2) Matth. xxii. 1-14.—(3) Matth. xxii. 15-32. Marc. xii. 13-17. Luc. xx. 26-28.

Año de la era cr. vulg. 33.
 CLXVIII. ¿Cuál es el mayor de los mandamientos de la ley?

CLXIX. Pregunta de Cristo de quien es hijo el Cristo que viene en el mundo?

CLXX. Las escritas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés.

CLXXI. Lavativas contra los fariseos.

CLXXII. Hipocresía de los fariseos.

estos patriarcas están vivos. Desde este día los saduceos no se atrevieron a preguntarle mas (1).

Pasado esto, vinieron los doctores de la ley á tentarle, preguntándole: Cuál era el mayor mandamiento de la ley. Respondió Jesus, que el primer mandamiento era el del amor de Dios, y el segundo el amor del prójimo; que en estos dos preceptos estaba contenida toda la ley y los profetas. El que hizo la pregunta aprobó la respuesta; y Jesus le dijo: No estás distante del reino de Dios (2).

Después de este tiempo nadie se atrevió á hacer otras preguntas á Jesus; mas él si les hizo algunas con que los atacó. Les preguntó ¿que concepto formaban de Cristo, y de quien era hijo? Sin detenerse respondieron: De David. ¿Pues por que, replicó Jesus, David lleno del Espíritu Santo, lo llama su Señor, diciendo: El Señor dijo á mi Señor: Siéntate á mi diestra? Si es hijo de David, ¿cómo lo llama su Señor? Esta pregunta lo hizo enmudecer, y no volvieron á preguntarle mas (3). (Se examinará en una Disertación la idea que los Judios habian formado de los caracteres del Mesias ántes de la venida de Cristo, y la que formaron después de la venida de este divino Redentor).

Entonces Jesus dirigiendo la palabra al pueblo y sus apóstoles, les dijo: Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: ejecutad lo que os digan, pero no imitéis lo que hagan; porque á los demás imponen cargas insostenibles á las que ellos no quieren aplicar ni aun la extremidad de un dedo: toda su atención es hacerse notables, ocupar en todas partes los primeros puestos y ser llamados maestros. Con estas miras llevan sus filacterias y las franjas y flecos de sus vestiduras mas largas que el común del pueblo. Vosotros no busquéis estos vanos títulos de honor; sino quien fuere el mayor entre vosotros portese como el mas pequeño; porque el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado (4).

Jesus continuó inyectando contra los fariseos, y manifestándoles su próxima desgracia. Les echó en cara: 1.º, el que cerraban el cielo á los otros, y ellos no entraban: 2.º, que devoraban las casas de las viudas, bajo el pretexto de la mucha oracion que afectaban hacer: 3.º, que recorrían la tierra y el mar con el fin de hacer un prosélito, y después de esto el prosélito era peor que lo que ántes habia sido: 4.º, dijoles que eran unos ciegos conductores que engañaban al pueblo con sus falsas explicaciones de la ley, por ejemplo, sobre el juramento decian, que cuando se jura por el oro del templo y por lo que se ofrece en el altar, queda uno obligado; pero no así cuando solo se jura por el templo ó por el altar, como si el altar y el templo que santifican el oro y las ofrendas, no fueran en si mis santos que las mismas cosas (5).

Igualmente les reprochó que pagasen diezmo de la yerbabuena, de la ruda y de otras yerbas de los jardines, y despreciasen las prácticas esenciales de la ley, como ser justos, misericordiosos y

(1) *Math. xiii. 23-33. Marc. xii. 18-27. Luc. xi. 37-40.* (La continuacion en el art. CLXIX.)—(2) *Math. xxi. 34-40. Marc. xii. 35-34.—3) Math. xxi. 41. ad finem. Marc. xii. 35-37. Luc. x. 41-44.—4) Matt. xxiii. 1-12. Marc. xii. 38-39. Luc. ix. 45. 46.—5) Math. xxiii. 13-23. Marc. xii. 40. Luc. xi. 47.* (La continuacion en el art. CLXXIII.)

Año de la era cr. vulg. 33.

heles. Tenian cuidado de colar un mosquito, y se tragaban un camello; se empuñaban en purificar el exterior del vaso, y descuidaban del interior; que eran sepulcros blanqueados, bellos por fuera, y llenos de corrupcion por dentro: que recitaban los sepulcros de los profetas, y decian que si hubieran vivido en tiempo de sus padres, no habrían imitado su conducta derramando la sangre de los profetas; pero ellos llenaban la medida de sus padres por su crueldad haciendo morir á los enviados de Dios; de manera que eran responsables de cuanto sangre se habia derramado desde el justo Abel hasta Zacarías, hijo de Baraquías, á quien mataron entre el templo y el altar. Jerusalem, decia Jesus, ciudad de sangre, que matas á los profetas y apedreas á los que se te han enviado, ¿cuántas veces he querido juntar á tus hijos, como la gallina abriga sus polluelos, y tú no has querido? Tu casa va á quedar desierta; y vosotros, añadió hablando al pueblo, no me veréis mas: hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor (1).

Estando Jesus sentado frontero al cepo donde se echaban las ofrendas, notó que algunos ricos echaban con ostentacion gruesas sumas; y al mismo tiempo una pobre viuda llegó á ofrecer dos pequeñas monedas que valian la cuarta parte de un siglo. Jesus llamó á sus discípulos y les dijo: Esta pobre viuda ha dado mas que todos cuantos habeis visto; porque ellos han dado de lo superfluo, pero esta ha ofrecido lo que la era mas necesario; ha dado todo cuanto tenía (2).

Por la tarde al salir Jesus del templo, le mostraron sus discípulos la suntuosidad del edificio, la riqueza, de los dones y la grandeza de las piedras de que estaba construido. Dijoles Jesus que vendría tiempo en que este templo seria destruido sin quedar piedra sobre piedra. Y estando sobre la falda del monte de las Olivas, desde donde se veia todo el templo, se sentó, y sus discípulos vinieron á preguntarle en particular cuándo se verificaria la ruina del templo que habia predicho, y qué señal les daba de este acontecimiento y de la consumacion de los siglos (3).

Jesus les respondió: Cuidad de no ser seducidos, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo que son el Cristo. Por todas partes oiréis hablar de guerras, combates y revoluciones; es necesario que todo esto preceda, aunque no es mas que el principio de grandes males. Se verán armarse las naciones las unas contra las otras, habrá pestes, hambre, temblores de tierra y espantosas señales en el cielo; todo esto no es mas que un preludio de lo que debe suceder. Antes de esto se apoderarán de vosotros, y os entregarán á los jueces; harán que os presentéis en sus asambleas para dar razon de mi nombre. Pero en tales ocasiones no cuideis del modo en que debéis defenderos; yo os daré una elocuencia y sabiduría á la que no podrán resistir vuestros enemigos; no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de mi Padre que hablará en vosotros. Vuestros parientes los mas allegados y vuestros mejores amigos, os entregarán á vuestros perseguidores; por mi causa seréis aborrecidos

(1) *Math. xxiii. 23. ad finem.* (La continuacion en el art. CLXXII.)—(2) *Marc. xii. 41-44. ad finem. Luc. xxi. 1-4.—3) Math. xxiv. 1-3. Marc. xiii. 1-4. Luc. xxi. 5-7.*

CLXXIII. Cepo de las ofrendas don de se echaba mucha plata.

CLXXIV. Magisterio cuando se destruyeron del templo. Prediccion de su próxima ruina.

CLXXV. Muchos eran los falsos y muchos falsos profetas.

de todo el mundo; seréis entregados, y se os hará morir. Se levantarán muchos falsos hermanos y muchos falsos profetas; pero el que hasta el fin perseverare será salvo; y antes del fin de todas estas cosas será predicado el Evangelio á todas las naciones (1).

Jesús profetizó hablándoles de este modo: Cuando viereis á Jerusalén cercada por sus enemigos, y cuando la abominacion y desolacion entre en el lugar santo, como predijo Daniel, huid, porque ya llegó el día de su ruina. Los que se hallaren en Judea, huyan á los montes; el que estuviere sobre el techo, sálvese sin entrar á su casa á tomar alguna cosa; los que estén en los campos, no vuelvan á la ciudad solicitando sus vestidos, sino pónganse en salvo sin dilacion, porque el día de la venganza se aproxima. Ay de las preñadas, de las nodrizas, y de los que estuviere obligados á huir en invierno ó en sabado, porque no podrán libertarse con prontitud, y la desgracia que les amenaza es tal, cual no se ha visto semejante desde el principio del mundo! Y si Dios no abreviara estos días en favor de sus escogidos, ninguno escaparía. Si alguno entónces os dice: Aquí ó allí está el Cristo, no vayais allá; porque se levantarán cristos falsos y falsos profetas que harán prodigios capaces de engañar á los mismos escogidos. La venida, pues, del Hijo de Dios será semejante á un relámpago, y adonde esté el cuerpo allí se juntarán las águilas (2). (Dos ocasiones anuncia Jesús á los falsos cristos, es decir, á los falsos mesías: esto será asunto de una Disertacion sobre los falsos mesías que aparecieron despues de Jesucristo).

CLXXVII. Señales en el sol y en la luna.

En esos días inmediatamente despues de la grande afliccion, se verán señales en el sol y en todos los astros. Las naciones todas se hallarán rodeadas de dolor y consternacion, esperando los males que las amenazan. Todos los pueblos llorarán sus desgracias. La señal del Hijo del hombre aparecerá en las nubes, y el mismo vendrá sobre ellas acompañado de sus ángeles, que congregarán á los escogidos de los cuatro ángulos del cielo. Cuando viereis todo esto, levantad la cabeza, y creed que vuestra salud está próxima. Cuando la higuera comienza á abrir sus botones y extender sus hojas, creis que se acerca el verano; del mismo modo cuando todo lo dicho suceda, podeis asegurar que ya vino el reino del cielo. No pasará esta generacion sin que todo esto se verifique. Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras subsistirán. Nadie sabe el día y hora de la venida del Hijo del hombre (3).

CLXXVIII. La venida del Hijo del hombre será como la del diluvio.

La venida del Hijo del hombre será como la del diluvio en tiempo de Noé. Los hombres bebían, comían, se casaban y tomaban mugeres, y repentinamente entónces fueron sorprendidos por las aguas del diluvio, y todos perecieron. De la misma manera cuando venga el Hijo del hombre, de dos personas que estén en el campo, la una será tomada y la otra quedará; de dos mugeres que con vigor trabajen en el molino, la una será tomada y la otra quedará. Velad, pues, porque no sabeis cuando esto sucederá. Por tanto como los criados que esperan la vuelta de su amo, sin saber á que hora vendrá. Si un padre de familias supiera la hora en que un ladrón ha de ata-

(1) Matth. xxv. 4-14. Marc. xiii. 5-13. Luc. xxi. 8-19.—2. Matth. xxiv. 15-28. Marc. xiii. 14-33. Luc. xxi. 20-24.—(3) Matth. xxiv. 36-38. Marc. xiii. 24-32. Luc. xxi. 29-33.

car su casa, se mantendría sin duda en vela que anticiparía al ladrón. Velad pues del mismo modo, y estad atentos, porque el momento de la venida del Hijo del hombre os es totalmente oculta (1). (Este discurso de Jesucristo sobre las señales de la ruina de Jerusalén y de su última venida será asunto de una Disertacion).

En seguida propuso Jesús á sus discípulos la parábola de un criado, que destinado por su amo para dar á los otros criados sus compañeros la medida ordinaria de alimentos, y habiendo desempeñado fielmente este empleo, logró la intendencia de la casa de su amo. Pero si por el contrario este criado se insolenta con la autoridad que se le ha dado, ofende y maltrata á sus compañeros, y se divierte bebiendo y comiendo, vendrá su amo cuando él ménos lo espera, y este criado inicu será castigado como merece, será puesto en prision, y tratado como un siervo infiel ó insolente (2).

Continuo Jesús proponiéndoles otras parábolas dirigidas al mismo fin. Por ejemplo, les propuso la de diez vírgenes, de las que cinco eran prudentes y las otras cinco necias. Las primeras se proveyeron de aceite para sus lámparas, y las otras se descuidaron. Cuando vino el esposo, todas se habían dormido; pero como las prudentes tenían aceite, al instante dispusieron sus lámparas; en lugar que las necias estando desprovistas, se vieron obligadas á pedir aceite á sus compañeras; estas dijeron que solamente tenían el necesario, y que por tanto sería mejor que salieran á comprarlo: salieron en efecto, y llegando entre tanto el esposo, quedaron excluidas del festin de las bodas. Velad por tanto sin intermision, porque no sabeis ni el día ni la hora en que ha de venir el Hijo del hombre (3).

Les presentó tambien otra parábola de un hombre que queriendo hacer un viaje, dió plata á sus criados para que mientras él estaba ausente, negociasen con ella. A uno le dió cinco talentos, tres á otro, y á otro uno. A su vuelta hizo venir á sus criados; y el que habia recibido cinco talentos presentó á su amo otros cinco, y el que habia ganado. El que recibió tres, ofreció tambien otros tres. El amo les elogió su conducta, y les hizo entrar en su festin. El tercero que recibió un solo talento lo volvió á su amo, diciendo que lo habia enterrado para que no se lo robaran y lo perdiera; y que conociendo la dureza y avaricia de su amo, no se habia atrevido á exponerlo en el tráfico. Irritado su amo, le hizo quitar el talento, el que dió al que ya tenia diez, y lo echó de su casa (4).

Jesús añadió: Cuando vendrá el Hijo del hombre con sus ángeles á juzgar á los hombres, se sentará sobre el trono de su gloria, y pondrá las ovejas á su diestra, y los cabritos á su izquierda. Invitará á los unos á que entren en la gloria de su reino, y á los otros los enviará al fuego eterno, que está preparado al demonio y á sus ángeles. A los escogidos dirá que le dieron alivio en su hambre, en su sed y en sus trabajos; porque estíma como hecho á él mismo lo que se hace al menor de los suyos. Reprochará á los pecadores que habiéndolo visto en necesidad, en hambre y en sed, no le dieron el menor socorro, sino que rehusaron

(1) Matth. xxiv. 37-41. Marc. xiii. 33. ad finem. (Lo que sigue en el art. CLXXIII.)—Luc. xxi. 36. (Lo que sigue en el art. CLXXIX.)—(2) Matth. xxiv. 45. ad finem.—(3) Matth. xxv. 1-13.—(4) Matth. xxv. 14-30.

CLXXIX. Parábola de los diez ángeles, el cual fiel y el otro infiel.

CLXXX. Parábola de diez vírgenes.

CLXXXI. Parábola del padre de familia que distribuye los talentos á sus criados.

CLXXXII. Descripción del juicio del Hijo de Dios.

Año de la
era cr. vulg.
33.

este consuelo á sus siervos, á quienes mira como si fuera su misma persona. Aquellos pues que estarán á su diestra irán á la gloria eterna; y los de su izquierda al suplicio eterno (1).

Jesus decia todo esto á sus discípulos en el monte de las Olivas, á donde se retiraba por las tardes, despues de haber enseñado en el templo durante el dia (2).

CLXXXIII.
Jesus predi-
ca á sus dis-
cipulos su
muerto y su
pascua.

Concluidos estos discursos, dijo Jesus á sus apóstoles: Ya sabéis que de aquí á dos dias debe celebrarse la Pascua, y el Hijo del hombre ha de ser entregado á sus enemigos y crucificado. Al mismo tiempo los principes de los sacerdotes confabulaban entre sí sobre la prisión de Jesus; pero decian que no convenia ejecutar esto el dia de pascua, tomándlo un mozo del pueblo. Uno de los doce apóstoles llamado Judas, ofendido de lo que Jesus le dijo cuando él murmuró y desaprobó la accion de Maria, que ungió con un bálsamo precioso los pies de su maestro, se fue á ver con los sacerdotes, y les prometió entregarles á Jesus mediante una suma de plata en que convinieron. Judas desde entonces buscaba la oportunidad de hacer prender á Jesus, cuando estuviera solo y sin aquella gran multitud que siempre lo acompañaba (3).

CLXXXIV.
Preparacion
para celebrar
la Pascua.
Entre 2 de
abril, 13 de
Mayo para
los Indios,
14 para los
Galileos.

Pasó Jesus el jueves en el monte de las Olivas, ó en Betania, y no vino á Jerusalem sino hasta por la tarde. Mas como no tenía en Jerusalem una habitación segura, preguntaronle sus discípulos donde quería que se le preparase una sala para celebrar la Pascua. Dijo á Pedro y á Juan que fuesen á la ciudad, y siguiesen al primer hombre que encontrasen cargando un cántaro lleno de agua. Ellos lo siguieron, y les franqueó una sala con reclinatorios, mesa y lo demás necesario para celebrar la Pascua. Allí solicitaron levadura, prepararon la cena, y volvieron á encontrar á Jesus en el monte de las Olivas, á donde le dijeron que todo estaba dispuesto (4). (Esta última Pascua de Jesucristo será asunto de una disertacion, en la que se examinará si la celebró Jesucristo, y si el dia en que se preparó era en el que debía celebrarse).

CLXXXV.
Última cena
de Jesus en
Jerusalem.
Es la tarde
del jueves 13
de Mayo para
los Indios
en el que se
marchaba al
14, y el 15 na-
ra los Gal-
ileos.

Por la tarde Jesus entró en la ciudad, y se dirigió á la casa á donde Pedro y Juan habian preparado todo lo necesario para la Pascua. Se sentó en la mesa con sus apóstoles, y cenando juntos les dijo que uno de ellos le entregaria. Esta palabra los afligió sobremedura, y todos comenzaron á preguntarle: ¿Soy yo, Señor? Jesus sin declararse mas por entonces, dijo solamente, que uno de los doce apóstoles, uno de los que comian con él en un mismo plato lo entregaria á sus enemigos; y que á él no le tocaba mas que cumplir las Escrituras; mas ay de aquel, les añadió, que ha de entregarme! mejor le estaria no haber nacido. Entonces Judas le dijo: Maestro mio, ¿soy yo? Jesus le respondió: Tú lo has dicho. Esto respondió verisimilmente en voz baja, de modo que los otros apóstoles no lo percibieron (5).

(1) *Math. xxv. 31. et seq. — 2) Luc. xxi. 37. 38. — 3) Math. xxvi. 1. 16. Marc. xiv. 1. 11. Luc. xxi. 1. 6. (La junta de los principes de los sacerdotes contra Jesucristo, se tuvo el miércoles; y por esto segun San Agustín, se ayunaba en otro tiempo en este dia, así como se hacia tambien en el del viernes, por ser este el dia en que Jesucristo murió. San Mateo y San Marcos refieren en este lugar el festin de Betania, que fue el domingo, y del que se hace mención en el art. cxlii.) — 4) *Math. xxvi. 17. 19. Marc. xiv. 13. 16. Luc. xxii. 7. 13. — 5) Math. xxvi. 20. 25. Marc. xiv.**

QUINTA PARTE.

Que comprende lo que pasó desde la cuarta Pascua celebrada por Jesucristo despues de su bautismo hasta su ascension.

Despues de la cena, queriendo Jesus dar á sus discípulos un ejemplo de humildad y una prueba del tierno amor que les tenía, se paró de la mesa, dejó sus vestiduras, se ciñó con un lienzo y comenzó á lavarles los pies y á enjuagarlos con el lienzo que se habia ceñido.

Llegando á S. Pedro con el designio de lavarle los pies, Pedro se resistió protestando, que nunca consentiria tal cosa. Jesus le dijo: Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo. Entonces Pedro le respondió: Lava, Señor, no solamente mis pies, sino mis manos y tambien la cabeza. Despues que Jesus concluyó, volvió á tomar sus vestiduras, y les dijo, que les habia dado ejemplo para que lo imitaran; que el criado no es mas que su señor, y si él les habia lavado los pies, ellos debian hacer lo mismo mutuamente. Añadió que conocia bien á los que habia escogido, pero que era conveniente que por la perfidia del uno de ellos se cumpliera lo que estaba escrito (1).

Estando en la mesa les manifestó haber siempre tenido un grandísimo deseo de celebrar esta Pascua con ellos, que esta seria la última vez que estarían juntos; y tomando el caliz les dijo, que no beberia vino hasta que lo bebiese en el reino de Dios; y habiendo dado gracias les dió de beber sucesivamente á todos (2). Tomando el pan lo bendijo, lo partió, y se lo distribuyó diciendo: Este es mi cuerpo que debe ser entregado por vosotros; Y tomando en segunda el caliz, lo bendijo, y les dijo: Bebed todos, porque esta es mi sangre que ha de derramarse por vosotros y por muchos. Les dijo tambien que hicieran esto mismo en su memoria, añadiendo, que no volveria á beber ni á comer con ellos hasta que lo hiciese en su reino (3).

Conturbóse entonces Jesus, y dijo á sus apóstoles que uno de ellos lo habia de entregar, lo que les causó una nueva inquietud, y S. Pedro le indicó á Juan, que tenia reclinada la cabeza en el pecho de Jesus, que le preguntara quién era ese. Jesus mojó un pedazo de pan en el plato, y dándosele á Judas le dijo á Juan, que ese era el que lo entregaria. Al instante Judas arrebatado por el mal espíritu que dominaba su corazón, se paró de la mesa y se fue. Al salir le dijo Jesus: Lo que has de hacer hazlo breve; expresion por la cual estandarion los apóstoles que él era enviado á comprar lo necesario para la solemnidad, ó á dar algunas limosnas á los pobres, porque Judas era quien cargaba la bolsa. Despues que salió, dijo Jesus que el Hijo del hombre muy breve seria glorificado (4).

17. 21. *Luc. xxii. 14. (La continuation en el art. cxxxvii.) — 1) Juan. xiii. 1. 20. (La continuation en el art. cxxxvii.) — 2) Luc. xxii. 15. 18. — 3) Math. xxvi. 26. 29. Marc. xiv. 21. 25. (Lo que sigue es el art. cxxvii.) *Luc. xxi. 19. 20. Comparar estos tres textos con el de la Epistola 2. de San Pablo á los Corintios, vi. 23. 25. — 4) Luc. xxii. 21. 30. Juan. xiii. 21. 33. (La continuation en el art. cxvii.)**

Año de la
era cr. vulg.
33.
CLXXXVI.
Lava Jesus
los pies á sus
apóstoles.

CLXXXVII.
Institucion
del cuerpo y
sangre de Je-
sus en la Euc-
caristia.

CLXXXVIII.
Jesus declara
que Judas
le entregará.

Año de la
era cr. vulg.
33.

CXCIV.
Predicó Jesús
crito las par
abolicas que
han de salir
de los apó-
stoles.

CXCVI.
El Espíritu
Santo instruí-
ra á los apó-
stoles.

CXCVII.
Prohibición
del escándalo
de los apó-
stoles por la
muerte del
Salvador.

venir sea enviado á vosotros, dará testimonio de mí, y vosotros también me lo daréis, porque desde el principio habéis estado conmigo (1). Todo esto os he dicho, á fin de que no caigais en el error ó la infidelidad. Se os echará fuera de las sinagogas; y vendrá tiempo en que se os haga morir, creyéndose hacer con esto un servicio á Dios; así os tratarán, porque no conocen ni á mi Padre ni á mí. Os digo esto, para que llegando el tiempo, lo tengáis presente. Ahora me voy á aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta á donde voy; sino que la tristeza ha ocupado vuestro corazón. En verdad os digo, que os importa que me vaya, porque si no me voy, el Espíritu Consolador no vendrá á vosotros. Mas cuando él haya venido, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Lo convencerá de pecado, porque no ha creído en mí; de justicia, porque me voy á mi Padre, y de aquí adelante no me veréis más; de juicio, porque el príncipe del mundo ya está juzgado (2).

Aun tengo muchas cosas que decirlos, pero al presente no podéis comprenderlas. Cuando el Espíritu de verdad venga, os enseñará todas las verdades, porque no hablará de sí mismo; sino que dirá lo que ha oído, y os anunciará lo que debe acaecer. El me glorificará, porque recibirá de mí lo que os enseñaré. Todo lo que es de mi Padre es mío. Dentro de poco no me veréis más; pero dentro de breve también volveréis á verme, porque me voy á mi Padre. Decían pues los apóstoles: ¿Que quiere decir esto: Dentro de poco no me veréis más, y en breve volveréis á verme? Jesús viendo sus dudas, les previno y les dijo: En verdad os digo que el mundo se alegrará, y vosotros estaréis tristes; pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. Cuando una mujer está con los dolores de parto se aflige; pero cuando ha dado á luz un hijo, se regocija, y no piensa más en sus dolores. Del mismo modo vosotros por algún tiempo estaréis tristes; mas yo volveré á veros, y vuestro corazón entrará en un gozo que nada podrá turbarlo. Hasta ahora no habéis pedido cosa alguna á mi Padre en mi nombre: Pedid y recibiréis, para que sea completo vuestro gozo. Os he hablado en parábolas, pero muy breve os hablaré sin figuras. Yo salí de mi Padre y vine al mundo; al presente voy á salir del mundo para volver á mi Padre. Los apóstoles entonces le dijeron. Al presente hablas con claridad y sin parábolas. Ahora conocemos que todo lo sabes, y que no necesitamos preguntarte. Creemos al presente que veniste del Padre. Díjoles Jesús: ¿Ahora por último lo creéis (3)?

En este tiempo dijo Jesús á sus apóstoles: En esta noche todos os escandalizaréis de lo que veáis en mí. Esta es la hora en que cada uno de vosotros se dispersará, y yo solo quedaré abandonado, porque está escrito: Heriré al pastor, y las ovejas del aprisco se dispersarán. Pero después de mi resurrección os procederé en Galilea. Seréis expuestos á la tribulación; pero tened confianza porque yo he vencido al mundo. Pedro le respondió: Aunque todos los demás se escandalicen en tí, yo nunca me escandalizaré. Díjole Jesús: Te aseguro en verdad, que en esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tres veces me has de negar. Mas S. Pedro sostenía con valor, que aun cuando

(1) Joan. xv. 14. ad ídem.—(2) Joan. xvi. 1-11.—(3) Joan. xvi. 12-31.

le fuera preciso morir con Jesús, nunca lo negaría. Del mismo modo respondieron los demás apóstoles (1).

Pasado esto, levantando Jesús los ojos al cielo, dijo: Padre mío, ha llegado la hora; glorifica á tu Hijo, para que tu seas glorificado. Dales la vida eterna á los que entregaste á tu Hijo; la vida eterna que consiste en conocer, y en conocer al que enviaste. Te he glorificado en la tierra; y la obra que me encomendaste está ya desempeñada. Glorifícame pues ahora con aquella gloria que tuve en tí desde antes de la creación del mundo. He manifestado tu nombre á los que me has dado; y saben todo lo que les he enseñado perteneciente á tí. Saben que salí de tí, y que tú me enviaste. No te ruego por el mundo, sino por aquellos que me diste. Te pido los conserves, porque yo me voy y los dejo en el mundo. Que sean uno entre sí, como nosotros somos uno. Yo les he guardado mientras que he estado con ellos. Mas ahora que dejo el mundo, te ruego, no que los saques de él, sino que en él los conserves. Ellos no son del mundo, como yo tampoco lo he sido. Los he enviado, como tú á mí me enviaste. Te pido, no solamente por ellos, sino por todos los que por medio de sus palabras creerán en mí. Sean entre sí uno, como lo somos nosotros, para que el mundo conozca que yo los he enviado. Te pido que todos los míos estén conmigo, á fin que vean la gloria que tuve antes de la creación del mundo. Padre santo, el mundo no te conoce; pero yo te conozco, y mis apóstoles saben que tú me has enviado. Hice que te hayan conocido, para que el amor que me has tenido, permanezca entre ellos, así como yo estoy con ellos (2).

Jesús entonces pasó el torrente del Cedron, que estaba al oriente de la ciudad de Jerusalem, y se fué á un lugar llamado Getsemani, en donde habia un jardín; en el entró con sus discípulos; y como lo frecuentaba mucho, Judas que lo habia entregado, conocia perfectamente ese lugar. Habiendo pues llegado allí Jesús, dijo á sus apóstoles que lo esperaran hasta que hubiera concluido su oración; y llevando en su compañía á Pedro, á Santiago y á Juan, comenzó á sentir una profunda tristeza, y les dijo: Mi alma padece una tristeza mortal. Estad conmigo: velad y orad, para que no entrais en tentación. Y habiéndose apartado de ellos como un tiro de piedra, se arrodilló, y postrado su rostro en tierra dijo: Padre mío, todas las cosas te son posibles; haz si te agrada, que se aparte de mí este caliz; pero sin embargo, no se haga mi voluntad sino la tuya. Vino entonces un ángel del cielo á consolarlo; y Jesús estando en esta agonía, prolongó por más tiempo su oración, saliendo de todo su cuerpo un sudor como gotas de sangre que corrían hasta la tierra (3). (Este sudor de sangre que Jesús experimentó en el Jardín de las Olivas será asunto de una Disertación).

Levantándose Jesús de su oración, vino á sus apóstoles, á quienes halló dormidos por la tristeza, y dijo á Pedro: ¿No has podido, Simón, estar en vela una hora conmigo? Levántate, vela y ora, para que no caigas en tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Segunda vez volvió al lugar de su oración, y postrado su rostro en

(1) Matth. xxvi. 31-35. Marc. xvi. 17-31. (La continuación en el art. cxcix.) Joan. xvi. 32. ad ídem.—(2) Joan. xvii. 1. ad ídem.—(3) Matth. xxvi. 36-39. Marc. xvi. 32-36. Luc. xxii. 40-44. Joan. xvii. 1. 2. (La continuación en el art. cxx.)

Año de la
era cr. vulg.
33.

CXCVIII.
Oración de
Jesús á su
Padre en el
jardín de las
olivas.

CXCIX.
Jesús en el
jardín de las
Olivas.

CC.
Oración de
Jesús en el
jardín. Sue-
ño de los a-
póstoles.

Año de la
era cr. vulg.
33.

tierra, dijo orando como antes: Padre mio, si es posible, aleja de mí este caliz; pero si es necesario beberlo, hágase tu voluntad. Volvió entonces á sus apóstoles, á quienes encontró profundamente dormidos, y no tuvieron que responderle. Volvió por tercera vez á dirigir la misma súplica á su Padre; y acercándose á sus apóstoles les dijo: Dormid ya, y descansad; esto basta. El que me ha entregado se acerca. Levantaos, y vamos á encontrarlo (1).

CCII.
Judas llega
al huerto de
las Olivas y
da un ósculo
á Jesús.

Judas que debía entregarlo, habiendo tomado una compañía desolados que los príncipes de los sacerdotes le dieron, llegó al huerto con una gran tropa de gente armada, llevando hachas y lanternas, aunque alumbraba muy bien la luna, por ser plenilunio. Este traidor habia dado por señal á los que lo seguían, el ósculo que debía dar á Jesús. Habiéndose pues aproximado, lo saludó diciéndole: Maestro mio, Dios te guarde; y entonces lo abrazó para besarlo. Mas Jesús le dijo: Amigo mio, ¿que has venido á hacer aquí? ¡Con un ósculo entérgas al Hijo del hombre (2)!

CCIII.
Jesús con su
palabras der-
riba á los sol-
dados.

Al instante Judas se fué hácia la tropa que habia traído, y sabiendo Jesús lo que debía sucederle, se presentó á los soldados y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondiéronle: A Jesús de Nazaret. Pues yo soy, les dijo. A estas palabras cayó en tierra toda la tropa. Segunda vez les preguntó: ¿A quién buscáis? Respondieron: A Jesús de Nazaret. El les dijo: Ya dije qué yo era. Si solamente á mí me buscáis, dejad ir libres á estos, hablando de sus apóstoles (3).

CCIII.
Jesús preso
por los sol-
dados.

Los soldados reconocieron á Jesús, y lo prendieron. Al instante uno de los que estaban con Jesús, es decir, S. Pedro, sacando una espada que tenía, descargó un golpe á un criado del pontífice, y lo hirió en la oreja. Este criado se llamaba Malco. Y Jesús dijo: Dejame libre un momento; porque los soldados lo estrechaban mucho. Tocó entonces la oreja de Malco, y la sanó al instante. Envaína tu espada, le dijo á Pedro, porque cuanto empuñaren la espada, por la espada parecerán. ¿Crees tú que yo me daría mi Padre mas de doce legiones de ángeles para defenderme! ¡No quieres que beba el caliz que me dió mi Padre! Pues cómo han de cumplirse las Escrituras, que dicen que todo esto debe acontecer así (4).

CCIV.
Fuga de los
apóstoles.

Jesús entonces dirigiéndose á los sacerdotes, á los senadores y á los capitanes de la guardia del templo que habian venido á prenderlo, les dijo: Armados habeis venido contra mí, como para prender á un ladrón. ¡Por qué no me prendisteis cuando estaba en medio de vosotros enseñando en el templo! Mas ha llegado vuestra hora y el poder de las tinieblas. En este tiempo abandonándolos los apóstoles, se huyeron todos; y quedó solo con él un joven que lo seguía, vestido solamente con una sábana; los guardias se echaron sobre él; pero él les dejó la sábana, y desnudo escapó de sus manos. Estando de este modo preso Jesús, le ataron y lo condujeron primeramente á Anas, suegro de Caifas, que era entonces pontífice, y él que habia resuelto la prisión de Jesús (5).

(1) *Math.* xxv. 40-46. *Marc.* xiv. 37-42. *Luc.* xxii. 45. 46.—(2) *Math.* xxv. 47-50. *Marc.* xiv. 43-45. *Luc.* xxii. 47. 48. (La continuación en el art. CCV.) *Juan.* xviii. 3.—(3) *Juan.* xviii. 4. 9.—(4) *Math.* xxii. 50-54. *Marc.* xiv. 48. 47. *Luc.* xxii. 49-51. *Juan.* xviii. 10. 11.—(5) *Math.* xxvi. 55-57. *Marc.* xiv. 48-53. *Luc.* xxii. 54-55. (La continuación en el art. CCVii.) *Juan.* xviii. 12-14.

Año de la
era cr. vulg.
33.

CCV.
Simón Pe-
dro entra en
casa del pon-
tífice.

CCVI.
El pontífice
toma deca-
nacia á Je-
sus.

CCVII.
Jesús es con-
ducido de casa
de Anas á
la de Cai-
fas. Compa-
reza en el
consejo de
los sacerdo-
tes.

CCVIII.
Jesús entra
gusto á los
soldados es
ultrajado de
múltiples
Negocios de
S. Pedro.

Simón pues siguió á Jesús á lo lejos, acompañado de otro discípulo, que teniendo conocimiento en la casa del pontífice, entro al patio y salió despues con el fin de hacer entrar á Pedro que se habia quedado en la puerta. La tropa que habia arrestado á Jesús, encendió un gran fuego en el patio, porque hacia un gran frio, y comenzaron á calentarse estando Pedro con ellos (1).

El gran sacerdote Anas pidió razon á Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. Jesús le dijo que él habia enseñado siempre en el templo y en las sinagogas; y podia por tanto preguntar á los que lo habian escuchado, pues él nada habia enseñado en secreto. Al decir esto, uno de los criados del pontífice dió una bofetada á Jesús, diciéndole: ¡Así respondes al pontífice! Jesús respondió: Si he hablado mal, hazmelo ver; si no, ¿por qué me hieres (2)?

Remitió Anas á Jesús á Caifas su yerno, que verisimilmente vivia en la misma casa (3). Entonces los príncipes de los sacerdotes, los senadores y doctores de la ley se congregaron allí, y solicitaban testigos contra Jesús para poder condenarlo á muerte; pero no los habieron, aunque habian oido decir que muchos depondrían contra él. Por último, se presentaron dos que declararon haberle oido, que destruyeron el templo de Dios, y en tres dias lo reedificarian. Mas esto no bastaba para condenarlo á muerte. Como Jesús en todas estas acusaciones observaba un profundo silencio, le preguntó el pontífice por que no hablaba; pero Jesús no le respondió. Dijole entonces Caifas: Te conjuro por el Dios vivo, nos digas si tú eres el Cristo hijo de Dios. Jesús respondió: Tú lo has dicho, si lo soy; mas te digo que un dia vendrá el Hijo del hombre á la diestra de la magestad de Dios, que vendrá sobre las nubes á ejercer el juicio. El pontífice entonces rasgó sus vestiduras, y dijo: ¿Qué necesidad tenemos de mas testigos! Todos habeis oido sus blasfemias; ¿Qué os parece! Respondieron: Digno es de muerte (4).

Habiéndose pues salido todos, quedó Jesús entregado al poder de los soldados y guardias que estaban en el patio. Estos hombres en este tiempo le escapieron al rostro, le cubrieron la cara con un lienzo, y dándole bofetadas y puñadas, lo insultaban diciéndole: Adivina quien te dió. Pedro estaba con los demas soldados en el mismo patio cercano al fuego; y habiéndolo mirado atentamente la criada del pontífice, dijo: Este hombre estaba con Jesús de Nazaret. Pedro respondió en presencia de todos: No sé lo que quieres decir; yo no conosco á este hombre. Despues de un momento salió del patio y se fué al pórtico, y en el mismo instante cantó el gallo. Habiendo venido poco despues otra criada y habiéndolo mirado, dijo: Este hombre estaba con Jesús de Nazaret. Y otro observandolo dijo tambien: Tú eres de los suyos. Pedro lo negó con juramento. Pasada casi una hora, uno de los de la comitiva aseguró que Pedro era de los discípulos de Jesús. Los otros dijeron que lo era sin duda, y que su mismo lenguaje lecia ver que era galileo. Por último, un pariente de Malco, á quien Pedro cortó la oreja, le dijo: ¿Pues qué no te vi con Jesús en el huerto? Pedro sin embargo lo negó con juramento, protestando

(1) *Juan.* xviii. 15-18.—(2) *Juan.* xviii. 19-23.—(3) *Juan.* xviii. 24.—(4) *Math.* xxvi. 57-68. *Marc.* xiv. 55-64. *Luc.* xxii. 54.

Año de la era cr. vulg. 33.

que no conocía tal hombre. Al instante cantó el gallo segunda vez. Jesus volviéndose á Pedro, le dirigió una mirada, y acordándose Pedro de haberle dicho Jesus, que antes que el gallo cantara dos veces, él tres veces lo negaría, se salió del atrio de Caifas, y lloró amargamente (1).

CCIX.
Asamblea de los sacerdotes en el Sanhedrin. Jesus se presenta á Pilato.
Vienna abril, 14 de Nisan para los Judios, 15 para los Galileos.)

Luego que amaneció, se congregaron en el Sanhedrin los sacerdotes, el senado y los doctores de la ley para sentenciar á muerte á Jesus. Lo hicieron comparecer ante ellos, y le preguntaron si era el Cristo. Respondió: Aunque yo os lo afirmo, no me creeréis; y aunque yo os pregunte no me responderéis, ni me dejaréis en libertad. Pero algún día veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios. Dijéronle todos: ¿Eres tú pues el Hijo de Dios? Si soy, les respondió, Entonces unánimemente concluyeron no ser necesario escuchar otros testigos contra él, pues por su misma confesión estaba convencido de ser digno de muerte (2). Se levantó pues toda la asamblea, y llevó á Jesus á Pilato, gobernador de la provincia. Ellos sin embargo no se atrevieron á entrar en el pretorio, por no mancharse é inhabilitarse para la celebración de la Pascua (3).

CCX.
Arrepentimiento y desesperación de Judas.

Judas que había entregado á Jesus, viéndolo condenado á muerte, se arrepintió de lo que había hecho, y restituyó á los principes de los sacerdotes, y á los senadores el dinero que de ellos había recibido, declarándoles que había pecado en entregar la sangre inocente. Ellos le respondieron: Nosotros nada tenemos que ver en eso; esto es asunto tuyo. Pero Judas arrojando la plata en el templo, se salió y se ahorcó. Habiendo tomado la plata los sacerdotes, se juntaron y dijeron: No conviene poner esto en el tesoro del templo, porque es el precio de la sangre. Compraron con ello el campo de un alfarero para enterrar allí los extranjeros (4).

CCXI.
Acusación de los sacerdotes contra Jesus.

Habiendo sido Jesus entregado á Pilato, y habiendo quedado fuera sus acusadores, el gobernador se los presentó, preguntándoles de qué lo acusaban. Respondieronle: Si él no tuviera delito, no te lo habríamos traído. Pilato respondió: Tomadlo vosotros mismos, y juzgado según vuestra ley. Ellos dijeron: Nosotros á ninguno podemos sentenciar á muerte. Anadieron que era este hombre un perturbador de la quietud pública, que enseñaba no deberse pagar el tributo al César, y que se llamaba el Cristo, rey de los Judios. Pilato se entró al pretorio, tomó asiento en su tribunal, y preguntó á Jesus si era rey de los Judios. Jesus le dijo: Dices esto de ti mismo, ó te lo han dicho otros de mí? Replicó Pilato: ¿Soy por ventura judío? tus sacerdotes y tu pueblo son los que te han sujetado á mi juicio; qué es pues lo que has hecho? Jesus le respondió: Mi reino no es de este mundo; á serlo, mis gentes combatirían para impedir que fuera yo entregado á los Judios; pero mi reino no es de aquí. ¿Pues qué eres rey? añadió Pilato. Si lo soy, respondió Jesus; y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. ¿Qué cosa es la verdad? dijo Pilato; y se salió al mismo tiempo, para decir á los Judios, que ningun motivo hallaba en este hombre para condenarlo (5).

(1) *Matth.* xvii. 67. *ed. finem.* *Marc.* xiv. 65. *ed. finem.* *Luc.* xxii. 56-62. *Joan.* xviii. 25-27.—(2) *Matth.* xxvii. 1. 2. *Marc.* xv. 1. *Luc.* xxii. 66. *ed. finem.*—(3) *Matth.* xxvii. 2. *Marc.* xv. 1. *Luc.* xxvii. 1. *Joan.* xviii. 28. (La continuación en el art. ccxii.)—(4) *Matth.* xxvii. 3. 10.—(5) *Matth.* xxvii. 11. *Marc.* xv. 2. *Luc.* xxiii. 2. 4. *Joan.*

Los principes de los sacerdotes continuaron acusando á Jesus, quien no respondía cosa alguna, ni á las acusaciones, ni á las preguntas de Pilato, de manera que éste estaba extremadamente admirado. Sin embargo, como los acusadores clamaban que él sublevaba al pueblo, en todo el país que hay desde Galilea hasta Jerusalem, Pilato habiendo oído la palabra Galilea, preguntó si este hombre era galileo; y sabiendo que era vasallo de Heródes, se lo remitió (1).

Heródes estaba muy deseoso de ver á Jesus, porque había mucho tiempo que quería conocerlo. Le hizo muchas preguntas; pero Jesus no habló ni una sola palabra, no obstante que sus acusadores que lo seguían acumulaban contra él muchas acusaciones. Heródes y toda su corte no concibieron del Salvador mas que ideas muy despreciables, y por burla lo vistieron con una vestidura blanca. Despues de esto lo despojaron, y lo volvieron á Pilato; quedando desde entonces: amigos Pilato y Heródes, los cuales antes no se veían bien (2).

En este intervalo Pilato estaba informado de la envidia de los Judios contra Jesus. A mas de esto su muger le había advertido haber tenido en la noche molestos sueños sobre este asunto, y así él buscaba como librarlo de las manos de los Judios. Por tercera vez salió del pretorio con Jesus, y les dijo que habiendo examinado al acusado, no encontraba causa alguna para condenarlo; que habiéndolo enviado á Heródes, tampoco lo condenó este príncipe; y que por tanto lo haría castigar, y lo despacharía (3).

En la festividad de la Pascua era costumbre libertar á voluntad del pueblo uno de los criminales que se hallaban en la cárcel. En ella había entonces uno llamado Barrabas, que había sido preso por un homicidio cometido en una sedición, Pilato pues les preguntó cuál de estos dos querían que quedara libre, si Jesus ó Barrabas. Pero los sacerdotes y senadores hicieron que el pueblo pidiera por Barrabas, y que se le fuera morir á Jesus. Segunda vez repitió Pilato la misma pregunta, y ellos insistieron en favor de Barrabas. Dijoles Pilato: ¿Qué es pues lo que queréis que yo haga con el rey de los Judios? Todos ellos gritaron: Crucifícalo, crucifícalo; pero les añadió: ¿Qué delito ha cometido? Yo nada encuentro en él que merezca semejante pena; lo castigaré, y lo despacharé. Ellos insistieron mas que antes en que fuera crucificado (4).

Pilato entonces hizo azotar á Jesus; y los soldados le pusieron en la cabeza una corona de espinas, lo vistieron con un manto de púrpura para insultarlo, y dándole bofetadas le decían: Adivina quien te dió. Conducido por los soldados á Pilato, lo sacó, y mostrándolo al pueblo en el estado en que lo habían puesto los soldados, le dijo: Mirad este hombre; creyendo que los Judios quedarían contentos con el castigo que se le había hecho sufrir. Pero ellos con grito mas fuerte que antes pedían que fuera crucificado. Pilato les dijo que ellos mismos lo tomaran y le dieran la muerte, por cuanto él no podía resolverse á condenarlo, no encontrando en el motivo alguno para

CCXII.
Silencio de Jesus en presencia de Pilato.
Año de la era cr. vulg. 33.

CCXIII.
Jesus es enviado á Heródes.

CCXIV.
Pilato es informado de la acusación injuriosa de los Judios contra Jesus.

CCXV.
Barrabas es preferido á Jesus.

CCXVI.
Pilato hace azotar á Jesus.

xviii. 29-39.—(1) *Matth.* xxvii. 12-14. *Marc.* xv. 3. 5. (La continuación en el art. ccxv.) *Luc.* xxiii. 5. 7.—(2) *Luc.* xxiii. 8. 12.—(3) *Matth.* xxvii. 18. 19. *Luc.* xxiii. 13. 16.—(4) *Matth.* xxvii. 15-23. *Marc.* xv. 6. 14. *Luc.* xxiii. 17. 23. (La continuación en el art. ccxvii.) *Joan.* xviii. 39. *ed. finem.*

Año de la era cr. vulg. 33.

esta conderacion. Respondieron los Judios: Segun nuestras leyes debe morir, porque ha querido hacerse hijo de Dios. Pilato turbado con estos clamores, volvió a entrar al pretorio, se sentó en su tribunal, y nuevamente preguntó a Jesus de dónde era; pero Jesus no le respondió cosa alguna. Dijo le Pilato: ¿No me respondes? ¿no sabes que tengo facultad para absolvete ó condenarte? Jesus respondió: No tendrias tal poder sobre mí, si no se te hubiera dado de lo alto; por esta razon el delito del que me entregó a tí es mayor que el tuyo (1).

CCXVII.

Camorras del pueblo con. 12. Juan. E. lito lo com. deus a ser crucificado.

Pilato procuraba siempre libertar a Jesus, era impedido por los Judios que le clamaban, que si lo perdonaba no seria amigo del emperador, supuesto que debe ser tenido por enemigo del César cualquiera que se declara rey. Pilato entonces hizo poner fuera su tribunal, y en presencia del pueblo dijo: He aquí vuestro rey. Le respondieron: Crucificalo. Dijo le Pilato: ¿A vuestro rey queis que crucifiquen? Ellos le respondieron: No tenemos otro rey que el César. El gobernador entonces viendo que no podia libertarlo, y que el tumulto crecia mas y mas, pidió agua, se lavó las manos, y dijo: No tengo culpa en la muerte de este hombre. Gritaron todos: Venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entonces Pilato les entregó a Jesus para que fuera crucificado como pedian, y les dió por libre a Barrabas. Era casi la hora de tercia, ó las nueve de la mañana (2).

CCXVIII.

Jesus intr. jado por los soldados.

Los soldados de Pilato habiéndose apoderado de Jesus, lo llevaron al pretorio; y llamando a toda la compañía de guardias, lo despojaron de sus vestiduras, lo revistieron de un manto de púrpura; le pusieron una corona de espinas en la cabeza, y una caña en la mano figurando un cetro; y doblando ante él la rodilla, lo insultaban escupiendo el rostro, golpeándole la cabeza con la caña que tenia en la mano, y diciéndole: Dios te guarde, rey de los Judios (3).

Después volvieron a ponerle sus vestiduras, lo cargaron de su

cruz, y lo condujeron al Calvario para crucificarlo. Habiendo salido de la ciudad, no pudiendo Jesus por la debilidad en que se hallaba cargar la cruz, los soldados romanos obligaron a un hombre llamado Simón a que le ayudara a llevarla (1).

Iba Jesus seguido de un inmenso pueblo, y de mugeres que lloraban y se lamentaban de su triste estado. Jesus volviéndose a ellas, les dijo: Hijas de Jerusalem, no lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos; porque vendrá tiempo en que se dirá: ¡Felices las esteriles, y las que nunca tuvieron hijos! Entonces se dirá a los montes: Caed sobre nosotros, y a las colinas: Cubridnos. Porque si así se trató el leño verde, ¿al seco que sucederá? Acompañaban tambien a Jesus dos ladrones, para ser con él crucificados (2).

Habiendo llegado al Calvario, le dieron a beber vino mezclado con mirra, que le daba la amargura de la hiel; mas habiéndolo gustado, no quiso beberlo, por no debilitar con él la sensación de sus dolores. Pusieronlo pues en la cruz entre dos ladrones, uno a su diestra y otro a su izquierda. Jesus entonces rogó por los que le crucificaban, diciendo: Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen (3).

Se fijó en lo alto de su cruz una inscripción, que en letras griegas, latinas, y hebreas decía: *Jesus de Nazaret, rey de los Judios*. Muchos habiendo leído esta inscripción, dijeron a Pilato: No escribas *rey de los Judios*; sino, que *se dice rey de los Judios*. Pilato respondió: Quede escrito lo escrito (4).

Los soldados que habían crucificado a Jesucristo, dividieron entre sí sus vestiduras, haciendo de ellas cuatro partes; pero no quisieron despedazar la túnica que estaba sin costura, y era de una sola pieza: sino que la sortearon. Sentáronse pues próximos a la cruz para cusodiar el cuerpo, y para que nadie lo desclavara y se lo llevara. Era casi la hora de tercia del día, ó las nueve de la mañana cuando fue Jesus crucificado (5).

El pueblo y los magistrados de los Judios, que habían subido al Calvario, insultaban a Jesus diciéndole: El salvó a otros, salvase ahora a sí mismo, si es el Cristo de Dios. Los soldados tambien lo burlaban, ofreciéndole vinagre, y diciéndole: Si eres el rey de los Judios sálvate a tí mismo. Otros moviendo con mofa la cabeza, le decían: Tú que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres días, baja de la cruz si eres hijo de Dios. Los principes de los sacerdotés le hacian iguales insultos, y decían: Si es el rey de Israel, descienda al pronto de la cruz, y queármese en él. Uno de los ladrones que con él estaban crucificados, lo insultaba tambien con vituperios, y le decía:

CCXIX.

Jesus es com. duñodal Calvario. Año de la era cr. vulg. 33.

CCXX.

Llanto de las mugeres de Jerusalem al ver a Jesus.

CCXXI.

Jesus llega al Calvario y es crucificado.

CCXXII.

Inscripcion de la cruz de Jesus.

CCXXIII.

Los soldados dividen las vestiduras del Salvador.

CCXXIV.

El pueblo y los magistrados insultan a Jesus en la cruz.

(1) Juan. xii. 1. 11. — (2) Matth. xxiii. 29. 28. Marc. xv. 15. Luc. xxiii. 24. 25. Joan. xii. 12. 16. (La continuación en el art. CCXVI.) En el texto de San Juan, xii. 14, se lee comunmente que se la hora de ser cuando Pilato entregó a Jesus a los Judios para que lo crucificaran. Pero el texto de San Marcos xv. 25, refiere que Jesus fue crucificado desde la hora de tercia. He aquí lo que dice Calaneo en su comentario: «Es visible que se contradicen estas frases, y que la una ó la otra está corrompida. El antiguo autor del «Comentario sobre los Salmo», bajo el nombre de San Gerónimo, sostiene que el texto de San Marcos es el corrompido, y supone que en los antiguos sinopticos se leía la hora sexta, así como en los de San Juan; porquén equivocando una letra con otra, volvieron tercia la que era sexta. (Hieronymus, in Psalm. lxxvii. 1. De signis apud Theophylact. et Petav. Diatr. tom. p. 454. Ha et Cajetan. et Canon.) Otros por el contrario, creen que el texto de San Juan es el defectuoso, y que en lugar de hora sexta debió leerse hora tercia; lo cual nos parece lo mas probable. (Este es el sentir de M. Flourant, que supone en el texto de San Juan la misma equivocacion de letras.) «Esta última locucion está fundada sobre el principio del antiguo manuscrito de «ambrosio, y sobre algunos otros. Codex vet. Camerac. Verul. Beza. Bolognensis, Thapner. Codd. regii duob. nemp. 1607. et 1558. ares 2860. et 2863.) La misma se lee en Nonna, en la Crónica de Alejandria, en un fragmento del «Pápeas atribuido a San Pedro, arzobispo de Alejandria, que vivió a fines del siglo segundo. He aquí cómo se explica: «Esa casi la hora de tercia, como refiere las mugeres crucificadas, y el mismo original del evangelista San Juan, que se conserva en la santa iglesia de Efezo, y que allí es venerado por los fieles del país. (Peir. Alex. MS. de Paschate, apud Usur. et Petav.)» — (3) Matth. xxvii. 23. 30. Marc. xv. 16. 19.

(1) Matth. xxvii. 31. 32. Marc. xv. 20. 21. Luc. xxiii. 26. Joan. xii. 16. 17. (La continuación en el art. CCXXI.) — (2) Luc. xxiii. 27. 28. — (3) Matth. xxvii. 33. 34. Marc. xv. 22. 23. Luc. xxiii. 33. 34. (La continuación en el art. CCXXII.) — (4) El griego de San Mateo dice un vino mezclado de hiel, San Marcos dice mezclado con vinagre. El vino mezclado con mirra es amarguísimo, y así se como puede entenderse la expresión vino mezclado con hiel. A mas de esto, puede suceder que la hiel y la mirra juntos hacen el vino todavía mas amargo. El mas bien en la lengua hebrea tienen mucha afinidad las palabras mirra y hiel y es factible que diciendo el texto original de San Mateo mirra, el intérprete griego la haya tomado por hiel. Así lo nota Calaneo. — (5) Matth. xxvii. 37. Marc. xv. 36. Luc. xxiii. 36. Joan. xii. 19. 23. — (6) Matth. xxvii. 35. 36. Marc. xv. 24. 25. Luc. xxiii. 34. Joan. xii. 23. 24. (La continuación en el art. CCXXV.)

Año de la era cr. vulg. 33.

Si tu eres el Cristo, sálvate á tí propio y á nosotros. Pero su compañero le respondió diciéndole: ¿Qué, no temes á Dios en la situación en que te hallas? Por lo que á nosotros toca, tenemos bien merecido este castigo; mas él qué culpa tiene? Y mirando á Jesús le dijo: Señor, apádate de mí cuando estés en tu reino. Y Jesús le dijo: Te aseguro que el día de hoy estarás conmigo en el paraíso (1).

CCXXV.
Jesús fue encontrado en Madre á S. Juan.

Estaban cerca de la cruz del Salvador, María su madre, María hija de Cleofas, y María Magdalena. Viendo pues Jesús á su madre y al discípulo que él amaba, dijo á su madre: He aquí á tu hijo, señalando á S. Juan; y dirigiéndose á este apostol, le dijo: He aquí á tu madre; y desde este momento el amado discípulo la tomó á su cargo y la tuvo en su casa (2).

CCXXVI.
El sol se cubrió y las tinieblas se espesaron en la cruz.

Era casi la hora sexta del día, es decir, el medio día, cuando la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora de nona, ó las tres de la tarde. (Estas tinieblas serán asunto de una Disertación). A la hora de nona las tinieblas se espesaron; y Jesús habiendo clamado en alta voz: *Eli, Eli, Lamana Sabacthani?* es decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado! uno de los asistentes dijo: A Elias llama; y un soldado corrió á presentarle una esponja con vinagre puesta en la extremidad de una vara de hisopo. Otros decían: Dejad, veamos si viene Elias á desclavado de la cruz. Jesús habiendo gustado el vinagre, dijo: Todo está ya completo. Padre mío, te encomiendo mi espíritu; é inclinando la cabeza, espiró (3).

CCXXVII.
Milagro en la muerte de Jesús.

En este tiempo el velo del templo se rasgó de arriba abajo, tembló la tierra, las piedras se despedazaron, y los sepulcros se abrieron. Habiendo pues notado todas estas circunstancias el centurion y los soldados que allí estaban, se llenaron de temor, y glorificaron al Señor, diciendo: Este hombre era un hombre justo; era verdaderamente Hijo de Dios; y las tropas del pueblo que habian venido á presenciar este espectáculo, se volvian golpeando sus pechos. Los amigos de Jesús y las mujeres que lo habian seguido desde la Galilea, estaban en el monte, pero bien distantes de la cruz, y presenciaron todo lo que pasó (4). (Lo perteneciente á la resurrección de los santos padres, que después de la de Jesucristo salieron de los sepulcros y se hicieron ver en Jerusalem, será asunto de una Disertación).

CCXXVIII.
Esaborte el estado de Jesucristo.

Los Judios pues, para que no quedasen en la cruz los cuerpos el día siguiente, que era un gran día del sábado, por ser la Pascua, pidieron á Pilato que los quitara, y que se les rompieran las piernas para hacerlos morir mas breve. Vinieron pues los soldados al primer ladrón y le rompieron las piernas; lo mismo hicieron al segundo; pero llegando á Jesús vieron que estaba ya muerto, y no le quebrantaron sus piernas; únicamente uno de los soldados le abrió el costado con su lanza, y de allí salió agua y sangre, como lo refiere el amado discípulo, que fué testigo (5).

CCXXIX.
Jesús de Arimatea pidió el cuerpo de

Por la tarde, José de Arimatea, senador nobilísimo, se fué con valor á Pilato á pedirle el cuerpo de Jesús, á fin de poderlo enterrar ántes que se metiera el sol, porque era el día de la preparación para

el sábado, que comenzaba al ponerse el sol. Pilato se admiró de que ya hubiera muerto Jesús, y habiendo preguntado al centurion si en realidad estaba muerto, le concedió el cuerpo á José. Este lo desclavó de la cruz, y lo envolvió en un lienzo blanco, después de haberlo embalsamando con cien libras de mirra y aloe que habian llevado Nicodemo. Después de esto, lo pusieron en el sepulcro que José de Arimatea le habia hecho abrir en un Jardín que estaba allí cerca, y donde ninguno se habia sepultado. Cerró el sepulcro con una losa que le servia de puerta, y se fué. Las mujeres que habian seguido á Jesús viniendo de Galilea, permanecieron allí en todo este tiempo, observando el lugar del sepulcro, y queriendo ellas mismas embalsamarlo de nuevo luego que hubiera pasado la solemnidad de la Pascua que iba ya á comenzar (1).

Entre tanto los principes de los sacerdotes y los fariseos fueron á ver á Pilato para decirle que Jesús cuando vivía, dijo á sus discípulos, que renuciaría al tercero día después de su muerte; y era de temer que viniesen por la noche á llevarse su cuerpo, y después publicaran que habia resucitado; lo que causaria un mal mucho mayor que el primero. Dijoles Pilato que ellos tenían la compañía de soldados destinados para la guardia del templo, que podian tomarla para la custodia del sepulcro. Ellos pues pusieron allí las guardias, y se fueron al sepulcro en la misma tarde de su muerte, ántes que el sábado comenzara (2). (Se examinará en una Disertación lo que toca á las actas de Pilato enviadas al emperador Tiberio, relativas á la muerte de Jesucristo).

Las santas mujeres el día de Pascua observaron reposo, segun lo ordenaba la ley; pero desde la tarde en que acababa el sábado, y comenzaba el día primero de la semana, fueron á comprar aromas, para ir al día siguiente muy temprano á embalsamar el cuerpo de Jesús. Antes de amanecer salieron de la ciudad, y en el camino mutuamente se decían: ¿Quién nos quitará la losa que cierra el sepulcro? Porque esta piedra era muy grande. Hubo entonces un gran temblor de tierra. Esto era la señal de la resurrección del Salvador, y del descenso del ángel, que vino á quitar la losa que cerraba el sepulcro; y sentándose el ángel encima á vista de los guardias, los llenó de espanto y los hizo huir (3).

Habiendo llegado las mujeres al sepulcro, encontraron ya quitada la losa; entraron y no hallaron el cuerpo de Jesús. Estando todas ellas turbadas, vieron á dos ángeles en figura humana, vestidos de blanco y rodeados de resplandores; lo que las llenó de pavor. Uno de los ángeles les dijo entonces: No temais; yo sé que buscáis á Jesús crucificado; no está aquí, ya resucitó; venid, y veréis el lugar donde estaba. Id pues á decir á sus discípulos y á Pedro que ya resucitó, y os precederá en Galilea; allí lo veréis como él os lo ha prometido (4).

Antes que estos dos ángeles se hubieran aparecido á las santas mujeres, María Magdalena mas pronta que las otras, corrió lige-

Jesucristo y le sepultó en su sepulcro.

Año de la era cr. vulg. 33.

CCXXX.
Se pone una guardia en el sepulcro de Jesús.

CCXXXI.
Las santas mujeres compran perfumes.

Sábado 4 de abril, 15 de Nisan para los Judios. Restricción de Jesucristo. El domingo 5 de abril, 16 de Nisan para los Judios.

CCXXXII.
Aparición de dos ángeles en el sepulcro de Jesucristo.

CCXXXIII.
María Magdalena va á

(1) Matth. xxvii. 39-44. Marc. xv. 29-32. Luc. xxiii. 33-37. 39-43. (La continuación en el art. cccxxv.)—(2) Joan. xii. 25, 27.—(3) Matth. xxvii. 45-50. Marc. xv. 32-37. Luc. xxiii. 44-46. Joan. xii. 32, 30.—(4) Matth. xxvii. 51-56. Marc. xv. 38-41. Luc. xxiii. 47-49. (La continuación en el art. cccxxix.)—(5) Joan. xii. 31, 37.

(1) Matth. xxvii. 51-61. Marc. xv. 42. ad finem. Luc. xxiii. 50. ad finem. Joan. xii. 38. ad finem. (La continuación en el art. cccxxv.)—(2) Matth. xxvii. 63. ad finem.—(3) Matth. xxviii. 1-4. Marc. xvi. 1-4. Luc. xxiv. 1. Joan. xii. 1.—(4) Matth. xxviii. 5-8. (La continuación en el art. cccxxx.)—(5) Marc. xvi. 2-8. (La continuación en el art. cccxxxv.)—(6) Luc. xxiv. 2-8. (La continuación en el art. cccxxxv.)

Un aviso a los apóstoles de haber resucitado. S. Pedro y S. Juan vienen al sepulcro.

Año de la era cr. vulg. 32.

CCXXXIV. Primera aparición de Jesucristo a María Magdalena.

CCXXXV. Segunda aparición de Jesucristo a las santas mujeres que volvían del sepulcro.

CCXXXVI. Falsos rumores que corrieron sobre el robo del cuerpo de Jesucristo.

CCXXXVII. Cuarta aparición de Jesucristo a los dos discípulos que iban

risimamente para Jerusalem, con el fin de anunciar a los apóstoles que se habían llevado el cuerpo del Señor, y que ella no sabía lo que era de él. Al momento regresó apresurada al sepulcro. Corrieron a él también Pedro y Juan poseídos de temor y admiración. El amado discípulo habiendo corrido con mas velocidad que S. Pedro, llegó el primero al sepulcro, y habiéndose inclinado para ver lo interior, vio los lienzos en que estaba envuelto Jesucristo; mas él no entró. Al punto llegó Pedro y entró en el sepulcro, donde vio los lienzos aparte, y el sudario en que estaba envuelta la cabeza de Jesús. Entró allí también S. Juan, y, como S. Pedro, vio todo cuanto allí había. Ellos después de esto se volvieron a Jerusalem (1).

María quedó cercana al sepulcro; é inclinábase para ver lo interior de la gruta, y en ella dos ángeles sentados, el uno al pié y el otro en la cabeza del sepulcro, quienes la dijeron: ¡Muger, por qué lloras! Ella respondió: Se han llevado a mi Señor y no sé donde lo han puesto. En este tiempo habiendo vuelto el rostro, vio a Jesús en figura de un jardinero, que le dijo: ¡Por qué lloras! ¿qué es lo que buscas? María preguntando que este era el jardinero, le dijo: Señor, si tú lo has tomado, dime donde lo has puesto, para que yo me lo lleve. Jesús le dijo: María. Al instante ella volvió el rostro, lo reconoció, y se arrojó a sus piés para besarlos; pero el Salvador le dijo: No me toques, porque aun no subo a mi Padre: tiempo tendrás de verme. Vé solamente a mis hermanos, y díles que yo subo a mi Dios y a su Dios, a mi Padre y a su Padre (2).

Volvió pues María a Jerusalem, y a los tristes discípulos dijo que ella había visto al Señor; y les refirió lo que él le había dicho. Entónces el mismo Jesús se manifestó también a las otras mugeres, que volvían de visitar su sepulcro, y las dijo: Dios os guarde, no temáis; id á decir á mis discípulos que vayan á Galilea, y allí me verán. Estas mugeres se postraron á sus piés y lo adoraron. Y habiendo llegado á Jerusalem dieron razon de todo á los apóstoles; mas ellos tenían por desvario cuanto se les decía. Pedro no obstante fué segunda vez al sepulcro, y vio como antes los lienzos en que había sido envuelto Jesús (3).

Durante este movimiento, los soldados que habían hecho guardia en el sepulcro, fueron á Jerusalem, y refirieron á los sacerdotes todo lo que había pasado. Los sacerdotes habiéndose congregado, impusieron silencio á los soldados, dándoles una gran cantidad de plata, y obligándolos á decir que los discípulos de Jesús habían venido por la noche, y que mientras ellos dormían se lo habían llevado. Les prometieron que si el gobernador quería penarlos por este desvío, ellos sabrían libertarlos. De aquí procedió el rumor que después corrió entre los Judíos, de que los discípulos se habían robado el cuerpo de Jesús (4).

El mismo día que era el siguiente al sábado, y de la gran festividad de la Pascua, dos discípulos de Jesús se volvieron por la tarde de Jerusalem á Galilea; iban á dormir á Emaus, dos leguas distante de Jerusalem, y en el camino conversaban sobre lo que había

(1) *Joan. xx. 2. 10.*—(2) *Marc. xvi. 9. Joan. xi. 17.*—(3) *Matth. xxviii. 9. 10. Marc. xvi. 13. 1. Luc. xxiv. 12.* La continuación en el art. CCXXXV. *Joan. xi. 18.* (La continuación en el art. CCXXXVI.)—(4) *Matth. xxviii. 11-15.* (La continuación en el art. CCXXXVII.)

acercado en los días anteriores. Como ellos iban hablando, se les juntó Jesús bajo la forma de un viagero, y habiéndoles preguntado por el asunto de su conversación, el uno de ellos llamado Cleofas, le dijo: ¡Eres tan extranjero en Jerusalem, que ignoras lo que en estos días ha pasado! ¿Pues qué ha sucedido? preguntó Jesús; y ellos le respondieron: Lo de Jesús Nazareno, que ha sido un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo, y los principes de los sacerdotes y nuestros magistrados lo han entregado para que sea condenado á muerte, y lo han crucificado. Nosotros esperábamos que este sería el Redentor de Israel; y sin embargo han pasado ya tres días después de este suceso. Es verdad que algunas mugeres de las nuestras, habiendo estado al amanecer en su sepulcro no lo han encontrado; y aseguraban también que los ángeles se habían aparecido, y decían que Jesús estaba vivo; tambien algunos de los nuestros han estado en el sepulcro, y no lo han hallado, Jesús entónces les reprendió su poca fe, y con todas las Escrituras les mostró que convenía que el Cristo padeciese, y que así entrara en su gloria. Cuando llegaron á Emaus, Jesús dió muestra de querer pasar adelante; mas ellos lo obligaron á que se quedara en su compañía. Estando en la mesa, bendijo el pan y se los distribuyó. Sus ojos entónces se abrieron, lo reconocieron, y é desapareció de su vista (1).

En la misma hora regresaron ellos á Jerusalem, y fueron á referir á los apóstoles lo que les había sucedido. Los hallaron juntos, y de ellos supieron que el Señor tambien se había manifestado á Pedro (2).

Estando todos congregados en su casa, con las puertas bien cerradas, Jesús repentinamente apareció en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros. Esta vista los turbó, y creían ser un espíritu el que tenían delante. Pero Jesús les dijo: ¡Qué temerosos! mirad mis piés y mis manos; y ved que yo mismo soy; palpádmelos, y advertid que un espíritu no tiene carne ni huesos. Al decir esto les mostró sus piés, sus manos y su costado; y como todavía dudasen, les preguntó si tenían algo que comer. Le presentaron un trozo de pez asado y un panal de miel; lo que comió en su presencia. Dijoles otra vez: La paz sea con vosotros; yo os envío, como mi Padre me ha enviado. Entónces sopló sobre ellos, diciéndoles: Recibid el Espíritu Santo; los pecados les serán perdonados á quienes vosotros absolvieris, y serán retenidos á los que retuviereis (3).

Pero Tomas, uno de los doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Díjéronle pues: Hemos visto al Señor. Mas él respondió: Si no veo en sus piés y sus manos los agujeros de los clavos; si no meto en ellos los dedos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Pasados ocho días, estando tambien juntos los apóstoles, y Tomas con ellos, Jesús se apareció en el aposento estando cerradas las puertas, y les dijo: La paz sea con vosotros. Después dirigiéndose á Tomas, le dijo: Mete tu dedo en los agujeros de los clavos, y tu mano en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.

(1) *Marc. xvi. 12. Luc. xxiv. 13. 32.*—(2) *Marc. xvi. 13.* (La continuación en el art. CCXXXV.) *Luc. xxiv. 33-35.*—(3) *Luc. xxiv. 36-43.* (La continuación en el art. CCXXXVI.) *Joan. xi. 19-23.*

4 Emaus. La tercera aparición se halla en el mismo sitio. Año de la era cr. vulg. 32.

CCXXXVIII. Tercera aparición de Jesucristo a S. Pedro.

CCXXXIX. Quinta aparición de Jesucristo a los apóstoles estando juntos.

CCXL. Sexta aparición de Santo Tomás y á los otros apóstoles.

Domingo por la tarde 12 de Abril, 33 de Nisan para los Judíos.

Año de la
era cr. vulg.
32.

Tomas respondió: Mi Señor y mi Dios. Dijo le Jesús: Tomas, has creído porque has visto; bienaventurados los que sin ver creyeron. Jesús obró otros muchos milagros que no refiere el Evangelio. Los que están escritos, lo están para que los que creyeron vivan por la fe que tuvieron en su nombre (1).

CXXL.
Septima apa-
rición de Je-
sus á sus ap-
óstoles, en
el mar de
Tiberiades.
Pescó mil
gross.

Después de la octava de Pascua, los apóstoles se retiraron á Galilea, y Jesús volvió á manifestárseles en el mar de Tiberiades. Hallábanse en el lago de Genesaret Pedro, Tomas, Natanael, Santiago y Juan, y otros dos discípulos. Voy á pescar, dijo Pedro. Contigo también vamos nosotros, le respondieron los demás. Entraron pues, en una barca, y trabajaron toda la noche sin provecho alguno. A la mañana se dejó ver Jesús en la costa, sin que lo conociesen sus discípulos. Dijoles en voz alta: Nada habéis pescado? Nada, le respondieron. Echad vuestras redes á la derecha de vuestra barca, dijo Jesús, y sin duda pescaréis. Echaron ellos las redes, y se hallaron estas tan llenas de peces, que no las podían estirar. El discípulo amado dijo á Pedro: Este es el Señor. Cínose Pedro al instante su túnica (porque estaba desnudo), y se echó á nadar para llegar á la orilla. Los otros llevaron su barca y la red donde había ciento cincuenta y tres peces grandes; y sin embargo de tan grande cantidad, permaneció siempre la red sin romperse. Llegando pues á bordo, les dijo Jesús que trajesen de la pesca, y ellos vieron luego preparado con un pez que estaba usándose, y pan. Jesús les dijo: Venid á comer; y ninguno se atrevía á preguntarle quien era, sabiendo que era el Señor. El pues les dió de aquel pan y aquel pescado, y ellos comieron. Esta es la tercera vez que después de su resurrección se manifestó á sus discípulos estando juntos (5).

CXXIII.
Jesucristo en
carga á Pe-
dro el cui-
do de su es-
tado.

Después de haber comido, Jesús dijo á Pedro: Simon-Pedro, me amas mas que todos esos? Respondió Pedro: Ya sabes Señor que te amo. Dijo le Jesús: Apacienta mis corderos. Segunda vez le preguntó: Me amas? Pedro respondió: Señor, ya sabes que te amo. Dijo le Jesús: Apacienta mis ovejas. Tercera vez finalmente le hizo Jesús la misma pregunta; y entristecido Pedro por haberse la repetido tres veces, le respondió: Señor, tú tienes conocimiento de todo, y sabes cuánto te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. Te aseguro en verdad que cuando eras jóven, te ceñías como un viajero, é ibas á donde querías; mas en tu vejez otro te ceñirá y te llevará á donde no querías ir. Sígueme, Pedro lo siguió; mas volviendo el rostro vió que también lo seguía el discípulo amado de Jesús; y dijo Pedro: Señor, ¿este que fin tendrá? Jesús le respondió: Si yo quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué tienes que ver en eso? Sígueme. Se esparció pues el rumor entre los hermanos de que este discípulo no moriría. Mas el Señor no dijo que no moriría, sino sencillamente: Si yo quiero que él permanezca hasta mi venida ¿qué te importa? Este mismo discípulo es quien ha escrito este pomenor y quien ha testificado la verdad; y su testimonio es verdadero (1). (Lo que se ha dicho

(1) Joan. xx. 24. *ed. inuen.*—(2) Joan. xxi. 1-14.—(3) Joan. xxi. 15. *ed. inuen.*

en este lugar será asunto de una Disertacion sobre la muerte de S. Juan).

Estando juntos los discípulos de Jesús en Galilea, segun les habían ordenado los angeles, se encontraron todos en un monte donde se les apareció Jesús; y entonces fué verisimilmente cuando se manifestó á mas de quinientos hermanos juntos, de los cuales muchos vivian todavía cuando S. Pablo escribió su primera carta á los Corintios (1). Ellos habiéndolo visto lo adoraron; pero algunos dudaron si sería verdadero el cuerpo que le veian; aunque por lo que toca á su resurrección no había duda alguna. Jesús les dijo: So me ha dado una completa potestad en el cielo y en la tierra. Id, enseñad á todas las naciones, y bautizad á todos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; instruidlas para que observen todo lo que os he dicho; y yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos (2).

Regresaron los apóstoles á Jerusalem, porque Jesús desde allí debía subir á los cielos sobre el monte de las Olivas. Allí fue donde todavía se les manifestó, como con ellos, les reprendió su incredulidad sobre su pasión y su resurrección, demostrándoles por las Escrituras que todo esto debía cumplirse del modo que acabó de decir. Entonces los ilustró y les dió la inteligencia de las Escrituras, las cuales referian que él debía padecer y resucitar al tercero día; y que á todos los pueblos, comenzando por Jerusalem, debía predicarse en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados. Id, pues, les dijo, por todo el mundo, y predicad el Evangelio á todas las naciones. El que creyere y se bautizare, se salvará; el que no creyere se condenará. Los prodigios que acompañarán á los que creyeren en mí, son estos: lanzarán los demonios, hablarán idiomas desconocidos, harán parecer las serpientes, y curarán las enfermedades por la imposición de sus manos. Les ordenó también que después de haberlo visto subir al cielo permanecieran en Jerusalem, hasta que fuesen revestidos de una virtud de lo alto por el bautismo del Espíritu Santo que debían recibir (3).

Después de haberles hablado así, los llevo fuera de Jerusalem hasta Betania; y allí levantando los ojos al cielo, los bendijo, y desapareció de entre ellos, siendo llevado por una nube que lo quitó de su vista. Y siguiéndolo con los ojos, mientras iba subiendo al cielo, se les presentaron dos angeles, y les dijeron: Galileos, ¿qué admirais con los ojos levantados al cielo? Este Jesús que acaba de quitarse de entre vosotros, y se ha ido á los cielos, un día volverá como aquí lo habéis visto subir. Ellos pues del monte de las Olivas se volvieron á Jerusalem, y allí permanecieron todos juntos en oración con Maria, madre de Jesús, y sus hermanos segun la carne, hasta el día de Pentecostes, en el que recibieron al Espíritu Santo (4). (Las Disertaciones que hemos anunciado en el curso de esta Harmonia, terminarán con otra que trata de los Evangelios apócrifos).

(1) 1. Cor. xv. 6.—(2) Matth. xxviii. 16. *ed. inuen.*—(3) Marc. xvi. 14-18. *Luc. xxiv. 44-49. Act. i. 4-9.*—(4) Marc. xvi. 19. *ed. inuen. Luc. xxiv. 50. ed. inuen. Act. i. 10-14.*

Año de la
era cr. vulg.
31.

CXXLII.
Octava apa-
rición de Je-
sucristo en el
monte de Ga-
lilea á mas
de quinien-
tas personas.

CXXLV.
Nonia apari-
ción. Jesu-
cristo está
con sus dis-
cípulos en el
monte de las
Olivas.

CXXLV.
Jesucristo su-
be al cielo en
presencia de
sus discípu-
los.



DISERTACION

SOBRE

LOS AÑOS DE JESUCRISTO.

L. Tres cuestiones hay sobre los años de Jesucristo. 1.ª Cuál es el año de su nacimiento; 2.ª cual es el de su bautismo; 3.ª cuál el de su muerte; y de la decisión de estas tres cuestiones depende el sentido ó inteligencia de muchos textos evangélicos ó proféticos. S. Lucas hablando del nacimiento de Jesucristo, da por época la matricula que se hizo entonces por orden de Augusto, y añade: *Hæc descriptio prima facta est à praeside Syriae Cyrius* (1). Los intérpretes varían sobre el sentido de estas palabras, según los diversos tiempos á los cuales los unos ó los otros pretenden referir ese acontecimiento que debe fijarse para determinar dicho sentido, y particularmente el de la expresión *Anno quinto-decimo imperii Tiberii Cæsaris* (2), que es una de las seis épocas con que el mismo Evangelista designa el principio de la predicación de S. Juan Bautista, y el del texto: *Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta* (3), en el que nos demuestra el tiempo del bautismo de Jesucristo por los años que entonces tenía. También se disputa sobre el *diebus festis Judæorum*, de que habla S. Juan, capítulo v. v. 1.ª, sobre el *die festo mediantis*, del capítulo vi. v. 14 del mismo evangelista, y sobre la última Pascua de Jesucristo, dependiendo la decisión de estas cuestiones de la determinación de los años de este Divino Libertador. La célebre profecía de las setenta semanas (4) anunciadas por el profeta Daniel, también es un punto de crítica entre los comentadores. Los mas de los intérpretes cristianos reconocen que esta profecía se refiere inmediatamente á Jesucristo; y aunque varían entre sí sobre el modo de verificar el cálculo, siempre resulta haber ya venido el Mesías, y ser este Mesías Jesucristo: esta verdad también se prueba independientemente de todo cálculo (5); pero cuando se trata de darle una exacta precisión, entonces los mismos intérpretes estando persuadidos de que la muerte del Mesías debe encontrarse en la última de las setenta semanas, avanzan ó retardan la época de ellas, y abrevian ó prolongan su duración, según que adelantan ó retardan las dos épocas del nacimiento y muerte de Jesucristo. Se ve que ellos varían sobre el sentido de esta parte de la profecía, *In dimidio hebdomadis deficiet hostia*.

(1) Luc. ii. 2.—(2) Luc. iii. 1.—(3) Luc. iii. 23.—(4) Dan. ix. 24, et seq.—(5) Véase la *Disertación sobre las setenta semanas de Daniel*, al principio del libro de este profeta, tom. xvi.

et sacrificium (1), según varían sobre el año de la muerte de nuestro Salvador. Si se quiere pues encontrar el verdadero sentido de estas palabras, y tener con exacta precisión el cálculo de los años notados en esta profecía, deben fijarse las dos épocas referidas. Y tal vez esta profecía no es la única cuyo sentido y aplicación puedan quedar marcados por la determinación de los años de este Divino Redentor. Aquí se puede traer á la memoria lo que dijimos sobre las dificultades que ordinariamente ocupan á los intérpretes cuando se trata de fijar el principio y fin de los sesenta y cinco años de que habla Isaías con relación á la casa de Efraim (2). Por tanto es clarísima la importancia de examinar la triple cuestión concerniente á los años del nacimiento, bautismo y muerte de Jesucristo.

Estos tres años están tan estrechamente entrelazados, que conociéndose dos de ellos, ó uno solo, pueden saberse los restantes. Parece que los antiguos juzgaban de los años de Jesucristo por la época de su bautismo, lo que determinaban por el testimonio de S. Lucas sobre el tiempo de la misión de S. Juan Bautista. Entre los modernos, unos (3) solo se sirven de la época de su nacimiento señalado por el historiador Josefo sobre la duración del reinado de Heródes, y otros (4) se valen también del tiempo de su muerte, fijado por el cálculo astronómico, el historiador Plegon y la profecía de las setenta semanas. Otros finalmente (5) calculan los años de Jesucristo solo por este segundo acontecimiento determinado por los mismos datos.

Los antiguos creían que nuestro Salvador fué bautizado el año decimoquinto del imperio de Tiberio, que fué el año en que recibió S. Juan su misión; por S. Lucas saben que Jesucristo tenía entonces treinta años de edad, y concluyen que este divino Libertador vivió quince años en tiempo de Tiberio y quince en el de Augusto; por cuya causa ponen el nacimiento de Jesucristo dos años antes de la era vulgar. En cuanto al año de su muerte, unos creen que acaeció en el mismo año decimoquinto de Tiberio, otros en el decimoseptimo; y otros en el decimoctavo, es decir, que los unos la colocan en el año veinte y nueve, otros en el treinta y uno, y otros en el treinta y dos de dicha era.

Entre los modernos, unos dicen que según Josefo, Heródes debió morir á lo mas tarde en el segundo año antes de la era vulgar, ó también en el cuarto. Y como Jesucristo nació bajo el reinado de este príncipe, debe colocarse su nacimiento lo menos dos ó cuatro años antes de esa era. Es así que Jesucristo no tenía sino cerca de treinta años cuando fué bautizado; luego esto debió acaecer el vigésimoseptimo, ó el vigésimoctavo, ó cuando mas tarde el año vigésimonono de la misma. Es así que solo tres pascas ó á lo mas cuatro se celebraron entre el bautismo y muerte de Jesucristo; luego esta debió ser en el año vigésimonono ó trigésimoprimero (6).

(1) Dan. ix. 27.—(2) Véase la *Disertación sobre los lxxv. años de que se habló en la profecía del cap. vii. de Isaías*, al principio del libro de esta profeta, tom. xvi.—(3) El P. Perron y otros.—(4) Usorio y otros.—(5) El P. Labbe y otros.—(6) El P. Perron pone el nacimiento de Jesucristo cuatro años antes de la era vulgar, su bautismo en el vigésimoquinto, y su muerte en el vigésimonono de dicha era. M. Flanzen

II. Exposición y paráfrasis de las diferentes significaciones de los antiguos y modernos sobre los años de Jesucristo.

Otros dicen que según el testimonio del mismo Josefo relativo á la duración del reinado de Heródes, el nacimiento de Jesucristo debe ponerse dos ó cuatro años antes de la era vulgar. Es así que Jesucristo no tenía sino casi treinta años cuando fué bautizado; luego debió serlo el año vigésimoséptimo ó vigésimonono. Pero según el cálculo astronómico, el testimonio de Plegon y la profecía de Daniel, no debió suceder la muerte de Jesucristo sino el año trigésimotercio: hubo pues cinco ó tambien siete pascuas entre su bautismo y su muerte (1).

Otros afirman, fundados en las mismas autoridades que los anteriores, que el nacimiento debe fijarse cuatro años ó tres á lo ménos antes de la era vulgar, y la muerte en el trigésimotercio; pero entre esta y el bautismo solo hubo cuatro pascuas: luego Jesucristo debió ser bautizado en el año trigésimo de la era vulgar; y estaba entonces en el trigésimotercio ó trigésimocuarto de su edad (2).

Otros finalmente dicen, que según los dichos testimonios la muerte de Jesucristo debió acaecer el año trigésimotercio de la era vulgar. Es así que solas cuatro pascuas hubo entre ella y el bautismo; luego este debió ser el año trigésimo. Pero Jesucristo no tenía entonces de edad mas que treinta años: su nacimiento pues debe ponerse precisamente en el fin del año anterior al primero de la referida era (3).

Los antiguos daban por época del bautismo la de la misión de S. Juan Bautista; pero estas dos épocas pueden ser diferentes, porque es cierto que S. Juan recibió su misión el año décimo quinto del imperio de Tiberio; mas no lo es que en ese mismo año fuera bautizado Jesucristo, y de consiguiente no es por su bautismo por el que puedan determinarse con seguridad sus años.

Entre los modernos, los que juzgan los años de Jesucristo por sola la época de su nacimiento, adhiriéndose al testimonio de Josefo, concluyen que la muerte debió ser el año vigésimo nono ó trigésimo primo de la era vulgar; mas contradicen no solo la autoridad de Plegon y el cálculo astronómico, sino tambien la profecía de Daniel que precaban haber acaecido aquella en el año trigésimo tercio.

Otros pretenden conciliar esas autoridades con Josefo, fijando la época del nacimiento según este, y la de la muerte por aquellas.

Es el nacimiento dos años antes de la misma, el bautismo en el 29, y la muerte en el 33, reconocidos ambos autores solamente tres Pascuas. Decker admite cuatro, y coloca el primer quinquagesimo año antes de aquella era, y los otros dos lo mismo que Pluvier.—(1). Uerrio pone el nacimiento de Jesucristo cuatro años antes de la era vulgar, su bautismo en el año 27, y su muerte en el 33. Lengua fija lo primero dos años antes de la era vulgar, lo segundo, en el 29, y lo tercero en el 33.—(2). M. Lancelot supone, que según Josefo, la muerte de Heródes debió fijarse en el año cuarto antes de la era vulgar, y concluye que el nacimiento de Jesucristo debió ser su 25 de diciembre del quinto; lo que solo hace cuatro años y ocho dias antes de la referida era, y así se concluye el cálculo de Uerrio. M. Thoynard adelanta un año antes, calculando á la menor edad, es lo que resulta de la cronología que está en el libro de las páginas de su Concepción, pero hay otros que están más adelantados en la nota que puso el editor al principio y al fin de cada obra. No ocupó este editor, que queriendo justificar el sistema de M. Thoynard, no hizo mas que justificar el de Lancelot, que es diferente en un año. Calnet siguió el de M. Thoynard.—(3). Este es justamente el sistema del P. Labbe, defendido por el P. Grandam. El P. Harbois pone tambien el nacimiento de Jesucristo al fin del año que precede al primero de la era vulgar, su bautismo en el trigésimo, y su muerte en el trigésimo tercio; pero hay algunas diferencias en sus pruebas.

Pero se ven obligados á concluir, ó que hubo mas de cuatro pascuas entre el bautismo y muerte de Jesucristo, ó que tenía mas de treinta años cuando fué bautizado. Por el testimonio de S. Juan se les prueba que solamente hubo cuatro Pascuas, y por el de S. Lucas que Jesucristo no tenía mas que treinta años de edad cuando fué bautizado. Por tanto, queriendo conciliar á Josefo con Daniel, contradicen á S. Juan ó á S. Lucas. No es pues el testimonio de ese historiadador por el que puedan determinarse los años de Jesucristo, supuesto que siguiéndolo es inevitable caer en contradicción con el profeta ó con alguno de aquellos evangelistas, ni por la época del nacimiento de Jesucristo puede seguramente juzgarse de sus años.

Otros en fin los calculan por la sola época de su muerte, determinada por los datos referidos, esto es, por el cálculo astronómico, por el testimonio de Plegon y por la profecía de Daniel. Las dos primeras pruebas deponen en favor de la profecía; y al contrario esta confirma á aquellas. Así el sistema de estos últimos tiene por base la autoridad misma de las divinas Escrituras, es decir, la profecía misma de Daniel; por lo que es el mas seguro, y es tambien el que intentamos establecer y defender en esta Disertacion, que se dividirá en dos partes.

En la primera expondremos las pruebas que establecen y confirman el sistema de los que sostienen haber sido la muerte de Jesucristo en el año trigésimo tercio de la era vulgar; su bautismo en el principio del trigésimo, y su nacimiento al fin del año que antecede al primero de dicha era.

En la segunda responderemos á los principales argumentos que se alegan en favor de los sistemas que impugnamos, y á las principales objeciones que se forman contra el que adoptamos y defendemos.

PRIMERA PARTE,

En la que se exponen las pruebas por las que se fijan las tres épocas de la muerte, bautismo y nacimiento de Jesucristo.

PARA juzgar con seguridad de los años de Jesucristo, debe usarse, no de la época de su nacimiento, ni de la de su bautismo, sino de la de su muerte. Por tanto, daremos principio fijando la de la muerte; pues estando esta determinada, por ella conoceremos la de su bautismo; y por esta la de su nacimiento.

Artículo I. Pruebas por las que se determina la época de la muerte de Jesucristo.

Tras son las pruebas que fijan la época de la muerte de Jesucristo: la primera tomada del cálculo astronómico, la segunda del testimonio de Plegon, y la tercera de la profecía de Daniel.

Por el testimonio del mismo Evangelio consta que Jesucristo murió la víspera del sábado (1), es decir un viernes. Es cierto que

(1) Marc. xv. 42. Erat parasceve, quod est ante sabbatum.

III.
División de
esta disertacion.

I.
Prueba 1.^a
tomada del
cálculo astro-
nómico.

(R)

este día por la tarde era el en que la Pascua debía celebrarse á lo menos por algunos de los Judios (1), de manera que la mañana siguiente del sábado era al mismo tiempo para ellos el gran día de la fiesta de Pascua. Esta pues debía celebrarse en la tarde del día catorce del mes que los Judios llaman de *Nisan*. Jesucristo por tanto murió el día décimo cuarto del mes de *Nisan*, día que en ese año fué viernes. Mas por el cálculo astronómico está demostrado que el solo año en que pudo caer la muerte de Jesucristo en viernes, décimo cuarto día del mes de *Nisan*, es precisamente el trigésimo tercio de la era vulgar.

Es verdad que por el Evangelio parece tambien, y muchos lo defienden, que Jesucristo celebró la Pascua con sus discipulos la víspera de su muerte, y que esto fué el día mismo en que la Pascua debía celebrarse (2), es decir, en la misma tarde del catorce de *Nisan*, de manera que Jesucristo moriria en el décimo quinto, lo cual parece contrario á lo que acabamos de establecer. Pero es fácil conciliar en este punto á los evangelistas; y esto mismo contribuye igualmente para probar, que la muerte de Jesucristo acaeció el año trigésimo tercio de la era vulgar, porque por las costumbres de los Judios, y particularmente por una regla llamada entre ellos la regla *Baba*, consta que un mismo día pudo ser catorce de *Nisan* para los Judios propiamente tales, es decir, para los que vivian en Jerusalem y en la Judea, y quince de *Nisan* para los Galileos, es decir, para los Israelitas que habitaban en la Galilea. Está probado que la víspera de la muerte de Jesucristo pudo ser el día en que la Pascua debía celebrarse para los Galileos, de suerte que el día de su muerte la Pascua no debía celebrarse mas que por los Judios; y consta por el cálculo astronómico que el mismo año en que la muerte de Jesucristo pudo caer en el viernes catorce de *Nisan* para los Judios, y quince de *Nisan* para los Galileos, es precisamente el trigésimo tercio de la era vulgar, en que el día catorce de *Nisan* para los Judios fué trece de abril que era viernes.

Yo no entraré aquí en estas discusiones astronómicas; esta materia puede verse tratada con extension por hombres sabios, particularmente en la cronología de la Biblia de Vitré y en la Disertacion del P. Harlequin sobre la última Pascua de Jesucristo. Porque ambos autores estan acordados, á lo menos en este punto, de que segun el cálculo astronómico, la muerte de Jesucristo debió ser el año trigésimo tercio de la era vulgar. Pondré solamente aquí una tabla de siete años, en la que se verán los dias en que debió caer la noemia del mes de *Nisan*, ya sea para los Judios ó para los Galileos, desde el año 28 hasta el 34 de la era vulgar.

(1) *Joan. xviii. 28. Ipsi non intraverunt in pratorium, ut non contaminarentur, sed ut manducarent pascha.*—(2) *Matth. xxvii. 17. et seqq. Marc. xiv. 12. et seqq. Luc. xxii. 7. et seqq.*

Años de la era vulgar.	Letra don.	Mes de los Judios	Mes del año Juliano.	Dias de la semana.
28.	DC	1.º de Nisan	15 de Marzo	1.º dia para los Judios.
			16 de Marzo	2.º dia para los Galileos.
29.	B	1.º de Nisan	3 de Abril	1.º dia para los Judios.
			4 de Abril	2.º dia para los Galileos.
30.	A	1.º de Nisan	23 de Marzo	5.º dia para los Judios.
			24 de Marzo	6.º dia para los Galileos.
31.	G	1.º de Nisan	12 de Marzo	2.º dia para los Judios.
			13 de Marzo	3.º dia para los Galileos.
32.	FE	1.º de Nisan	30 de Marzo	1.º dia para los Judios.
			31 de Marzo	2.º dia para los Galileos.
33.	D	1.º de Nisan	20 de Marzo	6.º dia para los Judios.
			21 de Marzo	7.º dia para los Galileos.
34.	C	1.º de Nisan	9 de Marzo	3.º dia para los Judios.
			10 de Marzo	4.º dia para los Galileos.

Manifiesta pues el cálculo astronómico que la muerte de Jesucristo debió ser el año trigésimo tercio de la era vulgar; y esto es tambien lo que resulta del testimonio de Flegon.

Este era uno de los libertos del emperador Adriano; escribió la historia de las olimpiadas, y testificó las tinieblas que se espacionaron sobre la tierra cuando Jesucristo murió en la cruz. Refiere (1) que el año cuarto de la olimpiada ducentésima segunda hubo un eclipse de sol el mayor que se habia visto, habiendo sido tal la obscuridad, que en el punto mismo del medio día se dejaron ver las estrellas en el cielo. Flegon creia que estas tinieblas habian sido causadas por un eclipse; pero consta á lo menos que él refiere este gran suceso al año cuarto de la olimpiada ducentésima segunda. La época de las olimpiadas se tomó del verano del año 3938 del periodo Juliano; de donde se sigue, que el cuarto año de la olimpiada ducentésima segunda no acaeció sino en el verano del año 4746 del periodo Juliano, 33 de la era vulgar. Fue pues el año trigésimo tercio de esta era cuando las tinieblas cubrieron la tierra muriendo Jesucristo. De esta manera el cálculo astronómico y el testimonio de Flegon convienen en colocar dicho acontecimiento en ese año, y estas dos pruebas se confirman por lo que se deduce de la profecía de Daniel.

Porque aunque sea cierto que la determinacion de los años de Jesucristo puede servirnos para la de las setenta semanas de Daniel, porque como lo hemos demostrado en la Disertacion sobre ellas, la muerte de Jesucristo debe acaecer á mediados de la última, y que desde allí volvemos á subir hasta la primera; sin embargo no es ménos cierto que tambien su determinacion puede servirnos pa-

(1) *Flegon. de Olymp. apud Euseb. Chronic. p. 209. et in Chron. Alex. ad ann. Tit. 13.*

II.
2.º Prueba tomada del testimonio de Flegon.

III.
3.º Prueba tomada de la profecía de Daniel.

ra juzgar de la de los años de Jesucristo, porque, como lo hemos manifestado en la citada Disertacion, la orden dada á Nehemias por Artajerjes Longimano para el restablecimiento de Jerusalem, es la época de la primera de las setenta semanas, y que de ella descendemos hasta la última.

Las setenta semanas de la profecía de Daniel son semanas de años que forman una suma de cuatrocientos noventa. Según esta profecía el Cristo debió ser entregado á la muerte en la semana setenta, y los sacrificios de la ley antigua debieron quedar abolidos por el sacrificio de la ley nueva á mediados de ella (1); de donde se sigue, que Jesucristo debió abolir los sacrificios antiguos por su muerte en la mitad del año cuatrocientos ochenta y siete contando desde el principio de las setenta semanas. Pero en la Disertacion sobre estas hemos hecho ver que comenzaron bajo el reinado de Artajerjes Longimano; que tienen por época el permiso que este príncipe dió á Nehemias en el mes de Nisan en el año veinte de su reinado; que el mes de Nisan de este año cayó en marzo ó en abril del 4260 del período Juliano; y que siendo el mes de Nisan el séptimo del año civil, el año primero de las setenta semanas debe contarse desde el mes de Tiar, es decir, septiembre ó octubre del 4250 de dicho período; de donde se sigue que la mitad de la cuadringentesima octogésima séptima cayó en el mes de marzo, esto es, en marzo del año 4746 del período Juliano, trigésimo tercio de la era vulgar. La muerte pues de Jesucristo debió ser en este año.

Así el cálculo astronómico y el testimonio de Egeon deponen en favor de la profecía de Daniel; esta confirma ambos, y las tres pruebas ponen de acuerdo la muerte de Jesucristo en el viernes 3 de abril del año trigésimo tercio de la era vulgar.

ARTÍCULO II. Pruebas que sirven para fijar la época del bautismo de Jesucristo.

Estando determinada la época de la muerte de Jesucristo, podemos conocer por ella la de su bautismo; ó mas bien diremos, que se reúnen cuatro pruebas para fijar la última. La primera tomada del testimonio de S. Lucas sobre la época de la misión de S. Juan Bautista; la segunda del de S. Juan sobre las pascuas que celebró Jesucristo en los años de su ministerio público; la tercera del de Daniel sobre el tiempo en que el Cristo debió aparecer; y la cuarta del de S. Lucas sobre la edad que tenía Jesucristo cuando se bautizó.

Segun S. Lucas (2), S. Juan Bautista recibió de Dios su misión, y comenzó á ejercerla el año décimo quinto del imperio de Tiberio: *Anno quinto-decimo imperii Tiberii Caesaris*. Nosotros tomamos estas palabras en el primer sentido que presentan, y las entendemos del imperio absoluto de Tiberio despues de la muerte de Augusto, pues lo que sigue hará ver que este es el verdadero sentido. Convienen pues todos los cronólogos en que Augusto murió, y le sucedió Tiberio en agosto del año 4727 del período Juliano, 14 de

(1) Dan. ix. 27.—(2) Luc. iii. 1.

la era vulgar; por consiguiente el año décimo quinto del imperio de este no debió ser sino en el mes de agosto del año 29 de dicha era; de donde se sigue que S. Juan no debió comenzar á ejercer su misión sino entre el mes de agosto del año 28 y el del año 29; y por tanto que Jesucristo no pudo ser bautizado por S. Juan antes del mes de agosto del primero.

El mismo evangelista nos enseña (1) que habiéndose retirado Jesucristo de las orillas del Jordán, donde habia sido bautizado, el Espíritu lo condujo al desierto, en donde permaneció cuarenta dias, pasados los cuales se volvió á Galilea, donde comenzó á predicar, y donde hizo segun S. Juan (2) su primer milagro, que fué la conversión de la agua en vino en las bodas de Caná. Despues de esto se fué á Carifanuro; y allí se detuvo algunos dias. Acercándose la Pascua, dice S. Juan, se fué á Jerusalem (3). Jesucristo por tanto comenzó su ministerio público poco tiempo despues de su bautismo; y la Pascua que celebró despues de las bodas de Caná fué al mismo tiempo la primera despues de dicho bautismo, y primera tambien desde que entró en el ejercicio de su misión. Pero S. Juan tuvo cuidado de distinguir las Pascuas que celebró Jesucristo en este tiempo, lo que no hicieron los otros evangelistas. La primera fué de la que acabamos de hablar, celebrada despues de las bodas de Caná. La segunda es la que Jesucristo sanó al paralítico de la Piscina, segun esto que dice S. Juan: *Habiendo llegado la fiesta de los Judios, se fué Jesús á Jerusalem* (4); y en seguida refiere la curación del paralítico. Porque en lo que sigue probaremos que esta festividad de los Judios no pudo ser otra que la de Pascua llamada simplemente *fiesta de los Judios*, como el mismo santo nos lo dice hablando del tercer. Esta es la que se celebró despues de la multiplicación de los cinco panes; *Acercábase*, dice (5), *la Pascua que es la festividad de los Judios*; é inmediatamente refiere ese milagro. Este santo hizo una breve relacion de los primeros años del ministerio público de Jesucristo, y el cuidado que tuvo de notar en una narración tan abreviada estas tres Pascuas de que no hablan los otros evangelistas, muestra que expresamente quiso distinguirlas. La cuarta por último es en la que Jesucristo murió, y la que se halla notada por los cuatro evangelistas. Hubo pues cuatro Pascuas entre el bautismo y muerte de Jesucristo; y no puede decirse que hubo mas, supuesto que S. Juan no distingue otras. Es así que la última en que murió Jesucristo fué el año 33 de la era vulgar; luego la primera fué el año 30; luego el bautismo de Jesucristo debió ser entre la Pascua del año veinte y nueve y la del año treinta, punto que va á confirmarse con la profecía de Daniel.

Segun esta profecía el Cristo no debió aparecer sino habiendo pasado las primeras sesenta y nueve semanas (6). Mas estas no debieron cumplirse sino el mes de Tiar ó septiembre del año veinte y nueve de la era vulgar; por tanto, la primera Pascua del ministerio público de Jesucristo no debió ser otra que la del año treinta; no hubo pues mas que cuatro Pascuas entre su bautismo y su muerte, y así el primero debió ser

(1) Luc. iv. 1. et seq.—(2) Joan. ii. 1. et seq.—(3) Joan. ii. 13.—(4) Joan. vi. 1.—(5) Joan. vi. 4.—(6) Dan. ix. 25.

II.
2.ª Prueba
tomada del
numero de
las Pascuas
marcadas
por S. Juan.

III.
3.ª Prueba
tomada de la
profecía de
Daniel.

tamente ponerse entre las Pascuas del año veinte y nueve y treinta, ó mas bien, segun el Evangelio, parece que Jesucristo entró en el ejercicio de su mision poco tiempo despues de su bautismo. Es así que segun la profecía de Daniel, Jesucristo no debió entrar en este ántes del mes de Tisri ó septiembre del año veinte y nueve: luego su bautismo no puede colocarse mas anticipadamente.

Mas segun el testimonio de S. Lucas, Jesucristo entraba entónces en su año trigésimo; porque en lo que sigue probaremos que este es el sentido de estas palabras (1): *Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta incipiens*. Es cierto que nosotros todavia no hemos determinado el año de su nacimiento; pero aqui no pretendemos insistir mas que sobre la palabra *incipiens*, comenzaba Jesus su año trigésimo. Siguiendo pues una tradicion antigua consagrada por el uso de la Iglesia, el nacimiento de Jesucristo fué el 25 de diciembre; así el principio de cada nuevo año de su edad debe tomarse de dicho día; de donde se sigue que acercándose al mes de Tisri ó septiembre del año veinte y nueve de la era vulgar, Jesucristo declinaba hacia el fin de uno de los años de su edad, y que no entraba en un nuevo año, sino el 25 de dicho mes; por tanto, su bautismo debió ser posterior al 25 de diciembre del año veinte y nueve.

Así por la época de la mision de S. Juan Bautista probamos que el bautismo de Jesucristo no pudo ser anterior al mes de agosto del año veinte y ocho de la era vulgar; por el número de Pascuas designadas por S. Juan, que debe ser posterior á la Pascua del año veinte y nueve; por la profecía de Daniel, que lo mas ántes que debe ponerse es hácia el mes de Tisri ó septiembre de este mismo año; y por la edad que entónces tenía, que debió ser posterior al 25 de diciembre: estas cuatro pruebas así reunidas conspiran á fijar el bautismo de Jesucristo hácia el principio del año treinta de la era vulgar.

ARTICULO III.—Prueba que sirve para fijar la época del nacimiento de Jesucristo.

Estando determinada la época del bautismo de Jesucristo, queda desde luego tambien la de su nacimiento. Porque acabamos de hacer ver que segun el testimonio de S. Lucas, comenzaba Jesucristo el año trigésimo de su edad cuando se bautizó: *Et ipse Jesus erat quasi annorum triginta incipiens*; acabamos de probar que el bautismo de Jesucristo debió fijarse hácia el principio del año treinta de la era vulgar: luego este era el trigésimo de su edad. Es así que segun la tradicion de la Iglesia el día de su nacimiento es el 25 de diciembre; luego este debió ser en el del año anterior al primero de la era vulgar, es decir, del año 4713 del periodo Juliano.

Estando al presente expuestas de tal modo estas diferentes pruebas, las reduzco al siguiente raciocinio.

Segun la profecía de Daniel, la muerte de Jesucristo debió ser el año treinta y tres de la era vulgar.

Es así que segun S. Juan, no hubo mas que cuatro Pascuas entre

IV.
Prueba 4.
tomada de la
edad que tenía
Jesucristo al tiempo
de su bautismo.

I.
Prueba tomada
de la edad
que tenía Ja.
esucristo cuando se
bautizó.

II.
Conclusion
de esta primera
parte.

(1) Luc. m. 23.

su bautismo y muerte: luego el primero debió ser el año trigésimo de la era vulgar.

Mas segun S. Lucas, Jesucristo entraba entónces en el año treinta de su edad: luego el nacimiento debió ser el fin del año anterior al primero de la era vulgar.

De esta manera por el mismo testimonio de las divinas Escrituras queda probador: lo 1.^o, que Jesucristo nació al fin del año anterior al primero de la era vulgar; lo 2.^o, que fué bautizado en el principio del año treinta; lo 3.^o, que murió en la Pascua del año trigésimo tercio.

Resta ahora responder á las objeciones que se forman contra este sistema, y á los argumentos que se oponen.

SEGUNDA PARTE.

En la que brevemente se responde á las objeciones y argumentos de los que combaten este sistema.

La última Disertacion que ha llegado á nuestra noticia sobre los años de Jesucristo, es la de Mr. Plamyoen, canónigo de la Iglesia catedral de Ipres, impresa en 1735 en la coleccion de sus *Disertaciones* sobre la santa Escritura (1). Este mismo autor en parte trabaja en nuestro favor, probando que el nacimiento de Jesucristo no debe ponerse ántes del fin del año tercero, anterior á la era vulgar, ni su bautismo ántes del mes de agosto del año veinte y ocho, ni su muerte ántes de la Pascua del año treinta y uno; róstanos solamente probar contra el primero que debe ponerse no en el 25 de diciembre del año tercio ántes de la era vulgar, sino en el del año que precede al primero; que el segundo debe fijarse, no al fin del año veinte y ocho de la era vulgar, sino al principio del año treinta, y que la tercera debe ponerse, no en la Pascua del año treinta y uno, sino en la del treinta y tres.

Pero sin entrar aquí en largas discusiones, veamos desde luego á que se reduce el sistema de Mr. Plamyoen. Este autor comienza determinando el año del nacimiento de Jesucristo (2), y fija esta época estribando principalmente en el testimonio del historiador Josefo: de este año saca el de su bautismo (3), y del de este deduce el de su muerte (4). Es verdad que tambien pretende agregar el testimonio de los antiguos padres; pero esto es solamente para confirmar su sistema. Y así para echar por tierra este, basta destruir el argumento que pretende sacar de dicho historiador, y demostrarle que no le queda recurso alguno en el testimonio de los antiguos padres. Atacar por estos dos lados á este autor, es atacar al mismo tiempo y destruir á todos los que se desvian del nuestro; pues todos ellos se apoyan sobre el uno ú el otro de estos dos fundamentos. Digo de estos dos fundamentos, porque aquellos que añaden el testimonio de las medallas, comunmente pretenden servirse de ellas para

La doctrina del sistema que acaba de exponerse, puede reducirse á una breve refutación del sistema de Mr. Plamyoen. Compendio de este. Cuales son sus fundamentos. Plan de esta segunda parte.

(1) *Disertationes selectae in Scripturam sacram*, Auctore Julio Josepho Plamyoen. Ipres, 1735, in 2.^o *Disseri. de anno Christi*, pag. 423. et seqq.—(2) Pag. 424. et seqq.—(3) Pag. 458. et seqq.—(4) Pag. 475. et seqq.

apoyar el del historiador Josefo; y así cuando hablemos de este examinaremos el de aquellas. Despues de esto será necesario responder á las objeciones que se firman contra las pruebas del sistema que adoptamos; y por quanto reducidos estas á las que se deducen del testimonio de Daniel, de S. Juan y de S. Lucas, nos bastará confirmarlá respondiendo á las objeciones que contra ellas se presentan. Tememos pues que responder á los argumentos que nuestros contrarios pretenden sacar del testimonio de Josefo sobre la duración del reinado de Heródes, y del de los antiguos sobre los años del nacimiento y muerte de Jesucristo, y á los que se firman contra los que deducimos de Daniel, de S. Juan y de S. Lucas. Esto es á lo que puede reducirse en este lugar la defensa del sistema, cuyas pruebas acabamos de exponer.

Artículo primero. Respuesta al argumento que se deduce del testimonio del historiador Josefo sobre la duración del reinado de Heródes.

I.
¿Qué valor tiene el testimonio del historiador Josefo? Ejemplos de los defectos ó descuidos que se encuentran en sus libros.

Consta por el testimonio de S. Mateo, dice Mr. Plumyoen [1], que Jesucristo nació cuando todavía vivía Heródes; pero en qué año del reinado de Heródes nació Jesucristo? Como el Evangelio no lo expresa, debe consultarse principalmente el historiador Josefo. He aquí el escollo. En vano insiste nuestro autor en que Josefo es un escritor del mismo siglo de Heródes, judío de nacimiento, y tambien de familia sacerdotal. Ninguno de estos caracteres lo justifica de los descuidos que se advierten en sus libros, ni puede dar á su testimonio un peso que pueda contrabalancear al de las divinas Escrituras.

Mr. Plumyoen en su misma Disertacion nos provee de algunos ejemplos de faltas y descuidos que se hallan en los libros del historiador Josefo. En este se lee (2), que los Romanos confirieron á Heródes el reino de Judea en la olimpiada centésima octogésima cuarta; pero parece, dice nuestro crítico (3), que cayó en una falta aquí, y que debe leerse EN LA OLIMPIADA CENTÉSIMA OCTOGÉSIMA QUINTA. En otra parte (4) se dice, que el mes undécimo era llamado entre los Hebreos Adar; pero es constante que Adar era el duodécimo (5); y Mr. Plumyoen reconoce (6) que según el mismo Josefo debe leerse en este lugar el duodécimo. Adelante (7) se dice que el noveno mes es llamado entre los Hebreos Thebeth; pero consta que este era el décimo (8), y que el noveno se llamaba Casieu (9); y arrierte (10) que según el mismo Josefo así es como debe leerse. Estas cosas son, dice el, faltas de la memoria ó del copiante; pero al fin son faltas, y como estas puede haber otras en otros lugares. Tambien nota (11) que el mismo historiador hablando de un solo hecho, pone en un lado el número de ocho estadios (12), siendo así que en otro lugar se lee doscientos (13); y he aquí, dice, de qué modo se cometería este defecto. Se leería al principio la letra numeral que significa doscientos; despues por un descuido del copiante se hallará haberse puesto la que denota ochenta, ó se habrá expresado el número á lo

[1] Pag. 431.—[2] Joseph. Ant. l. xv. c. 25.—[3] Pag. 425.—[4] Jos. Ant. l. xv. c. 1.—[5] Euseb. in 7.—[6] Pag. 437.—[7] Jos. Ant. l. xi. c. 5.—[8] Euseb. in 16.—[9] Euseb. in 10.—[10] Pag. 427.—[11] Pag. 430.—[12] Jos. Ant. l. xv. c. 10.—[13] Jos. de Bell. l. i. c. 21.

largo, y de aquí provino el centista, y de este el octo. Josefo habla (1) de un eclipse de luna que dice haber acaecido en la noche siguiente al suplicio á que Heródes condenó á ciertos celadores que habian derribado una águila de oro que habia hecho poner sobre la puerta principal del templo. Mr. Plumyoen echa en cara al P. Petavio haber supuesto sin fundamento que esto era conforme á la verdad: Vere ab eo scriptum supponens (2). Por su parte mejor le parece decir con el P. Tourne mine (3), que este eclipse de que habla Josefo, solo sería una simple oscuridad causada por las nubes ó exhalaciones; y que el pueblo prescindiendo del suplicio recien te todavia de los que habian derribado la águila de oro, LA TENDIÓ POR UN COMATE destinado á hacer un anuncio de la cólera divina contra Heródes. Se lee en Josefo (4) que Jerusalem fué tomada por Heródes veinte y siete años despues de haberlo sido por Pompeyo. Mr. Plumyoen nota (5) que solamente habian pasado veinte y seis años y un dia porque según el mismo Josefo estos dos sucesos se verificaron en igual dia; de donde concluye que podría sospecharse en este lugar algun defecto de veinte y siete por veinte y seis. Se lee tambien (6) que Heródes no tenia mas que quince años cuando Antipatro su padre le dió el gobierno de la Galilea; pero siendo esto del todo inverosímil, dice el citado autor (7), juzgamos con algunos datos que debe leerse VEINTE Y CINCO en lugar de quince. Josefo pone la deposicion y destierro de Arquelo unas veces (8) en el año noveno de su reinado, y otras (9) en el décimo, y Mr. Plumyoen se aparta de él en este último, y afirma (10) que este principe no estaba sino en el principio del año nono de su reinado, cuando fué depuesto y expatriado. Por ultimo, nuestro autor se propone una dificultad (11) que consiste en que según S. Lucas (12), el gobernador de Siria cuando nació Jesucristo, era Citrino, llamado tambien Quirinio; y según Josefo (13) debia ser Quintilio Varo; y nota que el P. Tourne mine, desfiende haberse engañado en esto Josefo, y que Quirinio sucedió á Varo antes del nacimiento de Jesucristo. Añade Tourne mine que este sentir parece favorecido por el testimonio de S. Lucas, escritor, ciertamente MAS ANTIGUO QUE JOSEFO, Y MAS DIJUNO DE FE, AUN PRESCINDIENDO DE LA INSPIRACION DIVINA, ESCRITOR POR CONSIGUIENTE, A CUYA AUTORIDAD SE DEBE CEDER SIN DUDA, SI ERA CIERTO QUE JOSEFO LE FUE CONTRARIO. Expono los diferentes medios que se le ofrecen para conciliar á Josefo con S. Lucas; y despues de haber rehusado algunas interpretaciones singulares que le parecen menos naturales, y de haber referido la que comúnmente se emplea para servir de conciliacion, despues de haber expuesto tambien con muchísima extensión las pruebas sobre que se quiere establecer esta, concluye por último diciendo (14) que tambien le desagrada esta hipótesis, porque por conciliarlos se ve uno obligado á desviarse del sentido natural del evangelista. Sostiene que según el sentido natural de S. Lucas debe reconocerse que Quirino sucedió á Quintilio Varo, que era entonces sin la menor duda gobernador de Si-

(1) Jos. Ant. l. xv. c. 8.—(2) Pag. 434.—(3) Pag. 434.—(4) Jos. Ant. l. xv. c. 28.—(5) Pag. 432.—(6) Jos. Ant. l. xv. c. 17.—(7) Pag. 433.—(8) Jos. de Bell. l. i. c. 11.—(9) Jos. Ant. l. xv. c. 13.—(10) Pag. 435.—(11) Pag. 433.—(12) Luc. ii. 2.—(13) Jos. Ant. l. xv. c. 7. 11. et 12.—(14) Pag. 449.

ria. Josefo era hombre, y era preciso, dice él (1), que *experimentara entonces algo de la humana debilidad: Humani natur aliquid Josephus passus sit.* Yo creo, añade, que ESTE ERROR DE JOSEFO debe ser reconocido tanto mas fácilmente aun por los encaprichados, cuanto que este historiador no hace mención alguna de la enumeracion que refiere S. Lucas, ni de la muerte de los niños. Puede ser que hubiera omitido estos hechos Nicolás de Damasco, que es el autor de quien principalmente se valió para escribir la historia de Heródes, y que no hubiera encontrado en el cosa alguna perteneciente á la salida de Varo y á la llegada de Quirinio ántes de la muerte de aquel principe. Sea lo que fuere, continúa, la autoridad de S. Lucas en nuestro juicio exige absolutamente, que se retirara á QUIRINIO TODO LO QUE DICE JOSEFO HABERSE HECHO EN JUDEA POR QUINTILIO VARO DESPUES DE LA MUERTE DE HERÓDES.

II. Pero si Josefo experimentó algo de la miseria humana sobre la duracion del gobierno de Varo, tambien pudo experimentar en la duracion del reinado de Heródes: *Humani aliquid Josephus passus sit.* Mr. Plumyoen pretende determinar el año del nacimiento de Jesucristo por el testimonio de Josefo sobre la duracion del reinado de Heródes, por quanto lo supone verdadero en este punto: *Verè ab eo scriptum supponens.* Pero constando que en este particular es contrario á la autoridad de los escritores sagrados, deberá sin duda estar por estos.

Bajo tal suposicion pretende (2) que Heródes (3) no reinó mas que treinta y siete años completos desde que fué proclamado rey por los Romanos, y treinta y cuatro despues de la muerte de Antigono: que la proclamacion del primero fué el año 714 de la fundacion de Roma, 40 ántes de la era vulgar; y la muerte del segundo, el sexto mes del año santo, es decir, hácia el fin del verano del año 717 de la fundacion de Roma, 37 ántes de la era vulgar; y de aqui concluye que estos años no se cumplieron sino al fin del verano ó principio del otoño del año 751 de Roma, tercero ántes de la citada era. Sostiene que la muerte de Heródes no debió colocarse en el mes de Casleo ó noviembre, como supone el calendario de los Judios, y cree que Josefo la supone acaecida hácia la fiesta de Pascua; de donde infiere que Heródes no murió sino hácia la fiesta de la Pascua del año 752 de Roma, segundo ántes de la era vulgar. Por último deduce que el nacimiento de Jesucristo debe ponerse el 25 de diciembre del año 751 de Roma, tercero ántes de la era vulgar.

Pero al testimonio de Josefo oponemos el de las divinas Escrituras. Segun Daniel, la muerte de Jesucristo debió ser el año treinta y tres de la era vulgar. Segun S. Juan solas cuatro Pascuas se celebraron entre el bautismo y muerte de Jesucristo. Segun S. Lucas Jesucristo contenzaba entónces el año trigésimo de su edad; luego su muerte acaeció el año trigésimo tercio de la era vulgar; su bautismo el treinta, y su nacimiento el anterior al primero de la repetida era; luego la muerte de Heródes no pudo ser sino el año primero de esta; y por lo respectivo á la duracion de su reinado, si el texto de Josefo no

(1) Pag. 451.—(2) Pag. 424. el copy.—(3) Jos. Ant. l. xvii. c. 10. et de Bello, l. l. c. 21.

ha padecido alguna alteracion, es preciso que este historiador se haya resentido de la humana fragilidad: *Humani aliquid Josephus passus sit.*

Por lo demas convendrémos gustosos en que la duracion del reinado de Heródes podrá ser efectivamente de treinta y siete años; pero siempre insistirémos en que estos deben contarse, no desde que recibió de los Romanos el cetro, sino desde que entró en posesion de su reino y en el ejercicio de su poder por la muerte de Antigono. En efecto, suponiendo con M. Plumyoen que la muerte de este fuera en el mes sexto del año santo, es decir, al fin del verano del año 717 de Roma, 37 ántes de la era vulgar, se hallará que el año 37 despues de su muerte no debió cumplirse sino al fin del verano del año 754 de Roma, primero de la era vulgar. Entónces gustosos supondremos con nuestro autor, que los treinta y siete años del reinado de Heródes deben contarse como años completos. Pero concluiremos, que la muerte de este debió ser no hácia la Pascua, como quiere M. Plumyoen, sino en el mes de Casleo, es decir, en el mes de noviembre como pretende Userio, ó mas bien como lo supone el calendario de los Judios, de donde Userio tomó esta data. Y en vano nos objetará M. Plumyoen (1) que la autoridad de Josefo, que es un escritor contemporáneo, es preferible á la autoridad del calendario de los Judios modernos. Este calendario de los Judios modernos es un testimonio de una tradicion que viene de los antiguos Judios, y que será suficiente para contrabalancear el de Josefo, aunque escritor contemporáneo. A mas de esto, este historiador no dice expresamente que Heródes hubiera muerto hácia la festividad de Pascua; y la autoridad del calendario de los Judios podría muy bien convenir en esto con la de Josefo. Pero sea que haya muerto hácia la Pascua ó en el mes de Casleo, siempre es cierto que su muerte no pudo ser anterior al año primero de la era vulgar, pues segun el testimonio de las divinas Escrituras, el nacimiento de Jesucristo que acaeció bajo su reinado, fué precisamente en el año anterior al primero de la era vulgar.

Heródes, pues, habrá reinado treinta y siete años desde la muerte de Antigono, y cuarenta desde que recibió de los Romanos el cetro; y puede ser muy bien que esto haya sido lo que notó Josefo; de suerte que si se lee otra cosa en su texto, habrá provenido de algún error del copiante. Porque vease aqui lo que pudo dar lugar á la errata. Supongo que efectivamente Josefo dijera que reinó Heródes treinta y siete años desde la muerte de Antigono, y cuarenta desde su elevacion por los Romanos. Confundiendo un copiante estos dos números, habrá corrompido el último, y por descuido habrá puesto treinta y cuatro. Despues de esto se habrá reconocido que este número no pudo ser menor que el de los años que habian pasado desde la muerte de Antigono; y que por tanto 34 no podia ser 37; de aqui habrá provenido leerse ahora 34 y 37 en lugar de 37 y 40; siendo de notar que de 34 á 37 hay precisamente la misma diferencia de 3, que de 37 á 40; lo cual pudo contribuir tambien á autorizar la falsa leccion de 34 y 37. Por lo demas, sea defecto del

(1) Pag. 428.

III.
Los treinta y siete años del reinado de Heródes no deben contarse sino desde la muerte de Antigono; y podrá ser que Josefo así lo hubiera notado.

copiante o error del mismo Josefo, siempre queda cierto que el texto de este autor convencido de falso por los mismos que alegan su testimonio, no puede contrabalancear el de las divinas Escrituras, por el cual probamos que el nacimiento de Jesucristo no pudo acaecer sino al fin del año 4713 del periodo Juliano, 753 de la fundacion de Roma, y 37 del reinado de Heródes desde la muerte de Antigono.

Las dificultades que M. Plumyoen ha querido prevenir (1), no son las que formamos en este lugar contra su sistema; y sus mismas respuestas á las que se propone son tan favorables á él como á nosotros. En efecto, estas se reducen á tres: la primera se toma del eclipse de luna de que habla Josefo; la segunda de la duracion del reinado de Arquelao, y la tercera de las medallas de Heródes el tetrarca.

En cuanto á la primera, los que ponen la muerte de Heródes en el cuarto año antes de la era vulgar, quieren que este eclipse sea el que acaeció el 13 de marzo de ese año. El P. Tournein (2) que no la pone sino en el año tercero, pretende, como ya dijimos, que no hubo más que una simple oscuridad que el pueblo preocupado la tuvo por un eclipse. M. Plumyoen que la pone en el segundo, adopta el mismo pensamiento (3); y nosotros tambien lo adoptamos diferenciándola hasta el primero de dicha era. Añadirémos con el abate de Vené (4), que segun la observacion del P. Pagi, los autores antiguos y particularmente Josefo, nombran eclipses de luna todas las mutaciones notables que padece este astro. Pueden verse tambien ejemplos citados por el P. Petavio (5) de ciertos eclipses de sol que no consistian en otra cosa que en la mutacion notable del color de este astro.

En cuanto á la duracion del reinado de Arquelao, los que ponen la muerte de Heródes en el año cuarto antes de la era vulgar, observan que segun Josefo (6), Arquelao, hijo y sucesor de Heródes en el reino de Judca, reinó nueve años; y estando en el décimo, Augusto lo desterró á Viena en las Gualas, y envió á Quirino á que hiciera la matrícula de la Judca, en el año trigésimo séptimo despues de la batalla de Actium. Mas este se cumplió el 2 de septiembre del año 700 de Roma, séptimo de la era vulgar; de donde concluyen, que Arquelao sucedió á Heródes el año 750 de Roma, cuarto antes de la era vulgar. M. Plumyoen (7) abandona el testimonio de Josefo sobre el año décimo del reinado de Arquelao, y sostiene que sucedió á Heródes su padre el año segundo antes de la era vulgar, y que aun estaba en el año noveno de su reinado, cuando fue depuesto en el año séptimo de dicha era, trigésimo séptimo despues de la batalla de Actium. Nosotros nos adherimos á esto autor en lo respectivo al año décimo del reinado de Arquelao; pero sostenemos que no sucedió á su padre sino en el año primero de la era vulgar, y que fue depuesto en el noveno que es el trigésimo nono despues de la batalla referida. Fijamos el principio de su reinado por el testimonio de la Escritura, y su deposicion por el de

[1] Pag. 434, et seq.—[2] Tournein. *Dissert. xv.*—[3] Pag. 434.—[4] Continuacion de la historia de los Judcos, en seguida á la de los Macabeos, pag. 354.—[5] Petavio. *de Dec. temp. l. x. c. 66.*—[6] *Jos. Ant. l. xvii. c. ult. et l. xvii. c. 8.*—[7] Pag. 435.

las medallas. Segun la Escritura, el nacimiento de Jesucristo debió ser al fin del año que precede al primero de la era vulgar; luego en este debieron acaecer la muerte de Heródes y la sucesion de su hijo, por cuya deposicion la Judca quedó reducida á provincia romana; y la medalla que con este motivo se acuñó (1), tiene precisamente la data del año treinta y nueve despues de la batalla de Accio, que aunque comenzaba en el mes de septiembre del año octavo de la era vulgar, lo que dió ocasion al P. Hardouin para referir á el dicha medalla, no debió cumplirse sino en septiembre del noveno. Es cierto que si Heródes murió el mes de Casleu del año primero de la era vulgar, el octavo de Arquelao no se cumplirá sino en el mismo mes del año noveno: de donde se sigue, que su deposicion en el año treinta y nueve despues de la batalla de Accio, noveno de la era vulgar, no caerá sino en el octavo de su reinado. Pero si se supone con M. Plumyoen que Heródes haya muerto hácia la Pascua, entónces Arquelao entrará en el año noveno de su reinado hácia la misma festividad del año nuevo de la era vulgar; y su deposicion podria caer en el noveno de su reinado, trigésimo nono despues de la batalla de Accio. Finalmente, sea que Arquelao estuviera todavia en el año octavo ó en el noveno de su reinado, siempre es cierto que segun las divinas Escrituras, debió comenzar el año primero de la era vulgar, y que segun las medallas, su deposicion no pudo ser posterior al nueve de dicha era.

En cuanto á las medallas de Heródes el tetrarca, M. Vaillant el padre manifestó dos (2), de las que pretende concluir que la muerte de Heródes no pudo diferirse hasta el mes de noviembre del año 750 de Roma, sino que debió ser el mes de marzo de este mismo año. Estas dos medallas, dice él, tienen por el averso el nombre de Heródes el tetrarca con un ramo de palma; y en el mismo lado la primera tiene en medio la marca del año 43, y la otra la del 44, y ambas tienen en el reverso en una corona de laurel el nombre de Caligula. Estas medallas estan dedicadas á este emperador por Heródes el tetrarca, en los años 43 y 44 de su principado. Es indubitable que el no lo computaba desde el día de la muerte de su padre, que acaeció al fin de marzo del año 750, y que segun el cómputo de estas monedas que son testimonio irrefragable de la verdad, no puede transportarse al mes de noviembre. Este principio para mostrar su total adhesion á Caligula, hizo grabar su nombre sobre estas medallas con los años de su reinado, y la última corresponde al cuarto de este emperador que sucedió á Tiberio el 17 de marzo del año 700 de Roma, y por tanto cayó en el 793 cuando este príncipe partió de Judca, con el fin de cortejar á Caligula que estaba en Bayos cerca de Nápoles. Mas su sorpresa fué muy grande cuando se halló sospechoso á este emperador, quien despues de haberlo convencido de lo que Agripa su sobrino habia hecho contra él, lo desterró á León á fines de noviembre. Si Heródes el grande murió en igual mes del año 750, el tetrarca no habria comenzado su año quadragésimo cuarto, como lo indica esta medalla; lo cual prueba ciertísimamente haber muerto su padre en el mes de marzo y no en el de noviembre.

[1] *Hard. de Nummis Herodianum, et in Chronol. Vet. P. t. ad. ann. cr. Christ. 4.*—[2] *Mém. de l'Académie de Inscriptions, tom. ii. p. 32. y sig.*

IV.
Respuestas á las dificultades. Primera dificultad tomada del eclipse de luna, de que habla Josefo.
Respuesta.

V.
Segunda dificultad tomada de la duracion del reinado de Arquelao.
Respuesta.

VI.
Tercera dificultad tomada de las medallas de Heródes el tetrarca.
Respuesta ó aclaracion sobre estas medallas.
Hic. Pagan de M. Vaillant el padre.

Parcer de
M. el abate
de Fontenau.

Al razonamiento de M. Vaillant podría oponerse desde luego el del abate de Fontenau, de que su luce relacion en la historia de la Academia de Inscripciones (1), donde se dice, que entre un gran número de pruebas que presenta la historia sagrada y profana á este autor en confirmacion de su sistema, el desde luego se fija en la que se toma del destierro de Arquelau, que supone haber sido el año 750 de Roma, de donde concluye que este principe sucedió á Heródes en 750. Despues de lo qual el historiador prosigue así: La misma consecuencia puede sacarse del destierro de Heródes, tetrarca de Galilea, que segun Josefo, acaeció el año tercero del imperio de Caligula, año 703 de Roma. Estaba entonces este principe en el año 43 de su reinado como aparece por sus medallas que designan esta data; por consiguiente comenzó á reinar el año 750 de Roma, pues habia cuarenta y tres que retroceder desde 793 hasta 750.² Mas si esto es así ¿en qué viene á parar la medalla datada en su año 44, y que M. Vaillant refiere al año cuarto de Caligula? Por otra parte, el año tercero del imperio de este terminaba en marzo del año 703; y si el destierro de Heródes el tetrarca fué en el año tercero del imperio de Caligula, debió ser anterior al mes de marzo de 703; no pudo pues ser al fin de noviembre de ese mismo año, como supone M. Vaillant. A mas de esto, si Heródes rey de Judea murió en marzo del año 750, el año cuadragesimo tercio del tetrarca no podrá pues cumplirse sino en marzo de 793, y su destierro que se supone en el año tercero de Caligula, será tambien sin duda el 43 del reinado de ese principe, como lo supone el abate de Fontenau; pero, repito, ¿en qué viene á parar la medalla que se creia ser de su año cuadragesimo cuarto?

Parcer del
P. Harcourt.

El P. Harcourt supone (2), que los años 43 y 44 grabados en estas medallas, son efectivamente los años de la tetrarquia de Heródes. Pero él no conocia sino una medalla que llevase á un mismo tiempo el nombre de Heródes el tetrarca y el del emperador Caligula; y pretende que esta sea del primer año de este emperador, porque de otra manera, segun él, debería estar marcado el número de años de su imperio. Pero esta medalla tenia la data del año cuarenta y tres, que el creia serlo de la tetrarquia de Heródes; de donde concluye que dicho año debía ser el 750 de Roma, 37 de la era vulgar, primero del imperio de Caligula; y que por tanto Heródes el tetrarca habia entrado en posesion de su tetrarquia desde el año 748 de Roma, sexto antes de la era vulgar. Sin embargo estaba persuadido de que el nacimiento de Jesucristo acaeció al fin del año anterior al primero de la era vulgar; y creia que Heródes rey de Judea, habia muerto en el año tercero de dicha era, y de esto pretendia concluir, que el tetrarca no era hijo ni sucesor de este. Observaba que segun las mismas medallas desde el tiempo de Heródes rey de Judea, y treinta años antes de la era vulgar, existia en aquellas regiones un tetrarca llamado Zenóloro; y pretendia que Heródes el tetrarca y Filipo su hermano, eran sus hijos y sucesores.

Mas el P. Tourne mine nos ofrece (3) una solucion mucho mas

(1) Tom. 7. pag. 270 y sig.—(2) Harcourt. de Num. Hebreas, y carta á M. Bouché.—(3) Tourne mine. Dissert. xv. pag. 499.

Parcer del
P. Tourne
mine.

natural, y verisimilmente mucho mas cierta. Concede que Heródes el tetrarca sea hijo y sucesor de Heródes, rey de Judea; pero sostiene que los años cuarenta y tres y cuarenta y cuatro grabados sobre las medallas que llevan su nombre, no designan los de su tetrarquia. Difiende que los cuarenta y tres y cuarenta y cuatro años marcados en las medallas, se computan desde el juramento con que Heródes, rey de Judea, hizo que los Judios quedaran subordinados al emperador, segun el testimonio mismo del historiador Josefo (1); la Judea desde entonces comenzó á unirse al imperio romano; lo que hizo pensar que ese juramento pudo formar la época de una era nueva, que podría llamarse la era de Palestina, semejante á la era de Antioquia, y otras que tuvieron época la conquista de la Asia por Augusto. Las medallas que se acuñaron en ese tiempo en Antioquia bajo los gobernadores de Siria, estaban datadas con la era de Antioquia; parece tambien muy natural pensar, que las acuñadas en el mismo tiempo bajo Heródes el tetrarca, tuvieran por data la era de Palestina.

El P. Tourne mine supone que esta era comenzó el año cuarto anterior á la vulgar; M. Plumyoen pretende (2) que comenzó el año sexto, y observa que segun Josefo, los Judios prestaron ese juramento cuando la Siria era gobernada por Senio Saturnino, á quien sucedió Quintilio Varo. Mas por las medallas (3) está probado que este era gobernador de Siria desde el año veinte y cinco de la era de Antioquia, cumplido en 2 de septiembre del año 748 de Roma, sexto antes de la era vulgar; de donde se sigue que este juramento debió ser anterior á esta fecha. Añadamos que debe ser posterior al 17 de marzo de 747, porque formando ese juramento la época de la era de Palestina marcada en las medallas, debió caer el año 43 bajo el imperio de Caligula. Pero este imperio comenzó el 17 de marzo del año 790 de Roma; y así es consiguiente que la época de la era de Palestina sea posterior al 17 de marzo de 747. Por tanto el juramento que parece ser la época de esta era, debe encontrarse entre el 17 de marzo de 747, y el 2 de septiembre de 748.

Porque en fin, segun la Escritura, Heródes el tetrarca comenzó á reinar el año primero de la era vulgar, 754 de Roma; y si el año 44 marcado sobre sus medallas lo era de su tetrarquia, debería cumplirse el 798; es decir, cuatro años despues de la muerte de Caligula; pero cayendo bajo el imperio de este, no podia ser el de la tetrarquia de aquel, sino mas bien el de la era de Palestina contada desde el juramento prestado por los Judios con respecto al emperador bajo el reinado de Heródes, rey de Judea, entre el 17 de marzo de 747 y el 2 de septiembre de 748; de suerte que el cuarenta y tres caerá en 790, es decir, en el año primero del imperio de Caligula, y el cuarenta y cuatro en el año segundo de este emperador.

Por último, los que pretenden que la muerte de Heródes fué el año cuarto anterior á la era vulgar, insisten todavia sobre el testimonio de Josefo tocante á la duracion del reinado del tetrarca Filipo. Segun él (4), dicen, Filipo el tetrarca reinó treinta y siete años, y murió en el vigésimo del imperio de Tiberio, es de-

Parcer de
M. Plumy
yoen.

VII.

Cuarta dis-
cultad toma-
da de la du-
racion del
reinado de

(1) Jas. Ant. l. xvii. c. 3.—(2) Pag. 458.—(3) Harc. Chron. Sacra, ed. em. U. G. 747.—(4) Jas. Ant. l. xviii. c. 6.

108
DISERTACION
cir, el año 787 de Roma, 34 de la era vulgar; luego su reinado comenzó el año 750 de Roma, cuarto anterior á dicha era. M. Plumyoen nada habla de esta objecion; pero mucho tiempo antes Laugio (1), que era de su misma opinion tocante al año del nacimiento de Jesucristo, la respondió; y esta misma respuesta puede sernos favorable. El nota con Scaligero, que en este punto hubo un error del copiante en el historiador Josefó; observa que en lugar del año vigésimo de Tiberio, leyó Rufino vigésimosegundo; y sostiene que según el testimonio del mismo Josefó, así es como se debe leer. Pero esta año caía en el trigésimosexto de la era vulgar, que debía ser trigésimoquinto de la tetrarquía de Filipo; y así como en su lugar algún copiante puso vigésimo, pudo tambien suceder que en lugar del trigésimoquinto de Filipo pusiera algún copiante trigésimoseptimo; y si en esto no hubo error por parte del copiante, es menester decir que hubo algún descuido por parte del historiador; porque en fin no es el testimonio de Josefó por el que se debe juzgar del de las divinas Escrituras, sino al contrario. Es así que según estas, el nacimiento de Jesucristo debió ser el año anterior al primero de la era vulgar, luego la muerte de Heródes no pudo acontecer sino en el primero; luego el reinado, sea de Arquelaú, rey de Judea, sea de Heródes, tetrarca de Galilea, ó sea de Filipo, tetrarca de Iturea, debió comenzar en el primero de dicha era.

Inútilmente pues M. Plumyoen y los que como el adelantan la época del nacimiento de Jesucristo y de la muerte de Heródes, pretenden autorizarse con el testimonio de Josefó. En vano quieren confirmar con el voto de los antiguos las diversas opiniones que ellos pretenden establecer fundadas en dicho historiador.

Así como el Respuesta al argumento que se deduce del testimonio de los antiguos sobre los años del nacimiento y muerte de Jesucristo.

A.
¿Qué valor tiene el testimonio de los antiguos sobre la época del nacimiento de Jesucristo?

Habiendo querido probar M. Plumyoen con el testimonio del historiador Josefó, que el nacimiento de Jesucristo debió ser al fin del año tercero anterior á la era vulgar, añade que esta opinion debe tambien parecer preferible, porque en la antigüedad encuentra mas sufragios que las otras (2). Pero desde luego si fuera menester en las cuestiones de hecho, como la presente, determinarse por el mayor numero de votos de la antigüedad, sería necesario reconocer que la muerte de Jesucristo debería acontecer el año vigésimonono de la era vulgar, porque reúne esta mayoría. Sin embargo el mismo M. Plumyoen abandona esta, y reconoce no estar establecida sino sobre un fundamento absolutamente vano. Debe por tanto concedernos, que en las cuestiones de hecho, como la presente, no es una prueba decisiva el voto de los antiguos.

Por otra parte, ya que se reducen los sufragios que M. Plumyoen alega en su favor (3) á S. Clemente Alejandrino y Eusebio de Cesarea ponia el nacimiento de Jesucristo en el año vigésimo-octavo despues de haber sido subyugado el Egipto por Augusto, es decir, en el año cuarenta y dos del reinado de este principe

(1) Laugio, de annis Christi, l. ii. c. 18. p. 743.—(2) Pag. 437.—(3) Pag. 457. et seqq.

despues de la muerte de Julio César. Tortuliano, S. Ireneo, S. Gerónimo y Casiodoro en el año cuarenta y uno de su imperio, despues de su primer consulado, Eusebio de Cesarea y S. Juan Crisóstomo, en el año cuarenta y dos. Por último, Casiodoro lo pone bajo el consulado de Lentulo y de Messala, en el año cuarenta. Mas como estos años caen en el 751 de Roma, tercero anterior á la era vulgar, concluye M. Plumyoen que en el mismo debió acontecer el nacimiento de Jesucristo.

Pero sobre qué fundan esta opinion S. Clemente Alejandrino y los demás? Ellos mismos nos lo declaran. Creian que el año decimoquinto de Tiberio notado por S. Lucas, era la época, no solamente de la mision de S. Juan Bautista, sino tambien del bautismo de Jesucristo. Notaban que S. Lucas hacia á Jesucristo de casi treinta años de edad al tiempo de su bautismo; y concluían que habia vivido quince años bajo de Tiberio, y quince bajo de Augusto. S. Clemente Alejandrino lo expresa con toda claridad, cuando hablando de la edad de Jesucristo al tiempo de su muerte, que el santo pone en el mismo año decimoquinto de Tiberio, dice: *Quince años bajo de Tiberio y quince bajo de Augusto, hacen los treinta años que corrieron hasta su passion* (1). Tortuliano supone tambien (2) que Augusto habia vivido quince años despues del nacimiento de Jesucristo. S. Juan Crisóstomo supone igualmente (3) que Jesucristo vivió quince años bajo el reinado de este principe. Pero estos autores daban á Augusto cincuenta y seis años de reinado despues de su primer consulado, ó cincuenta y siete despues de la muerte de Julio César, y veinte y ocho despues de subyugado el Egipto. No consideraban que el año decimoquinto del imperio de Tiberio podía ser la época de la mision de S. Juan Bautista, sin que lo fuera del bautismo de Jesucristo; pues este debía ser el año decimosexto de dicho imperio; que de esta manera el año treinta de la edad de Jesucristo coincidía con el decimosexto del imperio de Tiberio; que la muerte de Augusto debía caer en el año decimoquarto despues del nacimiento de este divino Redentor, que así Jesucristo vivió solos trece años completos bajo de Augusto, y que por tanto su nacimiento debió ser el año 753 de Roma, 43 del imperio de Augusto despues de su primer consulado, cuarenta y cuatro despues de la muerte de Julio César, treinta despues de subyugado el Egipto, es decir, bajo el consulado de Cornelio Lentulo y de Galpurnio Pison, al fin del año anterior al primero de la era vulgar.

La época de la muerte de Jesucristo es sobre la que M. Plumyoen quiere autorizarse todavia con el testimonio de los antiguos. La opinion, dice (4), de los que ponia la muerte de Jesucristo el año treinta y uno de la era vulgar, nos parece mas probable, principalmente por reunir mas sufragios de los antiguos. Pero si esta cuenta mas votos en la antigüedad que la que fija la muerte de Jesucristo en el año treinta y tres de la era vulgar, debe reconocerse igualmente que tiene menos que la que la pone el año vein-

B.
¿Qué valor tiene el testimonio de los antiguos sobre la época de la muerte de Jesucristo?

(1) Clem. Alex. Strom. l. i.—(2) Tortul. adv. Jul. c. viii.—(3) Chrys. Homil. in illud, Ezai. edictum. Tom. vi. p. 539. Edit. gr. lat. Frant. Duc.—(4) Pag. 475.

te y nueve, y que era la tradicion mas comun en el tiempo mismo de S. Prospero: *Usitatio traditio* (1). Mas nuestro critico refuta solidamente esta última opinion, reconociendo y mostrando ser absolutamente vano el fundamento en que estriba: *Inani propterea fundamenta* (2). Debe pues confesar, que la pluralidad de los sufragios de la antigüedad no es una prueba decisiva sobre el hecho de que se trata, pues el valor del sufragio depende de la solidez de su fundamento; y si este es vano, el sufragio precisamente lo será. ¿En qué pues se fundan aquellos antiguos que fijaron la muerte de Jesucristo al año treinta y uno de la era vulgar? Ya hemos hecho ver que juzgaban de sus años por la época de su bautismo; y que tomaban por esta la de la mision de S. Juan Bautista. Hemos manifestado, que en efecto por la del bautismo de Jesucristo juzgaban de la de su nacimiento y de la de su muerte.

A la verdad, unos no computaban sino cerca de un año entre el bautismo y la muerte de Jesucristo, y creian fundada su opinion sobre estas palabras de Isaías que se refieren en el Evangelio: *El Señor me envió á publicar el año de sus gracias* (3). S. Clemente Alejandrino lo dice expresamente: *En cuanto á ser conveniente que Jesucristo predicara solamente por un año, lo hallamos así escrito: El Señor me ha enviado á publicar el año de sus gracias. Esto es lo que dicen así el profeta como el Evangelista* (4). Por tanto confundiendo juntamente las épocas de la mision de S. Juan Bautista, con las del bautismo y muerte de Jesucristo, creian que habia muerto el año décimoquinto del imperio de Tiberio. Tertuliano dice: *El año décimoquinto del imperio de Tiberio sufrió Jesucristo la muerte, teniendo entónces treinta años* (5). Y como ese año terminaba en el consulado de los dos Geminos, concluan que esta era la época de la muerte de Jesucristo. Lactancio dice: *El año décimoquinto del imperio de Tiberio, es decir, bajo el consulado de los dos Geminos... los Judios crucificaron á Jesucristo* (6). Ninguna cosa es mas comun en las obras de los antiguos que el verse puesta la muerte de Jesucristo bajo este consulado, *duobus Geminis consulibus*; esto era lo que S. Próspero llamaba tradicion la mas comun. Pero dicho consulado fue el año veinte y nueve de la era vulgar; y las cuatro Pascuas que distingue S. Juan bastan para echar por tierra esta opinion, y manifestar que no se excede M. Plumyocn cuando asegura que estriba en un fundamento enteramente vano: *Inani propterea fundamenta*.

Otros no contaban entre el bautismo y la muerte de Jesucristo sino tres Pascuas en dos años; este era el parecer de Apolinario de Laodicea: *Jesucristo habiendo celebrado tres Pascuas, llenó el intervalo de dos años* (7). Y como ponian el primero en el año décimoquinto del imperio de Tiberio, concluan que la segunda debia ser el año décimoctavo del mismo imperio, trigésimosegundo de la era vulgar. Esto es precisamente lo que dice Eusebio de Cesarea: *Jesucristo nuestro Señor sufrió la muerte el año décimoctavo del imperio de Tiberio... Y la prueba se toma del testimonio de S.*

(1) *Prosper. in chron. major. —* (2) *Pag. 463. —* (3) *Isai. lxxi. 2. Luc. iv. 19. —* (4) *Clem. Alex. Strom. l. i. c. 5. Tertul. adv. Jud. c. 8. —* (5) *Lact. Inst. l. vi. c. 10. —* (7) *Apoll. de Laod. apud. Hier. in Dan. xi. tom. ii. col. 1114. non. edit.*

Juan cuyo Evangelio muestra que la predicacion de Jesucristo duró tres años despues del año quince del imperio de Tiberio (1).

Mas estas dos últimas opiniones convienen con la primera en suponer, que el bautismo de Jesucristo y la mision de S. Juan Bautista tenian por época comun el año décimoquinto del imperio de Tiberio. Pero por el testimonio de las divinas Escrituras queda probado, que el bautismo de Jesucristo no pudo ser sino el año treinta de la era vulgar, décimosexto del imperio de Tiberio. En vano pues se nos alega la autoridad de los antiguos en lo respectivo á la época del nacimiento ó muerte de Jesucristo, supuesto que cuando dieron estriba en un fundamento falso: *Inani fundamenta*.

En cuanto á los que han puesto la muerte de Jesucristo en el año décimoséptimo del imperio de Tiberio, trigésimo primo de la era vulgar, decimos que el fundamento de su opinion es doblemente vano. Lo primero, porque suponen que el bautismo de Jesucristo fué el año décimoquinto de Tiberio, cuando por el testimonio de la Escritura fue el décimosexto. Lo segundo, porque solo ponen tres Pascuas entre su bautismo y su muerte, cuando según S. Juan consta que hubo cuatro. El sufragio es tanto mas débil, cuanto es mas vano su fundamento: *Inani propterea fundamenta*.

Esta prueba es la que vamos á completar, respondiendo á las objeciones que se hacen contra los argumentos que deducimos de los testimonios de Daniel, de S. Juan y de S. Lucas.

Acreditado en Respuesta á las objeciones que se oponen al argumento que deducimos del testimonio de Daniel.

M. Plumyocn, despues de haber expuesto sus pruebas relativas á la época de la muerte de Jesucristo, emprende (2) responder á los argumentos que pueden proponerse para combatir su opinion, y en esto mismo nos es enteramente favorable, porque nosotros tenemos contra él tres pruebas, con que fijamos la muerte de Jesucristo en el año treinta y tres de la era vulgar. De estos solamente combaté dos, que son el testimonio de Hegou y el cálculo astronómico que toman su fuerza de la profecía de Daniel que no refuta. Nos remitirá á su Disertacion sobre las setenta semanas de Daniel, en la que queriendo eludir la prueba que fundamos en esta profecía, pretende que la semana en cuyo medio debian quedar abolidos los sacrificios, era supernumeraria á las setenta semanas, y era relativa, no á la muerte de Jesucristo, sino á la ruina del templo? Nosotros tambien lo enviaremos á la Disertacion que formamos sobre el mismo asunto, en la que estableciendo la prueba que seamos de Daniel, hemos hecho notar que según esta profecía, debian ser abolidos los sacrificios antiguos, no en el medio de una semana, sino en la mitad de la semana; la que designada con esta expresion no puede ser otra que aquella misma de que acaba de hablar la profecía; es decir, la última de las setenta, que era en la que debian quedar abolidos los sacrificios antiguos por la muerte de Jesucristo, la que por tanto debia acaecer en el medio de la última, debiendo comenzar esta en el mes de Tisri, es decir, en septiembre ó octubre

Aclaracion sobre la profecía de las setenta semanas. Confirmacion de la prueba que se ha sacado para determinar la época de la muerte de Jesucristo.

(1) *Euseb. in Chron. —* (2) *Pag. 468.*

del año 29; así el medio de esta semana caía justamente en el mes de Nisan, esto es, en la Pascua del año 33, y por tanto la muerte de Jesucristo debía ser en esta misma Pascua.

Añadamos, que si la muerte de Jesucristo únicamente hubiera debido caer en esta semana, mas no precisamente en la mitad, el profeta no habria dicho tan expresamente la *mitad de la semana*. En efecto ya tenia dicho que Cristo confirmaria el pacto que habia hecho con muchos en una semana: *Confirmabit pactum multis habdomada una*. Pero esta semana es la setenta, y en la que Cristo por su muerte misma confirmó su alianza. El profeta podia haber agregado desde luego: *Y en esta semana serán abolidos los sacrificios*, pues entonces por su muerte debía abolirlos. Pero no se explicó así, sino que usó de esta precisa expresion: *Y EN LA MITAD DE LA SEMANA serán abolidos los sacrificios*. Precisamente pues la mitad de esa semana es cuando deben terminar los sacrificios por la muerte de Jesucristo, que debió ser el año 33.

Añadamos también, que según la profecía de Daniel, debían pasar sesenta y nueve semanas desde la orden que se dió para reconstruir á Jerusalem hasta la manifestacion del Mesias. Es así que ya hemos mostrado que estas terminaron en el mes de Tisir, es decir, en septiembre á octubre del año 29; luego el Mesias no debía aparecer sino pasado este término. Pero según S. Juan, Jesucristo despues de haberse manifestado, celebró cuatro Pascuas; y estas no pueden ser otras que las de los años 30, 31, 32 y 33.

Digamos mas, que estas tres pruebas se auxilian y sostienen mutuamente, y que su concordancia basta para responder á todas las objeciones relativas á la época de la muerte de Jesucristo.

Pasemos á las que tocan á la época de su bautismo determinada por las cuatro Pascuas que refiere S. Juan.

ARTICULO IV. Respuesta á las objeciones que se hacen al argumento que tomamos del testimonio de S. Juan.

Aclaracion sobre las cuatro Pascuas notadas por S. Juan.

Confirmacion de la prueba que se sigue para determinar la época del bautismo de Jesucristo.

M. Plumyoen reconoce en el texto de S. Juan tres Pascuas marcadas con toda distincion; pero supone como un punto constante, que solas estas notó el Evangelista. Es verdad, dice él (1), que algunos quieren que el *DIES FESTUS JERUSALEM*, de que habla S. Juan en el V. 1. del capítulo v. sea tambien una Pascua, de suerte que Jesucristo haya celebrado cuatro. Pero, continúa, si S. Juan tuvo cuidado de señalar tan expresamente las otras tres, ¿por qué no indicaría esta mas que LE FEA MANERA GENERAL? Sobre este reparo se le podrá preguntar, si es muy cierto que S. Juan marcó esas Pascuas de una manera general. Es verdad que en el griego de la edicion romana se lee simplemente.... *UNA FIESTA de los Judios*; pero hay buenos manuscritos griegos (2), en los que se lee:.... *LA FIESTA de los Judios*; esta festividad pues designada de esta manera, no podia ser otra que la de Pascua. Y efectivamente S. Ireneo la computaba por tal, es decir, por la segunda despues del bautismo de Jesucristo. He aquí sus expresiones (3): *En seguida Jesucristo re-*

(1) Pag. 476.—(2) See *Codd. Regii à Theophrasto vias*, p. 146. et cetera.—(3) *Iren. adv. Hæres. l. 1. c. 33. n. 3.*

vió tambien una SEGUNDA VIA á Jerusalem PARA LA FIESTIVIDAD DE PASCUA, CUANDO CURÓ AL PARALÍTICO DE TREINTA Y OCHO AÑOS que estaba cerca de la piscina. Es así que esta es precisamente la que refiere S. Juan en el V. 1. del capítulo v.; luego no podia contarla por tal sino porque leía en el texto de S. Juan.... LA FIESTA de los Judios. En vano M. Plumyoen nos objeta (1) que S. Ireneo confundió esta festividad de los Judios con la Pascua de que se hace mencion en el capítulo vi. V. 4, pues la contó por una Pascua; y está precisado á convenir (2), que lo único que se puede concluir es, que S. Ireneo no leyó en su ejemplar el V. 4. del capítulo vi. ó que no puso atencion en él. Luego infiere mal cuando dice (3) que no hay cosa que nos obligue á entender por este *dies festus*, la festividad de Pascua, pues esta puede entenderse, dico, de la de Pentecostes ó de la de los Tabernáculos. Lo que nos obliga á entender por el *dies festus* la fiesta de Pascua es juntamente la misma leccion del texto, y su escena. La primera, porque en tiempo de S. Ireneo se leía en el texto.... LA FIESTIVIDAD de los Judios, y porque nosotros tenemos tambien manuscritos en los que se lee así. Mas la secuela misma del texto prueba ser esta la verdadera leccion, y ser este *dies festus* verdaderamente la festividad de Pascua. Es cierto que los Judios solo tenían obligacion de ir á Jerusalem en las tres festividades de Pascua, de Pentecostes, y de los Tabernáculos; pero según S. Juan, este *dies festus* es una festividad que se celebraba despues que Jesucristo advirtió á sus discípulos que faltaban todavía cuatro meses para la siega (4). Es así que esta comenzaba en la Pascua; porque el dia siguiente era en el que se ofrecia en el templo el primer manajo de la cosecha; luego Jesucristo hizo esta advertencia cuatro meses antes de Pascua. Ya habian corrido dos meses despues de la fiesta de los Tabernáculos, y de las tres festividades solemnes en las que los Judios debían ir á Jerusalem, la primera que debía venir era la fiesta de Pascua. De ella pues habla S. Juan en este lugar cuando dice: *Post hæc erat dies festus Judæorum*. La verdadera leccion es por tanto.... *LA FIESTIVIDAD de los Judios*. Esta fiesta era la Pascua. Hubo por tanto cuatro Pascuas entre el bautismo y muerte de Jesucristo. Luego el bautismo es posterior á la Pascua del año vigésimonono de la era vulgar, y anterior á la del año trigésimo; ó mas bien el bautismo de Jesucristo debió ser en principios del año trigésimo; que es lo que vamos á confirmar respondiendo á las objeciones que se hacen contra la prueba tomada del testimonio de S. Lucas.

ARTICULO V. Respuesta á las objeciones que se oponen al argumento que hemos tomado del testimonio de S. Lucas.

Nosotros defendemos que Jesucristo comenzó el año treinta de su edad cuando fué bautizado, y que este es el sentido de las expresiones de S. Lucas: *Et ipse Jesus erat quasi annorum triginta incipiens* (5). Pero Mr. Plumyoen, para quitarnos esta prueba, pretende probar (6), que el *participio incipiens*, no debe referirse á

Explicacion del incipiens, notado de S. Lucas, sobre la edad de Jesucristo.

(1) Pag. 464.—(2) Pag. 465.—(3) Pag. 476.—(4) *Joan. iv. 35.—[5] Iren. iv. 33.—[6] Pag. 459.*

tiempo de su bautismo.

Contrariación de la prueba que se ha tomado para fijar la época del nacimiento de Jesucristo.

los años de Jesucristo, que ya están modificados por el adverbio quasi, sino a su bautismo, por el que comenzó las funciones de Mesías, ó mas bien, á estas, á cuyo ejercicio dió principio por aquel. Mas la interpretación misma que da el texto, prueba la necesidad del participio; porque supone, fundado por el testimonio de solo S. Epifanio, que Jesucristo fué bautizado el 6 de los idus de noviembre, (que es el 8 del mismo), y que tenía entonces veinte y nueve años y diez meses; en una palabra, que Jesucristo *ann no tenía treinta años cumplidos, sino que se acercaba á ellos.* Esto es lo que se cree encontrar en las palabras *Erat quasi annorum triginta*; pero puntualmente para prevenir esta interpretación agrego el evangelista el *incipiens*, sin el cual la expresión quedaba indecisa; pues no se determinaba si Jesucristo estaba próximo á su año trigésimo, ó había ya entrado en él; si lo comenzaba, ó casi lo cumplía; y esta incertidumbre quita 8 Lucas con el participio, resultando el sentido preciso que Jesús comenzaba á entrar en dicho año: *Et ipse Jesus erat quasi annorum triginta incipiens.*

Pero Mr. Plumyoen supone que la palabra *incipiens* se refiere al ministerio público de Jesucristo. Comenzaba, dice, á ejercer las funciones de Mesías; y pretende justificar esta interpretación por otras frases del sagrado texto, que son en su concepto, enteramente semejantes. Pero precisamente por esta semejanza le probaremos que la palabra *incipiens* de S. Lucas se refiere á los años de Jesucristo de que habla este evangelista, y no al ministerio público de que no habla. En efecto, ¿cuales son estas frases enteramente semejantes? Mr. Plumyoen nos presenta dos. Una es del cap. primero de los Hechos apostólicos v. 21. y 22: *In omni tempore quo intravit et exiit inter nos Dominus Jesus, incipiens á baphtismo Joannis.* Pero en esta frase, la palabra *incipiens* se refiere á lo que precede: *incipiens, scilicet, intrare et exire inter nos.* La otra es del mismo libro, capítulo x. v. 37: *Vos scitis quod factum est verbum per universam Judaeam, incipiens á Galilea post baphtimum quod praedicavit Joannes.* Pero aquí la palabra *incipiens*, también hace relación á lo que precede, *incipiens, scilicet, fieri per universam Judaeam.* De la misma manera pues, cuando dice S. Lucas en su Evangelio: *Et ipse Jesus erat quasi annorum triginta incipiens*, la palabra *incipiens* se refiere á lo antecedente, *incipiens, scilicet, esse quasi annorum triginta.* Y justamente así lo explica S. Ireneo: Jesucristo vino al bautismo de Juan, dice este padre (1), no habiendo cumplido todavía treinta años, pero comenzaba á entrar en ellos; porque así es, añade, como se expresa S. Lucas que designó su edad: *Jesus comenzaba á tener cerca de treinta años cuando llegó á bautizarse.*

En vano pretende prevalecer M. Plumyoen de este testimonio de S. Ireneo, pues insiste únicamente en estas palabras: *No habiendo cumplido todavía treinta años; y yo insisto sobre estas: Pero comenzando á entrar en ellos.* El sentido de la primera frase ofrecía una indeterminación, de la que quiero asirse nuestro au-

(1) *Iren. adv. haer. l. ii. c. 39. Ad baphtimum venit (Jesus) nondum qui triginta annos impleretur, sed qui inciperet esse tanquam triginta annorum. Ita enim qui annos significavit Lucas, posuit Jesus autem erat quasi incipiens triginta annorum, cum venisset ad baphtimum.*

tor; mas el mismo S. Ireneo destruyó esta por la segunda. Jesús aun no tenía treinta años cumplidos; pero comenzaba á entrar en ellos; entraba en su año trigésimo, y así tenía treinta años comenzados: *Et ipse Jesus erat quasi annorum triginta incipiens.*

Inútilmente tambien nos alega el testimonio de S. Epifanio, quien parece, dice (1), haber tratado esta materia con mayor cuidado que las demas. Sin examinar aquí qué valor tenga la autoridad de este santo sobre lo que toca á los años de Jesucristo, notaremos únicamente que no lo sigue en todo M. Plumyoen. Dice S. Epifanio (2) que Jesucristo se bautizó el 6 de los Idus de noviembre, es decir, el 8, bajo el consulado de Julio Silano y de Silio Nerva, esto es, el año 28 de la era vulgar; y añade que Jesucristo tenía entonces cerca de veinte y nueve años y diez meses, por cuanto él pone el nacimiento de Jesucristo el 8 de los Idus de enero, esto es, el 6, bajo el consulado de Augusto por la vez decimatercia, y de Silvano, que es decir, en el año segundo anterior á la era vulgar. Nuestro crítico reconoce que S. Epifanio DEBE CORRIGIRSE en haber puesto el nacimiento de Jesucristo en el 6 de enero cuando se ha fijado al 25 de diciembre por una tradición constante de la iglesia romana, y por consiguiente de la de Occidente; que ha precedido en la de Oriente desde el tiempo de S. Juan Crisóstomo (3); y que esta tradición es preferible á una tradición particular de los Egipcios que es la que siguió S. Epifanio. Así es que abandonó el testimonio de S. Epifanio relativo á la época del nacimiento de Jesucristo, y solamente lo adopta en la de su bautismo. Sobre lo cual añade: *En cuanto á lo que dice S. Epifanio de haberse bautizado Jesucristo el 8 de noviembre, aunque se supone comunmente que fue el 6 de enero, no hay prueba alguna bastante convincente contra este testimonio, por cuanto esta misma tradición que se alega del 6 de enero, no parece estar apoyada sobre una persuasión bastante firme.* ¡Y el testimonio de S. Epifanio está apoyado sobre una persuasión mas firme! ¡Y M. Plumyoen podrá presentar una prueba bastante sólida para combatir la comun opinion fundada sobre una antigua tradición! Por lo demás, no pretendemos sostener que Jesucristo haya sido bautizado precisamente el 6 de enero; únicamente insistimos, en que esto no pudo ser el 8 de noviembre por cuanto en esta día Jesucristo se acercaba al fin de uno de los años de su edad, y S. Lucas expresamente dice, que entraba Jesucristo, cuando se bautizó, en uno de los años de su vida. Concluirémos que S. Epifanio necesitó corregirse sobre las datas del bautismo y nacimiento de Jesucristo; y tambien diremos, que ni el testimonio de S. Epifanio ni el de S. Ireneo pueden debilitar la prueba que hemos tomado de S. Lucas, pues ántes por el contrario, la prueba queda confirmada con el testimonio de S. Ireneo. Jesús casi comenzaba sus treinta años cuando fué bautizado; entraba entonces en el año trigésimo de su edad: *Et ipse Jesus erat quasi annorum triginta incipiens.*

El testimonio, pues, de S. Juan prueba que el bautismo de Jesucristo debió ser posterior á la Pascua del año vigésimonono de

(1) *Pag. 460.—(2) Epiph. haer. 51.—(3) Chrys. hom. xlii. tom. v. de álcera Edit. Front. Duc.*

la era vulgar y anterior á la del año trigésimo: luego debió ser el 29 de diciembre del año vigésimo nono, día en que Jesucristo entraba en el año que debía ser el trigésimo de su edad. Luego el trigésimo de la era vulgar lo era también de la edad de Jesucristo; luego su nacimiento debió ser el 25 de diciembre del año anterior al primero de la era vulgar.

III.
Conclusión
de esta Di-
sertacion.

Por tanto, por el testimonio de la Escritura queda probado que la muerte de Jesucristo debió acaecer en la Pascua del año treinta y tres de la era vulgar; que su bautismo debió suceder en principios del año treinta, y su nacimiento en fines del año que precede al primero de dicha era. Dejamos al lector la satisfacción de que el mismo saque de estos principios las consecuencias que puedan servir para aclarar los textos, cuyo sentido depende de la determinación de esas tres épocas, y de que reconozca también por su propia experiencia, que el sistema que acabamos de establecer tiene la ventaja, no solamente de estar fundado sobre la autoridad de las divinas Escrituras, sino de proveernos también de un comentario el mas natural sobre todos los textos evangélicos ó proféticos cuyo sentido ó inteligencia pende de la determinación de los años de Jesucristo.

No ignoro que despues de haber dado esta Disertacion, el sabio autor del *Arte de verificar las datas*, ha pretendido también manifestar que está errada nuestra era cristiana vulgar, y que Jesucristo nació cuatro ó cinco años antes de ella. Mas yo suplico á mis lectores observen, que la prueba principal que él presenta es que la muerte de Heródes acaeció ciertamente, segun dice, hácia la Pascua del año cuarenta y dos juliano, es decir, el año 759 de Roma, cuarto antes de la era vulgar. ¿Pero cómo se fija á esa época la muerte de Heródes? Por el testimonio del historiador Josefo convenido de falso, ó por el de las medallas, susceptibles de interpretaciones diversas. Yo creo haber demostrado bastante la debilidad de estos dos argumentos.

Tampoco ignoro que el autor del *Compendio cronológico de la historia eclesiástica*, impreso en Paris en 1768 en tres volúmenes en 8.^o, ha querido sostener que Jesucristo nació cuatro años antes de la era vulgar. Pero suplico á mis lectores observen, que todas estas pruebas se fundan sobre el testimonio del historiador Josefo que, segun él, es incontestable; y yo creo haber manifestado bastante el valor que este debe tener sobre el punto presente. En una palabra, bien sé que la preocupacion contra la era cristiana vulgar es muy común y muy acreditada; pero confío que todo lector imparcial que no esté preocupado, conocerá la fuerza de las pruebas que he presentado.

DISERTACION

SOBRE

LA GENEALOGIA DE JESUCRISTO.

MUCHO tiempo ha que los enemigos de nuestra religion forman contra nosotros dificultades sobre la genealogía de nuestro Salvador. Si Jesús, dicen, no es hijo de José como enseñáis, ¿por qué vuestros evangelistas nos presentan la serie de los ascendientes de José! y si lo es, ¿por qué lo llamáis Hijo de Dios, y decís haber nacido de una madre virgen! Se pide la genealogía de Jesús, y nos dais la de José que no es su padre. Así, es como raciocinan Porfirio, los maniqueos (1), el emperador Juliano (2) y Celso (3); y así es también como discurren el día de hoy los Judíos contra nosotros. Igualmente nos objetan las diferencias que se hallan entre las dos genealogías referidas, la una por S. Mateo y la otra por S. Lucas. Segun S. Mateo, José es hijo de Jacob descendiente de Salomon, hijo de David; y segun S. Lucas, este mismo José aparece como hijo de Heli, descendiente de Natán, otro hijo de David: ¿cómo podrán conciliarse estas dos genealogías!

Para responder á esas dificultades y objeciones, los padres ó intérpretes han seguido diversos métodos que propondrémos en este lugar con las razones que en pro y en contra hubiere. Pero antes de entrar en este exámen, conviene presentar las dos genealogías de que se trata con algunas notas, para que el lector de una sola ojeada vea las personas que las componen, y comparé mas facilmente una con otra ambas genealogías. Comenzaremos una y otra por David.

GENEALOGIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

Segun S. Mateo (4).

Segun S. Lucas (5).

DAVID.

SALOMON.
ROBOAM.
ABIA.
ASA.
JOSAFAT.
JORAM.

NATAN (6).
MATATA.
MENNA.
MELEA.
ELIAKIM.
JONA.
JOSE.

I.
Objeciones
que se for-
man contra
la genealo-
gía de Jesu-
cristo.

II.
Genealogía
de Jesucristo
segun S. Ma-
teo y S. Lu-
cas.



(1) Vide *Enst. Monich. apud Aug. lib. xxiii. contra Pocat. c. 1. 2. 3. et lib. x. c. 1.*—(2) *Jul. apud Cyrill. Alex. lib. viii. contra eund. Julianum.*—(3) *Vide. Origen. contra Celso. l. ii. c. 4. Meth. i. 1. et seqq.*—(4) *Luc. iii. 23. et seqq.*—(5) *Natán era hijo de David, así como Salomon. Natán era mayor que Salomon. Pero Salomon nació por orden del Señor. 2. Reg. v. 14. xii. 24. et 3. Reg. i. 13.*

la era vulgar y anterior á la del año trigésimo: luego debió ser el 29 de diciembre del año vigésimo nono, día en que Jesucristo entraba en el año que debía ser el trigésimo de su edad. Luego el trigésimo de la era vulgar lo era también de la edad de Jesucristo; luego su nacimiento debió ser el 25 de diciembre del año anterior al primero de la era vulgar.

III.
Conclusión
de esta Di-
sertacion.

Por tanto, por el testimonio de la Escritura queda probado que la muerte de Jesucristo debió acaecer en la Pascua del año treinta y tres de la era vulgar; que su bautismo debió suceder en principios del año treinta, y su nacimiento en fines del año que precede al primero de dicha era. Dejamos al lector la satisfacción de que el mismo saque de estos principios las consecuencias que puedan servir para aclarar los textos, cuyo sentido depende de la determinación de esas tres épocas, y de que reconozca también por su propia experiencia, que el sistema que acabamos de establecer tiene la ventaja, no solamente de estar fundado sobre la autoridad de las divinas Escrituras, sino de proveernos también de un comentario el mas natural sobre todos los textos evangélicos ó proféticos cuyo sentido ó inteligencia pende de la determinación de los años de Jesucristo.

No ignoro que despues de haber dado esta Disertacion, el sabio autor del *Arte de verificar las datas*, ha pretendido también manifestar que está errada nuestra era cristiana vulgar, y que Jesucristo nació cuatro ó cinco años antes de ella. Mas yo suplico á mis lectores observen, que la prueba principal que él presenta es que la muerte de Heródes acaeció ciertamente, segun dice, hacia la Pascua del año cuarenta y dos juliano, es decir, el año 759 de Roma, cuarto antes de la era vulgar. ¿Pero cómo se fija á esa época la muerte de Heródes? Por el testimonio del historiador Josefo convenido de falso, ó por el de las medallas, susceptibles de interpretaciones diversas. Yo creo haber demostrado bastante la debilidad de estos dos argumentos.

Tampoco ignoro que el autor del *Compendio cronológico de la historia eclesiástica*, impreso en Paris en 1768 en tres volúmenes en 8.^o, ha querido sostener que Jesucristo nació cuatro años antes de la era vulgar. Pero suplico á mis lectores observen, que todas estas pruebas se fundan sobre el testimonio del historiador Josefo que, segun él, es incontestable; y yo creo haber manifestado bastante el valor que este debe tener sobre el punto presente. En una palabra, bien sé que la preocupacion contra la era cristiana vulgar es muy común y muy acreditada; pero confío que todo lector imparcial que no esté preocupado, conocerá la fuerza de las pruebas que he presentado.

DISERTACION

SOBRE

LA GENEALOGIA DE JESUCRISTO.

MUCHO tiempo ha que los enemigos de nuestra religion forman contra nosotros dificultades sobre la genealogía de nuestro Salvador. Si Jesus, dicen, no es hijo de José como enseñais, ¿por qué vuestros evangelistas nos presentan la serie de los ascendientes de José! y si lo es, ¿por qué lo llamais Hijo de Dios, y decís haber nacido de una madre virgen! Se pide la genealogía de Jesus, y nos dais la de José que no es su padre. Así, es como raciocinan Porfirio, los maniqueos (1), el emperador Juliano (2) y Celso (3); y así es también como discurren el día de hoy los Judíos contra nosotros. Igualmente nos objetan las diferencias que se hallan entre las dos genealogías referidas, la una por S. Mateo y la otra por S. Lucas. Segun S. Mateo, José es hijo de Jacob descendiente de Salomon, hijo de David; y segun S. Lucas, este mismo José aparece como hijo de Heli, descendiente de Natán, otro hijo de David: ¿cómo podrán conciliarse estas dos genealogías!

Para responder á esas dificultades y objeciones, los padres ó intérpretes han seguido diversos métodos que propondrémos en este lugar con las razones que en pro y en contra hubiere. Pero antes de entrar en este exámen, conviene presentar las dos genealogías de que se trata con algunas notas, para que el lector de una sola ojeada vea las personas que las componen, y comparé mas facilmente una con otra ambas genealogías. Comenzaremos una y otra por David.

GENEALOGIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

Segun S. Mateo (4).

Segun S. Lucas (5).

DAVID.

SALOMON.
ROBOAM.
ABIA.
ASA.
JOSAFAT.
JORAM.

NATAN (6).
MATATA.
MENNA.
MELEA.
ELIAKIM.
JONA.
JOSE.

I.
Objeciones
que se fir-
man contra
la genealo-
gía de Jesu-
cristo.

II.
Genealogía
de Jesucristo
segun S. Ma-
teo y S. Lu-
cas.



(1) Vide *Enst. Monich. apud Aug. lib. xxiii. contra Pocat. c. 1. 2. 3. et lib. x. c. 1.*—(2) *Jul. apud Cyrill. Alex. lib. viii. contra eund. Julian.*—(3) *Vide. Origen. contra Celso. l. ii. c. 4. Meth. i. 1. et seq.*—(4) *Luc. iii. 23. et seq.*—(5) *Natán era hijo de David, así como Salomon. Natán era mayor que Salomon. Pero Salomon nació por orden del Señor. 2. Reg. v. 14. xii. 24. et 3. Reg. i. 13.*

OCOSIAS.	JUDA.
JOAS.	SIMEON.
AMAZIAS (1).	LEVI.
OZIAS.	MATAT.
JOATAN.	JORIM.
ACAZ.	ELIEZER.
EZEQUIAS.	JESU.
MANASSES.	HER.
AMON.	ELMADAN.
JOSIAS.	COSAN.
JOAQUIN (2).	ADDI.
JECONIAS.	MELQUL.
	NERI.

SALATIEL.
FADAIÁ (3).
ZOROBABEL.

ABIUD (4).	RESA.
ELIACIM.	JOHANNA.
AZOR.	JUDA.
SADOC.	JOSE.
AQUIM.	SEMEI.
ELIUD.	MATATIAS.
ELEAZAR.	MAHAT.
MATAN.	NAGGE.
JACOB.	HESLI.
	NAHUM.
	AMOS.
	MATATIAS.
	JOSE.
	JANNE.
	MELQUL.
	{ LEVI (5).
	{ MATAT.
	{ HELI.
	JOSE (6), esposo de MARIA,

De la cual nació JESUS.

Por la comparacion de estas dos genealogías se ve que los dos brazos de la familia de David por Salomon y por Natan, se reunen primeramente en Salatiel (y en Zorobabel su nieto) (7), y des-

(1) Todos convienen en que S. Mateo omitió estos tres reyes.—(2) Tambien este rey fúé omitido por S. Mateo.—(3) Véase lo que se dice de Fadaiá en la página siguiente.—(4) Verisimilmente se han omitido tambien algunas generaciones desde Zorobabel hasta Jacob, padre de San José. Así parece comparando la lista de S. Mateo con la de S. Lucas.—(5) Africano, Eusebio, y S. Ireneo no han leído estas dos palabras *Levi y Matat*.—(6) Sobre S. José, hijo de Jacob, segun S. Mateo, y de Heli segun S. Lucas véase la continuation de esta Disertacion.—(7) Segun el autor de los Paralipomenos, Zorobabel fúé hijo de Fadaiá, y nieto de Salatiel. 1. Par. iii. 17-19. Pudo ser que este Fadaiá en su origen estuviera en la genealogía de S. Lucas, supuesto que S. Agustín, S. Gerónimo y S. Gregorio cuentan en la genealogía tejida por este evangelista setenta y siete generaciones; y si se quita á Fadaiá, no quedan mas que setenta y seis. Aug. *Serm. 51. nov. edit. c. xxiii. Lucas qui ex baptista De-*

pués en la persona de Jesus, hijo de Maria; de suerte que Jesus era la rama ó el vástago procedente de la raíz de José (1), hijo de David y de Salomon, y heredero de las promesas hechas á uno y otro.

Mas como los mismos evangelistas nos dicen que Jesus no es hijo de José sino de Maria, se presentan aqui muchas dificultades. 1.ª ¿Por qué S. Mateo nos da expresamente la genealogía de José, y no la de Maria? 2.ª ¿Cómo se deduce que Jesucristo descienda de David y de Salomon, por cuanto José sea hijo de David? 3.ª ¿Cómo puede José tener por padre dos hombres; el uno Jacob, de la raza de Salomon, el otro Heli de la familia de Natan? 4.ª Finalmente, ¿cómo puede probarse que Jesus descienda de David y de Salomon, aun admitiéndose el sistema que quiere que S. Lucas forme la genealogía de la Virgen, siendo así que Maria, segun esta hipótesis, descende de Natan y no de Salomon?

A esto se responde: 1.ª que entre los Hebreos no se acostumbraba formar las genealogías de las mugeres: 2.ª que siendo Jesus hijo de José, ó por adopcion ó simplemente por ser hijo de su esposa Maria, y José habiéndolo recibido y criado como hijo suyo, entraba Jesus por esto en todos los derechos de la familia de José, 3.ª Heli podia ser padre de José segun la ley, y Jacob segun el orden de la naturaleza, ó al contrario: 4.ª en suposicion de haber formado S. Lucas la genealogía de la santa Virgen, se siguen demostrativamente dos cosas: la primera ser Jesus hijo de David, y la segunda, ser tambien hijo y heredero de Salomon por dos títulos; por reunirse desde luego las dos ramas de Natan y de Salomon en la persona de Salatiel, y despues en el matrimonio de José, heredero de la rama de Salomon con Maria heredera de la de Natan, José por tanto ha reunido los derechos de las dos familias en la suya, y las ha transmitido á Jesus su hijo y su heredero. Es conveniente explicar todo esto, y proponer con la mayor separacion las dificultades y sus respuestas.

La costumbre de los Hebreos de tejer solamente las genealogías de los hombres, está conocida por la practica continua de la Escritura, y por el testimonio de los rabinos y de los Padres (2). La familia de la madre no constituye familia, dicen los doctores Judios. Aunque José no fué padre natural de Jesucristo, bastaba que lo reconociera por hijo suyo, que como tal lo cuidara, lo adoptara y lo tratara para hacerlo entrar en los derechos y privilegios de su familia, y para hacer que la genealogía del uno fuese tambien la del otro. Agréguese que Jesus pertenecía tambien á José por otro título, conviene á saber por Maria su madre (3), que era verdadera esposa de José; y así el hijo que ella dió á luz durante

III.
Dificultades que se forman sobre estas dos genealogías.
Respuestas.

IV.
La genealogía de Jesucristo no encuentra en la de José, aun considerada segun S. Mateo, ¿Por qué?

mini per generationes ascendit, septuaginta et septimum numerum complet. Hier. ep. ad Damas. tom. ii. nov. edit. p. 553. Annet ab Adam usque ad Christum generatio, nes septuaginta septem. Luge Lucam evangelistam, et invenit ita esse ut dicitur. Greg. in Job. l. ix. c. 2. Cum profecto constet, quod ab ipso mundi exordio usque ad Resurrexerit advenit, per evangelistam non amplius quam septuaginta et septem progenitorum numeretur.—(1) Inai. xx. 1. 19. Rom. xv. 12.—(2) Iren. l. iii. c. 18. Tertull. contra Judæos. Athan. Epist. ad Epictet. Ambros. l. iii. in Luc. Aug. plurib. locis. Hieronym. hic; alii quosdam etiam ex recentioribus.—(3) Vide Meli. Beng. Grot. alios et Aug. l. 2. de cons. c. ii.

su matrimonio sin concurso humano, pertenencia á José como fruto nacido en una cosa tan suya. Jesús tributó á José la obediencia y respeto que un hijo debé á su padre; y aunque los evangelistas estaban bien persuadidos de que José no engendró á Jesús, no dejaban de llamarlo su padre; y así lo llamaba tambien la santa Virgen (1). El uso de adoptar se veía entre los Hebreos desde antes de la ley. Sara dió su esclava á Abraham, para que los hijos que de ella nacieran los mirara como suyos por derecho de adopción (2). Jacob adoptó á Efraim y á Manases (3). La hija de Farao adoptó á Moisés (4). Ester pasaba por hija de Mardoqueo su tío (5). El mayor de los hijos que nacia de una muger desposada con el hermano del marido muerto sin sucesión, se consideraba como hijo del primero que no dejó familia (6). Jesús pues cuando fuera considerado solamente como hijo adoptivo de José, tendria por esto bastante derecho para llamarse hijo de David, y portarse como heredero de las promesas hechas á esta familia.

Pero aun hay una razon mas fuerte que la dicha, y es ser Maria de la misma familia y de la misma casa que José. Por tanto, formar la genealogía del uno, era formar tambien la del otro. El primer hecho está unánimemente justificado por todos los padres (7). Ellos notan que la ley prescribia que las doncellas tomasen esposos de su misma tribu, ó hiciesen lo posible porque fuera de su familia, precisándolas á esto en ciertos casos, como cuando era heredera de su familia (8), ó cuando habia perdido á su esposo sin haber tenido sucesión (9). En estos dos casos estaban obligados á tomar marido de su misma familia. Es pues tradicion muy antigua en la Iglesia que la santa Virgen era única hija (10), y por consiguiente heredera de los bienes de su padre; y algunos añaden que José, su tío, ó pariente el mas cercano, fué obligado por la ley á tomarla por esposa.

Es verdad que contra esta opinion se presentan algunas dificultades. 1.^a No hay certidumbre alguna de que Maria fuera la heredera de su familia, y la hija única de su padre. El silencio de los evangelistas que no la designan hermanos no es suficiente prueba. Generalmente las Israelitas podian casarse con quien quisieran fuera el esposo de su tribu ó de otra. 2.^a Aun concediéndose que la santa Virgen era unigénita y heredera, no se seguiria que estaba obligada á tomar esposo de su familia, bastando que fuera de su tribu. Para el cumplimiento pues de las profecias no basta mostrar que Jesús era de la tribu de Judá; es necesario hacer ver que era descendiente de David, y de la familia de Salomon. Por otra parte es muy incierto que en tiempo de nuestro Señor se observara todavia la ley en estos puntos (11). Los bienes de las tribus y de las familias se habian confundido, y así ya no subsistia el motivo de la ley. 3.^a S. Lucas dice expresamente que la santa Vir-

Y
Dificultades
que se form
esta contra
esta opinion
y su respas
estas.

(1) Luc. i. 5. 36.—(2) Genes. xvi. 2.—(3) Gen. xlviii. 5.—(4) Exod. ii. 10.—(5) Est. ii. 7. 15.—(6) Dent. xxv. 5. 6.—(7) Iren. l. iii. c. 18. Tertull. contra Jud. Aug. quest. in Judic. q. 47. et Quest. in N. T. q. 86. et lib. xxiii. contra Pagan. et Hieron. hic. Ambros. l. iii. in Luc. Nuptia de S. Christi nate. Damascena. alii.—(8) Num. xxxvi. 6. 7.—(9) Dent. xxv. 5. 6.—(10) Hier. in Matth. 1. Euseb. hist. Eccl. i. v. c. 7. ed. Jacq. Cyril. contra Julian. l. vii. et viii. Bocher. q. 2. in Matth. Euseb. Theophyl. ad Matth. 1. Vide Mald. ad Matth. 1. 16. Brug. Grot. ibid.—(11) Nazianz. carn. 36.

gen era prima de Isabel, la cual era descendiente de Aaron (1). Es pues muy probable que fuera Maria del mismo linage. Cuanto se ha dicho de la adopción de Jesucristo hecha por S. José, y del derecho que le daba la cualidad de hijo de Maria como esposo de José á su herencia y genealogía, no basta para el perfecto cumplimiento de las promesas. Dios nos ha prometido un Mesias descendiente de David, no por adopción ó por comunicacion de los derechos de familia, sino segun la carne (2).

Confesemos que segun las Escrituras, el Mesias debia ser de la tribu de Judá, de la familia de David, y tambien si se quiere del linage de Salomon segun la carne; pero tenemos pruebas indubitables de que lo era Jesucristo, no solamente por parte de José, de quien era heredero legitimo, sino tambien por Maria, de quien nació. Es verdad que las Israelitas podian casarse con otro de diversa tribu, á menos que fueran herederas; porque en este caso la ley queria que tomaran esposo de su misma tribu (3) y aun de su familia, como lo enseñan muy sabios comentadores (4), para que los hijos de Israel conservaran cada uno la herencia de su padre. Sobre que Maria haya sido heredera, aunque no hay pruebas efectivamente expresas en los libros santos, si tenemos sobre esto una antiquísima tradicion que ni los mismos Judios han contestado. Aunque en el tiempo de nuestro Señor los bienes de las familias y de las tribus no estuvieran tan distinguidos y separados como lo estaban antes de la cautividad de Babilonia, es absolutamente increíble que la ley no cuidase de obligar á las herederas, á fin de que tomasen por esposo un hombre de su familia. A mas de las tierras hay otros bienes; y ya sea que la herencia consista en la particion de su tribu ó en otra cosa, siempre pertenecia á ellas; y el espíritu de la ley era que no saliesen de la familia estos bienes ó esta herencia. Tobias y Raquel, que habitaban en una tierra extrangera, no se creian dispensados de esta obligacion (5), consistiendo sus riquezas en plata, esclavos y ganado.

La parentela de la santa Virgen y de santa Isabel, que era del linage de Aaron, nos pide alguna mayor detencion; no porque la dificultad sea mayor, sino porque algunos padres han creído que S. Mateo nos dió la genealogía de Jesús como rey, y S. Lucas nos la dió como sacerdote (6). Cuando esto así fuera, el parentesco de Maria con Isabel, y la alianza de la familia real á la sacerdotil, no solamente no darian nuestra causa, sino que la serian favorables, puesto que sostenemos que Jesucristo es á un mismo tiempo rey y sacerdote. Puede pues Maria ser prima de Isabel, por cuanto alguno de su familia se haya desposado con una parienta de la santa Virgen de la tribu de Judá, ó porque algun pariente de Maria haya tomado por esposa la hija de algun sacerdote de la familia de Isabel. Esto nada tiene de extraño, pues como se ha dicho, las que

(1) Luc. i. 5. 36.—(2) Gen. xlviii. 10. Inii. xi. 1. Paul. xxvii. 11. Rom. i. 3. Hier. vii. 14.—(3) Num. xxxvi. 6. Hier. Testam. et familiae tribus patris est. Et V. 8. Hinc. Et omnis filia que hereditabat possessionem de tribubus filiarum Israel, vni ex familia tribus patris cui erit in uxorem; ut possident filii Israel unumquemque hereditatem patrum eorum.—(4) Vide Grot. ad Matth. i. Chrysost. Epiphani.—(5) Tob. vii. 14.—(6) Aug. lib. xii. contra Pagan. c. 8. l. vi. de consensu. c. 2. l. lxxxiii. Quest. q. 61. Epiphani. haer. 78. Julian. Tolet. contra Judaeos. l. vii. Hier. in Matth. c. i. Vide Baron. ad annal. apocryph. n. 30. 31. 32. Nold. ad Matth. i. 16.

no eran herederas, podían casarse con quien quisieran. Las hijas de los sacerdotes tenían para esto, según la ley, un privilegio más extenso que las otras, pues no teniendo sus padres heredad en el país, sus hijas no se hallaban en el caso que obliga á las herederas á desposarse con sus parientes para evitar la mezcla y la confusión de los patrimonios.

Pero cuando decimos que Jesús era juntamente sacerdote y rey, y que en su persona reunía ambos privilegios, no confesamos que S. Lucas nos haya dado su genealogía como sacerdote, y S. Mateo como rey. El sacerdocio de Jesucristo no es según el orden de Aaron, sino según el de Melquisedec (1). En la enumeración de S. Lucas no está Aaron, ni alguno de sus hijos, ni, en una palabra, alguno de los sacerdotes conocidos por la historia. El Mesías vino á abrogar el sacerdocio de Aaron, para establecer otro nuevo. En ningún lugar hablan los evangelistas de su sacerdocio como descendiendo de Aaron; sino que en todas partes ensalzan su calidad de hijo de David. S. Pablo expresamente nota que Jesucristo no era de la tribu de Levi, sino de la de Judá (2). S. Lucas sigue manifestando la genealogía de David hasta Zorobabel; y será creíble que desde aquí la abandone, para seguir la de los sacerdotes sin advertirlo, y sin haber alguna razón para ello (3). Luego por este raciocinio incontestable debe concluirse, que Jesús según la carne, era hijo de David. S. Lucas y S. Mateo nos dicen que Jesús, no es hijo de José; y sostienen que es hijo de David; no puede serlo más que por María su madre; luego María y Jesús son del linaje de David. Muestran también que José es de la tribu de Judá y de la familia de David; María y José son pues de una misma tribu y familia.

Los dos padres que el Evangelio parece dar á S. José, á saber, Jacob, según S. Mateo, y Heli, según S. Lucas, presentan aquí el mayor embarazo, que es el principal asunto de esta Disertación. Los padres y los intérpretes concuerdan desde muy luego esta dificultad, y nuestros contrarios no han dejado de exagerarla. Para responderla se han dicho tres cosas: 1.ª que Jacob era padre de José según la naturaleza, y Heli lo era según la ley (3); 2.ª al contrario, que Heli era su padre según la naturaleza, y Jacob según la ley (4); ó finalmente, que José era hijo del uno por adopción, y del otro por naturaleza (5).

La primera opinión tiene en su favor el texto expreso de S. Mateo que dice que Jacob engendró á José, en lugar que S. Lucas sencillamente dice que José era de Heli, que la pertenecía; del mismo modo que dice al principio de su genealogía, que Adán es de Dios, es decir, que salió de las manos de Dios, que es criatura suya. Casi todos los antiguos han seguido esta opinión; y Julio Africano que vivía en la Palestina á principios del siglo tercero, aseguró haberlo sabido de algunos parientes de nuestro Salvador, según la carne, los

(1) Psalm. cix. 4. Hebr. v. 6. vii. 17.—(2) Hebr. vii. 13. 14.—(3) African. ad Aristid. apud Euseb. l. i. hist. Eccl. c. 7. Aug. retror. l. u. c. 12. Just. quest. 66. Hier. in Math. l. Eucher. quest. 3. in Math. Bede in Luc. Damascen. l. iv. c. 15. de Ide. Theophyl. etc.—(4) Ambros. in Luc. sibi apud Aug. Quasiomni. in N. P. p. 56. Vild. Gret. in Matt. Ver. de gener. Christi.—(5) Aug. l. u. de conc. c. 2. S. et l. u. quest. Drog. q. 2.

cuales de Nazaret y de Coçaba, villas de Judea, se esparcieron por muchos lugares de la tierra. He aquí el modo con que explican esta genealogía. Matán descendió de David por Salomon, y Melqui descendió del mismo David por Natan, se desposaron uno después de otro con una misma muger, llamada Esca. Matán tuvo á Jacob, y Melqui á Heli. Este último se casó, y habiendo muerto sin hijos, casó Jacob con su viuda, en virtud de la ley de Moisés (1); de este matrimonio salió José, quien por este medio era hijo de Jacob según la naturaleza, y de Heli según la ley.

Esta respuesta de Africano, sostenida por la autoridad de casi todos los padres, es tanto más digna de consideración, cuanto que está fundada sobre el testimonio de la misma familia de Jesucristo según la carne. Pero no satisface más que á una sola parte de la dificultad. Nos allana el punto de los dos padres que los evangelistas dan á S. José; pero primeramente ni nos explica de qué manera Jesús, según esta hipótesis, era hijo de David ó de Salomon, ni nos dice cosa alguna tocante al parentesco de José y de María; en segundo lugar se opone al texto de S. Lucas, que pone á Matán y á Levi entre Heli y Melqui, en vez que Africano y los que lo han seguido (2), dan á Heli por padre inmediato á Melqui, que según nuestros ejemplares de San Lucas, no debía ser sino su bisabuelo. Nada diré de los defectos que aquí se le reprochan á Africano por su poca exactitud y por su credulidad; ni insistiré tampoco en oponerme á la tradición que cita, ni lo atacaré por el lado débil que presenta, cual es la distancia de tiempo en que le hablaban los parientes de Jesucristo, y del nacimiento de San José; distancia que se acerca á trescientos años. Después quizá tendríamos necesidad de oponerle otra tradición, casi tan antigua, que hace á Heli padre de la santa Virgen.

En este lugar solamente consideramos las dos primeras dificultades. Desde ántes tenemos ya respondida la primera, mostrando por el Evangelio mismo, que José y María eran de una misma tribu y familia; y que Jesucristo, como hijo de María y heredero de José, debía gozar los privilegios y promesas hechas á Abraham, á David y á Salomon. En cuanto á la segunda, el modo más sencillo y natural de responderla es decir que Julio Africano y los otros antiguos que lo han seguido, no leyeron en S. Lucas los nombres de Matán y de Levi entre Heli y Melqui. Podría tal vez pensarse que estos dos nombres se pasaron del v. 29. á este lugar (3). S. Ireneo (4) no cuenta sino setenta y dos generaciones desde Jesucristo hasta Adán, lo que manifiesta que él no encontró estas dos personas; porque contándolas hallaría setenta y cuatro generaciones, sin comprender á Adán ni á Jesucristo. Grocio sostiene que Matán y Levi no han aparecido en este versículo de S. Lucas sino desde el cuarto siglo. No declinemos aquí si este modo de leer es el mejor; nos basta que uno y otro estén autorizados, el primero por los antiguos padres, y el segundo por todos nuestros ejemplares manuscritos é impresos; porque Mr. Mille no señala ninguno en que no esté Matán y Levi.

(1) Deut. xiv. 5. 6.—(2) Euseb. hist. eccl. loco cit. Ambros. lib. vi. in Luc. Nativitat. carn. de Christi generat. S. Agustin y S. Gregorio porren esta y siete generaciones con S. Lucas.—(3) Mill. Proleg. in N. Test. Gr. Proleg. xiv.—(4) Ireneo. lib. iv. c. 33.

Restáanos ahora examinar la hipótesis que quiero que S. Mateo haya formado la genealogía de S. José, y S. Lucas, la de la Virgen. Esta opinion se hizo muy general, y los mas de los modernos la abrazaron con empeño (1), pretendiendo salvar todas las dificultades que se forman contra los evangelistas, y dar razon de lo que haya obscuro en las otras hipótesis. Por ella se muestra que Jesus descendió de David por la carne, segun las Escrituras; y se explica la manera en que José es hijo de Jacob y de Heli; de Jacob segun la carne, y de Heli, en calidad de yerno suyo y de esposo de Maria. Se ve la absurdidad de los dos evangelistas, mejor dire del Espíritu Santo que los animaba, inspirando á S. Mateo que escribiera la genealogía de José, y á S. Lucas la de la Virgen; para mostrar que independientemente de José, Jesus siempre era hijo de David; y que por cualidad de hijo de José, esposo de Maria, era heredero de las promesas hechas á Salomon.

Tres son las objeciones que pueden presentarse contra esta opinion, y aun estas tienen fácil respuesta. La primera: El texto de S. Lucas (2) nos hace creer que José era hijo verdadero de Heli, asi como Heli es hijo de Matat, este lo es de Levi, y así de los demas; porque este texto es uniforme en todo. La segunda: Esta opinion no está apoyada en la antigüedad. Los padres no se han valido de ella para refutar las calumnias de los paganos y de los hereges. Si ella hubiera sido el verdadero modo de explicar este lugar, habria sido desconocida de toda la antigüedad, especialmente siendo tan fácil! La tercera: Las promesas del nacimiento del Mesias hechas á Abraham, renovadas á Judá por la profecía de Jacob (3), y confirmadas á David, debian cumplirse en la posteridad de Salomon, el muy amado del Señor (4). Es asi que Maria no descendia de Salomon, sino de Natan; luego segun esta hipótesis, Jesus hijo de Maria no seria el heredero de las promesas hechas á Salomon y á sus descendientes.

A la primera dificultad puede responderse que el texto de S. Lucas (5) admite muchos sentidos; por ejemplo (6): *Mas Jesus començaba su año trigésimo, siendo hijo de Heli* (por su madre Maria), aunque se le creyó hijo de José. O bien: José es llamado hijo de Heli, es decir, su yerno (7), segun el uso muy general en la Escritura (8) y en todos los idiomas. La frase de S. Lucas no significa necesariamente una filiacion y una paternidad natural de Heli á José, y de José á Heli, sino la que hubo de Adam á Dios, y de Dios á Adam referida en el mismo capítulo V 38. Basta que José sea hijo de Heli ó por adopcion, ó por alianza, ó en virtud de la ley. Los ángeles son llamados los hijos de Dios (9). El primogénito del que se desposó con la viuda de su hermano, muerto sin sucesion, es llamado hijo del hermano difunto (10). Los hijos adoptivos, y en general los herederos, son llamados hijos de aquellos que los adoptan, y á quie-

(1) *Colatin. Jans. Genes. Graf. Spangheim. Dabie Enang. Genes. Liffest. Her. Hebr. Brug. in Matt. Voss. de gener. Christi. Thomard. Marston. p. 3. et 13. — 2. Luc. p. 33. 24. — (3) Gen. xxix. 10. — (4) 2. Reg. vii. 12. — 10. 25. — Luc. x. 3. — (5) *Ita. explian. Genes. Voss. Spangheim. Dabie Enang. Liffest. Her. Hebr. — (6) De Brug. Liffest. Heron. Plac. — (8) Vide Genes. ad Rom. v. et in Luc. c. 11. Joh. 1. 6. xxviii. 7. — (9) Deut. xxv. 6.**

nes heredan (1). El nombre de padre pues no siempre significa el que ha engendrado. Si S. Lucas no expresó el nombre de Maria, hija inmediata de Heli, sino solamente el de Jesus su nieto, y el de José su yerno, fué por haber hablado ya bastante de Maria, y haber advertido que concibió y parió á Jesus sin comercio con hombre alguno.

Como principalmente escribia para los paganos, y habia dicho antes que Jesus no tuvo padre segun la carne, era natural que diese la genealogía de su madre. Por lo que toca á S. Mateo, tenia causas para proceder de otra manera, supuesto que escribia para los Judios, quienes no acostumbraban formar las genealogías de las mugeres; y á mas de esto como estaban mucho mas instruidos en las genealogías de su nacion, y principalmente en la del linage de David, se contentó con manifestar el derecho incontestable de Jesucristo al reinado, por una numeracion que no siempre es inmediata. Dejó que suplieran algo aquellos á quienes hablaba. Omittió por ejemplo, tres reyes desde David hasta la cautividad; y desde esta hasta Jesucristo, pone solas catorce personas, en lugar que S. Lucas pone veinte y tres. Se ve claramente no ser fraudulentas estas omisiones. Este es un autor que solamente toca los principales puntos de su numeracion, y que en lo demas descansa sobre aquellos á quienes habla. S. Lucas por el contrario nada omite, porque pretende manifestar la sucesion de sangre y de la naturaleza.

En cuanto á lo que se objeta, de que estando á la relacion de S. Lucas no se prueba que Jesus descienda de Salomon segun el orden natural, sino solamente de la rama de Natan hijo de David, se puede responder, que no consta expresamente por la Escritura que Dios haya prometido que el Mesias debiera nacer del linage de Salomon segun la carne; sino solamente del de David. Dios prometió el reinado á Salomon y á su descendencia con exclusion de sus hermanos hijos de David; mas la promesa del Mesias toca á toda la familia de este, Jesus, segun S. Mateo, es indubitabilmente heredero de José, descendiente de la rama de Salomon: es pues en este sentido heredero del reino de Salomon. Segun S. Lucas, descendiente de Natan y de David segun la carne, por Maria y por Heli; luego es verdadero hijo de David. Toda la Escritura nos apunta á Salomon como símbolo y figura del Mesias; no hubo cosa mas grande ni mas illustre que este principe en la antigua ley; entre él y el Mesias se advierte una infinidad de rasgos de semejanza; mas no se ha dicho que Salomon debiera ser padre del Mesias.

Finalmente, las dos ramas de Natan y de Salomon están reunidas en Salmiel y en Zorobabel, los cuales se vuelven á encontrar en la linea genealogica de los dos evangelistas; la sangre de David se halla en estas dos personas, y las ramas que ha producido pertenecen igualmente al uno y al otro tronco. El Heli de S. Lucas y el Jacob de S. Mateo son dos hijos de David, de Salomon y de Natan, son dos ramas que nacieron de un mismo tronco. Una misma sangre corre por las venas de los unos y de los otros; así por cualquier lado que se considere á nuestro Salvador, se ve siempre que descende de David,

(1) *Vide Aug. l. n. de consensu. c. 3. et serm. 61. nov. edit. c. 18. et seep.*

y que reúne en su persona todos los derechos de esta augusta familia, tanto por parte de José como por parte de María su madre.

VIII.
Antigüedad
de esta opi-
nion; su ori-
gen.

Aunque los padres rara vez han propuesto el sistema que quiere que S. Lucas haya formado la genealogía de la santa Virgen, por cuanto la autoridad de Julio Africano, fundada en la historia de los padres de Jesucristo según la carne, los ha contenido, no deja de notarse que S. Agustín (1) y algunos otros (2) creyeron que S. Lucas presenta la genealogía de Jesús como sacerdote; porque se sabe que sola María estaba ligada al linaje sacerdotal. Puede también asegurarse que esta opinión es la primera que se propagó en la Iglesia. Si después decayó, ó al ménos no se conservó en su vigor, esto fué porque se la encontró en libros antiquísimos que declaró apócrifos la Iglesia por el abuso que de ellos hacían los hereges, y las maldades que les habían absidido. Vamos á manifestar que esta hipótesis siempre fué conocida de los Griegos, y que de ninguna manera es nueva ni desnuda de la autoridad de los antiguos, como la han imaginado.

Se lee en un libro muy antiguo escrito por los ebionitas desde el tiempo de los apóstoles, ó muy poco después de su muerte (3), que María era hija de Joaquín y de Ana. Este libro conocido bajo el nombre de *Protoevangelio de Santiago*, se atribuyó á Santiago de Jerusalem, hermano del Señor, este es, primo hermano de Jesucristo por parte de una de las hermanas de la santa Virgen. He aquí el compendio de esta obra citada con la mayor generalidad por los antiguos. Joaquín era un hombre muy rico en Israel, que en todas las festividades solennes hacía sacrificios magníficos en el templo del Señor. Un día, cierto hombre llamado Ruben, al tiempo que Joaquín quería hacer su ofrenda, le dijo: *No te es lícito eso, porque no tienes descendencia en Israel*. Joaquín lleno de confusión se retiró al desierto, en donde tenía numerosos baños, y allí permaneció cuarenta días ejercitándose en el ayuno y en la oración. Ana su esposa cargada por su parte de injurias por una de sus sirvientas, se retiró á su jardín, y en él lloró amargamente su esterilidad. Un ángel vino á decirle que Dios había oído su ruego, y que ella llegaría á ser madre. Otro ángel al mismo tiempo anunció lo mismo á Joaquín.

Regresó Joaquín á su casa, y pasados nueve meses, Ana parió á María. Tres años después sus padres la presentaron al templo. Ella permaneció allí hasta la edad de doce años alimentada por mano de un ángel. Al cabo de este término, deliberaron los sacerdotes sobre lo que debían hacer de María, que comenzaba ya á ser ninger. Se resolvió que se presentarán los viudos de Israel, y que se encargara de la custodia de María aquel en cuyo favor Dios obrará un milagro. Entraron pues los viudos en el templo, y presentó cada uno la vara que tenía en la mano al gran sacerdote, quien entró al lugar santo é hizo su oración. Al salir de este lugar volvió á cada uno su vara, y no se notó cosa alguna extraordinaria, sino en la última que era la de José. Salíó una paloma de esta vara y descansó sobre la cabeza de este an-

(1) *Aug. l. 2. de consensu*, c. 1, 2, 3.—(2) *Hilari. in Matt. 1. initio. Epiphani. heret. 78.*—(3) *Eusebio en su hist. Eccl. l. 1. c. 20. S. Epiphani en la Heresia 51 c. 1, y S. Gerónimo en el esp. ix. de los Varones Ilustres, ponen el nacimiento de los ebionitas al fin del siglo primero.*

giano, porque era ya viejo José y ya tenía hijos: este se excusó de tomar á María en su custodia.

Pero en fin, la recibió y la llevó consigo. Después se fué al campo á trabajar en su oficio de carpintero. Durante su ausencia, habiendo salido fuera María con el fin de proveerse de agua, oyó en el camino una voz que le dijo: *Yo te saludo llena de gracia: el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mugeres*. Admirada María al oír esto, regresó prontamente á su casa, y se entregó á sus ocupaciones. Al instante el ángel del Señor vino ante ella, y le dijo: *No temas, María; tú eres agradable al Señor de todas las cosas, y concibirás en virtud de su santa palabra*. María en seguida fué á saludar á santa Isabel; y viendo que su preñez comenzaba á manifestarse, se volvió á Nazaret.

Habiendo regresado á su casa José su esposo después de seis meses de ausencia, quedó muy admirado al ver en cinta á María. El se culpaba de no haberla guardado bien, y la hizo también vigorosos reclamos de lo que la había sucedido, suponiendo que se había dejado corromper. María le aseguraba que era virgen; mas ignoraba lo que quería decir aquello que pasaba en su vientro.

Cuenta después el autor como María llevada por José al gran sacerdote, la obligaron á beber las aguas de amargura ó de prueba prescritas por la ley (1). El viaje de José de sus hijos y de María su esposa á Belén, la historia milagrosa del nacimiento de Jesucristo, y el milagro que acaeció á una muger increíble llamada Salomé, la que queriendo examinar la virginidad de María después de su parto, vió que se le abrasaba su mano y estaba ya al separarse de su cuerpo, y no sanó sino tocando y tomando en sus brazos al niño Jesús. Después de esto, habla de lo sucedido á los magos, de la muerte de los inocentes y de la manera en que Isabel con el joven Juan Bautista se salvó, y se ocultó milagrosamente en un monte que se abrió para recibirlos; finalmente, del modo en que Heródes hizo matar entre el templo y el altar á Zacarías, padre de S. Juan, porque no le había descubierto el lugar donde estaba oculto su hijo Juan Bautista. Al gran sacerdote Zacarías sucedió por suerte el santo anciano Simeon, quien recibió en sus brazos estando en el templo al Salvador.

No pretendemos autorizar esta relación en todas sus partes. Estamos persuadidos de que ella nunca se tuvo por canónica en la Iglesia. El papa Gelasio (2) la numeró entre los libros apócrifos. Los padres que la han citado no la han tenido por cierta en su totalidad; pero lo que ellos han adoptado como seguro, puede en mi concepto mirarse como una tradición apóstolica. Los autores de estas falsas relaciones siempre suponían algunos hechos admitidos por todo el mundo. De otra manera nadie habria querido recibirlos. ¿La pieza que actualmente examinamos no contiene el suceso de la anunciación de María, de la adoración de los magos, y de la muerte de los inocentes en Belén? Los autores de romances no fligen todo lo que reflores; conservan los nombres y principales circunstancias de la vida de su héroe, teniendo gran cuidado de no desviarse de su carácter. Ninguna necen-

(1) *Num. v. 17. et seq.*—(2) *Gelas. in Concil. Rom. Exemplum veritate Jacobi apocryphum..... Liber de nativitate Salvatoris, et obitricis epocryphum. Innocent. l. 2. cap. 3. ed. Esuperium, cap. 7.*

idad tenían de fingir los nombres de *Joaquín* y *Ana* los que compusieron esta relacion, estando en un tiempo tan cercano á los apóstoles, y conservándose entónces muy reciente la memoria del padre y madre de la santa Virgen. Con semejante ficcion habrian obrado contra su propio interes y contra su intencion. Con esta humorada habrian desacreditado su misma relacion. Creemos pues que los autores sabian perfectamente que el nombre del padre de Maria era *Joaquín*, y que el de su madre era *Ana*. Estos dos nombres son los que únicamente pretendemos defender.

Guillermo Pastel (1) que es quien primero tradujo el Protoevangelio del griego al latin, asegura que fué estimado como auténtico en las iglesias de Oriente, y que allí se leia en las asambleas. Conjetura que este era como el encabezamiento ó principio del Evangelio de S. Marcos. La inscripcion que se lee al fin de esta obra, denota ser escrita por Santiago hermano del Señor. He aqui como está puesto: *Yo Santiago, escribi esta historia en Jerusalem y habiendo allí excitado Heródes un alboroto, me retiré al desierto; volví despues á Jerusalem donde he vivido en paz, bendiciendo á Dios, que me ha concedido escribir esta historia &c.*

Lo que dice Pastel, de ser reconocido el Protoevangelio como auténtico, muchas personas no lo tienen por cierto, pues es necesario conceder que se lee entre los Griegos, y que los Orientales admiten muchas circunstancias de las que allí se refieren. Los padres mas antiguos de la Iglesia han referido algunas; ó á lo menos han hecho alusion á ellas en sus escritos. Tertuliano (2), por ejemplo, habla de la sangre de Zacarías que quedó impresa sobre el pavimento del templo. Origenes (3) cita de este Evangelio, que José tuvo hijos en la primera muger que se llamaron los hermanos del Señor. Tuvieron conocimiento de esta obra S. Epifanio (4), S. Gregorio de Nicea (5), el autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo (6), Eustato de Antioquia (7) y el monge Epifanes (8). Nicéforo (9) cita una epistola de Evodio, sucesor del apóstol S. Pedro en la silla de Antioquia, en la que se leen algunas particularidades tomadas de este Protoevangelio. El mismo autor cita al mártir S. Hipólito que hace alusion á la historia de la comadre llamada Salomé. Pero ninguno duda de la antigüedad de esta historia; ni hay quien negue que los padres frecuentemente hayan hecho algunas citas. Puede verse á Vossio en su tratado de la genealogía de la santa Virgen.

Hay tambien otro libro apócrifo titulado *Evangelio del nacimiento de Maria*, en el que están los nombres de *Joaquín* y *Ana*. S. Epifanio (10), S. Agustín (11) y algunos otros hacen mencion de él. Los Maniqueos de él se valian, y defendian su autenticidad. De él tomó S. Juan Damasceno (12) lo que nos dice de la genealogía de la santa Virgen, de S. José, de Joaquín y Ana. Corria por tan cier-

(1) Guill. Pastel. *Epist. dedicat. ad Rempubl. Venet. ante editionem Protevangelii*. Basilæ, 1552. per Oporin.—(2) Tertull. *Scorpac. c. vii. Vide et Hieron. ad Matt. xiiii. 35.*—(3) Origen. in *Matt. p. 223.*—(4) Epiphani. *hæres. 30.*—(5) Nyssen. *homil. de Nativ. B. Mariæ.*—(6) *Ank. Oper. imperfecti in Matt.*—(7) Eustat. *Antioch. in Hieronymum.*—(8) Epiphani. *Monach. serm. de Virg. Drispara.*—(9) Nicéphor. l. i. c. 7. et l. ii. c. 8. *Hist. ecclésiæ.*—(10) Epiphani. *hæres. 26. n. 12. et 79. n. 5.*—(11) Aug. l. xiiii. in *Faustum. c. 9.*—(12) Damascen. l. iv. c. 15. de *Fide orthodoxa.*

to este libro en el Oriente, que el mismo Mahoma (1) en su Alcoran habla de Joaquín, padre de Maria. Es muy probable que este antiguo Evangelio del nacimiento de la Virgen no se encuentre en griego; pero bajo el mismo titulo tenemos uno en latin entre las obras de S. Gerónimo, con dos epistolas de los pretendidos Cromasio y Heliodoro, que suplican al santo doctor ponga en latin esta obra; y una respuesta de S. Gerónimo (2), que emprende esta traduccion, y que dice que Seleuco, herege famoso del segundo siglo, es autor del libro griego del nacimiento de Maria, lleno de fabulas é impertinencias. Que por lo que á él toca, va á trabajar en traducir al latin un Evangelio del mismo titulo escrito en hebreo, y atribuido á S. Mateo, el cual, sin embargo de no ser canónico, no contiene cosa alguna peligrosa.

Probablemente de este pretendido Evangelio traducido por S. Gerónimo, tomaron Vicente de Beauvais (3) y Fulberto de Chartres (4) lo que dicen sobre el nacimiento de la santa Virgen. Por último, de la tradicion antigua conservada en los escritos de los padres y en libros antiquísimos, pero maliciosamente corrompidos por los hereges, tomaron las Iglesias griega y latina los nombres de *Joaquín* y *Ana*, que han dedicado á los officios eclesiásticos. De ahí ha venido la historia del nacimiento milagroso de la santa Virgen. Por eso finalmente hemos emprendido nosotros conciliar á S. Lucas con S. Mateo sobre la genealogía de Jesucristo, diciendo que el segundo la trae por José, y ha probado que por esa parte él era del linage de David; y que el primero ha probado lo mismo por la genealogía de Maria, que viene del mismo tronco, aunque por una rama diversa.

Es cierto que S. Lucas no pone expresamente el nombre de *Joaquín*, pero pone el de *Heli*, que es el mismo; por cuanto entre los Hebreos, *Heli*, *Heliakim* y *Joachim* se miraban como sinónimos. El gran sacerdote que vivia en tiempo de Manasses es nombrado *Heliakim* y *Joaquín* (5). Los mismos Judios (6) llaman á la santa Virgen *hija de Heli*, y á Jesus *hijo de Pantar*. Galatino refiere, que habiendo sido consultado un doctor judío, nombrado Hacados, por un cónsul romano llamado Antonino, sobre la madre del Mesias, le respondió: *Tú debes saber que el padre de su madre tiene dos nombres, el uno es Heli y el otro Joaquín*. Es verdad que los libros de los Judios están llenos de blasfemias contra nuestro Salvador y contra su santísima madre; pero esto no impide el tomar de ellos una prueba en favor de la antigüedad de esta tradicion que pretende que Maria tuvo por padre á *Heli*, ó por otro nombre á *Joaquín*.

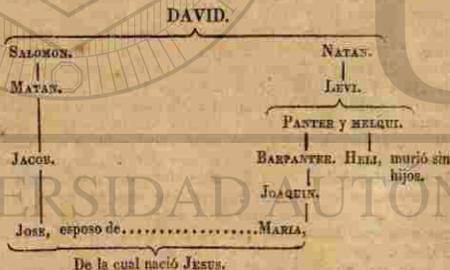
Yo no disimularé que S. Agustín (7) respondió á Fausto maniqueo, que el nombre del padre de Maria no constaba mas que de escritos apócrifos, que no tienen autoridad alguna en la Iglesia, y

(1) Alcoran *Surat. 3.*—(2) Vide tom. 5. nov. edit. Hieron. p. 445.—(3) Vincent. *Bellovac. Specul. hist. Prilog. c. ix. et l. vi. c. 54.*—(4) Fulberti. *Caract. serm. in Nativ. B. M.*—(5) *Judith. iv. 5. 7. 11. xv. 9.*—(6) *Jerusalem. fol. 77. Babyl. tract. Sanhedrin. fol. 67.*—(7) *Aug. l. xxiii. contra Faustum, c. ix. Quod de generacione Mariæ Faustus posuit, quod patrem habuerit ex tribu Levi sacerdotum nomine Joachim, quia canonicum non est, non me constringit.*

que S. Juan Damasceno (1), que dice ser Joaquin padre de Maria, sin embargo ha dicho que Heli murió sin hijos. Confieso que la genealogía del Salvador que él presenta para conciliar á S. Mateo y á S. Lucas, efectivamente no viene bien á nuestra hipótesis. Mas siendo diferente esta genealogía así de la que da el Evangelio, como de la de S. Epifanio (2), no tiene autoridad alguna. En ella se ven rasgos de una tradición antiquísima, venida de los Judíos enemigos de Jesucristo, los cuales sostenían que tuvo por padre á uno llamado *Panter*, cuyo nombre ya se ha leído en Orígenes (3), en el Talmud de Babilonia (4), y también el día de hoy se halla en las vidas de Jesucristo, ó *Tholdoth Jesu*, publicadas por los Judíos. Pero estas diversidades y confusiones en una antigüedad tan remota no deben sorprendernos, ni hacer que abandonemos lo que es cierto, y que está fundado en una tradición tan seguida y tan antigua.

He aquí la genealogía de nuestro Señor según S. Juan Damasceno (5): *Levi* descendió de David por la rama de *Natan*, y tuvo por hijo á *Melqui* y á *Panter*. *Panter* engendró á *Barpanter*, y de *Barpanter* salió Joaquin padre de María.

Matan, hijo de David por la rama de *Salomon*, se desposó con una muger de la que tuvo á *Jacob*; este fué padre de *José* esposo de María. Pero después de la muerte de *Matan*, *Melqui*, hermano de *Panter*, casó con la viuda de *Matan*, y en ella tuvo á *Heli*, de manera que *Jacob* y *Heli* eran hermanos uterinos; el primero era hijo de *Matan*, y el otro hijo de *Melqui*. *Heli* murió sin hijos; mas *Jacob* tuvo á *José* como queda dicho. Esto se verá con mayor claridad en la tabla genealógica siguiente.



(1) Demaz. l. iv. c. 15. de fide.—(2) Epiphani. haer. 78.—(3) Origen. l. i. contra Celso. p. 25. edit. Cantabr.—(4) Tract. Sanhedrina.—(5) Damascen. lib. iv. c. 15. de fide.

Otra genealogía de Jesucristo según S. Epifanio (1); esta ha sido muy seguida de los Griegos.

SALOMON.

JACOB, por otro nombre PANTER.

JOSE Y CLEOPAS su hermano (2), padre de María de Cleofas (3).
Tuvo de una primera muger seis hijos, á saber:

JACOB, JOSE, SIMON, JUDA, MARIA Y SALOME (4).

Se desposó después con la santa Virgen, madre de Jesus, que era hija de Joaquin y Ana (5).

Julio Africano y los otros antiguos no han conocido los nombres de *Panter* y *Barpanter* en la genealogía de Jesucristo; ni pueden admitirlos en ella, sin contradecir á los evangelistas que no hablan de ellos; á no ser que se pongan bajo los nombres de *Matat* y *Levi*, y en este caso restableciendo las cosas en su situación natural, deberá leerse:

DAVID.



Juan Gerson, cunciller de la universidad de Paris (6), cita unos versos que refieren que Ana, madre de María, después de la muerte de Joaquin, todavía se casó sucesivamente con Cleofas y Salomé. Entonces tuvo dos hijas cuyo nombre era María. María, hija de Joaquin se desposó con José, y fué madre de Jesus. María, hija de Cleofas, se desposó con Alfeo de quien tuvo á Santiago, á José, á Simon y Judas. Finalmente, María, hija de Salomé, se desposó con Zebedeo, de quien tuvo á Santiago y á Juan.

Anno trices vixit, Jacóbin, Cleopas, Salomaeque:
Et quibus ipsa virgo peperit tres Anna Mariae:
Quas duxit Joseph, Alpheus, Zebedeusque.
Prima Jesus: Jacobum, Joseph, cum Simon Judam
Altera det: Jacobum et Petrum, tertio Joannem.

(1) Epiph. haer. 78. Vide et Hieronim. epist. Niciphr. l. ii. c. 2.—(2) Hieronim. epist. Euseb. l. ii. c. 11. Epiphani. haer. 78. Vide et Hieron. aduers. Heliod. cap. 1.—(3) Josec. xii. 25. Teofilano sobre S. Mateo xiii. 56, dicit que S. Jose y Cleopa, ó Cleopas, eran hermanos. Habiendo muerto Cleopas sin hijos, José casó con su viuda, de la que tuvo cuatro hijos llamados en el Evangelio los hermanos del Señor; y dos hijas, á saber: *Salome* y *María*, que tenía el sobrenombre de hija de Cleopas; porque en efecto ella era hija cuya según la ley.—(4) Nicéforo l. ii. c. 11. cita á S. Hippólito, quien dice que las dos hijas de S. Jose se nombraban Ester y Tamar.—(5) Epiph. haer. 78. et alii.—(6) Tom. ii. Oper. p. 53.

Mas este sistema genealógico no está fundado en la antigüedad.

M. Toinard nota que Maria, hermana de la santa Virgen y madre de José y de Santiago (1), que eran los hermanos del Señor, es nombrada por S. Juan *Maria Cleofas* (2), y por S. Marcos *Maria José* (3); y es de parecer que era Madre de José, esposa de Alfeo, é hija de Cleofas á quien supone hermano de Joaquín ó He- li, é hijos de Matat abuelo de la santa Virgen. En esta manera di- pone este trozo de genealogía (4).

MATAT.

JOAQUIN ó HELI.

La virgen MARIA.

JESUS.

CLEOFAS.

MARIA, esposa de Alfeo.

SANTIAGO el menor. JOSE.

Añade, que la circunstancia que lo hizo conjeturar, que Maria madre de José era hija de Cleofas, y no su esposa como piensan otros, es que si ella hubiera sido su esposa, verisimilmente se la habria visto volver con él, cuando al dia siguiente á la festividad de la Pascua partió de Jerusalem para Emaus. Tambien nota, que el intérprete árabe expresamente la nombra *hija de Cleofas*. Y puede agregarse, que el Evangelio designando á Santiago el menor bajo el nombre de *Jacobus Alphaei* (5), da á entender que era hijo de Alfeo, y que por tanto Maria su madre debía ser esposa de Alfeo.

He aqui lo que ya teniamos dicho al concluir la Disertacion de Calmet en la primera edicion de esta Biblia; pero posteriormente ha sacado la cara la idea singular de un anónimo, que por conciliar mejor á los evangelistas, ha intentado persuadir que en el texto de S. Mateo cometió el copiante un olvido que hace variar el sentido; es decir, que por allanar una dificultad se atreve á mudar el texto. Esta pretension atrevida y temeraria dió motivo á que se insertaran en el Diario eclesiástico dos piezas que voy á reunir aqui: la una contiene las observaciones de M. Sezille, canónigo y teólogo de Noyon; y la otra las que pienso agregar. Estas dos piezas formarán las dos partes de un suplemento á la Disertacion de Calmet.

[1] *Matth. xxvii. 56. Marc. xv. 40.*—[2] *Joan. xix. 25.*—[3] *Marc. xv. 47.*—[4] *Theo- cordi notes in Harmoniam, p. 155.*—[5] *Matth. x. 3. Marc. iii. 17. Luc. vi. 15.*

SUPLEMENTO

A I.ª DISERTACION DE CALMET

SOBRE LA GENEALOGIA DE JESUCRISTO.

PRIMERA PARTE.

Observaciones sobre una Disertacion en la que de un modo nuevo se pretende conciliar á S. Mateo con S. Lucas sobre la genealogía de Jesucristo.

Por M. SEZILLE, canónigo y teólogo de Noyon.

Es lícito mudar el texto del Evangelio por conciliar entre sí á los evangelistas!

Esto es lo que ha hecho un anónimo en una Disertacion impresa en Bruselas en 1759. Esta se encuentra en una coleccion de piezas que se ha extendido por las provincias vecinas de Holanda y Francia con este titulo: *Análisis de Disertaciones sobre diferentes asuntos*. No estando contento este anónimo con todos los medios que se han encontrado de conciliacion para concordar á S. Mateo con S. Lucas sobre la genealogía de Jesucristo, ha tomado un camino nuevo.

Su pensamiento es, que S. Mateo da la genealogía de la santa Virgen, y por consiguiente la de Jesucristo que nació de ella; y que S. Lucas da la de S. Jose, en la cual nada tiene que ver Jesucristo, no siendo segun la naturaleza hijo de José.

Hasta aqui el parecer de este autor nada tiene de extraordinario; y lo han adoptado ántes que él sabios intérpretes de la Escritura.

Pero lo que es inaudito, y lo que nos conturba es, que para sostener su pensamiento avanza (1), que estas palabras del Evangelio de S. Mateo: *Jacob autem genuit Joseph virum Mariae, de qua natus est Jesus*, deben mudarse en estas: *Jacob autem genuit Joseph patrem Mariae*, ó en otras equivalentes; de manera que en su sistema el José del *v* 16 del primer capitulo del Evangelio segun S. Mateo es totalmente diverso del de los *v* 18, 19, y 20 del mismo capitulo. Al primero lo hace padre, y al segundo esposo de la santa Virgen.

Crée encontrar el fundamento de su opinion en el principio

(1) Disertacion sobre la genealogía de Jesucristo, pág. 57.

I.
Plan del sis-
tema del anó-
nimo, que su-
pone que en
el texto de S.
Mateo en lu-
gar de *virum*,
debe leerse
patrem.

Mas este sistema genealógico no está fundado en la antigüedad.

M. Toinard nota que Maria, hermana de la santa Virgen y madre de José y de Santiago (1), que eran los hermanos del Señor, es nombrada por S. Juan *Maria Cleofas* (2), y por S. Marcos *Maria José* (3); y es de parecer que era Madre de José, esposa de Alfeo, é hija de Cleofas á quien supone hermano de Joaquín ó He- li, é hijos de Matat abuelo de la santa Virgen. En esta manera di- pone este trozo de genealogía (4).

MATAT.

JOAQUIN ó HELI.

La virgen MARIA.

JESUS.

CLEOFAS.

MARIA, esposa de Alfeo.

SANTIAGO el menor. JOSE.

Añade, que la circunstancia que lo hizo conjeturar, que Maria madre de José era hija de Cleofas, y no su esposa como piensan otros, es que si ella hubiera sido su esposa, verisimilmente se la habria visto volver con él, cuando al dia siguiente á la festividad de la Pascua partió de Jerusalem para Emaus. Tambien nota, que el intérprete árabe expresamente la nombra *hija de Cleofas*. Y puede agregarse, que el Evangelio designando á Santiago el menor bajo el nombre de *Jacobus Alphaei* (5), da á entender que era hijo de Alfeo, y que por tanto Maria su madre debía ser esposa de Alfeo.

He aqui lo que ya teniamos dicho al concluir la Disertacion de Calmet en la primera edicion de esta Biblia; pero posteriormente ha sacado la cara la idea singular de un anónimo, que por conciliar mejor á los evangelistas, ha intentado persuadir que en el texto de S. Mateo cometió el copiante un olvido que hace variar el sentido; es decir, que por allanar una dificultad se atreve á mudar el texto. Esta pretension atrevida y temeraria dió motivo á que se insertaran en el Diario eclesiástico dos piezas que voy á reunir aqui: la una contiene las observaciones de M. Sezzle, canónigo y teólogo de Noyon; y la otra las que pienso agregar. Estas dos piezas formarán las dos partes de un suplemento á la Disertacion de Calmet.

[1] *Matth. xxvii. 56. Marc. xv. 40.*—[2] *Joan. xix. 25.*—[3] *Marc. xv. 47.*—[4] *Theo- cordi notes in Harmoniam, p. 155.*—[5] *Matth. x. 3. Marc. iii. 17. Luc. vi. 15.*

SUPLEMENTO

A I.ª DISERTACION DE CALMET

SOBRE LA GENEALOGIA DE JESUCRISTO.

PRIMERA PARTE.

Observaciones sobre una Disertacion en la que de un modo nuevo se pretende conciliar á S. Mateo con S. Lucas sobre la genealogía de Jesucristo.

Por M. SEZZLE, canónigo y teólogo de Noyon.

Es lícito mudar el texto del Evangelio por conciliar entre sí á los evangelistas!

Esto es lo que ha hecho un anónimo en una Disertacion impresa en Bruselas en 1759. Esta se encuentra en una coleccion de piezas que se ha extendido por las provincias vecinas de Holanda y Francia con este titulo: *Análisis de Disertaciones sobre diferentes asuntos*. No estando contento este anónimo con todos los medios que se han encontrado de conciliacion para concordar á S. Mateo con S. Lucas sobre la genealogía de Jesucristo, ha tomado un camino nuevo.

Su pensamiento es, que S. Mateo da la genealogía de la santa Virgen, y por consiguiente la de Jesucristo que nació de ella; y que S. Lucas da la de S. Jose, en la cual nada tiene que ver Jesucristo, no siendo segun la naturaleza hijo de José.

Hasta aqui el parecer de este autor nada tiene de extraordinario; y lo han adoptado ántes que él sabios intérpretes de la Escritura.

Pero lo que es inaudito, y lo que nos conturba es, que para sostener su pensamiento avanza (1), que estas palabras del Evangelio de S. Mateo: *Jacob autem genuit Joseph virum Mariae, de qua natus est Jesus*, deben mudarse en estas: *Jacob autem genuit Joseph patrem Mariae*, ó en otras equivalentes; de manera que en su sistema el José del *V* 16 del primer capitulo del Evangelio segun S. Mateo es totalmente diverso del de los *V* 18, 19, y 20 del mismo capitulo. Al primero lo hace *padre*, y al segundo *esposo* de la santa Virgen.

Crée encontrar el fundamento de su opinion en el principio

(1) Disertacion sobre la genealogía de Jesucristo, pág. 57.

I.
Plan del sistema del anónimo, que supone que en el texto de S. Mateo en lugar de *virum*, debe leerse *patrem*.

del Evangelio, donde anuncia S. Mateo que va á dar la genealogía de Jesucristo: *Liber generationis Jesu-Christi*.

Si la genealogía de Jesucristo, dice el anónimo (1), hace parte de la de José, ni siendo este padre de Jesucristo según la naturaleza, será pues el padre y no el esposo de la santa Virgen.

De lo cual deduce (2) que hay una falta en el texto de S. Mateo según lo tenemos el día de hoy.

Esta falta, en su concepto, proviene ó de que el traductor griego no alcanzó el verdadero sentido de una expresión equívoca en el idioma sirio-caldeo, que igualmente significa el padre ó el esposo, ó de que el texto sobre el cual ha hecho su versión, estaba ya corrompido por los herejes.

Hagamos justicia al autor de esta Disertación. El es católico haciendo profesión de creer que José no es padre de Jesucristo según la naturaleza, y confesando que sola María su esposa es el principio inmediato de la humanidad del Salvador.

¡Pero qué temeridad tan grande es la suya de intentar corregir la Escritura según sus ideas!

Confiesa (3) que en diez y siete siglos que habían corrido ninguno había leído el V 16 del primer capítulo del Evangelio según S. Mateo, de un modo diverso del que lo leemos hoy: *Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ*.

Esta confesión es importante. ¿Qué luces pues le han venido para emprender la corrección de un texto consagrado por el uso de tantos siglos?

Esto no lo ha intentado, dice, sino por tener mayor facilidad de explicar el texto sagrado.

¡Pero qué, para facilitar la explicación es necesario corromper el texto?

De este pretexto se valieron los ebionitas, los maniqueos, Porfirio, Celso, Juliano y otros muchos herejes para contestar la divinidad de Jesucristo, y la virginidad de María su madre: sin embargo los padres no recurrieron al medio propuesto por el anónimo para refutar sus calumnias. Si este fuera el modo de explicar este texto ¿lo habría ignorado toda la antigüedad? No se habría encontrado un hombre siquiera capaz de abrir los ojos á tantos sabios para la interpretación de un texto sobre el que tanto tiempo se ha disputado?

El anónimo insinúa (4) que el texto original de S. Mateo escrito en el idioma del país, es decir, en un idioma mezclado de siríaco y de caldeo, así como lo dice S. Gerónimo (5), jamás estuvo puro en las manos de los católicos, porque había sido corrompido por los ebionitas.

Calmet en su prefacio sobre S. Mateo, dice al contrario, que „este evangelio permaneció por un tiempo muy dilatado en toda su pureza en manos de los Nazarenos y primeros fieles, y después lo corrompieron los ebionitas, que se separaron de ellos.“

Añade „que en tiempo de S. Gerónimo existían todavía Nas-

II.
La alteración que el anónimo propone, se extiende hasta el texto original.

III.
La alteración que supone el anónimo no viene de la versión griega.

„zarenos, y que no se les imputaba un error semejante al de los ebionitas, pues no mutilaban el Evangelio.“

Según M. Fleuri (1), este evangelio de S. Mateo lo enseñó en Jerusalem Santiago el hermano del Señor, S. Bartolomé lo llevó y lo predicó en aquella parte de la India que está más cerca de nosotros, y los demás apóstoles se valieron de él.

Es indubitable que Santiago, siendo obispo de Jerusalem, lo leyó y explicó en el idioma de los Judíos para quienes había sido escrito.

San Simón que le sucedió en la misma silla, y se mantuvo cuarenta años, teniendo que enseñar á los mismos fieles, también les habría predicado en el mismo idioma.

¿Quién se atreverá á decir que estos santos obispos habrían sufrido que el texto original del primer evangelio estuviera corrompido á su vista y entre sus manos?

Eusebio (2), y después de él S. Gerónimo (3), refieren que habiendo ido S. Panteno á predicar á las Indias al fin del siglo segundo, encontró allá el evangelio de S. Mateo escrito en hebreo, que lo había dejado el apóstol S. Bartolomé.

Su texto á lo ménos cuando fué publicado por este apóstol, estaba en toda su pureza: y nadie ha notado que estuviera corrompido cuando lo encontró S. Panteno.

Por tanto, la conjetura del anónimo no se conforma con los monumentos más respetables de la historia eclesiástica.

Ni son más felices sus ideas sobre la traducción griega que se hizo desde el tiempo de los apóstoles.

Se imagina, que quien fué su autor, no estando bastantemente instruido en el idioma del país pudo traducir: *Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ*, en lugar de *genuit Joseph patrem Mariæ*.

Aunque allí hubo muchas traducciones griegas del evangelio de S. Mateo, como lo dice Papias (4), „es muy probable, dice M. de Tillemont, que hubo desde luego una tan autorizada, ó ya por la cualidad del que la hizo, ó ya por el consentimiento de la Iglesia, que todas las otras cedieron el lugar.“

Eusebio (5) nos muestra que habiendo presentado los obispos de Asia á S. Juan los evangelios que los tres evangelistas habían escrito antes que él, y que habían sido publicados y conocidos en todo el mundo, S. Juan los aprobó y los recibió.

Esta era la versión griega del evangelio de S. Mateo con el texto griego de S. Marcos y de S. Lucas. No ignoraba S. Juan el idioma vulgar de los Judíos de la Palestina en que estaba escrito el evangelio de S. Mateo, pues este era el idioma de su país. El sabía bien el griego, una vez que en esta lengua compuso sus obras canónicas; ¿cómo este apóstol tan ilustrado habría aprobado por ignorancia una versión del evangelio, en el que hubiera una falta tan grosera cual es la de tomar al padre de María por esposo suyo, traduciendo *Virum Mariæ* en lugar de *Patrem Mariæ*?

„Cuando se encontró el cuerpo de S. Bernabé hacia el año

[1] Fleuri, *Hist. eccl. l. i. n. 25.*—[2] Euseb. *Hist. eccl. l. v. c. 10.*—[3] Hier. de *Script. Eccl. c. XXIV.*—[4] Apud Euseb. *Hist. eccl. l. iii. c. 39.*—[5] Euseb. *Hist. eccl. l. vi. c. 24.*

(1) Disertación sobre la genealogía de Jesucristo, p. 40.—(2) *Ib. p. 31.*—(3) *Ib. p. 43.*—(4) *Ib. p. 38.*—(5) *Hier. l. iii. ad. Pelag. c. 1.*

1488 (estas son las palabras de M. de Tillemont (1)), tenía sobre el pecho escrito de su propia mano el Evangelio de S. Mateo, sobre maderas de thya, que era muy exquisita, y se traía del Oriente. El emperador Zenon quiso verlo, lo besó con respeto, lo adornó de oro, y lo hizo guardar en el palacio. No se dice que estuviera en hebreo, y parece muy probable que estaba en griego, pues anualmente el Jueves santo se leía el evangelio de este libro en la cámara del palacio. Esto pues manifiesta que desde el tiempo de los apóstoles hubo, como tenemos ya dicho, una versión auténtica en griego del evangelio de S. Mateo. Porque si este texto no hubiera sido el mismo que había entónces en la Iglesia, cualquiera habría notado la diferencia."

El anónimo confesará fácilmente que este evangelio de S. Mateo era una versión griega. Ella decía sin duda en el V. 16 de su primer capítulo: *Jacob autem genuit Joseph virum Mariae*; pues por confesión del anónimo nunca hubo variedad sobre esta lección en el griego, ni en las demás traducciones hechas sobre él, cualquiera que fuera el idioma en que se trasladaba.

¿Pero cómo podría ser auténtica esta versión, siendo tan defectuosa desde su principio? Un santo que ejercía su apostolado en compañía de los mismos apóstoles, y que había aprendido el hebreo y el griego en la escuela de Gamaliel, podría engañarse tanto que de su puño escribiera que José que era el padre de la santa Virgen era su esposo!

Reconozca pues el anónimo, que está mal fundado su sistema, y fuera de su lugar la corrección que ha hecho al texto del evangelio.

Para restablecer bien un texto de la Escritura, que se encuentra mal copiado ó mal traducido, no es la imaginación la que se debe consultar, sino los manuscritos, las diferentes lecciones, los textos originales, las versiones hechas en diversos idiomas, y el juicio y tradición de los padres de la Iglesia. En este sentido indubitablemente deben entenderse las reglas que dió el R. P. Houbigant; porque de otra suerte deberíamos apartarnos de él no obstante su mucha instrucción en las lenguas orientales. En conformidad con estas reglas, así entendidas, es como se restableció el famoso V. de la primera epístola de S. Juan: *Tres sunt qui testimonium dant in caelo*, omitido en antiquísimos manuscritos.

El anónimo no puede prevalecerse del texto original del evangelio de S. Mateo, pues ha muchísimo tiempo que este texto no subsiste. En su contra tiene este anónimo la novedad de su opinión, todas las versiones de este evangelio, griegas, latinas, siríacas, árabes, etiópicas; todos los manuscritos, todos los impresos, las lecciones de todas las iglesias del mundo, de la iglesia católica, de las iglesias cismáticas y de las de los hereges, que reciben el evangelio de S. Mateo. Todos los padres, sin excepción, todos los escritores eclesiásticos, desde el tiempo de S. Mateo hasta el nuestro, todos han leído en todos idiomas, y nosotros también con ellos leemos hoy: *Jacob autem genuit Joseph virum Mariae, de qua natus est Jesus, y no patrem Mariae.*

(1) *Tall. Hist. eccl. l. v. p. 284.*

¡Cuán grande es el peso de tan respetable autoridad! ¡Y cuánto abruma al autor de esta Disertación!

Esa lección que puede llamarse católica ó universal, no impide el que pueda adoptarse cualesquiera otro sistema para conciliar á S. Mateo con S. Lucas sobre la genealogía de Jesucristo. La Iglesia no ha decidido cuál de los dos evangelistas es el que ha dado la genealogía de la santa Virgen y de S. José.

Y si después de todos los esfuerzos del ingenio humano no estamos satisfechos con la solución de esta célebre dificultad, acordémosnos, así nos lo previene S. Agustín, que Dios ha permitido esta dificultad y otras semejantes, para que muchos se ocupen en su examen con una humildad piadosa, y se cieguen los que por su soberbia merezcan ese castigo: *Ut per haec ipsa quas in eis contraria videri possunt, multi excoecentur digni traditi in concupiscentias cordis et in reprobum sensum, et multi exerceantur ad obtinendam pius intellectum.*

SEGUNDA PARTE.

Suplemento á las observaciones de M. Seville sobre la genealogía de Jesucristo.

No puedo ménos que aplaudir el justísimo celo con que M. Seville se levanta contra el anónimo, que bajo el pretexto de explicar el texto de S. Mateo, altera la lección; pero podía llevar más lejos sus observaciones; podía negar á su contrario cierta ventaja que muy fácilmente le concede; nada oponerle no solamente el peso de la autoridad, sino también el de la crítica, que para su contrario vale más que el de la autoridad.

Es ciertísimo que por la diversidad que se advierte entre las dos genealogías de Jesucristo, ha habido sabios intérpretes que hayan pensado, que la una es de la santa Virgen, y la otra de S. José; pero en S. Lucas es donde han pretendido encontrar la de la santa Virgen. No tiene, pues, en esto el anónimo la ventaja de sostener un parecer que adoptaron ántes de él intérpretes sabios. Ninguno ha imaginado hablar en S. Mateo la genealogía de la santa Virgen. Muy bien ha podido pretenderse, que siendo S. José y la santa Virgen de una misma tribu y familia, la genealogía de la santa Virgen esté contenida en la de S. José; pero no creo que nadie haya pensado que esta fuese la de la santa Virgen, como hija del mismo José. Esta pretensión del anónimo es tan extraordinaria y tan inaudita, como la corrección que en su consecuencia propone. El texto se opone visiblemente á dicha corrección por la palabra *genuit*, que repetida de linage en linage hasta José, para en él: *Jacob autem genuit Joseph*, y demuestra que así es precisamente, sin que pueda haber otra, la de S. José, esposo de María, de la cual nació Jesús: *Jacob autem genuit Joseph virum Mariae de qua natus est Jesus.*

Lo que ha hecho presumir que la genealogía referida por S. Lucas podía ser la de la Virgen, sin embargo de no estar nombrada en ella, es que allí se dice de José, no que fué engendrado por Heli, sino simplemente que le pertenecía: *Joseph qui fuit Heli;*

UNIVERSIDAD ADAM

IV.
Cuántos tonos
diferentes se
forman con-
tra el siste-
ma del anó-
nimo.

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

UNIVERSITY OF CHICAGO

sobre lo cual se ha observado, que siendo hijo de Jacob, podria pertenecer á Heli como su yerno; de donde se ha deducido, que habiendo dado S. Mateo la genealogia de Jesucristo por parte de S. José, hijo de Jacob y esposo de la Virgen, S. Lucas la dió por parte de la santa Virgen, esposa de S. José; ó si se quiere, por S. José, esposo de la santa Virgen y yerno de Heli. De este modo se concilian ambas genealogias; pero esto es muy diferente de lo que pretende el anónimo.

En el mismo S. Mateo es donde el anónimo quiere hallar la genealogia de la santa Virgen, y por eso quiere que en lugar de *Joseph, virum Marias*, se lea: *Joseph, patrem Marias*, ó alguna cosa equivalente. A esta extrana pretension se opone no solamente, como lo muestra M. Sezille, la autoridad de todos los ejemplares de S. Mateo y de todos los santos doctores que han tenido ocasion de hablar de este texto, sino que aun el texto mismo está opesto; lo que tal vez es el argumento mas poderoso que puede presentarse á este contrario; porque bien sabe que la autoridad está en su contra; pero cree tener en su favor el texto de S. Mateo explicado segun las reglas de la critica: conviene, pues, hacerle ver, que abusa de este arte, y que la misma critica reclama contra el abuso que hace de ella.

M. Sezille supone que las reglas de critica dadas por el R. P. Houbigant, y alegadas con confianza por el anónimo, deben entenderse dependientes de la autoridad de los manuscritos. El anónimo tal vez no advierte, que uno de los principios de aquel sabio oratoriano es, que conviene usar de la critica en defecto de la autoridad de los manuscritos. *Quartus fons emendationis, ars critica utenda ubi codicum abest auctoritas*: este es el asunto de un articulo entero de sus prolegómenos; he aquí el principio de que se vale el anónimo, pero de que abusa. Es menester manifestarle que á juzgar del texto de S. Mateo, aun prescindiendo de los manuscritos y de los padres, y por las solas reglas de la critica, no es verisimil que haya escrito S. Mateo *patrem Marian*, ni otra cosa equivalente; sino que ha debido decir *virum Marias* como leemos nosotros y como leyeron tambien todos los antiguos.

Inútilmente el anónimo hace una ostentacion de erudicion para mostrar que pueden haberse cometido algunas erratas en los libros santos, y particularmente en las genealogias que en ellos se encuentran; porque el único punto que debe examinarse es, saber si de hecho hay algun defecto en el texto de que ahora se trata, y la misma critica manifestará que no hay en el error alguno. En efecto, consideremos algunas observaciones que concurren á probarlo.

1.ª Sea que S. Mateo haya escrito su Evangelio en hebreo ó en siro-caldeo, no hay en estas lenguas semejanza alguna entre la palabra que significa *Virum* y la que significa *Patrem*, así como no la hay entre estas dos palabras latinas; y así no es verisimil que los copistas hayan podido tomar una por otra. De tres conjeturas que propone el anónimo para descubrir el origen de este pretendido error, destruye dos. Subdivide la tercera en otras cuatro: tan difícil así es percibir por dónde haya podido venir este *Virum*, que segun el anónimo, no debe haberlo en el texto; y de es-

II.
El anónimo
toma en su
contra no so-
lamente la au-
toridad de to-
dos los ejem-
plares de los
Evangelios,
y la de todos
los santos
doctores, si-
no la del tex-
to mismo.

III.
Observa-
ciones que con-
curren á pro-
bar que el
texto de San
Mateo es cu-
al debe ser;
es decir, que
debe leerse
virum, y no
patrem.

tas cuatro últimas conjeturas ninguna presenta en el original el *Patrem*, que segun él, debería estar. No lo hace venir allí sino por perifrasis eufemáticamente opuestas á la sencillez del texto; tan cierto como esto es que el anónimo no ha encontrado en la lengua original semejanza alguna entre *Patrem* y *Virum*. Entre tanto una de las reglas de critica admitida por el P. Houbigant, es que para justificar una correccion es necesario asegurarse de la semejanza que facilmente ha podido engañar á los copistas: *In corrigendo vitioso scripto loco, emendatio sic fieri debet, ut locus emendatus, cum eodem qualis erat priusquam emendaretur, similitudinem nonnullam retineat*. Hace muchos esfuerzos el anónimo para encontrar esta semejanza; mas la busca siempre en otros lugares y no en ese *Patrem*, donde debería hallarse, y por tanto camina descarriado. Efectivamente no hay semejanza alguna entre *Patrem* y *Virum*, y por consiguiente habiendo todos los copistas escrito *Virum*, es prueba de que en realidad los ejemplares de S. Mateo siempre han dicho *Virum*.

2.ª Por el mismo capítulo de S. Mateo consta que el esposo de la santa Virgen se llamaba José; y toda la continuation del texto concurre á probar que este José, esposo de la Virgen, es aquel mismo cuya genealogia acaba de dar el Evangelio; y que por tanto S. Mateo verdaderamente escribió: *Joseph, Virum Marias*.

3.ª Efectivamente, si aquel José de quien trata la genealogia desde el v. 2. hasta el 18, no es el esposo de Maria de quien habla en el 18, y en los siguientes, ¿cómo se olvida de decirnos en el 18, que este José es el esposo de Maria? Cuando S. Lucas comienza á hablar de José, esposo de Maria, he aquí como se explica: «El ángel Gabriel fué enviado por Dios á una virgen desposada con un hombre llamado José, el cual era de la casa de David: *Ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph, de domo David (1)*." ¿Se expresa así S. Mateo? El dice sencillamente: «El nacimiento de Jesucristo acaeció de este modo: Maria su madre, estando desposada con José, se halló en cinta &c. *Cum esset desponsata mater ejus Maria Joseph &c. (2)*." Ved aquí un José repentinamente introducido en la relacion del historiador, sin que nos diga quien es este José que ocupa un lugar tan distinguido en la historia del Salvador; ¿es esto verisimil? Si el historiador no lo hace conocer aquí, es por ser este José el mismo que ya hizo conocer en el v. 16, diciendo: *Jacob autem genuit Joseph, Virum Marias*.

4.ª S. Mateo en el v. 20, nos habla del ángel que apareció á José esposo de Maria, dice así: *Joseph, fili David*. Siendo esta cualidad de hijo de David tan interesante en la secuela de esta historia, era tambien un nuevo motivo que obligaba á S. Mateo á comenzar como S. Lucas con decirnos que este José, esposo de Maria, era de la casa de David. Así pues si él no lo dijo en el v. 18, es porque ya lo tenia dicho en el 16, mostrando que de David descendia este José, esposo de Maria: *Jacob autem genuit Joseph, Virum Marias*.

(1) Luc. 1. 26. et 27.—(2) Matth. 1. 18.

5. Si, contra toda verisimilitud, debiera distinguirse el José del V 16 de el del 18; si el del 16 hubiera sido el padre de María, y S. Mateo hubiera querido darnos la genealogía de María, naturalmente debería haber continuado hasta ella el *genuit* que ha venido repitiendo sin interrupcion de generacion en generacion desde el principio de esta genealogía, de manera que despues de haber dicho: *Jacob autem genuit Joseph*, habria añadido: *Joseph autem genuit Mariam, de qua natus est Jesus*; y no es esto lo que dice. El *genuit* repetido por S. Mateo de generacion en generacion solo llega hasta José: *Jacob autem genuit Joseph*; aqui es donde para esta genealogía, y en esto se nos manifiesta que la intencion de S. Mateo es darnos la genealogía, no de María, sino de José, esposo de María: *Jacob autem genuit Joseph, Virum Mariæ*.

El anónimo previó esta objeción, y véase como la responde: Para excluir esta expresion tan sencilla: *Joseph autem genuit Mariam*, dice con una confianza sin igual: «La santa Escritura nunca se sirve de esa construcción para el nacimiento de las hijas en particular, lo cual es digno de admiración y es sin embargo una regla general sin alguna excepcion (4).» Verisimilmente este hombre sabio nunca leyó la Biblia en hebreo; y parece que tampoco la leyó en la version latina del P. Houbigant. Allí habria visto estas palabras enteramente conformes con el texto original: Génesis, xvi. 23. *Bathuel autem genuit Rebecca*. No pretendo buscar otros ejemplos; uno solo es suficiente para confundir al anónimo.

Sin embargo, escuchemos todavía otra reflexión que propone: «Si vosotros suponéis, dice, que S. Mateo habria debido decir: *Joseph autem genuit Mariam*, ¿no podría yo preguntar tambien por qué S. Mateo no continuó diciendo: *Mariam autem genuit, peperit Jesum*?» Por qué porque habiéndolo concluido el encadenamiento sucesivo de estos *genuit* en *Joseph*, y no extendiéndose hasta *Mariam*, no debió volverlo á tomar para *Jesum*; por tanto esto mismo prueba que la genealogía dada por S. Mateo, termina en José, esposo de María: *Jacob autem genuit Joseph, Virum Mariæ, de qua natus est Jesus*.

Y así es que los principios de la misma crítica, demuestran que la palabra *Virum*, debe conservarse en el texto de S. Mateo.

En cuanto á la pregunta que hace de por qué S. Mateo, queriendo dar la genealogía de Jesucristo, da la de José esposo de María, de la cual nació Jesucristo, se la respuesta ya de una manera satisfactoria en los mas de los comentarios; yo creo que sobre esto se debe estar á la Disertacion de Calmet.

En cuanto á la ventaja que el anónimo pretende sacar de que no es fácil hallar en la última parte de la genealogía de Jesucristo las catorce generaciones que en ellas cuenta S. Mateo, convendremos en que la dificultad puede originarse de algun olvido del copiante; pero no concederémos que este sea el error que el anónimo supone. En esta última parte el solamente cuenta doce generaciones; y pretende que debe leerse *Patrem Mariæ*, á fin de que María forme la décima tercera generacion, y Jesucristo la décima

(1) Disertacion sobre la genealogía de Jesucristo, p. 82.

cuarta. Nosotros respondemos que parece que los copiantes confundieron mas arriba á *Joaquin*, padre de *Jecanias*, con *Jecanias* su hijo; que *Joaquin* es el décimo cuarto antes de la cautividad, y *Jecanias* el primero despues de la cautividad, de manera que entonces el décimo tercero es José, esposo de María, de la cual nació Jesus, que es el décimocuarto. Así es como comunmente se explica esto, y esta interpretacion conserva en José la cualidad de esposo de María: *Virum Mariæ*.

Al concluir estas observaciones recibí la respuesta del anónimo á las observaciones de M. Sezille.

1.º Dice que no es su intento mudar el texto, sino restablecerlo en su pureza; pero bajo el pretexto de este restablecimiento lo muda. Es como un hombre que creyendo ver sobre la mano de una magnífica estatua, una mosca, la dió un golpe con una vara, y le echó abajo un dedo. No pretendía yo, dice él, más que espantar la mosca; ¿qué me importa á mí tu intencion, respondió el escultor, cuando me has echado á perder mi obra!

2.º El texto que alega de S. Agustín (1), no admite que se presume haber habido error en el copiante ó en el traductor, sino cuando el texto sagrado parece presentar alguna cosa contraria á la verdad: *Si aliquid offendero, quod videatur contrarium veritati*. Y es acaso contrario á la verdad que el José del V 16, sea esposo de María? A él le parece difícil conciliar estos; pero por fin esto es falso! La santa Virgen ciertamente estaba desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; y acaba de verse que este no puede ser otro que aquel de quien se habló en el V 16.

3.º Le parece contrario á la verdad hacer descender á Jesucristo de S. José esposo de María, así como parece, dice, hacerlo el V 16. Pero este verso no lo hace descender de José, sino de María esposa de José, que es cosa muy diversa: *Jacob autem genuit Joseph, Virum Mariæ, de qua natus est Jesus*. Hacerlo descender de José sería quitar á María la prerrogativa de su virginidad; y hacerlo descender de sola María es conservar la toda su gloria.

4.º Le parece contrario á la verdad darle á este José un padre y unos antepasados enteramente diversos de los que le da S. Lucas. Pero ya hemos visto cuán fácil es conciliar sobre esto á los dos evangelistas.

5.º Nadie, dice, se inquieta, porque en el Salmo xxi se traduce *Foderunt*, en lugar de *Sicut leo*; mas el *Sicut leo* no se encuentra mas que en los ejemplares hebreos; todos los griegos y latinos reclaman por el *Foderunt*; ¿donde están los que reclaman por *Patrem*?

6.º Para probar que debe leerse *Patrem*, nos cita un solo ejemplar que dice *desponsata*. Y esto no tiene mucha relacion! *Joseph cui desponsata Maria genuit Jesum*. Un solo ejemplar que presenta una leccion muy diversa de las otras, no basta para acusar de error á los demas. A mas de esto, aunque las expresiones sean diferentes, substancialmente es uno mismo el sentido. Mas ¿por qué

(1) Ep. 82. ad Hier. al. 19. n. 2.

Y.
Respuestas
del anónimo
á las obser-
vaciones de
M. Sezille.
Observacio-
nes sobre es-
tas respuestas.

se habrá puesto *desposata*, si allí se habia puesto *Virum*. Esto se hizo para explicar este *Virum*, y así este mismo ejemplar tambien prueba que así debe leerse.

7.º El silencio de los apóstoles y de los primeros discipulos de Jesucristo sobre este *Virum*, que en su concepto presenta una *dificultad enorme*, lo obliga á creer que no existia entonces esta dificultad, sino que se leia alguna palabra equivalente á *Patrem*; porque él no se atreve á decir que se leia *Patrem*; muy bien conoce que ninguna semejanza hay entre lo uno y lo otro; mas en aquellos primeros siglos no se escribian comentarios. Por otra parte, la dificultad no es tan grande. El Mesias debia nacer de una Virgen de la casa de David; pero virgen desposada con un hombre de la misma familia; de manera que el Mesias fué reputado hijo de este hombre. Era pues conveniente que se nos diera la genealogia de este hombre esposo de la Virgen, de la que el Mesias debia nacer; por tanto la genealogia de este hombre formaba necesariamente la de Jesucristo, que nació de la esposa de este hombre; así es que S. Mateo dándonos la genealogia de Jesucristo por parte de S. José esposo de María, de la cual nació Jesús, no hizo mas que lo que debia hacer. Sobre lo dicho despues de habernos dado la genealogia de Jesucristo por S. José esposo de María, podria sernos útil dárnosla tambien por María esposa de José, que siendo hijo de Jacob era por lo mismo yerno de Heli; esto es lo que hizo S. Lucas. No hay pues contradiccion alguna entre estos dos evangelistas; y todo está como debia estar.

No ignoro que han aparecido despues algunos pequeños escritos en que se pretende sostener el sistema del anónimo. Los he recibido y los he leído; pero prefiero simplificar las controversias, y en esto creo conformarme con el gusto de mis lectores. Por esto creí que seria bastante insertar algunas palabras ó algunas frases mas en mis observaciones antecedentes. Así lo he ejecutado con esta nueva edicion; y me atrevo á esperar que mis lectores convendrán en que esto es suficiente contra un sistema ruinoso por sí mismo. Yo les dejo el cuidado de que por sí mismos reconozcan la solidez de las observaciones de M. Sezille, y aprecien el valor de las que creí poder agregar; y me remito á su discrecion y equidad.

DISERTACION

SOBRE

SAN JOSÉ,

ESPOSO DE LA SANTA VIRGEN.

Lo poco que la Escritura nos dice de S. José le es tan glorioso, y las cuestiones que se suscitan sobre su persona son tan interesantes, que nos hemos creído obligados á tratarlas aquí en una Disertacion particular. S. José es uno de los mas ilustres vástagos del tronco de David. El es esposo de María, custodio de su virginidad, padre nutricio de Jesucristo, y declarado *justo* por el órgano mismo del Espiritu Santo; tales son las prerogativas que la Escritura le atribuye. ¿Cuál es su genealogia, cuál su oficio? Antes de la santa Virgen tuvo otra esposa? ¿tuvo sucesion en la primera muger, ó siempre guardó continencia? ¿Solamente habia dado esposales á la santa Virgen cuando la observó en cinta? ¿Como llegó á ser su esposo? ¿Por qué intentó dejarla? ¿En qué sentido es llamado *justo*? ¿Cuándo murió, y donde fué sepultado? He aquí las cuestiones que se mueven sobre su persona, y que nos hemos propuesto tratar con alguna extension.

Que S. José haya sido de la tribu de Judá y del linage de David, lo expresa la Escritura de una manera decisiva. S. Pablo en la epistola á los Hebreos (1) dice ser cosa manifiesta que Jesus nuestro Señor nació de la familia de Judá; y en S. Mateo el ángel llama á José hijo de David: *Joseph filii David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam* (2). Finalmente el mismo evangelista da su genealogia por David desde Abraham (3).

Diversos autores así antiguos como modernos, han creído que S. Lucas (4) formó tambien la genealogia de José desde Adán hasta Heli; pero hay sobre esto algunas dificultades de las que ya hemos hablado en la Disertacion sobre la de Jesucristo, y aun tocarémos despues. Otras dos tenemos que examinar aquí, y consisten en saber si José era el único heredero de la familia de David, como lo ha creído un crítico de nuestros dias (5), ó si solamente era el pariente mas cercano de la Virgen, la que siendo, segun muchos padres (6), hija única

I.
Prerogativas que la Escritura atribuye á San José. Cuestiones que se mueven sobre su persona.

II.
Cuál era la genealogia de S. José.

(1) Hebr. vi. 14.—(2) Matth. i. 20.—(3) Matth. i. 2. et seqq.—(4) Luc. iii. 23. et seqq.—(5) Harduin. Chronol. Fel. Test. p. 223.—(6) Hilar. in Matth. i. Euseb. Hist. ecc. l. i. c. 7. Cyrill. contra Julian. Ezech. q. 2. in Matth. Theophyl. Baitym. in Matth. l. Vide Maldonat. in Matth. l. xvi. Græ. Brug. et alios.

se habrá puesto *desposata*, si allí se había puesto *Virum*. Esto se hizo para explicar este *Virum*, y así este mismo ejemplar también prueba que así debe leerse.

7.º El silencio de los apóstoles y de los primeros discípulos de Jesucristo sobre este *Virum*, que en su concepto presenta una *dificultad enorme*, lo obliga á creer que no existía entonces esta dificultad, sino que se leía alguna palabra equivalente á *Patrem*; porque él no se atreve á decir que se leía *Patrem*; muy bien conoce que ninguna semejanza hay entre lo uno y lo otro; mas en aquellos primeros siglos no se escribían comentarios. Por otra parte, la dificultad no es tan grande. El Mesias debía nacer de una Virgen de la casa de David; pero virgen desposada con un hombre de la misma familia; de manera que el Mesias fué reputado hijo de este hombre. Era pues conveniente que se nos diera la genealogía de este hombre esposo de la Virgen, de la que el Mesias debía nacer; por tanto la genealogía de este hombre formaba necesariamente la de Jesucristo, que nació de la esposa de este hombre; así es que S. Mateo dándonos la genealogía de Jesucristo por parte de S. José esposo de María, de la cual nació Jesús, no hizo mas que lo que debía hacer. Sobre lo dicho despues de habernos dado la genealogía de Jesucristo por S. José esposo de María, podría sernos útil dárnosla también por María esposa de José, que siendo hijo de Jacob era por lo mismo yerno de Heli; esto es lo que hizo S. Lucas. No hay pues contradicción alguna entre estos dos evangelistas; y todo está como debía estar.

No ignoro que han aparecido despues algunos pequeños escritos en que se pretende sostener el sistema del anónimo. Los he recibido y los he leído; pero prefiero simplificar las controversias, y en esto creo conformarme con el gusto de mis lectores. Por esto creí que sería bastante insertar algunas palabras ó algunas frases mas en mis observaciones antecedentes. Así lo he ejecutado con esta nueva edición; y me atrevo á esperar que mis lectores convendrán en que esto es suficiente contra un sistema ruinoso por sí mismo. Yo les dejo el cuidado de que por sí mismos reconozcan la solidez de las observaciones de M. Sezille, y aprecien el valor de las que creí poder agregar; y me remito á su discreción y equidad.

DISERTACION

SOBRE

SAN JOSÉ,

ESPOSO DE LA SANTA VIRGEN.

Lo poco que la Escritura nos dice de S. José le es tan glorioso, y las cuestiones que se suscitan sobre su persona son tan interesantes, que nos hemos creído obligados á tratarlas aquí en una Disertacion particular. S. José es uno de los mas ilustres vástagos del tronco de David. El es esposo de María, custodio de su virginidad, padre nutricio de Jesucristo, y declarado *justo* por el órgano mismo del Espíritu Santo; tales son las prerogativas que la Escritura le atribuye. ¿Cuál es su genealogía, cuál su oficio? Antes de la santa Virgen tuvo otra esposa? ¿tuvo sucesion en la primera muger, ó siempre guardó continencia? ¿Solamente había dado esposales á la santa Virgen cuando la observó en cinta? ¿Como llegó á ser su esposo? ¿Por qué intentó dejarla? ¿En qué sentido es llamado *justo*? ¿Cuándo murió, y donde fué sepultado? He aquí las cuestiones que se mueven sobre su persona, y que nos hemos propuesto tratar con alguna extension.

Que S. José haya sido de la tribu de Judá y del linage de David, lo expresa la Escritura de una manera decisiva. S. Pablo en la epístola á los Hebreos (1) dice ser cosa manifiesta que Jesus nuestro Señor nació de la familia de Judá; y en S. Mateo el ángel llama á José hijo de David: *Joseph filii David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam* (2). Finalmente el mismo evangelista da su genealogía por David desde Abraham (3).

Diversos autores así antiguos como modernos, han creído que S. Lucas (4) formó tambien la genealogía de José desde Adán hasta Heli; pero hay sobre esto algunas dificultades de las que ya hemos hablado en la Disertacion sobre la de Jesucristo, y aun tocarémos despues. Otras dos tenemos que examinar aquí, y consisten en saber si José era el único heredero de la familia de David, como lo ha creído un crítico de nuestros días (5), ó si solamente era el pariente mas cercano de la Virgen, la que siendo, segun muchos padres (6), hija única

I.
Prerogativas que la Escritura atribuye á San José. Cuestiones que se mueven sobre su persona.

II.
Cuál era la genealogía de S. José.

(1) Hebr. vi. 14.—(2) Matth. i. 20.—(3) Matth. i. 2. et seqq.—(4) Luc. iii. 23. et seqq.—(5) *Harleian. Chronol. Fel. Test.* p. 223.—(6) Hilar. in Matth. i. Euseb. Hist. ecc. l. i. c. 7. Cyrill. contra Julian. Euseb. q. 2. in Matth. Theophyl. Baitym. in Mat. l. Vide Maldonat. in Matth. l. xvi. Græ. Brug. et alios.

y única heredera de su familia, debía conforme á la ley (1) darse en matrimonio á José.

En cuanto á la primera dificultad, vemos que no tiene otro fundamento que una expresion mal entendida. Se pretende que en tiempo de Jesucristo no se conocia entre los Judios otro varon que hubiera quedado del linage de David sino José, y Jesus que pasaba por hijo suyo. Por lo cual se dice que los mismos gentiles instruidos por los Judios se dirigian á Jesus nombrandolo *hijo de David*. Sobre esto se cita el pasage de los dos ciegos curados por Jesucristo: *Miserere nostri, fili David* (2); y el de la Cananea: *Miserere mei, Domine, fili David* (3); se pretende que esta expresion *fili David*, quiere decir en estos dos lugares: Tú que eres el único heredero del reino de David por el derecho de tu nacimiento &c. Agrégase á esto lo que decía el pueblo hablando de Jesucristo: *Numquid hic est filius David* (4) que significa: No es este el heredero legitimo del reino? Agrégase finalmente á esto la aclamacion del pueblo: *Hosanna filio David* (5); y se sostiene que quiere decir: La fuerza y el poder sea al presente dada por Dios al heredero del reino de David. A continuacion se dice que tambien los Judios y los gentiles dan á Jesus este titulo, *fili David*; el ángel igualmente se lo da á José: *Joseph fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam* (6). Este titulo, añaden, debe explicarse en las dos partes de una misma manera, es decir, con el artículo que los franceses le ponen de este modo: *José el hijo de David*; de suerte que esto significa que José era entonces el único hijo y heredero de David.

Mas este artículo no está contenido necesariamente en la expresion de la Vulgata; y si allí debiera hallarse, se encontraría en el griego, donde no está. Esto sencillamente dice: *José hijo de David* (7); y la expresion de la Vulgata no encierra mas. Lo mismo es la expresion de los dos ciegos y de la Cananea. Los primeros simplemente decian: *Ayúdame de nosotros, hijo de David* (8); la segunda con la misma sencillez dijo: *Compadécete de mí, Señor, hijo de David* (9). Es verdad que el pueblo hablando de Jesucristo decía: *¿No es este el hijo de David* (10)? y que despues exclamó: *Hosanna al hijo de David* (11). El griego en los dos lugares usa del artículo que expresamos nosotros en nuestro idioma; mas de esto no puede concluirse que Jesucristo sea tenido en ambos como el único heredero del reino de David; lo que solamente se deduce es que los Judios entonces comprendian que Jesucristo podía ser el hijo de David que estaba prometido; es decir, el Mesías que debía nacer del linage de este principe. Y por otra parte no es sabido que el emperador Vespasiano, mucho tiempo despues de la muerte de Jesucristo hizo que se buscaran con el mayor empeño todos los descendientes de David (12), para hacerlos morir, é impedir así á los Judios todo motivo de rebelion, quitándoles toda esperanza de restablecer su monarquía? Luego no se creía que Jesucristo hubiera sido el ultimo heredero del linage de

(1) Num. xxviii. 6. 7.—(2) Matth. ix. 27.—(3) Matth. xv. 23.—(4) Matth. xv. 22.—(5) Matth. xxi. 9.—(6) Matth. i. 20.—(7) Ibid.—(8) Matth. ix. 27.—(9) Matth. xv. 23.—(10) Matth. xxi. 23.—(11) Matth. xxi. 9.—(12) Euseb. Hist. eccl. l. i. c. 13.

David; luego se sabia que todavía quedaban herederos de ese mismo linage.

En cuanto á la opinion que pretende haber sido S. José el pariente mas cercano de la Virgen, y haber sido María la única heredera de su casa, decimos que no es nueva, pues así lo han afirmado S. Hilario, S. Cirilo de Alejandría, Eusebio de Cesarea, S. Eucherio, Eutimio, Teofilacto y otros muchos. Pero se trata de presentar pruebas. Los antiguos evangelios del nacimiento de María y el Protoevangelio de Santiago expresan con bastante claridad, que María fué hija única de Ana y Joaquin; pero están tan desacreditados estos libros, que nadie se atreve á citarlos; y esto lo único que prueba es ser muy antigua la opinion.

A mas de esto, los autores antiguos de estos Evangelios apócrifos que acaban de citarse, no dicen que fué obligado S. José á desposarse con la santa Virgen, como que era su mas cercano pariente; antes dicen lo contrario. Los padres, exceptuando tal vez á S. Epifanio (1), tampoco lo expresan. Pero muchos infieren que la santa Virgen era de la tribu de Judá y tambien de la familia de David, de la que descendía José, y que las hijas, principalmente siendo herederas, debian casarse con los de su tribu ó de su familia. Ninguno de los antiguos ha dado á S. José una santa Virgen; muchos (2) le han dado solamente hermanas. Pero aun cuando no hubiera tenido ni uno ni otro, no podrá inferirse con certidumbre ni que S. José fuera su mas cercano pariente, ni tampoco de su familia. La ley obliga á las hijas herederas á desposarse en su tribu (3); y comentaros célebres pretenden que las obligaba á desposarse con alguno de su familia; mas en esto no están todos de acuerdo.

La comparacion de las dos genealogías referidas por S. Mateo y S. Lucas se ha hecho para mostrar que la santa Virgen era de la misma familia que S. José. Es preciso confesar que el primero en el principio de su evangelio dió la genealogía de S. José; pero muchos dudán que el segundo haya querido formar la misma; lo que es muy cierto es, que estos dos evangelistas no siguen la misma linea genealógica desde David hasta Salubiel, padre ó abuelo de Zorobabel, ni desde este hasta S. José, esposo de María, que es el último de su lista genealógica. En S. Mateo se le da á José por padre uno llamado *Jacob*; y en S. Lucas uno nombrado *Heli*. Se advierte que estas dos personas pueden ser nombradas padres de José por diferentes respectos, la una segun la ley, y la otra segun la naturaleza; ó la una segun la carne, y la otra segun la adopcion; ó finalmente, la una porque engendró á José, y la otra porque engendró á María, esposa de José. Esto es lo que se ha expuesto con mayor extension en la Disertacion sobre la genealogía de Jesucristo, la cual puede consultarse.

Algunos (4) han creído que José reunía en su persona los derechos del sacerdocio y del reino, por ser del linage de David y

(1) Epiph. haer. 78. c. 7.—(2) Vide Hieron. in Matth. xxvii. in Helvid. c. vii. Theod. in ep. ad Gal. p. 268. Petr. Chrysolog. serm. 48. Bedam. in Marc. in. 18.—(3) Num. xxvii. 6.—(4) Serm. 3. in Annuntiat. Virg. p. 323. 324. Appendix. t. 3. Oper. S. Aug. nov. edit. léon. qui ser. 25. et in Nat. Domini append. Locan. p. 632.

de la familia de Aaron. Pero ni en la Escritura ni en la tradicion hallo cosa que confirme esta opinion. Es verdad que la santa Virgen estaba ligada con la familia sacerdotal, supuesto que su prima santa Isabel era de las hijas de Aaron; mas esto no prueba que José haya sido de la misma familia. Algunos antiguos dijeron tambien que nuestro Salvador era á un mismo tiempo sacerdote del linage de Aaron, y rey de la familia de David; mas aunque esto haya sido cierto por parte de nuestro Salvador, no se sigue que lo sea por la de S. José. Segun las Escrituras, Jesucristo era sacerdote y rey; sacerdote, segun el orden de Melchisedec, y no segun el orden de Aaron; y rey de un reino muy diferente de los del mundo.

En cuanto al oficio que ejerció S. José, una tradicion muy antigua y muy noble enseña que era el de carpintero. El evangelio apócrifo que lleva el nombre de Santiago, dice expresamente, que él construía casas (1), y que cuando sonó la trompeta sagrada, invitando á todos los viudos de Israel á que concurrieran al templo, teniendo cada uno una vara en la mano, José dejó su destal (2), y se fué al templo con los demas. Tambien se lee en el evangelio apócrifo de la infancia de Jesus (3), que el Salvador iba con S. José su padre por la ciudad á donde quiera que lo llamaban, para que hiciera cofres, arneros y puertas; y que cuando alguna madera salía muy larga ó muy corta, Jesus con el contacto de su mano la reducía luego al tamaño conveniente. Yo no cito estas obras como reconociendo su utilidad, sino porque son antiguas, y atestiguan la tradicion de su tiempo.

S. Justino Mártir (4) refiere que nuestro Salvador trabajaba con su padre haciendo yugos y carros. S. Ambrosio (5) dice que trabajaba en cortar maderas, labrarla, y formar edificios u otras obras semejantes. Pero en el mismo lugar añade que se servía de los instrumentos de albañil ó cerrajero; relacion que tomó de Teófilo de Antioquia. Teodoro y Sorómeno (6) refieren, que Libanio preguntó cierto día á un cristiano, qué era lo que estaba trabajando Jesucristo. Está haciendo, le respondió, un atahud al emperador Juliano. El autor de la obra imperfecta (7) sobre S. Mateo, santo Tomas y los mas de los comentadores modernos convienen tambien en que S. José era carpintero. Esta es la tradicion de todo el Oriente; y esta es de la que sacó Mahoma que S. José trabajó como carpintero en el templo del Señor.

Sin embargo como la palabra griega de que se sirven los evangelistas (8) para denotar la profesion de S. José, significa en general un oficial ó un artesano, creyeron muchos antiguos que era cerrajero ó albañil. Así lo dice expresamente S. Hilario (9): *Jesus fabri erat filius ferrum; igne vincens.* Nosotros tenemos ya visto, que S. Ambrosio no desaprobaba esta opinion, supuesto que una este oficio con el de carpintero: *Pater Christi igne operatur et spiritu,*

(1) Protóevangel. Jacobi, 11. 2.—(2) *Ibid.* u. 9.—(3) *Evangel. infantia*, n. 38.—(4) *Justin. Martir. Dialog. cum Tryphone*.—(5) *Ambros. in Luc.* l. vi. n. 2. p. 1314. *et Theophil. Antioch. in Math.* xiii. (6) *Theodoret. Hist. eccl.* l. vi. c. 18. *Sorómen. Hist. eccl.* l. vi. c. 2.—(7) *Auth. operis imperf. in Math.* x. v. 18.—(8) *Math.* xiii. 55. *Marc.* vi. 2.—(9) *Hilar. in Math.* xiii.

et tanquam bonus animae faber vilita nostra circumdolat. &c. El Venerable Beda (1) escribiendo sobre S. Marcos dice tambien, de un modo misterioso y alegórico, que Jesus es hijo del que obra por el fuego y por el espíritu, y que bautiza en el espíritu y en el fuego. S. Pedro Crisólogo (2) sigue la misma alusion perfiraseando las palabras de los de Nazaret que decían, que Jesucristo era hijo de un artesano: *Fabri filius.* Tenian razon, sin saberlo, dice el santo, pues el Salvador es hijo del que crió el mundo, *non malleo, sed procepto*; que formó toda la mole del mundo, *autoritate, non carbone*; que dió fuego y luz al sol, *non terrenis igne, sed superno calore*. El texto hebreo de S. Mateo presentado por Tilo, lo explica de la misma manera. El Cardenal Hugo hace platero á S. José, sin oponerse á los que lo hacen albañil. Los Bolandios (3) citan tambien un quinto sermón de S. Agustin sobre la Natividad, en el que se dice que era albañil. Finalmente Cornelio á Lápide alega otro lugar del mismo padre, donde se lee que construía casas; pero verosimilmente mas bien como carpintero que como albañil. Porque debe confesarse que la opinion mas antigua y la mas seguida es que era carpintero; y los que han dicho que era cerrajero ó albañil han querido seguir la alegoria que les ofrecia la voz vaga y genérica de *Faber*.

Muchos autores han sostenido que S. José siempre conservó una perfecta virginidad. S. Gerónimo es el principal defensor de esta opinion, en lo que escribió con ra Helvidio (4), donde abanza que José siempre vivió en continencia, para que Jesus virgen fuera fruto de un matrimonio perfectamente virgen. A mas de esto, dice tambien no haber parte alguna en que se lea que fué casado; y puede decirse que mas bien era el custodio de la virginidad de Maria que esposo suyo: *Etiam ipsum Joseph virginem fuisse per Mariam, ut ex virginali conjugio virgo filius nasceretur...* *Marias autem quam putatus est habuisse, custos fuit potius quam maritus.* El autor del quinto sermón sobre la Natividad que se halla en el apéndice de la edicion de S. Agustin, formado por los doctores Lovanienses, supone tambien que José siempre guardó la virginidad. Pedro Damiano (5) avanza mucho mas afirmando ser esta la fe de la Iglesia: *Ecclesiae fides est ut virgo fuerit et is qui circumdatus est pater.* Es necesario reconocer que esta opinion es la mas comun entre los fieles (6); debe no obstante confesarse, que en la antigüedad se encuentran algunos monumentos, y segun ellos debería decirse, que S. José era viudo cuando se desposó con la santa Virgen. Así lo dicen expresamente los evangelios apócrifos de que ya hemos hablado. En el Protóevangelio de Santiago (6) José se excusaba de desposarse con Maria diciendo: *Yo tengo hijos, soy viejo, y ella es joven, temo ser la fabula de Israel.* S. Epifanio (7) di-

(1) *Beda, in Marc.* vi.—(2) *Petr. Chrysolog. serm.* 48. t. 7. *Bibl. PP.* p. 881.—(3) *Bolland.* 19. *Marc.* p. 17. Este sermón no se halla en la nueva edicion; ni en la de los doctores de Lovaina encuentro cosa semejante, si no es en el sermón segundo en el artículo de la Epifania, dñdo el autor aludiendo al nombre de *Artífex*, lo toma por un albañil, un arquitecto, ó un carpintero.—(4) *Hieron. in Helvid.* c. 12. *Vide et Math.* xiii.—(5) *Petr. Damiani Opuscul.* 17. n. 3. (6) Viene los Bolandios en el 19 de marzo.—(6) *Protóevangel. Jacobi*, n. 2. *Vide et Evangel. de Nativ. Mariae*, n. 7.—(7) *Epiphani. haeres.* 61. n. 10.

III.
¿Cuál era el
oficio de S.
José?

IV.
S. José con-
servó siem-
pre la virgi-
nidad?

ce, que tenía entonces cerca de ochenta años, que era viudo y padre de seis hijos. S. Hipólito de Tebas (1) también le da cuatro hijos y dos hijas: los hijos son Santiago, Simón, Judas y José; las hijas, Ester y Tamar. Su esposa se llamaba *Salomé*, y era hija de Aggeo, hermano de S. Zacarías padre de Juan Bautista. Nicéforo (2) escribió lo mismo después de S. Hipólito de Porto; pero es muy probable, que en lugar de S. Hipólito de Tebas, los copiantes hayan puesto Hipólito de Porto. S. Gregorio de Turs (3) supone también, que el apóstol Santiago hermano del Señor, era uno de los hijos de José, nacido en el primer matrimonio.

S. Epifanio (4) en otro lugar diverso del que hemos citado, dice, que tuvo una primera mujer de la tribu de Judá en la que tuvo cuatro hijos, Santiago, José, Simón y Judas, y dos hijas, María y Salomé. Hasta aquí no hay más que la diferencia de los nombres de las hijas, en lo cual varía la opinión de S. Epifanio de las de los otros que hemos referido. Eusebio (5) hablando de Santiago, apellidado *el hermano del Señor*, dice que también era llamado *hijo de José*; sin duda porque José lo tuvo en otra mujer. S. Hilario (6) declara expresamente, que *los hermanos del Señor* nombrados en el Evangelio, eran hijos, no de María sino de José que los tuvo en un primer matrimonio: *Fili Joseph, ex priore conjugio suscepti*. Orígenes (7) reconoce que esta opinión es muy común y que tiene su origen del evangelio apócrifo atribuido a S. Pedro, ó del libro de Santiago; él no la refuta, y lejos de decir que S. José permaneció virgen, cree que es muy puesto en razón el decir que Jesús es el primer modelo de la perfecta virginidad entre los hombres, así como María lo es entre las mujeres.

S. Ambrosio (8) declara, que los que el Evangelio llama *hermanos del Señor*, podrían ser hijos de José y de una mujer diversa de María: *Potuerunt autem fratres esse ex Joseph, non ex Maria*. Añade, que si se examina con escrupulosidad esta opinión, se hallará ser verdadera: *Quod quidem si quis diligentius prosequatur, inveniet*. El Ambrosiaster (9) se explica con claridad sobre esto diciendo, que Santiago obispo de Jerusalem, es hijo de José, y por esto es hermano del Señor. En favor de esta opinión se citan á S. Anfiloquio (10), á S. Gregorio Niceno (11), y también á S. Juan Crisóstomo sobre S. Mateo (12), aunque este no está muy claro.

S. Jerónimo (13) refuta esta opinión en su comentario sobre la epístola á los Gálatas; pero las pruebas de que se vale de ninguna manera son convincentes. El se remite desde luego á su obra contra Helvidio, y dice que Santiago mereció ser llamado *hermano del Señor* por la pureza de sus costumbres, la excelencia de su fe, la eminencia de su sabiduría, y dignidad de la Iglesia de Jerusalem, de la que fué primer obispo: *Propter egregios mores, et incomparabilem fidem, sapientiamque non mediam, frater dictus sit Domini*.

(1) Hippolyt. Theb. Chron. p. 29. edit. Fabric. — (2) Nicéph. L. n. c. 3. — (3) Greg. Turon. Hist. eccl. l. n. c. 1. — 4) Epiph. hær. 26. c. 7. et 28. 7. — (5) Euseb. Hist. eccl. l. n. c. 1. — (6) Hilari in Matth. c. 1. p. 612. n. 4. — (7) Orig. in Matth. ex edit. Huetii, p. 223. — (8) Ambros. de Instit. Virg. c. vi. n. 43. p. 260. — (9) Ambrosiaster in epist. ad Galat. c. 19. — (10) Amphiloct. hom. 4. p. 26. — (11) Greg. Nyssæ. homil. 9. in resurrect. p. 413. 414. — (12) Christost. in Matth. homil. 5. — (13) Hieron. in Gal.

ni. S. Agustín (1) en su obra sobre la epístola á los Gálatas, no decide si Santiago era hijo de José, ó si solamente en algún otro modo era pariente de Jesucristo. Mas en una obra (2) que escribió después dice que era hijo de Alfeo.

He aquí un razonamiento que de un solo golpe destruye cuanto ha querido decirse sobre Santiago hermano del Señor, como hijo de S. José; esto es, que María madre de Santiago aun vivía en la muerte de nuestro Señor (3), supuesto que está nombrada entre las mujeres que asistieron á ella. Pero no es creíble que S. José á un tiempo hubiera tenido dos mujeres, á saber, María madre de Santiago, y María madre de Jesús; ni que hubiera repudiado á aquella para desposarse con esta; ni la Escritura, ni la historia, ni la tradición nos muestra cosa semejante. El caso parecerá todavía más increíble, si se supone que estas dos santas mujeres eran hermanas como lo sienten muchos padres (4), pues la ley (5) prohíbe expresamente tales matrimonios. Luego María madre de Santiago no era esposa de S. José; mas S. José no tuvo alguna otra esposa. Sobre esto creemos deber suspender nuestro juicio, y solamente confesarémos que es muy dudoso que S. José haya sido casado antes de desposarse con la santa Virgen, y por consiguiente también que hubiera tenido hijos, y que el sentir de aquellos que sostienen haber sido S. José siempre virgen, puede mirarse como el más autorizado.

Los antiguos libros apócrifos (6) que hemos mencionado, seguidos en este punto de algunos padres, nos dicen que los sacerdotes del templo de Jerusalem, queriendo dar á la Virgen María un esposo, ó más bien un testigo de su pureza, que fuera según el custom de Dios, convidaron á todos los que en la tribu de Judá estuvieran viudos y capaces de casarse, á fin de que concurrieran en el templo, teniendo cada uno una vara en la mano, y aquel cuya vara floreciera, y sobre la que el Espíritu Santo reposara en forma de paloma, fuera electo por esposo de María. Estando pues juntos en el templo todos los pretendientes, floreció la vara de José, y el Espíritu Santo habiendo salido de la extremidad de la vara, reposó sobre su cabeza; con esta señal no se dudó que él fuese destinado por Dios para recibir á María en su casa, y ser el custodio de su virginidad. En esto se funda la práctica de los pintores que representan á S. José con una vara florida en la mano y una paloma en su extremidad, al tiempo de desposarse con la santa Virgen en presencia del gran sacerdote. Eustatio de Antioquia (7), S. Gregorio Niceno (8) y S. Epifanio (9), afirman poco más ó menos lo mismo; por lo que nosotros no nos fatigarémos en reunir aquí las ligeras diferencias que se hallan en una historia tan dudosa como esta.

Mas se pregunta si José estaba ya casado ó solamente prometido á la santa Virgen cuando él la percibió en cinta. La Escritura

V.
Cómo se ejecutó el matrimonio de S. José con la santa Virgen.

VI.
¿José estaba casado ó no.

(1) Aug. in Galat. c. 19. — (2) Aug. Idiolum. S. Script. — (3) Matth. xxvii. 56. Marc. xvi. 1. Luc. xxiv. 10. — (4) Hieronym. in Matth. in Helvid. et epist. 103. Theodor. in Galat. Beda in Marc. Chrysostom. serm. 430. in Theophylact. Matth. etc. Conder. Matth. xxvii. 56. cum Joan. xiv. 23. — (5) Levit. xviii. 15. — (6) Euseb. de Nat. B. Marie. Item. Euseb. B. Jacobi. n. 9. — (7) Eustat. Antioch. in Hieronym. — (8) Greg. Nyssæ. Orat. in Nat. Christi. — (9) Epiphani. hær. 78. n. 2.

lamente pro-
cuclado á la
santa Virgen
cuando la vio
en cinta?

ra parece explicarse con bastante claridad sobre este punto, cuando dice que estando desposada con José María madre de Jesús, se encontró en cinta por obra del Espíritu Santo, antes que ellos hubieran estado juntos; y que José su esposo siendo justo, y no queriendo deshonrarla, quiso secretamente dejarla (1). S. Lucas (2) dice tambien que María estaba prometida á José. Pero como la palabra griega que significa prometer se toma algunas veces por desposarse, los padres y los intérpretes están divididos en este punto; los unos sostienen que José era verdaderamente esposo de María, y los otros que le estaba simplemente prometida. El falso evangelio de la Natividad de María dice, que José habiéndose casado con María en el templo, *Nuptiarum jure de more celebrato*, se retiró á Belén su patria á disponer su casa y preparar lo necesario para la celebración de las nupcias, y que María se fué con sus compañeras á Galilea á casa de sus parientes. En el Proto-evangelio de Santiago se lee sencillamente, que José obligado por las amenazas del gran sacerdote, tomó á María (por muger), y la dijo: María, el día de hoy te recibí en el templo del Señor y te dejé en su casa (hasta mi muerte); por lo que á mi toea tengo de irme á ejercer mi oficio, trabajando en construir casas; Dios te guarde. Todo esto prueba que esos autores tenían esto por un verdadero matrimonio, pero matrimonio que no debía consumarse, pues segun las obras antiguas, y segun los padres (3), siendo la santa Virgen consagrada á Dios por sus padres, tenía hecho voto de virginidad. Sin embargo fué conveniente que este voto de la Virgen hubiera sido desconocido al mundo, y verisimilmente tambien á S. José, pues los mas juiciosos padres (4) han dicho, que Dios quiso que la Virgen tuviera un marido para poner á cubierto su honor y su milagroso parto con el velo de un matrimonio ordinario; y S. Agustín (5) parece creer que José se desposó con María con el designio de vivir con ella como con su muger: *Neque enim cum eam vidisset divina fecunditate donatam, ipse aliam quaesivit uxorem; cum utique nec istam quaesisset, et necessariam conjugem non haberet; sed vinculum fidei conjugalis non ideo judicavit esse solvendum, quia spes commissioe carnis ablata est.*

Volviendo á la cuestion propuesta, á saber, si la santa Virgen estaba casada, ó solamente prometida á S. José, cuando la anunciación el ángel el misterio de la Encarnación, decimos, que la opinion que cree que ella estaba casada, es la mas común el día de hoy; y se funda en que la Escritura llama á José esposo de María: *Joseph autem vir ejus* (6); y María está llamada su esposa: *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam* (7).

S. Ambrosio (8) cita tambien este texto del Evangelio: Siendo José justo, no quiso despedirla; y cómo despedirla si aun no estaba casado? *Qui volebat dimittere, fatebatur acceptam.* Efectivamente

(1) Matth. i. 18. 19.—(2) Luc. i. 27.—(3) Vide Nyssen. *erut. de Nativ. Domini*, p. 779. Ambros. *de Institut. Virg. c. v.* Epiphon. *heret.* 78. c. 24. etc.—(4) *Leontius Martini. epist. ad Ephesianos.* Ambros. in *Luc. 13.* xxvi. *de Institut. Virg. c. 6.* Origen. in *Luc. homil. 6.* Hieronym. in *Matth. i. 18.* Bernard. *ser. ix. c. 14.* 15. Aug. i. v. *contra Julian. c. 12.* pag. 652.—(5) Matth. i. 19.—(7) Matth. i. 20.—(8) Ambros. in *Luc. l. u. n. 5. p. 1283.*

te no hay propiamente divorcio, donde no hay matrimonio. Mas un hombre no puede dejar á la muger que se le ha prometido por causa de infidelidad? Algunos autores judíos enseñan que las doncellas prometidas se miraban como las esposas, y que no se podia repudiarse sin documento de divorcio (1).

Origenes y el autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo (2), Teofilacto y otros muchos quieren que el texto de S. Mateo, *Cum esset desponsata*, &c. signifique un verdadero matrimonio.

Mas la opinion contraria nos parece mas fuerte asi por la razon como por la autoridad. Es cierto que el texto griego propiamente significa desposorio. A mas de esto el ángel dijo á S. José: *No temas el tomar contigo á María tu muger*; parece que podia concluirse de esto que aun no la habia tomado. El antiguo autor impreso con el nombre de Origenes (3) sobre diferentes lugares del Evangelio, pero que parece haber copiado á S. Hilario y á S. Gerónimo en algunos lugares, adopta su sentir sobre el matrimonio, ó mas bien sobre las promesas de S. José y de la Virgen: dice que antes del Nacimiento del Salvador no se le dió á María el nombre de esposa de José mas que por ocultar al demonio el misterio de la encarnación, y á los Judíos el de la virginidad de María. S. Hilario (4) igualmente dice que la santa Virgen no fué reconocida por esposa de José, ni propiamente hubo entre ellos matrimonio, sino despues del Nacimiento de Jesucristo: *Ergo, et conjugis nomen sponsa suscepit, et post partum recogita tantum Jesu Mater ostenditur.* S. Gerónimo (5) está mas expreso: dice que S. José notando casi con la libertad de un marido todo lo que tocaba á su futura esposa, vio que estaba en cinta: *Pene licentia maritali futuræ uxoris omnia noverat.* Y despues de algunos versos, añade: Cuando oyes decir el marido de María, no imagines que ya hubo nupcias ó un verdadero matrimonio: *Cum viram audis, suspicio tibi non subeat nuptiarum.* S. Epifanio (6) nota muy bien, que el evangelista no dice que la santa Virgen estuviera casada con José, sino sencillamente que estaba prometida; José no la habia tomado por su muger, sino para ser él su custodio.

San Juan Crisostomo (7), el autor de la obra imperfecta sobre San Mateo, y San Bernardo (8), enseñan que la santa Virgen vivia con San José aunque solamente le estaba prometida; porque dicen sur costumbre entre los Judíos el confiar de esta manera á los futuros esposos la custodia de las que les estaban prometidas en matrimonio: *Mos Judæorum erat ut a die desponsationis suæ, usque ad tempus nuptiarum, sponsis sponse traderentur custodiendæ: practica que sería muy difícil probar por los autores judíos. Unicamente se sabe que entre las promesas y las nupcias frecuentemente ponian un intervalo bastante largo, y de que hay pruebas en la Escritura, en los libros de los Judíos (9), y en el hecho mismo de que se trata,*

(1) Vide Selden. *Uxor. Hebræis. l. u. c. 1. et 8.*—(2) Orig. in *Matth. Opus imperfect.* in *Matth. homil. 1.*—(3) Orig. *see alios auth. homil. l. et 3. in diversa. Exang.*—(4) Hilari. in *Matth. l.*—(5) Hieron. in *Matth. l.*—(6) Epiphon. *heret.* 78. n. 7. 8.—(7) Chrysost. in *Matth. homil. 4.*—(8) Bernard. *in Missæ est. homil. 2. num. 12.*—(9) Selden. *Uxor. Hebr.* Leon de Modena, *Ceremon. de los Judíos, p. 3. c. 3.* Bagnage, *Hist. de los Judíos, l. v. c. 19. n. 12.* Vide et Orig. in *Matth. l. 16.*

supuesto que la santa Virgen estuvo tres ó cuatro meses prometida á San José antes de llegar á ser su esposa. El día de hoy tambien entre los Judios, las doncellas permanecen algunas veces seis meses, y algunas ocasiones un año ó dos en promesa antes de que se verifique el matrimonio; y si la doncella en este intervalo comete alguna falta contra su honor, es tratada como adúltera. Esto está comprobado tambien con el ejemplo de Tamar.

VII.
[Por qué Jo-
se quiso de-
jar á la san-
ta Virgen.]

Mas si José estaba informado de la pureza de Maria y de su inocencia, como pretenden muchos autores, ¿por qué viéndola en cinta quiso dejarla? Si la creia culpable ¿cómo siendo justo se conten- taba con abandonarla secretamente? El no denunciarla ni hacerla castigar como adúltera ¿no era cooperar con su delito? ¿No sabia que Dios castigaba no solamente á los que cometian el crimen, sino tambien á los que lo consentian (1)? Se responde que es verdad que la ley permite presentar á la adúltera ante la justicia, y hacerla condenar á muerte (2); mas esto no lo ordena. En el libro de los Proverbios se lee, que *el que retiene á una mujer adúltera es un insensato y un impio* (3); pero San José no quiso retener á la santa Virgen cuya profez conocia, aunque ignoraba el modo en que habia acaecido; Maria á su pesar podia haber padecido algun insulto ó violencia (4); ó José podia suponer que se habia puesto en cinta antes de ser prometida. Por tanto en esta duda no debia tomar otro partido que el que tomó. Pudo, es verdad, pedir alguna explanation á Maria; pero habria creído lo que Maria dijera, siendo tan extraordinario este suceso! Maria podria para calmar las inquietudes de S. José aclararle lo que habia pasado; pero mas bien quiso esperar un silencio que Dios hablase por ella, y sosiegase el corazón de su esposo.

Algunos creen que José era sabedor del misterio de la encarnacion, y que penetrado de una profunda veneracion por la pureza de Maria, y no creyéndose digno de vivir con ella, resolvió dejarla secretamente. San Basilio dice (5) que temeroso José de pasar por esposo de una criatura tan perfecta y tan privilegiada, quiso sin estrepito abandonarla. Otro escritor bajo el nombre de Origenes (6) cree que notando en Maria un misterio inefable y una cualidad que le era desconocida, se juzgó indigno de aproximarse á ella, y penso retirarse humillándose profundamente, y diciendo poco mas ó menos como San Pedro decia á Jesucristo en el Evangelio: *Apartate de mi, porque soy un pecador* (7). San Bernardo dice lo mismo (8) aunque con mas extension, y asegura ser esta la opinion de los padres: *Accipie in hoc non meam, sed patrum sententiam*. Considerando José la suprema dignidad de Maria, y no mirándose sino como un pecador, no podia resolverse á permanecer mas tiempo con ella. Añade: *Videbat, et horrebat divinæ præsentia certissimum gestantem insigne, et quia mysterium penetrare non poterat, volebat dimittere eam*: No pudiendo penetrar el misterio que pasaba en ella, quiso mejor abrazar el partido de retirarse, que permanecer mas tiempo en su compañía. San Jerónimo (9) se expresa casi en el mismo sentido: *Joseph sciens Mariæ castitatem, et admirans quod even-*

(1) Rom. 1. 32.—(2) Levit. 24. 10.—(3) Prov. 5. 22.—(4) Vide Dial. xiii. 25. et seqq.—(5) Basil. l. 1. homil. 25. p. 218.—(6) Orig. in Diap. homil. 1.—(7) Luc. 9. 8.—(8) Bernard. in Marnæ eccl. homil. 2.—(9) Hieronym. in Matth. 1.

vel, celat silentio cujus mysterium nesciebat. El antiguo evangelio de Santiago (1) refiere, que estando José ausente de su casa cerca de seis meses, y encontrando á su vuelta á Maria en cinta, se con- turbó muchísimo, diciendo: ¿Que haré, y cómo me presentaré al Señor, habiendo recibido esta virgen en su templo, y no habiéndola custodiado bien? Y despues dirigiéndose á Maria la dijo: ¿O tú que te has alimentado en el Sancta-Sanctorum, y que recibas- te el alimento de mano de los ángeles! ¿qué es lo que has hecho? Ella respondió llorando: Estoy inocente, y no he visto hombre alguno. ¿De dónde pues proviene lo que se manifiesta en tu vientre? Respondió: Vive el Señor mi Dios que yo ignoro de donde esto haya venido. José lleno de asombro al oír esto, decia en su interior: ¿qué deberé hacer! Si oculto su pecado, meingo culpable contra la ley del Señor; y si la acuso ante el pueblo, temo ofender su virtud y que sea condenada una inocente. El autor de la obra imperfecta sobre San Mateo (2) refiere lo dicho, poco mas ó ménos, dicien- do haberlo así tomado de una historia antigua.

Mas la Escritura no refiere cosa semejante. No hay prueba de que este justo haya descubierto sus temores ó inquietud á su espo- si, queriendo contemporizar con su pudor, y ahorrarla esta confu- sion. San Agustin (3) nota que José viendo en cinta á su esposa, y juzgandola adúltera, no quiso ni castigarla, ni aprobar su crimen. Conducta que lo califica justo: *Cum eam conperisset esse prægnantem, cui se nocerat non esse commixtum, et ob hoc nihil aliud quam adul- teram esse credidisset, puniri tamen eam noluit, nec approbator flagitii fuit. Nam hæc voluntas ejus etiam justitiæ deputatur*. El mismo santo en otro lugar ensalza la justicia de San José (4), que viendo en cinta á su esposa, no pudo ménos que sospecharla adul- tera: *Restabat itaque certa adulterii suspicio*; mas como él solo lo sabia, tuvo gran cuidado de no difamarla, queriendo mas bien serla útil que castigarla: *Vultu prodesse peccanti non punire peccantem*. San Juan Crisóstomo (5) se expresa casi de la misma manera que San Agustin.

En cuanto al nombre de justo que la Escritura aplica á José, los mas de los padres (6) entienden que significa hombre recto, bueno, equitativo, completo en toda clase de virtudes, y adornado de cun- tas cualidades constituyen un hombre de bien; esta es la idea ordina- ria que nos da la Escritura del hombre justo, un hombre perfec- to y agradable á Dios. No puede dudarse que José poseyera efectivamente las virtudes morales en un grado muy sublime, puesto que fué escogido por Dios para que cabalmente desempeñara un ministe- rio tan alto y tan importante en la economia de la encarnacion y educacion de Jesucristo.

Otros (7) explican el vocablo justo, haciéndolo significar una rigorosa y severa justicia que da á cada uno lo que le es debido, y que con toda exactitud castiga lo malo y premia lo bueno. José, ad- virtiendo que Maria estaba en cinta, no le pareció bien guardarla

(1) Protævang. Jacobi, n. 13. 14.—(2) Author. operis imperf. in Matth. homil. 5. (3) Aug. ep. olim. 54. nunc 153.—(4) Aug. serm. 82. de verbis Beang. p. 444. not. edit.—(5) Chrys. in Matth. homil. 4.—(6) Chrysostom. loco citato, p. 30. Anab. operis imperf. in Matth. Maldon.—(7) Brugen. Pios.

VIII.
[En que san-
tidad S. José
se llama Jus-
to.]

®

por mas tiempo, ni estar á las obligaciones que tenia con ella, segun estas expresiones de la Escritura: *El que retiene una adúltera es un insensato y un impio* (1). Tomó pues el partido de dejarla; pero como el pretendido crimen que se sospechaba era oculto, no quiso sujetarla al rigor de la ley, ni deshonrarla; y así resolvió darla secretamente carta de divorcio, ó dejarla y retirarse á un lugar desconocido. José en todo esto creyó obrar segun las reglas de la mas rigorosa justicia. La preñez de María estaba manifiesta; lo que lo autorizaba suficientemente para sospecharla adúltera, y abandonarla; pero como podia suceder que ella hubiera padecido alguna violencia, y que mal de su grado hubiera quedado en cinta, no creyó que merecía la muerte, ni ser acusada ante la justicia para hacerla sufrir la severidad de la ley.

Algunos finalmente quieren que el nombre *justo* signifique dulce, benigno, clemente, misericordioso, por contraposicion á lo severo y rigoroso de la justicia. El nombre de *justo* y de *justicia* se toman de esta manera muy frecuentemente en la Escritura; y San Juan Crisostómo (2), San Ambrosio (3) y San Agustin (4) favorecen esta acepcion. *No seas demasiado justo*, dice Salomon (5), es decir, segun los doctores hebreos, no seas demasiado clemente ni muy compasivo como lo fué Saul con Agag, rey de los Amalecitas. Isaías (6) despues de haber exhortado á los Judios á que ejercieran la misericordia, é hicieran limosna, concluyo: *Entonces vuestra justicia irá delante de vosotros*. Y el Salmista dice: *Repartió sus bienes, y los distribuyó á los pobres; permanecerá su justicia por los siglos de los siglos* (7), en donde la palabra *justicia* significa misericordia y limosna. Daniel dice: *Redime tus pecados con tus limosnas* (8). En el original caldeo se lee: *Redime tus pecados con la justicia*. La Escritura pues no alaba en José una indulgencia descuidada, ni una clemencia viciosa que tolera el mal, y autoriza el abuso por debilidad. Aquí se habla de una dulzura acompañada de justicia, de subiduria, de celo y de ilustracion; pero distante de la demasiada severidad y del excesivo rigor.

Restanos solamente examinar, donde fué sepultado José cuando murió. Comunmente se cree que murió antes que Jesucristo comenzara á predicar el Evangelio. Doce años tenia Jesucristo cuando fué con su padre y con su madre á Jerusalem; de allí regresó con ellos, y el evangelista añade que les permaneció obediente (9). Despues no se hace otra mención de San José en el Evangelio, que la que se hace de un hombre que ya no vive. Por eso los Judios simplemente dicen que Jesus es hijo del carpintero (10), ó que él tambien es carpintero (11). No dicen que su padre vivia entre ellos, sino solamente su madre, sus hermanos y sus hermanas (12). Su madre y sus discipulos fueron convidados á las bodas de Caná (13), pero no San José. Finalmente, estando Jesus cerca de expirar, recomendó su madre á San Juan evangelista (14); lo que sin duda no habria hecho si San Jo-

sé hubiera estado vivo; pues el Salvador no es Dios de la division, sino Dios de la union y de la caridad (1).

San Epifanio cree (2) que San José murió de noventa y dos años, poco tiempo despues de haber encontrado en el templo á Jesus, sentado en medio de los doctores. Otro autor impreso con el nombre de San Agustin (3), pretendió que San José aun vivia cuando el Salvador subió al cielo. A esta circunstancia aplica lo que dijo el patriarca José: *Yo vi que el sol, la luna y las estrellas me adoraban* (4). En sentido alegórico el sol es San José, la luna es la virgen, las once estrellas son los apóstoles que ofrecieron entonces sus adoraciones al Salvador. Pero cuando se trata de un hecho, nada prueban semejantes alusiones.

San José murió probablemente en Nazaret su patria; y en esta suposicion allí se sepultó; en esta ciudad fijó su morada despues que volvió de Egipto (5), y allí vivia tambien nuestro Salvador al principio de su predicacion, y no fué á Cafarnaum sino algun tiempo despues. Algunos creen que esta ciudad era la patria de San José, y Nazaret la de la santa Virgen. Lo cierto es que San José era muy conocido en Cafarnaum: pues cuando allí dijo Jesucristo á los Judios que era pan vivo que bajó del cielo, dijeron ellos: *¿No es este el hijo de José, y nosotros no conocemos á su padre y á su madre* (6)? Sea lo que fuere, el tiempo de la muerte de San José y el lugar donde fué sepultado, nos son desconocidos. En los siglos posteriores se ha mostrado un sepulcro que se decía ser el suyo en el valle de Josafat cerca de Jerusalem; pero los antiguos nada hablan de esto, y no es probable que hubiera ido á morir á Jerusalem en donde nunca habitó. La prueba de que no hay memoria alguna del lugar de su sepultura, es el ignorarse en donde están sus reliquias, y no manifestarse en ninguna parte alguno de sus huesos. El dia de su muerte está notado en el 19 de marzo en los martirologios que cuentan mas de 800 años de antigüedad, y la Iglesia latina celebra su fiesta en ese dia. Los Coptos y otros Orientales y algunas iglesias de Italia la celebran el 20 de julio. La de Milan traslada esta fiesta al 12 de diciembre, porque conforme al rito de la liturgia ambrosiana, no celebra santo alguno en la cuaresma. Por esto sin duda en el breviario del orden de Cluny se halla trasladada esta festividad al jueves de la semana tercera de adviento. Por la misma razon en muchos breviarios nuevos de las iglesias de Francia se ve colocada la festividad de San José en diferentes dias: en París el 20 de abril; en Leon el 19 de julio; en Sens y Reims el 12 de diciembre. Puede verse lo que dicen los Bolandos sobre San José en el dia 19 de marzo.

(1) Ambros. in Luc. xiii.—(2) Epiphani. heres. 78. n. 18. (3) Aug. t. 5. append. p. 27. eorum. v. de S. Joseph.—(4) Gen. xxxv. 7.—(5) Matth. n. 23.—(6) Joan. vi. 42.

(1) Prov. xviii. 22.—(2) Chrysost. in Matth. homil. 4. p. 53. 40.—(3) Ambros. in Paulin. xxviii. 2.—(4) Aug. serm. 32.—(5) Ezech. vi. 11.—(6) In xviii. 5.—(7) Paulin. ca. 3. n. 8. Dan. ix. 24.—(8) Luc. xi. 51.—(9) Matth. xiii. 55.—(10) Marc. iii. 3.—(11) Matth. xii. 55. 56.—(12) Joan. n. 1. 2.—(13) Joan. xii. 25. 27.

IX.
Cuando murió S. José, ¿cómo lo se su patria?

DISERTACION

SOBRE

LOS MAGOS QUE VINIERON

A ADORAR A JESUCRISTO.

I.
Acontece
maravilla de
la adoracion
de los Ma-
gos. Assi-
y division de
esta disertacion.

La venida de los magos al puerbro de Jesucristo y la adoracion que en su infancia le tributaron, es uno de los milagros mas asombrosos del Nuevo Testamento, uno de las pruebas mas poderosas de la divinidad de Jesucristo, y uno de los mayores triunfos de la gracia y de la fe, como lo nota San Juan Crisostomo (1). La estrella que se les apareció comunicó á un tiempo luz y fervor á su corazón, y los obligó á emprender un viaje largo y peligroso, con el fin de buscar un nuevo rey. A la vista de este fenómeno trajeron á su memoria una antigua profecia que mil y quinientos años antes pronunció Balaam. Se acordaban estar predicho: *Nacerá una estrella de Jacob, y se levantará un dominador de Israel.* La ilustracion interior de la gracia les hizo conocer que este nuevo astro era la señal de ese nuevo dominador. Llegan á Jerusalem y con valentia preguntan: ¿En donde está el nuevo rey? Se les responde, que Belen es en donde debe nacer el Mesias. Van allá; encuentran un niño pobre, débil y sin aparato real; lo adoran y le ofrecen sus dones. ¿Podrá darse un suceso mas singular, y un efecto mas admirable de una fe la mas viva y más ilustrada?

No intentamos examinar aquí todas las circunstancias de la venida de los magos, hablaremos únicamente sobre lo relativo á su persona, á su patria y á la estrella que se les apareció.

II.
Significacion
y origen
del nombre
magos. ¿Quié-
nes eran los
magos de los
Persas?

El nombre *magos* se toma ó en un sentido genérico por toda clase de mágicos, adivinos, agoreros ó intérpretes de sueños; ó por los sacerdotes, y adivinos de los Persas, á los cuales se daba particularmente el nombre de magos. Este nombre trae su origen del hebreo *Moug* ó *Mag*, que significa fundirse, escurrirse; y en sentido figurado acobardarse (2). Se creía que la magia tenia virtud de infundir temor á los ejércitos, y que los magos por su arte podian causar estos efectos en las tropas de sus enemigos. Otros lo derivan del hebreo *Hagah* (3), de donde viene *Mahaghim*, los que murmuran ó hablan bajo y entre dientes, como hacen los encantadores en sus oraciones y ceremonias mágicas.

(1) Chrysost. homil. 6. in Matth.—(2) Num. xiv. 17.—(3) Dissolvi, diffugere. V. de Stanley, part. 14. Philosph. Persar. et Clerici Indic. Philolog. viderem.—(4) Msdari, mustrare. Vide Isai. viii. 19. Qui strident in inconstationibus suis. (Hebr. qui pingit et mustrant).

Los mas de los antiguos (1) enseñan que los magos de los Persas debian nacer de un incesto de un hijo con su madre, del padre con su hija, lo que allí no era muy raro no estando prohibidos semejantes matrimonios. Su principal estudio era la teologia y la religion: ellos eran los sacerdotes y los adivinos de los Persas (2). Su profesion era de la mas alta distincion, y aun los reyes estaban obligados á instruirse bajo su direccion (3). Su lugar era entre los consejeros del principe (4). Sin su intervencion ninguna cosa se decidia. Castigaban ó premiaban como les parecia. Cambiase cuando salió con su ejército contra el Egipto, les dejó el gobierno de su imperio; y despues de la muerte de este principe, se apoderaron de la autoridad soberana, y conservaron el mando mucho tiempo.

La mayor parte de los magos despreciaban las riquezas, vivian en gran retiro, y practicaban excesivas austeridades (5). Se acostaban sobre la tierra desnuda, y solo se alimentaban con pan, legumbres y queso. Su ropage era blanco: obedecian á un superior instituido de los de su cuerpo. No quemaban los cadáveres, teniendo manchar el fuego, á quien miraban con un soberano respeto. Su principal estudio era la magia, mas no la negra y diabolica, sino la natural (6); predecir lo futuro, interpretar los sueños y leer en los astros la buena ó mala ventura de los hombres. No tenían templos, altares ni estatuas, no creyendo que la divinidad fuese capaz de encerrarse en lugar alguno; pero conservaban un fuego perpetuo en un gran cerrado sin techo donde entraban todas las mañanas llevando un manojo de varas, haciendo largas oraciones, y teniendo cubierta la cabeza con un bonete, y usando pendientes que les colgaban sobre los carrillos y aun sobre los labios (7). Sus sacrificios los hacian sobre los montes en un lugar puro. El mago hacia primero una larga oracion teniendo en su cabeza la tiara; despues se mataba la victima con un golpe de maza; se destrozaba, y las partes se ponian sobre una cama de yerbas frescas, y despues de haber cantado la teogonia, ó la genealogia de los dioses, se llevaban la carne de la victima, y usaban de ella segun les parecia. He aquí lo que eran los magos de los Persas.

El haberse creído que los magos eran los filósofos persas, es probablemente lo que hizo decir á muchos antiguos (8) que los magos de quienes hablamos salieron de Persia para adorar á Jesucristo. Esta opinion ha tenido muchísimos defensores entre los intérpretes modernos (9). Los armenios (10) pretenden que los magos eran naturales de la ciudad de Maveg, sobre el lago de Ran en Armenia. El Evangelio apócrifo sobre la infancia del Salvador, cree que eran discipulos de Zoroastro, y por consiguiente que vinieron de la Persia. Beda y el abad Rupertó (11) juzgan, segun parece, que vinieron de las tres partes del mundo, Asia, Africa y Europa; ó cuando ménos dicen que figuraban las dichas tres partes de la tierra; y esto es lo que han querido significar los pintores pintándonos un estupe, un

III.
Diferentes
conjeturas
sobre la pa-
tria de los
magos que
adoraron á
Jesus.

(1) Vide Menag. not. in Laert. Proem.—(2) Herodot.—(3) Cicero, de Divin. l. 1. c. Al.—(4) Dio. Chrys. orat. Borsithentica.—(5) Laert. in Proem. Hieron. contra Jovinian. lib. 1.—(6) Laert. in Proem. ex Diogene Periniat.—(7) Vide Herodot. l. 1. c. 151. et Strab. l. xv. p. 503.—(8) Chrysost. homil. 7. in Matth. Author. Oper. imperi. Cyrilli. Alex. l. 1. re. in Isai. Juvenac. nota. Clem. Alex. l. 3. Strom. Basil. de Summa Christi Nativ. Theophyl. in Matth. (9) Maldon. Spanheim. Drus. Geogr. Peziz. Scalig. ad in. sumeri.—(10) Cardin. Viage de Persie, tom. 10. p. 131.—(11) Beda et Rupert. in Matth. 11.

persa y un griego ó un romano. Un autor antiguo que se encuentra citado en las obras de San Agustín (1), los hace venir de lo interior de la Etiopia. El autor de *Mirabilibus Sacrae Scripturae* (2) entre las obras del mismo padre, los trae de la tierra de Hevilat. Tertuliano (3) insinúa que venían de Damasco.

Pero las más de estas conjeturas son indefensables; ni la Africa, ni el Egipto, ni la Etiopia están al oriente de la Judea; la Arivenia y Damasco están al norte. Por lo relativo al nombre de magos que es por lo que se ha creído que venían de Persia, decimos que es nada prueba para el tiempo de que hablamos; porque desde que los Persas extendieron su imperio bajo Ciro y sus sucesores en la mayor parte del Oriente, se dió el nombre de *magus* á los más de los sacerdotes y adivinos sujetos á esa monarquía, y de ahí ha venido la equivocación de esta voz. Bajo este nombre se comprenden los adivinos ó profetas de los Caldeos, de los Arabes y de otros pueblos; y hay la mayor verisimilitud de que San Mateo tomó en este lugar el nombre de magos segun toda la extensión que tenía en su tiempo en todo el Oriente, significando sabios de profesión, y los que predicen lo por venir por el aspecto de los astros ó por otra vía.

Dos razones principales nos persuaden lo que acabamos de decir: la primera es el país de donde vinieron estos hombres; y la segunda la profesión de sabios que tenían. Ellos venían del Oriente (4), y tenían la misma profesión que Balaam, que es quien profetizó la aparición de la estrella que los condujo á Belen. La Escritura bajo el nombre de Oriente entiende por lo común la Arabia Desierta, la Mesopotamia y la Caldea. Balaam era de la Arabia Desierta: en estos países había magos ó hombres que preciaban de sabios y de que predicen lo futuro. Esto es lo que debe manifestarse con mas extensión.

Balaam decía de sí mismo que había venido *del país de Aram y de las montañas de Oriente* (5). Era de la ciudad de *Petura sobre el río de los hijos de su pueblo* (6), es decir, de *Petora ó Pacara* sobre el Eufrates. Eusebio pone á Petora en la parte de arriba ó á la otra parte de la Mesopotamia (7); y no dice si está de este ó del otro lado del Eufrates. Yo mejor querría ponerla de este lado, y en la Siria ó en la Arabia Desierta.

Todos estos países son conocidos en los libros santos bajo el nombre de Oriente. Jeremías bajo el nombre de *hijos del Oriente*, designa á los árabes acenitas y á los sarracenos (8), pueblos sin ciudades, sin casas, sin habitación fija, que vivían bajo de tiendas y cortaban su cabello formando un cerquillo (9). Levantao, decía Jeremías á los Caldeos de parte del Señor, *Marchad contra Cedar, y destruid los hijos del Oriente. El enemigo se apoderará de sus tiendas y de sus rebaños; se llevará sus camellos, y esparcirá por todo el país el temor. Marchad contra ese pueblo que vive en paz y sin*

(1) Aug. serm. clix. 9. de Sanctis, an. 128. in Appendix. (2) Author de *Mirabilibus Sacrae Scripturae*, p. 4.—(3) Tertuliano contra Judaeos.—(4) Matth. ii. 1. *Ecce magi ab Oriente venerunt Jerusalem*.—(5) Num. xxii. 7. (6) Num. xxii. 5. *Magi erant univ. ad Balaam filium Beor arivian, qui habitabat super flumen terre filiorum Ammon.* (Hebr. ad Balaam filium Beor, ad) *Peturam quae est super flumen terre filiorum populi sui.* Chab. ad *Peturam* quae est super *Euphratem*.—(7) Euseb. in locis.—(8) Jerem. xxx. 22. et seqq.—(9) Herodot. l. iii. c. 8.

puedo algunos. No tienen puertas ni cerrojos; yo voy á esparcir á todos misantos esos pueblos que se cortan en cerquillo su cabello.

Abraham habiendo dado todos sus bienes á Isaac, distribuyó otros dones á los hijos de sus otras mugeres; y separándolos de Isaac, hizo que se fueran al país que mira al Oriente (1), es decir á la Arabia Desierta ó Petrea. Job, que vivía en la Idumea oriental en Bosra ó en sus alrededores (2), es calificado un *hombre poderoso entre los pueblos del Oriente*, es decir entre los Sirios, los Arabes y los Caldeos. Los profetas (3) notan que los Hebreos cautivos volvieron del Oriente á su país, es decir de la Caldea á la Judea. Es pues indubitable que la Arabia Desierta, la Mesopotamia y la Caldea son llamadas Oriente por los libros santos. Por tanto es enteramente verisimil que los magos vinieron de ese país á la Judea.

La otra razón en que nos fundamos, es la profesión que hacían de sabios, y el nombre de magos que se les daba. Es sabido que los Caldeos tenían sabios que pretendían predecir lo futuro. Daniel hace mención de muchas clases de ellos, y toda su historia es una prueba de la aplicación que tenían los Caldeos á la interpretación de los sueños y de los prodigios. El ejemplo de Nabucodonosor y de Baltasar lo muestra suficientemente. Los autores profanos nos refieren mil cosas de los sabios de Caldea. M. Stanley (4) emplea toda la parte décima tercera del segundo libro de su historia de la Filosofía en describirlos á la de los Caldeos. Los Arabes y los Idumeos, conocidos también en la Escritura bajo el nombre de *Orientales*, preciaban de sabios y de grandísimos conocimientos. *¿Ea no hay mas sabios en Teman?* dice Jeremías (5). Teman estaba en la Idumea meridional. Y el Señor dice por Abdias: *Yo perderé á los sabios de Idumea* (6). Job y sus amigos eran de estos sabios del Oriente. De Salomon se dijo (7) que su sabiduría era mayor que la de todos los Orientales. Por último los Griegos reconocen que sus filósofos han sacado mucho provecho del comercio y lecciones de los sabios del Oriente. Porfirio asegura que Pitágoras consultó á los sabios de la Arabia.

Balaam que era del mismo país, era un adivino ó un profeta famoso en tiempo de Moises. Los padres é intérpretes reconocen que los magos que vinieron á adorar á Jesucristo, eran sucesores de este antiguo sabio, y que fundados en su profecía, llegaron á Jerusalem solicitando al nuevo rey, cuya estrella vieron en su país. Ellos mismos se expresan de una manera muy clara: *¿Dónde está el rey de los Judios que acaba de nacer? porque nosotros hemos visto su estrella en el Oriente* (8). [En que lugar de la Escritura se halla marcada la venida del Mesías con el simbolo del nacimiento de una estrella? Y por qué otra vía podían estos extranjeros conocer que este nuevo fenómeno denotaba la venida del Mesías esperado de los Judios, sino por la profecía de Balaam que se conservaba en su nación, y que por una tradición de padres á hijos había llegado hasta ellos? Los filósofos del Oriente, de Caldea, de Mesopotamia, de Arabia y de Capadocia, no eran conocidos enton-

(1) Gen. xxx. 5. 6.—(2) Verbo el Comentario sobre Job, l. 5.—(3) Isai. xlii. 5. Baruch. iv. 37. v. 5. Zach. vii. 1.—(4) Stanley, *Hist. Antiquit. l. ii. parte xiii.—*(5) Jerem. xlii. 7. (6) Abdias, v. 8. (7) 3. Reg. iv. 30. (8) Matth. ii. 2.

IV.

Parece que los magos que vinieron á adorar á Jesucristo, habitaban en los alrededores del Egipto.

S. Cesario de Arles que vivía en el sexto siglo; y aun el nombre de reyes está allí muy dudoso, y parece que se añadió después. Pascasio Radbert (1) que florecia en el siglo nono en la abadia de Corbia, verdaderamente está decidido por la real dignidad de los magos: *Magos reges extitisse, nemo qui historias legit gentiliam, ignorat.* Theophilacto (2) entre los Griegos reconoce por reyes á los magos; pero Niceforo (3) mas antiguo que él se contenta con decir que eran ilustres asi por su ciencia como por su poder. Esto es lo mas fuerte que encontramos entre antiguos y modernos en favor de esta opinion.

Como ni la Escritura ni los mas antiguos padres se deciden claramente sobre esta dignidad real atribuida á los santos magos, y la Iglesia hasta aqui no ha exigido sobre esto alguna creencia cierta, sino que ha dejado la libertad de examinar las pruebas, y contestar la verdad; confesamos que tal dignidad real á nuestro juicio no tiene un fundamento bastante para recibirla como indubitable. Es verdad que los magos tuvieron en otro tiempo en la Persia una autoridad muy grande, y que aun los mismos reyes se hacian instruir por ellos; pero jamas reinaron en pais alguno que sepamos; y sobre todo, al tiempo del nacimiento de nuestro Señor, ningun pais habia ni de Persia, ni de Caldea, ni de Mesopotamia, ni de Arabia, donde á los reyes se les diera el nombre de magos, ni donde fuera necesario serlo para reinar.

En cuanto al número de los magos, por mucho tiempo se fijó á tres. S. Leon así lo supone siempre (4); S. Cesario lo dice expresamente en el sermón que hemos citado (5). Lo mismo se lee en dos sermones atribuidos en otro tiempo á S. Agustin, pero el primero de estos dos sermones (6) se encuentra en otra parte bajo el nombre de Eusebio Emiseno, y el segundo (7) lleva el nombre de S. Leon en todos los manuscritos. Beda, el Abad Rupert (8), y después un gran número de intérpretes enseñan lo mismo; esta es la opinion mas comun, y casi la única seguida el dia de hoy en la Iglesia. Ella se funda principalmente sobre decir el Evangelio, que los reyes presentaron á Jesucristo oro, mira é incienso (9); y se ha supuesto que cada uno de ellos ofreció su don.

Pero esta opinion no siempre fué recibida en la Iglesia. El autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo (10) cita libros antiguos apócrifos, que llevaban el nombre de Set, y decían que los magos habian sido doce, escogidos de toda su nacion; y que por muchos siglos hubo una sucesion de padres á hijos con el fin de observar el momento de la aparicion de la estrella predicha en otro tiempo por Balaam. Para esto subian sobre un monte, desde donde observaban el nacimiento de los astros, hasta que por fin descubrieron la estrella que habian esperado por tantos siglos. El autor de la glosa ordinaria, sin limitar el número, simplemente dice que los reyes eran en gran número.

(1) Paschas. Radb. in Matth. u. (2) Theophilact. in Matth. u. (3) Nicephor. l. 1. c. 13. Hist. eccl. (4) Leo Maga. serm. 1. 4. 5. 6. 7. 8. de epyth. et Epist. 16. v. 2. (5) Casar. serm. 139. Append. t. v. S. Aug. (6) Sermon. 136. Append. olim. 29. de tempor. (7) Sermon. nunc. 132. Append. t. v. olim. 33. de tempor. (8) Beda et Rupert. in Matth. u. (9) Matth. u. 11. (10) Auth. oper. imperf. homil. 2.

En el dia se dan á los magos nombres desconocidos de toda la antigüedad. Se les llama *Gaspar, Melchor, Baltasar*; pero estos nombres son nuevos, y se encuentran otros tan dudosos como estos en algunos autores no muy verdaderos; por ejemplo, se quiere que en griego hayan tenido los nombres de *Magalat, Galgalat, Saracin*; y en hebreo *Apellius, Amerus, Damaxus*, lo cual ha sido inventado por unos genios tan ignorantes en el griego como en el hebreo. Otros los nombran *Ator, Sator, Parataras* (1); nombres todos forjados á voluntad, y desconocidos ántes del siglo doce.

El autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo (2), dice que santo Tomas, habiendo encontrado á los magos en la Persia, los instruyó, los bautizó, y en su compañía los ocupó en la predicacion del Evangelio. Se pretende que hayan sufrido el martirio en una ciudad de la Arabia. Los Armenios ponen su muerte en Maveg en la Armenia. Se muestran sus cuerpos en Colonia, y allí son honrados con un culto particular. He aquí lo mas notable que leemos relativo á la persona de los magos.

El tiempo de su llegada á Judea es un punto que ha ocupado demasiado á los cronologos. La decision de esta dificultad en gran parte depende de la distancia del pais de donde se les hace venir. Los que pretenden que los reyes salieron de la Persia (3), les dan dos años para hacer su viaje, suponiendo que la estrella se les apareció dos años ántes del nacimiento del Salvador, segun que está escrito en el Evangelio, que Heródes hizo matar á los niños de Belen de dos años abajo, segun el tiempo que le habian indicado los magos (4). Otros (5) los hacen llegar á Belen dos años después de dicho nacimiento, suponiendo que la estrella se les apareció en el instante en que nació. Otros por último los hacen partir desde luego que nació el Salvador, y que apareció la estrella, y los hacen llegar á Belen trece dias después del nacimiento. Mas á fin de que desempeñaran cuanto era necesario para arribar en trece dias desde la Persia á Belen, les dan dromedarios que son animales muy prontos y muy ligeros.

S. Juan Crisostomo (6), sin determinar el tiempo de su llegada, ni reducirse al tiempo de dos años, dice que la estrella pudo aparecerseles ántes del nacimiento del Salvador; y que Heródes temiendo no encontrar al que buscaba, tomó para hacer morir á los niños de Belen, mas tiempo que el que habia desde la aparicion de la estrella. Algunos han querido (7) que esta se haya aparecido desde la encarnacion del Hijo de Dios; y otros (8) desde la concepcion de S. Juan Bautista; pero nadie se atreve á fijar el tiempo preciso de la partida de los magos, aunque han puesto su arribo á Belen trece dias después del nacimiento de Jesucristo. Haciéndolos venir de las orillas del Eufrates, es decir, de las cercanias de Putara ó tambien de la Caldea, ó de la Babilonia, pudie-

(1) Vide Cassan. in Burn. et Dalland. Mat. t. 1. p. 7. 8. (2) Homil. u. in Matth.

(3) Quid. apud Theophyl. Auth. serm. 131. et 132. in Epiph. appendic. tom. 5. S. August. (4) Matth. u. 16. (5) Epiphani. heres. 62. Par. seu Hieron. in Chron. N. Testam. l. 1. c. 13. Beda. Auth. (6) Cleopatra. homil. 7. in Matth. (7) Bolland. April. t. 1. p. 8. Mart. t. 1. p. 7. (8) Dalland. Mat. t. 1. supplement. p. 519. 520. Theophrast. Hermon. Esang. anno 2. ante Christi nativ. art. 7.

VII.

Otras notas sobre el número y nombre de los magos que vienen á adorar á Jesucristo, y sobre su muerte y culto.

VIII.

Tiempo de la salida y arribo de los magos que vienen á adorar á Jesucristo.

ron llegar á Jerusalem en ménos de veinte dias atravesando la Arabia desierta sobre camellos, que son la cabalgadura ordinaria de ese pais. Del Eufrates á Jerusalem no hay mas que doscientos leguas.

Hablemos ahora de la estrella que apareció á los magos (1), y que S. Agustin llama la magnífica lengua del cielo. Algunos natigios (2) han avanzado que era un astro nuevo, creado expresamente para anunciar á los hombres el nacimiento del Mesias otros (3); que era un especie de cometa que apareció extraordinariamente en el aire. Ligfoot (4) quiere que fuera la misma luz que apareció á los pastores en las cercanias de Belen, y que se hizo visible tambien de lejos á los magos que estaban en su pais, y que la vieron como una estrella que se fijaba sobre la Judea. Otros muchos (5) se adelantaron á decir, que era un ángel revestido de un cuerpo luminoso en forma de estrella, y que moviéndose determinadamente hacia el Judo de la Judea, determinó á los magos á seguirlo. S. Juan Crisostomo, Euliano, Cesario y Teofilacto, confirman esta opinion, por cuanto este astro parecia inteligente y racional, apareciendo, desapareciendo, deteniéndose y adelantándose segun era necesario.

El autor del comentario imperfecto sobre S. Mateo, dice que esta estrella descendió sobre el monte donde la estaban esperando los magos muchísimo tiempo habia, y apareció teniendo en su medio uno como niño, y una cruz que estaba sobre él; este les habló, y les ordenó que fuesen á Judea. S. Epifanio (6) ha seguido la misma tradicion tomada del libro apócrifo de Set. Otros (7) han afirmado que esta estrella era el Espíritu Santo que bajo esta forma apareció á los magos, así como en la de paloma se dejó ver después en el bautismo de Jesucristo. S. Ignacio (8) dice, que esta estrella despedía un resplandor que excedía al de todas las otras, y que el sol, la luna y los demas astros le hacian compañía, y formaban su cortejo. Ella dominaba por su brillo sobre todo ese pais, y todo el mundo estaba admirado considerando esta luz.

Parece que los autores profanos no desconocieron este fenómeno. No hablo yo de aquel cometa que segun la relacion de Plinio apareció en Roma por siete dias continuos despues de la muerte de Julio César, al principio del reinado de Augusto, y que habiéndose juzgado ser la alma de César, fué adorada en Roma en un templo particular (9). Muchos de nuestros autores lo estimaron como un presagio de la venida de Jesucristo; mas su aparicion fué muy anterior al nacimiento del Salvador, para poder decir relacion con él (10). El mismo Plinio (11) se explica con mas precision, cuando re-

(1) Aug. t. v. serm. 200. nov. ed. olim. 30. de tempore. Quid erat nisi magnifica lingua caeli? Et serm. 203. olim. 64. de divers. initio. Nihilam sibi apparentem, et pro inante. Verbo visibiliter loquentem, velut linguam caeli secuti sunt. (2) Les Magos, serm. 1. de Epiph. Chrysost. in Math. hom. 8. (3) David. De homine Christi nat. Ambros. l. ii. in Luc. c. 2. Act. de mirabilibus nec. Script. Fulgent. hom. de Epiph. Author. serm. 131. append. t. v. S. Aug. (3) Orig. l. i. contra Cel. Mid. Grót. Sanctes. (4) Ligfoot. Hor. Talmud. et in Harmon. (5) Ita Evang. Infantiae Chrysost. et Theophyl. in Math. Author. de mirabilibus nec. Script. Caesar. Dialog. 20. Maldon. (6) Epiph. haeres. 26. et 39. (7) Quid. apud Author. de mirabil. nec. Script. apud Aug. (8) Ignat. epist. ad Ephes. ita et Evang. Infantiae (9) Vide Plin. l. ii. c. 25. (10) Jesucristo no nació sino cuarenta y uno o tambien cuarenta y cuatro años despues de la muerte de Julio César. (11) Plin. l. ii. c. 25. Hist. Natur.

fers que apareció un cometa con una especie de cabellera color de plata, y tan brillante que los ojos apenas podian tolerarla. En su interior presentaba á un Dios en figura humana: *Species humana Dei effigiem in se ostendens.*

Es verdad que de este pasaje sospechan algunos críticos, y yo no pretendo insistir en sostenerlo. He aquí otro de Calcidio, filósofo platónico (1), el cual está expreso por nuestra opinion. *Debe notarse, dice, otra historia mucho mas santa y digna de veneracion, que nos habla de la aparicion de cierta estrella, que no pronosticaba ni enfermedades ni muertes, sino el descenso de Dios á la tierra, para vivir entre los hombres y colmarlos de sus favores. Los sabios de Caldea habiendo observado esta estrella por la noche, como instruidos que eran en el conocimiento de los astros, emprendieron buscar á este Dios que acababa de nacer; y habiéndolo encontrado, ofrecieron los votos que eran debidos á una tal magestad. Si este pasaje no es supuesto, me es indudable que Calcidio era cristiano.*

Volviendo al asunto sobre la naturaleza de la estrella y tomando un medio en esta diversidad de opiniones, creemos haber sido un meteoro inflamado en la region media del aire (2), el que habiendo sido notado por los magos con circunstancias y cualidades extraordinarias, fué estimado por ellos como un fenómeno milagroso; y acordándose de lo que en otro tiempo predijo Balaam, se resolvieron á seguirlo, con el fin de tener noticia del nuevo marca que debía nacer en la Judea. La inspiracion interior del Espíritu Santo, y la luz que se comunicó á su entendimiento, junta con la opinion común entónces en todo el Oriente, de que el Mesias debía aparecer muy breve (3), fueron los motivos mas que suficientes que los obligaron á emprender este viaje. Era pues probablemente la estrella un fuego que iba delante y sobre ellos, casi como aquella nube que conducía á los Hebreos en el desierto (4).

Los escritores no están de acuerdo sobre si la estrella que apareció á los magos se hizo visible á todo el mundo. Algunos autores (5) creen que solo á los magos se concedió este privilegio. Otros (6) sostienen que en su pais solamente la vieron una ó dos veces; y despues no apareció mas que cuando salieron de Jerusalem. Otros (7) defienden que ellos constantemente la siguieron desde su patria hasta Jerusalem; que ella desapareció y los obligó á preguntar, en qué lugar debía nacer el Mesias. Otros por último (8) pretenden que la estrella se presentó á todo el mundo; y que si los otros pueblos no la siguieron, fué por no haber sido atraídos por el movimiento interior del Espíritu de Dios, ó porque no comprendieron el misterio de este nuevo fenómeno. Llegando los magos á Jerusalem, animosamente preguntaron: *¿Dónde está el rey de*

(1) No se sabe en qué tiempo vivió. El hizo un comentario sobre el Tinto de Platon, en donde se halla este pasaje, p. 19. (2) Spinkem. ex Orig. et Aug. Brer. Le Clerc. Author Prædilecti. l. iv. c. 3. (3) Suet. in Vesp. Tertio. lib. 5. Cicero. l. ii. de Divinat. (4) Erod. ano. 21. (5) Author Prædilecti. l. iv. c. 3. (6) Bonil. hom. de homine Christi nat. Author. de mirabil. nec. Script. g. A. Tillamont. nota 21 sobre Jesucristo, Foynard. Harmon. Evang. (7) Chrysost. hom. 6. in Matth. A. thor apoc. in part. Amb. l. ii. in Luc. ii. Bern. serm. 3. in Epiph. Aug. serm. 200. 201. 203. nov. ed. Theophyl. Chron. Alex. (8) Evang. Infantiae. Ignat. ad Ephes.

IX.
Quid potuit per la naturam de la estrella que apareció á los magos.

X.
La estrella que apareció á los magos se vis en toda parte?

DISERTACION SOBRE LOS TRES BAUTISMOS,

ES DECIR, EL BAUTISMO DE LOS JUDÍOS, DE S. JUAN, Y EL DE
JESUCRISTO.

Tres clases
de bautismos
en la Escritura.
Asunto y
división de
esta Diserta-
cion.

En la Escritura se notan tres clases de bautismos; el de los Judíos, el de S. Juan Bautista, y el de Jesucristo. El primero era ó para disponerse á una accion santa, ó para purificarse de alguna mancha que se habia contraido, ó para recibir un prosélito. El segundo era un bautismo de penitencia, para preparar al hombre á obtener el perdón de sus pecados por medio de la confesion y el dolor que debian acompañarla. Finalmente el bautismo de Jesucristo conferia el perdón del pecado, la justificacion y la gracia del Espíritu Santo. Este eminentemente contenia los otros dos, y era su complemento y consumacion. Por tanto, para conocer bien toda su excelencia y mérito, importa poner en claro lo que pertenece á los otros dos bautismos; tal es el objeto que nos hemos propuesto en esta Disertacion, en la que examinaremos primeramente lo relativo al bautismo de los Judíos, y al de S. Juan Bautista y después lo tocante al de Jesucristo.

ARTICULO PRIMERO.

Bautismo de los Judíos.

I.
Bautismo u-
sado entre
los Judíos pa-
ra purificar-
se de algu-
nas manchas
contraidas.

Todos los pueblos han usado las purificaciones, las lustraciones y los bautismos. La idea general que han tenido de la Divinidad y de la pureza que necesitan los que á ella se acercan, les ha hecho comprender la necesidad de purificarse por el baño y las lustraciones de agua pura, de fuego ó incienso. Pero ninguna nacion ha sido en este punto mas religiosa que los Hebreos. Moises les ordenó que se purificaran y lavarán sus vestiduras (1), para prepararse á recibir las leyes del Señor al pié del monte Sinaí, cuando Dios les dió señales asombrosas de su presencia. Aaron y sus hijos no entraron en el ejercicio del sacerdocio, ni fueron revestidos de su traje y ceremonias (2), sino después de haber lavado con agua todo su cuerpo. En la ceremonia de la consagracion de los simples levitas (3) quiso el Señor que ellos lavaran antes su vestiduras.

Todas las manchas legales se purificaban por el bautismo, y comunmente por el sacrificio. Aun las impurezas naturales de hombres y mugeres, y ciertas indecencias de unos y otros, como la lepra (4),

[1] Exod. xiv. 10. [2] Exod. xxix. 4. xl. 12. Lev. viii. 6. [3] Num. viii. 6. 7. [4] Lev. xii. 6. 34. xiii. xiv. 5. 7. et seqq.

y las poluciones voluntarias é involuntarias se purificaban por el baño. El que habia tocado el cadáver de un animal impuro ó de alguna persona manchada, quedaba sujeto á la misma ley (1); lo mismo el que se habia manchado por el tocamiento de una victima inmolada por el pecado (2), ó de la vaca sacrificada el dia de la expiacion solemne (3), ó de un hombre muerto (4), ó de cualquiera otra cosa impura. Mas este bautismo no limpiaba las manchas del alma, ni estaba establecido para esto, sino solamente para las impurezas legales y corporales.

El modo de hacerse todas estas purificaciones, era meter todo el cuerpo desnudo en el agua, lavar después por separado sus vestidos, ó entrar en el agua estando vestidos y con todo su topiaga. Estas dos cosas se hacian sin separar una de la otra, dicen los doctores judíos. Cuando la Escritura manda lavar las vestiduras, se entiende que debe lavarse tambien todo el cuerpo, y reciprocamente cuando se manda meter el cuerpo en el agua, se entiende que tambien han de lavarse las vestiduras.

Lo que se llama bautismo, por aspersion ó por infusion no era conocido, y la Iglesia cristiana no lo empleó en sus principios; se estuvo al uso y á la nocion comun de los Judíos y de los otros pueblos. Esta clase de bautismos, impropriamente dichos, verisimilmente debe su origen á ciertas lustraciones ó aspersiones usadas en tiempo de la ley, y en las ceremonias paganas, en las que algunas veces se rociaba la multitud con una agua lustral, ó con la sangre de una victima de expiacion:

Spargens rare Levi, et tunc felicia cives.

Se ven ejemplos de esto en Moises, en la ceremonia de la consagracion de los sacerdotes (5) y de los levitas (6), en la festividad de la expiacion solemne (7); en la curacion de un leproso que presentaba en el templo su ofrenda (8); en los sacrificios solemnes, y por el pecado del gran sacerdote ó del pueblo (9); por ultimo, en las manchas comunes contraidas por la presencia de un muerto ó por la asistencia á sus funerales (10); en todos estos casos se rociaba con agua lustral mezclada con la ceniza de la vaca bermeja.

Lo mas singular que se nota en esta materia es el bautismo que se daba á los prosélitos. Los Judíos llamaban *prosélitos* á los que se convertian al judaismo, ó simplemente á los que querian fijar su mansion en su país. Estos últimos no estaban obligados á recibir la circuncision ni el bautismo, sino solamente á renunciar la idolatria y observar ciertos preceptos que los Hebreos pretendian haber sido dados á Noé y á sus hijos, después del diluvio, llamándolos *prosélitos de domicilio*. Los que se convertian al judaismo, se nombraban *prosélitos de justicia*; y las ceremonias que se observaban al recibirlos eran estas: Primeramente se les daba la circuncision, á ménos que ya la hubieran recibido; porque tambien se recibia entre los Samaritanos, entre los Ismaelitas y entre los Etiopes. En este caso bastaba sacar alguna go-

II.
Bautismo de
que usaban
los Judíos
con los pro-
sélitos.

[1] Levit. xi. 25-28. xxii. 6. [2] Levit. vi. 27. [3] Num. xix. 7. 8. 12. [4] Num. xix. 14. etc. xxii. 24. [5] Exod. xxix. 21. Levit. viii. 11. [6] Num. xvi. 7. [7] Levit. xvi. 15-19. Num. xix. 4. [8] Levit. xiv. 7. 16-51. [9] Levit. iv. 6. 17. [10] Num. xix. 12. et seqq.

ta de sangre del lugar de la circuncision; pero por lo comun no se reiteraba. Sin embargo, se sabe que alguna vez se reiteraba con los Samaritanos (1).

Cuando estaba ya curada la llaga de la circuncision, se le daba el bautismo al prosélito. Las mugeres por solo el bautismo eran recibidas; y era menester que el agua tocara realmente todas las partes del cuerpo, porque de otra manera el bautismo era nulo. Nunca se reiteraba, y se daba por una sola immersion. La ceremonia se hacia en presencia de tres jueces, y faltando uno de estos testigos, el hecho se anulaba. Los hijos de los prosélitos nacidos antes del bautismo de sus padres no heredaban, á ménos que ellos tambien recibiesen la circuncision y el bautismo; pero los hijos que nacián despues de esta ceremonia, se estimaban por Israelitas, y no necesitaban despues de la circuncision. Las madres que recibían el bautismo estando en cinta, hacían participantes de su privilegio á los hijos nacidos despues de esta ceremonia, y estos eran tenidos por Israelitas.

Sobre el origen de este bautismo no están acordes los rabinos; unos, como Maimónides, hacen subir su origen hasta Moises (2). Grocio (3) cree que estas abluções son de la mas remota antigüedad, establecidas verisimilmente despues del diluvio, en memoria de ese terrible suceso, que de una manera tan extraña purificó el mundo. Pero nada de esto se halla expreso en las leyes de Moises; ni la antigua historia de los Judios dice haberse dado el bautismo á Jetro ni á su familia (4), ni á Rut, ni á Rahab, ni á Aquion, ni á alguno de los extrangeros que abrazaron el judaismo. Josefo hablando de la conversion violenta de los Idumeos, refiere que Hircano les hizo recibir la circuncision (5), pero no habla palabra del bautismo.

Algunos han creído que los Judios imitaron esta ceremonia de los paganos, que bañaban en agua á los que iniciaban en sus misterios, ó de los cristianos, entre quienes el bautismo era de una necesidad indispensable para cuantos querían profesar la religion de Jesucristo. Pero los paganos y los Cristianos eran muy aborrecidos de los Judios, para creer que estos quisieran imitarlos. Es pues muy verisimil que esta ceremonia venga de los fariseos, que despues de la cautividad de Babilonia añadieron muchas observaciones nuevas á las que prescribe la ley; y lo que vemos practicado por S. Juan Bautista en el Jordan, donde bautizaba á cuantos Judios se le presentaban confesando sus pecados, insinúa que el uso del bautismo era entonces muy comun entre ellos.

Las prerogativas que los doctores hebreos reconocen en el bautismo de los prosélitos, son las mas singulares. Dicen que el prosélito en virtud de esta ceremonia recibe del cielo una alma nueva y una nueva forma substancial; de suerte que él es otro hombre. Los que habian sido sus parientes ántes de su conversion, ya no lo eran despues; los que habian sido esclavos quedaban libres. Si morían sin hijos despues de su bautismo, sus bienes eran del primero que los ocupaba. Los hijos habidos ántes de su conversion, despues de ella no se consideraban como

[1] *Epiph. de pond. et mens. p. 172.*—[2] *Vide Ligfoot. Hor. Hebraic. 41.* [3] *Cont. in Matt. in. 6.* [4] El Talmud lo asegura. *Lib. de Repudii: pero no da prueba alguna.* [5] *Joseph. Ant. lib. 13. cap. 17.*

herederos. Por el bautismo recibían como un nuevo nacimiento (1) y un ser nuevo. Se creía que á esto aludía nuestro Salvador cuando decía á Nicodémus (2), que si quería ser su discípulo, debía nacer de nuevo. *Y como quien es ya viejo podrá renacer?* preguntaba Nicodémus. *Podrá volver á entrar de nuevo en el vientre de su madre?* Dijo Je-
suscristo: *¿Eres maestro en Israel, ó ignoras esto? No sabes que los prosélitos renacen por la circuncision y por el bautismo?*

Los rabinos sin embargo no están enteramente de acuerdo ni sobre la necesidad de ese bautismo, ni sobre los privilegios de los prosélitos. Maimónides creía esta ceremonia necesaria, pero con una necesidad solamente de precepto; es una ley política cuya ejecucion está ordenada por el tribunal de justicia. Los otros doctores son mas moderados que Maimónides. En la Gemara (3) se lee que el que está circuncidado sin el bautismo, puede juzgarse prosélito, y reciprocamente el que recibió el bautismo sin la circuncision: *Porque, se dice, nuestros padres se circuncidaron, y no recibieron el bautismo; y nuestras madres fueron bautizadas, y eran incapaces de recibir la circuncision.*

Por lo relativo á las prerogativas de los prosélitos, los nuevos rabinos las disminuyen cuanto pueden. 1. Los prosélitos siempre conservaban la condicion de extrangeros, sin que una larga serie de generaciones pudiera borrarla. 2. Ningun empleo ni civil ni militar podían obtener en Israel. 3. Una muger prosélita no podía casarse con un sacrificador. 4. Los hijos de un prosélito y de una muger pagana siempre se juzgaban paganos. 5. Finalmente, si se concedía la vida eterna á los prosélitos, era con la precisa condicion de que sufrían doce meses enteros en los infiernos, porque estos son los que ellos han retardado la venida del Mesías, y no se les considera sino como la *polilla de Israel* (4); se presume que por sus malvadas costumbres, y por la ignorancia en las practicas de la ley, ocasionaron la corrupcion y relajacion de los verdaderos Judios.

ARTICULO II.

Bautismo de S. Juan Bautista.

Juan Bautista, despues de haber pasado cerca de treinta años en la soledad, en la mortificacion y en el ejercicio de la virtud, se aproximó al Jordan frente á frente de Jerico, y allí se hizo ver como un nuevo Elias, imitando el celo, la austeridad, y hasta el modo de vestir de aquel antiguo profeta (5). Comenzó predicando allí un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados, diciendo que el reino de los cielos estaba cercano; que la manifestacion del Mesías tanto tiempo esperado, habia ya finalmente llegado; que aquel (6) á quien el tiempo, poder y honor se habian prometido, que debía dominar sobre todos

Testimonio del Evangelio relativo al bautismo de S. Juan Bautista.

[1] *Vide Selden de Jure nat. et gent. lib. 11. c. 2. 3. et lib. 1. de Synedr. c. 3. Huet. concord. et Ligfoot.*—[2] *Joan. in. 16.*—[3] *Gemara. tit. Jachimoth. cap. 4.*—[4] *Voyez á Beringe, Historia de los Judios, lib. vii. cap. 9. articulo último. Es una máxima adoptada entre los Hebreos, que Proselyti sunt verus Israeliti, sicut acobites.*—[5] *4. Reg. 1. 8. Matt. in. 4.*—[6] *Dan. vii. 14.*

las naciones y sobre todas las tribus, cuyo poder era eterno, y cuyo imperio era inmutable é incorruptible y era el príncipe de los siglos, en breve debía aparecer y manifestarse; que el Señor irritado por los delitos de su pueblo, se disponía á tomar venganza, que la *segur estaba ya sobre la raíz del árbol*. Estos discursos sostenidos con el ejemplo del precursor, hicieron un ruido tan grande en todo el país, que de Jerusalem y de todas partes ocurrían á Juan Bautista con el fin de recibir el bautismo, confesar sus pecados y escuchar sus instrucciones. El exhortaba á los pueblos á que hicieran frutos dignos de penitencia, y volverán á Dios con una sólida y sincera conversión; y á todos les hacía advertencias proporcionadas á su estado y necesidad.

El bautismo ó la ablucion de todo el cuerpo sumergido en el agua, no era entonces una cosa rara ni extraordinaria entre los Judíos como desde ántes lo hemos notado. Y cuando los sacerdotes y principales ministros de la nacion enviaban á preguntar á Juan Bautista quien era, y con qué facultad bautizaba (1), no era por informarse ni de la cualidad ni de los efectos de su bautismo, porque ellos suponían que no era diverso del suyo; sino que únicamente querían saber quién era Juan, y en virtud de quién bautizaba. Confesaban los Judíos que el Cristo, Elias, ó algun profeta tenían esta facultad, sin serles necesaria la ordinaria mision de los sacerdotes. Estaban persuadidos de que solos los sacerdotes tenían legítimamente este privilegio por su carácter y por su estado. Pero habiéndose declarado que Juan no era ni el Cristo, ni Elias, ni un profeta, y no habiendo recibido tampoco su mision de la asamblea de los sacerdotes, sin embargo de ser del linaje sacerdotal, concluían que no tenía derecho alguno de bautizar. S. Juan á esto no respondió otra cosa, sino ser el *la voz predica por el profeta Isaias, que clamaba en el desierto* (2); *Preparad los caminos al Señor, y rectificad las sendas por donde debe pasar*; que su bautismo no era mas que de agua; pero que en medio de ellos estaba sin ser conocido quien cuanto ántes debía dar el bautismo del Espíritu Santo y de fuego.

El bautismo de Juan tenía dos circunstancias notables: la primera ser precedido de la penitencia, es decir del dolor y detestacion de los pecados, de las obras satisfactorias y de la enmienda de la vida; la segunda, estar acompañado de la confesion de las culpas. Porque la ablucion de todo el cuerpo con el agua, siendo una cosa común entre los Judíos, cada uno podía sin otra ceremonia, purificarse á sí mismo por el baño, siempre que contrajera alguna mancha. Mas el bautismo de Juan era mas perfecto; era segun la idea de S. Juan Crisostomo (3), como un puente que conducía del bautismo de los Judíos al de Jesucristo, siendo mayor que el primero, y menor que el segundo.

Sobre lo dicho se forman tres cuestiones: La primera, si el bautismo de Juan podía por sí mismo perdonar los pecados, ó si era solamente una preparacion para el de Jesucristo. La segunda, si la penitencia que predicaba S. Juan, era un simple dolor de los pecados, un pesar y sentimiento del corazón, que no se extendía á las acciones y practicas penosas y mortificantes. La tercera, finalmente, si la confe-

[1] Juan. i. 19. et seqq.—[2] Isai 40. 3.—[3] Chrysost. tom. i. Homil. xlv. pag. 312.

sion de los pecados se hacia con toda puntualidad, expresando el número y calidad de las culpas cometidas; ó si bastaba decir las en general.

Los padres (1) ponen una gran diferencia entre el bautismo de Jesucristo y el de San Juan. Este no hacia mas que prometer lo que el otro daba. Con el de Juan únicamente se preparaban para el de Jesucristo; y la confesion de los pecados que Juan pedía era solamente una disposicion para este bautismo que era como el precursor del de Jesucristo. El le preparaba el camino, dice S. Juan Crisostomo, y pedía lo que solamente concedía el Salvador; dice Tertuliano. Despues del bautismo de Juan debía necesariamente recibirse el de Jesucristo, dice S. Agustin (2), para obtener el perdón de los pecados: *Quamquam ita credam baptizasse Joannem in aqua penitentiae ad remissionem peccatorum, ut ab eo baptizatis in xpo remitterentur peccata; re ipsa vero in Domini baptismo id fieret*. Los que recibían el bautismo de Juan no renacián espiritualmente, ni obtenían el perdón de los pecados; esta gracia la concedía solamente el bautismo del Salvador: *Non enim renascebantur, qui baptizati Joannis baptizabantur, sed quodam praecursorio illius ministerio qui dicebat, Parate viam Domini, huc uni in quo solo renasci poterant parabantur* (3).

En cuanto á la penitencia que predicaba San Juan, él les hizo entender muy bien que no quedaba satisfecho con el simple dolor de los pecados, pues dijo á los fariseos: *Facite frutos dignos de penitencia, y no os contentéis con decir en vuestro interior: Tenemos á Abraham por padre* &c. (4). De nada os servirá ser del linaje escogido, y venir aquí á recibir mi bautismo, si no hacéis frutos de penitencia. ¿Cuáles son esos frutos sino la mortificacion, el ayuno, la fuga de las ocasiones, los ejercicios penosos de los penitentes, vestirse de un cilicio, sentarse sobre la ceniza, derramar lagrimas, privarse de los placeres y renunciar á sus inclinaciones viciosas? Esta es la idea que la Escritura y los padres nos hacen formar de la penitencia. Así es como David mereció el perdón de sus pecados (5), como los Nimitas desviaron la ira de Dios (6), como Esier y Mardoqueo obtuvieron la revocacion del decreto funesto que condenaba á muerte á cuantos Judíos había en los estados de Asvero (7); así es como Daniel lloró los pecados de su pueblo (8), y como Joel exhortó á los hijos de Judá á que volvieran al Señor (9). San Juan tambien con toda su conducta y con todas sus acciones no les hizo entender claramente lo que ellos debían hacer, como lo nota S. Juan Crisostomo (10)?

Al que ha recibido una herida no le basta sacarse el ferro mor-

[1] Chrysost. homil. x. et xi. in Matt. et homil. xlv. primam. pag. 313. 315. Tertulian. lib. de Baptismo, p. 200. *Arctatur itaque baptismus penitentiae quasi candidatus remissionis et beneficentiae in Christo subscriturae*. Vide et Ambros. in psalm. cxviii. n. 19. *Ac si scit quisque quae anima quasi ad baptismum Joannis venit, ut proferat penitentiam electorum*. Vide et Auth. quosdam ad Orthodoxos apud Justin. p. 37. Et Hier. ad Matt. n. 6. Origen. in Joan. tom. vii. *Regenerati non sunt Joannem, sed apud Jesum per apostolum fides*.—[2] Aug. lib. v. contra Donat. cap. x. *Joannem tu, sed apud Jesum per apostolum fides*.—[3] Aug. lib. v. contra Donat. cap. x. *Joannem tu, sed apud Jesum per apostolum fides*.—[4] Matt. n. 8. 9.—[5] 2. Reg. xii. 16. Psal. lxxvi. 16. Jer. i. 16. 17.—[6] 2. Reg. xii. 16. Psal. lxxvi. 16. Jer. i. 16. 17.—[7] Esther. iv. 1. 2. 3. 16. 17.—[8] Dan. x. 3. 4.—[9] Joel. n. 12. 13. 15. 16. 17.—[10] Chrysost. homil. x. et xi. in Matt.

II.
Cuestiones que se proponen sobre el bautismo de S. Juan Bautista:
Primera: ¿El bautismo de S. Juan tenía por su mismo la virtud de perdonar los pecados?

III.
Segunda cuestion: ¿Era que consistía la penitencia que predicaba S. Juan?

tifaro, sino que debe tambien aplicarse remedios proporcionados al mal. Para que haya una buena penitencia, dice el mismo padre (1), no es suficiente el no cometer el mal que en lo pasado habiamos cometido; sino que debe practicarse el bien contrario, y hacer frutos de buenas obras. Si quitaste á otro sus bienes, comienza por hacer limosnas con los tuyos propios. Si te entregaste á los placeres ilícitos, abstente aun de los que te son permitidos. Del mismo modo han hablado los otros padres (2); todos los santos han enseñado la práctica de la penitencia así en las obras como en las palabras. En vano se nos dice que la palabra griega que emplea el Evangelio (3) propiamente significa el pesar del pecador, y el sentimiento íntimo de su dolor. La antigüedad cristiana constantemente le ha dado un sentido mas extenso, y ella sabia el griego á lo menos tambien como nuestros buenos reformadores del Evangelio. Cuando una alma está bien penetrada de la compuncion y del dolor, no ratiocina sobre el valor de las palabras; sino que sigue el movimiento de su corazon, tiene un ínfimo aborrecimiento á todo lo que desagrada á Dios, y no se contenta con evitarlo, sino que procura con empeño practicar las virtudes contrarias. Un corazon verdaderamente convertido ya no conserva amor al crimen, ni lo comete mas, sino que ama la virtud, la justicia, y la practica con celo.

IV.
Tercera co-
nfeccion: En
que comienza
la confesio-
n que hacian á
S. Juan?

La confesion que hacian á S. Juan los que se acercaban á su bautismo no era solamente una manifestacion general por la cual se declaraban pecadores, ó una confesion vaga de las culpas que habian cometido por pensamiento, palabras, acciones ú omisiones, como quieren muchos, sino que era una confesion distinta y particular de las faltas que habian podido cometer contra la ley. Tal era la confesion que hacian los Hebreos poniendo sus manos sobre la cabeza de las victimas que ofrecian por el pecado (4). El gran sacerdote confesaba sus culpas y las de los otros sacerdotes el día de la expiacion solemne (5). Los simples Israelitas se confesaban, segun se dice (6), diez veces en ese dia: 1.ª la víspera por la tarde antes de la cena; 2.ª en la mañana siguiente, y las ocho restantes durante el dia; en todo eran diez veces, por cuanto el gran sacerdote pronunciaba otras tantas el nombre de Dios en ese dia. Maimonides generalmente asegura que el pecado nunca se perdona sin que el hombre haga una confesion verbal.

En los Hechos apostólicos se lee (7) que los gentiles que se convertian venian á decir sus culpas á los pies de los apóstoles: *Multí credentium venient confitentes et annuntiantes actus suos*. Santiago (8) recomendaba á los fieles *el confesar mutuamente sus pecados*. Los Judios el día de hoy se confiesan casi como nosotros en la hora de la muerte (9). Los mas ignorantes tienen una fórmula general de confesion que ellos recitan; pero los otros declaran en particular sus pecados. En el principio del año confiesan

[1] Chrysost. homil. x.—[2] Vide Justin. Dialog. cum Trypho. et alios. Lege Gen. ad Matt. xi. 6.—[3] Matt. xi. 2.—[4] Levit. v. 5. *Agat poenitentiam pro peccato* (Hebr. *Confiteatur peccatum suum*). Num. v. 7. [5] Levit. xvi. 6. 11. [6] Baztosf. Synag. cap. 30. *Moris de Pasch. lib. ii. cap. 22. lib. iv. cap. 35. 36.*—[7] Act. xii. 16.—[8] Jacob. v. 16.—[9] Baztosf. Synag. c. 35.

tambien sus pecados estando metidos en una cuba llena de agua. La fórmula de su confesion tiene veinte y dos palabras, así como tiene tantas letras su alfabeto; y á cada palabra que pronuncian de su confesion, un hombre que allí se halla presente mete su cabeza en el agua, y el penitente se golpea el pecho con la mano derecha (1).

Tambien se confiesan unos á otros durante el día de la expiacion solemne (2); y he aquí de qué manera lo ejecutan. Dos Judios se retiran á un rincon de la sinagoga; el uno se inclina profundamente ante el otro, teniendo la cara vuelta hacia el norte; el que hace el oficio de confesor da con una correa de cuero treinta y nueve golpes sobre la espalda del penitente, recitando estas palabras: *Dios misericordioso perdona sus iniquidades y no los extermine desde generalmente su cólera, y no encienda contra ellos todo su furor* (3). Y como estas palabras recitadas en hebreo solamente son trece, las repite tres veces, y descarga un azote á cada palabra, lo que hace treinta y nueve palabras, y otros tantos azotes. Entre tanto el penitente declara sus pecados y se golpea el pecho á cada culpa que confiesa. Despues de esto el que hizo el oficio de confesor, se postra en tierra, y recibe á su vez treinta y nueve azotes de su penitente.

Por lo dicho se ve que el uso de confesar las culpas por menor y en particular, y ante otro hombre, era seguido entre los Judios y Cristianos desde el tiempo de los apóstoles, y así ha continuado despues. Por tanto no es increíble lo que se dice, de que la confesion que se hacia á S. Juan, era casi como la que usamos el día de hoy nosotros. Así lo han entendido los padres y los mejores interpretes. El autor de la obra imperfecta (4) lo nota con toda distincion: *La confesion, dice, es un signo del alma que está penetrada del temor de Dios. Porque el que teme el juicio de Dios, no se avergüenza de confesar sus pecados; pero el que se avergüenza no tiene un verdadero temor*. S. Juan Crisostomo dice: *La confesion es necesaria á los que están limpios por el bautismo y á los que no lo están; á estos, para que puedan curarse de las profundas heridas que se han abierto, y puedan presentarse á los misterios sagrados, es decir al bautismo. La confesion tambien es necesaria á los que en otro tiempo fueron purificados por el bautismo, á fin de que puedan expiar las culpas cometidas despues de su regeneracion, y merezcan acercarse á la santa mesa* (5).

Grocio sobre este lugar se declara en favor de la confesion particular, contra el parecer de los mas de sus cofrades. En cuanto á la cuestion que se promueve entre los sabios, dice, si en los pasages de los Números y del Levítico donde se habla de la confesion, se trata de una simple confesion del hombre á Dios, ó si el hombre debe declarar sus pecados á los sacerdotes, juzgo por muy probable la opinion de los que quieren que se haya hecho una confesion particular de los pecados al sacerdote en las cosas en que no hay pena de muerte contra el culpable; porque en los otros casos bastaria acusarse en ge-

(1) Baztosf. Synag. c. 18.—(2) *Idem*, cap. 29.—(3) *Psal. lxxvii. 38.*—(4) *Opus imperfectum in Matt. homil. 3.*—(5) Chrysost. in Matt. homil. x. *Vasee la homilia xxvii. de S. Basilio, sobre la penitencia.*

neral. Y es muy creíble que lo mismo se observaba aun con mas piedad y confianza entre aquellos que iban á Juan Bautista, que era sacerdote y profeta, y á mas de esto era reconocida su fidelidad." Puede verse sobre esto á Maldonado, Jansenio, Estio, y los otros comentaristas católicos sobre el capítulo vi. de S. Mateo:

V. Preguntan los escolásticos cual era la forma del bautismo de S. Juan (1); porque en los sacramentos debe haber materia y forma que es lo que hace su esencia. Unos sostienen que el bautismo de S. Juan no tenia forma alguna particular; defecto que él solo basta para excluirlo de la clase de sacramento. Otros (2) creen que Juan conferia su bautismo en el nombre de Cristo futuro; lo cual tiene en su apoyo muchas razones de congruencia. Mas no deben esperarse pruebas ciertas y positivas de una cosa de hecho, sobre la que nada nos dicen ni la historia sagrada ni la Escritura.

El bautismo de S. Juan no acabó con él, ni los discípulos que él formó desaparecieron con su muerte. Algunos de ellos se fueron con Jesucristo, y se pusieron bajo su direccion; y esta era la intencion de S. Juan, que sus discípulos abrazaran este partido, como lo manifestó claramente con la diputacion que envió desde su prision algun tiempo antes de su muerte (3). Otros continuaron predicando la penitencia, y verisimilmente dando su bautismo; porque se cree que mientras vivió S. Juan, sus discípulos nunca emprendieron dar el bautismo; (4) y es cierto que él no les mandó que continuaran confiriéndolo despues de su muerte, pues sabia que el Mesias comenzaba á manifestarse, y á abrogar con su venida el bautismo de su precursor. Pero sus discípulos continuaron dándolo, no solamente en la Judea, sino tambien en otras partes. Apolo, natural de Alejandria, hombre sabio, y zeloso defensor de la doctrina de Jesucristo, veinte años despues de la muerte del Salvador, vino á Efeso, sin conocer todavia otro bautismo que el de S. Juan (5). Y muchos Efesinos, cuando S. Pablo arribó á esta ciudad despues de Apolo (6), no habian recibido mas que este bautismo, ni sabian tampoco si habia un Espiritu Santo que se recibiese por el bautismo de Jesucristo.

VI. Se dice que aun hasta el dia existen en el Oriente (7) discípulos de S. Juan con el nombre de Sabis; son poquitos, y se hallan esparcidos en la Arabia, en la Persia, y á lo largo del golfo Pérsico. Estos tuvieron su origen en la Caldea; y se cree que eran de los discípulos antiguos de Zoroastro, de quien conservan todavia muchísimas opiniones. Ellos recibieron el bautismo de S. Juan, é hicieron una miscelanea de la doctrina de Cristo y de las prácticas judaicas, á lo que añadieron despues algunos desvíos del mahometismo. Estos cristianos tomaron el nombre de S. Juan, por cuanto tienen á este por autor de su creencia, de sus ritos y libros. Todos los años reciben el bautismo de S. Juan, y este santo es el grande y único suyo, con su padre y madre. Pretiendan que el sepulcro del precursor está próximo

(1) Scot. Dist. 2. q. 2. art. 1. Durand. Gabr. Franc. Suarez.—(2) D. Thom. 3. part. q. 38. art. 6. ad 5. Et alii aucti.—(3) Matt. xi. 2. et seq.—(4) Cyrill. tract. 2. in Joan. c. 57. Aug. tract. 5. in Joan. et lib. v. de Baptismo, c. 13.—(5) Act. xviii. 25.—(6) Act. xix. 1. et seq.—(7) Chardin, Viaje de Persia, tom. 1. p. 307. y siguientes. Gobierno político de los Persas.

á Custer, capital de Cusistan, en donde se halla el mayor número de esos Sabis. Ellos creen que en el mismo lugar está el nacimiento del Jordan.

No tienen á Jesucristo por hijo de Dios, sino solamente por profeta, y por el Espiritu de Dios; opinan que parece que tomaron de los mahometanos. Tienen una veneracion á la Cruz que casi llega á idolatria. Conservan un libro llamado Divaz, el que tienen por sagrado. En él se lee que Dios es corporal y que tiene un hijo que es Gabriel, por el cual crió el mundo. Crió tambien á los angeles y á los demonios corporales del uno y otro sexo, y capaces de engendrar. Se dice que consagran, ó creen consagrar un pan amasado con vino y aceite; y despues de llevarlo en procesion lo comen.

Tienen obispos y sacerdotes que se suceden de padres á hijos; su sacerdote sacrifica una gallina en la orilla de un rio; se asegura que una vez en el año inmolan tambien un carnero. Reciben todos los años el bautismo por aspersion ó por immersion, segun quieren, y en el nombre de solo Dios, porque no reconocen ni al Hijo ni al Espiritu Santo. Los sacerdotes se casan con una doncella. Son sumamente escrupulosos sobre las purificaciones é impurezas, como ellos se casan como los Judios. Tienen muchas mugeres, y cuando ellos se casan, el esposo y la esposa se bautizan en un rio. Por todo lo dicho se ve que esos cristianos, si es que se les puede dar este nombre, no son ni judios, ni idolatras, ni mahometanos; y que la ignorancia y la supersticion han alterado las semillas del cristianismo que ellos pudieron recibir al principio de algunas personas, como Apolo, que no conocia otro bautismo que el de S. Juan Bautista (1).

Calvino, Beza (2) y sus secuaces sostienen que el bautismo de Juan Bautista es el mismo que el de Jesucristo; y que los que recibieron el primero, no fueron nuevamente bautizados. El uno y el otro toman por objeto á Jesucristo, y eran el simbolo de la penitencia y del perdon de los pecados. Ellos pretienden que S. Pablo ninguna otra cosa exigia á los que habian recibido el bautismo de S. Juan que el que creyesen en Jesucristo con una fe mas expresa, para merecer la gracia y el perdon de los pecados. Añadian, que no habiendo recibido Jesucristo otro bautismo que el de S. Juan Bautista, si este último era diverso del de Jesucristo, nosotros no recibiamos el bautismo del Salvador.

Peró el Evangelio pone una muy grande distincion entre estos dos para no diferenciarlos. El primero era solamente un bautismo de agua que disponia á la penitencia; el segundo es el bautismo del Espiritu Santo y de fuego (3). A mas de esto S. Lucas en los Hechos apostólicos (4), nota claramente que los que no habian recibido otro bautismo que el de Juan, fueron de nuevo bautizados en el nombre del Señor Jesus: *Hic auditis, baptizati sunt in nomine Domini Jesu*. Es cosa ridicula traducir como ellos lo hacen: *Y los que escuchaban*

(1) Puede consultarse sobre los cristianos de S. Juan al R. P. Felipe de la Santísima Trinidad, carmelita descalzo, en su viaje de Oriente, impreso en Leona en 1652. en el lib. vi. c. 7. p. 338, y siguientes, donde refiere con mas extension sus ceremonias y su creencia.—(2) Vide Calv. et Beza in Act. xix. 4. 5. Logos. alia.—(3) Matt. iii. 11.—(4) Act. xix. 5.

á Juan Bautista, recibían de él el bautismo del Señor Jesus. Es verdad que S. Juan predicaba la venida del Mesías, pero es muy dudoso que haya bautizado en su nombre. Por último, decir que no recibimos el bautismo de Jesucristo, si no recibimos el que él recibió, es un puro sofisma: no recibimos el bautismo que recibió Jesucristo, pero sí el que instituyó. Jesucristo no nos ha mandado recibir el primero, ni ha ligado á esto promesa alguna; pero sí nos ha mandado recibir el segundo, prometiéndonos por él el perdón de los pecados (1).

ARTICULO III.

Bautismo de Jesucristo.

I.
Notas sobre
las circun-
stancias del
bautismo que
Jesucristo re-
cibió de S.
Jaap.

Si quisiéramos entrar en el exámen de todo lo que pertenece al bautismo instituido por Jesucristo, necesitaríamos muchos volúmenes. Los límites que nos hemos prescrito en esta Disertación no nos permiten difundirlos. Nos contentaremos con examinar las circunstancias del bautismo que Jesucristo recibió de Juan Bautista, y aquellas palabras del precursor que dijo, que Jesucristo (2) *había tenido de bautizar en el Espíritu Santo y en el fuego*. He aquí nuestro único objeto, para no perder de vista el texto de S. Mateo que hemos emprendido explicar.

Cuando todo el pueblo ocurría de todas partes al bautismo de S. Juan, y muchos también dudaban si era el Mesías, llegó también Jesus á él para ser bautizado. Juan se resistía, diciendo: Yo soy quien debo ser bautizado por tí; mas Jesus le respondió que no le impidiese esto, porque quería cumplir toda justicia y toda perfección; y al mismo tiempo se entró en el Jordán para ser bautizado. Pero si el común de los Judíos confesaba allí sus pecados, Jesus no bien entró en el agua por mano de Juan, cuando saliendo del Jordán se abrió el cielo sobre él; una paloma, símbolo del Espíritu Santo, descendió sobre su cabeza, y se oyó una voz que decía: *Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo toda mi complacencia* (3). Así este humilde procedimiento de Jesus, solo sirvió para atraerle los elogios y testimonios ventajosos de parte de Juan Bautista, la admiración del pueblo, y una gloria milagrosa de parte de su Padre, que le dió testimonio reconociéndolo por su Hijo, y la gloria también de parte del Espíritu Santo, cuya plenitud poseía, y quien se manifestó misteriosamente sobre él.

Han querido dudar algunos (4) que el Espíritu Santo haya bajado sobre Jesus en forma de paloma. El texto simplemente dice: *Que él vio al Espíritu Santo que descendía como una paloma* (5); expresiones que pueden denotar la intrepidez, impetuosidad y fuerza con que el Espíritu Santo bajó como una paloma, cuyo vuelo es muy veloz. Otros (6) han querido que esto haya sido un torbellino de llamas en forma de paloma que vino á descansar sobre Jesucristo, así como

(1) Matt. xxviii. 19. Marc. xvi. 16.—(2) Matt. iii. 11.—(3) Matt. iii. 17.—(4) Hammond. Le Clerc, Bechart. Lagfos. Brug.—(5) Matt. iii. 16.—(6) Grotius. Vide et Boet.

el día de Pentecostes descendió el Espíritu Santo sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego, no siendo esto fuego, sino lenguas en forma de fuego. Pero toda la antigüedad (1) ha entendido aquí á la letra una paloma verdadera que vuela, vive, y fué claramente vista de todos cuantos estaban presentes. Ella descendió del fondo de las nubes como un relámpago, y apareció con tanto brillo, que el evangelista dice que *se abrieron los cielos*, es decir, que pareció que se abrían, y se vió en el aire un rastro de luz como cuando sale el fuego de las nubes: lo que el pueblo expresa diciendo que se abren los cielos y dan paso al relámpago y al rayo [2].

S. Agustín (3) parece decir que en su tiempo había algunos que creían estar unido el Espíritu Santo á la paloma, así como Jesucristo á la humanidad, é inferían, que el Espíritu Santo era inferior al Hijo: *Qui ergo dicit columbam ad unitatem personarum Spiritui Sancto fuisse conjunctam, ut ex illa et Deo una Spiritus Sancti persona constaret, &c.* Algunos antiguos ejemplares griegos del Evangelio expresaban que esta paloma que descendió sobre Jesucristo, era blanca; y Lactancio nota lo mismo. Mas la opinión que pretendía haberse unido el Espíritu Santo hipostáticamente á la paloma, es impertinente y no merece refutarse.

San Justino Mártir (4) instruido verisimilmente por una antigua tradición, dice que en el momento en que Jesucristo descendió al Jordán, se vió encenderse un fuego sobre las aguas: y los nazarenos así referían el bautismo de Jesucristo en su evangelio: *Cuando Jesus salió del agua, la fuente de todo el Espíritu Santo descendió y reposó sobre él, diciéndole: Hijo mío, espero tu venida en todos los profetas para descansar en tí; porque tú eres el lugar de mi reposo; tú eres mi Hijo primogénito que reinas eternamente* (5). El evangelio de los ebionitas, que es el mismo que el de los nazarenos, ó el de los Hebreos, decía: *El Espíritu Santo descendió sobre él, y en el instante todo el lugar fue iluminado con una gran luz* (6). Lo mismo se lee en la liturgia de los Siroes en el lugar donde cuentan el bautismo del Salvador. El libro apócrifo de la predicación de S. Pedro (7), hablaba también del fuego que apareció en esta ocasión. Un antiguo manuscrito de S. German des-Prez (8) tiene también estas palabras: *Et cum baptizaretur Jesus, lumen magnum fulgebat de aqua, ita ut timerent omnes qui congregati erant, &c.* El sacerdote Juvenóc, que vivía en tiempo de Constantino, expresó lo mismo en estos versos:

*Hæc memores nitens penetrabit faminis undas,
Surgens manifesta Dei præsentis clerici.*

Muchos antiguos (9) finalmente creían haberse oído un trueno

(1) Tertull. de carne Christi. Av. de opere Christiano, cap. 22. Justin. Dialog. cum Trypho. Origen. D. Thom.—(2) Vide Auth. oper. imperfecti. Hieronym. hic. Et in Ezechiel. Maldon. Spens.—(3) Tract. 99. in Joan.—(4) Justin. Martyr. Dialog. cum Trypho.—(5) Apud Hieron. lib. iv. Comment. in Isai. cap. xi.—(6) Apud Euphras. hære. 39. n. 13.—(7) Citatur in tract. de Baptismo hæret. inter opera Cyrilliani.—(8) Apud Martignacum nov. edit. Evang. secundum Matt.—(9) Hieronym. seu alius author Comment. in psal. lxxvi. V. Et tempore quo Deus locutus est: Hic est. Pline meus dilectus, in quo mihi complacuit facta est vox tonitruus rotas similis. Vide Ezechiel. et silas in psalm. xxviii. 3. et Hæmmer. hic.

en esta ocasion. Ellos tomaron por trueno lo que se dice de la voz que se hizo oír del cielo. Y efectivamente, en el estilo de la Escritura una voz del cielo comunmente significa el trueno. El Señor hizo oír su voz en medio del trueno, como otra vez sobre el monte Sinai (1); y tambien despues, cuando Jesucristo pidió á su Padre que glorificase su nombre, se oyó una voz del cielo que dijo: *Yo lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez* (2); lo que el pueblo tuvo por un verdadero trueno; pero los que la oyeron con mas distincion decian que un ángel le habia hablado. En la historia de la conversion de S. Pablo (3) se refiere, que los que lo acompañaban, oian la voz ó el trueno, pero á nadie veian. Y en otro lugar (4) se dice, que vieron la luz ó el relámpago que lo circundaba, pero no oyeron la voz; lo que se concilia facilmente diciendo, que oyeron bien el trueno, pero no entendieron con toda distincion estas palabras *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Los Hebreos llaman *Pah-bol*, hija de la voz, ó hija del trueno, la revelacion de la tradicion, suponiendo que ella se hizo á Moises en el monte Sinai entre truenos y relámpagos.

II.
Notas sobre lo que dijo S. Juan, que Jesucristo bautizara en el Espíritu Santo y en el fuego.

Todas esas circunstancias del fuego, del trueno, de la voz del Padre, y del descenso del Espíritu Santo en forma de paloma, confirman admirablemente aquello que dijo S. Juan: *Aquel os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego* (5). Del mismo modo que yo os introduzo en el agua para disponeros á recibir el perdón de vuestros pecados, así él os inundará en alguna manera en la abundancia de su Santo Espíritu; os abrasará con su santo fuego, para verificar las promesas de Joel: *En ese tiempo derramaré mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos e hijas profetizarán; vuestros ancianos tendrán sueños proféticos, y vuestros jóvenes verán visiones; y en esos días enviaré mi Espíritu sobre mis siervos y siervas* (6).

Con bastante uniformidad han entendido los antiguos y los modernos este bautismo del Espíritu Santo. Generalmente convienen en que por el bautismo dignamente recibido se difunde el Espíritu Santo en nuestros corazones; y que en el sacramento de la confirmacion que sigue al bautismo recibimos la plenitud de este Santo Espíritu. En el bautismo somos purificados y hechos inocentes; en la confirmacion se nos da un perfecto vigor en la gracia, somos revestidos de un espíritu de fortaleza y valor para resistir á los enemigos de nuestra salvacion, y para confesar con valentia el nombre de Dios. Mas en cuanto al bautismo de fuego se han expresado de un modo muy diferente.

San Hilario (7) dice que no recibiremos este bautismo de fuego sino en el día del juicio. No siendo suficiente el bautismo de agua para darnos aquel grado de pureza necesaria para entrar en el cielo, el fuego del juicio purificará las manchas que nos hubieren quedado, y nos hará dignos de entrar en la gloria. Tambien S. Ambrosio (8) cree que este bautismo de fuego se administrará

[1] *Ezeq.* xx. 18.—[2] *Juan.* xii. 28. 29.—[3] *Act.* ix. 7.—[4] *Act.* xxii. 9.—[5] *Mat.* iii. 11.—[6] *Joel.* ii. 28. 29.—[7] *Hilar.* in *psal.* xxxviii. n. 3, et n. 12.—[8] *Ambros.* in *psal.* cxviii. 11, 12, 13, 14, 15.

en la puerta del paraíso. Allí está puesta la espada de fuego de que se habla en el Génesis (1), espada que se puso en la entrada del paraíso terrestre despues del pecado de Adán. S. Juan Bautista armado con esta espada ardiente será el ministro del bautismo de fuego. Todos pasarán por él, y nadie será dispensado del rigor de este bautismo. S. Pedro, S. Juan, y los otros santos lo recibirán cada uno segun sus méritos; el precursor clamará en alta voz á los que solamente tengan ligeros pecados que expiar: *Entrad con valor vosotros que no teméis el fuego; y pasarán sin sentir el dolor de las llamas, porque la caridad en que se abrasan ha consumido ya todas sus manchas y defectos.*

Orígenes (2) y Lactancio (3) ponen tambien un fuego en la entrada del cielo por el cual deben pasar todos los hombres; pero con esta diferencia, que los santos y los justos pasarán al traves de las llamas sin quemarse, porque ellas se dividirán para darles paso. El mismo Orígenes (4) nota en otro lugar, que el Salvador Jesus estará á la orilla del rio de fuego para bautizar á los que se presentarán; pero que no dará este bautismo indiferentemente á todos; los que no hayan recibido el bautismo de agua y del Espíritu Santo, ó los que lo hayan renunciado, no tendrán parte alguna en el de fuego, ni por consiguiente en la bienaventuranza eterna, á la que no se entra sino por ese medio; á menos que no sea uno tan puro que no necesite de él. Porque habiendo algo de madera, heno, paja y otras cosas que purificar, todo eso pasará por el fuego (5).

S. Jerónimo exponiendo á S. Mateo (6) explica de dos maneras estas palabras de Juan Bautista: *El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego*; ya sea, dice, que el Espíritu Santo se llame aqui fuego, como apareció el día de Pentecostes cuando en forma de lenguas de fuego descendió sobre los apóstoles, ó sea que seamos bautizados en este mundo con el bautismo del Espíritu Santo y en el otro con el de fuego; donde se ve que S. Jerónimo alude á la opinion de los antiguos que hemos referido. Ese bautismo de fuego en la otra vida, segun la idea de Orígenes, de S. Ambrosio, de S. Hilario y de S. Jerónimo, está fundado sobre estas palabras del apóstol: Si se levanta sobre el fundamento de Jesucristo un edificio de oro, de plata, piedras preciosas, madera, heno ó paja, se mostrará al fin la obra de cada uno, y el día del Señor hará ver lo que él es; porque todo será descubierto con el fuego, que hará ver el valor de cada cosa. Si la obra de alguno quedare sin quemarse, ese será premiado; si por el contrario la obra fuese abrasada, tendrá que padecer; no dejará por esto de salvarse, pero pasando por el fuego (7). Este es el fuego que los padres de los siglos siguientes y los escolásticos han llamado *Purgatorio*.

El autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo (8) bajo el nombre de fuego entiende las tribulaciones, las penas y las tentaciones

(1) *Gen.* iii. 24.—(2) *Origen.* homil. 3. in *psal.* xxvi. et homil. 24. in *Luc.* (3) *Lactant.* lib. vii. cap. 21. (4) *Orig.* homil. 24. in *Lucam.* (5) *Ideam.* homil. 3. in *cap.* 2. *Jerom.* (6) *Hier.* in *Mat.* in 11. *Vide et Gregor.* (7) 1. *Cor.* in 12. et *supra*—(8) *Aut.* *oper. imperf.* homil. 3.

con que Dios ejercita á los suyos en esta vida. Observa que Jesucristo recibió el bautismo de agua de mano de S. Juan; y el del Espíritu de mano del Padre Eterno; y el de fuego en la tentacion que sufrió en el desierto por parte del demonio (1). S. Juan Crisostomo (2) al contrario, por el nombre de fuego entiende una sobrebundancia de gracias, y una efusion incomprendible de bienes y de dulzura. S. Basilio (3) y Teófilo de Antioquia (4) entienden el fuego del infierno (5). Otros quieren que Juan Bautista predijera aquí el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles en forma de llamas; y este parecer es comun entre los intérpretes.

Algunos han creído que la palabra *fuego* está añadida en este lugar. No se lee ni en S. Marcos (6) ni en S. Juan (7); pero se halla en S. Lucas (8), y se pretende que de él haya pasado á S. Mateo. Es verdad que hay un gran número de manuscritos de S. Mateo donde no se halla esta palabra (9). La edicion de Alcalá la omite; pero se encuentra en la siraca, en la copta, la árabe, persa, etiopica, en S. Cipriano, S. Hilario, Orígenes y los otros padres; y cuando no se levara en S. Mateo, siempre debería encontrarse en S. Lucas, en donde por confesion de todos se halla. Asi la dificultad substancial siempre queda en pie, supuesto que S. Lucas no es ni ménos auténtico ni ménos inspirado que S. Mateo.

S. Agustin (10) por la expresion *fuego* entiende los exorcismos que preceden al bautismo de agua: *Porque jde dónde proviene que clamen los malignos espiritus: Yo me abraso, si los exorcismos no son un fuego? Luego despues del fuego del exorcismo se llega al bautismo.* En otro lugar (11) se explica de un modo mas sencillo y natural diciendo, que bajo el nombre de *fuego* puesto aquí, pueden entenderse las tribulaciones que los fieles padecen en esta vida, ó el mismo Espíritu Santo que apareció á los apóstoles en forma de fuego, y que hace arder sus corazones con vivas llamas, por la caridad que en ellos difunde.

Algunos antiguos tomando las palabras de S. Juan al pié de la letra, creyeron que era necesario juntar el fuego con el bautismo de agua, y ciertos hereges desde los primeros tiempos asi lo practicaban. S. Clemente Alejandrino cita á Heracleon, quien dice que algunos aplicaban un fierro ardiente á las orejas de los bautizados. Se asegura (12) que los Etiopes hasta el día de hoy les imprimen ciertas marcas con un fierro caliente en tres partes, es á saber, sobre la nariz, entre los ojos, y sobre las sienes. El P. Eugenio Roger dice que se sirven para esto de un pequeño fierro de dos filos que aplican á los lugares ya dichos. Se pretende que los jacobitas cristianos de Oriente tambien dan el bautismo á los niños aplicándoles un fierro caliente sobre la frente despues de haberlos circuncidado.

(1) Auth. oper. imperf. homil. 5.—(2) Chrys. homil. 22. in Matt.—(3) Basil. lib. v. contra Eunom. pag. 789.—(4) Theophil. Antioch. l. 1.—(5) Cyril. Catech. 17. Hieronym. loc. cit.—(6) Marc. l. 8.—(7) Joan. v. 33.—(8) Luc. iii. 16.—(9) Vide not. Text. edit. Millii in Matt. in. 11. et Prolegom. 690. 1028. et 1177.—(10) Aug. in ps. lxxv. n. 2.—(11) Idem. Sermon. lxxv. de Verbis Apostoli Matt. n. 19.—(12) Leon. Raucinooff. Itin. Orient. lib. iii. c. 17. Paul. Jas. hist. lib. xviii. et alii.

Pero M. el Abate Renaudot (1) que estudió á fondo los ritos y ceremonias de los Orientales, sostiene que cuanto se dice de este pretendido bautismo por el fuego es falso; y M. Ludolf (2) confiesa que ni Gregorio Etiope á quien consultó, ni los padres Jemitas en sus relaciones dicen cosa alguna. Mas nota que los pueblos de Africa, tanto paganos como mahometanos, acostumbraron aplicar un cauterio sobre las venas carótidas ó las sienes á los niños recién nacidos contra los catarros. Algunos Abisinos practican eso como los demás; y esto es lo que hizo nacer la opinion de los que consideraron esta ceremonia como un acto de religion.

Se lee (3) que los Seleucianos y los Hermianos bautizaban con el fuego; mas no sabemos de qué manera administraban este sacramento. Tertuliano (4) ó otro autor antiguo bajo su nombre, hablando de Valentin, dice que hacia rebautizar á los que habian recibido el bautismo fuera de su secta, y que despues de haberlos mojado en el agua, los hacia pasar por las llamas:

Bis decuit tingi, traducto corpore flamma;

sin decirnos si los hacia saltar por sobre el fuego, ó si los hacia pasar entre dos hogueras, porque esas ceremonias usaban los paganos en sus lustraciones (5). Un autor antiguo (6) que escribió del bautismo de los hereges contra S. Cipriano, refuta á los que pretendian que en el bautismo debia haber agua y fuego.

No puede pues dudarse despues de esos testimonios, que antiguamente algunos hereges tomaron á la letra las palabras de S. Juan Bautista; mas la Iglesia nunca aprobó esas prácticas singulares y supersticiosas; y sin determinar el preciso sentido de estas palabras: *El los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego*, ha dejado libertad para que por ellas se entienda ó el Espíritu Santo, ó el purgatorio, ó las tribulaciones y males temporales. Pero siempre se ha declarado contra los que las explicaban de un fuego material necesario en la administracion del bautismo de Jesucristo.

(1) Renaudot. tom. xrv. Perpetuidad, c. 10. p. 84. (2) Ludolf. Hist. Ethiop. l. iii. c. 6. n. 41. 42. (3) August. haeres. 59. Philastr. cap. 55. 56. 57. de haeres. (4) Tertull. lib. i. Carnalis contra Marcion.

(5) Maxime par ardeurs singulas et crepitanis aceros, Trajicias caleri alterius membra pelle.

Omnia purgat edax ignis.

(6) Tom. i. Concil.

DISERTACION

SOMRE:

LAS SECTAS DE LOS JUDIOS,

A SABER, LOS FARISEOS, LOS SADUCEOS, LOS ESEENOS Y LOS HERODIANOS.

Origen de las sectas de los Judios: su division.

ANTES de la cautividad de Babilonia no hubo secta alguna particular entre los Judios. Ocupados unicamente en el estudio de sus leyes (1), de sus ceremonias y de su religion, desprecian los estudios curiosos que eran honrados entre los otros pueblos. El templo del Señor y las casas de los profetas eran sus principales escuelas. Allí los sacerdotes del Señor, los escribas, los sabios de profesion, y los hombres inspirados de Dios explicaban el modo de servir al Señor, y de observar sus mandamientos. Mientras en Israel hubo profetas no se pensó en dividir los asuntos que hacian el objeto de su aplicacion. La autoridad de esos grandes hombres mantenía al pueblo en una perfecta unidad de sentimientos; y el Espíritu Santo que hablaba el mismo lenguaje en todos los profetas, hacia por una parte que allí no hubiese sectas de religion; y por otra sus decisiones eran sin contradiccion. Cuando en tiempo de los Macabeos (2) se demolió el altar de los holocaustos que los gentiles habian profanado, se pusieron por separado las piedras, esperando que Dios suscitará algun profeta que declarara lo que debia hacerse. Y cuando los Judios reconocieron a Simon Macabeo (3) por su jefe, hicieron esto siempre esperando que se levantara un profeta para instruirlos mas perfectamente sobre la eleccion de Dios: *Donec surgat propheta fideus.*

Despues de la cautividad no se vió señal alguna de secta entre ellos, hasta el tiempo de los Macabeos y del imperio de los Griegos; y verisimilmente á imitacion de las sectas de los filosofos de Grecia se dividieron los sabios entre los Hebreos, y compusieron tres sectas famosas: la de los fariseos, los saduceos y los eseenos. Como se habla con tanta frecuencia de estas en el Nuevo Testamento, hemos creído oportuno manifestar aquí su origen y sus opiniones: tambien hemos agregado la de los herodianos, de que el Salvador hizo mencion en algunos lugares, aunque no haya sido conocida al ménos con este nombre entre los Judios.

[1] Jose ph, contra Apion. lib. p. 1028. [2] 1. Mach. iv. 46. [3] 1. Mach. iv. 41.

ARTICULO PRIMERO.

De los Fariseos.

El primer monumento en que se encuentran las tres sectas de los Judios es el cuarto libro de los Macabeos tenido por apocrifo, en el que leemos que desde el tiempo de Hircano, gran sacerdote y príncipe de los Judios, habia entre ellos tres sectas de sabios, la de los fariseos, la de los saduceos, y la de los eseenos (1). Josefo las pone un poco ántes de ese tiempo (2), esto es, inmediatamente despues de haber relatado la epistola del gran sacerdote Jonatas á los Lacedemonios. Esta carta está datada el año 144 antes de la era cristiana vulgar. La muerte de Jonatas sucedió el año siguiente; Simon le sucedió, y gobierno ocho años. Juan Hircano sucedió á Simon, y fué jefe de su nacion veinte y nueve años.

Ni el autor del cuarto libro de los Macabeos, ni Josefo notan la época de esas sectas. Pero este último que escribió en tiempo del imperio de Vespasiano y de Domiciano, dice (3) que desde un tiempo muy remoto fueron conocidas en su nacion, sin marcar de un modo mas preciso su origen; y cuando este se fija el año 154 ántes de la era cristiana vulgar, diez años ántes de la carta de Jonatas á los Lacedemonios, esta data no ascenderia mas que á doscientos veinte, ó cuando mas á trescientos años ántes de Josefo. Pero retrocedamosla, si se quiere hasta el tiempo en que los Judios, inconstantes y ligeros, se glorian de imitar los estudios y ejercicios de los Griegos con desprecio de las leyes y estudios que hasta entonces se habian cultivado en su nacion (4); lo que no hace subir el origen sino casi veinte años (5); yo creo, que cuando mas, puede remontarse al año 184 ántes de la era cristiana vulgar.

Parece que los fariseos quisieron imitar á los estoicos, así como los saduceos siguieron á los epicúreos. Uno y otros tomaron algo de ambas sectas; pero lo acomodaron á las opiniones de los Judios y á la práctica de la ley de Moises. Los fariseos eran austeros, altaneros, fanfarrones y exactos como los estoicos; los saduceos eran mas relajados y mas alegres, pero inexorables en asuntos de justicia. Los fariseos reconocian la inmortalidad del alma, la existencia de los ángeles y de los espiritus y otra vida, en la que recibia el hombre el premio ó el castigo de sus buenas ó malas obras; los saduceos se libertaban de toda inquietud sobre lo futuro, con negar la inmortalidad del alma y lo que era consiguiente á esto. Desde el tiempo de Salomon habia entre los Hebreos

(1) 4. Mach. c. 6. (2) Joseph. Antiq. lib. xiii. cap. 9. (3) Lib. xviii. c. 2. (4) 2. Mach. iv. 14. 15. 16. *Contempto templo, et sacrificiis neglectis, festinabant periculis fieri periculis, et prohibitis ejus injustas, et in exercitiis duci; et patrias quidem honores nihil habentes, gratias glorias optinas arbitrabantur.... et curam instituta negligebant, ac per omnia his consuetudine esse cupiebant, quasi hostes et peremptores habuerant.* (5) 1. Mach. i. 15. 16. (6) Hacia el año 174 ántes de la era cristiana vulgar en que ponemos el establecimiento de un gimnasio en Jerusalem.

1.
Origen de los Fariseos.

hombres secueces de las opiniones de los epicureos ó de los sádoceos, como se manifiesta por el Eclesiastes (1); pero estos no formaron un cuerpo de secta hasta mucho despues. Por tanto, es cierto que ellos son mas antiguos que los fariseos, si es verdad, como comunmente se crée, que tuvieron su origen de Sadoce, discípulo de Antigono Soqueo.

San Geronimo (2) pone muy tarde el origen de los fariseos, pues dice que estos y los escribas vinieron de la division de las dos famosas escuelas de Hillel y de Sammai. A Hillel sucedió Akiba, maestro de Aquila de Puente que tradujo al griego las santas Escrituras. Se sabe la edad de este que vivia en el segundo siglo de la Iglesia. Hillel pues no pudo haber vivido sino poco ántes de la venida de Jesucristo.

Los rabinos no se desvian de S. Geronimo: reconocen á Hillel como padre del farisaismo, ó cuando ménos como uno de los mayores ornamentos de esta secta. Lo ensalzan con excesivas alabanzas; y ningún título por pomposo que sea se le niega. Refieren muchas cosas sobre su aplicacion infatigable al estudio, y sobre el número y mérito de sus discípulos. Los tenia, dicen, comparables á Moises, y otros, en número de cuarenta, capaces de mandar al sol a ejemplo de Josué. El fué gefe del sanhedrin, y se hizo famoso en todo el mundo. Ganó en su crónica lo hace vivir bajo Heródes el Grande. S. Epifanio (3) dice que los escribas y los fariseos computan cuatro autores de sus opiniones, ó cuatro clases de sus doctores. El primero es Moises, el segundo Akiba, el tercero Andan ó Anan, por otro nombre Jidas, el cuarto los Asamoneos, lo que parece insinuar que Akiba es mucho mas antiguo que ellos; pero esto es muy opuesto á lo que se sabe de Akiba que fué sucesor de Hillel, y que vivió poco despues de nuestro Salvador.

Sea lo que fuere de la antigüedad de estas sectas, he aquí en lo que se distinguen unas de otras. Los fariseos toman su nombre de una palabra hebrea que significa *separacion*, por cuanto ellos se distinguian y en alguna manera se separaban de los otros Israelitas por la conducta de una vida mas exacta que profesaban. Ellos atribuan muchísimo al destino (4) ó á la fatalidad, á los eternos decretos de Dios, que arregló y ordenó todas las cosas ántes de todos los tiempos. Josefo, que era fariseo (5), y que nos dice que las opiniones de esta secta se aproximaban mucho á las de los estoicos (6), confiesa que los fariseos no atribuan todo al destino, sino que dejaban al hombre libertad de hacer ú omitir las acciones de justicia (7); de modo que su fatalidad no danaba el libre albedrio, como S. Epifanio (8) parece que quiso afirmarlo.

Los fariseos se diferenciaban de los esenes sobre este artículo, en que estos todo lo atribuan al destino, y los otros solo le da-

(1) Ecle. iii. 21. et ceteri ceteris. (2) Hieronymus, in Isai. vii. *Deus domus Nazaraei duas familias interpretantur Sammai et Hillel, ex quibus orti sunt scribae et pharisaei.* (3) Epiphanius haer. 15. (4) Joseph. l. xviii. c. 2. Antiq. (5) Joseph. in vita sua, initio. (6) Idem, ibidem. Vide Oser, de Nat. Deorum, de Fato. (7) Joseph. Antiq. l. xiii. c. 2. et lib. ii. de Bello, c. 12. (8) Epiphanius haer. 16.

ban ciertas acciones, estando en su potestad en cuanto á las demas el hacerlas ú omitirlas. En consecuencia de su adhesion á la idea del destino, dice S. Epifanio que eran muy entregados á la astrologia, como si por la consideracion de los astros hubieran podido alcanzar lo que se habia ordenado en el cielo, y regulado en los secretos de Dios.

La secta de los fariseos no se limitaba á una familia ó á una clase de hombres particulares; los habia de todas las tribus, de todas las familias y condiciones. El crédito que se conciliaron por la reputacion de su sabiduria y de su arreglada conducta, los hizo muy temibles aun á los mismos reyes: un ejemplo de esto se vió en el reinado de Alejandra, princesa piadosa hasta la supersticion. El rey su esposo le recomendo al morir que pusiera sus intereses bajo el cuidado de los fariseos: ella siguió su consejo, y estos aprovechando la ocasion, se hicieron dueños del gobierno, y á su arbitrio dispusieron de todo (1). A mas de esto el pueblo estaba preocupado en su favor por las apariencias de virtud, de piedad y de ciencia que veia en ellos, porque pasaban por los mas sabios en las leyes y tradiciones de su país: su vida era muy austera, compuesto su exterior, su alimento simple, se apartaban de la sensualidad y del placer (2), y por último observaban escrupulosísimamente la letra de sus leyes.

Jesucristo en el Evangelio no les disimuló sus defectos; y depreciando mucho su pretendida virtud y sabiduria, hizo ver que su vida, aparentemente arreglada, tenia mas de ostentacion que de realidad. Ayunaban con frecuencia, hacian largas oraciones, pagaban puntualmente el diezmo aun de las cosas sobre las que nada habia ordenado la ley, y distribuian grandes limosnas. Pero todo esto estaba viciado por el orgullo y por la hipocresia que eran sus vicios dominantes: el fausto, la ostentacion, el espíritu de dominacion y de vanidad eran los verdaderos principios de su conducta; y la vana estimacion de los hombres, las alabanzas y la gloria su primer objeto; semejantes á los sepulcros adornados y blanqueados (3) parecian exteriormente muy diversos de lo que eran en su interior.

Llevaban las filacterias, ó bandas de pergamino, en su frente y en sus puños mas grandes que los demas judios: las franjas de sus mantos eran mas largas que las comunes; y habia algunos, dice S. Geronimo (4), que en dichas franjas preñaban espigas, que ensangrentaban sus pies al andar, para estarse acordando de hacer oracion á Dios, y pensar continuamente en su presencia. Con frecuencia se lavaban las manos, y nunca volviañ á la casa, despues de haber estado en las calles ó plaza, sin lavarse desde el codo hasta la extremidad de los dedos (5); tambien se bañaban con frecuencia todo el cuerpo en agua fria para purificarse (6). Toda la bañilla de que se servian, los asientos de su mesa, y todo lo demas comunmente lo tenían metido en el agua: para una vana afectacion

(1) Jos. de Bello, l. v. c. 4. pag. 716. et lib. xiii. cap. 18. Antiq. (2) Idem, l. xviii. Antiq. cap. 2. (3) Matt. xxiii. 27. (4) Hieronymus, in Matt. xxiii. 27. (5) Marc. vii. 3. A. (6) Joseph. in vita sua.

II.
Caracteres
de los Fariseos
que vivieron
antes
ó al mismo
tiempo que
Jesucristo.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

de pureza no se atrevían á tocar al hombre que juzgaban de mala vida, como á un publicano, ni beber ni comer con él (1).

Las tradiciones de sus padres en punto de religion eran el principal asunto de sus estudios. Por esas tradiciones habian sobre cargado la ley de muchísimas observancias frivolas, y la habian corrompido en muchos articulos importantes, como, segun el Evangelio, se los echó en cara Jesucristo por ejemplo, en vez que la ley manda sin limitacion ni excepcion honrar y socorrer á sus padres (2); los fariseos enseñaban que solo con decir á su padre y madre (3); Lo que me pedís es de Dios, se lo he consagrado, y vosotros participaréis de mi ofrenda, quedaban desobligados de socorrerlos. Si sus padres les pedian alguna cosa (4), ellos juraban por el Corban, ó por el don de Dios, no dárselas; y desde entónces ya no les era licito hacer bien al padre ni á la madre oprimidos de la vejez y en la extrema necesidad. Por sus malvadas interpretaciones cuasi estaba totalmente abolido en la practica el amor del prójimo. La observancia del sábado era uno de los articulos en que mas se empeñaban. Continuamente el Salvador tuvo contestaciones con ellos sobre este punto, que fué uno de los pretextos de que se valieron para hacerlo morir, queriendo persuadir que quien no observaba el sábado, del modo que ellos entendian, no podia ser enviado de Dios (5). Sostenian que en ese dia ni á Jesucristo le era permitido curar los enfermos (6), aunque la curacion se hiciera por solo su palabra, ni á los enfermos el llegar á pedir su sanidad (7); se escandalizaban de que un paralítico curado el dia del sábado (8) se hubiera atrevido á cargar su cama. Los apóstoles de Jesucristo, obligados del hambre, arrancaron unas espigas y las frotaron en sus manos en igual dia; y esto fué bastante para escandalizar á los fariseos, y hacerlos que acusaran á Jesucristo y á sus discípulos como infractores de la observancia del sábado (9).

Ayunaban muchas veces de supererogacion: en el templo, el fariseo se vanagloriaba de ayunar dos veces cada semana (10), es decir, lunes y juéves, segun S. Epifanio (11), y afectaban ayunar con mas rigor que los otros judios. Esos son los que el Salvador tenia á la vista cuando decia: *Cuando ayunéis, no manifestéis un aire triste, como hacen los hipócritas, porque ellos afectan aparecer con un semblante pálido y desfigurado, á fin de que los hombres conozcan que están ayunando; mas vosotros cuando ayunéis perfundad la cabeza, luego la cara para que los hombres no adviertan que ayunáis, sino solamente vuestro padre que conoce con lo mas oculto* (12). Los fariseos tambien se quejaban de que mientras ellos y los discípulos de Juan hacian frecuentes ayunos, los discípulos de Jesus comian y bebian como los demas hombres (13). Josefo en el libro de su vida dice que se sujetó á la disciplina de un hombre severísimo nombrado Banno que no comia nada cocido ni sazonado, es

(1) *Matt. ix. 11. Luc. vi. 33.* (2) *Exod. xx. 12.* (3) *Matt. xv. 4. 5. 6.* (4) *Marc. vi. 10. 11. 12.* (5) *Juan. ix. 16.* (6) *Luc. vii. 7. Juan. ix. 16.* (7) *Luc. xiii. 14.* (8) *Juan. vi. 10.* (9) *Matt. xii. 2.* (10) *Luc. xviii. 12.* (11) *Epiphani. haeres. 16.* (12) *Matt. vi. 16. 17. 18. 19.* (13) *Marc. ii. 16.*

no que se contentaba con usar alimentos segun naturalmente los producía la tierra.

San Epifanio (1) refiere los admirables efectos de mortificacion y las austeridades que los fariseos practicaban para conservar la pureza del cuerpo: esos ejercicios penosos alguna vez los sufrían por cuatro años, y otras por ocho ó diez ántes de casarse. Casi enteramente se privaban del sueño para no mancharse durante el reposo con alguna polucion involuntaria, y casi continuamente estaban en oracion. Habia algunos que se acostaban sobre una tabla del ancho de un palmo, es decir de doce dedos, con el fin de que si llegaban á dormirse muy profundamente, cayeran en tierra y desperataran para ocuparse en la oracion. Otros se acostaban sobre pequeñas piedras desiguales y puntiagudas para no dormirse fácilmente; y tambien habia algunos que se acostaban sobre espinas para ponerse en una especie de necesidad de estar siempre en vela. El Salvador (2) les echó en cara el que hacian prolongadas oraciones manteniéndose en pié en las sinagogas ó en la esquma de las calles, y con el pretexto de oracion consumian las casas de las viudas.

Pero como estas austeridades no estaban mandadas por ley alguna, ni les era necesario practicarlas por voto, ni por otra obligacion particular, cada uno las hacen segun la inclinacion de su corazon ó el estímulo de su devocion; de donde viene que entre ellos no tenian uniformidad alguna estas prácticas. El Talmud no describe siete clases de fariseos: los primeros son aquellos que median su obediencia por el provecho y la gloria; probablemente quiere denotar á los que no vivian firmes en esta secta, y que se separaban cuando otra les parecia mejor; los segundos no levantaban los pies al andar, para manifestar una grandísima mortificacion y modestia. Los terceros al andar se golpeaban la cabeza contra las paredes, hasta derramar sangre, tal vez por una ostentacion de virtud y de paciencia, ó de debilidad y falta de fuerzas por el exceso de su mortificacion. Los cuartos cubrian su cabeza con un gran capucho, y desde esta profundidad acechaban como desde el fondo de un abismo, para denotar un espíritu de recogimiento, de penitencia y de compuncion. Los quintos con un aire presuntuoso preguntaban: *¿Qué es lo que yo debo hacer? Lo haré. ¿Hay algo que no haya hecho? Los sextos obedecian por amor á la virtud, y por merecer la recompensa prometida á los que cumplan con la ley. Los séptimos no llenaban su obligacion sino por el temor del castigo, ó por el interes del premio. En esta enumeracion se advierten diversos grados de perfeccion farisaica, y diferentes clases de esos célebres sectarios del judaismo.*

Uno de los principales objetos de su devocion era hacer prosélitos, ó atraerlos del gentilismo al judaismo. Jesucristo les reprendió el que corran la tierra y el mar por convertir á un pagano (3), y despues de esto hacerlo mas culpable que lo que era ántes, enseñándole una perniciosa doctrina, llenándolo de tradiciones vanas y supersticiosas, en lugar de manifestarles la verdadera senda de la

(1) *Epiphani. haeres. 16.* (2) *Matt. vi. 5. xiiii. 14.* (3) *Matt. xxiii. 15.*

justicia y el verdadero espíritu de la ley. Tambien les echa en cara el que edifican con afeccion los sepulcros de los profetas antiguos [1], y el que altamente publican que reprueban la conducta de sus padres que fueron los perseguidores y los que los hicieron morir, siendo así que ellos mismos dominados del mismo espíritu, persiguen implacablemente á todos los que intentan apartarlos de sus desórdenes, y hacerles ver su hipocresía y su orgullo.

La religion del juramento siempre fué santa é inviolable entre los Hebreos. Dios queria que no jurasen mas que por su nombre [2], y les prohibia el hacerlo por los dioses agenos [3]. Los fariseos explicaban estas leyes de una manera verdaderamente fantástica: El que jura, decian, por el templo, no está obligado á cumplir su juramento; pero si debe cumplirlo el que jura por el oro del templo [4]. De la misma manera el que jura por el altar á nada está obligado; pero si lo está el que jura por el don ú ofrenda que está sobre el altar. Tambien habian introducido otros juramentos por el cielo, por Jerusalem, por su propia vida [5]. En los mas de estos en que no se expresaba el nombre de Dios, no se creian obligados al cumplimiento de su promesa; como si la religion del juramento no quedara siempre violada, ya sea que se tomen por testigos las cosas inanimadas é incapaces de entendernos, ya sea que se jure por cosas animadas, siempre que se falte á la palabra despues de haber jurado por las criaturas. El templo, el altar, el cielo, Jerusalem y las ofrendas que se hacian al Señor, tomaban todo su mérito de la magestad de Dios á quien pertenecian, y era una injuria á esta magestad el no cumplir la palabra despues de haber jurado por alguna de esas cosas [6].

Creian los fariseos la inmortalidad del alma, la existencia de los espíritus y de los ángeles [7], y admitian una especie de metempsicosis, no de las almas de toda clase de personas, sino solamente de los hombres de bien. Estos si podian pasar de un cuerpo á otro; pero las de los malvados eran juzgadas en los lugares subterráneos, y condenadas á permanecer eternamente en los calabozos tenebrosos [8]. En consecuencia de esas opiniones decian los unos, que Jesucristo era ó Juan Bautista, ó Elias, ó alguno de los antiguos profetas [9]; que es decir, que el alma de alguno de esos grandes hombres habia pasado al cuerpo de Jesucristo y lo animaba.

Josefo [10] dice en otro lugar que los demonios que poseen á los hombres, no son otros que los espíritus de los inicuos, que entran en los cuerpos de los otros, de donde son expelidos algunas veces por los exorcismos y conjuros, y por la virtud de ciertas yerbas. Ellos pues reconocian que habia ciertas almas de pecadores que no estaban desde luego encerradas en el infierno. Los fariseos confesaban tambien con los demas Judios la resurreccion futura de los muertos, y todo lo consiguiente á esta opinion contradicha por los saduceos [11].

(1) *Matt. xxiii. 29, et seqq. Luc. xi. 47. 48.* (2) *Deut. vi. 13.* (3) *Ezod. xxiii. 13.* (4) *Matt. xxiii. 16. 18.* (5) *Matt. v. 34. 35. 36.* (6) *Matt. xxiii. 21. 22.* (7) *Act. xxviii. 8.* (8) *Joseph. lib. ii. de Bellis, c. 12. et l. xviii. Ant. c. 2.* (9) *Matt. xvi. 14.* (10) *Jos. l. vii. c. 25. de Bellis, pag. 951.* (11) *Matt. xxiii. 23.*

Se habian grangendo una gran reputacion de doctrina, y en esto eran muy celosos: se habian apoderado, segun se explica Jesucristo (1), de la llave de la ciencia, y pretendian que nadie entrara en el reino de los cielos mas que por ellos; y sin embargo ni ellos entraban, ni dejaban entrar á los otros. Dice el Salvador que los fariseos estan sentados sobre la cátedra de Moises [2]; que tienen el derecho de enseñar, estando revestidos de un carácter que los autoriza para esto. Añade que debe escuchárseles y practicar el bien que enseñan, y someterse á sus decisiones, no siendo contrarias á la ley de Dios. Pero guardaos bien, continúa Jesucristo, de imitar su conducta, porque ellos imponen á los otros cargos, á las que no querrian aplicar ni la extremidad del dedo. Esos son, dijo tambien (3), guis ciegos que conducen á otros ciegos; y si vuestra justicia no fuere mas abundante y mas perfecta que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (4).

No quiere pues Jesucristo que se tenga para con ellos una deferencia ciega, ni que uno se entregue imprudentemente á la conducta de esos malos conductores: quiere si que se les obedezca con discrecion y conocimiento, y que no se siga su dictamen sino cuando fuere conforme á la ley del Señor. Quiere que se respete la cátedra de Moises en que están sentados los fariseos, y la doctrina que en esta enseñan, siempre que no sea contraria á Moises: *Utrumque debetis advertere*, dice San Agustin, *et quatenus honor delatus sit doctrinae Moysi, in cujus cathedra etiam mali sedentes, bona dicere cogebantur* (5). Mas al mismo tiempo ordena que se desconfie de la levadura ó de la doctrina de los fariseos: *Carrete á fermento pharisaeorum* (6); lo que hay de bueno en su doctrina es de Moises; y de ellos lo que hay malo.

Los fariseos para acreditar sus tradiciones las hacen subir hasta Moises. Pretendian que habiéndolas recibido con las leyes en el monte Sinai, escribió estas, y las tradiciones de viva voz las dió á los ancianos, por cuyo canal han llegado hasta ellos, sin haber sufrido despues de tantos siglos alteracion alguna en la boca de los doctores. Es necesario contar que entre los Hebreos habia buenas y verdaderas tradiciones. Es imposible que un cuerpo de religion subsista sin dejar muchas cosas encomendadas á la práctica y á la memoria de los hombres, principalmente en lo que toca á usos y ceremonias. Semejantes cosas nunca se escriben todas en particular; y mientras que una autoridad legitima puede de contener los progresos de las falsas tradiciones y malas explicaciones de la ley, nada hay que temer en este punto.

Pero todo debe temerse, cuando unos hombres como los fariseos llenos de ambicion, de orgullo y de vanidad, se apoderan del gobierno, y dominan en la religion con un imperio muy absoluto. Ellos son capaces de trastornar las mismas leyes, dando demasiada autoridad á sus ideas, que quieren hacerlas pasar por doctrinas antiguas recibidas de sus antepasados. La Iglesia cristiana adopta

(1) *Luc. xi. 52.* (2) *Matt. xxiii. 2. et seqq.* (3) *Matt. xxiii. 18. 17. 19. et xv. 14.* (4) *Matt. v. 20.* (5) *August. lib. xvi. contra Faust. cog. 42.* (6) *Matt. xvi. 6. 12.*

las tradiciones; pero quiere que sean autorizadas por la antigüedad, conformes á las leyes y á los cánones, aprobadas por los gefes de la Iglesia, ciertas, universales, sólidas y propias para edificar. Repueba todas las tradiciones nuevas, dudosas, inciertas, frívolas y contrarias á los juicios, á las leyes y á las costumbres antiguas y aprobadas.

La secta de los fariseos no se acabó con el templo, ni se destruyó con la libertad de los Judíos. Los mas de los que viven hoy día son de esta secta [1]; adheridos como los antiguos á las tradiciones que llaman *la ley vocal*, y grandes enemigos de los carraitas que se adhieren al simple texto de la ley, sin admitir indiferentemente las pretendidas explicaciones y tradiciones de los antiguos. *El que desprecia la ley vocal es un apóstata; merece la muerte*, dicen los nuevos fariseos ó rabinistas, que este es el nombre que comúnmente se les da.

Benjamin de Tudela [2] que vivía hacia el fin del siglo doce, dice que en su viaje encontró fariseos que sin cesar lloraban la desolacion de Sion y de Jerusalem; ellos se abstienen de la carne y del vino, y ordinariamente visten de negro; viven en cavernas ó en chozas de campo. Ayunan todos los días excepto el sábado, y tienen continua oracion por la libertad de Israel. Pero este escritor, como los mas de los viajeros, no merece entero credito. Se duda de la existencia de esos pretendidos fariseos.

Las opiniones de los fariseos modernos son las mismas que las de los antiguos; someten al destino todo lo que no depende de la libertad; dicen que *todas las cosas están en la mano del cielo, excepto el temor de Dios*; es decir, que en el ejercicio de las acciones de piedad tienen entera libertad, y pueden determinarse libremente al bien ó al mal. Mr. Bastnage [3] dice que no se diferencian mucho de los llamados *representantes* en Holanda; aprueban el concurso de Dios en las acciones meritorias, y conceden al hombre una entera libertad para determinarse entre el bien y el mal.

Su carácter y el espíritu de su secta, se deja ver en la oracion de aquel fariseo de quien habla S. Lucas: *Señor, decia, yo os doy gracias de no ser como los demas hombres, raptores, injustos, adúlteros, ni como ese publicano* [4]. El reconoce el decreto de Dios, por quien ha mantenido una vida mas pura y perfecta que el comun de los hombres; pero se gloria del buen uso que ha hecho de su libertad, practicando la virtud, mientras los otros hombres se entregan á la iniquidad. Los de esta secta solamente condenan la accion pecaminosa consumada; pues los malos deseos, los pensamientos y las simples intenciones los cuentan por nada, y los creen permitidos. Josefo [5] se burla de Polibio, que se imaginaba que los dioses habian castigado á Antioeo la intencion que tuvo de robar el templo de Diana, y que no pudo ejecutar.

Los fariseos de hoy son menos rigidos que sus antepasados en sus alimentos y otras austeridades del cuerpo; pero su vanidad, su hi-

[1] *Serap. tribarrea*, cap. 16. Damage, *Historia de los Judíos*, lib. II, cap. 3, art. 15. [2] *Itinerario*, pag. 75. [3] Bastnage, *Historia de los Judíos*, lib. III, cap. 2, art. 8. [4] *Luc. xviii. 11.* [5] *Jos. Ant. I. xii. cap. 12.*

poetesa y su tenacidad por las tradiciones de sus padres son enteramente las mismas. Han conservado sus opiniones sobre la metempsicosis, la revolucion de las almas y sobre la libertad del hombre.

Con respecto á la metempsicosis, algunos han querido sostener, que los fariseos antiguos no la admitían. Dos solas razones tienen para negarlo; la una tomada del silencio de Jesucristo, de S. Clemente Alejandrino y de S. Epifanio, que no les echaban en cara semejante error; la segunda es, que esta opinion destruye el dogma de la resurreccion que ciertamente admitían los fariseos; porque finalmente, si que cuerpo perteneciera una alma que hubiera animado á muchos.

Pero lo 1.º á la razon tomada del silencio de Jesucristo, se responde que nada prueba, pues el Salvador no está obligado á descubrirnos todos los errores de los fariseos. 2.º Es indubitable que la opinion de la metempsicosis estaba propagada entre los Judíos en tiempo de nuestro Señor, como parece por la respuesta que le dió S. Pedro, cuando le preguntó qué concepto formaban los hombres de él: *Los unos, respondió S. Pedro, creen que eres Juan Bautista, Elias ó Jeremias, ó alguno de los antiguos profetas* (1). Y el rey Herodes, tetrarca de Galilea, cuando oyó hablar de los milagros de Jesucristo, creyó que S. Juan habia aparecido de nuevo en su persona (2). Los apóstoles viendo á un ciego de nacimiento, preguntan al Salvador si este ciego era el que habia pecado, ó sus padres eran la causa de que hubiera nacido ciego (3). Todo esto supone la opinion de la metempsicosis.

3.º Al silencio de los libros del Nuevo Testamento oponemos el testimonio de Josefo, (testimonio irrefragable porque habia sido de la secta de los fariseos); dice expresamente que ellos reconocian la metempsicosis de las almas de los hombres de bien. Lo 4.º finalmente, los fariseos modernos que admiten la revolucion de las almas, no dejan de reconocer la resurreccion futura (4). Confiesan que da muchos cuerpos animados por una misma alma, uno solo resucitará, quedando los demas en el polvo como troncos áridos é inútiles. Pero penderá de la eleccion del alma el tomar el cuerpo que ella quiera, ó estará obligada á tomar uno de ellos en particular! Este es el punto en que no están de acuerdo; los unos (5) deciden en favor del primer cuerpo que haya sido animado; los otros (6) en favor del último; mas esta diversidad da pareceres no perjudica la certidumbre de esos dos puntos de su doctrina que son la metempsicosis y la resurreccion.

Algunos (7) han pretendido que los fariseos eran hereges del judaismo; sus errores sobre las principales obligaciones del hombre, sus malvadas explicaciones de la ley, su opinion sobre la metempsicosis son mas que suficientes para formar una heregia. Su tenaz adhesion á sus opiniones, y su encarnizamiento en perseguir á cuantos les contradecían, son los verdaderos caracteres de la heregia. He aquí lo que hace creer que podia dársles el nombre de *sectarios*, ó *hereges* de la religion judía.

Josefo (8) habla de las sectas de los Judíos bajo el nombre de he-

(1) *Matt. xvi. 14.* (2) *Marc. vi. 16. Luc. ix. 9.* (3) *Jos. ix. 1. 2.* (4) *Vide Manasse Ben-Israel, de Resurrect. mortuorum, l. i. c. 15, p. 315.* (5) *Abrahamel. Comment. in Pentateuch.* (6) *Zoar. Parus. Hap. Sara. Manasse, Ben-Israel, loco citato.* (7) *Epiphani. haeret. 16. August. et Philastr. de haeretib. eili quid.* (8) *Josephi. l. xiii. Ant. c. 9.*

III.
Carácter de los fariseos modernos desde Jesucristo hasta hoy.

IV.
[Admiten la metempsicosis los fariseos antiguos? Pueden ser mirados como hereges?]

regia. Pero no es sólida esta prueba, pues los Griegos nombran *heresia* á lo que nosotros llamamos *secta*, y aunque este último nombre así como el primero, es odioso en nuestro idioma, ni el uno ni el otro lo eran siempre entre los Griegos, de quienes los hemos tomado. Una *secta* no es otra cosa que un número de personas adheridas á los mismos sentimientos, como se ve en la Iglesia, tanto en filosofía como en teología, que sin tocar en los artículos de fe, y sin desviarse de la unidad de la Iglesia, tienen sobre ciertos dogmas diversos modos de explicarse, pero todos subordinados á la autoridad de los pastores á que permanecen sujetos.

Si bajo el nombre de *heresia* se entienden los errores tenazmente sostenidos por una secta de personas distinguidas de todas las demas, debe decirse, que en este sentido eran hereges los fariseos, porque sus errores están bien marcados en el Evangelio, y es manifiesta su tenacidad. Pero si para ser herege no basta solamente el separarse de las opiniones, sino tambien de la comunión y sociedad de los fieles, ó cuando ménos estar dispuesto á separarse y permanecer caprichosamente adherido á su opinión, á pesar de las decisiones contrarias de su Iglesia, en este sentido no puede decirse que hayan sido hereges los fariseos. Ellos mantenían la comunión con los demás judíos; tambien se sentaban sobre la cátedra de Moisés, como lo dice Jesucristo (1); oían los primeros destinos de su nación, y habia fariseos entre los sacerdotes, en el sanhedrin y en todos los estados. Eran tenidos por los mas hábiles, los mas celosos y mas arreglados de los Judíos: S. Pablo llama á la secta de los fariseos *la secta mas exacta de la religion judia* (2); los fariseos frecuentaban el templo y en él ofrecían sus sacrificios; muchos de ellos eran verdaderamente hombres de bien, y hubo algunos que creyeron en Jesucristo (3), como Nicodémus y Gamaliel. El Salvador nunca los reprendió de heregia; sus errores eran entonces ó desconocidos ó tolerados. La opinion de la metempsicosis era comun en todo el Oriente, y no debe pretenderse que antes de Jesucristo hubiera la misma precision y exactitud en punto de doctrina teológica, ni la misma extension de conocimientos que hubo despues. Por último, los hombres mas sabios que han escrito sobre esta materia (4), no han tenido por hereges á los fariseos. Los padres que han escrito de otro modo, han dado á la *secta* el nombre de *heresia*, y han entendido por herege á todo hombre que era singular en sus opiniones.

ARTICULO II.

De los Saduceos.

I.
Origen de
los saduceos

Los saduceos reconocian por gefe de su secta á uno llamado Sadok (5), que era, segun dicen, discípulo y sucesor de Antígono *Soqueo*, que sucedió á Simon el Justo, gran sacerdote de los Judíos. Bato no es decir que Antígono le sucediera en la soberana sacrificatura;

(1) Matt. xxiii. 2. (2) Act. xvi. 5. *Secundum certissimam sectam nostrae religionis ritum pharisaeos.* (3) Joan. vi. 6. Act. v. 34. (4) *Storr. Tributa sup. 9. Goodenard. Tractat. Essage, etc.* (5) *Ita lib. iv. Mach. cap. 6. et Philon. Editio in Tychi. R. Jacob. Praefat. in lib. Ex. Auth. Ceteri. R. Abraham. Lees in Cabbala historica. Rab. Nath. Ita Pirke. Abth. alii plures.*

año que le sucedió en la tradicion de la doctrina, y como un discípulo á su maestro. Simon el Justo que siguió á Onías I. en el pontificado, fué gran sacerdote desde el año 301 antes de la era cristiana vulgar, hasta el año 292. Tuvo por sucesor á Eleazar, en cuyo tiempo se pretende haberse hecho la célebre version de los Setenta, y eso puede servir para fijar el principio de los saduceos.

Antígono, maestro de Sadok, fué gefe de una secta particular, que por un exceso de espiritualidad enseñaba (1) que debía tributarse al Señor un culto puro y desinteresado: *No seáis como los eselavos*, decía Antígono á sus discípulos; *no obedecáis á vuestro Señor simplemente en vista de las recompensas; obedecedlo sin interes, y sin esperar fruto alguno de vuestro trabajo; que el temor del Señor esté con vosotros.* Estas máximas son singulares en boca de un judío creado bajo una ley que habla frecuentemente de recompensas temporales para los justos, y de castigos del mismo orden para los pecadores: Antígono por tanto tuvo pocos secuaces.

Sadok su discípulo no pudiendo conformarse con una espiritualidad tan pura y tan desinteresada, y no queriendo tampoco abandonar á su maestro, porque lo miraba con respeto, recibió su máxima, pero la interpretó en un sentido totalmente opuesto; concluyó que en la otra vida no debía esperarse ni pena ni premio; y en esta debía practicarse el bien y evitarse el mal sin alguna atencion al temor ni á la esperanza. He aquí segun los Hebreos el origen de los saduceos.

Josefo no nos dice cosa alguna sobre el particular; y el autor del cuarto libro de los Macabeos se contenta con decir que Sadok fué el autor de los saduceos. Si es cierto lo que acaban de referirnos los rabinos sobre el origen de esta secta, los saduceos deben ser mas antiguos que los fariseos, cuyo origen hemos puesto en el tiempo en que comenzaron los Macabeos. Los fariseos no comenzaron sino cerca de ciento y ochenta años antes de Jesucristo, y los saduceos aparecieron mas de cien años antes de los fariseos.

Los rabinos estiman á Sadok como un cismático que se separó de los Judíos y del templo del Señor: se retiró á Samaria, y adora sobre el monte Garizim. Pero esto es una calumnia inventada en odio de la secta de los saduceos, extremadamente aborrecida por los fariseos; y no es nueva esta calumnia, pues se ven vestigios de ella en S. Epifanio (2) y en Filastro. Ellos dicen que los saduceos son una rama de los discípulos de Dositoeo, el cual (3) levantó el cisma de los Judíos y se retiró á Samaria, viendo que no podía lograr su intento en su propia patria. Vivió como ermitaño en una caverna, y en ella murió de hambre, por ostentar vana y locamente su ayuno y su abstinencia, y esto es lo que refiere S. Epifanio. Pero Dositoeo es mucho mas moderno que Sadok, vivió poco tiempo despues de la muerte del Salvador (4), y quiso hacera pasar por el Cristo (5).

Algunos otros judíos (6) refieren al cisma de Sadok de otra manera. Dicen que habiendo venido á Judea Alejandro el Grande, los

(1) Vide R. Nath. Comment. in Pirke Abot. cap. 1. *Manasse Ben-Israel, in lib. i. c. 6. de Resurrectione mort.* (2) Epiphani. *haer.* 14. (3) *Ibid.* (4) *Origen. in Matt. tract. 27.* (5) *Ibid. lib. 11. contra Celsum.* (6) R. Abrah. Lees in *Cabala historica.*

Samaritanos obtuvieron de él permiso de edificar un templo al Señor sobre el monte Garzizim; y el pueblo de Israel se dividió entonces en dos partidos. Simón el Justo y Antigono Soqueo, su discípulo, con la mayor parte del pueblo, quedaron fielmente adheridos al culto del Señor, y lo adoraron en su templo de Jerusalem: Sadok y Boeto ó Boieto, discípulo de Antigono, con un gran número de malos judíos, entraron en el partido de Sanaballat Horonita, y de su yerno Manasses, y favorecieron á los Samaritanos, y el culto que daban á Dios sobre el monte Garzizim. He aquí según ellos, el origen de la secta de los saduceos. Mas en eso se nota un anacronismo. Porque el gran sacerdote Jaddo fué quien recibió á Alejandro el Grande en Jerusalem, el año 332 antes de la era cristiana vulgar, y ese príncipe murió en 324, veinte y tres años antes del pontificado de Simón el Justo.

Otros (1) sostienen que los saduceos tomaron este nombre, que se deriva de *Tzedek*, la justicia, por cuanto pretendían ser mas justos que el comun de los Judíos. Pero en qué podían ellos hacer consistir esta pretendida justicia, si no es tal vez en ese desinterés con que desempeñaban todas las obligaciones de la vida, y tambien muchas de la religion, no atendiendo ni á los castigos ni á los premios de la otra vida, ó en la exactitud inflexible de hacer observar las leyes, y en castigar sin misericordia á los culpables?

La opinion que desde el principio se propuso, y que los hace descender de Sadok, discípulo de Antigono, sucesor del gran sacerdote Simón, es la mas verisimil. Si los saduceos hubieran sido Samaritanos y cismáticos, Josefo no habria dejado de notarlo. No los habria colocado entre las sectas antiguas de los Judíos; no se les habria tolerado en el templo y en los primeros puestos de la república, que desempeñaban según el mismo Josefo.

El principal error de los saduceos era sobre la existencia de los ángeles (2) y sobre la inmortalidad del alma (3). No negaban la existencia del alma que nos hace inteligentes y racionales; pero sí sostenían que moría con el cuerpo; y consiguientemente tenían por puras quimeras las penas y premios de la otra vida (4) y la resurreccion de los muertos (5). S. Epifanio (6) dice que no conocian al Espíritu Santo; puede ser que entendiése en esto el espíritu de profecía, por cuanto se dice que los saduceos no admitían á los profetas; Arnobio afirmó que tenían por corporal á Dios (7). S. Agustín (8) entendié á S. Epifanio en su sentido simple y natural, supuesto que enseña claramente que los saduceos negaban al Espíritu Santo; y los fariseos lo confesaban, pero negaban simplemente que residiera en Jesucristo.

Ni la Escritura ni Josefo echan en cara á los saduceos el que negaran al Espíritu Santo. No sería mucho de admirar que no hubieran conocido al Espíritu Santo como una persona de la Santa Tri-

[1] Epiph. *heres.* 14. Ita Junina et Hieronymi. in Matt. xiii. et Tostat. *ibid.* [2] Act. xiiii. S. Saduceos enim dicunt non esse resurrectionem, neque angelum, neque Spiritum. [3] Isa. lib. ii. c. 12 de Belli. Et l. xviii. Ant. c. 2. [4] Isa. l. 2. de Belli. c. 12. [5] Matt. xiii. 25. Saduceusque qui dicunt non esse resurrectionem. Vide et Marc. xii. 18. Luc. xx. 27. Act. xiiii. 8. [6] Epiph. *heres.* 14. [7] Arnob. lib. iii. pag. 100. Vide et Scultet. [8] Aug. *serm. olim. xi. de Verbo Domini, anno lxx. c. 3. num. 5. p. 306.*

idad; pues los Judíos nunca conocieron claramente este misterio. Tal vez S. Epifanio quiso oponerles á los fariseos, quienes según él, admitían la existencia del Espíritu Santo, esto es, el espíritu de profecía que animaba á los profetas, y que se distingue de sus personas. Pero es menester reconocer que no sabemos exactamente ni lo que admitían los fariseos, ni lo que los saduceos negaban bajo este nombre; si era una substancia distinta de Dios, ó una emanacion substancial de la Divinidad, ó una persona divina.

Por lo que toca á la corporalidad de Dios, no se puede mostrar que alguna vez la hayan creído los saduceos, ni que esto sea una consecuencia de su dogma sobre los ángeles y sobre la mortalidad del alma. Am cuando ni los ángeles ni las substancias espirituales existieran, y aun cuando el alma no fuera inmortal, no se seguiría que Dios fuera corporal.

Los saduceos recibían los libros de Moises donde se habla frecuentemente de los ángeles y de sus apariciones. (Cómo, pues, podrían negar su existencia? Nosotros no sabemos como se desembarazarán de estas dificultades, ni qué explicaciones durían á estos pasajes; pero algunos piensan que miraban á los ángeles como virtudes inseparables de Dios (1), poco mas ó menos como el rayo y la luz son inseparables del sol; y los creían capaces de aparecer en la tierra bajo diferentes nombres, según las diversas funciones que ejercían.

Este sistema es muy espiritual, pero no satisface efectivamente la objeción. Los ángeles cuyas apariciones están notadas en los libros de Moises, no son puras emanaciones de la Divinidad; son hipóstasis totalmente diversas enviadas por Dios, que obran en su nombre y por su poder. Ellos habrían podido decir en un sentido mas sencillo y fácil, que esos ángeles eran solamente fantasmas que por algunos momentos aparecían, pero sin tener realidad alguna; que eran cuerpos fantásticos movidos por el poder del Criador, o si se quiere, movidos y animados por alguna inteligencia mortal, semejante al alma del hombre que en su opinion no subsiste despues de la muerte. Mas no es nuestro intento hacer aquí la apologia de los saduceos, sino referir únicamente sus opiniones.

Aunque negaran los premios y penas de la otra vida, no dejaban por eso de ser fieles observantes de las leyes, y hacer que los demás las observaran en todo su rigor (2), y esto era una consecuencia natural de sus principios. Porque si solamente en esta vida hay penas y premios, todo lo malo debe castigarse, y premiarse todo lo bueno en todo rigor de justicia. Ellos podían fundarse en la Escritura mal entendida y mal explicada, pues Moises en sus leyes no habla mas que de recompensas temporales, y Dios en esta vida castiga con penas temporales á los que lo ofenden. Los crímenes de Sodoma, los de los Cananeos, los de Her y de Onan, los de Faraon y los de los Egipcios, en este mundo se castigaron,

[1] Esta era la opinion de algunos Judíos del tiempo de S. Justino mártir. Véase S. Justino sobre S. Mateo xxii. 23. y á Mr le Clerc sobre los Hechos. xiiii. 8. y á S. Justino, Diálogo contra Trifon. pag. 358. [2] Joseph. lib. 11. de Belli cap. 12. Vide et Euseb. *Hist. eccl. lib. i. c. 21.*

Los saduceos niegan el destino, dice Josefo (1); y tienen esta palabra por insignificante, pues nada, dicen, acontece á los hombres por él. Creen que tenemos una perfecta libertad, y un verdadero poder para hacer todo lo que nos agrada, de modo que somos la causa de nuestro bien ó de nuestro mal, segun el bueno ó mal partido que tomaremos. En otra parte dice (2), niegan el destino y la providencia, ó lo que es lo mismo, que Dios no puede hacer á conocer el mal; que el hombre es el árbitro en la eleccion del bien ó el mal; y que nada le acontece sino porque quiere, segun el buen ó mal uso que hace de su libertad.

No se puede conceder mas al hombre, ni ménos á Dios. Si Dios no tiene influencia alguna sobre el bien ó el mal que hacemos ó que sufrimos, es decir, si somos del todo independientes de su socorro para practicar lo bueno y huir lo malo, y si despues de esta vida no hay ni pena ni recompensa, no sé que es lo que un saduceo pueda pedirle, ni en que consista su religion y su culto. Si no tiene necesidad alguna de su socorro en esta vida, si nada teme ni espera de él despues de la muerte, ¿de qué le sirve el temor, el culto y la oracion! Ninguna cosa hace conocer mejor el grado de corrupcion á que habia llegado entonces la religion de los Judios, que el ver que sufría en su seno semejantes gentes que adoptaban principios tan monstruosos. El saduceismo no debia distar mucho del epicureismo; y la única diferencia que halló, es que el saduceo temía á lo ménos en esta vida los castigos de Dios, y esperaba alguna recompensa temporal de las virtudes que podia practicar, en vez que los epicureos no tenían ni aun estos motivos de temer á Dios.

Los saduceos subsistieron por muy largo tiempo, y hasta el día de hoy subsisten, aunque en corto número (3). Son mirados por los otros Judios como hereges, pero no era así en otro tiempo. El gran sacerdote Hyrcano príncipe de su nacion, despues de haber sido muchos años favorable á los fariseos, se separó de ellos con escándalo y se unió á los saduceos (4). Tambien se dice que con pena de la vida mandó á todos los Judios que recibiesen las máximas de Sadok (5). Aristóbulo y Alejandro Janeo hijos de Hyrcano, continuaron protegiendo á los saduceos y persiguiendo á los fariseos. Maimonides (6) asegura que en el reinado de Alejandro los saduceos se hicieron dueños enteramente de los cargos del Sanhedrin, y solo quedó Simon, hijo de Setra, conservando el partido de los fariseos. Mas estos recobraron su favor y su crédito en el reinado de Alejandra, esposa de Alejandro Janeo. Caifas, que condenó á muerte á Jesucristo, era saduceo, como consta por los Hechos apostólicos (7), como tambien lo era Anano el joven (8), que condenó á muerte á Santiago hermano del Señor.

Los que han querido hacer pasar á los saduceos por samaritanos y por discípulos de Dositeo, les han imputado que adora-

(1) Joseph. Antiq. lib. xii. c. 9. (2) Idem. l. vi. c. 10 de Bello, p. 788. (3) Vossé á Bonage, Histoire de los Judios, lib. vi. cap. 5. art. 13. 14. 15. 21. Sicut. critica. res. c. 25. Mavense Ben-Jerud, de Eusebio. l. i. c. 1. (4) Jos. Antiq. l. xii. c. 18. (5) Vide Abrabam-Ben-Dior, Cubaia, apud Trigland. de secta Carait. (6) Maimon. Halac. Sanhedr. c. n. (7) Act. v. 17. (8) Joseph. Antiq. lib. xx. c. 8. p. 628.

ban á Dios bajo la forma de un macho de cabrío, y que habian corrompido el texto del primer capitulo del Génesis, leyendo: En el principio ázimo, ó el macho cabrío, crió el cielo y la tierra. Pero estas acusaciones por sí mismas se destruyen y no merecen atencion alguna. Los saduceos adoraban á Dios en su templo de Jerusalem, y esperaban al Mesias; mas en cuanto á esto eran del mismo sentir que el común de los Judios, y que los mismos fariseos que esperaban un libertador y un monarca verdaderamente temporal. Temiendo unos y otros estas preocupaciones, no es extraño que no hayan conocido á Jesucristo que únicamente les hablaba de un reinado espiritual. Por el Evangelio no nos consta que algun saduceo creyera en Jesucristo. En su secta encontraban obstáculos insuperables para la fe y para la salvacion que Jesucristo predicaba.

ARTICULO III.

de los Esenos.

El origen de los esenos, y la etimología de su nombre son muy desconocidos: ni en Filon ni en Josefo se halla testimonio alguno claro, ni sobre el tiempo en que aparecieron, ni sobre los autores de su secta. El 4.º libro de los Macabeos (1) que hemos traducido al francés, los llama *Hasdanim*, y dice que ya subsistian desde el tiempo de Hircano, Macabeo, hacia el año 110 antes de Jesucristo. Josefo (2) habla de un famoso eseno nombrado Judas, que vivía en tiempo de Antigono, hijo de Aristóbulo y sobrino de Hircano, rey de los Judios, que predijo que Antigono moriria bajo la torre de Estraton, y su predicción se verificó con grande asombro de todos los Judios de Jerusalem, y del mismo Jutas. Plinio (3) que habia leído con admiracion la description que hace Josefo de los esenos, los describe tambien con un estio pomposo, y pretende que subsistian muchos miles de siglos habia sin comercio alguno con las mugeres: *Ita per seculorum millia, incredibile dictu, gens aeterna est, in qua nemo nascitur*. Mas sobre su duracion seguramente se engaña, pues su origen no puede ser anterior á los Macabeos, ni es cierto que todos hubieran vivido en el celibato. Josefo (4) dice que hubo una compañía que siguió enteramente las reglas de esta secta, pero se diferenciaba macho de ella en el artículo del matrimonio.

Algunos (5) han conjeturado que los esenos descendian de Jomudab, padre de los recabitas. El único fundamento de esta opinion es el modo en que vivían, pues se abstegian del vino (6) y eran en todo lo demas muy templados. Mas como habitaban en las ciudades y tenían casas y habitaciones para sí y para sus huéspedes, no puede sostenerse que fuesen recabitas, pues

(1) Machab. vi. (Véase la traducción de ese libro en la continuación del comentario de Cabmet sobre los Macabeos). (2) Joseph. Antiq. lib. xii. cap. 19. p. 455. (3) Plin. lib. v. cap. 17. (4) Joseph. de Bello, l. ii. c. 12. in latin. et in graeco, p. 788. (5) Vide Saíd. Nilas. sect. cap. iv. Alii quidam. (6) Plin. de Vita contemp. pag. 590.

Los saduceos niegan el destino, dice Josefo (1); y tienen esta palabra por insignificante, pues nada, dicen, acontece á los hombres por él. Creen que tenemos una perfecta libertad, y un verdadero poder para hacer todo lo que nos agrada, de modo que somos la causa de nuestro bien ó de nuestro mal, segun el bueno ó mal partido que tomaremos. En otra parte dice (2), niegan el destino y la providencia, ó lo que es lo mismo, que Dios no puede hacer á conocer el mal; que el hombre es el árbitro en la eleccion del bien ó el mal; y que nada le acontece sino porque quiere, segun el buen ó mal uso que hace de su libertad.

No se puede conceder mas al hombre, ni ménos á Dios. Si Dios no tiene influencia alguna sobre el bien ó el mal que hacemos ó que sufrimos, es decir, si somos del todo independientes de su socorro para practicar lo bueno y huir lo malo, y si despues de esta vida no hay ni pena ni recompensa, no sé que es lo que un saduceo pueda pedirle, ni en que consista su religion y su culto. Si no tiene necesidad alguna de su socorro en esta vida, si nada teme ni espera de él despues de la muerte, ¿de qué le sirve el temor, el culto y la oracion! Ninguna cosa hace conocer mejor el grado de corrupcion á que habia llegado entonces la religion de los Judios, que el ver que sufría en su seno semejantes gentes que adoptaban principios tan monstruosos. El saduceismo no debia distar mucho del epicureismo; y la única diferencia que halló, es que el saduceo temía á lo ménos en esta vida los castigos de Dios, y esperaba alguna recompensa temporal de las virtudes que podia practicar, en vez que los epicureos no tenían ni aun estos motivos de temer á Dios.

Los saduceos subsistieron por muy largo tiempo, y hasta el día de hoy subsisten, aunque en corto número (3). Son mirados por los otros Judios como hereges, pero no era así en otro tiempo. El gran sacerdote Hyrcano príncipe de su nacion, despues de haber sido muchos años favorable á los fariseos, se separó de ellos con escándalo y se unió á los saduceos (4). Tambien se dice que con pena de la vida mandó á todos los Judios que recibiesen las máximas de Sadok (5). Aristóbulo y Alejandro Janeo hijos de Hyrcano, continuaron protegiendo á los saduceos y persiguiendo á los fariseos. Maimonides (6) asegura que en el reinado de Alejandro los saduceos se hicieron dueños enteramente de los cargos del Sanhedrin, y solo quedó Simon, hijo de Setra, conservando el partido de los fariseos. Mas estos recobraron su favor y su crédito en el reinado de Alejandra, esposa de Alejandro Janeo. Caifas, que condenó á muerte á Jesucristo, era saduceo, como consta por los Hechos apostólicos (7), como tambien lo era Anano el joven (8), que condenó á muerte á Santiago hermano del Señor.

Los que han querido hacer pasar á los saduceos por samaritanos y por discípulos de Dositeo, les han imputado que adora-

(1) Joseph. Antiq. lib. xiii. c. 9. (2) Idem. l. vi. c. 10 de Bello, p. 788. (3) Vossé á Bonage. Historia de los Judios, lib. vi. cap. 5. art. 13. 14. 15. 21. Sicut. critica. res. c. 25. Mavense Ben-Jerud, de Remect. l. i. c. 1. (4) Jos. Antiq. l. xii. c. 18. (5) Vide Avraham-Ben-Dior, Cubaia, apud Trigland. de secta Carait. (6) Maimon. Hala. Sanhedr. c. n. (7) Act. v. 17. (8) Joseph. Antiq. lib. xx. c. 8. p. 628.

ban á Dios bajo la forma de un macho de cabrío, y que habian corrompido el texto del primer capitulo del Génesis, leyendo: En el principio ázimo, ó el macho cabrío, crió el cielo y la tierra. Pero estas acusaciones por sí mismas se destruyen y no merecen atencion alguna. Los saduceos adoraban á Dios en su templo de Jerusalem, y esperaban al Mesias; mas en cuanto á esto eran del mismo sentir que el común de los Judios, y que los mismos fariseos que esperaban un libertador y un monarca verdaderamente temporal. Temiendo unos y otros estas preocupaciones, no se extrañó que no hayan conocido á Jesucristo que únicamente les hablaba de un reinado espiritual. Por el Evangelio no nos consta que algun saduceo creyera en Jesucristo. En su secta encontraban obstáculos insuperables para la fe y para la salvacion que Jesucristo predicaba.

ARTICULO III.

de los Esenos.

El origen de los esenos, y la etimología de su nombre son muy desconocidos: ni en Filon ni en Josefo se halla testimonio alguno claro, ni sobre el tiempo en que aparecieron, ni sobre los autores de su secta. El 4.º libro de los Macabeos (1) que hemos traducido al francés, los llama *Hasdanim*, y dice que ya subsistian desde el tiempo de Hircano, Macabeo, hacia el año 110 antes de Jesucristo. Josefo (2) habla de un famoso eseno nombrado Judas, que vivía en tiempo de Antigono, hijo de Aristóbulo y sobrino de Hircano, rey de los Judios, que predijo que Antigono moriria bajo la torre de Estraton, y su predicción se verificó con grande asombro de todos los Judios de Jerusalem, y del mismo Justus. Plinio (3) que habia leído con admiracion la descripcion que hace Josefo de los esenos, los describe tambien con un estio pomposo, y pretende que subsistian muchos miles de siglos habia sin comercio alguno con las mugeres: *Ita per seculorum millia, incredibile dictu, gens aeterna est, in qua nemo nascitur*. Mas sobre su duracion seguramente se engaña, pues su origen no puede ser anterior á los Macabeos, ni es cierto que todos hubieran vivido en el celibato. Josefo (4) dice que hubo una compañía que siguió enteramente las reglas de esta secta, pero se diferenciaba macho de ella en el artículo del matrimonio.

Algunos (5) han conjeturado que los esenos descendian de Jomudab, padre de los recabitas. El único fundamento de esta opinion es el modo en que vivían, pues se abstegian del vino (6) y eran en todo lo demas muy templados. Mas como habitaban en las ciudades y tenían casas y habitaciones para sí y para sus huéspedes, no puede sostenerse que fuesen recabitas, pues

(1) Machab. vi. (Véase la traduccion de ese libro en la continuacion del comentario de Cabmet sobre los Macabeos). (2) Joseph. Antiq. lib. xiii. cap. 19. p. 455. (3) Plin. lib. v. cap. 17. (4) Joseph. de Bello, l. ii. c. 12. in latin. et in graeco, p. 788. (5) Vide Saad. Nila. sect. cap. iv. Alii quidam. (6) Plin. de Vita contemp. pag. 590.

estos no habitaban en las ciudades ni en las casas ordinarias, sino solamente en el campo bajo de tiendas. Yo no leo que los esenos se abstuvieran siempre del vino, ni que hiciesen un artículo fundamental de su observancia como lo hacian los recabitas.

S. Epifanio (1) creó que los esenos ó los jesenos, como él los llama, eran una secta de Samaritanos, cuyo nombre venia de *Jesús* padre de David ó de *Jesus*, cuyo nombre, segun él, quiere decir, *médico*: cualidad que conviene perfectamente á los esenos que querian pasar por médicos de las almas. Dice tambien que desde el tiempo del emperáder Trajano, uno llamado Elxai introdujo algunos nuevos dogmas entre los esenos, y les dió un libro lleno de sus pretendidas profecias, y que dicho Elxai tenia un hermano llamado *Jezzus* quien los obligaba á adorar los astros. No se sabe de donde tomó S. Epifanio estas y otras mas particularidades que cuenta de los esenos; pero son muy sospechosos, particularmente en cuanto al origen que les da de los Samaritanos. Es cierto que los esenos eran judíos, y se apartaban mucho de los Samaritanos. Probablemente S. Epifanio juzgaba á los antiguos esenos como á los de su tiempo, que estaban muy corrompidos y desnaturalizados, hasta el extremo de acusárseles que daban honores divinos á dos mugeres que aun vivian.

Serario (2) refiero hasta doce opiniones sobre el nombre de los esenos. Saumaise (3) quiere que hayan tomado su nombre de la ciudad de *Essa* en Palestina, de la cual habla Josefo (4). Otros derivan ese nombre del hebreo *Chesni* (5), que significa el racional del gran sacerdote. Otros, del caldeo *Chesin* (6), fuerte, robastro; ó del siríaco *Asan*, estar calzado; ó del hebreo *Asa* (7), curar; ó de *Hasah* (8), hacer, obrar; ó del nombre de *Jesus*, ó del de *Jesús*; ó del verbo *Charah* (9), contemplar; ó de *Schanah* (10); dividir, separar, repetir. Otros del griego *Hosioi* (11), santos; ó finalmente del hebreo *Chasid* (12), misericordioso, y esta etimología es la que nos parece mejor. Creemos que estos son los que en los libros de los Macabeos (13) se llaman *Assideos*.

Drusio pretendió que los esenos eran una rama de los fariseos, y que eran de aquellos á quienes persiguió Hircano (14), y que habiéndose retirado á los desiertos, allí se acostumbraron por necesidad á un género de vida muy dura, y despues perseveraron en ella voluntariamente. Pero nosotros hemos hecho notar que el autor del cuarto libro de los Macabeos, libro que ni Saumaise, ni Scaligero, ni Serario, ni Drusio habian visto, pues no apareció por la primera vez mas que en el árabe de las políglotas de M. le Jay; hemos hecho notar, repito, que este autor reconocia á los esenos como existentes desde el tiempo de Hircano, y desde entónces muy distintos de los fariseos. El mismo Josefo, que segun todas las aparien-

(1) *Epiph. haer.* 29. de *Nazaréti*. (2) *Serar. tribueta*. l. i. c. 1. (3) *Sal. max. ad Solim.* c. 35. p. 432. (4) *Joseph. Ant. l. xiii. c. 23.* (5) *Pastoralis*. (6) *Ro. bastar.* (7) *Sanare*. (8) *Facere*. (9) *Contemplari*. (10) *Secundum tenore, recedere, repetere*. (11) *Philo. lib. quod omnia verba*. Liber. pag. 876. Insinúa que los esenos en hebreo significan los santos. Así apoya la etimología que deriva ese nombre del hebreo *Chasid*. (12) *Misericordis, vel pius*, que los *Selanta* frecuentemente han traducido por *sanctus*. (13) *l. Mach. u. 42. Spargago Assideorum*, vi. 13. 2. *Mach. xiv. 6.* (14) *Joseph. Antiq. l. xiii. c. 18. Vide Serar. tribueta. cap. 6. p. 81.*

cias formó su historia sobre memorias iguales á estas de que acabamos de hablar, parece que tambien los supone existentes en tiempo de Hircano, pues que despues de haber hablado de las desavenencias que obligaron á éste á dejar la secta de los fariseos por seguir la de los saduceos, dice: *Pero bastante he hablado de esas dos sectas, de los fariseos y de los saduceos, y de la tercera que es la de los esenos, en mi segundo libro de la guerra de los Judíos* (1).

Despues de las escuelas ó comunidades de los antiguos profetas, nada han tenido los Hebreos mas perfecto ni que parezca mejor que los esenos. He aquí el retrato que Josefo nos ha dejado (2): Conservan esos filósofos entre sí una perfecta union, y aborrecen el deleite como un veneno mortal. Hacen consistir su principal virtud en la guarda de una exacta continencia, y en la resistencia al atractivo del placer. No se casan, pero crian los hijos de otros como si fueran propios, y les inspiran mientras son jóvenes, su espíritu y sus máximas. Y esto no es porque condenen el matrimonio en sí mismo, ó porque crean que no deba cuidarse de la propagacion del género humano; sino porque siempre se resguardan de la intemperancia é infidelidad de las mugeres. Con el mayor desprecio miran las riquezas, y todo lo poseen en comun: de manera que entre ellos no hay uno mas rico que otro. Es una ley inviolable de su instituto el renunciar la propiedad de todos sus bienes, y ponerlos en sociedad, de suerte que la pobreza del uno no causa envidia de la opulencia del otro, ni las riquezas de los unos los exalten sobre los otros. Viven como hermanos en una perfecta igualdad de bienes y de condicion.

Aborrecen el accion y los perfumes: se purifican despues de haberlos tocado solamente por contingencia, como si hubieran tocado algo impuro. Aprecian mucho la austeridad que se deja ver en su exterior; pero evitan la suciedad, y siempre llevan sus vestidos muy blancos. Tienen dispensadores que cuidan de sus bienes, y los distribuyen á cada uno segun su necesidad (3). No viven todos en una sola ciudad, ni siempre en un mismo lugar; sino que moran en lugares diferentes. En sus casas reciben á los de su secta, y los hacen participes de cuanto tienen, como un bien que les es comun. En sus viajes tampoco llevan nunca provisiones; únicamente toman algunas armas para defenderse de los ladrones. En cada ciudad hay un hombre establecido para cuidar de los huéspedes, y proveerlos de ropa y de las otras cosas necesarias.

Los hijos que educan están todos vestidos y tratados del mismo modo, y todos viven bajo la direccion de su maestro. No mudan sus vestidos sino cuando están enteramente usados; ó tan viejos que no puedan servir. Nada se venden ni se compran; sino que todo su comercio se hace por cambio, dando cada uno lo que le sobra y recibiendo lo que necesita. Y tambien sin cambio pueden tomar lo que les sea necesario, y usar como propio todo lo que tienen sus hermanos. Sobre todo profesan una gran piedad hacia

(1) *Joseph. Antiq. l. 13. cap. 18. ad finem*, p. 434. (2) *Joseph. l. ii. de Bello. c. 12. p. 765. et. seqq.* (3) En el libro *arab. de las Antiquidades* c. 2. dice que estos dispensadores son del linaje de los sacerdotes.

Dios, y no hablan antes de salir el sol, y solamente pronuncian ciertas oraciones que recibieron de sus padres para invitar á este astro á que se levante (1); despues de lo qual cada uno es enviado por sus superiores al trabajo u oficio que le toca.

Despues de haber trabajado hasta la hora quinta, (es decir, hasta las once de la mañana en el equinoccio, y proporcionalmente en los otros tiempos), se juntan todos de nuevo, y vistiéndose con henzos blancos se bañan en agua fria, retirándose despues á sus celdas en las que ningun extrangero puede entrar. De alli pasan al refectorio comun, que en su concepto es como un templo sagrado, donde se sientan á la mesa guardando un profundo silencio. El que tiene cuidado de hacer el pan, lo da á cada uno en su lugar, y el cocinero á cada uno le sirve un plato. Despues el sacerdote hace la oracion, porque no es licito comer cosa alguna, sino despues de haber alabado á Dios. Concluida la comida, dan tambien gracias á Dios, como al autor de los bienes que han recibido. Despues de eso se quitan sus vestidos blancos, que son mirados como vestidura sagrada, y vuelven al trabajo como antes. En el perseveran hasta la tarde, y entonces regresan al lugar donde toman su cena, y hacen comer con ellos á los huéspedes, si alguno ha venido de nuevo.

Aunque en todo lo demas esten enteramente dependientes de sus superiores, tienen no obstante la libertad de hacer bien y socorrer á su prójimo segun puedan y quieran. Pero nada pueden dar á sus parientes sin el beneplacito de los que los gobiernan. Son religiosísimos en el cumplimiento de su palabra; y sus simples promesas son mas inviolables que los juramentos mas sagrados, que evitan como el mismo perjurio. Estudian mucho las obras de los antiguos, buscando en ellas principalmente lo que puede servir para perfeccionar su espíritu y conservar la salud. Esto es lo que los hace tan hábiles en el conocimiento de los remedios de los simples, piedras y rüices. Tienen grandísimo cuidado de los enfermos (2); y del comun se les prevé abundantemente de todo cuanto han menester.

No conceden indiferentemente la entrada en su secta á todos los que la piden, sino que practican á los pretendientes durante un año fuera de su casa, ejerciéndolos en su modo de vivir. Les dan una pala, un ancho ceñidor y un vestido blanco. Si el postulante da pruebas de su perseverancia, se le recibe primeramente en el refectorio comun ó en el baño; pero no se le admite en la casa sino despues de pasados todavía otros dos años de prueba; entonces si se halla digno, es admitido en el número de los esenos. Antes de permitirle que coma con los demas, se le hace prometer con tremendos juramentos que ha de servir y adorar á Dios con una perfecta piedad; que ha de observar las leyes de la justicia con los hombres, que no ha de hacer mal á nadie, ni voluntariamente, ni aun cuando se le quiera hacer fuerza para ello; que ha de apartarse de los malvados, proteger á los hombres de bien, ser fiel con todos, y principalmente con los principes. Tambien

(1) De Belo. lib. ii. cap. 12. pag. 785. (2) Philo. lib. Quod omnis probus liber.

se le hace prometer que si se encuentra en un estado superior al de los otros, no abusará de su poder para oprimirols, ni se distinguirá de sus hermanos por la suntuosidad de sus vestidos ni por ninguna otra cosa; que no ocultará á sus cofrades los secretos de la secta, pero jamas los descubrirá á los otros, sino que los mantendrá ocultos aun con peligro de su vida; que no enseñará lo que no haya aprendido de sus maestros, y conservará con la mayor estimacion los libros de la secta y los nombres de los ángeles.

Si alguno comete culpa notable, lo echan fuera de su sociedad; y el que así es arrojado muere por lo comun miserablemente; porque estando ligado por los juramentos de que acabamos de hablar, no puede recibir alimento de ningun extrangero; de manera que está precisado á pacer la yerba como una bestia, y consumirse poco á poco por la necesidad y el hambre. Alguna vez los esenos compadecidos lo perdonan, y lo llevan á sus casus cuando está próximo á espirar, creyendo que su penitencia ha sido bastante larga, y suficiente su satisfaccion.

Quando deliberan sobre algun negocio, por lo comun se juntan ciento; examinan el asunto con el mayor cuidado, y lo que se resuelve queda irrevocable. Despues de Dios tienen un soberano respeto á Moises, de manera que el que fuese convencido de haber hablado mal de él seria condenado á muerte. Se hacen obligacion de obedecer á los ancianos quando se congregan en gran número, de manera que habiendo diez juntos, nadie habla sin consentimiento de los otros nueve. Nadie se atreveria delante de ellos á escupir en su junta ni á su diestra.

Son escrupulosísimamente observantes del sábado; no solamente no encienden fuego ni preparan de comer ese dia; pero ni mudan mueble alguno, ni se descargan de las superfluidades de la naturaleza. En los otros dias cuando quieren satisfacer esta necesidad, se retiran á lugares muy ocultos, y despues de haber abierto un hoyo de la profundidad de un pie con aquella pala de que hemos hablado, se encorvan y se desahogan cubriéndose en todo su rededor con su capa, por no manchar ni empañar los rayos de Dios; estos son los términos de Josefo (1), que han dado lugar á que sean acusados por algunos de que adoraban al sol. Pero no debe imputarseles una opinion tan injuriosa sobre una prueba tan frivola: Josefo se expresa de una manera poco circunspecta; despues de todo, los rayos del sol son rayos de Dios, es decir, son los de su criatura. Concluido eso llenaban de tierra el hoyo que habian hecho, y se purificaban despues de esta accion, como si por ella hubieran contraido alguna mancha. Los esenos están divididos en cuatro clases; y los que pertenecen á la última se creen tan inferiores á los otros, que si solamente tocaran á uno de ellos, se purificarian como de una mancha igual á la que se contrae por tocar á un extrangero. Por lo comun gozan de vida muy larga, y muchos llegan á la edad de cien años; lo que se atribuye á la simplicidad de sus alimentos y al mucho arreglo de su vida. En sus males manifiestan

(1) Moises habia ordenado una cosa semejante á esta á los Israelitas en el desierto, como consta por el Deuteronomio.

tan una firmeza extraordinaria; y Josefo dice que se vieron ejemplos asombrosos en la última guerra de los Judios contra los Romanos. Tienen por inmortales á las almas, y creen que descienden á los cuerpos desde lo mas alto del aire, y con ellos están unidas por un cierto atractivo natural al que con dificultad pueden resistir. En los cuerpos permanecen como en prision todo el tiempo de la vida (1); pero al instante que se separan por la muerte, se elevan rápidamente hacia el cielo como saliendo de un triste y largo cautiverio. Quieren que las almas de los hombres de bien habiten en la otra parte del Océano, en donde no se siente ni la lluvia, ni los vientos, ni los excesos del calor y del frio, y donde gozan de una bienaventuranza natural, á poco mas ó menos segun la idea que nos dan los poetas griegos de sus Campos Eliseos. Por el contrario, las almas de los malos son desterradas á unos lugares de horror, en donde están expuestas á todo lo que las estaciones tienen de mas molesto, y donde están gemiendo con penas eternas. Asi es como los poetas nos representan los infiernos, en donde los Tantales, los Ixiones, los Sisitos, y los otros malvados sufren el justo castigo de sus delitos.

Entre ellos hay muchos que tienen el don de profecía, y comunmente sus predicciones se efectúan, y Josefo en su historia refiere algunos ejemplos (2). Atribuye eso á la continua lectura de los libros sagrados, de las profecias, y al modo puro y simple en que viven. Entre ellos hay una sociedad que no difiere de las otras sino por el matrimonio, en el que quedan obligados sin dejar ninguna de las prácticas de su estado. No toman mujer sino despues de haberse asegurado por tres años que es de buena salud, é idónea para la generacion: son tan moderados en el uso del matrimonio, que luego que sus mugeres están en cinta no regan á ellas. No tienen esclavos, y miran la esclavitud como injuriosa á la naturaleza humana (3).

Los esenos (4) reconocen que Dios todo lo gobierna sin excepcion, y sostienen que nada se hace sino por sus decretos. Josefo (5) dice en cierto lugar que todo lo atribuyen al destino, y creen que este es quien ordena quanto sucede. Para conciliar estas diversidades, el mejor expediente que encuentra Serario (6) es decir que bajo el nombre de destino Josefo no entendia otra cosa que el decreto absoluto de Dios, que todo lo gobierna segun la naturaleza de cada cosa, y por consiguiente sin hacer violencia alguna al libre albedrio. Su secta era semejante poco mas ó menos á la de los pitagóricos entre los Griegos (7), ó á la de los *plistas* entre los Duceos (8). No se sabe quienes son estos *plistas*, y el pasage de Josefo podrá muy bien estar corrompido. Serario conjetura que debora leerse *chistes*, que era el nombre de ciertos sacerdotes que observaban el celibato entre los Tracios (9).

Aunque los esenos fueran los mas religiosos de su nacion, sin embargo no iban al templo de Jerusalem con los otros, ni ofrecian

(1) *Joseph. de Bella. p. 187.* (2) *Joseph. Antiq. lib. xiii. cap. 19. De Joda Bassan.*
(3) *Joseph. Antiq. l. xviii. cap. 2. Ita et Philo lib. Quod omnia probus liber.* (4) *Joseph. Ant. lib. xviii. c. 3.* (5) *Idem, lib. xiii. c. 9.* (6) *Serav. tribuena. c. iv. art. 3.* (7) *Joseph. Antiq. lib. xv. cap. 13.* (8) *Joseph. Antiq. l. xviii. c. 3.* (9) *Strab. lib. vi.*

esericios sangrientos, á lo ménos en este santo lugar; así parece que debe entenderse para conciliar á Josefo con Filon, diciendo este (1) sin limitacion, que los esenos nunca inmolaban bestias, pero si preparaban y ofrecian sus almas á Dios; en vez que Josefo (2) dice que nada ofrecian en el templo, por no mancharse en el comercio con los otros hombres que allí habia, y que no eran de una pureza tan exacta como la de ellos. Se contentaban con enviar allá sus dones, y consagrarlos como monumentos de su reconocimiento.

Filon (3) atestigua que existian en la Judea casi cuatro mil esenos. Parece que Plinio fija su habitacion arriba del Engadi (4), y dice que se alimentaban de los frutos de sus palmeros que son muy comunes en aquellos lugares. Mas Filon nos asegura que tienen sus domicilios en muchas ciudades y aldeas, y que mejor quieren vivir en el campo que en la ciudad, persuadidos de que el comercio de los hombres es tan dañoso á las almas, como el aire corrompido á los cuerpos que lo respiran. Se aplican á la agricultura y á otras artes quietas que no impidan la soledad y pureza que profesan. Dice Plinio que viven distantes de las costas del mar, por evitar el concurso que en ellas se encuentra y que creen perjudicial á su instituto.

Filon dice (5) que no estudian ni la lógica ni la física; pero Josefo afirma (6) que continuamente leen los libros de los antiguos, de donde sacan muchos conocimientos de los simples, raices y otros remedios. La moral y las leyes de Moises son el principal objeto de su estudio. En eso principalmente se ocupan los dias del sábado. En esos dias se juntan en su sinagoga (7), en donde cada uno se sienta segun su dignidad, los antiguos arriba, y los mas jóvenes abajo. Uno de ellos toma el libro y lee, y otro de los mas capaces hace la explicacion: se sirve mucho de los símbolos, alegorias y parabolas, al modo de los antiguos (8). Entre ellos se enseña la piedad, la justicia, la economía, la politica, el amor de Dios, el amor del prójimo, y el amor de la virtud.

Habia tres clases de esenos: los primeros eran los que habia aquí hemos descrito que se abstienen del matrimonio. Los segundos los que lo usaban, pero con las precauciones y moderacion ya notadas. Los terceros son los contemplativos que nos describió Filon en su libro de la *Vida contemplativa*, y que son mas conocidos bajo el nombre de *Terapeutas*, de los cuales los mas habitan en Egipto, á quienes los padres de la Iglesia han querido hacer cristianos. Esta opinion se ha renovado en nuestros dias, y sobre este asunto han escrito muchos sabios, lo que no dispensará de detenernos en él aquí.

Por último, habia entre ellos mugeres que seguian el mismo instituto, como lo notan Josefo y Filon. Tenian proporcionalmente el mismo noviciado y los mismos ejercicios; entre los *terapeutas* habia vírgenes ó mugeres ancianas que vivian en castidad. Asistian á las

(1) *Philo, lib. Quod omnia probus liber. pag. 876.* (2) *Joseph. Antiq. lib. xviii. c. 2.*
(3) *Philo, Quod omnia probus liber. p. 876.* (4) *Plin. lib. v. c. 17. Infr. los Engadda op. pidaum fait.* (5) *Philo, loco citato.* (6) *Joseph. lib. vi. de Bella cap. 12.* (7) *Philo, ubi supra.* (8) *Idem.*

III.
Tres clases
de esenos
entre los cua
les están los
terapeutas.

instrucciones que se daban el día del sábado; pero estaban separadas de los hombres por una pared de tres ó cuatro codos de alto, que no les impedía el oír muy bien la voz del que hablaba; sino solamente el ser vistas. También eran admitidas á la mesa común, estando los hombres á la derecha y las mugeres á la izquierda recostadas sobre un grueso tapiz de mesa tejido de una materia dura y grosera. Las esposas de los esenos que se casaban, segun el mismo género de vida que sus maridos.

Es de admirar que ni el Evangelio ni los otros libros del Nuevo Testamento nos hayan hablado de una secta que hacia tanto honor á la religion de los Judios, y que en el pais tenia tan grande reputacion. ¿Cómo unos hombres de esta clase no se apresuraran á conocer á Jesucristo, y por qué entre ellos ni uno se veia que abrasara el cristianismo? Si Jesucristo hubiera necesitado hombres hábiles, ejercitados por mucho tiempo en la practica de la virtud, instruidos á fondo en la ley y en los profetas, sin duda habria hallado muchos discipulos entre los esenos. Pero tenia otras miras, y no queria que el establecimiento de la religion cristiana se estimara como obra de hombres; y así eligió lo que parecia menos idoneo á su designio.

Tampoco consta por el Evangelio que hubiera predicado en los lugares donde habitaban los esenos. No predicó en Egipto, donde habia mas que en cualquiera otra parte. No es por tanto extraño que nada nos diga de ellos el Evangelio. S. Pablo tampoco estuvo en ese pais, y propiamente no tenemos sino la historia de su predicacion. Es muy probable que despues de la ascension del Salvador se convirtieron muchos esenos; y cuanto veo me hace creer la opinion de los padres, de que los terapeutas formaron los primeros cristianos del Egipto. Ello es cierto que sobre este modelo se establecieron en la Iglesia los primeros monasterios; y en esos lugares es donde tambien se notan muchos vestigios de la antigua observancia de los esenos.

ARTICULO IV.

De los Herodianos.

I.

Diversas opiniones sobre el origen y carácter de los herodianos. Era Heródes el Grande á quien ellos se adherían.

Es muy obscuro el origen de los herodianos, aunque todos convienen en que no es antigua esta secta, y que comenzó despues del reinado de Heródes el Grande en la Judea. Ni Josefo, ni Filon, ni algun otro autor de ese tiempo han hablado de herodianos; pero el Evangelio en varios lugares los designa con toda claridad. Se les ve en San Mateo y en San Marcos conspirar con los fariseos en Jerusalem para sorprender á Jesucristo (1), y tambien otra vez en Cafarnaum (2). El Salvador amonestó á sus discipulos que se precaviesen del fermento de los fariseos y del de los herodianos, es decir de las opiniones y máximas de Heródes (3) ó de los herodianos

[1] Matt. xii. 16. Marc. xii. 13. [2] Marc. vi. 6. [3] Marc. viii. 15.

segun muchos manuscritos (1). Despues de la muerte de Jesucristo no se encuentra cosa alguna ni en los Hechos, ni en los otros escritos de los apóstoles; lo que hace pensar que esta era una secta ménos numerosa, ménos célebre, ménos poderosa y ménos extendida que las que en ese tiempo habia entre los Judios.

Siete ó ocho opiniones diversas se cuentan sobre los herodianos. Los antiguos no están entre sí conformes; pero aun están más divididos los modernos. Muchos han creído que los herodianos tenían á Heródes por el Mesias. Pero como hubo muchos Heródes que reinaron en Judea, no convienen en quién sea el que se atribuya esta cualidad. Tres Heródes conocemos á quienes podian adherirse; 1. el Grande que murió poco tiempo despues del nacimiento de Jesucristo; 2. Heródes Antipas, hijo del grande Heródes que fué tetrarca de Galilea, que hizo morir á San Juan Bautista y formó igual designio contra Jesucristo (2). El tercero es Agripa, nieto del Grande Heródes que hizo morir á Santiago el mayor, hermano de Juan; aprisionó á San Pedro, como se refiere en los Hechos apostólicos (3), y fué castigado de Dios cuando arengaba en Cesarea.

San Eufimio (4), San Jerónimo (5), Tertuliano (6) ó el autor que agregó algunos capítulos á su libro de Prescripciones, y muchos modernos (7), han creído que el grande Heródes era á quien los herodianos tuvieron por Mesias. En su tiempo toda la Judea esperaba un nuevo rey. Todo el Oriente estaba persuadido de que entonces debia aparecer un libertador y un monarca que reinaria en todo el mundo. Se veia, conforme á la profecía de Jacob, haber salido ya el cetro de las manos de Judá (8). Se aproximaba el fin de las setenta semanas que marcó Daniel. A más de esto Heródes era un príncipe valiente, feliz, magnífico, favorecido de los emperadores, y cuya extraordinaria fortuna parecia tener algo de milagrosa. Este príncipe respetaba las leyes de Moises; y aunque las quebrantó en puntos esenciales, procuraba disculparse con la necesidad de atender á los Romanos (9) que todo lo podian entonces.

Heródes por último que era sumamente ambicioso, estaba tal vez rodeado de aduladores que le inspirarian que podia ser el Mesias; y aunque es probable que nada creyó, como buen político pudo apoyar una opinion que podia serle muy ventajosa en su gobierno. Tambien se pretende que hizo quemar los archivos donde se conservaban las memorias genealógicas para que nadie pudiera reconocer la descendencia de David, de donde se sabia que debia nacer el Mesias. Agréguese á esto su envidia contra todo lo que obscurecía su grandeza, y la carnicería que hizo de los inocentes. Todo esto parece insinuar, ó que creía ser el verdadero Mesias, ó que llevaba á bien que por tal lo tuvieran.

Un poeta pagano (10) nos habla de una fiesta de Heródes que

[1] Vide Var. Lectión. in N. T. Millii. [2] Luc. xii. 31. [3] Act. xii. 1. et seq. [4] Epistol. lib. viii. herodianorum. [5] Hieronym. contra Luciferum. [6] Tertull. de Prescriptis. cap. xlii. [7] Vide Nicet. Chronol. Theaur. eccl. l. i. cap. 34. Baronius. Appar. n. 5. Isaac. Voss. de Sibyllin. oracul. Gest. in Matt. xvi. Act. [8] Genes. xlii. 10. [9] Joseph. Antiq. lib. xv. c. 19. [10] Pagan. satir. à v. 188.

se celebraba en Roma con grandes iluminaciones, y en ella se había ampliamente:

*Herodes tener dicit, unataque fenestra,
Deposita praegram nobilium, numeris lacernae.
..... Tunc et alia sedula vita.*

Se ha pretendido (1) que esta era la fiesta de ese príncipe á quien algunos Judios reverenciaban como al Mesias. Otros creyeron ser esta la fiesta de su nieto Heródes Agripa que logró grande estimacion en el imperio de Caligula, de Claudio y de Neron. Otros (2) han avanzado que este poeta bajo el nombre de *Heródes* designó toda la nacion de los Judios. También se nos habla de otra fiesta de Heródes notada en un antiguo calendario de los Hebreos, en el que se lee: *Hay fiesta el 7 de Casleu* (este es el mes de noviembre) *por causa de la muerte de Heródes; por cuanto él aborreció á los sabios; y regocijase delante del Señor cuando los impios salen del mundo, porque está escrito: La mano del Señor está contra ellos para hacerlos salir del campo.* Mas eso nada prueba, porque es claro que esta fiesta no era un regocijo en honor de ese príncipe, sino al contrario en odio de su crueldad y por causa de su desgraciada muerte. No eran ciertamente los que querían tener á Heródes por Mesias los que instituyeron esta fiesta, sino los fariseos cuyos gefes principales (3) fueron perseguidos por Heródes, quien no tenía ninguno de los caracteres del Mesias: su vida y su muerte no hacían formar de su persona idea alguna favorable. Él había vivido como tirano; había oprimido la libertad de los Judios; ni tuvo mas religion que la que conducía á sus miras políticas. Murió con una muerte espantosa reconocida por los Judios como un castigo de la mano de Dios (4). Cincuenta diputados de la Judea sostenidos por ocho mil Judios que estaban en Roma, presentaron quejas contra su memoria ante Augusto, y declararon que mejor querían estar gobernados por un púgano, que ver subir al trono al hijo de Heródes (5).

No era eso sin duda para formar un Mesias y un libertador de Israel; y cuando sus aduladores hubieran podido proveerlo de muchos secuaces durante su vida, habrían desaparecido bien pronto en su muerte, no influyendo ya en su corazon ni el temor ni la esperanza. Nada le habria quedado en el tiempo del ministerio público de Jesucristo. Finalmente si Heródes creyó ser el Mesias, cuando llegaron los magos á Jerusalem habría formado una junta para saber el lugar donde debía nacer el Mesias (6)?

El segundo Heródes que han tenido algunos por gefe de los herodianos, y que se pretende haber sido honrado entre ellos como el Mesias (7), es Antipas, tetrarca de Galilea. Era este un príncipe ambicioso sin límites; se ligó con Seyano contra Tiberio, y fue convenido de haber hecho un arsenal en que podían armarse setenta mil homi-

II.
Los herodianos tenian por gefe á Heródes Antipas ó á Heródes Agripa.

[1] *Cornut. in Persium. Herodius dicitur nataleni herodianis abserrent, ut etiam subheli.*
[2] *Peit. Var. Lect. cap. 18. Virgini de Synagoga. lib. 1. c. 9.* [3] *Jos. de Belle judaeo. 4. 1. c. 21.* [4] *Josaph. de Belle. lib. 1. c. 21. pag. 772. 773.* [5] *Idem. Antiq. lib. xv. cap. 12.* [6] *Matt. n. 4.* [7] *Barnage, Historia de los Judios. lib. m. cap. 8. n. 8. 16. 17. It. Theophil. Euthym.*

bres (1). Era muy astuto, pues Jesucristo lo llama *Valpeja* (2). Afectaba estar adherido á la fortuna de los emperadores romanos, y hay una de sus medallas donde está calificado *Amigo del emperador Claudio* (3). Parece que vivía cuando el Salvador decía á sus apóstoles que se precaviesen del fermento de Heródes (4). Finalmente, según Josefo, su ambicion lo hizo ir á Roma á pretender el título de rey. Su empresa fué desgraciada (5), fué desterrado á Leon, en donde murió con la malvada Herodias que quitó á su hermano Filipo, viviendo este todavía, y en ella tuvo una hija llamada Salomé.

Esta catástrofe de Heródes no dice bien con la idea que tenían los Judios del Mesias que les estaba prometido. El robo de Herodias, y el asesinato cometido en la persona de Juan Bautista no eran rasgos propios para caracterizar al Mesias. Los estados de Heródes eran muy limitados; y era necesario para llenar las esperanzas de los Hebreos un príncipe poderoso, glorioso y valiente que los sacase de la servidumbre y de la opresion. Nada de eso hizo Heródes el tetrarca, ni jamas estuvo en estado de emprenderlo.

Filastrio (6) y algunos otros han creído que Heródes Agripa á quien Caligula hizo rey de la Judea, fué quien dió su nombre á los herodianos; mas esta opinion no está mejor fundada que las precedentes. Nosotros vemos herodianos en el Evangelio antes del reinado de Agripa, quien no subió al trono sino tres ó cuatro años despues de la muerte de Jesucristo. Ciertamente no tuvo sectarios; y mientras vivió como simple particular, é interim estuvo en la desgracia de Tiberio (7), nadie lo tuvo por Mesias. Debe pues abandonarse esta opinion, pues no tiene fundamento alguno.

Muchos modernos (8) han querido que los herodianos sean los saduceos. En efecto, Jesucristo habiendo dicho á sus discipulos según San Marcos, que se precaviesen del fermento de los fariseos y de Heródes (9), les dijo según San Mateo que se precaviesen del fermento de los fariseos y de los saduceos (10). Heródes ó los herodianos son sin duda los mismos que los saduceos, pues son tomados los unos por los otros en éstos dos pasages iguales.

Esta conclusion es muy plausible; pero no es convincente. Lo 1.º Heródes bien podia ser saduceo sin que los herodianos lo fuesen. Lo 2.º Jesucristo pudo hablar de los fariseos, de los herodianos, y de los saduceos; y San Marcos pudo haber suplido lo que habia omitido San Mateo, así como San Mateo dijo una palabra que no puso San Marcos. Lo 3.º Los saduceos podían estar adheridos al partido de Heródes sin que ese príncipe fuera saduceo. Lo 4.º por último, el Evangelio claramente distingue á los saduceos de los herodianos; porque en el mismo capítulo donde se dijo que los discipulos de los fariseos y los herodianos vinieron á ver si podían sorprender á Jesucristo (11), se nota en algunos versos siguientes, que los saduceos que no creían la resurreccion de los muertos, vinieron el

II.
Los herodianos eran saduceos? Otras opiniones sobre los herodianos.

[1] *Jos. Antiq. lib. xviii. cap. 9.* [2] *Luc. xiii. 32.* [3] *Ayud. Harduin.* [4] *Marc. viii. 15.* [5] *Joseph. Antiq. lib. xvii. c. 9.* [6] *Philostr. de Hæcæth. Prætor. Eloch. hæret. n. 14.* [7] *Joseph. Antiq. lib. xviii. c. 8.* [8] *Vite Harduin. de Nummis Herodianis. p. 97. Le Clerc, Notes sobre el Nuevo Testamento, y Haanmon. Log. Jour. Hæcæth. Fibre. Crat.* [9] *Marc. viii. 15. Corée á ferments phariseorum et saduceorum.* [10] *Matt. xvi. 6. Corée á ferments phariseorum et saduceorum.* [11] *Matt. xxii. 16.*

mismo día á hacerle otra pregunta (1). Es creible que el mismo escritor en el espacio de siete á ocho líneas dé á unas mismas personas diferentes nombres; y que despues de haberlas nombrado *herodianos* en el versículo 16, las llame *saduceos*, y especifique su dogma particular en el 23.

El autor de la obra imperfecta sobre San Mateo cree que los herodianos eran paganos vasallos de Heródes el tetrarca. Pero de ninguna manera es creible que los fariseos se unieran con los paganos para tentar á Jesucristo, y para hacerlo caer en el lazo, pues jamas entrarón con los judíos en estas cuestiones hechas á Jesucristo.

Druisio (2) avianzó que los herodianos podian ser de aquellos griegos que Heródes encontró en el desierto, y que llevó á Jerusalem donde se multiplicaron en gran manera. Mas Druisio tomó la palabra hebrea *Jonim* por hombres, la cual significa palomas, que son las que el rey Heródes hizo domesticar en Jerusalem, y allí formaron una especie particular.

Los mas de los padres (3) han juzgado que los herodianos eran de los hombres que seguian á Heródes el tetrarca, soldados y oficiales suyos. Ese principe se halló ese año en Jerusalem en la fiesta de Pascua como nos lo enseña San Lucas (4), y Jesus se halló allí al mismo tiempo. Heródes deseaba ver á Jesus, teniendo contra él pessimas intenciones (5). Sus vasallos por contentar su curiosidad ó su malicia, ó por agrandar á los fariseos y tal vez tambien á su señor, vinieron á tentar á Jesucristo sobre un artículo delicado en aquellas circunstancias, pues se trataba de declarar lo que habia sobre el pagamento del tributo designado á los Romanos. Es constante que en la antigüedad comúnmente se daban á los siervos y á los oficiales de los principes y hombres principales, nombres derivados de los de su señor; así se llamaban *pompeyanos*, *cesarianos*, *germanicianos*, las gentes y soldados de Pompeyo, de César y de Germanico; de la misma manera-pues se habrá dado á los domésticos de Heródes el nombre de *herodianos*.

Ese parecer es plausible, y si los herodianos no hubieran aparecido mas que esa vez, podria sostenerse esta opinion; pero se los ha visto en otras ocasiones y lugares donde no habia ni rey ni corte. Parece por todos los lugares donde se ha hablado de ellos, que eran una secta formada y subsistente en el pais, distinta por sus principios, de los fariseos, de los saduceos y de los esenos; y que Jesucristo queria que sus discipulos se precavieran de sus máximas (6).

Algunos (7) han querido que fueran de aquellos políticos que favorecían la dominacion del rey Heródes y de los Romanos, y que contra los otros Judios, muy celosos por la libertad, sostenian que debia pagarse el tributo á los Romanos y á Heródes. Se les dió el nombre de herodianos por insulto, como acontece en los estados donde reinan diversos partidos, que los unos son llamados *realistas*, los otros *republicanos* y los otros *liberales*.

[1] Matt. xxi. 23. [2] Druis. in præteritis. Ex libro Aruch. [3] Chrysm. Hieronym. Prudent. hic. Syr. Jaur. Vatak. Erasmus. Gerard. Hammond. Scollot. Natal. Alexand. hic. [4] Luc. xxii. 7. 8. [5] Luc. xiii. 31. [6] Vide Marc. iii. 6 et xvi. 15. [7] Orig. in Matt. tom. 17. Grot. Maldon. Ligfoot. Menoc. Vide et Cyrill. Alex. lib. 10. Isai. cap. 11. et Theophyl. in Matt.

Este sistema necesaria probarse; convendria demostrar lo que está en cuestion, á saber, que efectivamente los herodianos estaban por el pago de los tributos; y nosotros creemos que estaban en sentido enteramente contrario.

S. Justino Mártir creyó (1) que los herodianos eran sucesores de Heródes, no como rey, sino como gran sacrificador. Josefo no dice que ese principe hubiera sido jamas gran sacrificador; pues no era de la familia de Aaron. Mas Strabon (2) muy positivamente asegura, y se sabe que el grande Heródes, despues de la muerte de su cuñado Aristóbulo, disponia á su arbitrio del pontificado, mudando, estableciendo, ó deponiendo segun le parecia á los grandes sacerdotes. Mas cuando Heródes el Grande en su tiempo hubiera tenido en Judea un partido que lo hubiera reconocido por gran sacerdote legitimo, lo que es muy dudoso, ese partido no podria subsistir treinta años despues de su muerte, siendo este ya un tiempo en que ninguno de su familia aspiraba de modo alguno al supremo sacerdocio, cuya disposicion estaba en manos de los gobernadores romanos, que eran dueños de la provincia.

Despues de haber expuesto y refutado las diversas opiniones que ha habido sobre los herodianos, conviene proponer ahora la que seguimos. He aqui los caracteres que seguramente nos harán conocer quiénes eran estos. Lo 1.º Era una secta distinta de los fariseos, de los saduceos y de los esenos. Nadie los ha confundido ni con los fariseos ni con los esenos, y nosotros tenemos ya demostrado que no eran saduceos. Lo 2.º Su nombre de *herodianos* muestra que comenzaron á manifestarse desde el reinado de Heródes. Lo 3.º Estaban ligados con los fariseos; siempre se habla de ellos juntamente en el Evangelio (3). Lo 4.º Se interesaban en saber, si convenia pagar el tributo á los Romanos. Lo 5.º Sostenian los principios de una mala moral, supuesto que Jesucristo ordenaba que sus discipulos se precavieran de su fermento.

Mas yo no veo otros á quienes convenga todo eso, mas que á los discipulos de Jadas el Gaulonita ó el Galileo. Estos componian una secta conocida en el pais, y bien marcada por Josefo (4). Este historiador, despues de haber hablado de los fariseos, de los saduceos y de los esenos, dice que habia tambien entre los Judios una cuarta secta de filosofos, que tenian por jefe á Jadas el Galileo, y en todo convenian con los fariseos; que solo se diferenciaban en el amor excesivo de la libertad, estando preocupados de este principio, que Dios es el único jefe y Señor á quien debemos obedecer.

Esta secta estaba en todo su vigor en tiempo de la predicacion de Jesucristo; y Gamaliel en los Hechos apostólicos (5) nos enseña que ese Jadas el Galileo vivia cuando por orden de Augusto (6) se matriculó todo el pueblo. Josefo describiendo las sectas que reinaban entre los Judios antes de la toma de Jerusalem, pone entre ellas á los sectarios de Judas. Mas despues de la desolacion

(1) Justin Dialog. cum. Tryphoné. (2) Strabo, lib. xvi. pag. 765. (3) Matt. xxii. 15. 16. Marc. iii. 6. xvi. 15. xi. 15. (4) Joseph. Antiq. lib. xviii. c. 1. 2. Vide et lib. 11. de bello, cap. 12. (5) Act. v. 37. (6) Compararon á Josefo, l. xviii. c. 1.

Parece que los herodianos pertenecian á la familia de Heródes, y eran discipulos de Jadas el Galileo.

do la Judea y de la ruina de la ciudad y del templo de Jerusalén, quedó el pueblo reducido á tal estado en que ya no se podía deliberar si se pagaria ó no el tributo á los Romanos. Por tanto esta secta se dispò, y no se oyó mas hablar de ella.

S. Mateo (1) describe admirablemente el genio de los herodianos, cuando dice que se acercaron á Jesus hablándole en estos términos: *Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas verdaderamente el camino de Dios, porque no te cuidas de cosa alguna sea la que fuere, ni miras á la persona de los hombres.* Ellos hicieron por ganar á Jesucristo dándole alabanzas que le eran muy debidas, y atribuyéndole el menosprecio de las potestades, y la entereza de que ellos mismos se glorian, de sufrir primero todo género de suplicios que dar á otro, fuera el que fuese, el nombre de Señor. En seguida le hacen una pregunta que descubre el fondo de su dogma y el verdadero espíritu de su secta: *¿Es ó no lícito pagar el tributo al César?* La respuesta de Jesucristo insinúa que estaban por la negativa, pues les dijo: *Dad al César lo que es del César.* No esperaban que él debiera probarles, como lo hizo, la obligación de pagar el tributo, y quedar sujetos al imperio de los Romanos. Esta respuesta no era para los fariseos. Acabamos de ver en Josefo, que la opinion de no haber otro rey que Dios, era propia de los discipulos de Judas el Gaulonita, y esto era lo único que los distinguía de los fariseos, con quienes en todo lo demás estaban acordes.

Los herodianos probablemente tomaban su nombre de Heródes el tetrarca, de quien como Galileos eran vasallos. Los otros Judios habian pedido á Tiberio (2) que los librara de la dominación de Heródes, y de dárles un gobernador romano. Los Galileos vivian sujetos á Heródes: eran enteramente sospechosos del error de los herodianos, y mirados en Jerusalén como gente malvada. Cuando Jesucristo fué presentado á Pilato (3), fué acusado de ser un sedicioso que inspiraba á los pueblos el espíritu de la rebelión, que predicaba la independencia, que decía no deberse pagar el tributo al César, y en una palabra, se le quiso hacer pasar por un herodiano. Conjeturamos que *esos Galileos cuya sangre mezcló Pilato con sus sacrificios* (4), eran de la secta de Judas el Gaulonita, y que ese gobernador no los trató con tanto rigor, mas que por haber esparcido discursos sediciosos contra el gobierno de los Romanos.

Pero ¿cuál es la causa de que Josefo hablando con tanta frecuencia de los secuaces de Judas, jamas les dé el nombre de *herodianos*? Yo respondo, lo 1.º que este historiador no nos dice cual era su nombre, ni nunca los designa sino bajo la denominación general de discipulos de Judas el Gaulonita; y así nada puede concluirse de su silencio. Lo 2.º Este nombre probablemente no era mas que una denominación popular y de menosprecio, que ni ellos admitian ni Josefo quiso darles. Lo 3.º En el libro de la guerra de los Judios son conocidos bajo el nombre de *celosos ó celadores*, y

(1) *Mat. xxii. 16. 17.* (2) *Joseph. Antiq. l. xvii. c. 12. p. 610. 611.* (3) *Luc. xxiii. 2. 5.* (4) *Luc. xiiii. 1.*

ellos fueron los que encendieron el fuego de la sedición y de la guerra en la Judea, y los que causaron la ruina de su patria (1). Mas ese nombre de *celosos* es una denominación que nunca fué común á toda la secta. Los evangelistas les han dado el nombre con que en su tiempo eran mas conocidos por el pueblo.

S. Gerónimo (2) creía que eran muy numerosos entre los Judios, cuando S. Pablo escribió sus epistolas; y que por oponerse al progreso de esta herejía se empenó tanto el apóstol en inspirar á los fieles, así Judios como gentiles convertidos, la sumisión á las potestades seculares (3). El apóstol S. Pedro está lleno del mismo espíritu, y tuvo la misma mira de prevenir á los cristianos contra las maxims de independencia que esparcian los herodianos (4). Siempre tenia presente que el Salvador habia encargado á sus apóstoles que se precavieran de su fermento (5). S. Gerónimo (6) no duda que fueran los discipulos de Judas el Gaulonita los que vinieron á preguntar á Jesucristo: *¿Es ó no lícito pagar el tributo al César?* y que á ellos se dirigió esta respuesta: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.*

DISERTACION

SOBRE

LOS BUENOS Y LOS MALOS ANGELES.

No intentamos dar aquí un tratado de los ángeles; y solamente vamos á explicar lo que sobre este asunto se lee en los libros santos, y exponer lo que han pensado los Hebreos y los primeros padres de la Iglesia: así nuestro designio es aclarar algunos pasages de la Escritura que hablan de los buenos y malos ángeles.

ARTICULO PRIMERO.

De los buenos ángeles.

Antes de la cautividad de Babilonia, no conocian los Hebreos el nombre de ningún ángel. Jacob despues de haber luchado contra el que se le apareció, le preguntó su nombre; y él le respondió:

I.
Nombres de los ángeles.

(1) *Joseph. Antiq. lib. xviii. c. 1.* (2) *Hieron. in Tit. iii.* (3) *Rom. xiii. 1 et seqq. 1.º Tit. ii. 1.º 2.º Tit. iii. 1.* (4) *I. Petri. ii. 13. et seqq.* (5) *Marc. viii. 15.* (6) *Hieron. loco cit. in epist. ad Tit. iii.*

do la Judea y de la ruina de la ciudad y del templo de Jerusalén, quedó el pueblo reducido á tal estado en que ya no se podía deliberar si se pagaria ó no el tributo á los Romanos. Por tanto esta secta se dispo, y no se oyó mas hablar de ella.

S. Mateo (1) describe admirablemente el genio de los herodianos, cuando dice que se acercaron á Jesus hablándole en estos términos: *Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas verdaderamente el camino de Dios, porque no te cuidas de cosa alguna sea la que fuere, ni miras á la persona de los hombres.* Ellos hicieron por ganar á Jesucristo dándole alabanzas que le eran muy debidas, y atribuyéndole el menosprecio de las potestades, y la entereza de que ellos mismos se glorian, de sufrir primero todo género de suplicios que dar á otro, fuera el que fuese, el nombre de Señor. En seguida le hacen una pregunta que descubre el fondo de su dogma y el verdadero espíritu de su secta: *¿Es ó no lícito pagar el tributo al César?* La respuesta de Jesucristo insinúa que estaban por la negativa, pues les dijo: *Dad al César lo que es del César.* No esperaban que él debiera probarles, como lo hizo, la obligación de pagar el tributo, y quedar sujetos al imperio de los Romanos. Esta respuesta no era para los fariseos. Acabamos de ver en Josefo, que la opinion de no haber otro rey que Dios, era propia de los discipulos de Judas el Gaulonita, y esto era lo único que los distinguía de los fariseos, con quienes en todo lo demás estaban acordes.

Los herodianos probablemente tomaban su nombre de Heródes el tetrarca, de quien como Galileos eran vasallos. Los otros Judios habian pedido á Tiberio (2) que los librara de la dominación de Heródes, y de dárles un gobernador romano. Los Galileos vivian sujetos á Heródes: eran enteramente sospechosos del error de los herodianos, y mirados en Jerusalem como gente malvada. Cuando Jesucristo fué presentado á Pilato (3), fué acusado de ser un sedicioso que inspiraba á los pueblos el espíritu de la rebelion, que predicaba la independencia, que decia no deberse pagar el tributo al César, y en una palabra, se le quiso hacer pasar por un herodiano. Conjeturamos que *esos Galileos cuya sangre mezcló Pilato con sus sacrificios* (4), eran de la secta de Judas el Gaulonita, y que ese gobernador no los trató con tanto rigor, mas que por haber esparcido discursos sediciosos contra el gobierno de los Romanos.

Pero ¿cuál es la causa de que Josefo hablando con tanta frecuencia de los secuaces de Judas, jamas les dé el nombre de *herodianos*? Yo respondo, lo 1.º que este historiador no nos dice cual era su nombre, ni nunca los designa sino bajo la denominación general de discipulos de Judas el Gaulonita; y así nada puede concluirse de su silencio. Lo 2.º Este nombre probablemente no era mas que una denominación popular y de menosprecio, que ni ellos admitian ni Josefo quiso darles. Lo 3.º En el libro de la guerra de los Judios son conocidos bajo el nombre de *celosos ó celadores*, y

(1) *Mat. xxii. 16. 17.* (2) *Joseph. Antiq. l. xvii. c. 12. p. 610. 611.* (3) *Luc. xxiii. 2. 5.* (4) *Luc. xiii. 1.*

ellos fueron los que encendieron el fuego de la sedicion y de la guerra en la Judea, y los que causaron la ruina de su patria (1). Mas ese nombre de *celosos* es una denominación que nunca fué comun á toda la secta. Los evangelistas les han dado el nombre con que en su tiempo eran mas conocidos por el pueblo.

S. Jerónimo (2) creia que eran muy numerosos entre los Judios, cuando S. Pablo escribió sus epistolas; y que por oponerse al progreso de esta heregia se empenó tanto el apóstol en inspirar á los fieles, así Judios como gentiles convertidos, la sumision á las potestades seculares (3). El apóstol S. Pedro está lleno del mismo espíritu, y tuvo la misma mira de prevenir á los cristianos contra las maxims de independencia que esparcian los herodianos (4). Siempre tenia presente que el Salvador habia encargado á sus apóstoles que se precavieran de su fermento (5). S. Jerónimo (6) no duda que fueran los discipulos de Judas el Gaulonita los que vinieron á preguntar á Jesucristo: *¿Es ó no lícito pagar el tributo al César?* y que á ellos se dirigió esta respuesta: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.*

DISERTACION

SOBRE

LOS BUENOS Y LOS MALOS ANGELES.

No intentamos dar aquí un tratado de los ángeles; y solamente vamos á explicar lo que sobre este asunto se lee en los libros santos, y exponer lo que han pensado los Hebreos y los primeros padres de la Iglesia: así nuestro designio es aclarar algunos pasages de la Escritura que hablan de los buenos y malos ángeles.

ARTICULO PRIMERO.

De los buenos ángeles.

Antes de la cautividad de Babilonia, no conocian los Hebreos el nombre de ningun ángel. Jacob despues de haber luchado contra el que se le apareció, le preguntó su nombre; y él le respondió:

I.
Nombres de los ángeles.

(1) *Joseph. Antiq. lib. xviii. c. 1.* (2) *Hieron. in Tit. iii.* (3) *Rom. xiii. 1 et seqq. 1.º Tit. ii. 1.º 2.º Tit. iii. 1.* (4) *I. Petri. ii. 13. et seqq.* (5) *Marc. viii. 15.* (6) *Hieron. loco cit. in epist. ad Tit. iii.*

¿Por qué me preguntas mi nombre (1)? Manué, padre de Sansón, preguntó lo mismo al que se le apareció; y este le respondió: ¿Por qué me preguntas mi nombre? El es misterioso (2). Los que aparecieron á Abraham, á Lot, á Moisés, á Josué y á los otros patriarcas, son simplemente llamados *ángeles* ó enviados del Señor. Ellos toman algunas veces el nombre del mismo Dios, como que son sus diputados y embajadores. Los nombres de los ángeles los trajeron los Judíos de la Caldea cuando volvieron de la cautividad de Babilonia, como lo reconocen los talmudistas (3). Tobias fué el primero que llamó á un ángel con un nombre propio, cual es el de *Rafael* (4). Es sabido que Tobias vivía en Ninive algún tiempo ántes de la cautividad de Judá; y se cree ser el mismo que escribió el libro que lleva su nombre, aunque esto padece alguna dificultad.

Daniel, que vivía en Babilonia algún tiempo despues de Tobias, nos enseña los nombres de *Miguel* (5) y de *Gabriel* (6). El tator del 4.º libro de Esdras (7) habla de *Uriel* y de *Jeremiel*, pero este escritor es mucho mas moderno que Esdras, y verisimilmente vivió despues de la venida de Jesucristo. El libro apócrifo de Henoc está enteramente lleno de nombres de ángeles; mas no es muy antiguo, y nosotros hablaremos de él despues en el artículo de los malos ángeles.

M. Thiers, en la epistola dedicatoria que puso al principio del pequeño tratado que compuso para probar que debe conservarse en la Iglesia la palabra *Paracletus*, pretende que *Uriel* sea el nombre de un ángel malo, y procura mostrarlo con dos razones. La primera que la Escritura y los padres solamente nos dan los nombres de tres ángeles, Gabriel, Miguel y Rafael. La segunda, que el Concilio romano II. en 745, acta 3.ª, condenó una oracion de un tal Adalberto, en la que se invocaban los nombres de *Uriel*, de *Rafael*, de *Jehiel*, de *Miguel*, de *Isaiel*, &c. Mas de esta última razon se seguita que tambien S. Miguel era un ángel malo, supuesto que se halla en la oracion de Adalberto. Es verdad que el nombre de *Uriel* se encuentra en las letanias que se rezan por los moribundos segun el ritual de Chartres, como lo dice el mismo M. Thiers. S. Ambrosio (8) lo pone entre los buenos ángeles; y se le encuentra no solamente en el 4.º libro de Esdras, sino tambien en el libro apócrifo intitulado, la *Oracion de Josué*; se halla invocado con el nombre de *Suriel* en las liturgias orientales publicadas por M. el Abate Renaudot; finalmente Elicas en sus anales, y Guillermo Durando en su exposicion de las Ceremonias de la Iglesia (9) lo reconocen por un buen ángel. M. el Abate Renaudot (10) muestra que su culto es muy antiguo entre los Griegos y los Orientales; y el P. Mabillon (11) publicó una letania en la que se leia su nombre desde el tiempo de Carlo Magno.

Los catalistas pretenden que los patriarcas tenían ángeles por

(1) *Genes. xxxiii. 29.* (2) *Judic. xiii. 18. Cur quæris nomen meum, quod es mira- bilis* (Hebr. *Secretum est*). (3) *Talmud. Jerusal. lib. de principio anni.* (4) *Tob. ii. 35. xii. 15.* (5) *Dan. x. 21. xii. 1.* (6) *Dan. viii. 16. ix. 21.* (7) *4. Esdr. vi. 36. v. 30.* (8) *Ambros. de Fide, l. iii. c. 2.* (9) *Durando, de ritibus Eccl. l. ii. c. 31.* (10) *Renaudot, not. in Liturg. orient. tom. 2. pag. 298.* (11) *Mabill. Analec. tom. 2.*

preceptores. El que lo era de Adán se llamaba, dicen, *Raziel*; el de Sem, *Jofiel*; el de Abraham, *Zedequiel*; el de Isaac, *Rafael*; el de Jacob, *Peliel*; el de José, *Gabriel*; el de Moisés, *Melatron*; el de Elias, *Malushiel*; y el de David, *Cerviel*. Tambien creen que habia setenta ángeles que en si mismos llevaban el nombre de Dios, segun esta expresion del Exodo: *Et est nomen meum in illo* (1). Están persuadidos de que si pudieran descubrir el nombre propio de alguno de esos setenta ángeles, podrian, invocándolo, obrar los mayores prodigios en virtud del nombre de Dios que está en ellos. Este descubrimiento es uno de sus mas serios estudios.

Los libros del Nuevo Testamento no nos manifiestan algun nombre nuevo de ángeles; solamente repiten el de *Gabriel* (2) y el de *Miguel* (3) que tenemos ya conocidos por los del Antiguo. S. Pablo habla de los *principados*, de las *potestades*, de los *tronos* y *dominaciones*; pero estos son nombres generales, que solamente nos dan una idea de la dominacion que hay entre los ángeles, de los unos sobre los otros. S. Juan Crisostomo (4) dice que S. Pablo supo sus nombres en el cielo; mas por efecto de una profunda sabiduria no tuvo á bien el descubrirlos, porque la supersticion no se deslizará en su culto, ni la curiosidad estimulará al hombre á pretender saber sobre eso cosas que no pueden traerle utilidad alguna.

Todo el mundo conviene en que los ángeles fueran criados; pero sobre el tiempo y modo de su creacion son diversas las opiniones. Moisés nada dice sobre eso, á no ser que los haya comprendido bajo el nombre de *cielos*, y que, cuando nos dice que Dios creó el cielo haya querido tambien decirnos que el Señor al mismo tiempo creó los ángeles que debían habitarlos; y esta ha sido la opinion de muchos antiguos padres (5). Otros (6) han conjeturado que Moisés pudo comprenderlos bajo el nombre de *luz*. Otros muchísimos han pretendido que fueron criados ántes del mundo visible (7); y Job parece estar por esta opinion, cuando refiere que Dios le dijo: ¿*Dónde estabas cuando yo puse los fundamentos de la tierra... y los astros de la mañana me cubaban de abatazas, y todos los hijos de Dios estaban transportados de gozo* (8)? Los mas de los antiguos griegos y algunos padres latinos como S. Ambrosio (9), S. Hilario (10), S. Gerónimo (11), Casiano y otros (12), la han seguido; pero otros muchos padres latinos y algunos griegos han creído lo contrario (13); y esta es la opinion mas general el día de hoy. Ambas pueden conciliarse diciendo, que Dios á un mismo tiempo creó, segun la expresion de Moisés, el *cielo y la tierra*, es decir, el mundo espiritual y celeste, y el mundo sensible y terreno; que en ese primer instante no se creó mas que la masa y elementos de que Dios se sirvió para formar despues las diversas partes del mundo sensi-

II.
Creacion de
los ángeles

(1) *Exod. xxiii. 21.* (2) *Luc. i. 19. 26.* (3) *Judas. v. 9. et Apoc. vii. 7.* (4) *Crysost. de incomprehensib. Dei nat. homil. 4. p. 416. et homil. 5. pag. 386. et 420.* (5) *Origen. homil. 1. in Genes. Bede. Strabus.* (6) *Vid. Aug. lib. 1. de Genes. ad litt. c. 9. et lib. xi. de civit. cap. 9. Petr. Lomb. in 2. Dist. 13. Rupert. lib. 1. de Trinit. cap. 10.* (7) *Origen. homil. 1. in Genes. et homil. 5. in Rupert. lib. 1. de Trinit. cap. 10.* (8) *Job. i. 6. et 7.* (9) *Ambros. in Hexamer. orat. 38. et 42. et alii plures.* (10) *Matt. Basil. homil. 1. in Hexamer. Nazianz. orat. 38. et 42. et alii plures.* (11) *Job. xxviii. 7.* (12) *Ambros. in Hexamer. homil. 1. c. 5.* (13) *Hilar. in lib. xii. de Trinit. et lib. contra Auxent. (11) Hieron. in cop. 1. epist. ad Tit. (12) Cassian. collat. 8. c. 7. (13) Vide, et labet, Petr. Theolog. dogm. t. 3. lib. 1. c. 15. art. 6.*

ble á la vista de los ángeles cuya creacion fué anterior al desarrollo de la materia.

Los Hebreos (1) creian que Dios crió los ángeles en el dia segundo del mundo, y que apenas fueron criados cuando Dios los consultó diciéndoles: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza* (2). Otros (3) sostienen que fué el quinto dia; y hay quienes pretenden que los era todos los dias, y que salen de un rio llamado *Diyor*. Algunos por último han llevado la impertinencia hasta el extremo de decir que unos á otros se crian por una verdadera generacion, y que Gabriel es hijo de S. Miguel. Se sabe que los judaicos negaban la existencia de los ángeles, y el rabino Ben-Gerson sostiene tambien esta opinion, y pretende que nunca jamas hubo ni ángeles ni demonios, y que todos los pasajes que habian de ellos, deben entenderse en un sentido metafórico.

S. Agustín no ha estado constante sobre el tiempo de la creacion de los ángeles. En algunos lugares (4) enseña que fueron criados el primer dia del mundo; en otros (5) parece que los confunde con la luz; en otros (6) quiere que hayan existido desde antes de la creacion de los seres; y en otros por último deja el asunto dudoso é indeciso (7). Los mas de los teólogos modernos que sostienen que los ángeles fueron criados con el mundo, toman por prueba estas palabras del Eclesiástico: *El que vivió eternamente crió juntamente todas las cosas* (8); es decir, de una vez y al mismo tiempo. En el principio del tiempo, dice el concilio de Letran, de la nada sacó todas las cosas, tanto visibles como invisibles, así corporales como espirituales: *Deus creator omnium visibilium et invisibilium, spiritualium et corporalium, qui sua omnipotenti virtute simul ab initio temporis utramque de nihilo condidit creaturam* (9). Pero sin embargo de que tanto se ensalzan estos textos en las escuelas, muchos buenos teólogos delienden que el Eclesiástico no quiso decir otra cosa, sino que Dios era igualmente criador de lo visible é invisible, lo que nadie ha negado; y que la cuestión sobre el tiempo de la creacion de los ángeles nunca la ha decidido absolutamente la Iglesia (10).

Ya no es dudable el dia de hoy la espiritualidad de los ángeles; pero los antiguos estuvieron muy divididos sobre esto; y los que los creian corporales se aprovechaban del modo con que casi siempre habla la Escritura, pues los representa como corporales, sensibles, luminosos, semejantes al fuego, al viento y al aire. El ángel que apareció á Abraham, á Moisés, á Josué y á muchos otros; se manifestó en figura humana. Habló, anduvo, comió y se dejó lavar los pies. Otro apareció á Moisés bajo la forma de fuego en la zarza (11). El que se puso á la entrada del paraíso terrestre, tenia mucha compostura, y su mano estaba armada con una espada de fuego (12). El que apareció á Josué, presentaba la figura de un guer-

III.
Naturalista
de los ánge-
les.

(1) *Maimon. in mare Nebuch. parte 2. c. 5.* (2) *Genes. i. 26.* (3) *Benzabit. Raab secret. 8.* (4) *Aug. lib. xxii. contra Faust. c. 10. et lib. in de Genes. ad lit. c. 8.* (5) *Aug. lib. in de Genes. c. 18. etc.* (6) *Aug. lib. in Confess. p. 12.* (7) *Aug. lib. in perf. de Genes. ad lit. c. 3. et lib. in de Genes. c. 22.* (8) *Ecc. xxviii. 1.* (9) *Concil. Lateran. sub Innocent. in c. 1. Fidei et Coacti. Nicom. II. art. 5. n. 781.* (10) *Vid. de Petar. lib. i. de Aug. c. 15. n. 13.* (11) *Ezod. iii. 2.* (12) *Genes. iii. 24.*

rero (1). Ezequiel (2) nos describe los querubines que sustentan el trono del Señor, como animales compuestos de la figura de hombre, de águila de buey y de leon. Isaias (3) á los que vio da una figura humana, pero con seis alas. El que apareció á Daniel (4) tenia el rostro rodeado de luz, los ojos brillantes como un relampago, y todo el cuerpo transparente como el crisolito. Todas estas representaciones ofrecen naturalmente la idea de una cosa corporal.

Muchos padres de los primeros siglos creyeron que los ángeles tenían cuerpos, pero mas sutiles, mas penetrantes y mas ágiles que aun el aire y el viento. Siempre les dan el nombre de *spiritus*; pero bajo este nombre entienden un cuerpo el mas fino y mas sutil que pueda imaginarse, como en nuestros cuerpos se llaman *spiritus animales* las partes imperceptibles de la sangre espiritualizada en el cerebro, que sirve en nosotros mismos para el movimiento de los nervios y de los músculos. S. Justino Mártir (5) llegó á decir que los ángeles en el cielo se sustentan no de un alimento grosero semejante al que usamos, sino de una vianda celestial como el maná, nombrado en la Escritura pan de ángeles (6). Es sabido que muchos antiguos (7) creyeron que habian tenido un comercio carnal con las hijas de los hombres; y que de él vinieron los gigantes, mas famosos todavía por sus crímenes, que por la enorme grandeza de su talla.

Esta opinion tiene un origen mas remoto. Los antiguos hebreos creian esto mismo, segun consta por el libro apócrifo de Henoc, en el que se refieren con mucha extension la historia de su amor con las mugeres, y la de su rebelion contra Dios. Josefo (8) seriamente dice que los ángeles se habian apasionado de las mugeres, y en ellas habian tenido hijos. Filon (9) creó que todos son espirituales, que se unen frecuentemente á los cuerpos y los animan, y que despues de la muerte se separan, regresando al aire de donde vinieron. Tambien muchos rabinos son de este sentir; y desde el tiempo del Señor parece que los apóstoles creian que los ángeles y los demonios tenían cuerpos, aunque sutiles y aereos. Jesucristo despues de su resurreccion, mirando que tenian alguna duda sobre su presenacia, y que temian no fuera un espíritu, les dijo: *Venid, y palpad; porque un espíritu no tiene carne ni huesos* (10). Cuando apareció Jesucristo en el mar de Tiberiades andando sobre las aguas, los apóstoles al principio lo tuvieron por un fantasma (11). Y cuando S. Pedro sacado de la prision, vino por la noche á tocar la puerta de la casa donde estaban los apóstoles, creyeron que no era Pedro, sino su ángel (12).

Otros rabinos (13) aun avanzan sobre todo lo dicho; pues pretenden que entre los ángeles haya diferencia de sexos; que los unos son varones, y los otros hembras; que de los dos querubines que

(1) *Jomr. v. 12.* (2) *Ezech. i. 6. et seqq.* (3) *Isai. vi. 1. 2.* (4) *Dan. i. 6.* (5) *Justin. Dialogo cum Tryphone. Vide et Clem. Alexandr. l. i. c. 6. Monas dicit.* (6) *Psalm. lxxvii. 25.* (7) *Justin. Apolog. i. initio. Athanasius. Apolog. Clem. Alex. lib. iii. Strom. Method. lib. de Recurr. opud Epiphani. Avera. 64. Tertull. de resurrectio. Virginitas. Lactan. l. i. n. c. 14. Ambros. Apolog. David. c. i. etc.* (8) *Joseph. Antiq. lib. i. cap. 4.* (9) *Philo. de Genes. p. 955.* (10) *Luc. xxiv. 39.* (11) *Matt. xxv. 25.* (12) *Act. xii. 15.* (13) *Rab. Uriel. Vide Memora. Ben-Israel. Concilia. in Ezod. y. 30. p. 142.*

Moisés puso sobre el Arca de la alianza, el uno tenía figura de hombre, y el otro de una mujer. Los dos serafines que aparecieron á Isaias (1), y que clamaban: *Santo, Santo, Santo*, tenían tambien los dos sexos. En consecuencia de este sistema creian algunos que los ángeles se engendraban, y que uno nacía de otro; y que de esta manera su número diariamente se aumentaba. Esta opinion se lee, aunque de una manera mas espiritual en S. Gregorio Niseno (2), quien creía que se multiplicaban sin haber entre ellos dos sexos; y que si el hombre no hubiera caído en pecado, se habria multiplicado del mismo modo.

Pero si los ángeles pueden engendrarse, y nacer algunos nuevos, no podrán tambien morir? Si, sin duda; y así lo enseñan expresamente los Hebreos (3), que pretenden que despues de la primera destruccion del templo de Jerusalem por los Caldeos, el número de los ángeles se disminuyó en gran manera. Prueban su opinion con dos pasages de Job y de Daniel mutuamente comparados. Job preguntat: *¿Puede contarse el número de sus soldados (4)?* Y Daniel: *Yo me aproximé al trono en que estaba sentado el Antiguo de los dias, y vi salir de él una llama de fuego: un millon de ángeles le servian, y cien millones asistian en su presencia (5).* Luego no era innumerable el número de ángeles en tiempo de Daniel, y si lo era en el de Job: causan asco estas razones. Tambien los mas ilustrados doctores judios (6) creen, como nosotros, que los ángeles son substancias puramente espirituales, y enteramente desprendidas de la materia; y que las expresiones de la Escritura que les dan cuerpo son todas simbólicas; que las alas de que los reviste, denotan su sutileza; la figura humana, su inteligencia; la de bucy, su fuerza; la de águila, su penetracion; la de leon, su valor; el fuego, su celo; el viento, su actividad, y así las demas.

Los padres que han dado cuerpo á los ángeles no se han contentado con darles una sutileza y penetracion que no conviene á los cuerpos groseros que nos rodean, sino que tambien los han atribuido una alma puramente espiritual é inteligente (7); de manera que en este sentido los ángeles son compuestos de cuerpo y alma. La parte inteligente es puramente espiritual; la que está contenida en un lugar, y que es capaz de movimiento y de transporte de uno á otro lugar, es corporal. Los mas (8) asignan tambien un cuerpo á nuestra alma separada del que animaban; pero un cuerpo espiritual muy diverso de los sensibles y materiales que nos rodean. Solo á Dios, dice Orígenes (9), le es propio subsistir sin materia alguna y sin alguna mezcla de cuerpo: *Ut sine materiali substantia, et absque ulla corporeae adjectionis societate intelligatur subsistere.*

(1) Isai. vi. 2. 3. (2) Niseno de miris Oryphio. Vide. et Cassar. Dialog. 3. et Barceha. lib. de Paradiso. (3) Vide Excerpta Gemar. de opere curru, apud Holtinger. p. 71. 72. (4) Job. xxx. 3. (5) Dan. vii. 10. (6) Mammonid. fundament. Leg. c. 2. § 4. More Nivochin, parte i. c. 47. E. Elizer. Pirke, p. 8. (7) Vide Bardi. de Spiritu Sancto, c. 18. Item, su alius, in Isai. xii. 7. Ephem. serm. de natura Dei minime errantia. Alii apud Pelau. lib. i. de Angel. c. 15. (8) Method. apud Phot. Cod. 234. Joan. Thesaurizans. in Ebum. 7. Synodo lectus. Act. 5. p. 548. Tertull. de carne Christi. Hilar. in Matt. can. 5. (9) Origen. lib. i. princip. c. 6.

San Agustin da cuerpos á los ángeles y á los demonios (1), pero á los ángeles de una naturaleza mucho mas sutil que á los demonios. Estos últimos antes de su caída tenían cuerpos celestes; mas despues fueron revestidos de cuerpos aereos en los que ya son capaces de sufrir algunas impresiones por la accion del fuego, que es de una naturaleza mas sutil que el aire: *Antequam transgrederentur, caelestia corpora gerabant; neque hoc mirum est, si conversa sint ex poena in aeream qualitatem, ut jam possint ab igne, id est, ab elemento naturae superioris aliquid pati (2).* Claudiano Mamerto (3), S. Pedro Crisólogo (4), Casiano (5), S. Fulgencio (6), Gemadio (7), y el Abad Ruperto (8), establecen como un principio incontestable, que solo Dios es puramente espiritual; pero los demas seres inteligentes son compuestos de cuerpos y almas. Cayetano (9) y Eugubino (10) entre los modernos creen que los demonios son corporales; y Grocio (11) no está contento de la facilidad con que algunos han seguido la opinion de Aristóteles, que es, dice, el primer inventor de las puras inteligencias, ó de los espíritus totalmente desprendidos de la materia.

Lo que ha dado tanto vuelo á esta opinion es, lo 1.º la autoridad de la Escritura, que por lo comun nos representa los ángeles como corporales. 2.º Este raciocinio que parece muy plausible: Todo lo que pasa de un lugar á otro y todo lo que tiene movimiento es corporal: es así que los ángeles se mueven y pasan de un lugar á otro; luego son corporales. 3.º Finalmente, todo lo que está sujeto á mutacion, y que es susceptible de cualidades diversas, no es enteramente simple ni puramente espiritual; es así que los ángeles están sujetos á diversas mutaciones, pues aparecen bajo formas diversas, y los demonios sufren la pena del fuego; luego no son puramente espirituales; luego están revestidos de alguna especie de cuerpo.

Mas á estas razones se responde que la Escritura, cuando pinta á los ángeles como revestidos de cuerpos, se proporciona á nuestro modo de concebir. Así lo hace aun hablando de Dios; ¡y que hombre hay de buen sentido que se atreva á decir que es corporal! De la misma manera cuando la Escritura nos dice que los ángeles pasan de un lugar á otro, y que tan breve están en el cielo como en la tierra, simplemente quiere significarnos que ejercen sus operaciones, y dan señales de su presencia en diferentes lugares, mas no que están allí circunscriptos como lo está el cuerpo en el lugar que ocupa. Por último, las mutaciones de los ángeles son tales, que de ninguna manera se oponen á su naturaleza espiritual; y si los libros santos las expresan en términos análogos á lo que pasa en nuestros cuerpos, esos son modos de hablar metafóricos que no deben tomarse á la letra.

[1] Aug. ep. olim. exv. nunc 14. Item. lib. iii. de Genes. ad litt. cap. 10. [2] Item loc. cit. de Genes. ad litt. [3] Claudiano. Mamert. l. iii. de statu animae. [4] Petr. Crisost. serm. 52. [5] Cassian. collat. 7. c. 18. [6] Fulgent. l. de Trinit. [7] Gen. Origen. lib. i. de Trinit. c. 11. [8] Rupert. lib. i. de Trinit. etc. c. 11. et lib. ii. de Victoria Verbi, c. 28. etc. [9] Casian. in Epistol. 11. [10] Eugub. l. vii. de perenni Philosoph. c. 26. [11] Orat. in quatin. can. V. 5.

Los mas de los padres (1) y todos los teólogos defienden hoy como una verdad de fe, que los ángeles son puramente espirituales y simples inteligencias. Filon el Judío (2) está expreso en favor de esta opinion. Dice que los ángeles son espíritus bienaventurados é independientes de los cuerpos; que el aire es el domicilio de las almas ó de los espíritus incorpóreos, y no deja de llamarlos *animales*; y añade ser congruente que habiendo Dios criado animales en las aguas y sobre la tierra, los haya tambien en el aire. De esos espíritus que están en el aire, los unos descienden á los cuerpos humanos, y los animan, atraídos por cierta inclinacion natural, que los hace solicitar la union. Los otros habitan en una region mucho mas alta, y permanecen apartados de los cuerpos y de la tierra. Otros, finalmente, dejan los cuerpos que habian animado, y de los que felizmente están desprendidos por la muerte, y se vuelven con velocidad á lo alto del aire de donde descendieron.

Filon, en otro lugar (3), hablando de los genios que están ligados con los cuerpos mortales, los compara á los hombres que caen en la corriente de un río rápido. Los que saben nadar y tienen bastante vigor, salen con facilidad; mas los otros son envueltos en las olas, y arrebatados por la fuerza del agua. Los primeros denotan á los ángeles buenos que se unen á los cuerpos humanos, y cuya atencion está siempre dirigida hacia los objetos superiores y divinos. Los segundos designan los malos genios, que no inspiran á los cuerpos que animan mas que malvadas inclinaciones hacia la tierra y al vicio: de manera que según Filon, los ángeles, los demonios y las almas de los hombres entre sí solamente se distinguen en el nombre. Todos son de una misma naturaleza, pero tienen funciones é inclinaciones muy diferentes. Los buenos ángeles que no están ligados con los cuerpos son como los ministros de las misericordias de Dios, y los mediadores entre el soberano Señor y los hombres. Los demonios son los ejecutores de su venganza y los ministros de su justicia: he aquí el sistema de Filon sobre los ángeles.

Josefo que era fariseo (4), dice que los esenos (5) creían que las almas venían del aire, y descendían á los cuerpos para animarlos, y que despues de la muerte se volvían al aire, como los cautivos que salen de la prision. Este descenso ó caída de los ángeles en nuestros cuerpos, lo atribuían á un cierto estímulo ó inclinacion natural. Dice en otra parte (6) que los demonios que poseen á ciertas personas son las almas de los pecadores, que en lugar de volver al aire de donde vinieron, se apoderan del cuerpo de algunos infelices, y hacen todo lo que pueden para hacerlos perecer. Por último enseña (7) que los fariseos creían á las almas inmortales, y que las de los hombres buenos podían facilmente pa-

(1) Vide tit. Distr. l. 1. contra Manich. in Biblioth. PP. Thaumaturg. homil. in Theophrastia. Nyren. contra Eunom. Nazianz. orat. 34. Euseb. l. iv. de Democrit. c. l. Chrysost. pasim. Theodoret. q. 20. in Genes. et q. 48. Alii Damascen. l. ii. de fide. c. 3. et 19. Lactant. l. vii. c. 31. Origen. Mag. l. iv. Dialog. c. 25. Alii plures. (2) Philo Jud. de Cain. et Abel, p. 131. Vide et lib. de Gigantib. p. 285. (3) Philo de Gigantib. p. 285. Vide et de Plantatione Noe, par. 216. et de ventur. Inqum. p. 341. (4) Joseph. de vita sua, iulian. (5) Joseph. de Bello Jud. l. ii. c. 13. p. 387. (6) Jos. l. vi. de Bello, c. 25. (7) Idem de Bello lib. ii. c. 13. p. 788. Vide et lib. xram. Antiq. c. 2.

sar de un cuerpo á otro; pero las de los malos son castigadas con tormentos eternos, sin volver jamas á la vida.

Tal vez como consecuencia de esa opinion era muy comun entre los Judios del tiempo de nuestro Señor, que los endemoniados que el caraba se quejaban de que habia venido á atormentarlos: antes de tiempo (1), como si las almas de algunos pecadores estuviesen posesionadas de los cuerpos de esos endemoniados para no dejarlos sino muriendo los obsesos, temieran que Jesucristo las echase y las enviara á los tormentos del infierno; á no ser que nuevamente se apoderaran de algun otro hombre, y en él permanecieran cuanto tiempo pudieran, para detener otro tanto el tiempo de su eterno suplicio. De ahí quizá provino tambien que aquella legion (2) que se apoderó del hombre del pais de los Gerusenos, suplicase á Jesucristo que le permitiera entrar en una manada de cerdos, y no la enviase tan pronto al abismo: *Rogabant illum ne imperaret illis ut in abyssum irent* (3).

Todo eso puede probar que los Judios de entónces creían la preexistencia de las almas antes de la formacion de los cuerpos, y que la metempsicosis era una opinion muy comun entre los antiguos hebreos, como lo es hoy entre los modernos. Se ven algunos vestigios de esa opinion en los mismos apóstolos, y en los otros Judios contemporáneos de nuestro Señor. Cuando los discípulos vieron á un joven ciego de nacimiento, preguntaron á Jesucristo si los pecados de este hombre ó los de sus padres eran los que le habian causado esta desgracia (4). Mas qué pecado pudo cometer este hombre antes de su nacimiento que pudiera haberle sido causa de la ceguera con que nació? Otros (5) decían que Elias, ó Jeremias, ó alguno de los antiguos profetas nuevamente habia aparecido en la persona de Jesucristo. Finalmente, Herodes creía que el alma de Juan Bautista, á quien hizo morir, habia pasado á Jesucristo (6).

Así como los ángeles son espirituales por su naturaleza, son tambien incorruptibles é inmortales. Los mismos que pretendieron darles cuerpo, no osaron sujetarlos á la muerte. Si no son algunos rabinos, no sé que haya habido quienes se atrevan á avanzar que los ángeles nacen y mueren de dia en dia. Algunos antiguos padres creyeron que si los ángeles eran inmortales, lo eran solamente por un efecto de la bondad de Dios que los conserva y les impedia volver á la nada. Todo lo que tiene principio, dice S. Ireneo, (7) puede tener fin, y aun los ángeles no subsisten sino en tanto que Dios quiera conservarlos: *Omnia quae facta sunt, initium quidem suae facturae habent; perseverant autem quoadusque Deus et esse, et perseverare voluerit*. El ángel no es inmortal por su naturaleza, dice S. Ambrosio (8), supuesto que su inmortalidad pende de la voluntad del Criador. *Dios solo tiene la inmortalidad*, dice S. Pablo (9), porque solo él la tiene por su naturaleza é independientemente

(1) Matth. viii. 29. (2) Luc. viii. 22. Matt. viii. 31. (3) Luc. viii. 31. (4) Joan. ix. 2. (5) Matt. xxi. 14. (6) Marc. vi. 16. Luc. ix. 9. Sobre todos estos lugares véase el comentario de Calaneo. (7) Ireneo. l. ii. c. 54. Vide Arnob. l. i. p. 255. Vide et de Plantatione Noe, par. 216. et de ventur. Inqum. p. 341. (8) Ambrosio. l. ii. de Fide, c. 3. Septiman. in actis Synod. vi. Act. c. 2. (9) I. Timot. l. 20. Hilar. in psal. cxxviii. Alii. (10) Ambrosio. lib. iii. de Patri. c. 2. (11) I. Timot. vi. 16.

te de todo lo demás; en vez que las criaturas que son inmortales no tienen esta prerrogativa sino por el (1). Pero no es difícil advertir que esos padres únicamente quieren decir, que solo Dios subsiste por sí mismo, porque por sí mismo es: que si el quisiera podría aniquilar á los ángeles, así como los sacó de la nada; sin embargo de ser su naturaleza puramente espiritual, y no estar sujeta á lo que podría causar su destrucción.

IV.
Funciones
de los buenos
ángeles.

Se han asignado á los ángeles funciones honrosas y proporcionadas al grado de gloria que poseen cerca de Dios. Algunos antiguos han creído que los ángeles comandaban el curso de los astros y el movimiento de los cielos. Se ha pretendido que estaban encargados del gobierno de los estados é imperios, y que no habia provincia, república, ciudad ni familia que no tuviera su ángel tutelar. La fe nos enseña que cada uno de nosotros tiene su ángel custodio; y este tambien se ha dado á las iglesias y á los altares. Los filósofos y los antiguos Judíos, así como los cristianos que han venido despues, han enseñado que los ángeles eran los mediadores que presentaban á Dios nuestras súplicas, y nos traian de él los socorros y gracias que habíamos menester; que eran los mensajeros y ministros del Altísimo, cuyas órdenes manifestaban á los hombres ya para castigarlos, ó ya para premiarlos. De todo esto debe hablarse con alguna mayor extension.

Los rabínos (2) sostienen que en cada cosa hay su ángel preposito. *Azarial* manda en las aguas; *Cosardia* preside en el oriente, á fin de tener cuidado que el sol aparezca y se ponga á su tiempo. *Nekid* cuida del pan y de los alimentos. Cada planeta, cada mes del año y cada hora del día tiene su ángel. Mamonides (3) no se contenta con eso; sino que quiere que las esferas celestes sean otros tantos ángeles dotados de inteligencia y voluntad, por cuyo medio ejercen sus operaciones. A mas de esto creian los Judíos que en cada uno de nosotros habia dos ángeles, uno bueno y otro malo. El primero nos guarda y nos aconseja, el otro nos aconseja y nos tiende redes; opinion que siguieron algunos padres antiguos de la Iglesia. Mamonides da al nombre de *ángel* una nocion muy extensa. Lo toma por toda suerte de virtud de Dios, por toda operacion sobrenatural y tambien por las facultades naturales del alma y del cuerpo.

Los mismos doctores hebreos enseñan que hay cuatro clases de ángeles, que nunca se ven sobre la tierra, porque siempre están al rededor del trono de Dios. *Miguel* está á la izquierda, como gefe y principe de los ángeles; *Gabriel* á la derecha; *Uriel* delante de Dios, y *Rafael* por detras. S. Juan en el Apocalipsis (4) nos representa siete ángeles que están de pié ante el Señor, y tienen siete trompetas; y un octavo con un incensario encendido, cuyo humo representa las oraciones de los santos. *Rafael* dijo al joven *Tobías* (5) que él era uno de los siete primeros ángeles que estaban en la presencia del Señor. El arcángel S. Miguel es nom-

[1] *Aul. Quant. ad Orthodox. q. 61.* [2] *Vide Bartolocci Biblioth. Rabbin. t. 1.* [3] *Mamon. More Nebuch. parte 1. c. 72. et parte 2. c. 5. et 7.* [4] *Apoc. viii. 2. 8.* [5] *Tob. iii. 15.*

brado en otro lugar (1) uno de los primeros principes de la corte del Todopoderoso: *Michael unus de principibus primis*. Este número de siete ángeles principales es semejante á lo que se veia en la corte de los reyes de Asiria, de Caldea y de Persia, en donde habia siete grandes oficiales superiores á todos los demás (2).

Este número de siete ángeles que veian la cara de Dios se ha conservado en los escritos de los padres de la Iglesia y en los de los Hebreos. En el testamento de los doce patriarcas, son nombrados los ángeles de la faz; y en la vida de Moises, los ojos del Señor. S. Ireneo (3), S. Clemente Alejandrino, S. Cipriano (4) y Arístos los reconocen. S. Jerónimo contra Joviniano parece ponerlos á la cabeza de los siete coros de ángeles, porque este número es el que solamente reconoce en la gerarquía celeste.

El nombre de *ángel* ó *angelus* denota una de las principales funciones de los espíritus bienaventurados. Esa palabra significa enviado, embajador, mensajero, y corresponde exactamente á la significacion del hebreo *Malach*. S. Pablo algunas veces (5) los llama espíritus empleados en el servicio del Señor, *administrarii spiritus*. Dios los envia á anunciar el nacimiento de los grandes hombres, como de Isaac, de Sanson, de Juan Bautista y de Jesucristo Dios y hombre. Están deputados para conducir y proteger á sus amigos; así *Rafael* fué enviado á *Tobías*. Tambien son destinados para ejecutar su justicia contra los pecadores, como aquellos que se enviaron á Sodoma, el ángel exterminador que mató á los primogénitos en Egipto, y el ángel del Señor, que destruyó el ejército de Sennacherub. Finalmente, Dios los hace partir á que anuncien sus órdenes á los profetas y á sus siervos como los que fueron enviados á Abraham, á Agar, á Daniel, á Zacarias, &c.

Como embajadores de Dios, toman frecuentemente el nombre del Señor, *Elohim* (6); y algunas veces tambien el de *Jehovah* (7), nombre sagrado é incommunicable; mas no lo toman sino cuando hablan en su nombre. La conformidad de las funciones que ejercen los ángeles y los profetas, hace que á estos se les dé frecuentemente el nombre de *ángeles del Señor*. Por ejemplo, en el libro de los Jaceos (8) se dice que el ángel del Señor, es decir, el gran sacerdote ó un profeta, viene al lugar nombrado de los que *horax*, y dice al pueblo: *Yo os saqué del Egipto, y os hice entrar en el pais que tenia prometido á vuestros padres. Y cuando el ángel del Señor dijo esto, ellos comenzaron á levantar su voz, y á llorar*. En el mismo libro (9) el gran sacerdote ó algun profeta (10). En Malaquías (11) el gran sacerdote es llamado el ángel del Señor de los ejércitos. *Aggeo* se da á sí mismo este nombre: *He aqui lo que dice Aggeo, ángel, ó enviado del Señor en las embajadas del Señor* (12). *Eupolemo* en Eusebio da á *Nathan* el nombre de ángel ó

[1] *Dem. x. 13.* [2] *Esth. i. 14. 1. Psal. vii. 14. 3. Esdr. vii. 12.* [3] *Iren. apud Clem. Alex. lib. vi. Stromat.* [4] *Cyprian. aduersus Iulianum, l. i. c. 20.* [5] *Hebr. i. 14.* [6] *Genes. xxxii. 38. et Esdr. iii. 4. 5. et xiiii. 17.* [7] *Gen. xvi. 13. Esdr. iii. 4. et seq.* [8] *Judic. ii. 1. et seq. 19.* [9] *Judic. v. 23.* [10] *Vide Cald. Seru. et Comment. nostr.* [11] *Malach. ii. 7.* [12] *Agg. i. 13. Dixit Aggeus nuntius Domini, de nuntiis Domini. (Hebr. angelus, vel legatus Domini in legatione Domini.)*

enviado de Dios. Malaquías, el último de los doce profetas menores, y cuyo nombre significa *ángel del Señor*, no es otro, según muchos sabios intérpretes, que el célebre Esdras, escriba de la ley.

Los ángeles, según el pensamiento de Filón (1), son en el mundo lo que las columnas en los grandes edificios, pues lo sostienen y lo hermosean. Algunos presiden en las naciones y en los estados según la misma Escritura. San Miguel es reconocido por ángel del pueblo de Dios (2). En Daniel (3) se habla del de la Persia. Los intérpretes creen que el hombre de Macedonia que apareció á S. Pablo (4) representaba el ángel tutelar de esa provincia. Moisés en el Deuteronomio (5), según la version de los Setenta dice, que cuando el Altísimo separó las naciones, y dispersó los hijos de Adán, fijó sus límites según el número de los ángeles de Dios. El hebreo lee, según el número de los hijos de Israel. Pero los Hebreos y los mas de los padres (6) han pensado que Dios crió los ángeles para que gobernaran las provincias y las monarquías. Creían que esta division se ejecutó principalmente despues de la confusion acaecida en Babel: que entonces estando encargada cada ángel de la nacion que le tocaba, tuvo cuidado de conducir á el pais que Dios la destinaba, y de enseñarla el idioma en que debía hablar. Teodoreto [7] creó que cada uno de nosotros tiene un ángel custodio, pero cada nacion tiene por tutelar un ángel.

Las Iglesias, las congregaciones santas, los lugares sagrados, tienen también sus ángeles, según la Escritura y los padres. El Señor ha confiado la guarda de su rebaño no solamente á los obispos que ha establecido, sino también á los ángeles que ha destinado á esto, dice San Ambrosio [8]. No es particular esta opinion, se lee en Origenes (9), en S. Hilario (10), en S. Basilio (11), en S. Gregorio Nazianceno, (12) y en S. Gerónimo (13). Y por lo respectivo á los lugares santos donde se ofrecen los divinos misterios, no dudes, dice S. Ambrosio (14), que allí se encuentra el ángel, donde está y se sacrifica Jesucristo. Tertuliano (15) llama *ángel de la oracion* al que preside en la Iglesia, y ofrece á Dios el incienso de nuestras oraciones. Tal vez por respeto á este quiere S. Pablo que las mugeres se cubran el rostro en la Iglesia: *propter angelos* (16). S. Gerónimo (17) explica de los ángeles tutelares que abandonaron el templo de Jerusalem, lo que Josef cuenta (18) de que poco tiempo ántes de la toma de esa ciudad, se oyó

por la noche una voz que clamaba: *Salgamos de aquí*: lo mismo se ve en algunos antiguos que creían que cada uno de los altares de las iglesias tenia un ángel destinado á su custodia.

No nos detendremos aquí sobre los ángeles custodios destinados por Dios para conducirnos, pues esta opinion siempre se ha conservado en la Iglesia como un artículo de fe, ni debe pensarse lo mismo de la que acabamos de proponer sobre los tutelares de las naciones y monarquías, pues se ha advertido que el pasaje del Deuteronomio en que principalmente se fundaba, tenia un sentido literal diverso, y por eso no se han empeñado tanto en sostenerla. Pueden consultarse sobre esto los intérpretes.

Siempre se nos ha representado como muy grande el número de los santos ángeles. Daniel (1) dice que habiéndose acercado al trono del Antiguo de los dias, vió salir de allí un río de fuego, y que un millón de ángeles le servian, y con millones asistian en su presencia. S. Juan en el Apocalipsis dice (2) que al rededor del trono del Cordero vió una multitud de ángeles, y que habia allí *millares de millares, y miriades de miriades*: (la miriade se compone de diez mil); y nuestro Salvador en el Evangelio (3) dijo que su Padre celestial podria darle *mas de doce legiones de ángeles*, es decir, mas de setenta y dos mil. Todas estas expresiones dan á entender un número infinito y enteramente desconocido á los hombres. El Salmista (4) nos presenta como un electo de la omnipotencia de Dios, que conoza el número de las estrellas, y que las llame á todas por su nombre, como un rey que conoce todos sus soldados y todos los ministros de su corte; y en otra parte [5] dice que el carro del Señor está acompañado de muchos miles y millones de ángeles.

Para dar una idea de la multitud de los ángeles comparada con la de los hombres, se valieron muchos antiguos de la parábola [6] de las noventa y nueve ovejas que el padre de familia dejó en los montes, para ir en solicitud de la centésima que se habia descarriado, la que, como dicen los padres, denota los hombres, y las noventa y nueve que quedaron unidas, los ángeles fieles que permanecieron en el cielo: *Oris una, homo intelligendus est*, dice S. Hilario, *et sub homine una universitas sentienda est.... nanaginta novem non errantes, multitudo angelorum caelestium opinanda est* (7). De este mismo parecer es S. Ambrosio, (8) S. Gregorio de Nisea (9), y S. Cirilo de Jerusalem (10).

Otros (11) han formado este raciocinio para hacer conocer el gran número de los ángeles: Es natural juzgar del número de los habitantes de una ciudad por la extension y grandeza de ella; es así que la tierra comparada con el cielo y el aire, es como un átomo respecto de la tierra; luego debe con-

(1) Philo in Excerpt. Damasc. l. 1. q. in Genes. (2) Dan. x. 21. Michael princeps vester. (3) Dan. x. 13. (4) Act. xvi. 9. (5) Deut. xxxii. 8. Quando dividit Altissimus gentes, quando separabat filios Adami, constituit terminos populorum iuxta numerum filiorum Israel. (6) Origen. homil. 36. in Luc. hom. 16. in Genes. et Iam. S. in Exod. Euseb. l. iv. Demonstr. Epiph. haer. 51. Chrys. hom. 3. in ep. ad Ephes. Cyrill. l. vi. contra Julian. Alii passim ex Leviticis, ut Hilari. Hier. alii. (7) Pseudoct. in Dan. x. (8) Ambros. in Luc. l. v. Non solum episcopus ad invicem exere Dominus ordinavit, sed etiam angelos destinavit. (9) Origen. in Luc. homil. 13 et 23. (10) Hilari. in psal. cxxx. (11) Basil. in Isai. p. 854. et ep. 191. (12) Nazianz. orat. 31. et orat. 32. ad calcem. (13) Hieronym. in cap. vi. Mich. et Matt. xviii. (14) Ambros. in Lucam: Ne dubites assistere angelum, quando Christus assistit, quando Christus immolatur. (15) Tertull. lib. de Orat. (16) I. Cor. xi. 10. (17) Hieronym. in cap. xvi. Isai. et epist. ad Postum et Eust. (18) Joseph. lib. vi. de Bello. c. 31.

[1] Dan. x. 10. Mille millium ministrabant ei, et decies mille centenas millia circumstant ei. [Habr. Mille millium ministrabant ei, et septies septuaginta circumstant ei.] [2] Apoc. v. 11. [3] Matt. xxvi. 53. [4] Psal. cxlvi. 4. [5] Psal. cxvii. 18. Curvus Dei decem millibus multiplex, millia intolentum. [Hebr. Curvus Dei, duo miriades, vel mille miriades, millia iterata.] [6] Matt. xxvi. 52. Luc. xv. 4. [7] Hilari. in Matt. can. 18. [8] Ambros. in Luc. l. 7. c. 15. [9] Nipoca. l. v. contra Eunom. [10] Cyrill. Catech. 15. [11] Cyrill. Jeron. loco citat. Didymus Catech. opud Alexim. ad cap. 14. Dionys. de ecclesiis Hierarchia.

claire que el número de los ángeles, que son los habitantes del cielo y del aire, es infinitamente mayor que el de los hombres. Tito de Botes (1), sobre estas palabras de Jesucristo: *No temas, pequeño rebaño*, dice que todos los hombres que han sido y serán, están comprendidos bajo este nombre de *pequeño rebaño*, comparado con la multitud innumerable de ángeles. El autor de la celestial Gerarquía conocido bajo el nombre de S. Dionisio Arcopagita (2), dice que el número de los ángeles es tal, que no puede computarse, y que nada hay en toda la naturaleza que le iguale. Eneas de Gaza (3) afirma que el cielo ó el aire está lleno de ángeles y de demonios; que la tierra, el mar y lo que está bajo la tierra, está de tal manera lleno, que no hay vacío alguno por donde pueda meterse ni un dedo ó una espiga; y que aunque Dios quisiera que los hombres vivieran diez mil años, el número de las almas de los hombres que produjeran, juntas igualaría al de los ángeles y de los demonios. Un oráculo antiguo referido por Lactancio (4), dice que los demonios recorren todas las partes del mar y de la tierra, y son oprimidos bajo el azote del Omnipotente.

Hablando ahora del número de los demonios comparado con el de los ángeles, algunos han pretendido que la tercera parte de estos cayó en la rebelion, fundandose en aquel pasage del Apocalipsis (5) donde se lee que el dragon arrastró hacia la tierra con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo. Y como muchos autores muy graves (6) enseñan que los hombres predestinados reemplazarán á los ángeles apóstatas, se seguiria de eso que el número de los hombres fuera mucho mayor que el de los ángeles, pues es cierto que el de los predestinados es mucho menor que la tercera parte de los hombres. S. Agustín (7) en cierto lugar duda tambien si el número de los hombres predestinados excederá al de los ángeles apóstatas, y no creia que el de los ángeles ni el de los demonios fuera tan grande como quieren los arriba citados. S. Gregorio papa (8), el maestro de las sentencias (9) y Guillermo obispo de Paris (10) que han creido que el número de los predestinados á la gloria igualaría al de los ángeles fieles, son no obstante ménos favorables á la opinion que los multiplica infinitamente. Mas en estas materias lo mas seguro es pensar y hablar con sobriedad, y no pretender saber demasiado.

Toda la antigüedad reconoce que entré los ángeles hay mucha subordinacion, y que su numerosa sociedad está distribuida en muchos coros; mas esta subordinacion no nos es conocida sino imperfectamente. Los Hebreos reconocen á S. Miguel como el primero de los arcángeles, jefe de los ejércitos del cielo, y tutelar del pueblo de Israel en la tierra. Creen que de él se dice en el Exodo: *Mi ángel marchará delante de vosotros, y me nom-*

bre está en él (1); que es el que apareció á José, y ante quien ese general del pueblo de Dios se postó (2). Comúnmente le dan el nombre de *Metatron*, que creen (3) ser el mismo que *Metator*, nombre latino que significa el oficial del ejército romano á quien incumbia señalar los campamentos. S. Miguel era el conductor del ejército de Israel en el desierto, y el que señalaba el lugar del campo y el tiempo en que debía ponerse ó levantarse. Añaden que en el cielo hace el oficio de mediano, y que es el unico por quien podemos acercarnos á Dios. Tambien le dan el nombre de *grande escriba*, porque conserva el registro de los méritos del pueblo de Israel, y por este destino tiene derecho de sentarse en el cielo, mientras todos los otros ángeles permanecen en pié; prerrogativa singular que le presenta oportunidad de hacer relacion de los desvarios de aquel pueblo. La Iglesia cristiana á imitacion de la sinagoga, honra á S. Miguel como su jefe, y como el que presenta las almas en el juicio de Dios.

Los Hebreos (4) reconocen diez órdenes ó diez coros de ángeles que expresan bajo los nombres, 1.º de *animales santos*, como los que aparecieron á Ezequiel; 2.º de *ruedas*, que llevan el carro del Señor; 3.º de *leones de Dios* ó de fuerza sobrenatural; 4.º de *chasmalim*, este es el nombre hebreo de aquel metal precioso compuesto de oro y una quinta parte de plata, nombrado *electrum*; 5.º de *serafines* ó ardientes, todos de fuego; 6.º de *ángeles*, enviados, embajadores; 7.º de *elohim*, dioses, príncipes; 8.º de *hijos de los dioses*; 9.º de *querubines*, ó figuras compuestas; 10.º de *hombres*, por cuanto los ángeles comúnmente aparecen en figura humana, y en la Escritura son ordinariamente representados bajo ese nombre.

Los padres de la Iglesia han estado muy divididos sobre el número y orden de los coros de los ángeles y de la gerarquía celestial. Los mas (5) han creido que el Apóstol en donde habla de los *tronos*, de las *potestades*, de las *dominaciones* y de los *principados*, solamente ha referido una parte de los nombres de los ángeles, y que hay otros muchos de que no quiso hablar, y que en la Escritura están comprendidos bajo el nombre general de *ejército del cielo*, y que esto es lo que S. Pablo quiso insinuar cuando dijo que *Dios es sobre todo nombre, que está llamado no solamente en este siglo, sino tambien en el futuro* (6). Desde el primer ángel hasta el hombre hay una infinidad de grados de criaturas racionales, de las que este es la última segun Orígenes (7).

Los otros padres (8) han reconocido en las epístolas del Apóstol á los Romanos y á los Efesios ciertos órdenes de inteligencias celestes; mas no se ve que ántes del autor de los libros de la Gerarquía, citados bajo el nombre de S. Dionisio Arcopagita (9) y de

VI.
Subordina-
cion de los
ángeles.

(1) Tit. Boet. ad Lac. xii. (2) Dionys. de celesti Hierarch. c. 14. (3) Ruc. tance in Bibl. PP. (4) Lactant. l. i. c. 6. (5) Apoc. vii. 4. (6) Augustin. Enchirid. c. 92. et lib. xxx. de civit. c. i. Anselm. l. i. cur Deus homo, c. 18. Hieron. de summo bono, c. 11. Mos. Borepaph. lib. de Paradiso, parte 1. (7) Enchirid. c. 29. (8) Greg. Mag. homil. 34. in Evang. (9) Lombard. in 2. dist. 8. (10) Guillelm. Paris in 2. part. de univ. c. 16.

(1) Exod. xxv. 21-23. (2) Jos. v. 13. (3) Buxtorf. Némé á Barnage. Historia de los Judaeos. iv. lib. vi. cap. 9. art. 9 y 10. edition de Paris. (4) Maimon. fundam. legis, c. 11. (5) Hieron. in Ephes. l. Chrys. homil. 4. de incarnatione. Dei. Nat. et homin. 5. contra anom. et homil. 3. in ep. ad Ephes. Vide Orig. l. i. de Princip. c. 5. et in Joan. edit. Huert. pag. 32. Theodoret. Decem. Theoph. in ep. ad Ephes. c. 5. et in Joan. edit. Huert. pag. 32. Theodoret. Decem. Theoph. in ep. ad Ephes. c. 5. et in Joan. edit. Huert. pag. 32. (6) Ephes. i. 21. (7) Origen. in Joan. p. 68. edit. Huert. (8) Vide, si placeat, Hieron. apud Petrus. lib. ii. de Angel. lib. ii. c. 1. (9) Dionys. de celesti Hierarch. c. 6. et seqq.

S. Gregorio el Grande (1) se haya fijado el número á nueve coros, como lo ha sido despues en las escuelas de teología. Antes de ese tiempo, unos ponian ocho y otros siete (2). Tampoco S. Pablo es uniforme en el orden que les da. S. Gregorio el Grande y el autor de la celestial Gerarquía, no están entre si acordes sobre la disposición de los coros angélicos. S. Gregorio prefiere el orden marcado en la epístola á los Colosenses 1. 16. El autor de la citada obra sigue el de la epístola á los Efesios 1. 21. He aquí como los coloca segun su sistema. Pone tres gerarquías, y otros tantos órdenes de ángeles en cada una. En la primera estan comprendidos los *serafines*, los *querubines* y los *tronos*; en la segunda las *dominaciones*, las *virtudes* y las *potestades*; en la tercera los *principados*, los *arcángeles* y los *ángeles*.

No podemos extendernos sobre sus funciones y diferencias de esos diversos grados por ser cosas muy superiores á nuestro alcance: únicamente notaremos que todas esas denominaciones de *tronos*, *potestades*, *principados*, &c. son imitados del orden que se advierte en los estados temporales, donde hay monarquías poderosas que tienen bajo su mando vireyes, príncipes, gobernadores, magistrados y otros ministros, que son los depositarios del poder y los ejecutores de las órdenes del soberano, cada uno á proporcion de lo que el monarca ha querido confiarle.

Siendo los ángeles substancias espirituales ó intelectuales empleadas por Dios para su servicio, para alabarle y para manifestar su voluntad á los hombres, es conveniente que puedan hacer conocer lo que tienen en su espíritu y en su voluntad; esto es lo que se llama su idioma, porque no se debe imaginar que tengan una lengua, ó que articulen palabras para hacerse entender, como lo nota S. Juan Crisostomo (3); pero si se debe concebir que entre si tienen un modo de explicarse que les es propio, y que es muy diverso del que usan los hombres; y cuando S. Pablo dijo en la primera epístola á los Corintios: *Aunque yo hablara el lenguaje de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy un metal sonoro y una campana resonante* (4), solo quiso decir: Cuando tuviera toda la elocuencia de que un hombre es capaz, y toda la facilidad que un ángel tiene para manifestar á otro sus pensamientos, nada me serviría todo esto para salvarme, faltándome la caridad.

Pero sin embargo cuál es el modo en que mutuamente se hablan los ángeles? ¿Cómo Isaias y Ezequiel han oido á los ángeles que alababan al Señor (5)? ¿Cómo Daniel y Zacarias (6) los han oido hablar mutuamente? Algunos (7) se han imaginado que el idioma hebreo, como el mas corto y expresivo de todos, era el que usaban los ángeles, y del que se servirán los bienaventurados en el cielo. Los rabinos (8) hablan de un judío llamado Jocanan, hijo de Zocai, que se gloribia de entender el lenguaje de los ánge-

(1) Greg. homil. 54. in Ezang. (2) Hieron. lib. ii. contra Iovin. Basil. c. 16. de Spiritu Sancto. Caesar. Dialog. 1. quest. 44. (3) Chrys. in 1. Cor. xii. (4) 1. Cor. xii. 1. (5) Isai. vi. 3. Ezech. iii. 12. (6) Dan. viii. 13. 16. et xii. 7. Zach. i. 9. 10. 11. (7) Vide Scipion. Scambot. Archiv. vet. Test. lib. 1. art. 4. (8) Vide Lightfoot. in 1. Cor. xii. 1.

les y de los demonios, porque exorcisada á los unos y conjurada á los otros. Otro rabino decia que los ángeles hablaban con sus alas, por lo que se dice en Ezequiel: *Yo oí la voz de sus alas* (1). Es bien sabido (2) lo que los profanos han dicho del idioma de los dioses, del que se sirven en el cielo y que es muy diverso del que usan los hombres en la tierra. Los teólogos creen que despues de la resurreccion, todos los bienaventurados hablarán un idioma comun en la mansion de la eternidad. Los antiguos (3) han reprobado muchísimo á Teodoro de Mopsuesta que tomaba á la letra lo que se halla en la Escritura, de que Dios habló, y que atribuye á los ángeles un lenguaje sensible.

Mas todo eso no resuelve nuestra dificultad: nadie nos dirá el día de hoy que los ángeles hablan hebreo, ni que articulan palabras como los hombres, cuando mutuamente se comunican. Si han hablado á los hombres en un lenguaje comun, esto habrá sido un suceso muy singular, y una operacion muy milagrosa. Filopono (4) y algunos modernos intérpretes (5) han creído que en las palabras que se citan de S. Pablo habia una especie de hipérbole; como si hubiera dicho: Cuando yo hablara como los ángeles, y tan divinamente como ellos podrian hacerlo, si tuvieran un lenguaje propio; y esta explicacion es ciertamente muy natural y literal; mas no satisfice mas que por lo relativo al pasaje citado de S. Pablo.

Teodoro (6) dice que el lenguaje de los ángeles no es una cosa sensible, sino intelectual: es una pura operacion de su espíritu y de su voluntad por cuyo medio intentan recíprocamente comunicarse sus conceptos. S. Gregorio el Grande (7) dice que Dios habla á los ángeles descubriéndoles lo que hay oculto en él, é inspirándoles una fuerte y dulce inclinacion de ejecutar lo que les ordena; y que ellos hablan á Dios, cuando contemplando su grandeza y magestad, son arrebatados de admiracion en su presencia; que finalmente las almas ó los espíritus se hablan mutuamente con sus deseos: *Animarum verba, ipsa sunt desideria*. El presbítero Felipe, autor del comentario sobre el libro de Job (8), dice que esos coloquios angélicos son únicamente sus reciprocas voluntades; y esta es la opinion de santo Tomás (9) y de Alberto el Grande. Estos autores no conciben otra manera en que puedan hablarse los ángeles, que la accion de su voluntad que quiere manifestarse al que nosotros decimos que le hablan: *Per voluntatem conceptus mentis angelicæ ordinatur ad alterum*. Eso siempre quedará muy obscuro con respecto á nosotros. Mas en una materia como esa no debe pedirse la misma evidencia que se encuentra en las operaciones que de algun modo podremos experimentar, y que pasan dentro de nosotros mismos.

(1) Ezech. i. 24. Et audivi sonum alarum. (Hob. vocem alarum eorum.) Homer. Iliad. Plato in Phaedro. Dio. Chrys. Et Maxian. Tyr. Dissert. 26. (2) Vide Philopon. de mundi opif. c. 12. Nussen. lib. xii. contra Eusebium p. 319. (3) Philopon. de mundi opif. cap. 12. (4) Est. Tir. Mra. Sclator. Pae. cili. (5) Theodoret. in 1. Cor. xii. 1. (6) Gregor. Magn. lib. ii. Moral. c. 15. (7) Philipp. in Job. lib. 2. c. 24. Colloquutionem angelorum certissimo modum suadenda voluntatem fuisse contentam, potius quam sonora colloquia. (8) D. Thom. 1. parte. quest. 107. art. 1.

El culto de los ángeles es muy antiguo entre los Judíos; hablo de aquel culto que consiste en honrarlos y dirigirles nuestras supplicas como ministros del Señor y medianeros entre él y nosotros, y darles pruebas de nuestro reconocimiento y profunda veneracion. Abraham se postro ante aquellos ángeles que hospedó en su tienda (1), y Daniel ante el que se le presentó en el Tigris (2). El Señor ordenó á los Israelitas que temieran y respetaran al ángel que les habia dado por su conductor (3). Jacob rogó con lágrimas á aquel contra quien luchó que le diera su bendicion (4). Hallándose en el lecho de la muerte, suplicó al ángel que siempre lo habia conducido y protegido, que bendijera á sus nietos Efraim y Manasses (5).

Filon (6) habla de los ángeles como de intercesores y medianeros entre Dios y los hombres, á quienes llevan sus favores y gracias y cuyas necesidades le representan. Ellos son como los ojos y las orejas del Todopoderoso, que todo lo ven y todo lo escuchan, que llevan á los hombres los mandamientos de Dios, y á Dios los ruegos de los hombres. Josefo (7) atestigüa que los escenos hacian prometer con juramento á los que recibian en su secta, que conservarían cuidadosamente los nombres de los ángeles. Eso hace juzgar que probablemente les tributaban un culto particular. S. Pablo dice á los Colosenses: *Nadie os haga perder el mérito de vuestra castera seducidos por una humildad afectada y por un culto supersticioso de los ángeles; pretendiendo hablar de cosas que él no sabe, estando ensobrecido por las falsas imaginaciones de un espíritu carnal* (8). Los falsos doctores del judaismo eran los que inspiraban esos sentimientos á los nuevamente convertidos.

El antiguo autor del libro apócrifo de la predicacion de S. Pedro (9), hace decir á este apóstol que los Judíos adoran á los ángeles y á los arcángeles, y observan supersticiosamente los meses. Celso (10) acusaba á los Judíos de que adoraban no solamente á los ángeles, sino tambien al cielo. Origenes sostiene que no adoran al cielo, pero no niega que adoran á los ángeles; antes bien positivamente lo asegura en su comentario sobre S. Juan (11). Por el Evangelio consta que juraban por el cielo (12); y S. Jerónimo asegura que tambien juraban por los ángeles (13). Filon insinúa que daban alguna especie de culto á los ángeles; supuesto que despues de haber dicho que estos, los demonios y las almas de los hombres entre sí solamente se diferenciaban por sus funciones, y que eran nombres diferentes de una misma cosa, añade que este conocimiento nos quita la carga insoportable de las supersticiones (14). ¿De qué supersticiones sino de las que reinaban en el pueblo poco instruido de esas cosas?

(1) *Genes. xviii. 2.* (2) *Dan. x. 5. 9.* (3) *Ecod. xliii. 21.* (4) *Genes. xxxii. 26.* (5) *Genes. xlviii. 16.* (6) *Philo de Gigantiis, pag. 286. Idem, de Post. Noe, p. 216. Idem, de somnis, pag. 586.* (7) *Joseph. de Bello, l. ii. c. 12.* (8) *Colos. ii. 18. Nota sus adit. (Gr. proterio defraudet) volens in humilitate et religione angelorum. [per ea] que non vidit, quibuscumque, frustra inflatus arcau carnis suae. Véase el comentario de Calmet sobre este lugar.* (9) *Apid. Alex. lib. vi. Strom. p. 635. 636.* (10) *Apid. Origen. contra Celso. lib. v. (11) Origen. in Joan. p. 212. Ad. Huc. (12) Matt. v. 34. Véase el comentario de Calmet en este lugar. (13) Hieronym. in Matt. v. et p. 15. ed. Alcuiani. (14) *Philo de Gigantiis, p. 286.**

Los Judíos modernos sostienen que ellos no tributan culto alguno á los ángeles; y José Albo pone en el número de los errantes á los que hacen mención de los ángeles en sus oraciones; anatematizan en su catecismo al que pida alguna cosa á un ángel ó á una dominacion celeste. Kinku sostiene que no pueden invocarse ni los ángeles ni los gefes, como Gabriel y Miguel. A pesar de todo eso se pretende mostrar que ciertamente han tributado algun culto á los ángeles (1). Bartoloci (2) presenta una letanía en la que se invocó á los ángeles. M. Simon (3) cita una oracion que los Judíos dirigen al ángel de guarda, diciéndole: *Seas honrado, santo y venerable ministro de Dios; consérvame, asisteme.* Grisendi (4) cita pasajes sacados de los Escolios de Gedalia sobre José Albo, que prueban esto mismo.

La Iglesia cristiana ha imitado la piedad de la sinagoga hácia los ángeles, como ella la ha heredado de su fe sobre su existencia, y sobre los socorros que de ellos recibimos. Siempre ha creído que los ángeles incesantemente ofrecen á Dios nuestros ruegos: San Juan en el Apocalipsis nos representa un ángel con un incensario, cuyo humo subia hácia Dios; y nos advierte que esto significa las oraciones de los santos (5). Los padres (6) que contra los enemigos de nuestra religion han defendido el culto y respeto que se tributa á los santos mártires, han defendido al mismo tiempo el que se ofrece á los ángeles. En el uno y en el otro han puesto las mismas excepciones y las mismas modificaciones. Han declarado, que no es el culto de latria, solamente debido á Dios, el que se da á los santos ángeles y á los santos mártires; sino un culto inferior, subordinado y respectivo. El ángel que rehusó el honor que San Juan Evangelista quiso hacerle, y que le dijo: *Guárdate de hacer eso, porque yo soy conservo tuyo y de los profetas tus hermanos; Dios es á quien debes adorar* [7], lo rehusó únicamente por referir á Dios toda la gloria de las verdades que anunciaba. El concilio de Laodicea citado por Teodoro (8), que prohibe dirigirse á los ángeles, dejando la mediacion de nuestro Señor Jesucristo, procede solamente contra los que prefieren la de aquellos á la del Salvador; pero no quera Dios que aprobemos semejantes opiniones.

ARTICULO II.

de los malos ángeles.

Comunmente nos representa la Escritura á los malos ángeles ó á los demonios, como individuos de un estado cuyo príncipe es Lucifer. *Id al fuego eterno que está preparado al diablo y á sus ángeles,* dice Jesucristo en el Evangelio (9). El diablo tambien es ha-

I.
Nombres de
los malos ángeles.

[1] Véase á Bessago, continuacion de la Historia de los Judíos, lib. vi. cap. 10. [2] Bartoloci, *Biblies. Rabbatic. t. i. p. 193.* [3] Simon, prefacio sobre Leon de Macedonia. [4] *Gréniendus apud Bartoloci, lib. i. p. 206.* [5] *Apocal. viii. 3. 4.* [6] Cyrill. Alex. lib. contra Julian. p. 293. Aug. lib. ix. contra Faust. c. 21. et lib. i. contra Maximin. [7] *Apocal. xix. 10. xxii. 8. 9.* [8] *Laodicea. apud Theodoret. in Colos. ii. 18.* [9] *Matt. xxv. 41.*

El culto de los ángeles es muy antiguo entre los Judíos; hablo de aquel culto que consiste en honrarlos y dirigirles nuestras supplicas como ministros del Señor y medianeros entre él y nosotros, y darles pruebas de nuestro reconocimiento y profunda veneracion. Abraham se postro ante aquellos ángeles que hospedó en su tienda (1), y Daniel ante el que se le presentó en el Tigris (2). El Señor ordenó á los Israelitas que temieran y respetaran al ángel que les habia dado por su conductor (3). Jacob rogó con lágrimas á aquel contra quien luchó que le diera su bendicion (4). Hallándose en el lecho de la muerte, suplicó al ángel que siempre lo habia conducido y protegido, que bendijera á sus nietos Efraim y Manasses (5).

Filon (6) habla de los ángeles como de intercesores y medianeros entre Dios y los hombres, á quienes llevan sus favores y gracias y cuyas necesidades le representan. Ellos son como los ojos y las orejas del Todopoderoso, que todo lo ven y todo lo escuchan, que llevan á los hombres los mandamientos de Dios, y á Dios los ruegos de los hombres. Josefo (7) atestigüa que los escenos hacian prometer con juramento á los que recibian en su secta, que conservarían cuidadosamente los nombres de los ángeles. Eso hace juzgar que probablemente les tributaban un culto particular. S. Pablo dice á los Colosenses: *Nadie os haga perder el mérito de vuestra castera seducidos por una humildad afectada y por un culto supersticioso de los ángeles; pretendiendo hablar de cosas que él no sabe, estando ensobrecido por las falsas imaginaciones de un espíritu carnal* (8). Los falsos doctores del judaismo eran los que inspiraban esos sentimientos á los nuevamente convertidos.

El antiguo autor del libro apócrifo de la predicacion de S. Pedro (9), hace decir á este apóstol que los Judíos adoran á los ángeles y á los arcángeles, y observan supersticiosamente los meses. Celso (10) acusaba á los Judíos de que adoraban no solamente á los ángeles, sino tambien al cielo. Origenes sostiene que no adoran al cielo, pero no niega que adoran á los ángeles; antes bien positivamente lo asegura en su comentario sobre S. Juan (11). Por el Evangelio consta que juraban por el cielo (12); y S. Gerónimo asegura que tambien juraban por los ángeles (13). Filon insinúa que daban alguna especie de culto á los ángeles; supuesto que despues de haber dicho que estos, los demonios y las almas de los hombres entre sí solamente se diferenciaban por sus funciones, y que eran nombres diferentes de una misma cosa, añade que este conocimiento nos quita la carga insoportable de las supersticiones (14). ¿De qué supersticiones sino de las que reinaban en el pueblo poco instruido de esas cosas?

(1) *Genes. xviii. 2.* (2) *Dan. x. 5. 9.* (3) *Ecod. xliii. 21.* (4) *Genes. xxxii. 26.* (5) *Genes. xlviii. 16.* (6) *Philo de Gigantiis, pag. 286. Idem, de Post. Noe, p. 216. Idem, de animis, pag. 586.* (7) *Joseph. de Bello, l. ii. c. 12.* (8) *Colos. ii. 18. Nota sus adit. (Gr. proterio defraudet) volens in humilitate et religione angelorum. [per ea] que non videt, quibuscumque, frustra inflatus ardet carnis suae.* Véase el comentario de Calmet sobre este lugar. (9) *Apid. Alex. lib. vi. Strom. p. 635. 636.* (10) *Apid. Origen. contra Celso. lib. v.* (11) *Origen. in Joan. p. 212. Ad. Huc.* (12) *Matt. v. 34.* Véase el comentario de Calmet en este lugar. (13) *Hieronym. in Matt. v. et p. 15. ed. Alcuiani.* (14) *Philo de Gigantiis, p. 286.*

Los Judíos modernos sostienen que ellos no tributan culto alguno á los ángeles; y José Albo pone en el número de los errantes á los que hacen mencion de los ángeles en sus oraciones; anatematizan en su catecismo al que pida alguna cosa á un ángel ó á una dominacion celeste. Kimchi sostiene que no pueden invocarse ni los ángeles ni los gefes, como Gabriel y Miguel. A pesar de todo eso se pretende mostrar que ciertamente han tributado algun culto á los ángeles (1). Bartoloci (2) presenta una letanía en la que se invocó á los ángeles. M. Simon (3) cita una oracion que los Judíos dirigen al ángel de guarda, diciéndole: *Seas honrado, santo y venerable ministro de Dios; consérvame, asisteme.* Grisendi (4) cita pasajes sacados de los Escolios de Gedalia sobre José Albo, que prueban esto mismo.

La Iglesia cristiana ha imitado la piedad de la sinagoga hácia los ángeles, como ella la ha heredado de su fe sobre su existencia, y sobre los socorros que de ellos recibimos. Siempre ha creído que los ángeles incesantemente ofrecen á Dios nuestros ruegos: San Juan en el Apocalipsis nos representa un ángel con un incensario, cuyo humo subia hácia Dios; y nos advierte que esto significa las oraciones de los santos (5). Los padres (6) que contra los enemigos de nuestra religion han defendido el culto y respeto que se tributa á los santos mártires, han defendido al mismo tiempo el que se ofrece á los ángeles. En el uno y en el otro han puesto las mismas excepciones y las mismas modificaciones. Han declarado, que no es el culto de latria, solamente debido á Dios, el que se da á los santos ángeles y á los santos mártires; sino un culto inferior, subordinado y respectivo. El ángel que rehusó el honor que San Juan Evangelista quiso hacerle, y que le dijo: *Guardáte de hacer eso, porque yo soy conservo tuyo y de los profetas tus hermanos; Dios es á quien debes adorar* [7], lo rehusó únicamente por referir á Dios toda la gloria de las verdades que anunciaba. El concilio de Laodicea citado por Teodoro (8), que prohibe dirigirse á los ángeles, dejando la mediacion de nuestro Señor Jesucristo, procede solamente contra los que prefieren la de aquellos á la del Salvador; pero no quera Dios que aprobemos semejantes opiniones.

ARTICULO II.

de los malos ángeles.

Comunmente nos representa la Escritura á los malos ángeles ó á los demonios, como individuos de un estado cuyo príncipe es Lucifer. *Id al fuego eterno que está preparado al diablo y á sus ángeles, dice Jesucristo en el Evangelio* (9). El diablo tambien es ha-

I.
Nombres de
los malos ángeles.

[1] Véase á Benigno, continuacion de la Historia de los Judíos, lib. vi. cap. 10. [2] *Bartoloci, Biblioth. Rabbinic. t. i. p. 193.* [3] *Simon, prefacio sobre Leon de Macedonia.* [4] *Grisenius apud Bartoloci, lib. i. p. 206.* [5] *Apoc. vii. 3. 4.* [6] *Cyrill. Alex. lib. contra Julian. p. 293. Aug. lib. ix. contra Faust. c. 21. et lib. i. contra Maximin.* [7] *Apoc. xix. 10. xxii. 8. 9.* [8] *Laodicea. apud Theodoret. in Colos. ii. 18.* [9] *Matt. xxv. 41.*

mado el príncipe del mundo [1], príncipe de las tinieblas [2], gefe de las potestades del aire [3], serpiente [4], Belial [5], Beelzebub [6], Schammael [7], Behemat [8], Satanás [9], Dragon [10], Angel exterminador [11]; denominaciones todas que denotan, no la naturaleza, sino la malicia y crueldad de este enemigo de Dios y de los hombres: porque diablo significa calumniador; Satanás adversario, Belial libertino, revoltoso, ó malvado; Schammael, exterminador, Behemat, un grande animal, como el elefante ó el hipopótamo, y que San Gregorio el Grande ha explicado alegóricamente del demonio: Beelzebub era el dios de los Acaronitas, y significa el dios mosca á la que adoraban probablemente. Lucifer denota la estrella de la mañana; y este nombre se ha dado al diablo por la semejanza que se nota entre la caída y orgullo del rey de Babilonia referida por Isaías (12.), y la del príncipe de los demonios rebeldes. Los nombres de Serpiente y Dragon explican bastante por sí mismos, así como los de espíritu impuro, malvado, ángel de muerte, y acusador de nuestros hermanos. Breve se verá en qué se funda la denominacion de príncipe de las potestades del aire.

Es cosa notable que en los libros del Antiguo Testamento escrito en hebreo, no encontremos el nombre de algun ángel malo en particular, sino solamente los generales que denotan el gefe de los espíritus malvados. Tobias (13) que escribió en Nínive después de la traslación de las doce tribus á la otra parte del Eufrates: nos enseña el nombre de *Asmodeo*, que dió muerte á los primeros maridos de Sara, hija de Raguel; y desde entónces no encontramos otro hasta el tiempo de nuestro Señor, en que se vió el de Beelzebub, aplicado en el Evangelho al príncipe de los demonios. Pero de esto no debe concluirse que los Judios no hayan conocido desde antes los nombres de los diablos. El libro apócrifo de Henoc, escrito segun todas las apariencias antes de Jesucristo, contiene un gran número.

En él se refiere, que habiéndose multiplicado las hijas de los hombres, los Egregoros ó vigilantes (este es el nombre que dan los Caldeos á los ángeles) mutuamente se dijeron: Tomemos mugeres entre las hijas de los hombres. Ellos eran doscientos, y Semexias (14) estaba á su cabeza con otros diez y ocho, llamados 2. *Letarcuph*, 3. *Araciel*, 4. *Chababiel*, 5. *Orammanez*, 6. *Raniel*, 7. *Sapsich*, 8. *Zaciel*, 9. *Balciel*, 10. *Azázel*, 11. *Pharmarus*, 12. *Amariel*, 13. *Anagenas*, 14. *Thausael*, 15. *Samiel*, 16. *Sarinas*, 17. *Dumiel*, 18. *Tyriel*, 19. *Sariel*.

Todos ellos se obligaron con juramento á ejecutar cuanto vieran hacer á Semexias su gefe. Todos, pues, tomaron mugeres en la tierra, y comenzaron á mancharse con todo género de abominaciones.

[1] *Joan. xii. 31.* [2] *Ephes. vi. 12.* [3] *Ephes. ii. 2.* [4] *Genes. iii. 1.* [5] *1. 13. 14. Apoc. xii. 9. xii. 3.* [6] *1. Cor. vi. 15.* [7] *Matt. x. 25. xii. 24. Luc. xi. 15.* [8] *1. 15.* [9] Este nombre no se encuentra en la Escritura, pero sí en los rabinos. [10] S. Gregorio bajo ese nombre entiende el diablo. Behemat se lee en *Job. xi. 10.* [11] *Job. i. 6. 9. 12. ii. 1. 2. 3. et. i. Par. xxi. 1. Zach. iii. 1. 2.* [12] *Apoc. xi. 3. 9. xii. 2.* [13] *Judith. xviii. 25. et. i. Cor. x. 10.* [14] *Isai. xiv. 12.* [15] *Tobias. iii. 8.* [16] O mas bien Semexias. Los rabinos llaman Semexias y Azazel, á los dos príncipes de los demonios. *Jonatan in Genes. vi. 4. Rob. Salomo in Num. xiii. 34.*

II.
Compendio
del libro de
Henoc.

ciones. De esos casamientos nacieron los gigantes, hombres monstruosos de quienes hace mencion toda la antigüedad.

Azazel, el décimo de estos malos ángeles, enseñó á los hombres á fabricar las armas, y á fundir los metales para hacer la moneda, y los adornos de las mugeres. Tambien enseñó el uso del fuego y de las pedrerías; Semexias enseñó á los gigantes á emplear sus fuerzas, y á commover sus pasiones. Pharmarus les manifestó la virtud de las yerbas y de los venenos, los encantos, los hechizos, y los medios de inutilizar todo esto cuando se querian impedir sus efectos. Balciel enseñó la astronomía; Chababiel, la astrología, Zaciel, la divinacion por las observaciones del aire; Araciel, las señas de la tierra; Sapsich las de la luna. Estas fueron las invenciones que enseñaron esos rebeldes ángeles á sus mugeres y á sus hijos, y de ahí vino el diluvio de males que inundó la tierra.

Los buenos ángeles, gefes del ejército del cielo, Miguel, Rafael, Gabriel, y Uriel, informados de los desórdenes que esos rebeldes habian cometido en el mundo, llevaron sus quejas al Omnipotente, quien les dió sus órdenes para contener los progresos de esas maldades, y dijo á Uriel: Vé y mira á Noé, hijo de Lamec, y dile que por algun tiempo se oculte, porque tengo de enviar sobre la tierra un diluvio que hará perecer todo cuanto hay sobre su superficie. Instruyelo sobre lo que debe hacer para preservarse de esta desgracia, á fin que llegue á ser el padre de un nuevo linage. A continuacion dijo el Señor á Rafael: Vé, ata á Azazel, y arrójalo á las tinieblas; abre el desierto que está en *Dudael* y pon allí á ese malvado; acumula sobre él un monton de piedras brutas y escabrosas; cubrelo de tinieblas; ciégale los ojos, y en el día del juicio será arrojado al fuego; y repara el mal que los vigilantes han causado sobre la tierra por el misterio de iniquidad que han enseñado á sus mugeres y á sus hijos. Despues dijo Dios á Gabriel que marchara contra los gigantes hijos de los vigilantes; que hiciera que los unos pelearan contra los otros, á fin de que reciprocamente se mataran, y ninguno quedara sobre la tierra. Por último, ordenó á Miguel que atara á Semexias, y á los demas que le estaban unidos, y añadió que cuando hubiesen sido testigos de la muerte violenta de los gigantes sus hijos, quedaran encadenados en los bosques mientras pasaban setenta generaciones, hasta el día del último juicio. Entónces serán precipitados en el caos eterno, y en el fuego que nunca se apagará. Los hombres que hayan caído en los desórdenes y merecido la condenacion, serán precipitados con ellos á esos oscuros calabozos.

En este libro se ve el pensamiento de algunos antiguos judios sobre la caída de los malos ángeles, y sobre el tiempo de su castigo; la narracion supone lo 1.º que aquella no accedió sino hacia el tiempo del diluvio, y con ocasion de las hijas de los hombres de quienes estaban enamorados; lo 2.º que son corporales y capaces de engendrar aun con personas de una naturaleza diferente de la suya; 3.º que los malos estan atados y encerrados en los desiertos, en donde deben permanecer hasta el día del juicio, y solamente entónces serán arrojados al infierno con los condenados.

En todo esto hay casi tantos errores como palabras, y errores

antiquísimos, cuyos vestigios todavía se ven en los escritos de los doctores judíos, y en los antiguos padres que dieron mucha autoridad á ese libro de Henoc (1). Es cierto que el demonio habia ya caído de su estado de gracia y de gloria cuando vino á tentar á Eva. La opinion que hace á los ángeles corporales, sensibles al amor de las mugeres y capaces de engendrar, es insostenible. Por último no puede dudarse en vista de los textos de la Escritura y de las decisiones de la Iglesia, que los demonios están actualmente atormentados en el infierno; pero estos puntos piden examinarse mas á fondo.

La opinion común de los padres (2) y de los teólogos es que los ángeles en el principio todos fueron criados de una misma naturaleza, y que la diferencia que hay entre los buenos y los malos no proviene de parte de Dios que hizo buenas á todas sus criaturas, sino de la malicia y corrupcion de los rebeldes que abandonaron su puesto (3), y habiendo caído en la soberbia y en el amor de la independencia, perdieron el estado de felicidad y de gloria en que fueron criados. Antes hemos visto el parecer de Filon (4) que creía que los buenos ángeles, los demonios y las almas de los hombres solamente se diferenciaban en el nombre, y la opinion de Josefo (5) que pretendo que los demonios que ocupan á los hombres, no son otros que las almas de los pecadores, las que habiendo dejado el cuerpo que animaban, se apoderan de algun otro cuerpo viviente, temiendo caer en el abismo donde deben sufrir suplicios eternos.

Sobre la naturaleza y el origen de los demonios, estan divididos los doctores hebreos. Los unos los creen corporales, distintos entre sí por la diferencia de sexos, capaces de engendrar á sus semejantes, multiplicarse y morir. Otros [6] creían que los ángeles fueron criados espirituales, no habiendo Dios tenido tiempo de darles cuerpos, porque comenzaba el sábado en el momento que iba á formarse. Otros sostienen que nacieron de la cópula de *Sammael*, príncipe de los demonios, con Eva ántes que Adán la conociera. Hay tambien algunos que los hacen hijos del mismo Adán; y otros que les dan diferentes madres, por ejemplo, *Noema*, hermana de Tubalcain (7) (asientan que era de una rara belleza, y que aun estaba viva), y otra llamada *Lilit*, la que estando separada de Adán su marido, se escapó y no quiso habitar mas con él. Tres ángeles fueron enviados en su seguimiento, pero *Lilit* no quiso volverse á su esposo, y lo único que pudieron obtener de ella, fué que no matara los hijos en los lugares donde se hallaran escritos sus nombres, que son *Sennoi*, *Sansennoi* y *Sammangeloph*. Dejaronla pues, dándole su maldicion en virtud de la cual les mata todos los dias cien demonios que son sus hijos.

Los Judíos para libertar la cámara de las mugeres que han pa-

III.
Creacion de
los malos an-
geles.

IV.
Naturaleza
y cualidades
de los demo-
nios.

rido de la crueldad de *Lilit*, que no pretende sino matar los hijos recién nacidos, comunmente escriben sobre la ternilla de la nariz; *Que Adán y Eva se encuentran aqui, y que Lilit sea desterrada; y sobre la puerta se escriben los nombres de los tres ángeles citados, Sennoi Sansennoi y Sammangeloph*.

Cren que el demonio que engañó á Eva era *Sammael*, príncipe de los demonios, el cual habiendo venido á Eva montado sobre la serpiente, la sedujo y abusó de ella, y Eva concibió y parió á Cain. Algunos (1) agregan á todo esto que Aza y Azael echados del cielo por el ceño de fierro, descendieron al abismo, y en seguida encontraron el secreto de salir por medio del aire de que estaban revestidos en todos los lugares donde pasaban, y del cual se formaban los cuerpos que les servian para sus casamientos. Produjeron ese gran número de prosélitos que se encontraron con los Israelitas al salir de Egipto (2), y que fueron frecuentisimamente los autores ó promotores de la rebelion, de la murmuracion y de la idolatria de los Israelitas en el desierto.

Bien se conoce, sin que sea necesario advertirlo, que todo es quimérico y fabuloso; y tambien debe hacerse justicia á los Hebreos creyendo que los mas entendidos de entre ellos siempre miraron con desprecio estas puerilidades. Maimonides (3) dice claramente que los demonios no tienen ni cuerpo ni materia, y que son substancias totalmente distintas del cuerpo, aunque su escoliasta (4) enseña como un artículo comunmente recibido entre los Judíos, que tienen cuerpos compuestos de dos elementos, probablemente del aire y del fuego. Cada uno de esos doctores tiene sus opiniones particulares, como sucede en las escuelas ordinarias. Mas entre ellos y nuestros teólogos hay la diferencia de que estos están firmes en las materias de su fe, y en los artículos esenciales por una autoridad superior que es la de la Escritura, de la tradicion y de la Iglesia; en lugar que los rabinos entregados á su imaginacion y á su libertad, se dejan arrastrar de sus ideas, é impunemente dan á las cosas mas serias un aire ridículo por las circunstancias fabulosas de que las revisten.

Por lo demas, los delirios que se han propagado sobre el origen de los demonios no son nuevos, y hallamos vestigios de ellos en los padres mas antiguos de la Iglesia. Los mas escribiendo contra los paganos han supuesto que los demonios estaban rodeados de cuerpos aereos, pero manchados é impuros; y que su ordinario alimento era el humo de los sacrificios, el olor de las carnes quemadas, la grasa y la sangre de las victimas ofrecidas á los falsos dioses, es decir á ellos mismos que eran el objeto principal del culto de los idólatras. Dios en el principio confió á los ángeles, segun San Justino mártir (5), la direccion del mundo; mas habiendo abusado de su poder, y traspasado las órdenes del Señor, se dejaron vencer del amor de las mugeres; y en ellas tuvieron hijos que son los que llamamos los demonios. Vicados estos desde su nacimiento, hicieron nacer la corrupcion y el desorden en todo el mundo, y esparcieron el crimen, la insolencia, la deshonestidad y la confesion mas espantosa.

[1] Rab. Eliezer. in Pirke, c. 7. [2] Ezech. xii. 38. [3] Maimonid fundament. legit. cap. 1. [4] Ad esp. 4. Maimon. de fundamentis legit. [5] Justin. martir. Apolog. 10.

Atenágoras (1), San Clemente Alejandrino (2), Orígenes (3), Julio Firmico (4), Minucio Félix (5), San Cipriano (6) y Tertuliano (7), avanzaron seriamente que los demonios venían á lamer la sangre de las victimas, y á recibir el olor de las carnes sacrificadas para saciarse: opinion que parece haberla tomado de los poetas paganos que nos representan á las almas separadas de los cuerpos desecados de viandas, y corriendo con empeño al rededor de una fosa llena de sangre para sustentarse (8). Todo esto parece suponer que, segun esos antiguos, son corporales los demonios así hemos ya manifestado en la primera parte de esta Disertacion que algunos creían que los ángeles y los demonios eran materiales, es decir, revestidos de cuerpos muy sutiles de la naturaleza del aire y del fuego. Esta opinion trae su origen de la mas remota antigüedad, y por medio de los Egipcios pasó á los Griegos.

Aquellos creían que el hombre estaba compuesto de tres partes; del entendimiento que era enteramente espíritu; del alma, que era una especie de cuerpo luminoso y sutil de que estaba revestido el entendimiento, y finalmente del cuerpo grosero que era como el estuche del sutil. Este último tenía la misma forma, los mismos trazos y los mismos modos que el sensible; y se dejaba ver algunos veces después de la muerte, mientras que el grosero no habia sido quemado ó enterrado (9). Entre tanto el entendimiento permanecía adherido á su cuerpo luminoso. Mas luego que el terreste se consumía el entendimiento se desprendía de aquel y se elevaba al cielo; y el espíritu se retiraba al infierno para permanecer allí ó en los campos eliseos, ó en el lugar de los suplicios, segun el mérito ó el demérito de su vida anterior. Estas opiniones se leen bien notadas en Homero (10), en Virgilio (11) y en Lucrecio (12).

Volviendo á los ángeles malos, algunos antiguos creyeron que entre ellos habia dos clases. Los unos salieron inmediatamente de las manos de Dios; y los otros son hijos de los primeros que siendo cautivos del amor de las mugeres, tuvieron en ellas á los que propiamente llamamos los demonios. Así, segun Lactancio (13), hay dos géneros de demonios, celestes y terrenos. Los celestes son los ángeles, que habiendo sido engañados por el diablo, se dejaron cautivar de los amores impuros: los terrenos son los que nacieron

(1) Athenagor. Apolog. p. 29. (2) Clem. Alex. lib. vi. Stromat. (3) Origen. lib. iii. contra Celsum. (4) Jul. Firmic. de errorib. profan. Relig. c. 14. (5) Minucius Felix in Octavio. (6) Cypri. lib. de Idolol. cavil. (7) Tertull. Apolog. c. 22. Romantical et immundus spiritus esse: quod vel ex pabulis carum, sanguine, et fumo, et putridis rogas pecorum..... intelligi debuit. (8) Homer. Odys. v. (9) Homer. Iliad. xxiii. (10) Vide Homer. loco citato. (11) Virgil. Eneid. lib. iv. Et nunc magnos nisi sub terris ibit imago.

(12) Lucret. lib. i.

.....Eare subterita templa

Quo nupta permanent animae, neque corpore nostra,
Sed quaedam simulacra modis pulcherris miris.

(13) Lactant. lib. ii. cap. 14. Est (angelus ad tutelam humani generis a Deo missus), diabolus ex angelis Dei autem scilicet et ministris. Qui autem autem his procreant, quia neque angeli, neque homines fuerunt, sed mediam quandam naturam gerentes, non sunt ad inferos recepti, sicut nec in caelum parentis eorum. Ita duo genera daemonum sunt, unum caeleste, alterum terrenum: hi sunt immundi spiritus multorum que geruntur, auctores.

de los primeros; estos no fueron arrojados al infierno, y sus padres no han vuelto al cielo, de donde vinieron. Parece que San Agustín (1) cree que los ángeles rebeldes antes de su culpa tenían cuerpos celestes y espirituales, y que después de su caída fueron revestidos de cuerpos aereos; de suerte que al presente son capaces de sentir las impresiones del fuego: *Si transgressores illi antequam transgredierentur, caelestia corpora gerebant, neque hoc mirum est, si conversa sunt ex poena in aeream qualitatem, ut jam possint ab igne, id est ab elemento naturae superioris, aliquid pati.*

La misma opinion de Fausto de Riez se ve en una epístola que relató Mamerto Claudiano. Los griegos modernos sostuvieron en el concilio de Florencia (2) que los ángeles rebeldes, de espirituales que eran antes de su caída, se hicieron en alguna manera carnales y materiales: de donde proviene su inclinacion á los cuerpos, y la quietud que en ellos encuentran, como se ve en los poseidos, y en aquella legion de demonios, que pidió á Jesucristo le permitiese entrar en una manada de cerdos de donde igualmente proviene que serian atormentados en las llamas, y que sufriran la pena del fuego en el cuerpo material que los reviste. Estas son sus razones. S. Gerónimo (3) pone entre los errores de Orígenes haber creído que los demonios habian sido revestidos de cuerpos aereos en castigo de sus culpas: *Quod daemones ob delicta aereis corporibus sint vestiti.* Mas por común que haya sido en la antigüedad la opinion que atribuya cuerpos á los demonios, y por autorizada que esté todavía el día de hoy entre muchos pueblos, debe tenerse por cierto que los ángeles por su naturaleza son espirituales é inmateriales.

Por lo que toca á su caída, pueden distinguirse tres opiniones diferentes. La primera es, que los ángeles cayeron por su orgullo é insolencia contra Dios su criador, y por su envidia y odio contra el hombre. La segunda, que Lucifer ó el principio de los demonios, que en su primer estado se hallaba á la cabeza de todos los ángeles (4), cayó desde luego por su orgullo, y en seguida arrastró al crimen una parte de los otros, llevándolos á los amores impuros de las mugeres, y la tercera es la que pretenden que la caída de los ángeles inmediatamente proviene de este amor impuro, y de su disolucion con las hijas de los hombres.

La primera opinion, que es la única verdadera, está adoptada por los mas de los padres, atribuyendo los unos (5) la desgracia del demonio á la envidia que concibió contra el hombre que veis criado á imagen de Dios, y establecido como un pequeño dios sobre la tierra; los otros (6), al orgullo y vana complacencia que tuvo en sí mismo y en sus perfecciones, como si no las hubiera recibido de Dios; y los últimos á las dos causas: en efecto, estos dos vicios

(1) Aug. de Genes. ad litt. lib. ii. c. 17. Vide lib. vi. de Civit. c. 23. et lib. i. contra Academicos. c. 7. et lib. vi. de civitat. c. 9. (2) Graeci in concilio Florent. (3) Hieronymus. ep. ad Avictum. (4) Tertull. lib. v. contra Marcion. c. 10. et 18. Lectand. lib. ii. c. 8. Cyrill. Jernsal. Catech. 2. Gregor. Mag. lib. iv. Moral. c. 10. (5) Iren. l. iv. c. 78. Lact. l. ii. c. 78. Lact. l. vi. c. 8. Nyssen. Catech. c. 6. Method. apud Epiph. haeres. 64. Cyprian. apud. Aug. l. vi. de Baptismo. c. 8. Tertull. lib. de patient. c. 5. etc. (6) Aug. l. ii. c. 13. 14. et 15. de Genes. ad litt. et l. xii. de Civit. c. 5. Cassian. collat. 8. c. 10. alii passim.

Vi.
Caída de los
malos ange-
les.

siempre van acompañados: el orgullo es el padre de la envidia; el uno se complace en su propia excelencia, y el otro se entristece de la felicidad ó gloria de su prójimo.

Se disputa sobre el tiempo que intermedió entre el momento de la creación de los ángeles y de su caída. Los padres (1) que creyeron que los ángeles habían sido criados ántes del mundo, creyeron por consiguiente que permanecieron por mucho tiempo en el estado de gracia y de gloria en que fueron criados, es decir, hasta la creación cuando ménos de los seres corporales y sensibles, y sobre todo hasta la del hombre, que fué el principal objeto de su envidia, y el primer motivo de su caída. Los que juzgaron que el demonio no fué criado sino con el mundo sensible (2), están obligados á decir que fué muy corto el tiempo de su inocencia y de su gracia, supuesto que había ya caído cuando tentó á Eva en el paraíso muy poco después de ser formada. Los primeros (3) son de parecer que Dios concedió á los demonios y á las ángeles cierto tiempo para que reconocieran su culpa, y merecieran el perdón si hubieran querido; y los otros pretenden (4) que desde que su voluntad se fué tras la maldad, lo ejecutó de un modo tenaz y permanente, sin conversión alguna ni esperanza de perdón. El tamaño de su caída fué proporcionado á su elevación y á su virtud, y á la luz en que fueron criados; en lugar que la debilidad del hombre y la carne de que estaba rodeado, le alcanzaron el perdón y la gracia de la penitencia; *Homo vero ideico venian meruit, quia per carnale corpus aliquid, quo se ipso minor esset, accepit*, dice S. Gregorio el Grande (5).

La opinion que pone el origen de los demonios en el pretendido comercio que los ángeles tuvieron con las mugeres, no se funda mas que en el libro apócrifo de Henoc, contra el cual la antigüedad no ha empleado bastante precaucion, pues quiere que el príncipe de los demonios haya caído por su soberbia mucho tiempo ántes que los otros ángeles se corrompieran con las mugeres, y que ese príncipe de las tinieblas fué el primer autor de su caída (6); esa opinion se inventó únicamente para conciliar la Escritura que nos enseña que el demonio fué homicida desde el principio (7); que *por su envidia entró la muerte en el mundo* (8), y que el es quien tentó á Eva, y quien la arrastró á la desobediencia contra Dios: se inventó, digo, esa opinion para conciliar estas verdades con los delirios del libro de Henoc, cuya autoridad se respetaba entonces, porque se creía que S. Jódas lo había citado en su carta como canonico.

Aunque es indubitable que entre los demonios hay proporcio-

(1) *De Græci plerique*. Vide Petar. l. i. c. 15. de Angelis, et l. iii. c. 3. art. n. (2) Hugo de S. Victor sobre las Sentencias, tratado ii. 63. y Santo Tomas en la primera parte. q. 63. art. 2. creen que el demonio pecó inmediatamente después del primer instante de su creación. (3) *Nemes. l. de hominis opinio*, c. 1. *Damasceni. l. ii. c. 4. Rapet. de veteris scrip.* l. i. c. 3. et l. iii. de gloriâ. *Tertul. Centur.* collat. 8. c. 10. (4) *Geffrid. Vindicia. serm. l. de nativitat. Basili.* *Ut exis gratias fuerit altior, ejus curas fieret gratior.* Vide et *Gregor. Mag.* l. xxxi. *Morali.* c. 18. *Ideico peccata vite venia demanias est, quia magna sine computatione fuerat creatus.* (5) *Gregor. Mag.* l. ix. *Morali.* c. 25. (6) *Ambrós. in psalm.* cxviii. *serm. 7. collatum cum Apolog. David.* c. 1. et lib. de Noe et arca. c. 4. *Lactant. l. n. c. 6. Method. opus Epiphani. hæres.* 64. (7) *Joan. viii. 44.* (8) *Sap.* ii. 24.

malmente la misma subordinacion que entre los buenos ángeles, no pueden sin embargo notarse los grados, ni saber en lo que consiste. El Apóstol reconoce entre ellos los *principados*, las *potestades* los *principes del mundo* (1). En varios lugares del Evangelio (2) se habla de *Beelzebub, príncipe de los demonios*. En la parábola del fuerte armado, dice Jesucristo, que el demonio arrojado de su casa vuelve á ella con otros siete demonios mas malvados que él (3). Casi no (4) cree que conservan después de su caída algo de aquella subordinacion que tenían en el cielo ántes de su rebelion; ó que tienen entre sí el puesto y el grado que merece su maldad, ó el crimen en que se distinguen.

Mas esta subordinacion de los demonios de un menor grado respecto del príncipe de las tinieblas, no impide que todos estén en una verdadera dependencia de su criador. Ellos no pueden sin que Dios lo ordene, ejercer su furor contra los hombres, sino hasta aquel punto que se les permite. Satanás no tentó á Job, ni atacó sucesivamente sus bienes, sus hijos, y su persona, sino á medida de la permissão que obtuvo. Si Dios quiere ejercer su venganza contra una ciudad ó una nacion, envía para eso á los demonios: *Amisiones per angelos malos* (5); permite que Satanás inspire malos consejos, y que se ejecuten: por ejemplo, cuando el demonio inspiró á David el designio de hacer la enumeracion de su pueblo (6). El rey de Israel desprecia á los verdaderos profetas del Señor, y Satanás se ofreció á ser un espíritu de mentira en la boca de todos los falsos profetas (7). Zacarías (8) vió á Satanás en pie ante el tribunal de Dios, para acusar al gran sacerdote Jesús y hacerlo condenar, si un buen ángel no le hubiera cerrado la boca diciéndole: *Conténgate el Señor, jó Satanás!*

La Escritura comunmente atribuye á los demonios la causa de los males del cuerpo, la muerte, las enfermedades, y la mayor parte de las desgracias que acaecen á los hombres; las tempestades, la esterilidad, las guerras; y no puede dudarse que tengan en eso muchísima parte en vista de su maldad y odio contra los hombres. S. Pedro (9) representa á Satanás como un leon rugiente que por todas partes nos busca para devorarnos; y S. Pablo (10) lo pinta como un enemigo armado de dardos inflamados, con los que solicita herir, no nuestros cuerpos, sino nuestras almas. Muchos antiguos (11) han atribuido á cada hombre un ángel malo que continuamente le lleva al mal, así como tiene uno bueno que lo conduce al bien: opinion que habian tomado del libro de Hermas ó del Pastor (12), y de otro apócrifo que tal vez es el Apocalipsis de Abraham, citado por S. Epifanio (13).

Se nota esta misma opinion entre los filósofos (14), principalmente entre los estoicos, que admitian no solamente un buen ángel en-

(1) *Ephe.* vi. 12. (2) *Mat.* vii. 24. *Mar.* iii. 22. *Luc.* xi. 15, 18. (3) *Luc.* xi. 25, 26. (4) *Cassian. collat.* 8. c. 15. (5) *Psalm.* lxxvii. 49. (6) *1. Par.* xxi. 1. (7) *S. Reg.* xxv. 21. (8) *Zach.* iii. 1. 2. (9) *1. Petr.* v. 8. (10) *Ephe.* vi. 16. (11) *Origen. homil.* 35. in *Luc.* et lib. 3. de princip. c. 11. *Antioch. homil.* 61. *Nyssen. de vita Moisi.* p. 194. *Opus un.* pref. in *Matt. homil.* 5. (12) *Hermas. Pastor.* lib. ii. *mandat.* 6. (13) *Epiphani. hæres.* 39. *Sethian.* c. 5. (14) *Orph. Hymn. ad Musas.* Vide et *Plotarch. in Bruto* et *Sermones ad Virgil.* *Enclid.* vi.

Quisq; suæ palmæ mance.

cargado de la conducta de cada hombre, sino tambien uno malo cuyo grande empeño era dañarlo y arrastrarlo al desorden. Los Judíos aun el día de hoy, dan á cada hombre dos ángeles, uno bueno y otro malo (1). Mas la Iglesia cristiana no reconoce mas que un ángel de salud que nos da Dios desde nuestro nacimiento para que nos dirija; aunque confiesa que los malos nos rodean siempre muy empuñados en tentarnos, y aprovecharse de nuestros descuidos y debilidades. Orígenes (2) creyó que cada vicio tenia su mal ángel que lo presidia, de manera que hay uno de avaricia, otro de fornicacion, y otro de soberbia; y que mientras mas son nuestras inclinaciones viciosas, mas son tambien los ángeles malos que nos combaten, y cuando hemos conseguido vencer un vicio, el demonio que presidia en él, se retira como vencido y no se atreve á presentarse mas, á ménos que alentado por nuestra negligencia, regrese con otros siete espiritus peores que él, como dice el Salvador en el Evangelio de S. Lucas (3).

Algunos padres antiguos enseñan, que los malos ángeles después de su rebelion fueron echados del cielo, y desterrados al aire, donde deben permanecer hasta el día del último juicio, en el qual serán precipitados al abismo para no salir de él jamas. Atenágoras (4), segun el sistema que distingue á los malos ángeles y á los demonios, y que quiere que estos sean los lijos que los ángeles rebeldes tuvieron en las hijas de los hombres: Atenágoras, digo, pone á los ángeles en el aire, y á los demonios al rededor de la tierra, en donde inspiran á los hombres todo el mal de que están llenos. Filon el judío (5), Tertuliano (6), y algunos otros los colocan indefinidamente en el aire con los ángeles buenos; pero S. Agustín (7) cree que cayeron de la parte mas pura y mas alta del aire á la que está mas cerca de la tierra, que es meramente tinieblas en comparacion de la serenidad y claridad de aquella en que antes estaban; de donde proviene tambien que los llame S. Pablo *principes de las tinieblas* (8). Y S. Geronimo, escribiendo sobre estas mismas palabras de la epistola á los de Efeso (9), dice ser opinion constante de todos los doctores de la Iglesia, que el aire que está entre el cielo y la tierra está lleno de malos espiritus: *Hæc autem omnium doctorum opinio est, quod aer iste, qui coelum et terram medius dividens, inane appellatur, plenus sit contrariis fortitudinibus.*

Allí es donde ejercen el imperio contra los hombres, transfiriéndose en ángeles de luz, excitando tempestades, y observando todos los medios de tentarnos y de sorprendernos. S. Pablo los llama (10) tambien *potestades del aire*, y S. Juan Crisóstomo (11) dice que no han perdidó aun despues de su caída el imperio que Dios les dió sobre el aire en el principio. Mas otros padres creen (12) que cayeron de ese poder, y que si permanecen el día de hoy

(1) Buzorf. Synagóg. c. 10. Barnabé, Hist. de los Judíos, l. vi. c. 9. art. 14. (2) Orig. homil. 15. in Joann. (3) Luc. xi. 26. (4) Athenagor. Legat. pro Christianis. (5) Philo, l. de Gigantib. et lib. de confus. linguar. (6) Tertull. Apolog. cap. 13. (7) Aug. lib. iii. de Genes. ad lit. c. 10. (8) Hebr. vi. 2. (9) Hieron. in Epist. vi. 12. (10) Ephes. vi. 2. (11) Chrysost. in Epist. vi. homil. 4. (12) Theodor. et Euseb. in eodem loco.

en el aire es para estar allí atormentados (1) esperando el día del juicio, en el que deben ser precipitados al abismo. Otros (2) sostienen que los mas de los demonios están en el infierno, y que pocos están sobre la tierra ó en el aire para ejercitar y tentar á los hombres.

Por último, los apóstoles S. Pedro y S. Júdas parecen decir que los ángeles rebeldes fueron arrojados al infierno. *Dios no perdonó á los ángeles que pecaron, sino que los precipitó en el abismo* (literalmente, en el tartaro), *dónde las tinieblas les sirven de cadenas para retenerlos allí como en reserva hasta el juicio.* Esto es el texto de S. Pedro (3). El de S. Júdas dice (4): *El Señor tiene atados con cadenas eternas en las tinieblas, y reservados para el juicio del gran día á los ángeles que no conservaron su primera dignidad, sino que abandonaron su propio domicilio.* Mas S. Agustín (5), S. Gregorio el Grande (6), el venerable Beda (7), Ruperto (8), Pedro Abelardo (9), entienden esto del aire inferior, que en comparacion del cielo puede mirarse como un abismo, y como el infierno es respecto de nosotros; opinion que sin embargo no es seguida de los teólogos, de quienes los mas enseñan que los demonios fueron realmente precipitados en el infierno, aunque allí no están encerrados de tal manera que no salgan alguna vez á tentarnos; y S. Juan en el Apocalipsis (10) nos representa al principio de los demonios atado y arrojado en el abismo sin poder salir de él hasta pasados mil años. Pero quien nos explicará todas las figuras del Apocalipsis, y quien nos enseñará con toda seguridad lo relativo al estado de los demonios? Es necesario convenir en que no tenemos sobre eso sino conjeturas y opiniones muy inciertas.

Los demonios que se quejaban de que Jesucristo habia venido á atormentarlos antes de tiempo (11), y que le suplicaban que no los precipitara en el abismo (12), parecen insinuar que sobre la tierra gozaban de algun descanso, y que estimaban como su soberana infelicidad ser desterrados al infierno. Y ciertamente hay muchos padres antiguos que creen que los demonios son realmente condenados al fuego eterno; pero que no sufrirán la pena con aquellos á quienes han seducido, sino despues del día del juicio: *Desperata conditio eorum ex prædammatione, solutium reputat fruetudo interim malignitates de poenae mora, dice Tertuliano* (13). S. Justino mártir (14), Minucio Felix (15), Lactancio (16), Taciano (17), Orígenes (18), Nemesio (19), S. Agustín (20), S. Geronimo (21), y otros muchos (22) atestiguan lo mismo; y el Salvador parece insinuarlo en

(1) Vide Rupert. in Genes. c. 17. (2) Euseb. Præpar. l. 7. (3) 2. Petr. 11. A. Deus angelis peccantibus non peperit, sed eandem inferni (Sic, colligunt) detractos in tartarum, spissidit, et servavit, in ultimum reservari. La palabra, *servavit* no está en el griego. (4) Judas V. 6. *Angeli vero qui non servaverunt suam principatum, sed servaverunt suum domicilium, in judicium magni dicitur, vincula eterna sub colligine reaverit.* (5) Aug. in psalm. cxlii. (6) Gregor. Magn. l. iii. Moral. cap. 17. (7) Beda in 2. Petr. ii. (8) Rupert. in Genes. 17. (9) Alsiard. Introduct. ad Thales. c. 17. (10) Apoc. xx. 1. et seqq. (11) Marc. viii. 29. (12) Luc. xii. 31. (13) Tertull. Apolog. c. 27. (14) Justin. Mart. Apolog. viii. (15) Minuc. Felix in Octavius. (16) Lactanc. l. vi. Institut. c. 26. (17) Tacian. oral. contra gentes. (18) Origen. homil. 8. in Exod. et l. de Præcep. c. 6. etc. (19) Nemes. de natur. homin. c. 1. (20) Aug. l. xii. de Civit. deo. vii. Item l. xii. c. 10. 13. et alibi sæpe. (21) Hieron. in Isai. xxv. (22) Vide Petrus. lib. iii. de Evang. c. 4. art. 13. et seqq.

el Evangelio cuando dice que el día del juicio se dirá á los condenados: *Id, malditos, al fuego eterno que está preparado, ó que se ha preparado, al diablo y á sus ángeles* (1). El fuego estaba pues simplemente preparado para el demonio, mas aun no sufre la pena.

Pero no debe imaginarse que actualmenté esté el demonio en un estado exento de pena, y que su castigo no deba comenzar sino hasta el día del juicio. Uno es el fuego que ahora sufre, y otro el que sufrirá despues del último día, dice S. Gregorio papa (2). Ya está lleno de dolor y de desesperacion por su condenacion, á que fué sentenciado luego que se rebeló; pero despues del día del juicio sufrirá realmente la pena de fuego eterno que desde el principio le está preparada: *Desiuita quidem, dice S. Bernardo, sed nondum promulgata sententia est. Denique jam dialoto ignis paratur, etsi noitum ille precipitatus in ignem, modico adhuc tempore sinitur malignari* (3). La certidumbre del suplicio futuro es desde ahora para el un suplicio anticipado. Esta es la opinion de casi todos los antiguos, como lo notan Maldonado (4) y el P. Petavio (5).

El venerable Beda (6) es quizá el único de los antiguos que sostiene que los demonios están actualmenté atormentados con el fuego, en donde quiera que estén: *Ubiunque vel in aere volitant, vel in terris, aut sub terris vagantur, sine detinentur, suarum secum ferunt semper tormenta flammaram instar fabricantur*. Su opinion sin embargo es el día de hoy generalmente recibida en la escuela, aunque teólogos sabios pretenden que la opinion contraria sostenida como se ha visto por los antiguos padres, no puede juzgarse errónea, no teniendo cosa contraria á la Escritura, y no habiendo sido reprobada por algun concilio; porque la decision del de Florencia (7), dice que las almas de los que mueren en pecado mortal, desde luego son entregadas al fuego eterno, no reayo sobre las penas de los demonios; y santo Tomas (8), que condenó como errónea la opinion de los que defienden que las almas de los pecadores no sufrirán la pena del fuego sino despues del juicio final, no se atrevió á decir cosa alguna contra los que niegan la de los demonios.

IX.
Supplicio de
los demonios

Los padres y teólogos están divididos sobre la naturaleza del fuego que debe abrasar á los demonios y á los réprobos en el infierno (9). Origenes en varios lugares ha enseñado (10), que las llamas del infierno, así como los gusanos que roen á los condenados, no son reales. S. Ambrosio dice lo mismo: *Nec corporatum ardor aliquis dentium, nec ignis aliquis perpetuus flammaram corporalem, neque vermis est corporalis* (11). „Ese fuego, añade, no es otro que el dolor de los pecados; y el gusano son los remordimientos de la conciencia: *Ignis est, quem general moestitia delictorum; vermis est, eo quod animae peccata mentem rei, sensumque compungunt, et quaedam excedunt viscera conscientiae*.” S. Gero-

[1] *Matt. xiv. 41.* [2] *Greg. Magn. l. vi. Moral. c. 10.* [3] *Bernard. serm. de transitu euveti Malactine.* [4] *Maldonat in Matt. xxv. 41.* [5] *Petavio. l. vi. de theologia, c. 4. art. 18.* [6] *Beda in Jueub. vi.* [7] *Concil. Florent. de vero fidei.* [8] *D. Thom. in 1. partem, quest. 85. art. 4. ad 3.* [9] Este artículo está sacado del comentario de Calaneo sobre el Eclesiástico vi. 19. al que el mismo nos remite sobre este punto. [10] *Origen. homil. 13. in Exod. et lib. ii. de Princip. c. 11.* [11] *Ambrosio. lib. vi. in Luc. c. 14.*

nimo dice ser opinion de muchos que ese fuego y ese gusano solamente consisten en los remordimientos y amargura de la conciencia: *Vermis qui non morietur, et ignis qui non extinguitur, a plerisque conscientia accipitur peccatorum* (1). S. Juan Damasceno (2) igualmente dice que los condenados serán arrojados, no á un fuego material como el nuestro, sino tal cual Dios sabe. Efectivamente, los hombres no saben cual será un fuego que no es material. S. Gregorio Niseno (3) sostiene todavia con mas expresion el fuego metafórico. En general esa opinion ha sido y es hoy bastante comun entre los Griegos, quienes en el concilio de Florencia sostuvieron que el fuego del purgatorio que es el mismo que el del infierno, no era un fuego verdadero y real.

Por ambas opiniones es citado S. Agustin. En el libro de la Ciudad de Dios (4), dice que la llama en que se hallaba el rico avariento, era de la misma naturaleza que los ojos que levantaba el cielo, y que la lengua sobre la cual pedía que Lázaro dejara caer una gota de agua; es decir, que todo eso era espiritual, como las cosas que pasan en sueño ó en vision: *Talem fuisse illam flammam, quales oculi quos levavit. Sic ergo incorporalis et illa flamma quae exarsit, et illa guttula quam poposcit, qualia etiam sunt visa dormientium, sive in extasi, &c.* Pero el mismo santo dice claramente en el mismo lugar, y tambien en otros (5), que el fuego del infierno es corporal y sensible, y que las almas separadas del cuerpo, y los demonios, aunque inmateriales, no dejarán de ser atormentados del mismo modo que las almas que están unidas á los cuerpos padecen dolor con ocasion de lo que pasa en el cuerpo que animan: *Cur enim non dicamus, quancis miris, tamen veris modis, etiam spiritus incorporeos posse poenae corporalitis ignis affligi; si spiritus hominum etiam ipsi profecto incorporei et nunc poterant includi corporalibus membris?* Qué impide que los demonios estén sujetos inseparablemente al fuego del infierno, así como nuestras almas están inseparablemente unidas á nuestros cuerpos? La única diferencia será que nuestras almas dan vida á nuestros cuerpos, mas el fuego solamente dará tormento á los demonios, sin darles vida: *Adhaerebunt ergo spiritus daemonum, imo spiritus daemonis, licet incorporei, corporeis ignibus cruciandi, non ut ignes ipsi quibus adhaerebunt, eorum junctura inspiciantur et animalia sunt, sed ut dixi, miris et ineffabilibus modis adhaerendo, accipientes ex ignibus poenam non dantes ignibus vitam.*

San Gregorio el Grande tambien enseña expresamente, que el fuego del infierno es corporal: *Gehennae ignis, cum sit corporeus, et in se missos reprobos corporaliter exurat, nec stulto humano succenditur, nec lignis nutritur, sed creatus semel, durat inextinguibilis, &c.* (6). Y en sus diálogos (7) inculca la misma doctrina, y examina como un fuego corporal puede obrar sobre los espíritus que están independientes de la materia. S. Cipriano nos describe el fuego del infierno como un abismo humeante, donde está encer-

(1) *Hieron. in Isai. xxvi. col. 514. var. edit.* (2) *Damasc. lib. iv. de Fide, cap. 11.* (3) *Greg. Nis. de animarum resurrectione.* (4) *Lib. xxi. cap. 10.* (5) *De Fide et Operibus, c. 15.* (6) *Gregor. Magn. lib. xv. Moral. cap. 29. p. 482. var. edit.* (7) *Dialog. l. iv. c. 23.*

tado un fuego cruel y devorador: *Cruciantibus flammis per horrendam spissae caliginis noctem, sacra semper incendia camini fumantis* (1). S. Juan Crisóstomo (2) nos representa en el infierno los rios de llamas y olas de fuego que envuelven y atormentan á los condenados sin consumirlos. S. Gerónimo ya citado manifiesta claramente su juicio en su comentario sobre S. Mateo (3), donde dice que ese fuego es real y abrasador, pero no claro y brillante como el nuestro. A los padres pueden agregarse los mas de los escolásticos que comunmente enseñan lo mismo. De manera que puede concluirse haber sido esta la opinion dominante en la Iglesia latina, así como lo ha sido la contraria en la griega, aunque la primera es mejor fundada que la segunda.

Hemos hablado por incidencia del número de los demonios cuando tratamos del de los ángeles. En cuanto al culto de aquellos, la Escritura echa en cara á los Hebreos el haberles ofrecido sacrificios (4), y les reprende el haber imitado á los cananeos, inmolándoles sus hijos (5). En el Levítico (6) prohibe Moisés á los Israelitas el ofrecer al demonio como ántes sus víctimas; pero el hebreo pone á los vellados ó á los machos cabrios; y los machos cabrios ó los vellados de que habla Moisés, eran versísimilmente los dioses de los Mendecianos en Egipto (7). El Salmista dice, que todos los dioses de las naciones son demonios (8); pero la palabra hebrea que los Setenta y la Vulgata ponen en lugar de demonios, no significa propiamente sino *vanos ídolos y dioses nulos*.

Por lo demás los padres han creído con razon que los demonios hacían que los gentiles les diese en los ídolos un culto sacrilego. Estos efectivamente eran verdaderos demonios que habitaban en los templos de los paganos, los que allí daban falsos oráculos, y los inventores y promotores de la vana religion de los ídólatras. Pero puede decirse que la intencion de esos pueblos fué tributar un culto supremo al enemigo del género humano, al que conocemos con el nombre de *Satanas*. Es cierto que los paganos no tenían sino unas ideas muy confusas; y los dioses infernales á quienes ofrecían los sacrificios, así como á los dioses del cielo y del mar, eran muy diferentes de lo que llamamos *los demonios*, y de lo que ellos mismos llamaban *malos genios* (9).

Sin embargo es indubitable que los Persas tributaban honores soberanos al demonio, á quien tenían por un mal príncipe, y que reconocían en la naturaleza dos dioses, el uno bueno y el otro malo; el primero se llamaba *Horomas*, y el segundo *Ariman*: á Horomas se ofrecían los sacrificios de acciones de gracias, y á Ariman sacrificios para desviar los males que intentara hacer; y he aquí las ceremonias de esos sacrificios. Hay allí una yerba nombrada *Omani*, la que machacaban en un mortero, invocando al dios del infierno y de las tieblas: le mezclaban sangre de un lobo que se

(1) *Cyprian. de Laude martyrii.* (2) *Cleyp. Homil. 44, et 55. in Matt. et homil. 13. in epist. ad Rom. et homil. 4. in epist. ad Ephes.* (3) *Hieron. in e. x. Matt.* (4) *Deut. xxxii. 17. Baruch. iv. 7.* (5) *Paul. cor. 37.* (6) *Levit. xvii. 7. Daemonibus.* (Hebr. *pidonim, vel hircia*) (7) *Hierodot. lib. ii. cap. 46. Strab. Diabolos. Blaud. alibi.* (Hebr. *pidonim, vel hircia*) (7) *Hierodot. lib. ii. cap. 46. Strab. Diabolos. Blaud. alibi.* (8) *Psalm. xcvi. 5. Omnes dei gentium demonia. xxx. Hebr. vana idola.* (9) *Platerch. de Iude et Ostride. Stanley, tom. ii. part. xv. c. 6.*

había degollado; y despues llevaban esta composicion á un lugar á donde los rayos del sol no podían penetrar; allí la ponían y la dejaban.

Tambien se asegura, que ciertos pueblos de América ofrecían al demonio víctimas y candelas para desviar los efectos de su cólera, y evitar los males de que estaban amenazados, lo que es el colmo de la ignorancia y de la supersticion. S. Agustín en cien lugares supone que los paganos tributaban solemnnes honores á los demonios: *Omnes gentes sub daemonibus erant; daemonibus templa fabricata sunt; daemonibus aras constructae; daemonibus sacerdotes instituti; daemonibus oblata sacrificia, &c.* (1). En otra parte dice (2) que los príncipes introdujeron entre los hombres el culto de los demonios; y que los Romanos ordenaron (4) que con sacrificios se invitase á los buenos genios, y se aplacasen á los malos, aquellos que habian erigido templos á la Palidez y á la Fiebre. Es indispensable pues reconocer que en la falsa religion han tributado los paganos honores divinos al demonio.

DISERTACION

SOBRE

LAS OBSESIONES Y POSESIONES DEL DEMONIO.

Los enemigos antiguos de la religion cristiana, convencidos por la evidencia de los milagros que veían hacer á Jesucristo, á los apóstoles y á los primeros cristianos, no se atrevían á contestar la verdad; contentábanse con atribuirlos ó á la magia ó á ciertos secretos naturales. A los milagros del Salvador y de los apóstoles oponían los de los falsos dioses y los de los héroes del paganismo. Los Judíos decían que Jesucristo en nombre de Beelzebub lanzaba los demonios; los paganos comparaban las pretendidas milagrosas curaciones de Esculapio á las de Jesucristo, y las maravillas de Apolonio Tineo á las de los apóstoles.

Al presente los pretendidos espíritus fuertes se valen de la filosofia para poner en duda ó eludir los milagros que refiere la Escritura. Hoy se pretende encontrar en los secretos de la naturaleza, en el conocimiento de los simples, en los resortos de la imaginacion, en las falsas preocupaciones de la niñez y de la educacion, en las reglas del movimiento, y en la reduccion de las pre-

Diferente conducta que han observado los incrédulos antiguos y modernos para eludir el testimonio de los milagros. Objeto y division de esta disertacion.

(1) *Aug. in ps. xcvi. n. 6. et alibi non semel.* (2) *Aug. de Cit. lib. v. c. 52.* (3) *Aug. de cœlesti Evang. l. i. c. 18. Qui et daemones invitandos; et daemones placandos movent.*

tado un fuego cruel y devorador: *Cruciantibus flammis per horrendam spissae caliginis noctem, sacra semper incendia camini fumantis* (1). S. Juan Crisóstomo (2) nos representa en el infierno los rios de llamas y olas de fuego que envuelven y atormentan á los condenados sin consumirlos. S. Gerónimo ya citado manifiesta claramente su juicio en su comentario sobre S. Mateo (3), donde dice que ese fuego es real y abrasador, pero no claro y brillante como el nuestro. A los padres pueden agregarse los mas de los escolásticos que comunmente enseñan lo mismo. De manera que puede concluirse haber sido esta la opinion dominante en la Iglesia latina, así como lo ha sido la contraria en la griega, aunque la primera es mejor fundada que la segunda.

Hemos hablado por incidencia del número de los demonios cuando tratamos del de los ángeles. En cuanto al culto de aquellos, la Escritura echa en cara á los Hebreos el haberles ofrecido sacrificios (4), y les reprende el haber imitado á los cananeos, inmolándoles sus hijos (5). En el Levítico (6) prohibe Moisés á los Israelitas el ofrecer al demonio como ántes sus víctimas; pero el hebreo pone á los vellados ó á los machos cabrios; y los machos cabrios ó los vellados de que habla Moisés, eran versísimilmente los dioses de los Mendecianos en Egipto (7). El Salmista dice, que todos los dioses de las naciones son demonios (8); pero la palabra hebrea que los Setenta y la Vulgata ponen en lugar de demonios, no significa propiamente sino *vanos ídolos y dioses nulos*.

Por lo demás los padres han creído con razon que los demonios hacían que los gentiles les diese en los ídolos un culto sacrilego. Estos efectivamente eran verdaderos demonios que habitaban en los templos de los paganos, los que allí daban falsos oráculos, y los inventores y promotores de la vana religion de los ídólatras. Pero puede decirse que la intencion de esos pueblos fué tributar un culto supremo al enemigo del género humano, al que conocemos con el nombre de *Satanas*. Es cierto que los paganos no tenían sino unas ideas muy confusas; y los dioses infernales á quienes ofrecían los sacrificios, así como á los dioses del cielo y del mar, eran muy diferentes de lo que llamamos *los demonios*, y de lo que ellos mismos llamaban *malos genios* (9).

Sin embargo es indubitable que los Persas tributaban honores soberanos al demonio, á quien tenían por un mal príncipe, y que reconocían en la naturaleza dos dioses, el uno bueno y el otro malo; el primero se llamaba *Horomas*, y el segundo *Ariman*: á Horomas se ofrecían los sacrificios de acciones de gracias, y á Ariman sacrificios para desviar los males que intentara hacer; y he aquí las ceremonias de esos sacrificios. Hay allí una yerba nombrada *Omani*, la que machacaban en un mortero, invocando al dios del infierno y de las tieblas: le mezclaban sangre de un lobo que se

(1) *Cyprian. de Laude martyrii.* (2) *Cleyp. Homil. 44, et 55. in Matt. et homil. 13. in epist. ad Rom. et homil. 4. in epist. ad Ephes.* (3) *Hieron. in e. x. Matt.* (4) *Deut. xxxii. 17. Baruch. iv. 7.* (5) *Paul. cor. 57.* (6) *Levit. xvii. 7. Daemonibus.* (Hebr. *pidáim*, vul. *hircia*) (7) *Hierodot. lib. ii. cap. 46. Strab. Diabol. Blaud. alii.* (8) *Psalm. xcv. 5. Omnes dei gentium demonia. xxx. Hebr. vana idola.* (9) *Platerch. de Iude et Ostride. Stanley, tom. ii. part. xv. c. 6.*

había degollado; y despues llevaban esta composicion á un lugar á donde los rayos del sol no podían penetrar; allí la ponían y la dejaban.

Tambien se asegura, que ciertos pueblos de América ofrecían al demonio víctimas y candelas para desviar los efectos de su cólera, y evitar los males de que estaban amenazados, lo que es el colmo de la ignorancia y de la supersticion. S. Agustín en cien lugares supone que los paganos tributaban solemnnes honores á los demonios: *Omnes gentes sub daemonibus erant; daemonibus templa fabricata sunt; daemonibus aras constructae; daemonibus sacerdotes instituti; daemonibus oblata sacrificia, &c.* (1). En otra parte dice (2) que los príncipes introdujeron entre los hombres el culto de los demonios; y que los Romanos ordenaron (4) que con sacrificios se invitase á los buenos genios, y se aplacasen á los malos, aquellos que habian erigido templos á la Palidez y á la Fiebre. Es indispensable pues reconocer que en la falsa religion han tributado los paganos honores divinos al demonio.

DISERTACION

SOBRE

LAS OBSESIONES Y POSESIONES DEL DEMONIO.

Los enemigos antiguos de la religion cristiana, convencidos por la evidencia de los milagros que veían hacer á Jesucristo, á los apóstoles y á los primeros cristianos, no se atrevían á contestar la verdad; contentábanse con atribuirlos ó á la magia ó á ciertos secretos naturales. A los milagros del Salvador y de los apóstoles oponían los de los falsos dioses y los de los héroes del paganismo. Los Judíos decían que Jesucristo en nombre de Beelzebub lanzaba los demonios; los paganos comparaban las pretendidas milagrosas curaciones de Esculapio á las de Jesucristo, y las maravillas de Apolonio Tineo á las de los apóstoles.

Al presente los pretendidos espíritus fuertes se valen de la filosofia para poner en duda ó eludir los milagros que refiere la Escritura. Hoy se pretende encontrar en los secretos de la naturaleza, en el conocimiento de los simples, en los resortos de la imaginacion, en las falsas preocupaciones de la niñez y de la educacion, en las reglas del movimiento, y en la reduccion de las pre-

Diferente conducta que han observado los incrédulos antiguos y modernos para eludir el testimonio de los milagros. Objeto y division de esta Diertacion.

(1) *Aug. in ps. xciv. n. 6. et alibi non semel.* (2) *Aug. de Cit. lib. v. c. 52.* (3) *Aug. de catech. Evang. l. i. c. 18. Qui et daemones invitandos; et daemones placandos monet.*

tendidas hipérbolas de la Escritura á su sentido sencillo y natural, el medio de salvar todas las dificultades, y explicar natural y simplemente los hechos mas extraordinarios y mas prodigiosos que refieren los libros santos.

Nos limitaremos en este lugar á las obsesiones y á las posesiones del demonio: y para responder á los vanos ratiocinios de los incrédulos, estableceremos contra ellos, lo 1.^o la posibilidad de las obsesiones y posesiones del demonio; lo 2.^o la realidad de las posesiones que refiere el Evangelio. Como tenemos que tratar ahora con filósofos, poco nos serviremos de la autoridad de los padres, sin embargo de ser tan respetable. Con la sola razon se nos ataca, y con la razon debemos defendernos y confundir á nuestros contrarios.

ARTICULO PRIMERO.

Possibilidad de las obsesiones y posesiones del demonio probada contra los incrédulos.

El incrédulo, para negar mas fácilmente la realidad de las posesiones que refiere el Evangelio, comienza por poner en duda su posibilidad; debe, pues, mostrarse que son posibles, y después no habrá dificultad en probarle que son reales.

Los demonios son substancias puramente espirituales, incapaces de obrar inmediatamente por sí mismas sobre los cuerpos: luego las obsesiones, dice el incrédulo, son naturalmente imposibles; y si se quiere que sean posibles, y que haya tambien algunas reales, deben tenerse por milagrosas.

Gustosos convendremos en que las posesiones son naturalmente imposibles, es decir, imposibles en el orden comun de las cosas naturales. Efectivamente, el demonio jamas ocupa á un hombre por su propia virtud, por su autoridad ó por su poder natural; sino que siempre lo ejecuta por el poder de Dios, que se lo permite ó se lo manda. Pero este efecto del poder de Dios es sobrenatural, esto es, superior á las fuerzas de la naturaleza, ó es solamente extraordinario, es decir, fuera del orden comun de las cosas naturales. ¿Es un milagro propiamente tal? ¿Es solamente un prodigio, esto es, un suceso extraordinario, pero no superior á las fuerzas de la naturaleza? Esto es lo que no discutiremos. A la verdad si en eso hay algun milagro, no es mayor que el de la union de nuestra alma con nuestro cuerpo, y el de la dependencia mútua de los movimientos y sentimientos del uno y del otro. Lo que hizo Dios estableciendo esta union y esta reciproca dependencia de nuestra alma y de nuestro cuerpo, puede hacerlo permitiendo las obsesiones ó posesiones. Asi como nuestra alma obra sobre el cuerpo á que está unida, puede tambien obrar el demonio sobre el cuerpo que posee. Eso si se quiere, llámese un milagro; pero nos basta que á lo ménos en ese sentido las obsesiones y posesiones sean muy posibles (1).

(1) Puede verse lo que dice Calmet en su *Disertacion sobre los milagros, que está*

Mas conviniendo, dice el incrédulo, en que las obsesiones y posesiones no pueden ser sino un singular efecto del poder de Dios que concede esa facultad al demonio, y que este efecto puede mirarse tambien como milagroso, ¿semejante milagro será digno de Dios? Parece que no hay razon alguna que le obligue á dar ese poder al demonio. Eso pareciera obrar de concierto con este enemigo de su gloria y del género humano; escandalizaria á los débiles, haciéndoles formar un alto concepto del poder del demonio, que alguna vez se burla de los ejercicios y de todo lo mas santo que hay en la religion; y finalmente, multiplicaria los milagros sin necesidad; porque ¿cuántos milagros deben suponerse en un estado que necesariamente debe ser milagroso?

Así discurren los espíritus soberbios y presuntuosos que se atreven á medir sus luces con las de Dios. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar lo que es digno ó indigno de Dios? Nada hay esencialmente indigno de su Magestad, que es la misma justicia y verdad, sino lo que se opone á estas. Cuando Dios concede ese poder al demonio, su fin puede ser ó castigar al pecador, ó probar al justo, ó hacer que brille su propia gloria; y muy lejos de obrar en esto acuerdo con el enemigo de ella, es al contrario conveniente concederle ese poder; porque su gloria resplandece tambien, ó probando al justo, ó castigando al pecador. Y esto no es por su parte obrar de concierto con el enemigo del género humano; sino solamente servirse de él como de un vil esclavo para la ejecución de sus designios siempre justos y siempre santos. Tampoco es exponer los débiles al escándalo dándoles una altísima idea del poder del demonio, porque por otra parte, tienen suficientes pruebas para convencerse de la debilidad del poder de este enemigo, que no puede mas que lo que Dios le permite, y sobre el cual el Espíritu divino siempre conserva un poder superior al que por fuerza debe rendirse. Finalmente, si por permitir las posesiones parece que Dios multiplica las obras sobrenaturales, que son los efectos de su poder supremo, ¿quiénes somos nosotros para pretender que en ese caso pueda decirse, que multiplica los milagros sin necesidad? Admiramos las maravillas de su poder, y no intentemos prescribirle límites.

Pero si se admite, dice el incrédulo, que el demonio realmente ocupa á un enérgimen, deben reconocerse en este hombre simultaneamente, por decirlo así, dos principios de accion; es decir,

el principio del Estado toro u. quito axioma en el § 11. lo que pertenece al poder de los espíritus sobre el cuerpo. Nota que es difícil determinar positivamente hasta donde se estende este poder, y distinguir lo que hay de natural ó sobrenatural en las operaciones sensibles que de él resultan. Observa que la voluntad divina es la naturaleza de las cosas: pretende mostrar que es voluntad de Dios que en general los espíritus puedan obrar sobre los cuerpos, y de ahí concluye que aquellos pueden naturalmente y sin milagro obrar hasta cierto punto sobre estos; es decir, que los espíritus tienen para ello un poder natural; pero del que no pueden usar sino por la permission de Dios. He aquí por qué en su *Disertacion sobre las posesiones*, después de largo deca, como una cuestion indecisa, si las posesiones son por sí mismas milagrosas; y á continuacion afirma tambien no ser un milagro la posesion de un hombre. Nosotros no admitimos aqui esta última proposicion, sino que dejemos la cuestion indecisa; porque en substancia nos basta que las posesiones sean posibles, á lo ménos en el orden sobrenatural, y que el demonio no pueda ejecutarlas sino por la permission de Dios; poco nos importa, saber si ese poder le es natural ó sobrenatural, pues eso no es mas que una cuestion de palabras.

Las obsesiones y posesiones del demonio nunca tienen origen de Dios que se las permite. Algunas veces contribuyen para el castigo del pecador ó prueba del justo, y siempre para gloria del mismo Dios.

No hay inconveniente

para ejercer en una posesión dos principios de acción. El demonio no obra sobre el cuerpo y por medio del cuerpo sino tanto cuanto Dios le permite.

Deberán reconocerse en este hombre dos principios de obrar; pero su concurso es mucho mas difícil de conciliar, que lo que experimentamos todos siempre que á un mismo tiempo somos agitados por diversos deseos ó diferentes pasiones, ó afectados por la presencia de diversos objetos? Un poseído no es movido y agitado continuamente por el demonio. La voluntad humana á su vez domina sobre los movimientos del cuerpo; ella resiste al demonio y lo combate. Y aun cuando se concediera que las operaciones de la libertad del alma quedaran suspensas y encadenadas, de suerte que durante la obsesión actual no tenia uso alguno de sus conocimientos y de su libertad, ¿qué podría inferirse de eso? ¿No estamos mirando continuamente unas personas que hablan y que obran por la noche durmiendo, otras que andan y que se visten durante el sueño, sin acordarse de eso al despertar, y sin que haya tenido parte su espíritu y su libertad? No hay en eso ni milagro ni inconveniente. Lo mismo, pues, sucede en las acciones de los endemoniados: su alma está como dormida, y suspensas sus operaciones. El cuerpo entregado entonces al poder del demonio, sufre lo que Dios permite que le haga. Porque así como por sí mismo es incapaz de poder algo sobre el cuerpo de algun hombre, así tambien el poder que Dios le concede tiene sus límites que no pueda traspasar; sea que los dos principios que obran entonces sobre el cuerpo se combatan ó no, no sufrirá ni mas ni menos, porque su poder es limitado.

Pero, pregunta el incrédulo, ¿de qué no es capaz un demonio hecho ya dueño de un cuerpo? ¿Qué no dirá, qué no ejecutará? ¿A dónde llevará ese cuerpo? ¿Las historias nos muestran algo que corresponda á lo que en esto concebimos? ¿Qué descubrimientos por medio de tal demonio! ¿Qué fondos de conocimientos se obtendrán! Cuestiones vanas destruidas con estas dos palabras: el poder del demonio es limitado, y no podrá decir ni hacer sino lo que Dios le permita.

Así consideradas las posesiones, en sí mismas son posibles á lo menos en el orden sobrenatural: en ellas no hay cosa indigna de Dios, ni que sea incompatible con la naturaleza del hombre, y sus efectos son limitados por el poder de aquel que las permite.

El incrédulo aquí nos presenta nuevas objeciones. Alguna vez se ven, dice, niños bautizados y personas muy inocentes, que se aseguran estar ocupadas por el demonio. ¿Será creíble que Dios haya permitido ó ordenado semejantes obsesiones! ¿No sería mejor recurrir á otras explicaciones, y decir, por ejemplo, que esas son enfermedades! Porque eso no puede ser en castigo de tales personas suponiéndose inocentes; ni puede ser para probarlas, pues los niños careciendo del uso de la razon, ningún provecho sacarán de esas pruebas.

Mas aquí puede aplicarse lo que Jesucristo dice en el Evan-

geño con ocasion del ciego de nacimiento de quien le hablaban sus discipulos preguntándole (1): Señor, ¿quien ha pecado, este ó sus padres, y quien es la causa de que haya nacido ciego? Jesus les responde: Ni este ha pecado ni sus padres; esto ha sucedido á fin de que en él resplandecan las obras de Dios. Con respecto á los endemoniados tambien debe decirse, que el permitir Dios que caigan en ese estado, no es ni por castigarlos ni por probarlos, sino cuando ménos para manifestar en ellos las obras de su poder: *Ut manifestentur opera Dei*. Cuando aquellos que padecen semejante desgracia no sacaran provecho de ella, basta que otros puedan aprovecharse para su salvacion. En una palabra, sean los que fueren aquellos que Dios entrega á este estado, niños ó adultos, inocentes ó culpables, Dios sabe por qué los allige, y no nos toca prescribirle límites, ni pedirle razon de su conducta.

Pero, insta el incrédulo, si el manifestar Dios las obras de su poder es la causa de permitir los endemoniados, ¿por qué estos no se ven en todos tiempos y lugares! ¿Por qué hay naciones enteras donde no se conoce un poseído! ¿Por qué estos no se encuentran mas que en los pueblos supersticiosos ó entre personas de un sentido débil y de un espíritu enfermizo? ¿Las personas ilustradas que gozan de salud, que no tienen el temor que inspira una vana supersticion, se ven caer manifestamente bajo el poder y dominio del demonio? Examinense de cerca cuantos se dicen poseídos, y que pasan por tales, y no se encontrará uno solo que no esté tocado de melancolía, ó de otras enfermedades que atacan el cerebro, las entrañas y las partes nobles que debilitan la fuerza del espíritu.

¿Qué discurso tan temerario! ¿Los que raciocinan de esta manera han examinado de cerca por sí mismos á todos los que se llaman endemoniados, ó que por tales han sido reconocidos! ¿Y cuando por otra parte se hubiera percibido en esas personas algun afecto de melancolía ó alguna debilidad de espíritu (porque ¿quién hay que no las haya experimentado?), podría concluirse que esto era la verdadera causa del estado que los hace pasar por endemoniados! Un humor de melancolía, una debilidad de espíritu serán suficientes para producir los violentos estados que experimentan aquellos á quienes Dios por un justo juicio, y por unos fines llenos de sabiduría ha entregado en manos de Satanas! ¿A Dios de esto, Dios para manifestar las obras de su poder deberá permitir que en todas partes y lugares haya igualmente poseídos! Si se vieron mas entre los Judíos que en las otras naciones, y mas en tiempo de Jesucristo que en otro, es fácil comprender que fué porque entre aquellos principalmente y por el ministerio de Jesucristo y de sus discipulos quería Dios hacer que resplandecieran las obras de su poder, forzando al demonio á rendirse visiblemente ante aquel cuya virtud y nombre lo hacian temblar. Dios dispone del demonio como le agrada; y no nos toca preguntarle por qué le concede mas poder en un tiempo que en otro, y mas en este que en aquel otro lugar.

(1) Juan. ix. 2. 3.

para ejercer en una posesión dos principios de acción. El demonio no obra sobre el cuerpo y por medio del cuerpo sino tanto cuanto Dios le permite.

UNIVERSIDAD

UNIV

IV.
Puede Dios permitir obsesiones en los niños ó en las personas muy inocentes? ¿Por qué?

V.
Puede Dios permitir que haya mas endemoniados en ciertas lugares y tiempos que en otros? ¿Por qué?

UNIVERSIDAD

®

Sus consejos siempre están llenos de subiduría; adorémoslos y no pretendamos profundizarlos.

Dios puede dar al demonio la facultad de poseer el cuerpo de un hombre, esto es lo que nos basta saber; pero el por qué lo hace, no debemos escudriñar.

VI. Pero, continúa el incrédulo, ¿por qué tanto empeño en manifestar la posibilidad de las posesiones? Se cree que el negarlas es atacar la religion en lo que tiene de mas sagrado, y ofender la verdad de las santas Escrituras: vano terror. Por el contrario, esto es hacer un servicio esencial á la religion, porque es purgarla de supersticiones y disminuir el número de los falsos milagros. El multiplicarse indiscretamente prodigios vanos, sirve para debilitar la fe de los verdaderos, y dar lugar á los libertinos de negarlos todos. La posesion pues de un hombre por el demonio ciertamente es un gran milagro; y Dios para ordenarlo ó permitirlo, se desvia de las leyes ordinarias de la naturaleza. Cuando la ha permitido, se necesita un segundo milagro para suspender la accion y la malicia del demonio; y para impedirle que haga perecer al que posee, y para curar al poseído, se necesita otro tercero.

¿Quién no creará que efectivamente la religion les debe muchísimo á esos espíritus temerarios? Si, sin duda, purgar la religion de vanas supersticiones y demostrar la falsedad de vanos milagros, es prestar á la Iglesia un esencial servicio; pero tambien el negar los milagros verdaderos y destruir la creencia de los hechos que refieren los escritores sagrados, es quitar á Dios la gloria que le es debida; es despojar á la Iglesia de sus armas, y á la religion de sus pruebas; es escandalizar á los débiles; es favorecer á los libertinos, introducir un pirronismo intolerable, y una licencia desenfrenada en las opiniones.

VII. Pero fuera de esto ¿quién merece mas aquí que se le eche en cara la multiplicacion de los milagros? Milagro en la misma posesion, milagro en la conservacion del poseído, milagro en su curacion: he aquí lo que dice el incrédulo. Yo convengo en que lo es toda posesion, aunque, como ya se advirtió ántes, no mayor que el de la union de nuestra alma con el cuerpo; pero es acaso cierto que lo sea tambien la conservacion del poseído que consiste únicamente en que Dios limite el poder que concede al demonio? Que este pueda atormentar á un hombre, concedo que sea un milagro; pero no lo es que carezca de la facultad de hacerlo perecer. Por último, Dios puede retirar cuando le agrade la que le concedió de poseer á un hombre; ¿pero todas las veces que lo ejecuta será milagro? Cuando Jesucristo por su palabra libra á un endemoniado, ó cura á un enfermo consiste precisamente el prodigio no en la libertad ó sanidad del paciente, sino en debarse estas á su palabra, es decir, á solo su mandato. Por confesion de nuestros mismos contrarios el milagro está en la posesion; la curacion pues no es con toda propiedad mas que la cesacion del milagro; luego no lo es en sí misma, ni debe considerársle como tal, sino cuando para su ejecucion emplea Dios un medio que por sí no puede naturalmente producir este efecto. A la voz de un hombre, el demonio sale de un poseído: he aquí el milagro; pero cuando sin medio alguno exterior

VI. Causa raro y temerario es negar la posibilidad de las posesiones.

VII. Puede reconocerse la posibilidad de las posesiones, sin multiplicar los milagros. La posesion puede mirarse como un milagro; mas la conservacion del poseído y su curacion no siempre ni propiamente debe calificarse como milagro.

y humano, Dios hace cesar una posesion que era efecto de su poder, no puede decirse que lo hay: el demonio entonces solamente pierde la facultad que tenia, y el hombre continúa en su estado natural. No vuelva pues á echarse en cara que multiplicamos milagros sin necesidad, pues nuestros contrarios son los que merecen esta repulsa.

En vano nos objetará el incrédulo que si muchos demonios poseen á un mismo hombre, como se dice en el Evangelio, que una muger llamada María Magdalena habia sido ocupada por siete (1), y que un hombre del pais de los Gerasenos tenia dentro de sí una legion (2), convendrá para explicar eso recurrir á una cadena de milagros nuevos. No tal: el solo y único prodigio es que los demonios hayan tenido la facultad de poseer el cuerpo de un hombre. Y ciertamente el que concurren diferentes espíritus para agitar un cuerpo, no presenta mas dificultad que el concurso de los diferentes deseos y diversos sentimientos que alguna vez agitan á nuestra alma. La conservacion del cuerpo de ese hombre agitado por muchos espíritus no es mas admirable que la del que lo es por uno solo: si se conserva en ambos estados, es porque se le limita la facultad al demonio, y esto no es propiamente un milagro.

En vano tambien se nos objetará, que si el poseído no es agitado sino por reiteraciones y accesos, como acontece á los lunáticos (3), eso será tambien un nuevo motivo para recurrir al milagro, y que en este género desde que se dió principio por medio de uno, ya no se puede admitir otro. En vano se añadirá que si hay aquí algun efecto sobrenatural, no se debe ocurrir á razones físicas para explicar esos reiterados accesos; y que si hay en esta accion dialéctica, hay ciertamente efecto sobrenatural, pues aunque lo es que un demonio ocupe á un hombre, en lo que convengo, y este es el milagro; pero es natural que un demonio ocupando á un hombre lo posea siempre! ¿Lo será que poseyéndolo lo haga perecer! En una palabra, que ese poder concedido al demonio sea sin término ni límites! El poder es sobrenatural, ¿mas la limitacion de este lo será tambien? La limitacion de ese poder no es mas que la cesacion de lo sobrenatural. Está pues en el orden de la naturaleza el volver á tomar el curso que se habia interrumpido. Es sobrenatural que un hombre sea poseído; pero no lo es que habiéndolo sido deje de serlo. Que su posesion vuelva á comenzar muchas veces aun con accesos arreglados, no es propiamente una serie de muchos milagros, sino la continuacion de uno solo, que es la posesion causada por el poder limitado que Dios concede ó retira, segun le place.

IX. Por lo demas, cuando fuera cierto que la limitacion de ese poder era tambien sobrenatural como el poder mismo; cuando fuera cierto que habia milagro, en la posesion, en la conservacion del poseído, en la alternativa de los accesos, y por último en la curacion, ¿qué podrá inferirse de eso? Yo supongo que todo sea milagro, ¿será por eso imposible! ¡Ah! ¿quienes somos nosotros para fijar límites al poder de Dios!

Pero el incrédulo vuelve á objetarnos, que aunque no hu-

VIII. La conservacion de un hombre ocupado por muchos demonios, y la alternativa de los accesos de una posesion, no son verdaderamente sino los efectos de la limitacion del poder del demonio, y esta limitacion no es propiamente un milagro.

IX. Cuando fuera cierto que todo lo relativo á las posesiones es milagro, ellas no serian niemas posibles.

X.
Dios no solamente puede permitir las posesiones, sino que tambien hay cosas que impiden esa permision. Las leyes de la naturaleza no se oponen porque no son leyes para Dios.

XI.
Dios no solamente obra contra el bien de la religion permitiendo las posesiones, sino que tambien se le oponen a su intento.

XII.
La posibilidad de las posesiones

biera posesiones, no seria por eso menor su poder, pues con negar la realidad de las posesiones, no se niega que Dios pueda aumentar, disminuir y limitar el poder del demonio segun le agrade; unicamente se quiere decir que obraria contra sus propias leyes y contra el bien de la religion, multiplicando demasiado los milagros, y permitiendo las posesiones; que concederia mucho al demonio, y daria lugar á que se dudara de los verdaderos milagros viéndose ejecutar á los poseidos cosas que creemos superiores á las fuerzas ordinarias de la naturaleza, y por consiguiente milagrosas.

¡Loca sabiduría! temeraria prudencia! No se niega que Dios pueda aumentar, disminuir ó limitar el poder del demonio; pero si se disputa que lo haga. Y ¿por qué no lo hará? Porque obraria, se dice, contra sus propias leyes, multiplicando demasiado los milagros. ¡Pero Dios ha pretendido poner limites á su poder! Las leyes de que se aparta obrando los milagros, no son ni de la justicia ni de la verdad, contra las que nunca puede obrar; son leyes de la naturaleza que puede hacer á un lado cuando le parezca bien, porque todas penden de su voluntad; puede mudarlas y tambien destruir las con la misma libertad que las estableció, porque para él no son leyes, ni está obligado á seguirlas.

Peró permitiendo las posesiones, obraria Dios, se dice, contra el bien de la religion. ¿Qué, serán esos hombres temerarios mas sabios que Dios, y sabrán mejor que él cual es el verdadero interes de la religion, ó por mejor decir el suyo puesto que es uno mismo? ¿Lo que obra por su gloria será contra sus intereses? ¡No es por otra parte interes de la religion el que se manifieste su poder, que se nos hace mas patente cuando vemos con nuestros propios ojos que el demonio usa de solo el que su Magestad le concede, que está encorradado en los limites que le ha prescrito, y finalmente que cesa, sin que esta cesacion pueda tener otra causa que el mismo poder de Dios que se lo quita! Y á mas de esto, la facultad de lanzar los demonios no es una de las pruebas de la verdadera religion! Y siendo falsa podrá tener semejante poder! ¡No dice Jesucristo: *Si yo lanzo los demonios por el Espíritu de Dios, sin duda debéis creer que mi reino ha venido á vosotros* (1)? Queriendo Jesucristo probar á los discipulos de Juan que él era el verdadero Mesias, y que no debian esperar otro ¿qué es lo que hace? No solamente cura en su presencia muchos enfermos, librándolos de sus males y lagas, sino tambien muchos endemoniados, librándolos de los espíritus malignos que los ocupaban (2); porque bien pronto manifestáremos que no es posible dudar de la realidad de las posesiones referidas en el Evangelio. Por último, Jesucristo anuncia que uno de los caracteres que distinguirán á sus discipulos, es que lanzarán los demonios en su nombre: *In nomine meo daemones eicient* (3). ¡Y lo que contribuye á probar la verdadera religion, será contrario á la misma! ¿Qué paradoja! ¿qué necedad!

El permitir Dios las posesiones, dicen, es conceder demasiado al demonio. ¿Y por qué? Porque daria lugar á dudarse de los verdaderos milagros, viendo que los endemoniados ejecutaban cosas que

creemos superiores á las fuerzas ordinarias de la naturaleza; y entonces ¿quién le probará á un incrédulo que los milagros de S. Pedro y de S. Pablo no son operaciones del demonio y obras de endemoniados? Y en efecto, ¿los Judios no acusaban á Jesucristo de que estaba endemoniado, y que lanzaba los demonios en nombre de Beelzebub su principe (1)? He aquí el peligro en pretender sostener la posibilidad de las posesiones.

Prudencia miserable, bien digna del espíritu de mentira. Para confundirla no se necesita mas que oponerle las palabras de aquel que es la misma verdad: *¿Cómo puede Satanás lanzar á Satanás? Todo reino dividido contra si mismo, será destruido. Si Satanás echa fuera á Satanás, el de si mismo queda dividido; ¿cómo pues subsistirá su reino* (2)? Satanás no puede ser el destructor de su propio imperio. Por otra parte, el poder que ejerce, Dios mismo es quien se lo concede, y solo él puede quitárselo, destruir su imperio y echarlo de los cuerpos que ocupa. Así el mismo poder que Jesucristo ejercia sobre el demonio lanzándolo de los cuerpos de los poseidos, probaba á los Judios que esto se ejecutaba por el Espíritu de Dios y no por el del demonio. De la misma manera la prueba de que los milagros de S. Pedro y S. Pablo no eran obras de endemoniados, es que eran enemigos del demonio, que no trabajaban sino en la destruccion de su imperio, y que lo forzaban á rendirse ante ellos. Así dos caracteres esenciales distinguen las obras del Espíritu de Dios y las del demonio, que son no poderse contrariar á si mismos y mandar el primero imperiosamente al segundo, quedando este forzado á darse por vencido. En vano pues, se pretende hacernos temer que la posibilidad de las posesiones ponga en duda los verdaderos milagros. Las obras del Espíritu de Dios tienen sus caracteres distintivos por los que no pueden confundirse con las del demonio.

El interes de la religion no se opone á la posibilidad de las posesiones; las leyes de la naturaleza no presentan obstaculo alguno; y la multiplicidad que se supone de los efectos milagrosos no es una razon que obligue á negarlas. Lejos de servir á la religion el negar la posibilidad de las posesiones, acontece lo contrario, y se le quita á esta una parte de sus pruebas. ¿Por qué permite Dios las posesiones? Si de esto no podemos descubrir siempre todas las razones de su conducta, á lo ménos debe bastarnos el saber que puede permitir las. Los efectos de las posesiones son limitados por el poder del mismo que las permite; mas las posesiones en si mismas no son por eso ménos posibles. Ellas no tienen cosa alguna incompatible con la naturaleza del hombre, ni en ellas hay cosa indigna de Dios; y finalmente consideradas en si mismas son posibles á lo ménos en el orden de las cosas sobrenaturales. Luego en vano quiere el incrédulo negar la posibilidad. Si son posibles, pueden siempre llegar á ser reales; y reciprocamente si son reales, sin duda son posibles; así la realidad de las posesiones acabará de probar la posibilidad.

(1) *Matt. xi. 24. Luc. xi. 22. Luc. xi. 15. Joan. viii. 43.* (2) *Matt. xii. 25. Marc. iii. 23. et seqq. Luc. xi. 17. 18.*

no puede hacer dudosos los verdaderos milagros, porque sus obras del demonio y del espíritu de Dios tienen sus caracteres distintivos que no permiten que se confundan.

XIII.
Conclusion de esta primera parte. Las posesiones del demonio son posibles, y no hay impedimento para admitir su posibilidad.

ARTICULO II.

Realidad de las posesiones referidas en el Evangelio, probada contra los incrédulos.

I.
En vano los que niegan la realidad de las posesiones rehúsan reconocer en el Evangelio la curación de los endemoniados, puesto que en él no hay cosa notada con mas expresion.

Los que niegan la realidad de las posesiones referidas en el Evangelio, no son solamente los deístas ó los ateos, los hombres que no creen en Dios ni en Jesucristo, ni al Evangelio; sino los que con el mismo velo de la religion cubren los vanos discursos de su falsa sabiduria; los que afectan creer en Dios, adorar á Jesucristo y respetar el Evangelio; pero que no queriendo reconocer la realidad de las posesiones, se esfuerzan á eludir sobre esto los testimonios mas claros de ese libro divino.

No se niega, dicen los contrarios, que Jesucristo tenga la plenitud del poder necesario para obrar infinitas maravillas, y para confirmar por ello de un modo incontestable su divinidad y su mision. Cuando se niega que aquellos que se le presentaron como endemoniados, realmente lo fueran, no se niega que Jesucristo hubiera podido curarlos si hubieran sido tales, ni tampoco que haya hecho realmente un gran milagro curando la enfermedad del cuerpo ó la del espíritu, ó tambien la del corazon ó de la conciencia que causaba esa obsesion real ó imaginaria. ¿Pues qué no era, preguntan, un gran milagro curar repentinamente un infante lunático, sordo y mudo, que creian estar endemoniado? ¿No era lo sumo del poder divino convertir á María Magdalena, y echar de su corazon, no siete demonios que realmente la ocupaban, sino siete pecados ó siete inclinaciones viciosas que la arrastraban á la culpa, y vencer con la fuerza de su gracia siete hábitos que habia contraido hacia mucho tiempo, de abandonarse á sus desórdenes vergonzosos de los que se retrocede difícilmente, ó en fin curarla de una enfermedad complicada de otras siete?

Si, sin duda, esos serian grandes milagros; mas el Evangelio no permite que nos contentemos con solo aquello que los hombres sabios quieran concedernos. Los santos evangelistas no quieren decirnos solamente que María Magdalena fué curada ó convertida, sino que con toda claridad nos refieren que Jesucristo lanzó de ella siete demonios: *De qua ejecerat septem daemonia* (1), y que siete demonios salieron de ella: *De qua septem daemonia eixerant* (2). Aun hay mas: esos hombres tan sabios y tan prudentes, gustosos conceden que el lunático sordo y mudo fué curado por Jesucristo; pero no quieren reconocer que fué tambien curado de la obsesion diabólica; mas el Evangelio expresamente afirma lo uno y lo otro: *Salto el demonio, y el niño fué curado: EXUIT DAEMONIUM, ET CURATUS EST PUER* (3). ¿Cómo podrán oponerse á un testimonio tan claro y tan preciso? Esos hombres falsamente sabios y verdaderamente temerarios, no quieren reconocer en el Evangelio curacion alguna de endemoniados, y sin embargo no hay acontecimiento que con mas claridad se refiera.

(1) Marc. xvi. 9. (2) Luc. viii. 2. (3) Matt. xvii. 17.

II.
Para negar la realidad de las posesiones de que habla el Evangelio, se remontan los contrarios al Antiguo Testamento, y nos ponen el ejemplo de la obsesion de Saul, añadiendo que es muy fácil demostrar que las agitaciones de ese principe no eran mas que una disposicion natural á la melancolia, una enfermedad que tenia sus accesos y repeticiones, y que no se solicitó otro remedio que el que la misma naturaleza presentaba, que era inspirarle alegría. David tocaba su harpa ante él; y disipándose poco á poco su melancolia, se decía entónces que el espíritu maligno lo dejaba, y no lo atormentaba mas. Tambien S. Juan Crisóstomo seguido de muchos intérpretes, atribuye la enfermedad de Saul á manía ó á melancolia.

Esos intérpretes son Cayetano, Sanccio, y Cornelio á Líquide; pero los mas de los padres y comentadores creen que Saul estaba realmente endemoniado: porque efectivamente el texto sagrado dice con toda claridad, que habiéndose retirado el Espíritu del Señor de ese principe, fué agitado de uno maligno que el Señor envió: *Spiritus autem Domini recessit à Saul, et exagitabat eum spiritus nequam à Domino* (1). Es verdad que S. Juan Crisóstomo, hablando del estado en que se hallaba Saul, lo llama manía (2); pero esta podia ser efecto de la obsesion; y muy bien podria haberlo tambien entendido así. Se nos objeta que los ministros de Saul queriendo buscarle consuelo, no recurrían á otra cosa que al sonido de un instrumento. Pero es de notar que reconocian ser causada la agitacion de ese principe por un maligno espíritu enviado de Dios: *Ecce spiritus Dei malus exagitat te* (3), y que el alivio que le procuraban, se reducía á calmarla. *Ut quando arripuerit te spiritus Domini malus, psallat manu sua, et melius feras* (4). Se nos objeta por último que no hacia David mas que tocar su harpa, y que solo el sonido de este instrumento consolaba á Saul. Pero tambien debe observarse que el escritor sagrado nota expresamente la causa de ese alivio, diciéndonos que se consolaba porque el espíritu maligno se apartaba de él: *Recedebat enim ab eo spiritus malus* (5). Dicen sin embargo nuestros contrarios, que si la de Saul era una obsesion verdadera, ¿cómo pensaban sus ministros buscar el remedio en el sonido de un instrumento, que en efecto sanaba el mal? ¡Y este mismo sonido puede obrar sobre el demonio! Respondemos que no puede directa, pero si indirectamente, mudando las malas disposiciones del cuerpo y de los humores de que este maligno espíritu se sirva contra los que posee; de manera que tampoco es necesario recurrir aqui al milagro para explicar el efecto de que se trata. Dios permitia al demonio que se valiera de medios naturales para agitar á Saul, y por eso bastaba un medio igual para calmarle; y esto no prueba que no estuviera verdaderamente endemoniado; antes por el contrario, las mismas expresiones de los ministros de Saul hacen creer que reconocian en él una real obsesion; y las expresiones del escritor sagrado, ciertamente mas exactas todavia, nos autorizan para formar en este asunto el mismo juicio. Un es-

(1) 1. Reg. xvi. 14. (2) Chrys. homil. 1. de Davide et Saule, pag. 1014. (3) 1. Reg. xvi. 15. (4) Ibid. v. 16. (5) Ibid. v. 23.

piritu maligno agitaba á ese príncipe: *Exagitabat eum spiritus nequam*; y cuando se aliviaba, era porque el mal espíritu se retiraba de él: *Recedebat enim ab eo spiritus malus*. En vano pues para negar la realidad de las posesiones referidas en el Evangelio, se comienza por querer negar la realidad de la de Saul, estando expresamente notada por el escritor sagrado.

III.
En vano pretenden los contrarios decir también á veces que enfermedades ó á demerolgo de la imaginación las mas de las posesiones de que se habla en el Evangelio. La realidad de tales posesiones está atestiguada por las expresiones de los mismos evangelistas.

Entretanto, honzándose nuestros contrarios de haber reducido felizmente la obsesion de Saul á una simple enfermedad, en la que el mal espíritu no tenía parte alguna, se persuaden que les será igualmente fácil explicar las notadas en el Nuevo Testamento. En uno había, dicen, un humor negro y melancólico; en otro una sangre muy espesa y muy ardiente; aquí se advertía ardor en las entrañas, allí un conjunto de malos humores que sufocaban al paciente, á poco mas ó menos como acontece á los epilépticos: algunas veces había un simple desorden de espíritu que hacía creer á ciertas personas que estaban endemoniadas, como se ve que aseguraban ser bueyos, caballos, perros, gatos, reyes, ó dioses; otras veces la enfermedad era una verdadera sordera, ú otra incomodidad natural ó accidental que el pueblo ignorante atribuía al demonio. Para lanzar á esos pretendidos demonios, no se necesitaba más que curar al enfermo, si estaba realmente molestado, ó arreglar y restablecer su imaginación, si estaba desordenada, y en el Evangelio vemos poseidos de estas dos maneras curados por Jesucristo.

Una sola observación es suficiente para echar por tierra todos estos vanos discursos, y es que los evangelistas hablando de esos poseidos no se contentan con decirnos que pasaban por tales, y que así los miraban, sino que expresamente afirman que estaban endemoniados: *Habebant daemonia* (1). Y del mismo modo cuando nos refieren la curación de estos, no dicen simplemente que Jesucristo los curó, sino que también lanzó de ellos los malignos espíritus: *Et eiciebat spiritus verbo* (2).

IV.
Las posesiones que nuestros contrarios pretenden reducir á simples enfermedades, son posesiones reales: reales porque reales naciéron enfermedades, que iban afecto de las mismas posesiones. La muger encorvada de que habla S. Lucas, estaba realmente

Bien se que nuestros contrarios pretenden eludir la fuerza de esas expresiones; mas cómo lo conseguirán! Quieren explicar con ejemplos su sistema sobre la curación de las dos clases de poseidos que pretenden distinguir; y desde luego hablando de aquellos cuya posesion quieren que sea solamente una enfermedad, he aquí cómo discurren: Aquel, dicen, que fué presentado á los discípulos del Salvador el día siguiente de su transfiguración (3), era un infante lunático, epiléptico, sordo y mudo. El Evangelio advierte que desde la niñez lo ocupaba el demonio con frecuencia, lo echaba en el fuego y en la agua, y que entónces el arrojaba espuma, gritaba y entraba en convulsiones. Jesus amenazó al demonio y curó al niño. Para explicar todo eso no se necesita más, prosiguen los contrarios, que suponer un hecho indubitable por el mismo Evangelio, y es que ese niño era epiléptico desde su tierna edad. Como esta enfermedad pasa por incurable, y los síntomas son por lo comun muy extraordinarios, el pueblo los atribuye al demonio.

(1) *Matt. ix. 24. vni. 16. et aliis passim.* (2) *Matt. xvi. 17. et aliis similibus.* (3) *Matt. xviii. 14. et evng. Marc. ix. 18. et evng. Luc. ix. 38. et evng.*

A Jesucristo le convenia mejor el curar al enfermo, que el desenganar al pueblo de un error cuyas consecuencias en ninguna manera eran perjudiciales. Otro tanto puede decirse de otras muchas obsesiones semejantes, que ciertamente no eran mas que enfermedades desconocidas y atribuidas al demonio; tales cual era la enfermedad de aquella muger que estaba encorvada diez y ocho años habia (1), y de la que se dice que tenia un espíritu de enfermedad, y que en todo ese tiempo la tenia atada y encorvada Satanás.

¡Pero quién es el que se expresa de esa manera tal vez de una falsa idea, atribuyen al demonio una enfermedad, en la que segun nuestros contrarios, ninguna parte tenia! No: es sin duda el evangelista el que expresamente dice que esta muger tenia un espíritu de enfermedad diez y ocho años habia: *Habebat spiritum infirmitatis annis decem et octo* [2]. El mismo Jesucristo es quien igualmente afirma que por diez y ocho años la habia tenido ligada Satanás: *Quia alligavit Satanás, ecce decem et octo annis* [3]. ¡Será verisímil que Jesucristo se hubiera expresado así, si el hecho fuera falso!

En cuanto al lunático, tenemos ya notado que el Evangelio no solamente dice que fué curado ese niño, sino con toda expresion, que salió el demonio, y el niño quedó curado: *Exiit daemonia et curatus est puer* [4]. ¡Por qué decir ambas cosas, si la una de las dos era falsa! ¡Si no habia tal posesion, no bastaba decir, el niño fué curado! *Curatus est puer*. Sin embargo, el evangelista no solo lo uno expresa, sino tambien lo otro: luego ambas cosas son verdaderas. Por otra parte San Mateo que se explica del mismo modo, nota tambien que Jesus, al obrar este milagro, comenzó mandando con amenazas al hablar al niño: *Et increpavit illum Jesus* [5]. ¡Pero á quién se dirigian esas amenazas! San Marcos nos lo manifiesta en términos bien notables, cuando refiere que Jesus hablaba con amenazas al espíritu impuro diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, sal de ese niño, y no entres mas en él: *Comminatus est spiritum immundo, dicens illi: Surde et mute spiritus, ego praecipio tibi, exi ab eo, et amplius ne introas in eum* [6]. ¡Jesucristo habria mandado de esa manera al espíritu impuro que saliera de ese niño, si en él no hubiera estado realmente! ¡No podia hacer la curación sin menazarlo si la posesion no hubiera sido real! El mismo evangelista añade, que á su voz el espíritu impuro dió un gran grito, agitó mucho al enfermo y salió de él: *Et exiit ab eo* [7]: luego allí sin duda estaba. San Lucas tambien nos dice lo mismo por estas palabras: *Et increpavit Jesus spiritum immundum, et sanavit puerum* [8]. ¡Se necesitaban amenazas, no teniendo el espíritu parte alguna en esa enfermedad! Y cuando fuera cierto que el objeto de la venida de Jesucristo no fué desengañar á los Judios de un error cuyas consecuencias, segun dicen, no eran en manera alguna perjudiciales, ¿vendría á confirmarnos en él! La posesion real de este niño está pues atestiguada por San Mateo, San Marcos y San Lucas, y este testimonio es confirmado por el del mismo Jesucristo. Bien

seis, el niño lunático, de que habla S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas, lo estaba tambien.

(1) *Luc. xiii. 11. et evng.* (2) *Luc. xiii. 11.* (3) *Luc. xiii. 16.* (4) *Matt. xvi. 17.* (5) *Ibid.* (6) *Marc. ix. 24.* (7) *Ibid. N. 23.* (8) *Luc. ix. 43.*

pudo reconocerse en el niño, en la muger encorvada, y en los otros poseídos de que habla el Evangelio, una enfermedad real, pero causada por el mal espíritu que los ocupaba; por eso al que poseía á la muger, lo llama espíritu de enfermedad: *spiritum infirmittatis*: y el que ocupaba al niño, es llamado por el mismo Jesucristo espíritu sordo y mudo: *Surdus et mutes spiritus*. La enfermedad era real; mas de ahí no se sigue que la posesion fuera falsa: tan real era esta como la enfermedad, que quedó curada haciendo Jesucristo cesar la posesion: *Exiit daemontium, et curatus est puer*.

V.
Quimerizas hipocritas de los que pretenden reducir algunas posesiones á simples efectos de una imaginacion desordenada, creyendo encontrar un ejemplo de semejante posesion en la de aquel hombre que seguia al Evangelio, estaba ocupado de una legion de demonios.

Pero hay, dicen nuestros contrarios, una segunda especie de posesion, que es la de los hipocondriacos y maniacos, cuya locura consiste en creer que estan endemoniados. Su enfermedad está solamente en su imaginacion: dominados de este pensamiento obran, hablan, sullen, corren, golpean y se agitan, como si verdaderamente tuvieran en su interior muchos demonios. A los médicos toca examinar si el origen de esta enfermedad está en la sangre, ó en el cerebro, ó en los espíritus, ó en las entrañas, ó en muchas de estas causas juntamente; cuando emprendan curarlos, podrán conseguirlo ya por remedios naturales y refrigerantes, ya sea por ficciones y artificios proporcionados á los casos y necesidad de las personas, descubriéndolas su ilusion, ó haciéndolas creer que ya estan curadas. Mil ejemplos divertidos hay de esta clase; pero nuestro ánimo es, dicen esos hombres sabios, tratar esta materia con toda la seriedad que pide la religion, y con el respeto que tenemos á los libros santos, en los que creemos notar algunos de esos enfermos, que se creian poseídos sin serlo verdaderamente, y que han sido curados tanto por la sabiduria, como por el poder del Salvador.

He aquí el ejemplo que esos hombres prudentes pretenden presentarnos. Dice el Evangelio (1) que Jesucristo habiendo pasado el mar de Tiberiades, y entrado en el canton de Geraza, encontró dos endemoniados, estando el uno de ellos poseído habia largo tiempo de muchos demonios. Estaba desnudo, y tenia su habitacion en los sepulcros que estaban abiertos en el monte, y obraba con tanta fuerza que no se le podia contener con las cuerdas ni con las cadenas con que pretendian atarlo. Fué corriendo á la presencia de Jesucristo y le pidió con grandes gritos, como si los demonios hubieran hablado por su boca, que no los lanzara de ese cuerpo, ó á lo ménos que si los lanzaba les permitiese entrar en una manada de cerdos que pacian cerca de allí. Jesucristo le preguntó como si hablara al demonio: ¿Cuál es tu nombre? Y responde á nombre del demonio: Yo me llamo legion, porque somos muchísimos. Jesucristo entónces les manda salir, y les permite entrar en los cerdos cercanos: al instante se vió, que aquellos animales que eran casi todos mal, corrían con impetuosidad, y se precipitaban en el mar, y el hombre se encontró repentinamente curado.

No se extrañará, dicen nuestros contrarios, que hayamos escogido á este hombre por ejemplo de un poseído imaginario; pues aunque haya otros, ninguna historia está mas circunstancia-

(1) *Matt. viii. 28. et seqq. Marc. v. 1. et seqq. Luc. viii. 26. et seqq.*

da ni tiene mas apariencia de posesion; y sin embargo pretendemos explicarla bajo la suposicion que tenemos hecha, de no haber en eso posesiva real alguna. Ese hombre no tenia enfermo el cuerpo; por el contrario, estaba tan vigoroso, que no se le podia contener, y que rompía todos los lazos: no estaba poseído por sus crimenes, que es tambien una tercera y distinta suerte de posesion, porque Jesucristo no le dió alguna repression que lo hiciera sospechoso de algun crimen ó costumbre viciosa; y cuando despues de su curacion quiso seguir al Salvador, Jesus sencillamente le dijo: Vuélvete á tu casa, y cuenta lo que Dios ha hecho en ti favor, sin decirle: No peques mas, como habia dicho á otros. He aquí, pues, como puede explicarse la pretendida posesion de este hombre. Su enfermedad estaba en su sangre muy ardiente, y en su imaginacion desordenada, que le hacia creer que dentro de sí tenia una legion de demonios. Es bien advertir de paso, proaguen nuestros contrarios, que segun los principios de los Judios, un mismo hombre podia tener muchas almas, y estar poseído de muchos espíritus. Este, pues, dominado de su falsa idea, y lleno de una sangre muy ardiente y abundante, se retira de la sociedad de sus semejantes, huye de las ciudades y habita en los campos, viviendo sujeto á su espíritu perturbado, ó dominado, segun creía, de la legion de demonios que lo ocupaba. Para curarlo ¿qué es lo que hace el Salvador? No intenta combatir de frente el desordenado concepto en que se habia confirmado este visionario despues de tantos años; se porta como quien cree su posesion. El enfermo le pide un nombre de la legion de demonios que creía tener dentro de sí, que si los hace salir, les permitiera entrar en una manada de cerdos, y Jesus accede á su peticion. Mas como eso aun no seria todavia suficiente para curarlo, fué necesario darle pruebas convincentes de que á los cerdos se habia trasladado su posesion. Al instante esos animales toman la fuga, y van á precipitarse en el mar; este objeto lo afecta vivamente: persuadido por otra parte de ser Jesucristo un hombre extraordinario y obrador de milagros, se convence de que ya está curado, y obra y habla como un hombre que salió del poder del demonio. Es probable que Jesucristo al mismo tiempo obró sobre su sangre, sobre su cerebro, sobre sus humores, y que le restituyó la calma y tranquilidad de que por tanto tiempo estuvo privado. En todo eso habo sin duda milagro (son siempre nuestros contrarios los que hablan); pero este no consiste en la libertad de un hombre real y verdaderamente poseído del demonio; sino únicamente en la curacion de su imaginacion desordenada, en el restablecimiento de sus humores á su estado natural, y finalmente en la precipitacion de los cerdos en el lago. Nótese que si hubieran sido verdaderamente diablos los que lo ocupaban, y que tuvieran el permiso de entrarse en una manada de cerdos, para no ser desde luego precipitados en el abismo, temiendo volver al infierno, habrian obrado contra su bien y contra su propia demanda, arrojándose inmediatamente ellos mismos al mar. ¿Qué no permanecerian en esos animales vagando por los campos, y librándose por el mas tiempo que les fuera posible del poder de la mano de los carniceros! En lugar de hacerles tomar la fuga hacia la parte del mar, ¿no tomarian mas bien el camino de los mon-

tes y de los desiertos? Siempre se les habria creído poseidos, y se les habria dejado vivir sin que nadie tocara su carne, como no se toca la de los animales rabiosos; pero Jesucristo queria dar una prueba mas sensible y mas pronta, que llamara fuertemente la atencion de ese hipocondriaco, y le hiciera creer que su pretendida legion ya lo habia dejado. Mientras hubiera visto los cerdos con vida, siempre habria padecido alguna inquietud de volver á ser poseido de la legion: era, pues, necesario curarlo para siempre, haciendo que se anegaran los cerdos.

VI.
Refutación
de esas va-
rias hipótesis
Pruebas de
la posesion
real de ese
hombre que
segun el E-
vanglio es-
ta poseido
de una legi-
on de de-
monios.

Así discurren nuestros contrarios, y nosotros no tenemos intencion de disimular las vanas sutilezas y quiméricas hipótesis á que se entrega su errada imaginacion. Pero volvamos al texto sagrado del Evangelio, y veamos si el falso brillo de esas hipótesis vanas podrá sostener el luminoso resplandor de la divina palabra. Qué dicen los santos evangelistas, ó mas bien, qué dice por boca de ellos el Espíritu de Dios? S. Mateo nos dice claramente que esos dos hombres estaban poseidos: *Duo habentes daemonia* [1]: no solo eran mirados como poseidos, sino que lo estaban en realidad: porque en vano nos objetarán nuestros contrarios que la expresion del griego significa simplemente *demoniacos ó poseidos*, y puede entenderse tambien de los que son solamente mirados como tales. Cuando fuera cierto que en el language comun alguna vez se aplica ese nombre á gentes que se creen poseidas y que efectivamente no lo están, nada podrá concluirse de eso. El hombre puede muy bien enganarse, y erroneamente llamar *demoniacos* ó *poseidos* á los que no lo son; pero el Espíritu de Dios que inspira á los santos evangelistas, es incapaz de este error; y por lo mismo es necesario convenir, en que los que Dios llama *demoniacos ó poseidos*, realmente lo son, y que así la expresion del griego está en este lugar exactamente traducida con la de la Vulgata: *Habentes daemonia*. Pero á mas de esto, la continuacion de la historia de este evangelista, prueba bien que la posesion era real. Y desde luego el evangelista no se contentó con decirnos que esos hombres clamaban: *Jesus, Hijo de Dios, qué tienes tú que ver con nosotros?* *¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo?* Si solo esto hubiera dicho S. Mateo, quizá podrian nuestros contrarios prevaleerse en alguna manera de ello, y sostener que no era el demonio el que hablaba por la boca de esos hombres, sino que eran estos mismos los que hablaban así á nombre del demonio de quien se creian poseidos; porque efectivamente S. Mateo parece dar á entender que ese grito era el de los mismos hombres: *Et ecce clamaverunt* [2]. Pero bien pronto disipa toda equivocacion con decir expresamente que los demonios por boca de esos hombres suplicaban á Jesus diciéndole: *Si nos echas de aquí, envianos á esa manada de cerdos: DAEMONES ROGABANT EUM* (3). Añade este evangelista, que Jesucristo respondiendo á la peticion de los demonios, les dijo: *Id, Ite* (4). Respondiendo Jesucristo de este modo á la suplica del demonio, confirma con su misma respuesta la realidad de la posesion, Ite. Jesucristo habla, y el efecto sigue inmediatamente

te á su palabra, pues habiendo salido los demonios de este hombre, entraron, dice el evangelista, en los cerdos: *At illi exeuntes abierunt in porcos* (1). Luego estaban dentro de este hombre supuesto que salieron. Por último, el mismo evangelista nos dice, que habiéndose precipitado desde luego los cerdos en el mar, los que los custodiaban huyeron, y entrando en la ciudad refirieron cuanto habia pasado, y especialmente lo que habia acaecido á los dos endemoniados: *Et de eis qui daemonia habuerant* [2]. Luego esos dos hombres habian estado ciertamente poseidos. De este modo S. Mateo hasta cuatro veces certifica la realidad de esta posesion, y su testimonio es confirmado con la respuesta del mismo Jesucristo: *Et ait illis: Ite*.

Yo leo á S. Marcos, y de esos dos hombres solo mienta uno; pero dice con toda claridad que estaba ocupado de un espíritu impuro: *Homo in spiritu immundo* (3). Expresivamente dice, que Jesucristo hablando al espíritu impuro que poseia á este hombre, le decia: Espíritu impuro, sal de este hombre: *Ezi, spiritus immunde, ab homine* [4]; y que continuando Jesucristo, preguntó á este espíritu: ¿Cuál es tu nombre? *Quod tibi nomen est?* (5) Jesucristo habla al demonio y le manda salir de este hombre: luego en este estaba. Agrega el evangelista, que la legion de demonios suplicaba á Jesus diciéndole: *Envianos á esos cerdos* (6): *Et deprecabantur eum spiritus*, ó según el griego, *daemones*; y que Jesus se les permitió: *Et concessit eis* (7). El demonio habla, y Jesucristo accede á su peticion: ¿será todo esto imaginario? El efecto sigue á la permission concedida por Jesucristo, y el evangelista claramente dice, que saliendo los espíritus inmundos del hombre, entraron en los cerdos: *Et exeuntes spiritus immundi introierunt in porcos* (8). Yo supongo que haya sido fingido todo eso como lo pretenden nuestros contrarios. Esta ficcion, segun ellos, era necesaria para curar la imaginacion de este hombre; pero lo seria en la relacion del evangelista? ¿Era digna del Espíritu de Dios por cuya inspiracion escribía? ¿No era suficiente referir únicamente lo que habia de cierto, diciendo el hombre fué curado y los cerdos precipitados? Pero no; el Espíritu Santo no para en eso, porque hay mas: ese hombre no fué curado, sino porque salió de él la legion de demonios; y los cerdos no fueron precipitados, sino porque esa legion entró en ellos; así nos lo atestigua el mismo Espíritu Santo por boca del evangelista, y su testimonio no puede ser falso: *Et exeuntes spiritus immundi introierunt in porcos*. Podría yo añadir que tres veces tambien repite el evangelista, continuando esa misma narracion, que el hombre habia sido poseido y molestado del demonio: *Qui á daemonio vexabatur*... (9); *qui daemonium habuerat*... (10); *qui á daemonio vexatus fuerat* (11).

Voy finalmente á ver lo que dice S. Lucas. Está acorde con S. Marcos en no hablar mas que de un poseido; pero así como él, refiere tambien claramente que el hombre estaba endemoniado (12): *Vir qui habebat daemonium*, ó según el griego, *daemonia*. Y aquí

[1] *Matt. viii. 28.* [2] *Ibid. v. 29.* [3] *Matt. xiii. 31.* [4] *Ibid. v. 32.*

[1] *Matt. viii. 32.* [2] *Ibid. v. 33.* [3] *Marc. v. 2.* [4] *Ibid. v. 8.* [5] *Ibid. v. 9.* [6] *Ibid. v. 12.* [7] *Ibid. v. 13.* [8] *Ibid.* [9] *Marc. v. 15.* [10] *Ibid. v. 16.* [11] *Ibid. v. 18.* [12] *Luc. viii. 37.*

debe notarse que si podía haber alguna equivocacion en la expresion griega empleada por S. Mateo y por S. Marcos, queda enteramente desvanecida con la de S. Lucas que en el mismo griego dice en términos claros que este hombre estaba poseído de los demonios; que tenia en sí mismo á estos, si es licito en nuestro idioma este modo de hablar: *Vir qui habebat daemonia*. No, este hombre no era solamente llamado endemoniado, sino que era realmente poseído, y que lo era tambien mucho tiempo habia: *Qui habebat daemonia à temporibus multis* [1]. S. Lucas añade que Jesucristo mandaba al espíritu inmundado que saliera de este hombre: *Praecipiebat enim spiritui immundo, ut exiret ab homine* [2], que lo agitaba y atormentaba mucho tiempo habia: *Multis enim temporibus arripiebat illum* [3]; que este era llevado por el demonio al desierto: *Agebatur à daemone in deserto* [4]; que muchos demonios habian entrado en él: *Quia intraverant daemonia multa in eum* [5]; que pedian á Jesucristo los permitiese entrar en los cerdos que pacen en los montes, y que se los permitió: *Et permisit illis* [6]; y finalmente, que salieron del hombre y entraron en los cerdos: *Exierunt ergo daemonia ab homine, et intraverunt in porcos* [7]. Yo podria añadir, que tres veces tambien el mismo evangelista repite en los versículos siguientes que este hombre habia sido poseído del demonio, y habia quedado libre: *Hominem à quo daemonia exierant...* [8]. *Is qui à daemone peccatus fuerat...* [9]. *Vir à quo daemonia exierant* [10]. Mas los textos que acabo de reunir prueban suficientemente con el solo testimonio del mismo S. Lucas, la realidad de la posesion de este hombre, mejor diré, que está expresamente atestiguada por S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas, y confirmada con el testimonio del mismo Jesucristo.

Pero si esta posesion era verdadera, replican nuestros contrarios, esos diablos que tanto temian regresar al infierno, obraban muy en su contra, yendo desde luego á precipitarse ellos mismos en el mar. ¡Vana objecion! la muerte acaso de esos cerdos enviaba al infierno á los demonios que estaban dentro de ellos? Muertos esos animales, pudieron quedar aquellos errantes en el aire, como lo estaban antes de haber poseído á ese hombre de quien los lanzo Jesucristo. De esta manera nada arriesgaban los demonios precipitándose al mar. Digo mas: que en eso no solamente no obraban en su contra, sino en su favor. Esos malos espíritus que no buscan mas que nuestra perdicion, ninguna cosa desean tanto como desviar á los hombres de la adhesion á Jesucristo. Precipitando al mar esa multitud de cerdos, que segun S. Marcos (11) eran cerca de dos mil, alejaban el corazon de aquellos á quienes pertenecian, y los disponian contra Jesucristo. El Evangelio tambien nos muestra, que luego que los que guardaban los cerdos llevaron esta noticia á la ciudad, toda ella salió á encontrar á Jesus, y habiéndolo visto le suplico que se retirara de allí: *Et ecce tota civitas exiit obviam Jesu: et viso eo, rogabant ut transiret à finibus eorum* [12].

[1] Luc. vii. 37. [2] *Ibid.* v. 29. [3] *Ibid.* [4] *Ibid.* [5] Luc. vii. 30. [6] *Ibid.* v. 32. [7] *Ibid.* v. 33. [8] *Ibid.* v. 35. [9] *Ibid.* v. 36. Gr. [10] *Ibid.* v. 36. [11] Marc. v. 13. [12] *Ibid.* v. 14. Vide et Marc. v. 17. et Luc. vii. 37.

He aquí el efecto que causa la muerte de los cerdos, que lejos de perjudicar á los demonios les es muy favorable. Es nulo por tanto el pretexto que de ella se toma para poner en duda la realidad de esta posesion tan claramente certificada por los evangelistas y por el mismo Jesucristo.

Hay por último, dicen nuestros contrarios, una tercera clase de posesion causada por los pecados de la persona atacada, sea que el demonio la utilija y la atormente en realidad, ó sea que los remordimientos de su culpa le causen turbaciones ó inquietudes que se atribuyen al demonio. Es muy creíble, añaden, que las mugeres que seguian á Jesucristo, y que fueron curadas de la posesion de los malos espíritus (1), eran de ese número, como tambien aquellos de quienes habla Jesucristo en la parábola, donde dice (2) que habiendo salido el espíritu inmundado de un hombre, recorrió los desiertos buscando en ellos un lugar de reposo, y no hallándolo, regresó á su primera morada y la ocupó con otros siete espíritus piores que él, y que todos juntos entraron y permanecieron allí, de suerte que el último estado de este hombre fué mas infeliz que el primero; y que el espíritu maligno que mató á los siete primeros maridos de Sara, hija de Ragiel (3), era de ese género, esto es, un demonio que no tenia mas poder que contra los que brutalmente se abandonaban al placer de los sentidos sin atender á Dios. Nosotros finalmente sabemos que por el pecado mortal el hombre viene á ser esclavo del demonio (4), y que este amo maléfico posee á los pecadores, y los conduce tan precipitadamente, si Dios con su gracia no los saca de tan espantosa esclavitud. He aquí la mas real y dañosa posesion del demonio.

Si, sin duda, esta es la mas perjudicial, si es que puede llamarse posesion. Mas la corporal que es la única designada comunemente con este nombre, no es ménos real que la puramente espiritual. El demonio posee el alma de los pecadores, por cuanto los tiene sujetos á su imperio y encadenados con las ataduras del pecado; pero tambien posee los cuerpos de los que, sean justos ó pecadores, son entregados por un justo juicio de Dios á su poder, obrando sobre sus miembros, y disponiendo de su cuerpo segun la extension que se le concede. El posee las almas y los cuerpos, pero de una manera muy diferente; las almas sin habitar en ellas, y los cuerpos habitándolos; de donde viene la diferencia de las expresiones que denotan la libertad de estos dos estados. Dios libra nuestras almas del poder del demonio arrojándolas de las manos de este espíritu de tinieblas, segun la expresion de San Pablo: *eripuit nos [Deus] de potestate tenebrarum* [5]; pero libra nuestros cuerpos de su poder lanzándolos y obligándolos á salir del cuerpo en que habitaban así se expresa el Evangelio: Se presentaban á Jesus, dice, muchos poseídos, y echaba fuera los malignos espíritus con su palabra: *Et ejiciebat spiritus verbo* [6].

El ejemplo de los siete maridos de Sara está aqui importunamente alegado, pues allí no se trataba de posesion espiritual ni corporal: el poder que el demonio habia recibido sobre ellos, no

(1) Luc. vii. 2. (2) Matt. xii. 43. et seqq. Luc. xi. 24. et seqq. (3) Tob. iii. 8. v. 14. 17. (4) 2. Petr. ii. 19. Rom. vi. 16. Mult. vi. 24. (5) Col. i. 13. (6) Matt. vii. 16.

era para poseerlos, sino para matarlos. Por lo que el poder mismo de acabarlos, supone el de obrar sobre la materia: por tanto lejos de sernos contrario ese ejemplo nos favorece, pues muestra que cuando Dios quiere, el demonio puede obrar sobre la materia.

Para comprender bien el sentido de la parábola en que Jesucristo habla del espíritu impuro que habiendo salido de un hombre volvió á entrar en él despues con otros siete peores, debe considerarse qué cosa dió ocasion á ella. Parece que Jesucristo la pronunció por dos veces, pero siempre con ocasion de la curacion de un poseido. Segun San Mateo (1), se presentó á Jesus un poseido ciego y mudo, y lo sanó, de modo que al instante vió y habló. Por esto dijeron los fariseos: Este hombre lanza á los demonios por virtud de Beelzebub, su príncipe. Respondióles Jesus: Si Satanás echa fuera á Satanás, está dividido contra si mismo: ¿cómo pues subsistirá su reino? Pero si yo lanzo los demonios por el Espíritu de Dios, su reino sin duda ha venido á vosotros. Jesus añadió tambien algunas otras instrucciones, sobre lo cual algunos de los escribas y fariseos dijeron: Maestro, deseamos en gran manera que nos hagas ver algun milagro. Jesucristo les respondió tambien á eso, y finalmente volvió á la parábola de que se trataba: Cuando el espíritu impuro sale de un hombre &c. Segun San Lucas (2), Jesus lanzó un demonio que estaba mudo; y habiendo salido el demonio, habló el mudo, y todo el pueblo se admiró. Sobre eso algunos dijeron: Por Beelzebub, príncipe de los demonios, arroja él á estos; y otros por tentarlo le pidieron un portento del cielo. Jesus al instante respondió á los primeros: Si Satanás está dividido contra si mismo, ¿cómo subsistirá su reino? y les dió tambien otras instrucciones, terminando en esta parábola: Cuando el espíritu impuro ha salido de un hombre &c.; y despues respondió á los segundos casi en los mismos términos, aunque en un orden diferente. Por otra parte, el milagro que dió ocasion á la parábola, segun San Mateo, parece ser diferente del que lo motivó segun San Lucas: el uno fué la curacion de un poseido ciego y mudo; el otro la de un poseido mudo, pero de quien no se dice que fuera ciego. A mas de esto, si se examina de cerca la serie de los sucesos, efectivamente parece que son dos milagros diferentes; pues el que refiere San Mateo, acaeció en el año segundo del ministerio público de Jesucristo, y el que menciona San Lucas, parece no haber sido sino en el tercero (3). Sea lo que fuere, siempre es cierto que la curacion de un poseido fue la que dió ocasion á Jesucristo para presentar la parábola dicha. Es, pues, muy verisimil que la posesion de que en ella se habla es corporal, tal como la que sirvió de ocasion á la parábola misma. Yo convendré sin dificultad en que su objeto principal es la posesion espiritual, pero figurada por la corporal que es el del sentido literal de la parábola. Sus mismas expresiones parecen insinuarlo así; porque el demonio ciertamente no puede salir sino del cuerpo que habita, y no del alma en la que nunca reside; y de la misma manera no puede volver á entrar sino en el lugar de donde realmente salió,

(1) Matt. xii. 22. et seqq. (2) Luc. xi. 14. et seqq. (3) Véase en este tomo la Harmonía de los Evangelios, art. 2. et xvi.

es decir, en el cuerpo y no en el alma; la domina por cuanto le comunica sus pensamientos, sus deseos, sus inclinaciones y sus afectos, pero no habita en ella. Propiamente el espíritu de Dios es el único que habita en las almas que ha escogido para hacer allí su mansion, que no es otra cosa que la íntima é inflexible union que contraen nuestras almas con él. Luego cuando Jesucristo habla del espíritu impuro que sale de un hombre ó que vuelve á entrar en él, no puede entenderse literalmente sino de una posesion corporal. Por lo demas, cuando fuera cierto que pudiera entenderse de la espiritual, ninguna utilidad sacarían nuestros contrarios contra nosotros, porque en el modo de hablar de las divinas Escrituras, y en el lenguaje comun y ordinario de los hombres, la curacion de la posesion espiritual, que no es mas que la conversion de las almas, no se equivoca con la corporal que no es sino la libertad de los cuerpos.

Efectivamente, cuando San Lucas dice que en seguimiento de Jesucristo iban con los doce apóstoles algunas mugeres que habian sido curadas y quedado libres de los malignos espíritus y de diversas enfermedades: *Mulieres aliquae, quae erant curatae à spiritibus malignis et infirmitatibus* [1], me es imposible dudar que no hubieran sido libradas de una posesion corporal; porque si el evangelista simplemente hubiera querido hablar de mugeres convertidas, se habria expresado de otra manera. No, el modo en que habló no denota la conversion del corazon, pues entonces habria dicho que eran mugeres que habian vuelto de su mala vida, y á quienes Jesucristo habia perdonado sus culpas. Pero no dijo eso, sino únicamente que eran mugeres que habian quedado libres de los malignos espíritus: *quae erant curatae à spiritibus malignis*; y con eso me dá á entender, que eran mugeres que habian estado como los poseidos que tan frecuentemente se presentaban á Jesucristo, y que por él habian logrado la libertad y la curacion; porque tal es la misma expresion de los evangelistas: se presentaron á Jesucristo (dicen) los endemoniados, y él los curó: *Obtulerunt ei... qui daemonia habebant... et curavit eos* [2]. De las mugeres nos dice el evangelista lo mismo que de todos los otros endemoniados curados por Jesucristo; que eran mugeres que habian sido curadas y libres de los malignos espíritus, es decir libertadas de una posesion corporal, semejante á la de tantos otros curados por Jesucristo: *Et mulieres aliquae quae erant curatae à spiritibus malignis*.

Pero por lo demas, prosiguen nuestros contrarios, cuando hablamos de la posesion espiritual, no pretendemos que el demonio habite en el alma de todos los pecadores, ni tampoco que tenga tanta parte en la corrupcion de su corazon. La Escritura frecuentemente nos habla del espíritu de fornicacion [3], del espíritu de mentira, [4] del de aturdimiento [5] del de envidia [6], y de los demas, para denotar la maligna inclinacion ó el mal espíritu que nos arrastra á esos vicios, ó que causa en nosotros esas malas disposiciones. No debe creerse que de todo eso sea siempre autor el demonio. Santiago nos enseña (7) que si somos llevados al mal y nos ren-

VIII.

En vano pretenden nuestros contrarios dudar del poder del demonio sobre las mismas almas: algunas posesiones de que habla el Evangelio

(1) Luc. vii. 3. (2) Matt. ix. 24. (3) Gen. iv. 12. et v. 4. (4) 3. Reg. xxi. 23. (5) Isai. xxix. 10. (6) Num. v. 14. 30. (7) Jacob. i. 24.

208
no pueden reducirse á los efectos de la concupiscencia, ó al solo imperio de las pasiones.
208
damos á él, no es otra la causa que el no resistir á nuestra concupiscencia. Por tanto no debe pensarse ligeramente que hay algo sobrenatural en todo lo que se nos refiere de hombres poseídos por el espíritu de impureza, ó por el de ambición &c. Bastante corrompido está el corazón del hombre, y bastante poderosas son sus pasiones para llevarlo á los mayores excesos, sin que en eso se mezcle el diablo. Pero sea lo que fuere, es necesario convenir en que Dios es el único que puede echar fuera esta clase de demonios. La Iglesia, y los santos con sus ruegos pueden atraer los efectos de la misericordia divina sobre los pecadores, y obtenerles la gracia de la conversión. Pero esas no son obsesiones en que deben emplearse los exorcismos; la penitencia, el ayuno, la limosna y la oración, son los verdaderos remedios de semejantes males.

Esto quiere decir que nuestros contrarios querrian poner en duda la realidad no solamente de las posesiones corporales, sino tambien de las espirituales. No se contentan con negar el poder del demonio sobre los cuerpos, sino que se atreven tambien á dudar del que ejerce sobre las almas. Es verdad que la Escritura nos habla del espíritu de fornicación, del de envidia, del de aturdimiento, y que por estas expresiones simplemente nos denota la mala inclinación que nos lleva á los vicios, ó que causa en nosotros esas disposiciones perversas; pero falsamente se nos alega ahora como expresion semejante lo que se dice del espíritu de mentira en el libro tercero de los Reyes, donde el profeta Miqueas habla en estos términos: Yo vi al Señor sentado sobre su trono, y todo el ejército del cielo á su rededor á derecha é izquierda. Y el Señor dijo: ¿Quién engañará á Acab, rey de Israel, á fin de que marche contra Ramot de Galaad y allí perezca? Y uno dijo una cosa, y otro otra: Pero un espíritu se adelantó, y presentándose ante el Señor, le dijo: Yo soy el que engañaré á Acab. Dijo el Señor: De qué manera! El respondió: Yo iré y seré un espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas. El Señor le dijo: Tú lo engañarás, y tú prevalecerás: ven, y haz lo que has dicho. Entre tanto, pues, continúa el profeta hablando con el mismo Acab, el Señor ha puesto un espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas que se hallan aquí, y ha pronunciado tu arresto [1]. Así se expresa el profeta del Señor. Es, pues, el mismo demonio el que estuvo como un espíritu de mentira en la boca de los profetas de Acab; es decir que el mismo demonio fué quien los persuadió el lenguaje seductor que usaron con ese principe.

En vano se nos alega aquí el testimonio de Santiago, de que si somos llevados á lo malo, y somos vencidos, no es otra la causa que el no resistir á nuestra concupiscencia; pues dice que somos tentados por esta que nos lleva y nos inclina al mal; mas no dice que es la única que nos tienta. Enseña que cuando somos tentados no debemos acusar á Dios, porque á nadie tienta; pero no niega que seamos tentados por el demonio. Y ciertamente no fué este el que tentó á Eva en el paraíso terrestre, y á Jesucristo en el desierto. No escribió San Pablo á los Tesalonicenses que estaba temeroso

[1] 3. Reg. xxii. 19. et seqq.

209
SOBRE LAS OBSESIONES Y POSESIONES DEL DEMONIO. 209
de que lo hubiera tentado el tentador (1). Y San Pedro, no nos dice que el demonio nuestro contrario incesantemente gira en derredor de nosotros como un león rugiente, solicitando devorar á alguno (2). No solamente tienta el demonio á los hombres, sino que tiene bajo su poder á los pecadores, pues es el principe del mundo, y los que estan en él son sus esclavos. No pretendemos por esto que ejerza un poder sobrenatural sobre todos los que están sujetos á su imperio, pues nada hay sobrenatural en el que ejerce sobre las almas; y solamente puede mirarse el que como tal tiene alguna vez, sobre los cuerpos. Luego en vano se nos dice que no nos llevemos de ligeros creyendo que hay algo sobrenatural en los poseídos por el espíritu de impureza, de ambición &c. No, ciertamente nada sobrenatural hay en todo lo que experimenta un alma dominada por el espíritu de impureza, de ambición, de avaricia &c.; porque entonces el nombre de espíritu de avaricia, de ambición y de impureza, no debe tomarse por el demonio, y la continuación del discurso determina por sí sola el sentido de esas expresiones. Convenimos en que el corazón del hombre está muy corrompido, y que sus pasiones son bastante poderosas para llevarlo á los últimos excesos, sin que en ellos se meta el diablo; y esto es lo que dice Santiago, que cada uno es tentado, seducido y atraído por su propia concupiscencia; mas de aquí no se sigue que el demonio en eso no tenga parte, pues acabamos de mostrar que ciertamente la tiene. Convenimos en que Dios es el único que puede lanzar al demonio, y alejarlo de las almas que tenia en su servidumbre; convenimos en que solo Dios pueda convertir los corazones sacándolos de la esclavitud del demonio, y tambien en que la penitencia, el ayuno, la limosna y la oración son los verdaderos remedios de los males del alma; pero no debe confundirse el poder que el demonio ejerce sobre las almas con el que tiene sobre los cuerpos, y el que solamente es una verdadera posesion reconocida como sobrenatural; debe reconocerse tambien que hay algo de esto en lo que la Escritura nos refiere de los hombres poseídos por el espíritu impuro.

Y ciertamente cuando el Evangelio nos dice que se ofrecieron á Jesucristo los hombres ocupados por el demonio, y que el Salvador lanzaba los espíritus con su palabra: *Obtulerunt ei multos daemonia habentes, et eiciebat spiritus verbo* (3); es evidente que eran los mismos demonios que ocupaban á esos hombres. Los demonios pues habitaban en los hombres, puesto que Jesucristo de allí los echaba, y esta posesion era sin duda corporal. De la misma manera, cuando S. Marcos, hablando del hombre poseído de una legion de demonios, dice que estaba ocupado del espíritu impuro: *Homo in spiritu immundo* (4), es bien claro que este espíritu no era la pasión de la impureza, sino el demonio mismo, de que este hombre estaba ocupado, y que habitaba en su cuerpo, como expresamente lo dice S. Lucas: *Vir qui habebat daemonium* (5). A mas de esto nunca en la Escritura se emplea el nombre de *demoniacos* y

(1) 1. Thess. iii. 5. (2) 1. Petr. v. 8. (3) Matt. xii. 16. (4) Marc. v. 2. (5) Luc. vii. 37.

poseidos como sinónimo del de malos ó pecadores; nunca se usa para significar el estado de un hombre dominado por sus pasiones, ó del alma sujeta al imperio del demonio; sino que siempre denota un estado singular y extraordinario, que no es común á todos los pecadores ni aun á los malvados, y que los mismos justos y los mas inocentes pueden experimentar; luego este nombre solamente significa una posesion corporal; luego todos los que el Evangelio llama poseidos sufren real y verdaderamente una posesion corporal.

En vano pretenden nuestros contrarios que todas las clases de obsesiones y posesiones de que habla la Escritura pueden reducirse á alguna enfermedad, á desorden de la imaginacion, á una posesion puramente espiritual, ó simplemente tambien á efectos solos de la concupiscencia, y al imperio solo de las pasiones sobre el corazon. No: las posesiones de que habla el Evangelio no eran puras enfermedades: bien pudieron hallarse alguna vez juntas; pero entonces la posesion era tan real como la enfermedad que alguna vez era causada por la misma posesion: no eran simples desórdenes de la imaginacion, pues el demonio con toda realidad ocupaba á aquellos de quienes Jesucristo lo lanzaba, y su realidad está certificada no solamente por el testimonio de los evangelistas, sino tambien por el del mismo Jesucristo: finalmente, no pueden reducirse á simples posesiones espirituales, y mucho ménos á solos efectos de la concupiscencia, ó al solo imperio de las pasiones sobre el corazon. El demonio ejerce un poder real sobre las almas de los pecadores, pues todos son esclavos suyos entregados á su poder; pero tambien lo ejerce sobre los cuerpos, sean de los pecadores ó de los justos, segun Dios se lo permite; y la posesion de todos los poseidos de que habla el Evangelio no es otra cosa que la corporal, única propriamente designada con este nombre, y única que caracteriza el estado de los que son conocidos con el de *endemoniados ó poseidos*; y estas mismas expresiones del Evangelio son las que nos prueban la realidad de las posesiones que refiere.

IX.
En vano se empeñan nuestros contrarios en eludir la prueba que sacamos del testimonio de Jesucristo y de los apóstoles. Si no fueran reales las posesiones, no hubieran con firmado la realidad de Jesucristo y los apóstoles. Na.

Mas nuestros contrarios se empeñan en eludir esta prueba. Jesucristo y los apóstoles, dicen, no emprendieron refutar las opiniones y preocupaciones de los pueblos, ni reformar los modos de hablar triviales y populares, siempre incorrectos é inexactos, y frecuentemente contrarios á la verdad. Nadie ignora qué ideas tan falsas tenían el común de los Judios y los apóstoles sobre el reinado del Mesías, sobre el siglo futuro y sobre otras muchas tradiciones. El Salvador sufrió hasta el fin su rusticidad é ignorancia; y dejó al Espíritu Santo el cuidado de desengañarlos, fumarlos, abrirles el espíritu y el corazon, é ilustrarlos sobre todo lo que frecuentemente les habia dicho, sin que hubieran podido comprenderlo. El pueblo judío atribuía al demonio las mas de las enfermedades, y las creía pena del pecado. ¿El Salvador trabajó por ventura en sacarlos del error que sobre esto padecían? No se trata aquí de errores sobre la filosofía y cosas naturales; y no siendo perjudicial esta ignorancia al negocio de la salvacion, no es extraño que Jesucristo no haya dicho nada sobre ella. ¿Pero cuantos errores hay sobre apariciones de los ángeles y de los espíritus, sobre el poder del demonio, de la magia y de los encantos, que el Salvador no ha to-

cado ni reformado? Los Hebreos eran muy ignorantes en punto de anatomia y de medicina, y sabemos lo que decian sobre eso. ¿Estaremos obligados á seguir sus errores, solo porque la Escritura por proporcionarse á su inteligencia y á la nuestra, emplea sus expresiones y parece que autoriza sus preocupaciones? Cuando nos hablan pues los autores sagrados como si los enfermos que curaba Jesucristo hubieran estado realmente poseidos; y cuando Jesucristo hablando á esos enfermos parece que suponía que el demonio los ocupaba; y los hacia sordos, mudos, encorvados, maniacos y cargados de dolores, eso no quiere decir otra cosa, sino que estando el pueblo en esa persuasion, Jesucristo y sus apóstoles se acomodaron á sus ideas y á su modo de hablar. Los filósofos y los sabios se ven muy precisados á ejecutar lo mismo siempre que hablan al populacho ó escriben para el pueblo. Que se llame á un médico para que trate á un hipocondriaco, ¡rá desde luego á contradecir á su enfermo y á inquietar su espíritu, sosteniéndole que no hay cosa alguna de cuanto imagina, que es una ridiculez el que se crea velo, nieve, caballo ó conejo! El médico primero intentará restablecer los humores á su estado natural; y despues si su arte ó su habilidad le sugieren algun secreto para euganar, ó mejor diré para desengañar la imaginacion de su enfermo, lo empleará proporcionando siempre su lenguaje á las circunstancias y á las disposiciones y necesidad del enfermo que trata. Esto es lo mismo que hizo el Salvador con una bondad, una sabiduria y una paciencia admirables.

De esta manera aparentan nuestros contrarios admirar la sabiduria de Jesucristo mientras ponen en duda las obras de su poder. Es cierto que no ha sido la mira de Jesucristo y de sus apóstoles refutar las preocupaciones de los pueblos, ni reformar las expresiones triviales y populares; ¡pero habrá sido su ánimo el confirmárlas? ¿X no sería confirmárlas el usar de ellas, cuando para eso no habia necesidad alguna? Efectivamente si las posesiones no eran reales, ¿no podia Jesucristo curarlas sin hablar imperiosamente al demonio? ¿No podian decir los evangelistas que el enfermo habia sido curado, sin decir que habia salido el demonio? El Salvador sufrió hasta el fin la groseria y la ignorancia de sus mismos apóstoles, y dejó al Espíritu Santo el cuidado de desengañarlos de sus falsas ideas; ¡pero el Espíritu Santo los desengañó efectivamente sobre las posesiones que creían reales! Si los desengañó, ¿por qué continuaban usando el mismo lenguaje? ¿Por qué confirmaban tambien con su testimonio la realidad de esas posesiones que sabian eran falsas? ¿Por qué en el mismo libro de los Hechos apostólicos nos habla todavía S. Lucas de demoniados curados por S. Pedro y por S. Pablo (1)? ¿Por qué todavía nos habla de un espíritu de Píton á quien dijo S. Pablo: En el nombre de Jesucristo te mando salir de esa muchacha: *Spiritus dixit: Praecipio tibi in nomine Jesuchristi exire ab ea* (2) y el espíritu salió al instante: *Et exiit eadem hora*. ¿Por qué nos habla de los exorcistas judios que emprendieron invocar el nombre del Señor Jesus sobre los que esta-

(1) Act. v. 16. et xix. 12. (2) Act. xxi. 16. et seqq.

ban poseidos de los malos espíritus (1), diciéndolos: Nosotros os conjuramos por Jesús á quien Pablo predicaba y el espíritu maligno les respondió: Conozco á Jesús, y sé quien es Pablo; pero vosotros quiénes sois? *Respondens autem spiritus nequam dixit eis: Jesum nosci, et Paulum scio; vos autem qui estis?* Y al instante el hombre que estaba poseido de un demonio furioso se arrojó sobre dos de los exorcistas, y habiéndolos dominado, los trató tan mal, que tuvieron necesidad de salir huyendo de la casa enteramente desnudos y heridos: *Et insiliens in eos homo in quo erat daemonium pessimum, et dominatus ambarum, invaluit contra eos, ita ut nudi et vulnerati effugerent de domo illa.* Este acontecimiento fué sabido de cuantos Judíos y gentiles vivían en Efezo; todos quedaron penetrados de temor, y glorificaban el nombre del Señor Jesús: *Et cecidit timor super omnes illos, et magnificabatur nomen Domini Jesu.* Nuestros contrarios serán solo los insensibles á la fama de este prodigio, y rehusarán á Jesucristo la gloria que los Judíos y gentiles le tributan?

X.

En vano se empeñan nuestros contrarios en eludir la prueba que se saca de los exorcismos que usa la Iglesia. Sus prácticas son tan fundadas sobre su creencia, y esta sobre la autoridad de las divinas Escrituras; y lo que la Iglesia cree, deben creer todos sus hijos.

Si las posesiones no fueran reales, ninguna obligación tenían Jesucristo y sus apóstoles de confirmar la realidad con su testimonio. Pero los apóstoles y los evangelistas la atestiguaron aun después de haber bajado sobre ellos el Espíritu Santo á desengañarlos de sus errores y enseñarles toda verdad; y su testimonio es confirmado con el del mismo Jesucristo. Luego las posesiones de que habla son reales. Basta solo este argumento para aclarar por tierra todos los vanos discursos de nuestros contrarios.

Pero á mas de esto Jesucristo prometió que sus discípulos tendrían poder de lanzar en su nombre los demonios: *In nomine meo demonia ejicient* (2), y este poder que se les transmitió y que se ha perpetuado en su Iglesia, nos provee tambien contra nuestros contrarios de una nueva prueba de la realidad de las obsesiones, de la que no pueden desentenderse, y buscan en vano medios de eludirla. Es verdad, dicen, que la Iglesia parece convencida de haber existido alguna vez obsesiones reales, y de que el demonio atormenta á ciertas personas, ya para castigar sus pecados ocultos, ya para ejercer su virtud, ó ya para manifestar las obras de Dios. Ella se expresa como si el demonio estuviera en el cuerpo del poseido y lo atormentara. Pero qué no podrá usar estos modos de hablar como tantos otros que se acostumbran en el lenguaje comun, y aun en el mismo de la Iglesia, cuya significacion nunca debe tomarse en todo su rigor? Las asperisiones de agua bendita que hace la Iglesia sobre las personas y sobre las cosas mas sagradas prueban bien que supone estar los demonios esparcidos en el aire, y en casi todos los lugares aun los mas santos; mas este uso y esta opinion no son pruebas incontestables de ese hecho: son prácticas piadosas sobre cosas que se han creído, pero que no son ni de fe divina ni de una total certidumbre. Lo mismo á proporción debe decirse de los exorcismos: la Iglesia á nadie obliga á usarlos ni condena á los que no los usan: no niega las posesiones reales del demonio; ¡pe-

ro puede decirse que nos obliga á creerlas, y que condena á los que no las creen ó á lo menos á los que creen que son infinitamente raras!

Por mas que disimulen aquí nuestros contrarios, se ve claramente que los exorcismos de la Iglesia los embarazan, y lo mismo que ellos confiesan les hace traicion. Los exorcismos prueban evidentemente estar persuadida la Iglesia de la realidad de las obsesiones: ellos lo conocen y no pueden dudarlo. Esta persuasión no es nueva ni particular de alguna Iglesia, ni encerrada en el simple pueblo: sino que es una creencia general, antigua y atestiguada por la práctica comun en todas las Iglesias en todos los siglos. Los Padres desafiaban tambien á los paganos á que presenten los endemoniados ante los cristianos. „Preséntese aquí ante vuestros tribunales, decía Tertuliano, cualquiera que se conozca estar poseido del demonio; y un cristiano, sea el que fuere, mande hablar á ese espíritu inmundo, y confesará entonces con toda verdad que no es mas que un demonio, aunque por otra parte haya osado falsamente que lo tengan por un Dios: *Edatur hic aliquis sub tribunibus vestris, quædam daemone agi constet; jussus a quolibet christiano loqui spiritus ille, tam se daemone confitebitur de vero, quam alibi Deum de falso* „[1]. Los demonios no subsistian en presencia de nuestros exorcistas; nuestros contrarios convienen en eso, y acabamos de ver que los exorcistas judíos tambien intentaron emplear el nombre de Jesucristo para lanzar los demonios. Decir que la Iglesia puede creer las obsesiones reales, aunque no las haya, ó que puede estar persuadida de la realidad, y no pedir una creencia expresa de ella á sus hijos, es cosa que no puede caber en el entendimiento de un católico, ni en el de un hombre sensato. Si la Iglesia no creyera las obsesiones reales, ni obraría ni hablaria del modo que obra. ¿Y quién se atreverá á sostener que se engaña en sus opiniones y en sus prácticas? Ilustrada y regida por el Espíritu de Dios atribuiria al demonio un poder que el no tiene? En vano se pretende debilitar la creencia en que se funda el uso de los exorcismos, empeñándose en debilitar la que es el fundamento del de las asperisiones. Es verdad que el demonio nos tienta; ya lo tenemos manifestado con el ejemplo de nuestros primeros padres, con el de Jesucristo, y con el testimonio de los apóstoles; mas como estos espíritus malignos podrian tentarnos si no estuvieran esparcidos por el aire? El hecho pues es cierto; y las asperisiones de la Iglesia no se fundan sobre una creencia vana, y lo mismo es de los exorcismos. Nuestros contrarios confiesan que las expresiones que emplea la Iglesia en sus exorcismos son relativas á las que usa la Escritura, cuando se trata de posesion del demonio; es así que hemos manifestado que la realidad de las posesiones de este está suficientemente probada con el testimonio de las divinas Escrituras; luego el hecho es cierto, y los exorcismos no se fundan en una creencia vana. Sus prácticas están fundadas sobre su fe, la que lo está sobre la revelación. Las divinas Escrituras son el fundamento de su fe, y esta la regla de la de sus hijos. En vano pues

[1] Act. xii. 13. et seq. [2] Marc. xvi. 17.

(1) Tertul. Apolog. c. 23.
TOM. XIX.

se nos pregunta si la Iglesia obliga á sus hijos á creer la realidad de las obsesiones, y si condena á los que no las creen, siendo para todos los fieles una ley indispensable creer todo lo que cree la Iglesia su madre.

En vano se nos objeta que no siempre los exorcismos tienen efecto, y que el Salvador nunca prometió expresamente á su Iglesia un poder perpetuo, milagroso, comun y unido á ciertas fórmulas para lanzar los demonios. No, Jesucristo no la prometió que en todas ocasiones y con relación á toda clase de personas habria siempre de seguir el efecto al uso del poder que daba á sus discípulos; y he aquí por qué los exorcismos no siempre producen efecto; pero sin embargo, es cierto que les prometió el poder de lanzar los demonios en su nombre: *In nomine meo daemones ejiciuntur* (1), y por esto frecuentemente los exorcismos tienen efecto. Si alguna vez nuestros exorcistas conjuran en vano al demonio, no debemos extrañarlo mas que cuando vimos que los discípulos de Jesucristo no pudieron echar al demonio del cuerpo de aquel infante lunático de que se hace mención en el Evangelio (2). La posesion de ese infante era muy real, supuesto que al hablar Jesucristo salió el demonio, y quedó curado; y preguntándole los discípulos por qué no habian podido lanzar al demonio, al instante les respondió: La causa es vuestra poca fe é incredulidad: *Propter incredulitatem vestram* (3). A mas de que, les dijo en seguida, esta clase de espíritus no se lanza sino en fuerza de la oración y del ayuno: *Hec autem genus non ejicitur nisi per orationem et jejunium* (4). Puede pues en eso haber muchas razones que impidan el efecto de los exorcismos. La poca fe de los ministros que los usan, ó la de aquellos sobre quienes se emplean; la falta de disposiciones propias para inclinar la misericordia de Dios sobre aquel cuyo cuerpo se ha entregado al poder del demonio; finalmente otras muchas razones, cuyo conocimiento se ha reservado Dios, y que no nos toca penetrar.

Los remedios mas eficaces de la religion, tales como los sacramentos, no siempre obran sobre los que los reciben, porque en estos no siempre se hallan las disposiciones convenientes. Si Tertuliano tenia tanto valor en el desafío que osó hacer á sus paganos, era porque entónces la fe de los cristianos era mas viva, y por lo mismo producía mas comunmente su efecto; y en las circunstancias particulares en que lo hizo, y cuyo suceso se dirigió á probar la verdad de la religion cristiana, tenia una firme confianza de que se verificaria esperando que no rehusaria Dios á su pueblo esta señal brillante que iba á servir al triunfo de la religion. Tertuliano esperaba con aquella fe viva que no vacila, y con aquella esperanza firme que jamas se frustra; y he aquí el por qué no temió hacer tal desafío. Por ultimo, si los exorcismos nunca hubieran tenido efecto, habria alguna razon para objetarnos su inutilidad; pero pues han sido eficaces tantas veces, la objecion queda sin fuerza. Si las obsesiones no fueran reales, nunca se vieran obrar los exorcismos.

(1) Marc. xvi. 17.—(2) Matth. xvii. 15. 18. Marc. ix. 17. 27. Luc. ix. 40.—(3) Matth. xvii. 19.—(4) Matth. xvii. 20. Marc. ix. 28.

En vano nos opondrán aquí nuestros contrarios la opinion singular del historiador Josefo sobre las almas de los malos, la de los rabinos y de los filósofos sobre las enfermedades extraordinarias, y el testimonio de diversos historiadores sobre las pretendidas obsesiones curadas por la magia. Josefo supone (1) que lo que atormenta á ciertas personas no es mas que el alma de algun malvado, que refusingo ir al lugar del suplicio que le está destinado, se apodera del cuerpo de algun mortal, lo agita, lo atormenta, y hace cuanto puede para perderlo y destruirlo. Pero nuestros mismos contrarios están obligados á convenir en que aquí no hay mas que apariencia, que Josefo en eso ha publicado una conjetura de su invencion, ó cuando mas, una hipótesis que solamente habia sido muy adoptada por los de su secta. El testimonio de los evangelistas prueba que el comun de los Judios creia la realidad de las posesiones del demonio; así lo reconocen nuestros contrarios. Mas por otra parte ¿qué valor puede tener el testimonio de Josefo contra el de Jesucristo! Josefo nos cuenta una fábula, Jesucristo nos atestigua una verdad.

Los rabinos, y sobre todo Maimónides, frecuentemente dan á las enfermedades el nombre de ciertos demonios; y nuestros contrarios pretenden que los Hebreos pueden haber imitado en eso á los antiguos filósofos y médicos griegos, que alguna vez llamaban demonios á las enfermedades extraordinarias y desconocidas. ¿Pero eso qué nos importa? Yo supongo que tuvieran por obsesiones algunas enfermedades; ¿se seguirá de ahí que toda obsesion sea enfermedad! No niego que haya falsas obsesiones; pero ¿deberá por eso decirse que no las hay verdaderas! Los rabinos y los filósofos pudieron atribuir falsamente al demonio enfermedades en que no tenia parte; pero los santos evangelistas, los apóstoles y el mismo Jesucristo no han podido estimar como reales las obsesiones que fueran falsas.

Segun el testimonio de diversos historiadores se ha visto que los magicos han curado y librado á hombres que se creian poseidos del demonio. No obstante, si los demonios poseen á los hombres, eso no puede ser sino por una permission particular de Dios; y desde entónces la magia no tiene virtud alguna contra las obsesiones. Beelzebub no puede lanzar un demonio á quien Dios haya permitido que entre en un hombre; todos los encantos, todas las yerbas y todos los demonios juntos, no desbaran lo que el Eterno ha hecho u ordenado. Luego esas pretendidas obsesiones curadas por los magicos, eran falsas y meras ilusiones, dicen nuestros contrarios. Si, sin duda; pero digamos de una vez ¿qué nos importa, y qué puede concluirse de eso contra nosotros! ¿hay obsesiones falsas; no las habrá por eso verdaderas! Eran falsas las obsesiones curadas por los magicos; ¿pero las que se han curado en el nombre y con la palabra del mismo Jesucristo podrán dejar de ser ciertas!

Nuestros contrarios por último nos objetan que las obsesiones por si mismas no nos proveen de alguna prueba cierta de su realidad, ni á los que las vemos, ni á los pretendidos poseidos que las ex-

(1) Jos. Ant. l. vi. c. 35.

Respuestas á las objeciones tomadas de la opinion del historiador Josefo sobre las almas de los malos, de los rabinos y de los filósofos sobre las enfermedades extraordinarias y del testimonio de diversos historiadores sobre las pretendidas obsesiones curadas por la magia.

Respuesta á la objecion tomada de

Las señales o quivocos de las obsesiones. Cuando fuera cierto que las señas de las obsesiones eran quivocos, no poco serian menos reales. Las obsesiones que se refieren en el Evangelio.

XIV. Explicaciones de algunas proposiciones de Calmet en su disertacion sobre la medicina de los Hebreos.

perimentan. Todas las señas de las obsesiones son equívocas, dicen nuestros contrarios; luego todas las obsesiones son inciertas. Nosotros conveniremos en que en las obsesiones hay muchos caracteres dudosos y equívocos; y tambien concederemos que puede haber obsesiones muy falsas. No pretendemos sostener la realidad mas que de aquellas que están claramente notadas en las divinas Escrituras, ó que se hallan caracterizadas por circunstancias tan decisivas y tan constantes que no pueden racionalmente atribuirse ni á enfermedad, ni á la imaginacion ni á una impostura. Nuestro intento no es tomar aqui la defensa de la vana suposicion de los pueblos, ni del excesivo poder que se atribuye al demonio, ni de los falsos milagros, ni de la temeraria credulidad de los ignorantes; pero si defendemos los textos sagrados que claramente nos enseñan que Jesucristo curó endemoniados, que tambien comunicó á otros este poder como prueba de su mision, que á sus apóstoles y discípulos dió esta facultad, y que prometió transmitir á los que creyeran en él. Sostenemos que todos esos textos prueban la realidad de las obsesiones, y decimos que aunque fuera cierto que estas no nos proveen por sí mismas de una verdadera prueba de su realidad, es no obstante indubitabile la de aquellas que los evangelistas nos refieren; porque son hombres inspirados los que nos dan testimonio de ellas, y porque el mismo Jesucristo las certifica; y esto solo es suficiente para fijar nuestro juicio y desterrar toda duda.

Pero antes de concluir esta Disertacion, creiamos necesario volver á fijar nuestra consideracion sobre algunas proposiciones que parecen haberse escapado á Calmet, y de las que tal vez podian servirse nuestros contrarios. Se nos podría objetar que este intérprete en su Disertacion sobre la medicina de los Hebreos (1), habla de las obsesiones como de una enfermedad muy comun en tiempo de Jesucristo; y dice que tal era la de Saul, quien parecia poseido; y añade, que es oportuno notar que los Hebreos de ese tiempo estaban persuadidos de que casi todas las enfermedades incurables y desconocidas eran causadas por el demonio. Convenimos en que designar las obsesiones bajo el nombre de enfermedades, es dar á esta voz una significacion muy impropia; y añadiremos, que el mismo Calmet en este lugar reconoce que Saul no solamente parecia poseido, sino que REALMENTE LO ESTABA, sirviéndose el maligno espíritu de la mala disposicion de sus humores para agitarlo y atormentarlo; que en el mismo lugar reconoce que el Evangelio muestra muchos epilépticos, sordos, mudos, lunáticos y maníacos, REALMENTE POSEIDOS DE ALGUN DEMONIO, y que en el instante en que Jesucristo ó sus apóstoles lo lanzaron, quedó sano el enfermo. Por fin, agregaremos que despues de haber referido algunos otros ejemplos se expresa de esta manera: „No se dirá que en todo eso únicamente habia desorden de la imaginacion ó error de parte del pueblo, que Saul no estaba poseido, ni lo estaban los epilépticos, lunáticos y mudos de que habla el Evangelio. Es creible que Dios permitia entonces al demonio el molestar y ocupar los cuerpos de las personas que ha-

(1) Esta Disertacion se halla en el tomo 1. de la Coleccion de las Disertaciones de Calmet, en el Concilio del mismo autor al principio del Eclesiástico, y en esta Biblia, tom. 22.

bian caido en algun crimen, ó que eran heridas por la mano de la justicia divina, para que fueran castigados en esta vida, y su castigo aterrorizase á otros. Tal era el espíritu de la ley antigua, espíritu de rigor y de severidad. Convenia tratar á los Judios como esclavos, y contenerlos con penas sensibles proporcionadas á su alcance y preocupacion, pues miraban estas enfermedades como castigos extraordinarios, que creian causados por los espíritus malignos. Dios no destruyó esta opinion, sino que dejándolos en ella, les envió demonios para castigarlos enviándoles al mismo tiempo las enfermedades. No conveniremos en que la enfermedad siempre era diversa de la obsesion, pues el Evangelio nos denota bien que esta frecuentemente era la causa de aquella; y nos es suficiente notar aqui, que Calmet en este mismo lugar conviene á lo menos en que era real la posesion.

Tal vez se nos dirá que en la misma Disertacion se explica Calmet en estos terminos: „Los Hebreos atribuian al demonio ó á la luna muchas incomodidades, que los médicos juzgan enteramente naturales: tal era la de Saul y la de aquellos hipocondríacos que se tenían por endemoniados. Muchos habia que realmente lo eran y el Evangelio no nos permite dudar de eso; pero es muy difícil sostener que todos lo estaban. El pueblo ignorante aun el dia de hoy tiene por poseidos á los que no son mas que maníacos, y que tienen mas necesidad del éléboro, de purgantes y de refrescos, que de los exorcismos y remedios sobrenaturales, que no quisiere emplear la Iglesia sino cuando hay una necesidad ó utilidad sensible y conocida. Conveniremos en que en esta parte Calmet se conforma mucho con los incrédulos. Con bastante claridad muestra la Escritura que la enfermedad de Saul no era una pura enfermedad, sino que estaba unida á una verdadera obsesion, ó mas bien era causada por esta. En cuanto á los que el Evangelio llama poseidos, debe confesarse que no eran solamente hipocondríacos, sino verdaderos endemoniados, que no solo estaban tenidos por tales, sino que realmente lo eran. No basta reconocer que habia entonces muchos que realmente estaban poseidos, es menester tambien confesar que lo eran todos aquellos á quienes el Evangelio da ese nombre. Y á la verdad, si parece difícil sostener que lo eran todos, lo es mucho mas sostener que no lo eran. Porque para defender lo primero me basta saber que así los llaman los evangelistas, los que como hombres inspirados no lo habrian hecho así, si no fueran tales; mas para decir que no lo eran, ¿qué cosa podrá servirme de prueba? Por qué hemos de hacer distincion entre hombres comprendidos todos bajo un mismo nombre dado por escritores inspirados, es decir, por el Espíritu de verdad que regia la pluma de estos? El pueblo ignorante aun en el dia de hoy, tiene por poseidos á muchos que no lo son; y los escritores inspirados nos habrian dado por poseidos á los que no lo estaban si el demonio no hubiera estado realmente en el cuerpo de los poseidos (nos habrian dicho los evangelistas que Jesucristo los curó lanzando de ellos con su palabra los malignos espíritus? Obtulerunt ei multos daemonia habentes, et ejiciebat spiritus verbo [1].

(1) Matth. xii. 16.

A mas de esto, en la presente Disertacion no hemos hecho más que exponer los principios recibidos y establecidos por el mismo Calmet en la que publicó sobre este asunto. Es cierto que los hemos dado un nuevo orden y los hemos presentado bajo una luz nueva, pero substancialmente han quedado los mismos. Las posesiones son posibles; las que refiere el Evangelio son reales; estas son los dos cosas que hemos establecido en esta Disertacion, y las que asienta Calmet en la suya, en la que si alguna vez parece que se desvia de ellas, son descuidos de que no están extensos los escritores mas grandes, principalmente estando como él ocupados en reunir y comparar las diversas opiniones de muchísimos autores sobre una multitud de materias diferentes. Entónces frecuentemente sucede que se propone como pensamiento propio lo que es ajeno y sucede tambien muchas veces, que en una materia que se trata como de paso, se avanzan ciertas proposiciones cuya falsedad se advierte cuando uno vuelve sobre sí mismo, y cuando tiene oportunidad de tratar dicha materia con mas exactitud y cuidado. Por tanto segun los dos principios que estableció Calmet en su Disertacion sobre las obsesiones, y que tambien nosotros hemos sentido, debe juzgarse cual es su verdadero modo de pensar en esa materia.

XV.
Conclusion
que compare
de la recapit
tuciones de
los principi
os estableci
dos en esta
Disertacion.

Las obsesiones y posesiones son posibles. Es posible, á lo ménos en el orden sobrenatural, que el demonio obre en el cuerpo de un hombre por permision de Dios; es posible esta misma permision, y lo es que el cuerpo sea movido y agitado por el demonio á quien se haya concedido esta facultad; los efectos de las posesiones son limitados por el poder de Dios; mas las obsesiones no son ménos posibles; podemos ignorar el por qué las permite Dios, pero no que pueda permitirías. Por último no solamente no hay peligro en admitir su posibilidad, sino que lo peligroso sería el negarla. Las obsesiones y posesiones son posibles; luego no hay cosa que nos obligue á contestar la realidad, siendo esta por otra parte tan constante, que no se puede ménos que confesar su posibilidad.

Las posesiones de que habla el Evangelio son reales. La libertad de los poseidos está marcada con tanta claridad en el Evangelio, que no es posible dudar de la realidad de sus posesiones. Nada prueba en su contra la comparacion del estado en que Saúl se hallaba con el de los poseidos que refiere el Evangelio, habiendo en ambos una obsesion real. En vano se pretenden reducir las de que habla el Evangelio á simples enfermedades, á desorden de la imaginacion, á posesiones puramente espirituales, ó finalmente, á un furor de las pasiones; porque el testimonio de los evangelistas y del mismo Jesucristo prueba constantemente haber sido reales y que era el cuerpo mismo el que estaba ocupado del demonio, y es inútil pretender quitar la fuerza á esta prueba. La facultad que Jesucristo concedió á sus discípulos de lanzar en su nombre los demonios, es una nueva prueba que en vano se quiere eludir. La Iglesia no emplea los exorcismos sino porque cree la realidad de las posesiones; y lo que esta cree tambien deben creerlo sus hijos. Si los exorcismos nunca obraran, podria objetárenos su debilidad; pero habiendo sido tantas veces eficaces, pierde toda su fuerza la objecion. La opinion de Joséfo no es mas que una quimera incapaz de debilitar una verdad atestigüada

por Jesucristo. Los rabinos y los filósofos han supuesto obsesiones; pero de ahí no se sigue que no las haya realmente. Las que los historiadores pretenden haber sido curadas por la magia, eran falsas; pero las que se han curado en el nombre y por la virtud de Jesucristo, han sido muy verdaderas. Por último los signos de las obsesiones pueden ser equívocos; pero su realidad atestigüada por el Evangelio y por Jesucristo, es sumamente cierta.

En vano, pues, pretende el incrédulo ponernos en duda la posibilidad y la realidad de las posesiones de que habla el Evangelio; ellas son posibles y tambien reales.

DISERTACION

SOBRE

LAS TRES MARIAS.

La cuestion que vamos á tratar tiene por objeto tres personas de que se hace mencion en el Evangelio; y son Maria Magdalena, Maria, hermana de Maria, y una muger penitente que ungió los pies del Salvador en casa del fariseo Simon (1). Se desea saber si son tres personas diversas, ó solamente dos, ó si una sola persona está designada de tres maneras diferentes.

Historia de
la disputa
que se formó
sobre las tres
Marias. Ob-
jeto y divisi-
on de esta Di-
sertacion.

Ante todas cosas debemos creer que esta cuestion es de puro nombre; es de aquellas *disputas interminables* de que habla S. Pablo á Timoteo (2), sobre las cuales eternamente se disputará, sin llegar nunca á conocer clara y distintamente la verdad. Si este asunto fuera de aquellos que pueden perfectamente declararse, lo estaria ya el día de hoy, pues de él se han ocupado muchos hombres hábiles. Dos únicos caminos seguros tenemos para decidir esta dificultad: el primero es la palabra de Dios, es decir el texto de los libros santos; y el segundo es la tradicion de la Iglesia y el sentir de los padres. Mas el texto del Evangelio no es bastante claro para determinarnos; la tradicion de la Iglesia ha variado, los padres no están conformes entre sí mismos, y los sabios y críticos aun hasta hoy están divididos. La Iglesia finalmente ve y conoce esta diversidad de opiniones, sin inquietarse por eso ni tomarse el trabajo de interponer su autoridad para contenerla. Luego se puede tratar de nuevo y con entera libertad este punto, sin que nadie tenga derecho para escandalizarse de ello.

Pueden contarse hasta cinco opiniones diversas sobre esta cues-

(1) Luc. vii. 37.—(2) 1. Timot. i. 4. *Genealogia interminabilis.*

A mas de esto, en la presente Disertacion no hemos hecho más que exponer los principios recibidos y establecidos por el mismo Calmet en la que publicó sobre este asunto. Es cierto que los hemos dado un nuevo orden y los hemos presentado bajo una luz nueva, pero substancialmente han quedado los mismos. Las posesiones son posibles; las que refiere el Evangelio son reales; estas son los dos cosas que hemos establecido en esta Disertacion, y las que asienta Calmet en la suya, en la que si alguna vez parece que se desvia de ellas, son descuidos de que no están extensos los escritores mas grandes, principalmente estando como él ocupados en reunir y comparar las diversas opiniones de muchísimos autores sobre una multitud de materias diferentes. Entónces frecuentemente sucede que se propone como pensamiento propio lo que es ajeno y sucede tambien muchas veces, que en una materia que se trata como de paso, se avanzan ciertas proposiciones cuya falsedad se advierte cuando uno vuelve sobre sí mismo, y cuando tiene oportunidad de tratar dicha materia con mas exactitud y cuidado. Por tanto segun los dos principios que estableció Calmet en su Disertacion sobre las obsesiones, y que tambien nosotros hemos sentido, debe juzgarse cual es su verdadero modo de pensar en esa materia.

XV.
Conclusion
que compare
de la recon-
tacion de
los principl-
os estableci-
dos en esta
Disertacion.

Las obsesiones y posesiones son posibles. Es posible, á lo ménos en el orden sobrenatural, que el demonio obre en el cuerpo de un hombre por permision de Dios; es posible esta misma permision, y lo es que el cuerpo sea movido y agitado por el demonio á quien se haya concedido esta facultad; los efectos de las posesiones son limitados por el poder de Dios; mas las obsesiones no son ménos posibles; podemos ignorar el por qué las permite Dios, pero no que pueda permitirías. Por último no solamente no hay peligro en admitir su posibilidad, sino que lo peligroso sería el negarla. Las obsesiones y posesiones son posibles; luego no hay cosa que nos obligue á contestar la realidad, siendo esta por otra parte tan constante, que no se puede ménos que confesar su posibilidad.

Las posesiones de que habla el Evangelio son reales. La libertad de los poseidos está marcada con tanta claridad en el Evangelio, que no es posible dudar de la realidad de sus posesiones. Nada prueba en su contra la comparacion del estado en que Saúl se hallaba con el de los poseidos que refiere el Evangelio, habiendo en ambos una obsesion real. En vano se pretenden reducir las de que habla el Evangelio á simples enfermedades, á desorden de la imaginacion, á posesiones puramente espirituales, ó finalmente, á un furor de las pasiones; porque el testimonio de los evangelistas y del mismo Jesucristo prueba constantemente haber sido reales y que era el cuerpo mismo el que estaba ocupado del demonio, y es inútil pretender quitar la fuerza á esta prueba. La facultad que Jesucristo concedió á sus discípulos de lanzar en su nombre los demonios, es una nueva prueba que en vano se quiere eludir. La Iglesia no emplea los exorcismos sino porque cree la realidad de las posesiones; y lo que esta cree tambien deben creerlo sus hijos. Si los exorcismos nunca obraran, podria objetárenos su debilidad; pero habiendo sido tantas veces eficaces, pierde toda su fuerza la objecion. La opinion de Joséfo no es mas que una quimera incapaz de debilitar una verdad atestigüada

por Jesucristo. Los rabinos y los filósofos han supuesto obsesiones; pero de ahí no se sigue que no las haya realmente. Las que los historiadores pretenden haber sido curadas por la magia, eran falsas; pero las que se han curado en el nombre y por la virtud de Jesucristo, han sido muy verdaderas. Por último los signos de las obsesiones pueden ser equívocos; pero su realidad atestigüada por el Evangelio y por Jesucristo, es sumamente cierta.

En vano, pues, pretende el incrédulo ponernos en duda la posibilidad y la realidad de las posesiones de que habla el Evangelio; ellas son posibles y tambien reales.

DISERTACION

SOBRE

LAS TRES MARIAS.

La cuestion que vamos á tratar tiene por objeto tres personas de que se hace mencion en el Evangelio; y son Maria Magdalena, Maria, hermana de Maria, y una mujer penitente que ungió los pies del Salvador en casa del fariseo Simon (1). Se desea saber si son tres personas diversas, ó solamente dos, ó si una sola persona está designada de tres maneras diferentes.

Historia de
la disputa
que se formó
sobre las tres
Marias. Ob-
jeto y divi-
sion de esta Di-
sertacion.

Ante todas cosas debemos creer que esta cuestion es de puro nombre; es de aquellas *disputas interminables* de que habla S. Pablo á Timoteo (2), sobre las cuales eternamente se disputará, sin llegar nunca á conocer clara y distintamente la verdad. Si este asunto fuera de aquellos que pueden perfectamente declararse, lo estaria ya el día de hoy, pues de él se han ocupado muchos hombres hábiles. Dos únicos caminos seguros tenemos para decidir esta dificultad: el primero es la palabra de Dios, es decir el texto de los libros santos; y el segundo es la tradicion de la Iglesia y el sentir de los padres. Mas el texto del Evangelio no es bastante claro para determinarnos; la tradicion de la Iglesia ha variado, los padres no están conformes entre sí mismos, y los sabios y críticos aun hasta hoy están divididos. La Iglesia finalmente ve y conoce esta diversidad de opiniones, sin inquietarse por eso ni tomarse el trabajo de interponer su autoridad para contenerla. Luego se puede tratar de nuevo y con entera libertad este punto, sin que nadie tenga derecho para escandalizarse de ello.

Pueden contarse hasta cinco opiniones diversas sobre esta cues-

(1) Luc. vii. 37.—(2) 1. Timot. i. 4. *Genealogia interminabilis.*

tion. Unos defienden que las tres Marías mencionadas arriba, no son sino una misma persona; otros creen que son tres diversas; otros confunden á María Magdalena con María hermana de Marta; otros quieren que María Magdalena sea la muger pecadora; y otros por último pretenden que esta sea María hermana de Marta. Puede añadirse un sexto partido formado de los que no viendo bastante claridad en este punto, suspenden su juicio, y no están ni por la pluralidad ni por la unidad. En este número puede jenerarse á S. Gerónimo (1), S. Ambrosio (2) y S. Agustín (3).

Los defensores de estas diferentes opiniones citan respectivamente en su favor unos mismos pasajes de la Escritura, sacando de ellos consecuencias totalmente opuestas. Cada uno alega por su parte los padres que favorecen su opinion. Los que están por la unidad de las Marías alegan principalmente á S. Clemente Alejandro (4), á Ammonio (5), á S. Gregorio el Grande (6), á Crodoberto, obispo de Tours (7) en el siglo séptimo, á Beda casi contemporáneo (8), á Drutmar, monje de Corbia en el siglo nueve (9), á S. Odon, abad de Cluny (10), á S. Anselmo ó á un autor citado bajo su nombre sobre los Evangelios (11), á Pedro de Blois (12), á S. Antonino (13), Dionisio Cartujano, el cardenal Hugo, y en general casi todos los latinos desde S. Gregorio Papa.

Los que defienden la pluralidad se fundan en el testimonio del autor de las Constituciones apostólicas (14), que distingue á María Magdalena de María hermana de Marta, Teófilo de Antioquia (15) y S. Ireneo (16), las distinguen también, e igualmente Orígenes (17) y S. Juan Crisostomo (18), S. Macario (19), Tito de Bostras (20), Teofilacto (21), Eutimio (22), Modesto, patriarca de Jerusalem (23), y generalmente casi todos los padres griegos, y de esta manera desde el siglo séptimo estaban divididos el Occidente y el Oriente sobre esta famosa cuestion.

Alberto el Grande y santo Tomas, sin tomar partido en esta disputa, reconocian que el Occidente seguia á S. Gregorio. Y efectivamente el oficio de la misa y del breviario en el rito romano parece suponer que María Magdalena, la pecadora, y María hermana de Marta, eran una sola persona.

Este era el concepto comun, quando Santiago le Febre de Etaples en el siglo décimosexto pretendió probar que las tres personas de que se trata, eran entre sí diferentes, y que no se debia tener consideracion á la opinion popular que las confundia. Jo-

(1) Hieron. in Math. xvi. et l. ii. contra Iovin. c. 16. et prefat. in Oser. et ep. 150.—(2) Ambros. l. de Virgín. comparado con el l. vi. sobre San Lucas.—(3) Aug. Tract. 49. in Joan. 3.—(4) Clem. Alex. l. in Pedagog. c. 8. Vase á M. Trevel, Dic. sobre Maria Magdalena, l. ii. art. 2. no 214.—(5) Ammonius Harm. 4. Evangel.—(6) Greg. Mag. homil. 35. in evang. et homil. 33. et in l. Reg. vi.—(7) Crodoberto, apud Quercet. tract. ad ep. S. Leonis.—(8) Beda in Luc. l. ii. c. 1.—(9) Christian. Tractatus. in Math. 1.—(10) Odo Cluniac. ser. 2. de Maria Magd.—(11) Anselm. sen altus in Math. xxvi.—(12) Petr. Blois. l. ii. ep. 50. et serm. de sancta Maria Magd.—(13) D. Antonino. serm. in ser. 5. Hebdom. passionis.—(14) Constit. l. ii. c. 6.—(15) Theophyl. Antioch. Comment. alleg. in 4. Rom.—(16) Iren. l. iii. c. 14.—(17) Orig. homil. 35. in Math. et Joan. l. et 2. Cant.—(18) Chrys. homil. 81. in Math. xxvi. et homil. 61. in Joan.—(19) Macar. homil. 12.—(20) Tit. Bostr. in Luc. vii.—(21) Theophyl. in Marc. xvi. et in Luc. vii.—(22) Euthym. in Evangel.—(23) Modest. opud Phot. Bibliot. Cod. 375.

se Chetou lo siguió (1). Hizo mucho ruido esta disputa, y la facultad de Teologia de Paris censuro la opinion de le Febre en 9 de noviembre de 1621. Juan Fischer, obispo de Rochester, combatió esta opinion en un escrito trabajado al intento, é impreso en 1519, y lo mismo ejecutó Baltasar Sorio en otro escrito que imprimió en Zaragoza en 1521. Lorenzo Surio, Santiago, obispo de Viena, Marco Granval, Baronio, Jansenio de Gand y Maldonado tambien escribieron en defensa de la unidad de las Maras contra le Febre y sus partidarios.

Mas esto no impidió que emprendieran despues otros sabios la defensa de Santiago le Febre. M. Louet en 1636 hizo imprimir un tratado sobre este asunto, aprobándolo M. Chatelain, síndico de la facultad de teologia en Paris, que explica los motivos políticos de la censura de la Sorbona, y dice que si la cuestion hubiera de juzgarse, no se decidiria lo que entonces se decidió. Casaubon (2), Estio (3), M. de Launoy (4), Boulanger, jesuita (5), y Turrieno de la misma compañía (6), Zegers (7), franciscano, intérprete célebre, Salmeron (8), y posteriormente otros muchos, han trabajado por establecer la pluralidad de las Marías, mientras que otros sostenian la unidad.

El R. P. Alejandro, dominico (9), los RR. PP. Lami (10), y Manduit (11), del Oratorio, y el R. P. Pezron (12), de la estrecha observancia del Cister, se mantienen firmes en esta última opinion. Pero M. Mauconduit (13), M. Anquetin, cura de Leons (14), M. de Tillemont (15), M. Baillet (16) y M. le Febre, doctor de la Sorbona, en sus notas sobre el P. Alejandro que se han suprimido, han estado por la pluralidad. El P. Lami habiendo visto la Disertacion de M. Anquetin, en la que se ataca su sistema, imprimió en su defensa dos cartas el año 1699. En el mismo tiempo apareció un pequeño tratado anónimo intitulado: *Reflexiones contra la Disertacion que se hizo sobre santa Magdalena*. Pero un eclesiástico de la diócesis de Ruan, que tal vez es el mismo M. Anquetin, respondió á eso en tres cartas que imprimió. Por último M. Trevel, cura de Gomecourt, hizo imprimir en 1713 una larga Disertacion con el fin de sostener contra algunos modernos la unidad de María Magdalena, María hermana de Lázaro, y la muger pecadora. Este escrito principalmente se dirige á los señores Anquetin, Tillemont y Baillet. He aqui el pie en que ha estado hasta aqui esta célebre disputa.

En la obligacion en que nos hallamos de manifestar nuestro juicio en este asunto, el partido mas conveniente y seguro que podemos abrazar, es proponer las principales razones que hay ya por

(1) Jolic. Clitov. ep. dedicataria ad Francis. Molin. prefat. tractatus Jacobi Fabri Stapul. Item Clitov. disert. l. et 2. aduers. Marc. Genodivul. Paris. ann. 1519.—(2) Casaub. in Baron. Exercit. 14.—(3) Estius. orat. 14. que est de Maria Magdalena.—(4) Launoy. de Commentis Lazzari, et Marg. et in Promotionis apud. 5. Balenger. Dactik. 3. p. 15.—(5) Turrian. in canon. l. ii. c. 6.—(6) Zegers. in Joan. 2.—(7) Salmeron. l. 3. tract. 49.—(8) Natal. Alex. in Hist. eccl. secul. 1. Diss. 17. p. 188.—(9) Lami. Harmon. in Evang. et Epist. Gallicis. p. 96.—(10) Manduit. Análisis de los Evangelios. l. 2. en Paris, 1643.—(11) Pezron. Hist. evang. t. ii. p. 337. en Paris 1696.—(12) Mauconduit. impreso en 1695.—(13) Anquetin. Disertacion sobre Maria Magdalena, en Paris, 1699.—(14) Tillemont. Hist. eccl. t. ii. p. 30. y 512.—(15) Baillet. Vida de los Santos, en el mes de Julio, dia 29.

la unidad, ya por la pluralidad de las Marias, á fin de que tanto el lector como nosotros, podamos fijar nuestro juicio con conocimiento, y abrazar el uno ó el otro de los dos partidos.

ARTICULO PRIMERO.

Sistema de los que defienden que María Magdalena, María hermana de Marta, y la muger pecadora son una misma persona.

I.
Argumento tomado de la tradición de la Iglesia de Occidente, en la que por mas de mil años se han tenido por una las tres Marias.

I. La opinion que sostiene la unidad de las Marias es casi la única recibida en la Iglesia de Occidente desde el siglo séptimo, es decir desde el tiempo de San Gregorio el Grande. Mas una posesion de mas de mil años, siempre seguida de los escritores católicos, es un título contra el que se necesitan pruebas que se acerquen á demostraciones. Una opinion inserta hace tantos siglos en los oficios eclesiásticos, predicada al pueblo y que es como parte de la tradicion de los fieles, debe pasar por inviolable siempre que no haya contra ella textos ó razones capaces de contrapesar á una autoridad tan grande. Los mismos contrarios confiesan que sus pruebas no son demostrativas, ni los textos de la Escritura son tales que no sufran oposicion; y la prueba de ello es la misma diversidad de opiniones que aun hasta hoy reina entre los criticos sobre este asunto. No debe pues admitirse que semejantes opiniones vengán á turbar la posesion de la Iglesia latina, ni la firme persuasion en que ha tanto tiempo están los fieles de ser una misma persona María hermana de Lázaro, María Magdalena y la muger pecadora.

II.
Argumento tomado del texto del evangelio para probar que María Magdalena es la misma que María hermana de Marta. Objeciones.

II. Del modo mas expreso nos denotan los evangelistas que María Magdalena compró perfumes para embalsamar el cuerpo de Jesucristo despues de su muerte (1). Segun los mismos evangelistas (2) seis dias antes de la Pascua, hablando Jesus á María hermana de Marta y de Lázaro, insinuó que ella lo embalsamaria despues de su muerte; no son pues sino una misma persona, supuesto que Magdalena fué quien ejecutó lo que el Señor habia predicho á la hermana de Marta.

Los escritores que forman esta disputa convienen en haber sido María Magdalena la que cumplió con su deber embalsamando el cuerpo del Salvador, y la hermana de Marta y de Lázaro la que derramó el perfume de espiga de nardo sobre sus piés cuando estaba en la mesa en casa de Simón el leproso. La única dificultad que hay es sobre el sentido de las palabras de los evangelistas que refieren que Jesucristo dijo á los que murmuraban de la santa profusion de María (3): *Dejadla que guarde ese perfume para el dia de mi sepultura*; ó segun el griego: *Dejadla: ella ha guardado este perfume para el dia de mi sepultura*; ó como dice San Mateo (4): *Derramando ese perfume sobre mi cuerpo, lo hace para enterrarme*; y segun San Marcos (5): *Ella ha hecho lo que ha podido; y anticipadamente ha derramado ese perfume sobre mi cuerpo para prevenir mi sepultura*.

Sobre estos textos, he aquí como se discurre. Jesucristo dijo

(1) Marc. xvi. 1. 2.—(2) Matth. xxvi. 12. Marc. xiv. 8. Joan. xii. 7.—(3) Joan. xii. 7.—(4) Matth. xxvi. 12.—(5) Marc. xiv. 8.

que María que lo ungió en Betania en casa de Simon el leproso, prevenia con esta accion la uncion de su cuerpo. Mas es constante que la que emprendió embalsamarlo despues de su muerte, era la Magdalena; luego esta es la misma que la hermana de Marta, quien previno la uncion de la sepultura del Salvador, y que efectivamente emprendió embalsamarlo despues de muerto. Jesucristo dijo que anticipó esta uncion, porque prevenia que no tendria lugar ni medios para ejecutarla despues, por cuanto debia prevenirla por su resurreccion. Esto es lo mas especioso que se alega para sostener la unidad de las Marias.

Pero á estas razones puede responderse: 1. Que la accion de María hermana de Marta que derramó el bálsamo sobre la cabeza de Jesucristo seis dias antes de su muerte, no está necesariamente unida con la de María Magdalena que emprendió embalsamar el cuerpo despues de ella. Estas dos acciones son totalmente diversas, y pueden ser hechas por dos personas que entre si no tengan relacion alguna.

2. Se supone sin prueba bastante haber predicho Jesucristo que María hermana de Marta lo embalsamaria despues de muerto, ó cuando ménos se esforzaria á ejecutarlo. Pueden darse á sus palabras otros muchos sentidos muy naturales: *Dejadla á fin de que conserve este perfume para el dia de mi sepultura* (1). Ya tenemos notado que en el griego se lee: *Dejadla: ella ha guardado este perfume para el dia de mi sepultura*. Pero á mas de eso se sabe que no lo guardó para entonces, supuesto que cuando dijo esto Jesucristo lo habia ya derramado. Conviene pues que haya querido decir lo que leemos en San Mateo: *Derramando este unguento sobre mi cuerpo lo hizo para enterrarme* (2). Esto es, como si ella hubiera querido prevenir mi uncion, como se explica San Marcos (3). Su accion es un preludio, una figura y una representacion de lo que bien pronto habia de acaecerme.

3. De que Jesucristo dijera que la hermana de Marta habia prevenido su sepultura, por el bálsamo que acababa de derramar sobre sus piés y cabeza, no se puede concluir que ella hubiese querido embalsamar su cuerpo, porque anticipada ya la uncion no habia para que repetirla despues de su muerte; lo que ni debió emprender si es que Jesucristo quiso predecir que seria empresa inútil.

III. S. Juan hablando de la enfermedad de Lázaro (4), dice que María su hermana derramó el bálsamo sobre los piés de Jesucristo; pero aun no habia hablado de uncion alguna que hubiera hecho; ni los demas évangélistas hacen mención de otra anterior á la que refiere San Lucas hecha mucho tiempo antes por la muger pecadora en casa de Simon el fariseo (5). Es ciertamente muy natural creer que San Juan quiso denotar la accion de esta pecadora tan celebrada en la Iglesia. Por tanto María hermana de Marta y la muger pecadora son una misma persona.

Mas á esto se responde (6), que es muy posible que San Juan haya referido anticipadamente esta circunstancia por presentar á María por el lado que la hacia tan digna de consideracion y de aprecio; predicando Jesucristo que su accion seria predicada en todo el mundo.

(1) Joan. xii. 7.—(2) Matth. xxvi. 12.—(3) Marc. xiv. 8.—(4) Joan. xi. 2.—(5) Luc. vii. 37.—(6) Autor. *Quest. inter opera* 8. Arg. l. 6. quest. 24. p. 85. Est. anal. 14. Tillmont, etc.

III.
Argumento tomado del texto del Evangelio para probar que María hermana de Marta, es la misma que la muger pecadora. Objeciones.

do (1), y era ya muy celebrada entre los fieles cuando San Juan escribió su Evangelio. Así es como los otros evangelistas, al hablar de la vocación de Judas al apostolado, notan que él es el traidor de Jesucristo, sin embargo de no haberse dicho todavía cosa alguna de la traición.

IV. Sus otros pasajes mas bien parecen contrarios que favorables á la opinion de la unidad; por tanto sus defensores no han acostumbrado prevalecerse de ellos; se contentan con decir que no les dañan, que bien pueden explicarse en el sistema que defienden, y responderse á las objeciones que contra él se hagan. Para conseguirlo mas fácilmente, y sacar alguna ventaja en favor de su causa, han inventado nuevas hipótesis con el fin de ordenar los hechos referidos en el Evangelio, y dar un nuevo sentido á ciertas expresiones que los embarazan.

Por ejemplo, el P. Lami y el P. Mauduit creen, que la cena que refiere San Lucas (2), y en la que una mujer pecadora con sus lágrimas bañó los pies de Jesus, y los enjugó con sus cabellos, se hizo en Betania, así como la de que hablan San Mateo (3), San Marcos (4) y San Juan (5) en la que Maria hermana de Lázaro derramó un vaso de bálsamo sobre la cabeza del Salvador. El P. Lami supone que nuestro Señor desde el principio de su predicacion honró con su amistad á Maria y á Marta, y comunmente se hospedaba en su casa cuando iba á Jerusalem. Supone que la cena en que Marta se quejó de que Maria no la ayudaba en su trabajo (6), fué poco despues del bautismo de Jesucristo y anterior á la en que Maria ya penitente y convertida, aunque en el exterior no estaba enteramente mudada su conducta, se dirigió á casa del fariseo Simon, y allí dió publicamente las mayores muestras de piedad y arrepentimiento. Pero en ese sistema es necesario invertir el orden de San Lucas, y poner lo que se dice en el capitulo x, antes de lo que se refiere en el vii, sin contar con que la cena en casa del fariseo Simon se hizo en Naim y no en Betania, como lo mostraremos despues.

El P. Pezron (7), defensor tambien de la unidad de las Marias, declara desde luego que los hechos de que está tejida la historia de la Magdalena, esparcidos como se leen en los evangelios, presentan siempre un sentido confuso; pero separados de su lugar para reducirlos á la forma de historia particular, ofrecen una fácil inteligencia. Esta confesion es ya un mal presupuesto contra su sistema, pues tales hechos no tienen fuerza para persuadir sino estando en su conveniente lugar; y dislocándolos, podrá formarse con ellos una concatenacion arbitraria, con la cual se hará decir al Evangelio lo que se quiera.

Confiesa el P. Pezron, que Maria Magdalena era de Galilea, y traía su nombre de una aldea llamada *Magdala*; que Lázaro y Marta á quienes supone sus hermanos, eran de la misma provincia; que Maria se dió al libertinaje y á los galanteos, aunque sin llegar á prostituirse, y Dios para castigarla la entregó á siete demonios que por mucho tiempo se apesotonaron de ella. Habiendo venido Jesucris-

(1) *Matth.* xvi. 13.—(2) *Luc.* vii. 37.—(3) *Matth.* xxvi. 6, 7.—(4) *Mar.* xiv. 3.—(5) *Juan.* xii. 1, 2.—(6) *Luc.* x. 40.—(7) Pezron, *Hist. Evang.* t. ii. p. 250 y siguientes.

to á Naim y restituido á un jóven, llegó allí Maria atraída por la fama de ese milagro, y lo encontró en casa de Simon el fariseo que era de los amigos de su familia, y quedó libre no solamente de sus culpas, sino tambien de los demonios que la atormentaban. Eso accedió hácia el mes de enero ó febrero del segundo año de la predicacion del Salvador á quien determinó seguir desde el siguiente abril ó mayo. Algun tiempo despues vino Jesucristo á la aldea de que verisimilmente eran señores Lázaro y Marta, y esta se quejó de que su hermana Maria seguía ya de Jesucristo, no la ayudaba. Jesus les declaró el designio en que estaba de dejar enteramente la Galilea, y las obligó á establecerse en Betania cerca de Jerusalem, con Simon el leproso, que segun él es el mismo que el fariseo de Naim, en donde frecuentemente las visitaba, y donde resucitó á Lázaro. Allí fué donde algun tiempo despues Maria hermana de Lázaro derramó sobre la cabeza de Jesus un precioso bálsamo, y despues de muerto pretendió embalsamarlo. He aquí un sistema histórico bien seguido y muy bien pensado. ¿Pero será verdadero? Juzgo que ni el mismo P. Pezron lo creerá tal aunque lo presenta como probable.

El P. Mauduit (1) pretende que Maria Magdalena llamada simplemente Maria, era de Betania cerca de Jerusalem, que habia sido el teatro de sus disoluciones; que habiéndose convertido se fué á Galilea, donde por otra parte podia poseer muchos bienes, perteneciéndole el castillo de Magdala; que desde allí siguió á Jesucristo á Judea, y en Betania lo ungió dos veces en casa de Simon el leproso ó el fariseo, porque él cree que es uno mismo: la primera en el principio de su conversion, y la segunda seis dias antes de la muerte del Salvador. Todo eso se ha inventado con el fin de conciliar á los evangelistas, quienes nos presentan caracteres muy diversos de la pecadora y de las dos Marias, es decir, Maria Magdalena, y Maria hermana de Marta.

Natal Alejandro á su vez dice (2) que la misma Maria pudo muy bien en diferentes tiempos morar en Naim y en Betania. Primero en Naim viviendo en disolucion, sea que estuviere casada ó unida á un hombre pudiente; que podia tener allí una casa como la tenia en Betania, y vivir despues de su conversion con sus hermanos Lázaro y Marta; y agrega que cuando el Evangelio dice que Magdalena era pecadora, no debe entenderse de una prostitucion pública, sino de un comercio de galanteria que mantenía con alguna persona rica y poderosa, con lo que daba escándalo en la ciudad; ó simplemente porque usaba vestidos poco honestos, y se empeñaba demasiado en parecer bien. Por lo respectivo á la posesion del demonio, la explica ó en un sentido metafórico del pecado que estaba apoderado de su alma, ó de una verdadera posesion, pero que la dejaba intervalos, durante los cuales podia pensar en su salvacion, acercarse á Jesucristo, y recibir la sanidad del cuerpo y del alma. Por último sostiene que las uniones que Jesucristo recibió en Naim en casa de Simon el fariseo, y en Betania en casa de Simon el leproso, fueron hechas por una misma persona, aunque en tiempos y lugares diferentes; y que esta es nombrada ya la

(1) Analisis del Evangelio, tom. ii. p. 480.—(2) *Natal. Alex. Hist. nov. Testam.* tom. 3. *Disert.* 17. p. 121. et seq.

IV. Diferentes sistemas, por los que se pretende evitar las dificultades que se encuentran en la unidad de las tres Marias.

1.º Sistema del P. Lami.

2.º Sistema del P. Pezron

3.º Sistema del P. Mauduit.

4.º Sistema de Natal Alejandro.

pecadora, ya María hermana de Lázaro, ya María hermana de Marta y de Lázaro; unas veces se le llama María Magdalena, y otras simplemente María, según las circunstancias, como se practica todos los días con las personas que tienen un mismo nombre.

Objeciones.

Todas estas respuestas podrían aquietarnos, si se nos anticiparan suficientes pruebas para manifestar que María Magdalena, María hermana de Marta y la mujer pecadora, no son verdaderamente sino una misma persona. Cuando el hecho esencial está bien fundado, es fácil admitir las explicaciones y las soluciones que se dan para desatar las dificultades que se encuentran en la historia. También se perdonan las hipótesis plausibles, porque cuando no sean verdaderas, hay seguridad de que substancialmente son ciertas. Mas aquí el edificio falta por el cimiento. Querriamos que se comenzase por mostrar distintamente que esas tres personas cuyas acciones son tan diversas, no son sino una: hecho esto, fórmense cuantos sistemas se quieran para conciliar lo que parece difícil explicar.

ARTICULO II.

Sistema de los que quieren que María Magdalena y la mujer pecadora sean una misma persona, pero diversa de María, hermana de Marta.

I.
Argumento esencial del Evangelio para probar que María, hermana de Marta, es diversa de la mujer pecadora.

Esta opinión es como un medio entre la que hace de las tres Marías una, y la que las distingue formando tres personas. He aquí desde luego en lo que se funda para manifestar que María hermana de Marta es diferente de la mujer pecadora que ungió los pies del Salvador en casa de Simón el fariseo. Los defensores de la unidad de las Marías se hallan embarazados cuando oyen dar el nombre de *pecadora* á María hermana de Lázaro. Ese nombre en la comun acepción de los padres é intérpretes, denota una muger de mala vida, una prostituta: mas cuanto se sabe de la vida de María hermana de Marta, no nos da esta idea. Esta es una mancha que seguramente debería causar escrúpulo el imputarla á esta santa muger, sin tener para eso unas pruebas no aparentes, sino muy fuertes.

El P. Lami pulsó este inconveniente, y trabajó por disminuir el horror que naturalmente causa al espíritu el nombre de *pecadora* aplicado á una muger, y quiere que en lo general no signifique mas que una muger que no es muy exacta en el cumplimiento de la ley. Pero María en qué punto faltaba? El encuentra la falta en el mismo nombre de Magdalena que se le aplicaba: porque *Magdalena*, en hebreo *Maggadela*, puede significar una muger que riza sus cabellos. Su crimen, pues, sería el enidar demasiado de sus cabellos y de rizarlos. He aquí lo que ha hecho dar el nombre de *pecadora*. Agrega que los rabinos ponen entre las obras prohibidas el día del sábado el rizar los cabellos. Yo apelo al mismo P. Lami para que juzgue de la solidez de esta prueba. Es por tanto notable que confiese, que si por nombre de *pecadora* debe entenderse una prostituta, María Magdalena no puede ser la hermana de Lázaro (1), porque la prostitución estaba severamente prohibida en Israel (2), y Filon asegura que con pena de la vida (3).

(1) Véase al P. Lami, *Harm.* 1. v. c. 10, y en la Disertación francesa, p. 98.—(2) *Deut.* xxiii. 17.—(3) *Philo de Joseph.* p. 539.

Natal Alejandro no cree que la muger pecadora del Evangelio haya hecho profesion pública de deshonestidad, sino simplemente que tenía un comercio de galantería con algun hombre rico; y dice, que aun cuando se concediera que habia tenido públicamente un comercio infame, no podia inferirse de eso que no perteneciera al linaje de Israel, ni que fuera lo que al Evangelio nos dice, puesto que, aunque la ley prohibe la prostitucion, no habia fijado pena alguna corporal, y es ciertísimo que las prohibiciones del Señor en este punto fueron mal observadas. Moises, como previniendo lo que debía acaecer, prohibió recibirse en el templo el precio de las personas prostituidas (1), y tambien á los sacerdotes que tomaran por esposas mugeres de mala vida: *Scortum, et vile prostitutum non ducent uxorem* (2). Finalmente, dos mugeres prostitutas parecieron ante Salomon acusándose mutuamente de haber sofocado sus hijos (3).

Pero en vano se pretende disminuir la fuerza de la palabra *pecadora*, y alejar la idea odiosa que esta voz encierra aplicada á una muger: jamás dejará de ser repugnante el imputar á María, hermana de Lázaro, la prostitucion pública ó la adhesion escandalosa á un hombre, sea el que fuere, ó en una palabra, imputarla alguno de aquellos desórdenes por los que una muger se nombra *pecadora*. Nada es mas incompatible que los verdaderos caracteres que el Evangelio asigna á María, y los que este nombre encierra en su idea. Luego son dos personas diversas que la Escritura ha querido denotar con los nombres de muger pecadora y de María hermana de Marta.

He aquí otras circunstancias que van á manifestar que María hermana de Marta, es diversa de María Magdalena.

I. María, hermana de Marta, era de Betania cerca de Jerusalem; el Evangelio nos la representa siempre en este lugar, y nunca en otro. Allí estaba con su hermana, cuando Jesucristo fué verisimilmente por la primera vez, y cuando Marta se quejó de que María no la ayudaba á preparar la cena al Salvador y á su comitiva (4); allí estaba cuando llegó Jesucristo á resucitar á Lázaro (5). Por último, en Betania fué donde ungió los pies y la cabeza del Salvador seis días antes de su muerte (6). María Magdalena por el contrario, era de Galilea, como lo notan los evangelistas en muchos lugares (7). Luego María hermana de Marta y María Magdalena no son una misma persona.

II. María Magdalena toma su nombre de la aldea de *Magdala* en Galilea; según lo muestran muchísimos intérpretes: se la nombraba *Maria de Magdala*, así como *Jesus de Nazaret*, *Simón de Giscala*, *Judas de Gaulon*, y así otros. Como era verisimilmente la misma que la pecadora, y no habia sido casada, no se la dió como á las otras mugeres que seguían al Salvador, el sobrenombre de su marido, como *Maria de Salomé*, *Maria de Cleofas*, *Juana*, muger de *Cusa*, y así de las demas; sino que se conocia por el nombre de su patria. *Magdala* es conocida en los libros del Antiguo Testamento.

(1) *Deut.* xxiii. 18.—(2) *Lev.* xxi. 7.—(3) *Reg.* iii. 16.—(4) *Luc.* x. 38. 39.—(5) *Joan.* xi. 1. et seq.—(6) *Matth.* xxvi. 6. et 7. *Marc.* xiv. 3. *Joan.* xii. 1. et seq.—(7) *Matth.* xxvii. 56. 57. *Marc.* vi. 40. 41. *Luc.* xxiii. 49. 55.

II.

Argumentos sacados del Evangelio para probar que María, hermana de Marta, es diferente de María Magdalena.

tamento, en Josefo, en los Talmudistas, en Eusebio, en S. Gerónimo, y en el mismo Evangelio. José (1) habla de *Magdalen* en la tribu de Neptali, y de *Magedo* (2), llamada por otro nombre *Magdiel*; y Josefo en el libro de su vida, habla del castillo de *Magdala* contra el cual Agripa envió tropas procurando apoderarse de él. S. Mateo (3) habla de *Magedan*, ó según los ejemplares griegos *Magdala*. Los Talmudistas (4) también hacen mención de ella, y la colocan al otro lado del mar de Tiberiades (5). María, hermana de Lázaro, por el contrario, siempre es designada por su nombre de hermana de Marta ó de Lázaro. Luego es diversa de María Magdalena.

III. Los caracteres de estas dos personas en nada convienen. María Magdalena era muger de Galilea, de la que Jesucristo lanzó siete demonios, y la que por su reconocimiento emprendió seguirlo, sin desampararlo ni en la cruz ni en el sepulcro. María, hermana de Marta, era de Betania, vivía muy retirada, y esta es la que no se ocupó en los servicios de su casa cuando Jesucristo vino á ella, sino que dejó todo el trabajo á Marta; nunca se la vió en seguimiento de Jesucristo ni tampoco fuera de su casa, ó á lo ménos fuera de la aldea de Betania.

IV. María Magdalena siguió á Jesucristo el último año de su vida (6); lo acompañó desde Galilea cuando vino á Jerusalem para la festividad de la última Pascua. Mas entre tanto que estaba en Galilea siguiendo á Jesucristo, Marta y María seguramente se hallaban con su hermano en Betania [7]. Este murió estando ausente Jesús; María y Marta le enviaron noticia de su enfermedad, y lo recibieron en su casa cuando vino á resucitarlo. Luego María no puede ser la misma que Magdalena, una vez que mientras esta estaba con Jesucristo en Galilea, ó de la otra parte del Jordan, María y sus hermanos estaban en Betania cerca de Jerusalem.

V. Magdalena siguió al Salvador inmediatamente después del milagro acaecido en Naim (8). De allí pasó Jesús á Jerusalem y se alojó en casa de Marta y María [9]. No puede haber mayor distinción entre estas dos personas. Una viene de Galilea á Betania con Jesucristo; la otra recibe al Salvador vuelto de Galilea, y lo hospeda en su casa en Betania.

VI. Magdalena estuvo realmente poseída de siete demonios, según los evangelistas (10), ó á lo ménos entregada á toda clase de disoluciones, según algunos padres (11). Se mantuvo en el desorden y vivió en la deshonestidad, si creemos á muchos antiguos que la confunden con la pecadora que ungió los pies del Salvador en casa de Simón el fariseo. Pero nada de eso puede afirmarse de María, hermana de Lázaro, si no es suponiendo lo mismo que está en cuestión.

He aquí por último el fundamento de los que pretenden que María Magdalena sea la misma muger pecadora que vino á encontrar á Jesucristo en casa del fariseo Simón. Los caracteres y ac-

III.
Argumentos
extraños del
Evangelio

(1) *Josue*, xv. 28.—(2) *Josue*, xv. 21.—(3) *Matth.* xlv. ult.—(4) *Thobnard in Theol. cith.* fol. 28.—(5) *Vide Leyfoot, in Matt. et Cell. Geograph.*—(6) *Vide Matt.* xxvii. 55. 57. *Marx*, xv. 40. 41. *Luc.* xxiii. 49. 55.—(7) *Josue*, xi. 1. et seqq.—(8) *Luc.* viii. 1. 2. et seqq.—(9) *Luc.* x. 38. 39.—(10) *Marx*, xvi. 9. *Luc.* viii. 2.—(11) *Greg.* *Magn. hom.* 23. in *Luc.* vii. *Beda*, alii.

ciones de estas dos personas, nada tienen, dicen, de incompatible: muchos padres (1) las han confundido, é importunamente se citan por la unidad de las tres Marias. Hay notable diferencia entre decir que María Magdalena es la misma pecadora que ungió los pies del Salvador en Naim, y que una y otra son la misma María hermana de Lázaro. S. Lucas (2), después de haber referido la acción de la muger pecadora, pero convertida, la unión que hizo á Jesús en casa de Simón el fariseo, y la manera tan consolante con que la despidió Jesús, diciéndola: *Vete en paz*, continúa diciendo (3), que Jesús iba predicando por las ciudades de Galilea, que estaba acompañado de sus doce apóstoles y de algunas mugeres á quienes había libertado de los espíritus malignos y curado de sus enfermedades, entre otras de María Magdalena, de la que había lanzado siete demonios; de Juana, muger de Cusa, de Susana y de otras muchas.

Mr. Thoynard (4) cree que habían sido curadas y libres del demonio casi seis meses ántes, y que es muy verisímil que esa sea la misma persona que la representada por S. Lucas á los pies del Salvador en casa del fariseo Simón, y que poco después es llamada con el nombre de *María Magdalena* y notrada como la principal de las mugeres piadosas que acompañaban á Jesucristo en sus viajes.

Yo no disimularé que esta opinión padece algunas dificultades que expondré y á las que procuraré responder en el artículo siguiente: únicamente digo que este sistema me parece más probable que el que confunde las tres Marias, y que las objeciones que se le oponen tienen solución. Por lo demás, la opinión que defiende que las tres Marias son tres personas diferentes, también tiene sus grados de probabilidad como ya se va á ver.

ARTICULO III.

Sistema de los que defienden que María Magdalena, María hermana de Marta y la muger pecadora, son tres personas diferentes.

Los defensores de esta opinión (5) pretenden que su sistema sea más ventajoso, porque siendo negativo, no están obligados á presentar prueba alguna. Ningun pasage del Nuevo Testamento denota que las tres mugeres de que se trata sean una misma persona; tenemos, pues, derecho para preguntar por que se las confundió; pero no lo hay para preguntarnos por que las distinguimos. A los que defienden que no son diversas, es á quienes toca manifestar las pruebas. Se trata de un hecho histórico bien marcado en los Evangelios, que llaman á estas tres personas con tres diferentes nombres; la una *pecadora*, la otra *María* hermana de

y de la tradición para probar que María Magdalena es la misma que la pecadora.

L.
Argumento
sucado del
Evangeli-
o, que
no confunde
las tres
Marias.

(1) *Beda*, *Alecin*, *Petr.* *Damiani*, *Petr.* *Cell.* *Bern.* alii plures; eos vide ad fin. *Anjus Diss.*—(2) *Luc.* vii. 37. et seqq.—(3) *Luc.* viii. 1. 2. 3.—(4) *Thoynard Harm.* p. 22. art. 58. ad *Marx*, i. 39. et p. 36. art. 127. Los textos de M. Thoynard citados aquí por Cal. met, solamente dicen que esas mugeres habían sido curadas seis meses ántes; pero no dicen que María Magdalena sea la misma pecadora.—(5) *Anquetin*, *Disert. sobre santa Magdalena*, p. 1. 4.

Marta, la otra *Maria Magdalena*, y las atribuyen acciones diferentes. Para sostener, pues, que son una sola persona, no deben contentarse con presunciones, ni con razones de congruencia, ni con testimonios de autores lejanos; sino que necesitan pruebas de hecho y textos expresos.

II. Mas hemos visto en el primer artículo ser muy necesario que las pruebas que se presenten para establecer la unidad sean de esta naturaleza. Los textos del Evangelio sobre que quieren fundarse los que defienden esa opinion, son muy equivocados; y las consecuencias que sacan de ningún modo son necesarias. Hemos visto los embarazos que padecen y las suposiciones que están obligados á hacer. Toda la substancia de sus pruebas se reduce á decir que la opinion de la unidad no es contraria á la Escritura santa; que es la más común en los oficios de la iglesia; que está en posesion en el Occidente desde el tiempo de S. Gregorio papa, y que la han defendido un gran número de sabios doctores y de intérpretes de la Escritura.

III. Pero ninguna de estas razones es suficiente en el asunto que se trata. La posesion de que se hace tanto caudal, nunca ha sido pacífica; frecuentemente se ha contradicho, y aun habria tenido más contrarios si la materia se hubiera estudiado mas á fondo y con menos preocupacion. En una cuestion de hecho, que por otra parte no es de fe, ni el tiempo ni la autoridad forman legitima prescripcion. Siempre se han recibido á prueba las piezas sobre que ha de formarse juicio, especialmente si subsisten y andan en manos de todo el mundo. Esas piezas son los cuatro Evangelios. De su texto es de donde deben tomarse las pruebas de la unidad ó de la pluralidad de las Marias.

Es sin duda muy respetable el contenido de los oficios de la Iglesia, y de él no debemos desviarnos sino cuando haya para ello razones muy poderosas. En las ceremonias eclesiasticas y en la exposicion de sus oraciones, se halla la fe de los siglos pasados y la tradicion de nuestra creencia; y en esos oficios y partes que los componen cuidadosamente, debe distinguirse lo que pertenece á la substancia del misterio, como tambien las oraciones ó ceremonias que son de tanta antigüedad que no se conocen ni su principio ni sus autores. Esta clase de cosas son sagradas é inviolables, y no es lícito tocarlas en lo mas leve, pues son parte del depósito y fe de la Iglesia.

Pero en cuanto á lo que se ha introducido en los oficios eclesiasticos en los tiempos posteriores, por ejemplo, las historias de los santos y vida de los mártires, la Iglesia no se interesa en defenderlas, si no es en lo que tienen de cierto é indubitable: no solamente no tiene á mal que la verdad se examine, sino que elogia á los que se ocupan en esta discusion; y desde que percibe algo falso ó dudoso, lo aparta y lo suprime. Muchos ejemplos podrian citarse de esto, pero por no salir del asunto que tratamos, solamente diremos que las iglesias de Paris, de Orleans, de Viena y la órden de Cluny, han reformado ya el oficio antiguo que suponía que las tres Marias no eran sino una misma persona, y han establecido la distincion que mucho tiempo habia se quitó. El

Objeciones contra estas tesis de los que defienden la unidad de las tres Marias.

Respuestas al argumento sacado de la tradicion de la Iglesia de Occidente.

papa Clemente VIII (1) hizo borrar del oficio de Santa Magdalena un himno antiguo, por cuanto denotaba positivamente ser esta santa hermana de Lazaro, y haber cometido muchos crímenes. Por último, puede decirse que el designio de la Iglesia en su oficio no es confundir en una estas tres personas, sino celebrar su festividad y hacer en un mismo dia memoria de sus acciones.

En el segundo artículo se ha manifestado que Maria hermana de Marta, es diversa de Maria Magdalena y de la pecadora, á lo que se agrega, que esta es diferente de una y otra. He aquí el fundamento.

1.ª Maria Magdalena quedó libre de siete demonios antes de seguir á Jesucristo; luego no era aquella pecadora escandalosa, conocida en toda la ciudad por sus disoluciones. Las cualidades de poseida y de disoluta en rigor no son incompatibles; pero es inconcebible que una ocupada de siete demonios haga profesion de prostituta. 2.ª Magdalena era de *Magdala*, de donde tomó su nombre como antes se dijo; la pecadora era de Naim, y conocida allí por tal; luego son dos personas diferentes. 3.ª Magdalena era de las que siguieron á Jesucristo, á lo menos durante los dos últimos años de su predicacion; en lugar que la pecadora no pudo seguirlo aun despues de su conversion, sin que la reputacion de Jesucristo quedara expuesta á la murmuracion y malignidad de sus enemigos. 4.ª Finalmente á la muger pecadora jamas se la ha llamado *Maria Magdalena*, ni á esta se la nombrado la *muger pecadora*; luego son dos personas que no se identifican en cosa alguna.

A estas razones puede responderse: 1.ª Que si la posesion de Maria se explica con algunos padres en un sentido alegórico, eso mismo probará que fué una funosa y escandalosa pecadora. Si se entiende de una posesion real de siete demonios, podrá decirse que no era continua, sino que la dejaba largos intervalos, que no la impedían seguir en sus vergonzosos comercios, pues verisimilmente estaba poseida por los demonios de impureza, de quienes alguna vez se hace mencion en los libros santos (2). Se sabe que la posesion de Saul, por ejemplo, no le impedía ir á la guerra, ni desempeñar otras funciones de la vida, si no era cuando padecía los accesos, que eran muy raros: lo mismo proporcionalmente podia acaecer á Maria.

2.ª Maria Magdalena podia ser natural de Magdala, tomar de allí su nombre, y ser no obstante conocida en Naim por muger de mala vida, pues no estaban muy distantes estos lugares. Sea que tuviera sus comercios de galantería en alguno de ellos, en Tiberiades ó en otra parte, nos basta que fuera conocida en Naim por pecadora. Lo dicho es suficiente para verificar lo que de ella dice el evangelista.

3.ª S. Lucas no nos dice que Maria Magdalena siguiera á Jesucristo, sino despues de haber referido la conversion y la penitencia de la muger pecadora; y así no hay inconveniente para que esta sea la misma que aquella, pues pudo seguirlo ya convertida. Pu-

IV. A los argumentos que prueban que Maria, hermana de Marta es diversa de Maria Magdalena es diversa de la pecadora. Objecionan

(1) Vide Casant. Rubric. apud Est. vat. 14.—(2) Osee, vv. 12. Spiritus fornicationum decepti esse.

do igualmente ser libertada de los demonios, y haberse apartado de sus grandes desórdenes algun tiempo antes de presentarse en casa de Simon el fariseo. Este hombre aun la suponía en la costumbre criminal; mas de ahí no se infiere que así permaneciera siempre. Su conversión propiamente no se publicó sino cuando vino á postrarse á los pies de Jesucristo, y derramó allí torrentes de lágrimas para lavar sus antiguas culpas.

El inconveniente que se teme por parte de la malignidad de los fariseos y otros enemigos de Jesucristo, sería mayor no sabiéndose que el Salvador no hace punto de honor el no acompañarse sino con los hombres de bien. El escogió á un publicano para ponerlo en la clase de sus apóstoles (1); reprendió á los que se escandalizaban de que él comiera con los publicanos y pecadores (2); dijo á los fariseos que los publicanos y las mugeres de mala vida les precederian en el reino de Dios (3). La costumbre que autorizaba á los predicadores para llevar consigo mugeres piadosas que les servian, su recato, su modestia y sabiduría los ponian á cubierto de las censuras de los Judíos. A mas de esto la conversión tan pública de Magdalena, su edad (que era ya considerable), su antecedente curacion, y una total mudanza de vida la hacian superior á toda sospecha, y prevenian el escándalo que podría causarse, viendo en seguimiento del Salvador á una muger en otro tiempo conocida por pública pecadora en su pais. Por último esta objeción ataca tanto á los defensores de la unidad de las Marias como á nosotros.

4. Yo confieso que los evangelistas jamas dan á Magdalena el nombre de *pecadora*, ni á esta el de *Magdalena*; pero tampoco la llaman alguna vez por su propio nombre. Por tanto, no puede concluirse que no haya tenido el de Magdalena. S. Lucas, ó por consideracion ó por algun otro motivo no quiso llamarla por el suyo, cuando refirió lo que había pasado en casa de Simon el fariseo, y se contentó con decir en general, que *una muger pecadora se aproximó á Jesus*, y derramó sobre sus pies un vaso de bálsamo. La manera en que el fariseo notó aquel hecho, y el nombre odioso de *pecadora* que le dió, pudieron determinar al escritor sagrado á expresarse como lo hizo; pero inmediatamente, despues llama por su propio nombre á *Maria Magdalena*, desde que la cuenta en la clase de las santas mugeres que siguen al Salvador.

V.
En el hecho de que se trata, no debo juzgarse del sentido de los evangelistas por sus pretendidas tradiciones, sino que el valor de esta tradicion debe calificarse

(1) *Matth. ix. 9.*—(2) *Matth. ix. 11. x. 10.*—(3) *Matth. xx. 31.*

antiguos padres, y sabios criticos; luego se la debe examinar á fondo; cuando la cuestion no toca el grado de una total evidencia capaz de causar en nosotros una perfecta certidumbre, tomemos el partido de mas justo; y haciendo á un lado toda preocupacion tributemos gloria á la verdad, y reconozcamos la pluralidad que parece estar mejor fundada en los evangelistas; ó suspendamos nuestro juicio sobre la unidad hasta tanto que se presenten pruebas mas convincentes que las que hasta aqui se han alegado.

Por la pluralidad se citan muchos autores que distinguen simplemente á Maria Magdalena, de Maria hermana de Lázaro; pero debe ponerse mucha diferencia entre estos escritores y los que reconocen tres Marias. El autor de las Constituciones apostólicas (1), por ejemplo, S. Ireneo, Origenes, S. Macario, S. Juan Crisostomo, Tito de Bostres, Teofilacto y Eutimio están verdaderamente decididos contra el sistema de la unidad de las Marias; pero entre ellos no deben contarse los que admiten tres. Solamente, y con razon, distinguen á la pecadora que hizo la uncion referida por S. Lucas, de Maria hermana de Marta, que hizo la que expresan los otros tres evangelistas. Tampoco sería bien alegarlos como favorables á la opinion que confunde la penitente con Magdalena, y que diversifica una y otra de Maria. No se les debe hacer decir mas que lo que ellos han dicho, ni deben sacarse con ligereza consecuencias de su silencio.

Muchos padres griegos han pensado que convenia distinguir la uncion que refiere S. Lucas (2) y S. Juan (3), de la que se halla mencionada por S. Marcos y S. Mateo (4), de manera que serán tres personas diversas las que habrán hecho esas tres unciones. Otros han confundido la referida por S. Lucas con aquella de que habla S. Juan; pero estas opiniones tienen hoy pocos secuaces. Tertuliano (5) confunde á la pecadora de que se habla en S. Lucas, con Maria hermana de Lázaro, que con su uncion previno la que debía hacerse en el cuerpo de Jesucristo: *Pecatrix feminas contactum corporis permisit, lavanti lacrymis pedes ejus; et cratribus detergenti, et unguento sepulchrorum ejus inauguranti.* S. Agustín (6) confunde del mismo modo á la muger pecadora con Maria hermana de Marta; pero no aparece con claridad si las confunde tambien con Maria Magdalena. Igualmente duda en otro lugar (7) si la hermana de Marta es la misma pecadora que con sus lagrimas regó los pies de Jesucristo, y los enjugó con sus cabellos.

S. Bernardo (8), Nicolas de Clairvaux (9), Godefroy, abad de Vesteu (10), Pedro Damiano (11), Pedro, abad de Celles (12), santo Tomas (13), y S. Buenaventura (14), creen que Maria Magdalena es la misma pecadora; S. Pedro Crisólogo (15), Eusebio Emeseno (16),

(1) *Constit. Apost. l. vi. c. 8.*—(2) *Luce. vii. 37.*—(3) *Joan. xii. 1. 2. 3.*—(4) *Matth. xxvi. 6. 7. Marc. xiv. 3.*—(5) *Tertull. l. de pudicit. c. 11.*—(6) *Aug. l. u. de consensu, c. 74.*—(7) *Aug. tract. 49. in Joan.*—(8) *Bern. serm. 22. in Cant.*—(9) *Nicol. Clorac. serm. de Mar. Magd. inter. oper. D. Bern.*—(10) *Godefroy. Vesteu. serm. 9.*—(11) *Petr. Dam. ep. 13. ad Desider.*—(12) *Petr. abb. Cellens. serm. 5. de sancta Mar. Magd.*—(13) *D. Thom. sum. i. part. quest. 21. a. 4. ad 1.*—(14) *Bonav. Compens. Theolog. scrib. de gratis sanctific. l. 7. c. 19.*—(15) *Petr. Chrysost. serm. 33.*—(16) *Eus. Emisen. ecc. athen. hom. in serm. 5. post Dominic. Passioe.*

por el testimonio de los evangelistas.

VI.
Muchos autores son de los antiguos, combaten la unidad de las Marias, aunque varían en el modo.

Pascasio Radbert (1), Alemino (2), Franco, segundo abad de Vendome (3), el abad Ruperto (4), S. Norberto (5), Nicolas de Lira (6), y otros muchos quieren al contrario que la muger pecadora y Maria hermana de Lázaro, no sean sino una misma persona. Todos estos autores combaten la unidad de las Marias, pero no de una misma manera; y si se ponen aparte los que distinguen tres, el numero tal vez será muy pequeño.

VII.

Los textos de los evangelistas parecen mas favorables á la pluralidad que á la unidad de las Marias.

VIII.

Respuesta á la objecion tomada del decreto de la facultad de teología de Paris.

Mas no es tanto el número de los sufragios que deben contarse aquí, cuanto la fuerza de sus razones; en el Evangelio es donde conviene buscar la solucion de esta dificultad; pero nos parece que los textos de los evangelistas son mucho mas favorables á la opinion que admite dos ó tres personas que á las que las confunde en una. Los padres citados por estas opiniones diversas, están no solamente divididos entre si, lo que disminuye notabilisimamente el valor de su autoridad; sino que los mas de ellos se explican de un modo poco correcto y exacto. Las obras que de ellos se citan no están trabajadas de proposito para este asunto; son frecuentemente pasages separados sacados de los sermones predicados al pueblo, ó de otras piezas, en las que no hay la misma exactitud que en los tratados formados al intento.

El decreto de la facultad de teología de Paris que ha servido de fundamento, no se ha expedido despues de un examen propio de la cuestion. Santiago le Febre de Etaples se hacia sospechoso de fautor de las novedades que entonces causaban tantos destrozos tanto en lo exterior como en lo interior del reino: él atacaba la autoridad del Papa S. Gregorio, la facultad condenó la opinion de le Febre simplemente como contraria á la de ese santo papa, la que en concepto de la facultad era la mas conforme al evangelio, y á la costumbre de la Iglesia católica: *Ut Evangelio Christi, et Ecclesiae catholicae ritui consentaneam*. Así ella ha dejado el fondo de la dificultad en su ser; ha supuesto lo que era el punto principal de la cuestion, porque no se dudaba que la opinion de la pluralidad fuese contraria al juicio de S. Gregorio. Despues de ese tiempo muchos doctores de la Sorbona han escrito sosteniendo la distincion de las tres Marias; y se puede asegurar que esta es el dia de hoy entre los sabios la opinion dominante.

(1) *Pascas. Radb. in Matth. l. xv. — (2) Alemin. in illud Joan. Jam ergo ante sex dies. — (3) Franco, l. de gratia Dei. — (4) Ruperti, l. de operibus Spirit. Sanct. can. 28. — (5) S. Norbert. serm. in hanc verba: Beati qui audiant verbum Dei. — (6) Lira, in Matth.*

DISERTACION

SOBRE

EL PECADO CONTRA EL ESPIRITU SANTO.

La dificultad que hace el objeto de esta Disertacion la ha mirado S. Agustín (1) como una de las mas importantes y de las mas grandes que hay en las Santas Escrituras; y todos dirian lo mismo, si únicamente se atendiera á los muchos y diversos pareceres que han dividido á los padres y á los intérpretes sobre este articulo. Cuando las cosas son claras, facilmente se reunen los autores; y la multiplicidad de interpretaciones es una señal cierta de la obscuridad de las cuestiones. Dos cosas deben tratarse aquí: la primera es saber precisamente en qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo; y la segunda, en qué sentido se dice que no puede perdonarse ni en este mundo ni en el otro.

S. Atanasio (2), que escribió expresamente sobre esta materia, refiere el sentir de Orígenes y de Teognóstes, que hacian consistir el pecado contra el Espíritu Santo en la culpa que se cometa despues del bautismo. Ellos aparentaban tener á la vista el pasage siguiente de S. Pablo: *Es imposible que los que una vez fueron iluminados, que gustaron el don celestial, que se han hecho participantes del Espíritu Santo, que tambien se han alimentado con la palabra santa de Dios, y despues de eso han delinquido, es imposible, digo, que se renueven por la preilencia, pues de nuevo en si propios han crucificado al Hijo de Dios, y lo han expuesto al escarnio* (3). De manera que el Apóstol en ese pasage, habrá querido expresar lo mismo que Jesucristo, cuando dijo: *Al que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero si alguno habla contra el Espíritu Santo, no alcanzará perdon ni en esta ni en la otra vida* (4).

Orígenes (5) se explicaba sobre esto de una manera notable. El Padre Eterno, decia él, extiende su imperio sobre todos los seres criados, animados é inanimados, racionales ó irracionales; el dominio del Hijo no se extiende mas que á los seres dotados de razon; y el del Espíritu Santo se limita á solos aquellos á quienes se ha comunicado por el bautismo. Cuando pues los paganos, ó los catecúmenos, ó en general, los infieles caen en pe-

I. Dificultad de la cuestion que se propone. Objeto de esta Disertacion.

II. Opinion de Orígenes y de Teognóstes.

(1) *Aug. serm. olim. xi. num. lxxi. n. 8. Forte in omnibus Scripturis nulla major quaestio, nulla difficultior invenitur. — (2) Athos. Ep. 4. ad Serapion. n. 8. 9. 10. etc. — (3) *Hbr. vi. 4. 5. — (4) Matth. xii. 32. — (5) Orig. in Joan. i. 2. edit. Huet. p. 359. Vide et Orig. l. i. de princip. c. 3. p. 427. col. 2. c. f.**

Pascasio Radbert (1), Alemino (2), Franco, segundo abad de Vendome (3), el abad Ruperto (4), S. Norberto (5), Nicolas de Lira (6), y otros muchos quieren al contrario que la muger pecadora y Maria hermana de Lázaro, no sean sino una misma persona. Todos estos autores combaten la unidad de las Marias, pero no de una misma manera; y si se ponen aparte los que distinguen tres, el número tal vez será muy pequeño.

VII.

Los textos de los evangelistas parecen mas favorables á la pluralidad que á la unidad de las Marias.

VIII.

Respuesta á la objecion tomada del decreto de la facultad de teología de Paris.

Mas no es tanto el número de los sufragios que deben contarse aquí, cuanto la fuerza de sus razones; en el Evangelio es donde conviene buscar la solucion de esta dificultad; pero nos parece que los textos de los evangelistas son mucho mas favorables á la opinion que admite dos ó tres personas que á las que las confunde en una. Los padres citados por estas opiniones diversas, están no solamente divididos entre si, lo que disminuye notabilisimamente el valor de su autoridad; sino que los mas de ellos se explican de un modo poco correcto y exacto. Las obras que de ellos se citan no están trabajadas de proposito para este asunto; son frecuentemente pasages separados sacados de los sermones predicados al pueblo, ó de otras piezas, en las que no hay la misma exactitud que en los tratados formados al intento.

El decreto de la facultad de teología de Paris que ha servido de fundamento, no se ha expedido despues de un examen propio de la cuestion. Santiago le Febre de Etaples se hacia sospechoso de fautor de las novedades que entonces causaban tantos destrozos tanto en lo exterior como en lo interior del reino: él atacaba la autoridad del Papa S. Gregorio, la facultad condenó la opinion de le Febre simplemente como contraria á la de ese santo papa, la que en concepto de la facultad era la mas conforme al evangelio, y á la costumbre de la Iglesia católica: *Ut Evangelio Christi, et Ecclesiae catholicae ritui consentaneam*. Así ella ha dejado el fondo de la dificultad en su ser; ha supuesto lo que era el punto principal de la cuestion, porque no se dudaba que la opinion de la pluralidad fuese contraria al juicio de S. Gregorio. Despues de ese tiempo muchos doctores de la Sorbona han escrito sosteniendo la distincion de las tres Marias; y se puede asegurar que esta es el día de hoy entre los sabios la opinion dominante.

(1) *Pascas. Radb. in Matth. l. xv. — (2) Alemin. in illud Joan. Jam ergo ante sex dies. — (3) Franco, l. de gratia Dei. — (4) Ruperti, l. de operibus Spirit. Sanct. can. 28. — (5) S. Norbert. serm. in hanc verba: Beati qui audiant verbum Dei. — (6) Lira, in Matth.*

DISERTACION

SOBRE

EL PECADO CONTRA EL ESPIRITU SANTO.

La dificultad que hace el objeto de esta Disertacion la ha mirado S. Agustín (1) como una de las mas importantes y de las mas grandes que hay en las Santas Escrituras; y todos dirían lo mismo, si únicamente se atendiera á los muchos y diversos pareceres que han dividido á los padres y á los intérpretes sobre este articulo. Cuando las cosas son claras, facilmente se reunen los autores; y la multiplicidad de interpretaciones es una señal cierta de la obscuridad de las cuestiones. Dos cosas deben tratarse aquí: la primera es saber precisamente en qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo; y la segunda, en qué sentido se dice que no puede perdonarse ni en este mundo ni en el otro.

S. Atanasio (2), que escribió expresamente sobre esta materia, refiere el sentir de Orígenes y de Teognóstes, que hacían consistir el pecado contra el Espíritu Santo en la culpa que se cometa despues del bautismo. Ellos aparentaban tener á la vista el pasage siguiente de S. Pablo: *Es imposible que los que una vez fueron iluminados, que gustaron el don celestial, que se han hecho participantes del Espíritu Santo, que tambien se han alimentado con la palabra santa de Dios, y despues de eso han delinquido, es imposible, digo, que se renueven por la preilencia, pues de nuevo en si propios han crucificado al Hijo de Dios, y lo han expuesto al escarnio* (3). De manera que el Apóstol en ese pasage, habrá querido expresar lo mismo que Jesucristo, cuando dijo: *Al que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero si alguno habla contra el Espíritu Santo, no alcanzará perdón ni en esta ni en la otra vida* (4).

Orígenes (5) se explicaba sobre esto de una manera notable. El Padre Eterno, decía él, extiende su imperio sobre todos los seres criados, animados é inanimados, racionales ó irracionales; el dominio del Hijo no se extiende mas que á los seres dotados de razon; y el del Espíritu Santo se limita á solos aquellos á quienes se ha comunicado por el bautismo. Cuando pues los paganos, ó los catecúmenos, ó en general, los infieles caen en pe-

I. Dificultad de la cuestion que se propone. Objeto de esta Disertacion.

II. Opinion de Orígenes y de Teognóstes.

(1) *Aug. serm. olim. xi. num. lxxi. n. 8. Forte in omnibus Scripturis nulla major quaestio, nulla difficultior invenitur. — (2) Athos. Ep. 4. ad Serapion. n. 8. 9. 10. etc. — (3) *Hbr. vi. 4. 5. — (4) Matth. xii. 32. — (5) Orig. in Joan. i. 2. edit. Huet. p. 359. Vide et Orig. l. i. de princip. c. 3. p. 427. col. 2. c. f.**

cado, ofenden al Hijo, y pueden obtener perdon; pero cuando el fiel y bautizado cae en la culpa, peca contra el Espíritu Santo y no merece perdon; su pecado es irremisible.

Teognostes se explicaba de un modo algo diverso, aunque su opinion substancialmente es la misma. El que ha traspasado, decia, la primera y segunda barrera, es decir, el que ha quebrantado los mandamientos que recibió del Padre ó del Hijo, puede todavía obtener perdon; pero el que tambien ha traspasado la tercera barrera, es decir, el mandamiento que se le ha impuesto al recibir el bautismo, no tiene que esperar perdon. El Padre y el Hijo enseñan a los débiles é imperfectos, y el Espíritu Santo á los perfectos. Los primeros merecen alguna indulgencia; mas los otros serán tratados con todo el rigor de la justicia. Esas ideas son muy conformes á la práctica de la Iglesia en los primeros siglos, cuando los pecados cometidos despues del bautismo no se perdonaban sino con muchisima dificultad, y despues de una larga penitencia.

III.
Opinion de
S. Atanasio.

S. Atanasio no aprueba ninguna de estas dos explicaciones. Juiciosamente nota que los fariseos á quienes hablaba Jesucristo, no habiendo recibido el bautismo no habrían entendido lo que el Salvador queria decirles, ni habrían sido del número de aquellos que pecaban contra el Espíritu Santo, y á quienes principalmente se dirigian esas palabras. A mas de esto, añade el santo, si aqui solamente se trata de los crímenes cometidos despues del bautismo, ¿por qué el Apóstol espera que puedan ser perdonados el incestuoso de Corinto (1), y los Galatas prevaricadores (2)? ¿Por qué la Iglesia condena á Novato, que cierra la puerta á la penitencia y niega el perdon á los que pecaron despues de recibido dicho sacramento? Y en cuanto al texto de S. Pablo que dice, que es imposible que estos se renueven otra vez por la penitencia, S. Atanasio y los mas de los otros padres sostienen, que eso debe entenderse de la penitencia que disponia al bautismo, que es de la que el Apóstol acababa de hablar (3); de manera que su pensamiento es que los que cayeron en pecado despues del bautismo, de ninguna manera pueden volver á un segundo catecumenado para recibir otro semejante.

S. Atanasio (4) cree que el pecado contra el Espíritu Santo, es el de los fariseos y de sus semejantes, que siendo instruidos en la ley, y no debiendo dudar que Jesucristo obra por un buen espíritu, tenían la malignidad de atribuir sus obras al demonio; al que ponian de este modo con una horrible impiedad en lugar de Dios, y no dando al Hijo de Dios mayor poder que el que atribuian al demonio. Mientras ellos solamente atacaron su humanidad, el Salvador los sufrió con paciencia, y se compadeció de su seguridad; pero cuando vió que atribuian al demonio las obras que no tenían otro autor que la divinidad y el Espíritu Santo, los declaró dignos de suplicios eternos, y los amenazó con una suma desgracia.

Por lo demas, cuando dice que los pecados cometidos con-

[1] 2. Cor. p. 10.—[2] Galat. v. 19.—[3] Hebr. vi. 1.—[4] Athan. Ep. 4. ad Se. region. n. 12. Vide et serm. in Matth. t. 2. Operum. iv. collect. ret. PP.

tra el Hijo del hombre se perdonarían, pero no los que, sean contra el Espíritu Santo, no da á entender que este sea mayor que el Hijo, pues el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma esencia, y no son sino un solo Dios; lo que quiere significar únicamente, es que la blasfemia contra el Espíritu Santo es mayor que la que se profiere contra el Hijo. Porque (asi continua S. Atanasio) lo que se dice contra el Hijo se dirige á su humanidad; mas lo que se dice contra el Espíritu Santo injuria á la misma divinidad. (Es de notar que S. Atanasio en este lugar bajo el nombre del Espíritu Santo entiende la divinidad del Verbo (1); modo de hablar muy comun entre los antiguos padres.) Añade que los magos de Faraon no obstante que eran tan paganos y tan entregados á la magia, eran ménos ciegos y ménos obstinados que los fariseos. Aquellos viendo los milagros de Moises, confesaban que allí estaba el dedo de Dios (2); pero estos mirando las obras milagrosas de Jesucristo, las atribuian á la magia y al demonio. Justisimamente pues el Salvador les declaró que por su blasfemia no tenían perdon que esperar ni en esta ni en la otra vida. En efecto, ¿á quien podrán ocurrir negando la divinidad del Hijo? ¿Qué vida y qué bien podrán esperar los que desprecian al que es la vida, la verdad y el camino del cielo?

San Hilario (3) y Teófilo, Antioqueno (4) siguen la opinion de S. Atanasio, y creen que el pecado contra el Espíritu Santo consiste en negar la divinidad del Hijo: *Omni cetera dicta gestaque liberali cenia relaxentur*, dice S. Hilario, *caret misericordia, si Deus negetur in Christo*. El entiende, asi como S. Atanasio, la divinidad bajo el nombre del Espíritu Santo; porque ¿qué cosa hay ménos digna de perdon, pregunta, que negar á Jesucristo la divinidad, cuando se le ve que todo lo obra por el Espíritu de Dios? *Quid enim tam extra veniam est, quam in Christo negare quod Deus sit, cum in Spiritu Dei opus omne consummet?* Mas no niega que esa culpa pueda expiarse por la penitencia, puesto que en otro lugar (5) enseña que el Hijo de Dios perdona toda clase de pecados, con tal que se conviertan á él por la penitencia y por la fe: *Omnium omnino peccaminum veniam Dominus largitur*; y efectivamente, perdonó á los Judios que lo habian crucificado. S. Atanasio (6) en muchas partes dice lo mismo del modo mas expreso, y enseña que Jesucristo no rehusa el perdon á todo el que blasfema, sino al que persevera en el crimen; pues, añade, una digna penitencia borra todo género de culpa.

Mas de una vez se explicó S. Agustín sobre la naturaleza del pecado contra el Espíritu Santo. Ya tenia dicho en una parte (7) que ese pecado consistia en atacar la caridad fraterna por motivos de envidia y de malicia; mas en sus Retracciones (8) añade que para que sea irremisible, es necesario perseverar hasta el fin en esa mala disposicion. Es necesario que el pecador desprecie á Dios (9), se burle de su bondad, desespere de su mi-

[1] Athan. loc. cit.—[2] Exod. vii. 19.—[3] Hilari. in Matth. c. xii. et c. xxxi. n. 5.—[4] Theophil. Antioch. Comm. in Eoang. l. 1.—[5] Hilari. in Matth. c. xvii. n. 10.—[6] Athan. serm. in Matth. tom. 2. nov. collecti. veter. PP. *Ita et de commun. electione, et responsione ad quas. 12. ad Antiochum, et fragment. in Comm. in Matth. t. 1. part. 2. n. 11.*—[7] Aug. l. 1. de Sermon. Domini in monte. c. 32.—[8] Retract. l. 1. c. 12.—[9] Aug. Epistolam.

IV.
Opinion de
S. Hilario, y
de Teófilo de
Antioquia.

V.
Opinion de
S. Agustín.

sericordia, se niegue á la penitencia y persevere con toda voluntad y deliberacion en ese estado, en esa obstinacion y en ese desprecio. Lo mismo repite tambien en otros pasages, y esta es su doctrina constante: *Peccatum in Spiritum Sanctum nullum intelligatur, nisi perseverantia in nequitia et in malignitate, cum desperatione indulgentiae Dei* (1). Añade que á ninguno es lícito juzgar de la impenitencia de algun hombre mientras vive, porque son infinitos los resoros de la misericordia divina, y el que hoy se halla obstinado é impenitente, mañana puede convertirse y volver á Dios. Dice por último que para que el pecado contra el Espíritu Santo no se haga irremisible, es necesario evitar la obstinacion en lo malo, y mantenerse unido á la Iglesia, única en que se alcanza el perdón de los pecados.

Reconoce que hay muchas clases de pecados contra el Espíritu Santo (2); por ejemplo, los que niegan la Iglesia, la divinidad del Espíritu Santo, y los que no confiesan como verdaderos los milagros del Salvador, y los atribuyen á la magia; mas ninguno de estos crímenes es irremisible por su naturaleza, pues solamente la impenitencia final merece este nombre. S. Agustín refuta á Orígenes, y á los que como él quieren que todas las culpas cometidas después del bautismo sean blasfemias contra el Espíritu Santo. Sostiene, y justamente, que el Salvador aquí quiso designar una clase de pecado particular que no se limita ni á los cristianos bautizados ni tampoco á los Judíos; sino que se extiende á todos los hombres: pecado que no solamente es difícil perdonarse, sino que es realmente irremisible; mas ninguno hay así, si no es la impenitencia final, supuesto que la Iglesia ruega por la conversion de toda suerte de pecadores, á todos los exhorta á penitencia, y los recibe á todos siempre que vuelvan á Dios. He aquí todo el sistema de S. Agustín sobre esta materia, cuyo juicio ha tenido siempre un gran séquito en la Iglesia latina.

San Juan Crisóstomo (3), el autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo, impresa bajo su nombre, (4) S. Isidoro Pelusota (5) y otros muchos, hacen consistir el pecado contra el Espíritu Santo en atribuir al demonio las obras milagrosas de Jesucristo, y el ser irremisible en la dificultad del perdón. He aquí como parafrasea S. Juan Crisóstomo el pasaje de S. Mateo que explicamos: Vosotros me habeis cargado de ultrages, me habeis llamado seductor, enemigo de Dios y malvado; pero si habeis penitencia, quiero con toda sinceridad perdonaros. Vosotros podeis ignorar quien soy, y podeis engañaros, imputándome sentimientos que no tengo; pero podeis ignorar los dones del Espíritu Santo, las curaciones que ha hecho, y los prodigios que ha obrado por mi ministerio! Si pues lo ofendeis y lo negais, no di-

VI.
Opinion de
S. Juan Cri-
stostomo y de
otros mu-
chos.

go que absolutamente quedareis sin perdón, pues sé que no hay pecado irremisible; pero si que es muy difícil obtener la remision, pues esa culpa es la mayor de todas, y no podreis evitar los mas severos castigos, sino haciendo una pronta y sincera penitencia (1).

San Ambrosio varia sobre la naturaleza del pecado contra el Espíritu Santo, y sobre la dificultad de su perdón. En su comentario sobre S. Lucas (2) hace consistir ese crimen en negar la divinidad del Hijo en el mismo sentido que se explicó S. Hilario como dijimos ántes. En el libro del Espíritu Santo (3) dice, que consiste en negar la dignidad y poder de esta divina persona é imputar sus obras al demonio. Este es el colmo del sacrilegio, pues negarlo es negar al Padre y al Hijo. Finalmente, en el libro de la Penitencia (4) extiende el crimen de blasfemia á los hereges y cismáticos. En cuanto á lo irremisible algunas veces se expresa como afirmando que absolutamente es imperdonable; mas en otro lugar habla con mayor claridad, y dice que la Iglesia concede el perdón á todos los que hacen una seria penitencia, sea cual fuere la culpa que hayan cometido.

La opinion que dice que la heregia es el pecado contra el Espíritu Santo, no es particular de S. Ambrosio; S. Agustín no se ha alejado de ella, pues enseña (5) que rompe la union, nos separa de Jesucristo y nos cierra la entrada á la Iglesia, fuera de la cual no hay perdón: *Quia hoc sibi clausit ubi remittitur*. El autor de las Constituciones apostólicas (6) y Filastro (7) son del mismo sentir. Verdaderamente ningun pecado es mas irremisible que la heregia, en que se vive hasta la muerte; mas la Iglesia nunca ha negado el perdón á los que de ella vuelven á su seno con un espíritu de penitencia y una sincera conversion.

El autor de las Cuestiones sobre el Antigo y Nuevo Testamento (8) crea que el pecado contra el Espíritu Santo es renunciar de Dios, y que no merece perdón alguno. Hermas (9) juzga que es la blasfemia contra Dios, lo cual coincide con la opinion que acabamos de referir. S. Paciano (10), obispo de Barcelona, es mas exacto en la idea que nos da de ese pecado; lo hace consistir en atribuir al demonio las obras del Espíritu Santo, y afirma que es verdaderamente irremisible, concluyendo contra los Novacianos, que siendo el único imperdonable, todos los demas son dignos de perdón, estando acompañados de la penitencia: *Hoc est ergo (blasphemia in Spiritum Sanctum) quod non dimittitur: reliqua bonis poenitentibus, frater Sympronianus, donantur*.

San Gerónimo (11) refiere muchas explicaciones sobre el texto de S. Mateo en el que dice el Salvador que ese pecado es irremisible en este y en el otro mundo. Aquel que dice que el

VII.
Opinion de
S. Ambrosio
y de otros au-
tores.

VIII.
Opinion de
S. Gerónimo.

ne inchoato in Ep. ad Rom. n. 14. Ille peccat in Spiritum Sanctum qui desperans vel irridens atque contumens predicationem gratis per quam peccata diluuntur, et gaudet per quam reconciliatur Deo, deprecatur egere penitentiam de peccatis suis, et in eorum tempore atque mortifera quadam avaritate perardendum sibi non deerunt, et in finem neque perdarunt.—[1] Aug. ibid. n. 22. Vide et serm. lxxx. nov. ed. n. 29, et seqq. Et sp. 65. nov. ed. n. 5. Hoc peccatum est duritia cordis usque ad finem cito.—[2] Aug. ser. lxxx. n. 8. 9. et seqq.—[3] Chrysost. homil. 42. in Matth.—[4] Author. Oper. imperfecti de Matth. homil. 31.—[5] Isidor. Pelus. l. 2. ep. 59.

[1] Chrysost. loco cit.—[2] Ambros. in Luc. l. x. n. 94.—[3] Idem. l. x. de Spiritu S. c. 3. Si quis Spiritus Sancti dignitatem et potentiam abneget, sempiternam, et poenitentiam non in Spiritu Dei ejici demonia, sed in Beelzebub, non potest dei exercitio esse servus, ubi sacrilegij plebitudo est. Quia qui Spiritum negavit, ad Deum Patrem revertit et Filium.—[4] Ambros. de Penit. l. i. c. 4.—[5] Aug. serm. lxxx. n. 34.—[6] Constit. Apost. l. vi. c. 18.—[7] Filastro. Harres Rhetorici.—[8] Autor. Quest. in utroque Testam. inter Opere Aug. quest. 103. Si idem est negare Dominum, quod peccare in Spiritum Sanctum, nulla remia sperandus est negantibus.—[9] Hermas. Pastor. l. iii. similit. 8. 8. 9.—[10] Pacian. Ep. 3. ad Sympronian.—[11] Hieronym. in Matth. xii.

Hijo de Dios está poseído del demonio (1), y que sus obras son hechas en nombre de Beelzebub, no merece perdon alguno; ó bien, aquel que diga alguna cosa contra el Hijo de Dios, juzgándolo, por ejemplo, un puro hombre, hijo de un carpintero, hombre regalón, comete un pecado, pero perdonable por aquel estado abatido en que se manifiesta la humanidad del Salvador: *Quoniam culpa non caret erroris, tamen habet veniam propter corporis vilitatem*. Pero el que ve las obras del Espíritu Santo, y no pudiendo negarlas, se atreve sin embargo, por malicia ó envidia á dudar de ellas ó calumniarlas, no merece perdon alguno (2).

El papa S. Clemente (3) cree que el pecado irremisible contra el Espíritu Santo es el del pecador endurecido ó insolente que ataca á Dios, por decirlo así, de frente, y que se levanta desvergonzadamente contra él. A eso llama la Escritura dirigirse contra Dios (4). ó pecar con la mano levantada, *elata manu* (5). En este mismo sentido lo explica también Grocio, poniendo por ejemplo el pecado de Coré y de sus secuaces, que se levantaron contra el mismo Dios, y osaron ultrajarlo en la persona de Moises su siervo, y de Aaron su ungido; el crimen de Faraon que endureció su corazón, aunque sus mismos magos le dijeron que allí estaba el dedo de Dios (6); el de Ananías y de Sufira que mintieron al Espíritu Santo, y cayeron muertos á los pies de S. Pedro (7); por último el de Simón Mago á quien el apóstol S. Pedro dijo: *Mal hayaitú y tu dinero* (8).

Grocio (9) no reconoce aquí ni la divinidad del Hijo ultrajado ni la del Espíritu Santo; sino solamente ofendido y atacado el honor que se debe á Dios. Ese crimen, según él, no era irremisible ni en este ni en el otro mundo; pero si del número de los que se castigan en uno y otro, Supone que Jesucristo hablaba á los Judíos según eran sus preocupaciones, pues creían que sus pecados se perdonaban ó en esta vida por la penitencia, por el dolor, por las penalidades, por el ayuno y la humillación en el día de la expiación solemne, ó por la muerte corporal: de donde tuvo origen aquella oración que hacen al morir: *Que mi muerte me sirva para que se me perdonen mis pecados*. Creen que los que habían cometido una gran falta, eran castigados en la otra vida en una especie de infierno, en donde quedaban libres de sus penas, pasado cuando mas un año. El Salvador pues quiso decir aquí á los Judíos, que el desprecio de Dios no se expiaba ni en este mundo por los sacrificios y por la penitencia, ni en el otro por las penas del purgatorio; que era un pecado mortal que no merecía perdon alguno. No hablaba del juicio de la Iglesia cristiana, sino que hacía alusión á las máximas de los Judíos de aquel tiempo. Tal es la opinión de Grocio.

Hammond y M. le Clere (10) creen que el pecado contra el Hijo del hombre es el del común de los Judíos, que no reconocían á Jesucristo por el Mesías, porque se imaginaban que no tenía todos los caracteres; y que el pecado contra el Espíritu Santo

IX.
Opinion del
papa S. Cle-
mente segun-
do por Gro-
cio.

X.
Opinion de
Hammond y
de M. le
Clere.

[1] Ex Marco, ii.—[2] Vide Hier. ep. 149. ad Marcellan.—[3] Clem. Rom. seu alias recogniti, l. ii. c. 23. Vide aut. Coteler. in eum locum.—[4] Lev. xxvi. 21. 23. 27.—[5] Num. xv. 30. Per superbia; (Hebr. manu elata).—[6] Exod. vii. 19.—[7] Act. v. 3. 5.—[8] Act. vii. 18. 19. 30.—[9] Grat. in Matth. xii. 31.—[10] In Matth. xii. 31.

es el de los Fariseos que resistían al resplandor de los milagros que obraba Jesucristo, y que eran pruebas demostrativas de ser el Mesías verdadero. En lugar de reconocerlo bajo esta cualidad, les parecia mejor decir que los milagros que obraba eran por virtud del demonio. El pecado de los primeros era de ignorancia, que se expiaba por los sacrificios y por la confesion de los pecados que acompañaba á los sacrificios (1); mas el de los otros era de aquellos que están sujetos á la pena de excomunion, anatema ó extermínio, para los cuales no hay en la ley ni hostia ni expiación, así como no la hay para las culpas acompañadas del desprecio y de la insolencia.

Los comentadores católicos se dividen en dos clases: unos han seguido á S. Agustin, entendiendo por el pecado contra el Espíritu Santo la impenitencia final; los otros lo entienden de la malicia afectada de los que resisten á la evidencia de la verdad, y que no queriendo reconocer los milagros de Jesucristo, contra su propia conciencia los atribuyen maliciosamente al principio de las tinieblas. Ese es el crimen de los fariseos á quienes Jesucristo dirigía la palabra. Del mismo crimen se hacen culpables los que se oponen á los hombres de bien, que los cargan de calumnias, que contra su mismo testimonio atribuyen á vanidad ó hipocresía lo bueno que les ven practicar. Esta última opinion es la de S. Juan Crisostomo, de S. Gerónimo y de la mayor parte de los mas acreditados intérpretes.

El Salvador hablaba á los Judíos en el idioma que ellos entendían. Sabían muy bien lo que era pecar contra el Espíritu Santo; porque aunque tal vez no tendrían una nocion muy clara de él como de una persona de la Santísima Trinidad, distinta de la del Padre y la del Hijo; sabían que hablaba por boca de los profetas, que por su medio obraba los milagros, que descansaba sobre ellos, y los animaba. Conunmente se repeta entre ellos: Entristecer al Espíritu de Dios (2); apagar el Espíritu Santo (3); resistir al santo Espíritu (4); blasfemar contra el Espíritu Santo (5); ultrajar el Espíritu de gracia (6). Esos modos de hablar eran familiares entre los Hebreos.

En la circunstancia de que se trataba, el Salvador opone el Espíritu de Dios al demonio; los fariseos atribuían al mal espíritu lo que Jesucristo hacia en virtud del Espíritu Santo, y esto es pues en lo que precisamente consistía su blasfemia. Yo os pardona, les decía, las faltas que cometéis contra mí; podéis no conocerme por quien soy; pero la blasfemia que pronunciais contra el Espíritu Santo que hace los milagros por mi medio, no pudiendo vosotros tener una duda racional de ello, no merece perdon ni en este ni en el otro mundo.

Dos clases de pecados conocían los Judíos: los unos eran expiados ó por los sacrificios, ó por las penas temporales que expresaba la ley, ó por la penitencia, el ayuno, la humillación, la limosna y otras obras semejantes. Los otros eran castigados en la otra vida con suplicios eternos, ó simplemente por las penas pasajeras. El pecado contra el Espíritu Santo, la blasfemia contra las

[1] Lev. xv. 2. etc. Num. xv. 28. Hebr. ix. 7.—[2] Luc. xxi. 10. Et efflicientur Spiritus Sanctus ejus. (Hebr. alk. Spiritum Sanctum ejus). Ephe. iv. 30.—[3] 1. Thess. v. 19.—[4] Act. vii. 51.—[5] Matth. xii. 31. 32.—[6] Hebr. x. 30.

XI.
Entre los co-
mentadores
católicos u-
na siguen á
S. Agustin, y
otros á San
Juan Criso-
stomo.

XII.
Confirmaci-
on de la opi-
nion de San
Juan Criso-
stomo. Explic-
acion del
texto que ha-
ce el asunto
de esta Dier-
tacion.

obras de Dios no se perdonaba ni en esta vida ni en la otra; se castigaba en este mundo con la muerte temporal, y en el otro con suplicios eternos. La ley condena á muerte á los blasfemos (1) y á los seductores que se dicen inspirados sin serlo (2). Estos eran en cierto sentido culpables de este pecado, pero mucho menos que los fariseos que advertían en Jesucristo todas las señales del Espíritu Santo. A mas de la pena temporal, eran castigados estos crimines en la otra vida con un suplicio eterno, á menos que aquí fuesen expiados por una seria penitencia.

Esa era la comun opinion de los antiguos judios, de lo que existen testimonios indubitables en los libros de la Sabiduría (3) y de los Macabeos (4); en Josefo (5), en Filon (6) y en el Evangelio; porque el Salvador ninguna doctrina nueva ha dado sobre este artículo, de quedar sujeto á la pena de infierno los crimenes capitales y mortales. Los rabinos modernos tambien confiesan los tormentos é infierno donde los pecadores han de permanecer eternamente, y el purgatorio que no se distingue del infierno mas que en la duracion de las penas que allí se sufren, donde los buenos expian lo que les resta que purgar por sus pecados (7).

Luego segun ellos habian pecados que se perdonaban en la otra vida, y otros que jamas se perdonaban. Judas Macabeo recogió una suma de plata que envió á Jerusalem, á fin de que allí se ofreciesen sacrificios por los que habian muerto en la guerra (8), en recompensa de los delitos que habian cometido tocando en el templo el oro consagrado á los idoles contra la expresa prohibicion de la ley (9). La blasfemia contra el Espíritu Santo era uno de aquellos pecados que no se perdonan en la otra vida, es decir, que ni la duracion de las penas del purgatorio, ni los sacrificios ni oraciones que se hacen para abreviar esa duracion ó para disminuir su intension, son capaces de expiarlos y borrarlos. He aquí la verdadera explicacion del pasaje que hace el asunto de esta Disertacion.

La blasfemia contra el Espíritu Santo, que no se perdona ni en este ni en el otro mundo, no es pues todo pecado mortal cometido por el cristiano despues del bautismo, como enseñó Origenes, Teognostos y algunos otros. Los fariseos á quienes hablaba Jesucristo no podian ser reos de esas culpas; mas es notorio que el Salvador queria denotarles una especie de pecado particular, en lugar que esos autores lo explican en general de todos los pecados mortales cometidos despues del bautismo. Tampoco puede ser el crimen de heregia, pues en él no habian caido los fariseos, y el Salvador les habla como á gentes que conservaban union con todos los Judios, y que ocupaban tambien los primeros puestos en la Sinagoga: *Super cathedram Moysi sederunt scribae et pharisaei* (10).

Los que hacen consistir la blasfemia contra el Espíritu Santo en negar la divinidad del Hijo ó la del Santo Espíritu, parece que

[1] *Lev. xxiv. 11. et seq.*—[2] *Deut. xii. 1. et seq.*—[3] *Sap. v. 2.*—[4] *2. Macch. xii. 49. 45.*—[5] *Joseph. l. ii. de Bello, c. 7. p. 789.*—[6] *Philo, de praemio et poena pug. 613. et de profugis, p. 358.*—[7] *Leon da Medina, part. 4. c. 10. Bartolucci, Bibl. rabb. tom. ii. Basnage, l. vi. c. 32. Hist. de los Judios.—[8] 2. Macch. xii. 45.—[9] *Deut. va. 25.*—[10] *Matth. xxiii. 2.**

no han comprendido en toda su extension el sentido de Jesucristo. Allí no se trataba de la divinidad del Espíritu Santo, ni el Salvador la habia predicado de un modo bien distinto; de ella no habló claramente mas que á sus discipulos poco antes de su muerte, y tambien despues de su resurreccion. En cuanto á su propia divinidad, parece decir Jesucristo en el mismo pasaje que explicamos, que si los fariseos no tenían otro pecado que el de no conocer quien era, esta culpa se les perdonaria; él no exigia la fe en su divinidad, ni la hizo anunciar claramente sino despues de su resurreccion.

No se le puede disputar á San Agustin, y á los que lo han seguido, que la envidia y la malicia que ataca la caridad del prójimo, principalmente cuando persevera hasta el último momento de la vida y la impetencia final, sean pecados irremisibles por su naturaleza; pero se puede negar que eso sea la blasfemia contra el Espíritu Santo. Semejantes crimenes violan la santidad de Dios y la caridad del Espíritu Santo; ofienden al poder y á la energia divina de su gracia, á la que se oponen y destruyen del modo que pueden; mas en esto no hacen una oposicion mayor que la que hay en otros crimenes, á los cuales nadie les dara el nombre de blasfemia contra el Espíritu Santo.

Lo mismo digo de la apostasia, del negar la fe, del blasfemar del nombre de Dios, que algunos antiguos calificaron por pecado contra el Espíritu Santo. Esos crimenes son grandes, y no merecen perdón; á menos que el pecador se convierta á Dios por una verdadera penitencia; pero por qué darles el nombre de blasfemia contra el Espíritu Santo, mas bien que á la idolatria, al perjurio y á tantos otros pecados que atacan la magestad, el poder y bondad de Dios? La insolencia del pecador que irrita á Dios pecando con osadia y con *la mano levantada*, se castiga en este mundo y en el otro con grandes suplicios; pero no alcanzo la razon para estimarla por pecado contra el Espíritu Santo, como quiere Grocio; tan injurioso es eso al Espíritu Santo como al Padre y al Hijo.

Los teólogos comunmente numeran seis pecados que principalmente atacan la persona divina del Espíritu Santo, á saber: 1.ª la impetencia final; 2.ª la desesperacion; 3.ª la obstinacion en lo malo; 4.ª atacar una verdad conocida; 5.ª presumir temerariamente de la bondad de Dios sin dejar de ofenderle; 6.ª jactarse de celo contra los que se aman con verdadera caridad. Pero nada de eso es precisamente lo que Jesucristo echaba en cara á los fariseos. Les reprendia el atribuir maliciosamente al demonio los milagros que obraba, de los cuales naturalmente no podian dudar que fueran obras del dedo de Dios. Esa era su blasfemia, ese su crimen, y eso es pues en lo que propiamente consiste el pecado contra el Espíritu Santo.

No es el único ejemplo que la Escritura nos ofrece de ese crimen la blasfemia de los fariseos; el pecado de Simon Mago que queria comprar la potestad de hacer milagros (1), y los efectos divinos de la imposicion de las manos, como hacian los apóstoles en los recién bautizados, tambien es crimen contra el Espíritu Santo, su-

[1] *Act. viii. 20. 21. 22.*

puesto que este desventurado imputaba á la magia y á los prestigios del demonio lo que veia ejecutar á los apóstoles. Los consideraba como magos, mas hábiles, mas grandes y mas poderosos que él; y quiso comprarles el secreto para reverenderlo á otros despues. Asi cuando San Pedro le habla, como dudando del perdon de su peccador: *Poenitentiam age, si forte remittatur tibi*, quiso darle á entender la gran necesidad que tenia de una larga y seria penitencia.

Dice Jesucristo que ese peccado no se perdonará ni en este ni en el otro mundo; es decir, que por su naturaleza es irremisible, pues se opone directamente á la bondad, á la misericordia y á la gracia del Espíritu Santo; cierra en alguna manera por si mismo todas las puertas al perdon presentándole obstáculos casi insuperables. Es semejante al enfermo que en un accidente mortal no solamente descuida y desprecia los remedios y avisos de los médicos, sino que hace todo lo contrario de lo que debia hacer para sanar. Es necesario un milagro para convertir á estos peccadores (1). Luego no basta decir con San Juan Crisóstomo y algunos otros que ese peccado se llama irremisible porque es difícil su curacion; sino que á mas de esto debe reconocerse que intrinseca y naturalmente encierra una malicia opuesta al perdon. Eso no es poner límites al poder y misericordia de Dios, ni disputarle á la Iglesia la potestad que le dió Jesucristo de perdonar todos los peccados sin excepcion, pues eso era la heregia de Novato. Es ciertísimo que en rigor no hay peccado absolutamente imperdonable; que Dios siempre está pronto á recibir al peccador que sinceramente se convierte, y que la Iglesia siempre está dispuesta á reconciliarlo con su Señor, con tal que dé pruebas de su conversion, cuando ménos con su dolor y su arrepentimiento. A esto debe reducirse la expresion de San Paciano (2), quien parece haberse excedido un algo, poniendo la blasfemia contra el Espíritu Santo fuera de la clase de los peccados que pueden perdonarse en la Iglesia.

(1) *Vide Malden. et Menoch. in Matth. xii. 31.—(2) Pacian. epist. 3. ad Synagoga.*

XIV.
En qué sentido es irremisible el peccado contra el Espíritu Santo.

DISERTACION

SOBRE

LOS CARACTERES DEL MESIAS.

SEGUN LOS JUDIOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

1.
Los Judios han debido tener algun conocimiento

HABIENDO sido siempre el Mesias el objeto de la esperanza y deseos de los Judios, es indispensable que hayan tenido de él conocimiento, y que se hayan formado ciertos caracteres esenciales, cuya idea haya sido comun á toda la nacion. Nadie ha debido ignorar un artículo de fe de tanta importancia, y ninguno ha podido descono-

cer al que debia ser el libertador tantas veces prometido y retratado con tanta fidelidad en las Escrituras. En todas partes se ven las mismas lineas bien notadas, y las mismas promesas, aunque variadas en cien maneras por el mismo espíritu que ha hablado en todos los profetas. En todas partes se halla al Mesias Dios y hombre, grande y humillado, Señor y siervo, sacerdote y victima, rey y vasallo, sujeto á la muerte y vencedor de ella, rico y pobre, poderoso y sin fuerza. Estas ideas que parecen tan contrarias, deben conciliarse en el Mesias que se esperaba. Los mismos escritores sagrados que han predicho al Mesias como glorioso, rey y conquistador, nos lo han pintado como un hombre de dolores cubierto de enfermedades, desconocido y humillado.

Los Judios contemporáneos del Salvador sabian muy bien que el Mesias debia nacer de la tribu de Juda, de la familia de David (1), en la aldea de Belen (2); que su venida seria oculta (3), que tendria un precursor que le preparara los caminos (4), que cuando viniera permaneceria eternamente (5), que entonces encerraria todas las cosas (6), que seria el gran profeta prometido en la ley (7), que seria el hijo y el Señor de David (8), el cordero que quitaria los peccados del mundo (9), que obraria grandes milagros (10), y que una de las pruebas de su venida seria dar vida á los muertos, curar los leprosos y predicar el Evangelio á los pobres (11). A los mismos Judios recordo todo esto Jesucristo, y por estos caracteres quiso ser conocido de ellos.

Se sabe que el Mesias debia padecer y resucitar (12); que su carne no experimentaria la corrupcion (13); que seria la piedra angular y fundamental (14); que en él pondrian su esperanza las naciones (15); que los reyes y principes de la tierra se armarian para oponerse al establecimiento de su reino (16), y finalmente se sabia, sin poderlo dudar, que debia venir el Mesias en tiempo del segundo templo (17); que en él se realizarian todas las figuras, y apareceria cumplidas las setenta semanas predichas por Daniel (18), que así señalaba con toda precision el tiempo mismo en que aparecia. Cuando los apóstoles comenzaron á predicar estas verdades, y aplicarlas á Jesucristo, no advirtieron decirles: Estas cosas no convienen al Mesias, sino que simplemente dijeron que no convenian á Jesucristo: este hombre es un seductor; infringe la ley, y no puede ser el Mesias. La única diferencia que hay entre nosotros y los Judios, dice San Gerónimo (19), es que nosotros creemos que las profecias ya están cumplidas en Jesucristo, y ellos dicen que se cumplirán un dia en otra persona que esperan.

Mas si el conocimiento del Mesias era comun entre los Judios,

(1) *Matth. xiii. 42.—(2) Matth. ii. 5. Mich. v. 2.—(3) Joas. vii. 27.—(4) Matth. xi. 14. xxv. 10. Marc. ix. 10.—(5) Joas. xii. 34.—(6) Joas. iv. 25.—(7) Joas. i. 45. Dan. xlviii. 16.—(8) Matth. xxi. 42. et seq. Ps. lxxi. 1.—(9) Joas. i. 23. (10) Joas. vii. 31. (11) Matth. xx. 2. et seq. (12) Luc. xxiv. 26. (13) Ps. xv. 10. Act. i. 27. (14) Ps. cxviii. 22. Joas. xxviii. 16. Matth. xxi. 42. Act. iv. 11. (15) Is. xlii. 1-4. Dan. xii. 13. 21.—(16) Ps. ii. 2. Act. vi. 28. (17) Act. vi. 8. 10. Malack. iii. 1. (18) Dan. ix. 24. et seq. (19) Hieron. *Profr. in l. vi. Convent. in Jeron. Nec inter Judios et Christianos ullam aliud esse certamen, nisi hoc, ut cum illi asque, credimus Christum Dei Filium repromissum, et ea que sunt futura in Christo, a nobis expleta, ab illis expleta dicantur.**

puesto que este desventurado imputaba á la magia y á los prestigios del demonio lo que veia ejecutar á los apóstoles. Los consideraba como magos, mas hábiles, mas grandes y mas poderosos que él; y quiso comprarles el secreto para reverenderlo á otros despues. Asi cuando San Pedro le habla, como dudando del perdon de su peccador: *Poenitentiam age, si forte remittatur tibi*, quiso darle á entender la gran necesidad que tenia de una larga y seria penitencia.

Dice Jesucristo que ese peccado no se perdonará ni en este ni en el otro mundo; es decir, que por su naturaleza es irremisible, pues se opone directamente á la bondad, á la misericordia y á la gracia del Espíritu Santo; cierra en alguna manera por si mismo todas las puertas al perdon presentándole obstáculos casi insuperables. Es semejante al enfermo que en un accidente mortal no solamente descuida y desprecia los remedios y avisos de los médicos, sino que hace todo lo contrario de lo que debia hacer para sanar. Es necesario un milagro para convertir á estos peccadores (1). Luego no basta decir con San Juan Crisóstomo y algunos otros que ese peccado se llama irremisible porque es difícil su curacion; sino que á mas de esto debe reconocerse que intrinseca y naturalmente encierra una malicia opuesta al perdon. Eso no es poner límites al poder y misericordia de Dios, ni disputarle á la Iglesia la potestad que le dió Jesucristo de perdonar todos los peccados sin excepcion, pues eso era la heregia de Novato. Es ciertísimo que en rigor no hay peccado absolutamente imperdonable; que Dios siempre está pronto á recibir al peccador que sinceramente se convierte, y que la Iglesia siempre está dispuesta á reconciliarlo con su Señor, con tal que dé pruebas de su conversion, cuando ménos con su dolor y su arrepentimiento. A esto debe reducirse la expresion de San Paciano (2), quien parece haberse excedido un algo, poniendo la blasfemia contra el Espíritu Santo fuera de la clase de los peccados que pueden perdonarse en la Iglesia.

(1) *Vide Malden. et Menoch. in Matth. xii. 31.—(2) Pacian. epist. 3. ad Synagoga.*

XIV.
En qué sentido es irremisible el peccado contra el Espíritu Santo.

DISERTACION

SOBRE

LOS CARACTERES DEL MESIAS.

SEGUN LOS JUDIOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

1.
Los Judios han debido tener algun conocimiento

HABIENDO sido siempre el Mesias el objeto de la esperanza y deseos de los Judios, es indispensable que hayan tenido de él conocimiento, y que se hayan formado ciertos caracteres esenciales, cuya idea haya sido comun á toda la nacion. Nadie ha debido ignorar un artículo de fe de tanta importancia, y ninguno ha podido descono-

cer al que debia ser el libertador tantas veces prometido y retratado con tanta fidelidad en las Escrituras. En todas partes se ven las mismas lineas bien notadas, y las mismas promesas, aunque variadas en cien maneras por el mismo espíritu que ha hablado en todos los profetas. En todas partes se halla al Mesias Dios y hombre, grande y humillado, Señor y siervo, sacerdote y victima, rey y vasallo, sujeto á la muerte y vencedor de ella, rico y pobre, poderoso y sin fuerza. Estas ideas que parecen tan contrarias, deben conciliarse en el Mesias que se esperaba. Los mismos escritores sagrados que han predicho al Mesias como glorioso, rey y conquistador, nos lo han pintado como un hombre de dolores cubierto de enfermedades, desconocido y humillado.

Los Judios contemporáneos del Salvador sabian muy bien que el Mesias debia nacer de la tribu de Juda, de la familia de David (1), en la aldea de Belen (2); que su venida seria oculta (3), que tendria un precursor que le preparara los caminos (4), que cuando viniera permaneceria eternamente (5), que entonces encerraria todas las cosas (6), que seria el gran profeta prometido en la ley (7), que seria el hijo y el Señor de David (8), el cordero que quitaria los peccados del mundo (9), que obraria grandes milagros (10), y que una de las pruebas de su venida seria dar vida á los muertos, curar los leprosos y predicar el Evangelio á los pobres (11). A los mismos Judios recordo todo esto Jesucristo, y por estos caracteres quiso ser conocido de ellos.

Se sabe que el Mesias debia padecer y resucitar (12); que su carne no experimentaria la corrupcion (13); que seria la piedra angular y fundamental (14); que en él pondrian su esperanza las naciones (15); que los reyes y principes de la tierra se armarian para oponerse al establecimiento de su reino (16), y finalmente se sabia, sin poderlo dudar, que debia venir el Mesias en tiempo del segundo templo (17); que en él se realizarian todas las figuras, y aparecerian cumplidas las setenta semanas predichas por Daniel (18), que así señalaba con toda precision el tiempo mismo en que aparecia. Cuando los apóstoles comenzaron á predicar estas verdades, y aplicarlas á Jesucristo, no advirtieron decirles: Estas cosas no convienen al Mesias, sino que simplemente dijeron que no convenian á Jesucristo; este hombre es un seductor; infringe la ley, y no puede ser el Mesias. La única diferencia que hay entre nosotros y los Judios, dice San Gerónimo (19), es que nosotros creemos que las profecias ya están cumplidas en Jesucristo, y ellos dicen que se cumplirán un dia en otra persona que esperan.

Mas si el conocimiento del Mesias era comun entre los Judios,

(1) *Matth. xxi. 42.—(2) Matth. ii. 5. Mich. v. 2.—(3) Joas. vii. 27.—(4) Matth. xi. 14. xxv. 10. Marc. ix. 10.—(5) Joas. xii. 34.—(6) Joas. iv. 25.—(7) Joas. i. 45. Dan. xvi. 18.—(8) Matth. xxi. 42. et seq. Ps. lxxi. 1.—(9) Joas. i. 23. (10) Joas. vii. 31. (11) Matth. xx. 2. et seq. (12) Luc. xxiv. 36. (13) Ps. xv. 10. Act. i. 27. (14) Ps. cxviii. 22. Joas. xxviii. 16. Matth. xxi. 42. Act. iv. 11. (15) Is. xlii. 1-4. Dan. xii. 18-21.—(16) Ps. ii. 2. Act. vi. 28. (17) Act. ii. 8. 10. Malack. iii. 1. (18) Dan. ix. 24. et seq. (19) Hieron. *Prolog. in Is. vi. Comentar. in Jerem. Nec inter Judios et Christianos ullam aliud esse certamen, nisi hoc, ut cum illi asque, credimus Christum Dei Filium repromissum, et ea que sunt futura in Christo, a nobis expleta, ab illis explenda dicantur.**

de Jesucristo sus antecesores que aparecen en los Caracteres del Mesias que desde entonces les era conocido.

II. ¿Cómo con estas conjeturas han podido los Hebreos desconocer al Mesías en la persona de Jesucristo? según acaba de asegurarse, ¿cómo han desconocido á Jesucristo? No ven en este Hombre Dios todos los rasgos que caracterizan al libertador? Verdad es que los Judios cuando ménos tenían una nocion general del Mesías; pero habia entre ellos muchos hombres carnales groseros é ignorantes, que de sus cualidades particulares se habian formado ideas muy erradas. Se figuraban que su venida seria con un esplendor extraordinario; que su magestad seria como la de los monarcas; que su reino seria de este mundo; que ejerceria su poder de una manera sensible contra los enemigos de Israel; que vendria armado de terrible como un héroe ó un conquistador; y que colmaria á los Judios de toda clase de bienes y prosperidades temporales. Quanto lisonjaba su ambicion, su amor propio y su venganza, tanto entraba en la composicion de la idea que se formaban del Mesías. Pero tratándose de sus humillaciones solamente tenian de ellas ideas muy confusas, ó las explicaban en un sentido fingido. Veian estas cosas como á través de un velo; y no fué sino despues de la resurreccion de Jesucristo, y despues del establecimiento de la Iglesia cuando el velo se descubrió enteramente con respecto á los apóstoles y discípulos de este divino Salvador.

Quando apareció Jesucristo cumplió puntualmente y de una manera sensible todo lo que estaba predicho por los profetas tocante á sus padecimientos y humillaciones. Vino pobre, desconocido, despreciado, paciente, laborioso, sin esplendor, sin séquito y sin poder temporal. Su grandeza toda era sobrenatural y divina, y estaba como eclipsada bajo las apariencias que acabamos de expresarse.

Estas apariencias humillantes eran un motivo de escándalo para los Judios carnales, quando esto era lo que formaba uno de los caracteres esenciales del Mesías; supuesto que según los profetas debia ser desconocido, despreciado y condenado á muerte, siendo no obstante la piedra fundamental y preciosa, la de tropiezo y escándalo contra la cual Jerusalem debia chocar, y ser despreciada por los mismos que la labraron. Todo esto entraba en los designios de Dios, pues los mas de los Judios por la dureza de su corazon debian ver, sin entender, y escuchar sin comprender: lo cual fué causa de su reprobacion, dando así lugar á un nuevo pueblo antes infiel y extranjero que debia entrar en la nueva alianza. De este modo se concilia lo que parece contradictorio no solamente en la persona del Mesías, sino tambien en la de los Judios, de los cuales unos creian en Jesucristo y otros blasfemaban, sin embargo de tener todos una nocion general y muy clara del Mesías, y de haber hallado en Jesucristo perfectamente todos los caracteres.

Desde la predicacion de los apóstoles, entregados los Hebreos á su sentido réprobo y á su obstinacion y pecados de envidia contra la Iglesia cristiana que veian establecerse en todas partes sobre las ruinas de la idolatria y del judaismo, confusos á mas de esto, y desesperados por verse vencidos y dispersos por toda la tierra, llevando por donde quiera la marca de su reprobacion; estrechados por los cristianos, que con argumentos sin réplica tomados de las Escrituras, los obligaban á reconocer que las profecias estaban cumplidas en la persona de Jesucristo; los Hebreos, digo, tenazmente, arbitraron, para cubrir su vergüenza, torcer el sentido de los oráculos

III. Conjecta que han observado los Judios desde Jesucristo para no reconocer en el Mesías.

mas claros, hacer aplicaciones violentas de ellos á otros asuntos, falsificar la verdadera significacion de las voces, esparcir historias falsas de Jesucristo, desacreditar su doctrina, criar otras ideas monstruosas del Mesías, y combatir el concepto y tradiciones de sus padres, para poner en su lugar doctrinas nuevas y desconocidas á toda la antigüedad.

Sin embargo no llegaron á este extremo, ni desde luego, ni de una sola vez; pues en las paráfrasis caldaicas, que son despues de las Escrituras los libros mas antiguos que tienen, se hallan muchas profecias que aplicaban al Mesías aun despues de corridos algunos siglos de la venida de Jesucristo, las cuales al presente nos niegan. Gradualmente llegaron los Hebreos á este grado de endurecimiento y mala fe, en que hace tanto tiempo que los vemos. Los rabinos antiguos son ménos dañosos en este punto que los modernos; y en nuestro comentario hemos manifestado que muchos de los primeros doctores judios nos concedian lo que otros nos han negado despues. Trifon en la disputa con San Justino Mártir, reconoce que las Escrituras marcan con toda claridad los sufrimientos del Mesías que hoy nos niegan los Judios.

Los Hebreos modernos cuentan trece artículos de su fe. En este número los encierra Maimónides, y formó la confesion de su fe en fines del siglo undécimo de la era cristiana. Esta confesion fué generalmente recibida y aprobada, y todos los Judios deben vivir y morir en la creencia de estos trece artículos. He aqui el duodécimo que habla del Mesías: *El Mesías debe venir, y aunque tarde mucho tiempo, siempre lo esperaré hasta que venga.* Quem dudare de la venida del Mesías, acusa, dicen ellos, de falsa y mentirosa la ley; aunque no se debe buscar en la Escritura el tiempo de su venida.

José Albo disgustado de que se hubiera puesto la venida del Mesías entre los artículos fundamentales, sostuvo en la conferencia tenida en España en presençia del Papa Benedicto XIII, que este dogma no era esencial; y que el que lo negara no seria por esto infractor de la ley; *contaria solamente un ramo; pero dejaría intacta la raíz.* Se quejaba de que Maimónides hubiera multiplicado hasta el número de trece los artículos de su fe, para comprender en ellos el duodécimo tocante al Mesías. Otros Judios dudan si alguna vez habrá un Mesías, porque según ellos, esto solo se tiene por tradicion, la cual puede ser un embuste y una mentira (1). Pero si esto es cierto, ¿qué cosa cierta habria en la Escritura y en la tradicion, y qué seria la religion de los Judios sin la certidumbre del Mesías?

El famoso Hillel, á quien los Judios hacen anterior á Jesucristo, defendió que en vano se esperaba la venida de Cristo, quando ya habia venido muchos años habia en la persona de Esauquis (2). Otros sostienen que ha mucho tiempo que vino, pero ha quedado oculto en el mundo por los pecados de los Judios, y este es, dice Buxtorf (3), el sentir de los mas de los rabinos de hoy dia. Jarqui adelanta que los antiguos Hebreos creyeron que el Mesías nació el dia de la última destruccion de Jerusalem por los Romanos. Unos fijan su ha-

(1) Vossio á Bernago, Hist. de los Judios, l. vi. c. 29. art. 3. (2) Genur. tit. Senehedrin. c. ix. sect. 36. (3) Buxtorf. Synagog. Jud. c. 36.

Situacion en el paraiso terrestre, en un lugar desconocido é inaccesible á los hombres. Los taludistas la ponen en Roma. Dicen que allí vive oculto entre los leprosos y enfermos en la puerta de la ciudad, esperando que venga Elias á darlo á conocer.

Abravanel distingue el tiempo de necesidad de la venida del Mesias, del tiempo de la posibilidad. Podia venir el Mesias, si Israel se hubiera arrepentido de sus pecados; mas el tiempo de la necesidad aun no ha venido, porque Israel aun no ha observado, como se debe, el sítio; esto es lo que únicamente espera el Mesias para venir. Elias fijó la duracion del mundo á seis mil años segun los Judios. Ponia dos mil años vacios, es decir anteriores á la ley; dos mil llenos ó en tiempo de la ley; y dos mil del reinado del Mesias. De manera que segun el mismo Elias ya debia haber venido, y muchos siglos ha que debia haber comenzado su reinado. Otros dilatan su venida hasta fines del año seis mil. Desde la creacion hasta el año primero de la era cristiana, computan solamente tres mil setecientos sesenta años; desde esta última época hasta fin del año seis mil, restan casi dos mil doscientos cuarenta años; de suerte que segun este cálculo, el Mesias no deberia aparecer sino hacia el año 2240 de Jesucristo.

IV.
El haberse cumplido el tiempo en que el Mesias debía venir, prueba que ya vino.

Mas todas estas prevenciones están claramente refutadas, 1.^o por el oráculo de Ageo que dice, que el Señor dentro de poco reconstruirá el cielo y la tierra; que entonces vendrá el Descendo de las naciones; y la gloria de la segunda casa, es decir, el segundo templo edificado despues de la vuelta de la cautividad, será mayor que la de la primera (1). Debia, pues, venir el Mesias en tiempo del segundo templo; debia ilustrar esta casa con su presencia; y conuover dentro de breve el cielo y la tierra. 2.^o Por el oráculo de Malaquias, que expresamente dice (2), que en este mismo templo va á venir cuanto antes el Dominador que solicitan los hijos de Israel, y el ángel de la alianza deseado por muchísimo tiempo. 3.^o Por el oráculo de Daniel que anuncia (3) que el Cristo prometido vendrá en la última de las setenta semanas que debia correr desde que se dió el decreto para el restablecimiento de Jerusalem. Este decreto fué dado por Artajerjes Longmano, y contadas desde entonces las setenta semanas terminan bajo el imperio de Tiberio; en este tiempo, pues, ha debido aparecer el Mesias.

Muy bien conocen los Judios lo mucho que podemos contra ellos, valiéndonos del cumplimiento de los tiempos en que debió venir el Mesias. Asi para responder á esto, frecuentemente se han aventurado á fijar de un modo mas preciso el tiempo de su venida, pero siempre desgraciadamente y sin provecho. El rabino Kimqui que vivió en el duodécimo siglo, se imaginaba que el Mesias, cuya venida se creia muy próxima, echaria de la Judea á los cristianos, que entonces la poseian. Es verdad que antes que concluyera el siglo duodécimo perdieron los cristianos la Tierra Santa; pero Saladino fué quien los venció, y los obligó á abandonarla. David, hijo menor de Maimonides, fué consultado por los principales de su nacion sobre el tiempo en que debia venir el Mesias, y reveló dicen, misterios

(1) Agg. u. 7. et seqq. (2) Mal. m. 1. (3) Dan. ix. 25.

que no es lícito descubrir á los extranjeros: No voyas á decirlo en Geth, ni lo publiques en Ascalon. Sin embargo, ¡qué decial que un hombre llamado Puchas ó Finees, que vivía cuatrocientos y cinco años despues de la ruina del templo, en su vejez habia tenido un hijo que habló desde su nacimiento. Este hijo vivió hasta la edad de doce años, y en su muerte descubrió grandes misterios pertenecientes á la libertad de Israel. Pero como los escribió en diversos idiomas, y bajo expresiones simbólicas, son muy oscuras sus revelaciones, y han permanecido muchísimo tiempo ocultas. Finalmente se encontraron en las ruinas de una ciudad de Galilea, y en ellas se leía que la higuera daba higos, es decir, que estaba cercana la venida del Mesias; sin embargo, segun ellos, todavía no se ha verificado.

El rabino Abraham, que encontró en Jerusalem una profecía grabada sobre una muralla, decia que la misma constelacion que se vió cuando Josué conquistó la tierra de Canaan, y cuando Esdras sacó al pueblo de Babilonia, debia otra vez manifestarse el año 1329, y que entonces apareceria el Mesias. Mas el suceso aun no ha correspondido á esta promesa. El rabino Canian encontró cierto día á un hombre con un libro que halló en Roma, en el que se leía que las guerras terminarian el año del mundo 4291, es decir, el 531 de Jesucristo segun su cálculo, y que despues el Mesias reinaria hasta fines del año siete mil, en el que el mundo debia acabar. Maimonides pretendia haber recibido de sus antepasados algunas profecias, de las que concluia haber predicho Balaam que el don de profecía volveria á Israel, y le duraria despues de Balaam tanto tiempo, cuanto habia pasado desde el principio del mundo hasta este mismo profeta. Y como Balaam profetizaba, segun su cálculo, el año del mundo 2488, duplicando este número será el restablecimiento de la profecía el año 4976, de Jesucristo 1216. Mas esto tambien ha salido falso. Otros han fijado el fin de su desgracia en el año 1492, otros en 1508, otros en 1600, y otros mucho mas tarde.

Cansados finalmente con tales variaciones que los llenan de vergüenza y ponen en claro su confusión é ignominia, han pronunciado anatema contra los que computen los años del Mesias: Quebrantense y púdranse sus huesos, dicen en la Gemara; porque cuando se fija el tiempo de un suceso, y no viene, con una desconfianza criminal se dice que nunca vendrá.

El reinado del Mesias es tambien otro motivo de las divisiones de los Rabinos. Unos se lo figuran como un conquistador que debe sacar á los Judios de la opresion, y sujetar todo el mundo á su imperio; que debe reinan en paz y prosperidad, y debe ser el sumo bien de sus pueblos. Segun otros debe ser un varon de dolores y penas, y su reinado, reinado de desgracias é infortunios. Hay tambien algunos que sostienen que en su tiempo dominara la justicia, la verdad y el buen orden; y otros que su dominacion será una dominacion de desorden, de donde será destruída la equidad, y en la que perecerá el último juez de Israel. La duracion de su reinado es tambien incierta. Reinara solamente cuarenta años, ó tantos como dias tiene el año, ó siete mil años, ó tanto tiempo como el que ha corrido desde el principio del mun-

V.
Ideas conjuntas de los Judios sobre el tiempo de la venida del Mesias.

VI.
Ideas químicas de los Judios sobre el tiempo de la venida del Mesias.

do, ó reinará eternamente! Esto es en lo que no convienen (1).

Para conciliar las profecías que les parecen opuestas, algunos (2) se han imaginado dos Mesías que deben sucederse el uno al otro: el uno en la humillación y en la pobreza, y el otro en la gloria y en la abundancia; hombres sencillos ambos, debiendo el segundo tener hijos y herederos. El primero debe traer su origen del linaje de José y de la tribu de Efraim. Tendrá por padre á Uzai, y será llamado Nehemias. Aparecerá á la cabeza de un ejército compuesto de las tribus de Efraim, de Manases, de Benjamín y de una parte de la de Gad, y hará la guerra á los Idumeos. Así es como nombran comunmente á los Romanos y á los Cristianos (3). Alcanzará sobre ellos insignes victorias, hará perecer á muchísimos hombres, echará por tierra el imperio romano, y como en triunfo llevará los Judíos á Jerusalem.

Armillo, á quien los Cristianos llaman Anticristo, nacerá en su tiempo de un trozo de mármol, en donde Dios lo había criado y encerrado desde el principio. Nehemias lo atacará, pondrá en fuga su ejército, lo pasará á cuchillo, y hará prisionero al general. Pero Armillo escapará de sus manos, levantará un nuevo ejército, y le presentará la guerra. En el combate, Armillo sacará la ventaja; Nehemias morirá en él, sin que su enemigo lo perciba; los ángeles se apoderarán del cadáver, y lo ocultarán con los de los antiguos patriarcas.

Los Israelitas entonces se consternarán sumamente; se verán obligados á salvarse en el desierto, y en él se mantendrán ocultos por cuarenta y cinco días. Pasado este tiempo, el arcángel S. Miguel sonará la trompeta, y aparecerá el segundo Mesías descendiente de David. Vendrá acompañado del profeta Elias, y todos los justos del mundo lo reconocerán por su rey y por su libertador. Armillo marchará contra él con su ejército; mas Dios hará llover sobre las tropas de este enemigo azufre y fuego del cielo, y lo exterminará enteramente. Entonces el segundo Mesías de la familia de David, volverá la vida al primar descendiente de Efraim. Congregará á todo Israel, y resucitará á cuantos hayan muerto; reedificará el templo de Jerusalem según el modelo que se le mostró á Ezequiel; dispersará y hará perecer á los que intenten resistirle, y establecerá su imperio en toda la tierra. Se desposará con una reina, y tendrá muchas mugeres, de las que tendrá muchos hijos que le sucedan despues de su muerte, porque él como los demás hombres morirá (4).

Lo dicho no es mas que una pequeña parte de los desvarios é impertinencias que los Hebreos espargen sobre el Mesías, y sobre las circunstancias de su venida, y sostienen (5) que la precederán diez ruidosos milagros que la harán indubitable á los que la esperan. El primer milagro será levantar Dios tres reyes, que bajo la apariencia engañosa de piedad procurarán seducir los pueblos, y su dominación será tan cruel é insoportable, que todos los justos se verán obligados á salvarse en los desiertos, y ocultarse entre las rocas. En Israel entón-

VII.
Otro de los ruidos de los rabinos sobre la venida del Mesías.

(1) Bawag, Hist. de los Judíos, l. vi. c. 35. art. 3. noev. edición.—(2) Abenezra in Ps. lxxxv. 18. Vide Moise in eund. Psalm.—(3) Bawag. in Tr. xxii.—(4) Vide Buxtorf, Syntag. Jud. c. 36.—(5) Lilel. Akko Rechil. apud Buxtorf. ii.

tes no habrá rey, ni príncipe, ni gefe, ni pastor, ni doctor, ni sinagoga. En ese tiempo se verán hombres negros que vendrán de la extremidad del mundo con dos cabezas, siete ojos centelleantes y un mirar tan terrible, que los mas valerosos no se atreverán á ponerse en su presencia. Dios no permitirá que dominen estos tres reyes mas que tres meses. Si reinaran mas tiempo, nadie podría resistir á su tiranía.

El segundo milagro consistirá en un calor intolerable, que causará infinitas fiebres, pestes y enfermedades mortales; pero este calor que destruirá tantos gentiles, para los justos de Israel será solamente una prueba ó una medicina saludable, y una seguridad de estar cercano la aparición del sol de justicia.

El tercer milagro será un rocío de sangre, que será un veneno mortal para los cristianos y para los otros pueblos del mundo. Lo beberán como un licor delicioso, y todos morirán. Los mismos impíos de Israel querrán gustar de él, y como los otros perecerán.

El cuarto milagro será otro rocío del que beberán los medianamente justos, y que habiendo gustado del primero, hayan caido enfermos. Este segundo rocío les restituirá la salud.

El quinto milagro será obscurecerse el sol con densas tinieblas sin alumbiar en treinta dias. Entonces muchos cristianos espantados con estos prodigios se convertirán al judaismo.

El sexto milagro será permitir Dios que el imperio romano se extienda por toda la tierra, y que en último lugar domine por nueve meses un príncipe cruel y violento. Entonces se levantará el Mesías de la tribu de José, que será llamado Nehemias, de quien ya se habló. Este congregará junto á sí á todos los Israelitas, y hará la guerra al imperio romano, hará morir al tirano, y destruirá esta monarquía.

El séptimo milagro será un mármol formado desde el principio del mundo por la mano del mismo Dios con la figura de una doncella. Los hombres impíos y brutales se acercarán á esta piedra, y cometerán en ella una deshonestedad abominable, de la que nacerá Armillo, llamado Anticristo por los cristianos: su altura será de diez azas, y un ojo distará del otro un palmo: sus ojos muy hundidos en la cabeza, serán rojos y encendidos; sus cabellos rubios como el oro, y sus pies verdes; y tendrá dos cabezas. Los Romanos lo elegirán por su rey; los cristianos le rendirán homenaje y le presentarán el libro de su ley. Mandará que los Israelitas hagan lo mismo; pero Nehemias, hijo de Uzai, marchará contra él con un ejército de trescientos mil hombres de Efraim; lo dará la batalla, y Nehemias en ella morirá no por manos de hombres, como queda ya dicho. Armillo se avanzará hácia el Egipto, lo subyugará, y comprenderá sujetar también á Jerusalem.

El octavo milagro será sonar la trompeta del arcángel S. Miguel, y dejarse ver repentinamente el verdadero Mesías, hijo de David, acompañado de Elias. Se manifestará á los Israelitas justos que se habrán retirado al desierto; los unirá con todos los judíos que estarán espardidos en todo el mundo, y los conducirá á Jerusalem. Armillo vendrá á atacarlos; pero el fuego del cielo lo destruirá como queda dicho.

El nono milagro será sonar segunda vez la trompeta el arcángel S. Miguel, y á esta voz se abrirán los sepulcros que hay en Jerusalem, y los muertos que haya en ellos resucitarán. El profeta Elias restituirá la vida en particular al justo Nehemias, hijo de Uziel; y todos los reyes del mundo llevarán á Jerusalem como en triunfo en carros y literas á cuantos judíos existan todavía en sus estados.

Por último, el décimo milagro se hará al tercer sonido de la trompeta del arcángel S. Miguel. El Señor entonces hará entrar á los hijos de Israel en el paraíso, en donde serán comidos de toda clase de bienes y placeres, mientras el fuego abrasa y consume toda la tierra, de manera que nada quede para sostentar las demás naciones.

El convite que el Mesías, hijo de David, debe dar á su pueblo congregado en el país de Canaan, es una agradable quimera. Allí pues se servirán los animales mas grandes, los mayores pescados, y las aves mas grandes que hayan sido criadas, y el mas exquisito vino que se haya hecho. Este es el que el mismo Adán hizo en el paraíso terrestre, y que se conserva en sus despensas. Se matará el buey *Behemot*, que es de una grosura tan prodigiosa que diariamente se come el heno de mil montes. No nada de lugar, y la yerba que consume en el día, recrece por las noches para que siempre tenga que pacer. En el principio del mundo mataron la hembra de este buey, para que esta especie no se multiplicara; mas Dios no la saxonó con sal, porque las viandas saladas no tienen la delicadeza bastante para tan espléndido convite. Los Judíos están tan encaprichados en estos desvarios, que muchos de ellos juran por el buey *Behemot*, como por el cielo juran los cristianos.

Tambien se servirá en la mesa el pescado *Leviatan*, cuya grandeza es tal, que de un bocanado se fruga un pescado de trescientas leguas de largo. Cuanta agua tiene el Oceano carga sobre el Leviatan. Dios en el principio del mundo crió dos, un macho y una hembra; pero porque no arruinasen la tierra, ni llenasen el mundo si se multiplicaban, mató Dios la hembra, y la salvó para el banquete de que se trata. El pájaro que deben matar los Israelitas se llama *Bar-Juchne*, y puede juzgarse de su inmenso tamaño por la historia que de él se cuenta. Cayendo cierto día un luevo podrido de su nido, derribó ó hizo pedazos trescientos cedros de los mas altos del Líbano; y habiéndose quebrado finalmente por su peso en su caída, echó por tierra sesenta grandes aldeas, las inundó y les arrastró como podría hacerlo un diluvio. Cuando este pájaro extiende sus alas, ofusca el aire y el sol. No acabaría si quisiera referir todo lo que figen del reinado del pretendido Mesías: lo dicho es mas que suficiente para ridiculizarlos.

La antigüedad de estas tradiciones, por quiméricas que parezcan, se ve notada en el mismo Evangelio. La ridiculez de los judíos no es otra, que haber tomado á la letra lo que los antiguos han entendido en otro sentido. Desde ántes habia expresado Jesucristo la felicidad de la otra vida, y del reinado del Mesías bajo el emblema de un festin, en donde debían gustarse las mayores delicias, y todo el gozo, y placeres imaginables. El mismo Salvador

para acomodarse al gusto de los Hebreos compara su reinado á un gran banquete (1). Hace frecuentes alusiones á las bodas y á la mesa que su Eterno Padre debe presentar á sus escogidos. No destruye la idea de los Judíos; pero sí la rectifica y procura espiritualizarla. Ataca principalmente el error en que estaban los del pueblo, de excluir del reino de Dios, y del banquete del Mesías, á todos los que no eran judíos. Jesucristo les advirtió que vendrían muchísimos extrangeros de todas las partes del mundo, entrarían en la sala del festin, y se sentarian á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob. Agregó un acontecimiento el mas terrible, cual es, que los que habian sido los primeros convidados serán excluidos del banquete, y quedarán fuera en la desesperacion, en la obscuridad y expuestos al frio de la noche.

En la parábola de las diez vírgenes se ve que esperaban en la noche al esposo ó al Mesías (2). S. Gerónimo dice (3) que esto es tradicion constante de los Judíos; y que de ahí ha venido la costumbre entre los cristianos desde el tiempo de los apóstoles de quedarse en la Iglesia en la vigilia de la Pascua hasta la media noche; porque se crea que al fin de los siglos ha de venir á media noche el Señor. Esta persuasion antigua se nota tambien en S. Juan Crisóstomo y en Eutimio (4). Los cristianos lo explican de la segunda venida del Mesías, y los Judíos lo entienden de la primera.

Antes se ha visto el sistema histórico que algunos rabinos han imaginado para conciliar las pretendidas contradicciones que se encuentran en los profetas. He aquí otro sistema inventado y seguido por muchos doctores judíos para explicar las setenta semanas de Daniel (5), despues de las cuales debe venir el Mesías. Comienzan á computar las setenta semanas desde la destruccion del templo de Jerusalem por los Caldeos; y desde esta desgracia hasta la destruccion de Jerusalem por Tito (6) ponen cuatrocientos y noventa años. Suponen dos unguidos ó dos Mesías: el primero que era Ciro, vino en la séptima semana, Agrippa II. que era el otro, fué muerto en el último sitio de Jerusalem; despues de esto el *comandante*, es decir, Tito, destruyó la santa ciudad, cuya desolucion debe durar en su concepto, hasta la guerra de Gog y Magog, en la que todos los enemigos de la nacion serán exterminados por el Mesías. Así es como piensan Salomon Jarqui y Abravanel, á quienes siguen los principales rabinos. Otros sostienen que el primer unguido era el gran sacerdote Josué, contemporáneo de Esdras; otros que era Zorobabel ó Nehemias.

Pero estos sistemas de cualquier modo que se tomen son indefensables. 1.º El principio de las setenta semanas se toma desde el edicto que permitió el restablecimiento de Jerusalem (7), y no desde su destruccion. 2.º Los Judíos maliciosamente acortan la monarquía de los Persas, reconociendo en ella solamente cuatro ro-

(1) Véase á Matth. viii. 11. 12. xiii. 2. Luc. xvi. 16. Apoc. xiv. 9. (2) Matth. xvi. 1. et seq. (3) Hier. in Matth. xvi. 8. (4) Ibid. (5) Dan. ix. 24. et seq. (6) Véase á Bazarne, Hist. de los Judíos, l. vi. c. 22. (7) Dan. ix. 25. Ab exitu regni usque ad iterum edificatum Jerusalem, usque ad Christum ducent, hebdomadas septem, etc.

yes; siendo cierto que hubo lo menos trece (1). 3.º Es falso que Tito hubiera dado muerte en Roma á Agrippa II. y á su hijo el año en que se tomó á Jerusalem, como pretenden los Judios, pues este Agrippa no tuvo hijos, y consta indubitablemente por las medallas, que aun vivia el año décimocuarto de Domiciano, que fué muy posterior á la toma de Jerusalem.

IX. Una de las cosas que mas escandalizan á los Judios es la cualidad de *Dios*, que reconocemos en el Mesias. El reconocer, dicen, un hombre Dios, es forjar un monstruo, un centauro y un compuesto de dos naturalezas incombustibles (2); que los profetas muy lejos de enseñar que el Mesias sea hombre Dios, admiten expresamente distincion entre Dios y el Mesias. El uno es el maestro y el otro el criado. El Mesias es llamado *David*, y al mismo tiempo *servidor*. Razones débiles. El Mesias puede designarse bajo el nombre de *David*, porque este era figura del Mesias, y en hebreo el nombre *David* significa *muy amado*; que es uno de los principales caracteres del Mesias. Dios es distinto de David, y si se quiere tambien del Mesias. Esto en nada se opone á nuestra fe. Jesucristo siendo Dios y hombre, es á un mismo tiempo igual y consubstancial á su Padre segun la divinidad, y siervo de Dios su Padre segun su humanidad: el mismo testifica ambas verdades. A mas de esto, puede marcarse mas claramente la divinidad del Mesias de lo que lo hace Isaias cuando dice: *El hijo que nos ha nacido será llamado Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre de la eternidad, Principe de la paz* (3); y cuando anuncia que este hijo tambien será conocido con el nombre EMMANUEL (4), que es decir, Dios con nosotros! Jeremias no predice tambien que el Mesias sera llamado *el Señor*, (literalmente *JEHOVA*) que es nuestra justicia (5)! Este inefable nombre puede aplicarse á quien no sea Dios! No está escrito tambien: *Tu trono, ó Dios, será un trono eterno... (O Dios) tu Dios te ha ungió con aceite de alegría, con entera preferencia sobre cuantos participan de tu gloria* (6)! Si el Mesias no debiera ser Dios, podría Dios decirle: *Tu eres mi hijo, yo te engendré hoy* (7). Y David le diria: *El Señor dijo á mi Señor: Siéntate á mi diestra* (8)?

Sin embargo, muchos juzgan que aun los Judios contemporáneos de Jesucristo no conocian que el Mesias debia ser Dios. Las profecias son claras, pero se supone que la preocupacion los tonia obsecrados. El mismo Jesucristo por consideracion á ellos no les descubria claramente su divinidad. Quería, dice S. Juan Crisostomo (9), acostumbrarlos insensiblemente á creer un misterio tan superior á su alcance. Cuando los convence con el oráculo de David (10), quedan en silencio sin tener que responder; pero subsi-

(1) Cirio, Cambises, Smerdis el mago, Darío hijo de Histaspes, Sardanapal, Artajerjes Longimano, Jerjes II, Sogdia, Darío Neta, Artajerjes Maumon, Artajerjes Oco, Arses, Darío Codomano. (2) *Judei Luciani quæstione 23. ad Christianos, quæst. 1. i. 4.* (3) *Is. ix. 6.* (4) *Is. vi. 14.* (5) *Jer. xxiii. 6. xxiii. 26. Dominus justus noster.* (Hebr. *Jehova justitia nostra.*) (6) *Ps. xlv. 7. 8.* (7) *Ps. ii. 7.* (8) *Ps. cix. 1.* (9) *Chrys. in Matth.* El autor de la obra imperfecta sobre San Mateo, dice al contrario, que á San Mateo no le pareció oportuno hablar en el principio de su evangelio de la divinidad de Jesucristo, porque escribia para los Judios, que estaban bien persuadidos de la de su Mesias. *Hon. l. incito.* (10) *Matth. xxii. 43. et seqq. Ps. cx. 1.*

te la preocupacion y no se conoce la verdad, aunque no se atreven á negarla. Si Jesucristo tomando la autoridad de un Dios perdona los pecados (1), este hecho subleva á los mas de los que son testigos. No son suficientes los milagros mas evidentes para persuadir al comun de los judios la divinidad de Jesucristo; y cuando en el tribunal del gran sacerdote confiesa que es Dios (2), el pontifice rasga sus vestiduras, dando á entender que ha oido una blasfemia. Los apóstoles mismos preguntados sobre el concepto que de su maestro tenia el pueblo, responden, que unos lo tienen por Elias y otros por Jeremias ó algun otro profeta. Fue necesaria una revelacion para que S. Pedro conociera que Jesucristo era Hijo de Dios vivo (3).

Pero aunque los mas de los Judios no tuvieran un claro conocimiento de todas las cualidades propias del Mesias, no puede sin embargo decirse, que no tuvieran alguna idea de su divinidad. Despues de las profecias que acaban de referirse, no pueden dudar los doctores de la nacion de la divinidad del Mesias; y es creible que tambien el pueblo la reconoce, aunque de un modo mas obscuro y confuso. Nótese, que la grande repugnancia que ellos tenian en conocer en Jesucristo la cualidad de Dios, provenia de que los mas no lo reconocian por Mesias, sino por un hombre semejante á los otros, ó cuando mas por un profeta. He aquí por qué se escandalizaban cuando lo veian perdonar pecados, y que se atribuia el nombre de Dios. Pero los que lo tenían por verdadero Mesias, no dudaban de su divinidad. No habrian estado tan firmes en esta creencia los apóstoles, si no hubieran estado bien persuadidos y no hubieran creído que la cualidad de Dios era esencial al Mesias. Maria, hermana de Lázaro, reconoció que Jesus todo lo podía, que era Hijo de Dios vivo, y habia venido al mundo (4). El centurion al ver los prodigios que acaecieron en la muerte de Jesucristo, confesó su divinidad (5). S. Pedro tuvo ideas superiores al comun de los judios, y con toda claridad dijo que Jesus era el Cristo Hijo de Dios vivo (6). Santo Tomas despues de haber tocado las llagas de los manos y costado de Jesucristo resucitado, exclamó: *Tú eres mi Señor y mi Dios* (7). S. Juan desde el principio de su evangelio establece esta grande verdad, y en lo restante de él continúa probándola y realzándola. S. Pablo la pone en toda su luz, ó la supone en todas sus epistolas. Todo el Nuevo Testamento está lleno de pruebas de la divinidad del Hijo de Dios. (Por qué insistir tanto sobre una cosa que no era propia mas que para formar nuevas dificultades, si estos escritores no lo hubieran juzgado necesario? Jesucristo ciertamente no habla con afectacion ni sin que sea necesario, y sin embargo frecuentemente repite esta verdad, la prueba y la inculca. No puede pues decirse que no creyeron la divinidad del Mesias los antiguos Judios, ni los del tiempo de Jesucristo; indubitablemente la creyeron; y la envidia fué el único motivo que tuvieron los judios modernos para negársela.

(1) *Luc. vi. 48. 49.* (2) *Matth. xxvi. 64. 65.* (3) *Matth. xvi. 13. 16.* (4) *Jean. 21. 21. 27.* (5) *Matth. xxvii. 54.* (6) *Matth. xvi. 16.* (7) *Jean. xi. 28.*

X.
Variaciones
de los Judi-
os: umbra-
das y contra-
dicciones en
que caen.

Porque es necesario confesar de buena fe, que la religion y creencia de los Judios, varió á medida que se alejó de su origen; los discipulos se desvirtuaron de las sendas de sus padres. Por muy adheridos que hayan estado á sus prácticas antiguas y preocupaciones, y por mas que hayan respetado sus tradiciones, se les puede hacer ver, que se han apartado de ellas aun en asuntos de la mayor importancia. El mismo capricho y tenacidad que los tiene hoy adheridos á sus preocupaciones, los obligó en otro tiempo á desviarse de ellas para oponerse al cristianismo. Prevenidos de la idea de que Jesucristo era un seductor, y su religion una secta destructora de la ley, hicieron cuanto pudieron, á fin de cejar por tierra esta religion, y desuereeditar á su fundador. Una pasion triunfó de la otra, y reuniendo sus fuerzas para mantenerse contra la verdad, no advirtieron que ellos se destruian, y que perdian su autoridad por sus inconstancias y variaciones.

Los profetas habian caracterizado al Mesias con rasgos muy notables y á él solo convenientes. Los antiguos judios no dudaban que fuera este su verdadero retrato. Muchos reconocieron estas divinas senales en la persona de Jesucristo; pero los modernos interesados en negarlo se desvirtuaron así de los profetas como de sus mayores. Si convienen en que los oráculos antiguos hablan del Mesias, dicen los unos: ya vino el Mesias; pero murió ha mucho tiempo; él era Ezequias. Los otros dicen: ya vino, pero está desconocido y oculto entre la multitud. Otros, vendrá, dicen, si Israel guarda el sábado como debe. Vendrá el año seis mil. Otros sin fijar tiempo alguno, vendrá, dicen, algun día tarde ó temprano; si tardare, no hay que perder la esperanza; porque seguramente vendrá. Otros defienden que las profecias que hablan del Mesias están mezcladas con otras tocantes á objetos particulares, y no es posible discernirlas; que en este asunto nada hay seguro en la tradicion de los antiguos, y es inútil atacarlos con las profecias; y que lo primero que debe hacerse es fijar el único y verdadero sentido.

Confiesan que todos los tiempos asignados para la venida del Mesias ya pasaron; y no obstante todavia esperan, y su venida es uno de los artículos fundamentales de su creencia. Diariamente piden á Dios que apresure su venida; y que llegue su tiempo. Creen que únicamente tarda por sus pecados, y que las promesas de su venida son condicionales. Pero para cuándo esperan ver el mundo exento de pecados? Si hasta hoy no se ha podido observar como se debe en solo dia del sábado, ¿se persuaden que lo observarán mejor en lo venidero? ¿Cómo se compone todo esto con lo que ellos enseñan relativo á los tiempos del Mesias (1), en los cuales dicen que los sabios morirán, que olvidarán la ley los mismos que la enseñan; que se aumentará la desvergüenza de los hombres; que el pan y el vino se encarecerán (por la gula, dice la Glosa); que el reino se llenará de hereges sin que se les oponga resistencia; y que el templo se convertirá en un lugar de disolucion? ¿Cómo conciliarse estas ideas de desórdenes y de cor-

(1) Vide Genar. tit. Seta, p. 343; y á Barnage, Hist. de los Judios, l. v. c. 26. art. 3.

rupcion, con la piedad, observancia de las leyes y penitencia, sin venir el Mesias, segun ellos?

Los Judios, para quienes es un insufrible escándalo la cruz de Jesucristo, sus padecimientos y humillaciones, ¿cómo nos dicen que en el tiempo del Mesias habrá desgracias tan grandes, que el rabino Ula exclamaba: *¡Ah! ya viene, mas no le vean mis ojos*; porque huyendo del leon, se cae entre los piés del oso, y es uno pisarlo de la serpiente. Si el Mesias debe ser tan glorioso, ¿cómo le hacen montar sobre una asna, y por qué dicen que será leproso? Debiendo ser su reinado tan floreciente, ¿cómo habrá tantas guerras, enfermedades, pestes y mortandades? ¿qué causa hay para que aquellos diez milagros anteriores á su venida sean en la mayor parte tan danosos y funestos? De seiscientos mil hombres que salieron de Egipto, dos solamente entraron en la tierra de Canaan; y lo mismo acaecerá en el tiempo del Mesias, dice el rabino Rabba. ¿Y ese tiempo es el que debe desear Israel?

Por otra parte, esperan en el Mesias victorias, una brillante prosperidad, inmortalidad, ó cuando menos un reinado muy largo y feliz: le atribuyen siete nombres gloriosos, *el Eterno, nuestra Justicia, el German, el Esplendor, el Consolador, Eli, Silo*, y al mismo tiempo suprimen los nombres de *Emanuel, de Justo, de Dios, de Admirable, de Consejero, de Padre del siglo futuro, de Sacerdote eterno*, y tantos otros que le da la Escritura. ¿Cómo conciliar tantas contradicciones en sus principios? ¿cómo conciliarlas y unir las en un por hombre cual debe ser el Mesias segun lo esperan?

No hay en las Escrituras cosa más claramente marcada que la conversion de los gentiles cuando venga el Mesias. Por esto es llamado por Ageo, *el Diosado de todas las naciones* (1); y por Jacob, *la Esperanza de las naciones* (2). Pero el odio y envidia de los Judios los ha hecho imaginar un Mesias exterminador de todas las naciones; que su venida no tiene otro fin que procurar el bien de los Judios, el restablecimiento del cetro de Judá, la reedificacion de Jerusalem y del templo, la sensible y temporal prosperidad de los Judios y la exclusion de todos los gentiles. Entonces, dicen, el Mesias reunirá los Hebreos de todas las partes del mundo, donde se hallan dispersos, resucitará los muertos, reedificará el templo segun el modelo que dió á Ezequiel (3), el imperio de Israel se extenderá del uno al otro mar, y hasta las últimas partes del mundo. El Mesias hará perecer á todos los enemigos de Israel, y particularmente á los cristianos. Reedificará con piedras preciosas á Jerusalem, y allí no habrá plagas ni enfermedades: los Israelitas vivirán tanto tiempo como la encina ó otro árbol, es decir, algunos centenares de años cuando ménos, como sucedia antes del diluvio; de manera que muriendo un hombre de cien años, será llorado como arrebatado en la flor de su juventud; á esto aplican aquellas palabras de Isaias *Puer centum annorum morietur, et peccator centum annorum maledictus erit: secundum enim dies ligni erunt dies populi mei* [4]. Dios se manifestará cara á cara á su pueblo, y le quitará la inclinacion del corazón á lo malo, la codicia y las maldadas propensiones naturales. Todo esto, como se ve, es favorable solamente á los Hebreos, y de ningun modo á los gentiles.

(1) Agg. ii. 8. (2) Gen. xxix. 10. (3) Ezech. xli. et seqq. (4) Is. lxx. 20. 22.

XI.
Refutación
del sistema
de Abravanel.

Abravanel (1) nos da diez caracteres del Mesías, que aunque son mejor imaginados que los de los otros rabinos, nos dejan sin embargo mucho que desear. Siempre se advierte en ellos el espíritu de ficción y la tenacidad propia de un Judío. El primero de estos caracteres es, que el Mesías será del linaje de Isaías y de la casa de David. 2.º Restablecerá la profecía que cesó en Israel desde la destrucción del segundo templo por los Romanos. 3.º Que debe ser el más sabio de los hombres. 4.º Que será moderado y dueño de sus pasiones. 5.º Que será rey justo, que se atraxerá el amor y la admiración de sus pueblos. 6.º Que obrará frecuentes milagros, y dará la muerte con el soplo de su boca; las serpientes, los leones y el fuego del cielo serán los ministros de su venganza. 7.º La paz estará tan establecida en el mundo, que todos los días serán como otros tantos días del sábado. 8.º Las naciones infieles y los reyes se someterán á su imperio. 9.º Las diez tribus volverán de su dispersión, y se mirarán cuando venga el Mesías. 10.º Para facilitar su regreso, separará las aguas del Eufrates, como separó Moisés las del mar Rojo.

Esta última promesa está fundada en algunas expresiones de los profetas, que hablando de la vuelta de los Hebreos de la cautividad de Babilonia, han dicho en un sentido figurado que el Señor les abrirá camino al través del Eufrates (2); cosa que jamás se ha cumplido á la letra, ni debe esperarse que literalmente se verifique. A mas de esto, ¿qué seguridad tiene Abravanel de estar todavía las diez tribus de la otra parte del Eufrates? ¿en qué país, ó reino permanecen ocultas? Nosotros estamos persuadidos de haber probado demostrativamente (3) que volverán con las de Benjamín y Judá, no á un mismo tiempo ni todas de una vez, sino en diversas veces; y que si quedan algunos Israelitas mas allá del Eufrates, estos ciertamente no son las diez tribus (4).

Por último, ¿qué seguridad nos ofrece este rabino para predecir con tanta precisión el estado del reinado temporal de su pretendido Mesías? Es cosa muy fácil dar sentencia cuando se habla de un tiempo desconocido y muy distante, cuyas noticias ni o alcanzamos. Las aplicaciones que los Judíos hacen de las profecías al reinado del Mesías sobre la tierra, estan contestadas por los Cristianos; y así no tienen derecho para suponer sin prueba lo que entre ellos y nosotros se cuestiona. Mas para la aplicación que hacemos al reinado espiritual de Jesucristo, no presentamos sino pruebas incontestables. Los padres y doctores antiguos reconocen que las profecías que aplicamos á Jesucristo convienen al Mesías; los Judíos confiesan que Jesucristo ya vino; y si procedieran de buena fe, no podrían ménos que recibir nuestros Evangelios, á lo ménos como historias auténticas. Para probarles pues lo que pretendemos, ninguna otra cosa mas les pedimos que lean sin preocupación la historia de Jesucristo; y bien pronto reconocerán que él es la esperanza de Israel.

XII.
Vidas falsas

Pero no solamente proceden inicuamente con nuestros escritores, sino que con injusticia y mala fe forjan historias monstruosas de la vida

(1) *Abravanel in Is. lxx. et Joan. Prædictum. Dissertationes duæ de caracterib. Messie. Item, Bænage. Hist. de los Judios, l. vi. c. 26. n. 12. (2) Isai. xl. 15. 16. xlv. 27. l. 2. (3) *Dissertation sobre la vuelta de las diez tribus, al principio del libro de Ezequiel, tom. xv. (4) *Dissertation sobre el país donde fueron transportadas las diez tribus. (Está á continuación de los dos últimos libros de los Reyes, tom. vi).***

de Jesucristo. Los padres (1) nos enseñan, que desde el nacimiento del cristianismo, los Judíos enviaban por todas partes emisarios para desheredar á Jesucristo y hacer que se creyera que sus discípulos eran unos impostores, que despues de haber robado su cuerpo del sepulcro, publicaban que habia resucitado. Desde ese tiempo se atrevieron á escribir (2) que un cierto hombre llamado *Pandera*, viviendo en Belen, se enamoró de una jóven peimadora que habia estado casada con Jocanan, la sedujo, tuvo en ella un hijo llamado *Jesua* ó *Jesus*, y se vio obligado á huir y retirarse á Babilonia. El jóven *Jesus* habiendo sido enviado á las escuelas, tuvo la insolencia de levantar la cabeza y descubrirse en presencia de los sacrificadores, debiendo segun la costumbre, tener ante ellos el rostro y la cabeza cubierta con un velo. Esta osadía dió motivo á que se examinara su nacimiento, y se halló ser impuro.

Habiendo ido á Jerusalem, resolvió tomar el nombre de Dios *Jehovah*. Entró al interior del templo, y se hizo una abertura en el muro, en el que oculto bajo la piel este sagrado nombre. Por este artificio quedó seguro de dos leones de metal que se habian formado por arte mágica, y que estaban á los dos lados de la puerta del templo para guardar la entrada, é impedir que se robaran el nombre de Dios. Rágian con voz tan fuerte ambos leones, que hacian perder la memoria á los que los oían. *Jesus* frustró su vigilancia con el artificio ya dicho. Primeramente vino á Belen lugar de su nacimiento, en donde resucitó á un muerto y sanó un leproso. Los pueblos atraídos por la fama de estos milagros, lo condujeron como en triunfo á Jerusalem montado sobre un asno.

La reina Helena y su hijo Mombas ó Hircano reinaban entonces en Jerusalem. Acusado *Jesus* por los sacerdotes, se vio obligado á presentarse ante la reina; pero supo ganarla con nuevos milagros. Los sacrificadores admirados, se juntaron para deliberar sobre los medios de prenderlo. Uno de ellos llamado Judas, se ofreció á ejecutarlo, con tal que se le permitiera tomar el nombre de *Jehovah*, y que no se le imputara el pecado que en esto se cometa. Lo tomó, y vino á atacar á *Jesus*. Ambos se elevaron en el aire, pronunciando este nombre. Judas se esforzó en vano para derribar á su contrario, y no pudo conseguirlo sino despues de haber echado agua sobre él. Entonces cayeron uno y otro, porque ambos estaban manchados. *Jesus* corrió prontamente á lavarse en el Jordán, y repitió nuevos milagros. Judas no pudiendo excederle en esto, se adscribió en el número de sus discípulos; supo la manera en que vivía, y lo reveló á los sabios. En cierto dia, como *Jesus* debía venir al templo, quedó preso con muchos de sus discípulos, y fué atado á una columna de mármol que habia en la ciudad. Allí fué azotado, despues coronado de espinas, y teniendo sed, le dieron vinagre á beber. Por último, habiéndolo condenado á muerte el Sanhedrin, fué apedreado.

Despues se le quiso suspender en un madero como era costumbre; pero este se rompió, porque *Jesus*, previendo la manera de su muerte, lo encantó pronunciando el nombre *Jehovah*. Judas in-

do Jesucristo
forjadas por
los Judios, y
líneas de es-
critura hebrea
los y mon-
struosas.

(1) *Euseb. in Is. xxv. l. Hist. J. Constant. in ep. ad Rom. (2) *Talesdo Jesu, publicado por M. Vagenel, t. 3. de su obra intitulada, *Tela Ignea, etc.***

utilizó esta precaucion sacando de su parin una col grande en la que lo ato; pero temiendo que se lo robaran sus discipulos, y publicaran que habia resucitado, lo sacó del sepulcro, y lo enterró en la hondura de un arroyo, de donde habia desviado el agua, hasta que se hizo la fosa y se llenó. Mas como no se le halló en el sepulcro, se dijo que habia resucitado. La reina Helena lo creyó, y declaró que era Hijo de Dios. Pero Judas para confundir á los que lo seguian, presentó el cadáver; lo ataron á la cola de un caballo, lo arrastraron ante el palacio de la reina, y le arrancaron los cabellos; por cuyo motivo los monges se rustran; y se irritaron tanto por esta ignominia los Nazarenos, que formaron un cisma con los Judios.

Esta historia ridicula se lee en un libro que tiene por título *Sepher Tholedoth Jesu*, y se publicó por Mr. Vagenseil. Este título que significa *Liber generationis Jesu*, es una imitacion del título del Evangelio de S. Mateo; *Liber generationis Jesu Christi*, Libro de la genealogía de Jesucristo. El autor da por rey y por reina en Jerusalem en tiempo de Jesucristo á Helena y á Mombas, personas que jamas han existido. En esto se ve claramente que tenia alguna nocion confusa de Helena, reina de los Adabemianos, y de Izates ó Monobase su hijo, que llegaron á Jerusalem poco tiempo despues de la muerte de nuestro Señor. Los Judios hacen nacer á Jesucristo en tiempo de Alejandro Jannée; y esta reina Helena no entró á Jerusalem sino mas de ciento y cincuenta años despues, bajo el imperio de Claudio.

Hay otro libro intitulado tambien *Tholedoth Jesu*, publicado por Mr. Huldric en 1705. Este se acerca mas al Evangelio; pero comete anaerismos y defectos indefensables. Pone el nacimiento y la muerte de Jesucristo en tiempo de Heródes el Grande; quiere que fuera este principe á quien se dirigieron las quejas sobre el adulterio de Panter y Maria madre de Jesus; y que consiguiente á esto irritado Heródes por la fuga de Panter, se pasó á Belen, y allí mató á todos los niños. Hace sea el preceptor de Jesus Josué hijo de Peraqui, que estudió en tiempo de Akiba; pero este no vivió sino en tiempo de Adriano, mas de cien años despues de la muerte de Jesucristo.

El autor que toma el nombre de Jonatan, contemporaneo de Jesucristo, y que vivió en Jerusalem, dice que Heródes el Grande consultó sobre el hecho de Jesucristo á los señadores de Vornes, habitantes de Cesarea. ¡Qué ignorancia tan extraña! Refiere que Heródes y su hijo hicieron guerra á los discipulos de Jesus que se habian retirado á un desierto de Judea, en donde estaba la villa de Hai, y que adoraban á Jesus y á su imagen, como tambien á la de Maria su madre. Estos habitantes pidieron auxilio al rey de Cesarea contra Heródes el hijo. ¿Quién es este rey de Cesarea del tiempo de Heródes el hijo? ¿Es algun rey de Alemania ó de Palestina? Porque la historia nada nos dice.

Las contradicciones que se advierten en estas dos historias de Jesucristo compuestas por los Judios son tambien una prueba de su falsedad. Porque la de Vagenseil dice que la impureza del nacimiento de Jesucristo fué descubierta por los sacerdotes; y la de Hul-

dric dice que por Heródes y despues por Akiba, quien con un juramento fraudulento hecho sin intencion supo sacar este secreto del corazon de Maria madre de Jesus; y añade que Jesus se rasuró despues que Akiba reveló su nacimiento; y que en venganza se ocupó en enseñar una malvada doctrina. La historia de Vagenseil nada de esto dice; pero hace á Jesus un magico ó un hombre que obraba milagros por el nombre de Dios que se habia robado. La historia de Huldric refiere que estando determinado hacer morir á Jesus, conquistaron á su huésped, y este le dió un vino misturado, con el cual olvidó el nombre infame, sin cuya diligencia no se habria podido prenderlo. Tambien se prescribió á Jerusalem un ayuno extraordinario, tomándose por pretexto las guerras que los infieles hacian á Israel; mas el verdadero motivo era pedir á Dios que los librase de Jesus, quien despues de haber comido y bebido con sus discipulos del vino mezclado el día de las prophecias, quedó hecho prisionero; pero el rey dió su castigo hasta la festividad de la Pascua. En esta expectativa avisó á todas partes que si habia alguno que quisiera encargarse de su defensa se presentara al consejo. Se consultó al sanhedrin de Vornes, y se determinó que era necesario volver á encerrarlo, y alimentarlo en lugar de condenarlo á muerte. Pero el rey despreció esta resolucion, y lo fijaron en el madero. Todo el mundo sabe que cuando Jesus fué preso y condenado á muerte no habia rey en Jerusalem; pero en nada reparan los Judios cuando se trata de injuriar á los cristianos. La otra historia publicada por Vagenseil refiere la prision de Jesus inmediatamente despues de la festividad de la Pascua por una tropa armada, que mató algunos de los discipulos, é hizo que otros se retiraran á los montes; y dice que el sanhedrin lo condenó á ser apedreado del modo que ya se dijo antes.

Seria perder el tiempo el entretenerse en exagerar aquí los defectos de estas historias ridiculas. Los que quieran ver su refutacion pueden consultar á los autores que la han publicado, y leerlas integras, ó solamente el compendio que formó Mr. Bannage (1), y la impugnacion que las agregó. Nosotros quedáramos contentos con hacer algunas reflexiones generales sobre la idea que han concebido los Judios del Mesias, sobre los caracteres que le aplican, y sobre las calumnias que han divulgado contra Jesucristo. En solo esto tenemos con que convencerlos de obstinados, infieles y mentirosos.

Si los caracteres del Mesias son equívocos, y si el tiempo marcado para su venida ya pasó, por confesion de ellos mismos, ¿cómo puede ser el día de hoy su esperanza? Si las promesas de su venida son condicionales y dependen de la fidelidad del pueblo y de su penitencia, ¿qué seguridad tienen de que vendrá alguna vez? O sus mayores estan engañados en la idea que tienen del Mesias, y en la aplicación que hacen de los oráculos de los profetas; ó los Judios modernos se engañan en los caracteres que le atribuyen, y en la idea que de él se forman. La variedad y diversidad de opi-

XIII.
Reflexiones sobre el concepto que los Judios se han formado del Mesias, y sobre la vanidad sistemática de las pruebas que dan.

(1) Bannage, Hist. de los Judios, l. vi. c. 22.
TOM. XII.

niones en un artículo de tanta consecuencia no son una prueba de su reprobacion y ceguera? No saben lo que aguardan; y ellos ó sus padres yerran. Si sus principios son verdaderos, nada valen los vaticinios; mas si son falsos, Jesucristo es el Mesías.

La malicia y la ignorancia son los dos principios de donde se originan sus descarrios. Toda esta Disertacion nos prueba la ignorancia de sus gefes, que á cada paso se descubre, pues no citan una circunstancia ó artículo de la antigua historia que no alteren, ó no le den un falso sentido, y en las historias que publican de Jesucristo se manifiesta su insigne malicia y su mala fe. Los hombres mas groseros, á ménos que tengan corrompido su corazon, y enteramente ofuscado su entendimiento, no son capaces de creer semejantes embustes. El endurecimiento y la incredulidad son los naturalísimos efectos de su ignorancia y malicia. ¿Cuál será el medio de dirigir á estas gentes que no tienen ni rectitud, ni buena fe, ni noticias? ¿Como convencerlos, si las pruebas mas claras no los persuaden, ni los mas grandes absurdos les chocan? La confusion de los sucesos, los mayores anacronismos, las falsedades mas palpables, las circunstancias mas incompatibles, y las fábulas pésimamente concertadas, pasan entre ellos como historias verdaderas. Con sus malvadas interpretaciones corrompen los pasages mas evidentes de la Escritura, y abandonan las explicaciones mas sencillas y naturales. Si la autoridad de los antiguos los ataca, se desvian de ella. Basta que algún lugar parezca favorecerlos para que duden de él, y se aparten de su verdadero sentido.

Cuanto contiene este escrito es una prueba muy clara de que esta nacion infeliz todavia tiene un grueso velo sobre su corazon (1), y que toda su religion no es hoy otra cosa, que tenacidad y capricho. Bien mirado, no esperan al verdadero Mesías, ni tienen una idea clara de él. Su creencia está enteramente corrompida, y su esperanza toda es terrena y carnal. Incapaces de elevarse á sentimientos espirituales, se forjan la idea de un reinado del Mesías casi semejante al paraíso de Mahoma. Abrídes, ó Señor, los ojos, y vean la luz que por todos lados los rodear, quítales el corazon de piedra, y dadles un corazon de carne. Amen, amen. Fiat, fiat.

(1) 2. Cor. iii. 15.

DISERTACION

SOBRE

LOS FALSOS MESIAS

QUE DESPUES DE JESUCRISTO HAN APARECIDO.

EL hombre, naturalmente enemigo de la mentira, del fraude y de la impostura, ama sumamente la verdad, rectitud y sinceridad. Si se complace en la fábula, en la exageracion y alegria que encierran algo de falsedad, es porque bajo la superficie de la ficcion contienen alguna verdad oculta que le es agradable. Aun cuando nos dejamos sorprender del error y de la grosera impostura, creemos percibir allí mismo la verdad. En una palabra, ni lo falso como falso, ni el error como tal es capaz de agradarnos.

¿De dónde pues viene que se engañen los hombres con tanta frecuencia, y que en todos tiempos haya habido tantos seductores, impostores y fraudulentos que hayan tenido secuaces y crédulos? Esto sin duda debe atribuirse á la precipitacion á la ligereza y presuncion de los que han deseado ser engañados, y que lisonjados de alguna pasion secreta, les ha parecido bien entregarse al error.

Desde que los Judios no vieron en Jesucristo al Mesías que les estaba prometido y que esperaban; desde que se escandalizaron por sus humillaciones y padecimientos, sin embargo de ser estos el caracter mas notable del libertador prometido, pues que no quisieron reconocerlo por su libertador, aunque lo veian desempeñar todos sus deberes, y manifestarse en su persona todas las señales; con su resistencia tenaz y con su constante incredulidad, se atrajeron los efectos de la cólera del Señor, y fueron abandonados á un sentido réprobo, de manera que en medio de la luz mas viva, quedaron como los ciegos que en vano buscan la claridad en la mitad del dia.

Entregados al poder de los gentiles, y reducidos á vivir en todas partes en la opresion, abatimiento y desprecio, han esperado siempre la venida de un libertador, que por fin los sacara de esta condicion infeliz; y por eso están mas dispuestos para dejarse seducir por las lisonjeras esperanzas de una pronta libertad; y así vemos que en todos tiempos han sido el juguete de los falsos mesías y de los impostores que ha habido entre ellos.

Jesucristo conocia su debilidad en este punto, y precavió á sus discípulos contra los Cristos y profetas falsos que despues de él aparecerian. Muchos, les dijo, vendrán bajo mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán á muchos. Volvió á decirles: Se levantarán muchos falsos profetas y seducirán á muchos. Y aun añadió: Se levanta-

I.
Por que siendo el hombre enemigo de la mentira y del error, se deja llevar del fraude y del engaño.

II.
Los Judios mas dispuestos que otros para dejarse seducir, fueron facilmente engañados por los falsos Mesías, que aparecieron despues de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

niones en un artículo de tanta consecuencia no son una prueba de su reprobacion y ceguera? No saben lo que aguardan; y ellos ó sus padres yerran. Si sus principios son verdaderos, nada valen los vaticinios; mas si son falsos, Jesucristo es el Mesías.

La malicia y la ignorancia son los dos principios de donde se originan sus descarrios. Toda esta Disertacion nos prueba la ignorancia de sus gefes, que á cada paso se descubre, pues no citan una circunstancia ó artículo de la antigua historia que no alteren, ó no le den un falso sentido, y en las historias que publican de Jesucristo se manifiesta su insigne malicia y su mala fe. Los hombres mas groseros, á ménos que tengan corrompido su corazon, y enteramente ofuscado su entendimiento, no son capaces de creer semejantes embustes. El endurecimiento y la incredulidad son los naturalísimos efectos de su ignorancia y malicia. ¿Cuál será el medio de dirigir á estas gentes que no tienen ni rectitud, ni buena fe, ni noticias? ¿Como convencerlos, si las pruebas mas claras no los persuaden, ni los mas grandes absurdos les chocan? La confusion de los sucesos, los mayores anacronismos, las falsedades mas palpables, las circunstancias mas incompatibles, y las fábulas pésimamente concertadas, pasan entre ellos como historias verdaderas. Con sus malvadas interpretaciones corrompen los pasages mas evidentes de la Escritura, y abandonan las explicaciones mas sencillas y naturales. Si la autoridad de los antiguos los ataca, se desvian de ella. Basta que algún lugar parezca favorecerlos para que duden de él, y se aparten de su verdadero sentido.

Cuanto contiene este escrito es una prueba muy clara de que esta nacion infeliz todavia tiene un grueso velo sobre su corazon (1), y que toda su religion no es hoy otra cosa, que tenacidad y capricho. Bien mirado, no esperan al verdadero Mesías, ni tienen una idea clara de él. Su creencia está enteramente corrompida, y su esperanza toda es terrena y carnal. Incapaces de elevarse á sentimientos espirituales, se forjan la idea de un reinado del Mesías casi semejante al paraíso de Mahoma. Abrídes, ó Señor, los ojos, y vean la luz que por todos lados los rodear, quítales el corazon de piedra, y dadles un corazon de carne. Amen, amen. Fiat, fiat.

(1) 2. Cor. iii. 15.

DISERTACION

SOBRE

LOS FALSOS MESIAS

QUE DESPUES DE JESUCRISTO HAN APARECIDO.

EL hombre, naturalmente enemigo de la mentira, del fraude y de la impostura, ama sumamente la verdad, rectitud y sinceridad. Si se complace en la fábula, en la exageracion y alegoria que encierran algo de falsedad, es porque bajo la superficie de la ficcion contienen alguna verdad oculta que le es agradable. Aun cuando nos dejamos sorprender del error y de la grosera impostura, creemos percibir allí mismo la verdad. En una palabra, ni lo falso como falso, ni el error como tal es capaz de agradarnos.

¿De dónde pues viene que se engañen los hombres con tanta frecuencia, y que en todos tiempos haya habido tantos seductores, impostores y fraudulentos que hayan tenido secuaces y crédulos? Esto sin duda debe atribuirse á la precipitacion á la ligereza y presuncion de los que han deseado ser engañados, y que lisonjados de alguna pasion secreta, les ha parecido bien entregarse al error.

Desde que los Judios no vieron en Jesucristo al Mesías que les estaba prometido y que esperaban; desde que se escandalizaron por sus humillaciones y padecimientos, sin embargo de ser estos el caracter mas notable del libertador prometido, pues que no quisieron reconocerlo por su libertador, aunque lo veian desempeñar todos sus deberes, y manifestarse en su persona todas las señales; con su resistencia tenaz y con su constante incredulidad, se atrajeron los efectos de la cólera del Señor, y fueron abandonados á un sentido réprobo, de manera que en medio de la luz mas viva, quedaron como los ciegos que en vano buscan la claridad en la mitad del dia.

Entregados al poder de los gentiles, y reducidos á vivir en todas partes en la opresion, abatimiento y desprecio, han esperado siempre la venida de un libertador, que por fin los sacara de esta condicion infeliz; y por eso están mas dispuestos para dejarse seducir por las lisonjeras esperanzas de una pronta libertad; y así vemos que en todos tiempos han sido el juguete de los falsos mesías y de los impostores que ha habido entre ellos.

Jesucristo conocia su debilidad en este punto, y precavió á sus discípulos contra los Cristos y profetas falsos que despues de él aparecerian. Muchos, les dijo, vendrán bajo mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán á muchos. Volvió á decirles: Se levantarán muchos falsos profetas y seducirán á muchos. Y aun añadió: Se levanta-

I.
Por que siendo el hombre enemigo de la mentira y del error, se deja llevar del fraude y del engaño.

II.
Los Judios mas dispuestos que otros para dejarse seducir, fueron facilmente engañados por los falsos Mesías, que aparecieron despues de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

rán muchos Cristos y profetas falsos que obrarán grandes prodigios y estupendas maravillas, capaces de seducir, si fuera posible, aun á los mismos electos (1).

III.
Teodas, im-
pulsor, de
quien habia
Jesús.

El efecto siguió bien pronto á la predicacion. Pocos años despues de la muerte de Jesucristo, un cierto Teodas (2), contemporáneo de Cuspio Fado, gobernador de Judea, quiso pasar por profeta, y engañó á muchos Judios, persuadiéndoles que dejaran sus bienes y lo siguieran hasta el Jordán, prometienoles que pasarian este rio á pie enjuto, como lo hizo en otro tiempo Josué; pero fué preso y muerto con otros muchos que le siguieron. Gamaliel en los Hechos apostólicos (3) habla de otro Teodas que apareció poco antes de la muerte del Salvador, y que danzó á entender que en él habia algo de grande, se arrastró cerca de cuatrocientos hombres; pero fué condenado á muerte, y cuantos lo seguian se dispersaron.

IV.
Impostor egipcio,
de quien se ha-
bia en los
Hechos Ap-
ostólicos.

Dos años despues en Egipto, judío de religion (4), entró en Jerusalem fingiendo ser profeta, y persuadió al pueblo de esta ciudad á que lo siguiera al monte de las Olivas, fingiéndoles con que á su presencia haria caer los muros de Jerusalem, y por la brecha haria que entraran á la ciudad. Otro impostor se llevó consigo al desierto muchísimo pueblo, prometienole una libertad general de toda clase de males.

V.
Judío el gra-
tísimo y sus
discipulos.

Judas el Galileo (5), á quien creemos autor de la secta de los herodianos conocidos en el tiempo de nuestro Salvador (6), los cuales sostenian que los Judios como hijos de Abraham, no debian reconocer otro jefe y señor que á Dios, ni pagar á otros tributo, ni sufrir cargas publicas; este seductor, digo, juntamente con sus hijos, á quienes inspiró estas perniciosas ideas, fué uno de los primeros y principales autores de la rebelion de los Judios contra los Romanos.

VI.
Jonatas, im-
pulsor en la
Cireneica.

Despues de concluida la guerra de los Romanos contra los Judios, (7) un cierto Jonatas, de oficio tejedor, apareció en la Cireneica, y engañó á muchísimos Judios con prestigios que fascinaron sus ojos. Los llevó á los desiertos de la Libia Pentapolitana, á donde el gobernador Cayo los dispersó, y se valió de esto para saquear los tesoros de los más ricos Judios de ese pais.

VII.
Simon mago.

Pero el que dice mayor relacion con nuestro asunto es Simon el mago, que pretendió hacerse pasar por Mesias, y por la grande virtud de Dios. Habiendo ido S. Felipe á predicar á Samaria, convirtió allí muchas personas (8), y entre otras á Simon, á quien bautizó. Este admirado, venia los milagros que Felipe obraba. Habiéndose dirigido á Samaria los apóstoles S. Pedro y S. Juan, con el fin de imponer las manos sobre los nuevos convertidos, y darles el Espiritu Santo, Simon, sorprendido al mirar el efecto sobrenatural de esta imposicion, ofreció dinero á los apóstoles, diciéndoles: Dadme tambien esta facultad, de que reciban al Espiritu Santo aquellas sobre quienes yo imponga las manos. Pero S. Pedro le respondió: Pese rezaca tu y tu dinera, pues has creído que el don de Dios, á precio de plata puede adquirirse: no tienes parte alguna, ni tienes que preten-

der en este ministerio, porque no es recto tu corazón delante de Dios: haz pues penitencia, y pide perdón á Dios de esta culpa. Simon le respondió: Rogad al Señor por mí, para que no me acaezca lo que me habeis dicho.

S. Lucas nos muestra que Simon ejercia la magia en Samaria, ántes que allí hubiera entrado Felipe, y con sus prestigios y encantos tenia seducido al pueblo de esa ciudad, de manera que lo seguian todos desde el mar bajo hasta el mar alto, y decian que él era la gran virtud de Dios. Despues que S. Pedro despreció la plata y la propuesta de vender el don de Dios, Simon se entregó á la magia con mas empeño que nunca; y habiendo dejado á Samaria, recorrió diversas provincias buscando particularmente los lugares á donde no habia predicado Jesucristo, para preocupar en ellos el espíritu de sus moradores.

Estando en Tiro en Fenicia, se hizo allí de una muger pública llamada Helena ó Helena, y llevandola en su compañía á todas partes, decian que era aquella la hermosa Helena cuyo robo causó la guerra de Troya. Entró en Roma en tiempo del emperador Claudio hacia el año 41 de Jesucristo. Algunos antiguos padres (1) llegaron á decir que fué honrado por los Romanos como una divinidad, y que por el senado mismo se mandó levantarle una estatua en la isla de Tiber con esta inscripcion: A Simon el Dios Santo. Sobre esta inscripcion se forman algunas dificultades, y muchos criticos (2) creen que las antiguas se han engañado, y la inscripcion consagrada á Simon Sanco, divinidad pagana, la han juzgado dedicada á Simon mago como santo.

Sea lo que fuere de este hecho particular de la estatua, lo que luy de cierto es, que S. Pedro habiendo llegado á Roma algun tiempo despues de Simon, arruinó allí todo cuanto habia hecho este falso mesias, y se dice que con su oracion lo hizo caer de los aires á donde se habian elevado por su arte magica. Simon, habiéndose quebrado los pies en la caída, fué trasportado á Brindes, donde no pudiendo sobrevivir á su deshoñra, se precipitó desde lo alto de la casa que habitaba, y murió de dolor. Tal se asegura que fué el fin de este falso mesias (3), que de si mismo decia: Yo soy el Verbo de Dios, yo soy la hermanura de Dios, yo soy el Paraclito, soy el Todopoderoso, y soy todo cuanto hay en Dios. Él dió á su Helena el nombre de primera Inteligencia y madre de todas las cosas. Algunas veces la llamaba Minerva, ó Prunice, ó Santo Espiritu. Simon no reconocía á Jesucristo por hijo de Dios, pues pretendia ser el Mesias, y despreciaba la ley de Moises; no creia la salvacion, ni resurreccion de la carne, ni la necesidad de las buenas obras.

Muerto Simon mago, quedó una secta suya por mucho tiempo en la Iglesia; y ojalá que no fuera conocida mas que en el nombre. Hablo de la simonia que en todos tiempos ha condenado á tantos eclesiásticos y seculares.

Bar-cokelas, que apareció en el segundo siglo de la Iglesia, era ménos pernicioso en sus dogmas; pero atrajo sobre los Judios una tempestad tan formidable de parte de los Romanos, y quedó tan amandren-

VIII.
Bar-cokelas
en el segun-
do siglo de la
Iglesia.

(1) Matth. xxiv. 5. 11. et 24.—(2) Joseph. Ant. l. ix. c. 2.—(3) Act. v.—36.
(4) Act. xxi. 37. Joseph. l. xii. c. 4.—(5) Joseph. Ant. l. xviii. c. 1. (6) Matth. xxii. 1. Marc. vi. 6. xii. 13.—(7) Joseph. Ant. vii. de Bello, c. 31.—(8) Act. viii. 5. et seqq.

(1) Justin. Apolog. 2. Irenae. l. i. c. 29. Tertul. Eneh. Cyrill. Aug. Theodor. 4c.—(2) Vide Barren. ad an. 44. §. 25. M. de Tillemon. nota 1. sobre Simon mago.—(3) Hieronym. in Matth. xxiv.

tada esta nacion infeliz, que despues no pudo ya reponerse enteramente. Se dice que *Bar-cokebas* al principio se llamaba *Barcozebah* (1), *hijo de la mentira*; pero habiendo querido erigirse en profeta y en Mesias, cambio de nombre, y se llamo *Bar-kohebah*, *hijo de la estrella*, aludiendo á lo que dice el libro de los Numeros: *Nacerá una estrella en Jacob, y se levantará un cetro en Israel* (2); expresiones que los Judios y los Cristianos aplican al Mesias, quien como una estrella saldrá de Jacob, y como un omnipotente monarca se levantará en medio de Israel. Otros han creído sin embargo que tomó su nombre de la villa de *Cokebah*, situada á la otra parte del Jordan hacia *Astarot-Carnaim*.

Sea lo que fuere, este impostor sostenido por el célebre rabino Akiba, pretendia ser el verdadero Mesias; y para engañar á los sencillos, dicen que se metia estopa encendida en la boca, y parecia que vomitaba fuego. Sedujo á infinitas personas, é hizo morir á muchísimos cristianos, que es lo que principalmente intentaba. Dice Eparciano (3) que el motivo ó pretexto de su rebelion fué haberselo prohibido que circuncidara á sus hijos.

El emperador Adriano envió contra los rebeldes á Juliano Severo, quien habiéndolos atacado separadamente en muchos reencuentros, los batio y debilitó considerablemente, hasta obligarlos en fin á encerrarse en la ciudad de Bitter, por otro nombre *Beter*, ó *Beloren*, que por el norte apenas distaba cuatro millas de Jerusalem. El sitio de esta ciudad fué muy largo y tenaz, y en el murió Bar-cokebas. Dicen los Judios, que habiéndose apoderado de él los Romanos, le despedazaron la piel con garfios de fierro, y le hicieron sufrir los tormentos mas crueles. Es casi increíble el número de Judios que quedaron prisioneros, ó fueron vendidos durante la guerra y despues de ella. Los que no pudieron venderse en las ferias de la Palestina, los llevaron á Egipto, en donde perecieron de hambre y miseria. Acacó esta rebelion de Bar-cokebas hacia el año 118 de Jesucristo.

Los rabinos (4) refieren á su modo la rebelion de Bar-cokebas. Reconocen dos Barcokebas, el abuelo y nieto, rebeldes contra los Romanos. El primero fué electo rey por los Judios en tiempo de Domiciano. Murió en paz en Bitter, capital de su reino, sucediéndolo su hijo llamado *Rufa*, y despues *Rómulo*, por otro nombre *Coziba*, á quien los Judios reconocieron por Mesias. El persiguió á los cristianos convertidos del judaismo, é hizo caer á muchos en la apostasia, obligándolos desde los talmidistas, á circuncidarse de nuevo.

Timón Rufo fué enviado contra él, y despues Julio Severo, que tomó la ciudad de Bitter, é hizo morir al rey y falso mesias *Coziba*. Ellos creían que Adriano vino á Bitter personalmente, y que á *Coziba* lo mataron los mismos Judios, reconociendo por último que no era el mesias, por cuanto no conocia por el olor quien era ó no criminal. Se dice que la matanza fué tan grande en Bitter, que murieron mas Judios que los que sabieron de Egipto. Sobre una sola peña se encontraron los cráneos de trescientos niños, que allí se habian hecho peda-

(1) *Bar-koheba*, hijo de la estrella. Num. xxiv. 17. — (2) *Bar-cokeba*, hijo de la mentira. — (3) *Spartan. in Adriano*, c. 14. — (4) Véase á *Bassage*, continuation de la historia de los Judios, t. II. p. 123. 124. Vide annot. *Josep. de Vostis* in 2. part. c. 2. *Pagnonia fides*.

zos. Aseguran haber destruido Adriano en Palestina hasta cuatrocientas y ochenta sinagogas.

Eusebio y S. Geronimo (1) nos manifiestan que este emperador prohibió con pena de muerte á los Judios la entrada á Jerusalem, é hizo poner guardias en las puertas, para contener á los que allí se presentaran; lo cual se observó por mucho tiempo. Tambien se nota que por profanar los santos lugares, é impedir que los Cristianos fuesen á practicar allí sus ejercicios devotos, mandó Adriano que sobre el lugar donde Jesucristo fué crucificado, se pusiera la estatua de Venus, y sobre el sepulcro la de Adonis; mudó el nombre de Jerusalem en el de *Elia Capitolina*, é hizo, segun se dice, pasar el carro sobre el monte Sion. Helena, madre del gran Constantino, fué la que purgó de estos idolos aquellos lugares santos.

La debilidad á que aquella guerra redujo á los Judios, los tuvo por mucho tiempo abatidos; y no se dice que acordaran reconocer nuevos mesias, hasta el siglo quinto, es decir, hacia el año 434, en el que un impostor nombrado Moises, se levantó en Candia, y á muchísimos Judios los hizo creer que él era su antiguo legislador que descendía del cielo, y encaró de nuevo para procurar á los Judios de Candia una gloriosa libertad, haciéndolos pasar sin peligro al traves del mar á la tierra de promision.

El historiador Socrates (2) dice, que hubo muchos tan locos, que lo creyeron y se arrojaron al mar, confiando que se abririan las aguas, como en otro tiempo bajo Moises lo ejecutaron las del mar Rojo. Hubo un gran número de ahogados; algunos á nado tocaron la orilla, y otros como pudieron se retiraron. El impostor desapareció, y se sospecha que pudo ser un demonio que tomó la figura de hombre para engañar á los Judios.

Esta triste aventura no los hizo mas cuerdos; encaprichados siempre en la esperanza de un Mesias que los sacara de la humillacion, tomaron las armas hacia el año 530 imperando Justiniano, y se pusieron bajo la conducta de un falso Mesias llamado *Juliano*, el que prometia á sus secuaces librarlos á fuerza de armas y oprimiendo á los Cristianos. El emperador Justiniano hizo marchar tropas contra él; Juliano fué aprehendido y condenado á muerte, y su partido desapareció muy luego.

Por muchos siglos alimentó la España á muchos Judios; á principios del siglo octavo, es decir, en 714 (3), un falso mesias llamado *Sereno*, prometió á los Judios españoles llevarlos á Palestina, donde debia establecer su imperio. Muchos creyeron al nuevo mesias, dejaron su patria y bienes, y lo siguieron. Pero bien pronto advirtieron sus embustes, y tuvieron lugar de arrepentirse de su vana credulidad. En 721 (4) apareció un nuevo Mesias que engañó á los Judios, llamandose el Mesias hijo de Dios.

El siglo doce fué el mas fecundo que hemos conocido en impostores y falsos mesias (5). Es facil que la tradicion antigua, que daba solo mil años al reinado del Mesias en la tierra, haya contribuido á que se hubieran aparecido tantos falsos mesias, persuadién-

(1) *Faseb Liv. c. 6. Hist. Eccles. Hieronym. in Isai. vi.* (2) *Socrat. Hist. eccles. lib. II. cap. 8.* — (3) *Marco, Hist. de Boarn. año 714.* — (4) *Ho. 77. Hist. eccl. t. 9. l. xii. n. 42.* — (5) *Bassage, Hist. de los Judios, t. 3. c. 7.*

IX.
Moises, falso
Mesias en
Candia en
434.

X.
Juliano, falso
Mesias hacia
el año
530.

XI.
Sereno, falso
Mesias en
España en
714.

XII.
Falso Mesias
en Francia
hacia el año
1137.

dose que pasados ya los mil años, podrian con mas facilidad acreditarse; como si el que hasta entónces se habia estimado verdadero Mesias, conviene á saber Jesucristo, ya no lo fuera verdaderamente, y debiera esperarse otro nuevo. Sea lo que fuere, todos convienen en que no se ha visto siglo mas abundante de falsos mesias que el siglo doce.

Remando Luis el Joven apareció uno en Francia, cuyo nombre y patria se ignora. Lo que únicamente se sabe es, que fué preso y condenado á muerte hácia el año 1137, y que en Francia se echaron por tierra muchísimas sinagogas.

En Persia apareció otro falso mesias en 1138; juntó un numeroso ejército, y se atrevió á presentarle la batalla al rey de Persia. Este príncipe intimidado á los Judios de sus estados, y los obligó á que denunciaran al impostor que dejara las armas. El falso mesias no quiso obedecer, diciendo que nada tenia; que muy breve se vería que no habia tomado las armas temerariamente; y que el suceso responderia de su mision. Pero movido de los ruegos de las madres, cuyos hijos estaban postrados en su presencia, prometió deponer las armas, con tal que el rey satisficiera los gastos de la guerra, y le permitiera conducir sus tropas á un lugar de seguridad. El rey de Persia aceptó la propuesta; mas no bien fué desarmado el impostor, cuando el rey obligó á los Judios que le pagaran el dinero que él habia desembolsado.

Apareció otro falso mesias en Moravia. Se dice que tenia el secreto de hacerse invisible, y que fascinaba los ojos de los que le seguian. Llamábase *David Almuser*, y lo seguian en tropas como á un hombre milagroso. El soberano del pais temiendo una rebelion general de los Judios, ofreció la vida al pretendido Mesias, si queria entregárselo, lo cual se verificó.

Pero luego que fué asegurada su persona, se le encerró en una prision. Dicen los historiadores que se escapó por virtud de su arte; y en vano quisieron seguirlo, pues no pudieron aprehenderlo. Desapareció al momento que se creia que la mano lo atrapaba. El rey personalmente lo persiguió; por algunos momentos lo descubrió, pero no pudo apresarlo. Cansado de perseguirlo notificó á los Judios, que entónces habia muchísimos en Moravia, que quedaban responsables por su gefe, y lo siguieron tan de cerca, que por último se apoderaron de él y lo pusieron en prision. Nada le valió el pretender fascinar los ojos de los que lo custodiaban, pues no pudo escapar de la mano del verdugo.

Maimonides (1) habla de otro falso Mesias que apareció en 1157: era español natural de Cordova, y estaba sostenido por un doctor del pais, que compuso un libro con el fin de probar por el movimiento de los astros, que estaba cercana la venida del Mesias; y aunque los hombres *justos y sabios de su nacion* lo calificaron de loco, muchísimos escucharon y siguieron al impostor. No se nos dice cómo terminó esta escena; pero probablemente concluyó con la muerte del falso Mesias.

Otro visionario anunció diez años despues que el Mesias vendria dentro de un año. La predicción salió falsa; y esto fué un nuevo

XIII.
Falso Mesias en Persia en el año 1138.

XIV.
David Almuser, falso Mesias en Moravia.

XV.
Falso Mesias en España en 1157.

origen de males contra este pueblo crédulo, que se vió expuesto á una nueva persecucion.

En 1157 un Arabe persuadió á los Judios que venia enviado por el Mesias para llevarlos á él. *Venid conmigo*, les decía, *vamos todos juntos á la presencia del Mesias, porque el me ha enviado para mostraros el camino*. Maimonides (1) reconocia que este hombre era temeroso de Dios, y tenia buena fe; mas no tenia buen juicio: y siendo Maimonides consultado por sus cofrades sobre lo que en esta ocasion deberían hacer, les aconsejó que procuraran curarle la debilidad de su espíritu. No siguieron su consejo, y el pueblo en tropas se adhirió al Arabe. Habiéndolo hecho arrestar el rey del pais al cabo de un año, sostuvo el impostor no haber ejecutado mas que lo que Dios le ordenaba, y osó asegurar que si le cortaban la cabeza, al instante resucitaria. El rey lo hizo decapitar, y no resucitando, se creyó, y con razon, que usó de esta destreza para evitar así una muerte mas rigurosa. No por esto dejaron los Judios su preocupacion, pues muchos esperaron que saldría del sepulcro y resucitaria; y el rey de los Arabes se hizo pagar gruesas sumas de los que tuvieron la debilidad de creer á este charlatan.

Poco tiempo despues un leproso fué milagrosamente curado, en una noche, segun él aseguraba; y esta maravilla ejecutada en su persona, lo hizo creer que era el Mesias, verisimilmente engañado por aquellas expresiones: *Nosotros lo juzgamos como un leproso* (2); lo que se entiende del Mesias. Publicó su aventura y su idea entre los Judios de la otra parte del Eufrates, y les persuadió que él era verdaderamente el Mesias. Muchos lo creyeron y en tropas lo rodeaban. Los sabios de la nacion le hablaron, lo desengañaron (3), y él renunció su ridícula imaginacion. Mas los enemigos de los Judios aprovechándose de la ocasion los perseguieron y obligaron á diez mil á dejar el judaismo.

Aun todavia se habla de algunos otros impostores que se dieron por Mesias en el mismo siglo; pero el mas famoso de los que aparecieron en ese tiempo fué *David El-roi* ó *El-David*, que existia hácia el año 1160, y era natural de Amuria, en donde se computaban hasta mil familias de Judios que pagaban tributo al rey de Persia. Desde luego se adhirió al príncipe de la cautividad, ó al gefe de la sinagoga de Bagdad, que pasaba por muy sabio en el estudio del Talmud, y tambien en el conocimiento de la magia. Se aplicó particularmente á esta última ciencia, é hizo tan considerables progresos, que se concilió la confianza de los Judios; y habiéndolos llevado á lo alto del monte Haftan, les hizo tomar las armas, y en su presencia ejecutó ciertas operaciones mágicas, que los Judios calificaron de milagros. Se puso á la cabeza de sus tropas, y logró algunas conquistas.

El rey de Persia temiendo las consecuencias, le ordenó que viniese á su corte, prometiéndole que si probaba ser el Mesias, lo reconoceria y se le someteria. El-David tuvo la temeridad de

XVI.
Impostor en Arabia en 1157.

XVII.
Leproso falso Mesias.

XVIII.
David El-roi, ó El-David, falso Mesias.

(1) Maimonid. Ep. apud. Jodisco in Massilia agentes apud Veret. p. 291.—(2) Id. l. l. 4.—(3) Maimonid. epist. de suet. regimine, p. 293.

presentarse ante el rey, y sostuvo que era el Mesías. Para probarlo, se le puso en prision, de la que salió por sus encantos. El rey mandó que lo siguieran, y los enviados declararon á su vuelta que habian oido su voz, sin poder arrestarlo. Sospechando el rey que sus soldados se hubiesen dejado corromper, marchó á la cabeza de sus tropas hasta la orilla del rio Gozan. Allí oyó la voz de El-David, que gritaba: *¡O insensato!* pero el rey no vió persona alguna. Un momento despues se le vió que con su manto separaba las aguas del rio, y lo pasaba á pié enjuto. Este espectáculo hizo tiubear al príncipe, pareciéndole increíble que este hombre no fuera el Mesías; pero sus oficiales lo aseguraron, y le persuadieron que todo era un mero prestigio. El ejército pasó el rio, y el impostor escapó.

Al instante el rey de Persia escribió á los Judios principales de su reino, ordenándoles que le entregasen á El-David, so pena de ser ellos pasados á cuchillo sin remision. Zaqueo, gefe de la cautividad, escribió á El-David, suplicándole se entregara para salvar á su nacion. El se burló de esta súplica, y continuó en sus hostilidades y desórdenes, hasta que su abuelo estimulado por diez mil escudos de oro que le presentó Zaid-Allahin, convidó á su yerno á comer, lo embriagó, le cortó la cabeza, y se la remitió al rey de Persia. No se contentó este príncipe con este sacrificio, y pidió que le entregaran á los que habian seguido á El-David; y como encontrase resistencia, mandó degollar á muchísimos Judios (1).

Hay alguna probabilidad de haber llegado hasta Colonia la fama de las conquistas de El-David, supuesto que un historiador alemán refiere, que un conquistador judío natural de Persia debía llegar con sus tropas á Colonia, para arrestar á tres magicos de su nacion, que estaban allí (2). Esta es una fábula mal tejida, forjada sobre la historia de El-David.

En España se dejó ver otro impostor el año 1258. Llamábase Zacarias, y se gloraba de haber descubierto el modo de pronunciar el nombre infabable de Dios (3); porque es sabido que los Judios no lo pronunciaban, é ignoraban tambien su verdadera pronunciacion, y pretenden que el que esto supiere, en virtud de este nombre ejecutará milagros que asombrarán. Prometia pues Zacarias hacer conocer cuanto ántes al Mesías, con tal que se quisiera aprender y conservar una profecía que contenia la explicacion del infabable nombre; y muchos Judios se dejaron sorprender de sus promesas. El se asoció otro impostor que pretendia tambien predecir lo futuro. Los Judios despues de haberse preparado con ayunos y limosnas, se fueron á la sinagoga vestidos de blanco, para esperar la manifestacion del Mesías, que en cierto dia habia de aparecer. El Mesías no vino; pero los Judios observaron sobre sus vestiduras blancas cruces impresas, y notaron lo mismo en todas las telas que tenian en sus casas. Este prodigio debió convertirlos al cristianismo; pero permanecieron obstinados.

En otra parte (4) hablaremos del pretendido judío errante, que

(1) *Salmann Ben-Nirga, hist. Jud. p. 162.*—(2) *An. 1222. apud Verst. hist. Germ. t. 1 p. 89.*—(3) *Jelans*, que pronuncian los Judios, *Akani* ó *Elohim*. (4) Véase la *Disertacion sobre el Judío errante*, al principio del libro de los Hechos de los

despues de la pasion de Jesucristo recorrió todo el mundo, sin fijarse en parte alguna. El primer autor que habló de él es Mateo Paris, historiador de Inglaterra en 1229.

El papa ó el antipapa Benedicto XII ó XIII en el siglo quinto (1) resolvió conducir á los Judios á la verdadera creencia de la Iglesia, y á que reconocieran á Jesucristo por el verdadero Mesías. Gerónimo de Santa Fe su médico, que habia sido judío, lo inspiró la determinacion, asegurándole que el podia convencerles con pasajes del Talmud, que Jesucristo era el Mesías verdadero; se citó una conferencia á presencia del papa, y se convidaron los principales Judios del reino de Aragon. Don Vidal, célebre judío, fué el electo para sostener la disputa contra Gerónimo de Santa Fe que se habia comprometido á convencer á los Judios que en Jesucristo se hallaban perfectamente cumplidos los veinte y cuatro caracteres que ellos atribuyen al Mesías.

Gerónimo pretendió probar su tesis con un pasaje de Elias que dice que *dos mil años durará el tiempo de la naturaleza, dos mil el de la ley y dos mil el del Mesías*. Hubo allí sus dificultades sobre el autor de esta profecía, pretendiendo los Judios no haber dicho nunca esto el profeta Elias, sino un simple doctor del mismo nombre cuya autoridad era muy inferior á la del profeta. Tambien se disputó sobre los cuatro mil años en cuyo fin se fija la venida del Mesías; y nada pudo concluirse, porque las partes discordaban en las datas cronologicas.

Despues quiso probar Gerónimo de Santa Fe que el Mesías debía nacer de una Virgen, porque en la profecía que anuncia su nacimiento (2) se encuentra en medio de la voz *Almah*, que significa *una virgen*, un Mem cerrado. Añadió estas palabras de Ezequiel: *La puerta oriental del templo quedará cerrada, y no se abrirá, porque el Señor ha entrado por ella* (3). Los rabinos se vieron bastante embarazados porque eran atacados con documentos de sus mismos doctores; respondieron que ciertamente el tiempo señalado para la venida del Mesías ya habia pasado, pero esta se habia diferido por sus pecados, y que podian licitamente decir tocante al Mesías algunos absurdos, así como los cristianos profetizan otros semejantes. Finalmente, publicaron que habian salido de la conferencia con honor. Pero es cierto que Gerónimo de Santa Fe habiendo presentado al papa Benedicto un escrito que encerraba muchos errores que tenia el Talmud, los Judios á quienes se comunicó no pudieron menos que confesarlo, y se dice que se convirtieron cuatro ó cinco mil.

José Albo, judío célebre de ese tiempo, temiendo que quedaran abandonadas las sinagogas, publicó entonces sus *Articulos de fe*, en los que no le pareció bien poner el del Mesías, juzgando no ser esta creencia necesaria para la salvacion; y al mismo tiempo censuró sin nombrarlo, á Maimónides, que hizo de esto un artículo de fe. Esto prueba que los Judios estaban poco asegurados en los artículos fundamentales de la religion, y por lo mismo no es extra-

Apóstoles, tom. xxi.—(1) Véase á Barnage, *Hist. de los Judios*, t. 3. c. 18.—(2) *Ieri. vi. 14. Alma.*—(3) *Ezech. xlv. 1. 2.*

UNIVERSIDAD

XIX.
Zacarias, falso Mesías en España en 1258.

UNIVERSIDAD
NOM
AL D
N
®

XX.
Conferencia contra los Judios sobre el Mesías en el tiempo de Benedicto XII.

ño que frecuentemente hayan sido el juguete de los falsos Mesías y otros impostores.

XXI.
Varias pro-
picias de la
venida del
Mesias.

Cierto judío nombrado Abraham, príncipe de su nación (1), tenía predicho, que cuando Saturno y Júpiter que hicieron nacer á Moisés, volvieran á encontrarse en el mismo signo, se vería también nacer al Mesias. Dos veces acaeció esta conjunción en el siglo quince, y sin embargo no apareció Mesias alguno ni verdadero ni falso; y los Judíos despues de haber experimentado muchísimas desgracias, fueron por fin expelidos de España: se computa que salieron mas de ochocientos mil en 1492, sin contar los que simuláron convertirse al cristianismo y quedaron en España, Judíos siempre en el corazón, aunque haciendo exteriormente profesion del cristianismo.

XXII.
Ismael, Sofí,
de Persia, re-
tinado por el
Mesias.

Al principio del siglo diez y seis los Judíos de la Media y de Persia, encantados por el valor, y por el pronto y rápido suceso de las conquistas de *Ismael*, sofí de Persia, que se tenía por descendiente de Abi, yerno de Mahoma, y por consecuencia celoso musulmán, se imaginaron que podría ser el Mesias. Bajo esta cualidad le ofrecieron sus homenajes; mas él despreció los honores que le tributaban, y los trató como á sus mas viles vasallos. Murió en 1525, sucediéndole su hijo Tahamash, á quien envenenó su muger á fin de que reinara su hijo en lugar de su marido. A este hijo mandó matar su propia hermana, y puso sobre el trono á Ismael II, su otro hermano, quien á ella misma le dió muerte poco tiempo despues; sus vasallos no pudiendo sufrirlo lo envenenaron, y en su lugar pusieron al tercer hijo de Tahamash, que era ciego, de quien salió el famoso *Schak-Abbas* que persiguió á los Judíos por las causas que voy á decir.

XXIII.
Schak Ab-
bas mató á
los Judíos.

Se dice que en el Alcoran (2) se lee que los Judíos debían abrazar el mahometismo seiscientos años despues de su publicacion, so pena de ser enteramente exterminados. Schak-Abbas que no amaba á los Judíos, hizo venir á los sabios que habia entre ellos, y les preguntó por qué no reconocían á Jesus por el Mesias, y por qué entre ellos estaban abolidos los sacrificios y ceremonias legales. Respondiéronle que esperaban un Mesias, pero no podían recibir á Jesus á quien habían crucificado sus padres. Abbas les dijo: ¿Por qué no creis á ese Cristo, puesto que yo creo en él y que de él da testimonio Mahoma? Ellos le replicaron: Todos los cristianos son idólatras, una vez que adoran á un hombre maldito y pendiente de un madero. Está bien: yo convengo, les dijo el sofí, en que no reconocéis al Mesias de los cristianos; ipero qué pensais de Mahoma? Los Judíos consultaron entre sí y declararon que Moisés era el único legislador á quien se debía seguir; mas no desechaban absolutamente á Mahoma, puesto que era descendiente de Abraham por Ismael.

Abbas, que penetró sus tergiversaciones les dice: Una vez que esperais al Mesias, fijad el tiempo de su venida, que yo tendré paciencia hasta que se cumpla. Ellos consultaron entre sí, y respon-

(1) *Pic. de la Mirand. in Astral. l. v. c. 12. p. 386.*—(2) No se lee esto en el Alcoran, pero puede saberse por la tradicion. *Venas & Basnage. Hist. de los Judíos, t. 3. c. 17.*

dieron que á los setenta años vendría, esperando que entre tanto el sofí moriria ó las cosas mudarian de aspecto. El sofí mandó que en el libro de registro se escribiera esta promesa, y protestó que si en este tiempo venia el Mesias, él, todos los suyos y sus descendientes se harían judíos; y por el contrario, si no venia, los Judíos quedarían obligados á ser mahometanos. Firmóse por ambas partes lo acordado, y entre tanto se les impuso á los Judíos una contribucion de dos millones de oro.

El negocio quedó olvidado mientras duraron las largas guerras entre Persas y Turcos, y hácia el año 1642, Abbas II reinó mas tranquilamente sobre los Persas. Habiendo encontrado este príncipe en los registros de palacio la acta de que acabamos de hablar, consultó con los grandes del reino lo que debía ejecutarse. La unánime sentencia de estos fué, que sin dilacion debía destruirse esta aborrecible nacion llena de embusteros é impostores, solamente ocupados en oprimir al género humano. El falso Mesias Sabbathai-Tzevi, de quien hablaremos despues, que entonces hacia gran ruido en el mundo, contribuyó mucho á que se tomara esta violenta resolusion.

Dióse pues la orden ciento quince años despues de la muerte de Schak-Abbas I, de que sin dar cuartel se pasaran á cuchillo á todos los Judíos del reino de Persia. La matanza comenzó en 1663 en Isphahan capital de los estados, y duró hasta 1666 en cuantas provincias habia Judíos. A nadie perdonaron los Persas, de manera que ningun judío quedó en las provincias de Seiru, de Golan, de Hamadan, de Asdan y de Tauris; algunos solamente escaparon salvándose en los estados del turco, ó en las Indias, ó abjurando el judaismo. Yo bien sé que pueden formarse muchas dificultades sobre esta historia, y no salgo por fador de su certeza; puede ver e á *Basnage*, continuacion de la historia de los Judíos tom. 3. cap. xvii.

Un cierto *Santiago Ziegler*, que murió en 1559, anunció en Alemania la venida del Mesias, y defendía que el Cristo contaba estorces años de nacido, y que él lo habia visto en Strasburgo. Guardaba una espada y un cetro que le destinaba para ponerlo en su mano, con el fin de que se valiera de él cuando se hallara en edad de combatir: entonces debía destruir al Anticristo y el imperio del Turco, extender su dominacion hasta las extremidades de la tierra, y congregar en Constanza un concilio general en donde quedarán resueltas todas las dificultades tocantes á la religion. El pretendido Mesias no apareció, y quedó manifiesta la impostura.

Tantos engaños y desgracias no han podido curar la obstinacion de los Judíos sobre el Mesias que esperan. El mas famoso y moderno de cuantos impostores hemos conocido es *Sabbathai Tzevi*. El año 1666 (1) debía ser, segun la prediccion de muchos autores cristianos, principalmente los que intentan explicar el Apocalipsis, un año de milagros y de extraordinarias revoluciones. Particularmente para los Judíos debía ser un año de bendicion, en el que se les prometia ó la conversion á la fe cristiana, ó el restablecimiento en la Palestina. Por poco justa que haya sido esta opinion, no dejó de

XXIV.
Santiago Zie-
gler anun-
ció la venida
de su falso
Mesias hacia
el año 1559.

XXV.
Sabbathai
Tzevi, falso
Mesias en
1666.

(1) *Venas & Ricaut, Historia del imperio otomano en tiempo de Mahomet xv. año 1666.*

tener partidarios, y principalmente la han seguido en los lugares dominados por el protestantismo. Los fanáticos y entusiastas que no hablan de otra cosa que de una quinta-monarquía, de la destrucción del Anticristo, y de la próxima grandeza del pueblo de Israel, se infatigaron en tanto grado, que según parece, su obstinacion causó el movimiento de los Judios; porque esta nacion crédula, mirando que la opinion de tantos visionarios le era efectivamente favorable, creyó que era ya tiempo de conuoverse, y no debía hacerse mas que acomodar la sublevacion al tiempo designado por los profetas modernos. Ese fué el origen de tantas extraordinarias sediciones que se formaron en muchísimos lugares. Por una parte se hablaba de la marcha de una grandísima multitud de gentes que venían, se decía, de las partes mas desconocidas y distantes de la Arabia, y se suponía que eran las diez y media tribus de Israel que habia tantos siglos se habian perdido. En Inglaterra se extendió el rumor de que se vió abordar sobre las costas mas septentrionales de la Escocia un buque, cuyas velas y cordage eran de seda, la tripulacion hablaba hebreo, y sobre los pabellones se leían estas palabras: *LAS DOCE TRIBUS DE ISRAEL*. Estos rumores por los que parecia muy próximo el cumplimiento de las antiguas profecias, hicieron creer á los espiritus sencillos, que muy breve habria revoluciones asombrosas para el restablecimiento de los Judios.

Muchos miles de personas habia allí encaprichadas en la misma opinion á tiempo que se apareció *Sabbathai-Tzevi* por la primera vez. Su origen no era muy ilustre: era hijo de un natural de Smirna llamado *Mantachai-Tzevi*, gotoso y enfermo sin otra profesion que ser corredor de un mercader inglés de la ciudad. Pero entregado al estudio, hizo grandes progresos en el árabe, y principalmente en la teología y metafísica: era tan buen lógico, que cualquiera doctrina nueva que proponia hacia que la adoptaran muchos hermanos suyos. Pero esto le trajo una desgracia, y sus muchos sectarios comenzaron á causarle recelos. En cierto día se excitó un tumulto en la sinagoga, y los *cothums* ó doctores de la ley se aprovecharon de esta ocasion para separarlo de su cuerpo y de la ciudad.

Durante su destierro, hizo un viaje á Salonique, donde se casó con una muger muy hermosa. Pero ya sea que no tuviera habilidad para gobernarla, ó ya, como él dice, que fuera incapaz de satisfacerla, ó por último que no fuera agradable á sus ojos, el divorcio los separó. Se casó con otra todavía mas hermosa que la primera; pero introducida entre ellos la discordia por las mismas razones que la hubo entre él y su primera muger, obtuvo nuevamente el divorcio. Apenas se vió libre del embarazo del matrimonio, cuando por su volubilidad pretendió viajar. Desde luego pasó á la Morea, de allí á Tripoli de Siria, despues á Gaza, y por fin á Jerusalem. En el camino se robó una dama de Livorna, á quien hizo su tercera muger, que parecia ser hija de algun polaco ó alemán, porque ni su origen ni el lugar de su nacimiento eran bien conocidos. Luego que salió de Jerusalem comenzó á reformar la ley, y entre otras cosas abolió el ayuno de *Tamuz* que se observaba en el mes de junio.

Encontró en la misma ciudad á un judío llamado Natan, instrumento muy propio para avanzar sus designios: se los comunicó, lo instruyó de su condicion, de su conducta, y del empeño que tenia de hacerse pasar por el Mesias que habia tanto tiempo que esperaban los Judios con los mas vivos deseos. En extremo agradó este proyecto á Natan, cuyo genio era muy conforme al del impostor. Resolvieron pues quedar acordes; y recordando que las predicciones antiguas decian que Elias debía preceder al Mesias, así como efectivamente S. Juan Bautista precedió á nuestro Salvador, creyó Natan que á él venia muy bien este destino. La causa de no haberse declarado antes por Mesias *Sabbathai-Tzevi*, fué el haber tomado la cualidad de su precursor Natan, prohibiendo los ayunos á todos los Judios de Jerusalem, y declarándoles que la venida del libertador desterraria de en medio de ellos la tristeza, y que en sus tabernáculos no se oiran otras voces que de triunfo y regocijo. Escribió pues á todas las sinagogas para hacerlas entrar en estos sentimientos.

Pareciendo que los mas de los Judios estaban persuadidos de la realidad de lo que con tanta ansia deseaban, creyó Natan que por este fundamento debía comenzar su ministerio, y tuvo la osadía de profetizar que dentro de un año contado desde el día de anuncio, se veria aparecer el Mesias ante el gran señor, privarlo de su corona y llevarlo en triunfo cargado de cadenas. Durante ese tiempo, *Sabbathai* estaba en Gaza, donde predicaba penitencia á los Judios, y los exhortaba á obedecer sus preceptos y su doctrina, asegurándoles que en su persona encontrarían la del Mesias. Los Judios de los alrededores de Gaza, encantados de una doctrina conforme á su genio, abandonaron todas sus ocupaciones para entregarse á la oracion y á los actos de piedad y de caridad, lo cual se hizo saber á todos los hermanos que se hallaban en paises distantes. Mas el rumor de la venida del Mesias ya se habia esparcido por todas partes, y lo habian recibido los Judios con una satisfaccion inconcebible. Las cartas dirigidas á Gaza y á Jerusalem noticiaban el gozo de sus hermanos, y en las mismas se daban mutuamente los parabienes de haber llegado finalmente el tiempo de su libertad, y de que con la venida del Mesias iban á romperse sus cadenas. A esto agregaban otras muchas profecias relativas al imperio que debía tener el Mesias en todo el mundo. Denotaban que despues de nueve meses desapareceria, y en este tiempo los Judios serian perseguidos, y muchos de ellos sufrirían el martirio; pero que pasado el término, el Mesias volveria montado sobre un leon celestial, cuyas riendas serian serpientes de siete cabezas; que seria acompañado de sus hermanos los judios que habitaban al otro lado del río *Sabbathai*; que seria reconocido como el unico monarca del mundo; que entonces se veria bajar del cielo el templo santo perfectamente construido, adornado y hermoseado; y que en este se ofrecieran los sacrificios eternos.

Por lo que acabamos de decir podrá el lector conocer que extraordinaria preocupacion habian causado estos vanos y ridiculos rumores en los entendimientos de este pueblo siempre crédulo sobre este artículo. En efecto, tan encaprichados estaban los Judios en

esta grandeza é imperio quimérico, que abandonaban el cuidado de sus negocios por entregarse enteramente á la contemplacion de una felicidad imaginaria, cuya ilusion preferian á la solidez de sus otros intereses.

Viendo Sabbathai-Tzevi el suceso de su empresa, resolvió irse á su patria, para pasar de allí á Constantinopla, que como capital del imperio debía ser el teatro de sus mas gloriosas acciones, y el punto donde debía completarse la mayor obra de su predicacion. Natan no juzgó oportuno permanecer mucho tiempo con él en Jerusalem, y tomó el camino de Damasco en donde algo se detuvo para establecer mejor su nueva doctrina. Sin embargo, escribió á Sabbathai dándole el tratamiento de Mesias, de señor de los señores, de rey de los reyes, y anunciándole su arribo á Damasco, conforme á sus órdenes, y la resolucio que habia tomado de pasar á Escudiderona. Tambien escribió á los Judios de Aiep y de sus cercanias, anunciándoles la venida del pretendido Mesias, y ordenándoles que eligiesen una persona de cada tribu para que vinieran á reconocerlo.

Los Judios en toda la Turquía estaban tan persuadidos de que se acrecaba su libertad, que abandonando su comercio, se entregaban totalmente á las obras de penitencia y de religion. Hacia ese tiempo Sabbathai llegó á Smirna, donde fué muy mal recibido por los sabios de su nacion; mas tuvo habilidad de ganar al pueblo, quien depuso al gefe de los sabios, y á Sabbathai tribuló los mayores honores. El impostor entonces se declaró, y escribió á toda la nacion de los Judios una carta, en que se calificaba *el unigénito y primogénito de Dios, el Mesias y el Salvador de Israel &c.* Los que mas se le opusieron, siendo uno de ellos Pennia, se unieron á él, y lo reconocieron por Mesias. Mas de cuatrocientas personas pretendieron ser inspiradas, tuvieron los éxtasis y revelaciones, y profetizaron que Sabbathai era el verdadero Mesias. Aun los niños fueron poseidos por algun tiempo por el diablo, y se oian resonar las voces en el fondo de sus entrañas. Mucho tiempo despues reconocieron los Judios que todo esto no era mas que una pura ilusion del demonio.

El impostor despues de estar muy asegurado de la creencia de los Judios de Smirna, se embarcó en enero de 1666, y se volvió á Constantinopla, donde su reputacion le habia precedido, y á donde habian concurrido de todas partes innumerables judios, los cuales prepararon allí á Sabbathai una magnífica entrada. Los vientos contrarios no le permitieron abordar, y el gran visir envió dos chalupas con órden de prenderlo: lo condujeron prisionero á la puerta, y se le encerró en el mas sucio y obscuro calabozo de la ciudad. Tan grande humillacion no disminuyó el respeto con que lo miraban los Judios, ántes hizo que fuera mayor su confianza. Lo visitaron en su prision con las mismas ceremonias con que podrian acercarse al Mesias. Al cabo de dos meses, obligado el visir á partir para Candia, mandó trasladar á su prisionero al castillo de Abidos uno de los de Dardaneles; concurrieron allí los judios de todas partes, aun de países extrangeros, de Polonia, de Alemania, de Livorna, de Amsterdan, de Venecia y de otros lugares donde estaban. En esta prision Sabbathai dirigió una fórmula de oraciones ó de liturgia para celebrar el día de su nacimiento, declarando que

los que fueran á orar sobre el sepulcro de su madre lograrían las mismas indulgencias que haciendo el viaje á Jerusalem. Para completar la escena faltaba solamente la aparicion de Elias precursor del Mesias. En Constantinopla hubo judios tan fatuos que dijeron haberlo visto, y el pueblo fué tan necio, que los creyó.

En ese tiempo un cierto hombre llamado Nehemias, judío polaco, tambien pretendió ser el Mesias; y como los Judios esperaban dos, uno de la tribu de Efraim, y otro de la de Judá, Nehemias se contentó con la cualidad de segundo Mesias, humilde, paciente, afligido y perseguido, dejando á Sabbathai la cualidad de Mesias de Judá, glorioso, poderoso, victorioso, &c. Pero Sabbathai no quiso reconocer á Nehemias temiendo verisimilmente que le quitara su dignidad; y tuvo bastante crédito sobre el espíritu del pueblo, para hacerlo declarar cismático y enemigo del Mesias. Nehemias en venganza apoyado de algunos de su nacion que no participaban de las ilusiones del pueblo, informó al lugarteniente del visir, que Sabbathai era un impostor, que engañaba á los pueblos, y los apartaba de su comercio; y que le suplicaba lo hiciese saber á su alteza.

El sultan informado ya por otra parte de la extravagancia de los Judios, hizo que le llevaran á Sabbathai á Andrinopoli, donde él se hallaba. Le hizo muchas preguntas en idioma turco, á las que el impostor no pudo responder, porque no sabía bien el idioma, y pidió sirviera de intérprete un médico judío que se habia hecho turco. En seguida el sultan le dijo que lo reconoceria por el Mesias, con tal que en su presencia obrara el milagro que se le pidiera; este era exponerse desnudo á los tiros de los bayeteros mas diestros de su corte. A esta proposicion respondió Sabbathai, que él no era mas que un sabio, y un judío ordinario sin poder alguno sobrenatural. El sultan no satisfecho todavia con esta confesion, le intimó que se hiciera turco, si queria salvar la vida. El accedió sin dificultad, atestiguando que lo ejecutaba con placer en presencia de su alteza.

Ni por la caída, ni por la apostasia de este impostor se convirtieron los Judios, ni abandonaron su error. Inventaron y publicaron mil fábulas sobre este asunto, sosteniendo que Sabbathai se habia vuelto invisible. Que no era el que habia tomado la forma y traje turco, sino su ángel ó su espíritu: que bien pronto volveria á Smirna para consuelo é instruccion de sus discípulos.

Entre tanto, el viernes tercero de marzo de 1667 cerca de la tarde, llegó á Smirna Natan, fiel discípulo de Sabbathai. El domingo siguiente fué visitado de los principales de la ciudad, que al hablarle estuvieron muy adoloridos. Le presentaron una carta de los judios de Italia; pero no quiso recibirla. Habiendo sabido los judios de Constantinopla, que queria venir á esta ciudad, escribieron á los de Smirna que se lo impidieran, pues tenían que renovar las turbaciones que allí excitó Sabbathai, y ya comenzaban á serenarse. Este desde ese tiempo hacia pública profesion de mahometano, y pervirtió á muchos hermanos suyos, que como él se hicieron turcos á presencia del sultan. Como no se desconfiaba de él, le era permitido ver á los Judios cuando le parecia bien: circuncidaba á sus hijos al día octavo, y continuaba predicandoles

XXVII.
Nehemias,
segundo fal-
so Mesias.

que él era el Mesías. Allí consiguió tanto, que muchos quedaron persuadidos; mas no se atrevían á declararse por no atraerse la excomunion de parte de los Judíos, y la persecucion de parte de los Turcos.

XXVIII.
Nuevo Mesías en Suinta en 1672.

Esto no impidió que en enero de 1672 apareciese en Smirna un nuevo impostor que pretendía ser el Mesías. No se sabía su origen; pero se decía públicamente que era de la Morea. Como todavía no había por él el entusiasmo que gozaba Sabbatai, y los Judíos mas sabios, así tambien como el gobernador de parte de los Turcos procuraban impedir las novedades, no tuvo este nuevo Mesías muchos sectarios. Los principales judíos para deshacerse de él, lo acusaron de adulterio, y obtuvieron á fuerza de dinero que lo pusieran en prision; la acusacion era falsa, y encontró medio de justificarse; pero por el dinero y el poder de la sinagoga, volvieron á prenderlo, y permaneció en prision. En cuanto á Sabbatai murió en 1676.

XXIX.
Rey de los druidas, falso Mesías.

Los druidas del monte Libano se glorian de descender de los antiguos druidas de las Gaulas. Otros creen que recibieron sus leyes de un rey que apareció en Egipto cuatrocientos años despues de Mahoma, hácia el año 1025, y que lo hacen descender del linaje de Ali, califa y autor de la secta de los Persianos. Creen que ese rey no ha muerto, sino que despues de un largo reñado se retiró á una gruta subterránea, de donde un día debe salir, y volverá á verse sobre la tierra como un Mesías. Un médico llamado Naastah-Gilda presenta al rey Luis XIV (1) en 1700 tres manuscritos árabes que contienen la religion y las leyes de los druidas; estos volúmenes se depositaron en la biblioteca del rey.

XXX.
Falso Mesías en Babilonia.

En 1707 se publicó en Francia una pretendida carta del gran maestro de Malta, en la que aseguraba que sus embajadores en Babilonia le habían escrito, que en Ayestoli, aldea de aquel país, había nacido el Anticristo. No se sabía quien era su padre; pero se conocía su madre, que era una muger muy hermosa. Era este hombre seguía decían, mas negro que blanco; tenía negro el cuello, pintaguda la cabeza, rugosa la frente, brillantes los ojos, las orejas muy grandes, la boca sesgada, agudos los dientes, y hundida la nariz; y se añade que á los ocho días de nacido comió y habló. Cuando apareció en el mundo, se encontró una estatua con esta inscripción: *He aquí por fin el día de su nacimiento.* En el cielo se vieron figuras espantosas, un eclipse en la mitad del día, un dragon que llevaba una lanza de fuego en su boca, dos gritos despedazando á un anciano, y una agüla cargando un niño bajo sus alas: los ríos salieron de madre, la casa donde él nació parecia toda de fuego, y al mismo tiempo desapareció. Este niño, decían, había resucitado muertos, y había declarado á los embajadores de Malta que las señales que se habían observado en el cielo, eran presagios de los males y tormentos eternos que abrumarian á los que no creyeran en él. Los sabios de Babilonia y el pueblo creían en él, y los que se rehusaban eran condenados á muerte. A distancia de trescientas leguas hácia todos lados se oyeron el día de su naci-

(1) Jarrey, Historia de Luis xiv. tom. 7. p. 490.

miento los coros de los ángeles que cantaban: *Preparaos; esto es el hijo que se os ha prometido.* Tal era la pretendida carta escrita al gran maestro; mas no hizo impresion alguna sobre los que obraban por razon.

Finalmente, el último y el mas dañoso de los falsos Mesías es sin duda el *Anticristo*, que debe aparecer antes del fin del mundo, y preceder á la segunda venida de Jesucristo. El nombre *Anticristo* significa el que es opuesto á Cristo, al Mesías; y en este sentido todos los perseguidores y pecadores son anticristos. De esta manera el apóstol San Juan en su Epistola primera (1) dice que en su tiempo habrán muchos en el mundo. *Hijos míos, decía, esta es la última hora; y el Anticristo, como sabéis, debe venir, y al presente hay tambien muchos anticristos, lo cual nos hace juzgar que esta es la última hora.*

Nuestro Salvador en su Evangelio (2) nos anuncia que antes de su segunda venida aparecerán en la tierra falsos Cristos y falsos profetas que harán señales y prodigios capaces de engañar, si fuera posible, á los mismos electos.

San Pablo en su epistola á los Tesalonicenses (3) dice que el *hombre de pecado, el hijo de perdicion, el enemigo de Dios, se levantará sobre todo lo que se llama Dios y que es adorado, y se sentará en el templo de Dios, queriendo que lo tengan por Dios, y aplicándose honores solamente debidos al Altísimo. Que el Señor Jesus lo destruirá con el sople de su boca, y arruinará con el resplandor de su presencia á ese impto, que debe venir acompañado del poder de Satanás, con toda clase de milagros, de señales y prodigios mentirosos, y de todas las ilusiones que pueden obrar los hombres de iniquidad.*

Tales son los caracteres de este último falso Mesías. San Juan en su Apocalipsis (4) lo designa bajo el nombre de una bestia que sube del abismo, y que matará á los dos testigos (que se cree serán Henoc y Elias), y dejará sus cuerpos expuestos en la plaza pública de la gran ciudad, que en lenguaje místico se llama *Sodoma y Egipto, y donde el Señor fue crucificado.* En otro lugar (5) describe los caracteres de esta bestia monstruosa á la que agrega una segunda, que él llama el *falso profeta* de la bestia (6) cuyas señales tambien declara (7).

Conviene todos en que antes de la venida del último falso Mesías, se levantarán otros muchos, como lo produce el Salvador, y como nosotros lo hemos probado en el curso de esta disertacion. Mas esos de quienes hemos hablado no han tenido por la mayor parte, ni mucho poder ni mucho crédito para atraerse un gran número de adoradores, ni para causar grandes males á los fieles. Su reinado ha sido de corta duracion, y muy limitado su poder. Algunos antiguos padres (8) han creído que el emperador Nerón, ese monstruo de crueldad, era el Anticristo, ó cuando ménos su precursor. Tambien algunos (9) han pretendido que este emperador no había muerto, sino que está oculto en un lugar inaccesible, donde permanecerá hasta el tiempo asignado en los decretos de Dios. Otros han juzgado que el em-

(1) 1. Juan. ii. 18. (2) Math. xxiv. 4. 5. 6. et seqq. (3) 2. Theosal. ii. 3. et seqq. (4) Apoc. xv. 2. 8. (5) Ibid. xiii. 1. et seqq. (6) Ibid. xvi. 13. xix. 20. xx. 13. (7) Ibid. xii. 11. (8) Victorius, in Apoc. Ambrosiaster in 2. Theosal. ii. Chrysostomus in 2. Theosal. ii. (9) Quod. apud Aug. l. xx. de Civit. c. 19.

XXXI.
El Anticristo, el último y el mas dañoso de los falsos Mesías al fin del mundo.

perador Juliano el apóstata era el Anticristo predicho; y se ha notado que en las letras de su nombre escrito así: C. F. IVLIANVS CESAR AVG., las letras numerales que se encuentran, forman la suma de MCLXVI, que es según San Juan, el número del nombre del Anticristo. El mismo número tambien se ha notado en el nombre griego del impio Mahoma. Puede verse la Disertacion sobre el Anticristo (1); y en ella se hallará lo relativo á los caracteres de este último falso Mesias, y las diversas opiniones de antiguos y modernos, ya sobre el tiempo de su venida, ó ya sobre su origen, sus progresos y su fin.

[1] Esta Disertacion se colocará al principio de la segunda epístola de S. Pablo á los Tesalonicenses, tom. XIII.

DISERTACION

SOBRE

LAS SEÑALES DE LA RUINA DE JERUSALEN,

Y DE LA ULTIMA VENIDA DE JESUCRISTO.

I.
Diferentes opiniones de los intérpretes sobre el discurso de Jesucristo tocante á las señales de la ruina de Jerusalem y de su última venida. División y distribución de la narración de los evangelistas.

II.
Primera parte de la nar-

El discurso de Jesucristo sobre las señales de la ruina de Jerusalem y de su última venida, ha dividido á los intérpretes. Los mas de los antiguos padres lo explican todo de las de esta, y algunos intérpretes modernos pretenden explicarlo enteramente de las de aquella; San Juan Crisóstomo, Teofilacto y Eutimio lo distinguen en dos partes, y piensan que la primera es relativa á las señales de la ruina de Jerusalem, y la segunda á las de la última venida de Jesucristo. Finalmente, San Agustín, San Gerónimo y Beda, segudos de muchos modernos, creen que de estos dos grandes acontecimientos se habla en este discurso; y que conviene examinar el texto en sí mismo, para conocer en cual de los dos sentidos debe entenderse.

En la narración de los evangelistas (1) puede distinguirse, 1.ª la ocasion de este discurso que fué la prediccion de Jesucristo relativa á la destruccion del templo de los Judios. 2.ª Las preguntas que los discipulos le hicieron con este motivo. 3.ª El discurso mismo que contiene las respuestas á estas preguntas.

Dos dias antes de la muerte de este divino Salvador, cuando salia del templo, sus discipulos mostrándole este edificio, le hacian notar la belleza de las piedras que lo componian, la grandeza de la obra

(1) Matth. xxiv. 1. et seqq. Marc. xiii. 1. et seqq. Luc. xxi. 5. et seqq.

y los dones que lo adornaban. Jesucristo entonces les dijo: ¡Veis todo esto! pues en verdad os digo, que vendrá tiempo en que todo cuanto veis será destruido, sin quedar piedra sobre piedra (1).

Pero antes de esta prediccion que no tenia otro objeto que la ruina del templo, habia algunos dias que tenia anunciada en diversas ocasiones la de Jerusalem y las desgracias que ya estaban para caer sobre la nacion judia (2); y tambien habia notado las circunstancias (3). A mas de esto, en otras veces habia hablado igualmente de su última venida (4). Todo esto habia hecho tanta mayor impresion en el ánimo de los discipulos, cuanto ménos comprendian el orden de estos designios; y esto se hizo ver en las preguntas que hicieron con ocasion de esta última prediccion.

Habiéndoles pues anunciado Jesus que aquel magnifico edificio del templo sería enteramente destruido, vinieron en particular á encontrarlo á tiempo que estaba sentado en el monte de las Olivas, y le hicieron estas preguntas (5).

1.ª ¿Cuándo se verificaria lo que actualmente les habia dicho sobre la destruccion del templo: *Quando hæc erunt* (6)?

2.ª ¿Cuál sería la señal del cumplimiento de lo que les habia predicho; es decir, no solamente de la ruina del templo, de que en particular acababa de hablarles, sino tambien de la desolacion de Jerusalem y de las desgracias de la nacion, la que habia muchos dias que en diferentes ocasiones les habia anunciado: *Quod signum erit quando hæc omnia incipient consummari* (7)?

3.ª Por último ¿cuál sería la señal de su venida y del fin del mundo: *Quod signum adventus tui, et consummationis seculi* (8)?

Jesucristo no respondió precisamente á la primera cuestion de sus discipulos; se contentó con responder á una de las otras dos ó á las dos juntamente (9). Porque si todo se quiere aplicar á la segunda pregunta, que fué sobre las señales de la ruina de Jerusalem y del templo, se encuentran impedimentos por algunos textos que naturalmente no pueden entenderse mas que de la última venida de Jesucristo. Y por el contrario, si todo se quiere referir á la tercera cuestion se hallará uno detenido por textos que parece que del modo mas expreso hablan de la ruina de Jerusalem y demas desgracias que debian venir sobre la nacion judia.

Si se considera el contexto de las palabras de Jesucristo, comparando el texto de los tres evangelistas, parece que en la respuesta pueden distinguirse tres partes principales.

La primera especialmente se dirige á la segunda cuestion que los discipulos hicieron sobre las señales de la ruina de Jerusalem y del templo; pero de tal manera, que lo que Jesucristo dijo de esas señales pueda tambien aplicarse á lo ménos alguna parte, á las de su última venida (10).

La segunda parte únicamente parece relativa á la tercera pre-

(1) Matth. xxiv. 2. Marc. xiii. 1. 2. Luc. xxi. 5. 6. (2) Matth. xxi. 33. 45. xxii. 2-9. xxiii. 32-39. Marc. xiii. 1. 12. Luc. xxi. 11. 27. 41. 44. xx. 9. 19. (3) Luc. xxi. 43. 44. Matth. xxiii. 38. (4) Luc. xvii. 26. 37. (5) Matth. xxiv. 3. Marc. xiii. 3. 4. Luc. xxi. 7. (6) Matth. xxiv. 3. Marc. xiii. 4. Luc. xxi. 7. La Vulgata de S. Mat. con dice: *Quando isto sunt?* (7) Marc. xiii. 4. Se lee en S. Lucas, xxi. 7. *Quid signum est hæc omnia incipient?* El griego pone el pronombre *hec* que no expresa la Vulgata. (8) Matth. xxiv. 3. (9) Matth. xxiv. 4. 44. Marc. xiii. 5. ad fin. Luc. xxi. 3. 30. (10) Matth. xxiv. 4. 22. Marc. xiii. 5. 20. Luc. xxi. 8. 24.

racion de los evangelistas.

Prediccion de Jesucristo sobre la ruina del templo.

III.
Segunda parte de la narracion de los evangelistas. Preguntas de los discipulos con ocasion de la prediccion de Jesucristo.

IV.
Tercera parte de la narracion de los evangelistas. Respuesta de Jesucristo á la pregunta de sus discipulos.

perador Juliano el apóstata era el Anticristo predicho; y se ha notado que en las letras de su nombre escrito así: C. F. IVLIANVS CESAR AVG., las letras numerales que se encuentran, forman la suma de MCLXVI, que es según San Juan, el número del nombre del Anticristo. El mismo número tambien se ha notado en el nombre griego del impio Mahoma. Puede verse la Disertacion sobre el Anticristo (1); y en ella se hallará lo relativo á los caracteres de este último falso Mesias, y las diversas opiniones de antiguos y modernos, ya sobre el tiempo de su venida, ó ya sobre su origen, sus progresos y su fin.

[1] Esta Disertacion se colocará al principio de la segunda epístola de S. Pablo á los Tesalonicenses, tom. XIII.

DISERTACION

SOBRE

LAS SEÑALES DE LA RUINA DE JERUSALEN,

Y DE LA ULTIMA VENIDA DE JESUCRISTO.

I.
Diferentes opiniones de los intérpretes sobre el discurso de Jesucristo tocante á las señales de la ruina de Jerusalem y de su última venida. División y distribución de la narración de los evangelistas.

II.
Primera parte de la nar-

El discurso de Jesucristo sobre las señales de la ruina de Jerusalem y de su última venida, ha dividido á los intérpretes. Los mas de los antiguos padres lo explican todo de las de esta, y algunos intérpretes modernos pretenden explicarlo enteramente de las de aquella; San Juan Crisóstomo, Teofilacto y Eutimio lo distinguen en dos partes, y piensan que la primera es relativa á las señales de la ruina de Jerusalem, y la segunda á las de la última venida de Jesucristo. Finalmente, San Agustín, San Gerónimo y Beda, segudos de muchos modernos, creen que de estos dos grandes acontecimientos se habla en este discurso; y que conviene examinar el texto en sí mismo, para conocer en cual de los dos sentidos debe entenderse.

En la narración de los evangelistas (1) puede distinguirse, 1.ª la ocasion de este discurso que fué la prediccion de Jesucristo relativa á la destruccion del templo de los Judios. 2.ª Las preguntas que los discipulos le hicieron con este motivo. 3.ª El discurso mismo que contiene las respuestas á estas preguntas.

Dos dias antes de la muerte de este divino Salvador, cuando salia del templo, sus discipulos mostrándole este edificio, le hacian notar la belleza de las piedras que lo componian, la grandeza de la obra

(1) Matth. xxiv. 1. et seqq. Marc. xiii. 1. et seqq. Luc. xxi. 5. et seqq.

y los dones que lo adornaban. Jesucristo entonces les dijo: ¡Veis todo esto! pues en verdad os digo, que vendrá tiempo en que todo cuanto veis será destruido, sin quedar piedra sobre piedra (1).

Pero antes de esta prediccion que no tenia otro objeto que la ruina del templo, habia algunos dias que tenia anunciada en diversas ocasiones la de Jerusalem y las desgracias que ya estaban para caer sobre la nacion judia (2); y tambien habia notado las circunstancias (3). A mas de esto, en otras veces habia hablado igualmente de su última venida (4). Todo esto habia hecho tanta mayor impresion en el ánimo de los discipulos, cuanto ménos comprendian el orden de estos designios; y esto se hizo ver en las preguntas que hicieron con ocasion de esta última prediccion.

Habiéndoles pues anunciado Jesus que aquel magnifico edificio del templo sería enteramente destruido, vinieron en particular á encontrarlo á tiempo que estaba sentado en el monte de las Olivas, y le hicieron estas preguntas (5).

1.ª ¿Cuándo se verificaria lo que actualmente les habia dicho sobre la destruccion del templo: *Quando hæc erunt* (6)?

2.ª ¿Cuál sería la señal del cumplimiento de lo que les habia predicho; es decir, no solamente de la ruina del templo, de que en particular acababa de hablarles, sino tambien de la desolacion de Jerusalem y de las desgracias de la nacion, la que habia muchos dias que en diferentes ocasiones les habia anunciado: *Quod signum erit quando hæc omnia incipient consummari* (7)?

3.ª Por último ¿cuál sería la señal de su venida y del fin del mundo: *Quod signum adventus tui, et consummationis seculi* (8)?

Jesucristo no respondió precisamente á la primera cuestion de sus discipulos; se contentó con responder á una de las otras dos ó á las dos juntamente (9). Porque si todo se quiere aplicar á la segunda pregunta, que fué sobre las señales de la ruina de Jerusalem y del templo, se encuentran impedimentos por algunos textos que naturalmente no pueden entenderse mas que de la última venida de Jesucristo. Y por el contrario, si todo se quiere referir á la tercera cuestion se hallará uno detenido por textos que parece que del modo mas expreso hablan de la ruina de Jerusalem y demas desgracias que debian venir sobre la nacion judia.

Si se considera el contexto de las palabras de Jesucristo, comparando el texto de los tres evangelistas, parece que en la respuesta pueden distinguirse tres partes principales.

La primera especialmente se dirige á la segunda cuestion que los discipulos hicieron sobre las señales de la ruina de Jerusalem y del templo; pero de tal manera, que lo que Jesucristo dijo de esas señales pueda tambien aplicarse á lo ménos alguna parte, á las de su última venida (10).

La segunda parte únicamente parece relativa á la tercera pre-

(1) Matth. xxiv. 2. Marc. xiii. 1. 2. Luc. xxi. 5. 6. (2) Matth. xxi. 33. 45. xxii. 2-9. xxiii. 32-39. Marc. xiii. 1. 12. Luc. xxi. 11. 27. 41. 44. xx. 9. 19. (3) Luc. xxi. 43. 44. Matth. xxiii. 38. (4) Luc. xvii. 26. 37. (5) Matth. xxiv. 3. Marc. xiii. 3. 4. Luc. xxi. 7. (6) Matth. xxiv. 3. Marc. xiii. 4. Luc. xxi. 7. La Vulgata de S. Mat. con dice: *Quando isto sunt?* (7) Marc. xiii. 4. Se lee en S. Lucas, xxi. 7. *Quid signum est hæc omnia incipient?* El griego pone el pronombre *hec* que no expresa la Vulgata. (8) Matth. xxiv. 3. (9) Matth. xxiv. 4. 44. Marc. xiii. 5. ad fin. Luc. xxi. 3. 30. (10) Matth. xxiv. 4. 22. Marc. xiii. 5. 20. Luc. xxi. 8. 24.

racion de los evangelistas.

Prediccion de Jesucristo sobre la ruina del templo.

III.
Segunda parte de la narracion de los evangelistas. Preguntas de los discipulos con ocasion de la prediccion de Jesucristo.

IV.
Tercera parte de la narracion de los evangelistas. Respuesta de Jesucristo á la pregunta de sus discipulos.

gunta de los discípulos tocante á los signos de la última venida de Jesucristo y fin del mundo (1).

La tercera parte es la conclusion de las dos primeras (2).

Los discípulos de Jesucristo le preguntaban cuál era la señal del cumplimiento de todo lo que los predicaba relativo á la destruction de Jerusalem y del templo: *Quod signum erit quando haec omnia incipient consummari* (3)? Parece que á esta pregunta respondió desde luego: *Cuidado no os deis engañar; porque en mi nombre aparecerán muchos, y os dirán: Yo soy, yo soy el Cristo. Y ese tiempo está ya cerca, et TEMPS APPROPINQUAVIT. Ellos engañarán á muchos. Guardaos bien de seguirlos. Oiréis hablar de guerras... pero todavía no será el fin: NON IUDICUM EST FINIS. Se verá levantar á un pueblo contra otro pueblo;... habrá hambres y pestes;... mas todo esto no será mas que el principio de los dolores: INCIPIT DOLORUM HAEC... Pero antes de todas estas cosas, ANTE HANC OBNIAM, se apoderarán de vosotros y os perseguirán.... Por la paciencia conseguireis la salud de vuestras almas.... Primeramente debe predicarse el Evangelio á todas las naciones;... y entonces vendrá el fin. Et tunc veniet consummatio... Cuando viereis, pues, que los ejércitos sitian á Jerusalem, sabed que se acerca su destruction: TUNC SCITOTE QUIA APPROPINQUAVIT DESOLATIO EJUS... Entonces serán los días de la venganza;... y la cólera de Dios vendrá sobre ese pueblo. Serán pasados á cuchillo; se llevarán cautivos á todas las naciones, y Jerusalem será hallada á los pies de los gentiles, hasta que el tiempo de estos se complete (4). En mi juicio este encadenamiento manifiesta bien que todas las partes de esta profecía se refieren á la ruina de Jerusalem.*

Muchos vendrán en mi nombre, dice el Salvador (5), y dirán: Yo soy el Cristo, y ese tiempo ya se acerca. En efecto, despues de su muerte aparecieron muchos seductores entre los Judios anunciándose Cristos, y prometiendo restablecer el reino de Israel. El historiador Josefo habla de uno nombrado Teudas, que apareció á tiempo que gobernaba Cuspio Pado, y prometió á los Judios renovar en su favor el milagro de la division de las aguas del Jordan; creyólo el pueblo, y lo siguió. Entre aquellos seductores se cuenta á Simon Mago, que segun algunos tambien se daba por Cristo, y por mucho tiempo sedujo los pueblos con sus prestigios. Gobernando Felix apareció un egipcio de quien se hace mencion en los Hechos apostolicos (6), el cual habiendo reunido hasta treinta mil hombres en el monte de las Olivas, les prometió derribar con sola su palabra los muros de Jerusalem, echar fuera la guarnicion romana, y establecer allí su monarquía. Bajo el gobierno de Porcio Festo se levantó otro que se arrastró muchísima gente á la soledad, prometéndoles allí que se verian libres de toda clase de penalidades. De esta manera tuvo su cumplimiento la palabra de Jesucristo.

Oiréis hablar de guerras y rumores de estas, añadió el Salvador; Oiréis decir de guerras y sediciones; mas aun todavía no llega el fin (7). Despues de la muerte de Jesucristo y antes de la ruina de Jerusalem, diferentes pueblos se levantaron contra los Judios, y en nu-

(1) Matth. xxiv. 22-31. Marc. xiii. 21-27. Luc. xxi. 25-28. (2) Matth. xxiv. 32. 44. Marc. xiii. 28. ad fin. Luc. xxi. 29-35. (3) Marc. xiii. 4. 44. Matth. xxiv. 4-32. Marc. xiii. 5-29. Luc. xxi. 8-34. (4) Matth. xxiv. 5. Marc. xiii. 6. Luc. xxi. 8. (5) Act. xxi. 38. (6) Matth. xxiv. 6. Marc. xiii. 7. Luc. xxi. 9.

chos lugares sin darles cuartel, se les pasó á cuchillo, como en Alejandria, Cesarea, Scitopolis, Ptolemaida, Tyro y otros muchos lugares. Por su parte los Judios tambien se rebelaron en varios lugares de su pais contra los Romanos. Por donde quiera ardia entre ellos y contra ellos el fuego de la guerra.

Entonces, continuó Jesucristo, se verá que un pueblo se levanta contra otro, y un reino contra otro reino. Habrá hambres y pestes; y habrá en varias partes grandes temblores de tierra. En el cielo aparecerán extraordinarias y espantosas señales; mas todo esto no será mas que el principio de los dolores (1).

Verán levantarse un pueblo contra otro pueblo, y un reino contra otro. Los samaritanos, Sirios y Romanos atacaron á los Judios diversas ocasiones, y los Judios tambien se sublevaron contra los Romanos. En tiempo del gobierno de Pado, los Judios de la otra parte del Jordan atacaron á los de Filadelfia por sus límites. Bajo Cumano, los Judios y Galileos atacaron á los Samaritanos. Estas diferentes partes de la Galilea se estimaban entónces como otros tantos pequeños reinos.

Habrà hambres y pestes. La hambre es una consecuencia ordinaria de la guerra, así como la peste sigue á la hambre. En el libro de las Actas (2) se habla de la que acaeció imperando Claudio, que se extendió en todo el imperio romano, y atligó particularmente á la Judea.

Habrà grandes temblores de tierra en diversas partes. La historia de los Judios no nos ha conservado la memoria de los que habria en ese tiempo en la Judea; pero hubo muchos en la Asia menor y en las islas del Archipiélago en el imperio de Claudio, y en el de Neron.

Aparecerán en el cielo señales extraordinarias y espantosas. Refiere Josefo que por todo un año apareció un meteoro semejante á una espada suspensa sobre Jerusalem. En el año anterior á la sublevacion de los Judios y disturbios de la Judea, en la fiesta de Pascua, apareció al rededor del altar, y del templo un fuego que alumbraba por la noche, por espacio de media hora como si fuerá medio día. Pocos días despues de la fiesta de Pascua se vieron en el aire como carros y ejércitos que se combatian.

Pero guardaos, continuó Jesucristo, porque antes de esto, antes de las guerras, sediciones, sublevaciones, hambres, pestes, temblores de tierra, prodigios en el cielo; antes de todo esto se os echará mano, y os prenderán. Se os perseguirá, y seréis llevados á las sinagogas y á las cárceles. Se os hará comparecer ante las asambleas de los jueces, y en las sinagogas se os abofeteará. Seréis entregados á los tormentos, y se os hará morir. Por mi causa seréis presentados á los gobernadores y reyes, á fin de que en su presencia deis testimonio de mis hechos. Por mi nombre seréis llevados ante los presidentes y reyes, y esta será para que deis testimonio de mí (3). Son bien sabidas las persecuciones que los apóstoles y primeros fieles tuvieron que sufrir de los Judios y de los gentiles despues que habiendo subido Jesucristo á los cielos, descendió sobre sus discípulos el Espiritu Santo. Los apóstoles revestidos de la virtud de lo alto apé-

(1) Matth. xxiv. 7. 8. Marc. xiii. 8. Luc. xxi. 10. 11. (2) Act. xi. 28. (3) Matth. xxiv. 9. Marc. xiii. 9. Luc. xxi. 12. 13.

V.
Primera parte del discurso de Jesucristo. Jesus responde á la cuestion de sus discípulos relativa á los señales de la ruina de Jerusalem y del templo.

VI.
Seductores y falsos Mesías que debían levantarse antes de la ruina de Jerusalem.

VII.
Guerras y sediciones que debían preceder á la ruina de Jerusalem.

VIII.
Insuperaciones, hambres, pestes, temblores de tierra, y prodigios en el cielo, que debían anunciar la ruina de Jerusalem.

IX.
Persecuciones que los fieles han de sufrir antes de la ruina de Jerusalem.

nas comenzaron á predicar el Evangelio, cuando se echó mano sobre ellos y se les puso en la cárcel pública: fueron presentados al consejo, y no los despidió hasta hacerles sufrir el oprobio de ser azotados. No se necesita mas que leer los Hechos de los apóstoles, las Epístolas de San Pablo y los anales de la Iglesia para encontrar el total cumplimiento de las palabras de Jesucristo en las persecuciones que tuvieron que tolerar los cristianos en los primeros años de la naciente Iglesia.

Jesucristo despues de haber anunciado á sus discípulos las persecuciones que dentro de muy breve habrían de sufrir, les advirtió que no cuidarán de lo que habian de responder á los jueces y magistrados ante quienes fueran presentados. Cuando fueris conducidos y puestos bajo su poder, les dijo Jesucristo, no premediteis lo que debéis responderles, ni os molestéis por esto; sino decidles lo que en aquel momento se os inspirará, porque no seréis entonces vosotros los que hablareis, sino el Espíritu Santo. Proponéos no premeditar lo que debais decir en vuestra defensa, porque os dará palabras y sabiduría á que no podran contradecir ni resistir vuestros enemigos (1).

Despues de haberles hecho esta advertencia, continuó Jesucristo anunciándoles y especificándoles las persecuciones á que muy breve iban á exponerse. Entonces muchos, les dijo, tomarán motivo de escándalo y de caída (2); se entregarán, y se aborrecerán mutuamente. El hermano condenará á muerte al hermano; el padre, al hijo; y los hijos se levantarán contra sus padres y madres, y los harán morir. Vuestros padres y madres, vuestros hermanos, parientes y amigos os haván traicionado, y os entregarán, y á muchos de vosotros se hará morir. Todos vosotros seréis aborrecidos por mi nombre; pero sin embargo ni un solo cabello de vuestra cabeza perecerá. Mi Padre os restituirá cuanto por mi causa hubiereis perdido. Las primeras persecuciones que los fieles sufrieron, verificaron todo lo que Jesucristo habia dicho á sus discípulos. Los historiadores así cristianos como paganos testifican igualmente el odio público á que los primeros fieles fueron expuestos.

Jesucristo en pocas palabras repitió despues lo que acababa de decir sobre la seducción de que deberian precaverse sus discípulos y las persecuciones que habian de sufrir. Se levantarán, les decía el Señor (3), muchos falsos profetas que engañarán á muchos: y por cuanto abundará la iniquidad, la caridad en muchos se refriará. El que perseverare y conservare la paciencia hasta el fin, será salvo; porque por la paciencia habréis de obtener y conservar la salud de vuestras almas. Antes de la desolacion de esta ciudad, precaveos de la seducción de los falsos profetas, de la violencia de los malos, y de la pérdida de vuestros hermanos. La mentira se esforzará por dominar sobre vuestros ánimos: unos seducirán, y otros gustarán de ser engañados. Muchos dirán: Yo soy el Cristo, y muchos los escucharán y los seguirán: Multi pseudoprophetae surgent, et seducent multos. Abundará la iniquidad; excitará contra vosotros á los

(1) Marc. xiii. 11. Luc. xxi. 14. 15. (2) Matth. xxiv. 9. 10. Marc. xiii. 12. 13. Luc. xxi. 16. 17. 18. (3) Matth. xxiv. 11. 12. 13. Marc. xiii. 13. Luc. xxi. 19.

tribunales; en contra vuestra sublevará los pueblos; se os aborrecerá, se os perseguirá, se os hará sufrir tormentos y tambien la muerte. En medio de este diluvio de iniquidad, la caridad de muchos se refriará, y no habrá para vosotros ni el afecto que inspira la religion, ni sentimientos de amistad, y ni aun las impresiones de un amor natural. El padre se levantará contra el hijo, el hijo contra el padre, el hermano contra el hermano: dominando en esos corazones corrompidos la iniquidad, ya no habrá caridad, amor ni compasion: Et quoniam abundavit, iniquitas, refrigescet charitas multorum. Expuestos de esta modo á la seducción, á la violencia, á la perfidia, al odio, únicamente os salvará una fe firme y constante que no cede ni á la ilusion de la mentira, ni al amor del reposo y de la tranquilidad, ni al temor de los tormentos, ni á la misma muerte. Solo la paciencia salvará vuestras almas: In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Ante todas cosas conviene, continua Jesucristo, que el Evangelio se predique á todas las naciones. Este Evangelio del reino celestial será predicado en toda la tierra habitada, para serir de testimonio á todas las naciones, y entonces será el fin y la consumacion. Jerusalem no será destruida, ni arruinado su templo sin que antes se haya predicado el Evangelio á todas las naciones conocidas, á los gentiles, á los judíos, á los griegos y á los bárbaros. El pueblo nuevo debe formarse antes que del todo se quite el antiguo. Es necesario que la Iglesia cristiana se propague en todas las naciones, antes que la sinagoga infiel, compuesta de la multitud de Judíos incrédulos, sea enteramente repudiada: Et in omnes gentes primam oportet praedicari Evangelium. Pero despues que el Evangelio del reino del cielo se haya anunciado á todo el mundo conocido y habitado, vendrá el fin y la total consumacion de las desgracias que he predicho contra ese templo, esa ciudad y ese pueblo: Et tunc veniet consummatio.

Antes de la ruina de Jerusalem solo San Pablo habia llevado el Evangelio á una gran parte del imperio romano. Por los trabajos y progresos de este apóstol pueden calcularse los de todos los demas. En su epístola á los Romanos escrita casi veinte y cinco años despues de la muerte de Jesucristo, y doce ó trece años antes de la ruina de Jerusalem, no teme aplicar desde entonces aquella expresion del Salmista: Resoná su vox per toda la tierra, y su palabra se hizo oír hasta los confines del mundo: Ex quibus in omnes terram exiit sonus eorum (2). En su epístola á los Colosenses escrita cerca de treinta años despues de la muerte de Jesucristo, y siete ú ocho años de la destruccion de Jerusalem, atestigua igualmente estar ya propagado el Evangelio en todo el mundo: In universo mundo (3), y haberse predicado á cuantas criaturas hay bajo del cielo: In universa creatura (4).

Entonces pues, prosigue Jesucristo, cuando viereis la abominacion de la desolacion, anunciada por el profeta Daniel, colocada en el lugar santo, lugar en donde no debia estar (el que leyere esto, añade el evangelista, entienda bien lo que lee); y cuando viereis, aña-

X.

El evangelio dicho predica- rse á todas las naciones antes de la ruina de Jerusalem.

XI.

Sitio de Jerusalem por los Romanos; signos

(1) Matth. xxiv. 14. Marc. xiii. 10. (2) Rom. i. 18. (3) Col. i. 6. (4) Col. i. 23.

de su próxi-
ma desola-
cion.

ció Jesucristo, que los ejércitos cercan á Jerusalem, conoced entonces que está próxima su desolacion (1). Para entender esto, debe recordarse la profecía de Daniel. Anunciando á este profeta el ángel Gabriel las célebres setenta semanas que deberían concluirse con la muerte del Mesías, se expresa de esta manera: Desde el día en que se dará el decreto de reedificar á Jerusalem hasta el tiempo en que venga el jefe que es el Cristo, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas... las que pasadas, morirá el Cristo... y un pueblo conducido por el jefe que debe venir, destruirá la ciudad y el santuario... á los lados de la ciudad se verá la abominacion de la desolacion; y hasta la total destruccion, se extenderá la cólera del Señor sobre este arruinado lugar (2). La version Vulgata de la profecía de Daniel dice: Se verá en el templo la abominacion de la desolacion; pero el texto original no habla mas que de los lados ó costados de la ciudad, es decir, de sus alrededores ó circuito (3); y allí fué donde se puso la abominacion de la desolacion, cuando en ese lugar levantaron los Romanos las insignias profanas, adornadas por ellos como divindades, y representando las imágenes ó símbolos de sus falsos dioses. La ciudad de Jerusalem se llamaba la Santa Ciudad; el monte de Sion, sobre el cual estaba edificada, se llamaba igualmente el Monte Santo, como consagrados ambos de un modo especial al Señor; y por esto Jesucristo hablando del lugar donde habrían de colocarse las insignias profanas, lo llamó lugar santo, in loco sancto (4); lugar donde no deben estar los ídolos, ubi non debet (5), porque con ponerlos se profana el lugar. La profecía de Daniel clara y necesariamente se dirige á la ruina de Jerusalem, ruina que debe seguir á la muerte de Jesucristo. Luego la profecía de Jesucristo que recuerda la de Daniel, debe entenderse tambien de esa misma ruina. Y en efecto en el tiempo de esta destruccion tuvo su puntual cumplimiento. No solamente la abominacion de la desolacion fué puesta en el lugar santo, donde no debía estar, cuando las insignias profanas del ejército romano se colocaron al rededor de Jerusalem; sino que tambien esta circunstancia fué la mas próxima señal de la desolacion de esta ciudad, segun la habia predicho Jesucristo: Tunc scitote quia appropinquavit desolatio ejus (6).

Entonces, continúa Jesucristo (7), cuando venis que los ejércitos cercan á Jerusalem y que la abominacion ocupa el lugar santo, que no debe ocupar, entonces los que se hallaran en la Judea, huyan á los montes; los que estuvieren en medio de ella, válganse; y los que hubiere fueren, no vuelvan á entrar en el que está sobre el techo, no bajen á su habitacion ni entre á tomar cosa alguna; y el que se hallare en el campo, no regrese á tomar sus vestidos; piensen todos únicamente en salir con prontitud de esta tierra, porque entonces esos serán dias de venganza para que se cumpla cuanto tiene dicho la Escritura; entonces es cuando la venganza del Señor co-

(1) Matth. xxv. 15. Marc. xiii. 14. Luc. xii. 20. (2) Dan. ix. 27. Et erit in templo (habet, según otros) abominatio desolatio. Véase lo que se ha dicho sobre esto en la Difertacion sobre las setenta semanas de Daniel, al principio del libro de este profeta, tom. vii. (3) Matth. xxiii. 15. Debe notarse que en el griego se lee literalmente en su lugar santo. (4) Marc. xiii. 14. (5) Luc. xxi. 20. (6) Matth. xxiv. 16. 17. 22. Marc. x. u. 13, 15. Luc. xii. 21. 22.

menzará á venir sobre este pueblo, y cuando se cumplan las amenazas que contra él prodijeron los profetas.

Eusebio nos enseña, que aun antes del sitio de Jerusalem, los cristianos que habia en esa ciudad, avisados por revelaciones particulares de su próxima desolacion, se salieron por orden de Dios, y se retiraron al otro lado del Jordan, á los montes de Galaad, á Pella, y á otras ciudades vecinas. El mismo consete dió Jesucristo á los discípulos que estuvieran en la Judea al tiempo del sitio de Jerusalem.

En la Palestina los techos de las casas eran de azotea, y allí se estabur frecuentemente, pudiéndose ir á este terrado sin entrar en la casa, porque la escalera para subir y bajar quedaba por la parte de afuera; y por esto Jesucristo les decia: El que estuviere sobre el techo, no descienda al interior de la casa. Que descienda, pero no entre á la casa; sino que baje para huirse, y descendiendo no se detenga en entrar á tomar alguna cosa. Expression parabólica que simplemente da á entender la diligencia y prontitud con que conviene escapar para no ser envuelto en la ruina de esa pueblo.

Los profetas tenian predicho los males que vendrian sobre Jerusalem despues de la muerte del Mesías. Los habian anunciado, ya en términos claros y precisos, como se vé en el libro de Daniel cuya profecía acabamos de referir, ya en términos figurados, y especialmente bajo el simbolo de la ruina de la infiel Samaria, como se vé en Isaías, en Jeremias, en Ezequiel, en Oseas, en Amos y en Miqueas. Por esto añade Jesucristo: Porque serán entonces los dias de la venganza, para que todo lo que dice la Escritura se cumpla.

Áy de aquellos, continúa Jesucristo (1), áy de aquellos que estabur en ciuta ó criando en esos dias, porque no podran huir con prontitud. Pedid á Dios que no sea vuestra fuga en invierno, para que no os impidan las incomodidades de esta estacion; ni que sea en el día del sábado, en el cual no podeis caminar mucho (2); porque la afliccion de ese tiempo será tan grande, que desde el principio del mundo, desde que hubo criaturas, que son la obra de Dios, hasta el presente, no la ha habido semejante, ni jamas la habrá.

Efectivamente, no es necesario mas que leer en el historiador Josefó los males que desde entonces comenzaron á caer sobre los Judíos, y de cuyas consecuencias hasta hoy se ve el efecto, para conocer al instante que todos los siglos juntos no presentan un ejemplo de una revolucion tan formidable. S. Agustín observa (3) que los males que entonces comenzaron á venir sobre los Judíos eran tales, que segun la expresion del historiador Josefó, apenas parecian creibles; de donde concluye este santo doctor, que no sin razon se ha dicho que semejante afliccion ni la ha habido ni la habrá. No exceptua ni aun la persecucion que vendrá un dia por el Anticristo, pues por terrible que sea, no lo será para los Judíos, que estando entonces convertidos á Jesucristo, la cuchilla de los perseguidores no hará otra cosa que procurarles la corona del martirio.

(1) Matth. xxiv. 19. 20. 21. Marc. xiii. 17. 18. 10. Luc. xi. 25. (2) Entre los Judíos solamente podia comunicarse Aedia legita el sábado. (3) Aug. ep. ad He. de fin. sec. 139. ul. 89. n. 30.

XIII.

Extremos
males que
deben venir
sobre la na-
cion juda.

XII.
Jesucristo ad-
vertió á sus
discípulos
que se retira-
ran de la lu-
da cuando
viesan cerca-
da á Jerusa-
len.



XIV.

Desolacion de la Juinea; carniceria de los Judios; su crueldad y dispersion. Duracion de las venganzas de Dios sobre este pais.

Una grande afliccion se derramará sobre ese pais, añade Jesucristo, y la cólera de Dios vendrá sobre ese pueblo. Ellos serán pasados á cuchillo; serán llevados cautivos á todas las naciones, y Jerusalem será hollada por los gentiles hasta que se complete el tiempo de estos [1].

Las venganzas del Señor sobre la nacion Judía no pueden estar mas exactamente caracterizadas. Segun el historiador Josefo el numero de los Judios que perecieron desde el principio de la guerra que terminó con la ruina de Jerusalem, asciende á un millon trescientos treinta y siete mil cuatrocientos noventa, fuera de los que no se computaron. Noventa y siete mil fueron los cautivos vendidos como esclavos. La dispersion de ese pueblo ni podia estar predicha con mas claridad, ni verificada con mas exactitud.

Desde que Jerusalem fué tomada y destruida por los Romanos, quedó bajo el poder de los gentiles, sin que jamas hayan podido los Judios restablecerse en ella. Es cierto que en tiempo de Constantino, casi doscientos cuarenta años despues de la toma de esta ciudad, se establecieron en ella los cristianos, pero trescientos años despues volvió el dominio de los infetles: los sectarios del impio Manoma se hicieron gres, y desde entónces, á pesar de los esfuerzos que han hecho los cristianos para recobrar la posesion, jamas han podido conservarse allí.

En este lugar no tanto se habla de los edificios de Jerusalem, cuanto de sus hijos. No es solamente la ciudad la que debia ser hollada por los gentiles, es la nacion entera de la cual esta era el centro y la capital. En este sentido dijo Jesucristo que sería hollada por los gentiles hasta cumplirse el tiempo de estos: *Donec impleantur tempora nationum*, ó como se expresa el griego, *tempora gentium*. Porque en vano se bisonjea el judio carnal de que esta ciudad, cuyas ruinas llora, nunca estara bajo los piés de los gentiles, y que vendrá tiempo en que se verá libre de esta sujecion, volverá á su pueblo y será restablecido con esplendor. En vano se esfuerza á interpretar en este sentido las promesas de los profetas tocantes á la restauracion y gloria de Jerusalem. En vano han pretendido los milenarios adoptar y justificar en este punto las ideas carnales de los Judios. No; las promesas de los profetas tienen un objeto mas digno del Espiritu de Dios; ellas en un sentido espiritual miran á los bienes eternos que Dios ha preparado á su Iglesia, que es la verdadera Jerusalem de que hablan los profetas. Pero segun la expresion de S. Pablo, *la ceguedad que ha venido sobre una parte de Israel, durará hasta que haya entrado en la Iglesia la plenitud de las naciones, y entónces todo Israel será salvo* [2]. Los Judios han sido entregados al poder de los gentiles en castigo de su obstinacion; y esta sujecion durará hasta que Dios, habiendo acabado de ejercer sus venganzas sobre ellos por las manos de los gentiles, los convierta y los salve, dándoles parte en la redencion eterna que ha preparado á sus escogidos: *Et Jerusalem calcabitur á gentibus donec impleantur tempora gentium*. Esto es lo que el P. Carrieres expresa de esta ma-

(1) *Luc. xii. 23. 24.* (2) *Rom. xi. 25. 26.*

nera: „Y Jerusalem será hollada por los gentiles hasta que el tiempo de estos se cumpla, y hayan ejecutado todo lo que Dios por medio de ellos quiere hacer para castigar esta nacion infiel, y que se complete el número de los gentiles que deben abrazar la fe.“ Lo que sigue confirmará esta interpretacion.

Y si esos dias, continúa Jesucristo (1), dias de afliccion y de venganza, dias en que la cólera de Dios vendrá sobre ese pueblo, si esos dias no se abreviaran por el Señor, todo hombre perecería; á la letra, nadie quedaria salvo: todo ese pueblo será exterminado. Pero el Señor los abrevia por los electos que se ha reservado.

Si Dios únicamente consultara al rigor de su justicia, estos dias podrian durar hasta el fin de los siglos; y entónces apareciendo el Hijo del hombre, sin que se apartara la cólera de Dios de sobre ese pueblo, sus reliquias serian envueltas en el anatema con que Jesucristo en ese tiempo debe herir á todos sus enemigos. Mas Dios tiene presentes las promesas que ha hecho á la casa de Israel, y se acuerda de su misericordia en favor de los electos que se ha reservado entre las reliquias de ese pueblo. Porque los dones y la vocacion de Dios son inmutables, y no se arrepiente. Si al presente los hijos de Israel, dice S. Pablo, son enemigos en cuanto al Evangelio, son amados en cuanto á la eleccion (2). Y en favor de los preciosos restos que ha encerrado el Señor en el decreto de la eleccion ha resuelto abreviar esos dias de venganza, y hacer que terminen antes de la última venida del Hijo del hombre. Antes que llegue ese grande y terrible dia, en que el Hijo del hombre ha de venir á destruir á todos los que han corrompido la tierra, será enviado el profeta Elias para reyoque á los Judios á la fe de sus padres, y hacerlos conocer al Mesías que han despreciado, para que los restos de ese pueblo que han sido electos y predestinados á la vida, no perezcan en ese dia formidable (3).

Hasta aqui hemos considerado el sentido inmediato y literal de las palabras de Jesucristo; y hemos manifestado que toda esta primera parte del discurso del Hombre Dios puede entenderse de las señales que deben preceder á la ruina de Jerusalem, de los caracteres de esta, y de la asombrosa desolacion que debe seguir. Pero los mas de los padres han percibido en ella un segundo sentido, cuyo objeto son los mismos signos de la última venida de este divino Salvador, y los males que su Iglesia debe entónces padecer. Han estado persuadidos de que antes de ella aparecerán falsos profetas y falsos Cristos; y el mismo Jesucristo muy en breve nos lo dirá en la continuacion de este discurso (4), y han juzgado que al aproximarse, habrá en el mundo guerras y sediciones; y esto parece que podria probarse con la profecía de Azarias, hijo de Oded, referida en el segundo libro de los Paralipómenos, en la cual se leen expresiones enteramente semejantes á las de Jesucristo (5). Son de sentir que habrá entónces hambres y pestes, y nosotros tenemos ya notado esto como consecuencias naturales de la guerra. Han pensado que en ese tiempo se experimentarían temblo-

(1) *Matth. xxiv. 22. Marc. xiii. 20.* (2) *Rom. xi. 28.* (3) *Mat. iv. 5.* Véase el sermón de S. Crisostomo que hemos referido en el prefacio sobre Malaquias. (4) *Matth. xxiv. 23. 24. Marc. xiii. 21. 22.* (5) *2. Par. xv. 1. et seq.*

XV.

El Señor abreviará los dias de sus venganzas sobre los Judios en favor de los electos reservados en las reliquias de un pueblo

XVI.

Segundo sentido de la primera parte del discurso de Jesucristo Paralelo entre las señales que han seguido á la ruina de Jerusalem, y las que precederán á la última venida de Jesucristo.

res de tierra, y en el cielo se verán fenómenos extraordinarios; y la secuela del discurso nos mostrará que estas serán las señales mas próximas á su última venida (1). Han juzgado, que entónces se levantarán nuevas persecuciones contra sus discípulos, y es indubitable que esta sea la causa de la apostasia de que habla S. Pablo, y á quien seguirá, segun este apóstol, aquel hombre de pecado que Jesucristo exterminará con el esplendor de su presencia (2). Mil veces han repetido los padres que en esos dias principalmente abundará la iniquidad, y se resfriará la caridad, y han probado por esta otra palabra de Jesucristo (3) que cuando el Hijo del hombre venga, apénas encontrará fe en la tierra. Han dicho tambien, que ántes de la destruccion del mundo el Evangelio se anunciará á las naciones que todavía no lo habian conocido; y entónces vendrá el fin. Y efectivamente, S. Juan nos advierte que poco antes del fin del mundo, y al acercarse la hora del juicio, el Evangelio con un nuevo brillo será anunciado á todas las naciones de la tierra (4). Los padres estan persuadidos, de que entónces bajo el reinado del Anticristo, se verá la abominacion de la desolacion colocada en el mismo lugar santo, segun la profecia de Daniel, quien predijo esto mismo para el tiempo de la ruina de Jerusalem (5). Han pensado, que á ese tiempo podia aplicarse lo que Jesucristo dice, de que el que esté sobre el techo no descienda á su casa á tomar sus vestidos; y en efecto, en otra ocasion lo tenia ya dicho (6) hablando de los tiempos cercanos á su última venida. Finalmente los padres no han tenido dificultad en aplicar á esos últimos tiempos lo que Jesucristo anunció de aquella tribulacion tan grande, que jamás la habrá habido semejante. Y ciertamente como el judío jamas experimentó tribulacion igual á la que sufrió en la destruccion de Jerusalem; así tampoco verá la Iglesia una tribulacion como la que padeciera viviendo el último Anticristo; tribulacion tal, que con distincion la llama S. Juan, *la gran tribulacion* (7). Hay pues ciertamente una relación muy real entre las señales que precedieron á la destruccion de Jerusalem y las que precederán á la última venida de Jesucristo; de manera que cuanto dijo Jesucristo de las unas puede igualmente aplicarse á las otras. Pero volvamos á tomar el hilo del discurso de nuestro Salvador.

XVII.
Segunda parte del discurso de Jesucristo. Jesús responde á la pregunta de sus discípulos relativa á la señal de su venida.

Respondiendo Jesucristo á la segunda cuestion de sus discípulos sobre las señales de la ruina de Jerusalem, se expresó de modo, que lo que dijo de esas señales, tambien podia entenderse de las de su última venida. Pero en fin, comenzó á responder clara y distintamente á la tercera pregunta de suerte que las expresiones de la segunda parte de su discurso, parece que solamente deben tomarse en este sentido. Sus discípulos le preguntaron cual seria la señal de su última venida y del fin del mundo: *Quod signum adventus tui, et consummationis seculi?* y á esto precisamente se dirige su respuesta. Hablando de la destruccion de Jerusalem, anunció los dias de afliccion y venganza que entónces comenzarían á venir sobre el pueblo judío; predijo que Jerusalem sería hollada por los piés de los gentiles, hasta completarse el tiempo de estos; y añadió que esos

(1) *Matth. xxiv. 29-30. Marc. xiii. 24-25. Luc. xii. 25-26.* (2) *2. Theos. ii. 3-8.* (3) *Luc. xviii. 8.* (4) *Apoc. xiv. 6, 7.* (5) *Dan. xii. 11.* (6) *Luc. xvi. 31—(7) Apoc. vii. 14.*

dias de venganza se abreviarían en favor de los electos que Dios se ha reservado en las reliquias de ese pueblo: *Entónces, continúa Jesucristo, entónces, tunc, si alguno os dice: El Cristo está aquí ó allí, no lo creais; porque se levantarán Cristos falsos y falsos profetas que obrarán prodigios y cosas admirables, capaces de seducir, si fuera posible, á los mismos electos.... Si pues se os dice: Ved que está en el desierto.... ó en el lugar mas retirado de la casa, no lo creais, porque como el relámpago que parte del oriente, y repentinamente se manifiesta hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre: ITA ERIT ET ADVENTUS FILII HOMINIS.... En esos dias y despues de esa afliccion, IN ILLIS DIEBUS, POST TRIBULATIONEM ILLAM, el sol se oscurecerá, y la luna no enviará su luz.... La señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo.... y entónces se verá al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes con un gran poder y mucha gloria: ET TUNC VIDENTUR FILIIUM HOMINIS VENIENTEM IN NUBIBUS CUM VIRTUTE MULTA ET GLORIA....* Entónces pues, cuando oierais acontecer todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está ya casi á la puerta: *SUBITO QUE PROPE EST IN JANUA.* En verdad os digo que no pasará esta generacion sin que esto se cumpla.... El dia y la hora nadie la sabe, y lo que accedió en tiempo de Noé sucederá en la venida del Hijo del hombre: *ITA ERIT ET ADVENTUS FILII HOMINIS* (1). Es evidente que todo esto se dirige á la última venida de Jesucristo.

Pero nótese la estrecha union que pone Jesucristo entre los dias de afliccion y de venganza que deben venir sobre los Judios, y las señales que han de anunciar su última venida. Aquellos dias de afliccion se abreviarán, dice Jesucristo, en favor de los electos que Dios se ha reservado. Y entónces, *tunc, si alguno os dice: El Cristo está aquí ó allí, no lo creais, porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, que harán prodigios, grandes portentos, y cosas admirables capaces de seducir, si fuera posible, á los mismos electos. Guardaos pues mucho; y yo he querido advertiros anticipadamente todas estas cosas. Si pues se os dice: Ved que está en el desierto, no vayais allá. Si se os dice: Ved que está en lo mas retirado de la casa, no lo creais, porque como un relámpago que sale del oriente, y repentinamente aparece en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre* [2].

Os he hablado ya de los falsos Cristos y de los falsos profetas que se levantarán; pero tambien os he dicho que está cercano el tiempo en que estos deben aparecer; ahora os hablo de los que deben aparecer en un tiempo mas distante. Primeramente os hablé de los que deben venir ántes de la destruccion de Jerusalem; al presente os hablo de los que vendrán al fin de aquellos dias de afliccion y de venganza, que comenzarán en el sitio de Jerusalem, y no terminarán sino cuando el tiempo de los gentiles se haya cumplido. Os hablé de los falsos Cristos y de los falsos profetas; pero no os dije de ellos que harian prodigios y cosas portentosas, como ahora os lo digo de estos. De aquellos os dije que

XVIII.
Falsos cristos y falsos profetas que aparecerán hacia el tiempo de la última venida de Jesucristo.

(1) *Matth. xxiv. 23-41. Marc. xiii. 21-32. Luc. xii. 25-33.* (2) *Matth. xxv. 22. 27. Marc. xiii. 29, 32.*

engañarian á muchos; pero de estos os he anunciado que harán señales y prodigios capaces de seducir, si fuera posible, á los mismos electos. Entonces os hablo de los falsos Cristos y falsos profetas que aparecerían antes de la ruina de Jerusalem, y que su seducción apenas haría progresos en solos aquellos Judios que no creían en mí; mas al presente os hablo de los falsos Cristos y profetas que vendrán antes del fin de los días de la venganza del Señor sobre la nacion judia, y cuya seducción será capaz de arrastrar á muchos, aun de los gentiles que crean en mí, pero que no estén firmes en la fe, ni perseveren en el amor de la verdad para ser salvos (1). Porque lo que aquí os he dicho, no ha sido precisamente por vosotros, sino por los que despues de vosotros vendrán de la misma manera: cuanto antes os hablaré de las señales de mi última venida, y os exhortaré á que con confianza levanteis la cabeza, cuando estos signos comiencen á manifestarse, y no obstante vosotros no las veréis; pero hablando con vosotros, dirijo mis palabras á los que vendrán despues, para prevenirles desde ahora sobre los falsos Cristos y profetas que en su tiempo aparecerían antes del fin de aquellos días de venganza que deben venir sobre este pueblo incrédulo.

Está bastante manifestado que aun no se ha verificado enteramente la profecion de Jesucristo. Aun no se han visto los falsos Cristos y profetas cuyo signos y portentos hayan podido seducir, si fuera posible, á los mismos electos. Pero puede creerse que estas palabras tienen por objeto un tiempo que todavía no ha llegado. Bien puede juzgarse que uno de esos falsos Cristos sea el mismo Anticristo, aquel impio á quien destruirá el Señor con el esplendor de su presencia, y de quien dijo S. Pablo que debía venir acompañado del poder de Satanás, con toda clase de milagros, de signos y de prodigios mentirosos, y con todas las ilusiones que pueden llevar á la iniquidad á los que perecen (2). Es creíble que uno de los falsos profetas será el mismo que acompañará al Anticristo, y que por esto S. Juan lo designa bajo el nombre de falso profeta de la bestia, y á quien será dado el poder obrar grandes portentos y seducir con ellos á los habitantes de la tierra (3).

Mas este falso Cristo y falso profeta no serán solos, porque Jesucristo dice que serán muchos, y añade: *Si pues se os dice: Ved que en el desierto está el Cristo, no vayais allá: si se os dice: Ved que está en el lugar mas retirado de la casa, no lo creais; porque como un relámpago que asoma en el oriente, y repentinamente se extiende hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. En cualquiera lugar que se encuentre el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas (4).*

Acordaos de lo que os decía cuando me preguntaron los fariseos, cuándo vendría el reino de Dios (5). Yo os decía que en

XIX.
La última venida de Jesu.

(1) 2. Thes. v. 8.—10. *Et tunc revelabitur ille iniquus..... cujus est adventus secundum operationem Satanae, in omni virtute, et signis, et prodigiis mendacibus, et in omni seductione iniquitatis ut qui perant: eo quod charitatem veritatis non receperunt ut eis fuerit.* (2) 2. Thes. v. 8.—10. (3) Apoc. xii. 13 14. xii. 20. (4) Matth. xxiv. 26.—28. (5) Luc. xvi. 20. *et fn.*

ese día, ó mas bien en esa noche en que el Hijo del hombre aparecerá, de dos personas que estarán en un mismo lecho, la una será tomada para ser llevada al cielo, y la otra quedará para descender al infierno; de dos mugeres que juntas molerán en un mismo molino, la una será tomada, y la otra quedará; de dos personas que estarán en un campo, la una será tambien tomada, y la otra quedará. Vosotros entonces me preguntasteis: *¿Cuándo será esto, Señor! ¿En qué lugar os manifestaréis, y en qué día haréis esa terrible separación? Y os respondí: En cualquier lugar que se encuentre el cuerpo, allí se juntarán las águilas, en donde quiera que esté el cuerpo del que debe ser la víctima sacrificada por la salud de los hombres; allí los electos, como águilas espirituales acostumbradas á alimentarse con su carne adorable, se congregarán á su alrededor para nutrirse eternamente con él. En cualquiera parte que aparezca el Hijo del hombre en el día de su venida, los electos congregados de las cuatro partes del mundo, y revestidos de la incorruptibilidad, serán transportados en las nubes, y por los aires llegarán todos á su presencia. Lo que entonces os dije, al presente os lo repito.*

Así es como han explicado los padres: estas palabras de Jesucristo, cuyo comentario mas natural es el siguiente del apóstol San Pablo: *Dada la señal por la voz del arcángel, y al sonido de la trompeta de Dios, el Señor en persona descenderá del cielo, y los que hubieren muerto en Jesucristo resucitarán al momento; despues nosotros que estaremos vivos, y que quedaremos en la tierra, seremos llevados con ellos en las nubes para presentarnos al Señor en medio del aire (1).*

Pero en esos días, continúa Jesucristo, *é inmediatamente despues de esta afliccion, se observarán señales en el sol, en la luna y en las estrellas. El sol se oscurecerá, y la luna no enviará su luz; caerán las estrellas del cielo, y los ejércitos celestiales se conmoverán. Entonces el estandarte del Hijo del hombre se dejará ver en el cielo; y todos los pueblos del mundo gimiendo golpearán sus pechos. En la tierra las naciones se consternarán con el espantoso ruido que hará el mar agitando sus olas, y los hombres quedarán yertos de temor al esperar los males que amenazan al mundo. Porques los ejércitos celestiales se conmoverán. Y entonces se verá que viene el Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y gran gloria (2).*

Parece pues según estas palabras, que las señales próximas á la última venida de Jesucristo seguirán muy de cerca al fin de los males que hasta el día de hoy oprimen al pueblo judío. Los días de afliccion y de venganza que vmieren sobre ese pueblo, cesarán antes que dichas señales aparezcan; pero luego que aquellos cesen, estas comenzarán á manifestarse. Esto es lo que el P. Carreres expresa en su paráfrasis sobre el texto de San Lucas, de este modo: *La cólera del cielo vendrá sobre ese pueblo: sus individuos serán pasados á cuchillo, los llevarán cautivos á todas las naciones, y Jerusalem será hollada por los pies de los gentiles, hasta*

cristo será su penitencia y su misericordia; al momento se juzgará certez de ellos electos.

XX.

Las señales próximas á la última venida de Jesucristo seguirán muy de cerca al fin de los males que hasta hoy oprimen al pueblo judío.

(1) 1. Thes. iv. 16. 17.—(2) Matth. xxiv. 29, 30. Marc. xiii. 24, 26. Luc. xxi. 25—27.

que el tiempo de estos se complete, y hayan ejecutado todo cuanto Dios quiere hacer por sus manos, á fin de castigar á esta nacion iníel, y se llene el número de gentiles que deben abrazar la fe. Entonces los Judios se convertirán, y poco despues será el fin del mundo. Este será anunciado por asombrosos prodigios que se verán en el cielo y en la tierra. Por lo que toca al cielo, habrá señales extraordinarias en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra las naciones se consternarán....Entonces verá al Hijo del hombre que vendrá sobre una nube revestido de un gran poder y magestad.*

Toda la tradicion ha reconocido la intima conexión que aquí supone el P. Carrieres entre la conversion de los Judios y el fin del mundo; y nosotros en otro lugar (1) hemos tentado ya el exponer las pruebas de esta estrecha conexión. El testimonio de San Juan en el Apocalipsis puede ser suficiente para justificar sobre este punto la opinion comun de los padres; pero parece que todavía se puede confirmar por las expresiones mismas de que Jesucristo se sirve en este discurso. Porque segun se juzga, no es necesaria otra diligencia que comparar los textos de los evangelistas para una plena y entera justificación de la interpretación que ha presentado el P. Carrieres en su paráfrasis del texto de S. Lucas, y que concuerda perfectamente con esta opinion.

Quando viereis que los exercitos nitan á Jerusalem, sabed que su destruccion se aproxima, dice Jesucristo, entonces los que esten en la Judea huyan á los montes.... PORQUE ENTONCES SERAN LOS DIAS DE LA VENGANZA.... Ese pais será abrumado de males, y la ira de Dios caerá sobre ese pueblo.... Jerusalem será hollada por los piés de los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles. Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas. Y ENTONCES se verá al Hijo del hombre que vendrá sobre una nube con gran potestad y gran gloria. He aquí el texto de San Lucas (2).

ENTONCES aquellos que estuviere en la Judea, huyan á los montes.... PORQUE LA AFLICCION DE ESOS DIAS será tal, cual desde el principio de las criaturas, que son la obra de Dios, hasta la presente, ni la ha habido ni la habrá jamás. Y si ESOS DIAS no los hubiera abreviado el Señor, toda carne habria perecido; pero los ha abreviado en favor de los electos que se ha reservado. ENTONCES si alguno os dice: El Cristo está aquí ó allí, no lo creais....mas en esos dias y PASADA ESA AFLICCION, el sol se oscurecerá &c.... Y ENTONCES se verá al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes con gran poder y gran gloria. He aquí el texto de San Marcos (3).

ENTONCES aquellos que estuviere en la Judea, huyan á los montes.... porque LA AFLICCION DE ESE TIEMPO será tan grande, que desde el principio del mundo hasta ahora ni la ha habido ni la habrá nunca igual. Y si ESOS DIAS no se hubieran abreviado, toda carne habria perecido; pero ellos se abreviarán por los electos. ENTONCES si alguno os dice: El Cristo está aquí ó allí, no lo creais.... Pero INMEDIATAMENTE DESPUES DE LA AFLICCION DE ESOS DIAS, el sol se obscu-

(1) Véase el prefacio que pusimos al principio del libro de Malsquias. (2) Luc. xxi. 20. 21. 22. 24. 25. 27. (3) Marc. xiii. 14. 19. 20. 21. 24. 26.

recerá &c.... y ENTONCES el estandarte del Hijo del hombre aparecerá en el cielo.... y se verá al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y gran gloria. He aquí el texto de San Mateo (1).

De la comparación de estos tres textos resulta en mi concepto con mucha claridad, que esos días de aflicción de que habló el de San Mateo y el de San Marcos, son los mismos que aquellos días de venganza que menciona San Lucas, por el cual es claro que los días de venganza son los que deben venir sobre el pueblo judío, y que efectivamente ya vinieron sobre esa nacion iníel. Esto era lo que notaba San Agustín: *Hoc Lucas ita posuit, ut appareat ad illius civitatis exidium pertinere* (2).

MAS DESPUES DE ESTA AFLICCION, segun el texto de San Marcos, INMEDIATAMENTE DESPUES DE ESTA AFLICCION, segun el de San Mateo, comenzarán á manifestarse las señales de la próxima venida del Hijo del hombre.

Luego comenzarán á manifestarse muy luego despues del fin de los males que hasta el día de hoy gravitan sobre la nacion judía.

Luego las mismas expresiones de que se sirve en este lugar Jesucristo nos proveen de una nueva prueba de la intima conexión, que toda la tradicion ha reconocido entre la conversion de los Judios y el fin del mundo, y que el P. Carrieres ha manifestado en su paráfrasis al texto de San Lucas.

Se dirá, que este debe tomarse en un sentido alegórico; que la Jerusalem sitiada de que habla no es aquella que en otro tiempo sitiaron los Romanos; y que así los días de venganza que menciona no son los que vinieron sobre el pueblo Judío!

Para responder á esta objeción basta presentar dicho texto: Quando viereis que los exercitos cercan á Jerusalem, dice Jesucristo, sabed, que esta próxima su desolacion. Entonces los que estarán en la Judea huyan á los montes.... porque entonces serán los días de la venganza.... ¡Ay de las que en esos dias estuviere en cinta ó criando, porque ha de venir una grande aflicción sobre ese pais, y la cólera de Dios caerá sobre ese pueblo: Et IRA POPULO HUC. Serán pasados á cuchillo, serán llevados cautivos á todas las naciones; y Jerusalem será hollada á los piés de los gentiles, hasta que el tiempo de los gentiles se cumpla (3).

Desde luego podría observar, que no pueden estar mejor marcados los males que ha padecido el pueblo judío; pero me contento con la prueba que se deduce de estas palabras: Y la ira de Dios caerá sobre ese pueblo. Et IRA POPULO HUC. Nadie puede dudar que el pueblo de que habla Jesucristo es el judío. Pero la conexión y encadenamiento del texto, manifiesta que ese pueblo sobre quien debe venir la cólera del Señor es el mismo sobre quien deben venir los días de la venganza; luego estos son aquellos que vinieron sobre el pueblo judío.

Se querrá avanzar que los días de aflicción, de que se habló en los vv 21 de San Mateo y 19 de San Marcos pueden ser diferen-

Respuestas á las objeciones. Primera objeción. Respuesta. Los días de venganza de que habla S. Lucas, son los que han venido sobre el pueblo judío.

Segunda ob.

(1) Matth. xxiv. 16. 21. 22. 23. 24. 26. (2) Aug. ep. ad Hes. de fine rec. 133. el. 89. n. 27. (3) Luc. xxi. 20. 24.

jección. Res.
p. esta. Los
días de aflic-
ción de que
se habló en
el V 21 de S.
Mateo y en
el 19. de S.
Marcos son
los mismos
que los días
de venganza
de que habla
S. Lucas.

tes de los días de venganza de que habla San Lucas, y que debían venir sobre el pueblo judío!

La sencilla comparación de los textos basta para destruir esta objeción: *Cuando vierais que los ejércitos cercan á Jerusalem, sabed que está próxima su desolación. Entonces los que estarán en la Judea, huyan á los montes... porque entonces dexan los días de la venganza... y la ira de Dios caerá sobre ese pueblo.* Este es el texto de San Lucas (1). Es claro que esos días de venganza de que habla, y que deben venir sobre el pueblo judío son los mismos de quienes se dijo: *Entonces los que estarán en la Judea huyan á los montes.*

Pasemos ahora al de San Marcos: *Entonces los que estarán en la Judea, huyan á los montes... V 19 Porque la aplicación de esos días será tan grande, que desde el principio de las criaturas, que son la obra de Dios, hasta la presente, ni la ha habido, ni nunca la habrá igual (2).*

Agreguémosle el texto de San Mateo: *Entonces los que estén en la Judea, huyan á los montes... V 21 porque la aplicación de ese tiempo será tan grande, que desde el principio del mundo no la ha habido, ni nunca la habrá igual (3)*

Es evidente que esos días de aflicción de los que se habló en los VV 21 de San Mateo y 19 de San Marcos, son los mismos de los que se dijo: *Entonces los que estarán en la Judea, huyan á los montes.* Es así que estos son los mismos días de venganza de que habló San Lucas; luego los días de aflicción son los mismos días de venganza que debían venir sobre el pueblo judío.

Se dirá, que estos son los días del sitio y toma de Jerusalem por los Romanos, y que por tanto deben ser muy diversos de los días de aflicción de que habló el V 29 de San Mateo y el 24 de San Marcos y que deben preceder á la última venida de Jesucristo!

Es fácil resolver esta dificultad. *Esos días de aflicción* son los días del sitio y toma de Jerusalem, porque entónces comenzaron; y también deben preceder á la última venida de Jesucristo, porque hácia ese tiempo deben acabar. El encadenamiento del texto supone claramente que es una misma la serie de días cuyo principio y fin nos marca Jesucristo, y los sucesos no contradicen esto. Es constante que todos cuantos días corrieron desde que los Romanos tomaron á Jerusalem hasta hoy, han sido para los Judíos días de aflicción y de venganza. Es constante que la cólera de Dios que se manifestó sobre ese pueblo, persevera hasta hoy y perseverará hasta el día que Dios ha señalado para su conversión. Por tanto los días de aflicción que comenzaron para los Judíos cuando los Romanos sitiaron y tomaron á Jerusalem, continuarán igualmente hasta el tiempo de su conversión. He aquí lo que suponen las mismas expresiones de Jesucristo. Así se concilian los V 21 y 29 de San Mateo, y el 19 y 24 de San Marcos.

Acaso se nos objetará también, que según el estilo de la Escritura, esta expresión, *en esos días*, no siempre se entiende del tiempo de que se acaba de hablar, sino mas comunmente del tiem-

(1) Lev. xvi. 20. 21. 22, 24. (2) Marc. xiii. 14. 13. (3) Matth. xxiv. 16. 21.

po de que va á tratarse. Esto se prueba tambien por uno de los textos que aqui se refieren, es decir, por el V 24. de S. Marcos. Porque cuando según este evangelista dijo Jesucristo: *en esos días... al sol se oscurecerá, &c.* eso significa, En esos días anteriores á la venida del Hijo del hombre, de la que iba á tratar; y no, En esos días de aflicción de que ya habia hablado; pues según la expresión del mismo S. Marcos, eso no acontecerá sino *después de esta aflicción.* De lo cual tal vez se querrá concluir que la expresión de S. Mateo, *Después de la aflicción de esos días*, significa igualmente, Después de la aflicción de esos días que precederán á la venida del Hijo del hombre, de que va á tratarse; y no, Después de los días de venganza de que acaba de hablarse; y que así la aflicción de que se habló en el V 29 de S. Mateo puede ser totalmente diversa de aquella que vino sobre el pueblo judío, y de la cual se habló en el V 21 de ese mismo evangelista.

Es fácil echar por tierra esta objeción con el texto de S. Marcos comparado con el de S. Mateo. He aquí el de S. Marcos: *V 19. LA APLICACION DE ESOS DIAS SERÁ TAN GRANDE, QUE DESDE EL PRINCIPIO DE LAS CRIATURAS, QUE SON LA OBRA DE DIOS, HASTA LA PRESENTE NI LA HA HABIDO, NI NUNCA LA HABRÁ IGUAL... V 24. PERO EN ESOS DIAS Y DESPUES DE ESTA AFLICCIÓN, EL SOL SE OSCURECERÁ, &c... y entónces se verá venir al Hijo del hombre sobre las nubes con un gran poder y gran gloria.* Es evidente que la aflicción es la misma en ambos versículos.

Mas este texto de S. Marcos es igual al de S. Mateo concebido en estos términos: *V 21. LA AFLICCIÓN DE ESTE TIEMPO SERÁ TAN GRANDE, QUE DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO NO LA HA HABIDO NI LA HABRÁ NUNCA IGUAL... V 29. PERO AL INSTANTE DESPUES DE LA AFLICCIÓN DE ESOS DIAS EL SOL SE OSCURECERÁ, &c. y entónces... se verá al Hijo del hombre, que vendrá sobre las nubes del cielo con gran poder y gran gloria.*

Lo que la aflicción de que se habló en los versículos 21 y 29 de S. Mateo es la misma de que se habló en los 19 y 24 de S. Marcos, cuyo principio está notado en los versículos 21 y 19, y su fin en los 29 y 24; es una misma continuación de aflicción por la cual el pueblo judío se vio reducido, y que después de haber comenzado cuando los Romanos sitiaron á Jerusalem, va á terminarse cuando deben empezar á manifestarse las proximas señales de la última venida de Jesucristo.

Es cierto por tanto que la expresión del texto de S. Marcos: *EN AQUELLOS DIAS... el sol se oscurecerá &c.* quiere decir, En esos días que precederán á la venida del Hijo del hombre; y no, En esos días de aflicción de que acaba de hablarse, supuesto que nos expresa que esas señales no acontecerán sino *después de esta aflicción.*

Pero igualmente es cierto, que la expresión del texto de S. Mateo: *DESPUES DE LA AFLICCIÓN DE ESOS DIAS EL SOL SE OSCURECERÁ &c.* significa, Después de la aflicción de esos días de venganza de que se acaba de hablar, supuesto que por el texto de S. Marcos está probado que esas señales vendrán *después de esta aflicción.*

mación del
mismo prin-
cipio. La a-
flicción de
que habla S.
Mateo en los
VV 21 y 29
es sin duda
la misma.

XXIII.

Tercera ob-
jección. Res.
puesta La a-
flicción de
que se habló
en el V 29
de S. Mateo,
y en el 24 de
S. Marcos,
es la misma
que aquella
de que habló
el V 21 de S.
Mateo y el
19 de S. Mar-
cos.

XXIV.

Cuarta ob-
jección. Res-
puesta. Confir-
ma.

XXV.

De nuestra
cion con que
anaba de pro
barse que las
señales: pró-
xima a la úl-
tima venida
de Jesucristo
seguiran de
may coros al
fin de los ma-
les que el dia
de hoy opri-
men al pue-
blo judío.

Pero yo juzgo que de la reunion de las proposiciones que acaban de establecerse en respuesta á las cuatro objeciones, resulta una demostracion completa, que se reduce á este raciocinio:

Está probado que los *dias de venganza* de que habla S. Lucas, son los que deben venir sobre el pueblo judío, y que efectivamente vinieron ya sobre esta nacion incrédula (1):

Está probado que los *dias de afliccion* de que se habló en el V. 21 de S. Mateo y 19 de S. Marcos, son los mismos que los *dias de venganza* de que habla S. Lucas (2):

Está tambien probado que la *afliccion* de que se habló en el V. 29 de S. Mateo y en el 24 de S. Marcos, aquella despues de la cual deben comenzar á manifestarse las próximas señales á la venida del Hijo del hombre, es la misma que la del V. 21 de S. Mateo y 19 de S. Marcos (3):

Luego la *afliccion* del V. 29 de S. Mateo y del 24 de S. Marcos, es aquella despues de la cual deben comenzar á manifestarse las señales próximas á la venida del Hijo del hombre, y la misma que vino sobre el pueblo judío: *afliccion* que empezó cuando los Romanos sitiaron á Jerusalem, que ha continuado hasta el dia de hoy, y que no terminará sino cuando comiencen á manifestarse las señales dichas.

Luego con verdad debe decirse, hablando de la *afliccion* que despues de Jesucristo vino sobre el pueblo judío, que *despues de esta afliccion*, segun S. Marcos, é *inmediatamente despues*, segun S. Mateo, comenzarán á manifestarse las señales próximas á la venida del Hijo del hombre despues del fin de los males que hasta el dia de hoy oprimen á la nacion judía, es decir, inmediatamente despues de la vocacion y conversion de los Judíos.

Entonces *habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas*: el sol se oscurecerá, y la luna no comunicará su luz (4). Es sabido que en la muerte de Jesucristo se oscureció el sol; y es creíble que conocerá un fenómeno semejante, ó quizá mas considerable, hacia el tiempo de su ultima venida. *Las estrellas caerán del cielo*, ó á lo menos á los ojos de los hombres parecerá que caen y descienden de su lugar; porque en la explicacion de este fenomeno no están acordes los intérpretes; el suceso nos instruirá mejor que todas las conjeturas. Lo único que puede observarse es, que la aparicion de los cometas figura muy bien la caida de las estrellas, puesto que no son visibles sino cuando bajan y se acercan á la tierra; y tal vez acaeciendo este fenómeno muchas veces, podria ser uno de los que aquí están anunciados. *Los ejércitos del cielo se conmoverán* (5); segun el estilo de la Escritura los ejércitos del cielo comunmente significan una multitud de astros: esta conmocion pues parece anunciar otra en los astros. S. Agustin despues de haber comparado estas señales con las que acaecieron en la muer-

(1) Esto es lo que resulta de la respuesta á la primera objecion. (2) Esto es lo que resulta de la respuesta á la segunda objecion. (3) Esto es lo que resulta de la tercera y cuarta objecion. (4) *Matth.* xxiv. 29. *Marc.* xiii. 24. 25. *Luc.* xxi. 25. (5) Parece que así se como debe entenderse la expresion *virtutes caelorum*. En el estilo de la Escritura, *virtutes* se toma ordinariamente por *exercitus*: de ahí viene en los Salmos, *Deus virtutum* por *Deus exercituum*.

te de Jesucristo, queda como incierto (1) sobre si deberá mas bien entenderse esto en un sentido figurado, pero de modo que no tendrá cumplimiento, sino cuando ya esté muy próxima la total continuacion de los siglos.

Entonces *el estandarte del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y todos los pueblos de la tierra gimiendo se golpearán el pecho* (2). Los padres y los mas de los intérpretes convienen en que la cruz es el *estandarte del Hijo del hombre* que debe aparecer en el cielo antes de la última venida de Jesucristo. La Iglesia lo expresa tambien en sus oficios. Segun el uso romano en el oficio de la Santa Cruz se cantan estas palabras: *Hoc signum crucis erit in caelo, cum Dominus ad judicandum venerit*; y en los nuevos breviarios en el mismo oficio se pone el texto de que aquí hablamos: *Tunc parebit signum Filii hominis in caelo*. Jesucristo añade que todos los pueblos, ó á la letra, *todas las tribus de la tierra, se golpearán el pecho gimiendo*. Este duelo universal parece ser el que el mismo anunció mucho tiempo antes, diciendo por boca de Zacarias: *Yo derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem, un espíritu de gracia y de oracion: ellos podrán los ojos en mí, á quien hirieron, y la tierra llorará: ET PLANGENT TERRA* (3). Entonces en todo el mundo los Judíos convertidos llorarán el crimen de sus padres; los cristianos prevaricados llorarán de un sincero arrepentimiento llorarán su ingratitud, y los gentiles nuevamente llamados á la fe, sus descarríos pasados: *Et plangent terra*.

A la connoccion de los cielos se unirá la agitacion del mar, de manera que *en la tierra las naciones se consternarán, haciendo el mar un formidable ruido con la agitacion de sus olas; y los hombres se secarán de espanto, esperando los males que amenazan á todo el mundo* (4). La agitacion y perturbacion general de la naturaleza anunciará la catástrofe espantosa que dentro de muy breve podrá fin á la duracion de los siglos.

Finalmente se verá al Hijo del hombre, que vendrá sobre una nube, sobre las nubes del cielo con gran potestad y gloria (5). Esto es lo que repitió Jesucristo muy poco despues hablando al gran sacerdote, á quien le dijo: *Un dia veréis al Hijo del hombre que sentado á la diestra de la magestad divina, vendrá sobre las nubes del cielo* (6). Y el ángel que hablaba á los apóstoles, cuando Jesucristo los dejó para subir al cielo, les dijo así: *Varenes de Galilea, que estais mirando al cielo? Este Jesus que se ha despedido de vosotros, y se ha subido allá, vendrá del mismo modo que lo habeis visto subir* (7). *Helo aquí que viene sobre las nubes, y todo ojo lo verá*, dice S. Juan en el Apocalipsis (8).

Entonces, continúa Jesucristo, *el Hijo del hombre enviará sus ángeles con una trompeta que sonará con fuerte sonido, y por medio de ella reunirá á sus escogidos de las cuatro partes del mun-*

(1) *Aug. ep. ad Hez. de fine saec.* 199. al 80. n. 34. (2) *Matth.* xxiv. 30. (3) *Zach.* xii. 10. 12. (4) *Luc.* xxi. 25. 26. (5) *Matth.* xxiv. 30. *Marc.* xiii. 26. *Luc.* xxi. 27. La Vulgata pone *majestatis* en el text. de S. Mateo y en el de S. Lucas: el griego de los tres evangelistas dice *gloria*. (6) *Matth.* xxvi. 64. *Marc.* xiv. 62. (7) *Act.* i. 11. (8) *Apoec.* i. 7.

UNIVERSIDAD DE
ALMA MATER

XXVI.

Señales que
aparecerán
en el cielo y
en la tierra
antes de la úl-
tima venida
de Jesucristo

UNIVERSIDAD DE
ALMA MATER

UNIVERSIDAD DE
ALMA MATER

do desde la extremidad de la tierra hasta la del cielo (1). Esto es lo que el Apóstol nos explica, cuando escribiendo á los Tesalonicenses, dice: *Dada la señal por la voz del arcángel, y sonando la trompeta de Dios, el mismo Señor bajará del cielo; y los que estarán muertos en Jesucristo, resucitarán los primeros; después nosotros que vivimos y que hemos quedado en la tierra, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para ir á la presencia del Señor en los aires; y entonces permaneceremos para siempre con él* (2). Y escribiendo á los Corintios dice así: *En un momento, en una ojeada, al sonido de la trompeta (porque esta ha de sonar) los muertos resucitarán incorruptibles; y nosotros que hemos quedado vivos, seremos inmutados y revestidos de su inmortalidad* (3).

XXVIII.

Jesucristo exhorta á aquellos de sus discípulos, que están las señales próximas á su última venida, para que tengan entonces confianza.

Cuando todas estas cosas comenzarán á manifestarse, continúa Jesucristo, cuando viereis esas señales en el sol, en la luna y en las estrellas, la agitación del mar y la perturbación de los cielos, mirad á lo alto, y levantad la cabeza, porque está cerca vuestra redención (4). Sobre lo cual Jesucristo propuso esta comparación: *Aprended, les dijo (5), una comparación tomada de la higuera. Mirad lo que acontece á este árbol, ó á otro sea el que fuere. Cuando veáis que sus ramos están ya tiernos, y que comienza á brotar hojas, sabed que se aproxima el verano. De la misma manera cuando viereis llegar todas estas cosas, sabed que está próximo el reino de Dios; que se acerca el Hijo del hombre, y está como á la puerta. Yo sé que vosotros no veréis estas señales; pero cuando os hablo de ellas, es por decírlas á los que después de vosotros han de venir. Hablo á mis discípulos; pero dirigiéndoles la palabra á los que hoy lo son, la dirijo también á los que después de ellos lo serán.*

XXIX.

El pueblo judío subsistirá hasta la última venida de Jesucristo. Corintios bre de las predicciones de Jesucristo. Dios solamente sabe el día en que vendrá.

En verdad os digo, continúa Jesucristo, que no pasará esta generación, sin que todo esto se cumpla (6). La descendencia de Abraham no acabará antes de la última venida del Hijo del hombre. Porque esta generación de que habla Jesucristo no puede ser otra, en mi concepto que aquella misma á quien dirige la palabra, es decir el linaje de Abraham, la posteridad de Isaac, los hijos de Israel. Mas en el mismo tiempo este linaje, ó si se quiere esta generación, no puede ser la que exista cuando hablaba Jesucristo, supuesto que aquí se trataba de su última venida. Luego esta palabra es una promesa que asegura la conservación y perpetuidad de la raza de Israel, esto es, del pueblo judío hasta el fin del mundo.

El cielo y la tierra pasarán, añade Jesucristo; pero mis palabras no pasarán (7). De ese día y hora en que el Hijo del hombre debe aparecer ninguno tiene conocimiento, ni aun los ángeles del cielo, ni aun el mismo Hijo de Dios; sino el Padre, mi Padre solo (8). El Hijo lo ignora, no según su divinidad, ni su humanidad unida hipostáticamente á ella, sino en cuanto á esta considerada en sí misma, y sin respecto á la divinidad. El Hijo la ignora, no como Hijo de Dios, ni como Hombre-Dios, sino sim-

(1) *Math.* xxiv. 31. *Marc.* xiii. 27. (2) *1. Thess.* iv. 16. 17. (3) *1. Cor.* xv. 52. 53. (4) *Luc.* xxi. 28. (5) *Math.* xxiv. 32. 33. *Marc.* xiii. 28. 29. *Luc.* xxi. 29-31. (6) *Math.* xxiv. 34. *Marc.* xiii. 30. *Luc.* xxi. 32. (7) *Math.* xxiv. 35. *Marc.* xiii. 31. *Luc.* xxi. 33. (8) *Math.* xxiv. 36. *Marc.* xiii. 32.

plemente como hombre. El Hijo lo ignora según la humanidad, porque esta solamente lo sabe por la divinidad, á la cual está unida. En una palabra, ninguna inteligencia criada por perfecta que sea, puede penetrar por sí misma ese secreto profundo, cuyo conocimiento se ha reservado Dios.

Jesucristo repite aquí á sus discípulos lo que ya les había dicho en otra ocasión (1): *Lo que acontece en tiempo de Noé acontecerá en la venida del Hijo del hombre. Porque así como en esas días que precedieron al diluvio, los hombres comían, bebían, se casaban, y casaban á sus hijas, hasta el día en que entró Noé en el arca, sin pensar únicamente en el diluvio, hasta que llegó y los arrebató á todos; así también será en la venida del Hijo del hombre. Esta predicción del Salvador parece saponer que las señales anteriores á su venida, y que espantarán el espanto entre los hombres, cesarán antes que él se manifieste; de modo que asegurándose estos, y creyendo que nada hay que temer, repentinamente verán venir al Hijo del hombre, cuando menos lo esperaban.*

Entonces de dos hombres que estarán en el campo, uno será tomado, y el otro dejado; de dos mujeres que molestarán en un molino, la una será tomada, y la otra dejada. Los unos serán tomados para ser llevados á la presencia del Hijo del hombre en medio de los aires (2); y los otros serán dejados para ser entregados como pábulo al fuego, que consumirá la tierra, y devorará á los malvados (3).

Después de haber dado Jesucristo este último aviso á sus discípulos, concluyó su discurso exhortándolos á la vigilancia y á la oración: *Guardaos, les dijo (4), no sea que se agraven vuestros corazones por el exceso de la comida y del vino, y por las inquietudes de esta vida, y que ese día de la venida del Hijo del hombre no venga repentinamente á sorprenderos; porque él envolverá una red á todos los que habitan sobre la tierra. Velad pues orando sin cesar, á fin de que os halleis dignos de evitar los males que vendrán á esos hombres incrédulos, que atraerán la cólera del Señor sobre Jerusalem, y que podáis presentaros con confianza ante el Hijo del hombre en el día de su última venida. Así es como termina San Lucas su narración sobre el discurso de Jesucristo.*

A esto puede agregarse lo que refiere S. Marcos: *Guardaos, dice Jesucristo, estad y orad, porque no sabéis cuando será ese tiempo de la venida del Hijo del hombre; porque ella será como la de un hombre que teniendo que hacer un viaje, deja su casa al cuidado de sus siervos, prescribiendo á cada uno lo que debe ejecutar, y al portero le encarga que esté vigilante. Velad pues de la misma manera, pues no sabéis cuando debe venir el señor de la casa; si será en la tarde, ó á la media noche, al canto del gallo, ó á la mañana, no sea que venga repentinamente, y os encuentre dormidos. Lo que digo á vosotros, lo digo á todos: Velad* (5). Así concluye S. Marcos el discurso de Jesucristo.

(1) Compárese el texto de S. Mateo, xxiv. 37-41, con el de S. Lucas xvii. 26-35. (2) *1. Thess.* iv. 16. (3) *2. Thess.* i. 8. *el 2. Petr.* iii. 10. *Apoc.* xx. 2. (4) *Luc.* xxii. 34-36. (5) *Marc.* xiii. 33. *ad finem.*

XXX.

Jesucristo aparecerá repentinamente, cuando los hombres menos lo esperan. Entonces el uno será tomado y el otro será dejado.

XXXI.

Tercera parte del discurso de Jesucristo. Jesús exhorta á sus discípulos á que velen, y oran para que puedan evitar los males que deben venir sobre los judíos incrédulos, y principalmente presentarse con confianza ante el Hijo del hombre en su venida.

Se puede añadir tambien lo que refiere S. Mateo: *Velad pues, dice Jesucristo, porque no sabéis á qué hora debe venir vuestro Señor; porque advertid que si el padre de familia supiera la hora en que el ladrón habia de venir, velaría ciertamente, y no dejaría andar su casa. Estad pues vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá cuando ménos lo penséis* (1).

Despues de esto refiere S. Mateo muchas parábolas, que son una continuacion de este mismo discurso, y cuyo principal objeto es excitarnos tambien á velar, y prepararnos para comparecer ante el Hijo del hombre en su última venida (2). Pero segun nota S. Agustín, esta exhortacion que parece no dirigirse propiamente sino á los que viviran hacia ese tiempo, se dirige tambien á los que vivan antes, porque el día de nuestra muerte es para cada uno de nosotros el día de la venida de Jesucristo. En aquella hora nos encontraremos justos ó pecadores, asi como nos hallaremos tambien en el día de la venida de Jesucristo. Todos por tanto debemos velar y orar, del mismo modo que si tuviéramos que prepararnos para su última venida: *Quod vobis dico, omnibus dico: Vigilate.*

(1) *Matth. xxiv. 42-44.* (2) *Venit á S. Mateo desde el V. 45. del c. xxiv. hasta el fin del c. xxv.*

DISERTACION

SOBRE

LA ULTIMA PASCUA DE JESUCRISTO.

Estado de la disputa sobre la última Pascua de Jesucristo. División de esta Disertación.

Las cuestiones se promueven sobre la última Pascua de Jesucristo: la primera, sobre si la celebró; la segunda, en qué día, es decir, en el determinado por la ley, ó antes; y cómo es que la celebró la víspera de su muerte, y muchos judíos en el mismo día de ella.

Calmet en su Disertación sobre este punto se ha decidido en favor de la opinion del P. Lamí, sosteniendo la negativa sobre la primera cuestion, y por tanto no necesita entrar en discusion sobre la segunda, y pretende con él que Jesucristo no celebró la Pascua legal en el año último de su vida.

Pero el mismo Calmet debe convenir en que el comun sentir de las dos Iglesias griega y romana, es que nuestro Señor la celebró con sus discipulos la víspera de su muerte; que casi generalmente han seguido todos los padres esta opinion; y que el concilio de Trento supone estar comunmente recibida en la Iglesia: podremos remitirlo á Hardouin y á Tillemont que sobre es-

te particular han defendido solidamente el comun sentir contra el P. Lamí; pero tambien su misma Disertacion ha sido expresamente refutada.

M. Plumyoen, autor de algunas Disertaciones latinas, de las que hemos tenido motivo de hablar muchas veces, ha dado una sobre la última Pascua de Jesucristo (1). Examina las dos cuestiones que hemos propuesto, y por lo que toca á la primera, su principal empeño es refutar la Disertacion de Calmet, y probar contra él que Jesucristo realmente celebró la Pascua legal con sus discipulos la víspera de su muerte. Sobre la segunda dice que Jesucristo la comió con todo el pueblo el mismo día que debia inmolarse; pero la solemnidad se retardó en ese año un día, á fin de que no cayese en sabado la oblation de la garba que se debia ofrecer en el siguiente á la Pascua; y que por último, en consecuencia de esa retardacion de la solemnidad, los sacerdotes no la comieron sino el día de la muerte de Jesucristo.

Sobre esta última cuestion sostiene el R. Hardouin (á cuya Disertacion nos remitimos), tal vez como mas probable, que Jesucristo celebró la Pascua con los Galileos la víspera de su muerte, y que los otros Judíos, es decir, los que habitaban en Jerusalem y en la Judea, la celebraron el día mismo en que murió.

No consideraremos aqui mas que esta primera cuestion: Jesucristo celebró la Pascua con sus discipulos la víspera de su muerte? Calmet sostiene la negativa; nosotros presentaremos aqui toda su Disertacion. M. Plumyoen la refuta en este particular; daremos ahora una traduccion, no de toda su Disertacion pero sí de la primera parte, es decir, de la perteneciente á la cuestion que trató Calmet.

La Disertacion por tanto que presentamos en este lugar tendrá dos partes: la primera contendrá la misma Disertacion de Calmet sobre la última Pascua de Jesucristo, y la segunda será la refutacion de esta.

PRIMERA PARTE.

Disertacion de Calmet sobre la última Pascua de N. S. Jesucristo.

Se ha escrito tanto hace ya algunos años sobre la última Pascua de Jesucristo, que es casi imposible decir algo nuevo; y si nuestro comentario debiera caer solamente en manos de los sabios, yo me guardaria bien de trabajar sobre este asunto. Me contentaria con advertir á los lectores cuál era la opinion que segun, sin emprender una explicacion mayor; y ellos podrian supir facilmente lo que yo omitiera. Pero como muchas personas no están instruidas de lo que por una y otra parte se ha dicho en ese gran número de escritos publicados sobre la Pascua, me he creído

División de opiniones sobre la última Pascua de Jesucristo.

(1) *Disertationes selectae in Script. Sacram, auctore Jud. Jos. Plumyoen. Disert. de supremis Christi Paschate, p. 287. et seqq.*

Se puede añadir tambien lo que refiere S. Mateo: *Velad pues, dice Jesucristo, porque no sabéis á qué hora debe venir vuestro Señor; porque advertid que si el padre de familia supiera la hora en que el ladrón habia de venir, velaría ciertamente, y no dejaría andar su casa. Estad pues vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá cuando ménos lo penséis* (1).

Después de esto refiere S. Mateo muchas parábolas, que son una continuation de este mismo discurso, y cuyo principal objeto es excitarnos tambien á velar, y prepararnos para comparecer ante el Hijo del hombre en su última venida (2). Pero segun nota S. Agustín, esta exhortacion que parece no dirigirse propiamente sino á los que viviran hacia ese tiempo, se dirige tambien á los que vivan antes, porque el día de nuestra muerte es para cada uno de nosotros el día de la venida de Jesucristo. En aquella hora nos encontraremos justos ó pecadores, asi como nos hallaremos tambien en el día de la venida de Jesucristo. Todos por tanto debemos velar y orar, del mismo modo que si tuviéramos que prepararnos para su última venida: *Quod vobis dico, omnibus dico: Vigilate.*

(1) *Matth. xxiv. 42-44.* (2) *Venit á S. Mateo desde el V. 45. del c. xxiv. hasta el fin del c. xxv.*

DISERTACION

SOBRE

LA ULTIMA PASCUA DE JESUCRISTO.

Estado de la disputa sobre la última Pascua de Jesucristo. División de esta Disertación.

Las cuestiones se promueven sobre la última Pascua de Jesucristo: la primera, sobre si la celebró; la segunda, en qué día, es decir, en el determinado por la ley, ó antes; y cómo es que la celebró la víspera de su muerte, y muchos judíos en el mismo día de ella.

Calmet en su Disertación sobre este punto se ha decidido en favor de la opinion del P. Lamí, sosteniendo la negativa sobre la primera cuestion, y por tanto no necesita entrar en discusion sobre la segunda, y pretende con él que Jesucristo no celebró la Pascua legal en el año último de su vida.

Pero el mismo Calmet debe convenir en que el comun sentir de las dos Iglesias griega y romana, es que nuestro Señor la celebró con sus discipulos la víspera de su muerte; que casi generalmente han seguido todos los padres esta opinion; y que el concilio de Trento supone estar comunmente recibida en la Iglesia: podremos remitirlo á Hardouin y á Tillemont que sobre es-

te particular han defendido solidamente el comun sentir contra el P. Lamí; pero tambien su misma Disertacion ha sido expresamente refutada.

M. Plumyoen, autor de algunas Disertaciones latinas, de las que hemos tenido motivo de hablar muchas veces, ha dado una sobre la última Pascua de Jesucristo (1). Examina las dos cuestiones que hemos propuesto, y por lo que toca á la primera, su principal empeño es refutar la Disertacion de Calmet, y probar contra él que Jesucristo realmente celebró la Pascua legal con sus discipulos la víspera de su muerte. Sobre la segunda dice que Jesucristo la comió con todo el pueblo el mismo día que debia inmolarse; pero la solemnidad se retardó en ese año un día, á fin de que no cayese en sabado la oblation de la garba que se debia ofrecer en el siguiente á la Pascua; y que por último, en consecuencia de esa retardacion de la solemnidad, los sacerdotes no la comieron sino el día de la muerte de Jesucristo.

Sobre esta última cuestion sostiene el R. Hardouin (á cuya Disertacion nos remitimos), tal vez como mas probable, que Jesucristo celebró la Pascua con los Galileos la víspera de su muerte, y que los otros Judíos, es decir, los que habitaban en Jerusalem y en la Judea, la celebraron el día mismo en que murió.

No consideraremos aqui mas que esta primera cuestion: Jesucristo celebró la Pascua con sus discipulos la víspera de su muerte? Calmet sostiene la negativa; nosotros presentaremos aqui toda su Disertacion. M. Plumyoen la refuta en este particular; daremos ahora una traduccion, no de toda su Disertacion pero sí de la primera parte, es decir, de la perteneciente á la cuestion que trató Calmet.

La Disertacion por tanto que presentamos en este lugar tendrá dos partes: la primera contendrá la misma Disertacion de Calmet sobre la última Pascua de Jesucristo, y la segunda será la refutacion de esta.

PRIMERA PARTE.

Disertacion de Calmet sobre la última Pascua de N. S. Jesucristo.

Se ha escrito tanto hace ya algunos años sobre la última Pascua de Jesucristo, que es casi imposible decir algo nuevo; y si nuestro comentario debiera caer solamente en manos de los sabios, yo me guardaria bien de trabajar sobre este asunto. Me contentaria con advertir á los lectores cuál era la opinion que segun, sin emprender una explicacion mayor; y ellos podrian supir facilmente lo que yo omitiera. Pero como muchas personas no están instruidas de lo que por una y otra parte se ha dicho en ese gran número de escritos publicados sobre la Pascua, me he creído

División de opiniones sobre la última Pascua de Jesucristo.

(1) *Disertationes selectæ in Script. Sacram, auctore Jud. Jos. Plumyoen. Disert. de supremæ Christi Paschæ, p. 287. et seqq.*

obligado á presentar los diversos sistemas que se han formado sobre esta materia, y manifestar las razones que me han determinado á emprender el camino que he tomado en esta disputa.

La opinion comun de las dos Iglesias griega y romana es, que nuestro Señor celebró la Pascua legal con sus discípulos la tarde del jueves catorce de Nisan, y que el viernes, día de Pascua, quince del mismo mes, fué crucificado y muerto. En esto se funda el uso de no emplearse en la Iglesia latina mas que pan ázimo ó sin levadura en nuestros misterios, en la suposicion de que nuestro Salvador habiendo celebrado la Pascua como los Judios, no usó de otro pan. Es inútil alegar en favor de esta opinion los testimonios de los padres y doctores modernos, pues es constante que casi generalmente la han abrazado todos, y tambien el concilio de Trento la supone seguida comunmente en la Iglesia.

No obstante, esta opinion no está adoptada como artículo de fe, y autores muy católicos sin el menor reparo han propuesto otros sistemas, y los han defendido públicamente, sin que la Iglesia haya manifestado algun desagrado, ni se hayan escandalizado los fieles. Unos han creído que Jesucristo hizo la Pascua legal un día, y los Judios la celebraron en otro; Jesucristo en el jueves, y los Judios el viernes por la tarde (1). Otros han dicho que algunos Judios la hicieron el jueves y los demas el viernes. Los Galicos y los Israelitas de las tribus dispersas en la Palestina la hicieron el jueves; los Judios de Jerusalem y los que habitaban en la Judea propiamente dicha, el viernes (2).

Otros (3) han afirmado que Jesucristo no celebró la Pascua legal, y han sostenido que su última cena habia sido una cena comun. Como en nuestro comentario nos hemos declarado en favor de esta opinion, vamos á presentar aqui las pruebas que hemos tenido para ello, sin entrar en el examen de las razones de los otros sistemas, ni empeñarnos en refutarlos. Si el nuestro es bien fundado, basta, porque uno solo debe ser el verdadero.

Es cierto que el nombre *Pascua* se toma en la Escritura en un sentido muy extenso: 1.° Significa el tránsito del ángel exterminador; (4) que mató á los primogénitos de los Egipcios, y dejó libres á los Hebreos. Esta es la acepcion primera y la mas literal. 2.° Significa el cordero que se inmolaba (5) en memoria de haber quedado Israel libre de la espada del ángel exterminador. 3.° Significa la fiesta que continuaron celebrando las generaciones (6) para conservar la memoria de este célebre suceso de la salida de Egipto. 4.° Significa las otras victimas que en ese día se inmolaban (7), porque el cordero se sacrificaba la víspera, es decir, el catorce, y se comía al comenzar el quince, esto es, al principio de la noche. 5.° Significa los ázimos (8), ó pan sin levadura, que entonces se co-

II.
Pruebas en que se funda el sistema de los que niegan que Jesucristo ha celebrado la Pascua la víspera de su muerte.
Diversas opiniones del nombre Pascua.

(1) Pablo de Burgos, Pablo de Middelbourg, Loicid, Grocio, Onofre, Henten, Cornel, Janzen, Wolfen, Escalig, Calvisio, Lallemand. Por esta opinion pueden tambien ponerse á S. Epifanio, Rufino, Zigabene, de quien luego hablaremos. (2) El P. Harduin, Tratado de la última Pascua de Jesucristo. Véase tambien al P. Pezzen, Historia evangelica. (3) M. Thoynard, Harmonia evang. pag. 107. 10; al P. Lami en sus diversos sermões sobre la Pascua. (4) *Exod. xii. 11. 12.* (5) *Exod. xii. 21.* (6) *Exod. xii. 14. 15. 16. et passim.* (7) *2. Par. xxx. 23. 24. Dent. xvi. 1. 2. Num. xxviii. 18. 19.* (8) *Luc. xxii. 1. Duo festus ordinarunt, qui dicitur Pascha.*

nta. 6.° Significa la cena del cordero pascual (1). 7.° Significa la víspera y los siete días de la festividad de la Pascua (2). 8.° Significa todas las ceremonias que precedian y acompañaban á esta solemnidad; de manera que por preparar la Pascua puede entenderse la preparacion del lugar donde debia celebrarse, la compra de la victima, su inmolacion, la solicitud del pan fermentado, y todo cuanto se necesitaba para amasar, cocer y acomodar los panes ázimos.

De estas circunstancias ó de algunas de ellas, solamente debe entenderse lo que dicen los evangelistas (3), que Jesucristo envió á sus discípulos á preparar la Pascua, y efectivamente la prepararon. En una palabra, la *Pascua* se toma ó en un sentido estricto y riguroso, ó en un sentido vago y extenso, así como el verbo *preparar*, que yá significa una preparacion próxima ó ya una preparacion remota. Por ejemplo, cuando los Judios que estaban en Egipto recibieron la orden de Moises de preparar desde el diez de Nisan el cordero que debian inmolarse el catorce por la tarde, ó al comenzar el quince (4), este cordero desde ese día es llamado *la Pascua*, y la compra de esta victima se llama *preparar la Pascua*. Precediendo ahora de los sentidos morales en que se toma esta palabra, pues es sabido que S. Pablo (5) dice que Jesucristo es nuestra Pascua, que se ha inmolado por nosotros.

Es tambien un principio reconocido y practicado por los que se ocupan en interpretar las santas Escrituras, que para conciliar las unas con las otras, debe ilustrarse lo que está obscuro por lo que está mas claro, y sacar la luz de los puntos mas luminosos, para comunicarla á los que lo son ménos; fijar los términos equívocos por los unívocos, y no invertir el orden, dejando lo claro por seguir lo que está confuso, y abandonando lo cierto por abrazar lo dudoso. Pero en la cuestion que vamos á tratar tenemos en S. Juan, por ejemplo, cinco ó seis pasages tan claros que llegan al grado de evidentes, los cuales manifiestan, que Jesucristo no hizo la Pascua legal con sus discípulos. Luego no debe no desviarse de estos pasages por seguir otros dudosos, inciertos, oscuros ó equívocos, que se encuentran en otros evangelistas, y que pueden favorecer la opinion contraria. Se pueden explicar á S. Mateo, á S. Marcos y á S. Lucas en la hipótesis que quiero que Jesucristo no haya hecho la última Pascua; pero no se puede explicar á S. Juan en la hipótesis contraria, pues escribió despues de todos los otros tres evangelistas, fijó sus sentidos, y por tanto es necesario atenernos á lo que él naturalmente presenta al entendimiento.

Los textos de la Escritura son las pruebas decisivas de esta dificultad. Todos convienen en que es difícil conciliar á los evangelistas; y á no ser esto, no se habria disputado por tanto tiempo; pero aquella opinion que mas facilmente allana las dificultades, y con mayor naturalidad explica los pasages de los evangelistas, de-

III.
Por el testimonio de S. Juan debe explicarse el de los otros tres evangelistas, y del testimonio de S. Juan resulta que Jesucristo celebró la Pascua la víspera de morir.

®

IV.
Conciliacion de los textos de los evangelistas sobre la última

(1) *Exod. xii. 43. 44. 45. 46. 47. 48.* (2) *Num. ix. 2. xxviii. 16. 2. Par. xxx. 1. 2. et seq. Bezek. xxi. 21. Et in Evangelio passem.* (3) *Math. xxvii. 17. Marc. xvi. 12. Luc. xxii. 7. 13.* (4) *Exod. xii. 3. 21.* (5) *1. Cor. v. 7.*

Pascua de Jo
sacerdote. His
toria de la pa
sion de nues
tro Señor des
de el domini
go dia sexto
antes de a.
lla.

be calificarse la mejor, y creemos ser nuestra hipótesis la que des-
empaña todo esto.

El domingo, día sexto antes de la fiesta de Pascua, llegó Je-
sus á Betania (1), comió en casa de Simon el leproso (2), en don-
de Maria hermana de Lázaro derramó sobre sus pies un vaso de
bálsamo de mirro de espigas. El día siguiente (3), lunes diez de
Nisan, se dirigió á Jerusalem y fué recibido como en triunfo (4).
Por la tarde (5) regresó á Betania, y allí pasó la noche. En la
mañana (6) siguiente, martes once de Nisan, se volvió á Jerusalem,
y en el camino maldijo la higuera que estaba cargada de hojas, pero
que no llevaba frutos. A la tarde (7) salió de Jerusalem, y se fué
á dormir á Betania. Al día siguiente (8), miércoles doce de Ni-
san, vino nuevamente á Jerusalem. Los discípulos admirados vieron
que la higuera que maldijo se había secado, y dijoles Jesucristo que
si tenían fe, podían hacer mayores cosas. Pasó todo el día ense-
ñando en el templo.

Por la tarde salió del templo (9), y habiéndole mostrado sus
discípulos las piedras y la grandiosidad del edificio, les dijo que todo
ello un día sería destruido, sin quedar piedra sobre piedra. Y habiendo
salió de la ciudad, estando sentado en el monte de las Olivas (10) fren-
te áfrente del templo, le preguntaron sus discípulos cuando se cum-
pliría aquella destrucción que les había anunciado. Jesus les respondió con
un largo discurso que no nos incumbe referir en este lugar. Pero la
Pascua y el día de los ázimos (11) debían celebrarse dentro de dos
días. Jesus advirtió á sus discípulos que en ese tiempo debía ser en-
tregado á los Judios y crucificado.

El siguiente día (12), jueves trece de Nisan, era el día prime-
ro de los ázimos, en el cual debía inmolarse la Pascua, es decir,
co la tarde en que comenzaba el catorce de Nisan, día en que
empezaba el uso del pan sin levadura, y en el que el Cordero pas-
cual debía ser inmolado. La obligación de usar de esos panes no
comenzaba sino después del medio día del catorce, y el cordero no
se inmolaba sino dos horas después del mismo (13). Pero como de-
bía prepararse la sala donde debía comerse, y purificarla de toda
levadura, y sería muy tarde el seleccionar una la víspera de la Pas-
cua, cuando ya instaba la inmolación de la víctima pascual, se acer-
caron los discípulos á preguntarle á Jesus, dónde quería que se
preparara el lugar para comer la Pascua (14), no en ese día, si-
no en el siguiente. Jesus designó un lugar, y envió á Pedro y á Juan
para que lo dispusiesen, es decir, preparasen lo necesario para ce-
lebrarla el día siguiente. Limpiaron la sala de toda levadura, prepara-
ron la mesa y los asientos, y volvieron después á Jesus dicién-
dole que todo estaba hecho según lo había mandado. No hay una
sola palabra en el Evangelio que nos insinúe haber ido los apósto-
les al templo, ni que habieran celebrado la Pascua. A mas de es-

(1) Joan. xii. 1. (2) Math. xxi. 6. (3) Joan. xii. 12. (4) Math. xxi. 1. Marc.
xi. 1. Luc. xix. 28. (5) Marc. xi. 11. Math. xxi. 17. (6) Marc. xi. 12. Math. xxi.
18. (7) Marc. xi. 19. (8) Marc. xi. 20. (9) Math. xxi. 1. Marc. xxi. 1.
(10) Math. xxiv. 3. Marc. xiii. 3. (11) Marc. xiv. 1. Math. xxvi. 2. (12) Math. xxi.
17. Marc. xiv. 12. Luc. xxi. 7. (13) Ezech. xl. 12, 13. Lev. xxi. 5. Num. xxviii. 18.
(14) Math. xxi. 17. 18. Marc. xiv. 12. 13. Luc. xxii. 8, 12.

ta, no era conveniente que tal cosa la ejecutaran otros que el ge-
fe de la escuela; él debía ir á la ciudad y allí presentar su víctima.

Cerca de la tarde del mismo día, jueves trece de Nisan, lle-
gó Jesus á la ciudad, y se sentó á la mesa con sus discípulos (1);
y antes de la fiesta de Pascua, (notad bien que la Pascua aún no
había comenzado), habiendo siempre amado á los suyos, todavía qui-
so darles antes de morir las últimas pruebas de su ternura: se le-
vanta de la mesa después de la cena, y les lava los pies á todos
(2). Hecho esto, les dijo que siempre había tenido un vivísimo
deseo de comer con ellos esta Pascua (3), hablando de la Eucaris-
tia que iba á instituir (4); ó bien queriéndoles decir que había de-
seado mucho celebrar el día siguiente la Pascua con ellos, estando
ya todo preparado; pero prevenía que no le darían tiempo sus ene-
migos, y que esa sería la última cena que haría con ellos antes
de su resurrección.

Después de la institución de la Eucaristia (5) les declaró nueva-
mente que uno de ellos le haría traición y le entregaría á los prin-
cipes de los sacerdotes. San Juan le preguntó quien era ese; y Je-
sus le dijo que era aquel á quien iba á dar un pan mojado en la sal-
sa; y al mismo tiempo presentó el pan á Judas, diciéndole: *Has íste
lo que has de hacer*. Algunos discípulos creyeron que Jesus le de-
cía que fuera á comprar lo necesario para la fiesta; circunstancia que
de ninguna manera conviene al reposo de la Pascua, si hubiera comen-
zado desde esa noche, como ni lo que hizo después de la cena,
de lavar los pies á sus discípulos y salir de la ciudad; porque se debió
dormir en la casa donde se había celebrado la Pascua (6).

Estando en el huerto de las Olivas, fué allí preso por una tropa
de alguaciles y ministros del gran sacerdote, y por consiguiente de
judios armados y prevenidos para forzarlo (7) en caso de resistencia; lo
cual también es totalmente contrario á los usos de los Judios, y prue-
ba que ese día no era la Pascua. Fué conducido á la casa de Anas
y después á la de Caifás; se le hicieron cargos jurídicamente, se
oyeron los testigos, y se le condenó; otra infracción de las leyes que de-
bían observarse en los días festivos. A la mañana se le juntó el con-
cilio, donde fué de nuevo presentado, acusado y condenado, después
de lo cual fué conducido á Pilato; pero los acusadores de Jesus
no se atrevieron á entrar en el pretorio por no mancharse, porque
querían celebrar ese día la Pascua (8); otra circunstancia que debe no-
tarse también, pues prueba que no la habían celebrado la víspera.

Es en vano el que nos responda que esa Pascua que querían
comer, eran las víctimas que se inmolaban en el templo el día de
esa festividad y durante la octava, y de la que habló Moisés en el Deu-
teronomio (9); porque esas, aunque efectivamente se llaman *Fase* ó
Pascua, eran los holocaustos, como consta por los Números (10), y por
consiguiente no se comían, sino que todos se consumían sobre el al-
tar. Es verdad que también se podían inmolat víctimas pacíficas que

(1) Math. xxvi. 20. Marc. xiv. 17. Luc. xxii. 14. (2) Joan. xii. 1. 2. et seqq.
(3) Luc. xxii. 15. (4) Orig. *Chrysost. hom. 82. 83.* (5) Joan. xii. 21. et seqq. Luc.
xxii. 21. et seqq. (6) Deut. xvi. 7. Mattheus. *Inter. Penck.* (7) Math. xxvi. 47. et
seqq. Marc. xiv. 43. et seqq. Luc. xxii. 47. et Joan. xviii. 3. et seqq. (8) Joan. xviii.
28. (9) Deut. xvi. 1. 2. (10) Num. xxviii. 17. 23. 24.

se podían comer; pero estas nada tenían de particular. Podían ofrecerse en cualquier día que se quisiera, sin obligación de comerlas ni en el día de Pascua ni en los otros, pues eran de pura devoción. ¡Y es creíble que por una causa tan ligera, sin necesidad ni obligación alguna hubieran querido los Judios abstenerse de perseguir á Jesucristo, de acusarlo ante el tribunal de Pilato, y molestar á ese presidente con ir, venir y volver de su pretorio para hablar á los Judios y tropas! ¿Es creíble que Pilato les hubiera dado gusto, si no se hubiera visto obligado de un motivo poderoso, cual era dejar á los Judios la libertad de celebrar en ese día su Pascua?

Además de tantos movimientos opuestos al reposo que pide una grande festividad, como habría sido la de la Pascua, si en ese día se hubiera celebrado, obtuvieron por último los Judios la condenacion de Jesucristo que fué conducido al Calvario, donde fué crucificado; y espiró á las tres horas despues del medio día (1).

Algun tiempo despues pidieron los Judios á Pilato, que á los crucificados les rompiesen las piernas, para que sus cuerpos no quedasen en la cruz el día del sábado, por ser ese muy grande, ó una grande festividad, como nota San Juan (2). ¿Por qué, sino porque era el día de la Pascua? Desclaváronse, pues, los cuerpos de la cruz: José de Arimatea tomó el de Jesus, Nicodemas compró los perfumes, lo embalsamaron y lo cubrieron con vendas, y con un lienzo lo pusieron en un sepulcro; cerraron la entrada, y se retiraron prontamente porque ese día era la Parasceve (3), es decir, la preparación para el día de la fiesta ó del sábado que comenzaba al meterse el sol, en cuanto á la obligación del reposo.

He querido dar la continuación de la historia de la pasion, desde el domingo sexto, día antes de la Pascua, para que el lector comparando las datas y los días, pueda ver mas claramente que el día de Pascua no pudo ser este año sino el sábado; y que las obras y persecuciones que ejecutaron los Judios contra Jesucristo el viernes, son incompatibles totalmente con el reposo que pide una festividad tan grande como la Pascua. Cuando Agripa, despues de haber hecho morir á Santiago el mayor, hizo arrestar á San Pedro, no quiso condenarlo en los días de los ázimos (4) ó de la Pascua, sino que difirió su suplicio hasta despues de la fiesta, y sabía muy bien las leyes y usos de los Hebreos. Los Judios se apresuraron á que se condenara á Jesucristo la víspera de la Pascua, porque no se escapasen en los días de la festividad, ó sobreviniese alguna cosa que les impidiera hacerlo morir.

No me detengo en refutar á los que quieren que pudo celebrarse esta festividad por dos días continuos. El P. Lami despues de Bochart ha manifestado que todo lo que los rabinos pueden decir sobre esta, es nuevo y muy diverso de la verdadera práctica de los antiguos Hebreos (5). Aun cuando la Pascua hubiera podido celebrarse dos días continuos en las provincias distantes por la incertidumbre de la faz de la luna, esto no tenía lugar en Jerusalem. La pretendida traslacion de las fiestas que acacien en viernes, no estriba en pre-

(1) Matth. xxv. 46. et seqq. (2) Joan. xix. 31. (3) Luc. xxiii. 56. Joan. xii. 42. (4) Act. xii. 3. 4. (5) Lami, carta sobre la Pascua, p. 33. Vease á Boch. De Animul. sac. l. ii. c. 50. y al P. Petavin en la nota sobre la heresia 51. de S. Epifanio.

ba alguna. Lo contrario es lo que está muy bien demostrado por los mismos rabinos. Puede consultarse á Ligfoot y á Bochart.

Una prueba muy poderosa en favor de nuestra opinion es que la fiesta de Pentecostes constantemente la ha celebrado la Iglesia el domingo: en el pues cayó en el año de la muerte de nuestro Salvador. Es así que la Pentecostes de los Judios se celebraba el día quincuagesimo, contando desde el de los ázimos, en que se ofreció el *homer*, ó los manipulos de la nueva cebada, y que era el diez y seis del mes; luego el quince era el sábado, y por consiguiente el día de la Pascua, y el catorce era el viernes ó la *Parasceve*, día en que el cordero Pascual debía inmolarse y comersse. Mas Jesus hizo la cena el trece por la tarde; no pudo, pues, ser esta la cena pascual. Puede verse este argumento con toda su claridad en el P. Lami (1) y en M. Thoynard (2).

Si se supone que el jueves en que celebró Jesucristo la última cena era el catorce de la luna, y quince el viernes, el día de la Pascua y la oblation del manipulo se haria la mañana del sábado; porque la concurrencia de esto no impedia que se cosechase y se llevase al templo (3); y por consiguiente el día de Pentecostes de este año caeria en sábado, lo cual es contra la práctica universal de la Iglesia desde los primeros siglos.

Hay otra tradicion antigua comun en una y en otra Iglesia, y es que el miércoles de la semana santa fué cuando los Judios, quiero decir los sacerdotes y fariseos, se conjuraron para prender á Jesucristo y hacerlo morir. Las Iglesias griega y latina tenían establecido para ese día un ayuno que observaba religiosamente la mayor parte, ó á lo ménos los mas piadosos de los cristianos, en memoria de la traicion que hizo Judas, y de la conspiracion de los Judios. Mas los evangelistas nos dicen expresamente, que esa se tramó dos días antes de la Pascua: *Erat autem pascha et azyma post biduum*, dice San Marcos, *et querebant summi sacerdotes quomodo Jesum dolo tenerent* (4). Y San Mateo: *Sabéis que de aqui á dos días, es decir, el viernes próximo, se hará la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. Entónces los principes de los sacerdotes se juntaron para deliberar sobre los medios de prenderlo* (5). De miércoles á jueves no hay dos días; luego no se celebró en ese día la Pascua; se efectuó sin duda el viernes por la tarde, al mismo tiempo que Jesus espiró en la cruz.

Los Hebreos regulaban entónces sus meses por el curso de la luna, y en esto todos convienen. La fiesta de Pascua comenzaba en la tarde del catorce de la luna, y duraba todo el quince (6); esto es tambien un hecho incontestable. Por la tarde empezaban las festividades de los Hebreos, y en la misma terminaban, como lo muestra claramente la Escritura (7). Para fijar, pues, la fiesta de la Pascua, es un medio infalible hacer ver por los cálculos astronómicos que el catorce de Nisan de ese año 33 de la era vulgar fué viernes; y esto está ya ejecutado con cuanta exactitud puede descarse por astrónomos muy sabios. Debe pues, confesarse, que en ese mismo año el viernes catorce, fué la víspera de Pascua, y que Jesucristo habiendo sido en eso

(1) Lami, Carta sobre la Pascua, p. 66. (2) Thoynard, Harvi, de los Evangelios, not. p. 151. (3) Michas vi. l. xvii. n. 1. (4) Marc. xiv. 1. (5) Matth. xxv. 2. et seqq. (6) Ezeq. xl. 2. 6. Levit. xxiii. 5. (7) Lev. xxiii. 32.

VI.
Prueba sacada de que la Iglesia no prohibió celebrar en domingo la fiesta de Pentecostes.

VII.

Prueba sacada de haber sido el miércoles de la semana santa el día en que se formó el complot de los Judios contra Jesus Cristo.

VIII.

Prueba sacada por los cálculos astronómicos, con que se fija la Pascua debió caer el año en que murió Jesucristo.

día crucificado y muerto despues del medio dia, no pudo celebrarla con los Judios (1).

Solamente dos cosas pueden oponerse á lo dicho: la primera, que el año 33 de la era vulgar no es el de la muerte de Jesucristo; y la segunda, que el cálculo de nuestros astrónomos es defectuoso, ó que el de los Hebreos del tiempo de nuestro Salvador no era exacto. En cuanto á lo último, no debe sostenerse sin presentar buenas pruebas. No es de presumirse que los Judios, escrupulosísimos en todas sus ceremonias, dejarán de instruirse en un punto de tanta importancia. Tenian medios para ello ó por sí mismos, ó por los matemáticos extranjeros que habia muchísimos, principalmente en Egipto que estaba tan cerca de ellos.

La fidelidad y capacidad de los astrónomos (2), que por el P. Lancelot y por M. Thoygart se ocuparon en este cómputo, no pueden ser sospechosas, y pueden examinarse sus cálculos y sus pruebas que son públicas.

Si el texto de los evangelios fuera claro y expreso, para probar que Jesucristo celebró la última Pascua, muy poco me importarian los cómputos astronómicos, y ni un momento dudaria en dejar que se acusara á los Judios de poca exactitud ó puntualidad; pero no habiendo contra ellos un texto positivo ni algun otro motivo para reprehenderlos, no debe imputárseles que hubieran fijado mal su fiesta en ese año.

En cuanto al año de la muerte de Jesucristo se puede demostrar que no pudo ser otro que el treinta y tres de la era vulgar. S. Juan comenzó á ejercer su funcion de precursor el año décimo quinto del imperio de Tiberio (3), que corresponde al veinte y ocho de la era vulgar. Jesus fué bautizado algun tiempo despues de haber comenzado á predicar este santo precursor, y predicó cuando ménos dos años y medio despues de su bautismo. S. Juan (4) nota expresamente dos Pascuas sin la de su muerte (5); luego Jesus no pudo haber muerto antes del año treinta y uno de la era vulgar.

Jesucristo murió gobernando Pilato, que fué arrojado de la Judea antes de la muerte de Tiberio, que accedió el año 37 de dicha era; luego la muerte de Jesucristo debe ponerse entre el año treinta y uno y treinta y siete de la misma. Es así que de todos estos años no se conoce otro por los cálculos astronómicos que el treinta y tres en que la Pascua pudiera celebrarse el jueves ó viernes catorce de Nisan; luego en ese año debe ponerse la última Pascua. Puede verse esto con mas extension en el P. Lami: consúltense tambien los cálculos de M. Bouilland, y las razones de M. Toinard en su Harmonia de los Evangelios (6). Mas segun los cálculos dichos, la Pascua debía caer el viernes catorce de Nisan en ese año treinta y tres de la era vulgar, y esa es la verdadera época de la Pascua y de la muerte de nuestro Salvador.

Aunque nuestro sistema no sea el mas generalmente seguido en

(1) Pueden verse las tablas impresas al fin de la Biblia de Vitré, p. 51, y á M. Thoynard, Harm. not. p. 148. (2) M. le Ferre y M. Bouilland, Pablo de Mildebourg. (3) Luc. iii. 1. (4) Joan. ii. 13. vi. 4. (5) Joan. xi. 55. xii. 1. xiii. 1. (6) Thoynard, Harm. p. 83. et in not. p. 148. 149.

la antigüedad, no le faltan en ella aprobantes y defensores; y despues de la opinion que quiere que Jesucristo haya celebrado la última Pascua legal con sus apóstoles, ninguna es mas adoptada ni mas autorizada que la nuestra. No refiero aqui la de S. Juan Crisóstomo (1), que creyó que nuestro Señor celebró la última Pasqua; pero que no la celebraron los sacerdotes, los escribas y los demas Judios que trabajaron en su muerte. Créa que su furor y malicia no les permitieron cumplir con esa obligacion en el dia prescrito, y lo difirieron para el siguiente. Es demasiado singular esta opinion por ser preferida; únicamente notaré que el texto de S. Juan pareció tan expreso á este santo doctor, que juzgó no poder explicarlo de otra manera, que diciendo que á lo ménos los perseguidores de Jesucristo celebraron la Pascua el dia de su muerte.

Victor de Antioquia (2), que vivia en el siglo quinto, puesto que cita como existente á S. Juan Crisóstomo, dice que los Judios determinaron prender á Jesucristo dos dias antes de la Pascua y de su pasion, es decir, el miércoles; porque era necesario que el 14 del primer mes se inmolara sobre la cruz el verdadero Cordero pascual. Añade que cuando dice S. Mateo: *Apud te facio Pascha: Voy á celebrar la Pascua con vosotros;* puede significar, no el hacerla, sino el prepararla. Porque S. Juan claramente dice que el dia de la pasion todavia no la habian celebrado los Judios. La Pascua simbólica debia hacerse en el templo ese dia, y sacrificarse el verdadero Cordero sobre la cruz.

Ni está ménos declarado por esta opinion Apolinario (3), quien nota que está muy bien dicho por S. Juan, que despues de la cena de Jesucristo, no se celebraba todavia la Pascua: *Antes de esta fiesta, Jesus habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin.* La Pascua pues aun no se habia celebrado; porque debia verificarse al mismo tiempo que Jesus, Cordero verdadero de ella, debia consumir su sacrificio. Luego debe creerse, añade, que cuando los evangelistas han dicho, que el primer dia de los azimos envió Jesus á sus discipulos á preparar una sala, quisieron significar el dia antes de los azimos, es decir el trece del mes, en el cual los apóstoles prepararon el local, pero la cena no fué la de la Pascua. Así es como esto debe entenderse para conciliar á S. Juan con los otros evangelistas. Y ciertamente el mismo S. Mateo lo insinúa cuando refiere que Jesucristo dijo á sus discipulos: *Subeis que dentro de dos dias la Pascua debe celebrarse,* &c. De manera que Jesucristo fué crucificado puntualmente cuando la Pascua se inmolaba. Esto es lo que dice Apolinario.

S. Epifanio (4) cree que los mas de los Judios, el año que murió Jesucristo, adelantaron dos dias la celebracion de la Pascua: que nuestro Señor la hizo con ellos; pero algunos que eran mas instruidos la difirieron hasta el viernes. No pretendemos aprobar una opinion tan singular; mas siempre se ve por ella la dificultad que han tenido los antiguos para conciliar á S. Juan con los otros evangelistas. Casaubon (5), el P. Petavio (6), y posteriormente el P. Lami, han citado un

(1) Chrysost. in Matth. Homil. 85. (2) Victor, Antioch. Caten. in Marc. xiv. 1. Cod. Reg. 1508. et 437. apud Thoynard, Harm. not. p. 151. Idem, in Marc. xiv. 13. (3) Apol. Caten. in Joan. xviii. 28. Cod. Reg. 247. (4) Epiph. Panor. heresi. 52. Et ita Petrus in animadvers. in Epiph. (5) Casaubon. Exercit. 17. n. 24. (6) Petavi.

pasaje que se lee en el prefacio de la Crónica de Alejandría (1), y que se atribuye á S. Pedro obispo de esa ciudad, en que se dice que nuestro Señor el año último de su vida no comió el cordero pascual, sino que el mismo fué inmolado á la hora que en el templo se sacrificaba aquel.

Este autor, ó el de la Crónica, para autorizar esta opinion, cita un pasaje de S. Hipólito mártir, obispo de Porto en Italia, sacado del libro contra las Heresias, en el cual pretende el autor echar por tierra el fundamento de la de los cuartodecimanos que discurren así: Jesucristo celebró la Pascua el catorce de la luna; luego yo debo celebrarla el mismo día; el autor sostiene que Jesucristo no comió la pascua legal en el tiempo de su pasión, porque el mismo era la verdadera pascua que se inmoló en la hora que tenía predicha. Se cita también otro pasaje del libro de la Pascua del propio autor que dice lo mismo.

En dicho prefacio se lee un pasaje de Apolinario, obispo de Hieraples (2), que reprueba la opinion de los que creen que Jesucristo comió la pascua con sus discípulos el catorce del mes. Por último, allí se ve otro pasaje que se le quiere atribuir á S. Clemente Alejandrino (3), aunque ciertamente no es de él, donde se supone que los apóstoles prepararon la pascua, pero que Jesucristo no la celebró, y que fué crucificado como el verdadero cordero de quien era solamente figura el de los Judíos. Se conoce bien que esos pasajes no son de los autores á quienes se atribuyen; pero son antiguos, y son tanto mas estimables, quanto expresamente se han hecho contra los hereges cuartodecimanos.

El autor de las Cuestiones á los católicos, impresas bajo el nombre de S. Justino mártir, dice expresamente en la cuestion 65 que Jesucristo fué sentenciado y muerto el día de la *Parascene*, ó de la preparación de la pascua. Filopono, que vivía en 604 bajo Focas, trató esta cuestion, y vigorosamente defiende la opinion que quiere que Jesucristo no haya celebrado la Pascua el año último de su vida. Focio dice también (4) que Metrodoro, y otros dos autores que escribieron los tratados contra los Judíos y los cuartodecimanos, establecian esta opinion. Teofilacto y Estimio atestiguan que también en su tiempo habia algunos que no creían que Jesucristo hubiera celebrado la Pascua la víspera de su muerte. Focio dice ser este igualmente un asunto que merece examinarse.

En la nueva edición de S. Juan Damasceno (5) se publicaron dos piezas, en las que se defiende la misma opinion. Allí se encuentra también un fragmento de un autor griego (6), que toma el nombre de este santo, y dice que nuestro Señor hizo la cena mística el jueves á la seis de la tarde; pero que los ázimos no comenzaron sino hasta el viernes, estando Jesucristo en el sepulcro. Estimio Zygabeno, griego cismático, enseña que nuestro Señor anticipó un día la Pascua judaica; que la hizo el jueves, en vez que los demas Judíos la celebraron el día siguiente; que usó del pan ázimo cuando comió el cordero

de Doctr. temp. c. 15. (1) Pet. Alex. in Chron. Alex. pref. (2) Apoll. Hierap. ep. 6. (3) Clem. Alex. p. 7. (4) Metrodoro. et duo anonymi apud Plot. Coll. 115. 116. (5) Vide no. edit. S. Joannis Damasceni, t. 1. p. 647. 648. (6) Dissert. de Azymis, p. 23.

pascual; pero tomó el pan ordinario al instituir el sacramento de su cuerpo y sangre. Casaubon cita también á Cedreno, quien dice que nuestro Señor no celebró la Pascua judaica el año en que murió, contentándose con la nueva Pascua, en la cual era el autor y víctima.

Pedro de Antioquia en su carta á Domingo, patriarca gradense (1), confirma esta opinion, probando que Jesucristo no se sirvió del pan ázimo en la institucion de la Eucaristia, porque, dice, no era mas que el día trece de la luna, y el cordero pascual debía comerse el catorce, y los ázimos no comenzaban sino el quince. A estos testimonios podria agregarse el de los Judíos (2), que dicen que Jesucristo á quien llaman *el hijo de Pandir y de Saldá*, fué crucificado en Lydda ó Dióspolis por sentencia del gran sanhedrin la víspera de Pascua.

Tertuliano (3) entre los padres latinos parece estar abiertamente por nuestra opinion. Dice que la pasión de Jesucristo terminó el primer día de los ázimos, en el cual habia ordenado Moises que por la tarde se inmolase el cordero pascual: *Quae passio perfecta est die octavo kalend. april. die primo azymorum, quo agnum ut occiderent ad vesperam, a Moysse fuerat imperatum. Itaque omnis synagoga filiorum Israel illum interfecit, &c.* Por esas últimas palabras hace alusion á aquellas de Moises (4): *Omnis coctus (los Senta, synagoga) filiorum Israel faciet illud (Pascha);* é insinúa que todo Israel concurrió á la inmolacion del verdadero Cordero pascual, padeciendo la muerte de Jesucristo, y haciéndolo morir al mismo tiempo que en el templo se debía sacrificar el cordero que solamente era figura.

El autor de las Cuestiones sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, que se creía ser Hilario, diácono de la iglesia romana (5), propone como cosa muy recibida en la Iglesia esta cuestion (6): ¿Por qué nuestro Señor quiso ser crucificado en la misma hora en que los Judíos debían celebrar la Pascua? En su respuesta supone este hecho como indubitable, y en la que da á la cuestion noventa y cuatro repite lo mismo sin manifestar la menor duda: *Vespere enim eadem die Pascha acturi erant.* S. Agustín (7) también parece favorecer esta opinion, al decir que la primera Pascua judaica se celebró cuando los Israelitas salieron de Egipto; pero la verdadera, de la cual esa era solamente figura, se cumplió cuando Jesucristo fué conducido á la cruz como un cordero que va á sacrificarse. Mas yo no hago caudal de este pasaje, porque no es muy expreso.

Solamente notaré en general, que parece que los padres latinos no profundizaron mucho esta cuestion. Explicando el texto de S. Juan, se expresan como persuadidos de que Jesucristo no ce-

(1) Apud Michæl. in Quinqu. Dissert. 1. v. Joan. Damasceni, p. 72. (2) Talmudist. Tract. Sanhedrin. (3) Tertull. contra Judaeos, c. 5. (4) Exod. 10. 47. (5) Se atribuyen el día de hoy á Ticonio, Constantino, conocido bajo el nombre de Ambrosiaster. (6) Autor. Quæst. tom. 3. no. edit. Op. Aug. quæst. 55. p. 63. *Quid coene fuit cur in illo tempore azymis se permitteret Dominus, quo octavo kalendas aprilis Pascha ce. lebraturi erant Judaei? Vide et quæst. 94. p. 85. 86.* (7) Aug. Tract. 55. in Joan. n. 1. *Primo vrinum Pascha celebravit Filius Dei, quando ex Aegypto fugientes Rubrum mare transiunt. Nunc ergo figura illa prophetica in certate completa est, cum aicut esse ad immolandum dicitur Christus.*

X.
Testimonio
de los latinos
en favor de
la misma opi
nion.

®

lebró la Pascua con los Judíos. Los padres griegos como S. Crisóstomo (1) y Teofilacto (2) adoptan el mismo sentido; y estas palabras de S. Mateo: *Prima die azymorum* (3), las entienden del día anterior á los ázimos. Los modernos tan no pensaban en entrar en el exámen de esta dificultad, que trataban como hereges ó visionarios á los que se atrevían á declararse. Vechieto fué puesto en las prisiones de la inquisición, porque osó apartarse de la común opinión. El P. Lami (4) que fué el primero que publicó su sistema sobre la Pascua, estuvo muchos años suspenso sin declararse; y no lo hizo sino después de haber visto que M. Toynard seguía la misma opinión en su *Harmonia*, que hacia mucho tiempo que estaba preparando; y no la vimos sino después de su muerte. No debe pues de ser de un gran peso el gran número de aprobantes de la contraria, pues hasta aquí el punto no se habia examinado á fondo.

XI.
Prueba sacra-
de del uso
antiguo del
pan fermenta-
do en el
sacrificio eu-
carístico.

El uso antiguo del pan fermentado en el sacrificio del altar, es la última prueba con que mostramos que Jesucristo no celebró la Pascua el año último de su vida. Todos convienen en que este uso es muy antiguo en el Oriente. S. Epifanio nota (5) que los ebionitas usaban una vez en el año del pan ázimo, es decir, durante la Pascua, de donde infiere que en lo restante del año usaban del fermentado. Los Armenios son los primeros que lo dejaron para servirse de los ázimos (6). Juan Filopono (7), que vivió como se ha dicho, en principios del siglo séptimo, atestigua que los Egipcios de su tiempo no usaban en el sacrificio otro pan que el fermentado. Ludolfo (8) afirma lo mismo de los Etiopes el día de hoy, y Vansleb (9) de los Egipcios, Abraham Equelese (10) dice que en el cánon de los jacobitas y de los nestorianos se lee: *Y tomada el pan fermentado, lo bendice, &c.* El día de hoy acostumbraban lo mismo los Griegos, sin que de esto se acierte á manifestar el principio ni el origen; viene sin duda de los primeros tiempos.

En la Iglesia latina el P. Sirmund (11) y el cardenal Bona (12) han sostenido que casi hasta el siglo décimo se usó el pan fermentado. El P. Mabillon pretende por el contrario (13), que es mas antiguo el uso de los ázimos; y dice tambien que siempre en la Iglesia latina se ha conservado esta tradición, fundándose en el testimonio del papa Leon IX. (14), que respondiendo á los Griegos avanza, que ha mil y veinte años que se usaban los panes ázimos, y que con él se alimentaron los mártires de la Iglesia latina. Es verdad que desde el tiempo de Miguel Cerulario, y de las disputas con los Griegos, era general esta práctica en Occidente. Alcuino (15), Rabano Mauro (16) y S. Isidoro de Sevilla (17), hablan

(1) *Crisostom. in Matth. xxvi.* (2) *Teophyl. in Matth. xxvi. et in Luc. xxi. Véase la Disert. de Azymis que el P. le Quien puso al principio del primer tomo de S. Juan Damasceno.* (3) *Matth. xxvi. 17.* (4) Lami, carta sobre la Pascua, p. 26. 27. (5) *Epiph. hares. 30.* (6) *Narratio de rebus Armen. t. 2. apud Biblioth. PP. Col. 294.* (7) *Philopon. tract. de Azymis.* (8) *Ludolf. l. v. Hist. Ethiop. proem. l. n. 28.* (9) *Vansleb, Voyage de Egypte.* (10) *Abram. Eckell. epist. ad Joan. Morin. inter Morini epist. 33.* (11) *Sirmund. tract. de Azymis.* (12) *Bona, de Rebus liturgic.* (13) *Mabillon, de fermento et Azymis.* (14) *Leo ix. ep. 6. ad Michael. Cerni. Idem, epist. l.* (15) *Alcuin. ep. 33.* (16) *Raban. Maur. l. i. Inst. Cleric. cap. 31.* (17) *Isidor. Hispal. l. 4. de Officiis Ecclesie.*

de ella como de una cosa muy antigua. Es necesario sin embargo confesar que no hay prueba de que toda la antigüedad la haya adoptado.

Martín de Polonia en su Crónica dice que Alejandro I. fué quien mandó que se usara el pan fermentado; particularidad que no se encuentra en las falsas decretales de Isidoro. Los escolásticos antiguos decian (1), aunque sin fundamento alguno conocido, que cierto papa Leon habia mandado que se usara del pan fermentado, para oponerse á los ebionitas que sostenían ser necesario consagrar con pan ázimo; pero que habiendo desaparecido estos hereges, volvió á usarse este. Los nuevos Griegos cismáticos (2) sostienen que no comenzó á usarse sino después de Carlo Magno. Hecho este príncipe dueño de Roma con los Vándalos arrianos, introdujo, dicen, esta costumbre con la autoridad del papa Felix que los favorecía; pero semejantes testimonios no merecen ni que se los refute.

El autor mas cierto que tenemos para mostrar la antigüedad del pan ordinario y fermentado en la Iglesia latina, es el que se imprimió bajo el nombre de S. Ambrosio (3) sobre los sacramentos. Vivía hácia el quinto ó sexto siglo, y expresamente dice que en la Eucaristia se empleaba, *usatum panem*; y se cita (4) como de S. Gregorio el Grande un pasage, en el que este santo papa declara que la Iglesia Romana indiferentemente se sirve del pan fermentado ó del ázimo para la Eucaristia; mas en sus obras impresas no se halla tal pasage. Los padres de la Iglesia latina y los concilios siempre hablan del pan eucarístico como de un pan ordinario (5). No imponen obligacion de evitar el fermentado; y sin duda lo habrían prohibido si lo hubieran creído necesario. Antes del siglo undécimo jamas se disputó sobre esto en la Iglesia. Si se encuentra algun mandato sobre el pan eucarístico, es solamente prohibiendo el salado, negro y comun; porque se quiere un pan blanco, propio y preparado expresamente para esto (6). Mas si se servía del fermentado, luego no se creía que Jesucristo hubiera celebrado la última Pascua, puesto que no pudo servirse sino del pan ázimo.

No hablo en este lugar de las razones que hay de congruencia para mostrar que Jesucristo no debió celebrar la última Pascua el año último de su vida; pues si vino á substituir la nueva á la antigua, debió consumir su sacrificio al mismo tiempo que los Judíos sacrificaban en el templo el cordero pascual; debía poner la realidad en lugar de la figura. Comunique los padres han ponderado esta razon, y S. Ireneo (7) dice expresamente que el Hijo de Dios, muriendo en la cruz, dió cumplimiento á la Pascua: *Pascuus est Dominus adimpleus Pascha.* Origenes (8) y S. Gerónimo (9) refiriendo estas palabras de Jesucristo: *Sabets que dentro de dos dias la Pascua se hará*, las entienden de la nueva Pascua

XII.
Razones de
congruencia
en favor de
esta opinión:

(1) *Alens Bonavent. Scolus. Durand. Thom. in 4. Sentent. Distinct. xi.* (2) *Epiph. Constantiopolit. et alii apud Michael. le Quien. Disert. de azymis.* (3) *Ambrosii, seu quis alius, l. iv. de Sacram. c. 4.* (4) *Greg. Magn. apud D. Thom. Catena in Matth. c. xxvi. et l. i. contra errores Graecorum. Vide et Phil. Cod. 252.* (5) *Tertull. l. v. c. 5. ad azymem. Aug. Sermon 227. et ep. 59. Alti passim.* (6) *Concil. Tolet. l. v. Cap. 4. (7) Ireneo. l. iv. c. 43. (8) Orig. in Joan. t. 3. (9) Hieronym. in Matth. xxvi.*

que nunca se había hecho, y que entónces por la primera vez debia celebrarse; de la Pascua verdadera opuesta á la figurativa: *Finem carnali festivitati volens imponere, unbraque transcurto, Pascha reddere veritatem*; de la muerte de Jesucristo en lugar de la inmolacion del cordero pascual. Estas razones, aunque muy sólidas, no son buenas sino cuando se ha probado bien el asunto ó el hecho de que se trata. Todas las congruencias del mundo nada valen contra un hecho cierto; pero si pueden sernos muy ventajosas y merecen atención cuando sean consecuencias naturales de un hecho bien probado.

Supuesto pues que la Iglesia nos ha dejado libertad de disputar sobre esta materia, sin haber definido cosa alguna en pro ni en contra del sistema que hemos propuesto; y en vista de que satisface todas las dificultades, explica los textos de los evangelistas, los concilia entre si, y no está sujeto á ningun inconveniente ruinoso, ni es contrario á las leyes de la historia, principios de la cronología ó usos de los Judios; sino que antes con él mejor que con otro se acuerdan estas cosas; en vista de estar fundado sobre la tradicion antiquisima de la fiesta de Pentecostes fijada al domingo, sobre el ayuno del miércoles establecido desde los primeros siglos en memoria del comptot que ese dia formaron los Judios contra Jesus, dos dias ántes de la Pascua, y sobre el uso antiquísimo de la Iglesia griega de consagrar la Eucaristia en pan fermentado, uso que tambien siguió por muchos siglos la latina; finalmente, en vista de estar fundado en la autoridad de muchos antiguos padres, como Tertuliano, é Hilario Diacono (1), y de los autores citados bajo los nombres de S. Clemente y S. Pedro Alexandrinos, y en la de Filopono, Metrodoro, Cedreño y algunos otros antiguos; y de estar defendido há mucho tiempo por Vequetto, Mr. Toinard, y el P. Lami, y creído por los Judios; no nos hemos podido resistir á esta gran numero de testimonios y pruebas, sino que nos hemos determinado á sostener que Jesucristo en el año último de su vida no celebró la Pascua legal ni con el resto de los Judios, ni ántes de ellos.

SEGUNDA PARTE.

Refutacion de la Disertacion de Calmet por Mr. Plumyoen.

Aunque Mr. de Tilemont, hombre de una exactitud y erudicion poco comunes, haya completisimamente refutado al P. Lami, que fué quien primeramente sostuvo en Francia en un escrito público que Jesucristo no comió la Pascua figurativa la víspera de su pasion; sin embargo, como Calmet ha empleado toda su erudicion en la defensa de una causa tan desesperada, hemos creído que para que la autoridad de tan célebre escritor no perjudique á la verdad, nos será útil discutir los argumentos en que esta opinion se apoya; argumentos ya reducidos á polvo, y que su misma debilidad hará ver cuan vanos son los esfuerzos de los que pretenden ata-

(1) O Teonio el donatista.

car la opinion mas justa y exacta relativa á la última Pascua de Jesucristo.

Artículo 1. La opinion negativa defendida por Calmet, se segun su misma confesion contraria á la tradicion y á la opinion comun de la Iglesia.

Calmet en toda su Disertacion únicamente se ha ocupado en reunir cuanto le ha parecido propio para establecer su opinion; y no obstante, todo lo que dice desde el principio la arruina enteramente, y confirma la comun. Vamos á presentar aquí sus mismos pálabras; si se examinan bien, ellas solas bastan para decidir las cuestion. „La opinion comun de las dos Iglesias, griega y romana, es, dice, que nuestro Señor celebró la Pascua legal con sus discipulos el jueves por la tarde... y que el viernes... fué crucificado y muerto. En esto se funda la práctica de no emplear en la Iglesia latina mas pan que el azimo, ó sin levadura, en nuestros misterios, suponiéndose que nuestro Salvador habiendo celebrado la Pascua con los Judios, no usó otro pan. Es inútil alegar en favor de esta opinion los testimonios de los padres y doctores modernos; pues se confiesa que casi generalmente todos la han seguido, y el concilio de Trento tambien la supone como recibida comunmente en la Iglesia (1).”

Mas si por confusion de Calmet el comun sentir de la Iglesia es haber celebrado Jesucristo la Pascua legal la víspera de su muerte, ¿cómo puede ser hecho el impugnarlo? Es verdad que añade, „no haberse decidido esta opinion como artículo de fe;” pero aunque no lo esté, basta que haya sido el sentir de la Iglesia; sea que lo manifieste por una definicion solemne, ó por un consentimiento general y perpetuo, no se la puede contradecir sin temeridad. Por lo demas, Calmet nos ahorra el trabajo de buscar testimonios de los padres y doctores modernos, supuesto que concede que casi generalmente todas lo son contrarios.

Mas por último, ¿cuáles son los argumentos de que este hombre sabio quiere servirse para combatir una opinion apoyada en la autoridad de los padres y de la misma Iglesia? Desde luego supone como un principio reconocido y practicado por todos los que se aplican á interpretar las santas Escrituras, que para conciliar las unas con las otras, debe aclararse lo oscuro por lo claro, y lo dudoso é incierto por lo cierto (2). „Es así que sobre el punto que vamos á tratar, continúa Calmet, hay en S. Juan, por ejemplo, cinco ó seis pasajes, cuya claridad llega hasta el grado de evidencia, para mostrar que Jesucristo no celebró la Pascua legal con sus discipulos: luego no es bien desviarse de ellos, para seguir otros dudosos, inciertos, oscuros ó equívocos que se hallan en los otros evangelistas y que pueden favorecer la opinion contraria (3).” Pero qué hombre sensato creará que todos los padres hayan estado tan ciegos, no solamente para no ver en S. Juan esta evidencia, sino tambien para creer que veian la de lo contrario en los otros evangelistas! ¿No está mas puesto en razon pensar que una falsa luz, y no una verdadera evidencia alucinó los ojos de Calmet? Y ciertamente el respeto debido á los padres de la Iglesia, nos obliga á creerlo así.

(1) Disert. de Calmet, p. 66. (2) *Ibid.* p. 68. (3) *Ibid.*
TOM. XIX. 48

XIII.
Conclusion
y resumida
de las prue-
bas de este
sistema.

I.
La opinion
sostenida
por Calmet,
es contraria
á la tradi-
cion y á la
opinion co-
mun de la
Iglesia.

II.
En vano pre-
tende Calmet
encontrar en
el testimonio
de San Juan
una eviden-
cia que no
han dividido
los padres.

que nunca se había hecho, y que entonces por la primera vez debía celebrarse; de la Pascua verdadera opuesta á la figurativa: *Finem carnali festivitati volens imponere, unbraque transcurto, Pascha reddere veritatem*; de la muerte de Jesucristo en lugar de la inmolacion del cordero pascual. Estas razones, aunque muy sólidas, no son buenas sino cuando se ha probado bien el asunto ó el hecho de que se trata. Todas las congruencias del mundo nada valen contra un hecho cierto; pero si pueden sernos muy ventajosas y merecen atención cuando sean consecuencias naturales de un hecho bien probado.

Supuesto pues que la Iglesia nos ha dejado libertad de disputar sobre esta materia, sin haber definido cosa alguna en pro ni en contra del sistema que hemos propuesto; y en vista de que satisface todas las dificultades, explica los textos de los evangelistas, los concilia entre si, y no está sujeto á ningun inconveniente ruinoso, ni es contrario á las leyes de la historia, principios de la cronología ó usos de los Judios; sino que antes con él mejor que con otro se acuerdan estas cosas; en vista de estar fundado sobre la tradicion antiquisima de la fiesta de Pentecostes fijada al domingo, sobre el ayuno del miércoles establecido desde los primeros siglos en memoria del compto que ese dia formaron los Judios contra Jesus, dos dias ántes de la Pascua, y sobre el uso antiquísimo de la Iglesia griega de consagrar la Eucaristia en pan fermentado, uso que tambien siguió por muchos siglos la latina; finalmente, en vista de estar fundado en la autoridad de muchos antiguos padres, como Tertuliano, é Hilario Diacono (1), y de los autores citados bajo los nombres de S. Clemente y S. Pedro Alexandrinos, y en la de Filopono, Metrodoro, Cedreño y algunos otros antiguos; y de estar defendido há mucho tiempo por Vequetto, Mr. Toinard, y el P. Lami, y creído por los Judios; no nos hemos podido resistir á esta gran numero de testimonios y pruebas, sino que nos hemos determinado á sostener que Jesucristo en el año último de su vida no celebró la Pascua legal ni con el resto de los Judios, ni ántes de ellos.

SEGUNDA PARTE.

Refutacion de la Disertacion de Calmet por Mr. Plumyoen.

Aunque Mr. de Tilemont, hombre de una exactitud y erudicion poco comunes, haya completisimamente refutado al P. Lami, que fué quien primeramente sostuvo en Francia en un escrito público que Jesucristo no comió la Pascua figurativa la víspera de su pasion; sin embargo, como Calmet ha empleado toda su erudicion en la defensa de una causa tan desesperada, hemos creído que para que la autoridad de tan célebre escritor no perjudique á la verdad, nos será útil discutir los argumentos en que esta opinion se apoya; argumentos ya reducidos á polvo, y que su misma debilidad hará ver cuan vanos son los esfuerzos de los que pretenden ata-

(1) O Teonio el donatista.

car la opinion mas justa y exacta relativa á la última Pascua de Jesucristo.

Artículo 1. La opinion negativa defendida por Calmet, se segun su misma confesion contraria á la tradicion y á la opinion comun de la Iglesia.

Calmet en toda su Disertacion únicamente se ha ocupado en reunir cuanto le ha parecido propio para establecer su opinion; y no obstante, todo lo que dice desde el principio la arruina enteramente, y confirma la comun. Vamos á presentar aquí sus mismos pálabras; si se examinan bien, ellas solas bastan para decidir las cuestion. „La opinion comun de las dos Iglesias, griega y romana, es, dice, que nuestro Señor celebró la Pascua legal con sus discipulos el jueves por la tarde... y que el viernes... fué crucificado y muerto. En esto se funda la práctica de no emplear en la Iglesia latina mas pan que el azimo, ó sin levadura, en nuestros misterios, suponiéndose que nuestro Salvador habiendo celebrado la Pascua con los Judios, no usó otro pan. Es inútil alegar en favor de esta opinion los testimonios de los padres y doctores modernos; pues se confiesa que casi generalmente todos la han seguido, y el concilio de Trento tambien la supone como recibida comunmente en la Iglesia (1).”

Mas si por confusion de Calmet el comun sentir de la Iglesia es haber celebrado Jesucristo la Pascua legal la víspera de su muerte, ¿cómo puede ser hecho el impugnarlo? Es verdad que añade, „no haberse decidido esta opinion como artículo de fe;” pero aunque no lo esté, basta que haya sido el sentir de la Iglesia; sea que lo manifieste por una definicion solemne, ó por un consentimiento general y perpetuo, no se la puede contradecir sin temeridad. Por lo demas, Calmet nos ahorra el trabajo de buscar testimonios de los padres y doctores modernos, supuesto que concede que casi generalmente todas lo son contrarios.

Mas por último, ¿cuáles son los argumentos de que este hombre sabio quiere servirse para combatir una opinion apoyada en la autoridad de los padres y de la misma Iglesia? Desde luego supone como un principio reconocido y practicado por todos los que se aplican á interpretar las santas Escrituras, que para conciliar las unas con las otras, debe aclararse lo oscuro por lo claro, y lo dudoso é incierto por lo cierto (2). „Es así que sobre el punto que vamos á tratar, continúa Calmet, hay en S. Juan, por ejemplo, cinco ó seis pasajes, cuya claridad llega hasta el grado de evidencia, para mostrar que Jesucristo no celebró la Pascua legal con sus discipulos: luego no es bien desviarse de ellos, para seguir otros dudosos, inciertos, oscuros ó equívocos que se hallan en los otros evangelistas y que pueden favorecer la opinion contraria (3).” Pero qué hombre sensato creará que todos los padres hayan estado tan ciegos, no solamente para no ver en S. Juan esta evidencia, sino tambien para creer que veian la de lo contrario en los otros evangelistas! ¿No está mas puesto en razon pensar que una falsa luz, y no una verdadera evidencia alucinó los ojos de Calmet? Y ciertamente el respeto debido á los padres de la Iglesia, nos obliga á creerlo así.

(1) Disert. de Calmet, p. 66. (2) *Ibid.* p. 68. (3) *Ibid.*
TOM. XIX. 48

XIII.
Conclusion
y resumida
de las prue-
bas de este
sistema.

I.
La opinion
sostenida
por Calmet,
es contraria
á la tradi-
cion y á la
opinion co-
mun de la
Iglesia.

II.
En vano pre-
tende Calmet
encontrar en
el testimonio
de San Juan
una eviden-
cia que no
han dividido
los padres.

Artículo II. La opinion de Calmet está refutada por el Evangelio mismo.

I.
Textos de S. Mateo, de S. Marcos y de S. Lucas, que prueban que Jesucristo cenó la última Pascua de su muerte.

Puesto que Calmet no quiere aquí considerar la autoridad de los padres, prescindamos de ella por un momento; y del mismo Evangelio á que nos invita, presentémosle los textos que demuestran haber celebrado Jesucristo en la última cena la Pascua mosaica, y que lo prueban con tal claridad, que no hay respuesta alguna razonable que se les pueda oponer. El primer día VIES DE LOS AZIMOS, dice S. Mateo (1), vinieron los discípulos á encontrar á Jesus, y le dijeron: ¿En dónde quieres que te preparemos lo necesario PARA QUE COMAS LA PASCUA? Jesus les respondió: *Id á la ciudad á casa de aquel hombre, y decidle: El maestro dice: Mi tiempo se acerca; en tu casa tengo de hacer la Pascua con mis discípulos. Hicieran estos lo que Jesus les habia ordenado, y prepararon la Pascua. Por la tarde Jesus se sentó á la mesa con sus doce discípulos, y estando cenando, les dijo, &c. EL PRIMER DIA DE LOS AZIMOS, EN EL CUAL SE SACRIFICABA LA PASCUA, dice San Marcos (2), le dijeron sus discípulos: ¿A dónde quieres que vayamos á prepararte lo necesario para que comas la Pascua? Jesus envió dos de sus discípulos, y les dijo: *Id á la ciudad, y allí encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidlo; y en donde entrare, decid al dueño de la casa: El Maestro os envía á decir: ¿Dónde está el lugar donde debo comer la Pascua con mis discípulos? El os mostrará un alto y amplio cenáculo enteramente amueblado y dispuesto: preparámonos allí lo que sea necesario. Habiendo partido sus discípulos, entraron en la ciudad, y hallaron todo lo que Jesus les habia dicho, y prepararon la Pascua. Por la tarde se fué con los doce. Y sentándose á la mesa y cenando, les dijo, &c. LLEGÓ EL DIA DE LOS AZIMOS EN EL CUAL DEBIA SACRIFICARSE LA PASCUA, dice S. Lucas (3): Jesus pues envió á Pedro y á Juan, y les dijo: *Id á preparámonos la Pascua, para que la comamos. Ellos le dijeron: ¿En dónde quieres que la preparemos? Y les respondió: Al entrar en la ciudad encontraréis un hombre cargando un cántaro de agua; seguidlo á la casa donde entrare, y decid al dueño de ella: El Maestro dice: ¿Dónde está el lugar en que he de comer la Pascua con mis discípulos? y él os mostrará un cenáculo grande enteramente amueblado: preparad en él lo necesario. Habiendo partido los discípulos, encontraron todo lo que Jesus les habia dicho, y prepararon la Pascua. Llegada la hora, se sentó á la mesa, &c. Dadme un hombre que nunca haya oído hablar sobre el asunto de que se trata: no es verdad que al leer las palabras que acabamos de referir, convencido al instante por su claridad pronunciara que Jesucristo comió la Pascua legal con sus discípulos la víspera de su muerte? Sean cuales fueren los esfuerzos que haga Calmet, lejos de oscurecer el sentido de estas palabras tan claras, no conseguirá otra cosa que añadirles un nuevo brillo.***

„El día siguiente juéves trece de Nisan, dice, que era EL PRIMER

„DIA DE LOS AZIMOS, EN EL QUE DEBIA SACRIFICARSE LA PASCUA, es decir, „en cuya tarde comenzaba el catorce de Nisan, día en que comenzaba el uso de los panes sin levadura, y en el que debia inmolarse „el cordero pascual (1).” Todos los rodeos de esta paráfrasis no hacen más que atribuir á los evangelistas lo contrario de lo que dicen, pues en términos claros afirman, que el día mismo en que los discípulos vieron á encontrar á Jesucristo, para que les dijera en donde quería que le preparasen la Pascua, era el primer día de los azimos, en el cual debia celebrarse. Mas si damos crédito á Calmet, el primer día de los azimos no deberá comenzar sino el día viernes despues del medio día. En efecto, supuesto que por confesión suya (2) la obligación de usar de esos panes no comenzaba sino despues del medio día del catorce, y el cordero no se sacrificaba sino dos horas despues del medio día del mismo, no podia comenzar mas temprano ni la Pascua ni el primer día de los azimos; porque la Escritura los reune, segun estas expresiones de S. Marcos: *Despues de dos días eran la Pascua y los azimos; de manera que es difícil concebir cómo Calmet dió al juéves el nombre de día primero de los azimos, cuando segun el mismo, desde que los discípulos vinieron á encontrar á Jesus hasta que comenzó su uso y el sacrificio del cordero, pasaron veinte y cuatro horas.*

„Pero dirá Calmet (3) acorde con Apollinario (4) á quien cita, „que es creíble, que cuando los evangelistas han dicho que el primer día de los azimos Jesus envió á sus discípulos á que prepararan un cenáculo, debe entenderse del día anterior á los azimos, es decir del trece del mes”. Confieso que S. Juan Crisóstomo (5) tambien explica casi del mismo modo esta expresion; pero sus propias palabras hacen ver sin embargo un sentido muy diverso. El evangelista lo llama „día anterior á los azimos, porque los Judios acostumbraban contar los días desde la tarde; y se hace mención del primero de los azimos desde el día en cuya tarde debia celebrarse la Pascua. Porque fué el quinto día de la semana cuando los discípulos vinieron á encontrar á Jesus; y á ese día llama el evangelista anterior á los azimos, designando así el tiempo en que vinieron á encontrar á Jesucristo. Otro evangelista dice: *Llegó el día de los azimos, en el cual debia sacrificarse la Pascua; esta expresion, llegó el día, significa que estaba cercano y como á la puerta, es decir, que habla de la tarde en que comenzaba. Por esto uno de ellos agrega, que ese era el día en que se sacrificaba la Pascua.*” Luego S. Juan Crisóstomo llama día anterior á los azimos, aquel en cuya tarde debia sacrificarse la Pascua, tarde que estaba cerca y como á la puerta, cuando vinieron los discípulos á encontrar á Jesucristo; de manera que segun este santo doctor, se podia decir entonces decir, que habia llegado el día mismo de los azimos, en el que se sacrificaba la Pascua, porque pocas horas despues debia comenzar; es decir en la tarde de ese mismo día, el cual no se contaba por el trece, sino por el catorce. Pero lo que prueba todavía que absolutamente no admite otro sentido el texto de los evangelistas es, que aunque S. Mateo simplemente di-

II.
Vano esfuer-
zo de Cal-
met para via-
dir la fuerza
de los textos
que se le opo-
nen. Notas
sobre el pri-
mer día de
los azimos:
argumento
que resulta
de esta ex-
presion.

(1) Mat. xvi. 17. 21. (2) Marc. xiv. 12. 15. (3) Luc. xxii. 7. 14.

(1) Dissert. de Calmet, p. 63. (2) *Ibid.* (3) *Ibid.* p. 75. (4) Apoll. Catena in Joan. xviii. 28. Cod. Reg. 247. (5) Chrys. in Mat. xvi. Ann. 82.

ce (1), *prima die azimorum*, S. Marcos agrega (2), *quando Pascha, immoibant*. Mas quien dirá que se acostumbraba sacrificar la Pascua el *zece* de Nisan? Si alguno quiere formar aquí una dificultad diciendo que la expresión *quando* en S. Marcos, no se refiere á *die*, sino á *azimorum*, de modo que el sentido sea: *El día antes de los azimos, en el principio de los cuales se sacrificaba la Pascua*; S. Lucas desde luego responde á eso diciendo (3): *Llegó el día de los azimos, en el cual debía sacrificarse la Pascua: Venit dies azimorum, in qua necesse erat occidi Pascha*: donde es evidente que el relativo *in qua*, no se refiere á *azimorum*, sino á *dies*, con el que solamente concuerda en género y número.

Aun podría buscarse tal vez algun subterfugio en la palabra *venit*, dándole la significacion de *aproximarse*. Pero S. Lucas previene tambien esta objecion diciendo al principio del capítulo (4): *Se acercara pues el día festivo de los Judios llamado la Pascua, y los principes de los sacerdotes sollicitaban &c.*, de modo que cuando á continuacion dice (5): *Venit autem dies azimorum, et misit Petrum et Joannem &c.*, no significa simplemente, que el día de los azimos se aproximaba, esto ya lo tenia dicho desde antes; sino lo que quiso decir fue, que *habia llegado el día de los azimos*, es decir, que comenzaba. En vano se nos opondrá que no comenzando los Judios sus fiestas sino *por la tarde*, no se podía decir que el primer día de los azimos comenzó *tres horas despues del medio día*, que es la hora en que creemos que los discipulos vinieron á encontrar á Jesucristo. Josefo expresamente dice (6) que en su tiempo comunmente se sacrificaba el cordero pascual desde la hora nona hasta la undecima, es decir, segun contamos nosotros, desde las tres de la tarde hasta las cinco. Así en tiempo de Josefo y por consiguiente en el de Jesucristo, la Pascua ó el primer día de los azimos comenzaba desde la hora nona, es decir, tres horas despues del medio día, en vez que las otras festividades no comenzaban sino al ponerse el sol. Porque he aquí lo que se lee en el Exodo relativo á la Pascua (7): *Vosotros lo reservaréis (al cordero) hasta el día catorce de ese (primer) mes, y toda la muchedumbre de los hijos de Israel lo sacrificará en la tarde (segun el hebreo, entre las dos tardes.)* Y en cuanto á los azimos: *Desde el día catorce del primer mes por la tarde, comeréis azimos hasta el veinte uno del mismo mes en la tarde* (8). Mas en el Deuteronomio (9), Moises señala desde donde debe tomarse el principio de esa tarde, *Sacrificareis, dice, la Pascua por la tarde, al ponerse el sol*. Así en aquellos tiempos antiguos la primer tarde comenzaba hacia el ocaso del sol, la segunda al fin del crepúsculo; y todo el tiempo comprendido en ambas tardes era el destinado para la celebracion de la Pascua. No indagaremos aquí mas que lo que se practicaba en tiempo de Jesucristo, y no lo que se hacia en los primeros tiempos de la republica de los Hebreos. Si estrictamente se toma el primer día de los azimos por solo el tiempo en que se comia la Pascua, lo cual no se hacia en tiempo de Jesucristo sino por la tarde, es decir, despues de ponerse el sol, se podrá decir con S. Juan Crisóstomo, que en ese sentido tambien el día de los azimos habia llega-

(1) Matth. xxvi. 17. (2) Marc. xiv. 12. (3) Luc. xxi. 7. (4) Luc. xxi. 1. (5) *Ibid.* v. 7. (6) Jos. de Bella, l. vii. c. 17. (7) Exod. xii. 4. (8) Exod. xii. 18. (9) Deut. xvi. 6.

do, cuando los discipulos vinieron á encontrar á Jesucristo, porque entonces estaba *cerca y como á la puerta*. De este modo se ve cómo los textos de los evangelistas mutuamente se aclaran, y se disipa la obscuridad en que se ha querido envolverlos.

Mas Calmet continúa, y por acomodar mas facilmente á su opinion las palabras de los evangelistas, les da un sentido totalmente diverso del que presentan. Porque cuando S. Mateo dice: *Accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Ubi vis paremus tibi comedere Pascha* (1) Calmet traduce así: *Vinieron los discipulos á preguntar á Jesus, donde queria que se le preparara un lugar para comer en el la pascua*. (2) Esta traduccion restringe á solo el lugar donde debia sacrificarse el cordero, lo que los discipulos que hablaban á Jesucristo entendian del cordero mismo que debia sacrificarse en la tarde siguiente: *Ubi vis PAREMUS TIBI COMEDERE PASCHA? á la letra: ¿Dónde quieres que te preparemos para que comas la pascha?* Mas que esta debiera comerse en ese mismo día lo prueban las palabras mismas que les dirigió (3): *Id á la ciudad, á casa de aquella persona, y decidle: El Maestro os envia á decir: Mi tiempo se aproxima; yo tengo de hacer la pascha en tu casa con mis discipulos: ¿dónde está el aposento* (4) *en donde he de comer la pascha con mis discipulos?* Podría decir eso Jesucristo de una pascha que no hubiera de comerse, á no ser que quisiera burlarse de sus discipulos y del padre de familia? De la misma manera lo que los tres evangelistas agregan: *Y los discipulos prepararon la pascha*, no puede tener otro sentido, sino que dispusieron todo lo que era necesario para comer el cordero esa misma tarde.

No obstante, Calmet sostiene que los discipulos no prepararon mas que para el siguiente día lo que el Señor les habia ordenado. „Dispusieron, dice, todas las cosas para celebrar la Pascua al día siguiente. Purificaron el cenáculo de toda levadura; aderezaron la mesa y los reclinatorios, y despues se volvieron á encontrar á Jesus, y le dijeron que todo se habia hecho segun lo habia ordenado (5).” En cuanto á la mesa y reclinatorios, no fue eso lo que prepararon los apóstoles, pues todo estaba ya dispuesto como Jesucristo se los habia dicho (6): *El dueño de la casa os mostrará un grande y alto cenáculo enteramente alhajado, con tabulicm grande stratum, preparadnos allí lo que sea necesario, es decir la pascha*. Pero yo no sé qué es lo que quiere avanzar Calmet, cuando asegura que los discipulos quitaron del cenáculo toda levadura. No pretende que ese mismo jueves que precedió inmediatamente á la muerte de Jesucristo era el trece del mes de Nisan? Mas está notado en el Talmud (7) que en Jerusalem no comenzaba á quitarse de las casas la levadura, sino á la hora sexta, es decir al medio día del catorce de Nisan: *Solent comedere fermentatum per totam horam quintam, et in principio horae sextae comburant*; así es como lo refiere el P. Hardouin en su Disertacion sobre la última Pascua (8). ¿Como pues habrian imaginado los discipulos quitar toda

(1) Matth. xxvi. 17. (2) Disert. de Calmet, p. 70. (3) Matth. xxvi. 18. (4) Marc. xiv. 14. *Ubi est refectio mea?* Luc. xxi. 11. *Ubi est dissortorium?* En el texto griego de ambos evangelistas se pone la misma expresión. (5) Disert. de Calmet, p. 70. (6) Marc. xiv. 15. Luc. xxi. 11. (7) Talmud. *Col. Pesach*, c. 2. n. 4. et R. Meir. (8) *Hard. de sup. Christi Pasch.* p. 388. 389. ed. Anst.

III.
Notas sobre la preparación de la Pascua: arguimiento que resulta de esta preparación.

levadura del cenáculo en donde debían comer el día siguiente por la tarde, pudiendo licitamente los Judíos servirse de la levadura hasta el medio día del siguiente? O bien, ¿cómo podrá conciliarse lo que Calmet dice aquí, de que los discípulos quitaron toda levadura del cenáculo, con lo que afirma en otro lugar, que el uso antiguo del pan fermentado en el sacrificio del altar le sirve de prueba para mostrar que Jesucristo instituyendo la eucaristía se valió del pan con levadura? Habría sido ciertamente una cosa ridícula que los discípulos apartasen del cenáculo toda levadura, cuando debían comer pan fermentado en esa misma tarde, y en el propio cenáculo. Mas si convenis, como la autoridad del Evangelio os lo exige, en que ya había comenzado el día de los ázimos, ó cuando ménos iba ya á comenzar, no contándolo sino desde la misma tarde; será consiguiente á eso que cuando los discípulos vinieron á Jerusalem, debieron encontrarlo todo ya purificado de toda levadura, de suerte que no les quedaba otra cosa que hacer mas que el proveerse de ázimos y lechugas silvestres, y disponer lo necesario para sacrificar y comer el cordero.

En vano replica Calmet (1) que el Evangelio no dice ni una palabra que nos insinúe que los apóstoles hubieran estado en el templo, ni que hubieran sacrificado la Pascua; como si estas diligencias (aun suponiendo que fueran absolutamente indispensables á los apóstoles), como si estas diligencias, digo, no estuvieran bastante expresadas en estas palabras del Evangelio: *Y prepararon la Pascua*, sino que fuera necesario que se hiciera mención especial de todo lo que comunmente debían practicar los Judíos esta vez segun el uso adaptado. Añade este hombre sabio (2) que no convenia que la oblation del cordero pascual la hiciese otro que el jefe de la familia; que esto debia ir á la ciudad, y presentar personalmente su víctima. Pero sobre qué testimonio funda todo esto? No se lee ciertamente tal cosa ni en el texto sagrado ni en el historiador Josefo; y yo no alcanzo por qué no habria sido suficiente que el padre de familia en su casa, donde Jesucristo debia celebrar la Pascua, y los discípulos Pedro y Juan enviados por el Salvador, satisficieran allí la obligacion que tenían de ir al templo, y de sacrificar la pascua: el padre de familia á nombre de sus huéspedes, y los discípulos á nombre de su maestro; especialmente considerando que Jesucristo y sus apóstoles siendo galileos, eran extrangeros en Jerusalem, y no tenían domicilio fijo.

IV.
Resposta á la objecion fundada en que Jesucristo estaba sentado, ó reclinado y no en posición en la última cena.

Aquí podria objetarse, que segun la relacion de los tres evangelistas, siendo ya por la tarde, Jesucristo se reclinó ó se sentó á la mesa con sus discípulos, observat (3). Mas el Señor tenia ordenado á los hijos de Israel que cuando comieran el cordero, lo hicieran como quien está de viaje, y por consiguiente en pie: *He aquí como habréis de comer el cordero*, dice el Señor: *Os ceñiréis los riñones; calzaréis vuestros pies, y tendréis un báculo en la mano, y comeréis con alegría; porque es la Pascua, es decir, el tránsito del Señor* (4). Pero el mismo Calmet previene esta objecion en su comentario sobre el texto: „Estos preceptos, dice, así como el de marcar con san-

gre el umbral de la puerta y los goznes, y lo que está prescrito en el V 22. del cap. xii. del Exodo de no salir de la casa esa noche, estaban impuestos solamente para la Pascua que se celebró en Egipto. Moises no prescribe esas formalidades si circunstancias, cuando en otro lugar habla del modo en que ha de celebrarse la Pascua legal; y esas prácticas no hubo en la tierra de promision, ni se advierte entónces que el cordero pascual se coma estando sentados ó en pie. Los talmudistas dicen que era indiferente comerlo de una ú otra manera.” Además ¿quién lo creó? Calmet en el propio lugar, para probar que los Judíos comían la pascua tambien sentados, refiere el ejemplo del mismo Jesucristo: *Jesucristo*, dice, *tambien comió la pascua sentado.* Tal es la fuerza de la verdad, que el mismo Calmet se vió obligado á rendirse á ella en el punto que se controvierte, aun estando preocupado de otro parecer. Por lo demas S. Juan Crisóstomo resuelve todavía de otra manera esta misma objecion que se propone: „Si Jesucristo y sus apóstoles, dice, comieron la pascua, ¿en qué modo se reclinaron ó se sentaron, siendo esto contra lo que ordena la ley? Mas podemos decir, responde, que despues de haber comido la pascua, fué cuando se reclinaron ó se sentaron á la mesa para cenar (1).”

Resta todavía otro texto del Evangelio que incomoda muchísimo al nuevo sistema, y que Calmet ha querido oscurecer. Lo referirémos todo entero. *Llegada la hora, Jesus se sentó á la mesa, y los doce apóstoles con él, y les dijo: He deseado ardientemente comer esta pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que de aquí adelante no la comere hasta que se cumpla en el reino de Dios. A continuacion tomando el caliz, dió gracias, y dijo: Tomad, y distribuidlo entre vosotros; porque os digo, que ya no beberé mas del fruto de la vid, hasta que llegue el reino de Dios. Despues tomó el pan, y habiendo dado gracias, lo partió y les dió, diciendo: ESTE ES MI CUERPO.... De la misma manera tomó el caliz despues de haber cenado, diciendo: ESTE ES EL CALIZ DEL NUEVO TESTAMENTO DE MI SANGRE, &c.* (2). Es pues constante que esas palabras: *En gran manera he deseado comer esta pascua con vosotros*, las pronunció Jesucristo antes de instituir la Eucaristía; y así los apóstoles no pudieron entenderlas mas que de la Pascua legal, de la cual habían hablado antes con él: no es varisimil que Jesucristo sin hacer alguna advertencia á sus discípulos, haya dado á esa palabra Pascua una nocion totalmente diversa de lo que presentaba. Bien lo ha conocido Calmet, y desde luego en su comentario dijo: „Parece que el Señor no dijo esas palabras sino al fin de la cena, y cuando iba ya á instituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre.” Aun esto no es exactamente verdadero; pues entre estas palabras y la institucion de la Eucaristía medió lo que Jesucristo dijo á sus discípulos dándoles el caliz del vino, segun la narracion del mismo S. Lucas. Pero Calmet avanza mas en su Disertacion (3), pues llega á decir que Jesucristo no pronunció esas palabras

V.
Argumento que se toma de haber dicho Jesucristo que deseaba comer aquella pascua con sus discípulos.

(1) Chrys. hom. 92. in Matth. xxvi. (2) Luc. xxi. 14-30. (3) Dissert. de Calmet, pag. 70.

(1) Dissert. de Calmet, p. 70. (2) *Ibid.* (3) Matth. xxvi. 30. Marc. xiv. 18. Luc. xxii. 14. (4) Exod. xii. 11.

sino despues de la institucion de la Eucaristia: „Jesus les dijo que siempre habia deseado en gran manera comer esa pascua con ellos, hablando de la Eucaristia que acababa de instituir (1).” Mas la relacion sola de S. Lucas destruye esa asercion. Asi Calmet, como desconfiando de tal interpretacion, insinua otra diferente: „O bien, queriendo decirles que habria deseado mucho hacer al dia siguiente la Pascua con ellos... pero previa que sus enemigos no le darian tiempo, y que esa era la última cena que haria con ellos antes de su resurreccion.” Mas este hombre sabio importunamente suple en el texto la palabra al dia siguiente, porque Jesucristo habia enviado a decir antes al padre de familia: *En tu casa tengo de hacer la Pascua con mis discipulos: sed et vos etiam pascha cum discipulis meis*: es decir, el dia de hoy y no el siguiente, en cuya tarde ya no debia estar Jesucristo entre los vivos. A mas de esto, ¿á qué fin habian de preparar los discipulos á Jesucristo para el siguiente dia una Pascua que él no debia comer? Esas palabras de Jesucristo: *Yo he deseado en gran manera comer con vosotros esta Pascua*, deben sin duda tomarse en el sentido absoluto que presentan, y no conviene hacerlas independientes de los designios vobros que los Judios debian formar contra Jesucristo. Y á la verdad, si por condiciones arbitrarias fuera licito restringir las palabras de la Escritura, aunque concebidas de una manera absoluta, el texto sagrado quedaria sujeto á cuantos sentidos quisieran darles los intérpretes. Mas fuera de lo dicho, las siguientes prueban que ese deseo de Jesucristo no quedó sin efecto: *Porque os digo que ya no comeré mas de aquí adelante*, es decir, de esta Pascua; *Dico enim vobis quia ex hoc non manducabo illud*: ó literalmente segun el griego: *quia non amplius manducabo illud*; palabras con que quiso decir que esa Pascua seria la última que comeria con sus discipulos.

ARTICULO III. Respuestas á los argumentos de Calmet.

I.
Respuesta á los argumentos que Calmet pretende sacar del testimonio de S. Juan, y de la obliacion de la garba que determina el dia de Pentecostes.

Despues de haber disipado todos los subterfugios con que Calmet intentaba eludir los testimonios tan claros de los tres primeros evangelistas, nos resta responder á los argumentos sobre que pretende fundar su sistema. Desde luego conveniremos en que los textos tomados del Evangelio de San Juan, en los cuales Calmet se atrinchera como en su fuerte, nos parecen que prueban que los sacerdotes y ministros del templo comieron la Pascua ó el cordero pascual el viernes por la tarde despues de muerto Jesucristo, lo que sin embargo otros no conceden; pero supuesto que por los textos citados de San Mateo, de San Marcos y de San Lucas queda demostrado que Jesucristo la comió con sus discipulos el jueves por la tarde, únicamente puede concluir Calmet del testimonio de San Juan, que Jesucristo celebró la Pascua el jueves, y los sacerdotes el viernes; y en esto de grado convenimos. El argumento tomado de la obliacion de la garba nada prueba (2).

(1) Calmet corrigió esta falta cuando reimprimó esta Disertacion en la Coleccion de sus Disertaciones, tom. III. part. II. pag. 223, poniendo: *Hablando de la Eucaristia que iba á instituir*. (2) M. Piumyeu se refiere sobre este á la segunda parte de su

„Pero dice Calmet (1) ser una tradicion antigua de una y otra Iglesia, que el miércoles de la semana santa fué el dia en que los Judios, es decir, los sacerdotes y los fariseos, resolvieron prender á Jesucristo, y hacerlo morir. Las Iglesias griega y latina habian establecido en ese dia un ayuno que los mas... observaban religiosamente, en memoria de la traicion de Judas y del complot de los Judios. Mas los evangelistas expresamente nos dicen que eso se ejecutó dos dias antes de la Pascua: *ERAT AUTEM PASCHA ET AYUNUM POST HINCUM*, dice San Marcos (2); *ET QUERERANT SURMI SACERDOTES QUOMODO JESUM DOLO TENERENT*. Y San Mateo (3): *Sabeis que dentro de dos dias, es decir el viernes próximo, la Pascua se sacrificará, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado; los principes pues de los sacerdotes se congregaron para deliberar sobre los medios de prender á Jesus. Del miércoles al jueves no hay dos dias; luego no se celebró en ese dia la Pascua; luego fué el viernes por la tarde, al mismo tiempo que Jesucristo espiró en la cruz.*

Es digno de admiracion que Calmet alegue aquí el testimonio de la tradicion, despues de haberla desechado en lo relativo á la Pascua celebrada por Jesucristo antes de su pasion. Mas nosotros decimos que lo único que puede inferirse de ella es, que el miércoles fué el traidor Judas á verse con los principes de los sacerdotes, los que habiendo encontrado entónces la oportunidad que buscaban, resolvieron hacer morir á Jesucristo; lo cual no impide que desde el dia anterior, es decir desde el martes, y por consiguiente dos dias antes de la Pascua, hubieran comenzado á deliberar sobre los medios de hacer morir á Jesucristo. Efectivamente, es cierto que los Judios habian formado esta resolucion dos dias despues de la entrada solemne del Salvador en Jerusalem, porque la tarde del dia en que lo verificó regresó á Bbthania (4), de la que volvió al dia siguiente á Jerusalem (5), regresando á ella otra vez por la tarde (6). Al otro dia habiendo venido por tercera vez á Jerusalem, permaneció allí por algun tiempo en el templo (7), y cuando salió se sentó en el monte de las Olivas (8), en donde conversó largamente con sus discipulos: *Y habiendo concluido Jesus su discurso*, dice San Mateo, *dijo á sus discipulos: Sabeis que pasados dos dias se hará la Pascua* &c. (9). Mas su entrada solemne en Jerusalem no fué en el segundo dia de la semana, es decir el lunes, como quiere suponerlo Calmet (10) siguiendo su sistema, sino en el primero, este es, el domingo, como lo atestiguan el mismo uso de la Iglesia que celebra en ese dia de la semana santa, llamado de *Palmas* ó de *Ramos*, la memoria de esta entrada triunfante. Pero del domingo al martes, y del martes al jueves no hay mas que dos dias: luego el jueves se celebró la Pascua

Disertacion, en la que pretende mostrar que la obliacion de la garba hizo trasladar al dia del sábado la solemnidad de la Pascua; de suerte que segun él, solo el pueblo la celebró el jueves por la tarde en que comenzaba el primer dia de los azimos, y los sacerdotes no la celebraron sino el viernes por la tarde, en que comenzaba la solemunidad. (1) Disert. de Calmet pag. 73. (2) Marc. xiv. 1. (3) Matth. xxvi. 1. 2. (4) Matth. xxi. 17. Marc. xi. 11. (5) Matth. xxi. 19. Marc. xi. 12. (6) Marc. xi. 13. (7) Ibid. 30. 27. (8) Matth. xxiv. 1. 3. Marc. xiii. 1. 3. (9) Matth. xxvi. 1. 2. (10) Disert. de Calmet, pag. 62.

por el pueblo judío, aunque convenimos en que los sacerdotes la celebraron al día siguiente.

Pero tal vez se nos podría objetar que si se pone la entrada solemne de Jesucristo en Jerusalem el primer día de la semana, se sigue según nuestra opinión que vino á Betania el día anterior, es decir el sábado; *Jesus vino á Betania seis dias antes de la pas. ca.* dice San Juan; *al otro día el pueblo que ocurrió en gran número á la fiesta, habiendo sabido que Jesus venia á Jerusalem, tomó ramos de palma &c.* Este viaje de Jesucristo parece contrario al reposo que debía observarse el día del sábado. Pero de tres modos puede destruirse toda la fuerza que parece tener este argumento: porque, ó Jesucristo pudo ir á Betania, caminando únicamente lo que le era permitido en el sábado; ó no comprendió ese viaje sino ya puesto el sol cuando cesaba el reposo de ese día; ó finalmente fué allá desde el anterior.

En cuanto á la reunion de las diversas circunstancias que dice Calmet se encuentran colocadas entre la tarde del jueves y la del viernes, y que no pueden conciliarse con la solemnidad de la Pascua, esto no nos presenta dificultad alguna; porque concedemos gustosos que el día comprendido entre esas dos tardes, no fué un día festivo, habiéndose transferido para el sábado siguiente dicha solemnidad (1).

Mas es necesario en este lugar atacar á Calmet en su último atrincheramiento. Recurre á los cálculos astronómicos para mostrar que el día catorce de Nisan en el año treinta y tres de la era vulgar, en el cual supone que fué crucificado Jesucristo, fué viernes. Pero de que le servirá toda la habilidad y exactitud de los astrónomos que cita, si Jesucristo murió en otro año, ó si los cálculos de los Judios de ese tiempo no son absolutamente exactos? Mas Calmet dice: „puede demostrarse que el año de la muerte de Jesucristo no pudo ser otro que el treinta y tres de la era vulgar;” y he aquí como lo prueba: „De todos esos años (contando desde el veinte y nueve hasta el treinta y siete de la era vulgar), no se conoce otro por los cálculos astronómicos que el treinta y tres, único en que la Pascua pudo celebrarse en jueves ó viernes catorce de Nisan; luego debe ponerse necesariamente en ese año. . . . Y según los cálculos dichos, la Pascua debia caer el viernes catorce de Nisan en ese año treinta y tres de Jesucristo; luego esta es la verdadera época de su muerte y de la Pascua (2).”

Pero efectivamente está del todo destituida de fuerza esta demostracion de Calmet; porque desde luego supone lo mismo que esta en cuestion; esto es, que los cálculos astronómicos de los Judios corresponden á los que alega; y eso es lo que debia probar con un argumento que valga mas que una simple presuncion. „No es de presumir, dice (3), que los Judios que eran tan escrupulosos en todas sus ceremonias, hayan dejado de instruirse en una cosa de tanta importancia, porque por sí mismos podian conseguir esta instruccion, ó por los matematicos extrangeros que habia principalmente en Egipto, que les era tan cercano.” Pero cualquiera que pueda ser el

(1) Sobre esta, nos remite M. Planyoen á la segunda parte de su Disertacion.
(2) Disertacion de Calmet, pag. 74. (3) *Ibid.*

cuidado que se supone haber tenido los Hebreos, aun de consultarles, es todavia ménos de presumir que los de los Judios hayan sido en esta parte mas felices que los de los cristianos; y que cuando estos con mayores auxilios que aquellos han padecido sin embargo engano en sus cálculos, solos aquellos por un singular privilegio hayan sido exentos enteramente de error en sus cálculos. Pero no siendo vencida esta presuncion por la primera, sino permaneciendo en todo su vigor, Calmet es el obligado á presentar las pruebas; obligacion que pretende recaiga sobre sus contrarios, no obstante que confirman su opinion con el testimonio de San Epifanio (1).

Pero suponiendo sin fundamento, ya que Jesucristo murió el año treinta y tres de la era vulgar, y ya que son exactos los cálculos de los Judios de ese tiempo, Calmet avanza que en ese año de la era vulgar, según los cálculos astronómicos, la Pascua debió caer en viernes (se entiende por la tarde); cómputo falso pues que según esos mismos cálculos, debió caer en ese año en jueves. Porque Pablo de Middelbourg citado por Calmet entre los astrónomos (2) de cuya fidelidad é inteligencia nadie, dice, puede sospechar, pretende (3) que en ese mismo año el novilunio popular ó aparente del mes paschal, debió caer según el meridiano de Jerusalem, el jueves 19 de marzo á las dos horas, doce minutos y veinte ocho segundos despues del medio día; y el verdadero á las dos horas treinta y un minutos; el plenilunio popular debió ser el jueves 2 de abril á las dos horas treinta y cuatro minutos y treinta segundos despues del medio día, y el verdadero el viernes 3 de abril á las seis horas y ocho minutos despues del mediodia. De esta manera según esos cálculos, (supuesto que sean semejantes á aquellos de que se servian los Judios) el primer día del mes de Nisan debió comenzar el jueves 19 de marzo despues de puesto el sol, pues que los Judios contaban sus dias de la una á la otra tarde. Por consiguiente en esta hipótesis, el catorce de Nisan debió comenzar el miércoles 1.º de abril por la tarde y terminar en la del día siguiente; luego no en viernes como pretende Calmet, sino en jueves debió comenzar á celebrarse la Pascua el año treinta y tres de la era vulgar; esto es, suponiendo que la luna popular no antecedía entonces á la celeste; por último el quince de Nisan debió comenzar la tarde del jueves 2 de abril, y acabar en la del viernes, que es tambien el tiempo en que debió acontecer el plenilunio.

Sin duda dirá Calmet conforme con el P. Lami (4), que los Judios del tiempo de Jesucristo no acostumbraban contar sus meses por

(1) M. Planyoen nos remite sobre esto á su Disertacion sobre los años de Jesucristo, pag. 466. Nosotros podemos remitirlo á lo que dimos sobre el mismo asunto, y está puesta en este tomo á continuacion de la Harmonia de los santos Evangelios; allí manifestamos que la opinion de Calmet relativa al año de la muerte de Jesucristo, está probada de una manera invencible por la misma profecia de Daniel, á la cual se agrega el testimonio del historiador Plegon, que depone en favor de esta profecia. Cuando fiera cierta que los cálculos de los Judios de ese tiempo no eran exactos, no se seguiria que sus cálculos fueran falsos en todos los años; y debia temerse por consiguiente que su cálculo es justo en el año 33 de la era vulgar, que es el de la muerte de Jesucristo. Pero es necesario convenir con M. Planyoen, en que según esos mismos cálculos la Pascua debió caer en jueves, no en viernes, como supone Calmet. (Nota de la precedente edición.) (2) Disert. de Calmet, pag. 73. (3) *Apud Petrus. Doct. temp. t. vi. c. 6.* (4) En las Memorias de M. Tillemont, para servir á la Historia Eclesiástica, tom. II. p. 766 y 767.

las conjunciones de los astros, sino por las fases ó aparición de la luna; y que por tanto el año treinta y tres de la era vulgar debieron comenzar el primer día del mes de Nisan en la tarde, no del 19 sino del 20 de marzo, cuando la luna pudo verse por la primera vez; y el 14 en la tarde, no del miércoles 1. de abril, sino del jueves 2; de suerte que no terminará sino en la del viernes 3, que es cuando deberá comerse el cordero pascual. Pero yo no me persuadiré fácilmente que los Judios tan hábiles en la astronomía, si hemos de creer á Calmet, y tan exactos en el cálculo de los movimientos celestes, hayan determinado sus neomenias por la primera aparición de la luz, que unas veces se anticipaba, otras se retardaba, y que podía no observarse por las nubes ó niebla; de lo cual debe concluirse, que sus meses regulados por el curso de la luna no habrían sido alternativamente de treinta y de veinte y nueve días, sino algunas veces de veinte y siete, y algunas de treinta y uno; lo cual es opuesto á la forma de los años lunares, que es la que segun los Judios, á lo ménos en tiempo de Jesucristo. Por lo demás, una vez que los textos evangélicos muestran clara y expresamente que Jesucristo celebró la última Pascua con sus discípulos, poco nos importa la exactitud de los Judios, y aun la de los otros astrónomos en la observación de los movimientos de los astros; y esto el mismo Calmet lo reconoce: „Cuando el texto de los evangelios, dice, fuera *expreso y claro* para probar que Jesucristo celebró la última Pascua, poco me importaran los cálculos de los astrónomos, y decididamente desconfiaría de la poca exactitud y poca puntualidad de los Judios (1).”

ARTÍCULO IV. Examen de los testimonios citados por Calmet.

I.
Cálcul. con
los testimo-
nios que Cal-
met cita en
tre los anti-
guos?

Calmet despues de haber presentado los argumentos que en pocas palabras acabamos de examinar, no queriendo verse obligado á condesar, á costa de su causa, que se halla enteramente falso de autoridades, expone los testimonios de algunos escritores que alguna vez defendieron la opinion que sostiene; pero el lector por sí mismo juzgará si esos escritores son tales, que con alguna razon puedan oponerse á todos los *padres* que están por la parte contraria. Desde luego presenta á *Victor Antioqueno*, presbítero que casi no se conoce mas que de nombre; despues á *Apolinar*, ¡si será aquel que atribuyó á Jesucristo un cuerpo sin alma ó sin entendimiento! También cita bajo el nombre de *Pedro, obispo de Alejandria y mártir*, un pasaje que se halla en el Prefacio de la Crónica de *Alejudrig*, y el cual se agregan los testimonios de un *Hipólito*, que se dice ser *obispo de Porto y mártir*, de *Apolinar, obispo de Hierápolis* y de *San Clemente Alejandrino*. Esos son los grandes nombres pero temerariamente tomados por algun impostor, con el designio de ocultarse bajo ellos para enganar con mas seguridad. Efectivamente, ese falso *Pedro de Alejandria* (porque el verdadero fué martirizado el año 311 de la era vulgar), cita á *San Atanasio*, quien no fué creado obispo de Alejandria sino en el año 325 ó 326, y lo cita como ya

(1) *Disert. de Calmet*, pag. 74.

murió mucho tiempo habia, llamándolo la grande antorcha de la Iglesia de Alejandria; hace tambien mencion del Emperador Constantino y del concilio Niceno. Paso en silencio la demás nota de impostura que pueden verse ponderadas por M. de Tillemont (1). ¿Qué se puede creer de este hombre, sino que falsamente atribuye á los *padres* que cita los pasajes que bajo sus nombres refiere; ó que si son realmente de ellos, miserablemente los ha corrompido ó truncado? Esto aun el mismo Calmet en alguna manera lo conoció. „Allí se ve dice (2) „(en la misma Crónica (3)), otro pasaje que se ha querido atribuir á „*San Clemente Alejandrino*, pero que ciertamente no es suyo.” Y un poco mas abajo: „Es bien convenir, añade, que esos pasajes no son todos de los autores cuyo nombre llevan.” Sin embargo este hombre sabio ha querido prevenirse aqui con un correctivo continuado así: *Pero son antiguos, y tanto mas considerables*, cuanto que son expresamente trabajados contra los hereges cuartodecimanos.” Aunque sean *antiguos* y escritos contra los *cuartodecimanos*, cuando ya está probado que se desvian del juicio de la misma Iglesia, casi ninguno es su valor para la decision de la disputa presente.

Despues del falso Pedro viene Filópono, escritor del séptimo siglo y herege tritheita; á continuacion un cierto *Metrodoro* y dos *anónimos*, tres autores citados por Focio (4); pero aunque enemigo el mas declarado de los latinos, condenó la opinion de esos autores como contraria á la de *San Juan Crisóstomo* y de la misma Iglesia. Aparecen despues algunos *incógnitos* de quienes hablan *Teoflacto* y *Eutimio*; dos *anónimos* y otro tambien bajo el nombre de *San Juan Damasceno*, en cuya nueva edicion se hallan los tres; á continuacion *Cedreno* citado por *Casaubon*, y *Pedro, patriarca de Antioquia*, ámbos cismáticos; por último vienen los *talmudistas*, cuyo testimonio ya se sabe cuan poca fe merece por lo comun. Porque en cuanto á *Tortulliano* y al autor de las *Cuestiones sobre el Antiguo y Nuevo Testamento* impresas en el tomo III de la nueva edicion de las obras de *San Agustín*, esos dos autores citados tambien por Calmet no megan que Jesucristo haya celebrado la Pascua legal la víspera de su muerte; sino que dicen solamente que los Judios la celebraron el día siguiente; mas eso basta para que no puedan ser contados en el número de los testigos de Calmet. Tambien alega un pasaje de *San Agustín*, pero sobre el cual ni el mismo cree deberse insistir. Despues añade: „Yo solamente notaré en general que los *padres latinos* parece que no han profundizado mucho esta cuestion. Cuando explican el texto de *San Juan*, hablan como creyendo que Jesucristo no comió la Pascua con los Judios. Lo mismo hacen los *padres griegos*, como *San Juan Crisóstomo* y *Teoflacto* (5).” Pero por último, de cualquiera modo que los *padres* hayan entendido dicho texto, es indiferente para la cuestion presente, en la que lo único que se intenta saber es, si realmente celebró Jesucristo la Pascua legal la víspera de su muerte; lo cual les era á todos tan cierto y tan conocido, que

(1) *Tilm.* t. p. 413. y tom. II. p. 737. (2) *Disert. de Calmet*, p. 76. (3) O con mas exactitud en el mismo *pedro* de la Crónica, y así es que Calmet reformó esta letra en la edicion que hizo de la coleccion de sus *Disertaciones*, tom. III. p. 292. (4) *Apud. Phot. Codd.* 115. 116. (5) *Disert. de Calmet*, p. 76.

no pensaron ni aun cuestionario, pudiendo por esto decirse que no examinaron con bastante madurez este punto.

Calmet, despues de haber referido el testimonio de los antiguos en favor de su opinion, agrega los de los modernos reducidos á tres: Vechietto, M. Thoynard y el P. Lami: únicos que la encontraron, porque los modernos, dice, estaban tan poco dispuestos á entrar en el examen de esta dificultad, que se trataban como hereges ó visionarios á los que se atrevian á declararse. Vechietto fué puesto en las cárceles de la inquisición por quanto osó apartarse de la opinion comun. El P. Lami que fué el primero que dió al público su sistema sobre la Pascua, dudo por muchos años declararse; y no lo hizo sino despues de haber visto que M. Thoynard la estableció en su Harmonia que tenia preparada mucho tiempo habia, y que no la vimos sino despues de su muerte (1). Mas estos dos escritores se habrian conducido con tanta lentitud y timidez, si hubieran creído que no proferian cosa alguna contraria á la doctrina de la Iglesia, ó que pudiera ser mal recibida? Qué es lo que pudo contenerlos, sino el temor de que su nueva opinion no habia de ser bien seguida por los católicos, enemigos de novedades, especialmente en cosas, sean las que fueren, que de algun modo pertenecen á la religion? Por lo que Calmet dice aquí de los modernos que han seguido el sistema que el adopta, juzgará el lector si es exactamente verdadero lo que afirma al principio de su Disertacion: "Autores muy católicos, dice, (no quiera Dios que les disputemos esta ventaja) ninguna dificultad han tenido para proponer otros sistemas" (aun el que enteramente niega que Jesucristo haya celebrado la Pascua legal), y sostenerlos públicamente, sin que la Iglesia haya manifestado alguna desagrado, y sin que los fieles se hayan escandalizado (2)."

Pero finalmente ¿cómo Calmet podrá concluir así: "El gran número de aprobantes de la otra opinion no debe pues ser de un gran peso; el asunto hasta aquí no se habia examinado á fondo (3)". como si una cosa tan clara y apoyada en la unanime autoridad de los padres necesitara sujetarse á examen, por quanto algunos escritores modernos han querido dudar de ella; ó como si debiera esperarse que el asunto presente quedara mejor examinado por ese pequeño número de escritores, que por todos los padres. Pero al mismo tiempo que parece no hacer Calmet aquí mayor aprecio de los doctores de la Iglesia, da mucho valor á los escritores que cita en favor de su opinion, y no teme asegurar que el gran número de testigos lo precisa á prestar su consentimiento: *No hemos podido, dice, resistir á tantos testigos (4)*. El lector justo pesará los testimonios de una y otra parte, y calificará si suplantados y tomados de escritores oscuros, hereges y cismáticos (porque tales son los mas que cita Calmet), si tales testimonios, digo, pueden contrarrestar la autoridad de todos los padres, y tambien la de un concilio general, y arribatarse por lo mismo el bien meditado consentimiento de un católico.

(1) Disert. de Calmet, p. 78. (2) Pag. 67. (3) Pag. 78. (4) Pag. 81.

AVICENA v. Testimonios contrarios á la opinion de Calmet.

Aunque Calmet mira como inútil (1) presentar los testimonios de los padres en favor de la opinion contraria á la suya, porque él mismo confiesa que casi todos se le oponen; sin embargo para que aparezcan en toda su luz hemos creído oportuno reunir aqui los testimonios principales de los antiguos sobre el punto que se controvierte, para que por la oposicion de los pasages producidos por una y otra parte, se conozca lo que deba abrazarse sobre la cuestion presente.

El primer testigo que se presenta es S. Ireneo, obispo de Lyon y mártir, muy cercano á los tiempos de los apóstoles, pues floreció en el segundo siglo. "Nuestro Señor subió, dice, de Betania á Jerusalem: comió la Pascua, y el dia siguiente sufrió la muerte (2)." Entre los padres griegos aparece en seguida Origenes: "Podrá ser, dice, que alguno poco ilustrado y cayendo en el ebullismo, se autorice con que Jesucristo haya celebrado la Pascua al modo de los Judios, y concluya de ahí ser conveniente que hagamos lo mismo á ejemplo de Jesucristo (3)." Y mas abajo añade: "Los discipulos comian la Pascua segun lo ordena la ley, cuando Jesucristo les dijo, &c." Anatolio de Alejandria; obispo de Laodicea, ó sea algun otro antiguo autor de un cánon pascual que se le atribuye, se expresa de esta manera: "Es indubitable que fue el dia catorce cuando los discipulos preguntaron á nuestro Señor, segun el uso antiguamente establecido: ¿Dónde quieres que te preparemos lo necesario para comer la Pascua (4)?" S. Epifanio, obispo de Salamina en la isla de Chipre, dice (5): "Jesucristo padeció el fin de las calendas de abril; porque ellos (Jesucristo y los apóstoles) comieron la Pascua antes de tiempo... Así es que celebraron la fiesta pascual dos dias antes del señalado por la ley (6)." S. Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, en sus homilias sobre S. Mateo, se explica de este modo: "Segun la relacion de otro evangelista, nuestro Señor en esa tarde, no solamente comió la Pascua, sino que tambien al comerla dijo: Con la mayor ansia he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de padecer (7)." S. Cirilo, obispo de Alejandria, expresamente dice que el Señor celebró la Pascua (8)." Y en otra parte: "Nuestro Señor Jesucristo junto en un mismo dia el cordero de los Judios y el verdadero maná, cuando bendijo el pan y el vino diciendo: Este es mi Cuerpo; esta es mi Sangre (9)." S. Protero, tambien obispo de Alejandria y mártir, se expresa de esta manera: "El jueves, catorce de la luna del primer mes, Jesucristo comió la Pascua en el cenáculo con sus discipulos, y poco despues fué entregado por Judas... porque el dia catorce de la luna del primer mes, segun

(1) Disert. de Calmet, p. 67. (2) Ireñ. cont. Her. l. n. c. 22. al 39. n. 3. (3) Orig. in Matth. Tract. 35. (4) Apud Bucher. Comm. in Victor. p. 443. (5) Epiph. haer. 51. (6) Lo que dice aquí S. Epifanio de esta pretendida anticipacion, es una opinion que lo es particular, y que parece no estar solidamente fundada. (Nota de la precedente edicion.) (7) Chrysost. Homil. 82. in Matth. (8) Ciril. Alex. Part. 2. Glaphyr. l. 22. sub fin. (9) Idem. ep. ad syn. Carthagin.

II.
¿Que testimonios de los modernos son los que cita Calmet?

I.
Testimonio de los Griegos contrario á la opinion de Calmet.

„los Hebreos, Jesus comió la Pascua figurativa (1), como arriba se dijo." Teodoro, obispo de Tiro, es del mismo sentir (2). S. Juan Damasceno dice „que Jesucristo comió la Pascua judaica antes de instituir la Eucaristia (3).

II.
Testimonios
de los Latinos
contrarios á
la opinion
de Calmet.

Entre los padres latinos Tertuliano: „Sabia bien Jesucristo, dice (4), cuando debia padecer aquel cuya pasion estaba figurada en la ley; porque de tantas fiestas judaicas escogió la de la Pascua; y lo hizo por haber dicho Moises: *Esa es la Pascua del Señor*. Por esta causa manifestó tan vivamente su deseo, diciendo: *He deseado con ansia celebrar esta Pascua con vosotros antes de morir*. O, el destructor de la ley era el mismo que deseaba observar la Pascua! S. Ambrosio, obispo de Milan, dice: „Nuestro Señor mismo escogió para celebrar la Pascua, el día que estaba consagrado segun la exacta observancia de la ley; por que está escrito: *El día llegó en que debia inmolarsse la Pascua*, etc. (5) S. Gerónimo dice: „Jesucristo habiendo celebrado la Pascua figurativa, y habiendo comido la carne del cordero con los apóstoles, tomó el pan... y pasó al sacramento de la verdadera Pascua (6). S. Agustín dice: „Después del intervalo de un día, en cuya tarde nuestro Señor comió la Pascua con sus discipulos &c. (7). S. Leon se expresa así: „Jesus firme en su designio, é interpuso en la ejecución de los decretos de su Padre, consumó la antigua alianza, y estableció la nueva Pascua (8). De qué modo consumó la antigua alianza, sino comiendo la Pascua figurativa segun lo ordenaba la antigua ley? S. Fulgencio dice: „Nuestro Redentor después de haber acabado la cena pascual, dijo que su sangre se derramaria para el perdon de los pecados (9). Mas todos estos padres hablan de la última Pascua de Jesucristo como de una cosa indubitable, y que no se cuestionaba en su tiempo, y en esto todos los otros están acordes con ellos.

A mas de lo dicho, lo que prueba que tampoco en los siglos posteriores se dudó sobre esto entre los doctores católicos, es que el concilio de Trento, que puso una particular atencion en que no se tocaran en sus decretos las opiniones controvertidas entre los católicos, habla del punto presente segun la opinion que sostenemos, y sus palabras manifestamente suponen que la miraba como la única recibida en la Iglesia. „Jesus, habiendo celebrado, dice, la antigua Pascua que la multitud de los hijos de Israel inmataba en memoria de la salida de Egipto, instituyó la nueva, dándose él mismo á su Iglesia para ser sacrificado por los sacerdotes „bajo los signos visibles (10). De ahí viene tambien que la Iglesia cante:

*Noctis evolvitur coena missivina,
Quæ CARBONES CRIBITUS AGNUS ET AVIÆ
DESSERT PATRIBUS, Juxta legitima*

(1) Proter. ep. ad S. Leon, inter Leonim. edit. Quæst. p. 322. (2) Theodor. Myst. 24. in Erod. (3) Joan. Damasc. de Fide orthod. l. iv. c. 4. (4) Tertull. adv. Marc. l. iv. c. 46. (5) Ambros. ep. 83. (6) Hier. Comm. in Matth. c. 26. tom. iv. col. 128. nov. edit. (7) Aug. ep. 36. al. 86. ad Casilianum, c. 13. n. 20. nov. ed. t. ii. (8) Leon. Sermon. 7. de Pass. Domini, c. 3. (9) Fulg. ad Eulogium. de Revert. peccat. l. i. c. 5. (10) Conc. Trid. Sess. 22. de Sacrif. missæ, c. 1.

*Præcisè indulta patribus,
Pocè AUSA TRIBUIT EXPLETIA EPULÆ,
Curgens dominicum datum discipulis, &c.*

Este argumento tomado del consentimiento de la Iglesia en ninguna manera queda destruido por el que Calmet pretende sacar del antiguo uso del pan fermentado en el sacrificio del altar (1). Porque suponiendo que efectivamente en la celebración de los santos misterios, la Iglesia latina se haya servido de él como se sirve siempre la griega, punto que no examinaremos ahora, este hombre sabio falsamente concluye que en otro tiempo ni una ni otra Iglesia estaban persuadidas de que nuestro Señor Jesucristo hubiera celebrado la última Pascua, que solamente con azimos podia celebrarse; porque él mismo antes ha confesado que casi todos los padres tanto griegos como latinos han seguido nuestra opinion. Confesamos, dice, que casi generalmente todos la han seguido. Pero ¿por qué testimonios podremos asegurarnos del sentir de la Iglesia antigua, sino por los de los padres? Dirá Calmet que la Iglesia latina abandonó la opinion antigua juntamente con el uso, cuando comenzó á servirse del pan azimo en lugar del fermentado! Pero desde la remota antigüedad hemos traído á S. Ireneo, obispo de Leon, y por consiguiente de la Iglesia latina, quien asegura que nuestro Señor Jesucristo comió la Pascua la víspera de su muerte. El ciertísimamente no habia tomado esta opinion en la Iglesia latina sino en la griega, de donde era originario, y la recibió de los mismos discipulos de los apóstoles; y no le era particular como algunas otras, sino como tenemos ya visto, le era comun con los otros padres que vinieron después de él y hablaron de este punto. A mas de esto, cuando se pudiera imputar á la Iglesia latina la mutacion de opinion, ¿qué debiera decirse de la griega, que sin embargo de haber conservado hasta hoy el uso del pan fermentado, se conforma con la latina en creer, como no lo ignora el mismo Calmet, que Jesucristo celebró la Pascua la víspera de su muerte! La opinion comun de las Iglesias griega y romana es, dice, que nuestro Señor celebró la Pascua legal con sus discipulos (2). ¡Ah, qué, aun los cismáticos griegos la sostienen comunmente, aunque al mismo tiempo afirman que Jesucristo después de haber celebrado la Pascua figurativa con azimos, instituyó la mística ó eucarística con pan fermentado; y no obstante esta verdad tan incontestable, que ni los enemigos de la Iglesia Romana se han atrevido á combatir, Calmet intenta echarla por tierra! Este hombre por otra parte tan penetrante, no ha visto que destruyendo el fundamento sobre que estriba el uso recibido en la Iglesia latina de servirse de panes azimos, lo expone á los insultos de los cismáticos. ¡Cuánto más prudente y sabio es el seguir la comun opinion de la misma Iglesia, que es la maestra de la verdad, y preferir su juicio á las opiniones inventadas por algunos modernos!

III.
Respuesta al
argumento
que Calmet
pretende sa-
car del uso
antiguo del
pan fermen-
tado en el
sacrificio eu-
carístico.

(1) Disertacion de Calmet, p. 78. (2) Pag. 66.

S. Agustin en el libro de la Harmonia y Concordia de los evangelistas, y despues los demas padres. Focio (1) escribió á su amigo Teodoro que se guardase bien de quitar este pasage de que se trata, llevado de la autoridad de ciertos siros que lo borraron de sus libros como extrangero al verdadero texto de S. Lucas. El motivo que los obligó á ejecutar esta supresion fué parecerles indecente que Jesucristo estuviese tan oprimido del dolor y de la tristeza, que llegara á sudar sangre. Esos siros verisimilmente son los armenios, porque Nicón (2) atestigua que quitaban este lugar del Evangelio como tambien la historia de la muger adúltera.

Despues de haber referido la opinion de los padres tocante á la variedad de lecciones que sobre este lugar se advierte, así en los antiguos ejemplares griegos como en los latinos, conviene al presente examinar el sentido de ese pasage, y reunir las opiniones de los comentadores. Dice pues S. Lucas que Jesucristo (3) *habiendo caido en agonía, redoblo su oracion, ó según el texto latino, hizo oracion por un tiempo mas dilatado* (4); pero en el griego se lee que *oraba con mas fervor, mas vehemencia, mas afecto, y mas perseverancia*. La agonía del Salvador era un temor de que se hallaba poseido en vista de la muerte y tormentos que le esperaban; la palabra griega *agonía*, propriamente significa el movimiento de un hombre de valor que se encuentra en un grandísimo peligro: no se abate, no se acobarda; pero si se preocupa, y se turba, sin embargo de resistir á la turbacion y al temor; y esta misma resistencia es la que causa en parte su pena y su agonía; porque *agonía* es la que significa combate, peligro. Jesucristo se entregó libre y voluntariamente á esta agonía, á este combate, y á este dolor.

Ligfoot (5) se imagina que el ángel no se presentó á Jesucristo sino cuando ya habia sufrido un fuerte combate contra el demonio, que se le apareció bajo una figura espantosa y terrible, y explicó contra él toda su rabia, su fuerza y su furor. Entonces pues vino el ángel á fortalecerlo contra el demonio en ese combate: *la agonía*. Es singular esta opinion y carece de pruebas. Ninguno de los cuatro evangelistas habla de la aparicion del demonio en toda la historia de la pasion del Salvador.

Dice S. Lucas que al Señor le vino un sudor como de gotas de sangre, que corrían hasta la tierra. Sobre esto se forman muchas cuestiones: 1.º Algunos (6) sostienen que no puede mostrarse invenciblemente por el texto de S. Lucas que Jesucristo haya tenido un sudor de sangre, sino solamente un sudor como de gotas de sangre, es decir, un sudor ordinario, pero mas espeso, mas abundante, y que formaba sobre el cuerpo del Salvador ciertos gramos como gotas de sangre, las que se fijaban sobre su cuerpo, y algunas de ellas caian hasta la tierra. Citan á S. Justino mártir, que no habla de sangre, sino solamente de sudor (7). S. Hipólito en los dos lugares en que hace alusion á este pasage de S. Lucas, no habla mas que de sudor. Teofilacto y Eutimio

III.
Opiniones de los comentaristas sobre la agonía del Salvador y el sudor de sangre que experimentó. Es que consista la agonía?

IV.
Opiniones de varias sobre el sudor de sangre que Jesucristo experimentó en su agonía.

84. pag. 872.—(1) Phot. ep. 135.—(2) Nicón. de passima religione Armen.—(3) Luc. xxi. 48.—(4) Grot. Eram. Vatab.—(5) Ligfoot. Hor. Helr. in Luc.—(6) Vide Grot. Ham. Price et Boveri. de Morte Christi. l. u. p. 130.—(7) Justin. Dialog. cum Trypho.

notan tambien que este evangelista no dice que le sobrevino un sudor de sangre, sino un sudor como de gotas de sangre; mas el texto no sufre esta explicacion. La palabra griega *thrombos* de que el evangelista se sirve, significa propriamente sangre coagulada. Así es como los médicos la explican. Ellos llaman *thrombos* á una sangre cuajada, y á un tumor que algunas veces se forma despues de la sangria por una poca de sangre extravasada que se fija y se cnaja al rededor de la piel. No sucede lo mismo con el sudor, pues este no se coagula. Así estando compuesto el sudor de Jesucristo de sangre y sudor ordinario, ó mas bien, habiendo aparecido estos casi á un mismo tiempo sobre su cuerpo, la sangre se coaguló desde luego, y cayó hasta la tierra llevada por la fluidez del sudor que la servia como de vehiculo; ó bien el de sangre siendo abundantísimo corrió hasta la tierra, siendo auxiliada para tomar este curso por la humedad que el sudor deja sobre la piel, y habiendo caido en tierra, se cuajó al instante.

2.º Otros creen que era un sudor de sangre pura. S. Agustin (1) parece haberlo entendido así. Jesucristo, dice, sudó sangre por todo su cuerpo, para denotar la que debían derramar los mártires que son su cuerpo, es decir su Iglesia: *Toto corpore sanguis exibat, ita Ecclesia ejus habet martyres; per totum corpus ejus fusus est sanguis*. Esta opinion parece ser tambien la de Maldonado (2) y del venerable Beda.

3.º Focio (3) quiere que S. Lucas en el lugar de que se trata, simplemente denote de un modo exagerado é hiperbólico el dolor, la pena y extremo abatimiento del Salvador: se sirve para esto de una expresion proverbial que usamos comunmente diciendo de un hombre que ha sufrido mucho, *que ha sudado sangre y agua*; de la misma manera para manifestar que Jesucristo fué abrumado de tristeza en el jardín de las Olivas, y que allí sudó de un modo muy abundante y extraordinario, dice el evangelista que virtió como gotas de sangre, un sudor que corría de todo su cuerpo: en una palabra, que sudó sangre y agua: *Salsusque per artus sudor ille*, Teofilacto y Eutimio favorecen esta explicacion.

4.º Ya hemos notado que S. Hilario atribuía este sudor á un milagro, y que con él probaba, no la debilidad de Jesucristo, como hacian los arrianos y los enemigos de su divinidad, sino su fortaleza y su omnipotencia: *Nec infirmitas est quod potestas non secundum naturae consuetudinem gessit*.

5.º Por último, la opinion mas comun es, que este sudor de sangre era natural, pero mas copioso y mas fuerte que los ordinarios. En efecto hay muchos ejemplos de sudores de sangre que nada tienen de milagrosos, y que aparecen en los peligros imprevisos y en los grandes temores.

Todos convienen en los poderosos efectos que las pasiones causan en el cuerpo humano, y de esto vemos diariamente finestimos ejemplos. Es tan íntima la union del alma con el cuerpo, que ni ella puede turbarse sin que el cuerpo sea atacado, ni tampoco el cuerpo puede ser tocado, sin que el alma se resienta.

(1) Aug. in Pa. xci. II.—(2) Maldonat. in Matth. xxi. 37.—(3) Phatius. ep. 138. ad Theodor.

V.
Explicacion fisica del sudor de sangre que al

¿Qué efectos, por ejemplo, no causa en los mas de los hombres la pequeña viruela, ó alguna otra enfermedad contagiosa? Al instante la sangre se encuentra tan agitada, las oscilaciones tan desordenadas, y las secreciones tan turbadas, que una persona sin la menor dilacion contrae esta enfermedad, y cae en accidentes tan perjudiciales que pocas veces se curan. (Qué efectos no produce un exceso de alegría, pues la historia nos muestra personas que por ello han muerto! Entiendo aquí por pasiones todas las emociones que el alma naturalmente siente con ocasion de los movimientos extraordinarios de la sangre y de los espíritus animales.

Jesucristo pues, tuvo esta clase de pasiones que S. Juan Damasceno (1) llama *naturales et innoxias*, es decir que necesariamente se hallan en la naturaleza humana, sin causar imperfeccion alguna de gracia ó de ciencia. La única diferencia que hay entre las pasiones de Jesucristo y las nuestras es, segun el mismo padre, que en nosotros previenen la accion de la suya; y como dice S. Agustín: *Has motus certissimae dispensationis gratia, ita cum voluit suscepit animo humano, sicut cum voluit factus est homo* (2). Si el Salvador durante su vida tuvo esas pasiones, nadie podrá dudar que tuvo muchas muy diferentes en el jardin de las Olivas, y principalmente la del temor de la muerte, pues dijo: *Mi alma está triste hasta la muerte* (3). En ese momento sintió todo el horror de la que iba á sufrir ignominiosamente, y su prescencia divina se la hizo ver con todas sus circunstancias. Ve allí la certidumbre, y siente todos los ultrajes y oprobios que iba á experimentar: se abandona á todas las reflexiones las mas terribles; la miseria del hombre, la gravedad del pecado, la ingratitude, crueldad y ceguedad de los Judios, la debilidad de S. Pedro, la cobardia de sus apóstoles, todos estos objetos de una vez vienen sobre su espíritu: por último teniendo como suspensa y contenida la fuerza de su divinidad, quedó por decirlo así, abandonado de Dios su Padre, pues dijo: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me* (4) y se entregó voluntariamente á la mas grande tristeza y al dolor mas cruel que puede padecer la humanidad.

Entonces todas esas pasiones juntas en un mismo instante contuvieron desde luego el curso de los espíritus, debilitaron el movimiento de la sangre, y por consiguiente todas las secreciones; pero despues Jesucristo fortalecido por el ángel, estando sumiso á la voluntad de Dios, y su amor inflamado por la salud de los hombres, y resuelto á sufrir la muerte, recobraron los espíritus su curso natural, los poros de la piel se ensancharon, y la sangre corrió con el sudor: al modo que vemos que un rio, detenida por un dique la impetuosa corriente de sus aguas, se hincha, pero, roto el obstáculo, se derrama con la mayor fuerza; de la misma manera tambien que en el acceso de las fiebres ardientes, en el eretismo de todos los solidos la piel queda áspera y seca, mas luego que pasa el acceso las contracciones forzadas se disminuyen, y por un sudor abundante repentinamente aparece la crisis.

(1) Damasc. l. iii. de Fide. c. 30.—(2) Aug. l. iv. de Civ. Dei.—(3) Marc. xiv. 34.—(4) Marc. xv. 34.

Esto es lo que vemos acontecer todos los dias en las personas tocadas de temor y de espanto. La palidez desde luego se pinta en su rostro, todo su cuerpo entra en debilidad y temblor, y ellas permanecen así, mas ó ménos, segun es mas ó ménos grande el temor; en seguida si este dura, ó considerablemente se aumenta, el corazon palpita; sobreviene una humedad en toda la piel, despues un sudor, y en algunas personas tambien sangre por la nariz ó diarrea.

Acenecen esos sintomas porque en el primer instante del temor se debilita el movimiento de los espíritus animales, y las contracciones del corazon son ménos vigorosas y frecuentes; por consecuencia el corazon presta menos sangre que la necesaria á las arterias, así de la cabeza como de las extremidades; de donde viene desde luego la palidez del rostro, el temblor de todo el cuerpo y la debilidad en las piernas. No recibiendo las arterias sino poca ó ninguna sangre, por el propio peso de esta y por el resorte natural, no dejan de vaciarla en las venas que la contienen en el primer instante del temor: de este modo vaciándose siempre las arterias, y llenándose mas y mas las venas, llevan al corazon una cantidad de sangre mayor que la ordinaria. El corazon, no habiendo provisto de sangre por un momento á las arterias, y recibiendo siempre de las venas, se encuentra lleno; por lo que los lados de sus ventriculos se ven obligados á dilatarse; sus fibras y sus nervios están forzados mas allá de lo que pide el resorte natural, y de este modo se ve necesitado á contraerse para desembarazarse de la sangre superflua que siempre envian allí las venas. Mas como un cuerpo elástico se contrae á proporcion de su dilatacion, puede juzgarse cual será entonces el esfuerzo y la poderosa presion del corazon.

Porque si en estado de sanidad la fuerza de la contraccion ó de la vibracion de solo el corazon, separadamente de las arterias, es igual á un peso de tres mil libras en cada pulsacion (1), cuánto deberá aumentarse en el acceso del temor! El corazon pues se contraerá entonces para arrojar la sangre sobrecabundante; sus fibras y sus nervios entrarán en juego; sus oscilaciones redobladamente comunicarán sus movimientos y sus undulaciones á las arterias, que por entonces están tambien en contraccion, arrojarán la sangre con impetuosidad hasta las extremidades capilares aun de los vasos de la piel, que ordinariamente no reciben mas que la parte serosa de la sangre; de allí sobreviene despues de la palidez una palpitacion, una transpiracion forzada y precipitada que al principio produce humedad, y despues causa el sudor. (R)

Es facil explicar ahora cómo puede sudarse sangre en una grande afliccion. Para eso debe notarse; primeramente, que el cuerpo humano está compuesto de arterias y de venas; con las que furnish un vaso continuado (2), no siendo mas que una arteria recorvada; que la extremidad de la arteria es la punta de un cono (3) que termina en ese lugar; y que la vena que de allí nace lo es de otro (4) que comienza allí mismo; de manera que la arteria anch

(1) Boerli. de Motu animalium.—(2) Bellini, de Motu vitis, p. 146.—(3) Strom. Theoria nervi, p. 31.—(4) Strom. ibid. p. 88.

hacia el corazón, insensiblemente se va estrechando mas y forma ramificaciones á derecha y á izquierda, por donde se separa la parte blanca de la sangre, que es la materia de todas las secreciones, y por consiguiente de la nutrición de la transpiración insensible y del sudor.

Lo segundo, que el sudor se hace por los poros de la piel que son los orificios de las glándulas cutáneas, y la transpiración insensible por una infinidad de otros poros mas pequeños.

Lo tercero, que durante la debil contracción del corazón en el primer instante del temor, las extremidades de los nervios que están unidos con los vasos de la piel, no estando mas extendidos por los espíritus animales, que siempre los tienen en un resorte natural, para que sean susceptibles de la sensación del tocamiento, y estando el movimiento del corazón algo debilitado, deben estar relajados: así los poros de la piel se encontrarán mas abiertos con tanta mayor facilidad, quanto que los anatómistas modernos mas exactos (1) han descubierto, que en cada poro de la piel hay una pequeña pellicula formada en semicírculo, que sirve como de valvula ó aropepo, y que abrazando las fibrillas de los nervios, unas veces los comprime, otras los relaja, y por consiguiente abre ó cierra los poros de la piel.

Por otra parte la experiencia ha demostrado que esos poros pueden abrirse de tal manera, que por ellos sale no solamente sangre, sino tambien arenas pequeñas en los gotosos (2); y Vanderlinden (3) asegura haber tenido los poros tan abiertos, que ha metido en ellos un grano de cebada.

Supuesto todo esto, si admitimos un espanto extraordinario, el horror de una muerte ignominiosa, una falta general de todo consuelo, una grande fluidez en la sangre, y los espíritus muy sutiles y fáciles para ponerse en movimiento, no será difícil concebir la causa natural del sudor de sangre del Salvador.

Porque segun nuestros principios, habiendo estado el corazón en el primer momento de su temor muy tarde en su movimiento, encontrándose lleno de sangre, y viéndose obligado para desembrazarse á enviar con violencia á las arterias venetas, capaces de mucho mayor resorte, una sangre muy sutil, llena de espíritus contenidos golpes del embolo, y contrayéndose tambien con fuerza las arterias, la sangre será llevada con impetu hasta las arterias capilares; mas la sangre por las reiteradas contracciones del corazón y de las arterias deberá necesariamente aumentar su movimiento intestinal y progresivo; por consiguiente los principios de la sangre se mezclarán juntamente, se hará una especie de descomposicion de su tejido, la parte roja será mas atenuada, mas desmenuzada y mas confundida con la serosa, y por tanto no hará sino un cuerpo solo con la serosidad.

La sangre pues aumentada en la arteria, y fuertemente impedida por la potencia del corazón, unida á la de las arterias, hace esfuer-

(1) Malpighi, primer medico de Inocencio XII. y Vecheyan, en su Anatomia. — (2) Anton. Benivenia, de alidite morbor. Causa, c. 4. — (3) In Physiologia, c. 16, art. 13, sect. 24.

zo hacia la extremidad de la llamada *capillari*; pero como los diámetros de un vaso no se extienden ni á proporcion del volumen de la sangre que llega, ni al de la impetuosidad que la impelo, es necesario que pierda alguna fuerza en las extremidades capilares, donde forma un dique á la sangre que envia el corazón siendo empujada principalmente en los tubos cuyo diametro se angosta á proporcion que se alejan de él. De esta manera siendo enviada en línea recta por el corazón, oprimida lateralmente por la sistole de las arterias, y encontrando embarazo en las extremidades capilares sin regla y sin retroceso, echada de todas partes, y no buscando sino como escaparse, se verá obligada á tomar con la serosidad el camino de los vasos, cuyas bocas se encontrarán abiertas en su canal.

Mas como ya hemos dicho que la arteria arrojaba á derecha y á izquierda los raios que separaban la materia de la transpiración y del sudor, la sangre seguirá por eso el camino de la serosidad hasta las glándulas cutáneas, en donde encontrando los poros muy relajados y abiertos, desmenuados de espíritus animales, saldrá por ellos y formará un sudor sanguineo. Del mismo modo que en una tos violenta se escupe sangre, no porque siempre se rompan los vasos del pulmón (pues esto pocas veces se curaria), sino porque por la fuerza contracción de él, los diámetros de los vasos son forzados, y la sangre por eso toma el camino de las veigillas del pulmón: del mismo modo en la inflamación del ojo, los vasos linfáticos que se extienden sobre lo cornea, se cargan de sangre, y por tanto en el momento se pone rojo; se sangra, y cesa la inflamación, porque quitando una porcion de sangre se desahoga y vuelve á tomar su ruta ordinaria. Así como por la misma razon se explica la observación constante de la sangre que se ve salir muchas veces de las nodrizas por falta de leche, aunque usan glándulas sean como las de la piel, pero es porque estas son un conjunto de vasos (1).

Finalmente, por estos mismos principios puede darse una idea razonada de la cruel y nueva enfermedad que padece los Polacos, que llamamos *Plica polonica*, en la que todos los cabellos y pelos del cuerpo vierten sangre. El médico Juan Stadler lo primero que la observó en 1554, segun la relacion de Hércules Saxonia, médico de Padua (2). Los cabellos se aumentan, se engruesan extraordinariamente, se enortijan y se enredan; se cree ver una cabeza de Medusa, ó de mil serpientes, como la figen los poetas: aquellos algunas veces son tan gruesos como un dedo, dice Schlenkio (3), y la barba crece de modo que suele llegar hasta el vientre.

Lo que hay mas admirable y singular en esa enfermedad, es que el médico debe procurarla; y guardarse de pretender curarla cortando los cabellos ó rasurando la barba, porque Luis Sincipio dice (4) haber visto personas con excesivo dolor de cabeza, despues una inflamacion de ojos, y por fin cegar por haberse cortado el pelo. En el instante pues, que un hombre se queja de un fuerte dolor de cabeza, de mal de ojos, colico ó dolores vagos de gata, que son los sintomas de la *plica*, el único remedio que hay es frotar la cabeza con

(1) Bergerus, de Natura humana, p. 113, Piteasa, Dissert. p. 29. Raynol. Theosur. passim. — (2) In tract. de Plica, p. 11. Palartic. 1663, in 4. — (3) Primo lib. Observat. de capite. — (4) Alentia deo, seu paradoxa medica, in 8.º Geneva, 1697.

el cocimiento de yerbas finas, especialmente de la blanca-ursina, para hacer venir la pílea. Luego que este sintoma aparece, los dolores y enfermedad cesan, y se deja á la naturaleza el cuidado de la curacion: si se quieren peinar los cabellos, picarlos con una aguja ó cortarlos, vierten una sangre negra, espesa y en abundancia, el enfermo padece dolores inconcebibles y frecuentemente tambien la muerte. La causa de este espantoso mal no es como al principio se creyó, la suciedad que se atribuye á los Polacos, porque se acostan sobre la tierra, pues tambien la padecen los grandes señores; mas bien proviene del aire frigidísimo de ese pais, que hace difícil la transpiracion, de la gran cantidad de aguardiente, del vino de Unghia, de la mucha cerveza que beben, de las malas aguas, y de las viandas saladas muy cargadas de especias que comen, de lo que ha venido el proverbio, que los Polacos comen y beben fuego. Me he extendido un poco sobre esta enfermedad singular, pero creo que la novedad del asunto discurrirá la digresion. Los que desearan un pormenor mas circunstanciado, á mas de los dos autores ya citados, podrán consultar á Juan Agricola (1), á Rodrigo de Fonseca (2), á Juan Colle (3), á Jano Abraham de Gebema (4), á Miguel Geloro (5), á Juan Tomas Minadous (6), á Teofrasto Veridico, escocés (7), y á Onofre Bonighi (8), que han escrito particularmente sobre esta materia.

He aquí la explicacion fisica que juzgo ser la mas simple y natural que puede darse del sudor de sangre. Pero como los hechos y la experiencia mueven mas, y persuaden mejor que todos los discursos, que no deben fundarse sino sobre las observaciones, voy á referir muchos ejemplos de sudores semejantes tomados de historiadores los mas dignos de fé, y de las observaciones de la mayor parte de los médicos así antiguos como modernos.

Hemos visto un gran número de ejemplos ciertos de sudores de diferentes colores y calidades. Avicena (8), refiere haberlos visto amarillos y verdes; y en otro libro (9) dice haber visto uno negro como la tinta, causado por la melancolia. Olao Borriquo (10) dice haber sido testigo de otro semejante en una muger fisica, que la curó enteramente. Alsaravio, árabe (11), hace mencion de un sudor totalmente rojo y lleno de arena. Las Efemérides de Alemania los describen de leche, aceitosos, verdes, violados; y Gelly y Geoffroy, médicos de la facultad de Paris, vieron un enfermo que después de las viuelas, murió á los veinte dias con un sudor totalmente azul que tubo de este color su gorro y sábana. Por último, se han visto sudores de orina que nacidos por la retencion de esta, hedian como los excrementos (12); y Apuleyo en su apologia primera, dice que Craso habiéndose bañado una segunda vez después de una gran comida, tuvo un sudor de vino. Francisco Cipeo (13)

(1) De Heloidis, seu Pilea Polonica. Basilæ. Decade 4. Disputatio. Joan. Craspi, in 4.º 1629.—(2) Consultationes medicæ, ubi de Pilea, Venetiis, 1618, in fol.—(3) Methodus parandi iuranda, ubi de Pilea, Venetiis, 1628, in 4.º.—(4) De morbo Pilea. Hæge-Comiti, 1683, in 8.º.—(5) De Pilea, Decade 3. Joan. Craspi, Basilæ, 1629, in 4.º.—(6) De curis targiudinib. Peten. 1669, in fol.—(7) Pileamantia, Bontier, 1668, in 4.º.—(8) De Pilea, Uratialis, 1712, in 4.º.—(9) Lib. II. c. de sudore.—(10) Au Cautie.—(11) Acta Hofiosens. Bartholin. 1672. l. I. p. 155.—(12) Lib. Practic. sect. 2. tract. 31. c. 13.—(13) Appendix. Ephemerid. Germanicæ, in 1688.

asegura haber visto un hombre que después de haber bebido mucho vino de España, tuvo un sudor con el mismo color y olor; y Cristiano Mancelo en las Efemérides de Alemania habla de uno de azafrañ por haber una persona mezclado en sus alimentos el ruberbo. Siendo constantes estos hechos, prueban perfectamente la posibilidad de sudor de sangre contra Sculigero, que en su Scaltigeriana dice que Aristóteles se engañó creyéndolo; que es imposible, y que jamas ha leído que alguno lo haya tenido.

Tambien hemos leído muchísimas observaciones de sangre que se vierte ó se trasuda por algunas partes determinadas. Alguna vez sale por las orejas, por los ojos ó por las encías. Bartolin (1) dice haber visto una muger que la echaba en gotas del rostro ó de la mano izquierda, con solo tocarla. Siempre que George Castriot, rey de Albania, por sobrenombre Scanderberg (2) que quiere decir, señor Alejandro, salia al combate contra los Turcos de quienes era el mas cruel enemigo, arrojaba por los labios un sudor sanguíneo: tambien lo hemos visto igual bajo los sobacos.

Henrico de Heres (3) dice que todas las veces que un flamenco bebía las aguas espadasnas, volvia de la fuente por las mananias gotando sangre bajo de los sobacos. Gaspar Pezoldo (4) refiere lo mismo de un hombre de sesenta y seis años, que tambien la sudaba por entre la abertura de los dedos de los pies. Antonio Benivenio (5) dice que un hombre de treinta y seis años la vertía todos los meses por un poro de la piel cerca del higado; y que habiendo sido llamado para verlo, y no encontrándose en ese lugar ni cicatriz ni abertura, dudó al principio del hecho; mas habiéndolo vuelto á ver después de un mes, le vió salir hasta una libra de sangre del mismo lugar, y que después no quedó en este punto señal alguna. Fernel (6), primer médico de Henrique II, y médico de la facultad de Paris, afirma tambien haberla visto salir de los vasos capilares de la piel en la region del higado.

Finalmente, está fuera de toda duda el que hay sudores generales de sangre. Las causas son externas ó internas. La externa proviene de una serpiente nombrada Haemorrois, ó virte sanguis, nombre que tiene por este efecto. Diodoro de Sicilia (7) dice que su mordedura causa primero extremos dolores, y que después su veneno disuelve de tal modo el tejido de la sangre, que la hace brotar en forma de sudor por toda la piel. Nicandro habla de esto en su Tratado de la triaca; y Luciano en su Farsalia, lib. ix. describe los efectos en estos términos:

Sic omnia membra

Exire simul rutilam pro sanguine virna.

Niguis erant lacrymas, quæcumque facinoris occit.

Humor, ab his largus manat equor ora radiandi.

Et petulæ parer, sudor rubet: omnia pleiis

Membra fluxat: tenuis totum est pro valente corpus.

(1) Pandem. Medica physica, part. 2. c. 3. art. 17.—(2) De Cruce Hippamum, 4.º de sudore sang.—(3) Marinus Borletius de vita et morte Scanderbergi, cum epigone Georg. Berthel. Pansani a Breitenburg.—(4) Observation. medica rarioris, seu fons Spodanus, Lugd. Batavor. in 12.º 1685. Observation. 23.—(5) Observation. Uratialis, 1715, in 12.º.—(6) De obditis morbor. Cans. Basilæ, in 8.º 1522. p. 30.—(7) Lib. vi. Pathologiar. c. 4. Parisiis, 1567, in fol.—(8) Lib. 17. p. 569.

Jacobo Grevin, médico de la facultad de París, en su tratado de Venenos impreso en Amberes en 1568, en 4.º, pág. 55, dice que esa culebra es pequeña, y de la especie de las vivoras; que es de color gris, tiene el cuello muy estrecho, y dos cuernos blancos sobre la frente. George Marggravo en el libro vi. de la historia natural del Brasil, habla también de una culebra llamada *Uyara*, que por su mordedura hace salir la sangre de la nariz, de los ojos, de las orejas, de la boca, y también de los poros de la piel en tan gran cantidad que pocas veces se cura. El P. Kirquer, jesuita, en su tratado *Scratiarum pestis*, dice que en Quito hay ciertas culebras de dos colas, las que por su picadura hacen salir la sangre de todos los poros de la piel.

Hay también cierta planta, según Galeno (1), que promueve este sudor y debe ser la misma que el P. Kirquer llama *Haenauies*, y que Courtant en su Apología nombra *Haemagogus* ó yerba galénica, muy parecida á la salvia; se le encuentra en los Pirineos, y aplicada sobre la piel produce un sudor de sangre. Pedro de Osmá en una carta escrita desde el Perú en 1568 al médico Monardes, según refiere Marcelo Donato (2), dice haber conocido un indio que curaba las mas rebeldes enfermedades, frotando y aplicando sobre las coyunturas el jugo de una cierta yerba: que cubra la parte despues de bien calentada, y pasado algun tiempo, salia la sangre de todos los articulos en forma de sudor. La mutacion de clima es también una de las causas externas, pues los extrangeros que arriban á la América echan sangre por todas las aberturas de su cuerpo, lo cual en la Martinica, se llama la enfermedad de *Siam* (3), ó también la sudan por todos los poros.

Las causas internas vienen algunas veces de un aire apesado, pero principalmente de las pasiones del ánimo. En la peste se han visto muchos sudores de sangre, y este es uno de los sintomas mas peligrosos de esta enfermedad. Schenckio (4) dice que en 1554 en la peste de Misiro sudó sangre por espacio de tres dias una muger atacada de esta enfermedad. Conrado Lycóstenes (5) nota que en 1552 una muger enferma de la peste sudó sangre por todos los poros de la cabeza. Por último se han visto muchos sudores de sangre causados por pasiones violentas; porque sin hablar de los que refieren Aristóteles (6), Galeno (7), Teofrasto Eresio en su Tratado de sudores, y Rondelot (8); Durrio en las Efemérides de Alemann, observacion 179, dice que estando en prision un joven, fué penetrado de un temor tan grande, que cayó en debilidad, y sudó sangre por el pecho, manos y brazos. Rosmo Lentillo en las mismas Efemérides refiere que un jovenito cómplice del mismo crimen que sus dos hermanos, condenados á ser colgados, fué llevado á que presenciase el suplicio, y al tiempo de la ejecución sudó sangre por todo su cuerpo.

[1] Lib. de Medicament. purgant. c. 4.—[2] De Medica Historia mirabili, Montois, in 4. 1595. c. 2.—[3] Se llama así esta enfermedad en ese país, porque se cree que la lievo allí un buque que llegó de Siam.—[4] Observat. 138. l. vi. Frances, in fol. 1609. Georg. Agricola, l. ii. de Peste.—[5] Prologus, ac ostentat. Chronicon, in fol. Basilice, 1557. p. 670.—[6] Lib. iii. Historiæ animalium, c. 19. et l. iii. partium animal. c. 5.—[7] De ardent. respirations Galeni attribuit. Contingit poros ex multo et foras spiritui admodum dilatari, ut exeat sanguis per eos, et fiat sudor sanguineus.—[8] Lib. de digressione. Morbis, c. 2. In juvene aetatis propter venarum raritatem, oculorum illorum laxitatem, et sanguinis tenuitatem.

Fagon, médico de la facultad de París, en su tesis de 25 de enero de 1665, colorado quinto, se expresa en estas términos: *Exigo sudor sanguinis à naturis vi, sed et sensibus facta fides est, consecratam virginem, impurissimas aciculis ad eam corrumpebant adolescentibus, stupri horrore, mundissimam sanguinem e venis, sudoris specie, cum vita profudisse.* Collo (1) dice haber sabido de personas dignas de fe, que en 1583 muchos vieron preso en París á un hombre, que sudaba sangre. Malouando afirma igualmente que otro muy sano y vigoroso, oida la sentencia que lo condenaba á muerte, apareció todo cubierto de un sudor sanguineo. En la vida de Sixto V. (2) se lee que un hombre condenado á muerte sufrió por la noche un copiosísimo sudor de sangre. Mr. Leti, autor de dicha vida, nota que los curiosos que quisieron examinar la causa de un efecto tan sorprendente, creyeron no ser mas que lágrimas que habian tomado ese color por la inflamacion que el dolor y desesperacion habian llevado sobre las glándulas lacrimales, persuadidos de que sin milagro la sangre no podia salir de sus vasos por traspiracion. Esto estaria bien, si allí no hubiera habido mas que las lágrimas de ese miserable que fueron tenidas en sangre; pero la historia habla de un sudor de sangre que se dejó ver sobre todo su cuerpo, y no solamente en sus lágrimas. La Miscelanea de historia y de literatura, del R. P. D. Buenaventura Argona, cartujo, bajo el nombre de Viñolo-Marville (3), habla de una muger que murió en París de un sudor de sangre tan excesivo, que despues de muerta, ni una sola gota se encontro en sus vasos. Mr. Dejou (4) refiere que habiendo sido arrestado el gobernador de Montmaria por Augusto, hijo natural del principe de Saluzo, y amenazado de muerte si no rendia la plaza, se afligió tanto que sudó sangre y agua.

Finalmente, no puedo dejar de concluir esta Disertacion con la relacion de uno de los sudores de sangre mas singulares acaecido en Génova en 1703, y referido en una carta de 5 de diciembre del mismo año por M. Saporito, médico de aquella ciudad. é inserta con algunas reflexiones del célebre M. Vallisneri, profesor de medicina en Padua, en las Efemérides de Alemania de 1712, octava primera, observacion vigésima. Una muchacha de diez y ocho años y con perfecta salud hasta entónces, despues de algunas ligeras indisposiciones del estómago, escupió sangre y tuvo una tos violenta con dolor de costado y dificultosa respiracion. Esta enfermedad duró cuatro dias, al cabo de los cuales la vino un gran dolor de cabeza y muchísima sangre de nariz; flujo que no aliviandola, fué necesario sangrarla del brazo y del pié. La sobrevino una cardialgia, y vomitó sangre, que arrojó también por la nariz, y se repitió el vomito á pesar de los astringentes y narcóticos que se la dieron: pasados algunos dias la virtud por las orejas, despues por las extremidades de los dedos de las manos y de los piés, y en seguida por el ombligo y ángulo del oír, sobrevinole un sudor en medio del pecho, y por el interior y exterior de ambas manos, y de aquel lugar del pié donde fué sangrada: pasados tres dias sudó la barba, y por la noche la ex-

[1] Tractat. de sanguine Christi, in A. Medulan. 1617.—[2] Vida de Sixto X. por Gregorio Leti, l. vi. p. 39.—[3] Tom. in. p. 170.—[4] Takawa, Hist. 1. 1. 2.

tremidad de la nariz, lo que duró catorce dias. M. Saporicio dice que sin embargo de estas continuas pérdidas, no era mucha la debilidad; que aparecia una cicatriz como de una ligera picadura en la mano izquierda; pero que no habia señal alguna ni en el pecho, ni en los otros lugares por donde salia la sangre, ni ella sentia dolor sino cuando brotaba por el interior de la mano. Despues de diez dias, reconoció que estaba mas amarilla que lo comun, y que iba á salir; pues la enferma se quejaba muchísimo del dolor de la mano: en efecto la vio salir en forma de sudor y como de una profunda picadura, sin presentarse ninguna señal en la piel despues de haberla enjugado: pasado un momento saltaba la sangre de un poro cercano, despues de otro y el pañuelo que cubria su pecho lo vio teniendo enteramente con ella. He aqui lo que M. Saporicio dice haber visto; pero afirma que tres dias despues le refirieron que la sangre que habia salido apareció en forma de cruz, de corona de espinas, y representaba otras figuras de la pasion de Jesucristo. Dijo tambien que al correr esa sangre formaba naturalmente diversas figuras que por una tal semejanza con los instrumentos de la pasion dieron motivo á algunas personas crédulas para notarlás con caracteres mas particulares.

Despues de esos ejemplos, no juzgo que se ponga en duda la posibilidad de los sudores de sangre, y que se les quiera mirar como sobrenaturales y milagrosos. Por lo demas, confieso aqui con mucho gusto mio, que debo estos ejemplos y discursos á M. Allod de Mussey, doctor en medicina de la facultad de Paris, y profesor de ella misma, quien tuvo la bondad de participarme sus indagaciones y descubrimientos sobre esta materia; y el modo oficioso con que lo ha hecho, hace todavia mas estimable el don que por mi medio ofrece hoy al público.

DISERTACION

SOBRE

LAS TINIEBLAS

ACAECIDAS EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

I.
Grandezza y certidumbre del prodigio que hacen el objeto de esta Disertacion.

Uno de los prodigios mas admirables que acaecieron en la muerte de nuestro Señor Jesucristo es el de las tinieblas que cubrieron toda la tierra por tres horas enteras desde el medio dia hasta la tres de la tarde (1), en un tiempo en que nunca se eclipsa el sol, en una estacion en que el aire comunmente está limpio y puro, principalmente en la Palestina, y en aquella hora del dia en que el sol es mas

[1] *Matth. xxvii. 45. Marc. xv. 35. Luc. xxiii. 44.*

vigorous, y su luz mas viva. Este suceso no es de aquellos que solamente son notados por un corto número de personas, ó que pasan en algun lugar retirado y poco conocido. Esas tinieblas se extendieron por toda la tierra: *tenebrae factae sunt super universam terram*, es decir sobre todo nuestro hemisferio, y por consiguiente sobre todo el globo de la tierra, pues acaeció al medio dia estando el hemisferio opuesto á nosotros entonces en tinieblas; ó cuando ménos cubrieron toda la Palestina y los países vecinos, que en el estilo de la Escritura alguna vez son designados bajo el nombre de *toda la tierra*. Se dejaron ver la víspera de la mayor fiesta de los Judios, y en un tiempo en que casi toda la nacion estaba reunida de todas partes del mundo en Jerusalem para celebrar la Pascua. No es este uno de aquellos fenómenos que pasan en un momento, y que frecuentemente no dan tiempo ni lugar de ser vistos, y de examinar sus causas y resultados. Duró este suceso tres horas en la mayor luz del dia, á presencia de todo el mundo, y en un siglo ilustrado y reflexivo; de manera que reuniendo todas las circunstancias de este milagro; muy pocos presentará la historia que encierren tantos caracteres de certidumbre y tantas señales de la omnipotencia de Dios.

En esta Disertacion nos hemos propuesto examinar la naturaleza, las causas, los efectos, la duracion y extension de ese célebre fenómeno, y pesur segun las reglas de critica los testimonios de los autores profanos que de él han hecho mencion.

Algunos enemigos de la religión cristiana sostenian (1) que las tinieblas que vinieron en la muerte de nuestro Salvador no fueron mas que un eclipse, que sus discipulos por ignorancia lo miraron como un prodigio, sin embargo de ser totalmente natural. Pero los que hacen esta objecion manifiestan en ella su preocupacion y su ignorancia; pues la Pascua judaica, que es el tiempo en que Jesucristo murió, nunca se celebraba sino en plenitud, y todo el mundo sabe que los eclipses de sol jamas suceden estando la luna llena. A mas de esto pocos son los eclipses en que el disco del sol totalmente se cubre, y que causen tinieblas sobre toda la tierra; por lo comun permanecen un poco de tiempo, pero aquellas duraron tres horas, y se extendieron por todo el mundo: *Et ne forsitan videretur umbra terrae, vel orbis lunae soli oppositus brevis et ferrugineus facisse tenebras, trium horarum spatium partitur, ut omnis causantium occasio tolleretur*, dice San Gerónimo.

Origenes (2), despues de haber notado lo mismo, añade que ciertamente nuestros evangelistas dieron motivo á esta objecion, puesto que en algunos ejemplares de San Lucas se lee que la tierra fué cubierta de tinieblas *por el eclipse del sol: deficiente sale*. Pero responde que esas palabras no se hallaban en los mejores ejemplares; que verisimilmente fueron puestas ó por algun cristiano ignorante que con ellas creyó aclarar el texto del evangelista, ó por algun enemigo mal intencionado que intentó poner un pretexto para calumniar á la Iglesia, como diciendo que los evangelistas pa-

[1] *Apud Origen. in Matth. tract. 35. et Hieron. in Matth. xxvii. — [2] Orig. in Matth. xxvii. tract. 35. p. 129. col. 1.*

II.
Opinion de los antiguos sobre la naturaleza, causas, efectos, duracion y extension de este fenómeno.

sieron un eclipse en el tiempo en que todos saben que no puede acontecer. Sea lo que fuere de los ejemplares de Orígenes, lo cierto es que esas palabras *deficiente sole* no se leen en los nuestros; y todos los de San Lucas dicen que *el sol fué cubierto de tinieblas* (1).

El mismo Orígenes (2) dice que los sabios del siglo formaban también sobre eso otra dificultad. ¿Cómo es posible, decían, que un suceso tan extraordinario y tan público solamente haya sido conocido de los cristianos, y que ningún escritor griego ó bárbaro haya hablado de él, ni se halle mencionado por los que han publicado anales y relaciones de sucesos semejantes, especialmente siendo este tan reciente? Porque hasta el tiempo de Orígenes solamente ciento ochenta años habían corrido después de la muerte de Jesucristo (3). El silencio de los autores paganos, añaden, hacen ciertamente este acontecimiento muy dudoso, y se hace sospechosa la fidelidad de los evangelistas.

A esto responde dos cosas: la primera es, que esas tinieblas tal vez no fueron tan grandes como se las imaginan, y que no cubrieron mas que la Judea al redor de Jerusalem; y la segunda que Flegon, autor pagano, hace mención de ellas.

Por lo que á mí toca, dice Orígenes, creo que así como las otras señales que se vieron en la muerte del Salvador, no se notaron mas que en la ciudad de Jerusalem, pues allí es donde tembló la tierra, se rasgó el velo del templo, se hicieron pedazos las piedras, y los sepulcros se abrieron; así creo que las tinieblas no sucedieron sino en la Judea, ó en la ciudad de Jerusalem, por cuanto la Escritura muchas veces (4) expresa la Judea bajo el nombre de *toda la tierra*; y así no es extraño que los autores extranjeros nada hayan hablado de ellas.

Es cierto, añade, que Flegon en sus anales hace mención de un eclipse que acaeció en tiempo de Tiberio; mas no dice que fuera en el plenilunio, y ninguna maravilla es que lo haya fuera de él. Orígenes dice más: Si los incrédulos insisten y preguntan, quien causó esas tinieblas si no fué un eclipse, se les puede responder que habiendo notado simplemente los evangelistas que toda la tierra estaba cubierta de ellas sin hablar de sol ni de eclipse, debe creerse que hubo entonces una ó muchas grandes nubes que opuestas al sol interrumpieron la dirección de sus rayos sobre la Judea ó sobre Jerusalem, y causaron esa obscuridad.

Creo que la que acaeció entonces fué de la misma naturaleza que la que cubrió el Egipto en tiempo de Moisés (5), que solo se extendía sobre él mientras que el pais habitado por los Israelitas gozaba la misma luz que antes. Esas tinieblas duraron tres dias, y las de Jerusalem solo tres horas. Las primeras fueron figura de las segundas; y así como Moisés levantó las manos al cielo, é invocó al Señor para que vinieran sobre el Egipto; así Jesucristo para que cubrieran á la Judea ó á Jerusalem extendió sus manos sobre la cruz

(1) Luc. xxiii. 45. *Et obtenebratus est sol.*—(2) Orig. in Matth. xxii. tract. 25. pag. 128. col. 1.—(3) Jesucristo murió el año 33 de la era vulgar, y Orígenes nació el año 183 de Jesucristo.—(4) 3. Reg. xviii. 10. *Non est gens, cui regnum, qua non miserit dominus manus te requirere.* Luc. v. 7. *Exiit edictum á Caesare Augusto, ut describeretur universus orbis.*—(5) Ezech. x. 21. 22.

contra un pueblo ingrato que habia clamado: *Crucifícate, crucifícate*. Pero por espantosa que fuesen, no han sido mas que una figura de aquellas en que hoy se hallan sumergidos los Judios, mientras toda la Iglesia cristiana goza de la luz del Sol de justicia. He aquí en breve lo que dice Orígenes en este lugar.

Pascasio Radbert (1) después de haber referido la opinion de Orígenes sin nombrarlo, sostiene contra él que aparecieron las tinieblas no solo en Judea y en Jerusalem, sino en todas las demas partes del mundo; y que no fueron causadas por nubes interpuestas entre el sol y la tierra, como sucedió en Egipto, cuando con ellas castigó Moises aquel pais, sino que fueron efecto de un verdadero eclipse totalmente milagroso, supuesto que estando la luna en toda su plenitud no podia naturalmente haberlo. Mas si el sol no dió luz, como expresamente lo dice San Lucas: *Sol obscuratus est* (2), explicando por estas palabras lo que San Mateo y San Marcos (3) tenían dicho de una manera mas general: *Tenebras factas sunt super universam terram*, es decir, que se extendieron las tinieblas sobre toda la tierra, es una consecuencia evidente que no hubo luz en parte alguna del mundo; de modo que entonces tuvo su cumplimiento aquella profecía que dice: *El sol se pondrá al medio día, y en la mitad del día la tierra se cubrirá de tinieblas* (4). Cita después á Orosio, á Flegon y al falso Dioniso Areopagita, que hablaban de este fenómeno acaecido en la muerte de Jesucristo.

San Juan Crisóstomo (5) dice que entonces principalmente fué quando Jesucristo concedió á los Judios *aquella señal del cielo* que le pedían en prueba de su mision (6). Esperó ser crucificado para darles esta prueba de su poder. Cubrió toda la tierra de tinieblas, como lo hizo en Egipto cuando los Israelitas debían celebrar la primera Pascua poco antes de salir de allí. La circunstancia de ser en medio del día, dice, es tambien muy notable, porque entonces toda la tierra, á lo ménos nuestro hemisferio, estaba iluminado, y repentinamente quedó en tinieblas, á fin de que todo el mundo fuera testigo de este milagro.

La duracion y extension de esta obscuridad, añade, son pruebas de no haber sido un eclipse, pues estos duran poco tiempo, y no oscurecen toda la tierra; pero aquí la obscuridad permaneció por tres horas, y se extendió á todo el mundo. Mas de dónde provino que un suceso tan público y tan milagroso apenas llamara la atención de los hombres? La causa fué su dureza, su indiferencia y su ignorancia. Unos no tomaron el menor empeño en descubrir la verdadera causa; y otros sin buscar en eso un misterio, lo creyeron efecto de un simple eclipse: los Judios testigos del milagro, ó no lo atribuyeron á Jesucristo, ó lo vieron sin interesarse en él, como habian visto otras muchas maravillas del Salvador sin convertirse. Estimio y Teofilacto refieren en compendio los mismos discursos de San Juan Crisóstomo sobre este asunto.

S. Gregorio Nacianceno, S. Cirilo de Alejandría, Teodoro de S. Gerónimo y S. Hilario, no reconocen en este acontecimiento ni eclips-

(1) Paschas. Radbert. in Matth. xxvii. l. 12. p. 1171. et seqq.—2. Luc. xxiii. 45.—(3) Matth. xxvii. 45. Marc. 15. 34.—4. Amos. vii. 9.—(5) Chrysost. in Matth. homil. 53. In Orac. 88.—(6) Matth. xvi. 1. et Marc. viii. 11. Luc. xi. 16.

se ni nube; sino que creen que el fuego del sol, por decirlo así, se apago; retro este astro sus rayos, y se le vio sin brillo ni luz, como llorando en alguna manera la muerte del Salvador, y desviando con horror la vista de los mortíferos y criminales Judíos. Este astro entonces se cubrió de tinieblas, dice S. Gregorio Nacianceno (1), y volvió después á encenderse, pues antes estuvo como apagado. Retiró sus luces y no despidió sus rayos, dice S. Cirilo de Alejandria (2), no queriendo alumbrar como antes la tierra.

No se puso el sol, dice S. Hilario (3), sino que de espanto se retiró. No se ocultó entre las nubes, sino que cayó en una especie de desfallecimiento, y no pudo ya continuar su carrera: *Sol non occidit sed refugit. Quid refugiasse dica? Non receptus in nubem est; sed de cursu operis defecit.* El cielo sensible al dolor que toleraba Jesucristo en la cruz, y no pudiendo de otro modo manifestar á los hombres el horror que le causaban los ultrajes que los Judíos le hacían sufrir en la mitad del día, les presentó el sol sin rayos, dice Teodoro (4), é hizo que apareciera cubierto de tinieblas, para dar un testimonio contra su impiedad.

S. Jerónimo (5) aplica al tiempo de la muerte del Salvador aquellas palabras de Joel: *El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre antes de la venida del día grande del Señor;* y dice que no atreviéndose el sol á mirar á su Criador clavado en la cruz, se cubrió de obscuridad, y espació una noche lúgubre sobre la tierra; que entonces la luna también fué convertida probablemente en sangre, ó apareció como teñida de ella, del modo que sucede en los eclipses; y aunque los evangelistas no hayan notado esta última circunstancia, es muy probable que aun en cuanto á esto se verificó la profecía.

Tertuliano (6) insinúa que el sol retiró sus rayos sin que hubiese nubes en la atmósfera, ni otro cuerpo alguno interpuesto que impidiera su luz faltar repentinamente el día, estando el sol en medio de su carrera: *Eodem momento dies, medium orbem signante solis, subducta est.* Los paganos, añade, creyeron que esto fué un eclipse, ignorando que estaba predicho (7) y debía cumplirse en la muerte de Jesucristo. Los que han buscado la causa de este acontecimiento, y no han podido descubrirla, lo niegan mas el hecho es cierto, y lo hallaréis muy bien consignado en vuestros archivos: *Et tamen eum mundi casum relatum in arcanis vestris habetis.* Así es como habla Tertuliano á los gentiles. Rufino (8) también dice á los paganos por boca de S. Luciano, presbítero de Antioquia martirizado el año 312: *Consultad vuestros anales, y en ellos leeréis, que cuando Jesucristo padeció bajo el poder de Poncio Pilato, dejó de lucir el sol, y se cubrió el día de tinieblas extraordinarias.*

S. Leon (9) reconoce en esta ocasion una especie de eclipse causado por opacidades ó nubes que impidían el paso á los rayos del sol: *Densis tenebris splendor solis obductus, extraordinariarum no-*

(1) Greg. Nazianz. orat. 42. ad inuicem.—(2) Cyrill. Alex. in Joel, v. p. 290.—(3) Hilari. in l. 2. de Trin. n. 11.—(4) Theodoret. in l. c. 1. p. 5.—(5) Hieron. in Joel, c. 11.—(6) Tertul. Apolog. c. 21. n. 20.—(7) Amos, vii. 9.—(8) Rufin. l. ix. c. 6.—(9) Leon Mag. serm. 51. de Passione Domini, c. 2. et serm. 55. qui est 6. in Passione Domini, c. 3. *Deuotum horum tenebrarum radios solis abscindit. Et serm. 55. qui est 10. in passione Domini, c. 5. Sol sicutaque incitit defuncta tenebras, mundi vestra cecitatis ostendit.*

eti sublelli diei. Todos los aleuotas, dice en otro lugar, se negaron á servir entónces á los Judíos. El sol retiró sus luces, y en la mitad del día quedaron sumergidos en tinieblas: *Vobis sol seruitatem suam diemque subtrahit.* Insinúa que no solamente el sol, sino los demás astros también se obscurecieron, y atestiguaron su horror por la muerte de Jesucristo.

S. Agustín (1) sin explicar el modo en que eso acaeció, dice ser cierto que el fenómeno fué verdaderamente milagroso y sobrenatural, pues estando la luna en su plenitud, no podía, segun el curso ordinario, acaecer el eclipse del sol. Crea que las señales que debían aparecer en el cielo y en la tierra al fin del mundo segun la prediccion de Jesucristo (2), serían de la misma naturaleza que la obscuridad que padeció el sol mientras el Salvador estuvo en la cruz.

Pueden distinguirse tres opiniones sobre el modo en que acaecieron esas tinieblas. La primera cree que fueron causadas por la interposicion de la luna entre el sol y la tierra; es decir, por un verdadero eclipse; y es así como las explican el pretendido Dionisio Areopagita y los escritores paganos de quienes hablan Orígenes y S. Jerónimo, y que atacaban la verdad de la religion; y así es por última, como lo refieren Flegon y Tallo, supuesto, como lo dicen casi todos los intérpretes despues de Orígenes, Eusebio, Africano y S. Jerónimo, que esos escritores paganos hayan hablado de las tinieblas acaecidas en la muerte del Salvador. A esa opinion puede agregarse S. Leon y Pascasio Rabdert; finalmente, Maldonado (3) afirma ser este el parecer de casi todos los católicos: *Fere apud omnes iam catholicos obtinuit.*

Pero los nuevos comentadores cómo responderán á la autoridad de Orígenes, de S. Jerónimo, de S. Agustín que niegan haber habido un verdadero eclipse! Como á la autoridad de los astrónomos, á la experiencia de todos los siglos, y á las razones físicas que demuestran que nunca acaecen los eclipses en plenitud? A eso responden con el testimonio que suponen ser de S. Dionisio Areopagita, testigo ocular, dicen que asegura haberlo visto estando en Egipto, y afirma que por un efecto extraordinario del poder de Dios, la luna que distaba del sol toda la mitad del cielo, retrocedió y vino á ponerse entre el sol y la tierra, así como en tiempo de Ezequias retrocedió el sol diez grados para dar á ese principe una señal cierta de la recuperacion de su salud. Dejo á los lectores juiciosos y sabios el calificar si la autoridad del pretendido Dionisio Areopagita merece que se recurra á ella para explicar un milagro tan grande, y un fenómeno verdaderamente sobrenatural, pudiéndose entender de un modo mas sencillo, y sin multiplicar tampoco los milagros.

El segundo modo en que se explica esta maravilla, es aquel de que se vale S. Gregorio Nacianceno, S. Cirilo Alejandrino y Teodoro, y que ha sido adaptado entre los litinos por Tertuliano, S. Hilario y S. Jerónimo, quienes creen que el sol contuvo, retiró,

(1) Aug. ep. 199. c. 10. n. 34.—(2) Luc. xxi. 25. *Erunt signa in sole et luna, etc.*—(3) Maldonat. in Matth. xxvii. *Vide et Corneil. e Lapide in vanden Matth. locum.*

III.
Notas sobre la causa y naturaleza de los eclipses de los planetas. (Cual es la opinion mas probable?)

ocultó sus rayos, y negó su luz á los hombres, ó á lo ménos á los Judios; y esto en conformidad con esta profecía de Joel: *El sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retirarán su luz* (1). Es decir, que el astro del día por sí mismo se eclipsaría, y en su interior tendría encerrada su luz, sin dejarle salir fuera.

Mas eso parece absolutamente imposible é incomprensible, porque ni la luz es una cosa accidental al sol, ni una cualidad que esté en el poder de este astro suprimirla ó manifestarla. El sol no puede retirar sus rayos, y dejar de lucir, sin dejar de ser. Necesariamente esparró su luz, á ménos que algun cuerpo opaco se interponga entre él y nosotros, y estorbando la impresion impida que lleguen sus rayos á nosotros, como acaece en los eclipses, ó cuando el aire está cargado de nubes y vapores, ó cuando se forma alguna costra sobre el disco del sol. Por tanto, cuando la Escritura y los padres dicen que el sol ó los astros retiran su luz, es un modo de hablar popular y figurado que allí atribuye sentimiento á los astros, para hacernos sentir mas vivamente su ausencia, ó la suspension de sus efectos.

La tercera opinion por último es la de Origenes, de S. Juan Crisóstomo, de Teofilacto, de Eutimio y otros, que sostienen que la obscuridad de que hablamos fué causada por nubes gruesas esparcidas sobre la tierra, que semejantes á las de Egipto, produjeron en la Judea tinieblas palpables que duraron tres horas. Esta explicacion es ciertamente la mas sencilla y la mas fácil de concebir; y si se quieren limitar estas palabras *toda la tierra*, á sola la Judea, queda la hipótesis sin dificultad alguna. El milagro consistirá únicamente en la pronta formacion de esas nubes en aquella estacion, en la hora del medio día, y en la disipacion al cabo puntualmente de tres horas.

Mas si se quiere seguir el texto de los evangelistas, que dice que las tinieblas se extendieron sobre toda la tierra, es decir, sobre todo nuestro hemisferio, ó cuando ménos sobre toda su mayor parte, podrá recurrirse á esas manchas ó costras que algunas veces se forman sobre el cuerpo de los astros (2), y que impiden el paso á los rayos y á la luz á proporcion de su grosor y tamaño. En esa ocasion las costras pudieran ser mas gruesas y mas grandes que las ordinarias; mas no permanecieron sino cerca de tres horas. Segun esta hipótesis se explica el milagro referido por los evangelistas, no se ve cosa alguna que repugne á lo que nosotros sabemos que acaece en la naturaleza, y se acuerda con Flegon, quien como se verá poco despues, supone que las tinieblas se extendieron por toda la tierra, pues dice que en pleno día se dejaron ver las estrellas; lo que no impide, como advierten Maldonado y Jansenio, que en ese tiempo trabajaran y continuaran como siempre en sus ocupaciones los Judios valiéndose de la luz de las estrellas, y de la poca que estaba esparcida en el aire.

Por lo demás era una cosa ciertamente extraordinaria ver en la mitad del día, en un tiempo en que naturalmente no podia haber eclipse de sol, á este astro enteramente en tinieblas; y si los Judios no hubieran sido tan ciegos como lo eran, sin duda habrían recono-

[1] Joel, ii. 10. et iii. 15.—[2] Véase á Regis, Física, l. 1. part. 2. a. 8.

cido entónces el dedo de Dios, y habrían ocurrido á la clemencia del mismo á quien habrían perseguido hasta la muerte. En esas señales habrían admirado la verdad de las profecias (1), que los amenazaban con la cólera de Dios y con las tinieblas en la mitad del día: finalmente habrían visto que el que iba á morir en la cruz era Señor de los elementos, y que aun en ese estado tan abatido continuaba dando señales de su infinito poder.

Nuestro Salvador quiso hacer brillar su potestad soberana en la cruz mas de lo que habia ejecutado en otras acciones de su vida, á fin de contrapesar de ese modo la impresion que la vista de sus tormentos debia causar en sus discipulos y tambien en los Judios, que mirándolo morir sobre una cruz como un criminal, no les habria sido posible persuadirse, si no hubiera manifestádose entónces un fenómeno sobrenatural, que el era el Mesias y el Dios fuerte prometido por los profetas. La sabiduria de Dios supo disponer de tal manera todas las cosas en la economia del nacimiento, de la vida y muerte de Jesucristo, que las circunstancias mas humillantes fueron siempre segundas de las mayores muestras de un soberano poder.

Las otras razones que se alegan de lo sucedido entónces, son mas morales, mas populares, y propias mas bien para afectar y edificar: por ejemplo, que el Sol horrorizado de la crueldad de los Judios ocultó sus rayos por no ver á su Dios padeciendo; que penetrado de dolor retiró su luz, y el mismo se ocultó queriendo manifestar con su obscuridad que el Sol de justicia iba á eclipsarse; que las tinieblas figuraban la ceguedad en que los Judios cuanto antes debian caer, y la que ya padecian con respecto á Jesucristo; ó que eran las señales sensibles de la cólera divina que frecuentemente es designada en la Escritura por la obscuridad del sol, por la caída de las estrellas, por la noche y por las tinieblas.

La duracion de las tinieblas de que hablamos, está precisamente notada en los tres evangelistas (2), San Mateo, San Marcos y San Lucas. Estas duraron desde la hora sexta del día hasta la nona; es decir desde el medio día hasta las tres de la tarde; porque los Judios dividian entónces el día, y tambien la noche en doce horas iguales; de manera que la hora sexta correspondia siempre al medio día en todas las estaciones; pero las demás horas no tenian siempre la misma correspondencia con las nuestras por la desigualdad de los días que necesariamente las hacia tambien desiguales; y así durante el invierno las doce horas del día eran mas cortas, y mas largas en el verano; mas como eso acaeció en el equinoccio y en el catorce de la luna de marzo, la hora nona viene á caer poco mas ó ménos á las tres horas despues del medio día.

Algunos padres parece haber dicho que las tinieblas se manifestaron en el momento de la muerte del Salvador; mas eso momento debe entenderse con la debida extension por todo el tiempo que corrió desde el medio día hasta las tres de la tarde. Otros dicen que duraron todo el tiempo que Jesucristo permaneció en la cruz; lo que en todo rigor no es cierto mas que para los que creen que

IV.

Notas sobre la duracion de ese fenómeno.

[1] Amos, viii. 9. Joel, ii. 10. iii. 15.—[2] Matth. xxvii. 45. Marc. xv. 33. Luc. xxiii. 44.

fué crucificado precisamente al medio día ó á la hora sexta, como lo nota el texto de San Juan (1); pero es mas creíble que fuese ántes, pues San Marcos (2) dice que fué crucificado á la hora de terciá, es decir á las nueve de la mañana; lo que nosotros explicamos diciendo que era esta la hora de terciá ó las nueve de la mañana cuando Pilato condenó á Jesucristo á ser crucificado. En los mas de los ejemplares de San Juan se lee que fué condenado á muerte *hacia la hora sexta*, aunque en otros mas antiguos se lee *la hora de terciá*, así tambien como en San Marcos. Después de decretada la sentencia hacia la hora de terciá, se le condujo al Calvario, donde fué crucificado. Algun tiempo fué levantado en la cruz, donde quedó expuesto á los insultos y ultrajes de sus enemigos hasta la hora de sexta ó medio día, y entonces comenzaron las tinieblas que duraron hasta la hora de nona, ó tres horas después del medio día, como expresamente lo notan los tres evangelistas ya citados.

V.
Pretendidos
testimonios
de S. Dionisio
Areopagita
relativos
á ese fenómeno.

Al presente es bien examinar lo que han dicho los paganos sobre ese grande acontecimiento. Se cita una carta (3) que se pretende ser de San Dionisio Areopagita escrita á San Policarpo, en la que responde á las imputaciones que Apolofanes su antiguo amigo le hacia de haberse servido con poca sinceridad del testimonio de los autores paganos para combatir el paganismo. San Dionisio dice pues á San Policarpo, que Apolofanes debia tener presente lo que pasó cuando estaban juntos en Egipto. «Ambos estábamos, dice, cerca de la ciudad de Heliópolis cuando repentinamente vimos que la luna venia á reunirse con el sol (no siendo tiempo de la conjuncion), y que en él cayó un grande eclipse; y en seguida hacia la hora nona del día la vimos de nuevo que dejó el lugar que ocupaba cubriendo al sol para ir á volverse á poner en el lugar opuesto á su diámetro. Se acuerda sin duda que observamos entonces haber comenzado la conjuncion de la luna con el sol por el lado de Oriente, avanzando la luna hacia la otra extremidad del disco solar; despues de lo cual dió la vuelta retrogradando por el mismo lado por donde habia venido; de manera que el sol comenzó á oscurecerse y á recibir la luz por partes totalmente diversas una de la otra. Por el Oriente comenzó á cubrirse de tinieblas, y retrocediendo la luna comenzó á alumbrar por el lado de Occidente; esto es lo que podrás decirle. Y tú, Apolofanes, si te atreves, desmienteme á mí que juntamente contigo estaba presente á este espectáculo, y que en tu compañía lo vi y lo admiré. Por último en este momento Apolofanes como transportado fuera de sí exclamó, dirigiéndose á mí, como adivinando lo que acaecia: *«Mi querido Dionisio, mutaciones, ó vicisitudes son esas de las cosas divinas.»*

Tambien hay otra pretendida carta (4) de S. Dionisio á Apolofanes, ya convertido al cristianismo, en la que le habla así: «Voy á recordarte lo que pasó cuando estábamos juntos

[1] Joan. xx. 14 *Alii Cod. Ita Cantab. Vindob. Nyon. Petr. Alex.* [2] Marc. xv. 25.—[3] *Dionys. Areopag. L. u. ep. 7. p. 21.*—[4] *In vita Dionysii apud. Corder. tom. 2. p. 273.*

en Heliópolis de Egipto. Cerca de veinte y cinco años tenia yo entonces, y tú podias ser de la misma edad. Vimos repentinamente en un día viernes cerca de la hora de sexta ó del medio día, venir la luna á colocarse bajo del sol, y causarle un eclipse que nos llenó de asombro; te pregunté entonces lo que pensabas de semejante prodigio, y jamas me olvidaré de tu respuesta. Porque después de haberse ocultado enteramente el cuerpo del sol, cubriéndose toda la tierra de tinieblas, cuando comenzó á descubrirse un poco, tomamos las reglas de Filipo Arideo, y habiéndolo examinado el curso de los astros, hallamos que el sol naturalmente no podia en ese tiempo eclipsarse. Tambien observamos que la luna contra su movimiento natural, en lugar de venir del occidente habia venido por el lado del oriente á colocarse bajo el sol, cuyo disco cubrió totalmente de manera que no dió luz alguna; y despues retrogradó volviéndose al lado del oriente, y dejó al sol descubierta como ántes. Entonces, ó Apolofanes, te pregunté que juicio formabas de esta maravilla, y me respondiste: *«Esas son, mi querido Dionisio, mutaciones de las cosas divinas.»* Note exactamente el tiempo y el año de ese prodigio, y habiendolo combinado con lo que Pablo me enseñó despues, me sometí á la verdad, á la que tú mismo tambien te has rendido felizmente.

He aqui lo que se lee en este autor tenido por mucho tiempo por S. Dionisio Areopagita, pero que en el día es reconocido por escritor del quinto ó sexto siglo, que quiso cubrir sus escritos con la capa de un nombre tan ilustre á fin de grangearles crédito y reputacion, las que logró hasta el siglo décimo séptimo, pues los Griegos y Latinos lo han leído, tenido y citado como si fuera el mismo asunto, y esto es lo que ha extendido tanto la opinion de que las tinieblas acaecidas en la passion del Salvador fueron causadas por un eclipse extraordinario y sobrenatural porque como resistirse á la autoridad de un testigo ocular ilustrado y desinteresado, pues se supone en ese tiempo todavia pagano?

Pero al presente que la suposicion de esas obras está ya descubierta, la autoridad del pretendido S. Dionisio Areopagita queda reducida á la de un griego desconocido, escritor del quinto ó sexto siglo. Tambien se ha pretendido que en esa vez exclamó el mismo santo: *«O el autor de la naturaleza padece, ó la máquina del universo bien pronto va á destruirse.»* (1). Otros le hacen decir: *«Un Dios incógnito padece, ó un Dios padece sin que se le conozca; y eso es la causa de estar todo el universo conturbado y cubierto de tinieblas.»* (2); pero esas palabras son tan inciertas como las que acabamos de referir de Apolofanes.

El testimonio de Flagon, liberto de Adriano, merece mucha mayor consideracion (3). Este autor era pagano, y escribió la historia de las olimpiadas en diez y seis libros, desde su origen hasta como el año 140 de Jesucristo. Dice que el año cuarto de la olimpíada ducentésima segunda, que debe acabar el 33 de la era vulgar, y es el de la muerte de Jesucristo, hubo el mayor eclipse

VI.
Testimonio
de Flagon,
liberto de
Adriano.

[1] Vide *Corderii not. in ep. 7. Dionysii*—[2] *Michael Spornell. Jewish. L. u. Oper. S. Dionysii. p. 267. et apud Suidam in Dionysio.*—[3] *Phleg. de Olymp. apud Euseb. Chron. p. 188. edit. Scalig.*

de sol que se ha visto, habiendo sido tal la obscuridad, que en el mismo medio día se dejaron ver las estrellas. Añade que tambien hubo entonces un grandísimo temblor de tierra en la Bitinia, que derribó la mayor parte de la ciudad de Nicea. Eusebio, que refiere esas palabras de Plegon, pone la pasion de Jesucristo en el año diez y ocho del imperio de Tiberio, y dice haber encontrado en los antiguos monumentos de los Griegos (1), que hacen ese tiempo *hubo un eclipse de sol; que la Bitinia fue conmovida por un gran temblor de tierra, y derribada la mayor parte de la ciudad de Nicea.*

Pero como nota Scaligero (2), Eusebio se engañó poniendo en el año diez y ocho de Tiberio la pasion de Jesucristo, la que segun el testimonio de Plegon referido por él mismo, debió fijarse en el diez y nueve de esa época, porque en el cayó la primavera del año cuarto de la ducentésima segunda olimpiada que corresponde al trigésimo tercio de la era cristiana vulgar. El engaño provino de que suponía haber sido bautizando Jesucristo el año décimo quinto de Tiberio; y contando á continuacion tres años invertidos en su ministerio público, concluye que habia muerto el año diez y ocho de aquel emperador. Confundia la época de la mision de S. Juan Bautista que fué el año décimo quinto, con la del bautismo del Salvador que aconteció en el décimo sexto de ese príncipe; de manera que su muerte sucedió el décimo nono del mismo, cuarto de la ducentésima segunda olimpiada, y trigésimo tercio de la era cristiana vulgar (3).

Julio Africano citado por Sincelo (4), dice hallarse referido por Plegon que en tiempo de Tiberio, en el plenilunio, acaeció un eclipse total de sol, que duró desde la hora sexta del día hasta la hora nona. El mismo pasage se lee en Eusebio (5), con la diferencia de que no se cuenta á Plegon, ni se habla del plenilunio, por lo que parece truncado; pero es difícil creer que esa circunstancia se encontrara en el original, pues Orígenes (6), contemporáneo de Africano, expresamente dice no hallarse en él, y que ni Eusebio, ni S. Gerónimo, ni Filópono, ni la Crónica de Alejandria que lo citan, hacen mencion de tal cosa.

Despues de Eusebio y S. Gerónimo, los mas de los Griegos y Latinos que han tenido conocimiento de dicho pasage, han creído que su verdadero asunto fué la pasion de Jesucristo; aumentándose en gran manera esta creencia por la circunstancia del tiempo. Es verdad que Plegon dice que hubo un eclipse, aunque ciertamente lo que acaeció el día de la muerte de nuestro Salvador no pudo serlo como lo tenemos ya notado; pero es muy posible que habiendo hallado en los monumentos públicos del tiempo de Tiberio que hubo en la mitad del día unas tinieblas tan prodigiosas, que se vieron las estrellas en el cielo, y creyendo que solo podian ser causadas por un eclipse, sin examinar con mas atencion el asunto, haya asegurado que lo hubo en verdad. Con de-

[1] Euseb. Chron. Graec. p. 188. ed. Scalig. — [2] Idem. Animad. in Chronol. Eusebii, p. 170. — [3] Véase en este volumen la Disertacion que acabamos de dar sobre los años de Jesucristo. — [4] Syncell. Chronica. p. 323. — [5] Africano. apud Euseb. Demonstr. Evang. l. vii. c. 2. — [6] Orig. in Gen. hom. 35.

masiada ligereza avanzó este paso; pero lo demas de su relacion no debe despreciarse estando conforme con nuestros evangelistas.

Todo esto tendrá todavia mas fuerza, siendo cierto, como pretende M. Ferrand (1), que ni hubo ni pudo haber tal eclipse de sol el año cuarto de la ducentésima segunda olimpiada; pero que si lo hubo de luna media hora despues de las tinieblas referidas en el Evangelio, muerto ya Jesucristo, y que duró casi tres horas, estando eclipsada mas de la mitad de su disco (2). De esta manera se vieron en un mismo día cubiertos de tinieblas el sol y la luna, para que se verificaran las profecías que tenian predichas ambas cosas.

Volviendo á hablar de Plegon, se forma todavia sobre su texto una dificultad considerable. Eusebio, Filópono (3) y la Crónica Alejandrina dicen claramente que el eclipse de que habla, acaeció el año cuarto de la ducentésima segunda olimpiada, que es el trigésimo tercio de la era vulgar; pero el P. Petavio (4) sostiene que ese pasage está corrompido, y que en lugar de año cuarto, debe leerse el segundo. En la edicion de su libro de *Doctrina Temporum*, impreso en Amsterdam en 1705, cita el testimonio de Filópono; pero no dice que en el mismo se lea tambien el año cuarto, sino únicamente que Eusebio y Julio Africano no ponen la muerte de Jesucristo en ese año, sino en el segundo ó tercero de la ducentésima segunda olimpiada, y que no es de presumirse que hubieran querido valerse del testimonio de Plegon, si fuera contrario á su pretension, é inútil á su asunto: de lo que concluye que leerian el año segundo, y no el cuarto de dicha olimpiada.

A eso puede responderse: Lo 1.º que en todos los ejemplares que tenemos uniformemente se halla el año cuarto, y no es lícito mudar esta leccion sin una grande necesidad, y sin sólidas pruebas. Lo 2.º cuando fuera cierto que Eusebio y Africano se enganaron en la aplicacion que hicieron de ese pasage á su sistema cronológico sobre la época de la muerte de Jesucristo, no por eso debemos abandonarlo ni mudar la leccion, pues es favorable á la que el día de hoy es mas seguida en la Iglesia. 3.º Es verdad que la version latina de la Crónica de Eusebio coloca esa época en el año tercero de la ducentésima segunda olimpiada; pero el texto griego la pone en el cuarto. O mas bien debe confesarse que en uno y otro hubo algun descuido; porque comenzando los años olímpicos con la primavera, si la muerte de Jesucristo debia fijarse en el año décimoctavo de Tiberio, seria segun la Crónica latina, al fin del segundo de la ducentésima segunda olimpiada, ó segun la crónica griega, al fin del año tercero. Mas como este acababa en el mismo año en que comenzaba el cuarto, Eusebio, que no se detenía en esos pormenores de la cronología, puso la muerte de Jesucristo el año cuarto, y refirió al mismo tiempo el testimonio de Plegon, que tambien ponía la obscuridad del sol en ese mismo año. Si hubiera leído el año segundo, habria sido enteramente contrario á su cálculo; y si hubiera leído el tercero, se habria visto obligado á decir por qué referia al año cuar-

[1] Ferrand, tom. 1. p. 321. Reflexiones sobre la religion cristiana. — [2] Fidei Theophrast. Hieron. Evang. p. 141. — [3] Philoponus, l. ii. c. 3. p. 88. 89. — [4] Petavio, de Doctrina tempor. l. xii. c. 21. p. 458. Véase á M. de Tillemont, nota 35. sobre Jesucristo, tom. 1. p. 474.

to un hecho que pertenecía al tercero: de donde puede concluirse que leyó el cuarto. Lo 4.º finalmente, Julio Africano (1) solo nota que el segundo año de la ducentésima segunda olimpiada, que computa por décimo sexto, ó mas bien, décimo séptimo de Tiberio, era cuando se completaban las setenta semanas de Daniel: no dice en qué año puso Flegon el eclipse de que hablaba, contentándose con decir que lo puso en el imperio de Tiberio; y eso mismo prueba que no leyó año segundo; porque estando esa época conforme con su cálculo, verisimilmente no la habria despreciado.

A mas de Flegon, tambien Julio Africano (2) cita á Tallo, historiador griego, que en el libro tercero de su historia, hace mencion de las tinieblas acaecidas en la muerte de Jesucristo, y dice que fué un eclipse. Africano afirma ser eso un engaño, porque siendo la Pascua de los Judíos el 14 de la luna, era imposible que entonces hubiera eclipse de sol. No sé si ese Tallo es el mismo cuyos términos refiere Eusebio, aunque sin citarlo, cuando dice haber encontrado en los monumentos griegos (3), que hacia el año cuarto de la olimpiada ducentésima segunda se eclipsó el sol, se conmovió la Bitinia por un temblor de tierra, y se destruyó la mayor parte de la ciudad de Nicea. Se ignora el tiempo preciso en que existió; pero S. Justino (4) y Tertuliano (5) que lo citan, creen que debió ser poco mas ó ménos de la edad de Flegon, si acaso no era mas viejo.

A los anales de este último, y á la historia de Tallo, es probablemente á donde Tertuliano (6) y el mártir S. Luciano de Antioquia (7), remiten á los paganos para encontrar la prueba de la obscuridad tan milagrosa que apareció en la muerte del Salvador. Mr. de Tillemont conjetura que Flegon y tal vez Tallo pudieron sacar lo que dicen de esa noche extraordinaria de la relacion que sobre su muerte remitió Pilato á Tiberio. Pero sea lo que fuere, nosotros no vemos prueba alguna sólida que nos obligue á abandonar ese testimonio tan relevante, tan conforme á nuestros Evangelios y cronología, y tan favorable á nuestra religion.

Mas adoptando el testimonio de esos dos historiadores, debemos decir que las tinieblas que vinieron poco antes de la muerte de Jesucristo fueron milagrosas en su causa; que lo que Flegon tuvo por un eclipse, verisimilmente fué una gruesa costra que se formó sobre el sol, la que de suerte impidió la salida de la luz por tres horas, que las estrellas se dejaron ver en el cielo; que esta obscuridad fué general; que no debe extrañarse que no esté notada en las tablas astronómicas, pues no solamente no fué natural, sino que es tambien contrario á las leyes de la naturaleza que no está notada en ese tiempo. La hipótesis de las nubes esparcidas en el aire ó las opacidades sobre la tierra, es insostenible en la opinion que dice que las estrellas se vieron en el cielo, puesto que las nubes y la bruma habrían quitado su vista, asi como quitaban la del

VII.
Testimonio
de Tallo,
historiador
griego.

VIII.
Conclusion.

419
SOBRE LAS TINIEBLAS, &c.
sol. Finalmente, la relacion que se lee en el pretendido S. Dionisio Areopagita y seguida por muchos autores muy antiguos, es no solamente falsa y contraria á la historia, sino que encierra á mas de eso grandes inconvenientes por los milagros que multiplica sin prueba y sin necesidad.

DISERTACION

SOBRE

LA RESURRECCION DE LOS SANTOS PADRES

CON JESUCRISTO.

REFIERE S. Mateo que habiendo muerto Jesucristo en la cruz (1), tembló la tierra, se despedazaron las piedras, los monumentos se abrieron, y muchos cuerpos de santos que estaban en el sueño de la muerte, resucitaron; y añade que saliendo de sus sepulcros después de su resurreccion, vinieron á la ciudad santa, y fueron vistos de muchas personas; como queriendo manifestar el Salvador, por estas señales de su poder, que habia triunfado de la muerte, y que venia á dar la vida á los que de algun modo estaban sepultados en la culpa. La abertura de los sepulcros y la vuelta de los muertos á la vida era tambien una prueba y una prenda de nuestra futura resurreccion, dice S. Jerónimo: *Monumenta aperta sunt in signum futurae resurrectionis* (2).

Siendo interesante esta materia, y abriendo campo á muchas cuestiones curiosas, la trataremos aquí con alguna extension, examinando quiénes son los que resucitaron, cuándo, en qué forma y con qué cuerpos aparecieron; y si volvieron á morir, ó subieron al cielo con Jesucristo para vivir allí eternamente bienaventurados en cuerpo y alma. Podemos ejercitarnos en esta materia con tanta mas libertad y seguridad, cuanto que las diversas opiniones que hay sobre esto entre los padres y escritores modernos, no pertenecen á la esencia de la religion; pues todo el mundo conoce la verdad de la historia evangélica, y las dificultades no se promueven mas que sobre las circunstancias, modo y consecuencias del milagro.

No se puede sin alguna temeridad señalar con precision el número ó la cualidad de los que entonces resucitaron. El santo evangelista únicamente nos dice que muchos cuerpos de santos resucitaron; luego no fueron todos; y si es verdad, como pretenden algunos intérpretes, que el temblor de tierra, la rotura de las piedras, y la abertura de los sepulcros fueron cosas que solamente acaecie-

I.
Objeto y plan
de esta Diser-
tacion.

II.
Quiénes son
los que resuci-
taron con
Jesucristo!

[1] *Vide ejus fragment. in Demonstr. Evang. Euseb. l. viii. c. 2. et apud Spicell.*
[2] *Ibid.*—[3] *Euseb. Chron. Græc. p. 188. ed. Scallig.*—[4] *Justin. exhort. ad gentes.*
Vide Voss. de Hist. Græc. l. iii. p. 417.—[5] *Tertull. Apologet. c. 10.*—[6] *Tertull. Apo.*
loget. c. 21.—[7] *Lucian. Mart. opud Rufin. hist. l. ix. c. 6. p. 149.*

[1] *Matth. xvii. 51. 52. 53.*—[2] *Hieron. ad Hedibian. ep. 53.*

to un hecho que pertenecía al tercero: de donde puede concluirse que leyó el cuarto. Lo 4.º finalmente, Julio Africano (1) solo nota que el segundo año de la ducentésima segunda olimpíada, que computa por décimo sexto, ó mas bien, décimo séptimo de Tiberio, era cuando se completaban las setenta semanas de Daniel: no dice en qué año puso Flegon el eclipse de que hablaba, contentándose con decir que lo puso en el imperio de Tiberio; y eso mismo prueba que no leyó año segundo; porque estando esa época conforme con su cálculo, verisimilmente no la habria despreciado.

A mas de Flegon, tambien Julio Africano (2) cita á Tallo, historiador griego, que en el libro tercero de su historia, hace mencion de las tinieblas acaecidas en la muerte de Jesucristo, y dice que fué un eclipse. Africano afirma ser eso un engaño, porque siendo la Pascua de los Judíos el 14 de la luna, era imposible que entonces hubiera eclipse de sol. No sé si ese Tallo es el mismo cuyos términos refiere Eusebio, aunque sin citarlo, cuando dice haber encontrado en los monumentos griegos (3), que hacia el año cuarto de la olimpíada ducentésima segunda se eclipsó el sol, se conmovió la Bitinia por un temblor de tierra, y se destruyó la mayor parte de la ciudad de Nicea. Se ignora el tiempo preciso en que existió; pero S. Justino (4) y Tertuliano (5) que lo citan, creen que debió ser poco mas ó ménos de la edad de Flegon, si acaso no era mas viejo.

A los anales de este último, y á la historia de Tallo, es probablemente á donde Tertuliano (6) y el mártir S. Luciano de Antioquia (7), remiten á los paganos para encontrar la prueba de la obscuridad tan milagrosa que apareció en la muerte del Salvador. Mr. de Tillemont conjetura que Flegon y tal vez Tallo pudieron sacar lo que dicen de esa noche extraordinaria de la relacion que sobre su muerte remitió Pilato á Tiberio. Pero sea lo que fuere, nosotros no vemos prueba alguna sólida que nos obligue á abandonar ese testimonio tan relevante, tan conforme á nuestros Evangelios y cronología, y tan favorable á nuestra religion.

Mas adoptando el testimonio de esos dos historiadores, debemos decir que las tinieblas que vinieron poco antes de la muerte de Jesucristo fueron milagrosas en su causa; que lo que Flegon tuvo por un eclipse, verisimilmente fué una gruesa costra que se formó sobre el sol, la que de suerte impidió la salida de la luz por tres horas, que las estrellas se dejaron ver en el cielo; que esta obscuridad fué general; que no debe extrañarse que no esté notada en las tablas astronómicas, pues no solamente no fué natural, sino que es tambien contrario á las leyes de la naturaleza que no está notada en ese tiempo. La hipótesis de las nubes esparcidas en el aire ó las opacidades sobre la tierra, es insostenible en la opinion que dice que las estrellas se vieron en el cielo, puesto que las nubes y la bruma habrían quitado su vista, asi como quitaban la del

VII.
Testimonio
de Tallo,
historiador
griego.

VIII.
Conclusion.

419
SOBRE LAS TINIEBLAS, &c.
sol. Finalmente, la relacion que se lee en el pretendido S. Dionisio Areopagita y seguida por muchos autores muy antiguos, es no solamente falsa y contraria á la historia, sino que encierra á mas de eso grandes inconvenientes por los milagros que multiplica sin prueba y sin necesidad.

DISERTACION

SOBRE

LA RESURRECCION DE LOS SANTOS PADRES

CON JESUCRISTO.

REFIERE S. Mateo que habiendo muerto Jesucristo en la cruz (1), tembló la tierra, se despedazaron las piedras, los monumentos se abrieron, y muchos cuerpos de santos que estaban en el sueño de la muerte, resucitaron; y añade que saliendo de sus sepulcros después de su resurreccion, vinieron á la ciudad santa, y fueron vistos de muchas personas; como queriendo manifestar el Salvador, por estas señales de su poder, que habia triunfado de la muerte, y que venia á dar la vida á los que de algun modo estaban sepultados en la culpa. La abertura de los sepulcros y la vuelta de los muertos á la vida era tambien una prueba y una prenda de nuestra futura resurreccion, dice S. Jerónimo: *Monumenta aperta sunt in signum futurae resurrectionis* (2).

Siendo interesante esta materia, y abriendo campo á muchas cuestiones curiosas, la trataremos aquí con alguna extension, examinando quiénes son los que resucitaron, cuándo, en qué forma y con qué cuerpos aparecieron; y si volvieron á morir, ó subieron al cielo con Jesucristo para vivir allí eternamente bienaventurados en cuerpo y alma. Podemos ejercitarnos en esta materia con tanta mas libertad y seguridad, cuanto que las diversas opiniones que hay sobre esto entre los padres y escritores modernos, no pertenecen á la esencia de la religion; pues todo el mundo conoce la verdad de la historia evangélica, y las dificultades no se promueven mas que sobre las circunstancias, modo y consecuencias del milagro.

No se puede sin alguna temeridad señalar con precision el número ó la cualidad de los que entonces resucitaron. El santo evangelista únicamente nos dice que muchos cuerpos de santos resucitaron; luego no fueron todos; y si es verdad, como pretenden algunos intérpretes, que el temblor de tierra, la rotura de las piedras, y la abertura de los sepulcros fueron cosas que solamente acaecie-

I.
Objeto y plan
de esta Diser-
tacion.

II.
Quiénes son
los que resuci-
taron con
Jesucristo?

[1] *Vide ejus fragment. in Demonstr. Evang. Euseb. l. viii. c. 2. et apud Spicell.*
[2] *Ibid.*—[3] *Euseb. Chron. Græc. p. 188. ed. Scallig.*—[4] *Justin. exhort. ad gentes.*
Vide Voss. de Hist. Græc. l. iii. p. 417.—[5] *Tertull. Apologet. c. 10.*—[6] *Tertull. Apo.*
loget. c. 21.—[7] *Lucian. Mart. opud Rufin. hist. l. ix. c. 6. p. 149.*

[1] *Matth. xvii. 51. 52. 53.*—[2] *Hieron. ad Hedibian. ep. 53.*

ron en Jerusalem y en sus contornos, deberá decirse tambien que solo resucitaron los santos que en los contornos de esta ciudad estaban enterrados, y que fueron á quienes el Hijo de Dios quiso hacer esta gracia. Si se dice que los sepulcros de los santos se abrieron en todo el mundo, ó á lo ménos en toda la Palestina, esta vasta extension de tierra nos dejará todavía mas inciertos sobre el número y cualidad de los que entónces se levantaron sobre el número y cualidad de los que entónces se levantaron sobre el número.

Algunos creian que los mas antiguos de los patriarcas fueron los que en esta vez aparecieron, siendo muy probable que Jesucristo hiciera sentir los primeros efectos de su muerte y de su venida á los que por mas tiempo lo habian esperado: Adán por tanto, Abel, Set, Matusalen, Lamec, Noé, Sem, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moises, Josué, David y los otros antiguos, debian ser los mas privilegiados y resucitar antes que todos los otros. Pero como es muy verisímil que los patriarcas anteriores al diluvio y los que precedieron á Abraham, vivieron y fueron enterrados fuera de la Palestina, hay mucha dificultad en hacerlos resucitar con Jesucristo, siguiendo la suposición de que los sepulcros no se abrieron mas que en la Judea ó en los contornos de Jerusalem. Agréguese, que parece bien que resucitaran los primeros aquellos que eran mas conocidos de los Judíos que entónces vivian, y mas cercanos á su tiempo; y no tenian esta cualidad los antiguos patriarcas, de quienes los Judíos no tenian mas que una idea confusa.

Por último, parece bien que habiendo sido los profetas los principales testigos que predijeron la venida, nacimiento, vida, muerte y resurreccion de Jesucristo, y habiendo los mas de ellos dado la vida para darle testimonio, debian tambien por un particular privilegio gozar, antes que los otros, los frutos de su muerte y de su resurreccion: de manera que Moises, Samuel, David, Isaías, Jeremias, Ezaquiel, Daniel, y los otros profetas que nos dejaron sus escritos, habrán debido ser preferidos á muchos otros que aunque animados del espíritu de profecía no nos dejaron algun testimonio de sus predicciones. Creian algunos que Job, Jonas y los tres jóvenes que quedaron vivos en el horno de Babilonia como las principales figuras de la resurreccion del Salvador (1), Isaías como profeta evangelico, Melquisedec como imagen del sacerdocio de Jesucristo, y Daniel como el que noto con la mayor puntualidad los años de su venida, debieron resucitar entónces con preferencia á los demas.

A S. Epifanio (2) le parece conveniente que se diera la preferencia á los mas cercanos al tiempo de Jesucristo, y cuyas personas podian ser tambien conocidas de los que vivian entónces, ó que habian dado testimonio á Jesucristo despues de su venida, como Zacarías, padre de S. Juan Bautista, el anciano Simeon, S. Juan Bautista y el buen ladron. Lerins (3) no cree que haya resucitado alguna muger, porque era congruente que la santa Virgen fuera la primera persona de su sexo que resucitara, así como Jesucristo era (4) el primogénito entre los muertos, como si en esta cualidad no hubiera procurado tanto á las mugeres como á los hombres el pri-

[1] Vide Pined. in Joh. xix. 25.—[2] Epiphani. in Anachorato, c. 102. p. 103.—[3] Lerins. in Act. ii. 39.—[4] Coloss. i. 18.

villegio de la resurreccion. Otros (1) por el contrario, quieren que Eva fuera de las primeras que resucitaron en esa vez como la madre comun de todos los hombres. Pero dejemos esas conjeturas, y sin determinar cosa alguna sobre un punto que está indeciso, estemos solamente á la expresion del evangelista que nos dice que muchos cuerpos de santos resucitaron.

Sobre el tiempo en que resucitaron los santos de quienes hablamos, hay dos opiniones diversas. Unos (2) creen que fué inmediatamente despues de la muerte del Salvador, y al instante que se abrieron los sepulcros con el temblor de tierra que hubo cuando espiró. Otros sostienen que no salieron de los sepulcros sino despues de la resurreccion del Salvador (3), de suerte que Jesucristo sea verdaderamente el primogénito entre los muertos, como lo dice S. Pablo; y ambas opiniones se apoyan en el texto de S. Mateo. La primera se funda en aquellas palabras que dicen, que habiendo muerto Jesucristo, tembló la tierra, los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos resucitaron, donde se ve que el evangelista no pone intervalo alguno entre la muerte del Salvador y la resurreccion de los santos. Los que defienden la otra hacen notar que S. Mateo añadió inmediatamente: y saliendo de sus sepulcros despues de su resurreccion, vinieron á la ciudad santa, y se manifestaron á muchos; insinuando con eso que no resucitaron sino despues de Jesucristo, ó con él, y que el evangelista refirió la abertura de sus sepulcros y su resurreccion por anticipacion. Y á la verdad ¿qué habrian hecho los santos desde la muerte del Salvador hasta su resurreccion, supuesto que no debian aparecer, como efectivamente no aparecieron, sino despues que resucitó Jesucristo!

S. Agustin (4) hace mencion de estas dos opiniones en su carta á Evodio, y no reprueba ninguna de ellas, ni en su examen se detiene por ser agenas de su asunto. Origenes (5) claramente dice que los santos no resucitaron antes de Jesucristo: *Non ante resurrectionem primogeniti ex mortuis*. S. Gregorio el Grande (6) se expresa de la misma manera. Jesucristo murió solo, dice, mas no resucitó solo, pues al mismo tiempo dió la vida á los que mucho tiempo habia que estaban muertos: *Solus mortuus est, et tamen solus minime surrexit*. S. Gerónimo (7) aun está mas expreso. Aunque en el momento de la muerte del Salvador, dice, los sepulcros habian sido abiertos, sin embargo no resucitaron los santos sino despues, á fin de que él fuese verdaderamente el primogénito de entre los muertos. Las mismas palabras se leen en Beda y en Rabano Mauro; Pascasio Radbert juzga lo mismo, así como Druymar y otros muchos.

[1] F. Leo. Brag. in Matth. xxvii.—[2] Vide Christ. et Theophyl. in Matth. xxvii. Theodoret. Græc. Luff. Lud. de Div. Spiritus.—[3] Orig. in Matth. xxvii. tract. 35. Hieron. in Matth. xxvii. Raban. Maur. Paschas. Radbert. Beda. Glossæ ordin. Litan. Cornél. à Lapide, alii plures.—[4] Aug. ep. 164. nov. ed. n. 9. p. 570. Respondetur hæc dicta esse per anticipationem, ut monumenta quidem illo terræ motu aperta esse intellegantur.... resurrexerunt autem iustorum corpora non tunc, sed cum ille prior resurrexerit.—[5] Orig. in Matth. tract. 35.—[6] Greg. Magn. hom. 31 in Evang. n. 6.—[7] Hier. in Matth. xxvii. Et terra cum monumentis aperta esset, non ante surrexerunt, quam Dominus resurrexerit, ut esset primogenitus resurrectionis ex mortuis.

Esos santos resucitaron en el momento de la muerte de Jesucristo, ó en el de su resurreccion!

Pero S. Hilario (1) dice, según parece, que los santos resucitaron en el instante que Jesus murió. Entonces se abrieron los sepulcros para que fueran rotas las ataduras de la muerte; y los muertos resucitaron, porque iluminando las tinieblas de la muerte y la obscuridad del infierno, Jesus arrebató los despojos de la muerte por la resurreccion de aquellos á quienes fué á visitar; en cuyas palabras insinúa que habiendo bajado Jesucristo á los infiernos inmediatamente que murió, restituyó en el instante la vida á los que estaban muertos, ántes que el mismo resucitara. S. Juan Crisóstomo (2) habla todavía con mayor claridad. Dice que el Salvador, resucitando á sus siervos, mientras todavía estaba en la cruz, manifestó con toda evidencia la falsedad de aquello que le representaban los Judios cuando le decian: *Salvó á otros, y no pudo salvarse á sí mismo*; porque si fué una grande maravilla ver salir á Lázaro de su sepulcro, fué mucho mas extraordinario ver entonces á todos esos santos que resucitaron y se manifestaron á muchas personas. Teofilacto (3) y los otros griegos que acostumbraron seguir á S. Crisóstomo, son de la misma opinion. Dicen que la resurreccion de los muertos que se verificó mientras Jesucristo estaba en la cruz, era la señal y la prenda de la futura libertad de los que estaban en los infiernos.

Mas si es cierto, como parece serlo, que las almas de los santos patriarcas no salieron de los infiernos ántes que hubiera bajado Jesucristo, y que sus cuerpos no pudieron resucitar sino despues que las almas, saltando de aquellos lugares donde esperaban su venida, los animasen de nuevo, es indispensable confesar que la resurreccion de los santos debió ser posterior á la muerte de Jesucristo; porque aunque en un instante pasa el alma de un lugar á otro, y las operaciones de los espíritus desprendidos de la materia se hacen sin sucesion de tiempo; sin embargo, no concebimos que el Salvador haya estado en los infiernos, que allí anuncie su venida á los santos patriarcas, que sucara sus almas de aquel seno, que las reuniera á sus cuerpos y que todo eso lo hiciera en un momento.

Los antiguos padres (4) creyeron que estuvo por algun tiempo en el infierno, supuesto que han dicho que habia predicado allí á las almas de los incredulos, y que habia convertido á muchos. Es verdad que esta opinion no está recibida el día de hoy en la Iglesia; pero á lo ménos es cierto que los que la seguan no creían que los santos hubieran resucitado sino algun tiempo despues de la muerte del Salvador, ó á lo ménos que su aparicion no habia sido ántes que resucitara y se manifestara en el mundo. Mas no vemos que Jesucristo haya dado sobre la tierra alguna prueba de su presencia ántes de su resurreccion, significando haber estado todo ese tiempo en las tinieblas, para consolar allí las almas de los santos patriarcas (5).

IV.
Es por lo mismo muy creíble que los santos no resucitaron sino despues del Salvador. ¿Pero en qué forma se manifestaron? Fué

[1] *Hier. in Math. c. xxv.*—[2] *Chrysost. in Math. xxv. hom. 88.*—[3] *Theophyl. in Math. xxv.*—[4] *Vide Orig. Clem. Alex. Iren. alios.*—[5] *Vide Euseb. Emisen. lib. 5. in Pascha. Theophyl. et Brug. in Math. xxv.*

con cuerpos gloriosos é inmortales, como esperamos verlos despues de la resurreccion general, ó con los naturales que tenían ántes de su muerte, como Lázaro y los otros muertos que no resucitaron sino para volver á morir, y cuyos cuerpos eran palpables y necesitados á comer y beber como los nuestros? Finalmente, tuvieron cuerpos resplandecientes, mas que un resplandor pasajero que debia desaparecer despues de sus manifestaciones, así como los de Moises y de Elias que aparecieron con Jesucristo en su transfiguracion, y que habiéndose manifestado gloriosos en aquel acontecimiento, volvieron uno y otro á tomar su estado natural? Elias regresó al lugar donde está esperando la segunda venida del Mesias, y Moises volvió á su sepulcro para esperar en él esta resurreccion particular ó la general.

La solucion de estos puntos en gran parte depende de lo que debemos decir despues, cuando examinemos si esos cuerpos resucitados subieron al cielo con Jesucristo, ó si volvieron á morir y regresaron á los sepulcros donde ántes estaban. Si se dice que resucitaron para no morir mas, no veo que les puedan negar cuerpos gloriosos, sutiles y penetrantes como los que concedemos á los bienaventurados. Mas si solo aparecieron por un momento, ó tal vez por algunas horas como Moises y Elias en el Tabor, ó por algunos dias, no es fácil decidir de qué naturaleza eran sus cuerpos, que según está hipótesis aun no estaban revestidos de la perfecta inmortalidad.

Pero es indubitable que se les debe distinguir de los cuerpos simplemente resucitados que vivieron y conversaron con los otros hombres, como Lázaro y los que en el Antiguo Testamento fueron resucitados por los profetas Elias y Eliseo. El Evangelio nos dá á entender bien, que no eran visibles por todos, sino que se manifestaban á quienes querian, y por consiguiente que eran de una naturaleza diversa de la de los nuestros, que no podemos hacer que desaparezcan de la vista de los que nos encuentran.

El autor de las Cuestiones á los católicos, impresas bajo el nombre de S. Justino, (1) toma un medio en esta disputa. Cree que los santos que resucitaron no murieron despues, sino que gozaron de la inmortalidad, aunque no de la bienaventuranza del cielo. Sus cuerpos aun no están gloriosos como el de Jesucristo, sino que esperan su transmutacion como Henoc y Elias, que viven, pero aun no han recibido su perfecta recompensa; porque, añade, hasta ahora Jesucristo es el único que ha resucitado para vivir una vida inmortal é incorruptible, como que es primogénito entre los muertos y las primicias de los que están dormidos con el sueño de la muerte.

Resta pues saber cuál es la naturaleza de los cuerpos de Henoc y de Elias en el estado en que hoy se hallan. Yo no encuentro impedimento alguno para creerlos semejantes á los nuestros, con la sola diferencia de no estar sujetos á nuestras necesidades y enfermedades. Pero cuando lo supiéramos ciertamente, tendríamos la misma certidumbre de la hipótesis del autor de

[1] *Aut. Quest. ad orthodox. quest. 85.*

ma y con
que cuerpos
aparecieron
esos santos?

UNIVERSIDAD ADONIS

UNIVERSIDAD ADONIS

quien hablamos! ¡Y si los santos que resucitaron con Jesucristo no están en el cielo, en qué lugar estarán! ¿en qué parte de la tierra los colocaremos! Las soluciones son peores que las dificultades que se pretenden resolver, porque ponen el asunto mas enredado de lo que estaba. No habiendo pues nada cierto sobre esta materia, mas bien queremos dejarla indecisa, que decidirla sin solidez y sin pleno conocimiento.

Y.
Las santos subieron al cielo en cuerpo y en alma con Jesucristo! Razones y autoridades que se alegan por la afirmativa.

La grande dificultad de toda esta Disertacion consiste en saber si los santos que entonces resucitaron subieron al cielo con Jesucristo, ó quedaron en el mundo para morir otra vez. Sobre este punto hay diversas opiniones, y por unas y otras se alegan razones y autoridades. La Escritura nos representa á Jesucristo subiendo al cielo como un conquistador que vuelve á su reino cargado de despojos, y llevando consigo una multitud de cautivos que ha libertado (1). Vino á este mundo para anunciar la libertad á los cautivos, y para desatar á los que estaban en prisiones: *Praedicare captivis remissionem* (2). Era pues conveniente que entrara al cielo á la cabeza de ellos, y pues volvía con su cuerpo glorioso é inmortal, era natural que hiciese entrar allí tambien á lo ménos á los principales testigos de su resurreccion y á sus amigos con sus cuerpos resucitados, especialmente habiéndoles ya concedido este honor (3). Seria conveniente que separara las almas de los cuerpos que acababan de tomar para dejarlos de nuevo en la obscuridad y en el polvo del sepulcro! ¡Y esto podrá hacerse sin dolor! ¡Y el dolor convendrá al estado de una alma bienaventurada! ¡Los dones de Dios están sujetos al arrepentimiento (4), y quita con una mano lo que ha dado con la otra!

S. Ignacio Mártir en su carta á los Magnesianos (5) nota la resurreccion de los profetas acaecida en la muerte de Jesucristo como un favor absoluto, y sin atestiguar que de nuevo murieron, dice que *esperaron á Jesucristo como á su Señor, y cuando vino los resucitó de entre los muertos*. El autor de las Cuestiones á los Ortodoxos (6), impresas bajo el nombre de S. Justino, cree haber sido muy verdadera la resurreccion de los santos patriarcas, quienes ya no murieron, sino que están en un estado de inmortalidad, aunque no en el cielo, como tenemos ya notado.

Origenes (7) en su comentario sobre S. Mateo, insinúa que los santos resucitados con Jesucristo subieron con él al cielo; pero lo nota de una manera mas expresa, cuando escribiendo sobre el Cantar de cantares, dice que resucitándose Jesucristo, resucitó al mismo tiempo á los que la muerte tenia cautivos, y al subir al cielo lo llevó consigo en cuerpo y alma, como nos lo enseña el Evangelio, que afirma que habiendo resucitado muchos santos, entraron en Jerusalem, ciudad santa de Dios vivo. S. Clemente Alejandro (8) no se explica sobre eso sino de paso; pero de una manera muy clara afir-

(1) *Osee, xiii. 14. De manu mortis liberabo eos; de morte redimam eos: ero mors tua, o mors!* Ps. *lxvii. 19. Accendisti in altum, cepisti captivitatem.* Ephes. *iv. 8. Ascendens in altum, captivum duxit captivitatem.*—(2) *Luc. ix. 19.* (3) *Vide D. Thom. 3. parte, quest. 53. art. 3. ad 2. et Malden. in Math. xxvii.—(4) Rom. xi. 23. Sine penitentia enim sunt dona Dei.*—(5) *Ignat. ad Magn. c. 9.*—(6) *Aut. Quest. ad Orthodoxos, quest. 85.—(7) Orig. in Math. tract. 35. et in Contic. p. 546. c. 10.—(8) Clem. Alex. l. vi. Stromat. p. 164. Edit. Chron.*

ma que los santos resucitados en la muerte del Salvador pasaron á mejor vida.

Eusebio de Cesarea (1) hace una pintura muy viva de la victoria que alcanzó Jesucristo en esa vez sobre la muerte. En el momento en que pronunció: *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu*, dejó su cuerpo, sin esperar que la muerte se apoderase de él; sino que la previno, la tomó estando ella penetrada de temor, é intentando la fuga, la obligó á que se rindiera á sus pies. La detuvo, y quebrantando las puertas de esos oscuros calabozos donde estaban encerradas las almas de los santos, las sacó, las resucitó, se resucitó á sí mismo, y como en triunfo las llevó consigo á la celestial Jerusalem. S. Hilario (2) favorece visiblemente esta opinion, cuando dice que Jesucristo reina en Sion y en Jerusalem, no en la terrena, ciudad mortifera y sanguinaria, sino en la celestial que es nuestra madre, en donde habitan los santos que resucitaron con él: *Cujus, et existimo, hodieque incolae sunt in passione Domini resurgentes.*

S. Epifanio no es efectivamente constante en lo que refiere de los santos que resucitaron con el Salvador. Explicando en un lugar (3) lo que se lee en S. Pablo (4), de ser Jesucristo las primicias de los muertos resucitados, *Christus resurrexit a mortuis primitiae dormientium*, nota que se han visto ciertamente resucitar muertos antes de Jesucristo; que Elias y Eliseo resucitaron á algunos; que el Salvador tambien volvió á la vida á Lázaro y á algunos otros; pero añade, que lo que distingue á Jesucristo de los demas es haber resucitado para no morir mas; en lugar que aquellos han vuelto á morir. En otra parte (5) hablando de los bienaventurados, cuyos cuerpos están en la tierra, exceptiva de este número á los que resucitaron con Jesucristo, que entraron con él á la cámara del Esposo, que vinieron á la santa ciudad y se aparecieron á muchos, como lo dice el Evangelio. Es verdad, prosigue diciendo, que los santos desde luego entraron en la Jerusalem terrestre; pero despues fueron introducidos con Jesucristo á la celestial que hasta entonces á ninguno se habia abierto.

Para conciliar á S. Epifanio consigo mismo, podrá decirse que en el primer pasage únicamente pretendió hablar de los muertos resucitados por la via ordinaria y en un cuerpo mortal y corruptible, mas no de aquellos que habian revivido con un cuerpo sutil y glorioso (6). Lázaro y los que fueron resucitados por Eneas y Eliseo, recobraron la vida á poco de haber muerto, y antes que sus cuerpos fueran destruidos y convertidos en polvo; pero los que lo fueron por Jesucristo, habia mucho tiempo que estaban muertos y consumidos. La carne de los primeros era como el grano de trigo que está todavía entero y no se ha podrido en la tierra para germinar y resucitar de alguna manera, y la de los segundos era como el mismo grano que despues de haberse corrompido, aace y se reproduce; estaba animada con un nuevo soplo de vida y revestida de la inmortalidad.

[1] *Euseb. Caesar. Hist. eccl. xii. 12.* [2] *Hilar. in Ps. vi. n. 96. p. 40. Vide, si la. det. et in Math. c. xxvii. n. 7.* [3] *Epiph. haer. 64. n. 65. p. 584.* [4] *1. Cor. xv. 20.* [5] *Epiph. haer. 95. n. 7. p. 911.* [6] *Vide, si placet, eundem Epiph. Anchorat. c. 102. p. 193.*

S. Gerónimo en una de sus cartas asegura que el buen ladrón fué recibido después de Jesucristo en el paraíso, y que muchos de los que dormían el sueño de la muerte, resucitaron con él, y se manifestaron en la celestial Jerusalem: *Post Christum latro in Paradiso, et idcirco in resurrectione ejus multa dormientium corpora surrexerunt, visaque sunt in caelesti Jerusalem* (1). En otra carta que lleva el nombre de las santas Paula y Eustaquio, y que se halla entre las de S. Gerónimo, á quien se le atribuye, llama ridicula esa opinion: *No debe entenderse eso de la Jerusalem celestial, como muchos lo hacen de una manera ridicula; pues el milagro de la resurreccion de los santos de nada habria servido á los hombres, si no se les hubiera visto mas que en la celestial Jerusalem* (2).

Eso seria cierto cuando no se les hubiera visto mas que en el cielo; pero los que creen que esos cuerpos subieron allá con Jesucristo, no niegan se hayan manifestado tambien en la Jerusalem terrestre; porque el pasage del Evangelio se explica de tres modos: 1. Los santos resucitados se manifestaron realmente en la ciudad de Jerusalem. 2. Presentaban otra clase de personas espiritualmente resucitadas, que por la fe, por el bautismo y por su santa vida merecieron hacerse ciudadanos de la Jerusalem celestial: San Gerónimo tambien se explica así en su carta á Hedibia (3). 3. Los santos pudieron subir con sus cuerpos al cielo, para gozar allí de la inmortalidad y de la feliz eternidad. Estos tres sentidos se hallan en S. Gerónimo y en los otros intérpretes.

El venerable Beda (4) introduce á los santos resucitados en la Jerusalem terrena, y después en la celestial. Rabano Mauro y Drutmar (5) expresamente dicen que los santos subieron al cielo con Jesucristo con sus cuerpos resucitados. Pascasio Radbert (6), después de haber notado que muchos quieren saber si después de resucitados murieron de nuevo, para resucitar segunda vez, como Lázaro que murió dos veces, y que todavía debe resucitar otra, responde que aunque el Evangelio nada explica sobre eso, creen sin embargo los mas que su resurreccion fué eterna, y que subieron con sus cuerpos al cielo con Jesucristo. Dice tambien Pascasio que si esos santos debían ser los incontestables testigos de la verdadera resurreccion del Salvador, es propio de la piedad no solamente pensar, sino creer que resucitaron para no volver á morir. Porque cómo habrían sido testigos verdaderos de ella, y de la que esperamos nosotros si de nuevo se hubieran convertido en polvo? Ciertamente, añade, no podemos demostrarlo por el texto del Evangelio; pero los que contradicen nuestra opinion tampoco podrán presentarnos algun testimonio decisivo que nos obligue á abandonarla.

Tertuliano (7) reconoce que muchos sostenían que los patriarcas y profetas subieron al cielo con sus cuerpos resucitados como consecuencias y resultados de la resurreccion de Jesucristo: *Ut ap-*

[1] Hieron. ep. 35. al. 5. [2] Apud Hieron. ep. 44. al. 17: *Paulus et Eustoch. Nee utrum Jerusalem carceatis, sicut plerique ridicule arbitrantur, in hoc loco intelligitur, cum signum nullum esse poterit, apud homines Domini resurgentia, et corpora sanctorum in caelesti Jerusalem visa sunt.* [3] Hier. ep. 150. ad Hedibiam, quæst. 8. [4] Beda in Matth. xxvii. [5] Raban. et Drutmar. in Matth. [6] Paschas. Radbert. in Matth. l. xii. p. 1187. [7] Tertull. de Anima, c. 55. p. 304. B.

pendices dominice resurrectionis. S. Agustín (1) tambien refiere esta opinion en su carta á Evodio: *Scio quibusdam videri morte Domini Christi jam talem resurrectionem præstitam justis, qualis nobis in fine promittitur.* Ni el uno ni el otro aprueban la opinion; pero eso hace ver que es antigua y célebre en la Iglesia. Rufino en su exposicion del simbolo la sostiene expresamente: *Ingressi sunt in sanctam civitatem; sine dubio ingressi sunt civitatem de qua Apostolus ait: Quas autem sursus est Jerusalem, libera est &c.*

A estas autoridades pueden unirse muchos intérpretes modernos, que defienden que los santos que resucitaron entónces con Jesucristo, no murieron mas, sino que en cuerpo y alma subieron al cielo. Santo Tomas (2) propone esta opinion, dando algunas pruebas aunque no está por ella. Cita un sermón de la asuncion bajo el nombre de S. Gerónimo, que deja indeciso el punto. Dionisio Cartusiano (3) no se declara de un modo decisivo. Cornelio á Lápide (4) dice ser la opinion mas común y mas probable que los santos subieron al cielo con Jesucristo. El Abad Ruperto (5) parece creer que resucitaron para no volver á morir, pues hace mencion de los que defendían que los santos morían de nuevo, y habla de ello como opinion agena: *Qui utique (ut quidam existimaverant) iterum morituri resurrexerunt.* Maldonado sostiene lo mismo.

Mas la opinion que afirma haber muerto otra vez los santos, y no haber subido con sus cuerpos al cielo, está fundada sobre mas textos de la Escritura y de los padres y sobre diversas razones que dan á esa opinion teológica una notable superioridad sobre la que acabamos de proponer. S. Pablo nos enseña que los santos patriarcas (6) aun no han recibido el premio que les estaba prometido, habiendo querido Dios por un especial favor que nos ha hecho, que el complemento de su felicidad no lo recibiesen sino con nosotros. Luego no han resucitado todavía, ni subido al cielo con sus cuerpos; porque ¿qué les quedaria que desear, si ya gozaran en cuerpo y alma la eterna bienaventuranza? El mismo apóstol hablando de la resurreccion futura, dice que Jesucristo por la suya (7) ha venido á ser las primicias de los que durmieron el sueño de la muerte, y que un dia deben resucitar para siempre.

A mas de esto, si alguno ha debido resucitar y subir al cielo con Jesucristo, es sin duda David, S. Juan Bautista, y los patriarcas y profetas sepultados en la Palestina. Pero sabemos que después de la ascension de nuestro Salvador se ha continuado mostrándonos en ese pais su sepulcro y sus reliquias: luego debe concluirse que no resucitaron para no morir mas; ó á lo ménos que la Palestina no estaba en esa creencia. S. Pedro hablando á los Judíos de Jerusalem, les dice: *Hermanos míos, sicut licito atreperme à decir del patriarca David, que murió, que fué sepultado, y que su sepulcro está entre nosotros hasta el dia de hoy* (8). Querria probar el apóstol que David no habló de si mismo, sino de Je-

[1] Aug. ep. 184. ad Eud. n. 9. [2] D. Thom. 3. parte. quæst. 52. art. 3. [3] In Matth. xxvii. [4] Cornel. à Lapide in Matth. xxvii. [5] Rupert. in Joan. l. vi. Comment. p. 310. [6] Hebr. xi. 33. 48. [7] 1. Cor. xv. 23. [8] Act. ii. 22.

VI.
Razon y en autoridades que se alegan por la negativa. Esta última opinion parece ser la mejor fun dada.

sucristo, cuando dijo el Señor: *No dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción.* Mas qué fuerza habría tenido este razonamiento, si David ya hubiera resucitado, y subido al cielo con Jesucristo en su cuerpo glorioso é inmortal? Los Judíos ciertamente no habrían dejado de responderle que según sus principios la profecía se había cumplido en la persona de David, quien á la verdad ya había muerto y había sido enterrado; pero se había revestido de gloria é inmortalidad para no volver á morir.

Si se nos dice que las reliquias de S. Juan, de Samuel, de Eliseo, y los sepuleros de Abraham, de Isaac y de Jacob que se han mostrado en la Palestina y en otras partes no son pruebas convincentes, porque bien pueden haber quedado los sepuleros vacíos, y ser las reliquias sospechosas; responderemos que los que las han solicitado y mostrado no creían ciertamente que esos santos hubieran subido al cielo con sus cuerpos; y esto solo es un grande argumento contra la opinión, pues tiene en su contra la de los pueblos.

Tertuliano (1) refuta á los que creían que los patriarcas y profetas habían subido al cielo despues de la resurrección del Salvador. Se vale de razones muy débiles para mostrar que en el cielo no hay mas almas que las de los mártires; y añade tener escrita una obra con solo el objeto de probar que todas las almas, excepto la de los mártires, estaban en los infiernos hasta el día del Señor (2). No aprobamos esas razones; pero nos contentamos con citar este autor como un testigo de la opinión de muchos antiguos (3) que han creído que los santos no gozarán de la bienaventuranza, sino despues de la resurrección general, y que lo han afirmado sin hacer excepcion alguna en favor de los que resucitaron con Jesucristo; lo cual es argumento de que no creían que las almas* de los santos hubieran subido entonces al cielo.

S. Juan Crisóstomo (4) expresamente dice que los que resucitaron mientras Jesucristo estaba en la cruz, murieron otra vez. Y en su comentario sobre la epístola á los Hebreos, (5) añade: Digo, siguiendo al Apóstol, que los santos profetas y patriarcas del Antiguo Testamento no han recibido todavía su recompensa, queriendo Dios que no la reciban sino con nosotros. En el número de esos justos pone á Abel, Noé, Abraham, y tambien á S. Pablo; luego estaba muy distante de creer que esos santos estuvieran en el cielo en cuerpo y alma. Casi de la misma manera se expresa Teodoro sobre ese lugar de S. Pablo (6); habla sin excepcion alguna, así como S. Juan Crisóstomo, y dice que todos los santos esperan todavía sus coronas y premios. Teofilacto avanza (7) que no resucitaron mas que para servir de pruebas á la resurrección de Jesucristo. Y esto lo denota, dice, el ver que murieron despues de haberse aparecido á muchos en Jerusalem. Eutimio (8) juzgaba que los santos resucitaron para sostener el tes-

(1) Tertull. lib. de Anima, c. 55. p. 304. (2) *Habeo etiam de Paradiso a nobis, L. Ariani, qui constantinensium synagoga animam opud inferos sequestrari in diem Domini* (3) *Vide in primis Iren. L. v. c. 31. p. 231. non edit. etc.* (4) *Chrysost. hom. 48. in I. Cor. xv. p. 630.* (5) *Idem, hom. 26. in Hebr. xi. p. 1932. 1933.* (6) *Theodoret. in Hebr. xi. p. 452.* (7) *Theophilact. in Matth. xxvii. p. 178.* (8) *idem, in Matth. xxvii.* (9) Así dice literalmente el francés; pero en la Discartion de Calmet, de donde está sacada la citacion francesa, se lee: *Unde facilis conjectura est, ne probasse quidem illos ecclesiasticos de recepto illorum SS. corpore in coelestem beatitudinem.*—T.

timonio de los que aseguraban haber resucitado Jesucristo; pero que en seguida volvieron á morir. Esta es la comun opinion de los Griegos que ordinariamente sacan sus explicaciones de S. Juan Crisóstomo.

S. Ambrosio (1) positivamente afirma que Jesucristo es quien nos mereció la gracia de la resurrección futura; pero hasta hoy es el único que ha resucitado para no volver á morir: *Solus tamen ipse adhuc resurrectione perpetua resurrexit.* En otra parte (2) dice que los que resucitaron con el Salvador, solamente fué para cierto tiempo; pero que esta resurrección pasagera es una prueba de la eterna que esperamos.

Los padres hasta aquí citados no han hablado de esta materia sino de paso; pero San Agustín la trata de propósito en su carta á Evodio (3). En ella recopila las mas de las pruebas que tenemos ya referidas; y despues de haber pesado con madurez lo que por una y otra parte se dice, hace ver bien que no cree que los justos que resucitaron, ya sea ántes de Jesucristo ó con él, ó despues de él (porque sobre ese punto nada decide), hayan resucitado para siempre, y está persuadido que de lo contrario no se podría propiamente aplicar á Jesucristo la cualidad de *primogénito entre los muertos*, y se quitaria toda la fuerza á lo que dice San Pablo (4), que Dios por un efecto de su bondad para con nosotros no ha querido que reciban los santos su perfecta felicidad y su recompensa, sino cuando nosotros la recibamos; y que por último San Pedro no habría podido emplear eficazmente contra los Judíos incrédulos la prueba (5) sacada del sepulcro de David, todavía visible entre ellos, para mostrarles que había experimentado la corrupción y que el texto del Salmo xv no hablaba de él, si ese sepulcro hubiera quedado vacío, y si ese príncipe hubiera resucitado para no volver á morir.

Santo Tomas (6), despues de haber referido las razones en pro y contra de este punto, se declara por los que sostienen que las santos que resucitaron con Jesucristo volvieron á morir; y esta es la opinion que nos parece mejor fundada en la Escritura, en los padres y en la tradición. Las razones que se alegan para defender que los santos subieron al cielo con sus cuerpos resucitados no son incontestables. Bastante manifesto quedaba el triunfo de Jesucristo con la muchedumbre innumerable de almas que sacó del cautiverio en que estaban gimiendo tantos siglos había, y que las hizo entrar en el cielo que hasta entonces había estado cerrado para ellas. Era justo y conveniente que apareciera en ese triunfo de una manera diversa de los otros, y que su cuerpo resucitado y glorioso fuera el primero que entrara en la gloria; esto era suficiente para afirmar nuestra fe, sostener nuestra esperanza y consolar á los santos que esperan como nosotros su futura resurrección.

Los profetas y los patriarcas habiendo resucitado verdaderamente con Jesucristo para solo algun tiempo, eran indubitables testigos de su resurrección, lo que era suficiente para que estuviésemos bien convencidos de ello, y para asegurarnos que nuestro cuerpo mortal un día seria revestido de la inmortalidad. Los santos que tomaron los

(1) *Ambros. in Job. c. 7. ad fin.* (2) *Ambros. in Luc. c. 8. Sic et resurrectio temporaria in passionis Domini celebratur, ut perpetua illa credatur.* (3) *Aug. ep. 164. n. 7. §. 9.* (4) *Hebr. xi. 40.* (5) *Act. ii. 29.* (6) *D. Thom. 3. part. quest. 53. art. 3.*

suyos con el fin de dar testimonio á la resurreccion del Salvador, tambien los dejaron por su orden sin dolor y sin disgusto luego que desempeñaron esta funcion, porque su único placer y alegría era hacer la voluntad del Padre celestial. Dios no hizo ver ni inconstancia ni arrepentimiento permitiendo que muriesen otra vez, porque no los habia resucitado sino con esta condicion: les concedió este honor y esta gracia en toda su plenitud; pero no estaba obligado á concederles otra segunda enteramente diversa de la primera, cual seria llevarlos al cielo con sus cuerpos inmortales.

Los padres que se citan en favor de la opinion que impugnamos, deben distinguirse en tres clases. Los unos se expresan de una manera clara y positiva, pero sin presentar prueba alguna sólida de su decision. Los otros lo hacen de una manera dudosa é incierta; y los terceros no están acordes consigo mismos, pues se les alega por ambas partes. A los primeros oponemos otros padres que se han expresado por la opinion contraria de un modo tambien muy claro y muy expreso con mejores pruebas y razones. No hacemos cuenta de aquellos cuyo testimonio es obscuro y ambiguo, como tampoco de los que no han sido constantes en su juicio, pues podrémos interpretarlos en nuestro favor, asi como nuestros contrarios los alegarán por su parte. Seméjante testimonio segun todas las reglas, es nulo; y cuando están divididos los padres, y los autores eclesiásticos deben pesarse sus razones, y entónces tendrá lugar la eleccion. Mas parece que los textos de la Escritura que alegamos son mucho mas expresos que los que en contra se citan; y en nuestro favor tenemos aquellos padres que son considerados como las tres columnas de la teologia: San Juan Crisóstomo entre los Griegos, San Agustín entre los Latinos, y Santo Tomas entre los escolásticos.

VII.
Conclusion.

No temémos por tanto sostener que los santos que resucitaron despues de la muerte del Salvador volvieron á morir para resucitar un dia á la feliz inmortalidad; que no se sabe ni su número, ni sus cualidades, ni su edad; que no hay duda en haber sido muy real su resurreccion; que sus cuerpos no eran visibles por todos, ni quizá tan perfectamente gloriosos como los que tendrán los santos en el cielo; que ellos eran tales cuales se necesitaba para persuadir á los hombres la resurreccion presente de Jesucristo, y la nuestra futura; y por último que aunque San Mateo refiere (1) la abertura de los sepulcros inmediatamente despues de la muerte del Salvador, es muy verisímil que todo eso no se hizo sino despues de su resurreccion, y de haber salido de los infernos, á donde la fe nos enseña que bajó para libertar á las almas santas que allí estaban esperando su venida.

(1) *Matth. xxvii. 52.*

DISERTACION

SOBRE

LAS ACTAS DE PILATO,

RELATIVAS A LA MUERTE DE JESUCRISTO, REMITIDAS
AL EMPERADOR TIBERIO.

Fue tan grande en el principio del cristianismo la libertad de formar piezas falsas y malos escritos, que no debe extrañarse que muchos desconfin de casi todo lo que no está reconocido por auténtico en la Iglesia, y que se precavan contra los mas de los escritos de ese tiempo. Efectivamente si se exceptuan las Escrituras canónicas, pocos hay que no estén alterados, ó interpolados ó compuestos á voluntad del autor. ¡Cuántos Evangelios falsos, hechos falsos de los apóstoles, falsos Apocalipsis, falsas profecías, y falsas vidas de mártires y santos se han publicado desde el nacimiento de la Iglesia! Los hereges no perdonan ni á los santos Evangelios ni á las verdaderas epístolas de los apóstoles, sino que las corrompen con adiciones perjudiciales ó con omisiones arbitrarias. Es bien sabido lo que ha sucedido en las epístolas de San Ignacio mártir, que con muchísima dificultad se han expurgado de tanto como en ellas se habia interpolado. ¡Cuántas actas de mártires hemos perdido por causa de los corruptores de esos venerables monumentos! Un celo falso, un demasiado candor, una afectacion de dar valor á ciertas opiniones, una maliciosa envidia de sostener los errores, son las fuentes de donde han nacido tantos desórdenes.

Las actas que Pilato remitió á Tiberio y que contienen la relacion de lo que pasó en la muerte y resurreccion de Jesucristo, son el dia de hoy un gran problema entre los sabios. Los mas creen que efectivamente escribió al emperador para instruirlo de lo que habia acaecido entónces; pero no están de acuerdo sobre si esas actas son las mismas que citan los padres, si han llegado hasta nosotros íntegras y auténticas, ó si de tal manera se han perdido ó alterado, que desde los primeros siglos ninguno de los que hablan de ellas las ha visto, al ménos en su integridad.

Es cierto que los gobernadores de provincia ordinariamente escribian á Roma lo mas importante que acaecia en su gobierno. Es una prueba de esto el ejemplo de Plinio, que por escrito dió razon á Trajano (1) de lo que habia ejecutado en la Asia contra los cristianos. Eusebio (2) nota que era uso antiguo en el imperio avisar

I.
Libertad de formar falsas piezas y de alterar las verdaderas. Conviene suscitadas sobre las actas de Pilato.

II.
Testimonio de los antiguos sobre las actas de Pilato. Testi-

(1) *Plin. l. x. ep. 102. Tertull. Apologet. c. 2. — (2) Euseb. l. u. c. 2. Hist. Eccl.*

menio de S.
Justina.

al emperador de todo lo que se hacia nuevo en cada provincia, á fin de que fuese instruido de todo. Tertuliano (1) reconoce, ó al ménos insinúa lo mismo, cuando dice que Tiberio habiendo sabido lo que pasaba en la Palestina, dió parte al senado, y le propuso colocar á Jesucristo en la clase de los dioses; pero que el senado rehusó hacerlo por cuanto ese proyecto no tenia de él su origen, pretendiendo que el derecho de hacer los dioses le pertenecía exclusivamente.

S. Justino Mártir en su segunda Apología (2) cita las siguientes palabras de las actas remitidas de la Palestina por Pilato á Tiberio: *Jesús se fijó en la cruz con clavos en los pies y en las manos; y después de haberlo crucificado, los mismos que lo pusieron en cruz jugaron á los dados sus vestiduras, y entre sí las dividieron.* Hablando á los paganos añade: *Esto es lo que podreis facilmente conocer por las actas que en el tiempo de Poncio Pilato se escribieron.* Dice tambien: *Distintamente han notado las profecías que el Cristo curaría toda clase de enfermedades y que resucitaría á los muertos, y por la lectura de las actas que se escribieron bajo Poncio Pilato podreis convenceros que Jesucristo lo ejecutó (3).* De estos dos pasajes puede inferirse que esas actas estaban muy extendidas, y que contenian un gran pormenor.

Tambien habló de ellas en la historia del martirio de S. Ignacio de Antioquia. Allí se ve que se le escribió al emperador Trajano que Ignacio, apellidado *Porta-Dios*, defendía la religion cristiana y enseñaba á los otros á honrar á Jesucristo como verdadero Dios, sin embargo de haber sido Jesús condenado á muerte por Pilato, y á ser crucificado, *asi como lo dicen las actas.* Mas este periodo no se lee en las actas sinceras y escogidas de los martires publicadas por el R. P. Tierri Rujart, y los sabios creen que se añadió mucho despues.

III.
Testimonio
de Tertuliano.

Tertuliano (4) nos presenta una gran luz para descubrir el contenido de esas actas de Pilato. Porque despues de haber dicho que el Salvador lanzaba los demonios del cuerpo de los poseidos, que daba vista á los ciegos, que sanaba los leprosos, que curaba los paraliticos, que resucitaba los muertos, que mandaba con imperio á los elementos, calmando las tempestades, caminando sobre las aguas, y mostrando de esta manera que era el Verbo omnipotente, creador de todas las cosas; que los principales judios estaban tan poseidos por el brillo de su doctrina, irritados al verlo seguido de un pueblo inmenso; que habian como forzado con sus instancias á Poncio Pilato á que se los entregara para ser crucificado, así como el mismo Jesús y los antiguos profetas mucho tiempo ántes lo habian predicho; que estando crucificado habia ejecutado muchas y muy asombrosas maravillas, efectos de su poder; que rindió su espíritu cuando quiso, sin esperar el ministerio del verdugo; que en aquel mismo instante el día se convirtió en noche, sin embargo de estar el sol en la mitad de su carrera; que entónces los Judios lo quitaron de la Cruz, lo encerraron en un sepulcro, y confiaron

(1) Tertull. Apol. c. 5. Euseb. L. ii. c. 2. (2) Justin. Apol. 2. pro Christianis. p. 76.
(3) *Ibid.* p. 84. (4) Tertull. Apol. c. 21.

so custodia á una tropa de soldados, á fin de que, teniendo predicho que resucitaria al tercero día, no robasen el cuerpo sus discípulos, é hiciesen creer al pueblo que habia resucitado; mas que al tercero día, repentinamente tembló la tierra, se quitó la piedra que cerraba el sepulcro, los soldados espantados huyeron; que ninguno de sus discípulos pareció, y sin embargo no se encontró en el sepulcro mas que los despojos y sudarios de un muerto; que los principales judios hicieron correr la voz de que sus discípulos se habian llevado su cuerpo; que Jesús permaneció por cuarenta días en Galilea, que es un canton de la Palestina, enseñando á los suyos lo que debian enseñar á los demas; finalmente que despues de haberles dado sus órdenes para que predicaran por todo el mundo, se subió al cielo cubierto de una nube; Tertuliano, digo, despues de haber hecho toda esta relacion, concluye: Pilato ya en alguna manera cristiano en su conciencia, escribió todas estas cosas á Tiberio: *Ea omnia super Christo Pilatus et ipse jam pro sua conscientia christianus, Caesari, tum Tiberio nuntiavit.* Y desde entónces los emperadores habran creído en Jesucristo, si no fueran necesarios al mundo, ó si los Césares pudieran ser cristianos: *Sed et Caesares creditissent super Christo, si aut Caesares non essent seculo necessarii, aut si et christiani potuissent esse Caesares.* Por este pasaje de Tertuliano se ve que la carta de Pilato á Tiberio era como un compendio del Evangelio; y que este gobernador describe la vida de Jesucristo desde el principio de su predicacion hasta su ascension al cielo. En lo que sigue manifestaremos las consecuencias de todo eso; Ahora solamente notamos que no es extraño que Tertuliano haya avanzado que Pilato, cuando hizo esa relacion á Tiberio era ya cristiano en su conciencia, porque efectivamente uno que lo fuese no habria escrito con mas puntualidad, con mas ventaja, ni mas detalladamente; y Tiberio habiendo recibido semejantes noticias, podia muy bien proponer al senado que Jesús fuera puesto en el rango de los dioses, pues que estando á la relacion de Pilato, ciertamente era en todo sentido infinitamente superior á todos los dioses del paganismo.

Eusebio de Cesarea que habia leído el Apologético de Tertuliano, habla en dos partes de esa carta de Pilato á Tiberio, y dice (1) en su Crónica bajo los consulados del año 37 de Jesucristo, que habiendo escrito Pilato á Tiberio lo perteneciente á nuestro Salvador y á la doctrina de los Cristianos, este propuso al senado que se recibiera la fe cristiana, pero no accedió á esta propuesta. Tambien se lee en la version que hizo S. Gerónimo de esta Crónica, que el senado publicó una orden para echar de la ciudad de Roma á los Cristianos; pero que Tiberio expidió un edicto contrario en el que declaraba res de muerte al que acusara á alguno de ellos: *Verum cum ex consulto patrum Christiano eliminari urbe placuisset, Tiberius per edictum accusatoribus christianorum convinatus est mortem.*

El mismo Eusebio en su historia eclesiástica (2) dice „que habiéndose hecho célebre en muchas partes la resurreccion milagrosa y la ascension de Jesucristo, siendo una antigua costumbre que los

IV.
Testimonio
de Eusebio
de Cesarea.

(1) Euseb. Chron. p. 182. edit. Scalig.—(2) Euseb. Hist. eccl. L. ii. c. 2.
TOM. XIX. 53

gobernadores de provincia dieran aviso al emperador de cuanto nuevo acaecia en su gobierno, á fin de que estuviese instruido de todo. Ponce Pilato escribió á Tiberio la resurreccion del Salvador sabida de todos en la Palestina. Tambien le participa haber sabido, que Jesucristo habia hecho muchos milagros, y que despues de su resurreccion muchos le conocian por un Dios. Sabeedor de esto Tiberio, habló al senado, y propuso que Jesucristo fuera colocado en la clase de los dioses. El senado se opuso, alegando que habia una ley antigua que prohibia que alguno se recibiera en esta clase, ó no ser por un decreto suyo; pero el motivo verdadero de su recusacion, es que siendo la religion cristiana totalmente divina, no debia ser establecida por la autoridad de los hombres. Desechada pues por el senado esta proposicion, el emperador continuó promoviendo su idea, y no emprendió cosa alguna contra la doctrina de Jesucristo. Despues de esto cita Eusebio el pasaje del Apologético de Tertuliano que ya referimos arriba, y que entonces estaba traducido al griego.

V.
Testimonio
de S. Epi-
fanio y del au-
tor de una
memoria atri-
buida á S. Cri-
stostomo.

S. Epifanio (1) hablando de la heregia de ciertos cuartodecimanos, que querian que la Pascua en cualquier dia de la luna que cayera, siempre se celebrara precisamente el en que habia sido el 14 de la luna del año en que murió Jesucristo; S. Epifanio, digo, asegura que esos hereges principalmente se fundaban en las actas de Pilato, en las que se leia que el Salvador habia muerto el dia octavo de las calendas de abril, que es el 25 de marzo. Por tanto celebraban todos los años la Pascua el 25 de dicho sin atender al curso de la luna. Habitaban principalmente en la Capadocia, y en un mismo dia celebraban todos la Pascua. Pero añade S. Epifanio que hay diversos ejemplares de esas actas; porque hemos visto algunos que dicen el 15 de las calendas de abril, en lugar del octavo, y sabemos ciertamente que el verdadero dia de la pasion del Salvador es el 15 (2), aunque no faltan quienes por un error grosero la hagan retroceder al 10 (3). S. Epifanio no pone diferencia alguna entre esas actas, si no es en la data de la pasion del Salvador, lo que hace juzgar que en todo lo demas los ejemplares que reconocia como auténticos, eran los mismos que los que usaban los cuartodecimanos, que comunmente eran tenidos por verdaderos.

El autor del sermón y de la homilia séptima sobre la Pascua, impresa bajo el nombre de S. Juan Crisóstomo (4), y compuesta en 672, dice tambien no haber duda sobre el dia de la muerte de nuestro Señor, pues se lee en las actas á memorias compuestas bajo Tiberio, que murió el octavo de las calendas de abril, es decir, el 25 de marzo. La misma data se ve al fin del Evangelio de Nicodémos, del que hablaremos despues, y que algunos han tenido por actas de Pilato.

La carta de este á Tiberio, impresa en el martirologio de Florentino, está datada el dia cuarto ántes de las nonas de abril, es decir, el dia 2 del mismo. La que se encuentra en Hegesipo, publicada por Sixto Senense, está sin data, así como la que se imprimió en las apócrifas del Nuevo Testamento de Mr. Fabricio. Pero los cómputos astronómicos muy exactos asignan la muerte de Jesucristo el dia tres de abril del año 33 de la era vulgar. De ahí se sigue que ni las actas de

(1) Epiphani. hæres. 50. n. 1.—(2) Es decir, el 20 de marzo.—(3) Es decir, el 22 de marzo.—(4) Chrys. serm. quæ sunt, tom. 5. p. 942. edit. Sossil.

Pilato citadas por S. Epifanio, ni las otras que hemos conocido, y en las que se ha fijado el dia de la muerte del Salvador, son verdaderas.

Pablo Orosio, discípulo de S. Agustin (1), refiere que Pilato, gobernador de la Palestina, escribió al emperador Tiberio y al senado, noticiándoles la pasion, la resurreccion de Jesucristo, y los milagros que le habian seguido, así los que él mismo habia hecho, como los que hacian diariamente en su nombre sus discípulos, y otras muchísimas personas que abrazaban su religion, y lo tenían por un Dios. Tiberio entonces declaró al senado haber resuelto que se le pusiera en la clase de los dioses; mas indignado este de que Tiberio no le hiciera el honor de esperar su decreto para reconocer la divinidad de Jesucristo, se opuso á ello, y expidió una orden para exterminar á todos los Cristianos que estaban en Roma; Seyano principalmente, que tenía una grandísima autoridad bajo Tiberio, se declaró fuertemente contra esta nueva religion; pero el emperador publicó un edicto en que amenazaba con la muerte á los que acusaran á los Cristianos. Hemos referido con tanta extension este pasaje por mostrar el progreso que adquieren las opiniones á proporcion que van alejándose de su origen; pues Orosio ya añade algunas circunstancias á la relacion de Tertuliano, de quien es claro haber tomado lo que cuenta: lo que dice de Seyano, por ejemplo, es enteramente suyo; pero el decreto del senado que desterraba de Roma á todos los Cristianos, lo tenemos ya visto en la version latina que S. Gerónimo hizo de la Cronica de Eusebio.

S. Gregorio de Tours (2) dice que despues de la muerte del Salvador, habiéndose apoderado los Judios de José de Arimatea, y encerrádolo en una celdilla, los principales sacerdotes se encomendaron de custodiarlo por sí mismos, usando con él de un rigor mayor que el que habian usado con Jesucristo, cuyo sepulcro confiaron á los soldados, segun consta de las actas de Pilato remitidas al emperador Tiberio. Luego pues que Jesucristo resucitó, los centinelas que estaban en su sepulcro espantados con la aparicion de los ángeles, huyeron; y en la misma noche, las paredes del aposento en que estaba encerrado José de Arimatea, fueron levantadas de la tierra por ministerio de un ángel, de manera que José pudo salvarse; despues de lo cual el ángel restituyó las paredes á su primer estado. Los principales de los sacerdotes reprendian la negligencia de los soldados que habian guardado el cuerpo de Jesus, y queriendo obligarlos á que lo repusieran, ellos les respondieron: Entregad vosotros á José, y nosotros entregaremos á Jesus.

Todas estas mismas circunstancias se leen hoy en el falso evangelio de Nicodémos, de donde San Gregorio de Tours pudo haberlas tomado, ó de algun otro libro apócrifo. Porque ese falso evangelio á ninguna cosa se parece ménos que á la carta que Pilato remitió á Tiberio: es una obra muy extensa, mal escrita, mal concebida, en un latin arrastrado y bárbaro, lleno de levedades y de puerilidades, y sobre todo no conocido sino muy tarde. Algunos (3) quisieron atribuirlo al mismo San Gregorio de Tours fundados á lo que aparece

(1) Paul. Orosius, l. vi. hist. c. 4.—(2) Greg. Turon. Hist. Franc. l. i. c. 10. p. 18. edit. Raimart.—(3) Vide, si tabel, D. Theodorici, Raimart. Prefat. in Gregor. Turon. n. 76.

VI.
Testimo-
nio de Paul.
Orosio.

VII.
Testimonio
de S. Grego-
rio Turonen-
se.

sobre estas palabras del libro 1 de la *Historia de los Franceses* cap. 23: *Pilatus autem gesta ad Tiberium Caesarem mitti, et ei tam de virtutibus Christi, quam de Passione vel resurrectione ejus, insinuat. Quae gesta apud nos hodie retinentur scripta.* Mas eso no prueba que él haya sido el autor, ni los antiguos hacen mención de él: aprecio impreso por la primera vez entre los Ortodoxógrafos de Basilea en 1555. M. Fabricio (1) que recogió con gran cuidado todos aquellos de que hee mención, no cita autor griego alguno anterior al del *Synaxario* de los Griegos, el cual no habla mas que de un oficio, ni tampoco cita algún latino mas antiguo que Grieco en su prefacio sobre los Ortodoxógrafos.

VIII.
Carta de Pilato á Tiberio según el falso Hegesipo.

El falso Hegesipo (2), escritor del cuarto ó quinto siglo, es el primero que nos ha dado una carta entera de Pilato á Tiberio. Dice pues, que Pilato no es ménos culpable por haber publicado á su pesar la resurrección del Salvador, pues él no quiso creer sin embargo de conocerla, según parece por su carta escrita al emperador en estos términos: Poncio Pilato á Claudio, salud. Hace poco que acaeció una cosa de que puedo ser testigo, y que será la causa de la última desgracia que los Judios y sus descendientes por su envidia se hayan atraído; porque Dios habiendo prometido á sus padres enviarles del cielo su Santo para que fuese el verdadero rey que debía nacer de una virgen, y á poder sobre la tierra, el Dios de los Hebreos lo ha hecho manifestarse en la Judea cuando yo gobernaba; y los principales Judios habiendo visto los milagros que hacia dando vista á los ciegos, sanando los leprosos, lanzando los demonios, curando los paralíticos, resucitando los muertos, haciéndose obedecer de los vientos, caminando sobre las aguas del mar, y ejecutando otros muchos prodigios; los principales de esta nacion, repiuto, concibieron contra él tal envidia, que lo arrestaron y me lo entregaron; y forjando contra él diferentes acusaciones, han querido hacerlo pasar por un mago y por un transgresor de la ley. Yo, deseándole persuadir por sus discursos, lo hice azotar, y se los entregué para que ejecutaran en él lo que quisieran. Lo crucificaron, y pusieron guardias en su sepulcro. Pero entre tanto que mis soldados lo custodiaban, resucitó al tercero dia. La malicia de los Judios creció hasta el grado de corromper á los soldados, para hacerlos decir que mientras ellos dormian, los discipulos de Jesús se lo robaron. Mas los centinelas habiendo recibido el dinero, no pudieron callarse. Declararon haberlo visto resucitar, y haber recibido dinero de los Judios. Así termina la carta referida por Hegesipo. Sixto de Sena (3) que tambien la refiere con algunas variaciones de leccion poco considerables, añade lo que sigue como si fuera todavía de la carta: *Os escribí estas cosas para que nadie crea las boberías y mentiras de los Judios, si ellos intentaren decir otra cosa. A Dios.* En Hegesipo eso hace parte de la relacion, y esta palabra *A Dios* no se lee allí.

(1) *Fabricius Ameryn. nov. Test. p. 223. et seq.*—(2) *Hegesipp. de exilio rebis Jerusalem. Anaphanica. t. 5. Bld. P. 2. p. 1311.*—(3) *Sixt. Senens. Biblioth. sanct. t. 1. p. 109.* Véase tambien la misma carta en una obra supuesta que lleva el nombre de un Marcelo, pretendido discipulo de S. Pedro, y las notas de M. Fabricio sobre esta carta. *Apocryph. N. T. 293.*

Por poco conocimiento que se tenga del gusto de la antigüedad, se conocerá desde luego que de ninguna manera es auténtica esta pieza. Ni la colocacion de las palabras, ni el estilo, ni los modos de decir, son propios de una carta escrita por un gobernador á un emperador. El latin es bárbaro en Hegesipo; y aunque el ejemplar del Vaticano, del cual dice Sixto Senense haber sacado su copia, sea un poco mas puro y ménos bárbaro, siempre queda muy lejos de la pureza, elegancia y fuerza con que los grandes personajes escribian en tiempo de Tiberio. Ademas de eso ¡qué quiso decir con estos palabras: *Poncio Pilato á Claudio, salud!* Entiende que Pilato haya escrito á Claudio, sucesor de Caligula! El ejemplar de Sixto Senense dice: *Pontius Pilatus Claud. Tiberio imperatori Neroni, S.*

He aquí otra carta publicada por Florentino (1) en la que se halla mejor gusto, y que presenta mas el estilo de la antigüedad. "Pilato á Tiberio César, salud. Jesucristo de quien os hablé en mis últimas cartas, fué por fin condenado á muerte á instancias de los Judios, pero á pesar mio y sin mi consentimiento: nunca se ha visto ciertamente, ni se verá jamas, hombre de una piedad y de una integridad como la saya. Pero habiéndose reunido para darle muerte el pueblo con todos los escribas y sus ancianos, crucificaron por fin á ese predicador, así como sus profetas y nuestras sibilas lo habian predicho. Mientras estaba en la cruz se vieron muchos prodigios, que á juicio de los filósofos amenazaban al universo de una proxima ruina. Los discipulos de este hombre aun viven, y no solamente no desmienten la santidad de su maestro por su conducta y buena vida, sino que por el contrario puede decirse que le hacen honor. Si yo no hubiera temido una sublevacion del pueblo, quizá existiria todavía este hombre bueno. Y aunque no opuse á sus acusadores toda la resistencia que podia para defenderlo, sin embargo, no se los entregué sino á pesar mio; y el temor de ofender á tu malicia de los hombres, Es verdad que este hombre justo á la malicia de los hombres, pero según las Escrituras debia morir por nuestra salud. Dios te guarde. El 4.º de las nonas de abril." (Es decir el dia 2 de abril).

Muchos rasgos de esta carta descubren su falsedad. 1.º Ella supone haber escrito Pilato otras á Tiberio relativas á Jesucristo: circunstancia de que ningún antiguo hace mención, y no habrian dejado de hacerlo si tal cosa hubiera en las actas que citan. Lo 2.º Habla del Salvador como lo habria hecho un cristiano, llamándolo Jesucristo. Lo 3.º Nada dice de los sacerdotes, sino solamente de los escribas y ancianos como autores de su muerte, no obstante de tener los sacerdotes la principal parte. Lo 4.º Dice que las sibilas predijeron la pasion del Salvador, y esto es falso. Nadie citó á las sibilas sobre este asunto sino mucho tiempo despues de Pilato, y despues que bajo sus nombres se compusieron versos cuya falsedad está descubierta el dia de hoy. Lo 5.º La excusa que alega Pilato de haber entregado á Jesucristo á los Judios por no ofender la dignidad del emperador, y porque en sus Escrituras se

IX.
Carta de Pilato á Tiberio, no publicada por Florentino.

(1) *Florentin. Martyr. ret. p. 112.*

leía que debía morir por la salud del pueblo judío, es frívola y ridícula. Es verdad que los Judíos acusaban á Jesus de llamarse rey; de ser un sedicioso y de oponerse al César; si esto se hubiera probado bien, no necesitaba excusarse de haberlo hecho morir; y si era falso ¿en que podría quedar ofendida la dignidad del emperador? También decían debía morir segun su ley: *Secundum legem debet mori* (1); pero tambien asignan la razon, *Quia Filium Dei se fecit*: acusacion que no profundizó Pilato, y que segun parece, no le hizo mayor impresion.

X.
Otras cartas de Pilato á Tiberio citadas por los bolandistas y por M. Coteler.

XI.
Carta de Pilato á Tiberio publicada por M. Fabricia.

Los bolandistas (2) refieren una historia de nuestro Señor, remitida, se dice, por Pilato á Tiberio, y encontrada en Jerusalem en un registro del tiempo de Teodoro; pero todos creen ser supuesta. M. Coteler (3) cita tambien otra relacion griega de Pilato á Tiberio sobre lo que sucedió en la muerte de Jesucristo y despues de ella; pero esta pieza es tan miserable á juicio de este hombre sabio, que no merece que nadie se tome el trabajo de leerla.

Otra carta nos ha dado M. Fabricio (4) sacada de la biblioteca de M. Colbert n.º 2493, cuyo compendio es este: *Relacion de Pilato gobernador, sobre nuestro Señor Jesucristo, remitida al emperador que estaba en Roma. Al muy poderoso, muy augusto é invencible emperador Tiberio, Pilato, prefecto de Oriente. Debo hacerle saber, muy poderoso emperador, lo que acaba de suceder aqui, y lo hago lleno de temor y espanto previendo los resultados que esto traerá.* Entra despues de esto en materia, y dice que Herodes, Arquelo, Filipo, Anas, Caias y todo el pueblo judío, le entregaron un hombre llamado Jesus, acusado de muchos delitos, pero que de ninguno estaba convencido; por el contrario hizo una ininidad de milagros, cuyo pormenor le cuenta, refiriendo entre otros el de la resurreccion de Lázaro, el de la curacion de la muger que padecía flujo de sangre con solo tocar la franja de la capa de Jesucristo. Dice á continuacion que se vió forzado á entregar este hombre santo á los Judíos para que lo crucificaran, aunque lo conocia inocente; que en su muerte se vieron infinitos prodigios nuevos; que abriéndose la tierra, resucitaron Abraham, Isaac, Jacob, los doce patriarcas, Moises y Juan, y se aparecieron á muchos el primer día de la semana (que es el domingo). Por la noche se oyó, dice, un ruido muy grande en el aire, se iluminó el cielo con una luz siete veces mayor que la ordinaria; á la tercera hora de la noche salió el sol, y se vieron muchos ángeles que clamaban: *Jesus crucificado resucitó.* Duró esta luz toda la noche, se abrió la tierra hasta el fondo del abismo, resucitaron los muertos, y delante de ellos vinieron los ángeles; esa abertura del abismo se absorbió muchos judíos; todas las sinagogas de Jerusalem fueron arruinadas, y los soldados que custodiaban el sepulcro de Jesus se espantaron de manera al ver los ángeles, que huyeron como fuera de sí. *He aqui lo que he sabido hasta la presente tocante al judío Jesus; y me ha parecido oportuno participarlo á tu magestad, y remitirlo, señor, á tu divinidad.* Añade el autor que habiendo llegado esta carta á Roma,

(1) Joan. xix. 7.—(2) Bolland. 4. februar. p. 450.—(3) Coteler. ex Codice Regio. n.º 2493.—(4) Joan. Alberti. Fabric. in addenda Apocryph. n.º 1. p. 974. et seqq.

excitó tanta indignacion contra la injusticia de Pilato, que Tiberio al instante envió soldados para que se lo trajesen cargado de cadenas.

Es inútil hacer una larga discusion de todas las notas de falsedad que se hallan en esta carta, porque ellas saltan á los ojos de los ménos ilustrados. El autor exagera neciamente los milagros del Salvador, mezcla nuevas circunstancias que no conoce el Evangelio, agrega prodigios y multiplica cuanto le es posible las maravillas: lincha ridículamente su estilo, y se empeña en realzar cosas que son infinitamente superiores á sus expresiones. Habla al emperador de una manera desacomodada en tiempo de Tiberio, dándole los titulos de *magestad* y de *divinidad*, y llamándolo *muy alto, muy poderoso, muy augusto é invencible*: finalmente, á Pilato le da una cualidad que no le pertenecía, nombrándolo *prefecto de Oriente*.

Restanos solamente hablar de las actas de Pilato que en otro tiempo formaron los paganos. Eusebio (1) refiere que el emperador Maximino en el siglo cuarto hizo publicar ciertas actas tocantes á Jesucristo, compuestas bajo el nombre de Pilato. Este escrito está lleno de impiedad y de blasfemias contra el Salvador, y el emperador Maximino lo remitió á todas las provincias de su imperio, con órden á los magistrados de que lo publicasen así en el campo como en las ciudades, encargando á los maestros de las escuelas que lo hiciesen aprender á sus discípulos de memoria y lo cantasen; de suerte que los niños no tenían otra cosa diariamente en la boca en sus escuelas (2), sino Jesus, Pilato, y esas malignas actas compuestas para deshonar al cristianismo. Mas esa obra indigna se forjó con tan poca precaucion, que en ella se dice haber escrito Pilato á Tiberio en el cuarto consulado de este emperador (3), que viene á ser el año séptimo de su imperio; en lo cual se echa de ver al instante la mentira, pues el historiador Josefó (4) asegura que Pilato no fué enviado á la Palestina hasta el año duodécimo de Tiberio.

Para concluir esta Disertacion juzgo que puede decirse, lo 1.º que es muy creíble que Pilato remitiera á Tiberio la relacion de lo acaecido en la muerte y resurreccion del Salvador, pues era costumbre de los gobernadores de provincia hacerlo así; y este hecho está testificado por autores tan antiguos como acreditados, cuales son S. Justino Mártir, Tertuliano y Eusebio de Cesarea.

2.º Parece indubitable que de cuantos autores hemos citado hasta aqui sobre esto, solo los dos primeros, y tal vez Eusebio de Cesarea son originales; todos los demas no han hablado sino despues de ellos, ni han hecho mas que copiarlos ó compendiarlos. Dije tal vez Eusebio de Cesarea, porque no refiere ese hecho sino bajo el testimonio de Tertuliano á quien cita. Y lo que deba repararse es que no refiere las actas de Pilato siendo importantísimas en una historia como la suya, en la que no omite pieza alguna de esta naturaleza; lo cual me hace conjeturar, que ó no existian entónces, ó que Eusebio ninguna de ellas estimaba verdadera y auténtica.

(1) Euseb. Hist. eccl. l. ix. c. 5. p. 350.—(2) Euseb. Hist. eccl. l. ix. c. 7. p. 363.—(3) Idem. l. i. c. 3. p. 27.—(4) Joseph. Antiq. l. xviii. c. 2.

XII.
Actas falsas de Pilato formadas por los paganos.

XIII.
Conclusion. Juicio que puede hacerse de todos esos testimonios y piezas.

Lo 3.º Es cierto que de todas las actas de Pilato que el día de hoy tenemos ninguna hay autografía: las que refiere Hegesipo, el falso Marcelo, Martín de Polonia (1), Ibo Carnotense (2), Sixto Senense y otros muchos modernos, todas son unas mismas en sustancia, y por otra parte claramente supuestas. Las de los cuartodecimanos que refiere S. Epifanio son muy dudosas, cuando ménos por la data que como se ha visto no era uniforme en los ejemplares. Como S. Epifanio no las refiere, no podemos formar un juicio positivo y cierto. Las actas de Florentino quedan ya refutadas ántes. El falso evangelio de Nicodemo no merece atención alguna, como ni las relaciones que cita, ya sean las de los bolandistas ó las de M. Cotelier, ó las de M. Fabricio.

4.º Si algunas de esas actas son dignas de consideración, lo son principalmente aquellas de las que Tertuliano refiere un gran fragmento. Pero allí noto muchas cosas que me hacen dudar de su autografía, ó á lo ménos de que sean originales. Por todas partes encuentro el estilo y el carácter de Tertuliano, sus expresiones duras y africanas; por ejemplo: *Cum ille verbo duemonia de hominibus excenteret, cacos reituminaret... paralyticos restringeret... Elementa ipsa famularet, compescens, procellas, et freta, ingrediens... Parum hoc si non et prophetas retro etiam. Tamen sufficiens multa mortis illius propria ostendit insignia... Nihilominus tamen primores quorum intererat et scelus divulgare, et populum vegetalem et popularem sibi ad fidem revocare, &c.* El que esté un poco versado en la lectura de Tertuliano, reconocerá fácilmente que esas expresiones son suyas, sin hablar de las adiciones que puso en su relación, que no pueden ser de Pilato; por ejemplo lo que dice del Verbo: *Ostendens sese Verbum Dei, id est logon, illud primordiale primogenitum, virtute et ratione comitatum, et spiritu instructum, eundem qui verbo omnia et feceret et fecisset.* Las actas de Pilato citadas por Tertuliano, traen á la memoria toda la vida y principales milagros de Jesucristo; y esto es muy difícil que Pilato hubiera intentado hacerlo, aun cuando hubiera podido, porque hubiera sido para su confusión y condenación. Sin embargo, por extensas que sean las actas no encuentro en ellas la circunstancia ponderada por S. Justino Mártir de las vestiduras del Salvador sorteadas ó jugadas á los dados. A mas de eso las de Tertuliano no fueron remitidas sino despues de la ascension del Salvador, ó tambien despues de Pentecostes; y no sé si Pilato esperara tanto tiempo para informar á Tiberio de ese suceso; ni si podria saber entónces todas las cosas que cuenta, y describirlas tan menudamente, siendo pagano y extranjero.

Lo 5.º Es muy verisímil que la carta de Pilato á Tiberio haya sido demasiado alterada, y que los primeros á quienes se les comunicó por medio de algunos domésticos del emperador, hicieran en ella las mutaciones que creyeron favorables á la religion cristiana; esas alteraciones fueron causa de que esta pieza perdiera despues todo su crédito, y que insensiblemente la despreciaran y olvidaran tanto, que en el tiempo de Eusebio ninguna habia que se tuviera por

(1) Martin. Polon. Chron. l. iv. p. 118.—(2) Ivo Carnot. in excerptis Chronol.

cierta y auténtica, ni que fuera digna de trasladarse á la posteridad. Desde ese tiempo cualquiera aventurero podrá haber compuesto la que nosotros tenemos, tal vez con el fin de oponerla á las falsas actas de Pilato publicadas por orden de Maximiano.

Si se quieren consultar los autores que han tratado de esta materia, pueden verse á mas de Baronio á M. de Tillemont (1) y á los otros historiadores eclesiásticos, á M. Basnage en sus Ejercitaciones contra Baronio, á Antonio Vandelio, en una Disertacion particular sobre este asunto, impresa al fin de su segunda edicion del tratado de los Oráculos, pieza que no he podido ver y me habria ilustrado mucho, á M. Tannegru Lefevre, lib. II. ep. 12. á Casaubon, Exercit. 16. núm. 154 contra Baronio á Ouveiro, lib. II. de Theol. cap. iv., á Isaac Vossio cap. xi. de Sibyllinis oraculis, á le Moine, Varia sacra, pag. 146; á M. Fabricio, Not. in Acta Pilati pag. 214. et seq. et 972. Cod. Apocryph. Nov. Test.

(1) Tillemont, nota sobre San Pedro, XII. p. 515.

DISERTACION

SOBRE

LA MUERTE DE SAN JUAN EVANGELISTA.

LA muerte de S. Juan Evangelista siempre ha sido problemática en la Iglesia. Desde los primeros siglos del cristianismo hasta el día de hoy pueden presentarse autores que la hayan negado y otros que la hayan asegurado. Se leen diversas opiniones de los escritores de las Iglesias griega y latina. En el siglo decimoquinto George de Trebizonda (1), dedicó al papa un pequeño tratado, en el que pretende manifestarle que no ha muerto S. Juan, sino que vendrá al fin de los siglos á combatir al Anticristo. Este autor es muy superficial, y pocas son las autoridades de que se vale para apoyar su opinion. Beaurion lo atacó, y le costó muy poco el refutarlo. El cardenal Baronio en sus notas sobre el martirologio romano, habla de ese escrito con indiferencia sin nombrar al autor.

Jacobo le Fevre de Etaples (2) en el principio del siglo decimosexto remueva la opinion de George de Trebizonda, y pretende que habria hecho mejor S. Gerónimo en decir que S. Juan Evangelista ha sido trasportado á otra vida, que en afirmar que murió, pues esto no es cierto, y jamas se ha encontrado su sepulcro á donde descendió lleno de santidad y alegría como un hombre que caminaba á la inmortalidad. Creia que habia sido trasportado aun en vida fuera del mundo, como Henoc y Elias, para

(1) Georg. Trepezunt. opusculo quod Joan. evang. nonnulli sibi mortuos. Basil. 31. 45. Ita et pseudo-Hippolytus, et Dorotheus.—(2) Pat. Steyval. Dissert. de una et trib. Meris. fol. 62.

Lo 3.º Es cierto que de todas las actas de Pilato que el día de hoy tenemos ninguna hay autografía: las que refiere Hegesipo, el falso Marcelo, Martín de Polonia (1), Ibo Carnotense (2), Sixto Senense y otros muchos modernos, todas son unas mismas en sustancia, y por otra parte claramente supuestas. Las de los cuartodecimanos que refiere S. Epifanio son muy dudosas, cuando ménos por la data que como se ha visto no era uniforme en los ejemplares. Como S. Epifanio no las refiere, no podemos formar un juicio positivo y cierto. Las actas de Florentino quedan ya refutadas ántes. El falso evangelio de Nicodemo no merece atención alguna, como ni las relaciones que cita, ya sean las de los bolandistas ó las de M. Cotelier, ó las de M. Fabricio.

4.º Si algunas de esas actas son dignas de consideración, lo son principalmente aquellas de las que Tertuliano refiere un gran fragmento. Pero allí noto muchas cosas que me hacen dudar de su autografía, ó á lo ménos de que sean originales. Por todas partes encuentro el estilo y el carácter de Tertuliano, sus expresiones duras y africanas; por ejemplo: *Cum ille verbo duemonia de hominibus excenteret, cacos reituminaret... paralyticos restringeret... Elementa ipsa famularet, compescens, procellas, et freta, ingrediens... Parum hoc si non et prophetas retro etiam. Tamen sufficiens multa mortis illius propria ostendit insignia... Nihilominus tamen primores quorum intererat et scelus divulgare, et populum vegetalem et popularem sibi ad fidem revocare, &c.* El que esté un poco versado en la lectura de Tertuliano, reconocerá fácilmente que esas expresiones son suyas, sin hablar de las adiciones que puso en su relación, que no pueden ser de Pilato; por ejemplo lo que dice del Verbo: *Ostendens sese Verbum Dei, id est logon, illud primordiale primogenitum, virtute et ratione comitatum, et spiritu instructum, eundem qui verbo omnia et feceret et fecisset.* Las actas de Pilato citadas por Tertuliano, traen á la memoria toda la vida y principales milagros de Jesucristo; y esto es muy difícil que Pilato hubiera intentado hacerlo, aun cuando hubiera podido, porque hubiera sido para su confusión y condenación. Sin embargo, por extensas que sean las actas no encuentro en ellas la circunstancia ponderada por S. Justino Mártir de las vestiduras del Salvador sorteadas ó jugadas á los dados. A mas de eso las de Tertuliano no fueron remitidas sino despues de la ascension del Salvador, ó tambien despues de Pentecostes; y no sé si Pilato esperara tanto tiempo para informar á Tiberio de ese suceso; ni si podria saber entónces todas las cosas que cuenta, y describirlas tan menudamente, siendo pagano y extranjero.

Lo 5.º Es muy verisímil que la carta de Pilato á Tiberio haya sido demasiado alterada, y que los primeros á quienes se les comunicó por medio de algunos domésticos del emperador, hicieran en ella las mutaciones que creyeron favorables á la religion cristiana; esas alteraciones fueron causa de que esta pieza perdiera despues todo su crédito, y que insensiblemente la despreciaran y olvidaran tanto, que en el tiempo de Eusebio ninguna habia que se tuviera por

(1) Martin. Polon. Chron. l. iv. p. 118.—(2) Ivo Carnot. in excerptis Chronol.

cierta y auténtica, ni que fuera digna de trasladarse á la posteridad. Desde ese tiempo cualquiera aventurero podrá haber compuesto la que nosotros tenemos, tal vez con el fin de oponerla á las falsas actas de Pilato publicadas por orden de Maximiano.

Si se quieren consultar los autores que han tratado de esta materia, pueden verse á mas de Baronio á M. de Tillemont (1) y á los otros historiadores eclesiásticos, á M. Basnage en sus Ejercitaciones contra Baronio, á Antonio Vandelio, en una Disertacion particular sobre este asunto, impresa al fin de su segunda edicion del tratado de los Oráculos, pieza que no he podido ver y me habria ilustrado mucho, á M. Tannegru Lefevre, lib. II. ep. 12. á Casaubon, Exercit. 16. núm. 154 contra Baronio á Ouveiro, lib. II. de Theol. cap. iv., á Isaac Vossio cap. xi. de Sibyllinis oraculis, á le Moine, Varia sacra, pag. 146; á M. Fabricio, Not. in Acta Pilati pag. 214. et seq. et 972. Cod. Apocryph. Nov. Test.

(1) Tillemont, nota sobre San Pedro, XII. p. 515.

DISERTACION

SOBRE

LA MUERTE DE SAN JUAN EVANGELISTA.

LA muerte de S. Juan Evangelista siempre ha sido problemática en la Iglesia. Desde los primeros siglos del cristianismo hasta el día de hoy pueden presentarse autores que la hayan negado y otros que la hayan asegurado. Se leen diversas opiniones de los escritores de las Iglesias griega y latina. En el siglo decimoquinto George de Trebizonda (1), dedicó al papa un pequeño tratado, en el que pretende manifestarle que no ha muerto S. Juan, sino que vendrá al fin de los siglos á combatir al Anticristo. Este autor es muy superficial, y pocas son las autoridades de que se vale para apoyar su opinion. Beaurion lo atacó, y le costó muy poco el refutarlo. El cardenal Baronio en sus notas sobre el martirologio romano, habla de ese escrito con indiferencia sin nombrar al autor.

Jacobo le Fevre de Etaples (2) en el principio del siglo decimosexto remueva la opinion de George de Trebizonda, y pretende que habria hecho mejor S. Gerónimo en decir que S. Juan Evangelista ha sido trasportado á otra vida, que en afirmar que murió, pues esto no es cierto, y jamas se ha encontrado su sepulcro á donde descendió lleno de santidad y alegría como un hombre que caminaba á la inmortalidad. Creia que habia sido trasportado aun en vida fuera del mundo, como Henoc y Elias, para

(1) Georg. Trepezunt. opusculo quod Joan. evang. nonnulli sibi mortuos. Basil. 31. 45. Ita et pseudo-Hippolytus, et Dorothei.—(2) Pat. Steyval. Dissert. de una et trib. Meris. fol. 62.

volver el día del juicio, ó por alguna otra causa que nos es desconocida. Finalmente, Florentino (1) en el siglo diez y siete vino al socorro de los defensores de la inmortalidad de S. Juan, y trató la materia con mas solidez y sabiduría. Confiesa que S. Juan murió, pero afirma que resucitó muy poco despues, y que debe venir al fin del mundo á predicar la fe, y morir una segunda vez. M. de Tillemont (2) examinó las pruebas de Florentino, é hizo ver su debilidad. En tiempo de S. Agustin (3) y de S. Gregorio de Tours (4) creían muchos que todavía estaba en su sepulcro, no muerto sino dormido, para no despertar sino hácia el día del juicio. Examinemos estas diversas opiniones, y despues abrazáremos el partido que nos parezca mas probable.

El texto del Evangelio de S. Juan es la primera fuente de donde nacen las diversas opiniones que acabamos de referir (5). El Salvador como á los diez á doce dias despues de su resurreccion se manifestó á sus discipulos que estaban pescando en el mar de Tiberiades; y despues de haberles hecho obtener una pesca milagrosa, les dió de comer, y comió con ellos en la ribera. Pasado eso preguntó por tres veces á Pedro si lo amaba mas que todos los otros; á lo que respondió este otras tantas veces afirmativamente. Dijo: *Jesus entónces: Cuando eras jóven, te ceñias, é ibas á donde querias; pero cuando seas viejo, otro te ceñirá y te llevará á donde no quieras; y le añadió: sígueme.* Pedro lo siguió; y volviendo hácia atrás el rostro, vió que tambien venia el discipulo muy amado, y le dijo á Jesus: *Señor, ¿qué será de este?* Mas el Salvador le respondió: *Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? Sígueme.* (En los ejemplares latinos se lee: *Quiero que permanezca así hasta que yo venga, ¿qué te importa? Sígueme.*) El Evangelio añade: *Corrió pues la voz entre los hermanos de que este discipulo no moriria. Pero Jesus no dijo que no moriria; sino, si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? O, segun los ejemplares latinos: Así quiero que permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? He aquí el origen de la dificultad que hace el asunto de esta Disertacion.*

Los que pretenden que S. Juan no ha muerto se fundan principalmente en estas palabras de Jesucristo: *Si yo quiero que él permanezca hasta que yo venga ¿qué te importa?* Y entendiéndolas como los discipulos, concluyen que S. Juan no debía morir. La expresion de la Vulgata parece serles todavía mas favorable: *Quiero que permanezca así hasta que yo venga; mas pretenden que tengan el mismo sentido las palabras de los ejemplares griegos. George de Trebizonda reunió muchos ejemplos para manifestar que la particula *si* junta con el indicativo no expresa duda, sino al contrario es afirmativa. Cuando se le dice á un hombre: *Si yo te amo hablaré mal de tí!* ¡Si yo he leído y estudiado mucho, por qué se me llama ignorante! ¡Si escribí eso, no lo sabré! En todos esos ejemplos el *si* no denota duda alguna; an-*

(1) *Florent. Not. in Martir. scilicet Hieronym. p. 123. et seqq. Itz Nicophor. l. 1. c. 25.*—(2) Tillemont, primer tomo. San Juan Evangelista, art. x. xi. y notas 15. 16. 17. 18.—(3) *Aug. in Joan. tract. 125.*—(4) *Gregor. Turon. de glor. Mart. l. 1. c. 38.*—(5) *Josn. xxi. l. et seqq.*

tes bien asegura y confirma lo que se propone. De la misma manera esa expresion: *Si quiero que él permanezca hasta que yo venga*, significa: Yo quiero que ciertamente él permanezca hasta mi venida. Este es el sentido en que la entendieron aquellos á quienes hablaba Jesucristo; esta la primera impresion que hicieron esas palabras sobre el espíritu de los primeros fieles: *Exiit sermo inter fratres, quod discipulus ille non moritur*; y esta idea tan sencilla y tan natural se presenta tambien el día de hoy al entendimiento de cualquiera que la lee. He aquí lo que dicen los defensores de esta opinion.

Porque pretender, añaden, que Jesucristo no quiso significar otra cosa sino: *Quiero que permanezca hasta que yo venga á visitarlo por la muerte*, es querer hacerle decir una proposicion sin sentido alguno razonable. ¿Qué prerogativa denotaria eso, ó qué distincion le concedería el Salvador á S. Juan con decirle que no moriria, sino cuando Dios lo visitara por la muerte? ¿Los hombres todos, en ese sentido, no permanecen tambien en el mundo hasta que el Señor venga?

Luego conviene estar al sentido primero, natural y literal de esas palabras. Si hubieran sido ambiguas, las habria explicado S. Juan cuando añadió: *Y el Salvador no dijo que ese discipulo no moriria; sino simplemente: Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?* No dijo pues que sus hermanos estaban engañados en creer que él no moriria hasta que el Señor viniera; sino solamente declaró que el Señor no habia dicho eso expresamente. El evangelista S. Juan debía morir, pero solamente al fin del mundo; Jesucristo no le prometió la inmortalidad, sino una muy larga vida. Mas los discipulos parece que habian entendido las palabras como que prometian una inmortalidad absoluta. *Exiit sermo inter fratres, quod discipulus ille non moritur*, y esto es lo que S. Juan les refutó entónces.

A mas de esto los discipulos hacian decir al Salvador: *Este discipulo no morirá*; en lugar que solamente dijo: *Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?* La cosa es la misma en términos equivalentes, aunque las palabras no eran las mismas: así S. Juan no forma oposicion mas que en las palabras de Jesucristo y en las de sus hermanos, mas no en la cosa significada. En la substancia ellos habian penetrado bien el pensamiento del Salvador, dice George de Trebizonda; y S. Juan por humildad y por modestia simplemente manifestó que el Señor no habia dicho en términos claros lo que sus hermanos le hacian decir; mas no mega que habia de vivir hasta la venida del Hijo de Dios.

Otro texto hay tambien con el que pretenden autorizarse los que quieren que este apóstol no haya muerto, y es el del Apocalipsis (1): El ángel me presentó un libro, dice S. Juan, y me dijo: *Toma este libro, y cómelo: él te causará amargura en el vientro; pero en tu boca será dulce como la miel. Tomé yo el libro de la mano del ángel, lo comí, y lo encontré en mi boca dulce como la*

III.

Se alegan otras razones para probar que S. Juan no ha muerto.

(1) *Apor. x. 9. 10. 11.*

miel; pero habiéndola comido me causó amargura en el vientre. Y el ángel me dijo: Conviene que otra vez profetices ante muchas naciones, pueblos, lenguas y reyes.

Mas, dicen, después del destierro de S. Juan á la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsis, no ha ido á predicar ni á los pueblos ni á los reyes extranjeros, no permitiéndole emprender largos viajes su salud debilitada y su edad avanzada. Luego será al fin del mundo cuando aparecerá de nuevo para anunciar el Evangelio, y dar testimonio á la venida de Jesucristo: y entonces se cumplirá la profecía que nos refiere en el Apocalipsis. Se juntará con Elias y Henoc para sostener la verdad y oponerse al Anticristo.

Parece, añaden, que faltaría alguna cosa en la guerra que el Señor debe hacer á ese enemigo de su Hijo, si no le opusiese mas que á Henoc y á Elias: No basta que haya un profeta de antes de la ley, y otro del tiempo de ella; es menester un tercero que sea del tiempo del Evangelio. Henoc vivió antes del diluvio, y vivió á los primeros hombres: Elias apareció bajo la ley, y en tiempo de los reyes de Israel y de Judá. S. Juan vivió al Salvador, fué testigo de sus milagros, se reclinó sobre su pecho, fundó iglesias, y escribió el Evangelio y el Apocalipsis. ¿Qué efectos tan considerables deberá hacer la presencia y el testimonio de un apóstol tan grande en tiempos tan fatales!

El Salvador le habia prometido que beberia su cáliz, y que sería bautizado con su mismo bautismo (1), con lo que quería denotarle el martirio que debía sufrir. Sin embargo no leemos que lo haya sufrido, ni que haya pasado por una muerte violenta, como su hermano Santiago, como S. Pedro y los otros apóstoles. ¿Quedó frustrada la promesa de Jesucristo, ó S. Juan no ha sido digno del honor del martirio? Es pues verisímil que esa honra se le reserva, y deberá recibirla en el fin del mundo con Henoc y Elias, que juntos con él confesarán la fe de Jesucristo, y sellarán con su sangre el testimonio que le han de dar. Esperando este tiempo de combates, S. Juan ha sido transportado fuera del mundo á algun lugar incógnito, en donde goza de una anticipada bienaventuranza (2), de una paz y de una dulzura superior con mucho á todo cuanto delicioso ofrece el mundo. Esto es lo que dice George de Trebizonda.

Finalmente si S. Juan hubiera muerto, se nos diría el tiempo, la clase, y las circunstancias de su muerte; se mostrarían sus reliquias, y se sabría el lugar de su sepulcro: es así que nada de eso se conoce; luego este santo apóstol vive todavía. Efectivamente, se asegura que viéndose en una edad muy avanzada (3), se hizo abrir un sepulcro, donde entró vivo; y habiéndose despedido de todos sus discípulos, desapareció, y fué transportado á un lugar desconocido á los hombres: de manera que algun tiempo después, cuando volvieron sus discípulos á verlo, ya no lo encontraron. Otros (4) quieren que muriera luego que entró en el sepulcro; pero que al in-

(1) *Matth. xx. 22. 23. Marc. x. 38. 39.*—(2) *Vide Trapezunt. p. 22.*—(3) *Ephrem. Theopolitanus apud Phot. Cod. 229. p. 797. et 800. Vide Petr. Damiani serm. 64. de S. Joan. Evang.*—(4) *Vide Aug. tract. 124. in Joan. et No. Graeci hodierni plerique. Vide in pri. viti Abdium in vita S. Joan. evang. ad faem.*

tante siguiente resucitó. Otros por último (1) sostienen, que habiendo entrado vivo en su sepulcro, lo hizo cerrar, y en él permanece sin morir; de manera que allí se le siente respirar: lo cual se manifiesta en que muchos siglos después de su muerte se veía sobre él una especie de tierra ó de maná, que de allí salía, como si de la parte interior fuera impelida, y no disminuía aunque diariamente se tomaba de ella. Este rumor corría en tiempo de S. Agustín y tambien en el de Gregorio de Tours. Por último, en el siglo octavo pasando por Efeso S. Villibald (2), vió todavía esa tierra y la regó con sus lágrimas. No llevaba á todas partes, y hacia grandes milagros en la curacion de los enfermos. Efrém (3), que era patriarca de Antioquia el año 530, tambien nos habla de un perfume que todo el mundo iba á tomar en el sepulcro de S. Juan, que probablemente no es otra cosa que la tierra de que habla S. Agustín, que S. Gregorio de Tours llama maná, y que dice era como harina. Los Gregorios hablan mucho en sus libros eclesiásticos, y dicen que esa tierra salía principalmente el ocho de mayo, en cuya memoria celebran ese día una fiesta particular de S. Juan. En tiempo de Pedro Damiano tambien se decia que del sepulcro del santo brotaba este maná.

A estas pruebas históricas se agrega el testimonio de autores antiguos y modernos, que han creído que San Juan no ha muerto, ó que ya resucitó. San Epifanio (4) dice que Dios, ya sea por un mero efecto de su bondad ó por los ruegos de San Juan, le concedió una muerte admirable y extraordinaria, cuyas particularidades se leen en el libro de las actas de este evangelista (5). Se conviene en que esa obra está corrompida por Lucio; pero se insiste en que es muy antigua, y de ahí infieren ser tambien muy antigua la tradicion que pretende que no ha muerto; porque, así arguyen, el autor de ese escrito no se habria atrevido á publicar un hecho de esa naturaleza, á no haber estado como autorizado por la creencia comun de los fieles. Los autores de romances ordinariamente echan mano de una historia cierta para fundar su relacion, y después la hermosean y la revisten con circunstancias fabulosas. Esas actas estaban recibidas por los encratitas, hereges del segundo siglo, y por los maniqueos del tiempo de San Agustín (6).

San Hilario (7) se explica sobre este asunto con alguna ambigüedad; pero los que creen que San Juan no ha muerto, pretenden que ese testimonio les es mucho mas favorable que á los contrarios. Oigamos, dice, al apóstol San Juan que permanece hasta la venida del Señor, y que ha quedado bajo el sacramento de la voluntad de Dios, pues no se ha dicho que no morirá, y si que permanecerá. En otra parte comparando á S. Juan con Santiago y San Pedro, dice que estos dos últimos apóstoles deben sufrir el martirio, pero el primero estaba reservado para afirmar el Evangelio: *Joanne in praedicationem*

(1) *Quidam apud D. Aug. in Joan. tract. 124. Vide et Greg. Turon. lib. 1. de gloria Martyr. cap. 30.*—(2) *Vide vii. S. Villibald. 2. parte. seculi 8. Bened. n. 5.*—(3) *Apud Photium. Cod. 229.*—(4) *Epiphani. heres. 79.*—(5) *Aug. in Joan. homil. 124.*—(6) *Vide Aug. de Fide, c. 38. et in advers. leg. et proph. c. 20. et de Fide, c. 4.*—(7) *Hilari. L. vi. de Trinit. n. 39. Loquatur Joannes sic usque ad adventum Domini moratur, et sub sacramento divina voluntatis relictus, et deputatus, dum non usque non mori dicitur, et moritur.*

IV.
Testimonios de antiguos y modernos que han creído que San Juan ó no ha muerto, ó ya resucitó.

Evangelii firmamam (1). San Ambrosio (2) atestigua en dos partes, que habia algunos que no creían que habia muerto, y no reprobaba esta opinion. En las ediciones antiguas de este padre, y aun en la nueva (3), se pone á San Juan con Henoc y Elias que deben combair con el Anticristo ántes del último dia. Pero exceptuando un manuscrito de la biblioteca del rey, y las ediciones de Paris, ningunos otros mientan á San Juan, y solamente hablan de Henoc y Elias. Tambien se cita el libro primero de San Ambrosio (4) sobre la muerte de su hermano Satyro; pero de ningún modo favorece esa opinion; simplemente dice, que el Salvador bien podia, si hubiera querido, hacer inmortal á San Juan. Y en otro lugar (5) dice expresamente que aunque al principio se habia sospechado que San Juan no morira, sin embargo nunca se creyó: *Joanni promissum aestimatum, sed non est creditum.*

Elrem de Antioquia (6) que vivia en el sexto siglo, dice claramente que San Juan no murió, ni morirá hasta el fin del mundo, como Elias y Henoc, para resucitar inmediatamente. San Gregorio de Tours (7) estaba persuadido de que San Juan habia bajado vivo al sepulcro, y que en el permanecia todavia en su tiempo en el mismo estado. San Juan Damasceno (8) juzgaba que era opinion de muchos sabios que este pasage: *Si quiero que él permanezca así hasta que yo venga, ¿que te importa?* debia entenderse como si San Juan no hubiera muerto. Andres, obispo de Cesarea en Capadocia (9) que vivia hacia el año 500, y Aretas, obispo tambien de Cesarea (10) que floreció hacia el año 540, denotan como probable esa opinion. Agrégase á eso el falso Hipólito, el falso Doroteo, Metafrastes, el pretendido Cesario hermano de San Gregorio Nazianceno, Nicéforo (11), Strabo, autor de la Glosa ordinaria, Fulberto Carnotense (12), y Pedro Damiano (13); éstos dos últimos creyeron ser propio de la piedad creer y asegurar como probable que resucitó San Juan, así como la Virgen, y que con ella goza de la felicidad del cielo.

San Gregorio Nazianceno (14) llama á este apóstol el precursor de Jesucristo; lo que naturalmente no puede entenderse, sino suponiendo que debe venir á este mundo con Henoc y Elias al fin de los siglos: así es como lo entiende Elias de Creta, comentador de S. Gregorio Nazianceno. San Jerónimo (15) escribiendo contra Joviniano y ensalzando las ventajas de la virginidad, dice que esta no muere, sino que permanece con Jesucristo; y que el sueño de San Juan mas bien era un tránsito que una muerte. Hace alusion á esas palabras de Jesucristo: *Si quiero que el permanezca así hasta que yo venga, ¿que te importa? Ex quo ostenditur virginitatem non mori nec sordas nuptiarum abluí cruce martyrii, sed manere cum Christo; et dormitacionem ejus transitum esse, non mar-*

(1) Hilar. l. x. de Trinit. n. 37.—(2) Ambros. in ps. cxviii. serm. 20, n. 12. et in Luc. l. vi. n. 4.—(3) Ambros. in ps. xlv. n. 10. Nam et bestia illa Antichristus et ab eis auerendi, ut adversus Eliam atque Esach, atque Joannem, qui prosper testimonium Domini Jeseu terris eunt reddidit, preliatur.—(4) Ambros. l. in obitu fratris sui Satyri, n. 4.—(5) Idem, l. ii. de Fide resurrectionis, n. 49.—(6) Ephem. Antioch. apud Phot. Cod. 223.—(7) Greg. Turon. l. x. de gloriis Mort. c. 38.—(8) Damasc. c. serm. de Transfig. Domini, n. 7.—(9) Andr. Canar. in Apoc. c. 19.—(10) Aretas Canar. apud Florent. p. 124.—(11) Nicéphor. l. ii. c. 42.—(12) Fulbert. Carnot.—(13) Petr. Damian.—(14) Nazianz. orat. 34.—(15) Hieron. in Jovin. lib. c. 14.

tyrium. Lo mismo se lee en los prefacios que estan en las Biblias antiguas al principio del Evangelio y del Apocalipsis. Cuando esos prefacios no fueran de San Jerónimo, no puede negarse, añaden los defensores, que son muy antiguos, y dignos por lo mismo de una particular consideracion.

Santo Tomas, Alberto el Grande, San Vicente Ferrer, y Santo Tomas de Villanueva escribieron y predicaron que San Juan habia resucitado. Por la misma opinion se citan las revelaciones de Santa Gertrudis y de Santa Brígida. Se termina esta cadena de tradicion por George de Trebizonda y le Peyre de Elaples, quienes estaban persuadidos de que no habia muerto, y por Florentino que creia que habia resucitado.

La Iglesia griega en los últimos siglos adoptó esta opinion, y hace de ella una mencion expresa en su oficio. La latina no se ha declarado sobre esto de una manera tan decidida; pero en algunos martirologios el dia del tránsito de San Juan está denotado bajo el nombre de *asuncion*, que insinúa una resurreccion. En el oficio de su festividad le aplica estas palabras de Jesucristo: *Hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del hombre venir en su reino* (1). Y en las lecciones que saca de San Agustín expresamente omite lo que ese santo refiere de la muerte de San Juan, como juzgándolo contrario á su tradicion. Esto es lo que se dice mas plausible para sostener que San Juan Evangelista no ha muerto, ó á lo menos que ya resucitó.

La opinion contraria tiene en su favor pruebas y autoridades que en nada ceden á las que acabamos de referir. El texto del Evangelio que es el principal argumento en que se fundan los que defienden que S. Juan no murió, nada prueba, segun la juiciosa advertencia de S. Agustín (2), supuesto que el mismo evangelista refuta la falsa interpretacion que sus hermanos le daban, infiriendo de ahí que él no moriria: el Señor no dijo: *No morirá; sino, si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿que te importa?* Este razonamiento será todavía mas fuerte contra la opinion de que acaba de hablarse, si se supone con algunos críticos (3) que el último capitulo de S. Juan fue escrito por la Iglesia (4) despues de la muerte del apóstol, para hacer conocer que cosa fué la que dió motivo al rumor que corria de que no moriria S. Juan, y para refutar las consecuencias que de ahí sacaban.

Otros intérpretes (4) sostienen que en el pasage de que se habla, Jesucristo simplemente quiso denotar, que no moriria S. Juan ántes que Dios hiciera brillar su venganza contra los Judios que crucificaron al Salvador. En este mismo sentido explican otros (5) estas palabras del Salvador: *Hay aquí algunos de aquellos que no gustarán la muerte sin que hayan visto al Hijo del*

(1) Matth. xvi. 28.—(2) Aug. serm. 253. nov. ed. n. 4. Hanc opinionem que putatur Joannes non moriturus, ablatulit Joannes ipse consequentibus verbis suis: et sic hoc creditur, ait: Non hoc dixit Dominus, sed dixit hoc, etc. Et tract. 124. in Joan. n. 1. Hanc opinionem Joannes ipse ablatulit non hoc dixit Dominus aperta contradictione declaravit, etc. Vide et Ephrem. Antioch. supra citat. apud Phot. Cod. 223.—(3) Vide Grot. ad Joan. xx. ult.—(4) Theophyl. Di. Piam. Thiel. Riber. Vatab. Grot. Ligouri.—(5) Hamon. Jac. Capell. Le Clerc sobre San Mateo, xvi. 27. 28.

V.
Refutacion
de los argu-
mentos que
se proponen
para probar
que S. Juan
no murió.

hombre venir en su reino (1). En efecto, en el Nuevo Testamento la venida del Hijo del hombre y su reino algunas veces parece que denotan el tiempo de la venganza que él ha de ejecutar contra Jerusalem (2). Y la continuacion de este discurso nos hara creer que así entendia el Salvador el texto que acabamos de citar: porque despues de haber dicho (3): *El Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entónces dará á cada uno segun sus obras; añade: Algunos hoy aquí que no gustarán la muerte sin haber visto venir al Hijo del hombre en su reino.* Y en otro lugar (4) hablando á los sacerdotes y á los senadores de los Judios, les dice que no verán mas al Hijo del hombre, sino cuando vendrá sobre las nubes del cielo, y aparecerá sentado á la diestra de su Padre; lo cual algunos entienden tambien de la ruina de Jerusalem y de la dispersion de los Judios.

El maná en forma de harina, que parecia brotar y salir como inapellido del interior de su sepulcro hacia fuera, es polvo de que habla S. Agustin despues de otras personas muy graves, y que se veia todavia en el sexto y octavo siglo, contribuyó mucho sin duda para hacer creer que S. Juan aun estaba en vida. Las actas falsas de S. Juan, y los libros apócrifos que refieren el modo milagroso en que todavia vivo descendió á su sepulcro (5), tambien sirvieron para afirmar á los pueblos en esta creencia. Pero finalmente la cosa debe examinarse en sí misma. Las actas que corrian nunca tuvieron autoridad en la Iglesia: su antigüedad nada vale: el haber sido forjadas por los ebionitas ó por los encratitas del siglo segundo de la Iglesia, les basta para ser falsas, apócrifas é indignas de toda fe.

Yo veo que los autores de esos escritos tenian mucho gusto en adornar y ensalzar con rasgos fabulosos las acciones muy verdaderas de la historia de S. Juan: la substancia de esas actas no era falsa, sino solamente las circunstancias. La muerte pues de S. Juan es á la que han acomodado sus ficciones; y sobre su descenso al sepulcro han forjado su romance. Despojemos su historia de esas circunstancias que han añadido, y no quedará otra cosa sino que S. Juan murió de mucha edad y de pura falta de fuerzas; de manera que se hizo casi insensible su transito de la vida á la muerte, y así en alguna manera viviendo descendió al sepulcro.

En cuanto al polvo que salia de este, prueba dos cosas: lo 1.º que se crea que el cuerpo del santo apostol todavia estaba allí y por consiguiente que ni habia resucitado, ni estaba en el cielo, ni habia sido transportado con Elias y Henoc á un lugar desconocido á los mortales; y lo 2.º que aun estaba vivo y respiraba: lo que es sobre toda verisimilitud y contrario á toda razon. Si estaba vivo seiscientos ú ochocientos años despues de haber descendido al sepulcro, ¿qué se ha hecho el día de hoy? ¿Murió despues de ese tiempo? ¿De qué manera podrá vivir un hombre bajo la tierra siglos enteros sin alimentos, sin luz y sin aire? ¿Y si está vivo, por qué no lo sacan de allí?

(1) *Matth. xvi. 28.*—(2) *Matth. viii. 11. x. 7. Luc. xii. 11. 12. 15. etc.*—(3) *Matth. xvi. 27. 28.*—(4) *Matth. xxvi. 64. Marc. xiv. 62.*—(5) *Aug. tract. 124. in Joan. n. 2.*

Mas responderán que este es un hecho; que salia de su sepulcro una especie de tierra ó de maná que hacia muchos milagros. Yo convengo en que la tierra ó el polvo tomado de sobre su sepulcro ó de algun lugar cercano habrá sanado muchas enfermedades; Dios puede recompensar con semejantes gracias la fe de los fieles; cuántas curaciones de estas vemos obradas por el polvo tomado de sobre los sepulcros de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo y de otros santos! Lo que se dice de que parecia ser ese polvo impellido hacia fuera del sepulcro, como por la respiracion de un hombre dormido (1), es mas difícil de concebirse: pero convendría haber considerado el lugar y las otras circunstancias, para asegurarse que no habia en eso ninguna causa natural. Y aun cuando allí se conociese milagro, ¿no podria decirse con S. Agustin (2) que Dios lo ejecutaba para honrar con él la muerte de S. Juan, ó por alguna otra causa que no sabemos?

Por lo que toca al lugar del Apocalipsis (3), en que se fundan para probar que S. Juan debe venir antes del fin del mundo, para anunciar á Jesucristo ante muchos pueblos, naciones y reyes, opinion que parece haber adoptado S. Gregorio Nacianceno (4); si ese texto debe entenderse de S. Juan, lo que se examinará en otro lugar (5), puede decirse que en ese sentido la profecía está ya verificada con el mismo evangelio de este apóstol y con su Apocalipsis, que han sido anunciados á todos los pueblos del mundo, y por cuyo medio todavia profetiza el día de hoy este apóstol, y anuncia el nombre del Señor á todo el mundo, á los reyes, á los pueblos, y á diferentes naciones. El mismo S. Juan creia tan poco que él debiera ser del número de los predicadores que habian de combatir al Anticristo, y de los testigos que debian dar su vida por Jesucristo, que solo señala dos testigos (6) que se creen ser Henoc y Elias.

La promesa que le hizo el Hijo de Dios de darle de beber su cáliz (7), se verificó segun los padres é intérpretes, cuando lo metieron en una caldera de aceite hirviendo, y cuando fué desterrado á la isla de Pátmos: toda su vida fué una especie de martirio continuo por los trabajos apostólicos que emprendió. Lo que se dice de no haber visto nadie sus reliquias, es una prueba muy débil. ¿Cuántos otros santos hay, cuyos cuerpos nunca se han desenterrado, y cuyo sepulcro está desconocido? Se hace mencion (8) de haber habido en otro tiempo en una iglesia de Milan reliquias de S. Juan, que se creia haberlas enviado allá S. Ambrosio. Las pruebas de congruencia en una materia como esta tienen muy poco valor. De esa clase se pueden presentar muchas para probar que murió, así como se presentan para mostrar que aun vive.

(1) *Aug. tract. 124. n. 2. Non defunctum, sed defuncto simul cubitum, et cum mortuus in archa, spiritum fuisse dormientem, et domo Christiæ veniat sic manere, utaque etiam sceleratissime pulveris indicare, qui pulvis erigitur, ut si vis ad superficiem tumuli ascendat, statim quiescentis impellit.* (2) *Aug. tract. 124. in Joan. n. 2. Restat ut si vere ibi sit, quod sperat fama de terra que subinde oblata succretis, aut ideo fiat, ut eo modo commendatus postea more ejus, quomodo non cum commendatus erat. Vide sup.*—(3) *Véase la Disertación sobre las siete iglesias de la Iglesia, al principio del Apocalipsis, tom. xxv. 6.*—(4) *Apoc. xi. 2.—(5) Matth. xx. 22. 23. Marc. x. 35. 36.—(6) Bulland. 3. maii, p. 364.*

¡Pero qué género de vida se le concede! En un sepulcro bajo la tierra, entre el polvo y en las tinieblas. S. Gerónimo (1) nos enseña que en los últimos años de su vida, S. Juan ya casi no podía ni sostenerse ni hablar; que estaba obligado á ser sostenido por debajo de sus brazos para ir á la iglesia, donde continuamente repetía á sus discípulos estas palabras: *Hijos míos, amaos unos á otros.* ¡Se rejuveneció despues de ese tiempo, y pudo llevar una vida agradable quien á la edad de noventa años sentía tanto el peso de su vejez!

VI.
Testimonios
que prueban
que S. Juan
murió. Refu-
tacion de los
testimonios
opuestos.

A los testimonios de los autores que se nos han citado, para apoyar la opinion que niega la muerte de S. Juan, oponemos la autoridad de los padres mas antiguos de la Iglesia, de S. Ireneo, Policrates, S. Policarpo, Origenes, el concilio efesino, Eusebio, Tertuliano, S. Agustín, S. Gerónimo, S. Epifanio, S. Juan Crisóstomo, S. Cirilo de Alejandría, y de otros muchos que nos dicen que murió, y que fué enterrado en Efeso. S. Ireneo (2) dice que vivió hasta el imperio de Trajano; luego lo creía muerto despues de ese tiempo. Policrates, obispo de Efeso, citado por Eusebio (3), dice que ese santo espera en Efeso, donde está enterrado, la resurreccion general. Eusebio fija su muerte en el año tercero de Trajano. S. Gerónimo (4) dice que murió sesenta y ocho años despues de la pasion del Salvador. S. Epifanio (5) enseña que tenía entonces noventa y cuatro años. La Crónica de Alejandría asienta que murió de cien años y siete meses, el año 104 de Jesucristo. S. Gerónimo nos afirma que su sepulcro estaba cerca de la ciudad de Efeso; y nota que en la misma se veia tambien el sepulcro de otro Juan, á quienes algunos atribuan las dos últimas epístolas de nuestro apóstol (6).

Esto basta para echar por tierra lo que ántes se nos ha referido del mismo S. Gerónimo en su primer libro contra Joviniano, en el que dice que la virginidad no muere, y que el sueño de S. Juan es mas bien un tránsito que una muerte.

S. Juan Crisóstomo (7), expresamente reconoce que ese apóstol murió; y habla de su sepulcro como de los de S. Pedro y de S. Pablo. S. Cirilo Alejandrino (8) refuta la opinion que afirma haber habido algunos apóstoles que no morirán hasta el día del juicio. Antes tenemos ya visto cuán distante estaba S. Agustín de esa opinion, y cómo refuta á los que inferían la inmortalidad de San Juan del texto del mismo Evangelio.

Tertuliano (9) dice expresamente que murió, y que la esperanza que él habia concebido de permanecer hasta la segunda venida del Señor, quedó frustrada. S. Ambrosio (10) confiesa que se habia sospechado que no habia de morir; pero que nunca se habia creído como cierto, *Joanni promissum asstimatum, sed non est creditum.* El papa Celestino (11), escribiendo á los padres del concilio efesino, los exhorta á seguir las instrucciones de S. Juan, cuyas sagradas reliquias tenían á la vista: *Cujus reliquias praesentes veneramus.* El concilio en cuerpo

(1) Hieron. in ep. ad Galat. — (2) Iren. l. ii. c. 29. et apud Euseb. l. vi. c. 2. — (3) Policrat. apud Euseb. l. v. c. 24. Hist. eccl. et l. vi. c. 31. — (4) Hier. de Virg. Ilustr. et l. i. contra Jovinian. — (5) Epiph. heres. 51. — (6) Vide Hieron. de Virg. Ilustr. — (7) Chrysost. in ep. ad Hebr. hom. 26. — (8) Cyrill. divers. hom. t. 5. p. 367. — (9) Tertull. l. de Anima. c. 50. Obiit et Jovinian. quae in adventum Domini felices remanent. nam falsis fuerat spes. — (10) Ambros. de Fide resurrect. n. 49. — (11) Vide act. concil. Eghe. tom. 3.

recoboló que S. Juan estaba entonces en Efeso, y como estaba allí sino sepultado! Los Orientales que vinieron á ese concilio, se quejaban de que se les habia impedido ir á besar los sepulcros de los santos mártires, y en particular el de S. Juan evangelista. En todas las actas del concilio y en todos los discursos que allí se pronunciaron, no se notó ni un solo vestigio de la opinion popular que está por la supervivencia de S. Juan. Luego debe concluirse que los obispos nada de eso creían, y que la dicha opinion niugun provecho habia logrado entre los santos y personas ilustradas.

Origenes (1) dice expresamente que murió en Efeso. Se cita un pasage de S. Policarpo (2), discípulo de S. Juan, en el cual avanza que murió no por el martirio, sino despues de haber sufrido trabajos y destierros. S. Dionisio Alejandrino pone su sepulcro en Efeso (3). El verdadero S. Hipólito (4) lo une con Isaias, Jeremías y Damiel, diciendo de todos igualmente que murieron con ó como Jesucristo, y vivirán con él en el cielo. A estas autoridades pueden añadirse las de Teodoro de Heraclea y de Teodoro mopsuesteno, citados en la Cadena griega sobre S. Juan, las de S. Gregorio el Grande homilia 25, de Leoncio, de Beda, de Teofilacto, de Eutimio, del abad Ruperto, de Haimon, y de casi todos los comentadores antiguos y modernos que han escrito sobre el último capítulo de S. Juan.

He aquí un suñcientísimo número de testimonios, y tales que son irrecusables; testimonios expresos y positivos, sacados de obras auténticas, y de un tiempo nada sospechoso, y las mas de ellas son de la mas sana y venerable antigüedad. No son pasages inconexos ni declamaciones, sino pruebas históricas de hecho, muy diferentes de las que en contra se nos han opuesto, de las cuales las mas son recusables, ya por las circunstancias de quienes las alegan, y ya por el modo obscuro en que hablan.

En efecto, los mas de los autores que se nos oponen como defensores de que no ha muerto S. Juan, no se expresan con tanta claridad, que se les deba creer; y cuando se les examina de cerca, se ve que no dicen cosa alguna en contra, digna de consideracion. Por ejemplo, los prefacios que se leen en las antiguas Biblias latinas al principio del Evangelio y del Apocalipsis, el uno bajo el nombre de S. Gerónimo, y el otro bajo el de Gilberto, no dicen sino que S. Juan, conociéndose cercano á su última hora, llamó á sus discípulos, y despues de haberlos exhortado á la perseverancia, hizo que le abrieran su sepulcro, á donde bajó, hizo oracion, y entregó dulcemente su espíritu á Dios, sin sentir los dolores de la muerte: *Descendens in fossam sepulturae suae locum, facta oratione, positus est ad patres suos, tam liber á dolore mortis, quam á corruptione carnis invenitur alienus.*

Smaragdo, abad de S. Miguel, que vivía en el siglo nono, y que compuso una especie de cadena sacada de los padres sobre las epístolas y e angelos del año (5); refiere las mismas palabras, y dice que así lo halló notado en los monumentos de los padres: *Sic in Patrum litteris invenimus: Cum longo confectus senio, &c.* He aquí cual era la

(1) Orig. apud Euseb. lib. c. 1. — (2) Vide ad Florentin. p. 124. — (3) Apud Euseb. Hist. eccl. lib. vi. c. 25. — (4) Hippolyt. de Antichristo, p. 41. — (5) Smaragd. Coll. tom. in rebus. et ep. in Nabeli. S. Joan. Beung. fol. 11. Edit. Argentorat. Georg. Ulricleri. M. DCCXXV.

opinion del siglo octavo y nono. Esos antiguos no creían que S. Juan hubiera dejado de morir, sino simplemente que en recompensa de su inviolable virginidad, Dios le había concedido en una edad muy avanzada, una muerte feliz sin incomodidad y sin dolor. Hemos visto el hilo de esta tradicion no interrumpida en los comentadores griegos y latinos que ha habido hasta aqui.

Debe pues concluirse que la opinion que sostiene no haber muerto S. Juan o haber ya resucitado, no está apoyada sobre algun fundamento sólido, y que ni los antiguos ni los modernos escritores, á excepcion de un pequenísimo número, la han mirado como opinion popular indigna de fe; y es en vano que quiera llamarse á su favor á la Iglesia latina, pues nunca la adoptó. Por lo que toca á los Griegos, sin dificultad los abandonaremos, porque desde su cisma han caido en tal ignorancia, errores y supersticiones que los ha puesto bien distantes de la piedad e ilustracion de sus antepasados.

DISERTACION

SOBRE

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS.

L
Origen de
los evange-
lios apócri-
fos.

SAN LUCAS en el principio de su evangelio nos enseña que muchos antes de él habian emprendido dar la historia de las cosas que pasaron en el origen del cristianismo; pero como probablemente los mas de esos escritores eran ó muy concisos, ó muy difusos, ó no muy exactos, se creyó este evangelista obligado á componer una relacion mejor, para desacreditar esos escritos tan defectuosos. Lo consiguió ciertamente, y lo que escribió se ha reconocido inspirado de Dios; los cuatro verdaderos evangelios, á saber, el de S. Mateo, de S. Marcos de S. Lucas, y últimamente el de S. Juan, siendo los únicos aprobados por los apóstoles, y recibidos por las principales iglesias, han hecho que los demas cayeran en desprecio; y aun se duda si el día de hoy quedan algunos de los que se escribieron antes de S. Lucas.

Pero el padre de la mentira que ha suscitado falsos cristos, falsos profetas y falsos obradores de milagros, para desacreditar á Jesucristo y sus prodigios, suscitó tambien impostores que corrompieran las verdaderas Escrituras, ó que compusieran otras falsas, para disminuir la autoridad de las que eran obra del Espíritu Santo, y que contenian la palabra de vida y la revelacion de las verdades eternas. Lo que hay en esto mas admirable es, que hombres piadosos, pero poco instruidos, emprendieran por un pésimo ejemplo forjar obras que creian podian ser útiles á la religion, y con

un engaño piadoso quisieron atraer á su partido á los Judios ó á los paganos incrédulos, proponiendo á los primeros los libros con el nombre de autores célebres de su nacion, como Esdras, Santiago, á otros; y á los segundos, versos de las sibilas y oráculos tan favorables al cristianismo, que si hubieran sido ciertos, nadie habria podido resistir á su autoridad y á su evidencia.

Con semejantes escritos dañaban á la religion mas de lo que pensaban; porque mezclando en sus obras la verdad con la mentira, y lo cierto con lo dudoso, daban sin advertirlo á sus enemigos armas para atacar las verdaderas Escrituras, y los enseñaban á forjar á su vez escritos con la capa de nombres respetables y antiguos, totalmente contrarios á nuestros principios y á la verdad de nuestras Escrituras. Celso, Porfirio y Juliano Apóstata, no dejaron de prevalerse de este camino que se les habia abierto; y tambien nuestros incrédulos el día de hoy, para destruir la verdad de la religion, y la autenticidad de nuestros libros santos.

Los padres han conocido muy bien los perniciosos efectos de esta libertad; y esto es lo que los ha hecho tan religiosos en conservar los sagrados libros, y tan circunspectos para no recibir mas que los verdaderos y auténticos. Esto es lo que por muchísimo tiempo contuvo á muchas Iglesias, para no querer admitir ciertos libros de la Escritura; porque veian que otras dudaban de ellos; y esto es en fin lo que obligó á los concilios y santos padres á dar frecuentisimamente los catálogos de los libros sagrados, y á refular, condenar y suprimir con tanto cuidado los que la malicia de los hereges ó una reprensible simplicidad de algunos cristianos habian querido introducirá la sombra de los grandes nombres de los apóstoles ó de los antiguos discipulos del Salvador.

Los fieles el día de hoy están bastante instruidos sobre lo relativo á los libros apócrifos, y no sabemos que haya alguno que se empeñe en defenderlos. Cayeron en el desprecio y en la obscuridad, y quedaron tan aniquilados que apenas hay quien los conozca. No permita Dios que volvamos á darles crédito; pero pues no hay inconveniente en darlos á conocer, podemos muy bien presentarlos á las claras, para hacerles perder todo el vano aprecio que su rareza podria tal vez haberles granjeado en ciertos espíritus desconfiados, que creen que se pretende ocultarlos por cuanto no hay fuerza para combatirlos. Consiógan llevar caracteres tan visibiles de su falsedad y suposicion, que basta abrirlos para despreciarlos.

He aqui la lista de los Evangelios falsos de que tenemos conocimiento, y que se hallan notados en los padres. Algunos de ellos todavia existen; otros enteramente se han perdido.

1. El evangelio segun los Hebreos.

2. Segun los Nazareos.

3. El de los doce apóstoles.

4. El de S. Pedro.

5. Segun los Egipcios.

6. El del nacimiento de la santa Virgen. Se halla en latin.

7. El Proto-evangelio de Santiago. Está en griego y en latin.

8. El evangelio de la infancia del Salvador. Está en griego y en árabe.

II.
Lista de los
evangelios a-
pócrifos que
conocemos.

Estos cuatro evangelios son
verisimilmente los mismos
con diferentes titulos.

opinion del siglo octavo y nono. Esos antiguos no creían que S. Juan hubiera dejado de morir, sino simplemente que en recompensa de su inviolable virginidad, Dios le había concedido en una edad muy avanzada, una muerte feliz sin incomodidad y sin dolor. Hemos visto el hilo de esta tradicion no interrumpida en los comentadores griegos y latinos que ha habido hasta aqui.

Debe pues concluirse que la opinion que sostiene no haber muerto S. Juan o haber ya resucitado, no está apoyada sobre algun fundamento sólido, y que ni los antiguos ni los modernos escritores, á excepcion de un pequenísimo número, la han mirado como opinion popular indigna de fe; y es en vano que quiera llamarse á su favor á la Iglesia latina, pues nunca la adoptó. Por lo que toca á los Griegos, sin dificultad los abandonaremos, porque desde su cisma han caído en tal ignorancia, errores y supersticiones que los ha puesto bien distantes de la piedad e ilustracion de sus antepasados.

DISERTACION

SOBRE

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS.

L
Origen de
los evange-
lios apócri-
fos.

SAN LUCAS en el principio de su evangelio nos enseña que muchos antes de él habían emprendido dar la historia de las cosas que pasaron en el origen del cristianismo; pero como probablemente los mas de esos escritores eran ó muy concisos, ó muy difusos, ó no muy exactos, se creyó este evangelista obligado á componer una relacion mejor, para desacreditar esos escritos tan defectuosos. Lo consiguió ciertamente, y lo que escribió se ha reconocido inspirado de Dios; los cuatro verdaderos evangelios, á saber, el de S. Mateo, de S. Marcos de S. Lucas, y últimamente el de S. Juan, siendo los únicos aprobados por los apóstoles, y recibidos por las principales iglesias, han hecho que los demas cayeran en desprecio; y aun se duda si el día de hoy quedan algunos de los que se escribieron antes de S. Lucas.

Pero el padre de la mentira que ha suscitado falsos cristos, falsos profetas y falsos obradores de milagros, para desacreditar á Jesucristo y sus prodigios, suscitó tambien impostores que corrompieran las verdaderas Escrituras, ó que compusieran otras falsas, para disminuir la autoridad de las que eran obra del Espíritu Santo, y que contenian la palabra de vida y la revelacion de las verdades eternas. Lo que hay en esto mas admirable es, que hombres piadosos, pero poco instruidos, emprendieran por un pésimo ejemplo forjar obras que creían podian ser útiles á la religion, y con

un engaño piadoso quisieron atraer á su partido á los Judios ó á los paganos incrédulos, proponiendo á los primeros los libros con el nombre de autores célebres de su nacion, como Esdras, Santiago, á otros; y á los segundos, versos de las sibilas y oráculos tan favorables al cristianismo, que si hubieran sido ciertos, nadie habria podido resistir á su autoridad y á su evidencia.

Con semejantes escritos dañaban á la religion mas de lo que pensaban; porque mezclando en sus obras la verdad con la mentira, y lo cierto con lo dudoso, daban sin advertirlo á sus enemigos armas para atacar las verdaderas Escrituras, y los enseñaban á forjar á su vez escritos con la capa de nombres respetables y antiguos, totalmente contrarios á nuestros principios y á la verdad de nuestras Escrituras. Celso, Porfirio y Juliano Apóstata, no dejaron de prevalerse de este camino que se les habia abierto; y tambien nuestros incrédulos el día de hoy, para destruir la verdad de la religion, y la autenticidad de nuestros libros santos.

Los padres han conocido muy bien los perniciosos efectos de esta libertad; y esto es lo que los ha hecho tan religiosos en conservar los sagrados libros, y tan circunspectos para no recibir mas que los verdaderos y auténticos. Esto es lo que por muchísimo tiempo contuvo á muchas Iglesias, para no querer admitir ciertos libros de la Escritura; porque veían que otras dudaban de ellos; y esto es en fin lo que obligó á los concilios y santos padres á dar frecuentisimamente los catálogos de los libros sagrados, y á refular, condenar y suprimir con tanto cuidado los que la malicia de los herejes ó una reprehensible simplicidad de algunos cristianos habian querido introducirá la sombra de los grandes nombres de los apóstoles ó de los antiguos discipulos del Salvador.

Los fieles el día de hoy están bastante instruidos sobre lo relativo á los libros apócrifos, y no sabemos que haya alguno que se empeñe en defenderlos. Cayeron en el desprecio y en la obscuridad, y quedaron tan aniquilados que apenas hay quien los conozca. No permita Dios que volvamos á darles crédito; pero pues no hay inconveniente en darlos á conocer, podemos muy bien presentarlos á las claras, para hacerles perder todo el vano aprecio que su rareza podria tal vez haberles granjeado en ciertos espíritus desconfiados, que creen que se pretende ocultarlos por cuanto no hay fuerza para combatirlos. Consiógan llevar caracteres tan visibiles de su falsedad y suposicion, que basta abrirlos para despreciarlos.

He aqui la lista de los Evangelios falsos de que tenemos conocimiento, y que se hallan notados en los padres. Algunos de ellos todavia existen; otros enteramente se han perdido.

1. El evangelio segun los Hebreos.

2. Segun los Nazareos.

3. El de los doce apóstoles.

4. El de S. Pedro.

5. Segun los Egipcios.

6. El del nacimiento de la santa Virgen. Se halla en latin.

7. El Proto-evangelio de Santiago. Está en griego y en latin.

8. El evangelio de la infancia del Salvador. Está en griego y en árabe.

II.
Lista de los
evangelios a-
pócrifos que
conocemos.

Estos cuatro evangelios son
verisimilmente los mismos
con diferentes titulos.

9. El de santo Tomas. Es el mismo que el precedente.
10. El de Nicodemo. Está en latin.
11. El eterno.
12. El de S. Andrés.
13. El de S. Bartolomé.
14. El de Apolos.
15. El de Basilides.
16. El de Cerinto.
17. El de los ebionitas.
18. El de los encratitas.
19. El de Eva.
20. El de los gnósticos.
21. El de Marcion.
22. El de S. Pablo. El mismo que el de Marcion.
23. Las Interrogaciones grandes y pequeñas de Maria.
24. El libro del nacimiento del Salvador. Verisimilmente el mismo que el Proto-evangelio de Santiago.
25. El evangelio de S. Juan, por otro nombre el Libro de la muerte de la santa Virgen. Está manuscrito en griego.
26. El de S. Matias.
27. El de la Perfeccion.
28. El de los Simonitas.
29. Segun los Siros.
30. El de Taciano. El mismo que de los encratitas.
31. El de Tadeo ó de S. Judas.
32. El de Valentin.
33. El de vida ó el viviente.
34. El de S. Felipe.
35. El de S. Bernabé.
36. El de Santiago el Mayor.
37. El de Judas Iscariote.
38. El de la verdad. El mismo que el de Valentin.
39. Los falsos evangelios de Leucio, de Seleuco, de Luciano, de Hesiquio.

Hay muchos de estos evangelios que tienen muchos títulos, y creemos que podrian reducirse á menor número que el que acabamos de ver; pero es cierto que es muy grande como se verá despues.

III.

Notas sobre esos falsos evangelios, y desde luego sobre el de los Hebreos, de los Nasireos, de los doze apóstoles y sobre el de S. Pedro.

Unánimemente dicen los antiguos, que S. Mateo escribió su evangelio en hebreo, ó en siríaco, que era la lengua vulgar de la Palestina; estuvo en mucho uso entre los Judios convertidos al cristianismo; y parece que de ahí vinieron los cuatro primeros de este catálogo.

S. Gerónimo nos asegura (1) haber tenido en su mano un ejemplar del evangelio de S. Mateo, ó segun los Hebreos, que tambien lo tenia traducido en griego y en latin. Dice que Orígenes lo cita con mucha frecuencia; y no dudaba, como ni S. Epifanio, que fuese el original verdadero de S. Mateo, aunque muy alterado por los cristianos hebraizantes, de los cuales los mas no conservaron mucho tiempo en su primitiva pureza el depósito de la fe.

(1) Hieron. in Catal. voce Antithanas, et voce Jacobus, et in Matth. xii.

Comenzaron por mezclarle diversas particularidades, que afirmaban haber sabido de boca de los apóstoles ó de los primeros discipulos, lo que lo hizo desde luego sospechoso á los demas fieles. Despues habiéndolo corrompido los ebionitas con quitarle y ponerle lo que juzgaban favorable á sus errores, quedó absolutamente abandonado de todas las otras iglesias. Desde el tiempo de Orígenes, es decir desde el siglo tercero, no se tuvo ya por auténtico (1). Eusebio lo pone entre los escritos supuestos; y los pasages que de él se hallan citados en San Ignacio, San Clemente Alejandro, San Gerónimo y otros, los cuales no se encuentran en el griego auténtico que tenemos en nuestras manos, manifiestan claramente estar muy alterado ese original hebreo.

Contiene tambien cosas ridiculas y errores, como lo que en él se lee de aquel hombre que se rascó la cabeza cuando Jesucristo le dijo: *Ve, vende tus bienes, dáslos á los pobres y sigúeme* (2); y lo que refiere de que Jesucristo fué conducido contra su voluntad al bautismo de San Juan (3). San Gerónimo cita esta sentencia del Evangelio de los Hebreos: *Jamás tengais gozo mas que cuando veais á nuestro hermano en la caridad* (4).

San Clemente Alejandro (5) cita del mismo Evangelio estas palabras: *El que admirará, reinará; y el que reinará descansará; y estas otras: Mi secreto es para mi y para los de mi casa* (6). Mas esta última sentencia bien podrá ser tomada del evangelio segun San Juan, hace decir á Jesucristo, segun el evangelio de los Hebreos: *Mi madre el Santo Espíritu me ha tomado por uno de mis cabellos, y me ha trasportado al alto monte del Tabor* (7). Es bien notar de paso, que en hebreo la palabra *Rouah* que significa el Espíritu, frecuentamente se usa en femenino, de donde ha venido el decir, *mi madre el santo espíritu*. Tambien se leia en el mismo evangelio que el Espíritu Santo hablando á Jesucristo, al salir del agua del bautismo de San Juan, le dijo: *Hijo mio, yo esperaba tu venida en todos los profetas: tú eres mi hijo primogenito que reinas eternamente*. Y en otra parte (8): *La madre de Jesus y sus hermanos le decian: He aquí á Juan que bautiza para la remision de los pecadores; vamos á que nos bautice*. Mas Jesus le respondió: *Qué mal he cometido yo para ser bautizado por él, á no ser que sea un pecado de ignorancia esa misma que acabo de decir*? Otros muchísimos pasages se hallarian todavia sacados de este evangelio, los cuales hemos referido en nuestro comentario.

Es muy verisímil que el evangelio que se halla citado bajo el nombre de *Evangelio de los doce apóstoles* (9), sea el mismo hebreo de San Mateo. Asi es como lo llamaban los cristianos hebraizantes queriendo aparentar que lo habian recibido del colegio de los doce apóstoles, y que en él habian reunido todo lo que habian oido de su boca. Tambien se le dió el nombre de *Evangelio*

(1) Orig. in Matth. hom. 8. edit. lat. (2) Hieron. (3) Hieron. contra Pelag. l. iii. c. 1. (4) Hieron. in Ephes. v. 4. (5) Clem. Alex. Strom. l. i. (6) Idem. Strom. l. 5. (7) Orig. in Joan. l. 2. p. 58. Vide et hom. 15. in Jerem. p. 145. Edit. Hoei. et Hieron. in Jo. xii. 11. (8) Hieron. cont. Pelag. l. iii. c. 1. (9) Ajunt. Orig. hom. 8. in Matth. Ambros. presen. in Luc. Hier. cont. Pelag. l. iii. c. 1.

de los Nazareos (1), porque de él se servían los primeros cristianos llamados así por la patria de nuestro Señor que era de Nazaret. Este nombre en su principio nada tuvo de injurioso; pero despues significaba cierta clase de hereges con demasiada tenacidad adheridos á las ceremonias de la ley, sin las que no creían que pudieran haber salvacion.

Por muchisimo tiempo se conservó este evangelio en su pureza en poder de los Nazareos ó de los primeros fieles (2), aun despues de estar corrompido por los ebionitas que se separaron de ellos, y cayeron en muchos errores contra la divinidad de Jesucristo y virginidad de Maria. En tiempo de San Gerónimo (3) todavía existían Nazareos, y no se les echaba en cara error alguno igual al de los ebionitas; Nada quitaban al Evangelio, y despreciaban las tradiciones de los fariseos, sin embargo de ser por otra parte muy celosos de las observancias de la ley.

Teodoro (4) nos enseña que algunas veces se llamaba tambien Evangelio de San Pedro (5), ó Evangelio segun San Pedro (6) ese de que se servían los Nazareos, y los hereges doctos del segundo siglo que enseñaban que Jesucristo ni habia nacido, ni padecido, ni muerto mas que en la apariencia. Reconocian por su jefe á Julio Casiano (7), discípulo de Valentin en quien tuvo principio esta heregia bujo el imperio de Marco Aurelio. Serapion, obispo de Antioquia bujo el emperador Commodo, atacó á Marciano, discípulo de Casiano (8).

Puede ser tal vez que la predicacion de San Pedro (9), de que se servía Heracleon, amigo de Valentin, fuera la misma que el evangelio segun San Pedro de que acaba de hablarse. Todos esos hereges habian salido del seno de los primeros hebreos convertidos, todos tenían el mismo evangelio, y está uno le añadía ó le quitaba segun le parecia. En cuanto á la substancia, ese era el Evangelio de San Mateo escrito en hebreo.

5. El Evangelio segun los Egipcios, que se halla citado por S. Clemente papa (10), por San Clemente Alejandrino (11) por San Epifanio (12), por San Gerónimo (13), por Teodeto (14), y del que tambien hacen mencion Origenes (15), Tito de Bostrea, y Teofilacto sobre San Mateo, es el mas antiguo de los evangelios apócrifos que han llegado á nuestra noticia.

San Clemente papa refiere segun este evangelio, que cierto hombre habiendo preguntado un dia á Jesucristo cuando acabaría el mundo, el Salvador le respondió: *Cuando dos no sean mas que uno; cuando lo que está fuera, esté dentro; y cuando el hombre y la muger no sean ni varón ni hembra* (16). San Clemente Alejandrino añade, y cuando tú hollares con los pies, la vestidura de tu desnudez.

(1) *Iren.* l. i. c. 26. et l. iii. c. 11. *Iren.* in *Matth.* xi. (2) S. Ignacio segun Eusebio, l. iii. c. 36. *Hist. Eccl.* S. Gerónimo sobre S. Mateo. S. Epifanio heregia 24 al fin, citan este evangelio como el verdadero de S. Mateo. (3) *Hier.* in *Iesi.* vii. 2. xix. 20. xxxi. 6. ix. 1. (4) *Theodor.* *heres. Fabul.* l. ii. c. 2. (5) *Prolog.* Serapion. (6) *Euseb.* l. vi. c. 3. *Orig.* in *Matth.* p. 223. edit. *Huet.* (7) *Clem. Alex.* *Strom.* l. iii. (8) *Euseb.* *Hist. Eccl.* l. vi. c. 12. (9) *Orig.* *Clem. Alex.* *Euseb.* (10) *Clem. Rom.* ep. 2. 4. 12. (11) *Clem. Alex.* l. iii. *Strom.* p. 445. (12) *Epiph.* *heres.* 12. (13) *Iren.* *Præm.* in *Matth.* (14) *Théod.* in *calce Oper.* S. *Clem. Alex.* (15) *Orig.* in *Matth.* pag. 331. (16) *Apud Clem. Rom.* loco citato.

IV.
Notas sobre
el evangelio
segun los E.
gipcios.

Parece que eso no quiere decir otra cosa, sino que la segunda venida de Jesucristo no acontecerá sino cuando los hombres hayan resucitado, que estén desnudos sin sentir los movimientos de la concupiscencia, y en alguna manera en el estado de los ángeles que ni se casan ni tienen mugeres. Tambien parece inusuar la opinion que sostuvieron algunos antiguos de que en la resurreccion no habrá diversidad de sexos. Tambien puede entenderse que solo se quiso decir que se establecerá el cristianismo por la union que formarán en la Iglesia los dos pueblos judío y gentil.

En el mismo Evangelio se leia que habiendo preguntado Salomé al Salvador *¿hasta cuando estarian los hombres sujetos á la muerte?* respondió: *Lo estarian mientras vosotras engendrais hijos.* *Hice yo muy bien en no tenerlos,* replicó Salomé. Mas el Salvador la dijo: *Alimentate de toda clase de yerbas, menos de la que fuere amarga* (1). Tambien cita San Clemente Alejandrino estas otras palabras: *Yo he venido á destruir las obras de la muger,* significando con esto el amor y la generacion. Muy bien se conoce qué abusos tan grandes podian acarrear esas máximas. Por tanto los hereges enemigos de la generacion, y apasionados por la disolucion y el libertinage, se servían de ellas para autorizar sus desordenes. Como todo era enigmático, tambien admitia un buen sentido. Bajo el nombre de yerba amarga podia significarse el pecado original causado por la desobediencia de la primera muger.

San Epifanio dice que en ese Evangelio buscaban los sabelianos el apoyo de su error, pretendiendo que en él habia dicho el Salvador, que *el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno mismo;* lo cual es verdadero en un sentido católico, porque las tres personas divinas no son mas que una misma esencia; pero si es falso que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no sean tres personas distintas, ni sean mas que tres nombres de una misma cosa.

Algunos (2) creyeron que este evangelio era el mismo que el de Basílides, fundados en que este propagó su error en Egipto. Baronio (3) conjeturó que algunos hereges de Egipto lo forjaron, poniéndole el nombre de S. Marcos. M. Grabe (4) juzga que fué compuesto por los cristianos de Egipto antes que S. Lucas hubiera escrito el suyo, y cree que es el que principalmente tenía este santo á la vista, cuando dijo al principio de su evangelio, que muchos años que él habian intentado escribir la historia de lo que habia pasado desde el principio del cristianismo. M. Milla (5) quiere que haya sido compuesto en favor de los esenos, que fueron en su concepto, los primeros y mas perfectos cristianos del Egipto. Se sabe cuánto les agradaban las parábolas y las explicaciones alegóricas, y cuánto estimaban la castidad. En los pocos fragmentos que de ellos nos han quedado se ve que sobre estos dos artículos tenían bastante para quedar satisfechos. Mas para formar un juicio mas cierto, sería necesario tenerlo todo completo; pero absolutamente se ha perdido, á excepcion de los fragmentos que hemos citado.

6 y 7. El evangelio del nacimiento de la Virgen. Hasta tres

(1) *Apud Clem. Alex.* l. iii. *Strom.* (2) *Apud Albert. Fabric.* de *Apoer.* N. T. p. 335. (3) *Baron.* ed. an. 44. n. 43. (4) *Græb.* *Spicleg.* *Petrinum.* tom. i. p. 31. (5) *Milla.* *Protég.* 50. in *N. T. Græc.*

V.
Notas sobre
el evangelio
del nacimiento
de la santa
Virgen, y
del proto-
evangelio de
Santiago.

evangelios se conocen de este nacimiento, y nosotros todavía tenemos dos completos. El principal es el *Proto-evangelio atribuido á Santiago el menor*, obispo de Jerusalem: lo hay en griego y en latín. El segundo es el *evangelio de la natividad de la Virgen*, que solamente lo hay en latín con una carta de los pretendidos Cromacio y Heliodoro á S. Geronimo, suplicándole traduca esta obra del hebreo al latín, y la pretendida respuesta de S. Geronimo encargándole de este trabajo; pero tan apócrifas son las cartas como la respuesta. El *evangelio latino del nacimiento de Maria* no es más que el compendio del *Proto-evangelio de Santiago*, del que hemos hablado largamente en la Disertación en que procuramos conciliar á S. Lucas con S. Mateo, sobre la genealogía del Salvador.

Finalmente, el tercer *evangelio del nacimiento de la santa Virgen* ya no se encuentra. Solamente S. Epifanio refiere de él una circunstancia notable, pero fabulosa, de la cual habla Serapion, obispo de Tmis en su libro contra los maniqueos. He aquí lo que dice S. Epifanio (1): Zacarias, padre de Juan Bautista, estando en el templo donde ofrecía el incienso, vió un hombre en figura de asno que se le puso delante. Habiendo Zacarias salido del templo, exclamó: ¡Qué infelices sois! ¡qué es lo que adoráis! Pero la figura que habia visto le cerró la boca y no lo dejó decir más. Despues que recobró la voz en el nacimiento de Juan Bautista, atreviéndose á publicar este misterio de iniquidad, los Judios le dieron muerte en el templo, en cuyo pavimento quedaron impresas las señales de su sangre.

San Agustín (2) tambien nos enseña que el libro del nacimiento de Maria, del que se servían los maniqueos decia, que Joaquin, padre de la santa Virgen, era de la tribu de Leví (3); en lugar que los libros que tenemos bajo los mismos titulos, claramente notan que era del linaje de David, y por consiguiente de la tribu de Judá. El *Proto-evangelio* no denota expresamente su familia; si insinúa que era riquísima, y que tenia muchos rebaños en el campo. Es indubitable que esos falsos evangelios de quienes parece ser original el *Proto-evangelio* sean muy antiguos, pues se ven citados desde los primeros siglos. S. Epifanio los atribuye (4) á los gnósticos. Orígenes (5) y Tertuliano (6) los citan. Serapion (7) que vivía en el siglo cuarto, S. Gregorio Niceno (8), S. Geronimo (9), S. Zenon de Verona (10), el autor de la obra imperfecta sobre S. Mateo (11), Eustacio de Antioquia (12) ó el autor publicado bajo su nombre por Alacio, S. Pedro Alejandrino (13) y otros muchos lo mentan expresamente, y hacen alusion á él en sus obras.

8 y 9. El *evangelio de la infancia del Salvador* fué muy conocido de los antiguos (14). Nosotros lo tenemos completo en árabe

VI.
Notas sobre

(1) *Epiph. heres.* 26. n. 12.—(2) *Aug. l. xxii. contra Faust.* c. 29.—(3) *Aug. ibid.*
(4) *Epiph. heres.* 26. n. 12.—(5) *Orig. l. xi. in Matth.* p. 223.—(6) *Tertull. Scorpia.*
c. 8.—(7) *Serapion contra Manichaeos.* (8) *Greg. Nyss. tom. de Nativitate B. M.* (9)
Her. contra Heloid. (10) *Zeno Veron. hom. 6. de Nativit.* (11) *Opus imperf. tom. 2.*
(12) *Euseb. in Hexaem.* p. 70. (13) *Petr. Alex. Can. 13. de Penitentia.* (14)
Iren. advers. heres. l. i. c. 17. *Epiph. heres.* 51. num. 30. *Orig. hom. 1. in Luc. Chrys.*
hom. 16. et 20. in Joann. Ambros. proem. in Luc. Hieron. pref. in Matth. Euseb. l. ii. in
Hist. eccl. c. 25. Cyrill. Jerosol. Catech. 4. et 6. Athanas. in Synopsi. Alii plures apud

de juntamente con la version de Henrique Sikio. M. Cotelier dió un fragmento en griego en el que el autor tomó el nombre de Tomas. Esta obra está llena de milagros que supone haber sido hechos por Jesus desde su tierna infancia en su viaje de Egipto, y despues de su vuelta á Nazaret hasta la edad de doce años; pero los unos son increíbles y tan pueriles, que solamente hallarán acogida en personas demasiado crédulas e ignorantes. Por otra parte S. Juan evangelista expresamente nos dice que la conversión de agua en vino en las bodas de Caná es el primer milagro que hizo el Salvador (1). Y efectivamente ¿podria haber llevado Jesucristo por tanto tiempo una vida tan oscura, si desde sus primeros años hubiera obrado tantos prodigios?

Algunos han atribuido ese evangelio á S. Pedro, otros á S. Mateo, y otros á santo Tomas; pero es muy verisímil que haya sido compuesto por los primeros hereses del cristianismo. San Ireneo (2) dice que los marcionitas, que eran cierta especie de gnósticos, se servían de él. Orígenes, S. Ambrosio y S. Geronimo hablan de él bajo el nombre de evangelio de santo Tomas apóstol; pero S. Cirilo de Jerusalem asegura (3) no ser de este apóstol, sino de Tomas, uno de los tres discípulos del herearca Manes. Estos tres discípulos son Tomas, Baddas y Hermas. Pero si Tomas, discípulo de Manes es el autor del libro de la infancia del Salvador, es necesario distinguirlo del que conocemos hoy, y que está citado por S. Ireneo y Orígenes, y parece ser mas antiguo que Mateo. Gelasio y el presbítero Timoteo (4) distinguen el evangelio de Tomas del de la infancia; pero es mas probable que sea uno mismo, y que S. Cirilo no estuviera bien instruido cuando creyó que el de la infancia era el del maniqueo Tomas, y no pudo tener otro fundamento de su opinion, sino el que los maniqueos lo usaban comunmente, como lo nota S. Agustín, y despues de él otros muchos (5). Este padre cita (6) un pasaje sacado del libro apócrifo de los maniqueos, que probablemente era uno de sus evangelios. Habiendo preguntado los apóstoles á Jesucristo lo que debían pensar de los profetas, les respondió: Vosotros abandonáis al que á vuestra vista vive, y os informáis de los muertos. Algunos sabios creyeron que hubo dos evangelios de la infancia: uno el que usaban los gnósticos, y otro el de que se servían los maniqueos.

He aquí el compendio de los milagros que se leen en el libro de la Infancia que dió en árabe Sikio. Comienza de esta manera: Se dice en el libro de José, por otro nombre Caifas, que Jesus habló en la cuna. (Esto se lee tambien en muchos lugares del Alcoran). Maria, aproximándose á Bolen con José, le dijo que ya llegaba la hora de su parto, y no habiendo podido llegar á la ciudad, entró en una cueva donde parió. En este intervalo habia salido José á buscar una partera, y llegando con ella encontró la cueva toda llena de luz, y al infante recién nacido reclinado en un

Albert. Fabric. de Apocryp. N. T. (1) *Joan. ii. 11.* (2) *Iren. l. i. c. 17.* (3) *Cyrill. Jerosol. Catech. 6.* (4) *Timoth. presb. Constitutio. l. de his qui ad Eccles. accedunt, editio á Mauris de curia divina.* p. 117. (5) *Aug. contra Adimant.* c. 17. et l. xxi. *contra Faust.* c. 79. et l. i. de Seru. Domini in monte. c. 20. num. 65. (6) *Aug. contra adimant. leg. et proph. l. ii. esp. 6.*

pebre y envuelto en unos lienzos. Habiéndolo tocado la mujer, quedó en el momento limpia de la lepra de que adolecía. Los ángeles llenos de resplandores aparecieron á los pastores, conforme lo refiere S. Lucas. El Niño fué circuncidado en la caverna, y la misma partera que fué sanada, guardó el prepucio. Esta pellicia se conservó en un vaso de alabastro con preciosos ungüentos, y este es el mismo que compró Maria la pecadora que ungió los piés del Salvador.

A los cuarenta dias despues de su nacimiento fué presentado al templo, acompañado de ángeles que como sus guardias lo rodeaban. El anciano Simeon lo recibió en sus brazos, y Ana la profetisa dió gracias á Dios. Habiendo venido los magos á Belen, segun la prediccion de Zoroástrés, recibieron de Maria uno de los lienzos en que envolvía á su tierno Hijo Jesus; y siguiendo al ángel que bajo la forma de una estrella se les habia aparecido, regresaron á su pais.

Arrojado al fuego dicho lienzo se le sacó ileso. Habiendo resuelto Heródes matar á todos los niños de Belen, se le advirtió á José en el sueño que se salvara huyendo á Egipto, y cuando llegó á Alejandria, el idolo (de Serapis) vino al suelo. Todo el pais fué conmovido por un gran temblor de tierra, y el hijo del sacerdote quedó libre de los demonios que lo ocupaban, tocando los lienzos de Jesus. José y Maria por temor de los paganos se retiraron de Alejandria, y se salvaron en el desierto entrándose en una cueva de ladrones, los que atemorizados por un gran ruido que creyeron oír, desataron á los que tenían presos, y se salvaron. Una muger poseida de un demonio que lo ocupaban, habiendo quedado muda, abrazando al pequeño Jesus, recobró la palabra. Otra muger quedó libre tambien de un demonio que en forma de serpiente la atormentaba todas las noches.

Otra muger leprosa y un niño que lo era de nacimiento, sanaron frotándose con el agua en que se habia lavado Jesus.

Otro hombre quedó libre de un maleficio que le impedía consumir su matrimonio. Otro jóven convertido en muleto, fué restablecido á su primer estado. De dos ladrones llamados Tito y Dumaco, que dejaron pasar á José y á Maria sin hacerles mal, predijo Jesus que ambos serian crucificados con él. Habiendo llegado á Matara, cerca de una fuente, la santa Virgen lavó allí la túnica del Salvador, de cuyo sudor nace bálsamo. (Zozomeno, lib. v. cap. xxi. refiere algunos otros milagros sucedidos en ese lugar). Tres años vivieron en Egipto, y allí Jesus obró una infinidad de milagros que en ninguna parte se hallan escritos. Avisado José por un ángel que se volviese á Nazaret, fué primero á Belen, en donde curó Jesucristo á un niño que se hallaba muy enfermo, y resucitó á otro con la agua en que habia sido lavado.

Dos mugeres casadas con un mismo marido tenia cada una un hijo enfermo: la una ocurrió á Maria, de quien obtuvo un lienzo de los de Jesus, lo aplicó á su hijo, y lo curó. El niño de su rival murió, lo que fué causa de un gran zelo entre ellas. La madre del hijo muerto, arrojó al de la otra en un horno ardiente; pero el infante no sintió mal alguno: lo echó despues en un pozo, del que

se le sacó sin ninguna incomodidad. Pasados algunos dias, esta muger cayó en el pozo, y pereció en él. Otra tenia dos hijos, y estando ya muerto el uno, el otro se hallaba en sumo peligro, pero fué curado con reclinarlo en el lecho del pequeño Jesus; y ese es el que en el Evangelio es nombrado Bartolomé. Con la agua en que habia sido lavado Jesus fueron curadas de su lepra dos mugeres. Fué libre del demonio una niña á quien se le aparecia en figura de un dragon que la queria devorar.

Tenia una muger un hijo llamado Judas, que es el Iscariote, poseido del demonio; lo pusieron cerca de Jesus, y quedó libre mordándole el costado que fué traspasado con una lanza en la passion. Cierta dia jugando con Jesus los niños, formaban con tierra unos animales pequenitos: Jesus los imitaba pero dándoles vida, de manera que los animalitos iban y venian, bebían y comían. (Se habla de este milagro en el Alcoran, surat 3 y 5, y en *Toldot de Jesus*). Entrando Jesus en la oficina de un tintorero, echó en la paila todos cuantos vestidos y telas allí existían, y dió á cada una de ellas el color que el dueño queria. Iba José con Jesus por las casas de la ciudad, trabajando en su oficio de carpintero y ebanista, y cuanto encontraba mas grande ó pequeño de lo necesario, Jesus lo reducía al tamaño conveniente. De este modo amplió el trono del rey de Jerusalem, compuesto de una preciosa madera conservada desde el tiempo de Salomon, en lo que trabajó José dos años.

Habiéndose unido Jesus con los niños que jugaban, los transformó en machos de cabrío, y los restituyó despues á su primer estado. Siendo mordido un jóven por una vivora, Jesus lo hizo venir al agujero del reptil, llamó á la vivora, la hizo chupar el veneno que habia introducido en la llaga, hizo que la abrieran, sanó el niño, y le predijo que seria un dia discipulo suyo: ese es Simon Zelotes. En otra ocasion curó á su hermano Santiago mordido por una vivora en un bosque á donde José los habia enviado á cortar madera. Habiendo caído de lo alto del techo un niño que estaba con él, se mató: Jesus fué acusado como autor de esta muerte; mas lo hizo hablar y declarar que no habia caído por él. En cierto dia lo envió Maria á que sacara agua, la que recogió en su manto por haberse roto el cántaro, y la llevó á su madre.

En un sábado formó con lodo una pequeña fuente con doce gorriones de la misma materia; y avisado Anani de que violaba el sábado, ocurrió allí, y vió con admiracion que los gorriones se volaban. Queriendo el hijo de Anani destruir la fuente, desapareció el agua; y Jesus le dijo que de la misma manera desaparecería su vida; y al instante se secó, y murió. A otro muchacho que lo queria derribar lo amenazó con que lo haria caer; cayó en efecto y al instante murió. A un maestro de escuela de Jerusalem que deseaba tener por discipulo á Jesucristo, le propuso cuestiones que lo embrazaron é hicieron ver que sabia mas que él. A continuacion le recibió solo el alfabeto dejándolo admirado. El maestro lo quiso azotar, pero se quedó con la mano seca y repentinamente murió.

Jesus habiendo ido á Jerusalem de edad de doce años, se sentó en medio de los doctores preguntándoles y respondiéndoles no solamente sobre la ley, sino tambien sobre filosofia, astronomia y so-

bre toda clase de ciencias; de manera que los doctores quedaron asombrados. De allí se volvió á Nazaret con José y María, en donde permaneció hasta la edad de treinta años, *ocultando sus milagros y estudiando la ley*. He aquí el compendio del Evangelio de la infancia, según lo ha dado en árabe Sikio.

Por el fragmento que hizo imprimir M. Cotelier, parece que el griego era algo diverso así en el orden de los milagros como en las circunstancias. El primero que refiere es el de los doce gorriones de barro, á quienes dió vida Jesús. Dice que aclaró las aguas de sus fuentes, y restituyó la sanidad y el movimiento al hijo de Anani, que habia quedado como paralítico por haberla derramado; pero le dejó sin embargo un miembro seco, para que siempre se acordara del milagro. Andaba un día en la calle, y á un niño que lo detuvo por la espalda, le dijo: No pasarás adelante. El muchacho murió al momento, y sus padres llevaron la queja á José; pero Jesús los dejó ciegos, por lo que acusándolo de nuevo, su padre le estiró las orejas, y cólico Jesús, le dijo: Bastete que esas gentes busquen sin encontrar; no has procedido sabiamente, acuérdate que soy tu hijo y déjame en paz. Después de eso cuenta la historia del maestro de escuela y del tintorero. Por este fragmento se ve que el evangelio griego era mas impertinente que el árabe, cuyo compendio dimos antes.

10. El *evangelio de Nicodemus* no es conocido de los antiguos, pues no se le encuentra en los autores griegos. El *Synaxarion* de los Griegos, libro muy reciente, hace mención de él, pero únicamente con un *oi* decir. Los antiguos frecuentemente citan las *actas de Pilato* (1), que forman lo substancial de ese falso evangelio. En él se encuentra lo que habia en las actas antiguas, pero mezclado con infinitas circunstancias fabulosas. Tampoco se conoca en tiempo de Pablo Orosio (2) y de Gregorio de Tours (3), que solamente citaban las actas de Pilato.

M. Fabricio (4) conjetura haber sido los ingleses los que lo forjaron, tal cual lo tenemos, desde que pretendieron que fuera Nicodemus su primer apóstol. Lo que hay de cierto es que el estado en que está, es mas reciente que los padres antiguos que conocieron las actas de Pilato. Su latin es muy bárbaro, y de un estilo muy bajo; nunca estuvo en griego, y en él se leen expresiones que no se usaron sino muchos siglos después de Jesucristo.

Las actas antiguas de Pilato verisimilmente eran sacadas de una carta suya á Tiberio, en la que este gobernador le referia todo lo que sobre Jesús habia pasado; en vez que el evangelio de Nicodemus es una larga, enfiadosa, bárbara y mentirosa narracion supuesta bajo el nombre de Nicodemus, Judío, y que falsamente se pretende haber sido escrita primeramente en hebreo. La verdadera carta de Pilato probablemente ha sido corrompida y demasadamente alterada: algun cristiano por un celo imprudente compuso desde luego un libro muy extenso con el nombre de *Actas de*

(1) Justin. Martir. Apol. 1. p. 76. et 84. Tertul. Apolog. c. 21. Euseb. Chron. l. 2. ad an. 2051. et Hist. l. 2. c. 2. Euseb. contra 33. n. 1. Origenes hom. 7. in Pusch. (2) Paul. Oros. l. 7. Hist. c. 4. (3) Greg. Turon. l. 1. Hist. Franc. c. 21. (4) Fabric. de Apocryph. N. T. p. 215.

Pilato, que habiéndose perdido, se fabricó otro en latin bajo el nombre de *Evangelio de Nicodemus*.

Sea de eso lo que fuere, ese evangelio cuenta que Anas, Caifas, Summas, Datam, Gamaliel, Judas, Levi, Neftalim, Alejandro y Ciro vinieron á acusar á Jesucristo ante Pilato; que este se resistió mucho á condenarlo, pero que vencido finalmente por sus importunidades y amenazas, se lo entregó para que lo crucificaran. El interrogatorio de Pilato, las acusaciones de los Judíos, y las respuestas de Jesús están allí referidas con la mayor extension. Nicodemus se deja ver allí para justificar á Jesús, así tambien como el enfermo que curó en la probática piscina, el ciego de nacimiento á quien restituyó la vista, y la muger que habiendo tocado la orilla de su vestidura quedó sana del flujo de sangre que habia doce años la atormentaba. A esa muger se le da el nombre de *Verónica*. Otros muchísimos testigos comparecieron despues en defensa de Jesús, y contaron los milagros que habia obrado con ellos, ó con otros de que daban testimonio. Pero todo eso no impidió que Pilato lo condenara á morir entre dos ladrones, llamado el uno *Dimas* y el otro *Gestas*.

Fué pues conducido al Calvario y clavado en la cruz, estando Dimas á su diestra y Gestas á su izquierda. Longino hirió el costado de Jesús, y Dimas se convirtió. José de Arimatea puso á Jesús en el sepulcro; y habiéndolo sabido los principales Judíos, lo aprisionaron. Pero se libertó por la noche por el poder de cuatro ángeles que levantaron las paredes de la prison, y cuando ya habia salido, las restituyeron á su mismo lugar. Los soldados que custodiaron el sepulcro refirieron á los Judíos que Jesús habia resucitado; pero se les dió dinero para que no diesen la verdad. Tres hombres vinieron á decir á los senadores haberlo visto sobre el monte de las Olivas hablando con sus discípulos; pero no se les quiso creer. José de Arimatea refirió á Anas y á Caifas como muchos antiguos habian resucitado con Jesucristo, y en particular los dos hermanos del viejo Simeon que lo recibió en sus brazos, que aun vivian, y actualmente se hallaban en Arimatea. Se les hizo venir á Jerusalem, y refirieron muchas cosas maravillosas relativas al descenso de Jesucristo á los infiernos, y el modo en que habian resucitado con otros muchos. Contaron el diálogo de Satanás, príncipe de la muerte, con Lucifer príncipe de los infiernos, que pretendia que Jesús le fuera presentado como los demás muertos; pero que el Salvador abriendo las puertas de los infiernos salió, llevando consigo todos los santos, y dejó allí los demonios y los réprobos. Cuando subian todos esos santos al cielo se les presentaron Henoc y Elias, y los instruyeron sobre lo que debian hacer en el último día contra el Anticristo. Finalmente vino tambien el buen hadon cargando su cruz y entró con ellos en el paraíso. Esto es lo que contaron en Jerusalem *Carino* y *Leucio*, hermanos del anciano Simeon, que escribieron tambien su historia, y súbitamente fueron trasportados al otro lado del Jordan.

Habiendo sabido Pilato estas cosas, se dirigió al templo é hizo que los sacerdotes le mostraran los libros sagrados, y les hizo confesar que Jesucristo era el Mesías verdadero notado en las Es-

crituras. El evangelio de Nicodemus concluye así: *En el nombre de la Santísima Trinidad, fin de la relacion de las cosas hechas por nuestro Salvador Jesucristo, y que se han encontrado por el gran Teodosio, emperador, en el pretorio de Pilato y en los escritos publicos. Formada el año diez y nueve de Tiberio, y el diez y siete de Heródes, rey de Galilea; el octavo de las calendás de abril, el veinte y tres de marzo, el año de la ducentésima segunda olimpiada, bajo los principes de los Judíos, Anas y Caifás. Todo esto se escribió en hebreo por Nicodemus.*

Existen dos cartas latinas de Pilato á Tiberio sobre la muerte de Jesucristo; pero todas contienen en que son recientes y supuestas, y por tanto no hacemos aquí relacion de ellas. Lambecio las habia visto en griego. Pueden verse los libros apócrifos del Nuevo Testamento publicados por M. Fabricio (1).

Eusebio nos dice (2) que los paganos bajo el imperio de Maximiano publicaron actas falsas de Pilato llenas de blasfemias contra Jesucristo, y que se propagaron con mucho empeño por todas partes, por orden del emperador, que obligó á los maestros de escuela á que se les hiciese aprender á los niños. Perdieronse enteramente estas actas, y Eusebio (3) muestra su falsedad por la data que fijaba los sucesos en el cuarto consulado de Tiberio, que viene á ser el año séptimo de su imperio, aun cuando sea cierto que Pilato no fué enviado á Judea sino el año duodécimo de ese emperador. Por último, ningunas actas verdaderas tenemos de Pilato, y puede ser que tales nunca las haya habido. Cuantas existen, que son muchísimas, todas escritas como impresas, todas son falsas. Puede verse esta materia tratada con mas extension en nuestra Disertacion sobre las actas de Pilato.

11. *El evangelio eterno* es nuevo; fué compuesto por un religioso mendicante del siglo décimo tercio, y reprobado por Alejandro IV, y condenado al fuego; pero ordenó que se ejecutara secretamente, para que no causara escándalo á sus hermanos (4). El nombre de evangelio eterno está tomado del Apocalipsis (5), en donde se dice que un ángel lo levaba, y lo publicó en toda la tierra y en todos los pueblos del mundo. El autor que compuso el que apareció en el siglo trece, pretendia que el Evangelio de Jesucristo que tenemos el día de hoy seria abolido, ó á lo ménos abrogado, así como lo fué la ley de Moisés por el Evangelio, en cuanto á sus ceremonias y leyes judiciales. Podremos extendernos mas acerca de esto hablando sobre el Apocalipsis.

12. *El evangelio de S. Andres* no es conocido mas que por el decreto de Gelasio que lo condenó. En otro lugar se hablará de las actas mas célebres y mas conocidas de S. Andres.

13. *El evangelio de S. Bartolomé* tambien fué condenado por Gelasio. S. Geronimo (6) y Beda (7), hacen mencion de él; pero es muy probable que no sea otra cosa que el evangelio hebreo de S. Mateo, que Eusebio (8) y algunos otros despues de él (9) dijeron que lo llevó S. Bartolomé á los Indios en donde lo encontró Pantemo, y de

(1) Vide p. 298. et seq. (2) Euseb. l. ix. c. 5. Hist. eccles. (3) Euseb. l. i. c. 9. et 11. Hist. eccles. (4) Matth. Paris ad ann. 1257. (5) Apoc. xiv. 5. (6) Hier. Proleg. Comment. in Matth. (7) Beda, Proleg. in Lucan. (8) Euseb. lib. v. c. 10. Hist. eccles. (9) Nicephor. l. vi. c. 32. Hieron. Catalog. c. 45.

VIII.
Notas sobre
el evangelio
eterno, sobre
el de S. An-
dres, y sobre
el de S. Bar-
tolomé.

donde lo trasladó á Alejandria. El falso Dionisio Areopagita cita como de S. Bartolomé (1) estas palabras: *La teologia es abundante, y el mismo tiempo concisa; y el Evangelio tambien es á un mismo tiempo amplio y conciso.* Algunos creían que eran tomadas del evangelio de este apóstol (2); pero otros solamente las juzgaban sacadas de algunas cartas (3), y otros (4) de la tradicion que se ha conservado en la memoria de los fieles.

14. *El falso evangelio de Apolos* es conocido en S. Geronimo (5) y en Beda (6). Parece que ese heresiarca no compuso un evangelio nuevo, sino que á imitacion de otros hereges que le precedieron, corrompió los Evangelios verdaderos. Esto es lo que Origenes (7) le comprende con mucho esfuerzo. Y S. Epifanio (8) le atribuye estas palabras que notan bastante cual era su práctica: *Sed, decia, como los buenos cambistas; usad de las Escrituras, y escoged lo mejor que se halla en ellas.* Marcion, su digno discipulo, lo imitó despues añadiendo y quitando en los Evangelios lo que le parecia oportuno.

15. *El evangelio de Basíides* es célebre entre los antiguos (9); pero nada de él tenemos hoy. Parece que Mr. Fabricio creyó que no era otra cosa que los veinte y cuatro libros, que habia escrito sobre los Evangelios, y de los cuales habla Eusebio. Hay algunos fragmentos de ellos en el Spicilegio de Mr. Grabbe (10). Basíides se jactaba de haber tomado su doctrina de Glaucias, intérprete de S. Pedro (11). Origenes y S. Geronimo notan claramente un evangelio segun Basíides, que no anduvo con rodeos, como otros heresiarcas que dan á sus libros el nombre de algun apóstol; sino que sin ceremonia alguna instituyó el suyo: *Evangelio segun Basíides.*

16. *El evangelio de Corinto* es, segun S. Epifanio (12), uno de los que se escribieron antes que S. Lucas emprendiera el suyo, y del que habla el mismo evangelista, diciendo (13) que muchos antes de él habian intentado formarlo. S. Epifanio tambien parece decir en cierto lugar (14) que Corinto se servia del Evangelio de San Mateo; y en otra (15), que los alogianos atribuan a este herege el Evangelio de S. Juan.

17. *El evangelio de los ebionitas* no es otra cosa que el de S. Mateo, que recibian estos hereges, y lo truncaban segun les parecia (16). Lo comenzaban por estas palabras: *En tiempo de Heródes rey de Judea, vino Juan al Jordan á bautizar con el bautismo de penitencia; y de todas partes ocurrían á él para ser bautizados. Era pues del linaje de Aarón, hijo de Zacarías y de Isabel.* Se leia que Jesus habia tambien llegado allí, y que el cielo se habia abierto luego que él salió del agua; y que el Espíritu Santo habia descendido sobre él en figura de una paloma. Entonces se oyó una voz del cielo que decia: *Tú eres mi Hijo muy amado, en quien yo tengo mi complacencia. Y tambien; Yo te engendré el día de hoy. Y al mismo tiempo se dejó ver*

(1) Dionys. de Mystica Theolog. c. 1.—(2) Itin. p. 124. Annot. de Aez. Dulag. l. i. c. 37. de scriptis Diversis. apud Fabric. de apocryp. N. T.—(3) Cordes. in not. ad Dionys.—(4) Maxim. et Puckya. Vide Combes ad Nicet. p. 490.—(5) Hieron. Proleg. Comment. in Matth.—(6) Beda, Proleg. Comment. in Lucan.—(7) Orig. epist. ad Ambros. in Apologia Rufini pro Origine.—(8) Epiph. haeres. 44. n. 2.—(9) Orig. et Ambros. Proleg. in Luc. Hieron. Proleg. in Matth. Orig. l. 28. in Matth. xxiii. 34. 35. Euseb. l. iv. et 7. Hist. eccl.—(10) Vide Grab. Spicileg. PP. parte II. p. 33.—(11) Clem. Alex. l. 7. Strom.—(12) Epiph. haeres. 51.—(13) Luc. 1. 1.—(14) Epiph. haeres. 50. c. 14.—(15) Epiph. haeres. 51. n. 3.—(16) Apud Epiph. haeres. 50. c. 15.

IX.
Notas sobre
los evange-
lios de Apo-
los, de Basi-
lides y de Co-
rinto.

X.
Notas sobre
el evangelio
de los ebio-
nitas.

un gran resplandor de luz, lo cual visto por S. Juan, dijo: ¡Qué eres tú, Señor mío! Y al momento se oyó una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo tengo mis complacencias. Juan entonces postrándose á sus pies le dijo: Tú eres, Señor, quien debe bautizarme; pero Jesus lo contuvo diciéndole: Conviene que nosotros cumplamos todas estas cosas. Por lo dicho se ve que los ebionitas habían alterado mucho el evangelio de S. Mateo, para favorecer el dogma contrario á la divinidad del Salvador.

En otro lugar (1) los ebionitas hacían decir á Jesucristo: Yo he venido á destruir los sacrificios; y si no dejais de sacrificar, la cólera de Dios no cesará de alcanzaros. Lo que Jesucristo dijo á sus apóstoles en la última cena lo leían de esta manera: He deseado comer esta Pascua carnal (ó esta carne de Pascua) con vosotros (2). En vez que S. Lucas sencillamente dice: He deseado vivamente comer esta Pascua con vosotros (3). Estos dos pasajes parecen haber sido contra los nazareos, que todavía observaban las ceremonias legales.

S. Epifanio (4) dice que los herejes para engañar á los sencillos se servían de los nombres de los doce apóstoles, y tenían ciertos libros que decían haber sido compuestos por ellos, por ejemplo, el de Santiago. Verisimilmente quiso denotar el proto evangelio de que ántes se habla.

18. El evangelio de los encratitas no es diferente de los cuatro evangelios canónicos; pero Taciano habiéndolos reunido, compuso uno solo de los cuatro, y este fue nombrado el evangelio de Taciano, ó de los encratitas (5), ó según los Hebreos, Teodoro (6) atestigua que no solamente los encratitas, sino también los católicos de las provincias de Siria y de Cilicia usaban el evangelio de Taciano.

19. El evangelio de Eva corría entre los gnósticos (7), y algunas particularidades se sabían de él: se leía por ejemplo: Yo vi un árbol, que fructificaba doce veces al año: este es el árbol de la vida, entendiendo esto del flujo ordinario de las mugeres. También se leía esta otra especie de enigma: Yo estaba sobre un alto monte, y vi un hombre muy grande, y otro muy pequeño, y oí como la voz de un trueno. Habiéndome entonces acercado, oí estas palabras: Yo soy el que tú eres, y tú eres el que yo soy: donde quiera que estás, estoy yo, y me hallo esparcido en todas partes. Tú en todas cuantas partes quieres me recogas, y recogíendome, tú también te recoges (8). Puede leerse á S. Epifanio, quien pondera la torpeza de estos herejes; y no debemos explicar en nuestro idioma el sentido infame de esas palabras enigmáticas.

20. El evangelio de los gnósticos no era uno solo particular; pues siendo muchísimos estos herejes, y divididos en muchas sectas, era también muy grande el número de sus evangelios (9), tales como los de la infancia y el del nacimiento de María: usaban el libro de las Interrogaciones de María, el evangelio de la perfección, los de Basilides, de Apeles, de Valentin y de Eva. Los gnósticos son los principales por quienes se propagaron en los primeros siglos los mas de los libros malos.

21. El evangelio de Marcion no es mas que el de S. Lucas que re-

(1) Apud Epiph. haer. n. 16.—(2) *Ibid.* n. 21.—(3) Luc. xxii. 15.—(4) Epiph. haer. Ebionit. n. 23. (5) Epiph. haer. 47. n. 1.—(6) Theodor. Haeretic. fabul. l. i. c. 20.—(7) Epiph. haer. 26. n. 2. 3.—(8) *Ibid.* n. 3.—(9) Vide Epiph. haer. 26. n. 8. et 11.

fundió y alteró á su arbitrio este heresia (1). En S. Epifanio y en Tertuliano tenemos muchos ejemplos de lo que habían quitado y alterado los marcionitas, quienes atribuyen este evangelio, no á S. Lucas, sino á S. Pablo, que era el único de los autores sagrados que recibían; y aun no lo seguían en todo, como lo tenemos ya dicho, sino que quitaban así del Evangelio como de las epístolas, todo lo que era contrario á sus errores. En nuestro Comentario (2) hemos notado con bastante puntualidad todos los lugares que alteraron.

22. El evangelio de S. Pablo es el que el mismo menciona en sus cartas; por ejemplo: Dios juzgará según mi evangelio lo que hay mas secreto en el corazón de los hombres (3). Y también: Jesucristo resucitó entre los muertos según mi evangelio (4). Sea que se entienda en general del evangelio de Jesucristo, en el que fue instruido por revelación S. Pablo (5); ó sea que se entienda del de S. Lucas, como lo han explicado algunos antiguos (6), suponiendo que este compañero inseparable de S. Pablo en sus viajes puso por escrito lo que le había oído predicar. Los marcionitas, como acaba de verse, defendían que este evangelio era absolutamente de S. Pablo. El mal habría sido poco considerable, si ellos lo hubieran recibido tal cual es, y sería disculpable su error de atribuir al maestro la obra del discípulo; pero su crimen era el corromper ese libro divino con las mutaciones que en él hacían. No debe pues pensarse que ese evangelio de los marcionitas haya sido diverso en la substancia del de S. Lucas ó de S. Pablo.

23. Las Interrogaciones de María. Entre los gnósticos había dos libros con este nombre; el uno se intitulaba, las grandes Interrogaciones de María; y el otro las pequeñas Interrogaciones de María, donde se leían torpezas y abominaciones que no deben referirse. Los gnósticos se corrompían del modo mas criminal, y comían lo que ellos mismos arrojaban en esta corrupción, diciendo que Jesucristo les había enseñado semejante uso. S. Epifanio (7) refiere sobre esto cosas tan monstruosas, que difícilmente se creerá que haya habido racionales que fueran capaces aun de imaginarlas.

24. El libro del nacimiento del Salvador es conocido en el decreto de Gelasio que lo condenó. Como él lo pone bajo un mismo título con el del nacimiento de la Virgen y de la partera, juzgo que era el mismo que el proto-evangelio de Santiago, donde se refiere el nacimiento del Salvador, y la experiencia que la partera quiso hacer de la integridad de María después de su parto.

25. El evangelio de S. Juan, llamado por otro nombre el libro de la muerte de la Santa Virgen, se condenó por decreto de Gelasio. Se encuentra sin embargo en griego en algunas bibliotecas (8). Hay también algunos manuscritos que se atribuyen á Santiago

(1) Iren. l. 3. c. 12. Hi qui o Marcione evat, non habent Evangelium; hoc enim quod secundum Lucam decurrunt gloriantur se habere Evangelium, etc. Vide et Tertul. l. iv. c. 3. contra Marcion. et Epiph. haer. 42.—(2) Debe tenerse presente que esta disertación es de Calmet.—(3) Rom. vi. 16.—(4) 2. Timot. ii. 8.—(5) Galat. i. 12. Epiph. m. 3.—(6) Iren. l. iii. c. 1. Euseb. l. iii. c. 1. Euseb. l. iii. c. 4. Hist. eccl. Haeretic. Catalog. Quotiescumque in Epistolis dicit Paulus, iuxta Evangelium meum, de Lucae significat coluinar.—(7) Epiph. haer. 26. c. 8.—(8) Cod. Latb. 453. Lambec. l. iv. de Abbat. Vindob. 232. 244. et l. v. p. 24.

Notas sobre los evangelios de Marcion y de S. Pablo.

XI.
Notas sobre los evangelios de los encratitas, de Eva, y de los gnósticos

Notas sobre las Interrogaciones de María, y sobre los libros del nacimiento del Salvador y de la Santa Virgen.

hermano del Señor, y otros á S. Juan evangelista. No se han dado al público ni este los necesita.

XIV.
Notas sobre los evangelios de S. Matias y de la perfeccion.

26. *El evangelio de S. Matias* es conocido en Origenes (1), S. Ambrosio (2), S. Jerónimo (3) y el venerable Beda (4); pero no nos han conservado su nombre. El papa Gelasio lo pone entre los apócrifos. Hay tambien actas apócrifas de S. Matias, y tradiciones ó máximas, que tal vez eran su evangelio, ó cuando ménos estaban sueltas de él. Se dice, por ejemplo, haber enseñado (5) que el primer grado del conocimiento era *admirar las cosas presentes*; queriendo verisimilmente denotar, que no es necesario insistir en esto, ni mirar su uso como indiferente. Los carpo-cracianos le hacian decir tambien que es necesario *combatir la carne y abusar de ella* (6); este es el sentido que le daban los hereges; mas queria decir, que era necesario mortificarse, y no concederle cosa alguna al placer sensual; añadia que *deben procurarse los adelantamientos del alma por la fe y por la ciencia*. Allí tambien se leia, que este apóstol habia acostumbrado decir, que si el ecclíaco de un electo peca, el electo peca tambien: porque si este se hubiera conducido segun el verbo ó la razon lo ordena, su vecino lo habria respetado, y no se habria atrevido á pecar. Esto puede tener un muy buen sentido denotando que la vida de un cristiano debe ser tal, que refrene á los vecinos ó á los que en su presencia quieran pecar. S. Clemente Alejandro (7) que nos ha conservado esas sentencias, nos enseña que no solamente los carpo-cracianos, sino tambien Marcion, Valentin y Basilides abusaban del nombre de S. Matias para sostener sus errores y sus abominaciones.

27. *El evangelio de la perfeccion* era un falso evangelio forjado por los gnosticos para autorizar sus extravagancias y sus acciones vergonzosas. Es solamente conocido por lo mal que de él han hablado los padres. S. Epifanio (8) dice que es una obra diabólica, mas digna de ser llamada la consumacion del dolor y del llanto, que *evangelio de perfeccion*, es decir, la excelente nueva de la perfeccion.

XV.
Notas sobre los evangelios de los simonianos y de los Siros.

28. *El evangelio de los simonianos*, ó de los discipulos de Simon mago está denotado en las Constituciones apostólicas (9) y en el prefacio de los cánones arábigos del concilio niceno (10). Este último escrito nos muestra que los simonianos dividieron su evangelio en cuatro tomos ó cuatro libros, á los cuales llamaron los *cuatro ángulos del mundo*, ó los cuatro goznes sobre que rueda toda la máquina del mundo. Las Constituciones apostólicas nos dicen que Simon y Cleobio compusieron muchos libros perjudiciales bajo el nombre de los antiguos patriarcas y de los apóstoles, en los cuales combatian la creacion, la Providencia, el matrimonio, la generacion, la ley y los profetas, y se ignoran otras particularidades.

29. *El Evangelio segun los Siros* solamente es conocido en S.

(1) Orig. in Luc. hom. 1. — (2) Ambros. in Luc. prof. — (3) Hier. Prooem. in Meth. — (4) Beda, prof. in Luc. — (5) Clem. Alex. l. u. Strom. — (6) Clem. Alex. l. u. Strom. Et Euseb. l. vi. c. 29. Hist. eccl. — (7) Clem. Alex. l. vii. Strom. p. 748. — (8) Epiph. haer. 26. n. 2. — (9) Constit. Apost. l. vi. c. 16. p. 393. — (10) Canones Arabici. Concil. Niceni, l. 2. Concil. p. 386.

Jerónimo (1) y en Eusebio (2). Probablemente es el mismo que el de los Nazareos, ó el hebreo de S. Mateo, ó tal vez el de Taciano, compuesto de los cuatro evangelios, del cual dice Teodoro que se servian muchos católicos de Siria y de las provincias vecinas. S. Jerónimo dice que los Nazareos de Berea en Siria le prestaron el hebreo de S. Mateo; lo cual favorece en gran manera la opinion que sostiene que *el de los Siros* es el mismo que el de los Nazareos. No obstante S. Epifanio (3) confunde este con el de Taciano, de que vamos á hablar.

30. *El evangelio de Taciano* es mas bien una concordancia evangélica compuesta de los textos de los cuatro (4), que un evangelio propiamente tal. Taciano fué discipulo de S. Justino mártir, y algunos (5) creian que compuso su Harmonia de los cuatro evangelios, ántes de haber caido en la heregia, y mientras seguia á S. Justino; pero las cosas que quitó al texto de los evangelistas, prueban bastante que no era muy católico cuando la trabajó. Teodoro (6) dice haber quitado Taciano las genealogías y todo lo que mostraba que Jesucristo descendia de la familia de David segun la carne, y añade que muchos católicos usaban el evangelio de Taciano, porque abreviaba el camino del estudio, siendo él solo mas corto que los otros cuatro juntos; que se encontraron hasta doscientos ejemplares en poder de los fieles, y que los habia retirado para darles los cuatro canónicos. El dia de hoy se lee en los ortodoxos y en las bibliotecas de los padres una Harmonia ó un evangelio bajo el nombre de Taciano; pero las genealogías de Jesucristo que allí se hallan en el capítulo v. muestran bien que no era ese el verdadero evangelio de Taciano, sino la Harmonia de Ammonio Alejandro. Se cree que la de Taciano se perdió enteramente, á lo ménos en griego, porque en tedesco ó alemán antiguo se ha prometido (7) dar una antigua version.

31. *El evangelio de Tadeo ó de Judas* está condenado por un decreto de Gelasio contra los libros apócrifos; pero M. Fabricio (8) duda que haya existido alguna vez; lo primero porque los antiguos ninguna mención hacen de él, y lo segundo porque Vicente de Beauvais y un manuscrito antiguo del Abad de S. Claudio, escriben *Matias* en lugar de Tadeo; mas por el texto de Gelasio se sabe que hubo un falso evangelio de S. Matias. Sea lo que fuere, el de Tadeo es desconocido.

32. *El evangelio de Valentin* (9), ó mas bien de los Valentinianos, pues no se lee que el mismo Valentin haya escrito un evangelio, verisimilmente es aquel mismo á quien nombran *Evangelio de la verdad*, y del cual habla S. Ireneo (10): *Qui sunt a Valentino in tantum processerunt audaciae, ut quod ab his non olim conscriptum est, veritatis Evangelium titulent, in nihilo conveniens apostolorum evangelis.*

XVI.
Notas sobre los evangelios de Taciano y de Tadeo.

XVII.
Notas sobre los evangelios de Valentin y de la vida.

(1) Hier. in Catalog. — (2) Euseb. l. vi. c. 23. Hist. eccl. — (3) Epiph. haer. 47. n. 1. — (4) Euseb. Hist. eccl. l. vi. c. 29. — (5) Victor. Capuan. prof. ad Harv. Tutiani. — (6) Theodor. Haeret. fabul. l. i. c. 20. — (7) Véanse las notas de M. Fabricio sobre el evangelio de Taciano, p. 379. — (8) Fabricius de Apocryph. N. T. p. 136. not. ad Gelas. decretum. — (9) Tertull. de Praecept. adhaer. haer. c. 41. Evangelium habet etiam suum (Valentinus), praeter haec nostra. — (10) Iren. l. i. m. c. 13.

De esa probablemente sacó S. Epifanio (1) lo que dijo de sus dogmas. He aquí como comenzaba su evangelio: *El alma ó el pensamiento de una grandeza indestructible, ó indefectible por su elevación, desea la salud á los indestructibles que hay entre los prudentes, los psicicos, ó los animales, los carnales, los mundanos; voy á hablaros de cosas infesables, secretas y elevadas sobre los cielos, que no pueden ser entendidas ni por los principados, ni por las potestades, ni por las cosas que les son sujetas, ni por ningunas otras mas que por el entendimiento inmutable, &c.* Lo demás era obra del mismo estilo. Esas son las impertinencias incomprensibles y efectivamente propias para aturdir á los ignorantes que quieren saber mas que el comun de los hombres. Valentin se jactaba de haber aprendido lo que sabia de Teudas, amigo de S. Pablo (2).

33. *El evangelio de la vida ó el evangelio vivo* era el que usaban los maniqueos (3). Algunos antiguos (4) lo mencionan, pero nada particular se sabe de él. Esos hereges se servian tambien del falso evangelio de santo Tomas, ó de la Infancia del Salvador, ó de otro compuesto por un egipcio llamado Sitiano, y de otro nombrado *Adda ó Motion*, obras enteramente desconocidas hoy.

34. *El evangelio de San Felipe* era de tal uso entre los maniqueos, como se ve por los anatemas que se les hacian pronunciar á los que abjuraban esa heregia. Mas los gnósticos tambien usaban un evangelio titulado de San Felipe, del que San Epifanio (5) refiere el siguiente fragmento: *El Señor me ha descubierto lo que el alma debe decir, cuando ella arribare al cielo, y lo que debe responder á cada una de las virtudes celestiales. Yo me he reconocido y me he recogido, y no he engendrado hijos al principe de este mundo, al demonio; sino que he arrancado y extirpado sus raíces. He reunido y juntado los miembros; sé quien eres, siendo yo del número de las cosas celestiales. Habiendo dicho estas cosas, se le deja pasar; y si ella ha engendrado hijos, se le retiene hasta que sus hijos vuelvan á ella, y los haya apartado de los cuerpos que animan sobre la tierra. No sería difícil interpretar estas expresiones, y manifestar las abominaciones de los gnósticos contenidas en ellas, si no nos contuviera el pudor. Puede verse á San Epifanio en la heregia 26.*

35. *El evangelio de San Bernabé* está numerado entre los apócrifos por el papa Gelasio. Es sabido que el año 488 se descubrió en la isla de Chipre el cuerpo de San Bernabé, y estaba sobre su pecho un libro, que se decía estar escrito por su mano (6). Uno se ha adelantado á decir que era una copia del evangelio hebreo de San Mateo (7), y otros una version griega del mismo (8). Algunos tambien han creído que era el de San Marcos (9); pero ninguno de ellos fué condenado por Gelasio.

36. *El evangelio de Santiago el Mayor* se encontró, segun di-

(1) *Epiph. haeres. 31.* (2) *Clem. Alex. l. vi Strom. p. 764.* (3) *Vide Tisch. Constantino. l. de his qui ad Ecclesiam accesserunt anatheosatis. Monich. apud Coteler. t. 1. Patr. Apatolice.* (4) *Phot. coisid. 85 et ms. contra Manich. l. 1. apud Fabric. de Apocryph. N. T. p. 141. et 381.* (5) *Epiph. haeres. 26. n. 13.* (6) *Phot. Lector. l. 2. Cedrea, etc.* (7) *Sigebert. Gemblac. an. 409.* (8) *Cassiodor. in Baron. c. 12.* (9) *Groeci in Synaxario.*

cen, en España el año 1595. Bivario dice (1) que se descubrió en dicho año sobre un monte del reino de Granada con las reliquias de Testimon y de Cecilio, discípulos de Santiago, y diez y ocho libros escritos sobre láminas de plomo, de las cuales unas estaban en la mano del santo apóstol, y entre otros una misa de los apóstoles con su ceremonial y una historia evangélica. Mas el papa Inocencio XI condenó en 1682 todos estos pretendidos escritos.

37. *El evangelio de Judas Iscariote* fué compuesto por los cainitas, para sostener sus extravagancias (2). Reconocian una virtud superior á la del Criador. A la primera llamaban *sabiduría*, y á la del Criador *virtud inferior*. Enseñaban que los mas malvados del Antiguo Testamento, Cain, los Sodomititas, Coré y aun Judas tuvieron conocimiento de ese supremo principio, y en su defensa combatieron contra la virtud del Criador del mundo. Con el fin de autorizar semejantes impiedades forjaron un evangelio de Judas el traidor, que manifestaba todo ese misterio de iniquidad, que él solo entre todos los apóstoles conocia. Tal evangelio ya no se encuentra, aunque han hablado mucho de él los antiguos.

38. *El evangelio de la verdad* no es otro, como arriba se dijo, (art. 32) que el de Valentin.

39. Tambien se citan los falsos evangelios corrompidos por Leucio, Luciano, Seleuco y Hesiquio (3); pero esos ó son simples corrupciones de los verdaderos de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas y de San Juan, ó son algunos de aquellos mismos que ántes hemos examinado. M. Grabbe dice (4) que en la biblioteca del cuerpo de nuestro Señor en Oxford, encontró el falso evangelio de Leucio; y refiere un fragmento que se halla en el de la Infancia. Este es aquel en que se cuenta que Jesus siendo enviado á la escuela, hizo ver á su maestro que sabia mas que él, con las cuestiones que le propuso.

He aquí cuales han sido los evangelios apócrifos conocidos en la antigüedad. El desprecio con que la Iglesia ha mirado á sus autores, ha hecho que estas obras tenebrosas se hayan sepultado en el olvido. Los pasages referidos en esta Disertacion manifiestan que no debemos sentir su pérdida; y si el día de hoy no contara la Iglesia otros enemigos que estos herejias que se hemos hablado, nada tendria ya que temer; mas en ese tiempo el demonio no tenia otras miras que hacer odiosa y despreciable la religion cristiana para suscitar contra ella enemigos exteriores.

(1) *Bivarius, not. ad Chron. Lucii. Dextra. an. 37.* (2) *Iren. l. 1. c. 35. contra haeres. Epiph. haeres. 28. n. 1. Theodor. haeretic. Fabric. l. 1. c. 15. Tertull. Proscript. c. 43.* (3) *Vide Decret. Gelasii, et epist. tertiam Innocentii m. c. 7.* (4) *Grabbe in Iren. l. 1. c. 37.*

Notas sobre los evangelios de Santiago el Mayor, de Judas Iscariote y de la verdad.

Notas sobre los falsos evangelios de Leucio, de Luciano, de Seleuco y de Hesiquio.

Conclusiones.

INDICE

DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE DECIMONONO TOMO.

Prefacio general sobre los libros del Nuevo Testamento.....	5
Prefacio sobre los Santos Evangelios.....	16
Harmonía de los Santos Evangelios.....	25
Disertacion sobre los años de Jesucristo.....	90
sobre la genealogía de Jesucristo.....	117
Suplemento á la Disertacion de Calmet sobre la genealogía de Jesucristo.....	133
Disertacion sobre San José, esposo de la santa Virgen.....	143
sobre los Magos que vinieron á adorar á Jesucristo.....	150
sobre los tres bautismos, es decir, el bautismo de los Judios, el de San Juan, y el de Jesucristo.....	168
sobre las sectas de los Judios, á saber, los Fariseos, los Saduceos, los Esenos y los Herodianos.....	184
sobre los buenos y malos ángeles.....	215
sobre las obsesiones y posesiones del Demonio.....	247
sobre las tres Marias.....	279
sobre el pecado contra el Espíritu Santo.....	295
sobre los caracteres del Mesias, segun los Judios antiguos y modernos.....	304
sobre los falsos Mesias que despues de Jesucristo han aparecido.....	323
sobre las señales de la ruina de Jerusalem y de la última venida de Jesucristo.....	340
sobre la última Pascua de Jesucristo.....	362
sobre el sudor de sangre de nuestro Señor Jesucristo en el huerto de las Olivas.....	394
sobre las tinieblas acaecidas en la muerte de Jesucristo.....	406
sobre la resurreccion de los santos padres con Jesucristo.....	419
sobre las actas de Pilato, relativas á la muerte de Jesucristo, remitidas al emperador Tiberio.....	431
sobre la muerte de San Juan Evangelista.....	441
sobre los evangelios apócrifos.....	452

FIN DEL INDICE.

*De Benavides
a una Biblioteca
Finicé*



UNIVERSIDAD

ANIL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

®

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

